HERÓDOTO

Historia

Edición de Manuel Balasch



CATEDRA
LETRAS UNIVERSALES

HERÓDOTO

Historia

Edición de Manuel Balasch

Traducción de Manuel Balasch

CÁTEDRA

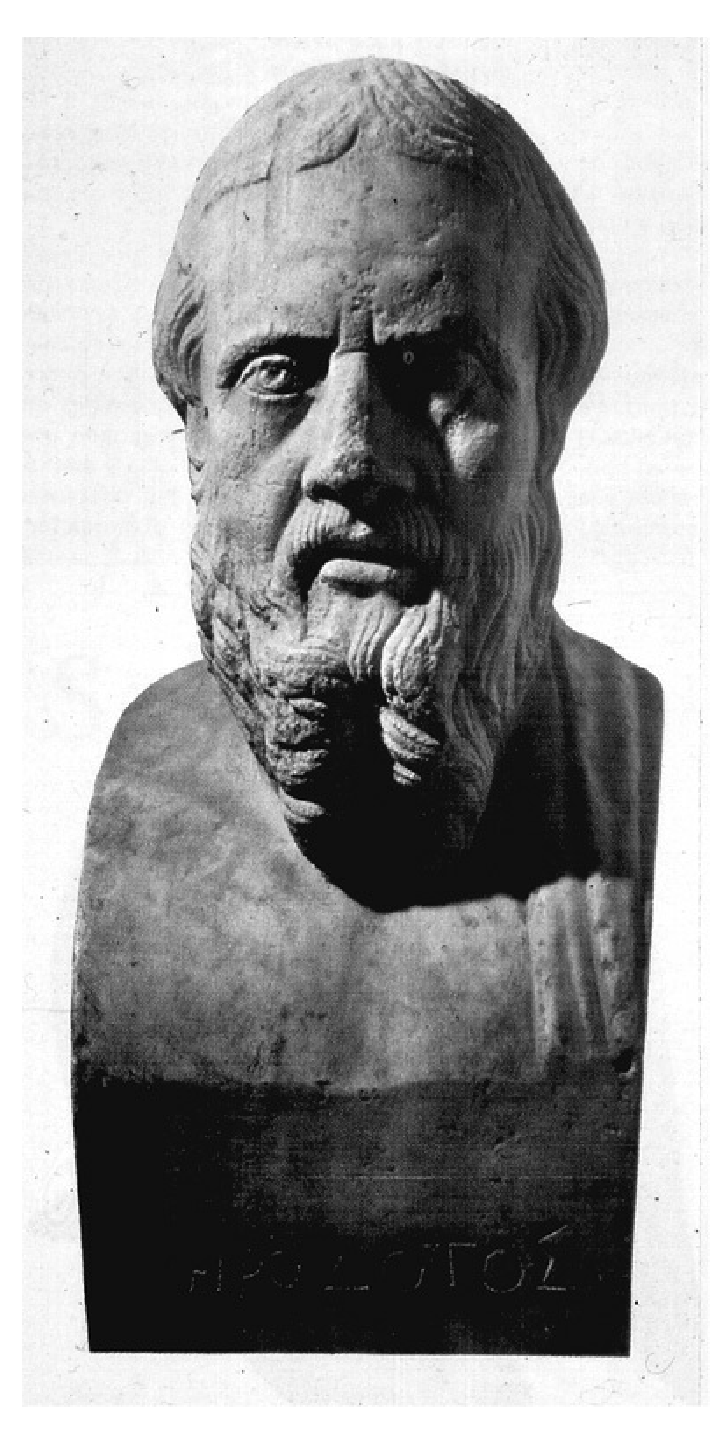
Índice

INTRODUCCIÓN

DILECTIS

Gemmae Puigvert Planagumá
Carolo Varias García
Augustino Alemany Vilamajó
Anscario de la Cruz Palma

SACRUM



Busto de Heródoto.

NOTICIA SOBRE HERÓDOTO

Biografía

NUESTRA información sobre la vida de Heródoto es muy escasa: sólo el artículo correspondiente de la *Suda*, y prácticamente nada más. Dionisio de Halicarnaso, un gramático que ejerció en Roma durante el imperio de Adriano, en su biografía de Tucídides, 5, dice escuetamente: «Heródoto de Halicarnaso nació poco antes de las guerras médicas y vivió hasta la época de la guerra del Peloponeso»[1]. Pánfila, la mujer erudita que trabajó en Roma en la época del imperio de Nerón, escribe, algo más determinadamente: «nació hacia el 484», y Grant[2], cautamente: «Herodotus of Halicarnassus (c. 490/480-429/5 BC...». La propia *Historia* herodotea demuestra que en las primeras fases de la guerra del Peloponeso su autor vivía, ya que fue testigo de las incursiones lacedemonias por tierras áticas (cfr. IX, 73), pero del lugar VII, 170 se extrae la conclusión de que ya no vivió la expedición ateniense que partió del cabo Ténaro contra la isla de Sicilia (416 a.C.). De modo que murió después del principio de esta guerra (430 a.C.). pero antes de la citada expedición. Poco antes o poco después en Persia había accedido al poder imperial Artajerjes (425 a.C.). Su patria fue Halicarnaso, colonia doria[3] asentada en el Asia Menor, sometida a la sazón a la reina Artemisia, que se ha hecho célebre por la obra de nuestro historiador. Sus padres fueron Lixes y Drió, el padre cario y la madre griega, que pertenecían a las familias de más alto rango de la ciudad. Conocemos de él un hermano, Teodoro, pero más influencia debió ejercer en él un pariente, no sabemos si primo hermano o tío, Paniasis, poeta épico que gozó de cierto prestigio. Quizás se deba explicar por él su vocación literaria[4]; lo que parece más cierto es que este pariente le implicó en las luchas que contra el sucesor de Artemisia, Lígdamis, tirano de Caria, se libraron por la libertad de su ciudad natal; Paniasis murió en el empeño y Heródoto se vio forzado a emigrar a la vecina isla de Samos, lo cual le puso en contacto por primera vez con el mundo jonio, tan

determinante para su obra de historiador[5]. Posteriormente regresó a Halicarnaso y contribuyó a la caída del tirano. En el año 445 le encontramos en Atenas, donde, en el Odeón reedificado, hizo una lectura pública de su *Historia*, recompensada por la ciudad, a propuesta de Pericles[6], con la considerable suma de diez talentos; el genial estadista ateniense vio en la obra herodotea una insuperable glorificación de Atenas[7]. Un año más tarde, en el 444, Heródoto se une a la expedición ateniense que marchó a la ciudad de Turios, en la Magna Grecia, que Atenas acababa de repoblar. Aristóteles, *Retórica*, III, 9 le llama simplemente «ciudadano de Turios»; había sido ciudadano de Halicarnaso, naturalmente, es dudoso que se le concediera la ciudadanía ateniense, y, en cuanto a la afirmación de Aristóteles, tanto puede interpretarse en sentido literal como en el sentido de que arraigó allí más que en ninguna otra parte[8], y se sintió como un ciudadano de tal ciudad. Pero, indudablemente, regresó a Atenas, pues el lugar V, 77 asegura que se encontraba en la ciudad después de la reconstrucción de la Acrópolis, en el 432.

Heródoto fue un incansable viajero, lo cual es determinante para su actitud como historiador. Los escritos de sus antecesores en el género no podían enseñarle gran cosa, aunque los aprovechó en la medida de lo posible (Hecateo de Mileto, Janto), pero la investigación —trataremos el tema— de que habla al principio de su obra es un trabajo personal, un acopio de datos *in situ*. Sus estancias en los centros culturales y políticos del mundo antiguo fueron prolongadas, viajó por tierra por todos los países griegos y llegó por mar y por tierra a los países más alejados, al mar Negro, al Bósforo Cimerio, más cerca a Chipre, Egipto, Cirene, Tiro. Recorrió Egipto de punta a punta, y el vasto imperio persa desde la costa hasta Susa, la capital. El saber adquirido en sus viajes se refleja en la primera parte de su obra, mientras que en la segunda, en que se historia básicamente Grecia, depende de informadores nativos de las mismas ciudades griegas, y también de su trato con los hombres de Estado más distinguidos que le fueron contemporáneos; ya se ha hablado de Pericles[9].

La obra de Heródoto no nos permite fijar con justeza su ideología, sus preferencias políticas. En Homero la idea de realeza, de monarquía, de mando, viene expresada por los términos *basileús*, *anax* y eventualmente

koiranos. Esta última palabra ofrece la particularidad de tener un cierto parecido con otro término que en Homero no aparece, *tyrannos*[10], su abstracto correspondiente es *tyrannís*. El primero de los términos griegos citados es antiquísimo: ya aparece en las tablillas micénicas (siglos XVI-XV a.C.), y en la *Ilíada* precisamente del rey de Micenas, Agamenón, se dice que es «señor *(anax)* de hombres», acentuando probablemente el componente militar de su categoría de monarca.

Homero desconoce los términos *tyrannos, tyrannís*, prueba evidente de que en la época homérica tal forma de gobierno no existía: donde no hay la palabra no hay el concepto recubierto por ella. Desde la óptica homérica sería una forma atípica de gobierno, porque afirma la novedad de un caudillo surgido al margen de la institución para defender reivindicaciones populares o intereses de clase[11], lo cual en tierras de griegos se dio tarde. Además los términos *tyrannos* y *tyrannís* no parecen de extracción griega; los filólogos han insistido en el origen anatolio del término, por el sufijo *-annos* que presenta. Lo cual parece confirmarse por la historia, porque el primer tirano conocido es Giges, tirano de Lidia, un protagonista muy tempranero de la *Historia* de Heródoto. El término *tyrannís* sale por primera vez en Arquíloco y significa simplemente «dominio», sin ninguna connotación peyorativa; en el polo opuesto estarían Platón, *Gorgias*, 519b, «donde mande un tirano feroz e ineducado», y Sófocles *Edipo Rey* 873: «La soberbia engendra al tirano.»

El uso de la palabras *tyrannos* en Heródoto ocupa un espacio intermedio entre ambas concepciones, y su uso es más bien equívoco: se podría, en algún caso, sospechar que en nuestro historiador aflora germinalmente la figura retórica llamada más tarde *variatio*. El artículo de Edmond Lévy citado en la nota[12] es muy útil por el mucho material que ofrece, pero sus conclusiones me parece que se pueden aceptar sólo a grandes rasgos. Porque el uso de los términos *tyrannos, tyrannís*[13] en Heródoto es algo equívoco, como digo. No se puede dudar de que la conceptualidad que abraza a ambos términos es en Heródoto en principio peyorativa: Telis, rey de los sibaritas, es llamado tirano por sus adversarios crotoniatas (V, 44); el mismo profesor Lévy cita bastantes casos perfectamente homologables a éste. Hasta aquí la cosa quedaría clara.

Frente al rey —prosigue Lévy— cuya autoridad parece ejercerse sobre hombres, el tirano lo es de un territorio[14]. Las razones de ello son de origen

histórico: la tiranía como forma de gobierno procede del Asia Menor.

Los reyes[15] que salen en la *Historia* de Heródoto lo son de Persia, de Egipto, de Esparta, o sea, de aquellos países en que en los tiempos de Heródoto la monarquía era el sistema de gobierno vigente. Pero la equivocidad semántica del término *tyrannos* aflora ya en el lugar I, 76, donde se dice del rey de Media, Deyoces, que estaba «enamorado de la tiranía»[16]. Del persa Astiages, llamado sistemáticamente «rey», se dice que murió sin hijos varones y que legó la tiranía (!) a su hija (I, 109). Jerjes es llamado sistemáticamente «rey de los persas», pero cuando marcha contra Grecia confia la tiranía de Persia a su lugarteniente Artábano (VII, 52). Todo lo cual indicaría que Heródoto veía en los reyes persas unos gobernantes al estilo de los tiranos, que les llamaba «reyes» porque tal era su título, pero que cuando esto no le constreñía decía lo que pensaba.

Pero hay otros casos que no se ajustan a esta explicación. Precisamente de Argantonio, Heródoto nos dice (I, 163) que era rey de Tartesso, tiranizada (!) por él durante ochenta años[17]. Lo cual invalida bastante la consideración anterior, porque lo que Heródoto podía realmente saber de lo que hoy es nuestra provincia de Huelva es nulo. Un comentario paralelo a éste se puede hacer acerca de la referencia herodotea al acceso al poder por parte del lidio Giges (I, 11): reinó treinta y ocho años y le sucedieron los Mérmnadas, que heredaron su tiranía. Pero seguramente aquí recibimos un destello de luz acerca del origen de la tiranía como forma de gobierno, porque en el lugar citado se nos dice también que Giges, luego de haber alcanzado la tiranía, mandó muchas ofrendas al santuario de Delfos. Probablemente Giges habría llegado al poder de una manera que hoy calificaríamos de legal, institucional, y luego se habría convertido en tirano[18]; la historia se repite: lo mismo que Hitler en la Alemania de los años treinta.

Pero hay una serie de personajes que son llamados indistintamente, en un mismo contexto, «rey» y «tirano»: Ardis, el hijo de Giges (I, 15-16). A Creso se le llama «rey» sistemáticamente, pero en I, 6 se dice de él que ejercía la tiranía de los pueblos de más acá de la región del río Halis. Es más: en I, 7 se llama a Candaules tirano de Sardes, último rey (o monarca) de Sardes que pertenece a los heraclidas.

Pienso que en el fondo los conceptos de realeza (o monarquía) y tiranía tal

como aparecen en Heródoto son bastante equivalentes, ambivalentes, y que su uso en un caso o en otro depende de condicionamientos impuestos por la institución correspondiente, por las costumbres de la región, etc., pero que en otros casos Heródoto, libre digamos de presiones externas, recurre *ad libitum* a cualquiera de los dos términos; está más lejos del término inferior señalado por los ejemplos aducidos de Platón y de Sófocles que del mundo homérico, en el que la idea de gobierno es un caudillaje ejercido legalmente sin atender a otras explicaciones ni razones. Heródoto está en el mismo principio de las ideas políticas que incorporó Grecia: la ciudad ideal de Platón (poco convincente ciertamente) y el desarrollo de la *Política* de Aristóteles serán la culminación. Su posición es una evolución natural a partir de Homero, condicionada por la multiforme realidad política que él mismo como historiador vivió, sin el desarrollo, por supuesto, que obras como el diálogo platónico *El político* o la misma ciudad ideal de Platón presupondrán.

La obra de Heródoto

Heródoto tomó de Homero la variedad dialectal en que éste, por razones obvias e ineludibles, redactó la epopeya, el jonio. Pero Homero escribió su *Ilíada* y su *Odisea* en la variedad dialectal llamada jonio antiguo, y Heródoto, a diferencia de Homero, redactó su obra en el llamado jonio moderno *(Iàs Nea)*. Lo que tienen en común ambas variedades dialectales es que no son lengua hablada, sino escrita, literarias las dos, pues el jonio de Heródoto contiene aticismos (igual que el de Homero, éste probablemente por la recensión pisistrátida, y el de Heródoto por la fuerte vivencia de lo ático en la *Historia* herodotea); esta diferencia tiene un valor definitorio: género próximo más diferencia específica: Heródoto presenta una evolución homogénea a partir de Homero, parte de él, pero se distingue de él prácticamente en todo. Y casi siempre esta diferencia representa un avance, o, como mínimo, una actualización. Desde un punto de vista de lengua será (con todas las reservas que se quiera) un vivir al día.

Si pensamos que los griegos contemporáneos de Heródoto creían que la epopeya homérica era historia[19] estricta, desde esta perspectiva Heródoto es continuador de Homero, lo cual conlleva convergencias y discrepancias. Ante

todo, prosigue la confrontación Europa/Asia. Y se continúa subrayando la superioridad griega, fundada ahora no sólo en una superioridad militar, sino además, y a un nivel más alto, en una superioridad táctica que responde a una mayor inteligencia: el componente racional emerge por todas partes, penetra profundamente en la conciencia de los griegos y aflora en las conductas; la lectura de las páginas inolvidables dedicadas a Maratón, Salamina y Platea debe hacerse principalmente desde esta óptica. Pero notemos una sorprendente paradoja: en aspectos muy nobles del acontecer de aquellos tiempos Grecia fue la continuadora de los ideales troyanos. Tal como los troyanos luchaban por sus mujeres y sus hijos —recuérdese el prodigioso canto VI de la *Ilíada*, la despedida de Héctor y Andrómaca—, los atenienses, ante la eventualidad de la ocupación de su ciudad por los persas, trasladan a sus mujeres, a sus hijos y a sus ancianos a la isla de Egina; los persas conquistan e incendian una ciudad desierta. Hay un auténtico cruce: los persas asumen los ideales aqueos de rapiña y conquista, y los griegos los de los troyanos. Por parte de Heródoto, difícilmente una casualidad[20].

Pero Heródoto es continuador de Homero señalando las diferencias. Entendámonos bien: para decirlo con un símil bíblico, tal como el hijo pródigo Heródoto regresa a la casa paterna. Ya antes del siglo X a.C. corrían por Grecia, muy probablemente por el continente, por Tesalia, relatos míticos acerca de los orígenes de las ciudades, acerca de los héroes, muchas veces hijos de dioses, acerca de las empresas y gestas heroicas de aquellos pueblos y tiempos, entre las cuales se contaba la guerra de Troya. Estos relatos pasaban por tradición oral de padres a hijos[21]. Pero la extensión de estos relatos crecía progresivamente, ya porque se enlazaran, ya porque de su núcleo brotaba, por generación espontánea, una ampliación de la digamos ya materia épica. Lo cual promovió lo que podemos llamar la concepción artesanal de la poesía. Tal como el carpintero con madera *crea* mesas y sillas, tal como el albañil con piedra y ladrillos *crea* un edificio, el poeta con palabras *crea* poesía. En su origen el hexámetro dactílico no fue sino un soporte creado para ayudar a la memoria[22]. En efecto, la reiteración de un modelo de lengua que fija las sílabas, largas y breves, a un esquema uniforme, aunque se permitan en él ciertas variantes, repetido indefinidamente (la *Ilíada* tiene diecisiete mil hexámetros, la *Odisea* quince

mil) ayuda a memorizar los poemas, que los rapsodas y los aedos jonios, aunque la cosa hoy nos parezca pasmosa, se sabían de memoria. El dictado de las Musas, que enseñaron a Hesíodo el divino canto en las laderas del Citerón, explica y prestigia al poeta como alguien sobrenatural: es profeta en el sentido estricto del término: habla «por encargo de», «con la autoridad conferida por». El cayado es su símbolo y el hexámetro el simple instrumento que facilitaba la recitación, un semitonado parecido a la salmodia gregoriana.

En Grecia hay escritura por lo menos desde el siglo XVI o XV a.C., como lo demuestra la escritura lineal B, que es un silabario. Pero hacia el siglo X a.C. un jonio genial, que conocía muy bien su propia lengua, y además a la perfección el alefato semita, realizó algo simplemente colosal. Adaptó a la lengua griega los signos del alefato fenicio, que no los tenía para las vocales. Y él suplió esta carencia, ideó signos también para las vocales, y además, teniendo en cuenta que la cantidad de las vocales en griego es doble, larga o breve, ideó signos que, parcialmente, para los timbres *e* y *o*, señalaran incluso inequívocamente la cantidad. El alcance de esta creación es tan inconmensurable que aun hoy, en occidente, vivimos de él. La lengua griega pudo fijarse por escrito al cien por cien: en su lectura no hay que suplir ni adivinar ninguno de los sones que la lengua posee, su fuerte poder de síntesis actúa en plenitud. Desde entonces tiene validez plena el refrán latino *scripta manent*.

Ello es paralelo a la creación de la *polis* como institución, el primer reducto de población donde se vive efectivamente la libertad. El hombre griego ha comprendido las posibilidades que una convivencia civilizada le ofrece, y las ha explotado a fondo. Es muy significativo que el concepto de libertad está prácticamente ausente de la epopeya homérica, sólo sale dos veces en la *Ilíada* y en boca de troyanos, y una en boca de Aquiles[23]; en cambio, en Heródoto la noción de libertad y el empleo de la palabra griega que la significa *(eleuthería)* es algo normal: la civilización que esto refleja es muy distinta. Eran gentes que *vivían* su libertad.

A diferencia de los imperios que flanqueaban el mundo griego, la población de las ciudades griegas tuvo desde siempre acceso a la cultura, la gente sabía leer. Y aunque en aquella Grecia primitiva la escritura se reservó esencialmente para lo que hoy llamaríamos burocracia: redacción de leyes,

registros de ciudadanos, inventarios, etc.[24], la posibilidad de leer la obra literaria cuando ésta empezó a ponerse por escrito (¡la primera industria editorial!) potenció la actividad de los literatos (y con ello la cultura); el número enorme de ellos con que cuenta Grecia comparándola con los imperios vecinos impresiona, y Heródoto pertenece a las primeras levas. Como Homero, está en la base de nuestra civilización occidental.

De modo que Heródoto regresa al estado de lengua prehomérico, prosaico[25], pero ahora no con la precariedad que determina en la lengua un nivel cultural ínfimo, prácticamente inexistente, sino con la altura ganada por el esfuerzo racional que suponen el pensamiento filosófico presocrático y la gestación literaria de los primeros logógrafos. La majestad sagrada que la presencia de la musa al principio de los poemas y la de los dioses en tantos lugares de ellos confiere a la epopeya aquí se desvanece: estamos en el reino de la objetividad. Las concepciones religiosas de Heródoto se tratarán en su lugar.

Escribió Reinhardt[26]: «La síntesis progresiva que se realiza en la obra de Heródoto nos traslada de lo no-griego hasta su función griega y occidental.» Y lo explica así: en Heródoto se puede observar la confluencia progresiva de masas de memorias asiáticas y griegas; las formas de anécdota y de novela se refunden y completan en una exposición histórica continua, ininterrumpida. Parece como si muchos sucesos de la época arcaica griega se hubieran convertido en explicables en forma de historia gracias al contacto con oriente, por cuyo contacto se vieron liberados de su dispersión en hechos particulares, en anécdotas legendarias referentes a algunas localidades, en propaganda de oráculos; este contacto con oriente les habría conferido un sentido universal común para muchos o para todos los griegos. En este don de convertir leyenda y recuerdo en novela oriente será superior a Grecia incluso en la época helenística, pero el hecho de que las novelas persas cuanto más Heródoto se acerque a hechos y combates decisivos se inserten en la historia hasta depender de ella y explicarse por ella, de modo que el material persa y el griego converjan en una explicación casi teológica, esto es creación genuinamente griega.

Reinhardt escribió lapidariamente[27]: en la versión herodotea de los mitos «es clara la transparencia de sus formas antiguas, pretéritas». Y lo ilustra

magistralmente con el análisis del mito de Giges, entre otros, narrado por Heródoto al principio mismo de su *Historia* (I, 8 ss.) y por Platón *(República* II, 119). A pesar de los ochenta años que separan las dos versiones del mito, la versión de Platón responde indudablemente a una fase mucho más arcaica que la de Heródoto, que es mucho más elaborada y que responde a un cambio de mentalidad, lo cual aquí es decisivo: diríamos que Platón se limitó a copiar, y que Heródoto se sirvió en lo fundamental de la misma trama para llegar a resultados totalmente distintos, que responden —trato sólo del mito— a mentalidades diversas. En primer lugar, hacia el final de su narración Heródoto dice que a Candaules le sucedió lo que le debía suceder[28], alusión, parece, que sintetiza el elemento fatal e ineludible y el castigo merecido por la culpa: sería el lazo con lo sobrenatural[29]. El elemento clave de la versión platónica es el motivo del anillo que tiene la virtud de convertir en invisible a su dueño, y ello en Heródoto es sustituido por un cuento pasablemente erótico; lo importante es que en Heródoto desaparece el elemento del cuento popular radicado en la narración de Platón. Pero es que el cambio de versión cambia la interpretación del personaje protagonista. En Platón es un aprovechado que se sirve del poder portentoso del anillo para seducir a la reina y asesinar y suplantar al rey, mientras que en Heródoto pasa a ser un personaje fundamentalmente honrado, atormentado por las insinuaciones de su monarca, que cede mal de su grado por una debilidad inconcebible. Además la versión herodotea describe sagazmente la vanidad y la necedad de Candaules, detalla minuciosamente los preparativos para la ominosa contemplación, incluso la distancia que separa el lecho y la silla en que la reina depositará sus vestidos al desnudarse, y tiene un punto clave que le enlaza claramente con la tragedia: la reina se da cuenta de que ha sido observada en su desnudez. Y disimula, pero en el disimulo ve Heródoto precisamente su firme propósito de venganza. El carácter de Giges seguirá invariable; cederá ante la mujer para cometer el asesinato en el mismo escenario y explotando el motivo, ahora coronado, de la inadvertencia.

Pero si la versión platónica cabe perfectamente en un ámbito griego, la de Heródoto no. En primer lugar, en el mundo social griego es impensable la descripción de una relación así entre un rey y su visir o ministro, de modo que ya no hay base. En Heródoto hay un claro interés por ridiculizar al persa,

mientras que en Platón no se dice ni tan siquiera que Giges fuera persa: es un pastor que después de extraños descubrimientos debidos al azar (no se dice en ninguna parte que no sea así) llega a poseer el anillo que le encumbra. La palabra clave para explicar la modernización del mito por parte de Heródoto es desmitificación (que debería acotarse más precisamente, pero no es éste el lugar) y visión más racional del mundo, de acuerdo con las corrientes de pensamiento que le rodeaban. Lo que se ha querido decir es que Heródoto aprovecha materiales antiguos que nunca pretende disimular, pero que utiliza transparentemente a su manera. Hace exactamente lo contrario de la parábola evangélica: Heródoto guarda vino nuevo en odres viejos[30].

Así como Homero es el primer poeta que conocemos de producción amplia, Heródoto es el primer prosista. Ha habido otros prosistas contemporáneos, o quizás algo anteriores a él, que se nos han perdido, por ejemplo, el oscuro Heráclito de Éfeso, el atomista Demócrito de Abdera, el logógrafo Cadmo de Mileto, o el mismo Hecateo. Nos preguntamos: ¿es que Heródoto se desembaraza del hexámetro homérico? ¿En qué sentido?

Heródoto no da un salto mortal en el vacío. Sabemos[31] que Éumelo de Corinto, cuyo *floruit* situamos hacia el 740, fue el primer historiógrafo en el sentido más técnico de la palabra, por cuanto compuso en hexámetros dactílicos dos poemas, uno sobre su propia ciudad, Corinto *(Korinthiaka)*, y otro sobre Europa *(Europía)*. La obra de Éumelo motiva seguramente la transición, porque el hexámetro dactílico resultó un yugo gravoso, una imposición que ahogaría excesivamente la libertad de movimientos y la necesaria soltura expositiva; Heródoto, inspirándose en la producción en prosa de sus predecesores inmediatos y de sus coetáneos, tanto filósofos como logógrafos, da el paso definitivo y en su producción literaria abandona la forma poética. Antes que él ya la había abandonado Hecateo de Mileto, cuya obra se ha perdido. Veamos las diferencias.

El abanico de posibilidades estilísticas y de uso de la lengua se amplía enormemente cuando no está sujeto a la tiranía del ritmo dactílico, y ello en Heródoto es esencial, aunque en su prosa predomina la parataxis, y ello sí es un recuerdo, algo que le une a la lengua homérica: éste es el enlace con Homero. Homero es el primer artista occidental de la lengua en cuanto a la poesía, Heródoto lo es en cuanto a la prosa, y aún lo es algo más, porque en

el manejo de la lengua indudablemente se sintió más libre. Si poseyéramos entera la obra de Hecateo (poseemos de ella fragmentos no muy amplios, pero suficientes para fundamentar la especulación que sigue) comprobaríamos seguramente que el primer artista de la prosa occidental es Heródoto, porque su profundización en los temas, su capacidad de fusión y de síntesis, su capacidad de análisis psicológico, nos enfrenta a unas cualidades que, simplemente por falta de evolución en el género, Hecateo no pudo llegar a poseer.

Escribe el profesor Carlos Schrader[32], citando a K. Meister: «... los historiadores griegos redactan sus escritos históricos como obras de arte sujetas a normas estéticas y literarias precisas (hasta aquí Meister), lo cual nos obliga a no valorarlos desde una perspectiva exclusivamente científica. Y ese convencionalismo literario no se circunscribe tan sólo al aspecto estilístico, que es, sin embargo, de una importancia capital, pues las diferencias específicas entre los distintos autores son muy apreciables. Así, y dado que la *Historia* de Heródoto es la primera obra griega en prosa que se ha conservado, no es de extrañar que las principales —pero no las únicas— características de su estilo sean la simplicidad y el arcaísmo».

Pero el encabezamiento de la *Historia* de Heródoto tiene un rasgo sutilmente homérico que muestra bien a las claras la perspectiva desde la que Heródoto redacta su obra. Es bien conocida la invocación a la Musa que inicia la *Ilíada* y la *Odisea*. Técnicamente son «proemios», término, en griego *(prooimion)*, procedente del campo de la música. Pues bien: Heródoto redacta un proemio para su obra en el que expone la finalidad de ésta (se alude a ello en otro lugar de este mismo trabajo): el solo hecho de redactarlo le sitúa en la tradición homérica, pero la referencia personal a sí mismo como autor de la obra le encaja en el lugar justo, desmitificado[33].

En Heródoto aparecen dos conceptos clave: expone *(apódexis*, exposición destinada al público, el término denota oralidad)[34] el resultado de su investigación *(historia*, investigación en un sentido muy activo y personal de la palabra)[35]. Ya lo hemos visto: Heródoto ha depuesto la función poética del artista y ha asumido la responsabilidad del investigador. Y lo hace para que se conozcan las causas (de la hostilidad entre griegos y persas). Causa e investigación, por este orden: algo compartido por los presocráticos, pero

radicalmente nuevo a nivel universal. Sin embargo, no falta un recuerdo de Homero: para que no caigan en el olvido las hazañas, grandes y admirables, de griegos y persas. Ésta es la idea que Homero tiene de la inmortalidad, no otra: el recuerdo, la memoria. Ya antes hemos hablado de un cruce: los ideales troyanos en Heródoto se proyectan a la nación griega, y los de los aqueos pasan a los bárbaros. Esta aparición de Homero en el trasfondo encaja a las mil maravillas con la nueva situación: aquí el protagonista es Heródoto[36].

Este protagonismo se advierte principalmente en algo tan característico de la obra de Heródoto como son las digresiones[37] que cumplen el ideal homérico de que las gestas de los hombres pasen a conocimiento de la posteridad: un sutil enlace con la épica. Quien lo ha notado ha sido Grant[38]. Estas digresiones *(prosthekai)*, unas breves, otras largas, muy largas —todo el segundo libro de la *Historia*, dedicado a Egipto, es prácticamente una digresión— son lo más característico de la primera mitad de la obra herodotea. Donde se encuentran imprimen a su obra una andadura lenta, pausada, la segunda mitad de su obra, en la que las digresiones no faltan, pero las hay en menor cantidad, se avanza con un ritmo más movido y veloz. La parábola y la anécdota también se dan en la obra de Heródoto, algo así como un género menor en el de la digresión.

¿Y en qué sentido positivo encaja Heródoto con Homero? Además del predominio de la parataxis, ya a primera vista tienen algo en común: los discursos. Los héroes homéricos los pronuncian enfáticamente, abonando sus tesis o sus propuestas, y eventualmente hallan la respuesta o el comentario reflejado en otros discursos. Escribe el profesor López Eire: «En los discursos de los héroes homéricos se percibe ya la preocupación por la solidez y el orden de lo argumentado, de un lado, y por otro, el interés por la galanura y el acicalamiento de la expresión mediante la que se presenta el argumento, factores que se conjugarán y se entremezclarán a la hora de componer un discurso retóricamente mediante las respectivas actividades o *erga* que son la *heuresis* o *inventio* y la *taxis* o *dispositio*, por una parte, y la *lexis* o *dictio* por la otra»[39].

La *Historia* de Heródoto en su aspecto externo presenta una situación idéntica. Contiene discursos (y los contendrá la obra de Tucídides) porque,

por encima de todo, confieren a la obra una plasticidad y una consecuente naturalidad muy propias del género, más propias incluso de la historia que de la épica. Naturalmente, son creación personal del autor, y precisamente su habilidad radica en construir parlamentos que se adapten perfectamente a la situación. Eventualmente los discursos tienen la réplica de otro discurso, y es concretamente en estos casos cuando podemos admirar más la profundidad con que Heródoto conocía el alma y la naturaleza humanas, nos maravillamos más de su capacidad dialéctica y argumentativa, de su inventiva fuera de lo común, de su previsora sagacidad cuando enjuicia un futuro aun lejano. Los discursos que contiene la *Historia* de Heródoto tienen frecuentemente una luminosa belleza literaria, y preconizan, a tantísimos años de distancia, la espléndida oratoria de Demóstenes.

La anterior ha sido una observación muy general, pero examinar en qué sentido Heródoto encaja positivamente con Homero plantea la cuestión de la génesis de la obra herodotea: Homero refunde poemas anteriores a él, y Heródoto probablemente refunde también, pero obra suya propia anterior. Insistimos: la obra histórica de Heródoto, que los gramáticos alejandrinos dividieron arbitrariamente en nueve libros, asignando a cada uno de ellos el nombre de una musa, probablemente para asegurar una relación con Homero que ya se tambaleaba, describe las luchas que griegos y bárbaros sostuvieron durante los imperios de Darío y de Jerjes. Estas luchas se introducen en el primer libro remontándose a los primeros choques entre Asia y Europa en la época mítica, pero la narración no se reanuda hasta el libro V. Grant[40] ha precisado que la obra de Heródoto se divide en dos partes sensiblemente iguales, e incluso señala el lu- gar V, 27[41] como punto de inflexión en que la temática se diversifica absolutamente; sería el punto que suelda las dos mitades, o, si se quiere, el lugar en que el contenido se renueva. Pero sobre las dos mitades se cierne un firme componente que las unifica: todos los griegos —al igual que los aqueos ante Troya— se han visto obligados a coaligarse y a formar una unidad ideal. Las guerras médicas abrieron vastos e innovadores horizontes al espíritu de Grecia.

En los libros anteriores al V, Heródoto trata en primer lugar la historia de los lidios, cuyo rey Creso inició los ataques a los griegos de Asia Menor. Creso le conduce a los persas, vencedores de los lidios, y de los persas

Heródoto pasa a los egipcios, a los babilonios y a los escitas, a los que dedica casi íntegramente su libro IV. Uno tras otro, estos pueblos sucumben ante los persas. El lazo que une estas partes es muy endeble; probablemente fueron redactadas independientemente: serían los llamados *logoi* o tratados. Por aquí Heródoto conecta con los llamados logógrafos, que escribieron tratados más bien breves sobre países muy concretos; el nombre que más les convendría sería el de etnógrafos. Muchos estudiosos creen, por ejemplo el profesor Rodríguez Adrados, en la introducción que compuso para la traducción de Heródoto del doctor Carlos Schrader[42], que Heródoto compuso inicialmente un tratado, al modo de los de Hecateo, sobre Persia, prevaleciendo en él, de momento, su personalidad de etnógrafo y de geógrafo. Su descripción de la tierra comparada con la que nos ofrece Hecateo no tiene nada esencialmente nuevo. Libre de prejuicios y de sentimientos racistas, Heródoto contempla el mundo con ojos muy abiertos. En sus referencias a la libertad griega ante los despotismos de los imperios circundantes por oriente y por el sur (VII, 10, 102, 104...) le anima, desde luego, un sentimiento nacional, diríamos panhelénico *avant la lettre* (piénsese en Isócrates y en Demóstenes), pero no se empeña en desconocer lo bueno que tienen los pueblos bárbaros (IV, 66). Tiene en común con Hecateo una admiración por oriente; ambos lo consideran cuna de todas las culturas. La religión griega se constituye en Grecia en época micénica y tiene sus primeros reflejos en Homero y en Hesíodo, pero Heródoto cree que en las costumbres griegas, en las instituciones de Grecia (e implícitamente, deducimos nosotros, incluso en la sabiduría filosófica griega) hay una fuerte influencia de oriente (II, 4, 43, 49 s.; V, 58, 88; VI, 53 ss.).

Para poder ofrecer una visión del mundo completa y coherente, Hecateo rellenó con especulaciones muy problemáticas las lagunas indudables de su saber geográfico; Heródoto, por el contrario, no nos comunica nada que él mismo no haya visto personalmente o que no sepa por testigos que él cree fidedignos. Su tendencia empírica le conecta con las corrientes de su tiempo, y cuando la aplica a la imagen jonia del mundo realiza lo más personal que hay en su obra, así como cuando la traslada al campo de la narración histórica.

Efectivamente, hay algo que debe tenerse muy en cuenta; me refiero al

significado que en Heródoto tiene la palabra *tekmérion*, término muy frecuente en oradores como Lisias, y que en ellos traducimos correctamente por «indicio»[43]. Pero no es éste el sentido que tal vocablo tiene en Heródoto, en quien significa «prueba evidente obtenida por experiencia». Heródoto conecta por un lado con el *Corpus hipocraticum*, del que toma la analogía y la inferencia, y por el otro con los etnógrafos (Hecateo) y los filósofos presocráticos que le fueron contemporáneos o algo anteriores; ellos afinaron los procedimientos demostrativos (Gorgias y la retórica). Heródoto estuvo convencido de que en historia también se podía llegar a la certeza empíricamente: éste es el sentido de su consulta a fuentes orales (los sacerdotes de Egipto, por ejemplo) y de sus referencias a la contemplación personal *(autopsía)* cuando se da el caso.

En Heródoto el interés etnográfico es más acusado que el interés por la geografía; las partes homologables a lo etnográfico de sus secciones históricas (historia de Media, de Asiria) son, en el género, una absoluta novedad. El llamado «periodo» de Hecateo trataba sólo la prehistoria, las leyendas fundacionales, las emigraciones; para Hecateo el tiempo actual, lo contemporáneo, tenía poca relevancia, a lo más se aludía a ello de forma pasajera; en cambio, Heródoto consideró un rasgo permanente y distintivo de su obra la inserción de noticias históricas. Y es cosa muy natural que cuando interroga, en tierras griegas, a sus corresponsales, testigos autorizados y garantizados, conserve más la narración histórica que cuando lo hace en otras partes. Es natural que aquí sus preguntas se refieran menos a historias de edificios, y a los edificios mismos, que, por ejemplo, a exvotos y a las circunstancias que los motivaron; en natural que, en tierras griegas, en Heródoto el testimonio visual ceda ante la información oral. También aquí es comprensible la conversión del etnógrafo en historiador.

Si hemos trazado el límite superior de la historiografía herodotea, debemos trazar también su límite inferior, y lo hacemos otra vez con el doctor Reinhardt[44]: «En realidad la historia crítica moderna empieza con Tucídides, que se opone, segura de sí misma, a sus antecesores eliminando las leyendas, avanzando hasta la realidad desnuda a través de tradiciones, no permitiendo subsistir en el principio nada que no avance hacia el fin mediante la relación de causa a efecto en el proceso constante de la fuerza *(dynamis)* en lucha

contra algo que le es igual, empieza en Tucídides la historiografía moderna[45], consciente y sin respetos humanos en su exigencia de verdad, y que desenmascara las políticas de fuerza.»

La genealogía fue una especie de puente hacia la historia, que incluía también pueblos bárbaros en los árboles genealógicos griegos. Pero se limitaba a las épocas tratadas por los poetas épicos, y buscaba convertirla en historia aplicándole una crítica subjetiva. Aquí también la *Historia* de Heródoto es pionera: anteriormente a él nadie había atinado a salvar del olvido el recuerdo de próceres históricos y de grandes creaciones culturales. Con ello se indicó el primer cometido de cualquier obra histórica: el proemio, ya citado alguna vez, de la *Historia* herodotea es el verdadero inicio de la ciencia histórica universal. El primer deber del historiador es la narración (II, 123, 125, 130; III, 9; VII, 152). Acto seguido, el ejercicio de una crítica. Heródoto no reproduce todo lo que la tradición le transmite, sólo aquello a lo que puede dar crédito. Ocasionalmente nos indica lo que no cree, o bien compara las diversas versiones de un hecho. El espíritu crítico le separa de Homero, aunque tradicionalmente se reprocha a Heródoto precisamente su credulidad ingenua. Homero sólo dos veces en la *Ilíada*, y ninguna, creo, en la *Odisea*, nos dice explícitamente lo que verdaderamente piensa: en los lugares citados, que los ultrajes inferidos al cadáver de Héctor son vergonzosos (*Ilíada*, XXII, 395, y XXIII, 24). Bastantes estudiosos hablan, yo creo que muy superficialmente, de la «objetividad» homérica, lo cual en todo caso valdría para los hombres, no para los dioses. Pienso más bien que se debe decir que muchas veces la crítica ejercida por Heródoto tiene un componente ético impensable en Homero, cuyo desarrollo cultural, de autoconocimiento del hombre, está en mantillas, en una fase muy incipiente.

Heródoto ejerce su crítica y nos ofrece las diversas versiones de una cuestión, o bien porque realmente vacila y no sabe decidirse, y deja la decisión al lector, o bien, por el contrario, toma partido en una dirección y se siente orgulloso de ello, o bien, alternativamente, quiere descalificar todavía más la opción desdeñada, lo cual no obtendría por el simple silencio (II, 131, 134 s.; III, 2, 16, 45; IV, 5 ss., 96; VI, 123 ss.; VII, 148 ss., 213 s., 220; VIII, 119 s.). Veamos a qué distancia está de Homero.

En el lugar VII 52 Heródoto nos dice algo que para él es programático[46]:

que su deber es aducir todo lo que se ha dicho sobre el tema de que eventualmente se trate, pero que no está obligado a aceptarlo todo. Naturalmente, frente a Homero esto es un avance formidable, porque Homero jamás presume de esta totalidad, y en segundo lugar porque agudiza el componente personal y privativo del saber en cuanto supone, o al menos puede suponer, un juicio ético, moral. En realidad lo que aquí Heródoto reivindica es la imparcialidad[47]. Lo que sigue (¡el arte compositivo de Heródoto!) encaja perfectamente con lo dicho, y por ende demuestra su afirmación. Argos, en las guerras médicas optó por los persas, y Heródoto aduce tres razones, incompatibles entre si, de tal toma de postura. La primera es: Argos y Esparta se habían enemistado ferozmente, y las condiciones que Argos propuso para mantenerse neutral frente a los persas resultaron inaceptables para Esparta. Esta razón comprometía poco a Argos. La segunda razón, de origen ateniense, era una declaración de Artajerjes en la época de la paz de Calias: entonces habría declarado que Argos era su ciudad preferida. Y a continuación, entre esta razón y la tercera Heródoto intercala dos cosas, el principio al que hemos aludido, que no tiene el deber de creérselo todo, y a continuación, a guisa de apólogo, dice que si un hombre considera todos sus males, y luego todos los de los otros, inevitablemente se queda con los suyos. Y viene la tercera razón de la actitud de Argos: precisamente la rivalidad entre Argos y Esparta habría seducido a Artajerjes, que habría decidido invadir Grecia. Pero Heródoto no se decide por ninguna de las razones, suspende el juicio, que en todo caso deja al lector, y el apólogo explicado pone de manifiesto su imparcialidad: a cada parte sus razones le son satisfactorias. Naturalmente, esta actitud supera infinitamente la digamos indiferencia o insensibilidad de Homero, se reserva el juicio, valora la libertad del lector y justifica subjetivamente a cada uno en sus respectivas tomas de posición.

Una cuestión muy debatida es dónde y cuándo redactó Heródoto su *Historia,* y si ésta es una obra completa, o bien inacabada, como lo es claramente la de Tucídides. En dos lugares, a saber I, 106 y 184, indica que tratará de Asiria, lo cual no aparece por ninguna parte. Pero Aristóteles *(Historia animalium,* VIII, 18) cita un lugar de Heródoto que no consta en su obra, tal como hoy la tenemos, en ninguna parte, que debe haber pertenecido

a un *logos* asirio. Lo mismo ocurre en el lugar VII, 213, donde promete tratar la muerte del traidor Efialtes, lo cual tampoco aparece. Ello puede inducir a pensar que su obra es incompleta, pero que en algún momento se ha poseído de manera más completa de como la poseemos hoy, sin que podamos precisar nada más.

Más arriba se ha indicado que la posibilidad de leer la obra de Heródoto —y la de cualquier autor, por supuesto— excluye de raíz la memorización[48], pero no excluye la lectura pública. Heródoto la hizo, y ello exigía tratar los temas completamente y de manera coherente; no de otra manera procedieron los logógrafos contemporáneos suyos. Grant cree[49] que la obra de Heródoto es incompleta, pero no en el sentido en que lo es la de Tucídides, cuya última frase está a medio acabar, sino que Heródoto se trazó un plan completo de su obra que no realizó en el orden preestablecido, sino según le convino de acuerdo con sus necesidades. Y le quedaron vacíos que no llegó nunca a completar.

Es muy difícil, por no decir imposible, precisar cuándo redactó Heródoto las diversas partes de su obra, dónde y cuándo las refundió, convirtiéndolas en una unidad apreciable. Sí que hay algún leve indicio. En el año 425 se representó la primera de las comedias de Aristófanes conservadas, *Los Acarnienses*, y en los vv. 525 ss. de ella el poeta cómico reproduce grotescamente, pero con exactitud, el motivo que, según Heródoto, originó las rivalidades entre aqueos y fenicios, unos raptos de mujeres; Aristófanes lo usa para explicar las causas de la guerra del Peloponeso. Esto puede significar que en el año 425 ya se podía disponer de la obra de Heródoto, y ello por dos razones: primero por el uso que del motivo hacía Aristófanes, que habría leído a Heródoto, y en segundo lugar, y esto es mucho más importante, significaría que la obra herodotea en tal año gozaría de una difusión tal que el público podía entender la alusión. Simplemente, la obra de Heródoto ya era de dominio público. La profesora Dominique Lenfant[50] señala que la dura polémica del historiador Ctesias de Cnidos[51] contra Heródoto significa que la obra de éste a principios del siglo IV era ya muy conocida. Grant[52] piensa que la obra de Heródoto tal como la tenemos hoy responde a los primeros años de la guerra del Peloponeso, y que serían las oscuras nubes que se cernían sobre Atenas lo que le movió a historiar la

guerra que había sido su esplendor. Esta teoría puede encerrar algo de verdad, pero una obra tan extensa y complicada como la de Heródoto, es difícil pensar que la escribiera de un tirón en los últimos años de su vida. No muy apartada de ésta es la tesis, citada por Rodríguez Adrados[53], según la cual Heródoto compuso su *Historia* seguidamente y de un tirón durante su estancia en Turios. Pero no es esto lo más probable. No podemos decir otra cosa que no sea que Heródoto redactó en sitios y tiempos indeterminables sus diversos *logoi*, que luego, hacia el final de su vida, o ya muy avanzado en ella, refundió en una unidad: glorificando a Atenas por sus gestas en las guerras médicas pasó de logógrafo y de etnógrafo a historiador.

Heródoto se topó con un feroz oponente, el ya citado Ctesias de Cnidos, la obra del cual la profesora Lenfant califica de réplica deformada de la obra de Heródoto. Pero Luciano de Samosata había iniciado la crítica desfavorable a Heródoto cuando en su *Historia verdadera* castigó al historiador de Halicarnaso metiéndole en la isla de los suplicios por los supuestos embustes de que estaba llena su obra. Desde otro punto de vista Estrabón había descalificado la obra herodotea porque mezcla mito e historia, lo cual falsea a esta última. El texto de Ctesias había desaparecido, y el humanista francés Enrique Etienne lo descubre y lo publica en 1567; en el prólogo toma partido decididamente por Ctesias: contrapone al «mendax Herodotus» el «verax Ctesias». El filólogo alemán Jacoby, en su artículo sobre Ctesias en la *Realenziklopädie* (1922) adopta una actitud contraria, totalmente desfavorable a Ctesias, quien principalmente habría plagiado los esquemas narrativos de Heródoto. Disponemos de un documento para dilucidar la veracidad de las noticias a veces contradictorias que nos dan los dos historiadores: se trata de la inscripción cuneiforme de Behistun, mandada labrar por Darío, en la que se cuenta cómo accedió al poder persa y a continuación se narran sus hazañas. Los datos de esta inscripción (y de otras homologables a ella) concuerdan más con Ctesias que con Heródoto, pero hay un hecho innegable: que los que mandaron labrar las inscripciones (o reyes o cargos muy altos del imperio persa), siempre llevaron el agua hacia su molino, y Ctesias para contradecir a Heródoto echó mano de esta línea histórica en lo referente a Persia. Además Heródoto bien pudo disponer de otras fuentes, incluso más imparciales. Lo que parece indudable es que ambos

historiadores no admiten comparación, que, con sus defectos, como historiador Ctesias es inferior a Heródoto, que frecuentemente dependen de tradiciones distintas, pero que los méritos de Ctesias tampoco pueden ser negados[54].

Naturalmente, aquí hay que hacer mención del tratado plutarquiano *De Herodoti malignitate*, cuya traducción entre nosotros publicó recientemente la Universidad de Zaragoza[55]. Pero el tratado es muy poco relevante. Wilhelm von Christ[56] declara que el valor de este opúsculo es muy escaso, y que se debe al hecho de que a Plutarco le disgustaba que Heródoto echara en cara a los tebanos su opción por los persas en la segunda guerra médica, pero dice textualmente[57] que la crítica ejercida por Plutarco no tiene ningún fundamento. Las citas del de Halicarnaso, por ejemplo, no siempre son literales, a veces son síntesis o perífrasis, y llegan a falsear el original.

Características de la obra herodotea

El valor máximo de la obra de Heródoto estriba en sus contenidos. Esta afirmación es válida para cualquier obra histórica, naturalmente, pero si se trata de la *Historia* de Heródoto lo es en grado sumo. Por un lado, centró su exposición en lo más glorioso de la historia de Grecia hasta sus tiempos, en la lucha heroica de un pequeño pueblo, el griego, contra la potencia monstruosa de Persia, y, por otro, ha organizado su obra de una manera tal que enlaza profusamente en ella las noticias muy interesantes sobre las costumbres e instituciones de griegos y bárbaros. El mundo de Heródoto y el anterior a él, el que precisamente historia, no era uniforme, y nuestro historiador se incorporó a su trabajo con el afán de saber típico de Jonia, y lo hizo con sus dos ojos despiertos y muy abiertos, fue un espectador libre de prejuicios. Y así nos proporciona en un caudal inagotable datos etnográficos sobre egipcios, escitas, tracios, persas, casi todo el mundo entonces conocido. ¡Afán de universalidad! Nos describe de manera muy atrayente tanto las pirámides de Egipto como las torres asirias y babilonias (el paralelo clásico es la torre bíblica de Babel), pero también los rosales de los jardines de Macedonia (VIII, 138) y los trigales de los gelonos (IV, 108).

Sin embargo, ¿resulta claro que poseyera las cualidades más necesarias en un historiador, la posibilidad, la capacidad, la voluntad de decir la verdad? La cuestión tiene dos vertientes bien delimitadas. En cierto aspecto la respuesta de Karl Reinhardt es tajante[58]: «Desde Heródoto hay historia. Pues *historia* no significa recuerdo, no significa saber algo acerca de los antepasados, no significa leyenda, no significa monumento; historia significa ser consciente de un presente condicionado por una nación, significa averiguar un pasado de estructura idéntica al presente, recuperarlo y clasificarlo. Pertenece a la historia la polaridad entre la nación propia y la extranjera, entre el presente y el pasado, el enlace del principio con el final...» Pero el sabio inglés J. Pembroke[59] ya advirtió, desde otra perspectiva, que es difícil determinar y aislar el núcleo de verdad que contienen los relatos herodoteos, y los de los historiadores coetáneos. Es más, en cuestiones por ejemplo, de la conducta sexual de los diversos pueblos, en lo que atañe a los ritos funerarios, parece tener ciertos esquemas que establecen una relación inversamente proporcional a la distancia a que se hallan de Grecia, pues adjudica a los pueblos situados en los confines del mundo conocido las costumbres que más se oponen a la práctica, al *nomos* griego[60], y según estos pueblos estén más cerca de Grecia, más se aproximan a los usos griegos.

Ya se habló de la finalidad de los viajes de Heródoto, y también se ha visto que cuando de una cuestión hay dos versiones, con frecuencia nuestro historiador las expone y deja al lector que sea él quien decida, o bien alguna vez pone en la balanza todo el peso a favor de una de las alternativas para que la otra se vea automáticamente desautorizada. Es cierto que a los bárbaros (los que no hablan griego) les aplica este nombre, pero no lo es menos que, con muy pocas excepciones, los trata de manera equitativa y justa. De ello se tratará más adelante. Dice programáticamente en el mismo frontispicio de su *Historia* que la redacta para que pasen a la posteridad las gestas de los griegos y los bárbaros. Nunca engaña voluntariamente, por el placer de engañar; muchas de sus noticias aparentemente fabulosas, que a los mismos antiguos les parecieron ingenuas o increíbles, parece que descubrimientos arqueológicos recientes las han confirmado. De todas formas, no se olvide que era griego, que no hablaba las lenguas de los países que visitaba, que sus intérpretes alguna vez debieron ser poco competentes. En favor de su

objetividad hablan dos hechos. Buscó equivalentes griegos a los dioses extranjeros de los que tuvo noticia, sin rehuir a ciertas divinidades infames y repugnantes, y lo mismo hizo con las costumbres, incluso con las más abyectas: si les encontraba equivalentes griegos los anotaba. Cuando corresponda se tratará de las concepciones religiosas de Heródoto, pero fue un hombre religioso, lo cual, tanto en Grecia como fuera de ella, le hizo preferir las informaciones que le dieran los sacerdotes y ministros de las respectivas divinidades. Aquí el riesgo de parcialidad era evidente.

Pero los errores fueron inevitables. En I, 131 hay una referencia a Mitras, un dios persa de la luz, una divinidad solar masculina, pero la desinencia (en griego) le engaña y da a tal divinidad el nombre de Mitra, la diosa equivalente a la Afrodita griega; en el lugar III, 31 interpreta mal, seguramente por no entender al intérprete, la escritura sagrada de los iranios y dice que entre ellos el matrimonio entre hermanos estaba prohibido, cuando en realidad estaba permitido.

Fue parcial a favor de Atenas y de Pericles y su círculo, lo cual le llevó a tratar desconsideradamente a Corinto y a Tebas, y tuvo cierta ojeriza a Temístocles, el vencedor de Salamina. Ello explica en parte, pero no justifica el escrito de Plutarco *De Herodoti malignitate;* la *Suda* nos informa de que Elio Harpocratión, un gramático contemporáneo de Augusto, escribió un libro sobre los embustes de Heródoto. Pero su parcialidad a favor de Atenas y de Pericles no alcanzó nunca grandes proporciones, y en la base de esta contención hay que ver sus convicciones éticas y religiosas, que actuaron en él de freno moral.

Escribió K. Reinhardt[61]: «Los conceptos del carácter del acontecer histórico se desarrollan a partir de formas previas religiosas. Tal como el concepto de época en nuestro sentido, en nuestro esquema más general de pasado, presente y futuro es de origen cristiano y se deriva de una forma de redención del mundo que nos ha sido transmitida juntamente con el cristianismo... de manera semejante la ley herodotea del paso del tiempo procede en último término de una raíz religiosa.»

Y éste es el momento de hablar de la religiosidad herodotea[62]. En el principio mismo del canto VIII de la *Ilíada* comprobamos que para Homero, Zeus gobierna con poder absoluto e irrevocable al resto de los dioses, el

mundo divino, pero en el lugar de la misma *Ilíada,* XVI, 441 pretende salvar a Sarpedón de la muerte inminente y Hera se lo impide echándole en cara que es del destino *(aisa,* sinónimo de *moira)* que su muerte sea ahora. Lo que no queda demasiado claro es si Zeus podía realmente retrasar la muerte de Sarpedón. Probablemente no; el profesor Dodds escribió[63]: «la moira se aduce, a mi parecer, porque los griegos solían hablar de cualquier desastre personal inexplicable como parte de su "sino" o de su "hado", queriendo decir simplemente que no podían comprender por qué ocurría, pero que, puesto que había ocurrido, evidentemente "tenía que ser"».

El papel que en Homero desempeña el destino en la Biblia lo asume Dios[64], el Dios de la revelación. La primera que Él hace de sí mismo se da en el libro del *Éxodo,* 3, 14, en el pasaje de la zarza ardiendo: «ego sum qui sum, sic dices filiis Israel: qui est misit me ad vos». Este texto ha sido interpretado de manera muy diversa a lo largo de la exégesis bíblica cristiana. Los escolásticos, capitaneados nada menos que por Santo Tomás de Aquino, le han dado una interpretación metafísica: Dios es el ser que existe por sí mismo, cuya esencia es existir. Pero la exégesis cristiana moderna ha relegado esta interpretación, sin rechazarla de plano, a un segundo término, su interpretación es más bien evasiva: mi esencia es incomprensible, nunca llegaréis a entenderla, yo soy el que soy[65], no hay en vuestras lenguas nombre que pueda designarme.

Desde luego, nunca en el pensamiento griego ha habido una línea nítida y clara de separación entre lo natural y lo sobrenatural tal como la hay en el pensamiento semítico y cristiano; si Dios, como leemos al principio del libro del *Génesis,* creó el hombre a su imagen y semejanza, Homero y sus antecedentes inmediatos, creadores de la religión griega, crearon los dioses griegos a imagen y semejanza de los hombres. En el mundo griego pululaban por todas partes adivinos, magos[66], curanderos, de los que se suponía que tenían una relación directa con alguna divinidad. Y ahí viene lo sorprendente en lo que se refiere a Heródoto: si al Dios de la Biblia no se le puede nombrar porque es innombrable (en ninguna de las dos interpretaciones que se han señalado se le puede asignar un nombre), Heródoto resume adjetivamente la realidad, la sustancia de la divinidad[67]: para él por encima de todo está «lo divino» *(tò theîon),* y nótese que en buena gramática griega aquí hay un caso

de atribución gramatical (adjetivo precedido *inmediatamente* del artículo), cuyo valor es delimitativo y excluyente. Por tanto, se separa nítidamente lo divino de lo que no lo es, y si pensamos que el adjetivo usado atributivamente equivale simplemente a un sustantivo abstracto la traducción exacta de la expresión herodotea *tò theîon* es «la divinidad»: ¡habremos llegado a una concepción nuclearmente monoteísta de la divinidad![68].

Pero en Heródoto esta divinidad está en la cumbre y resume sólo imperfectamente lo que tiene debajo, quiero decir que no hay una coherencia completa ni sistemática en el pensamiento religioso de Heródoto; mi especulación precedente sólo nos da un atisbo de lo que, en el fondo, pudo pensar y creer; hombre de su tiempo, se adaptó consecuentemente, con alteza de miras, a su época.

Heródoto parece sugerir alguna vez la equivalencia de todas las religiones. En el lugar II, 3 explica que no va a exponer todo lo que los sacerdotes egipcios le refirieron acerca de las cosas divinas *(ta theia)* porque cree que acerca de estos temas «todos los hombres saben igual» (mi traducción es literal). Y esta afirmación podría ser un paralelo al relativismo de Protágoras, indudablemente conocido, seguramente muy familiar a Heródoto: «el hombre es la medida de todas las cosas, de las que son en aquello que son, de las que no son en aquello que no son», es decir, cada religión satisface justamente las necesidades religiosas del pueblo que la profesa[69], ello sin excluir otra interpretación posible, dependiente aun más de Protágoras, en el sentido de que de las religiones en realidad no sabemos nada; Protágoras afirmaba: «de los dioses no tengo la posibilidad ni de decir que son ni que no son». Y ello no significaba que Protágoras fuera ateo, sino agnóstico desde un punto de vista racional, si bien desde un punto de vista práctico mantenía una actitud al parecer positiva ante los dioses[70]. Tal podría ser la actitud de Heródoto[71], que encajaría además con la crítica de Jenófanes a Homero por haber presentado en sus poemas a ciertos dioses protagonistas de acciones grotescas, como la batalla cómica librada por los dioses entre sí como antesala nada menos que del combate supremo entre Aquiles y Héctor, o de acciones infames, como los amores de Ares y Afrodita, en la *Odisea*. Heródoto sería *avant la lettre* un ilustrado del siglo XVIII.

Un tema clásico tanto de la tragedia ática como de Heródoto es el de la

envidia de los dioses (y aquí hay un primer desfase notable con la idea, apuntada, de la «Divinidad» herodotea). Heródoto enfatiza la relación entre la prosperidad y el pecado. Cuando pone en boca de Temístocles (VIII, 110) «que los dioses y los héroes envidian que un hombre pueda ser rey simultáneamente de Europa y de Asia, principalmente un hombre como éste, perverso e impío» atribuye un componente de maldad a estos dioses[72], pues nunca la envidia ha sido considerada nada bueno, nivelado por la soberbia y la impiedad de Jerjes: tal para cual. Por indefinible que sea el *tò theîon* de Heródoto, estamos muy lejos de él.

Pero Heródoto, probablemente recogiendo la idea del *cosmos* u ordenación que le proporcionaban sus contemporáneos presocráticos, afirma repetidamente que la mala conducta tiene su castigo, y que éste es peor en relación con la gravedad de la culpa. Como Esquilo, por quien Heródoto profesaba una gran simpatía, al igual que Aristófanes[73], nuestro historiador ve en la invasión de Grecia por parte de los persas un pecado de soberbia *(hybris)*, pero al mismo tiempo advierte en los fracasos y en los pecados de los hombres un componente humano: Creso fracasó por la rabia de los dioses, pero al propio tiempo porque su política exterior fue equivocada; es el componente racional jonio que penetra la inflexible y rigorista ética antigua y la hace algo moldeable. Lo mismo Jerjes: se vio empujado a la guerra no sólo por un sueño falsario[74], sino por el motivo estrictamente humano de su ambición; más tarde, ya en Salamina, le empujarán al desastre al alimón la envidia de los dioses y la bravura y la superior táctica militar de los combatientes griegos. Frente a la acción ciega e irrevocable del destino en Homero, en Heródoto hay un claro componente de iniciativa humana.

Heródoto distingue entre causas generales, que provendrían de maneras de ser, de circunstancias geográficas inamovibles, y otras causas que dependen de ellas: causas primeras y causas segundas[75]; señala que estas últimas encajan armónicamente con las primeras. Ello viene a cuento de lo siguiente: en el año 441 se representó en Atenas la tragedia de Sófocles *Antígona,* la cual en sus versos 441 ss. presenta una resonancia de las lecturas públicas que Heródoto hizo en Atenas de su *Historia*. En efecto, la justificación que Antígona hace[76] del hecho de haber sepultado a su hermano sigue a la letra las razones que Intafernes da a Jerjes para preferir salvar a su hermano antes

que a su marido y a sus hijos (III, 119). Grant[77] insinúa, aunque no lo dice claramente, una posible doble lectura de las palabras de Intafernes, o sea, un doble sentido: el suyo, el que ella de verdad intentaría (salvar a su hermano antes que al marido y a los hijos) y otro, típicamente sofístico, destinado a convencer a Jerjes. Grant insiste en que ambos autores usan persistentemente de este método para justificar el incumplimiento de oráculos, o porque han sido mal interpretados, o porque se han puesto medios inadecuados para satisfacerlos. De modo que un componente de libertad, de independencia, en el hombre no se puede negar, aunque sea la triste elección de un camino equivocado. Como sea, nos alejamos del fatalismo homérico: la profecía, el vaticinio, el oráculo —¡y hay tantos en Heródoto![78]— nos dan un espacio cierto de libertad.

Pero no falta la indiferencia. En algún lugar de su *Historia* Heródoto nos cuenta que los atenienses creen que en su Acrópolis vive una gran serpiente: «yo ni lo creo ni lo dejo de creer, pero ellos le ofrecen tortas con miel, que realmente desaparecen» hipotéticamente comidas por una serpiente. En la religión y en la creencia de Atenas esta serpiente tenía su relevancia, pero aquí Heródoto se muestra indiferente, y quizás eche en cara a la gente sencilla su credulidad. Tampoco nosotros creemos en brujas...

Y por aquí, naturalmente, asoma cierto escepticismo: «Los caldeos dicen —pero yo no me lo creo— que en Babilonia el dios acude personalmente a su recinto y pernocta en él, tendiéndose en una cama» (I, 132), o bien (VII, 129): «los tesalios dicen que el desfiladero por el que discurre el río Peneo fue abierto por el dios Posidón, pero yo creo que se debió a un terremoto».

Digamos sin tapujos que este escepticismo es sano. Pero lo más sorprendente es que en Heródoto aparece plenamente el caso de conciencia (II, 45): «Si Heracles era un simple mortal, y dicen que lo era, y sólo tenía dos manos, ¿cómo se puede explicar que matara a decenas de millares de hombres? Pero espero que tanto dioses como héroes me perdonarán por haber dicho lo que he dicho sobre estos temas»[79].

Si antes se habló de una eventual mala imagen de los dioses (¡no de la Divinidad!) en la obra de Heródoto, en el sentido contrario leemos[80]: «Muchas cosas me prueban que los dioses intervienen en las acciones humanas» (IX, 100). Y se aduce el caso (IV, 152) de Coleo de Samos: fue

providencia de los dioses que se levantaran unos vientos que empujaron a Coleo de Samos hacia occidente, para que llegara a cruzar las Columnas de Heracles y arribara al país de los tartesios. En otro lugar (VI, 84) se alegan varias causas para explicar la muerte del rey espartano Cleómenes I, pero se acepta sólo la versión de que su muerte fue un justo castigo de los dioses. En el primer caso se alude a la providencia, en el segundo a la justicia de la divinidad. Lo decisivo en el enjuiciamiento de la divinidad es la actitud, siempre positiva para el hombre. Es sus tres últimos libros, quizás por influencia de Atenas y de los trágicos, Heródoto acentúa mucho la dirección divina de los hechos humanos. Normalmente señala con cuidado los límites, las situaciones límite de los hombres, pero no lo hace nunca con los dioses, lo cual quizás sea lo más destacado en el perfil de su religiosidad, algo que rayaría en la omnipotencia. Aquí hay algo más que un homenaje, hay una convicción. Pero estas intervenciones de los dioses son favorables a los hombres. Heródoto parece estar en la dirección que culminará en el «sofista»[81] Eurípides: «si un dios comete algo malo, es que no es un dios». Esta *contradictio in terminis* parece conectar directamente con aquella concepción del *tò theîon* de que hablábamos oportunamente. Con todo lo que se queda fuera, a derecha e izquierda, naturalmente.

Ya hemos anotado más atrás que en Heródoto hay muchos oráculos que en realidad son *vaticinia ex eventu*. Hay también en abundancia portentos y sueños; los oráculos se dan siempre en hexámetros dactílicos, lo cual refuerza, evidentemente, el nexo que hay entre Homero y Heródoto, porque incluso en su técnica y en su factura el hexámetro digamos herodoteo recuerda mucho al homérico. Y una primera consideración: tal como el hexámetro homérico ha sido redactado por la musa, el hexámetro herodoteo, en una ficción literaria, sin duda alguna, no lo ha redactado Heródoto, sino los intérpretes de la sacerdotisa de Apolo en Delfos, que, tras mascar unas hojas de laurel que la ponían en estado frenético, fuera de sí, extático en el sentido etimológico de la palabra, redactaba, ponía en verso la respuesta del dios. El componente mediático establece un paralelismo. Pero la actitud de Heródoto siempre es de más contención que la homérica. Como hemos visto ya anteriormente, al principio mismo del canto II de la *Ilíada* Zeus envía a Agamenón un sueño engañador, con la misión específica de engañarle;

refiriéndose a la batalla de Salamina, el triunfo griego en el cual había vaticinado un cierto profeta Bacis, en VIII, 78 dice Heródoto: «Y por cierto que no puedo negar la veracidad de los oráculos, pues cuando reparo en casos como el siguiente[82], no pretendo tratar de discutir su claridad meridiana.» Da el texto del oráculo y concluye: «En casos como éste, y ante la tamaña claridad con que habla Bacis, yo, personalmente, no me atrevo a plantear objeciones a propósito de sus oráculos, y tampoco las admito en los demás.» Ahora bien: este Bacis es por dos veces objeto de las burlas de Aristófanes. En *Los caballeros,* vv. 121 ss., la situación es la siguiente: el desvergonzado paflagonio (alusión al demagogo Cleón) que pretende engañar al *demos*, al pueblo de Atenas, se ha dormido en escena tan profundamente, que entran en ella dos servidores del demo y consiguen arrancarle de la mano un escrito que es nada y más y nada menos que un oráculo de Bacis[83] referido al mismo paflagonio. En una secuencia larga, que aquí, naturalmente, no puedo reproducir, se llega a la conclusión de que el paflagonio será desbancado por alguien que sea más sinvergüenza que él, el cual, siguiendo la magistral técnica teatral de Aristófanes, entra inmediatamente en escena: es el choricero. En este pasaje de *Los caballeros* la figura de Bacis no queda demasiado mal, con la reserva de que en el v. 124 se le trata de borracho. Pero su oráculo se cumple, y aquí esto es lo fundamental. Muy diferentes son las cosas en *La paz,* en que Bacis vuelve a aparecer (vv. 1003 ss.) pero ahora muy ridiculizado. No se puede negar que quien le desacredita es un competidor, un colega y rival en el oficio, Hierocles, por lo que aquí el motivo de la rivalidad entre colegas debe desem-peñar su papel. Pero aquí a Bacis le pueden engañar las ninfas, y lo que es peor, incluso los hombres.

Pienso que este claroscuro de Aristófanes nos traslada, disminuyendo los reflejos, a la realidad del mundo que vivió Heródoto por lo que hace a los oráculos. Los que le acusan de excesiva credulidad ignoran que sus lectores y oyentes eran gente sencilla, de pueblo, y los que le acusan de incredulidad ignoran el poso, realmente existente en él, de religiosidad. No se olvide que la concepción del *tò theîon* al que se ha aludido ya bastantes veces, la compartía con el presocrático Anaximandro.

Sin embargo, podemos conceder que los que le acusan de credulidad a veces tienen sus motivos. El dios que en Heródoto goza de más veneración es

el luminoso Apolo, y cuando los bárbaros se acercan a su templo principal, el de Delfos, caen peñascos y suena el trueno como señal de una desgracia inminente[84]. Pero esto es más bien excepcional: esta credulidad extrema por parte de nuestro historiador, ¿no será un homenaje a tal divinidad, por la cual debía sentir un especial afecto?[85].

Además, los oráculos délficos tienen en la *Historia* de Heródoto una función accesoria, pero importante, que no se puede ignorar: son la instancia suprema que decide la responsabilidad, eventualmente la culpabilidad de los hombres. Es el dios Apolo el que decide: con el prestigio residual de los hexámetros épicos formula sus declaraciones ambiguas, con lo cual siempre le queda el recurso de alegar que ha sido mal interpretado.

Sobre el concepto de «bárbaro» en Heródoto

La epístola que Pablo de Tarso envió a los colosenses nos pone ante una realidad indiscutible: para él los escitas no eran bárbaros. En efecto, tratando del hombre nuevo que representa el cristiano escribe (3, 11) que en él *non est gentilis et iudaeus, circumcisio et praeputium, barbarus et scytha, servus et liber*. Las oposiciones aquí establecidas (en la convicción de que el hombre cristiano las subsume todas) son contrarias, de modo que el gentil (o pagano) no es judío, el circuncidado no es incircunciso (aquí la oposición es contradictoria, la pura negación), el escita no es bárbaro, el siervo no es libre. Evidentemente, la explicación del texto sólo puede ser cristiana: la carta de Pablo a los gálatas 3, 27 ilumina este lugar: «Todos los que habéis sido bautizados para uniros a Cristo os habéis revestido de Cristo. Ya no cuenta ser judío o griego, esclavo o libre, hombre o mujer. Todos somos una sola cosa en Cristo.» Pero el autor de la carta a los colosenses debía tener un fundamento objetivo real que hiciera su carta totalmente comprensible a sus destinatarios, *ergo:* en amplios, amplísimos círculos de población del siglo I de nuestra era los escitas no eran tenidos por bárbaros.

En cambio, en la conocida *Epístola a Diogneto,* que parece ser un retórico cristiano del siglo II, se regresa a la noción más tradicional. En efecto, escribe de los cristianos: «habitando ciudades griegas o bárbaras, según la suerte que

a cada uno le cupo»[86].

¿Y qué en tiempos de Heródoto? ¿O, mejor dicho, en su obra?

Heródoto parte del modelo homérico[87] de confrontación entre griegos y bárbaros[88]. En la *Ilíada* son «bárbaros» los carios porque hablan una lengua no griega, e ininteligible para los griegos (II, 867). Nada más, y hay que notar que ello no connotaba nada peyorativo; de alguna manera los poemas homéricos juegan con esencialidades, y griegos y troyanos hablan entre sí y se entienden porque lo exige el argumento, cuando estos últimos debían hablar una lengua probablemente no indoeuropea: Glauco y Diomedes en el canto VI de la *Ilíada* y cuando Héctor habla a los aqueos y les propone detener la lucha para dar paso a un duelo personal entre él y Paris...

El concepto de «bárbaro» en su polivalencia semántica surgirá después, y alcanza para nosotros su culminación en todo el abanico semántico del término en los conocidos versos de la primera Bucólica de Virgilio, vv. 70:

> Impius haec tam culta novalia miles habebit
> barbarus has segetes[89]

Virgilio ha dado el vuelco.

Muy recientemente la profesora Rosa Araceli Santiago ha tratado el problema del origen del concepto de «lo bárbaro» documentándolo en Tucídides[90], pero dando referencias muy oportunas al contenido del concepto de «bárbaro» en Heródoto.

El concepto de «bárbaro» se forma en el periodo que va de Homero a Heródoto, porque los griegos van alcanzando, progresivamente, una nueva visión de sí mismos. La causa de esta transformación cultural es doble: las colonizaciones y las guerras médicas[91]. El ataque persa fomenta como reacción un sentimiento más general de grecidad, pero desde la perspectiva que nos ocupa el fenómeno de la colonización es más relevante.

Desde el año 750 a.C. oleadas sucesivas de emigrantes griegos se establecen en los dominios del mar Egeo y del Mediterráneo oriental, establecidos «como ranas en un estanque» según la jocosa observación de Platón, *Fedón,* 109b. Hacia el año 500 a.C. la colonización griega en estos dominios había alcanzado una densidad enorme. Pero estos griegos emigrantes no rompieron jamás los vínculos que les unían a su «ciudad

madre» (metrópolis): conservaron sus instituciones y sus cultos fundamentales. Por ahí nació un concepto totalmente nuevo de grecidad, de helenismo, y, por otro lado, estos griegos necesariamente compararon, y advirtieron con fuerza su superioridad cultural y política sobre los pueblos nativos, el entorno que les rodeaba. Y «bárbaro» empieza a significar «ser inferior».

Pero resulta cuestionable que Heródoto haya compartido, al menos totalmente, esta opinión, que, sin embargo, él observaría en otros contemporáneos suyos, filósofos o logógrafos. Paul Cartledge[92] ha notado que la *Historia* de Heródoto representa una reacción contra esta concepción cultural patriotera y abrumadoramente negativa: su proyecto fue de recuperación de valores en una exposición muy objetiva: es muy sintomático que al principio mismo de su obra Heródoto declare que quiere reivindicar las gestas de los griegos y de los bárbaros indistintamente.

Heródoto debe pertenecer a una fase muy temprana en la formación del concepto de «lo bárbaro». La profesora Santiago señala que, en general, la polaridad expresada por la oposición «griego/bárbaro» puede incorporar un concepto meramente descriptivo, es decir, «griego/no griego», ya sea lingüística, étnica o geográficamente, pero que también puede incorporar un concepto fuertemente peyorativo, presentado como un antimodelo cultural, caracterizado por el despotismo político y el primitivismo de sus costumbres[93]. Por ahí pasaríamos a las guerras médicas como segunda causa en la formación del concepto de «lo bárbaro».

Edmond Levy[94] acepta de Grant la afirmación de que el lugar V, 27 es el punto de inflexión de la *Historia* de Heródoto, y analiza el uso del término «bárbaro» en nuestro autor. En la primera mitad de la *Historia* de Heródoto el uso del término es muy etnográfico, y no comporta ningún rasgo peyorativo; se documenta sólo veinticuatro veces; en la segunda mitad se documenta ciento setenta y nueve veces, y designa prácticamente siempre al invasor persa, al rey persa..., a pesar de lo cual el término muy pocas veces adquiere un sentido despectivo, que es lo que normalmente esperaríamos. Resumiendo el artículo de Levy, en su uso etnográfico el término «bárbaro» en la primera mitad de la obra, hasta el lugar V, 27 es helenocéntrico, es decir, las realidades extranjeras están vistas desde una óptica griega[95], lo cual no

excluye que alguna vez, realmente pocas, algún elemento griego pueda ser visto desde una óptica foránea, «bárbara». Esto implica un relativismo que, naturalmente, tiene sus límites: todos los hombres de todos los pueblos creen que sus *nómoi* (usos, costumbres, culto, religión) son superiores a los de los demás pueblos.

Se va avanzando en el camino: las costumbres *(nomoi)* griegas parecen estar a medio camino entre las persas y las egipcias, con una primera conclusión importante: hay algunas costumbres bárbaras mejores que las griegas o, por lo menos, equiparables a ellas en un juicio de valor. Heródoto no lo emite cuando trata la poligamia, admitida por los persas, y la monogamia practicada por los griegos[96]: tan aceptable es lo uno como lo otro. De modo que hay algún grupo de pueblos «civilizados» (Grecia y algún otro) frente a un grupo de pueblos salvajes, «bárbaros». Y los griegos no están necesariamente a la cabeza de los civilizados.

Pero es que Heródoto da un paso más, y en ciertas ocasiones prefiere a los bárbaros. Ya se habló de las convicciones religiosas de Heródoto, pero hay que volver a ellas: en el ámbito religioso algunos bárbaros son superiores a los griegos. Heródoto insiste mucho en la antigüedad de las tradiciones religiosas egipcias, de las que parece afirmar que han influido en las griegas. Subraya el valor de la religión de los persas, que cuando ofrecen un sacrificio han de rogar por la prosperidad de todo el pueblo persa y de su rey[97], sin limitarse a rogar egoistamente sólo por ellos mismos (I, 132). En un rasgo parejo al Antiguo Testamento, los persas no erigen imágenes ni consagran altares ni levantan templos[98]. La religión griega (aquea, homérica) es antropomórfica, y por eso levanta templos y erige imágenes; en ello es inferior a la persa; Heródoto *philobarbaros*[99].

Un componente de la barbarie es la crueldad, segundo rasgo apuntado por Levy, quien aduce en abundancia pasajes de Heródoto que documentan en los bárbaros una crueldad que a veces raya en lo espantoso, pero es que, si bien en menor grado, la documenta también entre los griegos: los atenienses arrojaron al báratro[100] a los heraldos del rey Darío que les llegaron (VII, 133); por aquí Heródoto es paralelo a Eurípides, que también describirá crímenes horrendos cometidos por los griegos.

Y Heródoto establece excepciones entre los bárbaros: no admite la historia

de Busiris porque ¿cómo van a matar a hombres los egipcios, si respetan la vida de los animales (II, 45)? No matan animales: en ello dan una lección a los mismos griegos. No hay clasificaciones absolutas: desde ciertos puntos de vista algún pueblo bárbaro es superior al griego: Heródoto *philobárbaros*[101].

Porque Heródoto establece claramente que ni las diferencias raciales, etnográficas ni la diversidad de creencias religiosas no destruyen la unidad superior del género humano. Reconoce, naturalmente, que los pueblos bárbaros hablan lenguas distintas, cada uno la suya, pero cita palabras escitas y egipcias[102], y cuando las incorpora a su contexto griego les da carta de igualdad; tienen entitativamente el mismo valor y categoría que las palabras griegas. El caso más relevante en este sentido lo encontramos al principio mismo del libro II[103]: el rey egipcio Psamético quiere averiguar si el frigio es un pueblo más antiguo que el egipcio, y hace aislar a unos niños de modo que no aprendan a hablar oyendo a nadie, porque quiere comprobar la primera palabra que espontáneamente pronuncien. Y la primera palabra que los niños pronuncian es *becos;* Psamético manda investigar a qué idioma pertenece esta palabra que resulta ser el nombre frigio para el «pan». *Ergo,* el pueblo frigio fue anterior al egipcio. Pero lo que aquí interesa señalar es la convicción implícita, pero clara, por parte de Heródoto de que las lenguas no distinguen ni diferencian racialmente a los pueblos que las hablan. En efecto, la necesidad de alimentarse es universal, y el pan existe en todas partes, de manera que la palabra griega *arton* y la frigia *bekos* son absolutamente equivalentes y arguyen idéntica categoría para los pueblos que hablan las lenguas griega y frigia.

Muy instructivo desde este punto de vista es el pasaje en que se explica la fundación del oráculo de Dodona, en la costa del Epiro (II, 57). Empieza por referir exactamente la tradición recibida: tal oráculo fue fundado por una paloma. Pero comenta esta afirmación: «A mí me parece que los dodoneos llamaron palomas[104] a estas dos mujeres porque eran bárbaras y daba la impresión de que emitían sonidos como los pájaros.» Pero la mujer que accedió a Dodona aprendió la lengua del país y habló griego, con lo cual dejó de ser bárbara sin cambiar de naturaleza. *Ergo*... Muchos años antes de que Heródoto redactara su *Historia* el primer poeta lírico occidental, el lidio Alcmán de Sardes, había escrito en Esparta «Me sé los cantos de todos los

pájaros» (fragm. 40 P), texto del cual no tenemos ningún contexto, pero si pensamos que era un lidio (cuya lengua vernácula no fue el griego) bien podría ser que aquí el poeta se jactara de saber idiomas. Los gelonos (IV, 108) hablaban una lengua mezclada, en parte griega y en parte bárbara[105], a consecuencia de una historia de invasiones y emigraciones. De modo que los criterios de lengua no autorizan a establecer una diversidad esencial entre los distintos pueblos de la tierra; las diferencias de lengua no rompen esta igualdad esencial. Pero en Heródoto encontramos una premonición de algo que en nuestro siglo (y en ciertos siglos precedentes) resultará trágico. En el pasaje I, 147 habla de «los jonios puros», es decir, sin mezcla racial de ningún tipo, para no admitirlos; inmediatamente antes (I, 146) ha negado que haya unos jonios más jonios que otros, y se ha referido al origen de muchos de ellos, procedentes de mezclas de poblaciones. Para nosotros esto podría ser simple erudición, pero nos produce escalofríos cuando recordamos las doctrinas nazis sobre la pureza y la superioridad de la raza aria y los crímenes que la aplicación de estas teorías motivó, el holocausto judío (Auschwitz), por ejemplo.

Tampoco la diversidad de creencias y de prácticas religiosas rompe la esencial unidad del género humano. Ya se ha aludido al hecho de que Heródoto procura encontrar los equivalentes griegos a las divinidades de los pueblos bárbaros, y poco más hay que decir acerca de esta consideración. Levy llama a esto *interpretatio graeca*[106]: los dioses no se definen ni por sus nombres, ni por los ritos de sus cultos, ni por sus historias, sino por sus funciones en el panteón universal. Y como en lo fundamental todos los hombres son iguales, hay un dios de la guerra llamado *Ares* por los griegos, *Mars (Mavors)* por los romanos, hay una diosa del amor llamada *Afrodita* por los griegos, *Venus* por los romanos, *Mitra* por los egipcios[107]. Lo mismo cabe decir de las prácticas religiosas: la circuncisión, practicada por etíopes y egipcios[108]. Los griegos —razona Heródoto—, pueblo relativamente joven, se han beneficiado de las creencias religiosas de pueblos más antiguos que les rodeaban (II, 50), lo cual arguye una esencial unidad entre todos. Los egipcios enseñaron a los pelasgos, pobladores míticos, pregriegos, bárbaros por tanto, los nombres de la mayoría de los dioses, que los griegos admitieron y conservaron (II, 52), completando, en todo caso, la teogonía; hay una

alusión explícita a Homero y a Hesíodo (II, 53). De modo que por criterios religiosos no se pueden argüir diferencias esenciales entre los diversos pueblos.

Heródoto admira la receptividad mutua de los pueblos bárbaros entre sí y la de ellos ante Grecia, y la de Grecia ante ellos, de modo que cuando expresa su aprecio por lo bárbaro *(philobárbaros)* nos dice automáticamente su predilección por lo griego, en una complementariedad indicativa del espíritu jonio (¡presocrático!) que anima su obra.

Probablemente con menos relieve, Heródoto es el continuador de un rasgo homérico bien evidente en la *Ilíada:* la simpatía por los vencidos. Es indudable que Homero nos da una visión a veces conmovedora, y siempre muy noble, de la ciudadanía troyana. Heródoto, no tan acusadamente, le sigue los pasos. En efecto, en él no encontramos aquella segunda alternativa señalada por la doctora Santiago, la de «bárbaro» en un sentido fuertemente peyorativo. Admitiendo con Grant y con Levy que el pasaje V, 27 es un punto de inflexión en la *Historia* herodotea, pues a partir de ahí se enfoca directamente el tema de las guerras médicas, las batallas de Maratón, Salamina y Platea, con el incidente anterior del paso de las Termópilas, una lectura atenta del texto herodoteo hace percatarnos del empleo casi permanente de la técnica que podríamos llamar del «sí, pero...». Me explicaré: Heródoto, por ejemplo, nos da la visión griega acerca de la aplastante superioridad numérica de los persas, en combatientes de infantería en Maratón, y en el número de naves en Salamina; nota que la superioridad táctica[109] y la mayor nobleza moral de los griegos fueron el contrapeso efectivo[110]. Pero aduce razones suplementarias que ayuden a explicar los descalabros persas. Entre las tropas persas había contingentes griegos (VII, 185) que prestaron un flaco servicio a la causa persa; en IX, 40 dice literalmente: «los tebanos[111]... llevaban audazmente su caballería al ataque, como para combatir, pero entonces lo asumían los medos y persas, que daban pruebas brillantes de su valor». En la exposición del desastre persa de Salamina, Esquilo y Heródoto difieren claramente de perspectiva. El poeta trágico *(Persas,* 353-432) ve sólo la enorme hazaña griega, el ardid inicial de mandar un emisario a Jerjes para que le engañe acerca de los propósitos de los griegos de retirarse (candidez de Jerjes en darle crédito) y luego la táctica

superior de los griegos, que encajonan la armada persa de modo que no pueda explotar su superioridad numérica, el valor de los combatientes, indicado por su canto de batalla («Hijos de los griegos, id...»), el pasmo y sorpresa de los persas.

Heródoto no puede negar la realidad objetiva: los hechos transcurrieron así, pero *errare humanum est:* los persas se equivocaron porque Jerjes confió demasiado en los suyos y en su superioridad naval. Su flota no era como antes: había sido diezmada por una tormenta (VIII, 68), creyó que su presencia personal allí elevaría la moral de los suyos (VIII, 69). El descalabro de Platea se debió a la muerte de Mardonio, sucedido por un general poco hábil y muy pagado de si mismo (IX, 63). Lo que Heródoto, a fin de cuentas nos dice es que los griegos ganaron, pero que podían perfectamente haber perdido. Léase entre líneas: quizás no haya para tanto... Heródoto *philobarbaros*...

Píndaro, nacido hacia el 522 a.C., compuso un himno a la ciudad de Atenas, parece que con motivo de la batalla de Artemisio (fragmentos 64-66): «¡Espléndida, coreada en los cánticos, coronada // de violetas, baluarte // de Grecia, ilustre Atenas, divina ciudad!» A tono con esta alabanza, que Heródoto pudo muy bien haber leído, la ciudad de Atenas es la única población griega que brilla en Heródoto como un día sin ocaso, cuyo lugar supremo sería VIII, 3, donde se dice que Atenas cedió el mando militar a Esparta «porque atribuía la máxima importancia a la supervivencia de Grecia», pero puede verse también el elogio de los atenienses tras la batalla de Maratón (en VI, 112). Por lo demás, Heródoto no tiene inconveniente en ofrecernos el turbulento mapa político de Grecia en la época de las guerras médicas. Los tesalios se han declarado fervientes partidarios de los persas por la insolidaridad del resto de los estados griegos, que se negaron a defender sus territorios, y principalmente sus puntos de acceso a ellos (VIII, 27-30). El anciano rey de Esparta, Demarato, e Hipias, el anciano hijo del tirano ateniense Pisístrato, se declararon partidarios de los persas ante las guerras internas, casi podríamos decir civiles, que asolaban Grecia (VI, 70; VII, 6). Los griegos decidieron poner fin a sus conflictos internos (hay una alusión concreta a la guerra que sostenían atenienses y eginetas) para combatir a los bárbaros, pero siempre se interesaron más por sus rencillas con la ciudad

vecina que por la lucha contra el invasor (VII, 145). Heródoto[112] establece claramente dos grupos: los griegos «animados por los mejores deseos en lo tocante a Grecia» (VII, 145), «deseosos de libertad» (VII, 178), «de combatir al bárbaro» (VII, 132), «de no ser traidores a Grecia» (IX, 60), que forman un grupo muy reducido alrededor de Esparta y de Atenas, la galvanizadora, esta última, de los griegos que no sintieron simpatías por los medos (VII, 139). Y el resto de países griegos, egoístas e insolidarios.

Podría decirse que Heródoto trata, con sumo cuidado, de establecer un parangón: de la misma manera que el imperio persa estaba formado por una gran cantidad de pueblos heterogéneos sometidos, pero con sus propios afanes e intereses también, aunque en menor escala y con intensidad menor, Grecia ofrece un mosaico semejante, de países ciertamente griegos, pero con intereses encontrados y opuestos, con un fuerte componente de egoísmo en sus conductas. En fin, que no se diferenciaba demasiado de los bárbaros. Levy cierra su estudio con estas palabras[113]: antes de las victorias de Salamina, Platea y Micale «il y avait toujours beaucoup de Grecs dans le champ perse et le front commun des Grecs, qui, avec l'aide des dieux, aurait repoussé l'envahisseur, n'est jamais qu'un mythe justificateur».

Pero el problema se había presentado ineluctablemente, y había que hallar una solución. La realidad era que los persas representaban una amenaza peligrosa, de la que había que zafarse. En general no se trataba de verse reducido a la esclavitud[114], pero el rey persa se arrogaba la soberanía universal, lo cual podía repercutir en una sumisión más teórica que práctica[115], pero también en una integración en una satrapía. Tampoco el *status* de aliado significaba gran cosa, como demostró elocuentemente la ciudad de Mileto.

Lo decisivo fue que los persas representaban un peligro para Grecia entera, y que ésta reaccionó de la mejor manera pensable: pasó los intereses particulares de cada ciudad y de cada país a un segundo plano, y se dio prioridad a los intereses de todo el país griego: se constituye la Liga Panhelénica, VII, 145, que «reunió a todos los griegos partidarios de Grecia». Ya se habló de la actitud de los atenienses, que cedieron el mando indisputadamente a los espartanos.

Aquí cabe ver el desarrollo de algo que nuclearmente ya se dio en la épica:

también los aqueos se coaligaron de algún modo para vengar una ofensa inferida a Esparta en la persona de su rey Menelao, de modo que ha habido un desplazamiento geográfico hacia Atenas, ha habido una mejor organización (pues hay que suponer que la organización de los aqueos ante Troya fue nula) e incluso, si hacemos correr la fantasía, en la cesión, por parte de Atenas, del mando militar a Esparta se puede ver un homenaje (inconsciente) al país ofendido que desencadenó la primera confrontación bélica entre Asia y Europa.

Esta liga panhelénica envía mensajeros a Argos y a Sicilia, y aquí las palabras de Heródoto son notabilísimas, VII, 145: «Sopesaron si de alguna manera Grecia podía convertirse en una unidad y si en una acción común podían hacer todos lo mismo, puesto que la desgracia se aproximaba a todos los griegos sin excepción.» Estamos en el momento inaugural de una nueva concepción de país, de patria común.

Porque la sumisión a Persia no era algo teórico, y repercutía en las existencias personales. El problema de conciencia planteado a Sócrates, y que vivimos emocionadamente al leer el diálogo platónico *Critón*, cuando sus discípulos le ofrecen salvar su vida escapándose del calabozo, lo que significaba la infracción de las leyes de Atenas, cuya vigencia infrangible Sócrates había proclamado, ya se prefigura aquí, en el discurso del espartano Demárato: cuando los hombres libres obedecen la ley se convierten en unos combatientes más bravos que aquellos que luchan por temor al rey[116]: la conducta de los espartanos que murieron combatiendo en las Termópilas da buen testimonio de ello, como lo atestigua el conocido epitafio que les dedicó Simónides de Ceos.

Se habló ya de la glorificación de Atenas, pero aquí surge, accesoriamente, otro motivo: Atenas pudo jugar en las guerras médicas un papel tan brillante y decisivo precisamente porque se había desembarazado de la tiranía, lo que acreció el valor y el coraje de sus ciudadanos. El tirano ateniense y el rey persa: de lunes a martes poco te apartes...

Ya en un momento muy tempranero de su obra, en el *logos* persa (III, 80-82), Heródoto teoriza sobre los regímenes políticos, contrapone la isonomía y la monarquía (en el sentido etimológico de la palabra: «gobierno de una sola persona») y rechaza esta última, por los peligros que el gobierno de una

persona entraña: no debe dar cuenta a nadie, influencias que se pueden ejercer sobre él, incluso volubilidad de carácter... En Atenas, Solón estableció los tribunales de justicia, que podían y debían decidir objetivamente.

Pero el retrato que Heródoto nos hace de Jerjes no es el de un personaje total y esencialmente perverso: tiene rasgos de clemencia al lado de otros de suma crueldad. Aquí la enseñanza máxima de Heródoto es que las ciudades y los países deben ser gobernados y administrados por instituciones y no por hombres. Y esto sí que es una innovación a nivel universal, fundada a la vez en consideraciones sobre los bárbaros y sobre los griegos.

* * *

Al cabo de mi trabajo introductorio quiero señalar que muy recientemente Heródoto ha sido traducido al vascuence por el helenista Iñaki Usabiaga Suquia[117]. También la Fundació Bernat Matge publicará próximamente una versión íntegra de nuestro autor al catalán. Será estupendo que lo haga. Yo, por mi parte, cuando la amistosa mediación del doctor Antonio López Eire me ofreció la posibilidad de traducir Heródoto al castellano[118], acepté inmediatamente, porque tengo la firme convicción de que debemos fomentar todas las culturas del país sin prejuicios excluyentes, y tener Heródoto en castellano —no puedo ignorar la excelente versión de Heródoto que nos ofreció el doctor Carlos Schrader—, en vascuence y en catalán reflejará casi en su totalidad la espléndida geografía cultural de este país y la hermandad de sus culturas que asume fraternalmente a todos sus ciudadanos, les enriquece y les une y liga en una unidad superior[119].

---

1 Extraigo la cita de Schmid-Staehlin, *Geschichte der Griechischen Literatur*, I. 2, Múnich, 1959, reproducción fototípica de la edición de 1924, pág. 552. Advierto ya desde ahora que este mi trabajo introductorio se apoya ampliamente en este estudio, sin renunciar, naturalmente, ni al componente interpretativo personal que la lectura de Heródoto me posibilita ni a la eventual consulta de otra bibliografía cuando ello resulta aconsejable.

2 Michael Grant, *The ancient historians*, Duckworth, 1995, pág. 23.

3 A este origen dorio se debe, probablemente, que trate con respeto y deferencia la ciudad

de Esparta.

4 Escribió un poema titulado *Ionica* sobre el origen de ciertas ciudades jonias del Asia Menor, la cual podría estar en la base de la vocación literaria de Heródoto.

5 Si la lengua de su infancia fue el dialecto dorio, no es seguro que supiera el jonio. Recientemente un estudioso alemán se ha planteado la cuestión de si la poetisa Safo compuso sus poemas en eolio simplemente porque no sabía ático.

6 También fue Pericles el que conectó a Heródoto con el círculo cultural cuya figura más destacada era el poeta trágico Sófocles.

7 Se ha señalado que el interés por las guerras médicas que experimenta Heródoto se debe precisamente a sus estancias en Atenas, cfr. Grant, *op. cit.*, pág. 33, y a la irreversible admiración que por Atenas sintió. Lo cual llegó a configurar su obra, pues, como se puede pensar, su primitivo proyecto de escribir simplemente un tratado sobre Persia *(Persiká)* pasó a centrarse en estas guerras precisamente.

8 Algunos estudiosos afirman que su *Historia* tal como nos ha llegado responde a esta estancia, sin pretender, naturalmente, que la hubiera redactado allí, sólo que en este lugar le dio la forma definitiva, trabajó sus materiales preexistentes.

9 En el lugar VI, 131 Heródoto le erige un monumento cuando explica que su madre Agarista, embarazada de él, tuvo en sueños la visión de que paría un león.

10 Aunque el parecido probablemente es falaz; en efecto, no se explica la reducción del dígrafo -*nn*- a una sola *n*.

11 Algo parecido a la lucha de clases, a la revolución. *Nihil novum sub sole!*

12 Edmond Lévy, «Basileús et túrannos chez Hérodote», en *KTEMA*, núm. 18, Universidad de Estrasburgo, págs. 1-8.

13 Translitero los términos de manera algo diferente a como lo hace el sabio francés.

14 Con la notable excepción de los tiranos de Atenas, que lo son de los habitantes de la ciudad.

15 Así, con este título; alguna vez he traducido, por motivos de estilo, «monarca».

16 La traducción es literal.

17 Señalo que el doctor J. M. Alonso Núñez publicó un interesante trabajo sobre el tema: «Herodotus on the Far West», en *L'Antiquité Classique*, 56, 1987, págs. 243-249.

18 Con una referencia a la divinidad que muchos no podemos entender.

19 En inscripciones arcaicas que registran arbitrajes el término *historia* significa «evidencia», cfr. Gregory Nagy en «Mythe et prose en Grèce archaïque; l'*aînos*», en *Metamorphoses du mythe en Grèce antique* (Cl. Calama ed.), pág. 232.

20 Aunque el motivo aducido explícitamente es el de la venganza: los persas quieren vengar la ayuda que los atenienses y los de Eretria, en Eubea, prestaron a la ciudad de Mileto sublevada contra el poder imperial.

21 Y ésta es una de las causas de la grandeza de Grecia.

22 Sería necio desconocer la entidad del hexámetro dactílico homérico como portador de una creación artística. Lo que quiero decir es lo siguiente: en su origen el hexámetro dactílico fue simplemente una creación para ayudar a la memoria, pero el genio griego lo explotó de una manera tal que lo hizo capaz, mediante las cesuras y la distribución del material léxico en el verso, de crear auténticas maravillas. La *Ilíada* y la *Odisea* son una clara prueba de ello, pues al lado de muchos hexámetros de forma y contenido muy vulgares tienen otros que nos ofrecen la perfección arquitectónica de un templo. Y en latín, el hexámetro virgiliano es un puro prodigio.

23 En *Ilíada*, XX, 193, Aquiles afirma que ha privado de libertad a unas mujeres de una ciudad que conquistó, lo cual indica, muy sumariamente, la existencia de personas libres en su época, pero de ahí a la *polis* griega debe ir un abismo. Lo de siempre: Homero es el origen. El lugar de Homero citado juega más bien a la contra: mujeres no esclavas.

24 Escribe el profesor López Eire, cfr. Antonio López Eire y Carlos Schrader, *Los orígenes de la oratoria y la historiografía en la Grecia Clásica*, Universidad de Zaragoza, 1994, pág. 11: «... la sociedad griega, desde sus orígenes y a partir de ellos durante un tiempo más largo de lo que se suele imaginar, es una sociedad oral, una sociedad de cultura basada en la expresión oral, una sociedad en la que sobre la escritura prevalece la oralidad».

25 En aquellas fases tan primitivas de la civilización griega los griegos estaban en una situación límite; no podían darse cuenta, como el bueno del señor Jourdain en *El burgués gentilhombre* de Molière, de que hablaban en prosa... La poesía no existía.

26 Karl Reinhardt, *Vermächtnis der Antike*, Göttingen, 1960, pág. 138: «Die fortschreitende Synthese, die in Herodots Werk sich vollzieht, führt vom Nicht-Griechischen zu dessen griechischer und abendländischer Funktion hinüber.»

27 K. Reinhardt, pág. 139: «... hier dagegen mit Händen zu greifen ist: *die Transparenz zurückliegender, früherer Formen in den gegenwärtigen*».

28 Y aquí noto un paralelo pasmoso con el evangelio de san Juan; la referencia es a Judas;

Cristo se dirige al Padre y dice, refiriéndose a sus apósto- les, 17, 12: «mientras estaba con ellos, yo los protegía en tu lugar; tú me los confiaste, yo los tuve y ninguno se perdió excepto el que tenía que perderse para que se cumpliera la Escritura» (traducción de la Nueva Biblia Española). Claro que en el texto de Heródoto falta el último referente, Dios. El referente de Heródoto es, indudablemente, el destino.

29 Esto en su literalidad nos recuerda un paso del Nuevo Testamento, *Hechos*, 13, 48: «Todos aquellos que Dios había destinado a la vida eterna se convirtieron a la fe», pero el trasfondo teológico diversifica radicalmente los lugares. En efecto, en teología cristiana la conversión es un acto libre del hombre, que puede aceptar o rechazar, mientras que en la concepción herodotea (y también en la homérica) el destino es una fuerza fatal y ciega, que el hombre no puede eludir.

30 Cfr. Lc 5, 37 ss.

31 Extraigo la noticia de la introducción *(Einleitung)* de Walter Otto que encabeza la traducción alemana de Heródoto debida a A. Horneffer, Heródoto, *Historien*, Stuttgart, 1971, pág. XIII.

32 Antonio López Eire y Carlos Schrader, *Los orígenes de la oratoria y la historiografía en la Grecia Clásica*, Universidad de Zaragoza, 1994, págs. 91-92.

33 En rigor el uso no llegará a perderse nunca. Es significativo el hecho de que el único autor neotestamentario que gozó de una formación literaria griega, Lucas, el autor de un *Evangelio* (que refleja la predicación oral de Pablo de Taeso) y del libro de los *Hechos apostólicos* proveyera sus dos escritos de un proemio explicativo homologable al de Heródoto.

34 Cfr. C. Schrader, *op. cit.*, pág. 112.

35 Entre otros, lo ha señalado recientemente G. Nagy, «Mythe et prose en Grèce archaïque: *l'aînos*», en *Métamorphoses du mythe en Grèce antique*, Cl. Calama ed., Ginebra, 1988, págs. 229-241.

36 M. Grant, *op. cit.*, pág. 30, ha insistido en la idea de que originariamente Heródoto se propuso sólo componer, al estilo de Hecateo, un *logos* sobre Persia, pero las Guerras Médicas, que indudablemente debía tratar, le sedujeron tanto que las convirtió en el eje de toda su obra, y la vertebró íntegramente alrededor de ellas, de manera similar (este comentario es mío) a como el motivo de la cólera de Aquiles vertebró la *Ilíada*.

37 La digresión es una de las tres modalidades de la llamada «composición anular» *(Ringskomposition)*, cfr. C. Schrader, *op. cit.*, pág. 95.

38 M. Grant, *op. cit.*, pág. 27.

39 Antonio López Eire y Carlos Schrader, *op. cit.*, pág. 33.

40 M. Grant, *op. cit.*, pág. 25.

41 Probablemente recogió esta división de Schmid-Staehlin, *op. cit.*, pág. 628.

42 Heródoto, *Historia,* traducción y notas de Carlos Schrader, Madrid, Gredos, 5 vols., 1977-1989.

43 Cfr. el excelente artículo de Rosalind Thomas, «Etnography, proof and argument in Herodotus' *Histories*», *PCPhS,* 43, 1997, págs. 128-148.

44 K. Reinhardt, *op. cit.*, pág. 134.

45 Señala en una nota: hasta la del siglo XIX.

46 Cfr. G. Nagy, *op. cit.*, pág. 129.

47 Lo subraya Gregory Nagy en «Mythe et prose en Grèce archaïque: l'*aînos*», en *Metamorphoses du mythe en Grèce antique* (Cl. Calama ed.), Ginebra, 1988, págs. 229-241.

48 Grant, *op. cit.*, pág. 29, aplica aquí acertadamente un correctivo: la lectura en privado era escasa, y lo demuestra el hecho de que siempre se recurriera a la lectura pública. Siglos más tarde el satírico romano Juvenal al principio mismo de sus *Sátiras* se quejará de las lecturas públicas que en Roma los poetas hacen de sus poemas en pleno mes de agosto.

49 *Op. cit.*, págs. 30-31.

50 Cfr. Dominique Lenfant, «Ctésias et Hérodote ou les réécritures de l'histoire dans la Perse Achéménide», en *REG,* 109, 1996/2, págs. 348-380.

51 De él sabemos muy poco: que tomó parte contra los griegos en la batalla de Cunaxa, y que en el año 405 se había establecido en la corte de Artajerjes Mnemon. Era natural de la isla de Cnido.

52 M. Grant, *op. cit.*, pág. 36.

53 En su introducción a la versión castellana del doctor Carlos Schrader, pág. 36.

54 Cfr. el artículo citado de la profesora Lenfant.

55 Plutarco, *Sobre la malevolencia de Herodoto,* versión de Ana Isabel Magallón García y Vicente Ramón Palerm, Universidad de Zaragoza, 1989.

56 Wilhelm von Christ, *Geschichte der griechischen Literatur,* II.1 (Handbuch der

Altertumswissenschaft), págs. 508 y 524.

57 Pág. 124.

58 K. Reinhardt, *op. cit.*, pág. 133: «Seit Herodot gibt es Geschichte. Denn Geschichte heisst nicht "Erinnrerung", nicht ein Wissen von der Vorfahren, nicht Sage, nicht Monument; Geschichte heisst: sich einer national bedingten Gegenwart bewusst sein, heisst Vergangenes von gleicher Struktur erkennen, auf sich hin beziehen, sammeln und sichten. Zur Geschichte gehört Polarität von eigenem und fremdem Volkstum, von Vergangenheit und Gegenwart, gehört Verknüpfung von Anfang und Ende.»

59 Tomo el dato de M. Rosellini y S. Said, «Femmes et autres *nomoi* chez les "sauvages" d'Hérodote», en *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa*, Serie III, vol. VIII 3, Pisa, 1978, pág. 952.

60 En cuanto a la conducta y a los hábitos sexuales, les atribuye la práctica de una total promiscuidad.

61 K. Reinhardt, *op. cit.*, pág. 136: «Die Begriffe vom Charakter des geschichtlichen Geschehens entwickeln sich aus religiösen Vorformen. Wie der Begriff des Zeitalters in unserem Sinn, ja unser allgemeinstes Schema von Vergagenheit, Gegenwart und Zukunft seines Ursprungs christlich ist und aus der Welterlösungsform sich herleitet... so entspringt auch Herodotsgesetz des Ablaufs in der Zeit zuletzt aus einer religiösen Wurzel.»

62 Aquí me baso fundamentalmente en M. Grant, *op. cit.*, págs. 52-56.

63 E. R. Dodds, *Los griegos y lo irracional*, traducción de María Araujo, Madrid, 1960, pág. 18.

64 Como ya se ha anotado en la referencia al destino de Candaules.

65 La palabra hebrea *Yahveh* es una forma arcaica del verbo hebreo «ser», al que algunos dan un sentido factitivo: «hacer ser».

66 Cfr. el largo episodio de los magos que en Persia se hacen con el poder, en el libro III.

67 ¡Esta palabra aquí es la justa!

68 El paralelismo impresiona doblemente, porque los pueblos que rodeaban al de Israel daban nombres a sus dioses, cuando el Dios de Israel es el innombrable, y Heródoto tampoco encuentra un nombre adecuado para aplicarlo definitoriamente a su vivencia del *tò theîon*, ello cuando disponía de tantos nombres para nombrar a su «dios».

69 Porque previamente ha contribuido poderosamente a configurarlo.

70 Para todo ello cfr. Giovanni Reale Dario Antiseri, *Historia del pensamiento filosófico y científico,* I (Antigüedad y Edad Media), versión castellana de Juan Andrés Iglesias, Barcelona, 1988, págs. 77-78.

71 Hay que señalar, sin embargo, que de filósofos como Protágoras, Heródoto asimiló un gran rigor metodológico: cuando en el lugar III, 38 expone la pregunta que Darío hizo a unos griegos y a unos indios que tenía ante él: a los griegos, cuánto dinero exigirían para comerse el cadáver de su padre (cosa que practicaban los indios) y a los indios cuánto exigirían para incinerar a sus padres (cosa practicada por los griegos), llegando a la conclusión de que cada pueblo considera sus costumbres como las mejores, en ello hay que ver un reflejo exacto de los razonamientos del relativismo sofista.

72 Cfr. Grant, *op. cit.*, pág. 49.

73 Piénsese en el final de la espléndida comedia aristofánica *Las ranas*. Pero no sé si de esta situación se podrían extraer conclusiones ulteriores.

74 Reminiscencia homérica, cfr. *Ilíada,* II, 8.

75 Esta terminología es escolástica, pero refleja bien el fondo de la cuestión.

76 Cfr. Sófocles, *Antigone,* trad. de R. Jebb, Amsterdam, 1971, reproducción fototípica de la edición oxoniense del año 1900, págs. 164 y 260: los versos 909-912 de la tragedia son una tolerable versión métrica de las palabras de Intafernes para salvar la vida de su hermano.

77 *Op. cit.*, pág. 51.

78 Escribe K. Reinhardt, *op. cit.*, pág. 136: «Si en Heródoto se da un número tan grande de historias de oráculos, principalmente délficos, esto se explica por la gran abundancia de tal tradición sacerdotal y también por la ingenua credulidad de Heródoto, pero por encima de esto no se olvide aquella ligazón más profunda que hay entre los cuadros de la historia y la religión oracular.»

79 De manera más vaga, el caso de conciencia aparece en el canto VI de la *Ilíada*, cuando Héctor, por su gusto, dejaría la lucha, pero no lo hace ante el temor de lo que dirán los troyanos y troyanas.

80 M. Grant, *op. cit.*, pág. 53.

81 Debo advertir que en la época de Heródoto el término «sofista» indica sólo «sabio» sin connotaciones peyorativas. Cfr. al respecto Plutarco, *Sobre la malevolencia de Herodoto,* versión de Ana Isabel Magallón García y Vicente Ramón Palerm, Universidad de Zaragoza, 1989, pág. 36, nota 15, 1.

82 La batalla de Salamina, claro está.

83 No se me oculta la dificultad de la cronología: es poco probable que el Bacis de Heródoto sea el mismo mencionado por Aristófanes. Pienso que este último pudo ser un personaje ideal evocado por el cómico precisamente por su fama, o en dos adivinos que llevan el mismo nombre por pertenecer precisamente a una familia de tales.

84 Esto último otra vez una reminiscencia homérica: al final del canto VII de la *Ilíada*, Zeus se pasa la noche haciendo retumbar el trueno como signo de desgracia para todos, tanto aqueos como troyanos.

85 Cfr. M. Grant, pág. 54.

86 Cfr. *Padres Apostólicos*, Introducciones, notas y versión española por Daniel Ruiz Bueno, Madrid, B.A.C., 1950, pág. 850.

87 Cfr. Cartledge, *op. cit.*, pág. 78.

88 Como autor del siglo V que es. Cfr. Cartledge, *op. cit.*, pág. 77.

89 El escoliasta virgiliano nota que entre los legionarios romanos a los que se repartían las tierras de cultivo había galos y germanos; probablemente Virgilio distingue.

90 Rosa Araceli Santiago, «Griegos y bárbaros: arqueología de una alteridad», en *Faventia*, 20/2, Universidad Autónoma de Barcelona, 1998, págs. 33-44.

91 Afirmación taxativa del interesante artículo de Paul Cartledge «“We are all greeks?” Ancient (especially herodotean) and modern contestations of hellenism», en *BICS*, 40, 1995, pág. 78.

92 *Op. cit.*, pág. 77.

93 Santiago, *op. cit.*, pág. 49.

94 E. Levy, «Herodote *philobarbaros* ou la vision du barbare chez Herodote», en R. Lonis (ed.), *L’étranger dans le monde grec*, II Actes du Deuxième Colloque sur l’Étranger, Nancy, 19-21 de septiembre de 1991.

95 M. Rosellini y G. Said, *op. cit.*, pág. 952, advierten que hay temas que Heródoto trató necesariamente desde una óptica griega, como el de las conductas sexuales.

96 Lo cual tenía sólo efectos legales que afectaban a los hijos, pues los griegos admitían todo tipo de concubinato.

97 Una idea germinalmente cristiana, no griega precisamente.

98 Porque la Divinidad es invisible e indecible, como se ve claramente en el Antiguo Testamento.

99 Tal palabra procede de Plutarco, *De malignitate Herodoti*, 12. Cfr. la versión castellana de Ana Isabel Magallón García y Vicente Ramón Palerm, *Sobre la malevolencia de Heródoto*, Universidad de Zaragoza, 1989.

100 Barranco al que se echaban los cadáveres de los ejecutados.

101 El término se encuentra en Plutarco, *De Herodoti malignitate*, 12.

102 *Asmaj* en egipcio significa «desertor» (II, 30); *spaka* en medo significa «perra» (I, 110).

103 II, 2.

104 Al principio del mito aparecen dos palomas, pero a Dodona vuela sólo una de ellas.

105 Pienso en la lengua hablada en la zona de Tamarite de Litera, al norte de la provincia de Huesca, que es una auténtica mezcla de catalán y castellano, denominada por los naturales del país como *xampurreig*.

106 *Op. cit.*, pág. 223.

107 Con un error en la interpretación del nombre, como se ha visto oportunamente.

108 Y por los judíos, no citados por Heródoto, quien en su *Historia* parece desconocer al pueblo judío tal como aparece en la Biblia.

109 Por lo menos dos veces la idea sale expresamente en Heródoto: en VII, 211: «Los espartanos evidenciaron... que contra unos hombres desconocedores del arte de la guerra, ellos lo poseían en grado sumo.» Exactamente la misma idea en IX, 62.

110 La idea perdurará en Grecia; aun el historiador Polibio, siglos más tarde escribirá, refiriéndose fundamentalmente a las guerras médicas (II, 34, 8): «Nadie desertará, aterrorizado por una gran cantidad de recursos, de armas o de hombres, de la lucha por el país o por la región si ha puesto ante sus ojos la paradoja de los hechos de entonces. Recuérdense las decenas de millares y la enormidad de los preparativos que fueron aniquilados por la actitud y el buen tino de unos combatientes que lucharon con inteligencia y cálculo.»

111 Que lucharon en el bando persa.

112 Cfr. Levy, *op. cit.*, pág. 239.

113 *Op. cit.*, pág. 240.

114 Dos excepciones: Eretria, VI, 101, 106, y los beocios en el episodio de las Termópilas, VII, 233.

115 Fue la oferta hecha a Atenas, que a cambio de una sumisión sólo teórica incluso habría podido aumentar sus dominios, VIII, 140.

116 Lo que pensaba Jerjes antes de la batalla de Salamina, ya se ha visto. Además, aquí hay, otra vez, una premonición que desembocará en el cristianismo, en los conceptos de contrición y atrición.

117 Heródoto, *Historiak*, Klassikoak Bilbo, 1997.

118 Mi traducción está hecha sobre el texto griego oxoniense de Hude.

119 Los textos griegos de Heródoto más habituales entre nosotros son el de Ph. E. Legrand, en la conocida colección francesa Les Belles Lettres (1932-1954), el oxoniense de C. Hudce, en dos volúmenes (1.ª ed. 1908), el de la colección Teubner de Leipzig establecido por H. R. Dietsch-H. Kallenberg (1924-1932; A. D. Godley lo editó en la serie inglesa Loeb, en cuatro volúmenes, 1932). Y ahora disponemos del texto del señor Usabiaga Suquia, ya citado.

BIBLIOGRAFÍA

ALONSO NÚÑEZ, J. M., «Herodotus on the Far West», en *L'Antiquité Classique,* 56, 1987, págs. 243-249.

ALY, W., *Volksmärchen, Sage und Novelle bei Herodot und Zeitgenossen,* Göttingen, 1921.

BENARDETE, S., *Herodotean Inquiries,* La Haya, 1969.

BONNITZ, H. F., *Herodot-Studien. Beiträge zum Vertändnis der Einheit des Geschichtswerkes,* Berlín, 1968.

CARTLEDGE, P., «"We are all greeks?" Ancient (especially herodotean) and modern contestations of hellenism», en *Bulletin of the Institute of Classical Studies,* 40, 1995, págs. 75-82.

COBET, J., *Herodots Excurse und die Frage der Einheit seines Werkes,* Historische Einzelschriften, 17, Wiesbaden, 1971.

DARBO-PESCHANSKY, C., *Le discurs du particulier. Essai sur l'enquête herodotéenne,* París, 1987.

DREXLER, H., *Herodot-Studien,* Hildesheim-Nueva York, 1971.

EVANS, J. A. S., *Herodotus explorer of the past. Three Essays,* Princeton-New Jersey, 1991.

FEHLING, D., *Die Quellenangaben bei Herodot. Studien zur Erzählkunst,* Berlín-Nueva York, 1971.

FERNÁNDEZ GALIANO, M., *Heródoto,* Barcelona, 1951.

FOCKE, W. W., *Herodot als Historiker,* Stuttgart, 1927.

FORNARA, M. W., *Herodotus. An interpretative essay,* Oxford, 1971.

FRITZ, K., *Die griechische Geschichtsschreibung,* I, «Von den Anfängen bis Thukydides», Berlín, 1967.

GIL, L., «La historiografía griega», en *Historia 16,* a. X 105, 1985, págs. 104-118.

GRANT, M., *The ancient historians,* Duckworth, 1970 (2.ª ed. 1995).

HART, J., *Herodotus and Greek History,* Londres, 1982.

HARTOG, F., *Le miroir d'Hérodote,* París, 1980.

HAUVETTE, A., *Hérodote, histyorien des guerres médiques,* París, 1984.

— «Hérodote et les peuples non grecs», en *Entretiens sur l'Antiquité Classique,* 35, Ginebra, 1991.

HOW, W. W. y WELLS, J., *A commentary on Herodotus,* I-III, Oxford, 1912-1928.

HUNTER, V., *Past and Process in Herodotus and Thucydides,* Princeton, 1982.

IMMERWAHR, H. R., *Form and thought in Herodotus,* Cleveland, 1966.

JACOBY, F., «Herodotos», en Pauly-Wissowa, *Realenziklopädie,* Suppl. II, Stuttgart, 1913,

Sp. 205-520.
LACHENAUD, G., *Mythologies, religion et philosophie dans Hérodot,* Lille-París, 1978.
LANG, M. L., *Herodotean narrative and discourse,* Cambridge, Mass., 1984.
LATEINER, D., *The historical method of Herodotus,* Toronto, 1989.
LENFANT, D., «Ctésias et Hérodot ou les réécritures de l'histoire dans la Perse achéménide», en *Revue des Études Grecques,* 109, 1996/2, págs, 348-380.
LÉVY, E., «Hérodote *philobarbaros* ou la vision du barbare chez Hérodote», en R. Lonis (ed.), *l'Étranger dans le monde grec,* II Actes du Deuxième Colloque sur l'Étranger, 19-21, Nancy, septiembre de 1991, Pr. Univ. Nancy, págs, 193-244.
— «*Basileus* et *turannos* chez Hérodote», en *Ktema,* 18, 1993, pági- nas 7-18.
MASARACHIA, A., *Studi erodotei,* Roma, 1976.
MEYER, E., *Forschungen zur alten Geschichte,* I, págs, 151-209; II, pági- nas 196-208, Halle, 1892-1899.
MYRES, J. L., *Herodotus Father of History,* Oxford, 1953.
NAGY, G., «Mythe et prose en Grèce archaïque: l'*aînos*», en Cl. Calame (ed.), *Metamorphoses du mythe en Grèce antique*, Ginebra, 1988, págs. 229-242.
POHLENZ, M., «Herodot der erste Geschichtsschreiber des Abendlandes», *Neue Wege zur Antike II Reihe Hefte,* núm. 7-8, Leipzig, 1937.
POWELL, J. E., *The History of Herodotus,* Cambridge, 1934.
ROSELLINI, M. y SAÏD, S., «Usages de femmes et autres *nomoi* chez les "sauvages" d'Hérodote. Essai de lecture structurale», en *Annali della Scuola normale superiore di Pisa,* Serie III, vol. III 3, Pisa, 1978.
SANTIAGO, R. A., «Griegos y bárbaros: arqueología de una alteridad», en *Faventia,* 20/2, págs. 33-44.
SCHEPENS, G., *L'autopsie dans la méthode des historiens grecs du V siècle- avant J.C.,* Bruselas, 1960.
SELINCOURT, A. de, *The world of Herodotus,* Londres, 1963.
THOMAS, R., «Etnography, proof and argument in Herodotus Histories», en *Proceedings of Cambridge Philological Society,* 93, 1997, págs, 128-198.
VANDIVER, E., *Heroes in Herodotus. The interaction of myth and history,* Frankfurt am Main, 1991.
WATERS, K. H., *Herodotus on Tyrants and Despots. A study in objectivity,* Wiesbaden, 1971.
—*Herodotus the historian: his problems, methods and originality,* Londres-Sydney, 1985.
WELLS, J., *Studies in Herodotus,* Oxford, 1923.
WOOD, H., *The Histories of Herodotus. An analysis of the formal structure*, París, 1972.

HISTORIA

LIBRO I
CLÍO

INTRODUCCIÓN

DESPUÉS de un proemio realmente importante, que ya ha merecido nuestra atención en el estudio preliminar sobre Heródoto, el autor investiga las causas de la enemistad entre griegos y bárbaros. Este primer libro de la *Historia* herodotea se enmarca en el reinado de Ciro (558-529), que será su núcleo vertebrador al modo como la cólera es el núcleo vertebrador de la *Ilíada* de Homero, probablemente no con la soltura con que Homero maneja su motivo, pero tampoco de forma totalmente ajena a él: el genio griego evoluciona homogéneamente. El primer protagonista es el lidio Creso. Se nos pone en antecedentes remontándonos a los orígenes de este pueblo, exposición clausurada por el conocido episodio de Arión de Metimna (6-25). Las relaciones personales de Creso con Solón y Adrasto pretenden ofrecer una contraposición personificada del mundo griego y del bárbaro: Creso y Solón (26-33), Creso y Adrasto (34-45): Creso y los oráculos: es una especie de cruce entre algo muy griego por parte de un bárbaro: Creso consulta acerca del posible éxito de una campaña persa contra Grecia (46-55). Ahora Heródoto imprime una importante inflexión a su narración, y se dedica a describir la situación política de Grecia en aquella época, en la que ya aflora, aunque de momento de manera muy sesgada, la oposición Atenas/Esparta; se sirve para ello de las figuras de Licurgo y de Pisístrato. Creso se liga con Esparta, lo que le llevará a la perdición. ¿Una premonición por parte de Heródoto (56-70)? Guerra contra Ciro (71-92) y vuelta a los lidios, ahora explicando sus costumbres (93-94). Otro cambio de escena: sigue la historia de los medos, con los predecesores de Astiages (95-106), juventud de Ciro y caída de Astiages (107-130). Desde aquí hasta el final del primer libro la atención se centrará en los persas. Con un gran sentido de la composición, el tema se introduce con un examen de la religión y de las costumbres de los persas. La ejecución de la transición es verdaderamente magistral (131-140) y si, además, notamos que el *logos* lidio de este libro acabó, como se ha

señalado, con la exposición del mismo tema tratado aquí, usos y costumbres, quizás debamos advertir que la obra de Heródoto es más construida de lo que habitualmente se supone; difícilmente obró por azar. Y se entra en materia: la sumisión del Asia Menor, sus ciudades griegas (141-153). Aplastada una sublevación de los lidios (154-161). Harpago somete el Asia Menor, la emigración de los focenses (162-176). Entrada en escena de Babilonia: se empieza con una interesante descripción de la ciudad y con una revisión de su historia (177-187). Su conquista por Ciro (188-191), descripción del país (192-194), con el apéndice habitual: costumbres y religión (195-200). Este primer libro se cierra con la muerte de Ciro, que ocurre en la campaña contra los maságetas, se abre con la descripción, no tan minuciosa como otras veces, con lo que Heródoto muestra su sentido de la proporción entre la importancia del tema tocado y el espacio dedicado a él (205-214). Costumbres de los maságetas (215-216).

Los hilos de la historia (1-5)

En lo que sigue Heródoto de Halicarnaso expone el resultado de sus investigaciones, para evitar que con el tiempo caiga en el olvido lo ocurrido entre los hombres y así las hazañas, grandes y admirables, realizadas en parte por los griegos y en parte por los bárbaros, se queden sin su fama[120], pero ante todo para que se conozcan las causas que les indujeron a hacerse la guerra.

1. Pues bien, los doctos de los persas sostienen que los fenicios fueron los causantes de tales diferencias, ya que desde el llamado mar Rojo llegaron al nuestro[121], y se establecieron en el país que habitan aún hoy. E inmediatamente emprendieron largas navegaciones transportando mercancías de Egipto y de Asiria a muchos lugares, y entre ellos también a Argos. En aquella época Argos aventajaba a todas las ciudades en el país llamado ahora Grecia. De modo que, llegados a Argos, los fenicios pusieron a la venta sus mercancías. A los cinco o seis días de su llegada, cuando ya lo habían vendido casi todo, acudieron a la playa muchas mujeres, y entre ellas nada menos que la hija del rey, cuyo nombre era Io, hija de Ínaco; también los griegos indican el mismo nombre. Ellas, de pie junto a las popas de las naves, iban comprando las mercancías que les apetecían. Y entonces los fenicios se hicieron señas mutuamente de echárseles encima. La mayoría de las mujeres logró huir, pero Io y algunas otras fueron apresadas: la metieron en una nave, zarparon y se largaron a Egipto.

2. De modo que los persas explican que Io llegó así a Egipto, de lo cual disienten los griegos. Y así fue el principio de los entuertos. Los doctos de los persas siguen contando que después algunos griegos, de los cuales no pueden indicarnos los nombres, arribaron a Tiro de Fenicia y secuestraron a la hija del rey, Europa. Estos griegos podrían ser cretenses. Y comentan que así pagaron con la misma moneda. Según esto los griegos habrían sido los causantes del segundo entuerto. Pues se hicieron a la mar con una nave larga[122] poniendo rumbo a Ea y a Cólquide[123]. Llegaron al río Fasis y luego

de haber alcanzado los demás objetivos por los cuales habían acudido raptaron a Medea, la hija del rey. Éste, el rey de Cólquide, habría mandado un heraldo a Grecia a pedir reparaciones por el secuestro y a exigir la devolución de su hija. Los griegos respondieron que ellos, los fenicios, no les habían ofrecido reparaciones por el secuestro de Io, la argiva, y que, por consiguiente, tampoco ellos iban a darlas.

3. Y narran los doctos persas que dos generaciones más tarde, cuando Alejandro, el hijo de Príamo, se hubo enterado de esto, quiso conseguir, raptándola, a una mujer griega, seguro como estaba de que no debería ofrecer reparaciones, puesto que tampoco los otros las habían dado. De manera que, cuando él hubo raptado a Hélena los griegos decidieron, de buenas a primeras, enviar mensajeros a reclamar a Hélena y a exigir reparaciones por el rapto. A tales requerimientos los del país[124] les echaron en cara el rapto de Medea: tampoco ellos, los griegos, habían ofrecido reparaciones ni la habían restituido, y ahora pretendían que otros les ofrecieran reparaciones.

4. De manera que hasta aquellas épocas lo único que había habido entre ellos fueron raptos recíprocos de mujeres, pero, indudablemente, desde aquel tiempo los griegos resultaron ser mucho más culpables. En efecto, fueron ellos los que iniciaron la organización de campañas contra Asia, ello antes de que los persas las emprendieran contra Europa. Los doctos de los persas opinan que raptar mujeres es obra de hombres malvados, que afanarse por castigar a los raptores[125] por las mujeres raptadas es cosa de necios, y que es propio de hombres sensatos desentenderse de las mujeres raptadas, porque sin duda es obvio que si ellas no hubieran consentido jamás habrían sido raptadas. Y ellos mismos, los que eran de Asia, aducen los persas, una vez que fueron raptadas sus mujeres no hicieron ninguna gestión; los griegos, en cambio, por una mujer lacedemonia concentraron una gran flota, y luego, una vez llegados a Asia, destruyeron el poderío de Príamo. Los persas creen que por este hecho el pueblo griego siempre les ha tenido ojeriza. Ellos reivindican para sí Asia y los pueblos que viven en ella, y se creen desligados absolutamente de Europa y del país griego.

5. Es así como los persas cuentan lo ocurrido, y hallan que por la toma de Ilion les sobrevino inicialmente su enemistad con los griegos. En lo referente a Io los fenicios están en desacuerdo con los persas, porque aclaran que ellos

no se la llevaron raptada a Egipto, sino que en la misma ciudad de Argos ella había tenido un lío con el capitán de la nave. Cuando notó que había quedado embarazada se avergonzó por sus padres, y así, voluntariamente, ella acompañó a los fenicios en su singladura, para no delatarse a sí misma. Y así es como lo cuentan, cada bando por su parte, los persas y los fenicios. En lo que a mí se refiere, en este tema no voy a decir que las cosas fueran así o asá. En cambio, el que a mí personalmente me consta que empezó a actuar injustamente contra los griegos[126], a éste quiero señalarle sin ambages, para luego proseguir mi narración. Yo he recorrido por igual ciudades de hombres pequeñas y grandes[127]. De ellas, las que en tiempos pasados fueron grandes en su mayoría se han convertido en pequeñas y las que en mis tiempos eran grandes anteriormente habían sido pequeñas. Puesto que soy muy consciente de que la prosperidad humana en ninguna parte es duradera, voy a recordar a unas y a otras.

EL LOGOS LIDIO (6-94)

6. Creso era de linaje lidio, hijo de Aliates, rey de los pueblos que viven al oeste del río Halis, que fluye desde el sur, dividiendo a los sirios de los paflagonios, hacia el norte; desemboca en el llamado Ponto Euxino[128]. Este Creso es el primero de los bárbaros del que sabemos que sometió a unos griegos, que debieron pagarle tributos, mientras que se concilió la amistad de otros. Sometió a los jonios, a los eolios y a los dorios establecidos en Asia[129] y se hizo amigo de los lacedemonios. Antes del gobierno de Creso todos los griegos eran independientes, ya que la expedición de los cimerios[130], que invadieron Jonia antes del reinado de Creso, no se coronó con la destrucción de ciudades, se trató sólo de asaltos en busca de botín.

7. La realeza, que pertenecía a los heraclidas, llegó al linaje de Creso, a los llamados mérmnadas, de esta manera: Candaules, llamado por los griegos Mírsilo, era tirano de Sardes, y descendía de Alceo, hijo de Héracles. En efecto, Agrón, el hijo de Nino, hijo éste de Belo, hijo éste de Alceo, fue el primer heraclida monarca de Sardes, y Candaules, el hijo de Mirso, el último.

Los soberanos del país anteriores a Agrón descendían de Lido, el hijo de Atis, y de Lido recibió el nombre todo el actual pueblo de los lidios, llamado antes meonio. Después de éstos, en virtud de un oráculo, accedieron al poder los heraclidas, descendientes de una esclava de Yárdano y de Héracles. Gobernaron veintidós generaciones de hombres, o sea quinientos cinco años, legándose el poder de padres a hijos, hasta llegar a Candaules, el hijo de Mirso.

8. Pues este Candaules estaba muy enamorado de su propia mujer, y, locamente derretido, creía tener en su mujer con mucho a la más hermosa de todas. Se había convencido de ello hasta tal punto que, teniendo además un ministro, Giges, hijo de Dáscilo, que era su favorito, a quien confiaba los asuntos verdaderamente importantes, le encarecía muchísimo la belleza de su esposa. Pero estaba dispuesto que al cabo de poco a Candaules las cosas le fueran mal, pues dijo a Giges lo que sigue: «Giges, me parece que no me das crédito cuando te hablo de la belleza de mi mujer, ya que los oídos resultan ser para los mortales más desconfiados que los ojos. Tú haz de modo que puedas contemplarla desnuda.» Y Giges repuso a voz en grito: «Señor, qué palabra tan insana me dices cuando me intimas a contemplar la desnudez de tu señora! La mujer cuando se despoja del vestido se despoja también del pudor. Ya desde antiguo los hombres han dado con dichos acertados, de los que debemos aprender; entre ellos figura éste: “que cada cual contemple lo suyo”. Yo te doy crédito: ella es la más hermosa de todas las mujeres, pero te suplico que no me exijas cosas feas.»

9. De modo que Giges intentó escabullirse con tales palabras, con gran temor de que de todo ello le sobreviniere algun mal. Pero Candaules le contestó así: «¡Ánimo, Giges! Y no tengas miedo ni de mí, pensando que te digo estas palabras para ponerte a prueba, ni de mi mujer, no vaya a ser que de ella te suceda algún daño. Por de pronto, yo me las arreglaré para que ella no se dé cuenta de que la estás observando. Te apostaré en nuestra cámara nupcial, detrás de la puerta abierta. Cuando yo haya entrado, mi mujer acudirá también detrás de mí, a echarse. Junto a la puerta de entrada hay un sillón: ella se irá despojando, pieza a pieza, de sus vestidos y los pondrá encima de este sillón; entonces tú tendrás la oportunidad de contemplarla a tus anchas. Luego, cuando ella se dirija del sillón al lecho, te dará la espalda,

naturalmente: procura que no se dé cuenta cuando te alejes de la puerta.»

10. Giges, pues, ya que no tenía escapatoria, se prestó a ello; Candaules, cuando vio que ya iba siendo hora de acostarse, condujo a Giges hasta la cámara nupcial, y luego al punto compareció también su mujer. Giges la iba contemplando cuando entró e iba colocando sus vestidos. Cuando la mujer le dio la espalda dirigiéndose al lecho Giges se escabulló y salió fuera. Pero la mujer le vio salir. Adivinó lo tramado por su marido; no gritó avergonzada y evitó dar la impresión de haberse dado cuenta. Pero en su mente concibió venganza contra Candaules, pues entre los lidios, como entre casi todos los demás bárbaros, constituye una gran vergüenza ser visto en desnudez, incluso para un hombre.

11. Así que entonces ella no demostró nada, pero luego que despuntó el día examinó de sus sirvientes aquellos que le parecían más fiables y los dispuso a favor suyo. Y sin demora convocó a Giges. Éste acudió a la llamada sin sospechar que ella supiera algo de lo acaecido; ya de antes tenía por costumbre presentarse así que la reina le llamaba. Cuando compareció, la mujer le espetó lo siguiente: «Giges, ahora mismo te doy a elegir entre dos caminos bien actuales: veamos a cuál de los dos querrás revolverte. O bien matas a Candaules, te casas conmigo y te adueñas del reino de los lidios, o, de la misma manera, será inevitable que mueras tú, para evitar que hagas caso en todo a Candaules y en adelante no mires lo que no debes. De modo que o bien ha de morir aquel que te ha aconsejado estas cosas, o has de morir tú, que me viste desnuda, cometiendo lo que no es debido.» Giges en el primer momento se pasmó de lo que ella le decía; luego solicitó que no se le forzara a decidir en tal dilema. Naturalmente, no la convenció; antes bien, Giges veía tener en verdad ante sí como algo ineludible o matar él a su señor o morir él mismo a manos de otros. Y decide ser él el superviviente. Habló y preguntó: «Ya que, muy a mi pesar, me fuerzas a matar a mi señor, ahora mismo quiero oír de qué manera le echaremos mano.» Y ella le interrumpió diciendo: «El ataque partirá de la misma posición desde la cual él me exhibió desnuda; el asalto será cuando él esté dormido.»

12. Tramaron el atentado según he dicho. Sobrevino la noche, y Giges, que no andaba suelto[131], no tenía alternativa: era ineludible que muriera o él o Candaules. De modo que siguió a la mujer hasta la cámara nupcial. Ella le

entrega un puñal y le oculta detrás mismo de la puerta. Algo más tarde, cuando Candaules ya reposaba, Giges se escurrió dentro, le asesinó y se hizo con la mujer y con el reino. Arquíloco de Paros, que era contemporáneo suyo, le recordó en unos trímetros yámbicos.

13. Giges obtuvo así el reino y fue confirmado en él por el oráculo de Delfos. Porque, naturalmente, los lidios tomaron a mal la desgracia de Candaules, y ya estaban sobre las armas. Sin embargo, los revoltosos partidarios de Giges y los demás lidios convinieron en que si el oráculo respondía que Giges era el rey de los lidios, en tal caso reinaría; en caso contrario el gobierno debía ser devuelto a los heraclidas. El oráculo les contestó, desde luego, y así fue como reinó Giges.

Sin embargo, la Pitia dijo que a los heraclidas tal castigo les duraría hasta el quinto descendiente de Giges; ni los lidios ni su rey hicieron el menor caso de tal palabra hasta que se cumplió.

14. No cabe la menor duda de que los mérmnadas alcanzaron así la tiranía, desposeyendo de ella a los heraclidas; Giges, convertido en tirano, mandó a Delfos no pocos exvotos[132]. La mayor parte de los de plata que hay en Delfos proceden de él, pero además de la plata dedicó una cantidad de oro incalculable, entre el que son especialmente algo digno de mención las siete crateras de oro depositadas en el tesoro de los corintios, que pesan treinta talentos. Exactamente no están en el tesoro de los corintios, sino en el de Cipselo, el hijo de Eetión. O sea que este Giges fue el primer bárbaro del que tenemos noticia que consagrara exvotos, ello después de Midas, hijo de Gordias. Porque es cierto que también Midas envió exvotos, concretamente un trono real en el que se sentaba en un lugar eminente cuando administraba justicia: el trono es digno de verse, y se encuentra en el mismo lugar en el que están las crateras de Giges. Este oro y plata que Giges dedicó son llamados por los de Delfos, según el nombre del donante, gigadeos. También él, luego que asumió el poder, lanzó una campaña contra Mileto y contra Esmirna, y conquistó la parte inferior de la ciudad de Colofón[133]. Por lo demás, durante los treinta y ocho años de su reinado no hizo otra cosa digna de tenerse en cuenta, de modo que tras haber mencionado lo ya dicho no trataremos más de él.

15. Quiero recordar a Ardis, el hijo de Giges. Éste conquistó Priene y

atacó Mileto. Durante su reinado en Sardes llegaron al Asia los cimerios, que habían sido expulsados de sus tierras por un pueblo nómada escita; los cimerios tomaron Sardes, a excepción de su acrópolis.

16. El reinado de Ardis duró cuarenta y nueve años[134] y le sucedió su hijo Sadiates, que reinó doce años; a Sadiates le sucedió Aliates. Éste declaró la guerra a Ciaxares, un descendiente de Meyoces, y también a los medos. Expulsó del Asia a los cimerios, arrasó Esmirna, la fundación de Colofón, y atacó Clazómenas. Pero de estos últimos no se salió a su placer, sino que allí sufrió un gran descalabro. De su reinado he aquí los hechos que más merecen ser contados.

17. Hacía la guerra a los milesios, la cual heredó ya de su padre. En su avance asedió Mileto de esta manera: mientras en la campiña los frutos estaban ya en sazón lanzaba sus tropas al campo al son de siringes y de arpas y de flautistas, hombres y mujeres. Siempre que llegaban a un dominio milesio, ni destruía ni pegaba fuego a los cortijos que había en el campo, ni les astillaba las puertas, sino que los dejaba intactos en sus sitios. En cambio, cada vez talaba los árboles y destruía sus frutos esparcidos por el suelo; luego se retiraba. Los milesios eran dueños del mar; por tanto, no era factible al ejército lidio tender por ahí una celada. El lidio no les demolía las viviendas por lo que sigue: para que los milesios pudieran salir de ellas a sembrar y a labrar sus tierras, y así él mismo, puesto que los otros las habían labrado, podría asaltarlas y lograr botín.

18. Con tales tácticas se les hizo la guerra durante once años, en los cuales los milesios sufrieron dos grandes desastres, el primero peleando en su propio país, en Limenio, y el segundo en la llanura del río Meandro. Bueno: durante seis de estos once años todavía gobernaba los lidios Sadiates, el hijo de Ardis, Sadiates, que entonces invadió con sus tropas el país de los milesios; era precisamente el que había tramado la guerra. Y en los cinco años siguientes a estos seis dirigió la guerra Aliates, el hijo de Sadiates, que la heredó de su padre, según queda dicho. Y la prosiguió con todas sus fuerzas. En esta guerra ningún jonio prestó ayuda a los milesios, excepción hecha de los de Quíos, los cuales honraban lo que se dice: pagar con la misma moneda. Porque antaño los milesios prestaron ayuda a los de Quíos en las luchas de éstos contra los eritreos.

19. Pero en el año duodécimo, cuando el ejército pegó fuego a los sembrados sucedió algo como lo que sigue: así que el fuego prendió en las plantaciones, empujado con fuerza por el viento se extendió hasta el templo de Atenea bajo la invocación de Aspasia, prendió también allí, y el templo ardió por completo. De momento no se dio la mayor importancia a la cosa, pero cuando el ejército llegó a Sardes, Aliates cayó enfermo. Como la enfermedad se prolongara, manda emisarios a Delfos, quizás por consejo de alguien, quizás porque a él le pareciera bien enviar a consultar al dios acerca de su enfermedad. Y a los que acudieron a Delfos la Pitia les contestó que no vaticinaría nada hasta que hubieran restaurado el templo de Atenea, que habían incendiado en Aseso, en el país milesio.

20. Que las cosas ocurrieron así lo he oído yo personalmente a los de Delfos, pero a ello los milesios añaden lo siguiente: Periandro, el hijo de Cipselo, era amigo íntimo de Trasíbulo, a la sazón tirano de Mileto. Sabedor, pues, Periandro de la respuesta dada a Aliates, remitió un mensajero a Trasíbulo para que se lo comunicara; así él, conocedor de la cosa, podría deliberar sobre la situación presente.

21. Aliates, al enterarse de la respuesta, mandó al punto un heraldo a Mileto; abrigaba la intención de pactar una tregua con Trasíbulo y los milesios que duraría todo el tiempo hasta que el templo fuera reconstruido. El enviado se presentó en Mileto, y Trasíbulo, informado de antemano de todo el asunto y sabedor de lo que Aliates iba a hacer, urde lo siguiente: todos los víveres que, dentro de la ciudad, le pertenecían a él, y los de los ciudadanos, manda depositarlos por entero en el ágora e indica a los milesios que cuando él dé la señal se pongan a beber y a darse unos y otros una comilona.

22. Esto es lo que dijo y ordenó Trasíbulo, sin duda a fin de que el heraldo procedente de Sardes, al ver aquel gran acopio de víveres desparramados y que los hombres se daban alegremente un banquetazo, se lo notificara a Aliates. Lo cual, desde luego, sucedió, pues el heraldo, al comprobar todo aquello, tras trasladarle a Trasíbulo el encargo del lidio regresó a Sardes. Por lo que yo sé, no por otra cosa se dio la reconciliación. Pues Aliates, que esperaba que en Mileto hubiera una gran escasez de víveres y que el pueblo se viera reducido a la peor de las condiciones, oyó del heraldo acabado de regresar de Mileto unas palabras contrarias a las que él personalmente creía.

Entonces se hicieron las paces, a condición de que se serían mutuamente huéspedes y aliados. Y Aliates erigió en Aseso dos templos a Atenea en vez de uno, y él mismo sanó de su enfermedad. En lo referente a la guerra entre los milesios y Trasíbulo las cosas fueron así.

23. Periandro era hijo de Cipselo, el que había indicado el oráculo a Trasíbulo. Era tirano de Corinto, y no hay duda de que de él los corintios explican (y los lesbios están de acuerdo en ello) que en su vida hay un gran portento. Me refiero, claro está, a lo de Arión de Metimna, que fue trasladado a lomos de un delfín hasta el cabo de Ténaro; se trata de un citaredo que no cedía a ninguno de los de su época; fue el primer hombre de los que conocemos que compuso el ditirambo, que él denominó de esta manera, y lo enseñó en Corinto.

24. Cuentan de este Arión, que pasó la mayor parte de su vida en la corte de Periandro, que quiso navegar hacia Italia y hacia Sicilia; cuando hubo ganado mucho dinero en estos países, deseó ardientemente regresar de nuevo a Corinto. Bien: explican que zarpó de Tarento, y puesto que confiaba más que en los demás en los corintios[135], fletó una nave con tripulantes corintios, los cuales, ya en alta mar, maquinaron contra Arión echarle al agua y quedarse con sus riquezas. Él se apercibió de ello y les ofreció que se quedasen con su dinero a cambio de respetar su vida. No logró convencerlos, desde luego, antes bien, le conminaron a que se suicidara, con lo cual recibiría sepultura en tierra firme, o a que se arrojara al mar inmediatamente. Cuentan, pues, que ante sus amenazas Arión, perplejo, les suplicó que, toda vez que ésta era la decisión de ellos, le permitieran ponerse en pie, con todos sus ornamentos, encima del banco de los remeros para entonar un canto; les dio su palabra de que después de cantarlo se suicidaría. A ellos les entró la apetencia de oír cantar al mejor cantor de entre los hombres, y se retiraron de la popa hacia el centro de la nave. Y Arión se revistió de todos sus ornamentos, tomó la cítara, se subió al banco de los remeros y ejecutó hasta el final su melodía más sublime, al final de la cual se tiró al agua así como estaba, con todos sus ornamentos. Cuentan que la tripulación navegó hasta Corinto, pero que a él un delfín le recogió y le condujo hasta la punta de Ténaro. Allí puso pie en tierra y se trasladó a Corinto con toda su indumentaria; ya en Corinto, denunció lo ocurrido. Siguen contando que

Periandro desconfió y le mantuvo bajo custodia, con la prohibición de ir a cualquier sitio[136] mientras esperaba la llegada de los marineros. Cuando éstos llegaron los citó, naturalmente, y los interrogó por si tenían algo que declarar acerca de Arión. Ellos aseguraron que se encontraba sano y salvo en Italia: le habían dejado en Tarento y, según ellos, las cosas le marchaban estupendamente. Y entonces compareció Arión tal cual había saltado de la nave; ellos, estupefactos y convictos, ya no pudieron negar nada. Esto es lo que cuentan los corintios y los lesbios, y en la cumbre del Ténaro hay un pequeño exvoto ofrecido por Arión: es un hombre que cabalga un delfín.

25. Aliates el lidio murió al concluir la guerra contra los milesios; había reinado cincuenta y siete años. Fue el segundo de su dinastía que, por haber sanado de una enfermedad, envió a Delfos una gran cratera de plata con un soporte de hierro forjado, el exvoto más digno de verse de todos los de Delfos. Era obra de Glauco de Quíos, el único de todos los hombres que ideó la forja del hierro.

26. A la muerte de Aliates le sucedió en el reino Creso, el hijo de Aliates[137], que contaba entonces treinta y cinco años de edad. Él fue el primer griego que atacó a los efesios. Es seguro que entonces los efesios, asediados por él, consagraron su ciudad a Ártemis, y unieron la ciudad y el templo mediante una soga. La ciudad vieja, la que entonces estaba asediada, dista siete estadios del templo. Creso inició por ahí sus ataques, pero luego atacó, según el orden de su situación, a los jonios y a los eolios, imputándoles, a unos y a otros, agravios diferentes. Contra unos podía hallar pretextos más razonables, y los acusaba con vehemencia; contra otros podía aducir tan sólo fruslerías.

27. Cuando hubo sometido a los griegos del Asia y le pagaban tributos, desde entonces planeó armar una flota y atacar a los isleños. Ya lo tenía todo dispuesto para tal construcción naval, y a Sardes llegó Biante de Priene (otros dicen que fue Pítaco de Mitilene), y a la pregunta de Creso de qué novedades había en Grecia recibió una respuesta que le movió, a Creso, a desistir de armar la flota: «Rey, los isleños adquieren una cantidad enorme de caballos, pues se les ha metido en la cabeza salir en campaña contra Sardes y contra ti mismo.» Y aseguran que Creso, creído de que el otro le decía la verdad, comentó: «Ojalá que los dioses pusieran en el corazón de los isleños montar

sus caballos y arremeter contra los lidios...» Pero el otro le interrumpió diciendo: «... Rey, veo muy claro tu anhelo de coger por tierra, con tropas de caballería, a los isleños, y tus esperanzas no son infundadas. ¿Pero qué piensas tú que desean ellos cuando se han enterado de que proyectas construir una flota en su contra? No otra cosa que batirse con los lidios por mar, para vengar a los griegos del continente que tú has sometido.» Y cuentan que se alegró muchísimo de esta respuesta, pues pensó que le hablaba muy oportunamente: le hizo caso y desistió de armar la flota. Y así trabó amistad con los jonios que poblaban las islas.

28. Transcurrió el tiempo, y quedaron sometidos casi todos los que viven al oeste del río Halis, pues descontando a los cilicios y a los licios, Creso tenía sometidos a todos los restantes, a saber, a los lidios, frigios, misios, mariandinos, cálibes, paflagonios, tracios, tinos y bitinios, carios, jonios, dorios, eolios y pánfilos...

29 ... sometidos los cuales, que Creso anexionó a los lidios, llegan a Sardes, un emporio de riqueza, todos los sabios que en aquellos tiempos había en Grecia, aunque no todos a la vez. Entre ellos descolló Solón el ateniense, aquel que a instancias de los atenienses les redactó una legislación y luego se ausentó por diez años, marchándose so capa de investigar, pero en realidad para no verse obligado a derogar ninguna de las leyes que había promulgado. Lo cual a los atenienses les resultaba imposible, ya que se habían obligado con solemnes juramentos a regirse durante diez años por las leyes que Solón les propusiera.

30. De modo que por todas estas cosas y también para investigar, Solón se expatrió y se fue a Egipto, a la corte de Amasis, y principalmente a la de Creso, en Sardes. Llegado allí, Creso le alojó en el palacio real. Al cabo de tres o cuatro días, por orden de Creso, los servidores le hicieron una guía por los tesoros, y se lo mostraron todo, que era grande y muy valioso. Cuando Solón lo hubo contemplado y considerado todo bien a su gusto, Creso le preguntó: «Huésped de Atenas, aquí nos ha llegado fama de ti por tu sabiduría y por tus viajes, ya que en tu amor a la sabiduría has visitado muchos países para conocerlos. Ahora a mí me ha entrado el deseo de preguntarte si has visto a algún hombre que sea el más feliz de todos.» Creso hizo esta pregunta creído de que el hombre más feliz era él mismo. Pero

Solón no le aduló en absoluto, antes bien con la verdad por delante, repuso: «Sí, oh rey, vi a Telo de Atenas.» Creso, extrañado de lo dicho, preguntó, picado por la curiosidad: «Veamos, ¿por qué crees que Telo fue el hombre más feliz?» Y el otro contestó: «En primer lugar, en unos tiempos en que las cosas de la ciudad marchaban a las mil maravillas, él tuvo hijos guapos y valientes, y los vio a todos tener hijos, de los cuales ninguno murió. Según nuestra mentalidad de allí él fue un hombre afortunado, al que sobrevino un espléndido término de su vida. Pues los atenienses libraron una batalla contra sus vecinos[138] en Eleusis; él tomó parte en el ataque y tras poner en fuga al enemigo murió heroicamente. Los atenienses le rindieron honras fúnebres públicamente en el mismo lugar donde cayó muerto, y le tributaron grandes honras.»

31. Así que Solón con su discurso prolijo y elogioso acerca de Telo movió a Creso a preguntarle a quién veía más feliz en segundo lugar, muy convencido de llevarse él el segundo puesto. Pero Solón repuso: «Después de Telo los más felices son Cléobis y Bitón. Los dos, que eran hermanos y habían nacido en Argos, disponían de lo suficiente para vivir, y además estaban dotados de un gran vigor corporal: habían alcanzado trofeos en campeonatos de este tipo. Y de ellos se cuenta lo siguiente: se celebraba en Argos la fiesta de Hera, y la madre de ambos jóvenes tenía que ser conducida hasta el templo[139] por medio de una yunta. Pero los bueyes no habían llegado del campo, no se habían presentado a la hora debida. Apremiados por el tiempo, los jóvenes mismos se uncieron al yugo y tiraron del carro; encima del carro viajaba su madre. Y así llegaron al templo, distante cuarenta y cinco estadios. Una vez realizado esto y a la vista de todo el pueblo congregado les sobrevino el más dichoso final de una vida, y el dios enseñó a todos que para el hombre es preferible morir a vivir. Los argivos presentes felicitaron a los jóvenes por su vigor, y las argivas felicitaron a su madre por haber tenido tales hijos. La madre, exultante de gozo por la fama de este hecho, de pie ante la imagen, imploró a la diosa que se dignara conceder a Cleobis y a Bitón, que tales muestras de devoción le habían ofrecido, lo que fuese mejor para un mortal. Luego de la plegaria tomaron el banquete ritual, y los jóvenes se echaron[140] en el mismo templo. Y ya no se levantaron, sorprendidos por un final así. Los argivos les erigieron estatuas en Delfos y se las dedicaron, con

la convicción de que habían sido unos hombres inmejorables.

32. De manera que Solón asignó el segundo lugar de la felicidad a éstos. Y Creso le dijo con desdén: «Huésped ateniense, ¿desprecias mi felicidad hasta tal punto que me colocas incluso por debajo de estos hombres, simples particulares?» A lo que Solón replicó: «Creso, a mí, que sé muy bien que cualquier don divino es objeto de envidia, que es algo perturbador, ¿me preguntas acerca de la condición humana? Bien: a lo largo del tiempo se pueden ver muchas cosas que uno no quisiera, muchas también sufrirlas. Yo sitúo el límite de la vida del hombre en los setenta años. Siendo tal el número de años, arrojan veinticinco mil doscientos días, eso sin tener en cuenta los meses intercalares[141]. De modo que si de cada dos años uno debe ampliarse en un mes para que con ello las estaciones se correspondan en su sucesión conforme es debido, los meses intercalares en el transcurso de setenta años son treinta y cinco y el número de sus días mil cincuenta. De todos estos días de los setenta años, que suman veintiséis mil doscientos cincuenta, cada uno de ellos no nos aporta nada que coincida exactamente con el día anterior. De modo que, Creso, en el hombre todo es puro azar. No niego que me pareces muy rico y que eres rey sobre muchos hombres, pero lo que me preguntas yo no te lo contestaré antes de saber que has concluido tu vida con felicidad[142]. Pues el muy rico no es más feliz que el que dispone de lo que necesita para el día, a no ser que el destino le tenga dispuesto que pueda morir felizmente, en posesión de todo lo bello. Muchos hombres ricos no son más que unos desgraciados, y muchos que gozan de una hacienda moderada son afortunados. Cierto: el que es muy rico, pero infeliz, aventaja en dos aspectos al que es sólo afortunado, pero éste aventaja en muchos al rico infeliz. Éste goza de más medios materiales para satisfacer sus apetencias y soportar alguna gran desgracia que se le eche encima, pero he aquí las ventajas del otro sobre él. Es indudable que no tiene los medios materiales para soportar la desgracia ni para satisfacer sus apetencias, pero mientras el muy rico tiene lejos de sí la buena suerte, al otro las cosas le marchan bien pues no está enfermo, no tiene problemas, tiene hijos, en fin, es un hombre satisfecho[143]. Si además termina su vida felizmente, éste es el merecedor de lo que tú me pides, ser llamado feliz. Pero antes de su muerte debemos reservarnos, y no llamarle “feliz”, en todo caso “afortunado”. Ahora bien, puesto que es

hombre, nadie puede juntar todo esto, lo mismo que ocurre con cualquier país[144]: ninguno es capaz de producírselo todo a sí mismo: dispondrá de una cosa al tiempo que carecerá de otra. El país que posea más será el más próspero. Igualmente también, en el cuerpo del hombre no hay miembro que se baste por sí mismo[145], pues posee unas facultades, pero carece de otras. El que pase su vida en posesión de la mayor cantidad y luego la concluya felizmente, éste es para mí, oh rey, el que merece ostentar este nombre[146]. Pero en cualquier caso es preciso atender al final, a ver hacia dónde marchará. Pues a muchos el dios les ha hecho entrever la felicidad para luego hundirlos de raíz.»

33. Solón, pues, habló de este modo, lo cual sentó muy mal a Creso, que le despidió sin mediar palabra, juzgándole muy ignorante, pues le había aconsejado prescindir de los bienes del momento para fijarse en el final de cualquier cosa.

34. Después de la marcha de Solón, Creso fue presa de una gran venganza del dios por haberse considerado el más feliz de los hombres. Así que se durmió se cernió sobre él un sueño que le aclaró la verdad de los males inminentes que le iban a ocurrir en la persona de su hijo. Porque Creso tenía dos hijos, uno de los cuales era discapacitado, ya que era sordomudo. Pero el otro aventajaba a los demás jóvenes en todo; el nombre de éste era Atis. Pues bien: el sueño indica a Creso que este Atis morirá traspasado por una lanza de hierro. Así que despertó y entendió cabalmente el presagio, horrorizado por tal sueño dio mujer a su hijo y, por lo demás, puesto que habitualmente le ponía al mando militar de los lidios, ya no le envió nunca más a tales empresas, más bien mandó retirar de los cuarteles los dardos, las jabalinas y todas las cosas por el estilo que usan los hombres en las guerras; así quiso evitar que, colgados como estaban[147], pudieran caer sobre el muchacho.

35. Mientras ponía manos a la obra para celebrar la boda de su hijo, llega a Sardes un hombre perseguido por la desgracia, el cual tenía las manos impuras[148]. Este hombre se llegó a la residencia de Creso y le pidió obtener la purificación según los ritos del país. Y Creso le purificó. El rito de purificación de los lidios se parece mucho al de los griegos. Luego que Creso hubo ejecutado lo prescrito le preguntó quién era y de dónde era, hablándole así: «¿Hombre, tú quién eres y de qué parte de Frigia en calidad de suplicante

acudes a mí? ¿Qué hombre o mujer asesinaste?» Y él repuso: «Oh rey, yo soy hijo de Gordias, hijo éste de Midas; me llamo Adrasto y maté involuntariamente a un hermano mío; me presento aquí desterrado por mi padre y despojado de todas mis propiedades.» Creso le respondió con tales palabras: «Luego eres vástago de hombres amigos y has llegado a amigos; aquí no te faltará nada de lo que necesites mientras te alojes en mi residencia. Si soportas esta desgracia con tanta resignación como te sea posible, tú mismo extraerás de ello el máximo beneficio.»

36. De manera que él tenía su sustento en el palacio de Creso. En aquella misma época apareció por el monte Olimpo de Misia un jabalí monstruoso que arrancando de este monte talaba una y otra vez los cultivos de los misios. Ellos habían salido muchas veces contra él sin lograr causarle daños y, en cambio, los sufrían de él. Al final acudieron a Creso unos mensajeros de los misios y le dijeron: «Rey, ha aparecido en nuestro país un jabalí monstruoso que echa a perder nuestros trabajos. Por ansias que tengamos de matarle, no lo logramos. Ahora, pues, te pedimos que nos envíes a tu hijo, y compañías de tus juventudes, y perros, para que podamos echarle de nuestras tierras.» Esto fue lo que le pidieron, pero Creso se acordó de aquel sueño y les dijo lo siguiente: «Por lo que se refiere a mi hijo, ni pensarlo, pues no estoy en situación de mandároslo: acaba de casarse y esto es lo que ahora le importa. Compañías de lidios, sí os las enviaré, y también mi jauría íntegra, y ordenaré a los que vayan poner todo su empeño en ayudaros a echar del país a esta fiera.»

37. Tal fue su respuesta, satisfactoria para los misios. Pero entonces apareció por allí el hijo de Creso, que había oído la demanda de aquellos misios. Cuando Creso se negó a mandar a su hijo con ellos, el muchacho le dijo: «Padre mío, antes era para mí lo más bello y lo más noble alcanzar fama acudiendo a las guerras y a las cacerías. Pero actualmente me excluyes de ello, me lo impides, y eso sin haber notado en mí ni cobardía ni desánimo. ¿Con qué ojos me mirarán cuando entre o salga del ágora? ¿Con qué ojos la joven mujer con quien acabo de casarme? De modo que o bien me permites tomar parte en esta cacería o bien convénceme con una sola palabra de que para mí es mejor que la cosa quede así.»

38. A lo cual Creso responde: «Hijo, hago esto no por haber observado en

ti cobardía ni algo insatisfactorio, pero estaba yo dormido y se cernió sobre mí en sueños una visión que me advirtió que tu vida será breve, pues morirás a punta de hierro. Y por esta visión apresuré tu boda, y por eso no te envío a tales empresas, por si logro, como sea, sustraerte a ello por lo menos mientras yo viva. Pues en realidad eres para mí un hijo único, el otro es para mí como si no lo tuviera, discapacitado como está de oído.»

39. A lo cual replica el muchacho: «Comprendo bien, padre, que veles por mí de este modo, si viste un tal sueño. Pero hay algo de lo que no te das cuenta, porque, en cuanto al sueño, te pasó inadvertido. Y es justo que yo te lo aclare. Explicas que el sueño te advirtió que yo moriría a punta de hierro. Pero el jabalí, ¿qué clase de manos tiene? ¿Qué clase de punta de hierro que tú debas temer? Si te hubiera advertido que yo iba a morir a dentelladas o de algun otro modo equiparable a éste, en tal caso sería ineludible que hicieras lo que haces. Ahora bien: dijo “a punta de hierro”. El combate no será contra hombres, desde luego: concédeme tu licencia.»

40. Le responde Creso: «Hijo, en verdad que has sido superior a mí en la interpretación del sueño. Superado por ti, cambio de parecer y te permito participar en esta cacería.»

41. Y tras estas palabras Creso reclama la presencia del frigio Adrasto, al cual así que lo tuvo delante le dice: «Adrasto, te has visto zarandeado por una desgracia, de lo cual yo no te reprocho: te purifiqué y te mantengo alojado en mi palacio proporcionándote al completo tu manutención. Ahora bien, puesto que yo me he adelantado a hacerte partícipe de un beneficio, ahora tú debes corresponderme haciéndome un favor. Te necesito como guardián de mi hijo, que se va de cacería, para evitar que, estando en camino, no le salgan al paso ladrones sinvergüenzas que le infieran algún daño. A mayor abundamiento, también a ti te vendrá de perlas acudir a un lugar donde puedas brillar por tus gestas; lo has heredado ya de linaje, y, además, eres forzudo.»

42. Y responde Adrasto: «Rey, lo que es yo en otras circunstancias no me metería en esta lucha, pues el que ha sido víctima de un destino como el mío no puede figurar entre otros coetáneos suyos que gocen de buena fortuna, no debe ni tan siquiera desearlo; además yo me contendría a mí mismo por muchos otros motivos. Ahora bien, puesto que eres tú quien me urge y yo debo mostrarme agradecido (pues te debo devolver bien por bien), me presto

a hacerte esto, a velar por tu hijo, tal como me pides. Piensa que te regresará sano y salvo, y ello será gracias a mí, que velaré por él.»

43. De modo que éste dirigió tales palabras a Creso, y después que lo tuvieron todo listo, con los perros y los jóvenes escogidos, se dirigieron al monte Olimpo en pos de la fiera, dieron con ella, la rodearon y, formando un círculo, le disparaban sus jabalinas. Y ciertamente el huésped, precisamente aquel purificado de un asesinato, el llamado Adrasto, dispara una jabalina que no da en el jabalí sino en el hijo de Creso. Y en él, herido por hierro, se cumplió lo anunciado por el sueño. Alguien corrió a explicar lo ocurrido a Creso; llegado a Sardes le anunció la lucha y la mala suerte de su hijo.

44. Ante tal muerte Creso se derrumbó, y lo que juzgaba más terrible fue que hubiera muerto precisamente a manos de aquel a quien él purificara de un fratricidio. Desesperado por la desgracia, imprecaba terriblemente a Zeus purificador, tomándole por testigo de lo que habría sufrido a manos de aquel huésped, imprecaba al dios del fuego sagrado[149] y al de la amistad, o sea que se refería al mismo Zeus, ya que él no se apercibió[150] de que al dar cobijo en su palacio al huésped sustentaba al asesino de su hijo, y al de la amistad, porque cuando mandó al huésped como custodio de su hijo halló en él a su peor enemigo.

45. Al cabo de poco se presentaron los lidios que conducían el cadáver, y detrás les seguía el causante de la muerte. Éste, de pie delante del muerto, tendió las manos a Creso y se le entregó, invitándole a que le degollara encima del difunto: recordó su primera desgracia, anterior, y que con la de ahora había destrozado a su purificador; a él ya no le valía la pena vivir. Creso se compadeció de él al oírle, por más que ahora él mismo sufría en su carne tan enorme dolor. Y dice a Adrasto: «Huésped, tengo de parte tuya una satisfacción total, ya que te has echado a ti mismo las culpas de esta muerte. Pero no me eres tú el causante de este daño, por cuanto me lo has hecho mal de tu grado; ha sido algún dios, que ya anteriormente me había anunciado lo que me iba a ocurrir.» Y Creso mandó dar sepultura a su hijo tal como es habitual allí[151]. Y Adrasto, el hijo de Gordias, hijo éste de Midas, el que había sido asesino de su propio hermano, y ahora había matado al hijo del que le había purificado, cuando allí renació la calma[152], consciente de que él era el más desgraciado de los hombres, se suicidó encima de la tumba.

46. Los dos años siguientes Creso los vivió en medio de una gran aflicción[153] por la pérdida de su hijo, pero luego el hecho de que Ciro, el hijo de Cambises, aniquilara el reino de Astiages, el hijo de Ciaxares, creciendo así el poderío persa, retrajo a Creso de su dolor, y se puso a pensar si podría, fuere como fuere, frenar la creciente potencia de los persas antes de que éstos llegaran a ser verdaderamente importantes. Así que con este pensamiento mandó a consultar los oráculos que hay en Grecia y en Libia, remitió emisarios a todos ellos, unos que se dirigieran a Delfos, otros a Abas[154] de los focios, otros a Dodona[155]. Otros fueron remitidos a Anfiarao y a Trofonio, todavía otros a Bráquidas, en Milesia. Éstos fueron los oráculos griegos a los que mandó consultar Creso. Y también mandó emisarios a Amón[156]. Y los mandaba para poner a prueba la mente de tales oráculos; si llegaba a comprobar de ellos que realmente poseían la verdad, en tal caso mandaría por segunda vez a otros emisarios a consultar si debía emprender la campaña contra los persas.

47. De manera que mandó a los lidios a comprobar los oráculos, y para ello les encarga lo siguiente: a su salida de Sardes debían contar el tiempo en días, y al cabo de cien dirigirse al oráculo con esta pregunta: «¿Qué es lo que Creso, rey de los lidios, el hijo de Aliates, hace en este preciso momento?» Lo que cada oráculo en particular anunciara como respuesta del dios debían ponerlo por escrito y pasárselo a él. Nadie nos ha comunicado la respuesta de los demás oráculos, pero en Delfos, así que los emisarios penetraron en el recinto y preguntaron según el encargo que tenían, la Pitia les dice, en versos hexámetros:

Sé cuántos granos de arena hay, el mar, lo que mide,
entiendo al mudo y escucho la voz del callado, me llega
a la entraña el olor del quelonio, tortuga que cuecen
sobre el bronce, a la vez que tajadas de oveja. Debajo
de la tortuga está el bronce, también por encima la cubre.

48. Éste fue el oráculo de la Pitia; los lidios lo pusieron por escrito, y se marcharon de regreso a Sardes. También el resto de los emisarios se presentó con sus oráculos respectivos. Creso los fue desenvolviendo uno a uno, y examinó los escritos, de los cuales ninguno le plugo. Pero al oír el de Delfos

lo alabó y lo admitió, convencido de que el único oráculo es el de Delfos, ya que adivinó lo que él realmente estaba haciendo. Porque luego que hubo enviado a los emisarios a los distintos oráculos, mientras esperaba el día señalado ideó lo siguiente, reflexionando algo que fuera imposible de averiguar y de indicar: descuartizó a la vez una tortuga y una oveja y las coció, él personalmente, en un caldero de bronce, cubierto con una tapadera también de bronce.

49. Y ésta fue la respuesta ofrecida a Creso desde Delfos. Qué respondió el oráculo de Anfiarao a los emisarios cuando éstos llegaron a su santuario y cumplieron con los ritos no estoy en situación de decirlo porque de ello no se ha explicado nada; lo que sí sé es que Creso consideró que de él también había obtenido un oráculo verdadero.

50. Inmediatamente se propició al dios de Delfos con grandes sacrificios[157], pues le inmoló tres mil cabezas de ganado de todas clases, las más aptas para sacrificios[158], quemó lechos dorados y plateados, copas de oro, vestidos y túnicas de púrpura, que amontonó y convirtió en una gran hoguera; esperaba que con esto se ganaría al dios. Y ordenó a los lidios que sacrificaran todas sus posesiones. Una vez concluido el sacrificio fundió una gran cantidad de oro[159] y formó con él medias baldosas[160], de seis palmos de largo, de tres de ancho y de uno de grosor. En total fueron ciento dieciséis baldosas, cuatro de ellas de oro macizo, que pesaron dos talentos y medio, y el resto de oro blanco[161]: pesaron dos talentos cada una. Además, mandó fundir la imagen, de oro macizo, de un león, la cual pesó diez talentos. Cuando se incendió el templo de Delfos[162] este león se cayó de las baldosas[163], pues lo habían levantado sobre ellas; ahora se encuentra en el Tesoro de los corintios[164], pero pesa seis talentos y medio, pues fundieron de él, extrayéndolo, tres talentos y medio de su oro.

51. Cuando tuvo listo todo esto, Creso mandó además, junto con ello, otras cosas: dos crateras de grandes dimensiones, una de oro y otra de plata, de las cuales la de oro estaba a la derecha según se entra en el templo, y la de plata a la izquierda[165]. También éstas fueron trasladadas después del incendio del templo, la de oro se encuentra ahora en el Tesoro de los clazomenios y da un peso de ocho talentos y medio y doce minas; la de plata se encuentra en un

rincón[166] del pórtico; tienen una cabida de seiscientas ánforas[167]. En las Teofanías[168] los de Delfos hacían en ellas las mezclas[169] del vino. Estos de Delfos afirmaban que son obra de Teodoro de Samos, y yo les doy crédito, pues no me parecen obra vulgar[170]. Creso mandó también cuatro toneles de plata, que ahora se encuentran en el Tesoro de los corintios, y ofreció dos pilas para el agua lustral[171], una de oro y otra de plata. En la de oro hay una inscripción[172] que indica que se trata de un exvoto de los lacedemonios, pero no dice la verdad, pues también ella es ofrenda de Creso. Lo que ocurre es que alguien de Delfos quiso congraciarse con los lacedemonios; yo sé su nombre, pero no voy a declararlo. Sin embargo, el niño de cuya mano fluye el agua[173] sí que es ofrenda lacedemonia, pero no lo es ninguna de las dos pilas. Junto con todo ello Creso mandó todavía más ofrendas sagradas sin ninguna inscripción, y botijos esféricos de plata, y, principalmente, una efigie de mujer, de oro, de tres codos de altura. Los de Delfos explican que es la efigie de la panadera de Creso[174]. Finalmente, Creso ofreció los collares y el cinturón de su mujer.

52. Esto fue lo que envió a Delfos. Y a Anfiarao, habiendo sabido de su virtud y de sus sufrimientos, le dedicó un escudo de oro macizo y una lanza muy recia, de oro macizo también, con la punta igualmente de oro. Estos objetos todavía en mis tiempos estaban en Tebas, en el templo que los tebanos tienen dedicado a Apolo Ismenio.

53. A los lidios que iban a llevar tales ofrendas al santuario Creso les encargó consultar al oráculo si debía emprender la campaña contra los persas y si debía añadir al suyo un ejército de soldados amigos. Cuando los lidios, tras haber llegado a sus destinos, depositaron los exvotos, propusieron esta consulta: «Creso, rey de los lidios y de los demás pueblos, convencido de que éste es el único oráculo existente entre los hombres, ofreció dones que no desdicen de las respuestas, y ahora consulta si debe salir en campaña contra los persas y si debe añadir al suyo un ejército de soldados aliados.» Tal fue la consulta, y las sentencias de los oráculos[175] coincidieron en lo mismo: vaticinaron a Creso que si salía en campaña contra los persas destruiría un gran imperio. Y le aconsejaron averiguar cuáles eran los más poderosos de entre los griegos, y que entablara amistad con ellos.

54. Cuando se enteró de las respuestas del dios que le eran entregadas, Creso, exultante por tales oráculos, muy convencido de que aniquilaría el imperio de Ciro, manda una vez más ofrendas a Delfos, a la Pitia: averiguó el número de hombres y remitió a cada uno dos estateres[176] de oro. En justa compensación los de Delfos conceden a Creso y a los lidios prioridad en las consultas[177] y exención de honorarios, la proedria[178], y la posibilidad de hacerse delfio a cualquier lidio que lo deseare.

55. Obsequiados de esta manera los delfios, Creso consultó por tercera vez: es que se había convencido de la veracidad del oráculo, y ahora lo consultaba muy a menudo. Pide un presagio, pues, y consulta si su monarquía será duradera. He aquí la respuesta de la Pitia:

Tú, cuando un mulo resulte rey de los medos, entonces,
lidio de pies delicados, al Hermo arenoso te escapas,
no te sea rubor que te tilden de hombre cobarde.

56. Creso se alegró sobremanera, más que de todo lo otro, de estas palabras que le llegaban, convencido de que jamás un mulo reinaría entre los medos en vez de un hombre, y de que ni él ni sus descendientes perderían nunca el imperio. A continuación se puso a investigar y a examinar de cuáles de los griegos más poderosos podría hacerse amigo. Investigándolo, halló que los que sobresalían eran los lacedemonios y los atenienses, los primeros de linaje dorio y los segundos de linaje jonio. Pues éstos eran los pueblos más destacados; en su origen uno era de linaje pelasgo[179], y el otro griego. El primero no había salido nunca de sus territorios, en cuanto al otro había hecho múltiples desplazamientos. Pues en tiempos del rey Deucalión habitaba el país de Ptía, pero en tiempos de Doro[180], hijo de Helén, vivía en el país que está al pie del Osa y del Olimpo, en la llamada Histieótide[181]. Pero cuando los cadmeos[182] les echaron de la Histieótide, se estableció en el Pindo[183], llamado Macedno. Y desde allí pasó a Driópide[184] y desde Driópide llegó al Peloponeso[185] y así se llamó dorio.

57. Qué tipo de lengua hablaban los pelasgos yo no puedo decirlo con seguridad, pero sí es necesario[186] sugerirlo por inferencia por los pelasgos que aún hoy habitan la ciudad de Crestona[187], al norte de los tirsenos[188],

antaño limítrofes con los que hoy llamamos dorios (éstos fueron moradores tiempo atrás de la actualmente llamada Tesaliótide)[189], conjeturando además por los pelasgos fundadores en épocas lejanas de Placia y Escílace[190] en el Helesponto y que hoy viven en dominio ateniense[191] (los demás linajes pelasgos han abandonado la denominación de pelasgos), a juzgar, pues, por los de hoy, los pelasgos hablaron una lengua bárbara. Si ello ocurrió con todos los pelasgos, en tal caso la población del Atica, que es de tronco pelasgo[192] cuando se mudó en griega cambió también de idioma. Los habitantes de Crestona no se entienden con ninguno de sus vecinos, y lo mismo pasa con los habitantes de Placia, y, por otro lado, unos y otros tienen una lengua común. Ello demuestra que han conservado hasta hoy la lengua que poseían cuando penetraron en Grecia.

58. Luego de su constitución, el pueblo griego me parece que siempre ha hablado la misma lengua; cuando limitaba con el pelasgo su población era escasa, pero de un origen exiguo creció hasta una gran cantidad de pueblos, principalmente porque se le juntaron los pelasgos y otras muchas poblaciones bárbaras. Creo, yo por lo menos[193], que por sí solo el pueblo pelasgo, que era bárbaro, jamás hubiera crecido de este modo.

59. Creso se enteró de que de entre todos éstos, el ático estaba dominado y oprimido por Pisístrato, el hijo de Hipócrates, que por esta época era tirano de los atenienses. A este Hipócrates, un simple particular que asistía oficialmente[194] a los Juegos Olímpicos, le sucedió un gran portento. Ofrecía un sacrificio, había dispuesto los calderos llenos de carne y con agua hasta los bordes, pero no había aplicado todavía el fuego debajo. Y el agua empezó a hervir y a salirse. Quilón el lacedemonio, que casualmente estaba allí, contempló el prodigio, y aconsejó a Hipócrates, ante todo, que no condujera a su casa[195] mujer capaz de darle hijos; en segundo lugar, que si ya tenía una mujer así, que la repudiara, y que si le sucedía que ya tenía un hijo, que se deshiciera de él. Pero Hipócrates se negó a secundar estos avisos, y al cabo de un tiempo le nació Pisístrato, aquel que cuando los habitantes de la costa del Ática y los de la llanura se sublevaron, al mando de Mégacles, el hijo de Alcmeón los primeros, y al mando de Licurgo, el hijo de Aristolaides los segundos, él, con miras a la tiranía promovió una tercera revuelta, la de los

montañeses[196], la encabeza y he aquí lo que urde: se lesionó a sí mismo, soltó su yunta en dirección al ágora fingiendo con engaño haber escapado de sus enemigos, que le empujaban hacia la campiña con la intención de asesinarle. Pidió, pues, al pueblo recibir una escolta, por la buena fama que se había ganado en la guerra contra los megarenses, a los que había tomado Nisea[197], además de las otras gestas que había llevado a cabo. El pueblo ateniense cayó en la trampa y le concedió, escogiéndolos de entre los ciudadanos, unos que no fueron los lanceros de Pisístrato, sino sus maceros, pues enarbolaban mazas y le seguían por detrás. Éstos, pues, se levantaron junto con Pisístrato y ocuparon la acrópolis. Y entonces, desde luego, Pisístrato se convirtió en tirano de los atenienses. Sin embargo ni modificó las magistraturas existentes ni cambió las leyes[198], gobernó la ciudad de manera ordenada y acertada, conservando intactas las instituciones.

60. Al cabo de no mucho tiempo los revoltosos de Mégacles y los de Licurgo, que compartían un ideal común[199], derriban a Pisístrato. De modo que en la primera vez éste ejerció en Atenas una tiranía poco arraigada y la perdió. Pero los mismos que le habían echado se enzarzaron en peleas mutuas; Mégacles salió malparado de las discordias y mediante un heraldo inquirió de Pisístrato si aceptaba a su hija por mujer, ello con la vista puesta en la tiranía. Pisístrato aceptó la propuesta y se alió con aquellos bajo tal condición; ellos urdieron algo, que a mí me parece muy ingenuo, para reponerle en su puesto. Mientras que desde muy antiguo Grecia se distinguió de los pueblos bárbaros porque eran gente más lista y más libre de necedad, aquéllos entonces tramaron (y se trataba precisamente de los atenienses, ¡que en lo que a la astucia se refiere son tenidos por los campeones de los griegos!) lo que sigue: en el demo de Peania vivía una mujer llamada Fía, a la que faltaban tres dedos para medir cuatro codos, y, además, era muy bella. Revistieron a esta mujer con una armadura completa, la montaron en un carruaje, le hicieron adoptar una actitud tal que la hacía exhibirse llena de majestad, y la condujeron hasta la ciudad. Los atenienses habían enviado heraldos como precursores, los cuales iban proclamando, de acuerdo con las instrucciones recibidas: «Atenienses, acoged con buen ánimo a Pisístrato, al que Atenea honra más que al resto de los mortales, y ahora le conduce montado en su propio carruaje a su acrópolis.» Esto es lo que ellos

proclamaban durante su recorrido, e inmediatamente se esparció entre la gente el rumor de que Atenea conduce a Pisístrato; los de la ciudad[200] creyeron que aquella mujer era la diosa en persona, la invocaron como a tal y recibieron al hombre, es decir, a Pisístrato.

61. Éste recuperó del modo descrito la tiranía y de acuerdo con el pacto establecido con Mégacles toma a su hija por mujer. Pero puesto que tenía ya hijos jóvenes[201], y se decía que los alcmeónidas[202] estaban todavía bajo los efectos de una maldición, no quiso tener hijos con esta mujer recién casada con él, y no se acostaba según es usual con ella. La esposa primero no dijo nada, pero luego, tanto da si su madre se lo preguntó como si no, ella se lo confesó, y la mujer lo explicó a su marido[203]. Éste, al verse despreciado por Pisístrato, montó en cólera, y, furioso como estaba, dejó de lado sus rencillas con los demás sublevados. Cuando Pisístrato supo de la conjura contra él, se evadió, acompañado de sus partidarios, y se fue lejos del país; llegado a Eretria[204], allí deliberó con sus hijos. Hipias impuso su opinión de que debía recuperarse la tiranía. Recogieron sumas de dinero de ciudades que de antiguo les debían algún favor. Es verdad que dispusieron de cantidades considerables de moneda, pero la aportación económica de los tebanos superó con mucho a las restantes. En resumidas cuentas: el tiempo fue pasando y ya lo tuvieron todo dispuesto para el regreso. Porque desde el Peloponeso acudieron mercenarios argivos, y les llegó de Naxos un hombre llamado Lígdamis[205] que puso el máximo interés: contribuyó con dinero y con tropas.

62. Al cabo de once años zarparon de Eretria y regresaron. El primer lugar del Ática del que se adueñaron fue Maratón[206]. Y acampados en este territorio les llegan de la ciudad los sublevados, y desde los distritos rurales afluyen a ellos aquellos que preferían la tiranía a la libertad. Todos ellos, pues, acamparon allí, lo cual a los atenienses de la ciudad los tuvo sin cuidado, tanto cuando Pisístrato juntaba dinero como cuando hubo ocupado Maratón. Sólo al saber que desde Maratón ya marchaba contra la ciudad se pusieron en campaña con todos sus efectivos contra los que habían regresado. Entretanto Pisístrato y sus gentes cerraron filas y llegaron al santuario de Atenea Palénide, acampando frente al enemigo. Y entonces a Pisístrato se le presenta, por disposición divina, Anfílito, un vidente acarnanio, se llega hasta él y le recita un oráculo divino, redactado en hexámetros:

Se ha lanzado la bola y se han calado las redes;
los atunes caerán durante la noche de luna[207].

63. El adivino, poseído por el dios, vaticina esto y Pisístrato, que captó bien el presagio, dijo que lo aceptaba[208] y mandó avanzar a su ejército. Precisamente entonces los atenienses de la ciudad se disponían a desayunar; luego unos se dedicarían al juego de los dados y otros se irían a dormir[209]. Los de Pisístrato atacan a los atenienses y los ponen en fuga. Ante la fuga de éstos, Pisístrato concibe el plan más hábil para que los atenienses no logren volverse a concentrar, sino que queden dispersos. Ordenó a sus hijos montar sus caballos y les mandó por delante. Ellos dieron alcance a los fugitivos y les iban repitiendo lo encargado por su padre: los invitaban a tener confianza y a que regresaran a sus propiedades.

64. Los atenienses les hicieron caso, y así Pisístrato consiguió por tercera vez la tiranía de Atenas, que ahora arraigó gracias al apoyo de muchos pueblos, a los ingresos de dinero procedente en parte de la misma Atenas y en parte de los países de acá del Estrimón. Añádase que Pisístrato tomó como rehenes a los hijos de los atenienses que se habían quedado, que no habían huido, a los que recluyó en la isla de Naxos, pues había sometido también esta isla, que había confiado a Lígdamis. Es más: conservó la tiranía por el hecho de haber purificado la isla de Delos, obedeciendo con ello las indicaciones del oráculo. Y la purificación fue así: en todo el espacio visible desde el templo mandó desenterrar los cadáveres y trasladarlos a otra parte de la misma isla de Delos. Pisístrato logró de este modo la tiranía de Atenas; de los atenienses, unos murieron en combate, y el resto, juntamente con los alcmeónidas, se vio forzado a abandonar el país.

65. Bien: Creso se enteró de que en esta época todo esto tenía ocupados a los atenienses; de los lacedemonios supo que acababan de escapar de un gran desastre y que ahora, en una guerra contra los tegeatas, llevaban las de ganar. Porque durante los reinados de León y de Hegesicles en Esparta, en las demás guerras los lacedemonios habían logrado éxitos, sólo contra los tegeatas habían sufrido reveses. Y en los tiempos anteriores a estos reyes[210] tenían las leyes prácticamente peores de todos los griegos: ni se trataban entre ellos[211] ni con los demás países extranjeros. Y he aquí cómo llegaron a un

buen gobierno. Licurgo, el hombre más prestigioso de los espartanos, fue a Delfos en busca de un oráculo, y cuando penetra en el recinto la Pitia le dice inmediatamente:

Vienes, Licurgo, a mi templo opulento; llegaste muy caro
a Zeus y al resto de dioses dueños de olímpicas sedes.
Me pregunto si debo llamarte dios o bien hombre;
creo más que yo debo llamarte dios, oh Licurgo.

Es innegable que algunos afirman que, además de todo ello, la Pitia le dictó la constitución actualmente vigente en Esparta, pero lo que los lacedemonios cuentan es que en aquella época, cuando Licurgo era tutor de su sobrino Leobotes, rey de los espartanos, tal constitución fue importada de Creta. Pues así que le nombraron tutor, Licurgo modificó las instituciones y veló por que no fueran transgredidas. Organizó lo referente a la guerra, los pelotones, los batallones[212] e instituyó además la comida en comunidad[213]; nombró los éforos y el consejo de ancianos[214].

66. Gracias a estos cambios los lacedemonios gozaron de buenas leyes; cuando Licurgo murió erigieron un templo en su honor y le veneraron profundamente. Pero vivían en un país fértil y superpoblado, de modo que inmediatamente experimentaron grandes progresos[215], florecieron de un modo incomparable. Y ya no se contentaron con aquella vida sin problemas: despreciaban a los arcadios por creerse más fuertes que ellos, y consultaron el oráculo de Delfos en referencia a la Arcadia, a todo el país. Y la Pitia les vaticina lo siguiente:

¿Me pides la Arcadia? Mucho me pides: me niego.
Hay en ella un montón de gente que come bellotas[216]
Te detendrán. No me niego en redondo: te cedo Tegea,
que bailen en ella tus pies; tú medirás, por tu parte,
esta bella llanura sirviéndote de una maroma.

Cuando los lacedemonios oyeron lo que se les reportaba desde Delfos dejaron en paz a los demás arcadios, pero confiaron en la respuesta dolosa del oráculo y, llevándose cadenas consigo, marcharon contra los tegeatas, dando por sentado que los someterían a esclavitud. Pero en el choque llevaron la peor parte: los que, vivos, cayeron prisioneros se vieron aherrojados con las

cadenas que ellos mismos traían consigo, forzados a prestar servicios y a medir por medio de cuerdas la llanura de los tegeatas. En mis tiempos se conservaban todavía en Tegea las cadenas con que aquellos lacedemonios habían sido encadenados: colgaban en el interior del templo de Atenea Alea[217].

67. De manera que en la guerra anterior los lacedemonios en sus luchas contra los tegeatas siempre sufrieron derrotas, pero en Lacedemonia en la época de Creso y en los reinados de Anaxándridas y de Aristón[218] los espartanos ya fueron militarmente superiores. La cosa fue de esta manera: al ver que en la guerra los tegeatas siempre los vencían mandaron consultores[219] a Delfos, a inquirir qué dios debían propiciarse para salir vencedores en la guerra contra los tegeatas. La Pitia les contestó que saldrían vencedores si llevaban consigo los huesos de Orestes, el hijo de Agamenón. Pero los lacedemonios fueron totalmente incapaces de dar con la tumba de Orestes, y de nuevo mandaron a quienes interrogaran al dios sobre el lugar en que Orestes[220] yacía muerto. Preguntaron esto, y la Pitia respondió a los consultores:

En el ancho país de Arcadia existe Tegea,
donde soplan dos vientos; los fuerza el hado, y golpean
a contragolpe, dolor sobre dolor; allí yace
el hijo de Agamenón: la tierra nutricia le tiene.
Si le llevas contigo, serás vencedor de Tegea.

Cuando los lacedemonios lo hubieron oído, a pesar de que buscaron por todas partes no acertaron en modo alguno a hallarle hasta que lo descubrió Licas, uno de los ciudadanos espartanos llamados beneméritos. Estos beneméritos pertenecen a la clase de los caballeros[221], son los de más edad y cada año abandonan tal estamento en número de cinco. En el último año de su ejercicio han de tomar a su cargo misiones[222] de la comunidad de espartanos, y no pueden prolongar su estancia en ningún sitio más de lo debido aunque lo deseen[223].

68. De entre estos hombres, pues, el tal Licas descubrió la tumba en Tegea en parte por un azar, y en parte por su perspicacia. En aquel tiempo los lacedemonios tenían algún contacto con los tegeatas[224], y Licas acudió a una

herrería y vio que martillaban el hierro. Pasmado de lo que hacían, el herrero advirtió su admiración, descansó en su trabajo y le dijo: «Huésped laconio, sí que te maravillarías sobremanera, como fuere, si hubieras visto lo que vi yo, ya que ahora te sorprende tanto este trabajo del hierro. Porque yo quería abrir un pozo en este lugar, y al horadar me topé con un féretro de siete codos. Yo no podía creer en modo alguno que antes los hombres fueran más corpulentos que los de ahora: abrí el féretro y vi que el cadáver era tan largo como él. Medí el cadáver y luego volví a echar tierra encima.» Este hombre, naturalmente, le dijo lo que había visto, y Licas, reflexionando sobre sus palabras, conjeturó que, según el oráculo, se trataba de Orestes. Y he aquí por qué lo conjeturó: cuando vio los dos fuelles del herrero[225] descubrió que eran los vientos; el yunque y los martillos eran el golpe y el contragolpe, el hierro martillado sería el dolor que está sobre el dolor: se le hizo claro que el hierro fue descubierto para desgracia de los hombres. Luego que hubo extraído estas conclusiones regresó a Esparta y expuso todo su razonamiento a los lacedemonios. Pero ellos le persiguieron judicialmente creídos de que se había inventado la cosa. Licas volvió a Tegea, explicó su desgracia al herrero, y pretendió alquilarle la herrería. El herrero se negó. Pero con el tiempo mudó de opinión; Licas se estableció allí, excavó la tumba, juntó los huesos y se los llevó a Esparta. Y desde entonces los lacedemonios cada vez que guerreaban contra los tegeatas fueron muy superiores. Ya habían sometido la mayor parte del Peloponeso.

69. Sabedor de todo esto, Creso enviaba emisarios a Esparta: llevaban consigo obsequios y solicitaban una alianza; les había encargado lo que debían decir. Ellos, pues, llegaron y dijeron: «Nos envía Creso, el rey de los lidios y de los demás pueblos, que os dice: “Lacedemonios, el dios me ha ofrecido este oráculo: que me haga amigo de los griegos. Y puesto que me he enterado de que vosotros sois los primeros de Grecia, por eso, según el oráculo, me dirijo a vosotros con el deseo de hacerme amigo vuestro y aliado, sin fraude ni engaño.”» De modo que esto es lo que, por medio de sus emisarios, Creso proclamaba; los lacedemonios, que a su vez también ellos habían oído el oráculo dado a Creso, se alegraron de la llegada de los emisarios, concedieron a los lidios derecho de hospedaje[226] y les juraron una alianza. Algunos espartanos ya anteriormente habían recibido beneficios de

Creso. Pues los lacedemonios habían mandado una misión a Sardes con el encargo de comprar oro, que querían emplear en una imagen de Apolo, la que ahora está en el monte Tórnax[227], pero a aquellos presuntos compradores Creso les dio el oro de balde.

70. Por eso los lacedemonios aceptaron la alianza, y también porque, de entre todos los griegos, los habían elegido a ellos como amigos. Ya estaban predispuestos a favor de él cuando Creso les hizo llegar su llamada. Le dedicaron una cratera de bronce, adornada por fuera hasta el borde con figuras[228]; su capacidad era de trescientas ánforas. Era, pues, el don que en correspondencia querían ofrecer a Creso. Pero esta cratera no llegó a Sardes, y ello por uno de estos dos motivos indicados a continuación. Porque los lacedemonios dicen que cuando la cratera era transportada a Sardes y había llegado a las aguas de Samos, los samios lo supieron y se la quedaron, haciéndose a la mar, en pos de ella, con naves largas. En cambio, los samios lo explican diciendo que los lacedemonios que transportaban la cratera se retrasaron, y al enterarse de la toma de Sardes y de que Creso había caído prisionero, vendieron la cratera en Samos, y que unos ciudadanos privadamente la compraron y la depositaron como ofrenda sagrada en el templo de Hera[229]. No puede excluirse que los que la vendieron dijeran, al regresar a Esparta, que los samios se la habían robado.

71. Luego que lo de la cratera acabó así, Creso, que había interpretado mal el oráculo, salió en campaña contra la Capadocia, en la seguridad de que aniquilaría a Ciro y el poderío de los persas. Cuando Creso iba disponiendo su expedición contra los persas un lidio que ya antes era tenido por hombre inteligente, debido a lo cual gozaba de gran predicamento entre los lidios —este hombre se llamaba Sándanis—, aconsejó a Creso como sigue: «Rey, te armas para salir en campaña contra hombres que se ponen pantalones de cuero, y en el resto de su atuendo también se visten de cuero[230]. No comen por el apetito que tienen, sólo aquello de que disponen. Su país es abrupto. Además, no prueban el vino, sino que beben agua. No tienen higos[231] para comer, ni otros manjares apetitosos. Tú fíjate en esto: si los vences, ¿qué les podrás quitar, si no tienen nada? Ahora bien, si los vencedores son ellos, date cuenta de los bienes que vas a perder. Pues así que hayan probado nuestros bienes se apegarán a ellos, y ya no lograremos quitárnoslos de encima. De

todos modos, yo poseo la gracia de los dioses, los cuales no pondrán nunca en el corazón de los persas salir en campaña contra los lidios.» Tales fueron sus palabras, pero no convenció a Creso. Los persas, antes de someter a los lidios, no tenían bienes ni gozaban de una formación más o menos refinada.

72. Los griegos llamaron sirios a los capadocios. Estos sirios, antes de que los persas llegaran al poder, eran súbditos de los medos; luego lo fueron de Ciro. La frontera entre el dominio medo y el lidio era el río Halis, el cual fluye entre la cordillera armenia a través de la Cilicia; más abajo, durante su curso, deja los matienos a su derecha, al otro lado los frigios, y cuando ha fluido ya por todo su territorio, y sigue hacia arriba, en dirección norte, limita por un lado con la Capadocia siria, por la izquierda con los paflagonios. De manera que el río Halis separa toda la parte posterior de Asia, desde el mar que está frente a Chipre hasta el Ponto Euxino[232]. Ésta es la espalda[233] de todo este país, distancia que un hombre bien entrenado puede recorrer en cinco días[234].

73. He aquí los motivos que indujeron a Creso a su campaña contra los capadocios: por un lado, la exigencia de otros territorios, por lo que pretendía anexionar otros a su propio país, y por el otro, y muy especialmente, porque se fiaba del oráculo y quería vengarse de Astiages en la persona de Ciro. Es que Ciro, el hijo de Cambises, había sometido a Astiages, el hijo de Ciaxares, el cual era cuñado de Creso y rey de los medos. Ciaxares se había convertido en cuñado de Creso de la siguiente manera: se había sublevado con un puñado de escitas nómadas y había huido a territorio medo. Entonces gobernaba sobre los medos Ciaxares, el hijo de Fraortes, hijo éste de Deyocles, que inicialmente trató a estos escitas amistosamente, ya que le eran suplicantes[235], tan amistosamente que les confió sus hijos para que aprendieran su lengua y el arte de disparar el arco. Pero al cabo de un tiempo, teniendo en cuenta que los escitas iban continuamente de cacería y siempre cobraban alguna pieza, en cierta ocasión en que no cazaron nada y, por consiguiente, volvieron con las manos vacías, Ciaxares, que era muy colérico, y en tal ocasión se demostró, los trató con dureza y desprecio. Y a ellos, que experimentaron esto por parte de Ciaxares, convencidos de que habían sufrido algo que no merecían, se les ocurrió matar a uno de los muchachos confiados a la educación de Ciaxares, aderezarlo como

acostumbraban hacerlo con las piezas de caza y, naturalmente, servirlo a Ciaxares como si regresaran de una cacería, y, una vez servido, escapar a toda prisa a Sardes, a la corte de Aliates, el hijo de Sadiates. Lo cual sucedió: Ciaxares y sus invitados allí presentes comieron de aquellas carnes, y los escitas, autores de tal crimen, huyeron a la corte de Aliates y se refugiaron en ella.

74. Naturalmente, Aliates no devolvió los escitas a Ciaxares, que se los reclamaba, e inmediatamente estalló entre medos y lidios una guerra que duró hasta cinco años, durante los cuales con frecuencia los medos derrotaron a los lidios, pero también con frecuencia éstos a los medos. Y se libró tanbién alguna batalla nocturna. Continuaron la guerra con suerte indecisa, pero en el sexto año, en un choque en que la batalla se libraba de día, éste se convirtió súbitamente en noche[236]. Tales de Mileto había anunciado a los jonios tal cambio para tal día[237], señalándoles el término[238]: este año en el que se produjo el cambio. Cuando vieron que el día se había mudado en noche, los lidios y los medos desistieron de la batalla, y los dos bandos se aplicaron muy intensamente a hacer las paces. Los que lograron la reconciliación fueron Siénesis de Cilicia y Labineto de Babilonia. Éstos fueron también los que se movieron para que se prestaran los juramentos, y concertaron además unas bodas, pues determinaron que Aliates diera en casamiento su hija Arienis a Astiages, el hijo de Ciaxares, ya que los acuerdos no acostumbran a resultar sólidos si no hay por en medio algo que sea muy ineludible. Estos pueblos prestan sus juramentos igual que los griegos, pero además se lamen mutuamente la sangre: para ello se practican unas incisiones muy superficiales en la piel del brazo.

75. De modo que Ciro había sometido a Astiages, el padre de su madre, por una causa que señalaré más adelante en mi obra[239]. He aquí lo que Creso podía echar en cara a Ciro cuando mandó a consultar al oráculo si debía salir en campaña contra los persas: cuando le llegó la respuesta, engañosa, de la Pitia, en la convicción de que le era favorable invadió el territorio persa. Al llegar al río Halis, Creso, según mi opinión, hizo que su ejército pasara al margen opuesto por un puente que ya existía. Pero según la creencia más extendida entre los griegos fue Tales de Mileto quien le facilitó el cruce. Porque Creso se veía en apuros acerca de cómo su ejército cruzaría el río

(entonces, en aquella época, afirman que no existían los puentes que digo). Cuentan, pues, que Tales de Mileto[240], que acompañaba a aquel ejército, logró, en beneficio de Creso, que el río que fluía a mano izquierda del campamento fluyera también a mano derecha[241], y lo consiguió así: aguas arriba del campamento abrió un canal profundo, al que dio forma semicircular[242] para que el río por este canal de encima del campamento, se desviara de su curso y pasado el campamento revirtiera a su cauce primitivo. O sea que, escindido el río en dos, resultó vadeable por los dos lados. Hay quien dice que Tales desecó totalmente el cauce primitivo, pero esto yo no me lo trago, pues ¿cómo lo habría cruzado al regresar?

76. Creso, cuando hubo cruzado el río con sus tropas, puso pie en la Capadocia, en el lugar llamado Pteria. Pteria es el distrito más fuerte[243] de esta región, y está situada frente a la ciudad de Sinope, ésta ya en el Ponto Euxino[244]. Creso plantó allí sus reales y destruyó las torres[245] de los sirios, tomó la ciudad y redujo a esclavitud a sus moradores, conquistó también los villorrios de los aledaños, de modo que a los sirios, que no le habían causado ningún daño, los arruinó por completo. Ciro concentró sus tropas y tomó consigo a los hombres de las regiones que iba atravesando, y plantó cara a Creso. Previamente a la puesta en marcha y al avance de su ejército había remitido heraldos a los jonios[246], para tantearlos, a ver si desertaban de Creso. Pero los jonios no le hicieron el menor caso. Ciro, pues, llegó y estableció su campamento frente a frente del de Creso, y entonces en Pteria uno y otro se atacaron empeñadamente. Se libró una gran batalla, con muchas bajas por ambos bandos. Sobrevino la noche y se separaron sin que hubiera ni vencedores ni vencidos.

77. De modo que los dos ejércitos lucharon de esta manera. Creso, lamentándose de los efectivos de su propio ejército (pues el que se batía por él era inferior en número al de Ciro), lamentando esto, como digo, al comprobar que al día siguiente Ciro no le salía al ataque, regresó a Sardes con la intención de convocar a los egipcios en virtud de sus juramentos (pues se había aliado con el rey Amasis[247] de Egipto antes de hacerlo con los lacedemonios), mandó llamar incluso a los babilonios (también con ellos había establecido alianzas y a la sazón el tirano de los babilonios era

Labineto)[248], y ordenó a los lacedemonios presentarse en Sardes en un tiempo previamente fijado. Concentraría, pues, a todos éstos[249], a los que uniría su propio ejército. Proyectaba dejar pasar el invierno, y al inicio de la primavera comenzar las operaciones contra los persas. Esto fue lo que pensaba, y cuando llegó a Sardes remitió heraldos a sus diversos aliados para ordenarles que al cabo de cinco meses se concentraran frente a Sardes. En lo que toca al ejército que tenía consigo, el que había combatido, lo licenció y permitió que se dispersaran todos los mercenarios que habían formado en él: poco podía imaginar que Ciro, tras haber librado una batalla tan indecisa, pudiera avanzar sobre Sardes.

78. Mientras Creso pensaba todo esto, los arrabales[250] se infestaron de serpientes. Ante su aparición los caballos dejaron de pacer en los pastizales e iban a devorarlas. Cuando Creso comprobó la realidad de la situación la creyó un portento y al punto mandó emisarios a los telmesios[251], que eran intérpretes[252]. Estos emisarios llegaron y averiguaron por los telmesios el significado del prodigio, pero ya no pudieron indicarlo a Creso, pues, antes de que ellos retornaran por vía marítima a Sardes, Creso ya había caído prisionero. De todos modos los telmesios sabían bien que lo que Creso debía esperar era que un ejército extranjero hollara su país, y que una vez allí sometiera a los nativos alegando que la serpiente es hija de la tierra y que los caballos, por el contrario, eran enemigos recién llegados[253]. Tal fue la respuesta que los telmesios dieron a Creso, ya prisionero. Pero ignoraban los sucesos de Sardes, y lo que le había ocurrido al mismo Creso.

79. Ciro, así que Creso se hubo alejado después de la batalla librada en Pteria, sabedor de que Creso, después de su retirada, licenciaría a su ejército, se lo pensó muy a fondo y halló la manera de avanzar con la mayor rapidez posible contra Sardes, para sorprender a la plaza antes de que las fuerzas lidias se agruparan por segunda vez. Tomó la decisión y la ejecutó con presteza: penetró con su ejército en Lidia y dio personalmente[254] a Creso la noticia de su llegada. Y Creso se encontró en un gran apuro: sus empresas no le marchaban según él pensaba, pero con todo hizo salir a sus tropas al combate. En aquella época no había en Asia pueblo más varonil y más fuerte que el de los lidios. La batalla entre ellos fue de caballería: empuñaban grandes lanzas y ellos mismos eran jinetes muy hábiles.

80. Se enfrentaron en el llano que hay delante de la ciudad de Sardes, llamado Llano Sardieno, vasto y sin vegetación. Entre otros ríos que fluyen a través de él está el Hilo, que afluye a otro, el más caudaloso, llamado Hermo, el cual nace en un monte consagrado a la Madre Dindimena y desemboca en el mar junto a la ciudad de Focea. Ciro, cuando observó allí a los lidios dispuestos en formación de combate, se asustó de la caballería lidia e hizo lo siguiente, asesorado por Harpago, un hombre medo. Las columnas de camellos que seguían a su ejército, que transportaban bagajes y vituallas, las juntó en una sola unidad, las descargó de sus cargas, e hizo que montaran los camellos hombres uniformados con el atuendo de soldados de caballería. En tal disposición les ordenó avanzar, al frente de su ejército, derechamente contra la caballería de Creso. A los camellos debía seguirles la infantería, y detrás de ésta ordenó que avanzara el cuerpo de caballería. Cuando los hubo organizado así dio la orden de matar a todos los que se les pusieran por delante, sin perdonar a nadie, pero que a Creso no le mataran incluso si lograban apresarle. Éstas fueron sus instrucciones, y mandó los camellos de frente contra la caballería por lo que sigue. El caballo se asusta del camello y no soporta tan siquiera su vista cuando lo ve ni su hedor cuando lo huele. Precisamente por eso se las había ingeniado para que a Creso su caballería, por la cual el lidio pensaba distinguirse no poco, le resultara inútil. Cuando trabaron batalla, los caballos, así que vieron a los camellos se echaron atrás, y las esperanzas de Creso se desvanecieron. Con todo, la verdad es que los lidios no eran cobardes. Al ver lo que ocurría los jinetes echaron pie a tierra y lucharon como infantes contra los persas. Hubo gran cantidad de bajas por una y otra parte, pero al cabo los lidios retrocedieron y se quedaron detrás de sus muros, asediados por los persas.

81. Durante el asedio, que Creso pensó que iba para largo, envió desde el interior de la ciudad unos segundos emisarios a sus aliados. Pues los primeros habían sido remitidos a ordenar que pasados cinco meses los aliados debían concentrarse ante Sardes; Creso mandó a estos segundos para exigir que salieran inmediatamente a socorrerle, pues se encontraba sitiado.

82. Mandó mensajeros a todos los aliados, pero principalmente a Lacedemonia. Precisamente entonces había estallado un conflicto entre los espartanos y los argivos por el territorio de Tírea[255]. Pues Tírea pertenecía a

la Argólide, pero los lacedemonios la habían segregado de ella y la ocupaban. Pertenecía también a los argivos la parte occidental del país, hasta la punta de Málea, y además la isla de Citera y las restantes del Peloponeso. Cuando los argivos acudieron en defensa de su región convinieron con los espartanos en que lucharían trescientos hombres por bando, y el territorio se adjudicaría a los que salieran vencedores. El grueso de cada ejército debía permanecer en su sitio, sin estar presente en la lucha. La finalidad de esto era evitar que, por la presencia de todo el ejército, si un bando veía que los suyos lo pasaban peor, se pudiera lanzar en su ayuda. Tomado este acuerdo se separaron. Los escogidos de cada parte quedaron allí y se trabó el combate. Pero en la lucha fueron tan fuertes los unos como los otros. De los seiscientos hombres quedaron tan sólo tres, por parte de los argivos Alcenor y Cromio, por parte de los espartanos Otríades. Éstos sobrevivían cuando la noche se les vino encima. Convencidos de su triunfo, los argivos corrieron a toda prisa hasta Argos, pero el lacedemonio, Otríades, despojó los cadáveres de los argivos y se llevó consigo las armas a su campamento. Al día siguiente ambos bandos comparecieron a comprobar el resultado. Durante un rato unos y otros sostuvieron haber salido vencedores: unos alegaban que de ellos habían sobrevivido más, pero los otros objetaban que estos dos habían huido, mientras que su hombre se quedó y despojó cadáveres de los argivos. Esta disputa degeneró en pelea y lucharon: tras haber muerto muchos por ambos bandos, los lacedemonios acabaron venciendo. Desde esta época los argivos se rapan la cabeza, mientras que anteriormente la costumbre los obligaba a dejarse el pelo largo. Promulgaron una ley y echaron una maldición: ningún argivo debía dejarse crecer el pelo, ni sus mujeres lucir joyas de oro, hasta que hubieran liberado Tírea. Y los lacedemonios promulgaron lo contrario: ellos, que hasta entonces no se dejaban crecer el cabello, desde entonces se lo dejaron crecer. Y de Otríades cuentan que, por haber sido el único superviviente de los trescientos, se avergonzó de regresar a Esparta cuando sus camaradas de lucha habían perecido. Y se suicidó en Tírea.

83. Mientras a los espartanos las cosas les marchaban así, les llegó el heraldo procedente de Sardes que les solicitaba ayuda para Creso, ahora asediado. Y ellos, al enterarse por el heraldo de la situación, se apresuraron a ayudar. Estaban de lleno en ello y ya tenían las naves preparadas cuando les

llega un segundo mensaje: el muro de los lidios ya ha sido tomado y Creso ha caído prisionero. Ellos desistieron de sus preparativos, pero consideraron lo ocurrido como una gran desgracia.

84. Sardes cayó de esta manera: cuando Creso llevaba ya catorce días asediado, Ciro manda jinetes por todas partes a su ejército: anunciaban que al primero que escalara el muro él mismo le haría donaciones. Y el ejército en masa lanzó un asalto, pero no logró ningún éxito. Y entonces el resto de las tropas desistió de atacar, pero un mardo[256] llamado Hiréades intentó escalar el muro por un lugar de la acrópolis[257] en que no había ningún centinela apostado, ya que no corría el riesgo de ser conquistada por allí. Por aquel lugar la acrópolis era abrupta e inaccesible, y éste era el único sitio por el que Meles[258], el rey anterior de Sardes, no había paseado el león que la ramera[259] le había parido. Los telmesios le habían augurado que si el león era paseado a lo largo de los muros de Sardes, éstos serían inexpugnables. Meles paseó el león por todo el resto del muro, es decir, por los lugares por donde el espacio de la acrópolis era accesible, pero omitió el lugar en cuestión, por creerlo escarpado e inexpugnable. Este paraje está delante del monte Tmolo, y queda aislado del resto de la ciudad. De modo que este mardo, Hiréades, que en el día anterior había observado que un lidio se descolgaba por esta zona de la acrópolis para recuperar un casco que se le había ido de las manos hasta el suelo, lo advirtió y meditó el caso. Luego, naturalmente, se encaramó por ahí él, y detrás de él otros persas, que avanzaron. Era un grupo muy nutrido. Y así fue como Sardes cayó y la ciudad fue arrasada.

85. A Creso en persona le ocurrió lo siguiente. Tenía un hijo, del cual ya se ha hecho mención antes. Si bien en lo restante era una persona normal, era mudo. Naturalmente, en sus tiempos de prosperidad Creso hizo todo lo posible para este hijo, y principalmente consultó el oráculo de Delfos, al que mandó emisarios. Y he aquí la respuesta de la Pitia:

Lidio de raza, eres rey de muchos, mas necio, Creso.
Esta voz tan rogada no quieras oírla en tu corte,
la de tu hijo, que es mudo. Te vale más diferirlo:
la oirás en un día que el principio será de tus males.

Y fue cierto: tomado ya el muro, uno de los persas se dirigió contra Creso,

sin reconocerle, con ánimo de matarle. Creso, aturdido por la desgracia que veía echársele encima, no se dio cuenta del atacante, y, además, no le importaba morir apuñalado. Y entonces este hijo mudo, cuando vio al persa atacante, presa de horror y dolor, rompió a hablar y dijo: «¡Tú, hombre, no mates a Creso!» Éstas fueron sus primeras palabras, y después ya habló durante el resto de su vida.

86. Así fue cómo los persas conquistaron Sardes y cogieron vivo a Creso. Éste había reinado catorce años y su asedio había durado catorce días, según el oráculo que le declaró que sería él mismo quien arruinaría su gran imperio. Los persas, pues, le cogieron y lo condujeron delante de Ciro, quien mandó levantar una gran hoguera y depositó en ella a Creso maniatado y, además, a su derecha y a su izquierda, a jóvenes lidios, siete a cada lado; quizás pensaba ofrecerlos como primicias a algún dios, quizás cumpliera así algún voto, o a lo mejor, enterado de que Creso era persona muy religiosa, por eso le hizo subir a la hoguera, porque quería averiguar si algun dios[260] le libraría de ser quemado vivo. Ciro, pues, hizo esto, y a Creso, de pie ya encima de la leña, le vino a la memoria aquello de Solón (y entonces creyó que se lo había dicho por inspiración divina), que nadie de entre los vivientes es feliz. Recordándolo recobró por completo la lucidez y gimiendo casi como en un éxtasis gritó tres veces: «¡Solón!» Ciro lo oyó y mandó a los intérpretes que preguntaran a Creso quién era aquel a quien invocaba. Los intérpretes se aproximaron a la hoguera y se lo preguntaron. Creso ante tal pregunta durante un buen rato guardó silencio[261], pero al final se vio forzado a explicarse: «Se trata de un hombre por quien yo habría dado grandes riquezas a los tiranos si se hubieran prestado a hablar con él.» Pero lo que les decía era todavía ininteligible, y de nuevo le preguntaron por lo dicho. Los intérpretes se empeñaron hasta enojarle, y entonces, naturalmente, Creso les explicó que tiempo atrás había acudido a él Solón de Atenas, y que tras haber visto toda su bienandanza, la había desdeñado y lo que le había dicho. Y todo le había sucedido según Solón le predijera. Creso añadió que la referencia no era a él personalmente, sino a la humanidad entera, y principalmente a aquellos que se creen a sí mismos felices. Tal fue la respuesta de Creso. Ya habían prendido fuego a la hoguera, que comenzaba a arder por su parte inferior. Así que los intérpretes le transmitieron la respuesta de Creso, Ciro mudó de

opinión, porque advirtió que él mismo era hombre y ahora mandaba arder vivo a otro hombre que en tiempos había sido no menos feliz que él: temió ser castigado por ello, pues calculó que entre los hombres nadie goza de seguridad. Ordenó al punto extinguir el fuego y que Creso se bajara de la hoguera, juntamente con los jóvenes que estaban con él. Y sus hombres intentaron apagar el fuego, pero no lo consiguieron.

87. Y los lidios cuentan que Creso, al ver que Ciro se arrepentía, y al comprobar que sus hombres intentaban apagar el fuego sin conseguir dominarlo, invocó a Apolo a voz en grito: si alguna vez le había ofrecido dones amables[262], que ahora le asistiera y le librara de aquel mal que se le echaba encima. Invocaba llorando al dios y le pedía esto, y en el cielo sereno y en calma se formaron de repente nubarrones, se organizó una tormenta y se puso a llover a cántaros, con lo que se apagó la hoguera. Así Ciro comprendió cómo era Creso, una persona buena y piadosa. Le hizo bajar de la pira y le habló así: «Creso, ¿qué hombre te aconsejó salir en campaña contra mi país y te hizo enemigo mío en vez de amigo?» Y Creso repuso: «Rey, yo lo hice por la buena suerte tuya y la mala suerte mía. Pero el causante fue el dios de los griegos, que me incitó a la campaña. Pues nadie es tan necio que elija la guerra en vez de la paz: en ésta los hijos sepultan a los padres, en aquélla los padres a los hijos. Mas como sea, debió de resultar preferible a los dioses que las cosas hayan ocurrido así.»

88. Esto es lo que dijo Creso. Ciro mandó desatarle, le acomodó a su vera y le trataba con admirada consideración. Y no sólo él, sino los de su entorno. Sin embargo, Creso permanecía inmóvil y absorto. Al cabo se volvió, y al ver a los persas que saqueaban la ciudad de los lidios, le habló así: «¿Rey, quizás debo decirte lo que me viene a la mente, o de momento debo callarlo?» Ciro le animó y le hizo declarar lo que él quería. Creso, pues, habló y dijo: «¿Esta gran muchedumbre, qué es lo que hace con tanto interés?» Respondióle Ciro: «Saquean tu ciudad y se llevan tus tesoros.» Y Creso comentó: «No saquean mi ciudad ni mis tesoros, puesto que ya no me pertenece nada de ello; lo que cogen y se llevan te pertenece a ti.»

89. Estas palabras de Creso impresionaron grandemente a Ciro, y después de mandar salir a los circunstantes preguntó a Creso qué veía en lo que allí se hacía. Y Creso declaró: «Puesto que los dioses me han hecho esclavo tuyo, es

justo que yo, si veo algo más que tú, te lo diga. Ya por naturaleza los persas son soberbios, pero pobres. Si ahora tú les dejas saquear y hacerse con grandes riquezas, es de temer que a ti de parte de ellos te ocurra lo siguiente. El que haya sustraído más, de éste puedes esperar que se te levante en contra. Ahora, pues, haz lo siguiente, si es que te place lo que te propongo. Dispón lanceros guardianes en todas las puertas, que quiten el dinero a todos los que lo sacan, diciéndoles que ineludiblemente se debe ofrecer un diezmo a Zeus. Y así no te harás odioso por haberlos despojado por la fuerza del dinero, sino que te lo entregarán de buen grado si se aperciben de que obras rectamente.»

90. Ciro cuando oyó esto se alegró sobremanera, pues le pareció que el consejo era muy puesto en razón. Lo alabó, pues, y mandó a los lanceros ejecutar la sugerencia de Creso, y a él mismo le dijo: «Creso, ya que te propusiste llevar a cabo palabras y obras honestas que no desmerecen de un personaje real, pídeme un don que te agrade y que quisieras tener ahora mismo.» Y Creso repuso: «Señor, me concederías la máxima gracia si me permitieras enviar estas cadenas al dios de los griegos[263], que es el que venero más, para al mismo tiempo preguntarle si tiene por costumbre engañar a sus bienhechores.» Ciro le preguntó qué reproches podía hacer al dios, ya que a él le pide tal gracia. Creso le describió por segunda vez todos sus planes, las respuestas del oráculo, mencionó especialmente sus exvotos y explicó que había salido en campaña contra los persas impulsado por el dios. Dadas estas explicaciones pasó a rogar que le fuera permitido reprochar todo eso al dios. Ciro se echó a reír, y le dijo: «No sólo obtendrás esto de mí, sino cualquier otra cosa que eventualmente necesites.» Así que Creso lo oyó, mandó emisarios a Delfos con el encargo de depositar las cadenas en el suelo del templo, y, además, de interrogar al dios sobre si no se avergonzaba de haber incitado con sus oráculos a Creso a salir en campaña contra los persas, convenciéndole de que atajaría el poder de Ciro. Y he aquí su máxima ganancia, lo señalado por estas cadenas. Esto es lo que debían preguntar y, además, si entre los dioses griegos el desagradecimiento era algo normal.

91. Llegaron, pues, los lidios y hablaron según estas instrucciones. Y cuentan que la Pitia les contestó: «Incluso a un dios le es imposible variar el curso del destino. Creso pagó por el delito de un antepasado suyo anterior a él en cinco generaciones. Éste era un lancero de los heraclidas que cedió al

ardid de una mujer, asesinó a su señor y se apropió del honor que le correspondía, el cual no le competía en modo alguno[264]. Loxias[265] ciertamente deseaba que el desastre de Sardes ocurriera a los descendientes de Creso, y no a Creso mismo, pero no fue capaz de torcer a las Moiras[266]. Tanto cuanto ellas cedieron él lo retrasó, porque Creso le había caído en gracia, y logró retrasar tres años la caída de Sardes; Creso debía enterarse de que cayó prisionero tres años más tarde, ya según el destino. Además de ello, en segundo lugar, cuando Creso iba a ser quemado él acudió en su auxilio. Y en cuanto a lo sucedido con los oráculos, los reproches de Creso eran injustos, pues Loxias le había vaticinado que si emprendía la campaña contra los persas destruiría un gran imperio. Si hubiera querido tomar una decisión acertada debería haber enviado a consultar si se refería al imperio de Ciro o al suyo propio. De no haber entendido el oráculo y de no haber reiterado la consulta, toda la culpa recaía sobre él. Y cuando mandó por tercera vez a consultar el oráculo, lo que Loxias dijo del mulo tampoco lo entendió. Pues con este mulo se aludía a Ciro, hijo de unos padres que no pertenecían al mismo país[267]: su madre era de extracción más alta y su padre de extracción más baja; ella era meda e hija del rey de los medos, y él era persa, sometido a aquéllos, y se casó con su señora siendo de todos modos inferior a ella. Tal fue la respuesta de la Pitia a los lidios, los cuales se la llevaron a Sardes y la comunicaron a Creso, que la oyó y reconoció que las culpas habían sido de él y no del dios.

92. Esto es lo que en verdad hubo en cuanto al imperio de Creso y a la primera sumisión de la Jonia[268]. Pero en Grecia hay muchos más exvotos de Creso, y no sólo los citados. Pues en Tebas de Beocia[269] hay un trípode de oro que él dedicó a Apolo Ismenio, en Éfeso hay unas vacas de oro macizo[270], y son de él la mayoría de las columnas del templo de Atenea Pronea[271]; también en Delfos hay un enorme escudo de oro. Estas piezas existían aún en mis tiempos, pero otros exvotos se han perdido. Lo que en el recinto de los Bránquidas[272] de Mileto formaba parte de los exvotos de Creso era igual, según yo me he informado, en peso y en lo restante, a los de Delfos y a los del templo de Anfiarao; procedía de su hacienda personal, se trataba de unas primicias, riquezas que le venían de su padre, y el resto eran exvotos

procedentes de la hacienda de un hombre adversario que antes de que Creso accediera a la realeza se le levantó en contra como enemigo político; había trabajado para que el imperio de los medos recayera sobre Pantaleón. Éste era hijo de Aliates y hermanastro de Creso, pues Creso era hijo de una mujer caria y Pantaleón de una mujer jonia. Después que Creso accedió al poder que le transmitió su padre, liquidó a este hombre que había actuado contra él: le arrastró sobre una tabla de cardar[273]; en cuanto a su hacienda, ya antes consagrada a los dioses por Pantaleón, la dedicó tal como se ha dicho y en el lugar citado. Y con esto doy por tratados suficientemente los exvotos.

93. Cosas dignas de admiración como las que puede exhibir algún otro país, que merezcan ser descritas, el país lidio no las ofrece en gran cantidad, excepción hecha de las arenas auríferas que acarrea el río Tmolo. Sin embargo, sí hay una obra que es con mucho la mayor si se dejan aparte los monumentos egipcios y los babilonios. Pues allí hay el sepulcro de Aliates, el padre de Creso. La base de este sepulcro está formada por bloques de piedra enormes, pero el resto del sepulcro está hecho con vertidos de tierra[274]. Lo construyeron jornaleros eventuales[275], obreros[276] y mozas de partido que se empleaban. Todavía en mis tiempos había encima del sepulcro cinco columnas, en las que estaban grabados los nombres de los autores de cada parte. Y si se medía se comprobaba que la parte de las rameras era la mayor. Porque en el país de los lidios todas las hijas se prostituyen[277], y con ello se hacen sus dotes. Y lo hacen así hasta que se casan; el marido se lo eligen ellas personalmente. La longitud del sepulcro es de seis estadios y dos pletros, y la anchura es de trece pletros. Un gran lago circunda este sepulcro, del cual los lidios afirman que nunca se deseca. Se llama el lago de Giges. Y aquí se acaba este tema.

94. Exceptuando esto, que sus hijas se prostituyen, los lidios tienen costumbres similares a las de los griegos. Ellos son los primeros hombres de los que sabemos que acuñaron y usaron moneda de oro y de plata, los primeros de los que sabemos que se dedicaron al comercio. Los mismos lidios afirman que los juegos a los que hoy se juega entre los griegos son invención suya. Y al mismo tiempo que los inventaron, esto es lo que los lidios cuentan, colonizaron Tirrenia[278]. He aquí lo que explican. En tiempos del rey Atis, hijo de Manes, hubo en el país entero de Lidia una gran escasez

de comida. Primero los lidios la soportaron con acopio de paciencia, pero al ver que la cosa no cesaba buscaron paliativos, y uno inventó una cosa, y otro otra. De manera que data de entonces la invención del juego de dados, del juego de tabas, del juego de la pelota[279] y de todos los demás juegos a excepción del juego de damas, el cual los lidios no dicen haber inventado. Y explican que, tras haberlos inventado, engañaban así el hambre: jugaban un día entero para no tener que haber de buscar comida; al día siguiente dejaban el juego y comían. De esta manera vivieron dieciocho años. Pero puesto que el mal no cedía, todo lo contrario, los apremiaba cada vez más, entonces el rey dividió a todos los lidios en dos grupos y los echó a suertes: unos se quedarían, los otros deberían dejar el país. Y él se agregó a los que les tocó en suerte quedarse en sus tierras, y puso a su propio hijo, llamado Tirreno, al frente de aquella parte a la que le tocó expatriarse. Aquellos a los que les tocó dejar el país bajaron hasta Esmirna y allí armaron naves, en las que cargaron la impedimenta útil para la navegación. Y se hicieron a la mar en búsqueda de tierras que les dieran comida; después de recorrer muchos pueblos llegaron al país de los umbros[280] y allí fundaron la ciudad en que viven todavía hoy. Cambiaron su nombre de lidios por el apelativo del hijo del rey que les había conducido, formaron según él su nombre, de modo que se llaman tirrenos[281].

Por tanto, los persas sometieron a los lidios.

EL LOGOS PERSA, 1.ª PARTE (95-177)

95. Desde ahora mi discurso investiga quién fue Ciro, el que aniquiló el poderío de Creso, y de qué modo los persas se hicieron dueños del Asia. Tal como algunos persas escriben sin exagerar las acciones de Ciro, sino que dicen simplemente la verdad, así yo voy a escribir, aunque sé que de Ciro hay tres versiones distintas.

Cuando los asirios[282], hace ahora algo así como quinientos veinte años, dominaban el Asia Superior, los medos fueron los primeros que se independizaron de ellos[283]; en su lucha contra los asirios por su libertad

fueron hombres muy valientes: se sacudieron la servidumbre y se hicieron libres; después de ellos todos los pueblos imitaron a los medos.

96. Pero cuando todas las gentes del continente ya eran soberanas, cayeron de nuevo en poder de tiranos. Entre los medos había un hombre muy inteligente, llamado Deyoces[284], que era hijo de Fraortes. Este Deyoces aspiraba ardientemente a la tiranía, e hizo lo siguiente: los medos en aquella época vivían diseminados en aldeas, y él, que vivía en la suya y gozaba de prestigio desde hacía ya tiempo, ahora se esforzaba más en velar por el orden y la justicia. Aunque en toda la Media había un gran desgobierno, él era muy consciente de que al justo lo injusto le repugna. Cuando los medos de su aldea advirtieron su carácter le eligieron juez. Entonces él, ansioso de poder, se mostró hombre recto y justo. Con esta actitud se ganó no pocos elogios por parte de sus conciudadanos, de manera que al enterarse los habitantes de las demás aldeas de que Deyoces era el único hombre que juzgaba equitativamente, lo oyeron con agrado y acudieron también ellos al juzgado de Deyoces; acabaron por no acudir a ninguna otra parte.

97. El número de los que acudían a él crecía continuamente, porque se sabía que el tenor de sus sentencias se correspondía con el estado de las cosas. Cuando, por su parte, Deyoces advirtió que todo ya dependía de él se negó a seguir sentándose en el asiento en el cual hasta entonces administrara justicia, y avisó que ya no ejercería más de juez, puesto que no le proporcionaba ningún beneficio ir juzgando el día entero a sus vecinos mientras él mismo descuidaba sus propios intereses. Y en las aldeas reinaban un desgobierno y una rapiña peores que lo de antes, por lo cual los medos se reunieron en un determinado lugar a deliberar y tratar la situación en que vivían. Yo creo que los que hablaron más fueron los amigos de Deyoces: «Si las cosas siguen así ya nos será imposible habitar este país. ¡Ea! Nombrémonos un rey y así el país gozará de buen gobierno y nosotros mismos podremos dedicarnos a nuestras tareas habituales y no deberemos marcharnos de aquí por el desgobierno presente.» Esto es, más o menos, lo que dijeron, y convencieron a los demás, que se avinieron a ser gobernados por un rey.

98. Enseguida se iniciaron las consultas acerca de quién debía ser proclamado rey. Deyoces era con mucho el más elogiado y propuesto, más

que cualquier otro hombre. Y todo el mundo estuvo de acuerdo en que el rey debía ser él. Y él les impuso que le edificaran una vivienda que no desmereciera de la realeza, y que velaran por su seguridad mediante un cuerpo de lanceros. Y los medos, naturalmente, lo hacen: le edificaron un gran palacio fortificado en el lugar del país que él les indicó, y además le permitieron reclutarse lanceros de entre todos los medos. Y así que ejerció el poder los obligó a levantarse una sola ciudad, a la cual dedicarían mucha atención, preocupándose menos de lo demás. También en eso le obedecen los medos, y él manda edificar unas murallas grandes y poderosas, hoy llamadas Ecbátana[285], dispuestas en círculos concéntricos. Estas murallas estan trazadas de modo que cada círculo rebase al inmediato inferior sólo en los baluartes. De algún modo el emplazamiento, que está en un altozano, coadyuva a que la cosa sea así, pero en mucho mayor grado esto fue algo buscado expresamente. En total los muros son siete[286], y en el recinto del último están el palacio real y los tesoros. De ellas, la muralla mayor tiene más o menos la extensión del perímetro de Atenas[287]. En el primer círculo los baluartes son blancos, en el segundo negros, en el tercero rojos, en el cuarto azules, en el quinto azafranados. De manera que los baluartes de cinco círculos están pintados, y los de los extremos, uno tiene los baluartes dorados, y el otro plateados.

99. Deyoces, desde luego, hizo erigir estas murallas alrededor de su residencia en vistas a su propia seguridad, y por lo demás ordenó al resto del pueblo residir extramuros. Construidos y acabados estos edificios, Deyoces estableció, él el primero, estas ordenaciones: nadie podía tener acceso a la persona del rey, todo debía decírsele por medio de intermediarios. Al rey no podía verle nadie; además sería indecoroso, y esto valdría para todo el mundo, reír o escupir en su presencia. Si se rodeó de esta pompa fue para que ciertos coetáneos suyos, que habían crecido juntamente con él, que eran no menos que él de familias prestigiosas[288] y no le iban a la zaga en valor[289], si continuaban viéndole no se consideraran vejados y se dispusieran a conspirar contra él. Si no le veían podría parecer una persona distinta a éstos.

100. Luego que lo dispuso todo así y se consolidó en la tiranía, fue un severo observador de la justicia. Se le enviaban por escrito al palacio los procesos: él juzgaba las causas que le sometían y remitía las sentencias. Y es

así como trataba los procesos. Y he aquí otras medidas de orden que adoptó: si se enteraba de la comisión de algún delito mandaba comparecer al delincuente ante él, y le infligía siempre un castigo proporcionado a la falta. Y en todo el país en que reinaba tenía agentes encargados de ver y de oír[290].

101. Pero Deyoces sometió y dominó sólo el pueblo de los medos. Este pueblo abarca muchas tribus, que son: los busas, los paretacenos, los estrucates, los arizantos, los budios, los magos. Éstos son, en efecto, los linajes de los medos.

102. El hijo de Deyoces es Fraortes, que a la muerte de Deyoces, quien reinó cincuenta y tres años, heredó el reino. Y luego de heredarlo no se contentó de reinar sólo sobre los medos, sino que marchó contra los persas, que fueron los primeros que redujo y convirtió en súbditos de los medos. Después, ya dueño de ambos pueblos, poderosos como eran los dos, se dispuso a someter Asia pasando de un pueblo a otro, hasta el momento en que entró en guerra con los asirios, que imperaban incluso en Nínive, y que hasta entonces habían dominado al resto[291]. Pero entonces los asirios no disponían de aliados, pues los que tenían habían desertado de ellos. De todos modos su situación era próspera[292]. Fraortes, pues, marchó contra los ninivitas, pero murió en la empresa; había reinado veintidós años[293]; con él pereció la mayor parte de sus tropas.

103. A la muerte de Fraortes le sucedió Ciaxares, su hijo, nieto, por tanto, de Deyocles. De Ciaxares se dice que fue mucho más poderoso que sus antecesores. Fue el primero que distribuyó en cuerpos regulares los contingentes de Asia[294] y fue el primero que hizo formar por separado a los combatientes de las distintas armas, los lanceros, los arqueros y la caballería[295]; hasta entonces andaban mezclados confusamente[296], al buen tuntún. A éste fue al que cuando luchaba contra los lidios, y en plena batalla, el día se le convirtió en noche. Sometió a su imperio toda el Asia que está más allá del río Halis[297]. Concentró al completo sus súbditos y marchó contra Nínive con la intención de vengar a su padre aniquilando la ciudad. Ya había vencido[298] a los asirios, y en pleno asedio de Nínive, se vio atacado por un ejército formidable de escitas[299] al mando de su rey Madies, hijo de Prototies. Estos escitas cayeron sobre el Asia luego de echar de Europa a los

cimerios. Acosaban a los fugitivos, y así pusieron pie en el país de los medos.

104. Desde el estanque Meótico[300] al río Fasis[301] y al país de los colquios la caminata a un hombre ágil le dura treinta días, y no está lejos de la Cólquide si se camina a través de la Media: entre ambos territorios hay un único pueblo de por medio, el de los saspiros[302]: quien haya dejado a sus espaldas este país se encuentra ya en dominio medo. Con todo, los escitas no hicieron su penetración por ahí, sino que eligieron la ruta del norte; dieron un gran rodeo, dejando a su derecha el macizo caucásico. Y es ahí donde tuvo lugar el choque entre medos y escitas; los medos perdieron la batalla y con ella su imperio, y los escitas se adueñaron de Asia íntegramente.

105. Desde donde avanzan contra Egipto. Estaban ya en Palestina de Siria[303] y les sale al paso Psamético, rey[304] de Egipto, cargado de presentes, y les ruega que cesen en su avance. Y ellos consienten y dan marcha atrás y se presentan en Ascalón, ciudad de la Siria. La mayoría de escitas la cruzó sin inferir daños; sólo unos rezagados saquearon el templo de Afrodita Urania[305]. Según mis noticias, éste es el más antiguo de los dedicados[306] a esta diosa, pues el templo que tiene en Chipre se originó de éste: lo confiesan los mismos chipriotas. Y los fenicios que erigieron el santuario de Citera[307] se inspiraron en el de Siria. El que saquearon los escitas, pues, fue el de Ascalón, y la diosa, en venganza, les pegó la enfermedad de las mujeres[308]. De ahí, explican los escitas, procede tal enfermedad, y no sólo eso, sino que el que llega a Escitia puede comprobar el estado de estos enfermos, que ellos llaman «enareos»[309].

106. Bien: los escitas dominaron el Asia durante veinti-ocho años[310], y el país entero se vio despoblado, desolado por la soberbia y la dejadez de ellos. Porque extorsionaron a su antojo con contribuciones, y para colmo hacían correrías por el país y robaban a todo el mundo lo que eventualmente poseyere. Ante ello, Ciaxares y los medos invitaron a un gran número de escitas y los recibieron como huéspedes, pero los emborracharon y los mataron. Así los medos recuperaron la hegemonía y conquistaron Nínive (la conquista la explicaré en otra parte)[311], sometieron a los asirios, a excepción de los que vivían en la parte babilonia del país. Ciaxares muere poco después: había reinado cuarenta años, incluyendo en ellos los del dominio escita.

107. Astiages, el hijo de Ciaxares, le sucede en el reino. Tuvo una hija, a la cual impuso el nombre de Mandane. Y tuvo un sueño: vio salir de su hija tanta agua[312] que llenó totalmente la ciudad y llegó a inundar el Asia por completo. Expuso su sueño a los magos expertos en oniromancia, y cuando supo de ellos toda la verdad se asustó. Mandane llegó a la edad núbil y su padre, por miedo del sueño, no la dio en matrimonio a ningún medo que perteneciera a su misma clase social, sino que la casa con un persa llamado Cambises, de quien sabía que procedía de una familia de cierta alcurnia, que tenía un carácter apacible, aunque le pareciera que este Cambises estaba muy por debajo de cualquier medo de clase media.

108. Durante el primer año de la convivencia de Mandane con Cambises, Astiages tuvo otro sueño: le pareció ver que de las partes de su hija nacía una vid que cubría toda el Asia. Tuvo, pues, esta visión, la trasladó a los expertos en oniromancia, y mandó acudir a él, desde el país de los persas, a su hija, que estaba embarazada. Llegada junto a él, la hizo custodiar, con la intención de eliminar lo que naciere de ella, pues los magos expertos en oniromancia le habían declarado que el hijo que iba a tener su hija le suplantaría en el reino. Esto es, pues aquello por lo que Astiages velaba. Cuando Ciro nació, Astiages convocó a Harpago, un pariente suyo que le era el más adicto de los medos y que se encargaba de todos sus problemas. Le dijo: «Harpago, el encargo que ahora voy a hacerte no te lo tomes como una fruslería, y no me engañes pasándoselo a otros[313], con lo cual tú mismo caerías en desgracia. Coge el niño que Mandane ha tenido, te lo llevas a tu casa y allí le matas. Luego lo entierras como mejor te plazca.» Y Harpago responde: «Rey, nunca en el hombre que yo soy has visto algo que no te agrade. Y en el futuro velaré para observar tal conducta, sin fallarte en nada. Por tanto, si tu deseo es que la cosa sea así, es inevitable, desde luego, que yo te preste debidamente tal servicio.»

109. Tal fue la respuesta de Harpago, que regresó a su casa, pero cuando le entregaron el niño de pecho, que llevaba puesta toda su ropita, destinado a la muerte, rompió a llorar y explicó a su mujer todo lo que Astiages le había dicho. Y ella le pregunta: «Y ahora, ¿qué es lo que piensas hacer?» Y Harpago responde: «Aunque Astiages estuviera más rabioso o más loco de como lo está ahora mismo, yo ni cumpliría su orden ni me prestaría a tal

asesinato. Tengo motivos suficientes para no ser yo quien mate al niño. En primer lugar, somos parientes; en segundo lugar, Astiages es un viejo sin sucesión masculina. Si, una vez muerto él, es su hija la que accede a la tiranía, su hija, cuyo hijo él me ordena matar, ¿no incurriría yo mismo en el máximo peligro? Sí, por mi propia seguridad el niño debe morir, pero el asesino debe ser uno de las gentes de Astiages, no de las mías.»

110. Dijo esto, y al punto mandó un mensajero a uno de los boyeros de Astiages, del cual sabía que apacentaba en los pastos mejores, situados en unos montes llenos de fieras. El boyero[314] en cuestión se llamaba Mitradates, y vivía allí con su compañera, también esclava. El nombre de la mujer con la cual el boyero convivía era Cino en lengua griega, pero Espaco en persa, pues los persas al perro lo llaman «spacó». Este país montañoso en el cual el boyero tenía sus vacadas, al principio de la región de las cordilleras, está al norte de Ecbátana, en dirección al Ponto Euxino. Exacto, por allí, en sus límites con los saspiros, el país de los medos es muy montañoso y tiene bosques muy frondosos; el resto del país es muy llano.

De modo que ante aquella llamada el boyero acudió inmediatamente, y Harpago le dijo: «Por orden de Astiages debes llevarte este niño de meses y abandonarlo en el lugar más desierto de los montes, de modo que muera cuanto antes. Y añadió que te dijera: si no dejas que perezca, sino que, como sea, te las ingenias para que sobreviva, él precisamente acarreará sobre ti la peor de las ruinas[315]. Y yo tengo órdenes de inspeccionar el cuerpo del expuesto.»

111. Tras oír estas palabras, el boyero recoge al niño, recorre su camino en sentido inverso y llega a su cabaña. Su propia mujer también esperaba de un día para otro dar a luz un hijo, y, por disposición divina, alumbró durante la ausencia del boyero, cuando él se encontraba en la ciudad. Los dos, pues, andaban preocupados, él por el estado de gravidez de su mujer y ella porque Harpago, contra lo que solía, había convocado a su marido. Cuando él, de regreso, se le presentó, su mujer, que no esperaba ya volver a verle, inquirió de él, en primer lugar, el motivo por el cual Harpago le había convocado con tanta urgencia. Y él repuso: «Mujer, fui a la ciudad, me presenté a mi señor, y oí lo que ojalá no hubiera oído y vi lo que ojalá no hubiera visto suceder, porque la casa entera de Harpago estaba llena de lamentos, de modo que entré

en ella muy impresionado. Y así que entro veo a un niño de meses agitando los bracitos, y que lloraba: iba adornado de oro y con ropas de colorines. Harpago al punto de verme me ordenó que cogiera al niño inmediatamente, que me lo llevara, que me largara de allí y que lo expusiera en el paraje de nuestros montes más frecuentado por fieras. Afirmó que me mandaba tal cosa por orden de Astiages y me amenazó gravemente si no lo hacía yo personalmente. Yo recogí al niño y me lo llevé, convencido de que era hijo de algun servidor: no podía tan siquiera imaginarme de quién era hijo. Quedé pasmado, eso sí, cuando le vi con aquel oro y con tales vestidos, y también del clamor que era tan evidente en el palacio de Harpago. Y a no tardar, estando ya en camino, me entero de todo el lío por un sirviente que me guiaba hacia la salida de la ciudad, y que fue el que puso el niño en mis brazos: se trata de Ciro, del hijo de Cambises y de Mandane, la hija de Astiages. La orden de matarlo la da Astiages[316]. Y el niño es éste.»

112. Con estas palabras el boyero destapó al niño[317] y lo mostró. La mujer vio que el niño era robusto y muy hermoso, rompió en sollozos, se abrazó a las rodillas de su marido[318] y le pedía que por nada del mundo lo expusiera. El boyero replicó que no estaba en situación de obrar de otra manera, porque acudirían segundones de Harpago a realizar una inspección, y que él mismo moriría miserablemente si no lo hacía. En vista de que no podía convencer a su marido, lo cual, por otra parte, parece lógico, la mujer vuelve a la carga y le dice: «Ya que no logro convencerte de que no expongas al niño, tú haz lo siguiente: si no hay modo de evitar que lo inspeccionen expuesto, también yo he parido, pero he parido un hijo muerto. Llevátelo y expónlo. Pero criemos al hijo de la hija de Astiages como si fuera el nuestro y así ni tu señor te pillará en injusticia ni nosotros habremos tomado una decisión equivocada. Pues nuestro hijo muerto obtendrá una sepultura real y el superviviente no perderá la vida.»

113. Al boyero en aquellas circunstancias las palabras de su mujer le parecieron de perlas, y las llevó a cabo inmediatamente. Entrega a su mujer el niño que llevaba consigo para darle muerte y coge a su propio hijo, éste muerto, y lo mete en el cesto en que llevara al otro. Y le puso encima todo el ornato del otro niño, y lo traslada, depositándolo en la zona más desértica de los montes. Al cabo de tres días de haberlo expuesto, el boyero se dirigió a la

ciudad; había dejado como vigilante en el sitio en cuestión a uno de los que conducían los rebaños al pasto. Una vez en el palacio de Harpago declaró que estaba dispuesto a mostrar el cadáver del niño. Harpago mandó a los más fieles de sus alabarderos e hizo que ellos dieran sepultura al hijo del boyero. Y así fue enterrado. Y del que más tarde, después de estos sucesos, se llamaría Ciro, se hizo cargo y lo crió la mujer del boyero, que le impuso otro nombre, no el de Ciro.

114. Cuando el niño llegó a los diez años de edad le ocurrió el hecho siguiente, que le descubrió. En la aldea en la que vivían los boyeros él jugaba, en un camino, con otros muchachos de su edad, los cuales en el juego proclamaron rey a este jovencito que, según se decía, era hijo del boyero. Y este muchacho ordenó a unos edificar viviendas, a otros que le fueran alabarderos[319], a otro de ellos le nombró «ojo del rey»[320], y a otro le confió el cargo honorífico de transmitirle mensajes, de manera que asignaba a cada uno su quehacer. Pues bien: uno de estos muchachos que participaba en el juego —era hijo de Artémbares, un hombre de gran prestigio entre los medos— se negó a cumplir lo que le había ordenado Ciro, quien mandó a otros jovencitos que le detuvieran. Éstos obedecieron, y Ciro le flageló fuertemente con un látigo. Apenas le soltaron el chico se encolerizó mucho más, pues había padecido algo humillante, se fue a la ciudad, al encuentro de su padre, y se le quejó de lo que había sufrido a manos de Ciro, pero sin citar su nombre, puesto que lo desconocía: habló del hijo del boyero de Astiages. Artémbares, en su furia, acudió al encuentro de Astiages llevándose con él a su hijo y explicó que éste se había visto vejado inicuamente, y exclamó, mostrando las espaldas de su hijo: «¡Rey, he aquí la afrenta que hemos recibido de tu esclavo, el hijo del boyero!»

115. Astiages lo oyó, le miró y resolvió velar por el honor de Artémbares y castigar al muchacho, de suerte que mandó llamar al boyero y a su hijo. Cuando los dos comparecieron ante él Astiages fijó su mirada en Ciro y le dijo: «Tú, que eres hijo de un tal hombre[321], ¿te has atrevido a tratar con tanto desprecio al hijo de este varón que es el primero de mi corte?» Y he aquí la respuesta del muchacho: «¡Soberano! Yo traté a éste con justicia, pues a mí los niños de la aldea, entre los cuales se contaba éste, en nuestros juegos me proclamaron su rey, pues les pareció que yo era el más indicado para ello.

Bien: el resto de los muchachos iba cumpliendo mis órdenes, pero éste me desobedeció sin darme explicaciones, por lo cual recibió su merecido. Pero si yo por ello debo ser castigado, aquí me tienes.»

116. Esto es lo que alegó el muchacho, y Astiages comenzó a reconocerle. Le pareció que los rasgos de su fisonomía tiraban a los suyos[322] y que la respuesta era muy propia de un hombre libre; además calculó que el tiempo de la exposición se correspondía con la edad del muchacho. Estupefacto por todo esto, permaneció silencioso un buen rato, y se rehízo a duras penas, pero quería hacer salir a Artémbares para coger al boyero a solas y examinarlo, por lo que dijo: «Artémbares, voy a hacer algo que ni tú ni tu hijo podréis reprocharme.» Y despide a Artémbares, y los sirvientes por orden de Astiages introdujeron a Ciro al interior del palacio. Después que el boyero quedara a solas con él, Astiages le preguntó de dónde había salido el niño y quién se lo había dado. El boyero explicó que el hijo era suyo, y que la mujer que lo había parido todavía convivía con él. Astiages le replicó que no se había aconsejado bien y que lo que en verdad buscaba era sufrir grandes torturas, y al mismo tiempo hizo señas a sus alabarderos de que le cogieran. Se vio, pues, conducido al suplicio y confesó la verdad. Empezó por el principio y lo expuso todo muy sinceramente; acabó pidiéndole y rogándole que fuera comprensivo con él.

117. Cuando el boyero le hubo declarado la verdad, Astiages dio menos importancia a la cosa, pero mandó a sus alabarderos que condujeran a Harpago a su presencia para reprocharle con acritud. Cuando le tuvo delante le preguntó: «¿Harpago, cómo diste muerte al niño que yo te entregué, al hijo de mi hija?» Harpago, que había advertido la presencia del boyero, no eligió el camino del engaño para no salir de allí convicto de embuste, y le dice: «Rey, cuando recogí al niño medité cómo obrar según tus designios, pero al propio tiempo cómo poder estar ante ti sin ser yo culpable, sin ser ni para ti ni para tu hija un asesino. Y hete aquí lo que hago: llamo a este boyero y le entrego el niño, aclarándole que las órdenes de matarle proceden de ti. Y en esto no mentí, pues tú habías dado tal orden. De todos modos, se lo entrego bajo esta condición: le encargo que le exponga en un monte solitario y que se quede allí a vigilar hasta que el niño haya muerto. Y le amenazo con los castigos más estupendos si no cumple esto cabalmente. Éste acató tus órdenes

y el niño murió. Yo mandé a los más fieles de mis eunucos, lo supe por ellos y mandé que le dieran sepultura. Esto es, rey, lo que hay de verdad, éste fue el destino del niño.»

118. Harpago, pues, declaró lo sucedido realmente. Astiages disimuló la cólera que le embargó contra él por lo ocurrido, comenzó explicando la versión de los hechos que, por su parte, le había ofrecido el boyero, se la repitió[323], y acabó diciendo que el niño había sobrevivido, y que lo ocurrido estaba bien. Y concluyó: «Lo que ha pasado a este niño a mí me ha hecho sufrir mucho, y no ha sido para mí cosa leve sufrir los reproches de mi hija. Pero ya que el destino ha girado esto para bien, tú manda a tu hijo como amigo a este recién llegado y disponte a acompañarme en un banquete[324] que por el muchacho quiero ofrecer en acción de gracias a aquel de los dioses al que corresponda este honor.»

119. Harpago besó el pie del rey[325], contentísimo de haberse salido tan bien de su falta y de que la ocasión le fuera tan propicia como para verse invitado a un banquete. Así se retiró a su casa. Entró en ella; tenía un hijo único que contaba a lo sumo trece años. Le envía, le manda acudir al palacio de Astiages y hacer lo que éste le ordene. Él mismo, exultante de alegría, explica a su mujer todo lo ocurrido. Pero Astiages, así que tuvo delante al hijo de Harpago, mandó que le degollaran y que lo desollaran miembro a miembro. Asó varios trozos de su carne e hirvió otros, y cuando lo tuvo todo bien guisado y preparado ya se hizo la hora del banquete y empezaron a llegar los comensales, incluido Harpago. A Astiages mismo y a los demás les fueron servidas mesas con tajadas de carnero, pero a Harpago le sirvieron las carnes de su hijo[326], a excepción de la cabeza, las manos y los pies, que conservaban aparte, en un cesto tapado. Cuando Harpago pareció haber saciado su apetito, Astiages le preguntó si la comida había estado en su punto. Él respondió que había quedado muy satisfecho, y entonces los servidores que habían recibido el encargo de ello le trajeron, en el cesto tapado, la cabeza, las manos y los pies del muchacho. Invitaron a Harpago a destapar el cesto y a tomar lo que quisiera. Harpago lo hizo, lo abrió, y vio los restos de su hijo. Cuando lo vio aparentemente no se inmutó, sino que se contuvo. Astiages le preguntó si se había dado cuenta de qué animal había comido la carne. Harpago repuso que sí, que se daba cuenta, y que aceptaba

complacido todo lo que hiciera el rey[327]. Con estas palabras recogió lo que quedaba de las carnes y se fue a su casa: quería, según creo, reunir los restos y sepultarlos juntos.

120. Astiages, pues, impuso esta pena a Harpago, y en cuanto a Ciro, meditó la cosa y convocó a los magos que le habían interpretado el sueño según se ha dicho. Comparecieron ante él, y Astiages inquirió de ellos cómo interpretaban su segunda visión. Ellos hablaron según la situación real y le dijeron que el muchacho debía llegar a rey, puesto que se había salvado y hasta entonces se conservaba en vida. Y he aquí lo que les respondió: «El niño ha sobrevivido y vive, y ahora, que mora en el campo, los niños de la aldea le proclamaron rey y él ha hecho, ha llevado a cabo lo que hacen los reyes auténticos, pues reinó, y ha creado alabarderos, porteros, mensajeros y todo lo restante. Pues bien: ¿cómo veis que acabará todo esto?» Los magos contestaron: «Si el niño sobrevive y reina no de una manera premeditada[328], en tal caso ten confianza y cobra buen ánimo, pues no será rey por segunda vez. Hay profecías que se han referido a hechos insignificantes, y es cosa cierta que los sueños se resuelven en insignificancias.» Y Astiages les respondió así: «Yo mismo, magos, las más de las veces soy de esta misma opinión, que el sueño ya se ha cumplido, puesto que el niño ha sido proclamado rey; este sueño, pues, no debe infundirme temor. Sin embargo, meditadlo bien y aconsejadme lo que en el futuro vaya a ser más seguro para mí y para vosotros mismos.» Y a esto repusieron los magos: «Rey, para nosotros mismos es de la máxima importancia que se consolide tu poder, pues de otro modo, si se transfiriera a este niño, que es persa, para nosotros la cosa cambiaría, pues somos medos: nos convertiríamos en dominados; ante los persas no contamos para nada: somos extranjeros. Pero si nuestro rey eres tú, que nos eres compatricio, entonces incluso, aunque sea sólo en parte, llegamos a gobernar y en lo que de ti depende gozamos de grandes honores. De modo que ante este estado de cosas nuestra opción por ti y por tu imperio es inequívoca. Seguro, por tanto, que si previéramos algo terrible te lo revelaríamos absolutamente todo. Ahora que el sueño se ha resuelto en una nadería, nosotros confiamos plenamente y lo mismo te recomendamos a ti. En cuanto a este niño, aléjalo de tu vista, mándalo a los persas, a sus padres.»

121. Astiages se alegró de oírlos, llamó al niño, a Ciro, y le dijo: «Niño, a

causa de un sueño que no se ha cumplido te traté injustamente. Tú has sobrevivido a tu propio destino. Ahora vete satisfecho al país persa, para lo cual yo mismo te asignaré guías. Cuando llegues allí encontrarás a tu padre y a tu madre, que no son de la baja estofa de este boyero y de su mujer.»

122. Después de estas palabras Astiages despide a Ciro. A su regreso al palacio de Cambises le acogieron sus padres, y cuando tras el recibimiento se enteraron de lo ocurrido le llenaron de caricias, ya que hasta entonces le habían dado ciertamente por muerto. Le preguntaron cómo fue que había sobrevivido, y él se lo explicó, les contó que primero no lo había sabido, sino que había permanecido en un gran error, pero que durante el camino se había enterado de su desventura. Porque él sólo había sabido que era hijo de un boyero de Astiages, pero en el trayecto de regreso[329] uno de sus acompañantes se lo había dicho todo. El tal acompañante le había aclarado que a él le había criado la mujer del boyero. Aseguró que nunca podría alabarla suficientemente y en la narración citó siempre a la mujer por el nombre de Cino. Y sus padres se aprovecharon de este nombre para que a los ojos de los persas pareciese que su hijo había permanecido en vida milagrosamente; hicieron correr la noticia de que una perra[330] había amamantado a Ciro expuesto[331]. Y desde entonces se ha propalado esta fama.

123. Ciro iba creciendo y se iba haciendo hombre: era el más valiente y el más apreciado de sus coetáneos. Harpago le enviaba regalos con la intención de vengarse de Astiages. Pues debido a su calidad de hombre particular[332] no veía posibilidad de alcanzar a Astiages con su venganza; contemplaba a Ciro ya mayorcito y le hizo su colaborador; comparaba sus desgracias con las mismas que él había sufrido. Pero ya antes había puesto en marcha el plan que sigue: Astiages era hostil a los medos, y Harpago se había puesto en contacto con todos y cada uno de los medos principales, con la intención de convencerlos de que era imprescindible deponer a Astiages y proclamar rey a Ciro. Ya había realizado y dispuesto esta maniobra y entonces Harpago se propuso hacer partícipe a Ciro, que vivía en territorio persa, de su opinión. Y no podía hacerlo de otra manera, pues las rutas estaban vigiladas; urdió, pues, lo que sigue: se procuró una liebre, le abrió el vientre, pero no la despellejó, y tal como quedó la liebre introdujo en su interior una carta, en la que le exponía sus opiniones; luego recosió el vientre de la liebre y la confió al más

fiel de sus servidores como si éste fuera un cazador[333]. La remitió así a los persas, y encargó de palabra al portador que cuando entregara la liebre a Ciro le aclarara que debía ser él personalmente, con sus propias manos, quien la desollara, y, además, debía hacerlo a solas, sin que nadie estuviera presente.

124. Pues bien, todo ello se cumplió a rajatabla. Ciro recibió la liebre y la abrió en canal, encontró en ella la carta, la tomó y la leyó a solas. El contenido de la carta era éste: «Hijo de Cambises, los dioses velan por ti, pues de otro modo no habrías tenido una suerte como la que has tenido. ¡Véngate de Astiages, que se propuso asesinarte! Porque si de él hubiera dependido llevarías ya muchísimo tiempo muerto. Yo estoy seguro de que si vives es por la voluntad de los dioses, y gracias a mí. Creo que has sabido desde hace ya mucho tiempo lo que ha pasado contigo, y lo que yo he sufrido de parte de Astiages por el hecho de haberte entregado al boyero. Ahora, si haces caso de mis palabras, serás rey de todo el país regentado actualmente por Astiages. Procura convencer a los persas de que se subleven contra los medos, y en el preciso instante en que Astiages me nombre a mí general contra ti tendrás lo que quieres, aunque lo pretendiere también algún otro medo de los prestigiosos. Pues éstos serán los primeros en desertar de él e intentarán quitar de en medio a Astiages. De modo que aquí la situación te es propicia; tú ponte manos a la obra cuanto antes.»

125. Habiendo oído[334] esto Ciro se dedicó a reflexionar sobre cuál sería la manera más indicada de convencer a los persas de que se sublevaran. En su reflexión halló la manera más oportuna e hizo exactamente lo siguiente: redactó un pliego en el que constaba lo que él quería y convocó una asamblea de persas; allí abrió el pliego, lo leyó públicamente y comunicó que Astiages le había nombrado comandante en jefe de los persas. «Y ahora os mando —añadió— reuniros cada uno llevando consigo una hoz.» Ésta fue la proclamación de Ciro.

Las tribus de los persas son muchas; Ciro congregó algunas de ellas y las convenció para desertar de los medos. He aquí las tribus siguientes, de las cuales dependen los demás[335]: los pasargadas[336], los marafios, los maspios; de éstos los más importantes son los pasargadas, entre los que se cuentan los aqueménidas, la estirpe más noble, de la que han salido los reyes persas[337]. Otros persas son los siguientes: los pantalieos, los derusieos y los

germanios[338]; todos éstos son labradores; el resto son pastores: los daos, los mardos, los drópicos, los sagartios[339].

126. Cuando los persas se presentaron con la herramienta susodicha, entonces, un cierto espacio de tierra persa lleno de abrojos, que en total arrojaba unas medidas de dieciocho a veinte estadios, Ciro les mandó que en un solo día lo desbrozaran. Los persas llevaron a cabo el mencionado trabajo y a renglón seguido, en segundo lugar, les ordenó que al día siguiente comparecieran bien limpios. Entretanto él reunió en un lugar determinado los rebaños de cabras, de ovejas y de bueyes pertenecientes a su padre, los sacrificó y lo dispuso todo para recibir a las fuerzas persas de la forma más obsequiosa posible, con vino y con manjares. Las hizo sentarse en el prado y las invitó. Tras el banquete les preguntó qué preferían, si lo del día anterior o lo de aquel mismo día. Los persas contestaron que había una gran diferencia entre ambos, pues en el día anterior todo les había ido mal y en aquel día todo les iba bien. Ciro los cogió por la palabra y les descubrió sus planes; les dijo: «¡Persas! Las cosas están así: si queréis hacerme caso tendréis estos bienes y muchísimos más, sin sufrir ninguna pena que comporte esclavitud, pero si no os prestáis a ello tendréis trabajos sin cuento, muy parecidos a los de hasta ahora. De manera que seguidme y seréis libres. Pues yo creo que por disposición divina he nacido para tomar esta empresa por mi cuenta, y he llegado a convencerme de que vosotros sois hombres no peores que los medos desde todos los puntos de vista, también en cuanto a la guerra. Ante esta situación, desertad de Astiages cuanto antes mejor.»

127. Bien: los persas se atuvieron gustosos a su jefe e intentaron recuperar la libertad: desde hacía mucho tiempo consideraban algo muy cargante verse gobernados por los medos. Cuando Astiages se enteró de estos manejos de Ciro le mandó un mensajero que le convocara a su presencia. Pero Ciro le dio por respuesta que él mismo se llegaría a Astiages antes de lo que éste deseara. Ante tal contestación Astiages mandó a todos los medos acudir a las armas y, cegado por la divinidad, nombró a Harpago general en jefe. ¡Había olvidado por completo lo que le había hecho! Cuando los medos en su avance atacaron, algunos combatieron, los que no estaban en el secreto, pero una parte de los demás se pasó a los medos y los restantes se hicieron fingidamente los cobardes y se dieron a la fuga.

128. Ante una desbandada tan vergonzosa del ejército medo, Astiages, así que se lo comunicaron, prorrumpió en amenazas contra Ciro: «¡Ni tan siquiera así Ciro saldrá satisfecho!», exclamó, y como primera providencia mandó empalar a los magos expertos en sueños que le habían persuadido a que se despreocupara de Ciro. Luego mandó empuñar las armas a los medos que habían quedado en la ciudad, jóvenes y viejos, y los sacó a combatir. Hubo una escaramuza con los persas, y salió derrotado; él mismo, Astiages, cayó prisionero, vivo, tras perder a todos los medos que había mandado salir.

129. Harpago se presentó delante de Astiages, éste ya prisionero: rebosaba de satisfacción y le injuriaba dirigiéndole palabras muy punzantes. Y ante todo le preguntaba por aquel banquete en que le había servido las carnes de su propio hijo, y también qué le parecía la esclavitud comparada con la realeza. Astiages clavó en él su mirada y le preguntó, a su vez, si trabajaba para Ciro. Harpago le contestó afirmativamente, pues había sido precisamente él quien le había escrito, y que su acción era completamente justa. Pero Astiages le probó con argumentos fehacientes que él era el más necio y el más injusto de los hombres: el más necio porque había transferido el imperio a otro cuando él mismo hubiera podido llegar a rey (eso en el caso de que lo ocurrido lo hubiera protagonizado realmente él), y el más injusto porque por un banquete había aherrojado a los medos en la esclavitud. Pues aún en el caso de que la transferencia del poder hubiera sido realmente inevitable sin que se hiciera él con el mismo, más hubiera valido traspasar este bien a otro medo que a un persa; ahora serían los medos los que, sin ninguna culpa por su parte, serían esclavos en vez de señores, y los persas, que hasta entonces habían sido esclavos de los medos, desde ahora se habían convertido en sus amos.

130. De manera que Astiages fue depuesto tras un reinado de treinta y cinco años[340]. Los medos debieron agacharse ante los persas por mor de la crueldad de Astiages, después de haber dominado durante ciento veintiocho años la parte de Asia que está aguas arriba del río Halis[341], descontando el período de los escitas. Con todo, más tarde se arrepintieron de lo que habían hecho y desertaron de Darío. Después de su defección fueron vencidos en una batalla y se vieron sometidos por segunda vez. Mas en aquellos tiempos, me refiero a la época de Astiages, los persas y Ciro se rebelaron contra los medos

y desde entonces dominaron el Asia. Ciro no infirió más daños a Astiages, y le retuvo a su lado hasta la muerte. De manera que tal fue el nacimiento de Ciro, su crianza, su reinado. Posteriormente sometió a Creso cuando éste inició las hostilidades contra él, según ya he contado. Y después de haberle sometido dominó el Asia entera.

131. Sé de los persas que tienen las costumbres siguientes. Entre ellos no es habitual erigir ni levantar templos, ni altares ni imágenes de dioses[342], antes bien, reprochan como necedad a los que lo hacen, porque no creen, a mi parecer, que los dioses sean de naturaleza humana, que es lo que creen los griegos. Acostumbran a escalar los picos de los montes para ofrecer sacrificios a Zeus, pero aplican este apelativo a toda la corte celestial. Ofrecen sacrificios al sol, a la luna, a la tierra, al fuego, al agua y a los vientos. Ya desde tiempo inmemorial ofrecen sacrificios sólo a éstos, pero también han aprendido a ofrecerlos a Urania, lo cual han asimilado de los asirios y de los árabes. Los asirios llaman Milita a Afrodita, y los árabes la llaman Alilat; los persas la llaman Mitra.

132. Y he aquí cómo los persas ofrecen sacrificios. Cuando los quieren ofrecer ni erigen altares ni encienden fuego. No vierten libaciones, no tocan la flauta, no se ponen coronas ni esparcen por el suelo granos de cebada[343]. Cuando alguien resuelve ofrecer un sacrificio conduce a la víctima propiciatoria a un lugar puro e invoca al dios. Casi siempre lleva puesta la tiara adornada con mirto. Al que ofrece el sacrificio le está prohibido pedir el bien para él solo: debe orar para que al rey y a todos los persas todo les salga a pedir de boca: entre todos los persas ya se cuenta él mismo. Luego que ha troceado la víctima y ha cocido la carne esparce por el suelo follaje lo más tierno posible, las más de las veces de trébol, y coloca encima toda la carne. Luego que lo ha hecho se adelanta un mago que entona un himno que trata del origen de los dioses, lo que ellos llaman encantamiento[344]. A los persas les está prohibido ofrecer un sacrificio sin la presencia de un mago. El oferente espera todavía unos momentos[345] y luego retira la carne, de la que dispone a su antojo.

133. Entre todos los días, el que ellos celebran más es el de su cumpleaños. En tal día creen justificado darse una comida más abundante de lo común: en ella los pudientes sirven enteros un buey, un caballo, un

camello y un asno asados al horno; los pobres sirven cabezas de ganado menor. Los persas comen pocos platos, pero en cambio muchos postres, servidos no todos a la vez. Y por eso ellos dicen que los griegos cuando comen nunca sacian su apetito porque después de la comida no se les sirve nada que valga la pena; si se les sirviera algo así no acabarían con hambre. Son muy dados al vino, pero entre ellos está prohibido vomitar y orinar delante de alguien. Bien: todo esto lo observan, pero acostumbran a deliberar bebidos sobre los asuntos realmente graves; lo decidido en tal deliberación, al día siguiente, ahora en estado de sobriedad, el amo de la casa se lo replantea. Y si también en estado de sobriedad toman la misma decisión, la ponen en práctica; de lo contrario, la revocan. Y lo que eventualmente deliberaren en estado de sobriedad, vuelven a discutirlo en estado de embriaguez.

134. Si se cruzan en un camino, he aquí como se puede reconocer a los que pertenecen al mismo rango social. Pues en vez de saludarse mutuamente se besan en la boca, si uno es de rango algo inferior al otro se besan en la mejilla y si uno es muy inferior al otro hinca la rodilla en tierra y le besa la mano[346]. Entre todos tributan los máximos honores a sus vecinos inmediatos, en segundo lugar a los vecinos que siguen a éstos, y en tal proporción a los restantes, disminuyendo el honor en relación con la lejanía. Rinden el menor honor a los que viven más lejos, porque están convencidos de que ellos mismos son con mucho los hombres mejores desde cualquier punto de vista, y de que los demás distan de la virtud en la relación mencionada: los que viven más lejos de ellos son los peores. Durante el imperio de los medos los linajes también se dominaban mutuamente: por encima de todos los medos y los que vivían en sus inmediaciones, luego los limítrofes de éstos y luego los más distantes. Y en esta misma proporción los persas honran a los otros pueblos, pues su linaje progresó gradualmente en el imperio y en su administración[347].

135. Los persas adoptan más que otros pueblos costumbres extranjeras. Se visten con indumentaria meda, que les parece más elegante que la suya propia; en la guerra se ponen corazas egipcias. Experimentados en placeres de todas clases, se han habituado especialmente a los griegos, y practican la pederastia. Cada uno de ellos se casa con muchas mujeres legítimas, pero además adquieren muchas concubinas.

136. Entre ellos es un gran hombre el que, después de ser valiente en la guerra, puede mostrar que tiene muchos hijos, y al que demuestra que tiene más el rey le asigna una subvención anual. Pues los persas creen que su fuerza radica en su masa. La educación de los niños empieza a los cinco años y dura hasta los veinte, pero sólo en tres disciplinas: hípica, arquería y veracidad. Antes de cumplir cinco años el niño no llega a ver nunca a su padre, sino que vive entre mujeres. Y esto es así porque si durante su crianza muere, ello no cree quebraderos de cabeza a su padre.

137. Yo les alabo esta costumbre, como también les alabo esta otra: ni tan siquiera el rey puede, por un único delito, mandar ejecutar a nadie, y nadie entre los demás persas puede inferir un daño irreparable a un siervo suyo por un solo motivo; sólo en el caso de que, tras un juicio ponderado, se verifique que el siervo le causa más y mayores perjuicios que los servicios que le presta, puede el dueño ceder a su cólera. Los persas sostienen que entre ellos nunca se da un parricidio o un matricidio; en un caso de éstos aseguran que de la investigación resulta que o se trató de un hijo supositicio o hubo adulterio: tan poco natural encuentran que un padre[348] pueda morir a manos de su propio hijo.

138. Entre ellos lo que no se puede hacer tampoco se puede decir. Para ellos lo más vergonzoso es la mentira, y en segundo lugar contraer deudas, y ello por muchísimas razones, la principal de las cuales, afirman, resulta ser que el deudor de algún modo es un embustero. Aquel de los ciudadanos que enferma de lepra o de manchas blancas no puede entrar en la ciudad ni relacionarse con otros persas; explican que esta enfermedad se contrae por haber pecado en algo contra el sol. Todo extranjero atacado por estas enfermedades es expulsado del país. Muchos achacan las mismas culpas a las palomas blancas[349]. Los persas no se orinan ni escupen en ningún río, no se lavan las manos en ellos ni permiten hacerlo a los demás; bien al contrario sienten por los ríos una especial veneración.

139. Y ocurre también otra cosa que a los persas les pasa inadvertida, pero que a nosotros ciertamente no. Sus nombres se corresponden con su prestancia corporal y con su magnificencia, y acaban todos con la misma letra, que los dorios llaman *san* y los jonios *sigma*. Si lo investigas, encontrarás que los nombres propios[350] de los persas todos acaban con esta

letra, no sólo algunos.

140. Todo esto lo puedo decir puntualmente de ellos porque lo sé. Hay otras cosas, por el contrario, que se cuentan como algo oculto y nada claro. Se refieren a los difuntos. El cadáver de un hombre persa no se da a la tierra[351] antes de que los perros y las aves de rapiña lo devoren. Digo a ciencia cierta que los magos lo hacen así, pues lo hacen a la luz del día. Los persas enceran el cadáver y lo sepultan bajo tierra, pero los magos difieren mucho de los demás hombres, y también de los sacerdotes egipcios. Éstos, efectivamente, mantienen su pureza y no matan ningún ser animado, a excepción de aquellos que sacrifican. Pero los magos lo matan todo con sus propias manos, a excepción de los perros y de los seres humanos, y atribuyen un gran mérito a matar, tanto da que sean hormigas como serpientes y los demás reptiles y volátiles. Bien: esta ley que siga adelante tal como ha sido vigente hasta ahora; yo reanudo mi discurso anterior.

141. Así que los persas sometieron a los lidios, los jonios y los eolios enviaron mensajeros a Sardes, a Ciro, pues querían ser súbditos suyos bajo las mismas condiciones en que lo habían sido de Creso. Ciro escuchó sus propuestas y les narró esta fábula: había un hombre que era flautista, y vio peces en el mar. Les tocó la flauta, pues le parecía que así los peces saldrían hacia tierra. Pero se engañó en sus cálculos, y entonces se hizo con una red, la caló y pescó una gran cantidad de peces. Los vio que se agitaban, y les dijo: «¡Basta ya de baile! Cuando os toqué la flauta[352] os negasteis a salir a danzar.» Ciro explicó a los jonios y a los eolios esta fábula porque él mismo antes había solicitado de ellos, mediante mensajeros, que hicieran defección a Creso, pero ellos no le habían hecho el menor caso. Y ahora, cuando él ya lo había logrado todo, se prestaban a someterse a Ciro. De modo que, muy disgustado, les dijo lo que antecede; los jonios, por su parte, cuando llegó a sus ciudades la noticia, prepararon cada una sus murallas, y reunieron el Consejo General de los jonios[353], todos a excepción de los milesios, porque con ellos Ciro sí, sólo con ellos, se había ligado mediante juramento bajo las mismas condiciones que les había ofrecido el lidio[354]. Los demás jonios decretaron por unanimidad remitir mensajeros a Esparta en demanda de ayuda.

142. Estos jonios, a los que pertenece Panionio[355], son, de entre todos los

hombres de que tenemos noticia, los que han fundado sus ciudades en los lugares del mundo más favorecidos por el clima[356] y las estaciones del año. Pues ni las regiones situadas al norte de la Jonia[357] pueden parangonarse con ella, ni las situadas al sur de ella. Las primeras se ven azotadas por el frío y la humedad, y las segundas por el calor y la aridez. En lo tocante a su lengua, no hablan exactamente la misma, sino cuatro variantes distintas. Mileto es la primera ciudad jonia si miramos hacia el sur, después encontramos Miunte y Priene, que están ya en la Caria; hablan el mismo dialecto. He aquí las ciudades jonias de la Lidia: Éfeso, Colofón, Lébedos, Teos, Clazómenas, Focea. En lo que al habla se refiere estas ciudades no coinciden con las que he citado antes, pero en ellas sí se habla la misma variante. Quedan todavía tres ciudades jonias, dos de ellas en sendas islas, Samos y Quíos, y una en el continente, Eritras. Los quiotas y los eritreos hablan la misma variante, pero los de Samos tienen la suya propia. De todo ello resultan, pues, cuatro variantes de la lengua.

143. De todos estos jonios, los milesios, naturalmente, estaban a cubierto de cualquier miedo, pues se habían juramentado con Ciro. Y los isleños tampoco debían temer nada: ni eran fenicios ni súbditos de los persas[358], los cuales, además, distaban de ser lobos de mar. Y se habían desentendido del resto de los jonios no por otra cosa, sino porque, en una época en la que todo el pueblo griego era débil, la estirpe jonia era con mucho la más débil de todas; no contaba para nada; con la excepción de Atenas no había ningún establecimiento jonio digno de mención. Ahora bien: tanto los demás jonios como los mismos atenienses rehuyeron tal gentilicio: no querían que los llamaran jonios, y me parece que ahora mismo la mayoría de ellos se avergüenza de esta denominación. Pero existieron las doce ciudades jonias. Éstas sí: se jactaban de tal nombre, y levantaron a sus expensas un templo, el Panionio, y decidieron no admitir la participación en él de ningún otro jonio. Sin embargo, no recibieron solicitudes en este sentido, a excepción de los de Esmirna,

144. igual que ahora los dorios del país llamado la Pentápolis, antes la Hexápolis, se reservan muy mucho la admisión de los dorios de la propia región en el santuario triopio[359]; más aún, prohíben la participación[360] de aquellos que no han observado las normas del santuario. Hace ya mucho

tiempo que en el concurso en honor de Apolo Triopio propusieron para los vencedores unos trípodes de bronce, pero los campeones no podían llevárselos del templo, debían dedicarlos al dios dentro de su recinto. Y uno de Halicarnaso, que se llamaba Agasicles, ganó el concurso, pero no observó lo establecido: se llevó el trípode a su casa, y allí lo clavó. Por este motivo las otras ciudades, Lindo, Yaliso, Camiro, Cos y Cnido, excluyeron de la participación a la sexta ciudad, Halicarnaso. Tal fue, pues, el castigo impuesto a los de Halicarnaso.

145. Me parece que los jonios fundaron exactamente doce ciudades y que no se avinieron a aceptar otras porque cuando todavía estaban en el Peloponeso había en él doce partes, igual que todavía hoy los aqueos, que expulsaron a los jonios[361], están divididos en doce partes. Saliendo de Sición, Pelene es la primera ciudad, después Egira y Egas, por donde pasa el río Cratis, del que en Italia[362] ha tomado el nombre su homónimo, siguen Bura y Hélice, lugar al que huyeron los jonios cuando los aqueos los vencieron en una batalla, y Egio, Ripas, Patras, Faras, Oleno, por donde fluye un río muy caudaloso, el Piro[363], y finalmente Dídime y los triteos, los únicos de entre ellos que viven tierra adentro. Éstas son ahora las doce estirpes de los aqueos y fueron antes las de los jonios.

146. A eso se debe, pues, que los jonios fundaran también doce ciudades, pues decir que estos jonios lo son más que los otros, o que son de origen más noble, es un gran disparate. Una parte de ellos[364], y no la más pequeña precisamente, la forman los abantes de Eubea, que no tienen nada en común, ni el nombre tan siquiera, con estos de la Jonia. Y se han mezclado con estos jonios los minios de Orcómeno[365], cadmeos, dríopes[366], foceos separados[367], molosos[368], pelasgos[369] y dorios de Epidauro[370], además de muchos otros pueblos. De todos ellos, los que salieron del pritaneo[371] de los atenienses, seguros de que ellos eran los jonios más nobles, no se llevaron consigo a sus mujeres a la colonia, sino que allí se unieron a mujeres carias asesinando previamente a sus padres. Y tal crimen hizo que estas mujeres, ellas personalmente, se impusieran a sí mismas, con un juramento que traspasaron a sus hijas, no compartir jamás la mesa con tales hombres ni llamar por su nombre jamás a su marido, ya que ellos habían asesinado a sus padres, a sus maridos y a sus hijos, y luego de cometer esto se metían con ellas en cama. Y

esto es lo que sucedió en Mileto.

147. Además, en algunas de estas ciudades jonias fueron nombrados reyes hombres licios, en unas del linaje de Glauco[372], hijo de Hipóloco, en otras licios caucones de Pilos, descendientes de Codro[373], el hijo de Melanto, y en otras, todavía, reyes que procedían de la fusión de ambos linajes. Todos éstos se aferraron a sus nombres más que el resto de jonios; yo admito sin más que ellos fueron jonios puros. Los que proceden de Atenas y celebran la fiesta de las Apaturias[374] son, todos ellos, jonios, pues festejan tal solemnidad todos los jonios a excepción de los efesios y de los colofonios, que se ven excluidos de ello por una imputación de asesinato.

148. El Panionio es un santuario en Micale, orientado hacia el norte, consagrado ya inicialmente a Posidón Heliconio. Micale es un promontorio de la costa occidental del Asia Menor situado delante de la isla de Samos. Éste es el lugar en el que las ciudades jonias se reunieron para una celebración común. Y aplicaron a este paraje el nombre de Panionio. [Y ello ocurre no sólo con las fiestas de los jonios, sino que en todos los dominios griegos los nombres de las fiestas acaban con la misma letra[375], al igual que los nombres de los persas.]

149. Éstas son las ciudades jonias. Cito a continuación las eolias: Cime, llamada también Fricónide[376], Lerisas, Fuerte Nuevo, Temno, Cila, Notio, Egioesa, Pitana, Egeas, Mírino y Grinia. Éstas son las once ciudades eolias primitivas, pues Esmirna[377], una de ellas, fue tomada por los jonios, pero en realidad también los eolios tenían doce ciudades en Asia Menor. Éstos, los eolios, poseían tierras más fértiles que los jonios, pero las estaciones del año no les eran siempre igualmente favorables[378].

150. He aquí cómo los eolios perdieron Esmirna: dieron acogida a unos colofonios derrotados en una revuelta, que se vieron expulsados de sus países. Más tarde los desterrados colofonios observaron que los esmirneos celebraban extramuros una fiesta en honor de Dioniso; les cerraron las puertas y se quedaron con su ciudad. Acudieron en defensa de ella todos los eolios y se llegó a un pacto: los eolios abandonarían Esmirna si los jonios les devolvían sus ajuares. Los esmirneos cumplieron, y las once ciudades se los distribuyeron entre ellas y les otorgaron la ciudadanía.

151. Éstas fueron, pues, las ciudades eolias del continente, a excepción de

las que están en la región del Ida, pues éstas se habían segregado[379] de ellas. Ciudades insulares eolias las hay, en primer lugar, en Lesbos, a saber, cinco, pues la sexta, Arisba, fue sometida por Metimna, una ciudad consanguínea; además hay una en Ténedos y otras en las llamadas Cien Islas[380]. Los lesbios y los de Ténedos, al igual que los jonios de las islas, no corrían ningún peligro, pero las ciudades restantes tomaron en común el acuerdo de seguir a los jonios fuere cual fuere el lugar a que éstos se dirigieren.

152. Cuando los mensajeros de los jonios y de los eolios llegaron a Esparta (hicieron la ruta, ciertamente, a marchas forzadas), eligieron como primer orador a un focense llamado Pitermo. Éste se puso un vestido color rojo púrpura[381], para que ya sólo ante esta noticia acudiera allí una multitud de espartanos. Se adelantó y les hizo un discurso muy prolijo, pidiéndoles ayuda. Pero los lacedemonios no le hicieron el menor caso, sino que acordaron negar cualquier ayuda a los jonios. Los mensajeros, pues, se retiraron y los lacedemonios, a pesar de haber rechazado a los mensajeros, enviaron hombres en una galera, yo creo que para comprobar la situación de Ciro y de la Jonia. Estos hombres llegaron a Focea y enviaron a Sardes al más prestigioso de ellos, un tal Lacrines: debía notificar la decisión de los lacedemonios a Ciro: no le quitarían el ojo de encima si devastaba alguna ciudad en tierras griegas.

153. Dijo esto el heraldo, y cuentan que Ciro preguntó a los griegos allí presentes qué clase de hombres eran esos lacedemonios, y cuántos eran en número, ya que se atrevían a decirle eso. Cuando lo supo contestó al heraldo espartano: «Yo nunca he temido a unos hombres que tienen en el centro de sus ciudades lugares para reunirse y engañarse mutuamente con juramentos. Si estoy en mi sano juicio, ellos tendrán materia de conversación no en las calamidades de los jonios, antes bien en las suyas propias.» Ciro espetó estas palabras contra todos los griegos, porque establecen mercados para comprar y vender; los persas no tienen, en absoluto, mercados, y por eso no tienen lugares así.

Luego puso al frente de Sardes a Tabalo, un hombre persa, pero el transporte del oro de Creso y del de los demás lidios lo confió a Pactias, un lidio. Y él mismo marchó hacia Ecbátana, llevando consigo a Creso. No dio nunca a entender que su primera expedición fuera contra los jonios; para él

tenian prioridad Babilonia, el pueblo de Bactriana, los sacas y los egipcios, contra todos los cuales se proponía salir en campaña él personalmente; contra los jonios mandaría a uno de sus generales.

154. Cuando Ciro ya había salido de Sardes, Pactias hizo que los lidios se levantaran contra Tabalo y contra Ciro; él personalmente bajó hasta la costa, puesto que disponía de todo el oro de Sardes: reclutó mercenarios y convenció a los habitantes de la costa de que salieran con él. Marchó contra Sardes y asedió a Tabalo, que se vio recluido en la acrópolis.

155. Ciro se enteró de todo durante su marcha, y dijo a Creso lo siguiente: «Creso, ¿cuál será para mí el final de todo esto? ¿Es que los lidios, según su costumbre, no dejarán de darme quebraderos de cabeza, y de buscárselos ellos mismos? Pienso que lo mejor será venderlos a todos como esclavos, pues me parece haber hecho algo así como uno que mata al padre y deja a los hijos con vida. Pues a ti, que para los lidios eres más que padre, te llevo conmigo, pero a ellos les he dejado la ciudad. ¡Y luego me maravillo si se me sublevan!» Ciro, pues, dijo lo que pensaba, y Creso respondió, dominado por el temor de que Ciro arrasara Sardes: «¡Rey! Has dicho lo justo, pero no cedas totalmente a tu cólera y no destruyas una ciudad antigua y que no te es culpable en nada ni en lo de antes ni en lo de ahora. Pues lo de antes lo organicé yo, y ahora lo llevo amasado sobre mi cabeza; de la situación actual el culpable es Pactias, al que tú confiaste Sardes. Sé comprensivo para con los lidios y mándales que no se subleven, que no te pongan en dificultades. Envía allí a alguien que les prohíba adquirir armas, ordénales que se pongan túnicas debajo de los mantos, que calcen coturnos, e indícales que enseñen a sus hijos a tañer la cítara, a cantar y a comerciar; pronto comprobarás que se te han convertido en mujeres de hombres que eran. Y ya no deberás temer más que se te subleven.»

156. Creso, desde luego, le propuso esto, pues le parecía preferible para los lidios a ser vendidos como esclavos, y sabía bien que si no proponía razones merecedoras de ser tenidas en cuenta no le convencería; Ciro no mudaría su decisión. Y le horrorizaba que más tarde los lidios, aunque de momento lograran salvarse, repitieran su defección de los persas y se arruinaran. La propuesta agradó a Ciro, cedió en su cólera y declaró que perdonaba. Llamó a Mazares, un hombre medo, y le mandó trasladar a los

lidios las propuestas de Creso, y además que vendiera como esclavos a los que habían secundado a los lidios en su incursión contra Sardes. Y, como fuese, debía conducir a Pactias con vida a su presencia.

157. Después que, en su avance, había dado tales órdenes, forzó la marcha hacia Persia. Pactias fue informado de la proximidad de un ejército que iba a echársele encima, y, lleno de pavor, huyó a Cime. El medo Mazares lanzó un ataque contra Sardes, a pesar de que disponía sólo de una parte del ejército de Ciro, no de él íntegramente. Pero en Sardes ya no cazó a ningún partidario de Pactias, y entonces, como primera providencia, obligó a los lidios a cumplir las órdenes de Ciro. Y desde que les dio esta orden los lidios han cambiado totalmente de género de vida. En segundo lugar, Mazares mandó unos delegados a Cime, a exigir la extradición de Pactias. De todos modos, los cimeos resolvieron consultarlo al dios de los bránquidas[382], pues en el lugar había un edificio muy antiguo, un oráculo que tanto eolios como jonios solían consultar. Este lugar está situado en la zona de Mileto, encima del puerto de Panormo.

158. Los cimeos, pues, enviaron a consultar a los bránquidas qué debían hacer con Pactias para agradar más a los dioses. Ésta fue su consulta, y el oráculo les respondió que entregaran a Pactias a los persas. Cuando tal respuesta fue comunicada a los cimeos la atendieron y ya se disponían a la extradición. Ponían, pues, manos a la obra cuando Aristódico, un descendiente de los heraclidas, persona de gran prestigio, lo impidió a los cimeos: desconfiaba de la respuesta del oráculo, y le parecía que los bránquidas no habían dicho la verdad. Y por segunda vez acudieron, ahora otros, a consultar el oráculo acerca de qué debían hacer con Pactias; entre los consultantes figuraba Aristódico.

159. Llegados a los bránquidas, Aristódico, en nombre de todos los demás, consultó al oráculo y preguntó lo siguiente: «Señor, llegó a nosotros en calidad de suplicante el lidio Pactias, que huía de una muerte violenta que le iban a inferir los persas, quienes ahora piden, es más, exigen a los cimeos que les sea extraditado. Nosotros, por temor, a pesar del miedo que nos infunde el poderío persa, no nos atrevemos a extraditarlo sin tener claro, de parte tuya, exactamente lo que debemos hacer.» Tal fue la consulta de Aristódico, y el oráculo repitió la misma respuesta: los intima a entregar a

Pactias a los persas. Ante lo cual Aristódico, con toda premeditación, hizo lo siguiente: recorrió el recinto circular del templo y echó de él a los gorriones y a los demás pájaros de todas las especies que habían anidado allí. Y cuentan que mientras lo hacía sonó una voz, dirigida a Aristódico, que le increpó: «Oh tú, el más impío de los hombres: ¿echas del templo a mis suplicantes?» Dicen que Aristódico, sin inmutarse, replicó: «Señor, eres tú quien ayuda así a los suplicantes, y ordenas que los cimeos entreguen al suyo.» Y, explican, el dios respondió: «Sí, lo mando, pero es para que vuestra impiedad os arruine cuanto antes, y en adelante no me vengáis al oráculo a consultar por la extradición de suplicantes.»

160. Cuando los cimeos escucharon lo que se les decía no quisieron ni entregarlo, pues así se perdían ellos mismos, ni retenerlo entre ellos, pues así se concitarían un asedio. De modo que expidieron a Pactias a Mitilene. Y los de Mitilene, ante un mensaje que les llegó de Mazares, se dispusieron a devolverlo, pero extrayendo de ello una paga. Lo cual no puedo exponer puntualmente, pues no llegó a realizarse. Los cimeos se enteraron de las intenciones de los de Mitilene y enviaron una nave a Lesbos para trasladar a Pactias a Quíos. Y de aquí, arrancado del templo de Atena Poliuco[383], fue entregado por los quiotas. Éstos lo entregaron a cambio del dominio de Atarnea. El lugar que fue de Atarneo pertenece a la Misia, y es frontero de Lesbos. Los persas, al serles entregado Pactias, lo custodiaban, pues querían exhibirlo ante Ciro. Pero transcurrió mucho tiempo antes de que los de Quíos esparcieran[384] en honor de algún dios granos de cebada procedentes de Atarnea, o antes de que le ofrecieran pasteles confeccionados con frutos de tal tierra; todo lo que procedía de esta región era excluido de los actos de culto.

161. De modo que los de Quíos entregaron a Pactias, y Mazares salió luego en campaña contra los que asediaban a Tabalo. Primero sometió a los habitantes de Priene, luego recorrió con sus tropas, capturando botín, toda la llanura del río Meandro, y lo mismo hizo en Magnesia. Pero inmediatamente después murió de enfermedad.

162. Tras su muerte, Harpago fue nombrado sucesor suyo en el generalato. Era también medo de linaje aquel a quien el rey de los medos, Astiages, sirviera un ominoso banquete; era él quien había procurado la realeza a Ciro.

Este hombre, nombrado entonces general por Ciro, cuando llegó a la Jonia conquistó las ciudades mediante terraplenes. Pues cada vez que lograba encerrar al enemigo tras sus muros, adosaba terraplenes a ellos y así los anulaba.

163. En primer lugar atacó la ciudad de Focea. Los focenses fueron los primeros entre los griegos que emprendieron navegaciones a lugares remotos: ellos descubrieron[385] la región del Adriático, la del Tirreno[386], el río Betis, Iberia[387] y Tarteso. Navegaban no con naves de carga[388], sino con navíos de guerra. Llegados a Tarteso, trabaron amistad con el rey de los tartesios, Argantonio, que fue señor de Tarteso a lo largo de ochenta años, y vivió ciento veinte. Este hombre apreció tanto a los focenses que primero les invitaba a que abandonaran la Jonia y a que se establecieran donde quisieran de su propio país; luego que no logró convencerles, tras saber, por un medo, que los medos iban creciendo en poderío, dio a los focenses dinero para que levantaran una muralla: en ello fue realmente espléndido, pues el perímetro del muro de Focea medía no pocos estadios, y estaba construido con piedras enormes y bien ajustadas.

164. El muro, pues, de los focenses se levantó como hemos dicho; Harpago, por su parte, condujo su ejército hasta allí y asedió a los focenses, habiéndoles indicado previamente que a él le bastaba que derribaran un baluarte, uno solo, del muro y que dedicaran[389] a Ciro un edificio de la ciudad. Los focenses, que abominaban de la servidumbre, respondieron que deseaban deliberarlo un día, y que luego responderían. Y para el día que deliberaran invitaron a Harpago a retirar su ejército de junto a la muralla. Y en el tiempo en que Harpago había retirado su ejército del muro, los focenses sueltan las amarras de sus naves largas, hacen subir a ellas a sus mujeres y a sus hijos, cargan sus enseres, además las estatuas de los templos y los exvotos, excepción hecha de los de bronce, de los de piedra y de las pinturas, embarcan el resto de sus propiedades, montan ellos mismos y zarpan en dirección a Quíos; los persas tomaron una Focea desierta de habitantes.

165. Los focenses, luego que pretendieron comprar a los de Quíos las islas Enusas[390], ante la negativa de los quiotas, que se temían que los focenses abrieran allí mercados y que su propia isla se viera así sometida a una competencia comercial, pusieron proa a Córcega. Pues otros focenses en

Córcega, veinte años antes, en virtud de un oráculo, habían fundado una ciudad llamada Alalia. En aquella época Argantonio ya había muerto. En su navegación hacia Córcega desembarcaron primero en Focea y exterminaron la guarnición de los persas, que la ocupaban desde que la habían recibido de Harpago; una vez ejecutado esto, lanzaron maldiciones terribles contra algunos de sus propios conciudadanos que abandonaron la singladura de su flota; además echaron al mar un trozo de hierro candente y juraron no repatriarse a Focea antes de que aquel hierro emergiera. A punto de salir hacia Córcega, el lamento y la añoranza de su ciudad y de los usos de su patria prendieron en la mitad de aquellos ciudadanos, que se convirtieron en perjuros y navegaron de regreso a Focea. Los observantes del juramento dejaron las islas Enusas y se hicieron a la mar.

166. Arribaron a Córcega y vivieron formando comunidad con los que habían llegado allí antes, y erigieron santuarios. Pero robaron y saquearon a todos los pueblos vecinos, lo cual movió a tirrenios y a cartagineses[391] a aliarse: se hicieron a la mar contra los focenses con sesenta navíos por cada parte. También los focenses dispusieron sus naves, que eran sesenta, que salieron a alta mar en el mar llamado Sardónico[392]. Se libró una batalla naval en la que los focenses alcanzaron una victoria a la cadmea[393], pues se les hundieron cuarenta navíos y el resto quedó en condiciones no aptas para la navegación, puesto que los espolones se les habían doblado. Retrocedieron, pues, hacia Alalia, recogieron a sus mujeres e hijos y todos los bienes susceptibles de ser transportados en naves. Abandonaron Córcega y navegaron hacia Region[394].

167. Pero los hombres de las tripulaciones de las naves hundidas[395] fueron capturados por los cartagineses y los tirrenios, que se los sortearon[396]. El número mayor correspondió a los cartagineses; unos y otros empujaron a tierra firme a los cautivos y allí los mataron a pedradas. Y desde entonces a los agileos[397] que pasaban por el lugar donde yacieron cadáveres de focenses lapidados he aquí lo que les ocurría, y también a sus rebaños y a sus animales de carga: quedaban contrahechos y mutilados, y se veían tocados por rayos. De modo que los agileos mandaron a consultar a Delfos, pues querían expiar aquella locura. Lo que la Pitia les mandó todavía hoy los agileos lo cumplen: ofrecen grandes sacrificios en honor de los muertos y organizan

competiciones, el pentatlón y una carrera de caballos. De modo que estos focenses acabaron así, y los que huyeron a Region zarparon de allí y fundaron la ciudad que hoy se llama Hiele[398], en el país de Enotria. La fundaron porque supieron, por un hombre de Posidonia, que la Pitia en su respuesta no se había referido a la isla de Córcega, sino que había aludido al héroe Cirno. Éste fue el destino de la Focea jonia.

168. También los de Teos[399] hicieron algo parecido. Pues cuando Harpago por medio de un terraplén les hubo tomado el muro se embarcaron en sus naves y navegaron hacia Tracia, donde se establecieron en la ciudad de Abdera[400], fundada con anterioridad a estos sucesos por un clazomenio llamado Timesio, sin poder gozar de ella, pues los tracios le echaron de allí. Pero actualmente los de Teos que quedan en Abdera le veneran como a un héroe.

169. Éstos fueron, pues, los únicos jonios que no soportaron la servidumbre y abandonaron sus patrias. Los demás, excepción hecha de los milesios, libraron una batalla contra Harpago, al igual que los que se habían expatriado, y en ella se batieron heroicamente, puesto que todos luchaban por sus respectivos países, pero fueron derrotados y sometidos. Se quedaron en sus regiones e hicieron lo que se les mandaba. Pero los milesios, según ya he dicho antes, se habían comprometido en juramento con Ciro y permanecieron neutrales. Y fue así, por descontado, como la Jonia se vio sometida por segunda vez. Cuando Harpago sometió a los jonios del continente[401], los de las islas se llenaron de pavor y se entregaron a Ciro.

170. De esta época en que las cosas iban tan mal a los jonios (más que nada por eso se reunieron en el Panionio), sé que un hombre de Priene, llamado Biante[402], ofreció a los jonios su parecer, muy práctico, y si los jonios lo hubieran seguido habría hecho de ellos los más felices de los griegos. Les intimó que todos los jonios armaran una flota en común y que navegaran hacia Sardo[403] y que allí fundaran una ciudad común para todos los jonios: así, libres de la esclavitud, vivirían felices por habitar la mayor de todas las islas y mandar sobre los demás; en cambio, si se quedaban en Jonia no veía cómo podrían conservar su libertad. Éste fue, digo, el consejo de Biante de Priene, dado cuando los jonios ya estaban perdidos; igualmente útil fue, antes de la destrucción de la Jonia, el de Tales, un hombre de Mileto[404],

que era de extracción fenicia. Éste les propuso la institución de una asamblea de los jonios, que debía establecerse[405] en Teos, pues Teos ocupa el centro de la Jonia. Pero no por ello las demás ciudades habitadas debían conservar menos las instituciones que tenían cuando eran comunidades autónomas.

171. De manera que estos dos hombres expusieron, cada uno a su modo, sus pareceres. Harpago, después de someter a los jonios, salió en campaña contra los carios[406], los caunios[407] y los licios; llevó consigo tropas jonias y eolias. De los citados, los carios llegaron al continente procedentes de las islas, pues antiguamente, cuando eran súbditos de Minos y se llamaban léleges[408], eran dueños de las islas y no abonaban tributos[409], eso por lo que yo soy capaz de alcanzar, de oídas, desde hace mucho tiempo. Pero siempre que Minos los necesitaba le tripulaban sus naves[410]. Es innegable: mientras Minos dominó muchos territorios y fue afortunado en sus guerras, el pueblo cario fue el de más prestigio entre todos los pueblos, lo cual culminó precisamente en aquella época. Ellos fueron los inventores de tres cosas que luego los griegos adoptaron. Pues es invención de los carios poner penachos encima de los cascos, grabar emblemas sobre los escudos, y los carios fueron los primeros que pusieron en ellos brazales, ya que hasta entonces todos llevaban sus escudos sin brazales, aquellos que normalmente usaban escudos: se los sujetaban con correas de cuero que se fijaban en la espalda y en el hombro izquierdo. Al cabo de muchísimo tiempo los dorios y los jonios expulsaron de sus islas a los carios, que así llegaron al continente. Según cuentan los cretenses, he aquí lo que les sucedió a los carios, aunque los carios mismos no coinciden en esta explicación; afirman de sí mismos que son autóctonos del continente y que siempre han sido llamados como ahora. Exhiben en Milaso un templo arcaico de Zeus Cario, al que también rinden culto los misios y los lidios[411], ya que son hermanos de los carios, pues Lido y Miso, según dicen ellos, fueron hermanos de Car[412]. O sea, que éstos participan del santuario, y, sin embargo, aunque hablen la misma lengua que los carios, los que son de otra raza no son admitidos en él.

172. Los caunios a mí me parece que son autóctonos, pero ellos dicen de sí mismos que son cretenses. En cuanto a su lengua, son afines al pueblo cario, o quizás los carios lo sean a ellos (sobre esto no puedo decidir exactamente). Pero tienen costumbres muy distintas a las de los demás

hombres, y también a las de los carios. Porque para ellos lo más hermoso es juntarse a beber por separado, según edad y amistad, hombres, mujeres y niños. Entre ellos se erigieron santuarios de dioses extranjeros, pero más tarde mudaron de opinión y decidieron creer sólo en los dioses de sus padres. Y todos los caunios de edad no avanzada empuñaron sus armas, alancearon el aire y prosiguieron así hasta los dominios de Calinda, de los que decían ahora expulsar a los dioses extranjeros.

173. Éstos tienen, pues, las costumbres que he dicho; pero los licios llegaron desde Creta ya en épocas remotas[413], pues en Creta había bárbaros en toda su extensión, desde tiempo inmemorial. Pero cuando en Creta los hijos de Europa, Sarpedón y Minos, se pelearon por el poder, Minos se levantó en armas, derrotó a Sarpedón y los echó, a él y a los revoltosos, los cuales, expulsados, llegaron al Asia, concretamente al país de Milias[414], pues el territorio habitado ahora por los licios antes era el de Milias, y a la sazón los milios se llamaban sólimos[415]. Y se llamaron así durante todo el reinado de Sarpedón: era el que se habían llevado consigo, y a los licios todavía los llaman así los pueblos circundantes, a saber, los termilos. Pero cuando Lico de Atenas, el hijo de Pandíon[416], también un desterrado, por su hermano Egeo[417], por cierto, se juntó con Sarpedón en el país de los termilos, entonces con el tiempo tomaron el nombre de licios, a partir de Lico. Sus costumbres son de origen en parte cretense, en parte cario. Sin embargo, tienen una costumbre especial, la que sigue, en lo que no coinciden con ningún otro hombre: toman el nombre de sus madres y no el de sus padres[418]. Cuando uno pregunta a otro quién es, éste le indica el linaje de su ascendencia materna, y le enumera a las madres. Si una ciudadana se casa con un esclavo, sus hijos son hombres libres, pero si un ciudadano, incluso el de más categoría, toma por mujer a una extranjera o a una esclava, los hijos de esta pareja no gozan de ningún derecho ciudadano.

174. Bien: los carios fueron sometidos por Harpago sin haber llevado a cabo ninguna gesta. Ni los carios ni tan siquiera los griegos que habitan este país se mostraron valientes. Hay otros que viven en él, por ejemplo los cnidios, que son colonos procedentes de Lacedemonia. Su país está en la costa y se llama Triopio. Empieza en el Quersoneso Bubásico[419], y está rodeado de mar, excepción hecha de una mínima parte. La sección de él que

da al norte limita con el golfo Cerámico, y la parte que da al sur toca al mar frente a Sime[420], delante de la isla de Rodas. Cuando Harpago dirigía su poder contra la Jonia, los cnidios excavaron esta pequeña franja de tierra, que mide unos cinco estadios, porque tenían la intención de convertir su territorio en isla, pues todo él les quedaba a este lado del istmo, y allí donde, en tierra firme, acaba el país cnidio, allí está la franja estrecha de tierra que ellos excavaban. Mientras los cnidios se dedicaban a ello con todo ahínco, los trabajadores se vio que eran heridos por esquirlas de piedra más de lo normal, como por disposición divina, en todas las partes del cuerpo, pero principalmente en los ojos. Enviaron, pues, consultores a Delfos, que debían pedir explicaciones[421]. Y tal como cuentan los mismos cnidios, la Pitia les dio en trímetros esta respuesta:

No horadéis hi hagáis muros al Istmo:
pues de quererlo, Zeus ya haría de él isla.

Cuando la Pitia les hubo aclarado la cosa, los cnidios cesaron en la perforación y se rindieron sin luchar a Harpago, que se aproximaba con su ejército.

175. Al norte de Halicarnaso, tierra adentro, viven los pedaseos. Siempre que a ellos o a sus vecinos les ha de ocurrir una desgracia, a la sacerdotisa de Atenea le crece una barba espesa. Esto ha sucedido ya tres veces. De los habitantes de la Caria, ellos fueron los únicos que por algún tiempo ofrecieron resistencia a Harpago, a quien crearon muchos problemas porque habían fortificado un monte llamado Lida.

176. Pero con el tiempo los pedaseos se vieron sometidos. Y cuando Harpago invadió con su ejército la llanura del Janto[422], los licios salieron en campaña contra él, y a pesar de que luchaban unos pocos hombres contra otros muy superiores en número demostraron su coraje. Pero salieron derrotados. Encerrados en su ciudad, juntaron sus mujeres y sus hijos, sus bienes y sus esclavos en la acrópolis, a la que pegaron fuego, y ardió por los cuatro costados. Luego de hacerlo se comprometieron con juramentos terribles, se tiraron todos al campo y murieron combatiendo. De los lidios actuales, que pretenden ser jantios, la mayoría, a excepción de ochenta familias, son emigrantes. Estas ochenta familias ya estaban allí y por eso

conservaron la vida. Harpago tomó Janto de esta manera, y de manera semejante Cauno, pues los caunios en casi todo se comportaron como los licios.

177. Harpago sometió la parte meridional de Asia; la del norte, Ciro personalmente. Sometió a todos los pueblos, sin excluir a ninguno. Pasaré por alto la mayoría de ellos; ahora recordaré los que le crearon más dificultades, los que son más memorables.

El logos babilonio (178-200)

178. Cuando Ciro controló por completo todo el continente, atacó a los asirios. En Asiria hay muchas ciudades realmente grandes, pero la más digna de mención, también la más poderosa, que después de la destrucción de Nínive se convirtió en la capital del país, fue Babilonia. He aquí la disposición de la ciudad: está situada en una llanura extensa, cada uno de sus lados mide ciento veinte estadios, su forma es cuadrada. El perímetro de la ciudad arroja cuatrocientos ochenta estadios. De manera que la extensión de Babilonia es notable, y fue edificada como no lo ha sido ninguna de las ciudades que conocemos. En primer lugar, la rodea un foso ancho y profundo, lleno de agua, y después tiene un muro de cincuenta codos reales de ancho y de doscientos codos de alto; el codo real tiene una longitud de tres dedos más que el normal.

179. Aquí debo decir además en qué fue utilizada la tierra extraída del foso y cómo fue edificado el muro. Al mismo tiempo que abrían el foso hacían ladrillos con las tierras extraídas y cuando habían modelado un número suficiente de ellos los cocían en hornos. Usaban como cemento asfalto caliente y a intervalos de treinta hileras de ladrillos intercalaron esteras de cañas. Fabricaron de esta manera primero los paramentos del foso, y luego el muro mismo. En lo alto del muro, arriba de todo, construyeron casamatas de un piso unas encaradas a otras; por el espacio que mediaba entre ellas podía pasar una cuadriga. En el circuito del muro hay cien puertas, todas de bronce; también lo son los batientes y los dinteles. A la distancia de ocho días de viaje desde Babilonia hay otra ciudad llamada Is. Tiene un río

no muy grande, cuyo nombre es igualmente Is, y es afluente del Éufrates. Ahora bien: este río produce muchos grumos de asfalto, y es de aquí de donde se extrajo el asfalto para la construcción del muro en Babilonia.

180. Babilonia había sido fortificada, pues, de esta manera, pero la ciudad tiene dos barrios, porque por su centro la divide en dos el río Éufrates, procedente de Armenia; es muy caudaloso, muy hondo y de curso muy rápido; desemboca en el mar Rojo[423]. En ambas orillas el muro tiene estribaciones que llegan hasta la corriente, y desde ella se extiende a lo largo de ambas márgenes un vallado hecho con ladrillos cocidos. La ciudad misma, repleta de bloques de tres y cuatro pisos, está seccionada por calles rectas, unas paralelas al río y otras transversales que conducen a él. Y al final de cada calle transversal hay una poterna abierta en el muro de ladrillo; concretamente, hay tantas poternas como calles transversales. También estas poternas eran de bronce y conducían igualmente hasta el río.

181. Este muro es también la coraza de la ciudad, pero un segundo muro corre alrededor de él por su parte interior y no tan recio como el otro, es algo más débil, porque es más delgado. En el centro de cada uno de los barrios de la ciudad se levanta un edificio; el de un barrio es el castillo del rey, amurallado con muros fuertes y resistentes, el del otro es el templo de Zeus Belo[424], que tiene portales de bronce. Este templo existía todavía en mis tiempos[425], un cuadrado cuyos lados medían dos estadios cada uno. En el centro del recinto del templo hay edificado un torreón macizo, de un estadio de largo y de ancho; sobre este torreón hay edificado otro, y sobre este segundo un tercero, y así sucesivamente, hasta llegar a ocho torreones. Por su parte exterior se ha hecho un acceso[426] circular a todos los torreones. Cuando uno está más o menos a la mitad de la subida encuentra un lugar con asientos para descansar; los que suben se sientan en ellos y descansan. En el último torreón se encuentra un gran templo; en su santuario hay una cama muy capaz con su paramento dispuesto, y junto a ella una mesa de oro. Pero no hay ninguna imagen de los dioses, y ningún mortal puede pernoctar allí, excepción hecha de la mujer del país que el dios se haya elegido de entre todas ellas; al menos esto es lo que afirman los caldeos[427], que son los sacerdotes de este dios.

182. Estas mismas gentes sostienen —sin que, de todos modos, a mí

logren convencerme— que el dios mismo acude a este templo y que reposa en este lecho, lo que coincide exactamente con lo que dicen los egipcios cuando se refieren a Tebas de Egipto, pues también en tal lugar una mujer duerme en el templo de Zeus[428]; de estas dos mujeres se dice que no tienen tratos[429] con hombres. Lo mismo la sacerdotisa del dios en Patara, en Licia[430], cuando el dios se presenta. En este último lugar no siempre se emiten oráculos; cuando el dios se le presenta, ella se encierra con él en el interior del templo durante la noche.

183. En el recinto del santuario de Babilonia hay todavía otro templo, situado por debajo del primero. En él se encuentra una gran estatua de Zeus labrada en oro, y junto a ella hay una gran mesa, también de oro, y un escabel y un trono, todo ello de oro. Los caldeos afirman que todo ello se hizo con ochocientos talentos de oro. Fuera del templo hay un altar de oro. Y hay todavía otro altar de grandes dimensiones, sobre el cual se ofrecen reses adultas, pues sobre el altar de oro no puede ofrecerse nada que no sean animales lechales. Sobre el altar mayor los caldeos ofrecen anualmente mil talentos de incienso, concretamente cuando celebran la fiesta del dios. En aquella época había también en el recinto del santuario una imagen de oro macizo que medía doce codos. Pero yo nunca la vi; aquí me limito a repetir lo que los caldeos dicen. Ya Darío, el hijo de Histaspes, codició esta imagen, pero no se atrevió a llevársela consigo; sin embargo, Jerjes, el hijo de Darío, se la llevó, y mató al sacerdote que le prohibía remover[431] la imagen. De manera que este santuario tiene el ornato que he dicho, pero en él hay también muchos exvotos de gente particular.

184. Sobre esta Babilonia reinaron muchos otros reyes, de los que haré mención cuando trate la historia de Asiria. Estos reyes levantaron los muros y edificaron los santuarios; entre ellos hay dos mujeres. La que reinó primero es de cinco generaciones antes de la presente, su nombre era Semíramis[432], y mandó construir en la llanura diques que son dignos de ver, pues antes la corriente acostumbraba a inundar toda la llanura.

185. La segunda que, después de ella, llegó a reina —su nombre es Nitocris— fue más inteligente aún que la primera que había reinado, y nos legó los monumentos que paso a describir. Cuando vio que el poder de los medos era grande y que no temblaban ante nada, sino que iban conquistando

otras ciudades además de Nínive, tomó en lo que pudo sus precauciones contra ellos. En primer lugar modificó el curso del Éufrates, que fluía por el centro de la ciudad, y hasta allí en línea recta: le mandó excavar otro cauce tan sinuoso y curvado que la corriente pasaba tres veces por una de las aldeas que toca cuando llega a Asiria. El nombre de esta aldea a la cual llega el Éufrates es Arderica. Todavía hoy, si desde este mar[433] se viaja a Babilonia y se navega río abajo se toca tres veces este lugar, y la navegación dura tres días[434]. Ésta fue una de las obras de Nitocris. En segundo lugar mandó levantar en ambas márgenes del río unos diques dignos de verse por su tamaño y su altitud. Muy lejos, al norte de Babilonia, mandó excavar en las proximidades del río, para hacer allí un estanque, un cauce paralelo tan hondo que llegó a las aguas subterráneas; a este estanque le dio un perímetro de cuatrocientos veinte estadios; las tierras extraídas las aprovechó para hacer terraplenes al margen del río. Cuando hubo excavado el estanque, mandó acarrear piedras y tender alrededor de él un pretil circular. Ambas cosas, tanto la curvatura del río como la excavación del estanque, las realizó con el objetivo de que el río, con tantas inflexiones, fluyera más mansamente; así las rutas en nave hacia Babilonia resultarían torcidas; la navegación de las naves por el estanque sería larga. Y lo hizo en la región por donde las incursiones eran fáciles y corto el camino desde la Media; así los medos no se meterían en sus cosas y no se enterarían de su situación.

186. Éstas, pues, fueron las obras que surgieron de las profundidades del suelo; sin embargo, con ellas alcanzó como un bien añadido otro objetivo. La ciudad tenía dos barrios y el río fluía por su centro; cualquiera de los reyes antiguos, si deseaba pasar de una parte a otra, debía hacerlo en una embarcación, lo cual, a mi parecer, resultaba molesto. Pues Nitocris también lo solucionó, pues cuando mandó realizar el vaciado para el estanque nos dejó todavía este otro recuerdo de su obra. Mandó tallar grandes bloques de piedra, y cuando éstos estuvieron a punto y hubo vaciado el emplazamiento del estanque, entonces desvió totalmente las aguas del río hacia el cauce que había mandado excavar. Mientras éste se llenaba, el cauce antiguo quedó seco; primero hizo canales de ladrillo cocido, con una disposición idéntica a la de la muralla, en las orillas del río a su paso por la ciudad y en las bajadas que llevaban de las poternas al río; seguidamente tendió, aproximadamente

en el centro de la ciudad, un puente con las piedras que había mandado extraer; ensambló los bloques con plomo y hierro. Al amanecer mandaba poner allí unas tablas cuadrangulares para que los babilonios pudieran pasar de un barrio al otro, pero al caer la noche mandaba quitarlas para que los habitantes de la ciudad no pasaran de una parte a otra para robarse mutuamente. Pero cuando el vaciado, gracias al río, se convirtió en un estanque totalmente lleno y el trabajo del puente estuvo listo, entonces Nitocris dirigió el Éufrates desde el estanque a su cauce antiguo, de manera que el vaciado excavado se convirtió en pantano, lo cual, por cierto, pareció muy oportuno: ya se había construido un puente para aquellos ciudadanos.

187. Y esta misma reina urdió también este engaño. Mandó situar su sepulcro sobre el portal de la ciudad más concurrido, en lo alto del dintel, y en el sepulcro mandó grabar una inscripción que rezaba así: «Si alguno de los reyes de Babilonia que me sucedan se encuentra en apuros de dinero, que abra mi sepulcro y que tome de él todo cuanto quiera. Pero no debe tomar nada en absoluto si no se encuentra en apuros de dinero; en tal caso, las cosas no le irán mejor.» El sepulcro permaneció intacto hasta que el reino de Babilonia recayó en Darío. Y a Darío le pareció algo precisamente absurdo no utilizar el portal y no adueñarse del dinero que había dentro, cuando la propia inscripción le invitaba a tomarlo. Por cierto, que no pasaba nunca por este portal porque si lo hacía tenía el cadáver sobre su cabeza. Pero al cabo mandó abrir el sepulcro y dentro no encontró ningún dinero, sólo el cuerpo y unas letras que decían así: «Si tú no hubieras sido insaciable de dinero y amigo de lucros vergonzosos no te habrías atrevido a abrir la urna de un difunto.» Pues bien: de esta reina se dice que fue así.

188. De modo que Ciro salió en campaña contra el hijo de esta mujer, que llevaba el nombre de su padre, Labineto, y ejercía el gobierno en Asiria. Pero el Gran Rey sale bien pertrechado, con víveres y con ganado, y también con provisiones de agua del río Coaspes, que fluye junto a Susa; el rey no bebe agua que sea de otro río. Fuere cual fuere el lugar al que el rey se dirija, le siguen muchos carros de cuatro ruedas tirados por mulos que acarrean en tinajas de plata agua hervida de este río Coaspes.

189. Cuando Ciro en su marcha contra Babilonia llegó al río Gindes[435] —sus fuentes están en los montes Matienos, fluye por el dominio de los

dárdanos y afluye a un segundo río, el Tigris, el cual fluye cabe la ciudad de Opis para desembocar en el mar Rojo— e intentaba cruzarlo (debía pasarse con barcas), uno de sus caballos sagrados[436], uno de los blancos, se metió altaneramente en el río e intentó vadearlo, pero la corriente se lo tragó, de manera que ya no apareció más, pues lo arrastró consigo al fondo. Ciro se enojó contra el río que le había tratado con tanta soberbia, y lo amenazó con hacerlo tan débil que en adelante incluso las mujeres lo cruzarían fácilmente sin mojarse las rodillas. Después de tal amenaza interrumpió su campaña contra Babilonia, dividió su ejército en dos cuerpos, y luego de dividirlo marcó con maromas muy tensas, en cada una de las orillas del Gindes, ciento ochenta canales girados en todas direcciones. Y mandó a sus hombres cavar. Y puesto que allí trabajaba una gran multitud, el trabajo llegó a concluirse; de todos modos se pasaron en él el verano íntegro.

190. Ciro se vengó del río Gindes, pues lo dividió en trescientos sesenta brazos, y llegó la segunda primavera; entonces marchó contra Babilonia. Pero los babilonios salieron y le esperaron. Cuando, en su avance, estaba ya cerca de la ciudad, chocaron, y los babilonios salieron derrotados de la batalla. Y se encerraron en su ciudad. Y, puesto que desde los primeros momentos sabían bien que Ciro no cejaría, ya que veían que atacaba de igual modo a todos los pueblos, habían acumulado víveres para muchos años dentro de su ciudad. Y por eso el asedio no les importó nada; Ciro, en cambio, se veía metido en apuros, puesto que ya antes había pasado mucho tiempo sin que sus empresas progresaran.

191. Puede que al verle en apuros alguien le aconsejara, puede también que él mismo diera con lo que debía hacer, el caso es que emprendió lo que sigue: emplazó todo[437] su ejército en aquel lugar del río por el que éste entra en la ciudad, y detrás de la ciudad, allí por donde el río sale de ella, apostó otros contingentes; indicó a sus tropas que cuando observaran que el río se había hecho vadeable entraran por tales sitios en la ciudad. Cuando lo hubo dispuesto así y hubo impartido las órdenes correspondientes, él mismo se retiró con aquella parte de su ejército incapaz de combatir. Cuando hubo llegado al lago imitó lo que la reina de los babilonios había hecho con referencia al río y al estanque. Pues empezó por desviar el río hacia el estanque, que era ya un pantano, mediante un canal, y así logró que el nivel

del agua del río descendiera, y el cauce antiguo del río resultó vadeable. En esta situación, los persas apostados con tal finalidad penetraron en el curso del Éufrates, que había bajado tanto de nivel que le llegaba a un hombre sólo a medio muslo, y así entraron en Babilonia. Si los babilonios lo hubieran sabido de antemano o hubieran advertido lo que Ciro realizaba, los persas no habrían podido entrar en la ciudad: se habrían visto aniquilados de la manera más horrible. Pues si hubieran cerrado todas las poternas que daban paso hacia el río y ellos mismos se hubieran subido al muro de piedra trazado a lo largo de la orilla del río, los habrían atrapado como en una nasa. Pero lo cierto es que los persas se les echaron encima inesperadamente. Debido a la extensión enorme de la ciudad, como lo cuentan allí mismo sus habitantes, en el momento en que los arrabales de la ciudad ya habían caído, los babilonios que vivían en el centro todavía no se habían enterado de que aquéllos estaban ya en poder del enemigo, sino que, probablemente porque celebraban una fiesta, estaban bailando y divirtiéndose, hasta el momento en que, de lo sucedido, se enteraron demasiado tarde. Así en aquella época Babilonia cayó por primera vez.

192. Quiero exponer en toda su grandeza el poder de los babilonios mediante muchos otros ejemplos, pero también por lo siguiente. Todos los países sobre los que el Gran Rey persa ejerce su dominio deben procurarle, a él y a su ejército, la manutención, ello además de los impuestos que le abonan. En cuatro de los doce meses del año, los víveres les vienen suministrados por el país babilonio; en los ocho restantes, por los demás países del imperio. De manera que se ve que el imperio asirio ocupa un tercio de toda el Asia. Es con mucho la más rica de las provincias persas —los persas las llaman satrapías— y Tritantecmes, el hijo de Artabazo, que había sido nombrado por el rey gobernador de esta parte de su imperio, tenía cada día unos ingresos que llegaban a una *artaba* llena de plata (la *artaba* es una medida persa que equivale a un *medimno* ático y tres *quénices)*. Tenía como propiedad particular, sin contar los de guerra, ochocientos caballos para cubrir sus yeguas, que eran dieciséis mil. Pues cada uno de estos caballos le cubría veinte yeguas. Mantenía, además, una cantidad tan enorme de perros indios que liberó de otros impuestos a cuatro grandes aldeas de la llanura para que le suministraran comida para estos perros. Así de rico era el gobernador

de la provincia de Babilonia.

193. El país de los asirios recibe pocas lluvias; he aquí lo que nutre las raíces del trigo. Las mieses crecen y el trigo madura mediante el agua fluvial, pero no como en Egipto, donde el río mismo sube hasta los cultivos, sino que se hace a mano, se riega con cigoñales. Pues el país babilonio, al igual que el de Egipto, está cruzado por canales en toda su extensión; el mayor de estos canales es navegable, orientado según el sol de invierno[438] y se comunica desde el Éufrates con el otro río, el Tigris, junto al cual estaba Nínive. De todas las tierras conocidas, ésta es la más apta para hacer crecer en ella el fruto de Démeter[439]. Y en lo que se refiere a los demás vegetales no intenta llevar la delantera, ni en el olivo, ni en la viña, ni en la higuera. En cambio, por lo que a la cosecha del fruto de Démeter se refiere es tan fértil que rinde el doscientos por uno, y en ocasiones excepcionales llega a rendir el trescientos por uno. En esta región las hojas de trigo y de cebada alcanzan fácilmente una anchura de cuatro dedos. Los árboles de mijo y de sésamo pueden llegar a dimensiones colosales. Yo lo sé muy bien, pero no lo voy a explicar. Porque también sé que a quien no haya visitado el país de Babilonia lo que he dicho del trigo ya le habrá infundido mucho recelo. No disponen de olivos ni tampoco de aceite, que se fabrican con sésamo. En cambio tienen palmeras, que crecen por toda la llanura; la mayoría de ellas dan unos frutos con los que ellos se preparan alimentos sólidos, vino y miel. El tratamiento que dan a las palmeras se asemeja al que dan a las higueras. Atan los frutos de una palmera macho —así las llaman los griegos— a las palmeras fecundas[440], para que los cínifes penetren en el fruto y lo hagan madurar; así no se desprende antes de tiempo. Pues las palmeras macho tienen cínifes en sus frutos, al igual que las higueras silvestres.

194. Pero ahora quiero explicar lo que, después de la ciudad, me parece la mayor maravilla. Las naves con las cuales navegan río abajo hacia Babilonia son redondas y hechas totalmente de cuero. Cuando los babilonios han talado sauces en el país de los armenios, los cuales viven al norte de los asirios, y con su madera se han fabricado cuadernas, pegan en ellas, por su parte exterior, pieles de animales a guisa de suelo, como cobertura, pero sin marcar la popa ni hacer una proa acabada en punta, sino que construyen la embarcación redonda, a la manera de un escudo. Y cuando las han llenado

totalmente de paja y las han cargado de mercancías, las dejan arrastrar por la corriente. Transportan río abajo más que nada tinajas de vino, hechas con madera de palmera. Estas naves se gobiernan con dos pértigas[441], manejadas por dos hombres que van de pie; uno de ellos tira de la pértiga hacia sí, mientras que el otro empuja con la suya. Fabrican naves de este tipo, unas grandes y otras no tanto; las mayores de ellas llegan a admitir una carga de cinco mil talentos[442]. En cada nave hay un asno vivo, y en las mayores más de uno. Cuando en su navegación llegan a Babilonia y han descargado la mercancía, normalmente venden en subasta las cuadernas de la embarcación y toda la paja al mejor postor, pero cargan las pieles de animales en los asnos y se las llevan hacia Armenia. La velocidad del río no les permite en modo alguno navegar aguas arriba, por eso hacen sus naves no de madera, sino de cuero. Y cuando han llegado de regreso a Armenia se construyen de nuevo otras embarcaciones exactamente de la misma manera.

195. Tal es lo que se refiere a sus embarcaciones; he aquí lo concerniente a su indumentaria. Usan túnicas talares de lino, sobre las cuales visten otras de lana, y por encima se echan un chal blanco. Se ponen un calzado típico del país, parecido a las sandalias beocias de fieltro. Llevan el pelo largo, se ciñen la cabeza con mitras y se perfuman todo el cuerpo con mirra. Todos llevan anillo y empuñan un bastón trabajado a mano; tales bastones tienen una decoración, una manzana, una rosa, un lirio, un águila o cualquier otra cosa. Es que entre ellos no se puede llevar bastón sin distintivo. Esto es lo referente a su manera de vestir; en lo que atañe a las costumbres, entre ellos hay las siguientes.

196. A mi parecer, la más acertada, extendida, por lo que sé, también entre los vénetos y los ilirios[443], es la siguiente. En todas las aldeas se hacía esto una vez al año: cuando las doncellas llegaban a casaderas, las reunían y las conducían a un lugar determinado; alrededor de ellas se situaba un grupo de hombres. Un pregonero hacía levantar una tras otra a las doncellas y las iba poniendo a la venta, en primer lugar a la más bella de todas, y luego, después que ésta había sido vendida por una suma cuantiosa de dinero, ofrecía otra, la que seguía a la primera en belleza. Pero todas eran vendidas en vista a una convivencia matrimonial. Los hombres de los babilonios que querían casarse iban comprando, y pujaban entre sí, a las más bellas; los de clase sencilla que

querían contraer matrimonio no exigían una bella presencia, sino que se quedaban con las muchachas feas, y encima cobraban dinero. Cuando el pregonero había acabado la venta de las muchachas guapas, entonces hacía levantarse a las feas, incluso a alguna lisiada, y las ofrecía; eran adjudicadas a los que pedían menos por ellas, al que quisiera tenerla por mujer por el precio más bajo. El dinero procedía siempre de las muchachas bellas, y así se casaban las bellas, las feas e incluso las deformes. Estaba prohibido entregar una hija a uno que se prestara a ello, y nadie podía llevarse una doncella sin ofrecer garantías, sino que debía ofrecer las de que quería realmente convivir con ella y llevársela a su casa para ello. Si no las daba, era ley que devolviera el dinero. También era posible que el presunto comprador acudiera de otra aldea. De manera que la costumbre más hermosa entre ellos era ésta, pero no ha subsistido hasta ahora, sino que hace poco establecieron otra regulación, para no inferir injusticia a las doncellas, para que éstas no fueran transferidas a otra población. Pues luego que su ciudad fue conquistada y expoliada y robaron en ella las haciendas, la gente vulgar, por culpa de la carencia de alimentos, prostituía a sus hijas.

197. Como segunda costumbre acertada hay entre ellos la siguiente: conducen al ágora a sus enfermos, pues es notorio que entre ellos no hay médicos. Si entre los sanos hay uno que ha sufrido la misma enfermedad que ve que padece el enfermo, o bien la ha visto sufrir a otro, este hombre se acerca al enfermo y le aconseja rectamente, le exhorta a hacer lo que él mismo hizo, mediante lo cual se salvó de una enfermedad parecida, o ha visto a otro salvarse de ella. Y no les está autorizado pasar de largo junto a un enfermo sin haberle preguntado por la enfermedad que padece.

198. Entierran a sus muertos cubriéndolos de miel[444]; los trenos funerarios son parecidos a los egipcios. Cuando un babilonio ha usado del matrimonio con su mujer se pone incienso al lado, que es quemado como ofrenda, y su mujer, por su lado, hace lo mismo. Al amanecer se lavan los dos, y no tocan ninguna vasija sin haberse purificado ellos antes[445]. Los árabes hacen lo mismo.

199. En cambio, la costumbre más vergonzosa de los babilonios es ésta: toda mujer hija del país debe sentarse en el templo de Afrodita y entregarse una vez al año a un hombre extranjero. Pero muchas, a las que no apetece

mezclarse con las otras mujeres, a las que desdeñan porque ellas tienen dinero, se dirigen al santuario en un carruaje cubierto y allí aguardan, seguidas de una servidumbre numerosa. Pero la mayoría de mujeres se comporta así: se sientan en el recinto de Afrodita; se han puesto una corona de cordel[446] en la cabeza. Y hay muchas mujeres, unas que llegan y otras que se van. Entre las mujeres hay unos pasillos rectos en todas direcciones; los extranjeros circulan por ellos y hacen su elección. Cuando una mujer se sienta allí, no puede regresar a su casa sin que un extranjero le haya puesto dinero en las rodillas y se hayan acostado fuera del santuario. Cuando él le ha colocado el dinero, sólo debe decir esto: «Invoco a la diosa Mílita.» Porque los asirios llaman Mílita a Afrodita. La cantidad de dinero puede ser tan grande o tan pequeña como se quiera, pero ella en ningún caso lo rehusará: no es lícito, porque este dinero es sagrado. Debe seguir al primero que le deposite el dinero, y no le desdeñará. Cuando ella se haya entregado ha cumplido el sagrado deber para con la diosa y regresa a su casa; desde entonces no podrás ofrecerle tantas monedas como para hacértela tuya. Todas las que se ven dotadas de bella figura y buen tipo regresan muy pronto a su casa, pero las feas han de esperar mucho tiempo sin poder cumplir con la costumbre; algunas llegan a tardar tres o cuatro años. En algunos lugares de Chipre hay costumbres muy semejantes.

200. En cuanto a costumbres, éstas son las que hay entre los babilonios, pero entre ellos se dan tres tribus que sólo se alimentan de peces. Luego que los han pescado los dejan secar al sol y hacen lo siguiente: los echan en un mortero, los trituran con una majadera y los cuelan con una tela fina. A quien así le apetece, los come amasados como pasta, pero otros lo comen cociéndolo como pan.

EL LOGOS PERSA, 2.ª PARTE (201-II, 1)

201. Cuando Ciro hubo sometido también a este pueblo quiso someter a los maságetas. De este pueblo se dice que es muy grande y muy fuerte y que vive en oriente, por donde sale el sol, más allá del río Araxes, frente a frente con la gente isedonia[447]. Algunos sostienen que es un pueblo escita.

202. Según unos el río Araxes es mayor, según otros menor que el Istro[448]. En él hay muchas islas, semejantes a Lesbos en extensión, y en ellas viven unos hombres que en verano comen raíces de todo tipo que arrancan del suelo, mientras que recogen los frutos maduros cosechados de los árboles y los comen en invierno. Entre ellos también se han encontrado otros árboles que producen unos frutos aptos para lo que diré. Cuando se ha juntado un gran gentío encienden fuego, se sientan alrededor de él y le arrojan estos frutos, huelen los que arden y así se emborrachan como nosotros, los griegos, con el vino. Cuantos más frutos echan al fuego tanto más se embriagan, hasta que empiezan a saltar, a bailar y a cantar. Esto es lo que se cuenta sobre el género de vida de este pueblo. El Araxes nace en los montes Matienos, tal como el Gindes, que Ciro había dividido en trescientos sesenta canales. Desemboca por cuarenta brazos, los cuales, a excepción de uno solo, van a parar a pantanos y a ciénagas. Cuentan que estos pantanos están habitados por hombres que se alimentan de peces crudos y que se visten de pieles de foca. Una sola desembocadura del río Araxes vierte sus aguas, sin obstáculos, en el mar Caspio. El mar Caspio es un mar interior y no tiene ninguna comunicación con otros mares. Los demás mares, o sea el navegado por los griegos y el que empieza más allá de las Columnas de Heracles, el llamado Atlántico, y, además, el mar Rojo, son, todos ellos, un solo y único mar.

203. Por el contrario, el mar Caspio es un mar totalmente independiente. Una nave de remeros tarda quince días en recorrerlo longitudinalmente, y en el lugar más ancho de su cuenca son ocho días de viaje. El Cáucaso, la más extensa y la más elevada de las cordilleras, toca la parte occidental de este mar. En el Cáucaso viven pueblos de hombres muy diversos, que se alimentan casi todos de frutos silvestres. En el país, dicen, hay árboles que tienen unas hojas de tal naturaleza que si las trituran, y las mezclan con agua, con ello obtienen unos colorantes con los cuales se pintan figuras en los vestidos. Y estas figuras no pierden con el lavado, sino que se gastan juntamente con el tejido; parece como si se hubieran entretejido en él. Estos pueblos copulan a la vista de todos, como los animales.

204. De modo que a poniente está el llamado mar Caspio, que toca al Cáucaso. Pero por oriente, por donde se levanta el sol, se extiende, hasta perderse de vista, una llanura. La mayor parte de esta llanura está habitada

por los maságetas, contra los cuales ahora Ciro proyectaba salir en campaña. Había muchos y relevantes motivos que le movían, que le impulsaban a ello: en primer lugar su origen, pues él pensaba de sí mismo que era más que hombre, y en segundo lugar, la buena suerte que le acompañaba en sus guerras. Fuere cual fuere el pueblo contra el cual Ciro pensaba avanzar, a tal pueblo le era imposible escapar.

205. Se le había muerto el marido y ahora era una mujer la reina de los maságetas, la cual se llamaba Tomiris. Ciro le envió mensajeros y la pretendió de palabra. Pero Tomiris entendió que no la pretendía a ella, sino al reino de los maságetas, y rechazó sus proposiciones. Entonces, al ver que su ardid no prosperaba, Ciro avanzó hacia el río Araxes y emprendió sin disimulos la campaña contra los maságetas: tendió puentes sobre el río para que su ejército pudiera cruzarlo y mandó levantar torres[449] en las naves que navegaban por el río.

206. Cuando Ciro estaba con tales trabajos la reina Tomiris le envió un heraldo que le dijera: «¡Rey de los medos, cesa de afanarte en esto en que te afanas! No puedes saber si acabará bien. ¡Basta ya! Gobierna lo que es tuyo y aguanta ver que yo gobierno lo que es mío. Seguramente no querrás hacer caso de estas indicaciones mías, sino que preferirás cualquier otra cosa a permanecer inactivo. Si ansías tanto poner a prueba a los maságetas, ¡ea!, prescinde del esfuerzo de pontear el río y pásate aquí, a nuestro país, cuando nosotros nos hayamos alejado del río tres días de marcha. Ahora bien, si prefieres recibirnos en tu propio país, puedes perfectamente hacerlo.» Cuando Ciro oyó esto convocó a los más nobles de los persas, y cuando los tuvo reunidos, les propuso el asunto, y les pidió consejo sobre qué debía hacer ante tal alternativa. La opinión unánime fue la de aconsejarle que aguardara a Tomiris y a su ejército en su país, el de él.

207. Pero Creso, el lidio, estaba presente, y les reprochó tal opinión. Él expuso una opinión contraria a la manifestada, y habló así: «¡Rey! Ya te dije antes que yo, puesto que a mí Zeus me ha puesto en tus manos, quiero, en cuanto pueda, apartar de ti aquello que yo vea ruinoso para tu casa. Mis amargos sufrimientos se han convertido en mis maestros. Si tú crees que eres inmortal y que mandas un ejército que es como tú, no servirá de nada que yo te exponga mi parecer, pero si reconoces que eres sólo hombre y que mandas

a otros que son iguales a ti, entonces empieza por aprender que las cosas humanas giran, y que tal rotación no permite que los afortunados sean siempre los mismos. Bien: sobre el tema en cuestión, tengo una opinión contraria a la de éstos. Es que si nos prestamos a que el enemigo acceda a nuestro territorio corremos el riesgo siguiente: en el caso de una derrota, tú pierdes todo tu imperio, pues está claro que los maságetas, si vencen no retrocederán, sino que marcharán contra tus dominios. Y si eres tú el vencedor, tu triunfo no va a ser tan grande como lo sería si, tras pasar a su país, vencieras a los maságetas y persiguieras a los que huyeran. Porque compararé esto con aquello: si vences marcharás directamente contra el reino de Tomiris. Pero aun prescindiendo totalmente de lo dicho, sería ignominioso e intolerable que nada menos que Ciro, el hijo de Cambises, ceda ante una mujer y que abandone el campo. De manera que lo que a mí me parece correcto es cruzar el río, que avances tanto cuanto ellos se retiren, y luego intentar derrotarlos haciendo lo que voy a decirte. Por lo que yo sé, los maságetas no tienen noticia de los bienes del país de los persas y no han probado nunca sus delicias. De manera que para esta gentuza lo que debes hacer es sacrificar mucho ganado, aderezarlo y preparar un banquete en nuestro campamento; habrá que añadir un buen número de copas de vino no mezclado y manjares de todas clases. Cuando hayáis hecho todo esto, dejad aquí lo más bisoño de vuestro ejército, y que el resto regrese a la orilla del río. Porque, si no me engaño, aquéllos, cuando contemplen tales exquisiteces, se volverán hacia ellas; lo único que a nosotros nos restará será llevar a cabo grandes gestas.»

208. Estas opiniones eran contrapuestas, pero Ciro mudó la suya, se decidió por el consejo de Creso, e hizo saber a Tomiris que podía retirarse, pues él había decidido entrar en sus territorios. De modo que ella se retiró, tal como había prometido. Pero Ciro puso a Creso en manos de su hijo Cambises, a quien legaba el reino, y le encargó encarecidamente que le honrara y que le tratara bien incluso en el caso de que la campaña contra los maságetas no acabara felizmente. Cuando hubo impartido tales órdenes y los hubo devuelto a ambos a Persia, él y su ejército cruzaron el río.

209. Cuando había cruzado el Araxes, cuando sobrevino la noche, ya en territorio de los maságetas, mientras dormía, Ciro tuvo la visión siguiente:

creyó ver al hijo mayor de Histaspes con dos alas en los hombros, mediante las cuales proyectaba sombras, con una sobre Asia, con la otra sobre Europa. Entre los hijos de Histaspes, hijo éste de Arsames, un hombre aqueménida, Darío era el mayor, y entonces contaba a lo sumo veinte años. Le habían dejado en Persia, porque todavía no tenía edad para salir en campaña. Al despertar Ciro, naturalmente, meditó sobre la visión. Le pareció que no era cosa de poca monta, llamó a Histaspes, lo tomó a solas y le dijo: «Histaspes, tu hijo ha sido sorprendido conspirando contra mí y contra mi imperio; te señalaré cómo lo sé puntualmente. Los dioses se preocupan por mí y me muestran previamente el futuro. En la noche pasada mientras dormía, he visto al mayor de tus hijos con alas en los hombros; con una de ellas proyectaba sombra sobre Asia, con la otra sobre Europa. De modo que tras esta visión no hay otra explicación que no sea que tu hijo trama algo malo contra mí. Por consiguiente, tú regresa a Persia a toda prisa y haz que tu hijo comparezca delante de mí para comprobarlo una vez yo haya sometido lo de aquí y regrese allí.»

210. De manera que Ciro dijo esto porque creía que Darío conspiraba contra él, pero el dios con el ensueño sólo le había querido señalar que él, Ciro, iba a morir en este país y que su reino pasaría a Darío. Por cierto que Histaspes le responde con estas palabras: «Rey, ojalá que no haya ningún persa que trame algo malo contra ti —¡y si hay alguno, que se muera ahora mismo! —, contra ti, que has logrado que los persas de esclavos se conviertan en libres y que dominen a todos los demás. Pero si una visión te anuncia que mi hijo planea un levantamiento contra ti, en tal caso te lo entrego, y tú trátale a tu antojo.» De modo que Histaspes le contestó estas palabras, luego cruzó el Araxes y regresó al país de los persas para detener a su hijo Darío, y ponerlo a disposición de Ciro.

211. Ciro avanzó una jornada de marcha a partir del río Araxes, y puso en práctica las propuestas de Creso. Y luego que con la parte más curtida de su ejército retrocedió hasta el Araxes y se quedó allí la más bisoña, se aproximó un tercio del ejército de los maságetas y mató a la retaguardia del ejército de Ciro, a pesar de que ésta intentó rechazarlos. Cuando, después de su victoria sobre el enemigo, advirtieron el banquete que allí había dispuesto, se sentaron a comer; atiborrados de comida y de vino, se durmieron. Y entonces se les

acercaron los persas, mataron a muchos de ellos, pero cogieron vivos a un número mayor de prisioneros, entre los cuales se encontraba Espargapises, hijo de la reina Tomiris y comandante de los maságetas.

212. Cuando ésta se enteró de lo que había sucedido a su ejército y a su hijo mandó un heraldo a Ciro, que le dijera lo siguiente: «¡Tú, Ciro, insaciable de sangre, no te enorgullezcas en absoluto de esta cosa ocurrida! Con el fruto de la vid, que también a vosotros os enloquece cuando abusáis de él, hasta el punto de que al descender el vino por vuestro cuerpo os hace soltar sandeces, con este veneno has engañado y has vencido a mi hijo, y no en una batalla, por la fuerza. Atiende ahora a mi palabra, puesto que te doy un consejo excelente. Devuélveme a mi hijo y retírate incólume de nuestro país, después que has injuriado a un tercio del ejército de los maságetas. Si no lo haces, te juro por el dios del sol, el señor de los maságetas, que te hartaré de sangre a ti, el insaciable!»

213. Pero Ciro no hizo el menor caso de estas palabras que le fueron referidas. Cuando Espargapises, el hijo de la reina Tomiris, despertó de la borrachera y fue consciente de su desgracia, rogó y obtuvo de Ciro que le quitaran las ataduras. Así que se vio libre y dueño de sus manos se suicidó.

214. Éste, pues, muere de esta manera, desde luego. Tomiris, ya que Ciro no la atendió, concentró todas sus tropas y se lanzó a atacarle. Yo pienso que la batalla ha sido la más empeñada que jamás se haya librado entre hombres bárbaros, más que nada porque sé que la cosa transcurrió así: se cuenta que ya de lejos empezaron a dispararse con los arcos; luego, cuando se les agotaron los proyectiles, pelearon con lanzas y con puñales y se trabó un combate cuerpo a cuerpo. Y aguantaron muchísimo tiempo peleando y ningún bando se avino a emprender la huida. Y finalmente los maságetas se alzaron con la victoria. La mayor parte del ejército persa resultó aniquilada allí mismo. Y murió incluso Ciro, después de haber reinado en total veintinueve años. Tomiris mandó llenar un odre con sangre humana, y con él mandó buscar entre los muertos de los persas el cadáver de Ciro. Lo encontró, metió su cabeza en el odre y en escarnio del muerto profirió estas palabras: «A mí, que sigo viva y que te he vencido en la batalla, me mataste el hijo cogiéndomelo con engaños; ahora yo, según te amenacé, te hartaré de sangre.» De la muerte de Ciro, sobre la que hay muchas versiones, yo he

relatado ésta, que para mí es la más fidedigna.

215. Los maságetas visten de manera muy parecida a los escitas, y tienen el mismo género de vida que éstos. Luchan a caballo y a pie firme, pues entre ellos se dan ambas modalidades. Pelean con arcos y lanzas y habitualmente empuñan hachas de guerra[450]. Usan solamente el oro y el bronce: para las puntas de las lanzas y de las flechas y para las hachas de guerra sólo bronce; las protecciones de sus cabezas, sus cintos y sus coseletes, los adornan con oro. A sus caballos les ponen petos de bronce en el pecho, pero las riendas, los frenos y las frontales son de oro. No usan ni hierro ni plata, pues en su país no se dan, pero sí muchísimo oro y muchísimo bronce.

216. Sus costumbres son las siguientes: cada uno se casa con una mujer, pero todos pueden gozar de todas. Pues lo que los griegos sostienen que hacen los escitas, no lo hacen los escitas, sino los maságetas; cuando un hombre maságeta desea a una determinada mujer se cuelga delante del carro una aljaba pequeña y se une a ella sin ningún reparo. Entre ellos no hay ningún límite de edad, pero cuando uno se hace demasiado viejo todos sus allegados se reúnen y le sacrifican, y con él todo su ganado; cuando han preparado la carne se pegan el gran banquetazo. Y éste es para ellos el final más feliz. Pero si uno muere de enfermedad, no se comen su carne, sino que le entierran bajo tierra, y se considera una gran desgracia que no llegara a poder ser inmolado. No siembran nada, sino que viven de sus rebaños y de pescado, que poseen en grandes cantidades gracias al río Araxes. Beben leche. En cuanto a los dioses, veneran sólo al sol, al que inmolan caballos; he aquí la razón de este sacrificio: al más veloz de los dioses le ofrecen lo más veloz de todo lo mortal.

---

120 El concepto homérico de inmortalidad es exactamente el mismo.

121 El Mediterráneo.

122 La nave Argo: se trata de la expedición de los argonautas y del mito de Medea.

123 La actual península de Crimea.

124 El texto griego pone simplemente «ellos», pero pienso que de alguna manera se debe

concretar la situación.

125 A los raptores: en rigor en el texto griego no está, pero debe sobrentenderse.

126 Se trata de Creso, rey de Lidia.

127 Otro motivo exactamente homérico, al principio de la *Odisea*.

128 El mar Negro.

129 Toda la estrecha franja costera del Asia Menor.

130 Citados por el elegíaco Calino de Éfeso hacia el 650 a.C.

131 Puesto que la reina le hizo custodiar para que no se escapara.

132 En acción de gracias por su respuesta favorable.

133 Pero no la acrópolis.

134 687-633 a.C., ambas fechas aproximadas.

135 Por su fama de expertos navegantes.

136 Para evitar que se escapara.

137 Respeto literalmente el texto griego, aunque estas repeticiones repugnen algo al genio de la lengua castellana. Valga esta observación para otros casos.

138 Los megarenses.

139 Porque era sacerdotisa.

140 Fatigados, naturalmente.

141 Solón reformó el calendario ático computando el tiempo de modo que el principio de las cuatro estaciones coincidiera con un principio de mes. Los cálculos aritméticos de los comentaristas difieren mucho entre sí, y no parece útil reproducirlos. Posteriormente el calendario ático fue adoptado por todos los griegos.

142 La misma idea se encuentra en la tragedia de Sófocles, y con ciertas variantes, incluso en la Biblia.

143 Estos argumentos de Solón no convencen, ciertamente.

144 O quizás «tierras de cultivo»; la traducción es incierta.

145 Una idea semejante en san Pablo 1Cor 12, 12.

146 O sea, el de hombre feliz.

147 Del techo, naturalmente.

148 Religiosamente, algo así como la impureza legal que documentamos en la Biblia.

149 Una traducción más exacta quizás fuera «hogareño», pero el término me parece fuera de lugar.

150 El texto griego es equívoco, no queda claro si el que no se apercibió fue Zeus o Creso. La equivocidad por parte de Heródoto probablemente sea intencionada.

151 En Lidia.

152 Es decir, cuando, acabados los funerales, la gente se retiró.

153 Y por tanto inactivo.

154 Oráculo de Apolo, en la Fócide, en la ciudad del mismo nombre.

155 El oráculo de Zeus Dodoneo, conocido ya por Homero, en la costa occidental del Epiro, cuyos sacerdotes iban ritualmente descalzos y vaticinaban según el rumor de las hojas de un roble sacudidas por el viento.

156 En el desierto de Egipto.

157 Pues creía haber ofendido gravemente al dios al dudar de su veracidad.

158 Lo que en la Biblia se llama «animales sin tara».

159 En la antigüedad era muy conocida la inmensa riqueza de Creso, y aquí Heródoto pretende ilustrar esta opinión.

160 En la Lidia el monte Tmolo era famoso por sus vetas de oro y el río Pactolo era aurífero.

161 Es decir, una aleación en que prevalecía el oro.

162 En el 548 a.C.

163 En realidad semibaldosas, que le servían de soporte.

164 Los alcmeónidas de Atenas lo repusieron en el 430 a.C.

165 Ya en Homero el lado derecho, la mano derecha, tenía preferencia sobre lo que está a la izquierda.

166 El griego dice exactamente: en el ángulo, y hace pensar en el atrio del Templo de Jerusalén según sale en el Evangelio.

167 Una ánfora eran treinta y ocho litros.

168 Fiestas que se celebraban en el inicio de la primavera y festejaban la aparición del dios Apolo.

169 Por eso sabían exactamente su cabida.

170 Este Teodoro de Samos era, en efecto, uno de los artistas más famosos de su época.

171 Con la que se hacían los lavatorios rituales.

172 Incisa, naturalmente.

173 Con que se efectuaban los lavatorios rituales.

174 La cual le advirtió de que otras sirvientas le echaban veneno en la comida.

175 El de Delfos y el de Anfiarao.

176 Nombre genérico de monedas de oro o de plata, que no valían lo mismo en cada ciudad. El donativo de Creso es relativamente generoso.

177 Normalmente eran tantas que los consultantes debían guardar su turno.

178 El derecho de ocupar asientos de honor en espectáculos deportivos y en actos religiosos.

179 La referencia de Heródoto es incierta, pues los pelasgos eran fundamentalmente tesalios y el historiador no parece referirse a ellos, aunque también eran pelasgos los de Argos y los arcadios, que en tal caso no eran dorios, ni llegaron a serlo nunca.

180 Heródoto lo da como el epónimo de los dorios, pero no parece tener razón. Doro era hijo de Helén (y éste de Deucalión), fundadores, según el texto, de las estirpes de las cuales son epónimos: los dorios y los helenos. La realidad parece ser otra.

181 Distrito de Tesalia, al cual los dorios dieron el nombre de Dóride. Pero de allí les echaron los tebanos.

182 Llamados así por ser el primer fundador de la futura ciudad de Tebas, Cadmo.

183 Pindo: no se trata del monte, sino de la cordillera que separa la Tesalia del Epiro; hay una ciudad muy antigua que ostenta este mismo nombre.

184 La Driópide, al sur del monte Eta.

185 Aquí la referencia es clara a la invasión doria, que, puesta en este contexto, debe fijarse en una época muy temprana, hacia el siglo X a.C.

186 Cfr. en el excelente artículo de Rosalind Thomas «Etnography, proof and argument in Herodotus' *Histories*», en *PCPhS*, 43, 1997, pág. 146, una lúcida referencia a este pasaje.

187 La lectura del texto griego aquí no es muy segura, y algunos leen el nombre de Crotona, pero no se trataría de la conocida ciudad de la Magna Grecia, sino de una ciudad emplazada en la península Calcídica, en el golfo Termaico. Es muy probable que estos pelasgos hablaran una lengua no griega, pero no por las razones que aduce Heródoto, sino simplemente porque estamos en pleno dominio tracio.

188 Otro nombre usado ambiguamente; etimológicamente parece significar «habitantes de las torres», y el más conocido es aún hoy el mar Tirreno; la referencia sería a la abundancia de torres de guardia o atalayas emplazadas estratégicamente para ejercer una vigilancia sobre territorios extensos. La referencia de Heródoto esta vez no nos dice nada.

189 A poniente de Tesalia hubo siempre una pequeña región llamada Dóride.

190 Placia y Escílace están al este de Cícico, en la Propóntide.

191 La referencia es a la Liga Marítima ateniense, cuya capitalidad se estableció en la pequeña isla de Delos.

192 La llanura que rodeaba inmediatamente la acrópolis de Atenas y sus mismos muros se llamaban, en efecto, pelásgicos, aunque en la tradición manuscrita griega hay vacilaciones, y a veces se lee «pelárgicos».

193 Aquí el texto griego ofrece una laguna. Doy la traducción que parece más ajustada al posible original.

194 Formando parte de la delegación oficial de Atenas.

195 Es decir, que no se casara.

196 Los que vivían en la modesta cordillera que separa el Ática de la Beocia.

197 El puerto de Mégara.

198 Promulgadas por Solón.

199 Convertirse en tiranos, naturalmente.

200 Sólo los habitantes de la ciudad, en contraposición a los demás del Ática, que también eran ciudadanos áticos.

201 Cuatro en este momento: Hipias e Hiparco, hijos de su primera mujer, y Iogonte y Hagesístrato, hijos de la segunda, que era argiva.

202 Cilón (636-628) pretendió hacerse tirano de Atenas y llegó a apoderarse de la acrópolis, pero el pueblo no le secundó, y el arconte Mégacles, de la familia de los alcmeónidas, asedió a los rebeldes, que en buena parte lograron escapar, pero no Cilón y sus colaboradores más directos, que se refugiaron en el altar de Atenea, el cual les ofrecía asilo para poder salir indemnes, pero el pueblo les arrancó del altar y fueron ejecutados públicamente.

203 Mégacles.

204 En la isla de Eubea.

205 De este Lígdamis sabemos que era un noble de Naxos que encabezó el partido popular; desterrado de la isla, se refugió en la corte de Pisístrato, que lo restituyó a su isla natal, de la cual le echaron definitivamente los espartanos. Pero en el ínterin pudo prestar esta ayuda a Pisístrato.

206 Etimológicamente «hinojar».

207 Lo cual significa siempre, porque en Grecia son sumamente infrecuentes las noches en que la luna no brille.

208 Aquí hay un componente de fe. Nos movemos en un terreno religioso.

209 Por haber pasado la noche en vela, sobre las armas.

210 La interpretación del texto griego es dudosa: también podría significar «a estas guerras».

211 Había lacedemonios en Esparta, en el valle del Eurotas, en Mesenia, en Amicla, divididos además en clases sociales diferenciadas a veces brutalmente, pero obligadas, todas ellas, a servir en el ejército.

212 Aquí las traducciones se alejan mucho, inevitablemente, del original. «Pelotón» en griego es *enomotia:* lo componían quince soldados ligados por el juramento de no abandonarse mutuamente en el combate (que es lo que significa, etimológicamente, la palabra), y lo que traduzco por «batallón» en griego es *triecás*, que significa la unidad formada por tres pelotones.

213 Obligatoria para todos los hombres en edad militar. El que no podía pagarse su ración perdía su condición de ciudadano, lo cual le acarreaba un especial oprobio.

214 Los éforos eran cinco, y en su primer origen su misión debió de ser religiosa: adivinar el porvenir mirando las estrellas; etimológicamente el nombre podría significar «inspector del cielo». Pero pronto pasaron a ser la instancia política que cuidó de la observancia de las leyes. El consejo de ancianos o *gerusía,* en número de 28 o de 30, era nombrado por aclamación en la asamblea, sus miembros habían de tener sesenta o más años, y era algo comparable a nuestros tribunales de justicia.

215 Consecuencia lógica de la buena gobernación.

216 Por consiguiente son recios y forzudos como robles.

217 Es un epíteto de Atenea, del cual ignoramos el significado.

218 El reinado de ambos empieza hacia el 560 a.C.; Anaxándridas murió el 520, pero Aristón era rey todavía en el 510.

219 La palabra griega podría traducirse también por «videntes»; parece que se trata de hombres hoy diríamos profesionales en la consulta a oráculos.

220 Orestes, el hijo de Agamenón, a su regreso del Quersoneso Tracio (la actual península de Crimea), al que había conducido a su hermana Ifigenia, fue rey de Argos, de Micenas y de Esparta.

221 Era un cuerpo de trescientos jóvenes espartanos que custodiaban directamente al rey; también combatían a pie cuando era necesario, y en tiempos de paz formaban la guardia de honor.

222 Casi siempre embajadas.

223 Lo cual indica que debían dedicar todo su tiempo a la ciudad, rasgo, por otra parte, muy espartano.

224 Probablemente por una tregua.

225 Naturalmente, se trataba de una fragua. Pensemos en la *Fragua de Vulcano,* de Velázquez.

226 Una institución que ya encontramos en el libro VI de la *Ilíada,* en el episodio de Glauco y Diomedes: consistía en el derecho de alojarse en un país extranjero, en la morada de determinadas familias.

227 Al norte mismo de la ciudad de Esparta.

228 Flores, frutas, figuras de animales.

229 Era la divinidad protectora de la isla de Samos.

230 Es decir, desconocen cualquier tipo de lujo.

231 Los higos en la antigüedad eran comida de lujo.

232 El actual mar Negro.

233 La franja central de la costa de Asia Menor, que pasará a ser dominio jonio.

234 Aquí el autor se equivoca, pues hay más de quinientos kilómetros en línea recta.

235 Lo cual tenía un componente religioso que infundía respeto. Cfr. la tragedia de Esquilo *Las Suplicantes.*

236 Es el eclipse de sol del día 28 de mayo del 585 a.C.

237 Tales de Mileto había estado en Caldea y en Asiria, donde había un registro de los eclipses de sol conocidos; él calculó las diferencias de tiempo entre unos y otros y así pudo señalar el próximo.

238 Es decir, un día más allá del cual ya no podía darse.

239 Cfr. 107 ss.

240 Un jonio de gran prestigio en el ejército persa.

241 O sea, que desvió el río, pero no en su totalidad: sólo una parte de él modificó su curso, dejando en realidad una isla en medio. Pero así bajaba considerablemente el nivel de las aguas, y el río resultaba vadeable.

242 El griego dice literalmente: «de media luna». Era para que, dejando atrás el campamento, las aguas pudieran reintegrarse a su cauce normal.

243 El epíteto no parece el más adecuado, pero Heródoto lo pone.

244 El mar Negro, como se ha señalado repetidamente.

245 Se desconoce el sentido exacto de la palabra; se trataba o bien de fortificaciones, de fortines defensivos, o simplemente de atalayas en las que había apostados centinelas.

246 Del Asia Menor.

247 Cfr. núm. 30.

248 Cfr. núm. 74, pero es dudoso que se trate de la misma persona; quizás no fuera un nombre propio, sino simplemente del título de rey, o sea, de un nombre genérico.

249 Los contingentes egipcio, babilonio y espartano.

250 De Sardes.

251 Los antiguos griegos creían que los portentos tenían una significación oculta que podía ser interpretada.

252 Telmeso era una ciudad lidia famosa precisamente por sus intérpretes.

253 Como se puede comprobar, la interpretación respeta el prodigio incluso en los detalles.

254 El texto griego dice exactamente esto, pero detrás de ello no sabemos qué hay.

255 La región llamada Tireátide, por su capital Tírea, a poniente de Argos, que por el sur llegaba hasta la punta Málea. También había pertenecido a los argivos la isla de Citera, pero no en la época que cuenta Heródoto, en que el apogeo político y militar de Argos ya había entrado en declive.

256 Los mardos: un linaje de bandoleros y bandidos, originario de la Media y de Hircania, que ahora se había alistado en el ejército de Ciro.

257 De Sardes, naturalmente.

258 El penúltimo rey de la dinastía de los heraclidas.

259 La diosa Ma, la Cíbele de los griegos, que hizo que una leona tuviera un cachorro con atributos divinos: hacía invulnerable el lugar por donde pasaba.

260 El griego dice exactamente «genio», ser inferior a los dioses y superior a los hombres.

261 Consecuencia de su estado de ánimo.

262 El mismo motivo al principio de la *Ilíada,* I, v. 39.

263 Apolo délfico, en Delfos.

264 Se trata del episodio de Candaules, cfr. núm. 8 ss.

265 Epíteto de Apolo.

266 El destino.

267 En efecto, el mulo es el resultado del cruce de un asno semental y una yegua.

268 Asiática.

269 Lo concreta porque hay otra Tebas en la Tesalia y aún otra, más famosa, en Egipto.

270 En el templo de Ártemis, incendiado por Eróstrato para hacerse famoso.

271 Templo situado en Delfos, frente a la entrada principal del santuario de Apolo.

272 Un linaje sacerdotal de Mileto, que arrancaba de un tal Brancas. Cfr. núm. 46.

273 Era una tabla sobre la que se cardaba la lana, pero utilizada eventualmente como instrumento de tortura.

274 O sea, que es un túmulo.

275 El griego dice exactamente «de la plaza pública», refiriéndose al uso vigente aún en Andalucía: los que buscan trabajo se dirigen a un lugar determinado, al que concurren los encargados que les dan trabajo para el día. Cfr. la parábola evangélica de los obreros sin trabajo, Mt 20, 1-16.

276 Fijos, a diferencia de los anteriores.

277 Pero vivían no sólo de la prostitución, sino también de otros trabajos, como queda claro.

278 En rigor, la primera alusión a una colonización por parte de un autor griego, pero los comentaristas coinciden en decir que lo que aquí explica Heródoto es demasiado fabuloso, y que merece poco crédito. Sí que da una idea de lo que en general pudo ocurrir, es decir, de una de las causas posibles de las colonizaciones.

279 Al que jugaban Nausica y sus compañeras, cfr. el libro VI de la *Odisea*.

280 El valle del Po, en la Italia central.

281 Actualmente «tirrenos».

282 En el periodo de su apogeo el imperio asirio llegaba desde las fronteras orientales del Asia Menor hasta el río Indo.

283 Hacia el año 712 a.C.

284 Cfr. núms. 16 y 73.

285 Hoy Amadán, junto al monte Orontes, la ciudad más antigua, y primera capital del reino medo. Luego fue la residencia de verano de los emperadores persas, y sus riquezas eran tan proverbiales que llegaron a despertar la codicia de Alejandro Magno y de los

Seléucidas.

286 Número sagrado.

287 El recinto de la ciudad de Atenas, sin contar los Muros Largos ni el muro del Pireo, era de unos sesenta estadios (un estadio ático mide 177 metros), de manera que aquí Heródoto se equivoca, pues Ecbátana tenía unas dimensiones muy superiores.

288 Traducido al pie de la letra el griego pone «de buenas familias», pero tal traducción me parece equívoca en castellano.

289 Militar, en coraje.

290 Al igual que «los ojos y los oídos del rey» de la monarquía persa. Las primeras policías secretas que se conocen...

291 De asirios.

292 A pesar de que los aliados les hubieran abandonado.

293 655-633 a.C.

294 Las tropas del Asia, es decir, de los pueblos entonces sujetos a los medos, entre los cuales había los bactrianos y los partos.

295 De manera que parece ser el que concibió el concepto tan moderno de arma, prefigurado confusamente en la *Ilíada*.

296 La referencia es sólo a los combatientes de Asia Menor, naturalmente.

297 Básicamente Babilonia, el actual Irak, con su capital Bagdad.

298 En una batalla campal.

299 Aquí gentilicio genérico de los pueblos salvajes, dedicados a la ganadería y a la cría de caballos, que vivían a orillas del Don y del Volga, no lejos del mar Caspio.

300 El actual mar de Azov.

301 Nace en el Cáucaso Occidental, atraviesa la península de Crimea y desemboca en el mar Negro.

302 Parece que habitaban el norte de la Armenia, no lejos de la ciudad de Tiflis, en Georgia.

303 El litoral fenicio, la actual costa del Líbano. El término «Palestina» en Heródoto no es

unívoco, pues a veces significa el ámbito geográfico indicado aquí, y otras aproximadamente los territorios que forman el actual estado de Israel.

304 Más propiamente «faraón», pero el griego dice «rey».

305 Celestial. Seguramente se trata de la diosa Astarté, totalmente homologable a la Afrodita griega.

306 Quizás sea una terminología excesivamente cristiana; el griego dice «propiedad de».

307 Toda la isla de Citera estaba consagrada a Afrodita.

308 Desconocemos la referencia de Heródoto: quizás se tratara de un hermafroditismo, de una castración inferida como castigo o simplemente de impotencia sexual.

309 Transcripción al griego del término iranio «anarya», que significa castración.

310 ¿633-605?

311 Pero Heródoto no cumple su palabra; tal conquista no sale por ninguna parte.

312 Eufemismo, por orinar.

313 A sus padres, Mandane y Cambises, para salvarle.

314 Esclavo, como se dice expresamente de su mujer. Esto subrayaba la imposibilidad de una desobediencia.

315 O sea, la muerte.

316 Como se ve, el sirviente no estaba enterado de todo.

317 Metido en un cesto.

318 Abrazar las rodillas, gesto que ya en Homero denota una súplica muy vehemente.

319 Una guardia de honor.

320 Conocido cargo de la corte persa.

321 De un esclavo.

322 Era su nieto.

323 Advierten los comentaristas: para ir meditando entretanto la atroz venganza que quería tomar de él.

324 Un banquete ritual.

325 Signo oriental de adoración.

326 Delitos bestiales semejantes se dieron en la época heroica de Grecia. Baste recordar a Atreo, rey de Argos y de Micenas, que sirvió a su hermano Tiestes los miembros, debidamente cocinados, de sus dos hijos: al final del banquete le mostró las extremidades de las pobres víctimas. Peor fue el crimen de Procne, la hija de Pandión, rey de Atenas, que mató a su propio hijo Itis y lo sirvió en una comida a su marido Tereo.

327 La adulación era norma a seguir, sin excepción, en la corte persa, pero aquí Harpago ya piensa en la venganza, y el placer de ésta supera el dolor del momento.

328 Es decir, por una conspiración o un golpe de Estado.

329 Desde Ecbátana.

330 Cfr. núm. 110.

331 Lo mismo que al principio de la historia de Roma, con la loba capitolina y Rómulo y Remo.

332 Sin cargos ni influencia en la corte.

333 Por el zurrón en que los cazadores llevan sus capturas.

334 El texto griego dice esto, cuando en realidad el contenido ha sido leído; es lo que se llama sinestesia.

335 Una manera de decir que son las más importantes.

336 La más noble: su ciudad principal, Pasargada, fue una fundación de Ciro en recuerdo de su triunfo sobre Astiages; en ella se encontraba su monumento funerario, del que quedan restos todavía hoy.

337 Por una falsa etimología los persas se creían descendientes de Perseo, el héroe griego hijo de Dánae.

338 No parece que estos germanos tengan nada que ver con las tribus centroeuropeas.

339 Los deos parece que habitaban las zonas esteparias de la costa oriental del mar Caspio; los mardos y los sagarnios eran pueblos nómadas; de los drópicos no tenemos ninguna noticia.

340 593-558 a.C.

341 Visto desde Grecia, naturalmente.

342 Religiosamente estamos en un mundo semítico.

343 Era un acto ritual que acababa la preparación del sacrificio en sí.

344 Aquí la traducción es incierta; también podría traducirse por «ensalmo», pero la palabra griega sugiere, aunque sea de lejos, la idea de «responsorio», «canto responsorial», actualmente muy en uso en la liturgia católica.

345 Cuando el mago ha ejecutado su parte.

346 Es la llamada adoración, llevarse a la boca la mano de otra persona para besarla. La más famosa de la antigüedad es la del anciano Príamo, padre de Héctor, que en el último canto de la *Ilíada* besa la mano de Aquiles.

347 La idea es que los persas ampliaron su imperio anexionándose cada vez los que iban quedándose en sus fronteras.

348 Y una madre, naturalmente.

349 Y por eso tratan de ahuyentarlas.

350 De persona.

351 Sepultar un cadáver significaba una profanación de la tierra, e incinerarlo una profanación del fuego. Pero dejar que los perros y las aves de rapiña devoraran el cadáver hería la sensibilidad ya de los griegos arcaicos, como lo atestigua la lectura de muchos lugares de la *Ilíada,* tal como hiere la nuestra.

352 A veces se encuentran en la Biblia textos homologables a otros de autores clásicos griegos simplemente sorprendentes; así por ejemplo en el evangelio de san Lucas 7, 32, donde hay esta comparación, en boca de Jesús, que habla de ciertos hombres: «Se parecen a unos niños sentados en la plaza que se gritan unos a otros: “Tocamos la flauta y no bailáis, cantamos lamentaciones y no lloráis.”»

353 En el lugar llamado Panionio, junto al cabo Micale, delante de la isla de Samos; como siempre, el lugar de la reunión era un templo.

354 Creso.

355 El lugar donde se reunía el consejo general de los jonios del Asia Menor.

356 En rigor el texto griego dice: «por el cielo», pero debe entenderse así.

357 Las referencias son siempre a la estrecha franja costera del Asia Menor que fue dominio griego, al norte eolio, en el centro jonio y en el sur dorio.

358 Parece cierto que los fenicios se vieron sometidos a los persas durante el reinado de Cambises.

359 El templo de Apolo Triopio, en un promontorio junto a Cnido.

360 En las ceremonias sagradas.

361 Los jonios, expulsados del Peloponeso por los aqueos (que a su vez habían sido expulsados por los dorios), regresaron al Ática, desde donde, guiados por los hijos del rey ateniense Codro, emigraron al Asia Menor.

362 En el sur de Italia, en el límite entre la Lucania y los Abruzzos, cerca de Cosenza, la antigua Síbaris; todavía hoy se llama Cratis.

363 Llamado más tarde Aqueloo, que no debe confundirse con el que fluye por la Grecia Central.

364 De los jonios de la Dodecápolis.

365 Ya en la versión más antigua, la tesalia, de la leyenda de los argonautas, éstos eran minios casi en su totalidad, de manera que es dudoso que sean un pueblo realmente histórico. En tal caso habrían habitado primero la Tesalia, luego la Beocia, en la ciudad de Orcómeno, donde los sitúa Homero (*Ilíada,* II, 511).

366 Habitantes de la región que se extiende desde el Parnaso, en la Fócide, hasta Eta, en la Tesalia.

367 Ignoramos la alusión de Heródoto.

368 Habitantes del Epiro.

369 Pueblo mítico que pertenece a la prehistoria de Grecia, conocido también por Tucídides.

370 En la Argólide.

371 Era la sede central de gobierno de las ciudades griegas; en él ardía el fuego sagrado, que se llevaban consigo los que emigraban para fundar una colonia.

372 El conocido protagonista del diálogo con Diomedes, en el canto VI de la *Ilíada*.

373 El último rey de Atenas, que murió defendiendo la ciudad contra los invasores dorios.

374 Fiestas típicamente jonias, que se celebraban a principios de otoño, en honor de Zeus, de Hefesto y de Atena; duraban tres días, y en ellas los ciudadanos se adscribían a la *fratría* o hermandad correspondiente.

375 Algunos editores tienen este pasaje por una interpolación; lo que tendrían en común los nombres de los santuarios sería acabar con la letra griega «n» *(ni).*

376 Cumas de Eolia tenía el epíteto de Fricónide porque de sus fundadores míticos, Malao y Cleva, se dice que residieron largamente en el monte Fricio, en la Lócride. La ciudad italiana de Cumas, en la Campania, es fundación de esta griega.

377 De Esmirna se dice que fue una fundación efesia, jonia por tanto. Pero los eolios expulsaron de la ciudad a los jonios, los cuales se refugiaron en Colofón. Pero luego los colofonios se apoderaron de Esmirna, por lo que no es extraño que Heródoto declare que Esmirna fue colonia de Colofón.

378 La climatología les presentaba fuertes variaciones.

379 Políticamente.

380 Archipiélago situado entre la isla de Lebos y la costa de Asia Menor.

381 Para llamar la atención.

382 Cfr. núm. 46; era un santuario de Apolo, como se ve inmediatamente.

383 Epíteto de la diosa, que significa «la que posee mucho».

384 Ritualmente, un acto religioso.

385 A mediados del siglo VII a.C.

386 Probablemente se refiere a la península Italiana íntegra.

387 Del Guadalquivir y de la península Ibérica. Tarteso, en la comarca de Las Marismas (Huelva). La riqueza del país en la antigüedad fue fabulosa, recordada por Anacreonte.

388 De menos calado que las de guerra; recuerdan a las naves homéricas. Las naves de guerra, de más eslora, fueron utilizadas por estos jonios con fines no bélicos, sino comerciales: eran más marineras y permitían singladuras de más envergadura. También ahí los jonios mostraron su genio peculiar, la llamada metafísica marina, ir más allá de lo conocido.

389 Casi en sentido religioso.

390 Un pequeño archipiélago que está entre la isla de Quíos y el territorio continental.

391 Dueños a la sazón del Mediterráneo.

392 Al oeste de Córcega y Cerdeña.

393 Expresión proverbial para indicar una victoria obtenida con duras pérdidas para el bando victorioso. La alusión es a la guerra de los Siete contra Tebas, ganada por los tebanos (Tebas era fundación de Cadmo, de ahí el nombre), pero murió en ella su rey Etéocles; más tarde se hablará de victoria pírrica.

394 La actual Reggio di Calabria.

395 ¡De los focenses, que habían ganado la batalla!

396 En todo este pasaje el texto griego está corrompido insanablemente, de modo que la traducción responde a un texto conjetural.

397 Tal matanza tuvo lugar en Agila, en la Etruria, que más tarde se llamó Cere.

398 Elea, en la Lucania, que los romanos llamaron Velia.

399 La isla de Teos.

400 Abdera, patria de Demócrito, que no debe confundirse con la ciudad homónima que está en la costa mediterránea española, la actual Adra. La tracia era, según la tradición, fundación personal de Heracles, dedicada a un mancebo, Abdero, por el que Heracles sintió inclinación.

401 Asiático, los del Asia Menor.

402 Uno de los siete sabios de Grecia.

403 La isla de Cerdeña, de la que en época de Heródoto se creía que era la mayor de las islas.

404 El famoso presocrático que formuló el principio de causalidad.

405 El edificio.

406 En tiempos prehistóricos habitaban las costas del Asia Menor y las islas del Egeo.

407 Los habitantes de la ciudad de Cauno, en la Caria meridional.

408 Su identidad con los carios la atestigua Homero (*Ilíada*, X, 428), pero parece que se trataba de dos pueblos diversos, que en épocas muy remotas habitaban toda la Grecia

continental y las islas del Egeo, hecho documentado más que nada por hallazgos arqueológicos.

409 Ser súbdito exento de tributos era, en el mundo antiguo, un hecho muy excepcional, pero Tucídides (I, 8) advierte expresamente que se dedicaban a la piratería, y que en realidad nunca fueron *de facto* súbditos de Minos.

410 Para nosotros Minos es una figura que navega entre el mito y la historia. Tucídides y Aristóteles nos dan cuenta de su gran poder, así como la cultura minoica que se ha descubierto en Creta, pero los espacios legendarios que nos ofrece su figura son indudables, de manera que se hace difícil trazar un perfil totalmente creíble de su entidad histórica.

411 La comunidad de culto demuestra sin más comunidad de origen.

412 Aquí hay un caso claro de leyenda propuesta con efectos retroactivos: se inventó la existencia de tres hermanos, Lido, Miso y Car, para fundamentar la afinidad de los tres pueblos, carios, misios y lidios.

413 Históricamente esto es falso, y por consiguiente lo que sigue referente a Sarpedón es pura leyenda, pues es licio (cfr. Homero, *Ilíada*, II, 876, y VI, 199) y nunca fue cretense: ni fue hijo de Europa ni hermano de Minos.

414 Una región pequeña, en el centro de la Licia.

415 Los sólimos fueron los primeros habitantes de la Licia que, retirados a los montes, reaparecen en el mito de Belerofonte *(Ilíada*, VI, 184).

416 Rey mítico de Atenas.

417 Rey de Atenas y padre de Teseo, el principal héroe de la leyenda jonia.

418 Señal clara de sociedad matriarcal, no rara en el mundo antiguo.

419 Bubasia, una península, mejor, un brazo de tierra que penetra mar adentro en la Caria occidental.

420 Pequeña isla situada al norte de la de Rodas.

421 Aquí el griego admite otra traducción: «a pedir soluciones» contra esta contrariedad.

422 Nombre del conocido río y de la principal ciudad que se encuentra en su curso.

423 En el golfo Pérsico.

424 El dios Baal de los fenicios, que sale también en la Biblia.

425 Quedan ruinas, hoy llamadas de Birs Nimrud, el Nemrod de la Biblia; esta torre es pareja a la bíblica de Babel.

426 Una rampa exterior que llegaba hasta el último torreón.

427 Aquí se trata de la casta sacerdotal de los babilonios; como gentilicio, el nombre designa a los habitantes de las tierras situadas entre el Tigris y el Éufrates.

428 Como hace con frecuencia, Heródoto aplica el nombre de Zeus a una divinidad no griega.

429 Tratos de ningún tipo.

430 En la costa de Licia; en Patara había un oráculo de Apolo que funcionaba sólo en invierno; en verano las consultas se trasladaban a Apolo délfico. Cfr. Virgilio, *Eneida*, IV, 143.

431 Mover una imagen de su sitio era un sacrilegio.

432 No debemos confundirla con la mítica esposa de Nino.

433 El Mediterráneo.

434 Antes de estas obras fluviales la navegación duraba un día o menos aún.

435 Actualmente su nombre es el río Diala.

436 Por su color eran consagrados al sol.

437 El texto griego dice expresamente «todo», pero Ciro debía de tener más unidades a su servicio que técnicamente no formarían parte del ejército; se ve por lo que sigue a continuación.

438 O sea, hacia el sureste.

439 El trigo.

440 La palmera datilera.

441 Algunos traducen «remos» erróneamente; no se trata de tales, sino de palos que tocan el fondo y que mantienen la nave en la buena dirección. Recuérdese la pértiga con que Caronte guía la nave que cruza la laguna Estigia.

442 El talento egipcio pesaba 36 kilogramos, el ático 25.

443 A grandes rasgos, la actual Yugoslavia.

444 Para preservar el cadáver de la descomposición.

445 Se trata de una limpieza o pureza ritual parecida a la que se encuentra en ciertos lugares de la Biblia.

446 Símbolo de su consagración a Afrodita; el cordel las liga a ella.

447 Al oeste del mar Caspio.

448 El Danubio.

449 Para situar en ellas a hombres que defendieran las naves.

450 Eran de doble filo.

LIBRO II
EUTERPE

INTRODUCCIÓN

EL segundo libro de la *Historia* herodotea está dedicado íntegramente a Egipto. Tras una brevísima alusión a la llegada al poder en Persia por parte de Cambises (1) se trata de la antigüedad del pueblo egipcio (2-3). Trata a continuación del surgimiento y configuración del país, con la célebre afirmación de que Egipto es hijo del Nilo (4-18), río del que a continuación se trata prolijamente (19-34). Costumbres de los egipcios (35-37), con una larga disquisición sobre lo que probablemente es más característico de esta tierra, sus animales sagrados (38-76). Usos y costumbres de los egipcios (77-98) y, finalmente, historia de Egipto (99-216), en lo que hay que notar otra variación, pues las más de las veces Heródoto encabeza sus tratados de los pueblos precisamente con su historia.

EL LOGOS PERSA, 2.ª PARTE, FINAL

1. Tras la muerte de Ciro, Cambises asumió el poder del reino[451]. Era hijo de Ciro y de Casandane[452], hija de Farnaspes. Por su prematura muerte el propio Ciro hizo un gran duelo, y mandó observarlo también a todos aquellos que él regía. De manera que el hijo de esta mujer y de Ciro, Cambises, juzgó a los jonios y a los eolios como esclavos suyos heredados de su padre. Y emprendió una campaña contra Egipto, para lo cual, entre otras partes, tomó efectivos de estos griegos que él dominaba.

EL LOGOS EGIPCIO (2-182)

2. Los egipcios, antes de que Psamético[453] fuera su rey, creían que ellos habían sido los primeros de todos los hombres[454]. Pero cuando Psamético accedió al reino y quiso averiguar quiénes habían sido los primeros hombres, desde entonces creen que antes que ellos han existido los frigios, pero que a continuación siguen ellos mismos. Porque cuando Psamético, pese a sus investigaciones, no logró encontrar respuesta a la cuestión de quiénes habían sido los primeros hombres, concibió lo siguiente: entregó dos niños recién nacidos al primero con quien se topó, que resultó ser un pastor, para que los criara entre sus rebaños de este modo: en presencia de ellos nadie debía emitir ninguna voz, debían yacer solos debajo de un cobertizo abandonado, a su debido tiempo debía meter allí dentro cabras, y cuando los niños hubieran mamado él debía atenderlos con los demás cuidados necesarios. Psamético hizo y mandó esto porque quería oír de los niños, superados ya los balbuceos ininteligibles, la primera voz con que romperían a hablar. Lo cual realmente sucedió. Porque cuando para el pastor hubieron transcurrido dos años en esta ocupación, una vez que él abrió la puerta y entró, los dos niños se le hincaron de hinojos y le tendieron las manos, y pronunciaron *becos*. El pastor, ahora

que lo oyó por primera vez, de momento no hizo nada, pero acudía con frecuencia allí para atenderles, y siempre sonaba esta palabra, de modo que lo indicó a su señor, y por orden suya trajo los niños a su presencia. Psamético oyó igualmente estas palabras y preguntó qué hombres decían la palabra *becos;* de su investigación resultó que los frigios llaman así al pan. De este hecho los egipcios concluyeron que los frigios son más antiguos que ellos mismos, y lo aceptaron. Que todo esto ocurrió, yo lo he oído de los sacerdotes de Hefesto, en Menfis. Es cierto que los griegos sobre esto cuentan muchas tonterías, por ejemplo que Psamético mandó cortar las lenguas a unas mujeres, a las que confió la crianza de estos niños.

3. En lo que atañe a la crianza de estos niños, esto es lo que allí explicaban. Pero yo mismo en Menfis oí versiones distintas cuando fui allí para mantener un diálogo con los sacerdotes de Hefesto; y principalmente me dirigí a Tebas y a Megalópolis, porque quería saber si allí coincidían con las indicaciones que se me hicieron en Menfis; de los de Heliópolis se dice que son los más sabios de los egipcios. Las narraciones que de ellos oí acerca de historias de los dioses no tengo ningún interés en referirlas, a excepción de los nombres de estos dioses, pues creo que todos los hombres saben lo mismo. Lo que aquí menciono acerca del tema lo menciono porque me fuerza a ello el decurso de mi narración.

4. En cambio, en lo que se refiere a las cosas humanas, cuentan, y en ello concuerdan entre sí, lo siguiente: los egipcios fueron los primeros que descubrieron el año, y dividieron en doce partes sus estaciones. Los astros, dicen ellos, les condujeron a tal fijación. Y, según creo, esto lo llevan con más acierto que los griegos, porque éstos al tercer año después de cada dos le añaden un mes intercalar para mantener la coincidencia con el año natural, mientras que los egipcios cuentan doce meses de treinta días, y al cabo del año añaden cinco días, y así hacen corresponderse el año de su calendario y el año natural. Los egipcios dicen de sí mismos que ellos fueron los que empezaron a aplicar nombres a los doce dioses, y que los griegos lo tomaron de ellos. Fueron ellos los primeros que dedicaron imágenes, altares y templos a los dioses, y también los primeros que grabaron figuras de seres vivientes en la piedra. Y en la mayoría de estos casos demuestran con realidades que las cosas han sido así. Decían que el primer hombre que reinó en Egipto fue

Mina. En aquella época, a excepción del distrito de Tebas, todo Egipto era un pantano, del cual no emergía nada de lo que ahora hay más allá del lago de Meris: la navegación del mar hasta aquí, aguas arriba del río, dura siete días.

5. Yo creo que hablan con acierto de su país, pues a mí me parece claro para el que lo haya visto y no sea un cabeza de chorlito, aunque no se lo hayan explicado previamente, que aquellos griegos que con sus naves emprendieron tal ruta llegaron a una zona de Egipto que es una tierra adquirida posteriormente, que Egipto es un regalo del Nilo. Digo más: el país no varía en nada para el que navega aguas arriba tres días: de esto nadie dijo ni pío, pero es totalmente válido. El estado del suelo de Egipto es el siguiente: primeramente, si uno navega hacia allí, cuando dista de tierra todavía un día de ruta, si echa sonda extraerá fango que hallará a una profundidad de once brazas. Ello demuestra que los efectos de la inundación de la tierra llegan hasta aquí[455].

6. Además, la longitud de la costa de Egipto es de sesenta esquenios[456], tal como nosotros trazamos los confines de Egipto hasta el golfo de Plintina hasta el lago Serbónide, junto al cual se levanta el monte Casio[457]. De manera que los sesenta esquenios se cuentan desde aquí. Aquellos que disponen sólo de poca tierra, la miden por orgías[458], y los grandes terratenientes por esquenios. El esquenio vale treinta parasangas[459], y es la medida propia de los egipcios. Vale sesenta estadios[460]. Así la longitud de Egipto en su zona costera arroja tres mil setecientos estadios.

7. Desde ella hasta Heliópolis, tierra adentro, Egipto es un país ancho, muy llano, rico en agua y en limos. El camino de uno que vaya desde el mar hasta el interior del país, a Heliópolis, es tan largo como el camino que de Atenas, desde el altar de los doce dioses, lleva a Pisa, concretamente al altar de Zeus Olímpico. Sin embargo, si hiciéramos un cálculo más exacto, podríamos encontrar una pequeña diferencia entre ambos caminos, porque ambos no tienen la misma longitud, pero su diferencia no es de más de quince estadios. La longitud del camino de Atenas a Pisa es inferior en quince a los mil quinientos estadios, en tanto que la que hay desde el mar a Heliópolis arroja esta cantidad justa. Si se va aguas arriba a partir de Heliópolis, Egipto se estrecha.

8. En efecto, por un lado se extiende una cordillera que pertenece a

Arabia, orientada de norte a sur y a sudoeste, que llega hasta el llamado mar Rojo. En ella se encuentran las canteras que fueron explotadas para las pirámides de Menfis. La cordillera se quiebra aquí, y tuerce hasta el territorio indicado, que es donde la cadena montañosa adquiere una mayor extensión: según me informé, son dos meses de camino desde oriente hasta occidente, y los confines orientales de esta cadena son tierras productoras de incienso. De modo que esta cordillera es así. Por el otro lado de Egipto, en dirección a Libia, se alarga otra cordillera rocosa, en la cual hay las pirámides: está cubierta de arenas y enfila hacia la misma dirección que la parte de la cordillera arábiga que se extiende hacia el mar. O sea que, por la parte del país que empieza en Heliópolis, Egipto ya no es un país ancho, sino que durante una navegación aguas arriba que dura catorce días el país es angosto. El espacio intermedio entre ambas cordilleras es tierra llana; en el lugar más angosto, a mi parecer no pasa de doscientos estadios; va desde la cordillera libia a la arábiga. Y a partir de aquí Egipto vuelve a ensancharse.

9. De manera que ésta es la condición del país, tal como la he descrito. Desde Heliópolis hasta Tebas la navegación dura, remontando las aguas, nueve días, y el trecho arroja una distancia, en estadios, de cuatro mil ochocientos sesenta, que equivalen a ochenta y un esquenios. Si se toma el total de los estadios que tiene Egipto, la región a lo largo del mar da, como ya he indicado antes, tres mil seiscientos estadios, pero ahora voy a señalar la región que se mete tierra adentro desde el mar hasta Tebas: son seis mil ciento veinte estadios. La distancia por tierra que hay desde Tebas a la ciudad llamada Elefantina es de mil ochocientos estadios.

10. Ahora bien: tal como ya indican los sacerdotes, la mayor parte del país me pareció, también a mí, que es de tierras recientes[461] ganadas por los egipcios. Pues la región que media entre las cordilleras citadas, que se elevan al sur de Menfis, me pareció que había sido un golfo, al igual que los parajes que rodean Ilion: me refiero a Teutrania, Éfeso y a la llanura del río Meandro, si es que las superficies pequeñas son comparables a las grandes[462]. Ya he explicado que, de los ríos que han inundado estos territorios, no hay ninguno que se pueda comparar ni tan siquiera con una de las desembocaduras del Nilo[463], el cual tiene cinco. Hay también otros ríos, de cualquier modo incomparables con el Nilo: con todo, sus aluviones han demostrado una

acción potente. Entre ellos puedo citar el Aqueloo, que fluye a través de la Acarnania, que desembocando en el mar ya ha transformado en continente la mitad del archipiélago de las Equínadas.

11. No lejos de Egipto, forma parte de la región arábiga una entrada de mar[464] dilatada y angosta, como voy a indicar seguidamente. Pues la duración de la ruta desde el interior del golfo hasta alta mar, si se navega en una nave remera[465], lleva catorce días; en la parte en que el golfo es más angosto la navegación dura sólo medio día. En este golfo hay cada día flujo y reflujo. Yo creo que también Egipto fue un golfo de este tipo: desde el mar Boreal un golfo penetró hasta Etiopía, mientras que otro golfo, del que voy a hablar, llevaba desde el mar austral hasta Siria, de manera que casi conectaban en su penetración: el espacio de tierra intermedio era muy reducido. Pues si el Nilo quisiera trasladar su cauce a este golfo Arábigo, necesitaría a lo más veinte mil años para llenarlo de limo. Pero yo creo que tal golfo bastarían diez mil años para llenarlo de cieno. Entonces es que, en tiempos muy remotos, antes de mi nacimiento, ¿no pudo ser llenado un golfo mucho mayor que éste por un curso tan potente y eficaz?

12. Por ello, y en lo que a Egipto se refiere, también doy crédito a los que explican tales cosas, y yo mismo soy de la opinión de que las cosas son así cuando observo que Egipto se adelanta a las tierras con las que limita, que en las montañas pueden verse moluscos, que su suelo muestra sales depositadas que llegan a erosionar incluso a las pirámides, y, todavía, cuando compruebo que la única cordillera egipcia, la que hay encima de Menfis, tiene un componente arenoso. En su condición, el suelo egipcio no es equiparable ni con la vecina Arabia, pero tampoco con Libia —pues la costa de Arabia está habitada por sirios—; el suelo egipcio es negro y frágil, puesto que es tierra de lodo y de aluvión que el río ha arrastrado desde Etiopía. Y Libia tiene, yo lo sé muy bien, un suelo más rojo y arenoso: Arabia y Siria lo tienen más arcilloso y pétreo.

13. Respecto de este país, para mí también es de mucho valor lo que me indicaron los sacerdotes, a saber, que, en tiempos del rey Meris[466], cuando el río subía un mínimo de ocho codos ya inundaba Egipto más allá de Menfis. Y Meris no llevaba muerto ni novecientos años cuando yo oí esto de los sacerdotes. Pero ahora la corriente, si no sube quince o dieciséis codos como

mínimo no rebasa el suelo. Por lo que yo creo que, a los egipcios que viven más allá del lago Meris, y en otros teritorios, y principalmente a los que habitan el llamado Delta, en el caso de que las tierras suban de nivel de este modo y continúen creciendo así, en el futuro el Nilo no los inundará y a ellos les sucederá ya para siempre lo que profetizaron a los griegos que iban a sufrir. Pues cuando los egipcios se enteraron de que todo el país de los griegos recibe sólo aguas de lluvia, y que los ríos no lo riegan, tal como riegan el suyo, aseguraron que alguna vez los griegos se verían frustrados en sus esperanzas y que sufrirían grandes hambres. Esta palabra significa que los griegos, si el dios[467] no les envía lluvia, sino una sequía pertinaz, pasarán hambre, ya que no tienen otra manera de procurarse agua que no sea Zeus mismo[468].

14. Los egipcios dijeron con toda razón esto de los griegos. Pero, ¡ea!, ahora señalaré las perspectivas de los mismos egipcios. Si, tal como dije, la región situada más allá de Menfis, pues ésta es la que se eleva, quiere elevárseles al ritmo actual, ¿es que sus habitantes no llegarán necesariamente a pasar hambre cuando allí no les llueva? El río ya no será capaz de inundarles los cultivos. Desde luego, hoy por hoy no hay en el mundo gente alguna, ni tan siquiera en el propio Egipto, que recoja tan fácilmente los frutos de la tierra como la de aquí. No necesitan abrir con los arados surcos en los campos, no necesitan cavar la tierra ni realizar las demás labores agrícolas que tantas fatigas cuestan a otros hombres, sino que cuando el río crece espontáneamente y les riega los campos y luego se retira, cada uno siembra su cultivo y suelta en él sus cerdos, para que pisándola ahonden la simiente. Y espera la época de la cosecha, trilla el grano con la ayuda de los cerdos[469]; la siega es, pues, de esta manera.

15. Si ahora por lo que respecta a Egipto quisiéramos adherirnos a las opiniones de los jonios, los cuales por Egipto entienden sólo el Delta y tienen por tierra egipcia sólo la costa[470] que va desde la atalaya de Perseo hasta los secaderos de salazón de Pelusio, lo cual son cuarenta esquenios, y tierras adentro desde el mar llaman Egipto sólo al dominio que llega a la ciudad de Cercasoro, o sea, el lugar donde el Nilo se divide, y uno de sus brazos fluye hacia Pelusio y el otro hacia Canobo, y el resto del territorio egipcio lo adjudican en parte a Libia y en parte a Arabia, si quisiéramos adherirnos a

esta opinión, resultaría que en tiempos los egipcios no poseyeron ningún territorio[471]. Pues lo dicen ellos mismos, y yo soy de idéntica opinión: el Delta es tierra de aluvión, para decirlo así, es tierra recién aparecida. ¿Es que no sería vana su pretensión de haber sido los primeros de los hombres, si en realidad no habían tenido ningún territorio? En tal caso no hubieran debido acudir a aquella prueba hecha con los niños para ver la primera palabra emitida. Mi parecer es que el pueblo egipcio no ha surgido al mismo tiempo que la franja de tierra llamada Delta por los jonios, sino que siempre ha existido, desde que existe el linaje humano. Y cuando emergieron las tierras de aluvión, una gran parte de egipcios se trasladó a ellas desde el interior del país, pero otros se quedaron donde estaban. En épocas remotas sólo la región de Tebas llevó el nombre de Egipto. Esta región tiene una extensión de seis mil ciento veinte estadios.

16. De manera que si nosotros juzgamos correctamente sobre esto, en tal caso sobre Egipto, los jonios se equivocan, pero si la opinión de los jonios es la correcta, entonces yo puedo demostrar que los griegos, y entre ellos los jonios, no saben calcular, porque afirman que toda la tierra tiene tres partes, a saber, Europa, Asia y Libia[472]. A ellas deberían añadir una cuarta parte, el Delta de Egipto, porque no pertenece ni a Asia ni a Libia. Según esta tesis no es el río Nilo lo que separa Asia de Libia, sino que el tal río se escinde en el vértice del Delta, de manera que él mismo quedaría entre Asia y Libia.

17. O sea, que prescindimos de la opinión de los jonios[473] y afirmamos que entendemos por Egipto todo el país habitado por los egipcios, tal como se llama Cilicia todo el país habitado por los cilicios y Asiria el habitado por los asirios; en realidad no conocemos otra frontera entre Asia y Libia que no sea el país de los egipcios. Pero si queremos admitir la opinión sustentada por los griegos, aceptaremos que todo Egipto a partir de las cataratas y de la ciudad de Elefantina se divide en dos partes que participan de uno y otro nombre, porque una parte lo es de Libia y la otra de Asia. Pues el Nilo, en su curso hacia el mar, a partir de las cataratas, divide Egipto en dos mitades. Fluye hasta la ciudad de Cercasoro en una sola corriente, pero desde esta ciudad se reparte en tres brazos. El primero se dirige hacia oriente y la suya se llama la desembocadura de Pelusio. El segundo brazo fluye hacia occidente; la de éste se llama la desembocadura de Canobo. Pero hay un brazo que fluye en línea

recta y es éste: fluye desde arriba[474] y llega hasta el vértice del Delta, al que divide en dos partes iguales, y desemboca en el mar. Lleva el caudal más grande de agua y es el más conocido. La suya se llama la Boca Sebenítica. De este brazo sebenítico se extienden todavía dos que alcanzan el mar; uno se llama el saíta, el otro el mendésico. Por el contrario, los brazos bolbinítico y bucólico no son naturales, sino unos cauces artificiales de desembocadura.

18. Un oráculo emanado de Amón es un testimonio a favor de mi opinión de que Egipto es tan grande como he señalado en mi tratado, pero yo me enteré de este oráculo cuando ya había formado mi juicio sobre Egipto. Las gentes de Marsa y de Apis, que habitaban una región de Libia limítrofe de Egipto, creían que eran libios y no egipcios, y en los actos de culto se enojaban porque no se querían privar de la carne de las vacas. De suerte que mandaron emisarios a Amón y le hicieron saber que ellos no tenían nada en común con los egipcios, pues vivían fuera del Delta y no coincidían en nada con ellos, de manera que su deseo era que se les permitiera comerlo todo. Pero el dios no les permitió hacerlo, sino que les declaró que era Egipto todo aquello que el Nilo inundaba con sus avenidas, y que eran egipcios todos los que vivían más acá de la ciudad de Elefantina y que bebían agua de este río. Ésta fue la razón del dios que ellos recibieron.

19. Pero cuando el Nilo crece no inunda sólo el Delta, sino también una parte del país llamado libio y una parte del país de Arabia, y en ciertos lugares llega al trecho de una caminata de dos días en cada uno de los dos márgenes; a veces la distancia es más, a veces menos. Sobre la naturaleza del río ni por los sacerdotes ni por otras personas pude averiguar nada más. Me hubiera interesado mucho saber por ellos las causas de las avenidas del Nilo, que a partir del solsticio de verano duran casi cien días, y luego, cuando se han aproximado a esta cifra, su nivel baja y disminuye, de suerte que durante todo el invierno, hasta la llegada del próximo solsticio de verano, el río es menos caudaloso. Como digo, de ninguno de los egipcios logré saber nada sobre esto cuando estuve allí investigando qué clase de potencia tiene el Nilo, que respecto a él pase lo contrario de lo que pasa con los otros ríos. Pero de todos modos yo me empeñé en saberlo, y también porque de entre todos los ríos es el único que no trae consigo aire fresco.

20. Ahora bien: algunos griegos que han querido ganarse el prestigio de

ser hombres sabios han establecido tres teorías sobre estas aguas, de las cuales yo creo que sólo dos de ellas merecen ser mencionadas, sin más; voy a dar de ellas una breve noticia. La primera teoría[475] es que los vientos de tramontana son la causa de que el río se hinche, porque dificultan al Nilo su desguace en el mar. Pero muchas veces los vientos de tramontana no han soplado, y sin embargo el Nilo hace lo mismo. Además, si los vientos de tramontana fueran la causa, debería de ocurrir lo mismo a los otros ríos que fluyen en dirección contraria a estos vientos, y esto tanto más cuanto más pequeños sean estos ríos y, en consecuencia, tengan una corriente más débil. Ahora bien: en Siria y en Libia hay muchos ríos a los que no ocurre nada de lo que ocurre al Nilo.

21. La segunda teoría es todavía más boba que la reseñada, y su formulación es más extraña: establece que el Nilo fluye desde el Océano y que por eso se comporta así[476], porque el Océano fluye por toda la tierra.

22. La tercera teoría es con mucho la más razonable, pero se presta extraordinariamente a confusiones. Porque no tiene ningún sentido afirmar que el Nilo fluye por la fusión de nieves, ya que su corriente viene de Libia a través del país de los etíopes y luego se mete en Egipto. ¿Cómo podrían las nieves convertirse en una corriente, si desde las regiones más tórridas llegan a otra que en su mayor parte es más fría? Para un hombre que sea capaz de reflexionar sobre ello, la primera prueba, la máxima, de que es inverosímil que el Nilo crezca por unas nieves es que en estos países soplan vientos cálidos; la segunda prueba es que el país no tiene ni lluvias ni hielo. Después de una nevada ha de llover necesariamente durante cinco días[477], de modo que si hubiera nieve en estos países habría también lluvias. La tercera prueba es la circunstancia de que, debido a los calores, allí los hombres son negros. Durante todo el año allí hay milanos y golondrinas, pero al aproximarse el invierno las grullas emigran del país de los escitas y acuden a invernar a este dominio de las fuentes del Nilo. Si por este país por el que fluye el Nilo y en el que comienza su curso nevara algo, por poco que fuera, entonces no pasaría nada de lo que se muestra como lógicamente indefectible.

23. Pero el hombre que habló del Océano ha trasladado su narración al reino del misterio, y no tiene ninguna prueba de su teoría. Yo personalmente no conozco ningún río Océano que realmente exista. Ha sido Homero, según

creo, o algún otro poeta antiguo, quien se inventó tal nombre y lo introdujo en su poesía.

24. Si yo ahora, después de haber recusado las teorías anteriores, debo pronunciarme sobre un asunto tan oscuro, diré el motivo por el cual me parece que el Nilo en verano crece. El sol, alejándose de su ruta normal por efecto de la violencia de los vientos del norte, retrocede hacia los dominios del norte de Libia. Y con ello, en resumidas cuentas, ya se ha dicho todo. Pues el país más inmediato al dios solar, encima del cual él se mantiene, es ineludiblemente muy escaso de agua, y los cauces de los ríos se secan.

25. Exponiéndola con más detalle, la cosa es así: mientras el sol recorre la zona norte de Libia hace lo siguiente: en toda esta época en estas regiones el aire es sereno y la tierra caldeada, puesto que no hay vientos fríos, y el sol hace lo que acostumbra a hacer en verano cuando pasa por el centro del cielo: aspira[478] hacia sí el agua, se la lleva y la empuja hacia el norte, donde los vientos la recogen, la esparcen y la hacen evaporar; por ello los vientos que soplan desde estas regiones, el Noto y el Libé[479], son los más lluviosos. Pero a mí me parece que el sol no se desprende en cada invierno de toda el agua del Nilo que ha aspirado a lo largo del año, sino que le queda una parte de ella. Ahora bien, cuando el invierno se suaviza el sol da marcha atrás, hacia el centro del cielo, y aspira igualmente agua de todos los ríos. Hasta entonces todos fluyen caudalosamente, puesto que el país es muy lluvioso y con muchos torrentes[480], pero ahora, en verano, los ríos se debilitan porque las lluvias les faltan y su agua es aspirada por el sol. Pero el Nilo, que no recibe ninguna lluvia, en la época en que el sol aspira su agua, o sea, en invierno, es mucho menos caudaloso que en verano. Pues en verano el sol aspira su agua no más que la de otros ríos, mientras que en invierno es el único que experimenta una decrecida. De manera que yo he opinado[481] que el sol es el causante de las avenidas del Nilo.

26. Pero a mi juicio también el sol es el causante de que los aires de allí[482] sean secos, puesto que su paso por allí requema el país, y así en las regiones del norte de Libia el verano es permanente. Si la situación de las estaciones del año cambiara y en la región del cielo donde ahora reinan el invierno y los vientos del norte reinara una situación de mediodía y de vientos del sur, pero donde reina una situación de vientos del sur reinaran los vientos del norte, en

tal caso el sol, expulsado del centro del cielo por el invierno y por los vientos del norte, se iría más arriba, a las regiones de Europa, tal como ahora circula por las regiones del norte de Libia; si atravesara de punta a punta Europa, yo creo que haría el Istro[483] lo que ahora hace el Nilo.

27. En cuanto al soplo de vientos fríos, que en Egipto no soplan, creo que es natural que de países cálidos no procedan vientos así; normalmente, sólo algo frío suele producir corrientes de aire frías.

28. Bien: dejemos que esto sea como es y como fue desde el principio[484]. Pero nadie de entre los egipcios, o de los libios, o los griegos con quienes he llegado a hablar me ha dado a conocer nada acerca de las fuentes del Nilo, excepción hecha, en la ciudad de Sais, del escriba del tesoro sagrado de Atenea. Éste afirmaba saberlo bien, al dedillo, pero en sus afirmaciones me pareció que bromeaba. He aquí lo que explicaba: entre Siene, en la Tebaida, y Elefantina hay dos montes, que culminan en dos cumbres puntiagudas; el nombre de un monte es Croji y el del otro Mofi. Las fuentes del Nilo son insondables y manan de ambos montes: una mitad del agua fluye hacia el norte, en dirección a Egipto, la otra mitad hacia el sur, en dirección a Etiopía. Y seguía contando que Psamético, el rey de Egipto, se llegó hasta allí para comprobar que tales fuentes son insondables. En efecto, mandó trenzar una soga de muchos miles de brazas, la arrojó allí y no llegó a tocar fondo. Yo creo que con ello el escriba demostró, en el caso de decir la verdad, que allí hay fuertes remolinos y contracorrientes, pues el agua rompe contra las rocas que se yerguen y así es imposible que la plomada lanzada llegue a tocar fondo.

29. Y de nadie más logré saber directamente algo sobre las fuentes del Nilo, pero me hice con otro material muy valioso, que abarca el mayor espacio posible, cuando llegué como testigo ocular a la ciudad de Elefantina; ahora bien, a partir de aquí sólo puedo informar por lo que oí. Si se navega desde Elefantina hacia el norte, el país sube en pendiente, de manera que en él se debe fijar la embarcación, como si de un buey se tratara[485], a las dos márgenes por medio de un cable, y viajar así; si uno de los cables se rompe, la embarcación se va[486], arrastrada por las fuerzas de la corriente[487]. La navegación por esta región dura cuatro días; por ella el río Nilo es tan tortuoso como el río Meandro. Son doce esquenios[488] lo que hay que navegar

de esta guisa. Seguidamente se llega a una llanura pelada, en la que el Nilo fluye a ambos lados de una isla llamada Tacompso[489]. El país al norte de Elefantina está habitado ya por etíopes, que, además, ocupan una mitad de la isla citada; la otra mitad la pueblan egipcios. Contiguo a esta isla es un lago mayor, a cuyas orillas viven etíopes nómadas; cuando lo hayas cruzado, volverás a entrar en el cauce del Nilo, que afluye a este lago. Aquí se debe desembarcar para ir a pie a lo largo del Nilo durante cuarenta días, pues dentro del río se alzan peñascos y escollos cortantes que hacen imposible la navegación; atravesado tal país durante estos cuarenta días, debe tomarse una segunda embarcación y navegar a lo largo de doce días, y así llegarás a una gran ciudad llamada Méroe[490]. De esta ciudad se dice que es la metrópoli de todos los demás etíopes. En ella su población rinde culto sólo[491] a los dioses Zeus y Dioniso, a los que, por lo demás, honran sobremanera. En Méroe hay un oráculo de Zeus. Cuando este dios se lo reclama mediante sus sentencias, ellos salen en campaña fuere cual fuere el lugar al que les mande el dios.

30. Si partes navegando de esta ciudad[492] llegarás, y el viaje te durará lo mismo que duró la ruta desde Elefantina a la metrópoli de los etíopes[493], a los llamados «Desertores». Estos desertores se llaman *asmaj*[494]; la palabra en lengua griega significa «los que están a mano izquierda del rey». Se trata de doscientos cuarenta mil[495] egipcios pertenecientes a la casta de los guerreros que se pasaron a los etíopes por lo que sigue: en tiempos del rey Psamético había guardias fronterizos en la ciudad de Elefantina contra los etíopes; en Dafne, en el dominio de Pelusio, había otros contra los árabes y los asirios, y en Marea[496] otros contra Libia. Todavía en mi época hay puestos fronterizos persas en los mismos lugares en que en el reinado de Psamético los había egipcios. Tanto en Elefantina como en Dafne hoy se encuentran guarniciones persas. Pero cuando en Elefantina aquellos egipcios ya habían custodiado a lo largo de tres años la frontera, nadie se presentaba a reemplazarles en la vigilancia. Entonces se lo pensaron y tomaron todos ellos en común la decisión de desertar de Psamético y de pasarse a los etíopes. Psamético lo supo, les siguió, y tras haberles alcanzado les rogó con insistencia que volvieran de su acuerdo y que no abandonaran a los dioses patrios, ni a sus hijos ni a sus mujeres. Y se cuenta que uno de los desertores le respondió,

señalándose las vergüenzas, que allí donde las tuvieran encontrarían también mujeres e hijos. Y luego se dirigieron a los etíopes y se ofrecieron a su rey, el cual les recompensó de esta manera: algunos naturales etíopes se le habían sublevado; propuso a los egipcios que tomaran sus tierras y se establecieran en ellas. Debido a este establecimiento los etíopes se volvieron más civilizados, pues asimilaron las costumbres egipcias.

31. De manera que, prescindiendo de su curso en Egipto, el Nilo es conocido en un recorrido que, por agua y por tierra, dura cuatro meses, pues cuatro meses es el resultado de sumar los tiempos de la ruta desde Elefantina hasta estos «Desertores». El Nilo fluye desde occidente, por donde se pone el sol. Pero su curso aguas arriba desde los «Desertores» nadie es capaz de precisarlo, pues a causa del calor este país es un desierto.

32. Pero de unos hombres de Cirene, que afirmaban haber visitado el oráculo de Amón, y haber conversado con Etearco, el rey de los amonios, oí todavía lo que sigue: como sea, desde otros temas en su diálogo llegaron a tratar del Nilo, del hecho de que nadie conoce sus fuentes. Y explicaron que Etearco les dijo que tiempo atrás habían acudido a él unos hombres nasamones. Esta raza es libia, habita la Sirte y también un país no muy extenso al oeste de la Sirte. Siguió narrándoles que él les preguntó si tenían algo más que decir acerca de los desiertos de Libia, y que los interrogados le contestaron que entre ellos habían vivido algunos jóvenes altaneros, hijos de familias pudientes, que cuando llegaron a adultos entre otras empresas audaces idearon elegir por sorteo a cinco de ellos para explorar las partes desiertas de Libia, por si lograban ver algo más que los que la habían explorado al máximo hasta entonces. Pero toda la costa libia del mar Mediterráneo, empezando por Egipto hasta el promontorio de Solunte[497], el punto extremo de Libia, está poblada por diversos linajes de libios, sin tener en cuenta, naturalmente, las plazas ocupadas por griegos y fenicios. Pero tierra adentro, hacia el sur de estas poblaciones, Libia está infestada de fieras salvajes. Y más al sur de esta zona de animales el país vuelve a ser arenoso, sin agua, desierto totalmente. De suerte que aquellos jóvenes enviados por sus coetáneos, bien provistos de agua y de víveres, primero recorrieron las zonas habitadas, después entraron en la parte de los animales salvajes y, finalmente, en el desierto, siempre en dirección oeste. Anduvieron a lo largo

de muchos días por regiones arenosas, y, finalmente, volvieron a ver árboles en un valle. Se dirigieron allí y recogieron los frutos producidos por los árboles. Y mientras lo hacían acudieron a ellos unos hombres de baja estatura, más pequeños que un hombre mediano, los cuales los prendieron y se los llevaron. Y los nasamones no entendían nada de su lengua, pero tampoco éstos lo que los nasamones les decían. Los condujeron a través de grandes marismas y finalmente llegaron a una ciudad[498] en la que los hombres eran tan pequeños como sus guías; su color era negro. Y junto a la ciudad fluía una gran corriente, concretamente de poniente a levante, en la cual se veían cocodrilos.

33. Hasta aquí la narración de Etearco de Amón, añadiendo, sin embargo, que los nasamones regresaron y que aquellos individuos que ellos habían visitado eran hechiceros. Y aquella corriente que fluía cabe la ciudad, Etearco creía que era el Nilo, cosa constatada por el conjunto de la narración. Pues el Nilo procede de Libia y la atraviesa y, tal como sospecho, deduciendo lo desconocido a partir de lo conocido, el Nilo fluye en un curso tan largo como el Istro. Pues el Istro, que nace en el país de los celtas, junto a la ciudad[499] de Pirene, fluye de manera que parte Europa en dos; los celtas viven más allá de las Columnas de Heracles y limitan con los cinesios, los cuales son los últimos habitantes de Europa por el oeste[500]. Pero el Istro desemboca en el mar, a saber, en el Ponto Euxino.

34. De modo que el Istro es muy conocido, pues fluye por tierras conocidas, pero sobre las fuentes del Nilo nadie puede indicar nada, pues Libia, que es por donde fluye, es tierra deshabitada, es un desierto. Sobre su curso, con esto está dicho todo lo que yo, investigando, he logrado saber. Desemboca en Egipto, que está situado frente al país montañoso que es Cilicia. Desde aquí hasta Sínope, en el mar Negro, el camino son cinco jornadas de marcha, para un hombre vigoroso. Sínope se encuentra en la desembocadura del Istro, frente al mar. De manera que creo que el curso del Nilo por toda Libia es equiparable al del Istro. Y, sobre el Nilo, baste con lo dicho.

35. Voy a alargar mi tratado de Egipto, pues tiene más cosas admirables y ofrece obras más dignas de mención que las de cualquier otro país; por todo esto me alargaré algo más sobre Egipto.

Los egipcios, tal como el cielo encima de ellos es distinto a cualquier otro, tal como su río es de naturaleza distinta a la de los demás ríos, de igual modo rigen entre ellos costumbres y leyes opuestas a las de los demás hombres. Así entre ellos son las mujeres las que acuden al mercado y van de compras, mientras que los hombres se quedan en casa a tejer. Y los demás pueblos tejen empujando la trama hacia arriba, mientras que los egipcios lo hacen empujándola hacia abajo. Los hombres llevan los bultos encima de la cabeza, y las mujeres en la espalda. Las mujeres hacen aguas de pie y los hombres de rodillas. Todos ellos defecan en su casa, pero comen fuera de ella, en la calle. Lo justifican porque aquellas necesidades naturales que son repugnantes deben satisfacerse en secreto, y las que no lo son, públicamente. Tanto si se trata de una divinidad masculina como si de una femenina, el oficio sacerdotal compete sólo a hombres, jamás a mujeres. Los hijos no tienen ninguna obligación de mantener a sus padres si quieren negarse a ello, pero todas las hijas tienen la obligación de hacerlo, incluso si quisieran no hacerlo.

36. Los sacerdotes de los dioses en otras partes se dejan el pelo, pero en Egipto se rapan. Entre los demás hombres es norma que en un caso de duelo los más allegados se rapen las cabezas, pero los egipcios se dejan crecer el pelo en honor de los difuntos, y no sólo en la cabeza, sino también en el mentón, ello cuando en otra circunstancia se afeitarían. Otros hombres han determinado hacer su vida aparte de las bestias, pero los egipcios viven entre ellas. Los otros hombres se sustentan de trigo y de cebada, pero en Egipto resulta extremadamente vergonzoso sustentarse así: preparan sus comidas a base de otro cereal que algunos llaman *zeias*[501]. Amasan la harina con los pies, el barro con las manos, y recogen los excrementos. Los demás se dejan las vergüenzas tal como les salieron, pero los egipcios, y los que lo han tomado de ellos, se circuncidan[502]. Cada hombre tiene dos vestidos, y cada mujer sólo uno[503]. Los demás hombres atan los garruchos y las escotas de las velas al bordo. Los egipcios fuera borda. Los griegos escriben las letras y calculan, mediante guijarros, llevando la mano de izquierda a derecha, pero los egipcios de derecha a izquierda: lo hacen así, y encima aseguran que ellos lo hacen empezando por la izquierda, y los griegos por la derecha. Y usan dos tipos de letra, la que llaman sagrada y la vulgar.

37. Son con mucho los más religiosos de todos los hombres, y observan

estas normas. Beben en copas de bronce, que purifican[504] cada día, no un día sí y otro no, sino cada día. Visten ropas de lino siempre recién lavadas, cosa que observan rigurosamente. Practican la castración para purificarse, pues prefieren ser puros a ser bellos. Los sacerdotes se depilan cada dos días todo el cuerpo, para evitar que se pueda sorprender algún piojo o algo repugnante en los servidores del dios. Los sacerdotes usan vestidos sólo de lino y calzado de papiro; no les está permitido usar otros vestidos ni ponerse otro calzado. Se lavan dos veces al día con agua fría y dos veces cada noche. Y observan otras diez mil normas, por decirlo así. Pero gozan también de no pocas ventajas. No deben gastarse sus bienes personales, sino que se quedan con el pan sagrado, y se les entregan cotidianamente carnes de toro y de ganso, y además vino de uvas. En cambio, no pueden comer pescado. En su país los egipcios nunca siembran habares, y de los que crecen espontáneamente ni comen los frutos ni los tuestan para cocerlos. Las habas, los sacerdotes no soportan ni verlas, porque son frutos impuros. Por lo demás, cada dios no tiene un sacerdote único, sino muchos, uno de los cuales es el sumo sacerdote[505]. Cuando un sacerdote muere, su hijo le sucede en el sacerdocio.

38. Consideran que los toros son propiedad de Épafo y por eso los revisan así: si ven que en él hay un pelo negro, aunque sea uno solo, ya no tienen al toro por puro. Comprueba la cosa alguno de los sacerdotes que tenga tal cometido. Primero sostiene a la víctima[506] sobre sus patas y luego la pone de patas arriba, y seguidamente le tira de la lengua para ver si la tiene sin las señales prescritas, que señalaré en otro lugar[507]. Le revisa igualmente la pelambre del rabo, a ver si le ha salido tal como sale naturalmente[508]. Si el animal se ve limpio de todo esto se le hace una marca con corteza de papiro, que se le sujeta entre los cuernos, y se le señala con un tampón hecho de arcilla, con el que se estampa el cuño correspondiente. Y entonces se llevan al toro. El castigo del que ha sacrificado un toro desprovisto de la contraseña es la pena de muerte. De manera que la revisión de la víctima es tal como he dicho, y el sacrificio se ofrece como lo describo a continuación.

39. Luego de conducir a la víctima hasta el altar en que será sacrificada, encienden un fuego y la aspergen con vino, invocan al dios y sacrifican el animal: una vez sacrificado, le cortan la cabeza. Despellejan el cuerpo y retiran la cabeza, tras echar sobre ella multitud de imprecaciones[509]; se la

llevan los que tengan abierto un puesto de venta y haya allí mercaderes griegos. Si no los hay, la echan a la corriente del Nilo[510]. El tenor de las maldiciones que arrojan sobre las cabezas es éste: si ha de sobrevenir algún mal a los mismos oferentes del sacrificio o a todo el pueblo de Egipto, que recaiga sobre esta cabeza. Por lo que se refiere a las cabezas de los animales sacrificados y a la aspersión con vino, todos los egipcios observan las mismas normas, y asimismo proceden igualmente en todos los sacrificios, y se debe a este uso el hecho de que ningún egipcio jamás coma nada de la cabeza de cualquier animal.

40. En cambio, el vaciado de las entrañas de las víctimas y su cremación difieren en cada celebración: aquí voy a describir[511] la celebración de la fiesta más solemne dedicada al dios que creen supremo[512]. Después que han despellejado el toro y han recitado una plegaria, extraen al animal todo el vientre, pero le dejan dentro del cuerpo las vísceras y la grasa. Le cortan las patas, los cuartos traseros, las espaldillas y el cuello. Cuando han terminado de hacerlo rellenan el cuerpo del toro con panes puros, miel, pasas, higos, incienso, mirra y otras especies aromáticas. Efectuado el relleno con todo esto, ponen la víctima al fuego para el sacrificio, y vierten sobre ella aceite en abundancia. Ofrecen el sacrificio tras un ayuno previo, y durante la cremación de las víctimas todos se dan golpes de pecho, acabado lo cual se sirven un banquete con lo que se quedaron de las víctimas.

41. De manera que todos los egipcios sacrifican toros puros y becerros, pero les está prohibido sacrificar vacas, porque se trata de animales consagrados a Isis. Pues la imagen de Isis, que es una imagen de mujer, tiene cuernos, tal como los griegos pintan a Io[513]. Todos los egipcios veneran por igual a las vacas, y más que a los demás animales. Por esto ningún egipcio o ninguna egipcia besará jamás a un griego en la boca, ni utilizará el cuchillo de un griego, ni tampoco un pincho[514] ni una caldera de un griego. Tampoco probarían, en modo alguno, la carne de un toro puro que haya sido cortada con un cuchillo griego.

Si se les muere un buey o una vaca, he aquí como los entierran. A las vacas las echan al río, pero a los toros los entierran, cada uno en el arrabal que le corresponda; como señal del enterramiento dejan salir un cuerno, o los dos. Cuando el cuerpo ya se ha descompuesto y ha transcurrido el tiempo

prescrito, llega a cada ciudad un vehículo procedente de la isla llamada Prosopitis[515], la cual está situada en el Delta, y tiene una extensión de nueve esquenios[516]. Bien: en esta isla Prosopitis se encuentran muchos otros lugares, pero aquel del cual proceden los vehículos que pasan a recoger las carroñas se llama Atarbequis, y en él hay un templo dedicado a Afrodita[517]. De este lugar sale mucha gente, unos van a una ciudad, otros a otra, y cuando han desenterrado los restos de los toros se los llevan y los sepultan en el mismo sitio. Y lo que hacen con los toros lo hacen también con los demás animales que se les hayan muerto, pues también en lo que se refiere a estos últimos tienen tal norma. Ellos nunca matan animales de éstos[518].

42. Pero los que levantaron el templo de Zeus en Tebas[519] o los procedentes del distrito de Tebas rechazan las ovejas y sacrifican cabras. Naturalmente, no todos los egipcios veneran igualmente a los mismos dioses, excepción hecha de Isis y de Osiris: de éste afirman que es nuestro Dioniso. Estos dos dioses sí, reciben el mismo culto en todas partes. Pero todos aquellos que poseen un santuario en Mendes[520] rehúsan las cabras y sacrifican ovejas. Bien: los tebanos, y todos aquellos que siguen su ejemplo y rehúsan las cabras, explican que este uso se ha introducido entre ellos por lo siguiente: Heracles quería, fuere como fuere, ver a Zeus, quien, por su parte, no quería ser visto por él. Finalmente, puesto que Heracles se lo pedía con tenaz insistencia, Zeus ideó una artimaña: despellejó un carnero, le cortó la cabeza y se la adaptó. Luego se revistió de la piel y se mostró así a Heracles. Por eso los egipcios pintan la imagen de Zeus con una cabeza de carnero: de los egipcios lo han tomado los amonios, que son colonos de los egipcios y de los etíopes: la lengua de los amonios también tiene que ver con la de estos dos pueblos. Yo creo que el nombre de los amonios también procede de ahí, pues a Zeus los egipcios le llaman Amón.

Por eso los tebanos no sacrifican carneros, porque para ellos son animales sagrados: el motivo ya lo he indicado. Un solo día del año, en la fiesta de Zeus, sacrifican un carnero, le quitan la piel y revisten con ella toda la imagen de Zeus: luego acercan a la imagen otra de Heracles. Y cuando lo han hecho, entonces todos los que están alrededor del templo se golpean a sí mismos dolidos por el carnero y lo entierran en un féretro sagrado.

43. Refiriéndose a Heracles oí decir que pertenecía a los doce dioses. Pero

en Egipto no logré oír nada más acerca del otro Heracles, el conocido por los griegos. Yo tengo muchos indicios de que los egipcios no han tomado de los griegos el nombre de Heracles, sino los griegos de los egipcios, y, concretamente, aquellos griegos que aplicaron el nombre de Heracles al hijo de Anfitrión[521]. Aduzco el indicio siguiente: los padres de este Heracles, Anfitrión y Alcmena, eran de extracción egipcia. Pero los egipcios desconocen el nombre de Posidón y el de los Dioscuros, como ellos mismos reconocen, y por eso no aceptan estos dioses entre los restantes. Si hubieran tomado de los griegos el nombre de alguna divinidad deberían de recordarlo muy bien, porque ya entonces emprendían viajes por mar y también entre los griegos había navegantes, cosa que yo no supongo, sino que estoy muy cierto de ella. Por eso los egipcios conocieron los nombres de estos dioses mucho antes que el nombre de Heracles. Entre los egipcios Heracles es un dios muy antiguo: como ellos declaran, pasaron diecisiete mil años hasta el reinado de Amasis, durante el cual los ocho dioses se convirtieron en doce, de los cuales uno es Heracles.

44. Yo deseaba averiguar esto con toda claridad por alguien que fuera capaz de informarme, y navegué hasta Tiro de Fenicia, porque sabía que allí hay un templo consagrado a Heracles. Y lo visité. Está ricamente adornado entre otros muchos exvotos, con dos columnas, una de oro macizo y otra de piedra de esmeralda, la cual de noche brillaba espléndidamente. Entablé diálogo con los sacerdotes del dios y les pregunté cuánto tiempo hacía que tenían el templo edificado. Y encontré que no concordaban con los griegos, pues decían que el templo se levantó al mismo tiempo que se fundó la ciudad de Tiro, la cual era una población habitada desde hacía dos mil trescientos años. Pero en Tiro me enteré de otro santuario de Heracles, éste bajo la advocación de Heracles Tasio. De modo que viajé también hacia Tasos, donde me encontré con un templo de Heracles que había sido erigido por los fenicios cuando éstos emprendieron una navegación en busca de Europa[522] y fundaron Tasos; tal templo es anterior en cinco generaciones de hombres al nacimiento, en Grecia, de Heracles, hijo de Anfitrión. Lo que yo investigué probablemente demuestra con claridad que Heracles es un dios antiguo, y me parece que obran muy correctamente los griegos que han erigido y tienen dos tipos de templo de Heracles[523], y ofrecen sacrificios a uno inmortal, bajo la

advocación de olímpico, y al otro le veneran en calidad de héroe.

45. Entre otras muchas cosas que los griegos explican sin comprobarlas, también lo que dicen de Heracles es una simpleza. Porque, según ellos, tras su llegada a Egipto, los egipcios le habrían coronado y le habrían sacado en procesión para sacrificarle a Zeus. Y Heracles durante un rato se habría comportado tranquilamente, pero cuando ellos, ya cabe el altar, se disponían a consagrarle como víctima sacrificial, entonces él recurrió a la fuerza y los mató. Yo creo que, cuando afirman cosas de este tipo, los griegos no saben absolutamente nada ni de la naturaleza de los egipcios ni de sus costumbres, porque ¿cómo podrían matar a seres humanos unos hombres para quienes constituye una impiedad sacrificar animales, excepción hecha de ovejas, toros y becerros que sean puros, y gansos? Además, ¿cómo pudo Heracles, que estaba solo, y que, encima, era un hombre, tener la fuerza requerida para matar a muchas decenas de ellos? Y que tanto los dioses como los héroes sean benévolos con nosotros después que sobre el tema hemos dicho todo esto.

46. He aquí la razón por la cual los mencionados egipcios no sacrifican ni cabras ni machos cabríos. Los mendesios cuentan a Pan entre los ocho dioses, y estos dioses, explican ellos, ya existían antes que existieran los doce dioses. Pero los pintores y los escultores pintan y esculpen su imagen tal como lo hacen los griegos, a saber, con cabeza de cabra y patas de macho cabrío, no porque crean que éste sea su aspecto real, sino porque quieren representarlo de manera semejante a los demás dioses. Sin embargo, no me gustaría[524] decir por qué lo representan así. Los mendesios veneran todo el género cabruno, pero concretamente más a los machos cabríos que a las cabras, y sus cabreros son objeto de honores más altos que los otros pastores de los demás animales. Principalmente cuando muere uno, hay un luto especial en todo el distrito mendesio. Por cierto que, en lengua egipcia, tanto el macho cabrío como el dios Pan reciben el nombre de Mendes. En mis tiempos en este distrito se produjo el portento de que un macho cabrío copulara públicamente con una mujer. Y ello llegó a conocimiento de la gente.

47. El cerdo es tenido por los egipcios como animal inmundo. Si un egipcio ha rozado, aunque sea de pasada, un cerdo, suele meterse vestido en el río y purificarse en él. Los porquerizos, aunque se trate de nativos, son los

únicos de todos los egipcios que en Egipto jamás pisan un santuario: nadie accede a darles una hija por esposa o bien llevarse a su casa una hija suya[525], de manera que los porquerizos se dan mutuamente sus hijas en matrimonio, o se casan ellos con ellas. Los egipcios tienen por algo ilícito sacrificar cerdos a los demás dioses, pero en noche de luna llena sacrifican cerdos a la Luna y, también en el plenilunio, a Dioniso, y en ambos casos comen su carne. Del motivo por el cual a los egipcios les repugna sacrificar cerdos en otras festividades, pero en éstas los ofrecen, de él ellos dan unas razones que yo sé muy bien, pero que me niego a repetir[526]. El sacrificio de un cerdo ofrecido a la Luna se realiza de esta manera: cuando se ha inmolado el animal se meten en un mismo caldero la punta del rabo, el bazo y el omento, se cubren con toda la grasa que el animal tiene en su vientre, y luego se arrojan al fuego. La carne que queda se come en el plenilunio en el que se ha ofrecido el sacrificio: en cualquier otro día es ilícito comerla. Los pobres, por culpa de la precariedad de sus medios de vida, amasan unos cerdos de pasta, los cuecen y los sacrifican.

48. Pero en la víspera de la fiesta[527] cada uno degüella delante de la puerta de su casa un lechón en honor de Dioniso, y manda llevarlo como regalo al porquerizo que se lo proporcionó. El resto de la fiesta en honor de Dioniso los egipcios lo celebran casi igual que los griegos, si no se tienen en cuenta las danzas[528]. En vez de los falos[529] han ideado otros símbolos, como imágenes de un codo de altura, que son movidas por hilos: las mujeres las pasean por las aldeas, y el miembro, que no es mucho menor que el resto del cuerpo, se les menea. Las precede un flautista, y las mujeres lo siguen entonando himnos a Dioniso. Hay una historia sagrada que cuenta por qué las imágenes tienen un miembro tan grande, y es lo único que se les mueve.

49. Me parece que Melampo, hijo de Amitaon, no desconocía este sacrificio, sino que lo conocía bien. Pues entre los griegos fue Melampo[530] el que introdujo el nombre de Dioniso, el sacrificio y el cortejo del falo[531]. En rigor no fue él quien compendió y propuso toda la doctrina, sino que unos sabios posteriores a él la expusieron con más claridad. Con todo, el introductor del cortejo fálico en honor de Dioniso fue Melampo, de quien lo aprendieron los griegos y así ahora lo hacen como lo hacen. Lo que yo digo es que Melampo, que fue un hombre hábil, se inició en el arte de la

adivinación, y cuando lo hubo asimilado introdujo entre los griegos, entre otras muchas cosas propias de Egipto, también el culto de Dioniso, que modificó poco. De manera que no quiero defender que lo que se hace en Egipto en honor del dios coincida por casualidad con lo que hacen los griegos, pues en tal caso concordaría con los usos griegos y no sería de introducción reciente. Con ello tampoco quiero decir, en modo alguno, que los egipcios hayan tomado de los griegos tal o cual costumbre. Creo más bien que Melampo aprendió de Cadmo de Tiro y de los que con él llegaron, procedentes de Fenicia, a la región hoy llamada Beocia el ceremonial en honor de Dioniso.

50. Pero los nombres de casi todos los dioses han llegado a Grecia desde Egipto[532]. En mis investigaciones he encontrado que proceden de los bárbaros, y creo que principalmente proceden de Egipto. Pues con la excepción de Posidón y de los Dioscuros, como ya he dicho antes[533], y también de Hera, Hestia, Temis, las Cárites y las Nereidas, en su propio país, los nombres de los dioses son conocidos por los egipcios desde tiempo inmemorial. Me limito a decir lo que dicen los mismos egipcios. Y los dioses cuyo nombre los egipcios niegan conocer, éstos me parece que se lo deben a los pelasgos, a excepción de Posidón, que los griegos conocieron por los libios. Cierto: nadie, si no son los libios, poseyó desde el principio el nombre de Posidón, el cual honran como dios desde siempre. Entre los egipcios no es usual la veneración de héroes.

51. Estos usos, y además otros que indicaré, los griegos los tomaron de los egipcios. Pero los griegos no tomaron de los egipcios el uso de tallar imágenes de Hermes con el miembro en erección: los primeros entre los griegos que lo hicieron fueron los atenienses, que lo tomaron de los pelasgos, y de los atenienses todos los demás griegos. Porque los pelasgos convivían en el país con los atenienses, que entonces ya contaban como griegos, y debido a ello también los pelasgos empezaron a ser tenidos por griegos. Pero cualquier iniciado en el culto orgiástico[534] de los Cabiros, que practican los samotracios, quienes lo adoptaron de los pelasgos, sabrá lo que quiero decir. Pues Samotracia fue habitada ante todo por los pelasgos, los mismos que convivieron con los atenienses, de quienes los samotracios adoptaron los cultos orgiásticos. De manera que los atenienses, que lo adoptaron de los

pelasgos, fueron los primeros griegos que tallaron imágenes de Hermes con el miembro en erección. Sobre esto los pelasgos contaban una historia sagrada, que se revela en los misterios de Samotracia.

52. Yo sé, porque lo he oído en Dodona[535], que anteriormente los pelasgos lo sacrificaban todo[536] como haciendo rogativas a los dioses, sin atribuir a ninguno de ellos ni nombres ni epítetos, puesto que no los habían oído. Los llamaban «dioses»[537] por el hecho de que ellos habían puesto cada cosa en su sitio, también les asignaban todo lo que les correspondía. Sólo después de haber transcurrido mucho tiempo oyeron los nombres, de procedencia egipcia, de los demás dioses: del nombre de Dioniso se enteraron todavía mucho más tarde. En época algo posterior los pelasgos consultaron en Dodona, que es el más antiguo de los oráculos griegos, y entonces era el único, acerca de los nombres de los dioses. La pregunta, concretamente, era si debían admitir los nombres divinos que les llegaban de los bárbaros[538]. El oráculo repuso que los admitieran. De suerte que desde esta época ofrecieron sus sacrificios citando los nombres de los dioses. Y luego los griegos adoptaron tal uso de los pelasgos.

53. Pero la procedencia de cada uno de los dioses, si todos existieron siempre, y cuál sea su figura, esto lo saben desde ayer, por así decirlo, o desde anteayer. Porque Homero y Hesíodo fueron anteriores a mí, según creo, sólo cuatrocientos años, y son ellos dos los que crearon para los griegos la teogonía[539] de los dioses, los que les han aplicado sus nombres, han distribuido entre ellos honores y competencias y han diseñado sus figuras. Pero los poetas que supuestamente vivieron antes que estos dos hombres, a mí me parece que en realidad vivieron después. De estas dos tesis, la primera es defendida por las sacerdotisas de Dodona, la segunda, referida a Homero y a Hesíodo, la defiendo yo.

54. De los dos oráculos[540], el primero en Grecia y el segundo en Libia, los egipcios dan razón como sigue: los sacerdotes del Zeus de Tebas alegan que los fenicios raptaron a dos sacerdotisas de Tebas: ellos se enteraron de que una había sido vendida en Libia y la otra a los griegos: estas dos mujeres habrían instituido, ellas antes que nadie, los oráculos de los pueblos citados. Como yo les preguntara cómo sabían con tanta precisión lo que decían, me respondieron que ellos habían buscado afanosamente a aquellas mujeres, pero

que fueron incapaces de hallarlas: más tarde supieron acerca de ellas lo que acababan de decirme.

55. De suerte que esto fue lo que oí de los sacerdotes de Tebas, y ahora he aquí la respuesta de las sacerdotisas de Dodona: dos palomas negras habían levantado el vuelo desde Tebas a Egipto; una de ellas se había dirigido a Libia y la otra hacia ellas. Esta segunda se había posado en una encina y había dicho con voz humana que el paraje debía convertirse en un oráculo de Zeus; ellas entonces supusieron que el anuncio que se les hacía era divino, y actuaron en consecuencia. Pero la paloma que llegó a Libia había ordenado, según declaraban estas sacerdotisas, que los libios debían instituir un oráculo de Amón, dedicado igualmente a Zeus[541]. Esto es lo que explicaban las sacerdotisas de Dodona, de las cuales la más anciana se llamaba Promenia, la que la seguía en edad Timárete y la más joven Nicandra. Y los demás dodoneos que residían en el santuario estaban de acuerdo con ellas.

56. Pero yo acerca de todo ello tengo la opinión siguiente: si realmente los fenicios hubieran raptado a estas mujeres sagradas y las hubieran vendido, a una en Libia y a la otra en Grecia, yo creo que ésta última habría sido vendida a los tesprotos[542], en Grecia, pero entonces Grecia todavía se llamaba Pelasgia. Aunque sometida a servidumbre, logró fundar, debajo de un roble, un santuario dedicado a Zeus, siendo cosa muy natural, puesto que ella en Tebas[543] había servido en un santuario de Zeus, que no se olvidase de él en el lugar al que había llegado. De manera que ella, después de haber aprendido la lengua griega, fundó el oráculo, y seguramente entonces dijo que una hermana suya había sido vendida en Libia por los mismos fenicios que la habían vendido a ella.

57. Y a mí me parece que los dodoneos llamaron palomas a estas dos mujeres porque eran bárbaras, y daba la impresión de que emitían sonidos[544] como los pájaros. Y al cabo de un tiempo la paloma habló con voz humana, dicen ellos: fue cuando oyeron de la mujer algo inteligible; todo el tiempo en que les había hablado en lengua extranjera les pareció que emitía una voz de pájaro, pues ¿cómo habría podido precisamente una paloma hablar con voz humana? Ellos dicen que era negra, y con ello insinúan que la mujer era egipcia. El arte de la profecía que se practica en Tebas de Egipto es muy similar al de Dodona. Lo que ocurre es que el arte de la profecía que se

practica en los santuarios es de procedencia egipcia.

58. Naturalmente, los primeros hombres que organizaron fiestas solemnes[545], cortejos y otras procesiones religiosas fueron los egipcios, de quienes lo aprendieron los griegos. Para mí un indicio de ello es lo que sigue: mientras que los egipcios lo hacen desde tiempos inmemoriales, los griegos lo instituyeron recientemente.

59. Los egipcios organizan estas fiestas solemnes no sólo una vez al año, sino con cierta frecuencia, principalmente y preferentemente en la ciudad de Bubastis en honor de Artemis, y luego en la ciudad de Busiris en honor de Isis. Efectivamente, en la ciudad citada en segundo lugar existe el mayor templo de Isis; la ciudad está en medio del Delta: en lengua griega Isis es Deméter. En tercer lugar, los egipcios celebran una fiesta solemne en la ciudad de Sais, en honor de Atenea; en cuarto lugar otra en Heliópolis, en honor del Sol[546]; en quinto lugar otra en la ciudad de Buto, en honor de Leto, y en sexto lugar otra en la ciudad de Papremis, en honor de Ares.

60. Bien: cuando los egipcios se trasladan a la ciudad de Bubastis, hacen lo que sigue: Navegan[547] hombres y mujeres juntos, una gran cantidad de uno y otro sexo en la misma embarcación. Algunas de las mujeres llevan crótalos y los hacen repicar. En el trayecto algunos hombres tocan la flauta, y el resto de hombres y mujeres cantan y baten palmas. Cuando, en su ruta, se acercan a una ciudad, aproximan su embarcación a la orilla y se comportan así: mientras que unas mujeres hacen lo que ya les he indicado, otras se burlan a grito pelado de las mujeres de la ciudad, y otras aún bailan o se ponen de pie y se levantan los vestidos. Hacen esto en cada ciudad situada en las márgenes del río. Una vez en Bubastis, celebran la fiesta con la ofrenda de grandes sacrificios, y en esta fiesta se bebe más vino de vid que en todo el resto del años. Según dicen los nativos, entre hombres y mujeres, sin contar a los niños, se juntan unas setecientas mil personas[548].

61. Aquí la cosa se desarrolla como he dicho: cómo celebran en la ciudad de Busiris la fiesta de Isis, ya lo he descrito antes[549]. Porque después del sacrificio todos los hombres y todas las mujeres se dan golpes de pecho, muchas decenas de miles de personas; sin embargo, la causa por la cual lo hacen no la puedo decir[550]. Pero los carios que viven en Egipto hacen mucho más que esto, pues con cuchillos se hacen cortes en la frente, y en eso se les

conoce que son extranjeros y no egipcios.

62. Pero cuando se juntan en Sais para la fiesta solemne, en una noche determinada encienden lucernas en gran número al aire libre, alrededor de las casas. Estas lucernas[551] son unas páteras llenas de sal[552] y de aceite, y por la parte de encima se encuentra la mecha. Arden toda la noche, y por eso se llama «fiesta de las luminarias». Los egipcios que no pueden acudir a estas reuniones festivas pasan en vela la noche del sacrificio y también ellos encienden cada uno su lucerna, de modo que éstas arden no sólo en Sais, sino en todo Egipto. De por qué ésta es una noche iluminada, a la cual se tributan tales honores, sobre ello los egipcios cuentan una historia santa.

63. Los egipcios acuden a Heliópolis y a Buto sólo a ofrecer sacrificios. Pero en Papremis ofrecen sacrificios y celebran ritos tal como en otras partes; así que el sol empieza a declinar, algunos sacerdotes, pocos, se ocupan de la imagen del dios, pero la mayoría de ellos se quedan de pie en el acceso al templo, con unas porras de madera; otros, que realizan las ceremonias, más de mil hombres, están de pie, asimismo empuñando porras, y también ellos se apiñan, en la otra parte. La imagen del dios, que se encuentra en un templete de madera dorado, ha sido trasladada, ya en la víspera, a otro edificio sagrado. Bien: los pocos que se quedaron junto a la imagen tiran ahora de un carro de cuatro ruedas encima del cual está el templete, y la imagen del dios dentro de éste, pero los que están de pie en los propileos[553] se niegan a dejarles pasar. Los que realizaron los ritos se declaran partidarios del dios y pretenden poner en fuga a los otros, los cuales se defienden. Se organiza una tremenda refriega a porrazo limpio: se dan en las cabezas, y muchos, según creo, llegan a morir de las heridas; los egipcios, con todo, dicen que allí no muere nadie. La gente del país explica que esta fiesta se celebra por el motivo siguiente: la madre de Ares había residido en este templo, y Ares, crecido lejos de su madre, ya convertido en hombre, se habría llegado aquí con el deseo de vivir[554] con ella. Los servidores de su madre, que antes no le habían visto nunca, no le permitieron el paso, antes bien, le rechazaron. Y Ares acudió al lugar con gentes de otra ciudad, trató duramente a aquellos servidores y logró acceder a su madre. Y en honor de Ares se habría introducido aquella paliza en la fiesta.

64. Ellos mismos, los egipcios, fueron los primeros que introdujeron la

prohibición sagrada de copular con mujeres dentro de los templos y la de entrar en ellos sin haberse purificado luego de haber estado con una mujer. Pues casi todos los hombres, a excepción de los egipcios y de los griegos, copulan en los templos, y luego de haber estado con una mujer entran en un templo sin haberse purificado: creen que los hombres son como los demás animales. Pues observan cómo los animales y todos los géneros de aves copulan dentro de los templos de los dioses, y también en los recintos sagrados. Naturalmente, si esto repugnara al dios[555], ni tan siquiera los animales lo harían. Esto es lo que estas gentes aducen para justificarse, pero a mí no me agrada.

65. Los egipcios, por contra, entre otras muchas cosas que observan con sumo cuidado en lo relativo a lo sagrado, cumplen principalmente éstas.

Egipto es limítrofe de Libia, pero a pesar de ello en él los animales no abundan. Y todos los que hay en él son considerados sagrados, tanto los que conviven con los hombres como los que no. Pero si yo quisiera decir por qué los consideran sagrados, con mi discurso bajaría a temas divinos, y yo evito mucho discutirlos. Cuando los rozo y en consecuencia he narrado algo así, he hablado cogido por la necesidad. Por lo que se refiere a los animales existe el siguiente uso: hay unos encargados, tanto hombres como mujeres egipcias, que tienen a su cuidado la alimentación de los animales y, en concreto, por separado para cada género de ellos, y tal honor es hereditario, pasa de padres a hijos. Y los habitantes de las ciudades cumplen para con ellos los siguientes votos [...][556]: después de una plegaria al dios al cual el animal está consagrado, cortan el cabello a sus hijos, o bien el de toda la cabeza, o el de la mitad, o el de un tercio de ella, y pesan en plata el cabello. El peso que da lo cobra en plata[557] la encargada del animal, y con ella compra pescado que, cortado a trozos, suministra a las bestias. Desde luego, la alimentación de los animales consiste en esto. Si alguien da muerte intencionadamente a un animal, el castigo es la pena capital; si lo mata sin querer recibe el castigo que determinen los sacerdotes. Pero el que mata una ibis o un halcón, tanto si lo hace voluntariamente como involuntariamente, muere sin remedio.

66. Los egipcios sostienen muchos animales domésticos y todavía mantendrían más si a los gatos no les ocurriera lo que sigue: cuando una gata tiene gatitos rehúye a los gatos, que, en consecuencia, desean copular con

ellas y no pueden. Por ello recurren al expediente de robarles a las gatas, por fuerza y por astucia, los gatitos y matárselos, pero sin devorarlos. Ellas, privadas de sus hijos, desean tener otros, y así indudablemente regresan a los gatos. Pues a este animal[558] le gusta tener gatitos. Cuando estalla un incendio, una extraña agitación[559] se apodera de los gatos, porque los egipcios no piensan en apagar el fuego, sino que se distribuyen en grupos alrededor de las llamas cuidando de sus gatos, pero éstos saltan entre la gente o por encima de ella y se arrojan al fuego, lo cual entristece mucho a los egipcios. Si en la casa de alguien muere un gato, todos los moradores de ella se afeitan sólo las cejas, y si muere un perro se cortan todos los pelos de la cabeza y del cuerpo.

67. Los cadáveres de los gatos son embalsamados y trasladados a la ciudad de Bubastis, donde son enterrados en una cámara sepulcral sagrada. Las perras son enterradas en su propia ciudad en unos féretros sagrados. Al igual que las perras son sepultados los perros sabuesos. Las musarañas y los halcones son conducidos a la ciudad de Buto. Las ibis a Hermópolis. Los osos los hay muy pocos, y los lobos, que no son mucho mayores que las zorras, son enterrados en el lugar en que se encuentra el cadáver.

68. La naturaleza del cocodrilo es la siguiente: durante los cuatro meses de invierno no come nada; tiene cuatro patas y es a la vez animal terrestre y acuático. Pone en tierra sus huevos y los empolla, y la mayor parte del día la pasa en seco, pero toda la noche metido en el río, pues, desde luego, el agua es más caliente que el aire nocturno y que el rocío. De todos los animales que conocemos, no hay ninguno que de tan pequeño llegue a ser tan enorme. Los huevos que pone no son mucho mayores que los del ganso, y el recién nacido es pequeño proporcionalmente al huevo. Pero crece tanto que puede alcanzar una longitud de diecisiete codos y aún más. Tiene ojos de cerdo, y colmillos muy grandes, que se corresponden con la longitud de su cuerpo. Es el único animal al que no le sale lengua, y no mueve la mandíbula inferior; sólo él entre todos los animales mueve la mandíbula superior hacia abajo. Tiene garras potentes y en el lomo una piel invulnerable cubierta de escamas. Dentro del agua es ciego, pero al aire libre tiene una vista muy aguda. Puesto que vive en el agua, tiene el interior de la boca lleno de sanguijuelas. Todas las aves y los animales terrestres huyen del cocodrilo, sólo el reyezuelo vive

en paz con él y le presta servicios. Pues cuando el cocodrilo sale del agua hacia tierra y abre sus fauces (cosa que normalmente hace cuando sopla el viento del oeste), entonces el reyezuelo se le escurre dentro de la boca y se traga todas las sanguijuelas. De lo cual el cocodrilo se goza y no causa al reyezuelo ningún dolor.

69. Para algunos de los egipcios el cocodrilo es animal sagrado, para otros no, e incluso se ve perseguido como un enemigo. Los que viven en Tebas y en los alrededores del lago Meris creen que los cocodrilos son animales sagrados. En cada una de estas regiones crían, de entre todos, un cocodrilo domado hasta serles familiar. Le adornan las orejas con colgantes de cristal y de oro y le ponen brazaletes en las patas delanteras. Se le suministra una comida sagrada prescrita, y mientras vive se le trata a cuerpo de rey. Cuando muere lo embalsaman y lo entierran en un féretro sagrado. En cambio, la población de Elefantina no tiene al cocodrilo por sagrado, y llega a comérselo. En ella no lo llaman «cocodrilo», sino *champsai*[560]. El nombre «cocodrilo» es de origen jonio, y lo llamaron así porque se comparó su figura con la de los lagartos[561] que hay en las albarradas, en su país.

70. Hay muchas y diversas formas de cazar cocodrilos; describo la que me parece más digna de atención. Se pone como cebo en un anzuelo un trozo de lomo de cerdo, y se echa al centro del río, pero el cazador tiene, en la orilla, un lechón vivo, al que propina golpes. Cuando el cocodrilo oye sus gruñidos se lanza en la dirección del sonido, da con el lomo de cerdo y se lo traga. Y los otros tiran de él. Cuando ya ha sido arrastrado hasta tierra, el cazador, en primer lugar, le embadurna los ojos con barro, y cuando ya lo ha hecho en el resto se maneja con suma facilidad, lo ejecuta sin ninguna dificultad.

71. En el distrito de Papremis los hipopótamos son animales sagrados, pero no lo son para los demás egipcios. El hipopótamo tiene el siguiente aspecto físico: es un cuadrúpedo chato, de uña bífida y pezuñas de buey, muestra colmillos salientes, tiene cola y relincho de caballo; su tamaño iguala al del mayor buey. Su piel es tan gruesa que una vez se ha secado con ella se fabrican dardos pulimentados.

72. En el río también hay nutrias, tenidas igualmente por sagradas. Además los egipcios creen de los peces que la anguila y el llamado *lepidoto*[562] son sagrados. Es decir, que estos peces del Nilo los egipcios

aseguran que son sagrados, y entre las aves los gansos zorrunos[563].

73. Pero todavía hay otra ave sagrada, la llamada fénix. Yo la he visto solamente en pinturas, pues acude a ellos muy de tarde en tarde, sólo cada quinientos años, según dicen los de Heliópolis, y sólo acude a ellos, afirman, cuando se les ha muerto el padre. Si se parece a sus pinturas, he aquí su tamaño y su aspecto: de sus plumas, unas son de color de oro, otras rojas, en contorno y en tamaño se parecen muchísimo al águila. De esta ave cuentan, pero yo soy incapaz de creérmelo, que hace lo siguiente: levanta el vuelo en Arabia y lleva al santuario del Sol el cadáver de su padre, que ha recubierto de mirra, y lo entierra en él. Y lo traslada así: primero modela un huevo de mirra que ella misma sea capaz de sostener, y comprueba si puede llevarlo: cuando ya lo ha comprobado suficientemente, vacía el huevo y mete a su padre dentro y cierra con más mirra el orificio por donde ha abierto el huevo y ha metido a su padre dentro. Cuando el padre está dentro, el huevo pesa lo mismo que pesaba antes, y envuelto así el ave fénix lo traslada a Egipto, al santuario del Sol. Esto es lo que dicen que hace esta ave.

74. En Tebas hay serpientes sagradas que no atacan al hombre. Su tamaño es pequeño y tienen dos cuernos que les han brotado encima de la cabeza. A su muerte las entierran en el santuario de Zeus, pues, explican ellos, están consagradas a este dios.

75. Hay una región de Arabia situada en las inmediaciones de la ciudad de Buto; yo viajé a esta región a informarme acerca de las conocidas serpientes aladas. Cuando llegué vi una cantidad innumerable de huesos y de espinazos de serpientes; los había sin cuento, unos grandes, otros medianos y otros pequeños; montones, los había allí en gran número. Y el lugar en que los espinazos estaban amontonados es como sigue: se trata de una quebrada muy angosta que desde unos montes lleva a una gran llanura, la cual limita con la de Egipto. Hay una leyenda: según ella, al comienzo de la primavera las serpientes vuelan desde Arabia hacia Egipto, pero las aves ibis les salen al encuentro en la quebrada del paraje citado y no sólo les cierran el paso, sino que además les dan muerte. Y por tal gesta, explican los árabes, el ave ibis es tan venerada en Egipto, y los propios egipcios están de acuerdo en que es por eso por lo que honran a estas aves.

76. El aspecto del ave ibis es el siguiente: es íntegramente de color negro,

negrísimo, tiene las patas de cigüeña y un pico muy curvo, y el tamaño más o menos de un rascón. De suerte que éste es el aspecto de la ibis negra, que lucha contra las serpientes, pero las que merodean más entre los pies de los hombres (pues hay dos clases de aves ibis), éstas tienen lisos la cabeza y todo el cuello; su plumaje es blanco (pero no el de la cabeza, el de las espaldas, el de las puntas de las alas y el de la punta de la cola); en las partes que he indicado el plumaje es totalmente negro. En cuanto a las patas y el pico son muy similares a la primera especie. Pero el aspecto de la serpiente es el de la serpiente de agua. Sus alas no tienen plumas, sino que se asemejan mucho a las del murciélago. Concluye aquí el tratamiento de los animales sagrados.

77. En cuanto a los egipcios personalmente, aquellos que viven en las partes de Egipto en las que hay sembrados[564] cultivan la memoria del pasado de todos los hombres[565] y son, con mucho, los más dotados de los hombres de los que he tenido experiencia. Su régimen de vida es el siguiente: cada mes durante tres días seguidos se toman purgantes[566] y procuran conservar su salud con vomitivos y lavativas, convencidos de que a los hombres las enfermedades los atacan por las comidas que ingieren. Por lo demás, después de los libios, los egipcios son la gente más sana de todos los hombres, y a mí me parece que ello es por las estaciones del año, porque allí ellas no conllevan cambios. Pues a los hombres son los cambios los que les causan las enfermedades, y principalmente los cambios de estación. Comen un pan que confeccionan con centeno: los nativos lo llaman cillestis[567]. También beben un vino preparado con cebada[568], pues en su país no crecen las vides. Se alimentan de peces tras haberlos adobado en salmuera. En cuanto a aves, comen crudas, previamente adobadas en salmuera, codornices, ocas y volatería más pequeña; el resto de bestias que son peces y aves, exceptuando todo lo que creen sagrado, lo comen asado o cocido.

78. En los banquetes de gente pudiente, cuando se levantan de la mesa, un hombre hace circular por el comedor un ataúd con un muerto de madera dentro, que es la reproducción exacta, en pintura y en trabajo de talla, de un hombre vivo: su estatura es de uno o dos codos. Lo va mostrando a cada uno de los comensales y le dice: «Míralo, y come y bebe y diviértete, pues cuando hayas muerto serás como éste.» Sí, esto es lo que hacen en sus banquetes.

79. Por otra parte, siguen los usos patrios, y rechazan cualquier otro. Entre

otras cosas notables tienen también un único himno, el lino, entonado además en Fenicia, en Chipre y en otros lugares. Sin embargo, en cada pueblo tiene un nombre distinto; este himno concuerda hasta tal punto con el que los griegos entonan con el nombre de lino, que yo me admiré, de entre otras muchas cosas que vi en Egipto, también de ésta, de que le apliquen el nombre de lino[569]. Y lo cantan siempre en público. Lino en egipcio se dice *maneros*. Narraban los egipcios que Maneros fue hijo único del primer rey de Egipto; este hijo murió prematuramente y los egipcios le honraron con este canto de duelo: añaden que éste es el primer y único tipo de canto que han compuesto.

80. Los egipcios coinciden con los griegos en esta otra cosa, pero sólo con los lacedemonios. Cuando sus jóvenes se encuentran con personas de más edad les ceden el paso, se hacen a un lado, y se levantan de sus asientos ante los que llegan. En cambio, lo que sigue no lo tienen en común con ningún griego: en vez de saludarse en plena calle, se inclinan profundamente[570] hasta tocarse las rodillas con las manos.

81. Se ponen túnicas de lino, que terminan en franjas a la altura de las rodillas; ellos las llaman *calasiris*, pero se echan encima un manto de lana blanca a modo de echarpe. Sin embargo, en los templos no se ponen prendas de lana, ni se entierran con ellas, lo cual sería algo impío. En esto los egipcios coinciden con las prescripciones llamadas órficas y báquicas, y que en realidad son egipcias y pitagóricas. Para el que participa en este culto es algo impío ser enterrado con mortajas de lana. Sobre ello se explica una historia sagrada.

82. También estas cosas fueron ideadas por los egipcios: determinar a cuál de los dioses deben adjudicarse cada mes y cada día, adivinar por el día del nacimiento lo que ocurrirá a cada uno, saber cuándo morirá y qué clase de hombre será. De todo lo cual hicieron uso los griegos dedicados a la poesía[571]. Entre los egipcios se han interpretado más portentos que entre todos los demás hombres juntos. Pues cuando se da un prodigio conservan por escrito lo sucedido, y si luego ocurre otro semejante a éste, creen que tendrá los mismos efectos.

83. La mántica para ellos es así: no es cosa de mortales, y de los dioses, sólo de algunos. Pues en tal lugar hay un oráculo de Héracles, en tal otro uno de Apolo, en tal otro uno de Atenea, en tal otro uno de Artemis, en tal otro

uno de Ares, en tal otro uno de Zeus. El oráculo al que tributan más honor entre todos ellos es al de Leto, en la ciudad de Buto. Pero los vaticinios no son todos del mismo tipo, son distintos unos de otros.

84. El arte de la medicina se clasifica entre ellos según estos criterios: cada médico trata una sola enfermedad, y no más de una. Y todo está lleno de médicos, pues unos se establecen como médicos oculistas, otros como médicos de la cabeza, otros como dentistas, otros como médicos de enfermedades intestinales, otros como médicos internistas[572].

85. La lamentación fúnebre y los enterramientos se verificn entre ellos así: cuando en una casa de cierta alcurnia muere una persona, todas las mujeres que hay en ella se ensucian la cabeza y la cara con barro, luego dejan el muerto en la casa y dan vueltas por toda la ciudad ceñidas[573] y se golpean los senos desnudos, y junto con ellas van todas las mujeres parientas. También los hombres se dan golpes de pecho, también ellos van con los vestidos ceñidos. Y cuando lo han hecho, llevan el cadáver a embalsamar.

86. Pues hay gente que se ha establecido allí para tal cometido y que domina esta técnica. Éstos, cuando se les ha confiado un difunto, muestran a los parientes modelos de cadáveres de madera pintados y la forma de embalsamar que ellos llaman la más esmerada —juzgo poco piadoso llamarla por su nombre cuando toco este tema[574]—; luego enseñan la segunda, más ordinaria y más barata: hay una tercera, la más ordinaria. Luego de haber hablado[575] preguntan a los parientes cómo debe ser preparado el cadáver. Puestos de acuerdo en el precio, los parientes se van, mientras que los embalsamadores se quedan en los talleres y realizan así el embalsamamiento más caro: primero, por medio de un gancho de hierro extraen el cerebro por los agujeros de la nariz, pero en parte también con drogas que por ahí se han introducido. Luego con una piedra etiópica[576] afilada practican un corte longitudinal en el abdomen, por el que extraen íntegramente el vientre[577], lo limpian con vino de palma[578] y lo espolvorean con especias aromáticas molidas. Luego rellenan el estómago con mirra pura molida, con canela y otras especias aromáticas, de las que excluyen el incienso. Y cosen la incisión. A continuación sumergen el cadáver durante setenta días en una solución de sosa; pero no más de setenta días. Cuando han transcurrido se lava el cadáver, se deja todo el cuerpo con vendas cortadas de sábana de

seda[579] engomadas en su parte inferior; los egipcios usan goma en vez de barro. Y entonces los parientes recogen el cadáver, mandan hacer un ataúd de madera que imite la forma del cuerpo humano y colocan el cadáver dentro. Lo encierran, pues, así y lo depositan en la cámara sepulcral; lo ponen de pie, apoyado en la pared.

87. Ésta es la forma como los más ricos tratan a sus cadáveres. Pero los que se deciden por una cosa inferior, pues no pueden con tanto gasto, éstos lo disponen así: meten en unas jeringas aceite de cedro, con el cual llenan el cadáver sin practicarle ninguna incisión, sin extraerle el vientre: se le inyecta por el ano y se impide su salida. Luego se sumerge el cadáver el número de días prescrito. En el último día se extrae el aceite de cedro que había sido introducido: tal aceite tiene tanta fuerza que diluye y arrastra consigo el estómago y los intestinos. La carne se destruye por la solución de sosa, de manera que el cadáver queda sólo con la piel y los huesos. Entonces se devuelve, y no se le hace nada más.

88. El tercer tipo de embalsamamiento es el siguiente, con el que preparan los cadáveres de los más pobres: limpian el cuerpo con algo purgante, y se sumerge el difunto durante los setenta días. Y luego es devuelto a los suyos.

89. Cuando fallecen las esposas de hombres importantes no son llevadas a embalsamar inmediatamente, y tampoco las mujeres que son muy bellas o las que destacan en algo: se confían a los embalsamadores tres o cuatro días después. Y la cosa es así para que los embalsamadores no se propasen con estas mujeres. Una vez uno fue castigado por haber abusado del cuerpo de una recién fallecida: le denunció un colega de profesión.

90. Si se encuentra el cadáver de un egipcio atrapado por un cocodrilo o el de un ahogado en el río, e incluso si se trata de uno que no sea egipcio, la ciudad en la que el cuerpo es lanzado a la tierra tiene la estricta obligación de embalsamarle, de adornarle ricamente y de hacerlo enterrar en un ataúd sagrado. Pero no puede tocarle ninguno de sus parientes o amigos; lo entierran los sacerdotes del dios Nilo, ellos por su propia mano, como si se tratara de un ser sobrehumano.

91. Los egipcios evitan adoptar costumbres griegas. Lo que ocurre es que no admiten costumbres, sean las que fueren, de ningún pueblo. La única excepción la constituye la gran ciudad de Quemis[580], del distrito de Tebas,

no lejos de Neápolis. En esta ciudad hay un recinto sagrado cuadrangular dedicado a Perseo, el hijo de Dánae. Está rodeado de palmeras y tiene un atrio pétreo monumental. En este atrio hay dos enormes estatuas[581]. Dentro del recinto hay un templo, y en él una estatua de Perseo. En Quemis hablan de frecuentes apariciones de Perseo en un sitio o en otro de la región, muchas veces en su santuario. En tal caso se encuentra una sandalia suya, que él ya ha llevado puesta, de dos codos de largo[582], y cada vez que la sandalia aparece dicen que todo Egipto está en estado de fertilidad. Esto es lo que se dice, y he aquí lo que hacen según costumbres griegas en honor de Perseo: organizan juegos deportivos de toda índole, en los que ofrecen como trofeos cabezas de ganado, túnicas y pieles. A mi pregunta de por qué Perseo suele aparecérseles sólo a ellos, y por qué son diferentes al resto de egipcios y convocan juegos deportivos, me dijeron que Perseo procedía de su ciudad. En efecto, Dánao y Linceo, que eran ciudadanos de Quemis, se habían hecho a la mar y tocaron Grecia; si se hacían el árbol genealógico llegaban a Perseo. Y éste se había ido a Egipto por el motivo aducido por los mismos griegos: quería llevarse de Libia la cabeza de la Gorgona, había acudido también a su ciudad, donde había reconocido a todos sus parientes. El nombre de la ciudad de Quemis él ya lo había oído antes de su madre, y por lo tanto le era bien conocido cuando viajó a Egipto. Los juegos deportivos se organizaban por orden de Perseo.

92. Los egipcios que viven más allá de los pantanos observan todas estas costumbres. Los que viven en la región de los pantanos tienen los mismos hábitos que los egipcios restantes, tanto en lo demás como en lo que sigue: cada hombre tiene una sola mujer, tal como los griegos, pero en lo que atañe a la obtención de víveres se han ingeniado lo siguiente: cuando el río se desborda e inunda la llanura, nacen en el agua lirios en abundancia; los egipcios los llaman lotos. Cuando los han recolectado los secan al sol y machacan la parte interna de la flor del loto, que se parece a la adormidera: después la amasan y hacen panes que cuecen al horno. Y también la raíz[583] de este loto es comestible, y tiene un sabor más bien dulzón. Es redonda, y en cuanto a tamaño es como una manzana. Hay asimismo lirios de otras clases, semejantes a las rosas, los cuales crecen igualmente en el río: estos lirios dan un fruto que nace en otro cáliz brotado en la raíz, semejante por su forma a un panal de avispas[584]; en él se encuentran muchos granos del tamaño del hueso

de una oliva que se comen o bien tiernos o bien secos[585]. Pero el papiro, que nace cada año, lo arrancan de los pantanos: le cortan la parte superior y la dedican a otros fines[586], pero la parte inferior, más o menos de un codo de largo, la comen o la venden. Pero los que quieren preparar un papiro especialmente sabroso lo tuestan en un horno al rojo vivo y lo comen así. Pero algunas de estas gentes viven únicamente de peces; cuando los han capturado y destripado los dejan secar al sol, y una vez ya secos, se los comen.

93. En estas corrientes[587] no se dan muchos bancos de peces: los que se alimentan en estas lagunas hacen lo siguiente: cuando les entra el prurito de la gravidez[588] bajan nadando en bandadas hacia el mar. Los machos van delante arrojando su semen; ellas, que los siguen, lo engullen, y por los efectos de él quedan preñadas. Preñadas ya, nadan aguas arriba, cada cual al puesto de su residencia. Pero ahora ya no llevan la delantera los mismos, sino que corresponde a las hembras abrir el camino. Encabezan, pues, la bandada y hacen lo mismo que hacían los machos, pues esparcen sus huevos en pequeños haces de granos arracimados, y los machos que las siguen se los tragan. Estos granos son otros tantos pececillos[589]. De los huevos que quedan, porque no han sido devorados, si encuentran alimento, nacen los peces. De éstos, los que son pescados en su descenso hacia el mar[590] se observa que tienen como aplastada la parte izquierda de su cabeza, y los que remontan la corriente aguas arriba, la parte derecha. Lo cual les pasa por lo que sigue: nadan aguas abajo hacia el mar arrimados al margen por el lado izquierdo, y cuando nadan de regreso aguas arriba se pegan al mismo lado, arrumbándose, pegándose a él todo lo que pueden para no errar en su camino por la fuerza de la corriente. Pues cuando el Nilo comienza a subir de nivel, los estanques y pantanos ribereños son lo primero que se llena, al filtrarse en ellos el agua del río. Y cuando estas zonas han quedado llenas de agua, naturalmente se llenan también de pececillos. Y me parece entender por qué es natural que hayan nacido allí. Cuando, en el año anterior, las aguas del Nilo se han retirado, los peces, que han puesto sus huevos en el limo, se van también con las últimas aguas. Y cuando, a su debido tiempo, las aguas vuelven a llegar, de esos huevos nacen enseguida los peces. Y por lo que atañe a éstos, las cosas son así.

94. Los egipcios que viven en la región de los pantanos usan un aceite elaborado con el fruto del ricino, llamado por los egipcios *kiki*. Lo preparan como sigue: a lo largo de las márgenes de ríos y lagos siembran el arbusto del ricino, que en Grecia crece espontáneamente en estado silvestre. Pero en Egipto lo siembran y da cosecha abundante, aunque sus frutos son malolientes. Hecha la recolección, majan los frutos y exprimen el jugo, o bien tuestan los frutos y los cuecen. Y recogen lo que destilan. El líquido es grasiento; sirve para las lámparas igual que nuestro aceite, pero despide un hedor desagradable.

95. Contra los mosquitos, que allí los hay en gran número, han ideado lo siguiente: a aquellos que viven más allá de los pantanos les son útiles las torres, a las cuales suben para dormir. Pues a causa de los vientos, los mosquitos no pueden volar alto. Los que viven en la misma región de los pantanos han ideado lo siguiente como sustitución de las torres: cada uno de ellos dispone de una gran red, con la cual durante el día pesca peces. Por la noche usa de ella así: la coloca de modo que envuelva la cama en que él descansa, se escurre por debajo de la red y duerme envuelto de esta manera. Si uno duerme arropado por su vestido o por una sábana los mosquitos le pican a través de la tela; a través de la red, ni siquiera lo intentan[591].

96. Los cargueros con los que transportan sus mercancías están hechos de madera de acacia[592]. El aspecto de ella es muy parecido al loto de Cirene, que destila goma. Cortan esta madera en tablas de unos dos codos de longitud, los ensamblan con ladrillos, y construyen la nave de esta guisa: fijan paralelamente las tablas de dos codos mediante unas clavijas gruesas y largas; cuando han construido ya así el casco, colocan sobre él las tablas de la cubierta, pero no se sirven de varengas[593], y calafatean las junturas interiores con papiro. Y hacen un único timón, que pasa a través de la quilla. Para el mástil utilizan madera de acacia, y las velas son de papiro. Estas embarcaciones no pueden navegar río arriba, ya que sopla un viento muy fuerte, sino que en tal dirección son arrastradas por tierra. Aguas abajo se navega así: tienen una lancha cuadrangular hecha de tablas de madera de tamarisco; esta lancha está ensamblada con cañas trenzadas; tales cargueros tienen además una piedra agujereada que pesa aproximadamente dos talentos[594]. La lancha, unida a él por un cable, se echa al agua delante del

carguero de manera que lo dirija; por detrás arrojan la piedra pendiente de otro cable. Bien: la lancha, impulsada por la corriente, navega a gran velocidad y arrastra al carguero. El nombre de esta nave de transporte es *baris;* la piedra que se echó por detrás y que toca el fondo dirige la ruta. Allí hay una gran cantidad de estos cargueros, y algunos tienen capacidad para transportar cargas de miles de talentos de peso.

97. Pero cuando el Nilo inunda el país sólo las ciudades sobresalen del agua, muy parecidas a las islas del mar Egeo. Pues el resto del país de Egipto se convierte en mar y sólo las ciudades emergen de él. Cuando esto sucede no se limitan a navegar por la corriente del río, lo hacen también a través de la llanura. Si se navega hacia arriba, desde Náucratis a Menfis, la navegación pasa junto a las pirámides, pero no sería ésta la ruta correcta para tal navegación, sino la que pasa junto al vértice del Delta y junto a la ciudad de Cercasoro. Pero desde el mar y desde Cánobo hasta Náucratis se navega a vela por la llanura, pasando por la ciudad de Antila y por la ciudad llamada de Arcandro[595].

98. De ellas dos, Antila, una ciudad famosa, se adjudica especialmente a la esposa del monarca eventualmente reinante para que le suministre el calzado[596]. Esto ocurre desde que Egipto está sometido a los persas. La otra ciudad que tiene su nombre por Arcandro de Ptía, yerno de Dánao[597], hijo de Aqueo; por eso se llama la ciudad de Arcandro. Difícilmente puede ser otro Arcandro, aunque el nombre en realidad no es egipcio[598].

99. Hasta aquí he tratado de mi visión personal, de mi parecer y de lo que resulta de mis investigaciones; a partir de ahora expondré la historia de Egipto tal como la he oído, pero en ella habrá también alguna cosa que yo explique según mi punto de vista personal.

De Mina[599], el primero de los reyes egipcios, los sacerdotes dicen que aseguró Menfis mediante un dique. Pues el Nilo fluía hacia Libia pegado a la cordillera arenosa. Pero Mina formó con terraplenes, aguas arriba, a unos cien estadios al sur de Menfis, un meandro, con lo cual por un lado desecó el cauce antiguo y por el otro logró que el río fluyera por un cauce nuevo, excavado entre las cordilleras[600]. Todavía hoy los persas[601] mantienen bajo estricta vigilancia este meandro del río, que discurre por él más mansamente, y cada año lo refuerzan, pues si el río reventara el dique y se desbordara por

este lugar, Menfis entera correría el riesgo de inundación. Y cuando este Mina, que fue el primer rey, hubo convertido en tierra firme el territorio tomado al río, lo primero que hizo fue fundar en ella la ciudad que ahora llamamos Menfis, que está situada dentro de la zona angosta de Egipto. Y se cuenta que en su exterior Mina mandó excavar un lago procedente[602] del río, que la circunda por el norte y el oeste, ya que por el este la limita el mismo Nilo. Cuentan además que erigió en esta ciudad un santuario dedicado a Hefesto, que es muy grande y digno de ser recordado.

100. A partir de éste[603], los sacerdotes enumeraron, leyéndolos en un papiro, hasta trescientos treinta nombres más. Entre tantísimas generaciones de hombres había dieciocho etíopes y una mujer nativa; el resto eran hombres egipcios. La mujer que reinó como reina se llamaba igual que la babilonia Nitocris[604]. De ella me dijeron que para vengar a su hermano, rey de los egipcios (pues, a pesar de ello, le habían asesinado y tras el asesinato le entregaron a ella el poder real) aniquiló a muchos de ellos mediante una estratagema: hizo construir una cámara subterránea de gran longitud y después fingió que quería inaugurarla, pero en su mente bullía otro proyecto. De los egipcios, invitó a un banquete a aquellos, que eran muchos, de quienes le constaba que habían sido cómplices del asesinato. Y en medio del festín dirigió hacia allí al río por medio de un canal oculto. De ella me hablaron sólo hasta aquí, y añadieron que tras ejecutar su plan se arrojó a un recinto lleno de cenizas[605] para evitar represalias.

101. De los otros reyes los sacerdotes decían que no había ni tan siquiera una prueba cualquiera de la esplendidez de sus obras si se exceptúa uno, el último de ellos, Moris[606]. Éste, como recuerdo de Hefesto, erigió un atrio orientado hacia el norte, y mandó excavar un lago (más tarde aclararé su extensión) en el cual levantó pirámides, sobre cuyas dimensiones informaré al tiempo que lo haga sobre el lago. De manera que éste sí tuvo muchas cosas para exhibir; pero de los restantes ninguno tuvo nada.

102. Por eso los paso por alto y recordaré al que fue rey después de ellos, de nombre Sesostris[607]. De él me decían los sacerdotes que fue el primero que zarpó del golfo de Arabia con naves largas[608] para someter a los habitantes de las costas del mar Rojo[609], progresó por él hasta llegar a un mar

que no es navegable a causa de sus bajíos. Cuando desde él regresó a Egipto, siempre según los sacerdotes, reclutó un gran ejército con el cual avanzó por el continente, y sometió a todos los pueblos que encontró en su camino. Si se trataba de un pueblo valiente, que luchaba con fiereza por su libertad, plantaba allí, en el país, una estela cuya inscripción proclamaba su nombre, el de su nación[610], y cómo les había sometido por su fuerza. Pero si había conquistado fácilmente y sin lucha las ciudades de un país, allí mandaba grabar lo mismo que en las estelas de los pueblos valientes, pero además mandaba añadir las vergüenzas de una mujer, pues quería manifestar sin ambages que se trataba de unos cobardes.

103. Con tal actitud recorrió el continente[611] hasta que desde Asia pasó a Europa y sometió a los escitas y a los tracios. Creo que éstos fueron los más alejados a los que llegó el ejército egipcio: hasta este país se conservan estelas erigidas, más allá ya no. Aquí hizo alto e inició el repliegue. Alcanzó el río Fasis, pero desde él soy incapaz de decir con precisión si el rey Sesostris aquí se desprendió de una parte de su ejército, por numerosa que fuera, y la dejó para que habitara el país, o bien si algunos de sus soldados, molestos de tanto ir de acá para allá, se quedaron junto a las corrientes del Fasis.

104. Porque es evidente que los cólquicos son egipcios; yo mismo lo pensé antes de oírlo de otros. Cuando esta idea me vino al pensamiento, los interrogué a ambos: los cólquicos recordaban más a los egipcios que éstos a los cólquicos. Los egipcios decían creer que los cólquicos descendían de los que habían militado en el ejército de Sesostris, cosa que yo personalmente ya había conjeturado porque los cólquicos tienen la piel oscura y el pelo crespo. Es cierto que de ello no se pueden extraer conclusiones, porque también existen otras gentes así, pero lo conjeturé más claramente por lo que sigue: de entre todos los hombres, los cólquicos, los etíopes y los egipcios son los únicos que desde que existen se circuncidan. Pero los fenicios[612] y los sirios de Palestina llegan a admitir que lo han aprendido de los egipcios; en cuanto a los sirios de la región del río Termodonte y del río Partenio, y en cuanto a los macrones, sus vecinos, ellos mismos explican que lo han aprendido muy recientemente de los cólquicos. De modo que éstos son, de entre todos los hombres, los únicos pueblos que practican la circuncisión y, evidentemente,

lo hacen de la misma manera que los egipcios. De los egipcios mismos y de los etíopes no estoy en situación de decir quién lo aprendió de quién, pero es cosa muy clara que es algo muy antiguo. Pero del hecho de que los etíopes lo hayan aprendido por su trato con los egipcios creo que hay un indicio muy importante, el siguiente: todos aquellos fenicios que han entablado relación con Grecia dejan de imitar a los egipcios en lo que atañe a las vergüenzas, y ya no circuncidan a sus hijos.

105. Bien: quiero aportar todavía otro argumento relativo al parecido de los cólquicos con los egipcios. Los cólquicos son los únicos que trabajan el lino del mismo modo que los egipcios. Su género de vida y su lengua también son parecidos. El lino cólquico es llamado por los griegos sardónico[613], pero al lino procedente de Egipto le llaman egipcio.

106. De las estelas erigidas en los diversos países por Sesostris, el rey egipcio, la mayoría ya es imposible verlas[614]. Pero en la Siria palestina yo mismo las contemplé, pues se conservaban; vi que contenían las inscripciones citadas y las vergüenzas femeninas. También en la Jonia hay dos bajorrelieves de este hombre, tallados en piedra, uno en el punto de partida de la ruta de Éfeso a Focea, otro en el punto de partida del camino de Sardes a Esmirna. En estos lugares hay una escultura de un hombre de cuatro codos y medio de altura. Con su mano derecha empuña una lanza y con la izquierda un arco, y el resto del armamento es en parte egipcio y en parte etiópico; de hombro a hombro le corre incisa por el pecho, en signos sagrados egipcios, una inscripción que reza: YO CONQUISTÉ ESTE PAÍS CON ÉSTAS MIS ESPALDAS[615]. Allá es imprevisible determinar de quién se trata y su procedencia, pero en otros sitios lo ha manifestado. Entre los que la han visto algunos lo tienen por una estatua de Memnon, pero ello no es ni mucho menos la verdad.

107. Así que de este egipcio Sesostris los sacerdotes narraban que se replegó llevándose consigo a muchos individuos de los países que había sometido. Cuando, en su retorno, llegó a Dafnes de Pelusio[616], su hermano, a quién él había confiado Egipto, le invitó a un banquete, a él y a sus hijos. En la parte exterior de la estancia ordenó amontonar leña, y cuando ya lo habían hecho le pegó fuego. Sesostris lo advirtió y se aconsejó inmediatamente con su mujer, pues dicen que hacía siempre que ella le acompañara[617]. Su esposa

le aconsejó que, de sus seis hijos, extendiera dos sobre la hoguera y así la ponteara: ellos cruzarían por este puente y evadirían el peligro. Sesostris lo hizo, con lo cual abrasó a dos de sus hijos. Pero los restantes se salvaron, y con ellos su padre.

108. Luego que Sesostris regresó a Egipto (previamente se había vengado de su hermano), me contaron los sacerdotes que empleó las masas de hombres que se había llevado consigo de los territorios que había conquistado en lo siguiente: los bloques de piedra que en la época de este rey fueron transportados para el santuario de Hefesto eran enormes, y tocó acarrearlos a tales hombres. También, obligados y a la fuerza, abrieron todos los canales que actualmente hay en Egipto, y convirtieron, mal de su grado, Egipto, que hasta entonces había sido por todas partes accesible a jinetes y a carros, en inaccesible para ellos. Pues desde esta época Egipto, que es una llanura, no se adecua, en toda su extensión, ni a jinetes ni a carros. Ello es así a causa de los canales, que son muchísimos y que corren en todas direcciones. El motivo por el cual el rey parceló el país es éste: todos los egipcios que no tenían sus ciudades al borde del río sino en el centro del país, cada vez que el Nilo se retiraba padecían escasez de agua: su bebida consistía en aguas salobres extraídas de pozos. Por eso Egipto fue parcelado.

109. Los sacerdotes me contaban que este rey había repartido el país entre todos los egipcios, que había dado a cada uno un lote cuadrangular de tierras de cultivo, y que con ello se había procurado sus propios ingresos, por cuanto ordenó que se le abonara un tributo anual. Pero cuando el río rebajaba el lote de tierra de alguien, éste acudía al rey y denunciaba lo que le había ocurrido, y el rey enviaba gentes que investigaran y midieran la disminución de la superficie, para que en el futuro abonara en tal proporción el tributo impuesto. Me parece que para este cometido se inventó entonces la geometría[618], que después llegó a Grecia. Pues el reloj de sol, la meridiana[619] y las doce partes del día, los griegos lo aprendieron de los babilonios.

110. Éste ha sido, pues, el único rey egipcio que ha reinado sobre los etíopes[620]. Como recuerdo nos dejó dos estatuas pétreas, erigidas delante del templo de Hefesto[621], de treinta codos de altura, que le representan a él y a su mujer; y las de sus hijos, que eran cuatro, éstas de veinte codos cada una. Y muchísimo tiempo después el sacerdote de Hefesto no permitió que Darío, el

persa, colocara delante de estas estatuas la suya propia, alegando que él no había realizado obras como las de Sesostris, el egipcio. Pues Sesostris había sometido no menos pueblos que él, pero entre ellos principalmente a los escitas[622], a los que, en cambio, Darío nunca había podido conquistar. De manera que no era justo que delante de los exvotos de aquel rey pusiera el suyo uno que no le superaba en hechos. Y dicen que Darío lo comprendió muy bien.

111. Me contaron los sacerdotes que a la muerte de Sesostris heredó el reino su hijo Ferón[623], de quien no se puede señalar ninguna campaña militar, pues, explican, le ocurrió que perdió la vista por el siguiente motivo: la corriente del río había crecido de una manera realmente exorbitante, dieciocho codos, e inundó los cultivos. Sopló el viento y el río levantó oleaje. Y dicen que este rey, presa de un ataque de locura, tomó una lanza y la arrojó contra los remolinos del río. E inmediatamente enfermó de los ojos y quedó ciego. Llevaba ya diez años de ceguera, y en el onceno le llegó un oráculo procedente de la ciudad de Buto: para él el tiempo del castigo ya había transcurrido y recobraría la vista cuando se hubiera lavado los ojos con la orina de una mujer que hubiera tenido comercio sexual sólo con su marido, y que no hubiera tenido experiencias con ningún otro hombre. Y la primera prueba él la hizo con su propia mujer. Luego, como no recuperó la vista, fue probando sucesivamente. Cuando, al fin, recuperó la visión, reunió a todas las mujeres con las que había hecho la prueba, excluyendo a aquella con cuya orina al lavarse recuperó la vista, las reunió en la ciudad llamada Tierra Roja[624]; tras haberlas establecido allí[625], pegó fuego a la ciudad con todas ellas dentro. A aquella mujer con cuya orina había recuperado la visión, la tomó, naturalmente, por esposa. Tras sanar de la enfermedad de la vista dedicó muchos exvotos en todos los santuarios más famosos, entre los cuales debemos mencionar con justicia dos obeliscos de piedra en el templo del Sol, cada uno de una sola pieza, de cien codos de largo por ocho de ancho[626].

112. Me contaban los sacerdotes que a éste en el reino le sucedió un hombre de Menfis, cuyo nombre en griego es Proteo[627]. A él le corresponde ahora un recinto sagrado en Menfis, muy hermoso y bien instalado, situado al sur del templo de Hefesto. Viven en los alrededores de este paraje fenicios de Tiro, y toda la región delimitada[628] se llama el cantón[629] de los tirios. En el

recinto de Proteo hay un santuario dedicado a Afrodita extranjera, pero yo sospecho que este santuario en realidad es el de Helena, la hija de Tindáreo, en primer lugar porque he oído la narración según la cual Helena vivió en el palacio de Proteo y también por el nombre del santuario, que es, como digo, «de Afrodita extranjera»; por muchos santuarios de Afrodita que haya, en ningún lugar se la llama «la extranjera».

113. Pero en el curso de mi investigación los sacerdotes me dijeron que la historia de Helena había transcurrido así[630]: después de raptarla Alejandro había zarpado de Esparta hacia su país, y cuando estaba ya en el mar Egeo vientos contrarios la desvían echándola hacia el mar de Egipto, y desde él por los vendavales, que no cesaban, toca tierra de Egipto, de este país concretamente la desembocadura del Nilo llamada la canobítica, y en las Tariquias[631]. En la costa existe, aún hoy, un santuario de Heracles; si un esclavo se refugia en él, fuere cual fuere el hombre al que pertenece, si el tal esclavo se hace tatuar con los estigmas del dios y se entrega a él, no es lícito tocarle[632]. Esta costumbre persiste aún hoy, invariada desde sus comienzos hasta mi época. Pues a este Alejandro se le escaparon algunos servidores que se habían enterado de la ley promulgada para el santuario, se sentaron allí como suplicantes del dios, y acusaron a Alejandro con el ánimo de dañarle: descubrieron la situación de Helena y el agravio inferido a Menelao, y elevaron la acusación delante de los sacerdotes y del custodio de esta desembocadura, que se llamaba Tonis.

114. Cuando éste, Tonis, los oyó, mandó inmediatamente a Proteo un mensaje cuyo tenor literal era el siguiente; «Tengo conmigo a un extranjero, por su linaje un teucro, que ha cometido en Grecia una acción impía. Ha seducido a la mujer de su huésped y ha llegado precisamente aquí con muchísimos tesoros; los vientos le han empujado a esta tierra. ¿Debemos permitirle que se haga incólume a la mar o bien le quitamos las riquezas con las que nos ha llegado?» Como respuesta Proteo le envía un mensaje con las palabras siguientes: «A este hombre, fuere quien fuere, que ha cometido una impiedad contra su huésped, detenedle y conducídmelo a mí, para que yo sepa lo que él pueda alegar.»

115. Tras oír esto, Tonis detiene a Alejandro y le requisa las naves. Luego lo hizo trasladar hasta Menfis, junto con Helena y los tesoros, y con ellos

también a los suplicantes. Realizado ya el traslado de todos, Proteo preguntó a Alejandro quién era y desde dónde había navegado. Él le declaró su linaje, le dijo el nombre de su país y le describió también la navegación, el lugar del que procedía. A continuación Proteo le preguntó dónde se había hecho con Helena, pero en su respuesta Alejandro fue vago y difuso, y ocultó la verdad. Y los que se habían hecho suplicantes le refutaron narrando toda la historia del delito. Al final Proteo emitió su sentencia; dijo: «¡Si yo no considerara algo muy sagrado mi propósito de no matar a ningún extranjero de los que, empujados por los vientos, han llegado a mi país, te castigaría en venganza del griego[633] junto al cual tú, que eres el más malvado de los hombres, encontraste hospitalidad, y luego le has inferido un ultraje sacrílego! Te has llevado a la mujer de tu huésped y la verdad es que ni esto te ha bastado, sino que la has instigado[634], y te has largado de allí después de quitársela. Y no has quedado satisfecho, sino que has saqueado todo el palacio de tu huésped... ¡y así has llegado hasta aquí! Ahora yo, que tengo en mucho no matar a un extranjero, no por esto toleraré que te lleves contigo a esta mujer y estos tesoros, sino que los guardaré para aquel huésped griego hasta que él acuda personalmente aquí para llevárselos; a ti y a tus compañeros de viaje os anuncio un plazo de tres días para que zarpéis de mi país a cualquier otra parte; de otro modo os perseguiré como enemigos declarados»[635].

116. Y los sacerdotes me contaron que así fue la llegada de Helena a la corte de Proteo. Yo creo que también Homero conocía esta versión. Pero para su epopeya no se le adaptaba tanto como la otra, que fue la que él utilizó, y por eso omitió ésta, demostrando, con todo, que también la conocía. La cosa es clara por cuanto él en la *Ilíada* —y en ningún otro lugar se ha retractado de esto— ha representado la odisea[636] de Alejandro, cómo vagabundeó de acá para allá llevando consigo a Helena, y cómo llegó a Sidón de Fenicia. Lo recuerda en las gestas de Diomedes; éstas son sus palabras:

Donde estaban los peplos,
labores ricamente recamadas
de mujeres sidonias
que Alejandro en persona,
parecido a los dioses,
trajera de Sidón,

tras haber recorrido el ancho Ponto,
aquella expedición en que trajera
cuando a Troya volvía
consigo a Helena, la de digno padre[637].

Pero lo recuerda también en la *Odisea* en los versos siguientes:

La nacida de Zeus guardaba estos sabios remedios,
se los dio Polidamna, la esposa de Ton, el de Egipto,
el país donde el suelo fecundo produce más drogas,
cuyas mezclas sin fin son mortales las unas, las otras
saludables[638].

Y aún Menelao le dice a Telémaco esto otro:

Para Egipto quería yo volver; reteníanme los dioses
por no haberles ofrecido primero hecatombes perfectas[639].

Con tales palabras revela que conoció la odisea de Alejandro por Egipto; Siria limita con Egipto, y los fenicios, que son los dueños de Sidón, viven en Siria.

117. Según estos versos y según este paso se ve con no poca, sino con mucha claridad, que los *Cantos Ciprios* no son de Homero, sino de otro poeta, pues en estos *Cantos Ciprios* se dice que, desde Esparta, Alejandro llegó a Ilion en tres días acompañado de Helena *con la ayuda de un viento favorable y de un mar tranquilo*[640]. Y, en cambio, en la *Ilíada* se dice que fue zarandeado con Helena por el mar. Pero basta ya de Homero y de los *Cantos Ciprios*.

118. Inquirí también de los sacerdotes si los griegos en lo que cuentan que sucedió en Ilion dicen palabras vanas o no, y tal fue su respuesta, que afirmaban haber recibido de Menelao en persona. Decían que tras el rapto de Helena había llegado al país de los teucros un formidable ejército griego en ayuda de Menelao; cuando hubo desembarcado en el país, levantó su campamento y remitió mensajeros a Ilion, entre los cuales se contaba el mismo Menelao. Éstos llegaron a la muralla y reclamaron a Helena y los tesoros que Alejandro les había robado al irse; habían pedido indemnizaciones por aquella injusticia. Pero los teucros les dieron la misma

respuesta, entonces y también más tarde, con y sin juramento: ellos ni tenían en su poder a Helena ni los tesoros reclamados: todo ello estaba en Egipto, y no era razonable que ellos abonaran indemnizaciones por lo que Proteo, rey de Egipto, retenía. Los griegos creyeron que los teucros se reían de ellos, y por eso, y no por otra cosa, asediaron la ciudad hasta que la tomaron. Pero cuando hubieron conquistado el muro y Helena no apareció, sino que recibieron las mismas explicaciones que antes, dieron crédito a la palabra primera y enviaron a Menelao con Proteo.

119. Cuando Menelao, tras su llegada a Egipto, navegó aguas arriba del Nilo hasta Menfis y contó la verdad de los hechos, recibió magníficos regalos de hospedaje y recuperó intacta a Helena, y además los tesoros. Con todo, a pesar de haber alcanzado esto, Menelao fue injusto con los egipcios; cuando se disponía a zarpar le retuvieron vientos contrarios. Al ver que la cosa se prolongaba maquina una acción muy impía, pues cogió a dos hijos de hombres del país y los inmoló como víctimas[641]; luego, al esparcirse el rumor de lo que había hecho se fue, odiado y perseguido, huyó con sus naves hacia Libia. Los egipcios ya no pudieron concretarme el lugar al que se dirigió después. Aseguraban que conocían una parte de los hechos por haberse informado, pero que lo que había ocurrido en su país lo explicaban puntualmente porque lo sabían personalmente muy bien.

120. Esto me lo contaron los sacerdotes de los egipcios, y yo me adhiero también a la narración acerca de Helena, por cuanto me hago la reflexión siguiente: si Helena hubiera estado en Ilion habría sido devuelta a los griegos, bien con el beneplácito de Alejandro o bien sin él. Pues ni Príamo ni los demás parientes de ella habrían estado tan locos de remate como para haber aceptado correr tal riesgo ellos personalmente, sus hijos y la ciudad sólo para que Alejandro pudiera disfrutar de Helena. Sí que quizás al principio habrían podido decidirse a tomar este partido, pero cuando ya hubieron muerto muchos troyanos en combate contra los griegos, cuando en cada batalla perecían por lo menos dos o tres hijos de Príamo (ello en la hipótesis que se dé crédito a los poetas épicos), yo creo que Príamo, incluso si se hubiera dado el caso de ser él quien conviviera con ella, la habría devuelto a los aqueos para alejar de sí una tan grave desgracia. Además, Alejandro no era su sucesor en el trono, de manera que habría suplido en el reino al anciano

Príamo; Héctor era el mayor y el más viril, y tras la muerte de Príamo habría heredado el trono. Y no habría podido tomar partido por su criminal hermano, principalmente cuando por culpa de éste había caído un tan grande infortunio sobre él mismo y sobre los troyanos. Bien: éstos no podían entregar a Helena[642], y los griegos no les dieron crédito cuando ellos lo afirmaban. Si ha de expresar lo que creo, mediante la ruina de Ilion la divinidad ha querido enseñar a la humanidad que las grandes injusticias de los hombres reciben grandes castigos de los dioses[643]. Esto es lo que yo personalmente creo sobre este asunto.

121. Después de Proteo accedió al trono Rampsinito, tal como los sacerdotes me contaron, que nos ha dejado como recuerdo el atrio, orientado a poniente, del templo de Hefesto; frente a este atrio erigió dos estatuas de una altura de veinticinco codos. A la que, de este par, mira hacia el norte, los egipcios la llaman *verano,* y a la que mira hacia el sur la llaman *invierno;* adoran la llamada *verano* y la tratan bien; con la llamada *invierno* hacen todo lo contrario.

Este rey gozó de riquezas inmensas en dinero; de los reyes que le sucedieron ninguno logró superarle, ni tan siquiera acercársele. Pero él deseó poner sus riquezas a buen recaudo. Para ello mandó construir un edificio de piedra, una de cuyas paredes estaba pegada a la parte exterior de su palacio. Sin embargo, el constructor, de manera muy astuta, ideó lo que sigue: de las piedras, dispuso una que pudiera ser removida sin esfuerzo del muro por dos hombres, e incluso por uno. Listo ya el edificio, el rey amontonó en él sus riquezas. Al cabo de un tiempo, el constructor, que estaba ya en las postrimerías de su vida, llamó a dos hijos que tenía y les explicó que durante la construcción de la cámara del tesoro real había tenido providencia de ellos, para que siempre dispusieran abundantemente de medios de vida. Después de haberles explicado con detalle lo que tenía que ver con la remoción de la piedra, les indicó la situación de ésta. Y añadió que, si guardaban el secreto, los administradores de las riquezas del rey serían ellos. Tras la muerte del constructor sus hijos no difirieron mucho la cosa, sino que se pusieron manos a la obra. Se aproximaron de noche al palacio real, localizaron la piedra en el edificio, la removieron con suma facilidad y se llevaron de allí muchos tesoros.

Cuando el rey, casualmente, abrió la cámara, advirtió que en los vasos faltaba algo de sus tesoros. Pero no podía inculpar a nadie, pues los sellos estaban intactos y el edificio estaba totalmente cerrado. Pero abrió el edificio por segunda y por tercera vez, y vio que sus tesoros cada vez disminuían, porque los ladrones no habían cesado de robar. De modo que hizo lo siguiente: mandó disponer unos cepos y colocarlos alrededor de los vasos que contenían los tesoros. Cuando los ladrones, igual que en las noches enteriores, se llegaron y uno de los dos se escurrió dentro y se encaminaba derecho hacia la vasija, cayó en el cepo. Cuando advirtió el enorme infortunio que se le echaba encima, llamó inmediatamente a su hermano, le explicó su situación y le exigió que se metiera dentro lo más pronto posible y que le cortara la cabeza, para evitar que él mismo, si era visto y reconocido, le aniquilara al propio tiempo que a él, a su hermano. Éste encontró que su hermano tenía razón, le hizo caso y le obedeció. Luego repuso la piedra y regresó a su casa con la cabeza de su hermano.

Al día siguiente, al rayar el alba, el rey entró en el edificio y se llevó un gran susto cuando vio en el cepo al cuerpo descabezado del ladrón y el edificio intacto, pues no tenía ni entrada ni salida. En su perplejidad, he aquí lo que hizo: mandó colgar en el muro el cuerpo del ladrón y puso allí guardianes con la orden de detener y de conducir a su presencia a cualquiera que vieran llorar o lamentarse en alta voz. Cuando el cadáver ya colgaba de allí, su madre lo aguantó muy mal y encargó al hijo superviviente que, fuere como fuere, se las ingeniara para bajar de allí el cuerpo de su hermano y llevárselo a ella. Le amenazó con que si no lo hacía acudiría al rey y le denunciaría que era él quien retenía sus tesoros.

La madre, pues, estaba hecha un basilisco y él no lograba, a pesar de sus muchas palabras, hacerla cambiar de parecer, por lo que ideó lo que sigue: se procuró una reata de asnos, llenó de vino unos odres y los cargó sobre los asnos, a los que arreó adelante. Cuando llegó a las proximidades del lugar de los guardianes, tiró de dos o tres de los odres, que estaban atados unos a otros, para que el vino se derramara. El vino corrió y él empezó a darse puñadas en la cabeza y a pegar grandes gritos, como si de verdad no supiera a cuál de los asnos debía dirigirse primero. Cuando los guardianes vieron derramarse aquella gran cantidad de vino corrieron todos a la par hacia el

camino, cada uno con un jarro y recogieron el vino que se vertía. El hermano fingió cólera y los increpó duramente, pero cuando los guardianes le consolaron él simuló dejarse apaciguar y desdecirse de su enfado. Acabó por empujar él mismo a los asnos fuera del camino y los cargó de nuevo. Pero intercambió más palabras con los custodios y alguno se chanceó de él y le hizo reír. Y él les regaló un odre, los guardianes se reclinaron en aquel lugar tal como estaban, pensando sólo en beber, y le tomaron a él como un compañero más: le invitaron a que se quedara con ellos y bebiera. Él les hizo caso y se quedó allí. Desde entonces le trataron cordialmente, y él les regaló un segundo odre. Con tal exceso de bebida los guardianes se embriagaron como cepas, y vencidos por el vino se quedaron dormidos en el mismo lugar donde habían bebido. El hermano, entrada la noche, desató el cuerpo de su hermano, y para burlarse de tales vigías les rasuró a todos las mejillas derechas. Cargó el cadáver sobre los asnos y se fue a su casa a toda prisa: había hecho todo esto para complacer a su madre.

Dicen que cuando informaron al rey de que el cadáver del ladrón había sido robado, él se llevó un gran disgusto y quiso descubrir a todo trance la identidad del ladrón; cuentan que hizo algo que yo no puedo llegar a creer: que mandó a su propia hija establecerse en una mancebía con el encargo de acoger por igual a todos los clientes, pero que antes de llegar al comercio carnal les forzara a explicarle qué era lo más astuto y lo más impío que habían realizado en su vida. Y si alguien eventualmente le explicaba lo del ladrón, que a éste le retuviera y que no le dejara irse. Dicen que cuando la hija cumplía las órdenes de su padre, el ladrón llegó a averiguar la trastienda de aquella actuación. Quiso superar al rey en astucia y he aquí lo que urdió: cortó por el hombro el brazo de un hombre que acababa de morir y ocultándolo debajo de su vestido entró en la celda de la hija del rey. Ésta le preguntó lo mismo que a los demás, y él le contestó que lo más impío que había hecho fue cortar la cabeza de su hermano cuando éste se había introducido en la cámara del tesoro del rey y le había atrapado el cepo; lo más astuto era que había emborrachado a los guardianes y que había liberado el cadáver de su hermano. Al oír esto, la hija del rey le sujetó, pero, amparado por la oscuridad, el ladrón le había alargado a ella la mano del cadáver, de modo que se deshizo de la muchacha y huyó por la puerta.

De lo cual el rey fue avisado, y quedó pasmado de la audacia y de la perspicacia de aquel individuo. Y acabó mandando emisarios a todas las ciudades, para que proclamaran que le ofrecía impunidad y que le prometía grandes dones si comparecía ante él. Y el ladrón le dio crédito y acudió a verle. Rampsinito le admiró extraordinariamente y le concedió la mano de su hija porque, decía, él era el más taimado de todos los hombres. Porque los egipcios eran superiores a los demás, pero él era el más sagaz de los egipcios.

122. A continuación los egipcios me contaron que este rey bajó en vida al lugar que los griegos creen que es el Hades[644]. Y allí habría jugado a los dados con Deméter, unas veces ganando y otras perdiendo. Pero cuando regresó se llevó un regalo de ella, un pañuelo bordado en oro[645]. Y aseguraban los sacerdotes que desde el tiempo de tal bajada de Rampsinito, luego que regresó, los egipcios instituyeron una fiesta de la que en mis tiempos[646] se celebraba todavía. Pero no puedo decir si la celebran por la razón apuntada. En el día de la festividad los sacerdotes tejen un velo[647], cubren con una venda los ojos de uno de ellos y le guían, portando él el velo, hasta un camino que conduce al santuario de Deméter, que dista de la ciudad veinte estadios. Y luego los chacales[648] lo guían hasta el lugar de partida.

123. Aquel a quien resulten fiables estas cosas de los egipcios, ¡buen provecho![649]. En todo este tratado mi cometido consiste en redactar lo que he oído, dicho por todos ellos. En opinión de los egipcios, los señores del reino de ultratumba son Deméter y Dioniso. También fueron los egipcios los primeros que formularon esta teoría, que dijeron que el alma del hombre es inmortal. Cuando el cuerpo muere, el alma se introduce en otro ser vivo recién nacido, y cuando ha recorrido todos los seres vivos terrestres, marinos y celestes, penetra de nuevo en el cuerpo humano recién nacido: la rotación[650] dura tres mil años. Algunos griegos adoptaron esta teoría como si fuera creación suya, unos antes, otros después. Yo conozco sus nombres, pero me niego a decirlos.

124. Se cuenta que hasta el rey Rampsinito reinó en Egipto el imperio de la ley y el país gozó de prosperidad. Pero el sucesor de este rey, Quéops[651], lanzó al pueblo a todo tipo de calamidades[652]. Pues clausuró todos los santuarios y prohibió los sacrificios[653]. Luego mandó a todos los egipcios

que trabajaran para él. Impuso a unos el acarreo de piedras de las canteras de la Cordillera Arábiga hasta el río Nilo. Y luego que estas piedras fueron transportadas por barcazas a la otra orilla del río, mandó a otras gentes que las recogieran y las arrastraran a las cordilleras llamadas libias. Trabajaban sin descanso en turnos de diez mil hombres, cada turno a lo largo de tres meses. Tan oprimido estaba el pueblo: diez años duró la construcción de la calzada por la que debían arrastrar las piedras, obra que yo creo muy poco inferior a la pirámide. Efectivamente, la longitud de esta calzada es de cinco estadios, la anchura es de diez brazas y su altura allí donde la calzada alcanza su máximo nivel es de ocho brazas. La construcción está hecha a base de piedras pulidas, en las cuales hay esculpidas en relieve figuras de animales. Decían, pues, que transcurrió una decena de años hasta que esta calzada y las cámaras subterráneas de la colina sobre la cual se alzan las pirámides quedaron terminadas; estas cámaras serían su sepultura, y él las construyó a guisa de islas, pues dirigió hacia el interior de la montaña un canal del Nilo. Los trabajos de la pirámide misma duraron veinte años. Es cuadrada y cada uno de sus lados mide una longitud uniforme de ocho pletros y otros tantos de altura. Está edificada con bloques de piedra pulimentada. El ensamblaje es perfecto, y ninguno de los bloques mide menos de treinta pies.

125. Esta pirámide fue dispuesta a modo de un graderío, lo que unos llaman repisas y otros llaman altarejos. Cuando hubieron levantado este graderío elevaron las piedras restantes por medio de unos ingenios construidos con vigas de madera cortas. Alzaban los bloques del suelo hasta el primer plano de gradas. Cuando la piedra estaba ya asentada sobre él, era cargada sobre un segundo ingenio colocado encima del primer plano y desde él era izada hasta el segundo por este segundo ingenio. Porque había tantos ingenios como planos en el graderío, a no ser que hubiera solamente uno, fácilmente manejable, y se sirvieron de él trasladándolo de plano en plano cada vez que izaban una piedra. De hecho, lo digo en uno y otro sentido, ya que es así como se cuenta. Ante todo se completaron sus partes superiores[654]. Luego fueron concluyendo las partes que venían a continuación, y finalmente las partes a ras del suelo, las más bajas. En la pirámide se indica, en escritura egipcia, lo que se gastó en rábanos, cebollas y ajos para los trabajadores[655]. Recuerdo muy bien lo que me decía el sacerdote que iba leyendo las letras

correspondientes: se habían invertido en ella mil seiscientos talentos de plata. Si ello es así, ¿cuánto más no se habrá invertido en la manutención y en la vestimenta de los obreros, en el hierro con el que trabajaron? Si las obras duraron el tiempo que se indica, creo que el restante en que se tallaron de las canteras y se acarrearon las piedras, durante el cual también se perforó el canal subterráneo, no fue de inferior duración[656].

126. Los sacerdotes me contaron que Quéops en su maldad fue tan allá que necesitó dinero e instaló a su hija en un burdel e hizo que ella le proporcionara tanto dinero como le fuera posible. Sin embargo, no me dijeron la suma recaudada. La hija facilitó a su padre el dinero que éste necesitaba: fue idea suya personal dejar allí recuerdo de ella. Y pidió a todos los que acudían como clientes que le regalaran una piedra para estas obras. Y me aclararon que con estas piedras se levantó la pirámide que está en medio de las tres, ante la gran pirámide[657]; cada lado de esta pirámide tiene unas dimensiones de un pletro y medio[658].

127. Los egipcios cuentan que este Quéops gobernó cincuenta años como rey, y que a su muerte heredó el reino su hermano Quefrén, el cual siguió los sistemas de su antecesor, y también él erigió una pirámide, que, de todos modos, no alcanza las dimensiones de la de aquél. Ésta, al igual que las otras, también la medí yo personalmente. Carece de cámaras subterráneas, y no llega a ella ningún canal procedente del Nilo: en efecto, en la otra pirámide, a través de un canal artificial, dentro, se hace una isla, en la cual, por lo que dicen, está enterrado Quéops. Quefrén mandó construir el primer plano del graderío con piedra etiópica policromada, pero esta pirámide es cuarenta pies inferior a la otra, junto a la cual la construyó[659]. Las dos están sobre la misma colina, que tiene una altura de más o menos cien pies. Los sacerdotes dicen que Quefrén reinó cincuenta y seis años.

128. Esto arroja un total de ciento seis, durante los cuales Egipto sufrió toda suerte de miserias: se clausuraron los santuarios, que nunca más se abrieron[660]. A estos dos reyes los egipcios los odian tanto que no quieren ni tan siquiera citarlos por su nombre; llaman a las pirámides las del pastor Filitis, que por entonces apacentaba sus rebaños por aquellos andurriales.

129. Cuentan los sacerdotes que a continuación fue rey de Egipto, Micerino, hijo de Quéops. A Micerino le había desagradado la conducta de su

padre: reabrió los santuarios y permitió al pueblo, oprimido entonces hasta la miseria más extrema, dedicarse a sus tareas y a sus sacrificios[661]. De todos los reyes fue el que procedió más según derecho. Por esta su actitud, concretamente éste es el más alabado de entre todos los que han sido reyes en Egipto. Pero también en lo demás sus decisiones fueron acertadas. Cuentan por encima de todo que, al que se le quejaba y le reprochaba por haber perdido un juicio, él le regalaba otras cosas de su propio peculio y así le calmaba el ánimo. A pesar de tratar benignamente a sus ciudadanos, el inicio de los males de Micerino se dio cuando se le murió la hija, que era la única descendencia que tenía en su casa. El sufrimiento que se abatió sobre él le llenó de dolor, y quiso enterrar a su hija de una manera mucho más lujosa de como entierran a los demás. Mandó hacer una vaca de madera hueca por dentro y luego sobredorarla. Y ordenó que su hija fuera sepultada allí.

130. Esta vaca no fue depositada bajo tierra, sino que todavía en mis tiempos estaba en la ciudad de Sais, en un recinto, adornado artísticamente, del palacio real. Durante el día queman delante de esta vaca inciensos de todas clases, y durante la noche entera arde una lámpara junto a ella. Al lado de esta vaca, en otro recinto, están las estatuas de las concubinas de Micerino: es lo que dicen los sacerdotes de la ciudad de Sais. Hay allí colosos de madera, alrededor de veinte, los más son desnudos femeninos. Y no puedo decir de quiénes se trata, ni nada más, excepto lo narrado.

131. Sobre esta vaca y los colosos algunos explican la siguiente historia: según ellos, Micerino se enamoró de su propia hija y se habría acostado con ella contra la voluntad de la muchacha. Luego añaden que la muchacha, dolorida, se ahorcó. Él la sepultó en esta vaca, pero la madre cortó las manos a las criadas que le habían facilitado a traición la hija a su padre. Y ahora sus estatuas sufren lo mismo que se vieron obligadas a sufrir en vida. Pero cuando lo explican yo creo que es pura habladuría todo ello, pero principalmente lo de las manos mutiladas. Lo que vimos fue que las manos faltaban por culpa de la antigüedad: se las veía a los pies todavía en mi época.

132. Un manto de púrpura cubre todo el cuerpo de la vaca a excepción de la cabeza y el cuello, que lucen un grueso repujado de oro. Entre los cuernos muestra en oro una imitación del curso solar. La vaca no está de pie, sino arrodillada, y tiene las dimensiones de una vaca viva. Cada año es sacada de

su recinto cuando los egipcios se dan golpes de pecho, tristes por el dios[662] que aquí, en esta circunstancia, no llamo por su nombre[663]. De modo que en tal ocasión sacan la vaca a la luz del día. Pues explican que la hija suplicó a su padre Micerino ver la luz una vez al año.

133. Después del dolor que le causó su hija, a este rey le sobrevino una segunda aflicción. Desde la ciudad de Buto le llegó un oráculo según el cual le quedaban seis años de vida, y que moriría al séptimo. Él lo soportó muy mal y mandó un emisario al santuario insultando al dios y reprochándole que a su padre y a su abuelo, que no sólo habían clausurado los santuarios, sino que ni tan siquiera pensaron en los dioses, que, por añadidura, habían aniquilado a los hombres, éstos habían gozado de una larga vida; eso cuando él, que era piadoso, debería morir tan pronto. Pero decían los sacerdotes que después de la profecía recibió un segundo oráculo que le indicaba que esto lo que haría era precisamente acortarle todavía más la existencia, puesto que no había realizado lo que hubiera debido hacer. Porque el destino era que en Egipto las cosas fueran mal durante ciento cincuenta años. Los dos reyes que le habían precedido lo habían entendido, pero él no. Cuando Micerino se enteró de esto, que tal era el destino que tenía ya asignado, dispuso una gran cantidad de lámparas que encendía al anochecer; bebía y se daba a la buena vida prescindiendo de si era noche o día, y andaba sin tino por bosques y marismas hacia los parajes en los que sabía que había los más famosos centros de placer. Echaba mano de este recurso para demostrar la falsedad del oráculo: en vez de seis años viviría doce si convertía las noches en días.

134. Aunque muy inferior a la de su padre, también él nos dejó una pirámide cuadrada, a cuyos lados les faltan veinte pies para alcanzar los tres pletros; es de piedra etiópica hasta su mitad. Hay otros griegos que dicen que esta pirámide pertenecía a una mujer, la cortesana Rodopis, pero tal afirmación es incorrecta. Me parece que hablan sin saber quién fue Rodopis. De lo contrario no le habrían atribuido la construcción de tal pirámide, en la cual no invirtió un número por así decir incalculable de talentos. Además Rodopis estaba en la flor de la edad en tiempos del rey Amasis, y ya no en los de Micerino. Pues Rodopis vivió muy posteriormente a los reyes que nos han dejado las pirámides mencionadas. Era de extracción tracia, una esclava del samio Yadmon, hijo de Hefestópolis; era compañera de esclavitud de Esopo,

el autor de fábulas. Pues también éste pertenecía a Yadmon, como se ve principalmente por esto: cuando los delfios en virtud de un oráculo inquirieron repetidamente heraldos quién quería aceptar una indemnización por la vida de Esopo[664], no compareció otro que un nieto de Yadmon llamado también Yadmon. Él aceptó el dinero, de manera que Esopo pertenecía a Yadmon.

135. Pero Rodopis llegó a Egipto porque se la llevó Jantes de Samos. Llegó allí para ganar dinero ejerciendo de ramera, pero un hombre de Mitilene la rescató por un alto precio. El tal hombre era Caraxo[665], hijo de Escamandrónico y hermano de la poetisa Safo. De manera que Rodopis alcanzó así la libertad, se quedó en Egipto y ganó mucho dinero, porque era muy atractiva, mucho dinero quiero decir para una Rodopis, pero no tanto que le hubiera llegado para construir una tal pirámide. Todavía hoy es posible, al que lo quiera, contemplar la décima parte de sus propiedades, y no se le debe adjudicar una tan grande hacienda. Pues Rodopis quiso dejar en Grecia algo que hiciera que se la recordara, hacer cualquier cosa que nadie jamás hubiera pensado depositar en un santuario. Quería consagrarla en Delfos como un recuerdo de su persona. Del diezmo de su hacienda, hasta donde éste le llegó, mandó forjar muchos pinchos de hierro tan largos que podía ensartarse en ellos un buey entero. Y los mandó a Delfos. Están todavía hoy amontonados detrás del altar erigido por los de Quíos. Las heteras de Náucratis acostumbran a ser muy atractivas. Por ejemplo, esta de la que trata mi narración acabó siendo tan célebre que todos los griegos conocían el nombre de Rodopis. Además de ella hubo otra, llamada Arquídica, que fue celebrada con cantos por toda Grecia, de la que se hablaba por doquier. Cuando Caraxo, tras haber liberado a Rodopis, regresó a Mitilene, Safo se burló de él en un poema[666]. Y de Rodopis, basta con lo dicho.

136. Después de Micerino, me fueron narrando los sacerdotes, accedió al trono de Egipto Asiquis, aquel que mandó construir los propileos del templo de Hefesto que miran a oriente, que son con mucho los más valiosos y los más grandes. Todos los atrios restantes están decorados con relieves e innumerables ornatos, de todas clases, de edificios. Pero los de Asiquis superan con mucho en riqueza a los demás. Durante su reinado se padeció una gran escasez de dinero circulante, y él promulgó una ley según la cual el

que ofreciera como fianza el cadáver momificado de su propio padre podría recibir un préstamo. Y declaraban que a esta ley se añadió otra: el acreedor pasaba a ser administrador de toda la cámara sepulcral del deudor, y si el que había ofrecido tal fianza no podía saldar la deuda, su condena consistía en la prohibición de ser sepultado en la tumba paterna o en cualquier otra; tampoco sus descendientes podían recibir allí sepultura[667]. Para superar a todos los reyes anteriores de Egipto, Asiquis dejó como monumento una pirámide[668] levantada con ladrillos de barro en la que mandó grabar en piedra esta inscripción: NO ME DESPRECIES COMPARÁNDOME CON LAS PIRÁMIDES DE PIEDRA, PUES AVENTAJO TANTO A LAS DE PIEDRA COMO ZEUS A LOS DEMÁS DIOSES. BATIERON CON UNA PÉRTIGA EL FONDO DE UN LAGO, RECOGIERON EL BARRO QUE SE PEGÓ A ELLA; CON ÉL FORMARON LOS LADRILLOS CON QUE ME CONSTRUYERON. Tan grandes cosas decían los sacerdotes que había cumplido aquel rey.

137. Después de éste, los sacerdotes contaban que había reinado un hombre ciego llamado Anisis[669], nacido en la ciudad del mismo nombre, Anisis. Durante su reinado los etíopes, con su rey al frente, Sábaco, marcharon contra Egipto con un poderoso ejército[670]. Este ciego se escapó hacia la región de los pantanos: había sido rey alrededor de cincuenta años, en el transcurso de los cuales su conducta fue la siguiente: así que se enteraba de que algún egipcio había cometido un delito, se negaba ciertamente a ejecutarle, pero juzgaba a cada uno según la gravedad de su culpa. Y condenaba a los convictos a amontonar tierras en los alrededores de su propia ciudad, con lo cual las ciudades resultaban aún más elevadas, pues primero ya las habían subido aquellos obreros que bajo las órdenes de Sesostris excavaron los canales y amontonaron las tierras, y por segunda vez resultaron más elevadas durante el reinado del rey etíope[671]. Y entonces ya fueron muy altas. También otras ciudades en Egipto tienen una situación elevada, pero a mí me parece que la más elevada por los amontonamientos de tierra es la ciudad de Bubastis. En ella hay el notabilísimo santuario que lleva su nombre. Porque, indudablemente, hay otros santuarios grandes y suntuosos, pero ninguno produce el gozo que da éste. Por cierto que Bubastis en lengua griega significa Artemis.

138. Éste es el aspecto del santuario: prescindiendo del acceso a él, el

resto es una isla. Pues del Nilo salen en dirección a este santuario dos canales que no llegan a confluir; alcanzan únicamente la entrada del santuario; sus corrientes le envuelven a derecha e izquierda: tienen una anchura de cien pies y los cobija la sombra de una arboleda. Los propileos están a una altura de diez brazas y se adornan con figuras de diez codos de altura muy notables. El santuario está en el centro de la ciudad y es visible desde todas partes para el que se da una vuelta por ella. Pues los terraplenes elevaron la ciudad, pero el santuario no ha sido removido de su emplazamiento originario, de manera que desde la altura se contempla muy bien. Lo circunda una muralla repleta de figuras esculpidas, y detrás de ella hay plantado un bosque de árboles corpulentos. Todo el conjunto rodea un templo realmente grande, en el cual está la estatua del dios. La anchura y la longitud del recinto sagrado arrojan un estadio cada una[672]. Una vía empedrada de tres estadios de longitud y cuatro pletros de anchura conduce hasta la entrada. Va a través del ágora en dirección a oriente. A ambos lados de esta vía han crecido árboles que llegan al cielo[673]. Tal vía llega al templo de Hermes. De manera que esto es lo que hay en cuanto al santuario de Bubastis.

139. Los sacerdotes decían que el alejamiento y el final del egipcio[674] había sucedido así: en sueños se le apareció un hombre, y él huyó inmediatamente. Le pareció que este hombre se le acercaba y que le aconsejaba concentrar a todos los sacerdotes de Egipto y seccionarlos en dos trozos. Luego de haber tenido esta visión, dijo que le parecía que los dioses se la mostraban para lograr que él profanara lo santo y así sufriría un infortunio por obra de los dioses o de los hombres. Pero declaró que él no lo haría, sino que se iría por su propia voluntad, ya que se había agotado el tiempo en que según la profecía él debía reinar sobre Egipto. Pues, cuando todavía estaba en Etiopía, el oráculo que los etíopes consultan había contestado que él debía ser rey de Egipto durante cincuenta años, y este tiempo había transcurrido ya. La visión que tuvo en sueños le horrorizó, y por eso Sábaco se fue voluntariamente de Egipto.

140. Luego que el etíope se fue de Egipto, el ciego recuperó el poder, regresó de la región de los pantanos, donde había residido a lo largo de cincuenta años en una isla que había levantado con tierras y con cenizas. Pues además de los víveres que a hurtadillas del príncipe se hacía suministrar por

los egipcios, éstos debían traerle cenizas. Hasta la época del rey Amirteo nadie pudo localizar esta isla. Durante más de quinientos años los reyes de Egipto la buscaron inútilmente. La isla se llama Elbo[675] y tiene una extensión de diez estadios tanto de largo como de ancho.

141. Cuentan los sacerdotes que después de Anisis reinó un sacerdote de Hefesto llamado Setón[676]. Éste de manera irracional relegó y desdeñó a la clase militar, como si no la necesitara. Entre otras ofensas que les infirió, les quitó los cultivos escogidos que los reyes anteriores les habían asignado, a cada uno doce cultivos selectos. Después Senaquerib[677], rey de los árabes y de los asirios, se lanzó contra Egipto con un ejército formidable. Naturalmente, los guerreros egipcios se negaron a salir en ayuda de Setón. El sacerdote, puesto en apuros, se fue al templo y se quejó delante de la estatua de los males que corría el riesgo de sufrir. Mientras se lamentaba, le venció el sueño y le pareció contemplar en una visión que el dios se le acercaba y le daba ánimo, porque no le ocurriría nada malo si desafiaba al ejército de los árabes; él mismo, el dios, le mandaría defensores. Setón confió en este sueño y tomó consigo a los egipcios que se avinieron a seguirle. Entonces acampó en Pelusio, pues allí están los puntos de acceso. De los militares no le siguió ni un solo hombre, pero sí mercaderes, artesanos y gente vulgar. Cuando el enemigo hubo llegado allí, durante la noche cayó sobre él una gran plaga de ratones campestres que les royeron los arcos y las aljabas, y además las correas de los escudos, de manera que al día siguiente, al verse el enemigo sin escudos, hubo una desbandada general, y muchos de ellos murieron. Hoy en el santuario de Hefesto hay una estatua de este rey con un ratón en la mano[678] con una inscripción que dice: QUE EL QUE ME CONTEMPLE SEA PIADOSO.

142. Hasta aquí la información de los sacerdotes egipcios sobre la época arcaica egipcia, que me demostraron que desde el primer rey de Egipto[679] hasta el último mencionado, el sacerdote rey, transcurrieron trescientas cuarenta y una generaciones de hombres[680]. Pues tal es el número de sumos sacerdotes y de reyes que ha habido a lo largo de este tiempo. Pues bien, trescientas generaciones ocupan un espacio de tiempo de diez mil años. Pues tres generaciones de hombres equivalen a cien años. A estas trescientas generaciones hay que añadir las cuarenta y una, lo cual da un total de mil

trescientos cuarenta años. Y esto significa que en un espacio de tiempo de once mil trescientos cuarenta años gobernaron Egipto reyes que eran simplemente hombres, no dioses bajo figura humana. Pero los sacerdotes opinaban que con los reyes que vivieron antes y después de este periodo de tiempo pasó lo mismo, y no otra cosa. Durante este período el sol se desvió cuatro veces de su curso normal. Salió dos veces de allí por donde se pone, y por donde ahora sale se puso dos veces[681]. Pero ello no produjo en Egipto ninguna variación ni en relación con el mundo vegetal ni en relación con el curso del río, ni tampoco en relación con las enfermedades de los hombres ni con su muerte.

143. Tiempo atrás, cuando el logógrafo Hecateo[682] indicó en Tebas[683] su genealogía y ligó el origen de su linaje por la rama paterna a un dios como decimosexto antepasado suyo, los sacerdotes de Zeus hicieron con él lo mismo que conmigo, aunque yo no les había indicado mi genealogía[684]. Me introdujeron en el gran recinto interior del templo y me fueron señalando con la mano, contándolos, tantos colosos de madera como he dicho. Pues allí cada sumo sacerdote ya en vida se erige una estatua. Bien: los sacerdotes me señalaron, contándolas, las estatuas, y me mostraron que cada uno era hijo de un padre[685]; a partir de la estatua del último fallecido las repasaron una por una y me las mostraron. A la genealogía de Hecateo y a su afirmación de que en el decimosexto lugar anterior había un dios, opusieron su propia exposición genealógica en cuanto al número: no aceptaban que un hombre hubiera nacido de un dios[686]. Le rebatieron su genealogía así: desde las más antiguas, en estas estatuas un *piromis*[687] siempre desciende de un *piromis*, y en total son trescientas cuarenta y cinco; la genealogía no remonta jamás ni a un héroe ni a un dios. El término *piromis* significa en griego hombre noble y óptimo[688].

144. De manera que los sacerdotes me señalaron que todos aquellos cuyas estatuas figuraban allí habían sido hombres así, muy diferentes de los dioses. Pero afirmaron también que, anteriormente a estos hombres, en Egipto los reyes fueron dioses. Convivían con los hombres y siempre era un dios de entre ellos el que ejercía el poder. El último que reinó fue el hijo de Osiris, Horus, al que los griegos llaman Apolo. Éste derrocó a Tifón, y fue el último dios que reinó en Egipto; Osiris en lengua griega es Dioniso.

145. Para los griegos, los dioses más recientes son Heracles, Dioniso y Pan[689]. En cambio, para los egipcios Pan es considerado el más antiguo y pertenece a los ocho que fueron los primeros que se llamaron dioses[690]. Heracles pertenece a los segundos, los llamados «doce dioses», y Dioniso a los terceros, los que nacieron de los doce dioses. Los años que los mismos egipcios declaran que van desde Heracles al rey Amasis ya los he dicho anteriormente[691]. Para Pan se dice que el número de años es aún mayor que éste. Mientras que para Dioniso el número de años es más bajo que el indicado. Y de él hasta el rey Amasis calculan quince mil. Los egipcios sostienen que saben esto con mucho det alle, ya que ellos siempre han contado los años y los han registrado. Desde Dioniso (del que se dice que era hijo de Sémele, a buen seguro hija ésta de Cadmo)[692] hasta mis tiempos, han transcurrido, con mucha aproximación, mil seiscientos años, y desde Heracles, el hijo de Alcmena, han transcurrido unos novecientos; desde Pan (el hijo de Penélope, pues Pan, según dicen los griegos, nació de ella y de Hermes) han pasado menos años que desde la guerra de Troya, unos ochocientos hasta mis tiempos[693].

146. De estas versiones, es lícito servirse de aquella que parezca más creíble según lo que se ha dicho; en todo caso yo ya he expuesto mi opinión al respecto. Pues si también Heracles, el hijo de Anfitrión, y Dioniso, el hijo de Sémele, y Pan, el hijo de Penélope, se hubieran hecho visibles y hubieran envejecido en Grecia, se podría sostener que habían sido hombres y que habían recibido el nombre de aquellos dioses anteriores. Ahora bien, los griegos dicen que Zeus, así que Dioniso nació, le cosió a su muslo y que se lo llevó a Nisa, que está al sur de Egipto, en el país etiópico; de Pan no saben indicar hacia dónde se fue después de su nacimiento. Para mí es cosa muy clara que los griegos aprendieron los nombres de estos dioses más tarde que los de los demás. Y que establecieron la genealogía de estos dioses posteriormente al tiempo en que supieron sus nombres.

147. Todo esto lo cuentan los mismos egipcios. Pero ahora quiero exponer todo lo que los demás hombres dicen que ha ocurrido en tal país, pero sólo aquello con lo que estén de acuerdo los mismos egipcios. También aquí hay cosas que yo he visto personalmente.

Cuando los egipcios se vieron libres, después del reinado de aquel

sacerdote de Hefesto (pues nunca fueron capaces de vivir sin un rey), dividieron Egipto en doce regiones y nombraron doce reyes[694]. Éstos establecieron entre ellos vínculos de parentesco por medio de matrimonios y gobernaron como reyes, para lo cual asumieron estos compromisos: ni se destronarían mutuamente, ni se empeñaría ninguno de ellos en tener más poder que los otros, y por encima de todo serían siempre grandes amigos. Por eso, pues, asumieron estos compromisos y se vincularon estrictamente a ellos. Pero en el mismo instante de llegar al poder se enteraron de un vaticinio: aquel de ellos que libara con una copa de bronce en el santuario de Hefesto (pues se recogían[695] juntos en todos los templos) llegaría a ser rey de todo Egipto. De manera que se reunían en los templos para ofrecer sacrificios.

148. Acordaron conjuntamente, además, dejar un monumento común de todos ellos. Tomada, pues, tal decisión, hicieron un laberinto, situado algo encima del lago Meris, exactamente delante de la ciudad llamada de los cocodrilos[696]. Yo he llegado a verlo, ¡y es algo que supera las palabras! Pues, si alguien calculara el coste de las obras realizadas por los griegos, quedaría claro que es inferior al esfuerzo y a la inversión efectuada en este laberinto. Y nadie negará que los templos de Éfeso y de Naxos son verdaderamente dignos de mención. También las pirámides exceden cualquier descripción, y cada una de ellas supera a muchos de los edificios griegos, por enormes que sean éstos, pero es que el laberinto rebasa incluso las pirámides. Tiene doce patios cubiertos, seis de ellos orientados hacia el norte, y los otros seis hacia el sur. Estos patios se tocan, y sus portales se abren unos frente a otros; un solo muro exterior ciñe todo el conjunto. En toda la edificación hay dos tipos de aposentos, unos subterráneos, otros en la superfície, tres mil en total; a saber, mil quinientos en cada nivel. Yo he visitado, he recorrido personalmente, los aposentos superiores, o sea que hablo de ellos habiéndolos visto, pero de los subterráneos sólo dispongo de información de oídas. Pues los custodios egipcios se negaron en redondo a mostrármelos; alegaban que allí hay las tumbas de los reyes que iniciaron la construcción de este laberinto y las de los cocodrilos sagrados. De manera que de los aposentos subterráneos sólo puedo decir lo que he oído; en cambio, de los superiores, de los que realmente he visto, he de decir que son algo verdaderamente

sobrehumano. Pues los accesos de aposento a aposento y los caminos[697] que, llenos de colorido, se cruzan por los patios, todo ello es de una belleza indecible: desde los patios se entra en los aposentos, y de éstos se pasa a los atrios peristilos; luego se pasa a otros aposentos, y otra vez a los patios. En todas partes los techos son de piedra, igual que las paredes, y éstas están llenas de relieves; los patios son peristilos, y las paredes están levantadas con piedras blancas ensambladas cuidadosamente. Junto al ángulo final del laberinto hay una gran pirámide[698] de cuarenta brazas, en la que hay esculpidas figuras gigantescas. Conduce hasta la pirámide un camino subterráneo.

149. De manera que este laberinto es formidable, pero todavía es más admirable el lago llamado Meris, abierto[699] junto al laberinto. Su perímetro es de tres mil seiscientos estadios, lo que equivale a sesenta esquenios[700], de manera que es tan largo como todo el litoral de Egipto. Se extiende de norte a sur[701], y en su lugar más profundo alcanza exactamente cincuenta brazas. Evidencia por sí mismo que es obra artificial, excavada, pues en el centro más o menos del lago hay dos pirámides. Ambas emergen del nivel del agua unas cincuenta brazas, y su profundidad es idéntica. Encima de cada una hay una figura de piedra sedente en un trono. De manera que estas pirámides tienen una altura de cien brazas. Estas cien brazas son exactamente un estadio, o sea seis pletros si contamos que la braza mide seis pies o cuatro codos, ya que el pie tiene cuatro palmos, y el codo seis. El agua no nace en este lago —la región en cuestión es muy árida y seca—, sino que procede del Nilo, conducida por un canal. Durante seis meses fluye hacia el lago y durante otros seis de nuevo hacia el Nilo. Y cuando sale del lago[702] —es decir, durante los seis meses— produce diariamente al erario real un talento de plata, por la pesca, pero cuando el agua entra en el lago, sólo veinte minas[703].

150. Los habitantes del lugar también explicaban que este lago desemboca bajo tierra en la Sirte de Libia, pues se dirige a occidente, hacia el interior del país, a lo largo de la cordillera que está sobre Menfis. Pero yo no veía por ninguna parte la situación de los amontonamientos de tierras, y pregunté, porque la cosa me interesaba, a los residentes en las inmediaciones del lago dónde se encontraba la tierra excavada, y ellos me mostraron el lugar al que

había sido acarreada. Les fue fácil convencerme, porque yo ya sabía por cierta narración, que también en Nino, la ciudad de los asirios, había ocurrido algo idéntico. Pues en cierta ocasión unos ladrones planearon robar los grandes tesoros pertenecientes a Sardanápalo, el rey de Nino, y que estaban guardados en unas cámaras subterráneas. Estos ladrones empezaron a perforar desde sus propias casas, bajo tierra, pasadizos, calculando la distancia hasta el palacio real, y las tierras extraídas de las excavaciones, durante la noche las iban amontonando junto al río Tigris, que pasa por Nino. Lo hicieron hasta completar su plan. Exactamente igual (es lo que pude oír) había pasado en Egipto con las masas de tierra extraídas del lago, sólo que no se había hecho de noche, sino de día. Cuando los egipcios extraían la tierra, la transportaban hasta el Nilo, que la recibía. Y en él era de esperar que se diseminase. Ésta fue la manera como se vació el lago.

151. Los doce reyes gobernaban con justicia, y ya con el paso del tiempo ofrecieron sacrificios en el santuario de Hefesto. Cuando, en el último día de la fiesta, iban a libar, el sumo sacerdote les proporcionó las copas de oro con las que normalmente se hacían las libaciones, pero se equivocó en el número y para los doce reyes llevó consigo sólo once copas. Psamético, que ocupaba allí, de pie, el último lugar, al no tener copa, se quitó el casco, que era de bronce, y lo alargó al sacerdote. Casualmente, todos los demás reyes también tenían allí su casco y lo llevaban puesto. Bien: Psamético se quitó el casco sin segundas intenciones, pero los otros notaron lo realizado por Psamético y les vino a la memoria un vaticinio que se les había hecho, que el que hiciera una libación en copa de bronce, éste llegaría a reinar en Egipto en solitario. Recordaron el oráculo, pero no creyeron justo ejecutar a Psamético porque le juzgaron y comprobaron que no lo había hecho ex profeso; decretaron desterrarle a la región de los pantanos, luego de despojarle de casi todo su poder. Le quedaba prohibido salir de esta región de los pantanos e inmiscuirse en los asuntos del resto de Egipto.

152. Pero Psamético ya tiempo atrás había huido del etíope Sábaco, que había asesinado a Naco, su padre. En aquella ocasión Psamético escapó de Sábaco huyendo a Siria. Cuando el etíope ya se había retirado a causa de la visión que tuvo en sueños, los egipcios residentes en el distrito de Sais restituyeron a Psamético a su país. Posteriormente, cuando era rey, se ve

forzado por segunda vez a exiliarse, ahora a la región de los pantanos, por culpa de los once reyes, sus colegas: fue a causa de lo del casco. Entendió que el agravio había sido excesivo, y pensó en castigar a sus perseguidores. Envió un emisario al oráculo de Leto, en la ciudad de Buto, que para los egipcios es el oráculo más verídico, y le llegó la respuesta de que el castigo llegaría por mar, cuando aparecieran unos hombres de bronce. Pero a él le entró una gran desconfianza: jamás le llegarían, para ayudarle, unos hombres de bronce. Y, sin embargo, no pasó mucho tiempo sin que la necesidad obligara a hombres carios y jonios que iban en pos de botín a atracar en tierra egipcia. Cuando llegaron a tierra con sus armaduras de bronce, un hombre acudió a la región de los pantanos y notificó a Psamético (pues no había visto nunca hombres con armadura de bronce) que unos individuos de bronce habían llegado por mar y que estaban saqueando la llanura. Y Psamético comprendió que el oráculo se cumplía. Acogió amistosamente a los jonios y a los carios, les convenció con grandes promesas para que se pusieran de su parte. Una vez que los hubo convencido, con sus partidarios egipcios y con la ayuda de aquellos pueblos destronó a los reyes.

153. Cuando se hubo apoderado íntegramente de Egipto, erigió en Menfis, en honor de Hefesto, dos propileos hacia el sur. En honor de Apis construyó un patio en el que el dios toma alimentos cuando se aparece. Este patio se encuentra delante de los propileos, rodeado de columnas por los cuatro costados y repleto de obras de arte. En vez de columnas, este patio está sostenido por colosos de doce codos de altura. En lengua griega Apis se llama Épafo.

154. A los jonios y a los carios que habían colaborado con él[704], Psamético les dio territorios para vivir, situados frente a frente, pero con el Nilo de por medio, y a estos lugares los llamó *Campamentos*. De manera que les dio estos territorios y todo lo demás que les había prometido. Les confió incluso niños egipcios para que aprendieran de ellos la lengua griega. De los que entonces aprendieron bien esta lengua proceden en Egipto los intérpretes actuales. Los jonios y los carios vivieron mucho tiempo en estos territorios, que están cerca del mar, algo al norte de la ciudad de Bubastis, en la boca del Nilo llamada Pelusia. Algún tiempo después el rey Amasis los desalojó de aquellos parajes y los estableció en Menfis: convirtió a aquellos griegos en

una guardia personal suya contra los egipcios. Desde que éstos se han afincado en Egipto nosotros, los griegos, los tratamos, y por ello desde el reinado del rey Psamético sabemos exactamente todo lo que ocurrió en Egipto y lo que acontece. Ellos fueron los primeros de habla extranjera que se establecieron en Egipto. En los parajes desde los que fueron trasladados quedaban todavía en mis tiempos los varaderos de sus naves y las ruinas de sus viviendas. Tal fue la actitud de Psamético en Egipto.

155. Ya he recordado con frecuencia el oráculo[705] de Egipto, pero voy a tratarlo todavía, porque merece la pena. Este oráculo de Egipto es un santuario de Leto, y está edificado en una gran ciudad situada en la boca llamada sebenítica de la desembocadura del Nilo, si desde el mar se navega río arriba. El nombre de esta ciudad en que se encuentra el oráculo es Buto[706], que ya he citado anteriormente. En esta ciudad de Buto hay también un santuario de Apolo y de Artemis. El santuario de Leto, que es el lugar del oráculo, es enorme, sus propileos tienen una altura de diez brazas. Pero de las cosas dignas de verse que hay allí diré lo que a mí me causó más estupor. Dentro de este recinto sagrado se encuentra el templo de Leto, que a lo largo y a lo ancho está hecho de un solo bloque de piedra, y cada muro tiene las mismas medidas, cuarenta codos[707]. El techo lo forma otra lámina de piedra, que tiene una cornisa de cuatro codos.

156. De todo lo que se puede ver en este santuario, el templo es lo más maravilloso. El segundo lugar lo ocuparía una isla llamada Quemis. Está en un lago ancho y profundo junto al santuario de Buto. Los egipcios cuentan que se trata de una isla flotante. Yo personalmente no la he visto ni flotar ni moverse, pero quedo estupefacto al oír que una isla pueda flotar. En esta isla hay un gran templo de Apolo, que tiene erigidos tres altares[708]; en tal isla crecen muchas palmeras y una gran cantidad de árboles diversos, tanto frutales como no. Cuando explican que tal isla es flotante, los egipcios añaden esta historia: en ella, que antes no flotaba, vivió Leto, que se cuenta entre los primeros dioses. Vivía en Buto, donde, desde luego, tiene el oráculo. Cuando Isis le confió Apolo a Leto, ésta le salvó ocultándole en la susodicha isla, que ahora flota; Tifón llegó y lo revolvía todo, con el deseo de descubrir al hijo de Osiris[709]. Los egipcios afirman que Apolo y Artemis son hijos de Dioniso y de Isis y que Leto fue su nodriza y salvadora. En egipcio Apolo se

llama Horus, Deméter se llama Isis y Artemis se llama Bubastis. De esta tradición, y no de otra, alejándose de los poetas antiguos, Esquilo, hijo de Eurorión, imaginó lo que voy a decir: hizo que Artemis fuera hija de Deméter[710]. Y por eso la isla se convirtió en flotante[711]. Esto es lo que ellos cuentan.

157. Psamético gobernó como rey de Egipto cincuenta y cuatro años. De estos, durante veinticinco asedió Azoto[712], una gran ciudad de Siria. Acampó delante de ella hasta que la tomó. De entre todas las que conocemos, esta ciudad de Azoto es la que ha sufrido un asedio más prolongado.

158. Neco fue hijo de Psamético, y reinó en Egipto[713]. Empezó el canal que lleva al mar Rojo y que acabó el persa Darío. Su longitud, cuatro días de navegación, su anchura fue tal que se podían empujar a remo[714] dos trirremes uno junto al otro. Su agua se toma del Nilo un poco al sur de la ciudad de Bubastis, y pasa por las inmediaciones de Patumo[715], una ciudad de la Arabia. Desemboca en el mar Rojo. Primero cruza la parte de la llanura egipcia limítrofe con la Arabia. Al sur de este trecho llano está la cordillera que se extiende por las cercanías de Menfis, en la cual hay unas canteras. El canal fluye al pie de esta cordillera un trecho muy largo en dirección este-oeste, luego tuerce hacia el sur, en dirección a una garganta que atraviesa la cordillera, y desemboca en el golfo Arábigo. El paso más breve, el más directo desde el mar boreal[716] al austral, el llamado mar Rojo, o sea, desde la cordillera fronteriza casia entre Egipto y Siria hasta el golfo de Arabia, mide mil estadios. Pero el canal es mucho más largo que esta distancia en línea recta, porque tiene muchas inflexiones. Durante el reinado del rey Neco, la construcción del canal costó la vida a ciento veinte mil egipcios. Pero a mitad de los trabajos Neco mandó suspenderlos porque un oráculo le aconsejó en tal sentido: lo que él iba construyendo redundaría en provecho de los bárbaros. Por bárbaros los egipcios entienden todos los que no hablan su idioma.

159. De manera que Neco dejó el canal inacabado y se giró a campañas militares. Construyó trirremes, tanto en el mar boreal como en el golfo Arábigo, en el mar Rojo. Todavía hoy se pueden reconocer los varaderos. Con la ayuda de estas naves atacó Siria por tierra y venció en la batalla de Magdolo[717]. Tras la victoria conquistó la gran ciudad siria de Caditis. Envió

al santuario de los Bránquidas, en el dominio de Mileto, la armadura que había usado en estas acciones, y la consagró a Apolo. Murió tras reinar dieciséis años y legó el imperio a su hijo Psaumis.

160. Durante el reinado de Psaumis en Egipto, llegaron a este país unos legados de los eleos, que se gloriaban de haber instituido en Olimpia los certámenes mejores y más justos de los que hay entre todos los hombres, y creían que, comparados con ellos, ni tan siquiera los más sabios de los hombres, los egipcios, habían ideado algo semejante. Cuando, tras su llegada a Egipto, los eleos declararon la finalidad de su viaje, este rey convocó a los que entre los egipcios eran tenidos por los más doctos. Tras haberse juntado, los egipcios interrogaron a los eleos, y éstos los informaron de todas las reglas que se debían observar en los certámenes. Luego que lo hubieron descrito todo, añadieron que habían viajado allí para precisar si los egipcios habían ideado algo que fuera todavía más correcto. Éstos deliberaron y preguntaron a los eleos si allí sus conciudadanos participaban en los torneos. Los griegos contestaron que si a cualquier eleo, y exactamente igual si a cualquier otro griego le apetecía participar en los torneos, todos podían igualmente tomar parte en ellos. Y los egipcios objetaron que, si las reglas eran éstas, entonces se infringía gravemente la justicia, pues no había manera de impedir que se favoreciera a un conciudadano que participara en un torneo en detrimento de un forastero. No: si lo querían instituir todo de manera realmente justa y habían acudido a Egipto para ello, les aconsejaron que instituyeran torneos para luchadores forasteros, pero ningún eleo podría participar. Esto fue lo que los egipcios aconsejaron a los eleos.

161. Psaumis gobernó Egipto sólo seis años; emprendió una campaña contra Etiopía y murió inmediatamente; le sucedió su hijo Apries, quien después de Psamético, su bisabuelo, fue más feliz que todos los reyes anteriores. Reinó veinticinco años, durante los cuales dirigió un ejército contra Sidón y libró contra los tirios una batalla naval. Pero era fatal que le ocurriera una desgracia, y le ocurrió, por un motivo que expondré con más detalle en el tratado libio[718]. En este lugar basta lo siguiente: mandó un ejército contra los cireneos y sufrió un descalabro formidable. Y los egipcios le echaron las culpas del desastre y se sublevaron, pues creían que Apries les había enviado con toda intención a la ruina, para que los aniquilaran y él

pudiera dominar con más seguridad a todos los egipcios restantes. Ello indignó tanto a los que regresaron como a los amigos de los muertos, y todos se sublevaron abiertamente.

162. Cuando Apries se enteró de ello, les envía a Amasis, para que con consejos oportunos los hiciera desistir. Así que llegó intentó bienquistarse con los egipcios para que no llevaran a cabo sus propósitos. Pero, mientras disertaba, un egipcio se puso de pie detrás de él, le colocó un yelmo en la cabeza y le aclaró que le había puesto la corona de rey. Y esto no se hizo en modo alguno mal de su grado, como él mismo, Amasis, demostró. Pues, así que los sublevados le hubieron proclamado rey de los egipcios, él se armó para una campaña contra Apries. Éste le mandó a Amasis un hombre muy prestigioso de su entorno, que se llamaba Patarbemis, con la orden de hacer comparecer ante él, vivo, a Amasis. Pero cuando Paterbemis llegó e invitó a Amasis a que le siguiera a entrevistarse con el rey, Amasis se irguió sobre la silla, pues casualmente en aquel momento iba montado a caballo, soltó un cuesco, y dijo a Patarbemis que se lo pasara a Apries. Sin embargo, Patarbemis insistía y rogaba a Amasis que atendiera la indicación del rey de ir a verle, y Amasis le respondió que tiempo ha que se preparaba para ello. Apries no tendría que reprocharle, porque muy pronto él, acompañado de otros, se presentaría en aquel lugar. Patarbemis entendió muy bien el sentido de las palabras, vio los preparativos para la guerra y se fue a toda prisa para que el rey supiera lo antes posible lo que se estaba cociendo. Cuando Patarbemis se presentó ante Apries sin Amasis, Apries montó en cólera y, sin pensárselo dos veces, mandó que le cortaran la nariz y los oídos. Los egipcios leales que le quedaban observaron que el de más reputación entre ellos había sido víctima de tal ultraje, sin que pudieran evitarlo; inmediatamente desertaron de Apries y se pasaron a Amasis.

163. Sabedor de ello, Apries armó a sus mercenarios y marchó contra sus súbditos egipcios. Disponía de treinta mil mercenarios carios y jonios. Su palacio real está en la ciudad de Sais: es enorme y muy digno de verse. De manera que Apries marchó con su ejército contra los egipcios, y Amasis con el suyo marchó contra mercenarios extranjeros. Se encontraron frente a frente en la ciudad de Momenfis[719] y se dispusieron a medirse los unos contra los otros.

164. Los egipcios se dividen en siete castas distintas. La primera se llama casta sacerdotal; la segunda, casta militar. Luego siguen los boyeros, los porquerizos, los mercaderes, los intérpretes y los navegantes. Éstas son las castas que hay en Egipto, y se denominan según sus profesiones. La casta militar se divide en los calasirios y los hermotibios[720], los cuales viven en los siguientes distritos[721] (porque Egipto entero está dividido en distritos).

165. Los hermotibios viven en los distritos de Busiris, de Sais, de Quemis y de Papremis, en la isla Prosopítide y en la mitad de Nato. Éstos son los distritos de los hermotibios, que en la época de su máximo esplendor alcanzaron la cifra de ciento sesenta mil hombres. Ninguno de ellos practica un oficio, todos se dedican al arte de la guerra.

166. Los calasirios habitan los distritos siguientes: Tebas, Bubastis, Altis, Tanis, Mendes, Sebenis, Atribis, Farbetis, Omfis, Anisis y Miecforis. El distrito citado en último lugar lo forma una isla que está frente a Bubastis. Éstos son los distritos de los calasirios, que en el periodo del máximo poder alcanzaron la cifra de doscientos cincuenta mil hombres. Tampoco ellos pueden practicar ningún oficio, se dedican exclusivamente al arte de la guerra, que los hijos aprenden de los padres.

167. Yo me veo incapaz de decidir si los griegos han tomado esto de los egipcios. Me doy cuenta de que también entre los tracios, los escitas, los persas, los lidios, entre casi todos los pueblos bárbaros, los artesanos y sus descendientes son mucho menos apreciados que el resto de los ciudadanos. El que se ha librado de trabajos corporales es considerado noble, principalmente si se dedica a la profesión militar. Esto lo han adoptado todos los linajes griegos, pero muy especialmente los lacedemonios. Donde menos despreciados se ven los artesanos es en Corinto.

168. Dejando aparte a los sacerdotes, los guerreros gozaban de estos privilegios: cada uno recibía un lote de doce campos de tierras muy fértiles, libres de impuestos, que medían cien codos por lado. El codo egipcio equivale exactamente al samio. De modo que todos los guerreros gozan de este privilegio. Pero del siguiente gozan alternativamente, y no siempre los mismos. Mil calasirios y otros tantos hermotibios formaban cada año la guardia del rey. Además de los campos de cultivo, a éstos se les daba lo siguiente: a cada uno diariamente cinco minas[722] de pan amasado, dos minas

de carne de toro, cuatro cótilos de vino; esto cada día a los que estaban de guardia.

169. Cuando Apries, con los pueblos que le daban apoyo, y Amasis, con todos los egipcios, marchaban hacia la ciudad de Momenfis, se produjo el choque. Los extranjeros lucharon con denuedo[723], pero eran muy inferiores en número y por ello salieron derrotados. El pensamiento de Apries debió de haber sido que ni tan siquiera un dios podía despojarle del reino: ¡tan seguro parecía de sí mismo! Pero ahora, en el choque, fue vencido, cayó prisionero en vida y fue conducido a la ciudad de Sais, al palacio, que antes le había pertenecido, pero que ahora era el castillo de Amasis. Durante una temporada en el palacio fue bien tratado, pues Amasis se preocupaba por él. Pero los egipcios acabaron murmurando que obraba injustamente cuando mantenía en vida a su peor enemigo, que lo era también de ellos. De manera que Amasis les entregó a Apries. Éstos le estrangularon y le enterraron en la tumba de sus antepasados. La cual está en el santuario de Atena, muy cerca del *sancta sanctorum*[724], a la izquierda de la entrada. Los saítas enterraron en el interior del santuario a todos los reyes oriundos de su distrito. Pues también el sepulcro de Amasis se encuentra en el patio del templo, algo más lejos del *sancta sanctorum* que el de Apries y sus antepasados, en un gran pórtico de piedra, adornado con columnas en forma de palmera y con otros suntuosos ornamentos. En el interior del pórtico hay una puerta doble, detrás de la cual está la urna sepulcral.

170. En el santuario de Atena, en Sais, está también detrás del edificio del templo, adosado a la pared del templo de Atena, el sepulcro de uno cuyo nombre no me parece piadoso mentar aquí, en esta oportunidad[725]. En el recinto sagrado hay grandes obeliscos de piedra; contiguo a ellos hay un lago ornamentado, cercado con un vallado de piedras. Es circular, y muy bien ejecutado; a ojos vista es tan grande como el llamado «Redondel de Delos»[726].

171. En este lago los egipcios organizaban de noche representaciones mímicas de los dolores de Osiris, lo que ellos llaman misterios. Pero sobre esto quiero callar, aunque lo conozco muy bien y con detalle. También quiero mantener pura la boca con respecto a los ritos de Deméter, que los griegos llaman tesmoforias. De ello sólo quiero decir lo que está permitido. Fueron

las hijas de Dánao las que importaron de Egipto estos ritos, que ellas enseñaron a las mujeres pelasgas. Posteriormente, cuando toda la población del Peloponeso se vio expulsada del país por los dorios, estos ritos se perdieron. Sólo los peloponesios que se quedaron y los arcadios, que nunca se fueron[727] de sus tierras, los conservaron.

172. Luego que Apries fue eliminado tal como se ha dicho, reinó Amasis[728]. Procedía del distrito saíta; la ciudad de la que era originario se llama Siuf[729]. Inicialmente los egipcios le despreciaban y no le tenían en mucha consideración, puesto que tiempo atrás había sido un vulgar hombre del pueblo y no procedía de ninguna familia de alcurnia. Pero Amasis se los ganó por su inteligencia, no por su ligereza. Además de otros muchos objetos de valor, poseía una jofaina de oro, en la cual sus huéspedes acostumbraban a lavarse los pies. Pues la mandó fundir e hizo moldear con ella la estatua de una divinidad, que erigió en el lugar más adecuado de la ciudad. Los egipcios, cuando pasaban delante de la imagen, la veneraban profundamente. Amasis, al observar esta conducta de los ciudadanos, convocó a los egipcios y les reveló, diciéndoselo con sus palabras, que la estatua se había hecho con aquella jofaina en la que ellos habían escupido y se habían orinado, en la que se habían lavado los pies, y que ahora resultaba tan venerada. Y continuó: a él le había ocurrido lo mismo que a la tal palangana, pues antes era sólo uno más del pueblo, pero ahora era rey. Los exhortó a que le honraran, a que le atendieran como es debido. De esta manera se ganó realmente a los egipcios, que juzgaron cosa justa ser sus súbditos.

173. He aquí como despachaba sus asuntos: desde el amanecer hasta la hora en que se llena el ágora[730] trataba con interés los problemas que le eran presentados. Pero en tal hora se ponía a beber, tomaba el pelo a sus invitados y se manejaba de manera ligera y chistosa. Enojados por esto, sus amigos intentaron ponerle en razón; le dijeron: «Rey, tú a ti mismo no te riges bien, porque desciendes a bajezas excesivas; deberías sentarte augusto en tu augusto trono y despachar durante el día los asuntos[731]. Entonces los egipcios sabrían que los gobierna realmente un hombre grande y tú gozarías de una mejor fama. Tu conducta de ahora no tiene nada de regia.» Y él les contestó: «Quien tiene un arco lo tiende sólo cuando lo necesita, y cuando ya lo ha usado lo distiende. Pues, si los arcos estuvieran tensos durante todo el

día, se rajarían, y nadie podría usarlos cuando la cosa precisara. Ésta es la condición del hombre, si se ocupara conjuntamente continuamente de temas serios, sin abandonarse, alternativamente, a una diversión, acabaría loco o estúpido sin darse cuenta.» Esto es lo que respondió a sus amigos.

174. Dícese de Amasis que cuando era todavía un hombre particular, era aficionado al vino y a las bromas, y que no era en modo alguno persona diligente: cuando no tenía nada para beber y para darse la buena vida, andaba por todas partes robando. Los que sostenían que él les tenía su dinero le condujeron, ante sus negativas, una y otra vez a algún oráculo. Y los oráculos le absolvieron muchas veces, aunque otras le condenaron. Pero, luego que fue proclamado rey, hizo lo siguiente: no se preocupó por los santuarios de los dioses que le habían absuelto de la acusación de robo. Sin embargo, no dio nada para su mejora y conservación. No acudía a ellos ni ofreció sacrificios a otros dioses, que no servían para nada, puesto que habían emitido oráculos falsos. En cambio, se preocupó muy especialmente por los que le habían condenado por ladrón: éstos eran dioses verdaderos, y emitían sentencias ajustadas a la verdad.

175. Ante todo erigió en Sais, en honor de Atena[732], unos propileos maravillosos. En ello superó a todos los demás en altura y dimensiones: ¡con qué formidables, con qué lujosos sillares están edificados! Después consagró a la diosa[733] unos grandes colosos y unas esfinges masculinas altísimas. Y todavía mandó acarrear otros bloques de piedra, casi sobrenaturales por su tamaño, para que sirvieran de adorno. Unos mandó acarrearlos desde las canteras que están cerca de Menfis, otros, los de tamaño ya excepcional, desde la ciudad de Elefantina, distante de Sais veinte días de navegación. Ahora bien: he aquí de todo ello lo que yo no admiro menos, digamos mejor que es lo que admiro más: mandó trasladar desde Elefantina un edículo monolítico[734]; el transporte duró tres años. En él se emplearon dos mil hombres, todos ellos pilotos[735]. La longitud de este edículo[736] arroja por el exterior veintiún codos, la anchura catorce y la altura ocho. Tales son las medidas, por el exterior, del edículo formado por un bloque único. En su interior las medidas son: la longitud, dieciocho codos y veinte dedos, la anchura doce codos y la altura cinco. Este edículo está en la entrada del santuario. Y explican que no lo introdujeron en él por lo siguiente: durante el

acarreo del edículo, el que lo dirigía se quejó por el mucho tiempo que duraba la cosa; a él tal trabajo ya llegaba a cargarle. Y Amasis quedó preocupado[737] y se negó a que continuaran tirando del bloque. Algunos llegan a decir que un hombre de los que movían la piedra con palancas murió aplastado por una, y que por ello no continuaron tirando de ella.

176. Pero Amasis también en los santuarios restantes consagró[738] obras dignas de verse por sus dimensiones: entre ellas, igualmente en Menfis, el coloso yacente boca arriba, delante del Hefesteo, que arroja una longitud de setenta y cinco pies. Sobre el mismo pedestal hay, erguidos, dos colosos de piedra etiópica; cada uno mide veinte pies. Uno está delante, y el otro detrás del recinto sagrado[739]. También en Sais hay otro coloso de piedra de dimensiones idénticas, que está en la misma posición que el de Menfis. Igualmente es Amasis el que mandó edificar el santuario de Isis en Menfis. Es enorme y muy digno de verse.

177. Se cuenta que el reinado de Amasis fue para Egipto una época de gran prosperidad, tanto por lo que el país recibió de la corriente del Nilo como por lo que la tierra ofreció a sus habitantes. En tal periodo, contándolas en su conjunto, debió de haber en el país veinte mil ciudades densamente pobladas. Amasis fue también el que promulgó esta ley: cada egipcio debe demostrar anualmente al gobernador del distrito de qué ha vivido durante el pasado año. Si no lo hace y no demuestra que ha llevado una vida honesta, ello se paga con la muerte. El ateniense Solón tomó esta ley de los egipcios y la promulgó para los atenienses[740], entre los cuales ha sido vigente ya para siempre, porque es una ley irreprochable.

178. Convertido, pues, en amigo de los griegos[741], a todos ellos les dio diversas pruebas de aprecio. Así, a los griegos que llegaban de Egipto les dio la ciudad de Náucratis para que se establecieran en ella. A los que no llegaban de Egipto para establecerse como residentes, porque su único propósito era dedicarse a la navegación comercial, a estos les dio terrenos para que pudieran erigir altares y construir recintos sagrados a los dioses. Su recinto sagrado mayor, el más famoso y el más visitado, es el llamado Helenio[742], sufragado conjuntamente por las ciudades que cito: de entre las jonias, Quíos, Focea y Clazómenas; de entre las dorias, Rodas, Cnidos, Halicarnaso y Fasélide; de entre los eolios, sólo Mitilene. A todas estas

ciudades pertenece el recinto en cuestión, y son ellas las que nombran los intendentes del comercio; las otras ciudades que pretenden nombrarlos no tienen ningún derecho a ello. Aparte de éstas, los eginetas han construido allí su propio recinto sagrado de Zeus. Los samios otro dedicado a Hera y los milesios uno dedicado a Apolo.

179. Antiguamente Náucratis fue el único puerto comercial de Egipto. Si alguien llegaba a otra cualquiera de las bocas del Nilo, debía jurar que no había navegado ex profeso, y después del juramento podía entrar con su nave por la boca Canóbica. Si no reunía las condiciones para navegar con vientos contrarios, debía deponer en lanchas su cargamento para transportarlo a través del Delta y llegar así a Náucratis. Hasta tal punto valoraban a Náucratis.

180. Cuando los anfictiones invirtieron trescientos talentos para la restauración del templo de Delfos existente hoy todavía (pues el anterior ardió por un incendio no provocado), en realidad recayó sobre los delfios el abono de la cuarta parte del presupuesto acordado previamente. Entonces los delfios acudían a todas las ciudades para recabar fondos, y cuando lo hicieron, de donde sacaron más fue de Egipto. Pues Amasis les dio mil talentos de alumbre[743], y los griegos residentes en Egipto les dieron veinte minas.

181. A Amasis y a los cireneos los unían lazos de amistad, y pactaron una alianza. Amasis abrigaba el justificado deseo de tener una esposa cirenea: puede que le apeteciera tener una mujer griega, o quizás sólo le motivara su simpatía hacia los habitantes de Cirene. Se casó, pues, con una hija, unos dicen que de Bato, otros de Arcesilao, otros de Critóbulo: en resumidas cuentas, de uno de los ciudadanos más prestigiosos de allí. La mujer se llamaba Laódice, y cuando Amasis se acostaba con ella para tener relaciones íntimas era impotente, a pesar de que con las demás mujeres no lo era. Esto le sucedió muchas veces, y al fin Amasis la llamó y le dijo: «¡Mujer! Tú me has propinado un bebedizo, de manera que para ti no hay alternativa: morirás de muerte la más afrentosa que pueda sufrir una mujer.» Laódice lo negaba, pero Amasis no se suavizó en nada; Laódice rogó de corazón a Afrodita que si en la noche siguiente Amasis lograba copular con ella, ella le enviaría a Cirene una estatua. Tras la plegaria, Amasis logró copular con Laódice, y desde

entonces pudo hacerlo cuantas veces quiso, y la amó de todo corazón. Laódice cumplió su promesa a la diosa. Mandó labrar una estatua, y la mandó a Cirene, que en mis tiempos se conservaba intacta, se encontraba en las afueras de la ciudad de los cireneos. Cuando Cambises accedió al trono de Egipto y se enteró de quién era esta Laódice, la mandó intacta a Cirene.

182. Amasis consagró también ofrendas en Grecia. Mandó a Cirene una estatua sobredorada de Atenea y un retrato suyo en colores: a la Atenea de la isla de Lindo le ofreció dos estatuas de piedra y además un velo de lino realmente vistoso; mandó a Samos, en honor de Hera, dos retratos suyos de madera, que en mis tiempos se levantaban todavía en el gran templo, detrás de las puertas. También a Samos mandó ofrendas en razón de los lazos de hospitalidad que le unían con Polícrates[744], hijo de Éaces; en cambio, la que mandó a Lindo no fue por lazos de hospitalidad, sino porque, como se dice, las hijas de Dánao, huyendo de Egipto[745], habían recalado allí y habían fundado el santuario de Atenea en Lindo. Tales fueron, pues, las ofrendas de Amasis. Él fue el primer conquistador de Chipre y lo hizo tributario suyo[746].

---

451 En el año 529 a.C. a Cambises le correspondió el mérito de poner fin a la larga lucha entre Asia y Egipto: desterró a Pelusio a Psamético III, hijo de Amasis, y conquistó definitivamente el país (525 a.C.).

452 Hija de Farfnaspes, y, por tanto, de la estirpe real de los aqueménidas.

453 Psamético I, de la dinastía XXVI, accedió al trono de Egipto en el año 666 a.C., tras la guerra, promovida y dirigida por él mismo, con el apoyo de mercenarios carios y jonios, contra los pretendientes al trono que operaban desde la región del delta del Nilo.

454 Que los egipcios habían sido los primeros pobladores de la tierra, es decir, los primeros hombres existentes, era creencia común en la antigüedad, sostenida aun por Diodoro (I, 10), que aduce para justificarlo el clima, muy benigno, del país y las crecidas periódicas del Nilo, que fertilizaban de manera incomparable la tierra egipcia.

455 Es decir, las tierras de aluvión.

456 Ésta, y otras palabras homologables a ella, no tienen equivalencia posible en nuestros idiomas, y prefiero, simplemente, transliterarlas.

457 El estadio mide 177 metros; los sesenta esquenios de la zona costera de Egipto que van

desde el golfo Plinteneta, en el extremo occidental del Delta del Nilo, hasta el pantano Serbónide, en el extremo oriental del dicho Delta, equivalen a unos 640 kilómetros, pues el esquenio vale sesenta estadios. Ni que decir tiene que estos cálculos son aproximados, y quizás a excesiva distancia de la realidad.

458 La orgía vale poco menos que dos metros cuadrados.

459 Como medida de longitud.

460 Tales equivalencias no coinciden: Heródoto en estas cuestiones es superficial.

461 O sea: tierras de aluvión.

462 La grande es Tróada, naturalmente.

463 Se recuerdan las cinco desembocaduras naturales del Nilo, de este a oeste: la Pelúsica, la Saíta, la Mendésica, la Canóbica. Esta última es famosa porque en su región todavía en tiempos históricos se practicaba la antropofagia (cfr. la sátira XV del satírico romano Juvenal). No se tienen en cuenta las dos bocas artificiales, la Bucólica y la Bolbinítica.

464 El golfo Arábigo o mar Rojo.

465 Velera también, naturalmente; los remos son sólo una ayuda a las velas.

466 Este nombre no sale en las series dinásticas egipcias. Pero como las obras que Heródoto le atribuye corresponden a las que la historia sitúa en la dinastía XII, y más precisamente al faraón Anememba III, probablemente el rey Meris se identifica con este faraón. Si admitimos, como sea, que Anememba III es este Meris, entonces la época en que le sitúa Heródoto es errónea, ya que la historia de Egipto establece con cierta aproximación la dinastía XII en los siglos XXI-XVI a.C., y Heródoto dice que cuando él visitó Egipto este Meris no llevaba ni novecientos años muerto. Heródoto estuvo en Egipto hacia el 440 a.C., lo cual situaría a Meris hacia el 1340. Esta diferencia de cinco siglos se puede explicar porque Heródoto fijaba la guerra de Troya hacia el 1250 a.C., época en que reinaba en Egipto el rey Proteo, precedido en orden regresivo por Sesostris y Meris: atribuyendo a cada uno unos veinticinco años de reinado, se llega al 1340. En cuanto al nombre, Meris, es la transliteración del egipcio *mou-ín*, «inundación»; tal nombre aludiría a lo fabuloso de las obras de este rey.

467 Zeus, el dios de la lluvia.

468 Aquí Heródoto conecta inmediatamene con el pensamiento homérico, que dice exactamente «y Zeus, naturalmente, hacía llover», atribuyendo a Zeus y a la lluvia una relación inmediata de causa a efecto, en una visión mítica del mundo en la que ya se alberga un principio de racionalidad.

469 Esto, que a primera vista parece extraño, se documenta más de una vez en otras civilizaciones antiguas.

470 Más exactamente el territorio comprendido entre la laguna Serbónide y la ciudad de Veniso.

471 También en Heródoto hay sus incipientes atisbos de la lógica aristotélica: ¿quién no ve aquí *ab ovo* la llamada *reductio ad absurdum?*

472 Téngase siempre en cuenta que en Heródoto, Libia equivale a África.

473 La referencia parece segura: a Hecateo de Mileto.

474 Lo que hoy llamamos Alto Egipto.

475 Formulada por Tales de Mileto, el filósofo presocrático.

476 Es decir, imita la pleamar y la bajamar.

477 Esta afirmación debe de responder a alguna observación personal de Heródoto, pero científicamente no tiene ningún valor.

478 Heródoto reanuda la exposición de su teoría diciendo que el sol, cuando, durante el solsticio de invierno, pasa por las regiones meridionales de África, lleva consigo todos los vapores de agua que ha podido recoger en su ruta de norte a sur, los cuales resultan diríamos sorprendidos y dispersos por los vientos lluviosos del sur, los ábregos, que se mezclan con ellos y los reconvierten en agua; la palabra exacta es licuan.

479 Vientos del sur y del sudoeste.

480 Evidentemente, aquí Heródoto aplica al África fenómenos atmosféricos que ha observado en alguna zona del hemisferio norte, y extiende a aquellas regiones los efectos de los vientos ábregos que observamos en nuestros países. Tal aplicación de Heródoto es como mínimo dudosa.

481 El texto griego dice exactamente esto, pero yo creo que hay un componente implícito de perennidad: en la traducción quizás debiera añadirse: «siempre».

482 De Libia.

483 El Danubio.

484 La palabra griega es exactamente la misma que la que usa el evangelista Juan al principio de su evangelio: *In principio erat Verbum* y la misma que aparece en el frontispicio de la Biblia, en el libro del Génesis: *In principio creavit Deus caelum et*

terram. ¿En qué pensaría aquí Heródoto?

485 Debe de aludir a un buey atado a las varas de una carreta; de todos modos, la comparación no es muy afortunada.

486 Hoy diríamos «a la deriva».

487 Que va aguas abajo.

488 La conocida medida de longitud; véanse, en el libro anterior, las notas correspondientes.

489 No se ha identificado.

490 En su sátira decimoquinta el satírico romano Juvenal sitúa aquí una escena de canibalismo.

491 El texto griego dice exactamente esto, pero no debe tomarse en sentido literal; indica sólo un culto preferente. La uniformidad de estos dioses con las divinidades egipcias fue considerada por los antiguos como una de las pruebas de que los egipcios procedían de Etiopía.

492 O sea, desde Méroe.

493 O sea, cincuenta y seis días.

494 La etimología de la palabra nos es desconocida; si la interpretación ofrecida por el mismo Heródoto contiene algo de verdad, se trataría de un grupo muy numeroso de egipcios, descendientes de la antigua casta de guerreros, que recelaron de la confianza que Psamético había depositado en los mercenarios carios y jonios, abandonaron Egipto y se acogieron a la hospitalidad que les ofreció el rey Napata (cuyo nombre sabemos por fuentes jeroglíficas).

495 De todas formas, la cifra parece muy exagerada.

496 Cerca de la actual Alejandría, al sudoeste.

497 En el extremo occidental de Mauritania, el actual cabo Cantin.

498 Visto desde nuestra ciencia geográfica todo lo que sigue es monstruoso, por ejemplo situar las fuentes del Danubio cerca de Marsella o de Narbona; pero ello no es invención de Heródoto, que lo único que hace es pasarnos los saberes geográficos de su tiempo.

499 Como se dice en la nota anterior, la referencia es a Narbona, o, preferiblemente, a Marsella.

500 ¡Y aquí Heródoto acierta! La referencia es a nuestras tierras gallegas.

501 Debe de tratarse de una especie de trigo que no podemos identificar.

502 Probable alusión a los hebreos.

503 El griego dice exactamente esto, y el sentido general del texto no parece aludir a si los llevan puestos o no.

504 Se debe de tratar de un lavado ritual.

505 Del dios respectivo.

506 Si el lenguaje fuera bíblico añadiríamos «propiciatoria».

507 En III, 28.

508 No como en el caso del buey Apis, que tenía los pelos de la cola enmarañados.

509 Para hacer recaer en ella, imputándoselas, las culpas y las desgracias nacionales; la cabeza, por lo que aquí dice Heródoto, no se consideraba consagrada al dios, y por eso la vendían a mercaderes griegos, si los tenían a mano. Pero la noticia de Heródoto debe leerse sin la generalización que el texto parece atribuirle.

510 En el texto griego la especificación «del Nilo» no está, pero parece lógico sobrentenderla.

511 Obsérvese cómo Heródoto contrapone la libación y la occisión de la víctima, que es igual en todas partes, y el descuartizamiento y la cremación, distintas en cada celebración. Así se subraya la intencionalidad peculiar de cada fiesta.

512 No se dice cuál sea; probablemente se trate de Zeus Amón.

513 Parece natural que las características somáticas externas de la infeliz hija de Inaco sugirieran a Heródoto tal comparación con Isis, que de todos modos no puede ser tomada al pie de la letra. La etimología ayuda, porque el nombre griego de Io es la simple transliteración del egipcio *ioh*, «luna», y en alguna versión griega el mito de Io, la luna, desempeña un cierto papel.

514 Donde se ensarta la carne.

515 En la bifurcación del Nilo en sus brazos Canobítico y Tebenítico.

516 Se trataba de un distrito en el sentido propio de la palabra (*nomós* en griego), o sea autónomo.

517 La diosa Nathor egipcia.

518 Que no sean toros, a excepción de los toros que ofrecen en sacrificio, naturalmente.

519 De Egipto, naturalmente.

520 La ciudad y el distrito del mismo nombre, en el centro del Delta.

521 Es el argumento de la comedia *Amphitruo*, del romano Plauto.

522 La hija del rey de Tiro.

523 O sea, Heracles griego y Heracles egipcio.

524 Por temor a los dioses: a veces sorprende el paralelismo con motivos bíblicos y, a la larga, cristianos.

525 Como esposa, o sea, casarse con ella.

526 Se repite el motivo: por temor a los dioses.

527 El primer día de la fiesta de las Apaturias (la etimología del nombre de la fiesta es insegura: unos la relacionan con el verbo griego *apatáo*, que significa «engañar», y otros con la palabra *patér*, «padre) se llamaba *dorpia* (el del banquete) y se celebraba con una fiesta suculenta *(dórpos)*, que señalaba el inicio del ciclo festivo, que duraba tres o cuatro días. Estas fiestas las celebraban principalmente las estirpes jonias, más que otros los atenienses, en honor de Atenea y de Hefesto; en ellas los jóvenes eran inscritos en la hermandad *(fratria)* que les correspondía.

528 Porque los egipcios eran poco dados a la danza y, concretamente, en esta ocasión no bailaban.

529 Recuérdese el valor atribuido por los atenienses a este emblema de la fecundación en las fiestas llamadas Dionisíacas.

530 Sabemos que Melampo, hijo de Amitaon de Atenas, fue uno de los adivinos antiguos más famosos. Una vez, estando él dormido, unas serpientes le mordieron los lóbulos de las orejas, y desde entonces entendió el lenguaje de las aves. Curó de su locura a las hijas de Preto (recuérdese el conocido verso virgiliano «Proetides implerunt falsis gemitibus agros»), lo cual le valió la mitad del reino de Tirinto y el matrimonio con una hija de Preto, Ifianasa. Descendencia suya fueron Adrasto y Anfiarao. Pero no consta que fuera él el introductor del culto dionisíaco en Grecia, cosa que algo más adelante afirmará Heródoto.

531 Del que hay un ejemplo en la primera de las comedias de Aristófanes, *Los acarnienses*.

532 A partir de aquí Heródoto tratará largamente la historia más antigua, es decir, la prehistoria religiosa del pueblo griego partiendo de la hipótesis de que en aquella época arcaica, que él define como pelásgica y que los estudiosos llaman prehelénica, las divinidades no tenían nombres ni, por tanto, epítetos. A grandes rasgos, y genéricamente, la intuición de Heródoto es poderosa y exacta. Fenómenos naturales inexplicables, que alucinaban a aquellas poblaciones, plantas cuya ingestión, o simplemente cuya visión tenía efectos maravillosos, seres inorgánicos, tenían entonces valor de divinidades para las gentes primitivas. De ahí derivan figuras tan indeterminadas como imprecisas en su propia naturaleza. Pero con el tiempo estas fuerzas sobrenaturales, divinas, asumen perfiles más precisos y circunscritos, en formas de animales, alguna vez fantásticos, pero frecuentemente realmente existentes, y las figuras se adecuan a las atribuciones de cada divinidad respectiva, es decir, se definen. Entonces surgen y se estabilizan los nombres divinos. Se desarrolla una teología, la cual hace surgir los epítetos, que son la síntesis de dos momentos distintos: el de la invocación genérica, común a diversas divinidades, y el de los nombres propios, introducidos con frecuencia por la poesía en tiempos pelásgicos, prehelénicos. Heródoto incorpora a su obra un estado de religión homérica, o levemente anterior a Homero. Pero en la concreción yerra totalmente. Desconoce Micenas, cuyo papel en la formación de la religión homérica, olímpica, es determinante, y desconoce más otros lugares de relevancia en la formación de la religión característica de Grecia. De modo que la tesis herodotea del origen egipcio de la religión griega es completamente falsa. Si su información hubiera estado al nivel de su intuición, su trabajo habría sido simplemente perfecto.

533 Cfr. cap. 43.

534 Aquí la referencia de Heródoto es muy exacta.

535 El conocido santuario de Zeus en la costa del Epiro. Heródoto lo cita repetidamente a lo largo de su obra.

536 El mismo texto griego aquí es equívoco: tanto puede significar que lo ofrecían *todo*, es decir, cualquier cosa, sea la que fuere, como que ofrecían *todos* sus sacrificios, pero sólo aquello que era admitido por el uso o por la divinidad. Sin embargo, como sea, en el fondo hay un *do ut des,* sin ningún otro componente de veneración. Es decir, un intercambio comercial.

537 Aquí hay una etimología falsa. Heródoto relaciona la palabra *theós* «dios» con el verbo *tithemi* «colocar», poner en orden. En el fondo había una correspondencia con la noción bíblica, cristiana, de Dios creador, pero, como digo, la etimología es falsa. Aquí los comentaristas suelen citar un lugar del *Crátilo* platónico en el cual la palabra *theós* se relaciona con el verbo *theo,* «correr», etimología también errónea, cfr. Platón, *Crát*, 397d.

538 Heródoto piensa, naturalmente, en los egipcios.

539 Es decir, la genealogía de cada uno de los dioses; es el título de uno de los poemas de Hesíodo; el tema volverá a ser tratado muchos siglos después por Apolodoro, en su obra *Biblioteca Mitológica*, sin que en las épocas intermedias lo haya tratado sistemáticamente ningún autor griego. Evidentemente, el interés por el tema había decaído.

540 El de Zeus Dodoneo, en Grecia, y el de Zeus de Amón, en Libia.

541 Ya se ha visto que Amón era el equivalente egipcio de Zeus.

542 En la Tesprotia, en la zona meridional del Epiro.

543 De Egipto.

544 Las palomas arrullan. Aquí la comparación de Heródoto es grosera, pues el piar de las aves y el arrullo de las palomas poco tienen de semejante.

545 Solemnidades religiosas con carácter nacional; aquí la terminología griega no es susceptible de ser traducida literalmente; en griego es *panegyria*.

546 Considerado como divinidad.

547 Siempre por el Nilo, naturalmente.

548 ¡Cifra realmente inadmisible!

549 Cfr. cap. 42.

550 Era una celebración de duelo por la pérdida de Osiris, cfr. caps. 46, 132 y 170.

551 Debe de tratarse de unos recipientes planos, que recuerdan vagamente la forma de un zapato, y que en un extremo tienen un gollete por el que se introduce la mecha. En las catacumbas de Roma se han encontrado a miles. El líquido que arde es aceite.

552 Parece que la sal atenuaba algo el vigor de la llama y así alargaba el tiempo de combustión del aceite.

553 En un atrio, delante de la entrada. Los propileos más conocidos son los del templo de la Acrópolis, en Atenas.

554 Aquí el texto griego es equívoco: podría significar «yacer».

555 Al que está dedicado el templo.

556 El texto griego que sigue es incoherente con el anterior, de modo que hay una laguna textual considerable.

557 Las monedas se acuñaban en plata.

558 La gata, indudablemente.

559 Literalmente «cosas divinas», pero ello recuerda, aunque sea de lejos, la enfermedad sagrada, la epilepsia; por esto traduzco así.

560 Se ignora la etimología de tal palabra.

561 Estos lagartos son los que, en griego genuino, se llaman cocodrilos, de modo que los egipcios reciben tal nombre, por parte de los griegos, por una simple comparación.

562 Probablemente es el barbo, muy abundante en el Nilo.

563 Porque tienen un pico que recuerda la boca de una zorra.

564 O sea, al norte de las marismas.

565 Es decir, conocen y celebran sus gestas.

566 La palabra griega correspondiente alude a una especie de rábano al que los griegos atribuían efectos purgantes.

567 La palabra griega es claramente un acusativo plural, pero no sabemos su significado exacto.

568 Se trata claramente de una cerveza, pero no me atrevo a traducir así.

569 Citado en la *Ilíada*, al final del canto XVIII, en el escudo de Aquiles, en la descripción de la ciudad en paz.

570 En actitud de reverencia.

571 La referencia es a Orfeo y a Melampo, menos a Hesíodo y en nada a Homero.

572 ¡Por raro que parezca, aquí he traducido al pie de la letra! Mi traducción se apoya en el comentario al texto griego efectuado por Angelo Gonella, realizado en Milán en el año 1951.

573 El griego dice esto, pero la interpretación es insegura: seguramente significa que se ciñen los vestidos de forma tal que les quedan los senos al descubierto.

574 La alusión es al dios Osiris, a quien Anubis enseñó el arte de embalsamar.

575 En elogio de su mercancía, como cualquier vendedor o comerciante.

576 Probablemente se trata de obsidiana.

577 El griego dice exactamente «el vientre», pero debe entenderse lo que, en términos modernos, llamaríamos «aparato digestivo», estómago e intestinos.

578 Citado sólo en este lugar de Heródoto, en realidad no sabemos de qué se trata.

579 La palabra griega exacta es *biso;* la equivalencia debe ser muy alta.

580 Llamada por los griegos Panópolis; el recinto estaba dedicado al dios Pan.

581 Que hacen el oficio de columnas.

582 Cosa nada extraña, tratándose de un héroe.

583 Consultado un colega especialista en botánica, me aclara que la (llamémosla así) «raíz» del lirio no es tal, sino un tallo subterráneo que puede ser comestible.

584 Se cree generalmente que el primer tipo de loto es la *Nymphaea lotus*, que crece en el agua, mientras que para el segundo se piensa en la *Nymphaea indica maior*.

585 Esto recuerda el pasaje de los lotófagos en la *Odisea*, IX, 84.

586 No se excluye aquí que Heródoto se refiera al papiro como soporte de la escritura.

587 Es decir, en el Nilo y en sus brazos.

588 A machos y hembras, con los papeles respectivos.

589 En el lenguaje actual, más exacto, alevines.

590 O sea, que se repite el ciclo.

591 Es inverosímil que una red de pescar proteja contra las picaduras de los mosquitos; Heródoto lo confundió, y lo que describe es una mosquitera.

592 De tal planta, llamada así por las espinas que tiene *(akantha* en griego), hay dos especies, la negra, muy resistente al agua, y la blanca, poco resistente. Aquí, claro está, se trata de la negra.

593 Porque son curvas, y la cubierta debe ser plana.

594 Hace de lastre, y al mismo tiempo, por el hecho de tocar el fondo, dirige la embarcación.

595 Parece que estas dos ciudades se hallaban entre el brazo canobítico y el bolbinítico del

Nilo, en el Delta.

596 Este uso de obligar a determinadas ciudades a proveer de indumentaria a los soberanos es particularmente persa. De ahí que la alusión concreta de Heródoto deba de ser al emperador persa reinante en su tiempo.

597 Esta genealogía mítica de Dánao no es la más admitida. En cuanto a él, recuérdese que se consideraba hermano de Egipto, el héroe epónimo del país. Véase, por ejemplo, el principio del párodo de la tragedia de Esquilo *Las suplicantes*.

598 Es claramente griego.

599 Manes, el primer rey de Egipto, hacia el año 3000 a.C.

600 La arenosa y la rocosa descritas en el cap. 8.

601 Recuérdese que, en tiempos de Heródoto, Egipto estaba bajo el dominio persa.

602 El texto griego tiene aquí una braquilogía imposible de conservar en castellano: dice «lago del río», de manera que completar con la acotación «procedente» no es ninguna traición al lector.

603 Manes.

604 El nombre egipcio es *Neitarquet*, y significa «de rostro rosado», de acuerdo con la noticia que nos brinda Manetón, que nos dice que esta reina tenía la piel rubia. A ella remonta la construcción de la tercera pirámide, atribuida erróneamente a la hetera Rodopis.

605 No se suicidó. Lo que hizo tenía dos objetivos, ante todo el de ocultarse, pero también el de deshidratarse la piel, un objetivo terapéutico, por tanto.

606 Manetón le llama Amenemes, y es famoso especialmente porque mandó excavar el lago que lleva su nombre, del que se tratará en el cap. 149.

607 La dinastía XII tiene varios reyes que llevaron este nombre. Parece que el aludido aquí por Heródoto fue Sesostris III (1882-1847 a.C.), aunque algunos rasgos señalados por nuestro historiador pueden hacernos pensar en Ramsés II (1298-1252) de la dinastía XIX.

608 O sea, navíos de guerra.

609 Cfr. I, 202.

610 O sea, Egipto.

611 Lo cuenta también Diodoro, I, 55.

612 La alusión a los filisteos, muy citados por la Biblia, es segura, pero no lo es una alusión a los judíos.

613 Como si procediera de la isla de Cerdeña.

614 Porque han desaparecido.

615 Por «brazos», pero aquí se reproduce literalmente el griego por ser el texto de una inscripción.

616 En el extremo oriental del Delta.

617 Quizás aquí se refleje el uso egipcio de los faraones, que cuando salían en campaña se llevaban a la mujer y al harén.

618 Pero la tradición griega es constante en señalar que el primer geómetra fue Tales de Mileto, y que luego la ciencia geométrica se desplazó hacia occidente, a la Magna Grecia, principalmente con los pitagóricos.

619 La referencia de Heródoto es insegura; quizás se tratara de un cuadrante solar que indicara vagamente la situación del sol en el cielo en una época determinada.

620 Aquí en el texto hay una fuerte solución de continuidad; en lo que sigue se prescinde totalmente de los etíopes.

621 Cfr. cap. 99.

622 Cfr. cap. 103.

623 La identificación de este rey Ferón es dudosa; se ha pensado en el sucesor de Ramsés II, Mernepta (1232-1222 a.C.).

624 No hay ninguna ciudad en Egipto que lleve este nombre.

625 En este lugar el texto griego ofrece fuertes divergencias; yo sigo la edición oxoniense de Hude.

626 Cuarenta y cuatro metros y medio de alto por tres y medio de ancho.

627 Siguiendo el texto herodoteo este Proteo es muy difícil de identificar. Quizás se trate de Ramsés II (1298-1232 a.C.).

628 Por algún tipo de límite; si se tratara de un ámbito mucho más reducido se podría traducir por «recinto».

629 Soy muy consciente de que tomo este término de la geografía política suiza, pero me

parece que refleja muy bien el sentido del texto griego correspondiente.

630 La versión dada por los sacerdotes egipcios no tiene ningún paralelo en la leyenda griega.

631 Probablemente una ciudad en la costa del Delta, pero de ella no existe ninguna otra referencia.

632 El derecho de asilo en los templos y en cualquier otro lugar era algo desconocido por los egipcios. Heródoto se basa aquí en fuentes muy inseguras.

633 Menelao, naturalmente.

634 Aquí el verbo griego, intraducible en su literalidad, significa: «le diste alza», «la hiciste levantar del suelo».

635 Y eso sí podía conllevar su muerte.

636 Aquí me permito traducir así porque la palabra, que no tiene nada que ver en este lugar con el segundo poema homérico, refleja exactamente el concepto del texto griego, que es el de ir de acá para allá sin un destino fijo.

637 Cfr. Homero, *Ilíada*, edición de Antonio López Eire, Madrid, Cátedra Letras Universales, 1991, pág. 276.

638 Homero, *Odisea*, versión de José Manuel Pabón, Madrid, Gredos, 1982, pág. 149.

639 *Íd.*, pág. 152.

640 Un verso de este poema épico perdido.

641 Es decir, ofreció con ellos un sacrificio humano.

642 Simplemente porque no la tenían.

643 Lo dice lapidariamente el primer poeta lírico griego, Alcmán de Sardes, en su primer partenio, v. 16: «Hay un castigo de los dioses.»

644 Etimológicamente *lugar donde no se ve nada*, o sea, de las tinieblas. La concepción no es muy lejana de la bíblica del infierno.

645 Símbolo de la tierra cubierta de mieses ondulantes.

646 Es decir, cuando yo estuve en Egipto.

647 Como ofrenda a la diosa, lo mismo que hace el coro de doncellas del primer partenio

de Alcmán.

648 O quizás los lobos. Fuere como fuere, aquí hay un componente milagroso que no se puede desconocer.

649 No parece que aquí Heródoto sea muy crédulo, contra la opinión de los más. Admito que mi traducción no es compartida por todos.

650 De la transmigración.

651 Aproximadamente 3234-3214 a.C.

652 En la antigüedad esta mala fama de Egipto debió de ser proverbial, pues no otra imagen de él da la Biblia. Véase, por ejemplo, *Éxodo,* 1, 8-14.

653 ¡Curiosa coincidencia con regímenes europeos no muy lejanos en el tiempo! ¿Habrá en el fondo un mismo componente de incredulidad?

654 Según los principios que, al parecer, entonces eran fundamentales para cualquier construcción nueva: construido el armazón interno que sostenía el conjunto, se prescribía que el acabado, la perfección de la obra, se iniciara por la parte más alta. En ello no se puede excluir un componente vagamente religioso.

655 Probablemente aquí hay una crítica muy sutil de Heródoto hacia aquel mundo faraónico, una dictadura despiadada: ¡ésta era la alimentación ofrecida a unos hombres condenados a trabajos forzados! Dachau y Auschwitz nos vienen a la memoria, y los campos de concentración de la Rusia soviética, la Vorkuta siberiana...

656 Otra razón suplementaria para encarecer la enormidad de los gastos.

657 Al este de la gran pirámide de Quéops hay tres pirámides pequeñas, una de las cuales podría ser la mencionada aquí.

658 Un pletro eran treinta metros.

659 No hay duda de que Heródoto vio todo esto personalmente, pues su descripción responde exactamente a la realidad.

660 Durante estos reinados, naturalmente: Micerino tendrá otra conducta.

661 Esto último es consecuencia natural de haber reabierto los templos.

662 Osiris. Cfr. cap. 61.

663 Por temor religioso: sería un sacrilegio. Heródoto respeta las costumbres religiosas de

los egipcios.

664 Sobre la muerte de Esopo corren muchas leyendas; una de ellas refiere que fue ajusticiado por los delfios como castigo de un robo que no había cometido; al darse cuenta de su error, los delfios se declararon dispuestos a indemnizar con dinero a quien tuviere el derecho de cobrarlo.

665 Efectivamente, Safo le cita como hermano suyo. Puede verse mi edición de la poetisa griega Safo, *Poemes*, Barcelona, 1971, pág. 10, y el poema 5, en la pág. 21, en el que este nombre no figura, pero los comentaristas antiguos aclaran que se trata de él.

666 La burla fue seguramente por haberse gastado tanto dinero en una cortesana. El poema se conserva, cfr. *op. cit.*, en la nota anterior, pág. 22.

667 Lo cual era particularmente grave, por la creencia de que si el cuerpo no recibía sepultura el alma andaba errante y dolorida de acá para allá.

668 Se conserva; está situada en Daschur, al sur de Menfis.

669 Podría tratarse de Onnos, el último rey de la quinta dinastía menfítica. Pero establecer aquí una cronología, ni tan siquiera aproximada, es cosa imposible, pues la que podríamos establecer basándonos en los datos de Heródoto llega a diferir en dos mil años (!) con la que nos dan las fuentes egipcias, el sacerdote Manetón.

670 Del contexto amplio se deduce que reinó en Egipto, pero Heródoto no dice nada de él hasta tratar cómo dejó voluntariamente el reinado. Por prejuicios o, simplemente, por una deficiencia, ciertamente grave, de Heródoto, en este punto concreto la secuencia de su obra es floja.

671 O sea, de Sábaco.

672 Es una manera de decir que es cuadrado.

673 El texto griego dice esto; alude a su altura, naturalmente.

674 Sábaco.

675 Llamada por los griegos Prosóptide.

676 Es difícil de identificar. Algunos piensan en Tibarqa, Tirraka o Taraco, que derrotó al rey asirio Senaquerib, como aquí recuerda Heródoto. De ser así, estaríamos hacia el año 700 a.C.

677 Sale en la Biblia, cfr. 2Re 19, 35.

678 El ratón era el símbolo de la peste; cfr. la Biblia I Samuel 6, 4, de manera que la inscripción tiene sentido apotropaico.

679 Manes, cfr. cap. 99.

680 De los datos de Heródoto es fácil deducir que atribuye treinta y tres años y cuatro meses a una generación humana, o sea un tercio de siglo.

681 Esta afirmación, que adolece de cierta confusión, la debieron de manifestar los sacerdotes a Heródoto como una simple banalidad, y, sin embargo, en el trasfondo hay algo importante: el cómputo astronómico que se basa en la diferencia de tiempo de luz solar en un día. El año civil egipcio era exactamente de 365 días, y el año solar contaba 365 días y doce horas. En el larguísimo período de tiempo que va de Menes a Setón, el desfasamiento de doce horas entre el tiempo real del año y el oficial en Egipto llegó a dar, por dos veces, la impresión de que un año solar empezaba a la caída de la tarde, y por dos veces más, la de que dicho año solar empezaba al amanecer. De ahí la observación, que Heródoto no debió de entender en su sentido verdadero, que se da en el texto.

682 Hecateo de Mileto (560?-475? a.C.) probablemente el primer prosista griego, autor de genealogías (con lo cual trasladó a lo humano el género que Hesíodo dedicó a lo divino, el constante fenómeno griego de desmitificación) y, en rigor, también el primer historiador, en el sentido amplio de la palabra. Salvo escasos fragmentos, su obra, de la cual Heródoto debió de tomar bastante, se ha perdido. Como sucesor suyo en el género, Heródoto se siente superior a él, y cuando viene a cuento, como aquí, no deja de hacerlo notar.

683 De Egipto.

684 Del tono general de la redacción se desprende la insinuación, por parte de Heródoto, de que Hecateo coincidió con él en Egipto: y lo narrado aquí, que supuestamente Heródoto sabría de boca de los sacerdotes, subraya la vanidad de Hecateo, de manera que su alfilerazo es doble, soberbia y falsedad, que se subsumen en una única acusación superior.

685 De un hombre, no de un dios: aquí radica la fuerza del argumento.

686 La fuerza del argumento estriba en que en la genealogía que mostraban los sacerdotes no aparece ningún dios: *ergo* la pretensión de Hecateo era infundada. Seguramente aquí Heródoto quiere señalar, ampliando el radio de acción del argumento, que en cuanto a veracidad la obra de Hecateo es poco de fiar.

687 Término egipcio que significa «hombre» por oposición a dios, con una connotación de hombre importante.

688 Aquí sale, por lo menos en su literalidad, el ideal humano griego que culminará, y se evadirá del tiempo, en la especulación de Sócrates y Platón: para ponerlo en griego *kaloós*

kagathós. Es difícil aislar los componentes que integran esta entidad: saber, formación, nobleza de ánimo, ideales elevados... Lo tematizó insuperablemente Werner Jäger en su obra, de valor intemporal, *Paideia*.

689 Heracles fue más que nada un héroe al que tributaron culto especialmente los pueblos dorios; sólo en época muy reciente se equiparó a los dioses olímpicos. Dioniso fue una divinidad tracia, y su culto tenía ribetes de violencia y frenesí; el culto al dios Pan no es anterior a la guerra de Troya.

690 Aquí subyace una noción que después se planteará visiblemente en filosofía griega: si el nombre indica esencialmente la cosa. El *Crátilo* de Platón se centra en este tema.

691 Hacia el fin del cap. 43.

692 Heródoto subraya mucho que se trata del dios griego, y la cronología que aquí indica es de fuente griega.

693 He aquí los niveles de antigüedad: I) Pan, con un número de años indeterminado, pero en todo caso superior a los 17.000, II) Heracles, con 17.000 años, III) Dioniso, con 15.000 años.

694 El texto griego dice «reyes», pero debe entenderse algo así como las satrapías del imperio persa.

695 El término «recogerse» tiene un sabor que no quiero desperdiciar. Por lo demás, era imposible celebrar en un solo templo todos los diversos ritos que se ejecutaban en cada uno de ellos, erigidos en la vasta extensión del país, por lo que el autor explica, en este inciso, que periódicamente los doce gobernadores se reunían en cada templo. ¿Una premonición de las futuras anfictionías griegas?

696 La Arsínoe de Estrabón, en tiempos de los Ptolomeos.

697 A veces traducir es simplemente imposible. Aquí el término griego es *eiligmoí,* que traducido más literalmente significa «recodos», de un camino, naturalmente, pero como traductor, y en gracia a la claridad, he tenido que optar por la traducción más prosaica. Otra palabra muy neutra habría sido «paso».

698 Todavía visible hoy en las proximidades de la ciudad de Howara.

699 Se trata de un estanque artificial.

700 Lo que equivale a 640 kilómetros. Este lago estaba pensado para regular el caudal del Nilo.

701 Con lo cual se dice que no tiene forma de cuadrado.

702 Para retornar al Nilo.

703 Lo cual quiere decir que el descenso del nivel de las aguas facilitaba la pesca.

704 Psamético reinó entre los años 663-610 a.C., en la dinastía XXVI.

705 En Egipto había varios oráculos; el autor se refiere al más famoso.

706 Cfr. cap. 59.

707 De manera que la forma del recinto es cúbica.

708 Probablemente consagrados a Apolo, a Leto y a Ártemis.

709 Esta versión del mito es exclusivamente egipcia, y no se encuentra en ningún autor griego. La de este lugar de Heródoto es la única referencia que poseemos de ella.

710 Pero ello no se encuentra ni en las tragedias ni en los fragmentos conservados de Esquilo.

711 Pero aquí no hay ninguna relación de causa a efecto. En realidad no se explica en ningún sitio la causa de la flotabilidad de la isla. Pero la idea de una isla flotante no era ajena a los griegos: también, según el himno homérico a Apolo, Delos era una isla flotante.

712 La ciudad filistea de Ashdod, situada en la costa; aparece una vez en el Nuevo Testamento, *Hech*, 8, 40; en ella se encuentra el diácono Felipe luego de bautizar al eunuco de la reina de Candace.

713 Durante los años 616-600 a.C.

714 O sea, que además que el espacio que ocupaban al navegar paralelos se había de contar también el que necesitaban las dos hiladas de remos.

715 En egipcio *Pi-tumu*, «la ciudad del dios Tumu», a unos diecisiete kilómetros al oeste de la actual ciudad de Ismailía.

716 El Mediterráneo.

717 Neco se dirigía contra Babilonia, sin llegar a ella, porque después de la batalla de Megiddo, en Palestina (que Heródoto confunde con Magdolo, en el Bajo Egipto), a pesar de haber derrotado a Josías, rey de Palestina, no logró ir más allá de Caditi, la actual Gaza. Nos movemos en los aledaños de la Biblia, cfr. 1Re 4, 12.

718 Cfr. IV, 159.

719 A orillas del canal que unía la boca Canóbica del Nilo con el lago Mareótide.

720 El significado de los dos apelativos es oscuro.

721 La palabra griega *nomos* en realidad es intraducible. El término «distrito» me parece el más aproximado.

722 Una mina equivalía a 437 gramos y un cótilo a tres decilitros.

723 Aquí habla el griego, naturalmente.

724 Me permito esta traducción, tomada del lenguaje de la Biblia, que designa así el lugar más sagrado del Templo de Jerusalén, pues en su tenor verbal por lo menos el concepto aquí del texto griego es muy afín.

725 El dios Osiris.

726 En la pequeña isla de Delos, la central de las Cícladas, con un célebre templo de Apolo, había un lago elíptico en el que vivían los cisnes sagrados del dios.

727 Los datos arqueológicos confirman al cien por cien lo que aquí dice Heródoto. De modo que su información no fue deficiente.

728 Durante los años 569-526 a.C.

729 Una localidad cercana a Sais.

730 Hacia mediodía.

731 Equivalentemente: guarda las francachelas para la noche.

732 La diosa Neit de los egipcios.

733 «A la diosa»: en el texto griego no está, pero se sobrentiende y debe indicarse en la traducción; de lo contrario el texto queda sin sentido. Estamos ante cierta braquilogía.

734 No es difícil traducir así, pues éste es exactamente el término griego: significa «hecho (o mejor, «perforado») en un solo bloque de piedra».

735 O sea, componentes de una de las castas, los navegantes. Debió de entenderse como un honor conferido.

736 Aquí el término griego introduce una pequeña *variatio* y admitiría ser traducido por «vivienda», pero prefiero no variar la terminología.

737 El enojo del director era un mal agüero.

738 Aquí por parte de Heródoto es constante el uso del verbo *anatíthemi* con un claro

componente semántico religioso, «consagrar». En su tratado *(logos)* de Egipto la religión obsesionó a nuestro autor.

739 Algún traductor traduce aquí «capilla», pero el término me parece muy reductivo.

740 En sustancia, Diodoro lo confirma enérgicamente (I, 77), pero Amasis es posterior a Solón unos treinta años, de modo que esta ley debía de ser vigente en Egipto muy anteriormente a la época de Amasis, o sea que no fue éste, sino un rey muy anterior a él, quien la promulgó en Egipto. A mayor abundamiento, según Plutarco *(Solón*, 87, 8) esta ley aparece ya en la constitución draconiana ateniense, con lo cual en el mismo Egipto tal ley remontaría a una época muy anterior a Amasis.

741 Casi un título honorífico, no conferido a él únicamente, también a Psamético, por ejemplo. Al cabo de la historia, y preferentemente en el periodo helenístico, «amigo de los griegos» será una distinción a veces decisiva.

742 En la zona norte de Náucratis, ya citado por Hecateo, fragm. 309.

743 Para que lo comercializaran; el alumbre se utilizaba principalmente en tintorería.

744 El famoso destinatario de una oda de Íbico.

745 No del país, sino del héroe epónimo del país. Léase el principio de la tragedia de Esquilo *Las suplicantes*.

746 Heródoto cierra su tratado de Egipto con una inexactitud. En efecto, no fue Amasis el primer egipcio que dominó la isla de Chipre; en todo caso fue Apries y, más probablemente, antes que los egipcios, dominaron Chipre los fenicios.

LIBRO III
TALÍA

INTRODUCCIÓN

ESTE tercer libro inicia su andadura bajo el reinado de Cambises, descrito por Heródoto con rasgos especialmente duros. Se enlaza con el final del libro anterior describiendo la conquista de Egipto por parte de los persas, sin limitarse a este objeto: se narran accesoriamente, con el fin de caracterizar al protagonista, las humillaciones inferidas por Cambises a los egipcios y a su faraón Psaménito, que no sobrevive (1-16). Campaña contra los etíopes y contra los amonios, ante la imposibilidad de luchar directamente contra Cartago; exploración, en Etiopía, del país de los ictiófagos (17-26). Sacrilegios y locura de Cambises, quizás como advertencia (27-38). El intermedio griego: la guerra entre la isla de Samos y Esparta (39-60). Regreso a Persia: los magos, en realidad una clase social, escalan el poder; muerte de Cambises (61-67). Derrocamiento y muerte de los magos que fingían una autoridad legal (68-87). Empieza el reinado de Darío: división del imperio egipcio en satrapías: Heródoto parece reconocer, implícitamente, una cierta superioridad egipcia de organización. Derivación normal: los países más lejanos del mundo (88-117). La insolencia de Intafrenes castigada por Darío (118-119). Oretes, asesino de Polícrates (120-128). Un primer caso de espionaje a nivel universal: Democedes en Grecia (129-138). Silosonte, hermano de Polícrates, transición a la narración de la conquista de Samos como restitución de la equidad (139-149). Protagonismo de Zópiro en la sublevación de Babilonia (150-160).

EL LOGOS PERSA, 1.ª PARTE (1-IV, CAP. 4)

1. Bien. Contra este Amasis[747] salió en campaña Cambises[748], el hijo de Ciro, y con él salieron asimismo los pueblos que le estaban sometidos, entre ellos los jonios y los eolios. El motivo de la campaña fue el siguiente: Cambises había enviado un heraldo a Egipto[749] en solicitud de la mano de una hija de Amasis. Lo hizo asesorado por un egipcio que odiaba a Amasis porque éste, de entre todos los médicos que había en Egipto, le había mandado precisamente a él al persa, separándole de su mujer y de su hijo: Ciro había solicitado de Amasis el mejor oculista[750] que hubiera en Egipto. Rencoroso por esto, el egipcio indujo a Cambises a pedir a Amasis una hija suya por esposa, con lo cual si se la concedía quedaría dolido por ello[751], y si se la negaba, con ello se enemistaría con Cambises. Amasis no podía acceder a la petición de Cambises, pero tampoco tenía el coraje de negarse a ella. Odiaba el poderío de los persas, pero también lo temía, y sabía muy bien que Cambises no tendría a su hija por esposa, sino por concubina. De modo que encontró la siguiente salida: había todavía una hija del rey Apries; la única de su casa que continuaba con vida. Era muy atractiva, de una gran belleza; se llamaba Nitetis[752]. Amasis mandó ataviarla con oro y con vestidos espléndidos, y la mandó a Persia como si fuera su propia hija. Pasó algún tiempo: al ver ella que cuando Cambises le dirigía la palabra la llamaba hija de Amasis, la muchacha le dijo: «Rey, no te das cuenta de que Amasis te ha estafado. Pues me ha ataviado y me ha entregado a ti como si yo fuera hija suya, pero en realidad soy hija de Apries, contra el que Amasis y los egipcios se sublevaron, a pesar de que era su señor; él mandó asesinarle.» Por estas palabras y por este motivo Cambises, el hijo de Ciro, se encolerizó y declaró la guerra a los egipcios. Esto es lo que dicen los persas.

2. Los egipcios reivindican a Cambises como suyo: dicen que viene precisamente de esta hija de Apries. Según ellos habría sido Ciro quien solicitó de Amasis una hija, y no Cambises. Pero está claro que al decir esto

no hablan correctamente. No les ha pasado por alto (pues si hay alguien que conozca bien las costumbres persas, éstos son precisamente los egipcios), en primer lugar, que si existe un hijo legítimo, un bastardo entre los egipcios nunca puede llegar a rey[753] y, en segundo lugar, que Cambises era hijo de Casandane, la hija del aqueménida Farnaspes, no egipcia, por lo tanto. Los egipcios tergiversan la historia porque quieren verse emparentados con la casa de Ciro. Así se explica todo.

3. Existe también esta otra versión (que para mí, desde luego, es increíble), según la cual una mujer persa se llegó al lugar donde estaban las mujeres egipcias y cuando al lado de Casandane contempló a unos niños hermosos y espigados, prorrumpió a alabarlos en voz alta y en su admiración rebasó toda mesura. Ante lo cual Casandane, la mujer legítima de Ciro, observó: «Y a pesar de ser yo la madre de unos hijos tan estupendos, Ciro me tiene en muy poco y, en cambio, honra grandemente a la mujer que se ha traído de Egipto.» Aseguran que lo dijo por odio a Nitetis, y que entonces Cambises, el mayor de sus hijos, exclamó: «¡Madre! Cuando yo llegue a hombre pondré, en Egipto, abajo lo que está arriba y arriba lo que está abajo.» Explican que dijo esto cuando contaba unos diez años; las mujeres se quedaron de una pieza. Pero él no lo olvidó jamás, y cuando llegó a hombre y asumió el imperio emprendió su campaña contra Egipto.

4. Con esta expedición se conjugó lo que sigue: había un hombre procedente de uno de los pueblos aliados de Amasis; era de Halicarnaso, y se llamaba Fanes, persona de mente lúcida y de gran valor en la guerra. Este Fanes tenía quejas contra Amasis y se escapó de Egipto en una nave, pues quería entrar en contacto con Ciro. Pero entre los aliados gozaba de gran reputación y conocía al dedillo la situación egipcia, de modo que Amasis mandó perseguirle, con un enorme interés por echarle mano. Le hizo perseguir: mandó en pos de él un trirreme, al mando del cual iba el más fiel de sus eunucos. Éste le alcanzó en Licia, pero cuando le hubo atrapado no logró devolverle a Egipto, pues Fanes le superaba mucho en astucia: emborrachó a sus guardianes y se escapó hacia los persas.

Cuando Cambises se preparaba para su campaña contra Egipto estaba perplejo a causa de la marcha, pensando cómo podría atravesar el desierto. Y Fanes acudió a él y le explicó las gestas pretéritas de Amasis. Le describió

también la ruta que debía seguir, y le aconsejó mandar un emisario al rey de Arabia en solicitud de que les ofreciera seguridad en su recorrido.

5. Pues sólo a través del territorio árabe se puede entrar en Egipto. Desde Fenicia hasta el límite de la ciudad de Caditis el país pertenece a los sirios, que se llaman a sí mismos palestinos. Desde Caditis, una ciudad que me parece que no es muy inferior a Sardes, las plazas comerciales costeras hasta la ciudad de Yaniso pertenecen a los árabes, y desde Yaniso hasta el mar Serbónico, junto al cual se extiende la cordillera Casia hasta este mar, es otra vez dominio sirio. A partir del mar Serbónico, en el cual dice la leyenda que se ocultó Tifón, estamos ya en Egipto. El territorio que se extiende desde la ciudad de Yaniso y la cordillera Casia o, lo que es igual, hasta el mar Serbónico, no es pequeño, sino que, en su longitud de tres días de camino, es extraordinariamente escaso de agua.

6. Ahora voy a explicar algo que pocos de los que navegan hacia Egipto han advertido. De todas las regiones de Grecia, y también de Fenicia, se exportan dos veces[754] cada año cántaros llenos de vino y, con todo, ¡es imposible, por así decirlo, ver vacío un solo cántaro de los que han contenido vino! ¿En qué parte del mundo, podríamos preguntar, los han depositado? Quiero explicarlo: cada demarco[755] debe recoger los cántaros de su ciudad y llevarlos a Menfis. Y los habitantes de Menfis tienen la obligación de llenarlos de agua y de transportarlos precisamente a esta región de Siria tan escasa de agua: o sea, que tanto los vasos que llegan a Egipto por primera vez como los que en Egipto ya se vaciaron se transportan, unos y otros conjuntamente, a Siria.

7. Así que fueron los persas los que, luego de conquistar Egipto, aparejaron esta vía de acceso al país, por cuanto la proveyeron suficientemente de agua del modo que he descrito. Pero ya antes, cuando no había todavía agua disponible, Cambises, asesorado por el extranjero de Halicarnaso, había enviado mensajeros a los árabes, y ante sus ruegos recibió seguridades: él les dio su palabra y recibió la de ellos[756].

8. Los árabes son fieles a sus pactos como nadie más entre los hombres. Y los cierran de esta manera: cuando dos quieren concluir un pacto de lealtad, un tercer hombre se interpone entre ellos y con una piedra afilada les practica a ambos un corte en la palma de la mano, junto al dedo pulgar. Luego toma

un retazo del manto de ellos y moja con su sangre siete[757] piedras que hay en medio: mientras lo hace, invoca a Dioniso y a Urania. Cuando el intermediario ha concluido, el que hace el pacto recomienda a su amigo a los extranjeros o a sus conciudadanos, esto último cuando cierra el pacto con un conciudadano. Y los amigos también tienen por muy indicado honrar el pacto. Pero junto a Urania piensan que sólo hay un dios, Dioniso. Y pretenden llevar un corte de pelo como el de Dioniso. En efecto, se lo cortan en redondo, y se afeitan en parte las sienes. Pero a Dioniso lo llaman Orotalt, y a Urania, Alilat.

9. Luego que el árabe hubo cerrado el pacto con los enviados de Cambises, urdió lo siguiente. Llenó de agua unos cueros de piel de camello y los cargó en todos sus camellos vivos, hecho lo cual se adentró en el desierto y aguardó allí al ejército de Cambises. Ésta es la más creíble de las versiones que nos han llegado; hay otra menos creíble, que, sin embargo, ya que ha sido transmitida, también debe ser expuesta. En Arabia hay un río muy caudaloso, llamado Coris, que desemboca en el llamado mar Rojo[758]. Se cuenta que el rey de Arabia fabricó, cosiendo pieles de toro y de otros animales, un odre que llegaba hasta el desierto, y que condujo el agua a través de este cuero. Además, mandó excavar en el desierto grandes cisternas que debían recoger y conservar el agua. El camino desde este río hasta el desierto dura doce días. Y aseguran que el árabe mediante cueros, así, hizo llegar agua a tres lugares distintos.

10. Psaménito[759], el hijo de Amasis, había acampado en la desembocadura del Nilo llamada Pelusia, y allí aguardaba a Cambises. Pero, cuando Cambises marchó contra Egipto, Amasis ya había muerto, tras un reinado de cuarenta y cuatro años, un periodo en el cual no le sobrevinieron grandes adversidades. Muerto y embalsamado, su cadáver fue sepultado en el santuario, en el sepulcro que él mismo se había mandado construir. Cuando Psaménito, hijo de Amasis, ocupaba el trono de Egipto, los egipcios experimentaron un portento extraordinario. Porque en Tebas de Egipto diluvió como nunca antes ni después, hasta mis tiempos, nadie vio jamás, según dicen los mismos tebanos. Pues en el Alto Egipto no llueve nunca, y en Tebas alguna vez caen cuatro gotas.

11. Cuando en su marcha por el desierto los persas acamparon en las

proximidades de los egipcios para medirse con ellos, los aliados de los egipcios —que eran hombres griegos y carios—, reprochando a Fanes que mandara un ejército extranjero contra Egipto, tramaron esto contra él. Fanes tenía hijos, que habían quedado en Egipto. Luego de trasladarlos al campamento, al alcance de la vista de su padre, colocaron en medio de los dos campos una cratera, llevaron hasta ella estos hijos, uno tras otro, y los degollaron sobre la cratera. Cuando hubieron asesinado a todos sus hijos vertieron en la cratera vino y agua y así que los aliados hubieron probado tal brebaje, entraron enseguida en combate. La lucha fue feroz, con una gran mortandad por ambos bandos. Pero los egipcios acabaron dándose a la fuga.

12. Y cuando los nativos me lo hicieron observar, yo vi realmente una gran maravilla. Los huesos de los muertos en esta batalla se habían amontonado por separado. En un lado hay los huesos de los persas tal como ya al principio fueron enterrados en su sitio, y en otro están los de los egipcios. Pues bien, las calaveras de los persas son tan tenues que las taladras con sólo lanzarles una pequeña piedrecita, mientras que las de los egipcios, por el contrario, son tan recias que apenas si podrías quebrarlas lanzándoles un pedrusco. Y como causa de ello me indicaron lo siguiente, que a mí me convenció con facilidad. Los egipcios desde su niñez se rapan la cabeza y el sol fortalece sus huesos. Precisamente ésta es la causa de que no se vuelvan calvos. De manera que éste es el motivo de que sus calaveras sean recias. Por el contrario, he aquí la causa de que los persas tengan tenues los huesos de sus calaveras. Desde su juventud enervan sus cabezas porque viven bajo la sombra: se tocan con tiaras. Yo los he visto así. Algo semejante vi en Papremis[760] en aquellos que fueron aniquilados juntamente con Aquémenes, hijo de Darío, por el libio Ínaro.

13. Pero los egipcios en plena batalla se volvieron de espaldas y huyeron a la desbandada. Los acorralaron hasta Menfis, y Cambises les mandó, río arriba, una nave mitilenea con un heraldo persa que exhortaba a un acuerdo. Los egipcios, al ver que la nave iba llegando a Menfis, se revolvieron en masa saliendo por la muralla, destruyeron la nave, despedazaron a los tripulantes y se llevaron los despojos al interior de la muralla. Aquellos egipcios fueron asediados y al cabo de un tiempo se vieron obligados a rendirse. Pero los libios limítrofes, llenos de temor por lo que había ocurrido

en Egipto, se entregaron sin lucha, se declararon dispuestos a pagar un tributo y remitieron presentes. Exactamente lo mismo hicieron los cireneos y los barceos[761], tan atemorizados como los libios. Cambises aceptó amistosamente presentes procedentes de los libios, pero trató con desdén los que le llegaban de los cireneos; a mí me parece que fue porque eran poca cosa. Pues los cireneos sólo habían aportado quinientas minas de plata. Él las cogió y las distribuyó personalmente entre los soldados.

14. Al décimo día de haber tomado los muros de Menfis, Cambises hizo sentar, acompañado de otros egipcios, a Psaménito, el rey de los egipcios, que había reinado seis meses, en un espacio delante de la ciudad para afrentarle; quería poner a prueba su magnanimidad de la siguiente manera. Hizo vestir con vestidos de esclava a una de las hijas de Psaménito, y la envió con un cubo a buscar agua. Juntamente con ella envió además a otras doncellas que había seleccionado de entre las familias de más alta alcurnia, con los mismos andrajos que la hija del rey. Cuando las doncellas, gimiendo y llorando, pasaron junto a sus padres, ellos, por su parte, también gritaban y se quejaban de ver sus hijas tan ultrajadas. Pero Psaménito cuando ante sí vio y reconoció a su hija clavó su vista en el suelo. Las aguadoras ya habían pasado por allí, y Cambises, en segundo lugar, hizo pasar delante de Psaménito a su hijo, junto con dos mil egipcios más que contaban su misma edad: llevaban dogales atados al cuello y un freno en la boca. Iban a ser ejecutados para vengar a los de Mitilene que habían perecido junto a su nave. En efecto, los jueces reales habían emitido una sentencia: por cada hombre debían morir diez egipcios de entre los más nobles[762]. Psaménito los vio pasar y comprobó que su hijo era llevado a la muerte a la cabeza de todos ellos, y mientras el resto de egipcios que se sentaban a su vera lloraban y gemían, él repitió lo que ya había hecho con su hija. También éstos habían ya pasado, y sucedió que, de entre sus anteriores compinches de bebida, un hombre anciano, que había sido expoliado de todos sus bienes y que no tenía nada, a excepción de lo que, como mendigo, obtenía de los soldados, pasó junto a Psaménito, el hijo de Amasis, y junto a los egipcios que, a la puerta de la ciudad, estaban sentados junto a él. Al verle Psaménito gimió en alta voz, llamó a su compañero por su nombre y se golpeaba la cabeza. Naturalmente, allí había unos guardianes que iban indicando a Cambises todo lo que

Psaménito hacía ante cada pasada. Cambises se extrañó de la conducta de Psaménito y le envió un mensajero que le formuló tal interrogación: «Cambises, tu señor manda preguntarte, Psaménito, cómo es que tú ni gritaste ni lloraste cuando viste a tu hija ultrajada y a tu hijo conducido a la muerte, y ahora has honrado a este mendigo, que no es en absoluto pariente tuyo (Cambises lo sabe porque lo ha preguntado)?» Tal fue su pregunta, y he aquí la respuesta: «¡Hijo de Ciro! Mi dolor personal fue demasiado fuerte para que yo pudiera lamentarme, pero el dolor de este compañero, que ha perdido unas grandes, unas formidables riquezas y en el umbral de la vejez[763] se ha convertido en mendigo, éste sí que merece mis lágrimas.» Explican que cuando el mensajero se la hubo referido, tal cosa encontró la aprobación de Cambises. Y tal como los egipcios cuentan, también Creso lloró (pues había seguido a Cambises hacia Egipto), y lloraron los persas presentes; el mismo Cambises se conmovió y ordenó inmediatamente que rescataran al hijo de Psaménito de entre los conducidos a la muerte, que hicieran levantar a Psaménito de las afueras de la ciudad y que le condujeran a su presencia.

15. Pero al hijo que buscaban ya no lo encontraron vivo, pues había sido el primero en ser ejecutado. Hicieron levantar a Psaménito y lo condujeron al palacio de Cambises. Y desde entonces iba viviendo allí sin que le ocurriera nada malo. Si hubiera sabido mantenerse alejado de las empresas de estado arriesgadas habría recuperado Egipto, de manera que lo habría gobernado en calidad de lugarteniente[764], pues los persas acostumbran a honrar a los hijos de los reyes. Aun en el caso de que estos últimos se subleven contra ellos, a pesar de ello restituyen el gobierno a sus hijos. De muchos casos se puede extraer la conclusión de que tal es su costumbre, entre otros, por el siguiente. Tamiras, el hijo de Ínaro[765], recuperó el poder que había ejercido su padre, y lo mismo Pausiris, el hijo de Amirteo, pues también él recuperó el poder de su padre. Y nótese que, comparándolos con Ínaro y Amirteo, no ha habido nadie que haya causado tanto daño a los persas. Pero Psaménito tramó algo malvado y recibió su merecido. Pues fue sorprendido intentado sublevar a los egipcios. Pero Cambises le descubrió y condenó a Psaménito a beber sangre de toro[766], cosa que le causó la muerte inmediata. Tal fue su fin.

16. Pero Cambises, desde Menfis, se dirigió a la ciudad de Sais con la intención de hacer lo que realmente hizo. Así que entró en el palacio de

Amasis ordenó sacar fuera del sepulcro su cadáver. Cuando le hubieron hecho esto, mandó azotarle y arrancarle los cabellos, aguijonearle e inferirle todo tipo de ultrajes. Los que lo hacían ya estaban fatigados, pues el cadáver, que había sido embalsamado, resistía y no cedía en nada; Cambises ordenó quemarle[767], una orden ciertamente sacrílega[768], porque los persas creen que el fuego es un dios. Ningún pueblo en ninguna parte considera legal quemar los cadáveres, entre los persas por el motivo indicado, porque dicen que es ilícito adjudicar a un dios el cadáver de un hombre. Entre los egipcios hay la consideración de que el fuego es una fiera viva que devora todo aquello a que pueda echar mano. Y cuando se ha hartado de comida se extingue juntamente con lo que ha devorado. De modo que en ninguna parte se da el uso de entregar los muertos a las fieras. Por eso los embalsaman, para evitar que tendidos ahí sean pasto de los gusanos[769]. Así Cambises ordenó hacer lo que nadie juzga legal. Con todo, los egipcios explican que no fue Amasis quien sufrió todo esto, sino otro egipcio de su misma edad; los persas ultrajaban a éste convencidos de ultrajar a Amasis. Pues dicen que Amasis había sabido por un oráculo lo que le ocurriría tras su muerte. De manera que tomó sus precauciones ante lo que se le notificaba, y este hombre que ahora había sido azotado, cuando murió, hizo que le enterraran en su propia urna, detrás de las puertas, y había encargado a su hijo que a él le depositaran en el rincón más extremo de la cámara mortuoria. Pero a mí me parece que tales órdenes de Amasis respecto de su sepultura y respecto a este sujeto jamás fueron dadas y, además, que con ellas los egipcios se dan mucho pisto.

17. Después Cambises planeó una triple campaña: contra los cartagineses[770], contra los amonios y contra los etíopes longevos[771], los que viven en el sur, junto al mar de Libia. Mientras las planeaba, le pareció oportuno enviar su flota contra los cartagineses, contra los amonios una determinada parte de su ejército de tierra, y contra los etíopes, de momento, sólo espías con la misión de averiguar si la mesa del sol[772], que debe de encontrarse entre estos etíopes, existe realmente, y además espiar todo lo restante, con el pretexto de unos presentes[773] que llevaban consigo para aquel rey.

18. De la mesa del sol se dice que consiste en lo siguiente: delante de la ciudad hay un prado repleto de carnes cocidas de todos los cuadrúpedos. Por

la noche acuden a este prado todos los altos dignatarios de entre los ciudadanos, y disponen en él con mucho tino las carnes, para que, entrado ya el día, todo aquel a quien le apetezca pueda ir allí a comer. Pero los nativos aseguraban que la tierra produce esto siempre espontáneamente. De modo que la mesa del sol cuentan que es así.

19. Cuando Cambises hubo decidido el envío de estos espías, mandó llamar inmediatamente de la ciudad de Elefantina a aquellos ictiófagos[774] que dominaban la lengua de los etíopes. Mientras iban a buscarlos, mandó que su flota zarpara ya contra los cartagineses. Pero los fenicios dijeron que no lo harían: se habían ligado por solemnes juramentos, y ahora no obrarían piadosamente si salían en campaña contra sus propios hijos. De modo que los fenicios se negaron, y el resto no era lo suficientemente fuerte para esta lucha. Así fue como los cartagineses escaparon de verse sometidos a los persas. Porque Cambises consideró indicado recurrir a la fuerza para obligar a los fenicios, ya que se habían entregado voluntariamente a los persas y toda su flota dependía de los fenicios. También los chipriotas se habían entregado a los persas, y ahora marcharon contra los egipcios.

20. Cuando los ictiófagos de Elefantina llegaron a Cambises, éste los mandó al país de los etíopes encargándoles lo que debían decir, y confiándoles estos presentes: un vestido de púrpura, un collar de oro, brazaletes, un jarrón de alabastro cincelado lleno de perfume y un tonel de vino de palma. Estos etíopes a los que Cambises envió sus mensajeros deben de ser los más bellos, los más fornidos de todos los hombres. En cuanto a sus costumbres, se dice de ellos que las tienen diferentes, y que los distinguen de todos los demás hombres. Por ejemplo, en lo que afecta a la realeza, tienen esta norma: exigen que sea su rey aquel de entre todos sus conciudadanos que ellos juzguen el más corpulento, y que posea una fuerza proporcional a su corpulencia.

21. Bien: los ictiófagos llegaron a estas gentes, entregaron los presentes a su monarca y hablaron así: «Cambises, el rey de los persas desea convertirse en amigo y en huésped tuyo. Nos ha enviado aquí con instrucciones de entablar negociaciones contigo, y ahora te obsequia con estos presentes, en cuyo uso él mismo goza del máximo placer.» Pero el etíope se había enterado de que acudían a explorar, y les espetó: «Ni el rey de los persas os envía con

obsequios porque considere un gran honor convertirse en huésped mío, ni decís la verdad, pues habéis venido a explorar mi imperio. Y el tal hombre no practica la justicia. Pues si fuera justo no habría deseado un país ajeno, que no es el suyo, ni habría querido reducir a esclavitud a unos hombres que no le han maltratado en nada. Pero ahora entregadle este arco[775] que hay aquí y decidle lo siguiente: "El rey de los etíopes aconseja al rey de los persas: si los persas pueden tender fácilmente un arco de tales dimensiones, en tal caso él sólo debe salir en campaña contra los etíopes longevos si los supera en número. Y hasta aquí debe agradecer a los dioses que no hayan puesto en la mente a los hijos de los etíopes añadir a su propio país un país ajeno."»

22. Tras estas palabras distendió el arco y lo entregó a los recién llegados. Después tomó el vestido de púrpura y les preguntó qué era y con qué lo habían confeccionado. Cuando los ictiófagos le dijeron la verdad acerca del color púrpura y del teñido, el rey comentó que aquellos hombres eran unos embusteros y que los vestidos que le traían eran un engaño. Y reiteró sus preguntas acerca del oro, del collar y de los brazaletes. Cuando los ictiófagos le describieron el ornato, el rey se echó a reír, porque creía que eran cadenas, y añadió que entre ellos las cadenas eran más fuertes que aquéllas. En tercer lugar les preguntó por la mirra. Cuando ellos le hablaron de su producción y de su uso para ungir, les dijo lo mismo que les había dicho sobre el vestido. Pero cuando llegó al vino y les preguntó sobre su producción quiso saber, puesto que tal bebida le había gustado sobremanera, en qué consistía la comida del rey y el tiempo máximo que normalmente vivía un persa. Ellos le respondieron que el rey comía pan y aquí se explicaron sobre la naturaleza del trigo, y que las expectativas máximas de vida que se daban para el hombre eran ochenta años. A lo cual comentó el etíope que no le extrañaba que vivieran tan pocos años, puesto que comían estiércol. Porque ni tan siquiera podrían llegar a vivir tanto si no se repusieran con aquella bebida —y aquí señaló a los ictiófagos el vino—; en tal terreno sí que ellos eran inferiores a los persas.

23. Entonces los ictiófagos, por su parte, preguntaron al rey de los etíopes acerca de su género de vida y cuánto duraba ésta entre ellos, a lo cual el rey repuso que en su mayoría llegaban a los ciento veinte años, y que algunos rebasaban con mucho esta edad; su comida consistía en carne cocida; su

bebida era la leche. Aquí los exploradores expresaron su admiración por el número de años, y entonces el rey les condujo hasta una fuente. Ellos se bañaron en ella, y salieron lustrosos como si la fuente fuera de aceite; además olían a violetas. El agua de esta fuente, explicaron los exploradores, era tan leve que nada podía flotar en ella, ni madera ni algo más liviano que la madera: todo se hundía en la profundidad. Si esta agua es realmente como ellos cuentan, por aquí se explica, si la usaban para todo, que sean tan longevos. Cuando se marcharon de la fuente, el rey les condujo a la prisión de hombres, donde todos los presos estaban encadenados con grilletes de oro. Pero es que entre estos etíopes lo más raro y precioso de todo es el hierro. Después de haber visitado la cárcel, visitaron la llamada mesa del sol.

24. Su última visita fue para los sarcófagos, que ellos hacen de una piedra transparente, de la siguiente manera. Luego que han disecado el cadáver tal como lo hacen los egipcios o con cualquier otro procedimiento, lo cubren íntegramente con una capa de yeso que adornan con pinturas que en la medida de lo posible reproducen la figura del difunto. A continuación lo introducen en una estela de este cristal transparente, que han labrado hueca por dentro (este cristal se da entre ellos en abundancia en yacimientos y se trabaja con facilidad). El difunto, metido en la estela, resulta visible sin despedir ningún hedor desagradable ni parecer repugnante. Todo resulta tan visible como el cadáver mismo. Durante un año los parientes más cercanos custodian la estela en su casa[776] y le ofrecen en sacrificio las primicias de todo; pasado este tiempo la sacan de su casa y la depositan en los alrededores de la ciudad.

25. Luego de haber visto todo esto, los exploradores regresaron. Lo anunciaron a Cambises, que montó en cólera y marchó inmediatamente contra los etíopes longevos sin mandar previamente hacer acopio de víveres, sin pararse a reflexionar que la expedición llegaría hasta los confines del mundo: ¡tal locura, tal frenesí le asaltaron cuando, tras escuchar a los ictiófagos, organizó la marcha! Mandó a los griegos allí presentes permanecer en la plaza, y se llevó consigo todo su ejército de tierra. En su avance llegó a Tebas, allí segregó de su ejército a unos cincuenta mil hombres, a los cuales mandó que esclavizaran a los amonios y que pegaran fuego al oráculo de Zeus. Él mismo, al frente del resto de sus tropas, avanzó

contra los etíopes. Y antes de que el ejército recorriera la quinta parte del camino se le agotaron los víveres que llevaba consigo. Y después de los víveres se les acabaron también los animales de tiro, ya que fueron también devorados. Si Cambises, al apercibirse de todo esto, hubiera reconocido su error y lo hubiera enmendado replegándose con su ejército, habría sido todavía un hombre razonable (si prescindimos de sus errores del principio), pero siguió tozudamente adelante, sin tener nada en cuenta. Mientras pudieron recoger algo del suelo los soldados vivieron comiendo hierbas. Pero llegaron al país arenoso, y entonces algunos de ellos comenzaron a hacer algo espantoso: lo echaban a suertes en grupos de diez, y se comían al que le tocaba. Se enteró Cambises y se alarmó ante aquella antropofagia, renunció a la campaña contra los etíopes y retrocedió; llegó a Tebas tras perder a muchísimos de los hombres de su ejército. De Tebas bajó hasta Menfis y licenció a los griegos, que se fueron por mar.

26. De manera que la expedición contra los etíopes se desarrolló así. Y los que habían sido enviados en la campaña contra los amonios arrancaron de Tebas y está claro que con sus guías alcanzaron la ciudad de Óasis[777], que ocupaban unos samios, de los que se dice que pertenecían a la tribu escrionia[778]. Óasis dista de Tebas siete jornadas de camino; en lengua griega este país se llama *Las Islas de los Bienaventurados*. De modo que se dice que este ejército llegó hasta aquí, pero a partir de aquí, si exceptuamos los amonios y aquellos que lo han oído de ellos, no hay nadie capaz de informarnos de lo que sucedió. Lo cierto es que ni llegaron al país de los amonios ni regresaron al suyo. He aquí lo que cuentan los propios amonios: desde la ciudad de Óasis los persas marcharon contra ellos a través de los arenales; estaban más o menos a mitad de camino entre Óasis y Amón cuando, concretamente a la hora del desayuno, sopló con violencia inusitada el viento del sur[779] que amontonó dunas de arena y sepultó a los persas, que de este modo desaparecieron. Esto es lo que dicen los amonios que ocurrió a este ejército[780].

27. Cuando Cambises llegó a Menfis, a los egipcios se les apareció Apis, llamado por los griegos Épafo. Cuando se les apareció, los egipcios se vistieron con sus mejores ropas y organizaron festejos. Cuando Cambises vio lo que hacían los egipcios, creyó que se alegraban, y mucho, de que a él las

cosas le hubieran salido mal. Y convocó a los principales de Menfis. Cuando los vio delante de él, les preguntó por qué antes los egipcios, durante la estancia de él en Menfis, no habían hecho nada así, y por qué lo hacían ahora, cuando él volvía a estar allí, pero habiendo perdido gran parte de su ejército. Ellos le explicaron que el dios se les había aparecido; solía aparecérseles muy de tarde en tarde, y cuando lo hacía, todos los egipcios lo celebraban llenos de alegría. Cuando Cambises lo oyó les contestó que mentían, y los condenó a muerte por embusteros.

28. Listas las ejecuciones, convocó, en segundo lugar, a su presencia a los sacerdotes. Éstos le dijeron exactamente lo mismo, y Cambises les contestó que a él no se le pasaría por alto el hecho de que hubiera llegado a los egipcios un dios lleno de mansedumbre. Dijo esto, y mandó a los sacerdotes que condujeran a Apis ante él. Ellos fueron a por aquél y se lo llevaron. Pero este Apis, es decir, Épafo, es el becerro nacido de una vaca que ya no podrá concebir en su vientre nunca más otra cría. Los egipcios dicen que desde el cielo un rayo de luz baja a esta vaca y que de él nace Apis. El becerro llamado Apis tiene estas señales: todo su cuerpo es negro, pero en la testuz tiene una mancha blanca cuadrada y en el lomo la figura de un águila. Los pelos de su cola son dobles y en la lengua tiene un escarabajo.

29. Cuando los sacerdotes le presentaron a Apis, Cambi-ses, rabioso como estaba, desenfundó su puñal y lo clavó en el muslo de Apis, aunque lo que quería era hundírselo en el vientre. Riendo dijo a los sacerdotes: «¡Estáis mal de la cabeza! ¿Tenéis por dioses a unos bichos como éstos, de carne y sangre, que reaccionan así ante el hierro? Los egipcios, desde luego, se merecen este dios, pero a vosotros no os hará ninguna gracia haberme convertido en un hazmerreír.» Tras estas palabras, mandó, a quienes competía, azotar a los sacerdotes; de los demás egipcios, debían matar a todos los que celebraran la fiesta. Y así acabó la de los egipcios. Los sacerdotes fueron castigados, y Apis acabó doblado en el templo, de la herida en el muslo[781]. A Apis, pues, que murió a consecuencia de esta herida, los sacerdotes le enterraron clandestinamente, a escondidas de Cambises[782].

30. Cambises, según cuentan los egipcios, inmediatamente después de este crimen se volvió loco[783], aunque ya antes no estaba muy bien de la cabeza. El primero de los crímenes que cometió fue el asesinato de su hermano[784]

Esmerdis (hermano por parte de padre y de madre). Esmerdis se encontraba en Egipto y Cambises le hizo regresar a Persia porque sólo él, Esmerdis, de entre los persas había conseguido tensar, sin embargo no más de dos dedos, aquel arco que los ictiófagos habían traído de parte del rey etíope; ninguno de los demás persas fue capaz de ello. Mientras Esmerdis ya viajaba hacia Persia, Cambises tuvo en sueños la visión siguiente[785]: le pareció que, de parte de los persas, le llegaba un mensajero y le comunicaba que Esmerdis estaba sentado en el trono de Persia, y que con la cabeza rozaba el cielo. Ante esto le entró la alarma, no fuera que su hermano mandara asesinarle para sucederle en el imperio. Por tanto, mandó a Persia a Prexaspes, hombre en quien de entre los persas tenía depositada la máxima confianza, para que le suprimiera. Prexaspes subió hasta Susa y asesinó a Esmerdis, unos dicen que llevándoselo de cacería, y otros que le condujo hasta el mar Rojo y que allí le hizo ahogar.

31. De modo que dicen que éste fue el inicial de los crímenes de Cambises, el segundo lo cometió contra su hermana, la que lo había seguido hasta Egipto, con la cual convivía maritalmente, a pesar de que le era hermana por parte de padre y madre. Se casó con ella de este modo. Hasta entonces entre los persas eran absolutamente inusitados[786] los matrimonios entre hermanos. Pero Cambises se había enamorado de una de sus hermanas y resolvió casarse con ella. Pero con ello se proponía hacer algo inusitado, por lo que convocó a los llamados jueces reales y les consultó si había alguna ley que ordenara al que amara a una hermana suya casarse con ella. (Los jueces reales son unos hombres elegidos de entre los persas que ejercen hasta su muerte, o bien hasta que se les descubra alguna injusticia; ellos dictan la justicia entre los persas y son los intérpretes de las leyes patrias; todo esto es de su incumbencia.) Ante la consulta de Cambises le contestaron algo que fue tan justo como seguro, pues le respondieron que no encontraban ninguna ley que mandara que un hermano se casara con su hermana, pero que, en cambio, habían encontrado otra, según la cual el rey de los persas podía hacer lo que se le antojara. Con lo cual ni el temor de Cambises les hizo infringir la ley, ni su observancia hizo que ellos murieran: encontraron como aliada otra ley que permite las nupcias entre hermanos. De modo que Cambises entonces se casó con la hermana que quería, pero al cabo de poco tiempo se desposó con otra:

de éstas dos, a la que mató fue a la que le siguió a Egipto.

32. Sobre su muerte, como sobre la de Esmerdis, hay dos versiones. Porque los griegos dicen que Cambises hizo pelear a un cachorro de león contra un cachorro de perro, y que esta esposa suya también lo contemplaba. E iba perdiendo el cachorro de perro, y otro cachorro de perro, hermano suyo, rompió sus ataduras y se lanzó en su ayuda. Así resultaron dos contra uno y vencieron al cachorro de león. Cambises, al verlo exultó de gozo, pero su mujer, que estaba a su lado, rompió a llorar. Cambises, al verla, le preguntó por qué lloraba, y ella dijo: «Lloro porque he visto cómo un cachorro ayuda a otro cachorro, y recuerdo a Esmerdis; seguro que tú no dispusiste de nadie que le ayudara.» De modo que tal es la explicación de los griegos acerca de la muerte de ésta a manos de Cambises. Los egipcios dicen que la mujer, en la mesa, cogió una lechuga y empezó a deshojarla, preguntando a su marido cómo era más bella la lechuga, si deshojada o entera. Él repuso que entera, y ella comentó: «Sin embargo, tú imitaste a esta lechuga de aquí, pues deshojaste la casa de Ciro.» Cambises se enfureció y propinó una patada a su mujer, que estaba encinta; ella abortó y murió en el trance.

33. De esta manera, como un loco de atar, Cambises trató a sus allegados más próximos, ya sea a causa de Apis o por cualquier otra causa, pues muchas son las desventuras que normalmente asaltan a los hombres. Algunos dicen que desde su infancia padeció una enfermedad grave, que algunos llaman sagrada[787]. De manera que fue totalmente comprensible que su espíritu no gozara de excesiva sanidad si su cuerpo sufría asimismo una enfermedad grave.

34. Pero en el caso siguiente se enfureció contra el resto de los persas. Pues se cuenta que a Prexaspes[788], al que él honraba más entre los hombres, pues era quien le daba las noticias[789], y hasta había hecho copero suyo a su hijo, honor no pequeño entre los persas, le preguntó: «¿Prexaspes, por qué clase de hombre me tienen los persas? ¿Qué es lo que dicen de mi?» Y él le contestó: «Señor, te alaban mucho en todo, excepto en una cosa: dicen que eres demasiado dado a la bebida.» De manera que con esto le declaró el juicio de los persas sobre él; Cambises, enfurecido, repuso: «Si ahora los persas dicen que yo soy aficionado al vino, esto significa que he perdido la razón, que no estoy en mi sano juicio. De modo que tampoco sus palabras anteriores

responden a la verdad»[790]. Porque tiempo atrás Cambises había preguntado a Creso y a los miembros de su consejo qué clase de hombre les parecía que era comparado con su padre. Todos sus dominios le venían efectivamente de él, pero había añadido, además, Egipto y la costa. Tal era la respuesta que habían dado los miembros persas, pero Creso[791], que estaba presente, no quedó satisfecho con este juicio, y había respondido a Cambises: «Para mí, hijo de Ciro, tú no eres igual a tu padre, pues no tienes un hijo que se iguale a ti, tal como él lo dejó en ti.» Cambises se alegró de estas palabras y elogió el juicio de Creso.

35. Dicen que ahora Cambises pensó en ello y que dijo, colérico, a Prexaspes: «Tú date cuenta ahora de si los persas dicen la verdad o bien si, cuando afirman esto, no están en su sano juicio. Porque si yo a tu hijo, que está ahí, en la antesala, le doy con mi disparo en pleno corazón será evidente que lo que dicen los persas es absurdo. En cambio, si fallo, puedes asegurar que los persas dicen la verdad y que yo no estoy en mi sano juicio.» Dijo esto, tensó el arco y acertó de lleno al hijo de Prexaspes, que se desplomó. Entonces Cambises mandó que lo abrieran y que inspeccionaran la herida. Y se le encontró la flecha en el corazón; Cambises se dirigió riendo al padre de aquel hijo y le dijo, lleno de satisfacción: «Prexaspes, ya has visto claramente que yo no estoy loco, más bien son los persas los que no andan bien de la cabeza. Pues a ver, dime: entre todos los hombres, ¿has visto uno que dispare con tal puntería?» Y Prexaspes, que se dio cuenta de que aquel hombre no estaba bien de la cabeza, respondió, temiendo por su propia persona: «Señor, yo creo que ni un dios podría disparar con tanta puntería.» Y entonces liquidó la cosa así, pero en otra ocasión mandó detener sin ningún motivo razonable a doce persas de los de más alcurnia y los hizo enterrar vivos cabeza abajo.

36. Cuando había perpetrado esto, al lidio Creso le pareció justo reprenderle con estas palabras: «Oh rey, no cedas en todo a tu edad ni a tu ira, domínate, modérate. Es bueno prever, pues la previsión es algo sabio. Pero tú llevas a la muerte hombres que te son conciudadanos y que has mandado detener sin motivo ni razón. ¡Matas incluso a niños! Si cometes muchas cosas de este calibre, ¡cuidado con que los persas no deserten de ti! A mí tu padre Ciro me encargó encarecidamente que te reprendiera, que te aconsejara lo que me pareciera un bien para ti.» Tal fue su consejo, lleno de benevolencia,

desde luego, pero Cambises contestó con estas palabras: «¡Tú te atreves a darme a mí un consejo, tú, que administraste tu país con acierto, y aconsejaste también con acierto a mi padre cuando le exhortaste a cruzar el río Araxes para marchar contra los masagetas, puesto que ellos querían pasar a nuestro país! ¡Pero ahora te has perdido a ti mismo, porque has guiado mal a tu propio país, y también has perdido a Ciro, que hacía caso de ti! Pero no te alegrarás de ello, porque yo tiempo ha que deseo dar con un pretexto contra ti.» Así dijo, y cogió el arco para matar de un flechazo a Creso. Éste pegó un salto y se fue afuera corriendo. Cuando vio que con una flecha ya no le alcanzaba, Cambises mandó a sus servidores que le cogieran y que le mataran. Pero los servidores, que le conocían bien, escondieron a Creso, con el cálculo siguiente: si Cambises se arrepentía y echaba de menos a Creso, entonces podrían ir a buscarle, y encima recibir alguna recompensa por haberle salvado. Pero si el rey no se arrepentía y no echaba de menos a Creso, ya le asesinarían. Mas no tardó mucho sin que Cambises echara de menos a Creso. Cuando los servidores lo supieron le notificaron que seguía vivo. Cambises dijo que, ciertamente, se alegraba de que Creso continuara vivo, pero que aquellos que le habían salvado la vida no lo habrían hecho impunemente. Mandaría ejecutarlos. Cosa que hizo.

37. Tales fueron las barbaridades que Cambises cometió, a fuer de loco, contra los persas y contra sus aliados durante su permanencia en Menfis; también mandó abrir las cámaras sepulcrales antiguas e inspeccionó los cadáveres. Aquí también fue al santuario de Hefesto y se burló de la estatua del dios. La imagen de Hefesto[792] es muy parecida a la del fenicio Pateco; es la que los fenicios llevan en las proas de sus trirremes. Quiero mostrarlo a quien no la haya visto: es la imitación de un hombre pigmeo.

También entró en el santuario de los Cabiros, en el que no es lícito a nadie entrar, a excepción, naturalmente, del sacerdote. Y allí quemó las imágenes de tales dioses, una cantidad ingente, luego de haberse mofado groseramente de ellas. Por cierto, que estas imágenes son parecidas a las de Hefesto, ya que los cabiros se dice que son sus hijos.

38. De modo que para mí es cosa absolutamente clara que Cambises era un loco de atar, pues de lo contrario no hubiera metido mano burlescamente en cosas sagradas ni en los usos de los hombres. Pues si alguien quisiera dar a

todos los hombres esta posibilidad, estimularle a elegir, de la totalidad de costumbres y usos, los más bellos, cada uno podría, después de un atento examen, elegir los suyos propios. Porque cada uno cree que sus propias costumbres y usos son con mucho los más bellos[793]. Por consiguiente, no es natural que un hombre, a no ser que se trate de un loco, haga mofa de estas cosas. Que tal es el pensamiento de todos los hombres con respecto a sus costumbres se puede concluir de otras pruebas, entre ellas la siguiente: en la época de su reinado Darío convocó en cierta ocasión a los griegos que tenía con él y les preguntó por qué precio se comerían los cadáveres de sus padres. Ellos le contestaron que no lo harían por ningún precio. A continuación convocó a los indios, los llamados calatios (éstos se comen a sus padres) y les preguntó, delante de los griegos, aún presentes allí y que entendían el diálogo por medio de intérpretes, por qué precio quemarían en la pira los cuerpos de sus padres difuntos. Pero los interrogados prorrumpieron en gritos y le dijeron que se callara, para evitar la blasfemia[794]. Ésta es, pues, la creencia común, y me parece que Píndaro[795] lleva toda la razón cuando dice que la costumbre[796] es la reina[797] de todo.

39. En el mismo tiempo en que Cambises marchaba contra Egipto también los lacedemonios organizaron una expedición, ellos contra la isla de Samos, contra Polícrates, el hijo de Éaces. Pues éste se había sublevado[798] y se había apoderado de Samos. Primero dividió la ciudad[799] en tres partes, de las cuales cedió dos a sus hermanos Pantagnoto y Silkosonte. Pero luego mandó asesinar al primero y desterró al segundo, que era el más joven, y reinó en Samos en solitario. Durante su dominio estableció con Amasis, el rey de Egipto, lazos de hospitalidad: le mandó presentes y los recibió de él. Su poder creció mucho en muy poco tiempo, y se hizo famoso en Jonia y en el resto de Grecia. Fuera el que fuera el lugar al que se dirigiera con sus fuerzas navales, todo le salía a pedir de boca. Disponía de cien penteconteros[800] y de mil arqueros. Robaba y saqueaba por todas partes, sin hacer distinciones. En efecto, sostenía que se haría más agradable al amigo al que devolviera lo que previamente le había quitado que al amigo al que no hubiera quitado nada. Había ocupado muchas islas y también muchas ciudades del continente. Derrotó en una batalla naval a los lesbios, que habían acudido con su flota de guerra íntegra en socorro de los milesios, y los hizo prisioneros. Se vieron

forzados, cargados de cadenas, a abrir el foso que rodea la muralla de Samos.

40. La gran buena suerte de Polícrates no pasó por alto, en modo alguno, a Amasis; todo lo contrario, le preocupó de verdad. Y puesto que esta buena suerte no se interrumpía redactó una carta en los siguientes términos y la remitió a Samos: «He aquí lo que dice Amasis a Polícrates. Es grato saber que a un hombre amigo y huésped las cosas le van bien, pero a mí los grandes éxitos no me gustan porque sé que la divinidad es envidiosa[801]. Yo, como sea, deseo tanto para mí como para aquellos que me interesan, tener éxito en algunas empresas, pero fracasar en otras. Porque yo prefiero pasar así mi vida y tener fortunas cambiantes a estar de buena suerte en todo. Pues aún no he oído decir de nadie que haya gozado de buena fortuna en todo y que al final no haya muerto de manera radicalmente infeliz[802]. De modo que atiéndeme, y haz lo siguiente en previsión de todos tus casos de buena suerte: piensa lo que puedas encontrar como lo más valioso para ti, cuya pérdida te dolería más en el alma: arrójalo de manera que no pueda llegar nunca a manos de otro hombre[803]. Pues dado el hecho de que en los casos de buena fortuna no se te alternen con los de mala, remédialo de la manera que yo te propongo»[804].

41. Cuando Polícrates lo hubo leído y hubo comprendido claramente la bondad de la propuesta de Amasis, buscó, entre sus tesoros, aquello cuya pérdida más le habría de doler en el alma. Y en su búsqueda he aquí lo que halló. Tenía un sello engastado en oro que él lucía habitualmente. Era una esmeralda, un trabajo de Teodoro de Samos, hijo de Telecles. Decidió, pues, tirarla, e hizo lo siguiente: mandó a la dotación de un pentecontero que embarcara, se montó en él, y dio la orden de poner rumbo a alta mar. Cuando ya estaba muy lejos de la isla se quitó el sello delante de todos los que navegaban con él y lo arrojó al mar. Luego emprendió el regreso a la ciudad, y cuando hubo llegado a su palacio se dolió de su desgracia.

42. Al cabo de cinco o seis días ocurrió lo que explico: un pescador capturó un pez grande y hermoso, y decidió presentarlo a Polícrates como un regalo. Se fue, pues, a las puertas del palacio y dijo que quería entrar a ver a Polícrates. Cuando lo consiguió le dijo, regalándole el pez: «Rey, yo lo he pescado, y no me ha parecido honrado llevarlo al mercado, aunque vivo del trabajo de mis manos: lo he juzgado digno de ti y de tu imperio. De manera

que te lo entrego como un regalo»[805]. A Polícrates le agradaron estas palabras y le contestó: «¡Muy bien hecho! Por tus palabras y por tu obsequio te he de estar doblemente agradecido. De manera que te invito a comer». Naturalmente, el pescador quedó muy orgulloso de ello. Pero cuando los cocineros rajaron el pez, encontraron en su vientre el sello de Polícrates. Así que lo vieron lo cogieron y se lo llevaron, llenos de gozo, y le aclararon cómo lo habían encontrado. Y a Polícrates le vino a las mientes que la cosa era algo divino, escribió una carta explicando cómo había transcurrido todo lo que había hecho, y la mandó a Egipto.

43. Leída la carta que le había llegado de Polícrates, Amasis se dio cuenta de que a un hombre le es imposible apartar a otro del destino que una vez por todas le ha de llegar[806], y que para Polícrates, que vivía inmerso en la buena suerte, no habría un final feliz, puesto que incluso lo que tiraba lo recuperaba. De manera que envió un heraldo a Samos con el anuncio de que él renunciaba[807] a su hospitalidad. Lo hizo precisamente por eso, porque no quería sufrir en su espíritu por su amigo huésped cuando una grande y horrorosa desgracia se abatiera sobre Polícrates.

44. Pues a este Polícrates, que tenía tan buena suerte en todo, los lacedemonios le declararon la guerra. En realidad, los habían llamado los samios que al cabo de un tiempo fundarían Cidonia en Creta. Polícrates mandó secretamente un heraldo a Cambises, el hijo de Ciro, que precisamente entonces estaba reclutando un ejército contra Egipto; le pedía que enviara también mensajeros a su corte de Samos en demanda de un contingente. Cuando Cambises lo oyó, envió gustosamente legados a Samos, los cuales solicitaran de Polícrates que enviara una formación naval contra Egipto. Polícrates eligió, de entre sus conciudadanos, a los más sospechosos en el caso de una sublevación, y los mandó a bordo de cuarenta trirremes, luego de encargar a Cambises que no se los devolviera, que no los repatriara.

45. Bien: unos dicen que los samios remitidos por Polícrates no llegaron jamás a Egipto, sino que cuando en su travesía habían llegado a Cárpatos[808] deliberaron y decidieron no navegar más hacia adelante. En cambio, otros dicen que llegaron a Egipto, y que allí fueron puestos bajo custodia, pero que lograron escapar. Polícrates les salió al encuentro en su regreso hacia Samos y trabó batalla contra ellos. Pero los que regresaban a la isla vencieron y

desembarcaron; luego, derrotados en un combate por tierra, se hicieron a la mar, rumbo a Lacedemonia. Hay quien llega a sostener que los que regresaron de Egipto derrotaron a Polícrates, pero a mí me parece que se equivocan. Pues no habrían necesitado llamar a los lacedemonios si ellos mismos hubieran estado en situación de enfrentarse a Polícrates. Además, es inverosímil que uno que disponga de una gran cantidad de mercenarios y de arqueros nativos haya sido derrotado por unos samios que se repatriaban, relativamente pocos en número. Polícrates había recluido en las dársenas a los hijos y a las esposas de los ciudadanos que tenía bajo su mando y los tenía a punto, en el caso de que aquellos hombres se pasaran a los que regresaban, para pegarles fuego junto a las dársenas.

46. Así que los samios desterrados por Polícrates llegaron a Esparta, se presentaron a las autoridades[809] y hablaron largamente, ya que tenían mucho que pedir. Y en la primera audiencia los magistrados les contestaron que habían olvidado el principio, y que, por tanto, no entendían el resto. Con ocasión de una segunda audiencia los samios dijeron que llevaban un saco que precisaba de harina, y nada más. Los lacedemonios les comentaron que lo habían hecho enseñando el saco, cosa que sobraba. Con todo, tomaron el acuerdo de ayudarlos.

47. Cuando los lacedemonios se hubieron equipado salieron contra Samos, concretamente, afirman los samios, para corresponder a la ayuda que antaño los samios les habían prestado contra los mesenios[810]. Pero los lacedemonios, por su parte, dicen que salieron en campaña no tanto para ayudar a los samios, que se lo demandaban, como por el deseo de vengarse del robo de aquella cratera que ellos habían regalado al rey Creso[811], y por el peto que Amasis, el rey de Egipto, les había remitido como presente. Pues los samios se habían llevado el peto como botín, y ya un año antes de lo de la cratera. Este peto era de lino[812], con adornos de oro y bordados de algodón[813]. Pero lo que convierte a este peto en digno de admiración son sus correas. Pues, a pesar de ser ligero, contiene trescientos sesenta hilos, cada uno de ellos visible. Un segundo peto de este tipo es el que Amasis dedicó a Atenea en Lindo[814].

48. En la campaña contra Samos participaron también, y con mucho ardor, los corintios, lo cual fue decisivo. Pues también ellos habían recibido de los

samios un ultraje fechado tres generaciones antes[815] de esta expedición, en la misma época en que se dio el robo de la cratera. Periandro, hijo de Cipselo, había enviado trescientos muchachos pertenecientes a los linajes más altos de los corcireos a la corte de Aliates, en Sardes, para que los castraran[816]. Pero los corintios encargados del transporte de los muchachos tocaron tierra en Samos, y los samios se enteraron de la finalidad para la cual los muchachos eran conducidos a Sardes. Y les dieron instrucciones: en primer lugar debían acogerse al santuario de Ártemis, y luego no permitieron que los suplicantes fueran arrancados de allí. Los corintios retiraron la comida a los muchachos, ante lo cual los samios celebraron una fiesta, que celebran todavía hoy sin variaciones a la caída de la noche, y que duró todo el tiempo que los muchachos estuvieron allí como suplicantes. Organizaron coros de doncellas y de mozos samios, y dictaron una norma según la cual estos coros llevaran consigo tortas de sésamo y de miel, para que los muchachos de los corcireos las robaran[817] y dispusieran de alimentos. Esto duró todo el tiempo hasta que los corintios, los guardianes de los muchachos, los dejaron y se fueron. Y los samios repatriaron a los muchachos a Corcira.

49. Aunque tras la muerte de Periandro los corintios hubieran entablado amistad con los corcireos, a pesar de todo no habrían participado en la expedición contra Samos por lo que he apuntado. Es más: todavía hoy, desde la colonización, y a pesar de ser del mismo tronco, corintios y corcireos no se tragan. Por eso los corintios aborrecen a los samios. Pero por rabia Periandro escogió y envió a Sardes a los muchachos de los corcireos más linajudos para que los castraran, pues los corcireos anteriormente le habían hecho algo verdaderamente de locura.

50. Pues Periandro había eliminado a su propia mujer, Melisa, y a esta desgracia se añadió inmediatamente otra. Con Melisa había tenido dos hijos, uno de los cuales contaba diecisiete años, y el otro dieciocho. Su abuelo materno, Procles, tirano de Epidauro, hizo que acudieran a él, y los trató muy amistosamente, cosa muy natural: eran los hijos de su hija. Y cuando los devolvió a su patria, les dijo al despedirlos: «¿Acaso sabéis, hijos míos, quién dio muerte a vuestra madre?» El mayor de los dos no hizo el menor caso de esta pregunta, pero el más joven, que se llamaba Licofrón, se dolió tanto de oírla que al llegar a Corinto no dirigía la palabra a su padre, porque le

consideraba el asesino de su madre. Y cuando su padre pretendía saber algo de él y le dirigía la palabra, él no le contestaba. Periandro, muy enojado, acabó por echar de palacio a su hijo.

51. Cuando ya le hubo echado, preguntó al hijo mayor de qué les había hablado su abuelo. Él le refirió que los había acogido con benevolencia, pero no hizo mención de las palabras de Procles al despedirlos, pues no había entendido su verdadero sentido. Sin embargo, Periandro se dijo a sí mismo que era en verdad imposible que aquél no les hubiera insinuado algo acerca de ello, y persistió en sus preguntas. Entonces el hijo mayor recordó esto, y lo dijo. Periandro lo retuvo en su mente y, decidido a no mostrar ninguna flojedad, iba enviando mensajeros allí donde alojaban a su hijo, expulsado por él, para que prohibieran darle acogida en sus casas. Y él, expulsado, iba de una casa a otra, de la cual, ante la prohibición de Periandro, también le echaban, puesto que la orden era de expulsión. Al final llegó, en su calidad de expulsado, a la casa de unos amigos suyos. Y éstos le acogieron porque era hijo de Periandro; el temor les embargaba, pero le acogieron.

52. Finalmente, Periandro hizo una proclama según la cual cualquiera que le acogiera en su casa o, simplemente, hablara con él, debería abonar a Apolo una multa sagrada, cuyo montante se indicaba. Debido a esta proclama ya nadie quiso hablar con él, y mucho menos recibirle en su casa. Incluso el propio Licofrón llegó a creer justo no tantear esa prohibición, y por ello divagaba continuamente por los pórticos, de acá para allá. Al cabo de cuatro días Periandro le vio muy decaído, porque no tenía posibilidades ni de lavarse ni de comer. Y el muchacho le dio compasión. Depuso su ira, se le acercó y le dijo: «Muchacho, ¿cuál de estas cosas es preferible? ¿Tu estado actual, o bien asumir la soberanía y los bienes que yo poseo, en obediencia a tu padre? Tú, hijo mío y próspero rey de Corinto, te has sublevado con cólera contra quien menos debías hacerlo, y has elegido una vida de vagabundo. Pues si en mi palacio ha ocurrido alguna desgracia por la cual sospechas de mí, yo participo tanto más que tú de tal desgracia, cuanto más porque yo he sido el causante[818] de lo ocurrido. Métete esto en la cabeza[819]: vale más ser objeto de envidia que de compasión. Sabes también ya lo que representa enfurecerse contra los padres o contra alguien más poderoso. ¡De modo que regresa a palacio!» Con estas palabras Periandro pretendía conquistarle. Pero Licofrón

no contestó a su padre otra cosa, le dijo sólo que él debía al dios la multa sagrada, puesto que se había llegado a él para hablarle. Periandro advirtió que el mal estado de su hijo no tenía salida, y que era irreversible. Le hizo alejarse de su vista, y mandó una nave a Corcira, pues también la dominaba. Enviada ya la nave, Periandro salió en campaña contra su suegro Procles, porque era el máximo culpable de los acontecimientos. Conquistó Epidauro e incluso hizo prisionero a Procles vivo.

53. Pero cuando, con el paso del tiempo, Periandro, envejecido, se dio cuenta de que ya no estaba en condiciones de atender y de hacer un seguimiento de los asuntos de su gobierno, mandó un enviado a Corcira y llamó a Licofrón para que regresara a ejercer la tiranía. No creía en su hijo mayor[820], y le consideraba un estúpido. Pero Licofrón no se dignó ni tan siquiera responder al portador del mensaje. Periandro, que realmente se perecía por el muchacho, insistió y le envió a la hermana de él, o sea, a su propia hija, pues creía que de ella sí haría caso. Ella visitó a Licofrón, y le dijo: «¡Muchacho! ¿Es que prefieres que la tiranía recaiga en otros y la casa de tu padre se disipe[821] a regresar y hacerte cargo de ella? Regresa a palacio, cesa de castigarte a ti mismo. Mala propiedad es la soberbia[822]. No cures un mal con otro mal. Muchos prefieren lo más oportuno a lo que es justo. Muchos han perdido las propiedades paternas por haber buscado las maternas. La tiranía es algo poco seguro: tiene muchos amantes, pero él ya es anciano[823], ha rebasado la edad normal del hombre. Tú no cedas tus bienes a otro.» Ella, amaestrada por su padre, le dijo a él las cosas más seductoras. La respuesta que obtuvo fue que él nunca pisaría Corinto mientras supiera que su padre vivía. Ella, pues, regresó y dio el informe. Y Periandro envió, por tercera vez, un heraldo para comunicarle que él estaba dispuesto a viajar a Corcira, y le invitaba a regresar a Corinto para sucederle en la tiranía[824]. Ahora el hijo aceptó estas condiciones; Periandro se aprestó a viajar a Corcira, y su hijo a partir hacia Corinto. Pero así que los corcireos se enteraron de las cláusulas de este acuerdo, asesinaron al joven para evitar que Periandro pisara su territorio. Y por esto Periandro quiso vengarse de los corcireos[825].

54. Los lacedemonios llegaron con una gran armada y asediaron la ciudad de Samos. Atacaron el muro escalándolo por un baluarte que se alza junto al

mar, delante de la ciudad. Pero Polícrates acudió personalmente con un fuerte contingente a defender por allí y los lacedemonios fueron rechazados. Por otra parte, en la torre opuesta, la situada en la espalda del monte[826], los aliados y muchos samios hicieron una salida; los lacedemonios ofrecieron una débil resistencia y retrocedieron, los samios los persiguieron y los mataron.

55. Pero si aquel día todos los lacedemonios allí presentes hubieran sido equiparables a Arquías y a Licopas, Samos habría caído. Puess Arquías y Licopas, ellos dos solos, irrumpieron en la ciudad entre los samios que huían hacia el interior del muro, y murieron dentro de la ciudad de Samos, puesto que tenían cortada la retirada. Yo mismo tuve un encuentro, en Pitana, con un descendiente de la tercera generación de este Arquías, con otro Arquías, hijo de Samio, hijo de Arquías, que era del mismo distrito. De entre todos los extranjeros elogiaba más que a otros a los samios, y explicaba que a su padre le habían puesto el nombre de Samio porque su abuelo Arquías se había distinguido en el combate de Samos, donde había caído. Pero él honraba a los samios, aclaraba, porque habían enterrado a su abuelo a expensas de la ciudad[827].

56. Al cabo de cuarenta días, los lacedemonios, fracasados en el asedio de Samos sin que ninguna otra empresa les prosperara, regresaron al Peloponeso. Y entonces surge y se propala un rumor infundado, según el cual Polícrates habría mandado acuñar una gran cantidad de monedas del país, de plomo sobredoradas[828], que les largó. Ellos las aceptaron y se retiraron por eso. Ésta es la primera campaña contra Asia emprendida por los lacedemonios dorios.

57. Los samios que habían luchado contra Polícrates, cuando los lacedemonios ya estaban a punto de dejarlos, se hicieron ellos mismos a la mar poniendo rumbo a Sifno[829], porque necesitaban dinero. Pero el poder de los sifnios en esta época ya estaba en auge, y eran los isleños más ricos, pues tenían en la isla yacimientos de oro y de plata; eran tan ricos que con el diezmo del dinero que ingresaban erigieron un tesoro en Delfos comparable en valor sólo a los de los más opulentos. Se repartían entre ellos el dinero que ingresaban cada año. Cuando erigieron el templete consultaron al oráculo si les duraría mucho tiempo la prosperidad de que entonces gozaban. Y la Pitia

les respondió:

Así que el pritaneo en Sifno y el ágora queden
blancos será preciso un hombre muy hábil, amparo
contra un heraldo bermejo y un cepo de troncos.

Y se daba el caso de que en aquella época en Sifno el ágora y el pritaneo[830] estaban adornados con mármol de Paros[831].

58. Los sifnios no podían entender esta respuesta del dios ni cuando se la dio ni a la llegada de los samios. Pues así que los samios atracaron en Sifno enviaron una de sus naves con emisarios a la ciudad. Pero ya desde antiguo todas sus naves estaban pintadas de minio, y esto fue lo que con antelación la Pitia proclamó a los sifnios cuando les mandó protegerse de un heraldo rojo y de un cepo de troncos. Llegaron los mensajeros y solicitaron de los sifnios un préstamo de diez talentos. Ante la negativa de los sifnios los samios empezaron a talarles los cultivos. Cuando lo observaron, los sifnios salieron a defenderlos y se produjo el choque, en que salieron derrotados. A muchos de ellos los samios, tras la batalla, les cortaron la retirada a la ciudad, y les extorsionaron cien talentos.

59. Los samios obtuvieron de los hermioneos, a cambio de dinero, la isla de Hidrea[832], cerca del Peloponeso, y la confiaron a los trecenios[833]. Ellos mismos fundaron Cidonia, en Creta, aunque no se habían hecho a la mar con este propósito, sino para echar a los zacintios[834] de la isla. Se quedaron allí y vivieron durante cinco años tan prósperamente que son ellos los que erigieron los santuarios hoy existentes en Cidonia y el templo de Dictina[835]. Pero al cabo de seis años los eginetas los derrotaron en una batalla naval y los redujeron a esclavitud, y lo propio hicieron con los cretenses; arrancaron de las proas de las naves samias los espolones que tenían con figuras de jabalí[836] y los dedicaron al santuario de Atenea, en Egina. Los eginetas hicieron esto por el rencor que sentían contra los samios. Y era natural, porque anteriormente los samios a las órdenes de su rey Anfícrates habían salido en campaña contra Egina y causaron grandes pérdidas a los eginetas; ellos también sufrieron algunas. Esto fue la causa de todo.

60. Me he ocupado con algún detenimiento de los samios[837] porque han ejecutado tres obras que son las máximas hechas por todos los griegos. Por

debajo de un monte[838] de unas ciento cincuenta brazas de altura abrieron un túnel con dos salidas[839]. La longitud de este túnel es de siete estadios, su altura y su anchura miden ocho pies respectivamente. De extremo a extremo de este túnel hay excavado un canal de tres pies de anchura, a una profundidad de veinte codos; por él, a través de unos conductos. llega hasta la ciudad, procedente de una gran fuente, una masa de agua procedente del manantial. El arquitecto[840] de este túnel fue Eupalino de Mégara, hijo de Náustrofo. Ésta es, pues, la primera de las grandes obras. La segunda es una escollera junto al mar, que bordea el puerto, a unas veinte brazas de profundidad, de una longitud de más de dos estadios. En tercer lugar edificaron un templo[841], el mayor que nosotros conocemos[842]; su primer arquitecto fue Reco, hijo de Files, un natural del país. Por eso me he alargado algo al tratar de los samios.

61. En Egipto dominaba Cambises, el hijo de Ciro, ya loco de remate, que entonces residía allí. Contra él se levantaron dos magos que eran hermanos, a uno de los cuales Cambises había dejado como encargado de su palacio. Pues este mago se sublevó contra él luego de haber sabido que la muerte de Esmerdis era guardada en secreto, que había muy pocos persas que se hubieran enterado de ella; la gran mayoría creía que Esmerdis vivía. Ello le llevó a maquinar lo siguiente, con lo que pretendía alzarse con la realeza. Su hermano, que, como he dicho, hacía causa común con él, tenía un gran parecido con Esmerdis, el hijo de Ciro, asesinado por orden de Cambises. Y no sólo se le parecía, sino que además llevaba idéntico nombre, Esmerdis. El mago Paticites[843] persuadió a este hermano llamado también Esmerdis de que se pusiera totalmente en sus manos, y le sentó en el trono real persa. Mandó heraldos a todas partes, y también por un heraldo hizo saber al ejército persa estacionado en Egipto que en adelante ya no debía obediencia a Cambises, sino a Esmerdis, el hijo de Ciro.

62. Esto es lo que proclamaron los heraldos, también el enviado a Egipto, precisamente cuando Cambises y este ejército habían acampado en Ecbátana de Siria. Entró en el campamento y comunicó el mensaje del mago. Cambises creyó que la noticia era verídica y que Prexaspes le había traicionado, que no había cumplido el encargo de matar a Esmerdis. Miró a Prexaspes y dijo: «¡Prexaspes! ¿Es así como cumpliste el encargo que te hice?» A lo que

Prexaspes repuso: «Señor: no es verdad que tu hermano Esmerdis se haya levantado contra ti. Con Esmerdis tú no te pelearás nunca, ni mucho ni poco. Yo cumplí tu orden y lo enterré con mis propias manos. Si es que los muertos resucitan, entonces puedes esperar que Astiages, el rey de los medos, se haya sublevado contra ti. Pero si el mundo permanece tal cual está, en tal caso es absolutamente seguro que Esmerdis no te causará ningún daño. Yo pienso que deberíamos echar mano del heraldo y preguntarle quién le ha enviado a exigir obediencia al rey Esmerdis.»

63. Este consejo agradó a Cambises. Rápidamente le echó mano al heraldo y le formuló esta pregunta: «¡Hombre! Tú aseguras que vienes aquí como mensajero de Esmerdis, el hijo de Ciro. Si es que nos dices la verdad te podrás ir de aquí impunemente. ¿Te hizo personalmente el encargo Esmerdis, o uno de sus servidores?» A lo que el heraldo repuso: «Desde que el rey Cambises se ha trasladado a Egipto, yo a Esmerdis, el hijo de Ciro, no le he visto más. El encargo me lo hizo el mago, al que Cambises nombró administrador de sus bienes, y me explicó que esta orden procedía de Esmerdis, el hijo de Ciro.» Dijo esto, que era la pura verdad. Y Cambises, por su parte, comentó: «Prexaspes, has cumplido lealmente mis órdenes, y sobre ti ya no recaerá ninguna sospecha. Pero, ¿quién puede haber sido que en Persia, enojado conmigo, se haya atribuido el nombre de Esmerdis?» Dijo Prexaspes: «Creo que lo sé. Los dos magos son los que se han sublevado, Paticites, el que dejaste como administrador de tus bienes, y su hermano Esmerdis.»

64. Cuando Cambises oyó el nombre de Esmerdis le golpeó[844] la verdad de las palabras del ensueño en que le parecía que alguien le anunciaba que Esmerdis se sentaba en el trono real y que rozaba el cielo con la cabeza[845]. Se dio cuenta de que no le había servido de nada hacer matar a Esmerdis, y se lamentó por él. Cuando le hubo llorado y se hubo lamentado de todo su infortunio, montó su caballo con la intención de salir inmediatamente en campaña hacia Susa, a por el mago. Pero al saltar a caballo se desprendió de la vaina la contera[846] de su espada y ésta, desnuda, le hirió el muslo. La herida fue en el mismo lugar en que él tiempo atrás acertara al dios egipcio Apis[847]. Él pensó que la herida era mortal, y preguntó el nombre de la ciudad en que se encontraban. Le dijeron: «Ecbátana». Ahora le vino a la mente que

en Buto, la ciudad egipcia, le habían profetizado que él moriría en Ecbátana. Él había pensado que se trataba de Ecbátana de la Media, y que moriría allí de puro viejo, en el centro de su imperio. Pero el oráculo se había referido a Ecbátana de Siria. Cuando le dijeron el nombre de la ciudad la locura le abandonó al punto: tanto le habían conmovido la noticia de la sublevación del mago y su propia herida. Entendió el oráculo, y dijo: «Es cosa del destino que muera en este lugar Cambises, el hijo de Ciro.»

65. Esto es lo que entonces dijo. Pero al cabo de veinte días convocó a su presencia a los persas más notables y les declaró: «¡Persas! Me veo obligado a revelar mi secreto más oculto: me fuerza a ello la necesidad. Pues en Egipto tuve en sueños una visión —¡ojalá nunca la hubiera tenido!— en la cual me vino un mensajero de mi palacio y me anunció que Esmerdis se sentaba en el trono real y que rozaba el cielo con la cabeza. Yo temí que mi hermano me arrebatara el gobierno y actué con más rapidez que prudencia. Y, desde luego, no está en la naturaleza humana desviar lo que debe suceder. Yo, iluso de mí, mando a Prexaspes a Susa, a asesinar a mi hermano. Cometido un crimen tan horrible, vivo tranquilo, sin calcular que, eliminado Esmerdis, algún otro hombre pueda levantárseme en contra. De modo que erré totalmente mi futuro y me he convertido sin ninguna necesidad en un fratricida, y no por ello pierdo menos el imperio. Fue Esmerdis, el mago, lo que el genio[848] me profetizó, me avisó en sueños que se me levantaría en contra. De modo que la cosa está hecha: tened bien en cuenta que Esmerdis, el hijo de Ciro, está muerto. Los dos magos son los dueños del palacio real, el administrador de mis bienes y Esmerdis, su hermano. El hombre que me hubiera debido proteger con la máxima energía contra la acción vergonzosa de los magos ha sido asesinado, un destino fatal, por sus allegados más próximos. Y puesto que él ya no vive, yo, persas, al fin de mi vida quiero encargaros lo que se me hace más urgente. Os conjuro por los dioses protectores del rey, principalmente a vosotros, aqueménidas[849], ¡no permitáis que la hegemonía recaiga de nuevo en los medos! Si la retienen por haberla obtenido con engaño, quitádsela astutamente de las manos, y si se han hecho con ella por la fuerza, recuperadla por la fuerza, poniendo a contribución todas vuestras energías. Si lo hacéis, ¡ojalá vuestros campos sean fértiles y vuestras mujeres y vuestros rebaños fecundos! Seréis libres ya para siempre.

Pero si no recuperáis el imperio, si ni tan siquiera lo intentáis, os maldigo y os deseo esterilidad e infecundidad, y además deseo a cada persa un final tan triste como el mío.» Esto es lo que dijo, llorando su destino totalmente infeliz.

66. Cuando los persas vieron llorar a su rey se rasgaron de arriba abajo los vestidos que llevaban puestos y prorrumpieron en lamentos sin fin. Cuando la ulceración le llegó a los huesos y su muslo ya se le gangrenaba, la muerte se llevó a Cambises, el hijo de Ciro; en total había reinado siete años y cinco meses, pero no tuvo en absoluto hijos, ni niños ni niñas.

Entre los persas que estaban allí surgió una gran descon-fianza acerca de que los magos controlaran totalmente la situación. Se inclinaban más bien a creer que lo que Cambises había manifestado acerca de la muerte de Esmerdis lo había dicho sólo para engañarlos, para que todo el pueblo tomara parte contra él en la guerra.

67. Lo que estos creían era que Esmerdis, el hijo de Ciro, no había sido proclamado rey, pues Prexaspes negaba rotundamente haberle dado muerte; para él no era seguro ni tan siquiera después de la muerte de Cambises admitir que había asesinado por su propia mano al hijo de Ciro. Por consiguiente, el mago, después de la muerte de Cambises gobernó los siete meses que faltaban para que Cambises alcanzara los ocho años: se servía de la coincidencia de nombres con Esmerdis, el hijo de Ciro. Durante este tiempo dispensó grandes favores a sus súbditos, de manera que a su muerte todos los pueblos de Asia, a excepción de los persas propiamente dichos, le añoraron grandemente. Es que el mago había enviado a todos los pueblos que dominaba mensajeros que anunciaban una exención de tributos y un aplazamiento de todas las guerras en un término de tres años.

68. Es lo que anunció inmediatamente después de su acceso al trono. Pero en el mes octavo fue desenmascarado como sigue. Ótanes era hijo de Farnaspes, equiparable tanto por su origen como por su hacienda a los persas más destacados. Él, Ótanes, fue el primero que abrigó sospechas de que este Esmerdis no era el hijo de Ciro, sino que era realmente quien era. Lo deducía por el hecho de que jamás abandonaba su fortaleza, y de que nunca convocaba a su presencia a nadie, ni a uno tan siquiera, de los persas de alcurnia. Concebida ya la sospecha, actuó así: Cambises había tenido por

esposa a una hija de Ótanes, la cual se llamaba Fedimia. Pero ahora la tenía el mago y cohabitaba con ella, al igual que con las demás mujeres de Cambises. De modo que Ótanes envió recado a esta hija suya y le hizo preguntar quién era el hombre con quien se acostaba, si era Esmerdis, el hijo de Ciro, o algún otro, el que fuera. Ella le remitió la respuesta de que no había visto nunca a Esmerdis, hijo de Ciro, que no le conocía, y que no sabía quién era aquel con el que se acostaba. Ótanes le mandó recado por segunda vez; hizo que le dijeran: «Si tú a Esmerdis, el hijo de Ciro, ni tan siquiera le conoces, en tal caso pregunta a Atosa quién es la persona con la que tanto tú como ella os acostáis, pues ella con toda seguridad debe de conocer a su hermano uterino.» He aquí la respuesta de la hija: «Yo ni puedo tratar con Atosa ni consigo ver a ninguna de las mujeres que residen aquí conmigo. Pues cuando este hombre, fuere quien fuere, asumió el imperio nos ha dispersado en todas direcciones, unas hacia aquí, otras hacia allí.»

69. Cuando Ótanes oyó esto la cosa se le hizo todavía más clara. Envió a su hija un tercer mensaje, que decía lo siguiente: «Hija, tú eres de origen noble y debes aceptar correr el riesgo que tu padre te pide que asumas. Pues si este Esmerdis realmente no es el hijo de Ciro, sino que es el que yo de verdad me sospecho, el que se acuesta contigo y que retiene el poder de los persas no debe en absoluto salir bien librado de ello; antes bien, debe recibir su merecido. Tú haz lo siguiente: cuando se acueste contigo y tú notes que está bien dormido, cógele de las orejas: si de verdad tiene orejas, en tal caso puedes estar convencida de que convives con Esmerdis, el hijo de Ciro, pero si no las tiene, señal de que convives con el mago Esmerdis.» Fedimia le envió una respuesta[850] en la que le decía que, de hacerlo, incurría en un grave riesgo, porque si él realmente no tenía orejas, pero ella era cogida en flagrante cuando le palpara, se debía tener por seguro que Esmerdis la haría desaparecer. Aseguró que, a pesar de todo, se prestaba a ello. De manera que prometió a su padre cumplir tal encargo. Hay que saber que Ciro, el hijo de Cambises[851], había tenido un motivo, no pequeño ciertamente, para hacer cercenar las orejas a este mago Esmerdis[852]. Fedimia, la digna hija de Ótanes, ejecutó todo lo que había prometido a su padre. Cuando le tocó irse con el mago —es público y notorio que entre los persas las mujeres respetan un turno— acudió a él y se acostó con él. Cuando el mago estaba

profundamente dormido ella le palpó las orejas y comprobó sin esfuerzo, fácilmente, que el hombre no tenía orejas. Así que amaneció envió la noticia a su padre, le comunicó el resultado.

70. Entonces Ótanes tomó a Aspátines y a Gobrias, los más nobles de los persas, que le habían jurado fidelidad, y les contó toda la cosa. Naturalmente también ellos sospechaban lo suyo de que la cosa era así, y cuando Ótanes los hubo informado, aceptaron sus propuestas. Estuvieron de acuerdo en que cada hombre persa tomara por camarada de conjura a aquel en quien más confiara. Ótanes se asoció con Intafrenes, Gobrias con Megabizo y Aspatines con Hidarnes. Llegaron, pues, a seis, y se les presentó, en Susa, Darío, un hijo de Histaspes, procedente del país de los persas, donde su padre era gobernador. Bien: cuando éste llegó los seis persas resolvieron hacer de Darío otro camarada.

71. Estos siete, pues, se reunieron y se dieron mutuamente palabra y promesa de lealtad. Cuando tocó a Darío exponer su opinión les dijo: «Yo siempre había supuesto ser únicamente yo quien estaba en el secreto de que es el mago el que reina como rey y que Esmerdis, el hijo de Ciro, ha muerto. Precisamente por eso he venido precipitadamente para ofreceros el concurso cuando matéis a este hombre. Pero ahora ocurre que vosotros también lo sabéis, y no yo solo; me parece adecuado actuar inmediatamente y no aplazarlo, que no sería lo mejor.» A lo que Ótanes repuso: «Hijo de Histaspes, tú procedes de un padre muy bravo, y das la impresión de que quieres mostrarte no inferior a él. De todos modos, no apresures así, tan irreflexivamente, la intentona; acométela desde una perspectiva más prudente. Debemos ejecutarla cuando seamos más.» A lo cual Darío objetó: «¡Hombres de nuestra reunión! Si os decidís por el método propuesto por Ótanes, ¿sabéis que moriréis de la peor manera? Porque alguien lo denunciará al mago para extraer de ello beneficios personales. En realidad, ya lo deberíais de haber hecho ahora asumiendo vosotros los riesgos. Pero puesto que habéis determinado ampliar el número y me habéis añadido a mi, o bien actuamos hoy mismo, o sabed bien que si pasa el día de hoy, nadie irá antes que yo a hacer la delación: yo mismo[853] os denunciaré al mago.»

72. Cuando Ótanes vio a Darío tan excitado le contestó: «Puesto que nos fuerzas a acelerar la cosa, y no admites demorarla, ¡ea, dinos tú mismo cómo

llegaremos al palacio real y le echaremos mano al mago! Pues tú sabes muy bien, quizás no porque lo hayas visto, pero sí de oídas, que, naturalmente, hay apostadas guardias. ¿Cómo lograremos esquivarlas?» Y ésta fue la respuesta de Darío: «¡Ótanes! Realmente, hay muchas cosas que no se pueden mostrar con palabras, sino sólo con hechos. Hay otras cosas que se pueden mostrar con palabras, sin que de éstas surja nada espléndido. Pero vosotros sabéis que no es difícil escurrirse por entre las guardias apostadas. Por un lado: al ver a unos hombres tan importantes, todos nos dejarán el paso libre, unos por respeto, otros por temor. Por otro lado: yo personalmente dispongo de la excusa más adecuada para que nos permitan el paso. Diré que acabo de llegar de Persia y que quiero trasladar al rey un encargo de mi padre. Pues cuando se necesita mentir en algo, se puede mentir. En realidad tendemos a lo mismo los mentirosos y los veraces. Desde luego, unos mienten cuando creen que de la mentira van a extraer algún provecho, y otros dicen la verdad para conseguir con ella alguna ventaja, para ganarse la confianza de los demás[854]. Nosotros, sin hacer lo mismo, tendemos a un mismo fin. Si no quisieran alcanzar alguna ganancia, el que dice la verdad podría mentir y el mentiroso ser veraz[855]. De los guardias de la puerta, el que nos permita entrar por las buenas mejorará en su futuro, pero el que pretenda oponerse, a éste le declaramos enemigo. Cuando le hayamos apuñalado entraremos y nos pondremos manos a la obra.»

73. Y a continuación dijo Gobrias: «¡Amigos! ¿Cuándo vamos a tener, para recuperar la hegemonía, una oportunidad mejor que la presente, en que nosotros, persas dispuestos a morir por ella, nos vemos dominados por un medo que, además, no tiene orejas? Aquellos de vosotros que estuvisteis junto a Cambises durante su enfermedad, recordáis perfectamente sus imprecaciones contra los persas si no intentaban recuperar el imperio. Lo cual entonces no nos lo referíamos a nosotros mismos, sino que creíamos que Cambises hablaba por odio. Mi voto es a favor de que le hagamos caso a Darío, y que no salgamos de esta reunión como no sea para ir directamente contra el mago.» Gobrias dijo esto y todos se lo alabaron[856].

74. Mientras éstos estaban en tales deliberaciones ocurrió casualmente lo siguiente: a los magos, también tras una reflexión, les pareció indicado ganarse la amistad de Prexaspes. Los motivos eran que Prexaspes había

sufrido un trato infame por parte de Cambises, quien había disparado contra su hijo y se lo había matado; más aún, era el único que sabía de la muerte del hijo de Ciro, Esmerdis, pues le había asesinado con su propia mano y, accesoriamente, era persona de gran predicamento entre los persas. De manera que le llamaron y le hicieron amigo suyo, tras hacerle prometer con solemnes juramentos que guardaría el secreto, sin contarlo a nadie, el engaño cometido por ellos contra los persas. Le prometieron todas las recompensas imaginables. Prexaspes lo prometió, y cuando ya le tenían convencido, los magos le propusieron un segundo punto. Le dijeron que habían convocado a todos los persas al pie del muro del palacio real. Le pidieron que subiera a la torre y que anunciara que ellos estaban siendo gobernados por Esmerdis, el hijo de Ciro, y por nadie más. Le hicieron este juego porque él era el hombre que gozaba de más crédito entre los persas y había expresado persistentemente su opinión de que el hijo de Ciro, Esmerdis, seguía vivo, negando su asesinato.

75. Prexaspes se declaró dispuesto a ello, y los magos convocaron a los persas, le colocaron a él encima de la torre y le pidieron que hablara. Pero él olvidó deliberadamente lo que le habían solicitado. Empezando por Aquémenes, repasó ordenadamente el linaje de Ciro, y cuando le tocó hablar de él, acabó señalando los beneficios que Ciro había hecho a los persas. Tras exponerlo todo detalladamente, reveló la verdad. Alegó que antes la había ocultado porque a él no le ofrecía seguridades explicar lo ocurrido, pero que en aquel momento le forzaba la necesidad de llevarlo a plena luz[857]. Refiriéndose a Esmerdis, el hijo de Ciro, declaró que él mismo, obligado por Cambises, le había dado muerte, y que los que ahora reinaban eran los magos. Luego de haber lanzado duras imprecaciones contra los persas si no recuperaban el imperio y no se vengaban de los magos, se tiró de la torre. Así acabó Prexaspes, que en toda su vida fue persona de gran prestigio.

76. Así que estos siete de entre los persas hubieron decidido atacar inmediatamente a los magos y no aplazar la conjura, luego de dirigir una plegaria a los dioses, se fueron hacia allá; no sabían nada de lo ocurrido con Prexaspes. Iban por la mitad de su camino cuando se enteraron del suceso. Se salieron del camino e intercambiaron de nuevo sus pensamientos: Ótanes y sus partidarios estaban totalmente a favor del aplazamiento de la conjura, de

no atacar mientras la situación estuviera en ebullición. Pero Darío y los suyos insistían en acudir inmediatamente, ejecutar lo acordado y no demorarlo más. Discutían el pro y el contra, y entretanto aparecieron siete parejas de halcones que perseguían a dos parejas de buitres; les arrancaban las plumas y les desgarraban las carnes. Cuando los siete lo vieron elogiaron la opinión de Darío y, animados por las aves, se dirigieron al palacio.

77. Llegados a las puertas, pasó lo que Darío ya había esperado, a saber, los guardianes, por reverencia, permitieron el paso, como si los guiara un dios, a los primeros de entre los hombres persas, sin sospechar en absoluto lo que éstos iban a hacer: nadie les formuló ni una pregunta tan siquiera. Llegados al patio, se toparon con los eunucos introductores de embajadas. Éstos les preguntaron por la finalidad que les movía. Y mientras preguntaban amenazaban a la vez a los guardias de la puerta, porque les habían permitido el acceso. E impidieron el paso a los siete, que querían seguir adelante. Pero ellos, de común acuerdo, desenvainaron sus espadas y enfilaron allí mismo a los que les impedían el paso. Y entraron corriendo en el pabellón de los hombres.

78. Precisamente en aquel momento los magos estaban allí dentro, los dos, y deliberaban sobre lo que Prexaspes les había hecho. Cuando observaron a los eunucos gritando y vociferando, ambos corrieron hacia atrás. Se enteraron de lo que ocurría y se aprestaron a la defensa. Uno de ellos empuñó inmediatamente el arco, el otro recurrió a la lanza. Y entonces se produjo el encuentro. Al mago que había empuñado el arco éste ya no le sirvió, porque el enemigo estaba demasiado cerca y acosaba. El otro se defendió con la lanza. Acertó primero a Aspatines en un muslo y luego a Intafrenes en un ojo. En realidad Intafrenes perdió el ojo a causa de la herida, y murió al cabo de poco, pero no de esto. De modo que un mago hirió a dos hombres, pero el otro, puesto que el arco le era inútil, huyó a un aposento[858] inmediato al pabellón de hombres y quiso cerrar sus puertas. Pero con él se introdujeron dos de los siete, Darío y Gobrias. Éste luchaba cuerpo a cuerpo contra el mago, y Darío estaba a su lado, perplejo a causa de la oscuridad, pues temía herir a Gobrias. Cuando éste le vio allí inactivo, le preguntó por qué no hacía nada. Y Darío repuso: «Es por ti, porque temo herirte.» Y Gobrias le dijo: «¡Tú clava la espada, aunque nos toques a los dos!» Darío obedeció, atacó

con el puñal y dio en el cuerpo del mago.

79. Muertos ya los magos, les cortaron la cabeza. Dejaron allí a sus propios heridos, porque éstos estaban demasiado débiles para podérselos llevar, y además, ellos dos podrían custodiar la fortaleza. Los cinco restantes corrieron hacia fuera con las cabezas de los magos: gritaban y alborotaban. Llamaban a los persas restantes, les explicaban el incidente y exhibían las cabezas, al tiempo que iban matando a cualquier mago que se les cruzara por el camino. Cuando los persas se enteraron de lo que los siete habían hecho, y de cómo los magos les habían engañado, creyeron tener buenas razones para hacer ellos mismos otro tanto. Se sacaron los puñales y mataban a cualquier mago donde lo encontraran. Y si el advenimiento de la noche no los hubiera retenido, allí no habría quedado mago vivo. Los persas celebran comunitariamente este día como el más solemne de los días, y organizan una gran fiesta, que denominan «la matanza de los magos». En tal jornada los magos no pueden dejarse ver a la luz del día, por lo que se quedan en sus casas.

80. Cuando el ruido hubo cesado (habían pasado ya cinco días) los que se habían sublevado contra los magos deliberaron sobre la situación general[859]. Allí se dijeron palabras que serían verdaderamente increíbles para algunos de los griegos, pero se dijeron. Ótanes invitó a depositar el poder en todos los persas; dijo como sigue: «Soy de la opinión de que uno solo de entre nosotros no debe nunca convertirse en monarca[860], lo cual no sería ni agradable para nosotros ni bueno en sí. Ya habéis visto dónde ha llegado la soberbia de Cambises. ¿Cómo podría ser algo perfecto la monarquía, si permite hacer lo que se quiera sin exigir responsabilidades? Aún si instaláramos en esta magistratura al mejor de los hombres, ella sería capaz de arrancarle de su mentalidad habitual, pues los bienes actuales engendrarían en él soberbia, y la envidia es congénita al hombre desde el principio. Y con estas dos taras ya infecta al hombre cualquier maldad, pues hace muchas necedades, unas por soberbia y otras por envidia. Y piénsese que un hombre tirano debería estar libre de envidia, puesto que dispone de todos los bienes; con todo, en él se demuestra exactamente lo contrario en relación con los ciudadanos. Envidia a los mejores[861] simplemente porque existen, porque viven, se goza con los más desgraciados de los ciudadanos, y es el más accesible a calumnias. Pero

he aquí lo más impertinente: si alguien le admira de una manera moderada, él lo toma a mal porque no se le alaba sin medida, pero cuando alguien le alaba sin medida, entonces él se enoja y le llama adulador. De todos modos, lo más importante es lo que digo ahora: remueve los principios que nos vienen de los padres, viola a las mujeres y ejecuta sin sentencia judicial. En cambio, cuando gobierna el pueblo, esto tiene, ya de buenas a primeras, el más bello de todos los nombres: igualdad ante la ley[862]. El pueblo no comete nada de lo que hace el monarca, cubre las magistraturas por sorteo y piensa que los magistrados están obligados a rendir cuentas. Los decretos se le someten. Creo que debemos suprimir la monarquía y dar el poder al pueblo, pues todo radica en la colectividad.» Ésta fue la opinión de Ótanes.

81. Pero Megabizo recomendó pasar el poder a una oligarquía. He aquí sus palabras: «Lo que ha dicho Ótanes con la intención de atajar la tiranía, consideradlo también dicho por mí. En cambio, cuando os ordenó conferir el gobierno al pueblo, en ello no acertó la opinión mejor. Pues nada hay más insensato ni más soberbio que el vulgo inútil[863]. Por consiguiente, es totalmente insoportable que hombres que huyen de la soberbia de un tirano caigan en la soberbia de una masa sin freno, Pues el tirano actúa, cuando hace algo, fundándose en su propia visión; al pueblo, en cambio, le es imposible incluso hacerse una visión. Pues ¿cómo podría tener visión uno que no ha conocido ni visto nada bello ni honesto, porque nadie se lo ha mostrado, sino que, simplemente, cae sobre las cosas y las empuja irreflexivamente, parecido en ello a la cascada de una montaña? Que los que quieran mal a los persas recurran al pueblo, pero nosotros dispongámonos a elegir un colegio formado pos los hombres mejores, para conferirle el poder. En este colegio figuraremos también nosotros. Lo natural es que los hombres mejores tomen las mejores decisiones.» De manera que Megabizo expuso su opinión; el tercero que la dio fue Darío, que habló de esta manera:

82. «Soy de la opinión que Megabizo, en lo que ha dicho acerca del gobierno del pueblo[864], ha hablado correctamente, pero incorrectamente en lo que ha alegado en vistas a una oligarquía. Tenemos delante tres posibilidades, de las que aquí trato, en su mejor forma: el pueblo en su representación más noble, la mejor oligarquía y la mejor monarquía. Yo sostengo que la citada en último lugar aventaja con mucho a las otras dos. Pues no puede aparecer nada

superior al gobierno de un hombre solo, con tal que éste sea el mejor. En efecto, si se sirve de sus convicciones podrá dirigir impecablemente al pueblo, al tiempo que sus decisiones contra hombres de ideologías hostiles quedarán en el secreto más recóndito. En cambio, normalmente, en una oligarquía, son muchos los que pretenden poner a prueba sus habilidades, lo cual suscita fuertes odios recíprocos: cada hombre tiene el deseo de ser el principal y de que sus opiniones se impongan. Lo cual lleva, como digo, a duras enemistades. De ahí surgen banderías, asesinatos, y el asesinato suele desembocar en la monarquía[865], pero aquí se muestra cómo ésta es la más válida. Si, por otro lado, es el pueblo el que gobierna, es imposible que de ahí no surja el desgobierno. Ahora bien: si frente a la comunidad surge el desgobierno, entre la gente vulgar no brotan enemistades, todo lo contrario, más bien amistades muy sólidas, pues los que dañan a la comunidad lo hacen actuando de consuno, por cuanto se encubren mutuamente. Y esto sucede hasta que sale uno del pueblo que pone fin a las andanzas de estos tales. Precisamente por esto éste en cuestión goza de la admiración del pueblo y, admirado tal cual es, es visto como un soberano. También éste hombre nos revela que la monarquía es lo mejor. Lo resumo todo con una palabra: ¿de dónde nos ha llegado la libertad? ¿Quién nos la ha dado? ¿El pueblo, la oligarquía o la monarquía? Yo tengo la convicción de que nosotros hemos llegado a la libertad por un solo hombre[866], y que debemos conservarla[867]. Además de esto, no lo podemos obviar si nos basamos en los principios que nos vienen de nuestros padres, puesto que son principios óptimos. Desde luego, no hay nada mejor.»

83. De manera que había representadas estas tres tendencias: cuatro de los siete hombres se adhirieron a la última. Cuando Ótanes, y su opinión, que pugnaba por crear para los persas la igualdad ante la ley, perdieron, se puso en medio de los presentes y dijo: «¡Compañeros! Está clarísimo que uno solo de entre nosotros llegará a rey, ya sea que asuma por sorteo tal cargo, o que nosotros lo dejemos a la elección de los persas, o por cualquier otro procedimiento. Fuere lo que fuere, no quiero discutir con vosotros. Yo ni quiero gobernar ni permitir que me gobiernen. Pero renuncio al reino con una condición: que en el futuro no me vea gobernado por ninguno de vosotros, ni yo ni mis sucesivos descendientes.» Los seis le aceptaron esta condición, y él

ya no participó en las discusiones, sino que se quedó al margen. Y esta casa subsiste todavía, y es la única libre entre los persas. Hace lo que quiere y está sometida al gobierno sólo por cuanto no infringe las leyes de los persas.

84. Los que quedaban de los siete deliberaron sobre la forma mejor de elegir al rey. Decidieron conceder anualmente, como algo extraordinario[868], a Ótanes y a sus descendientes, aun en el caso de que la soberanía recayera en algún otro miembro del grupo, una vestimenta médica[869] y todos aquellos regalos más apreciados entre los persas. Decidieron concedérsela por haber sido él el primero en plantear la cuestión y por haber formado parte del grupo. Éstos fueron los honores concedidos a Ótanes. Para todos ellos, para su colectivo, decidieron que cada uno de los siete que lo deseara podría entrar en el palacio real sin necesidad de solicitarlo previamente, exceptuando el caso de que el rey estuviere acostado con su esposa. El rey sólo podría casarse con alguien procedente del círculo de los conjurados. Y en cuanto a ocupar el trono, decidieron lo que sigue: obtendría tal dignidad de rey aquel cuyo caballo relinchara[870] el primero cuando, al amanecer, ellos cabalgaran delante de la ciudad.

85. Darío tenía un caballerizo muy astuto que se llamaba Ébares. Disuelta ya la reunión, Darío dijo a este hombre: «Ébares, para ocupar el cargo de rey hemos resuelto lo siguiente. Cuando al amanecer cabalguemos se hará con el título de rey aquel cuyo caballo relinche primero. Si tú ahora dispones de alguna artimaña, ingéniatelas para que seamos nosotros quienes retengamos esta honra, que no la reciba otro». Ébares le dijo en respuesta: «Señor, si ser o no tú el rey depende de esto, entonces ¡ánimo!, pues serás tú el rey y nadie más. Para ello dispongo de recursos.» Y Darío dijo: «Si realmente dispones de una tal artimaña, es tiempo ya de echar mano de ella, sin demorarlo, pues la prueba se efectuará mañana.» Ébares, al oír esto, he aquí lo que hizo. Cuando cayó la noche sacó afuera, al arrabal de la ciudad, la yegua preferida por el caballo de Darío, y la ató allí. A continuación llevó también allí al caballo de Darío, le hizo dar varias vueltas junto a la yegua, aproximándolo cada vez más a ella. Finalmente empujó al caballo para que la cubriera.

86. Al alba, los otros seis, de acuerdo con lo pactado, se presentaron montados en sus respectivos caballos. Cabalgaban por el arrabal de la ciudad, y cuando llegaron al lugar en que la noche anterior estuvo atada la yegua, el

caballo de Darío corrió hacia allí y soltó un relincho y al tiempo que el caballo hacía esto, en el cielo sereno se formó una tormenta con relámpagos. Y este fenómeno añadido a favor de Darío le confirmó; hubiérase dicho que fue algo preconcebido. Los demás desmontaron de sus cabalgaduras y besaron la mano de Darío[871].

87. Unos, pues, cuentan que tal fue la añagaza de Ébares, y otros dicen (pues entre los persas corren estas dos versiones) que lo que Ébares hzo fue pasar su mano por las partes de la yegua, manteniéndola luego oculta dentro de sus bombachos[872]. Cuando, a la salida del sol, los caballos iban a arrancar, este Ébares sacó la mano y la acercó a las narices del caballo de Darío. El caballo así que la olió resopló y relinchó.

88. Por consiguiente, Darío, el hijo de Histaspes, fue proclamado rey, y fueron súbditos suyos todos los países de Asia a excepción de los árabes, a pesar de que Ciro los había sometido, y aún otra vez Cambises. Porque los árabes nunca se sometieron como esclavos a los persas, sino que, tras permitir a Cambises el tránsito hacia Egipto, fueron huéspedes suyos[873]. Probablemente los persas no habrían podido caer contra Egipto sin la anuencia de los árabes.

Sus primeros matrimonios Darío los contrajo con mujeres persas, concretamente con dos hijas de Ciro, con Atosa y Aristone. Atosa había convivido anteriormente con su hermano Cambises, y Aristone era soltera. Otra mujer con la que se casó Darío fue la hija de Esmerdis, el hijo de Ciro; se llamaba Pafrmis. Pero se casó también con la hija de Ótanes, aquel que desenmascaró al mago. Estaba en la cumbre de su poder. Entonces por primera vez realizó y erigió una imagen suya pétrea, en relieve: representaba un jinete y tenía, añadida, una inscripción que rezaba: «Darío, el hijo de Istaspes, por la valía de su caballo (aquí se indicaba su nombre) y la de su caballerizo Ébares, se hizo con el reino de los persas.»

89. Hecho esto, Darío estableció entre los persas veinte demarcaciones administrativas, que ellos llaman satrapías. Creadas estas demarcaciones y sus gobernadores, ordenó que los impuestos le fueran ingresados por pueblos y territorios colindantes; en estas agregaciones se saltó las fronteras y distribuyó en diversos grupos los pueblos más alejados. Distribuyó las demarcaciones y el ingreso anual de sus impuestos como sigue[874]: los que

debían abonar los impuestos en plata debían estimar el talento según el peso del talento babilonio[875]; los que los debían abonar en oro debían estimar el talento según el talento de Eubea[876]. El talento babilonio vale setenta y ocho minas euboicas. Ni en el reinado de Ciro ni en el de Cambises hubo una normativa precisa acerca de los tributos, sino que normalmente se abonaban en plan de regalo. Precisamente por esa ordenación acerca de los tributos y de cosas similares los persas dicen que Darío fue un mercader, Cambises un señor y Ciro un padre, el primero porque consideró todas las cosas con ojo de mercader, el segundo porque fue estricto y no se anduvo con contemplaciones, y el citado en último lugar, porque fue benigno y todo lo hizo por su bien.

90. De los jonios, y de los magnesios de Asia[877], de los eolios, carios, licios, milias y panfilios —pues a todos ellos en conjunto se les había impuesto una cuota única— se recaudaban cuatrocientos talentos de plata. Ésta fue la primera demarcación tributaria que Darío instituyó.

De los misios, lidios, lasonios, cabalios e hiteneos[878] se recaudaban quinientos talentos[879]. Y ésta fue la segunda demarcación tributaria.

De los helespontios que viven a la derecha según se entra en el estrecho[880], es decir, los frigios, los tracios asiáticos, los paflagonios, los mariandinos y los sirios, la recaudación subía a trescientos sesenta talentos. Ésta fue la tercera demarcación tributaria.

De los cilicios llegaban trescientos sesenta caballos blancos[881], uno para cada día[882]. Ciento veinte eran destinados a la caballería que tenía la misión de vigilar el territorio cilicio[883], y el resto correspondía personalmente a Darío. Ésta fue la cuarta demarcación tributaria.

91. Desde la ciudad de Posideo, fundada por Anfíloco, el hijo de Anfiarao, en la frontera entre cilicios y sirios, hasta Egipto, sin tener en cuenta el dominio de los árabes (pues éstos estaban libres de impuestos), la recaudación ascendía a trescientos cincuenta talentos. En esta demarcación están Fenicia, Siria (toda la llamada Palestina) y Chipre. Ésta fue la quinta demarcación tributaria.

De los egipcios y de los libios, sus limítrofes, de Cirene y de Barca[884] (pues éstos habían sido agregados a la demarcación egipcia) se recaudaban

seiscientos talentos, esto prescindiendo de la plata que se ingresaba procedente del lago Meris, de lo que se pescaba en él. De modo que dejando aparte esta plata y el trigo que se le añadía, se recaudaban setecientos talentos; entre los persas de guarnición en el Alcázar Blanco[885] de Menfis y entre sus mercenarios los egipcios distribuyen ciento veinte mil fanegas de trigo. Ésta fue la sexta demarcación tributaria.

Los satágidas, los gandarios, los dadicas y los aparitas[886], que formaban todos ellos un grupo, recaudaban ciento cuarenta talentos. Fue la séptima demarcación tributaria.

92. En Susa y del restante país de los cisios se recaudaban trescientos talentos. Ésta fue la octava demarcación tributaria.

De Babilonia y del resto de Asiria la recaudación ascendía a mil talentos de plata, y también suministraba quinientos adolescentes castrados. Ésta fue la novena demarcación tributaria.

De Ecbátana y del resto de la Media, del país de los paricanios y del de los ortocoribantios se recaudaban cuatrocientos cincuenta talentos. Ésta fue la décima demarcación tributaria.

Los caspios, los pausicas, los pantimaros y los daritas tributaban juntos; aportaban doscientos talentos. Ésta fue la undécima demarcación tributaria.

Desde el país de los bactrianos hasta el de los eglos el impuesto arrojaba trescientos sesenta talentos. Ésta fue la duodécima demarcación tributaria.

93. De Páctica, de los armenios y de los pueblos limítrofes le llegaban cuatrocientos talentos; ésta fue la decimotercera demarcación tributaria.

De los sagartios, sarangas, tamaneos, utios, micos y de los habitantes de las islas del mar Rojo (donde el rey establece a los llamados «desterrados»), la recaudación de todos ellos ascendía a seiscientos talentos. Ésta fue la decimocuarta demarcación tributaria.

Los sacas y los caspios recaudaban doscientos cincuenta talentos. Ésta fue la decimoquinta demarcación tributaria.

Los parios, los corasmios, los sogdios y los arios tributaban trescientos talentos. Ésta fue la decimosexta demarcación tributaria.

94. Los paricanios y los etíopes de Asia pagaban cuatrocientos talentos. Ésta fue la decimoséptima demarcación tributaria.

A los matienos, los saspires y los alarodios les fueron impuestos

doscientos talentos. Fue la decimoctava demarcación tributaria.

A los moscos, tibarenos, macrones, mosinecos y mares se les prescribieron trescientos talentos. Fue la decimonona demarcación tributaria.

La masa de los indios es con mucho la mayor que conocemos de entre todos los hombres. Pagaban un tributo equivalente al de todos los demás súbditos juntos: trescientos sesenta talentos de oro en polvo. Ésta fue la vigésima demarcación tributaria.

95. Por cierto, que el talento de plata babilonio comparado con el talento de Eubea da nueve mil ochocientos ochenta talentos. Puesto que el oro tiene un valor trece veces superior al de la plata, se encuentra que el oro en polvo da cuatro mil seiscientos ochenta talentos de Eubea. El total de todos estos impuestos anuales rendía a Darío cuatro mil quinientos sesenta talentos de Eubea. Prescindo de los impuestos inferiores, que ni tan sólo cito.

96. Estos tributos a Darío le venían de Asia y de una pequeña parte de Libia. Con todo, a medida que el tiempo pasaba también ingresó además otro tributo procedente de las islas y de aquellos que, en Europa, viven hasta la Tesalia. El rey atesora este tributo de esta manera: funde el metal y lo vierte en tinajas de barro; cuando la tinaja está llena, retira el barro. Y cuando precisa de oro, va cortando cada vez el que necesita.

97. Bien: éstas fueron las demarcaciones tributarias y las listas de impuestos. El único país del que no he dicho que esté obligado a pagar impuestos es el persa, pues los persas viven en un país exento de tributos. A continuación vienen aquellos pueblos a los que no se impusieron tributos, pero que ofrecían obsequios. Se trata de aquellos etíopes que son limítrofes de los egipcios; Cambises los había sometido en su campaña contra los etíopes longevos[887]; [...][888] los que viven en los alrededores de Nisa la santa[889] y celebran fiestas en honor de Dioniso. Estos etíopes y sus vecinos proceden de la misma semilla[890] que los calatios indios, y además poseen viviendas subterráneas[891]. Estos dos pueblos pagan cada cuatro años, y lo han hecho ciertamente hasta mi época, dos *quénices*[892] de oro no acendrado, doscientos troncos de ébano, cinco efebos etíopes y veinte colmillos de elefante. Los cólquicos se impusieron a sí mismos como tributo un presente, y lo mismo sus vecinos que viven hasta el Cáucaso, pues los persas dominan el país hasta esta cordillera; a los de las tierras del norte del Cáucaso los

persas todavía no les preocupan. De modo que éstos pagaban en presentes que ellos se habían impuesto a sí mismos, cada cuatro años, por lo menos hasta mis tiempos: cien jóvenes y cien doncellas. Además los árabes ofrecen el presente anual de mil talentos de incienso. O sea, que además de los impuestos, el rey recibía estos presentes.

98. Los indios, esta gran cantidad de oro que en la forma dicha, en polvo, proporcionan al rey, la adquieren así: en la parte oriental el país indio lo forma la arena. Los indios son, empezando por oriente, por el orto del sol, el primer pueblo que vive en Asia que conocemos, del que sabemos algo con precisión. Desde los indios, yendo hacia oriente, el país es desierto a causa de la arena. Entre los indios hay muchos pueblos, los cuales no hablan en modo alguno la misma lengua; unos de ellos son nómadas, otros no, otros viven en zonas pantanosas de los ríos y se alimentan de pescado crudo, que capturan desde barcas hechas con cañas, en las que navegan (cada barca la hacen con un solo cañuto de caña)[893]. Estos indios se ponen vestidos confeccionados con juncos. Cuando han cogido juncos del río y los han machacado los trenzan como si se tratara de cestas y se los ponen como una coraza[894].

99. Pero otros indios, que viven más hacia oriente, son nómadas. Comen carne cruda, se llaman los padeos[895]. Se dice de ellos que tienen estas costumbres: matan a sus conciudadanos, tanto si son hombres como mujeres, cuando éstos caen enfermos. Los hombres que normalmente tratan más al que ha caído enfermo lo matan. Dicen que si la enfermedad le devora, sus carnes se echan a perder. Incluso si el afectado niega estar enfermo, le matan sin piedad, y se dan un banquete. En el caso de que la enfermedad afecte a una mujer, las mujeres más allegadas a ella hacen lo mismo que los hombres. Desde luego, sacrifican y devoran a los que llegan a envejecer. Naturalmente, son pocos los que llegan a viejos, pues se adelantan a matar a cualquiera que les caiga enfermo.

100. He aquí un uso corriente entre otros indios: ni matan seres vivos ni siembran nada, normalmente tampoco tienen viviendas; comen hierba. Disponen de una cosa que les nace espontáneamente, algo así como granos de mijo, que crece dentro de sus vainas; lo recogen junto con ellas, lo cuecen y se lo comen. Entre ellos el que cae enfermo se retira a un lugar solitario y se echa. Y nadie se preocupa de él, ni de su enfermedad ni de su muerte.

101. Todos estos indios que he ido citando tienen sus relaciones sexuales públicamente, igual que las reses. Todos tienen la piel igual, muy parecida a la de los etíopes. El semen que ellos depositan en las mujeres no es blanco, como el de los demás hombres, sino que es negro como su piel. Un semen así lo tienen también los etíopes. Estos indios viven muy lejos de los persas, hacia el sur, y nunca han sido súbditos del rey Darío.

102. Otros indios son limítrofes de la ciudad de Caspatiro y de la región Páctica[896]; comparándolos con el resto de los indios, se hallan situados bastante más al norte, en la región del viento boreal. Su género de vida es similar al de los bactrios. Entre los indios, ellos son los más belicosos; son precisamente éstos los que hacen salidas en busca de oro. Pues en estas tierras hay arena, y, por consiguiente, desierto[897]. Ahora bien: en esta arena y en este desierto crecen hormigas que, desde luego, no llegan al tamaño de un perro, pero sí alcanzan el de una zorra[898] (por cierto, en el palacio real de los persas[899] hay algunos ejemplares de ellas que han sido cazados aquí). Cuando estas hormigas excavan sus hormigueros subterráneos extraen la arena exactamente igual a como lo hacen las hormigas entre los griegos. También por su aspecto son muy parecidas. Pero la arena que ellas extraen es aurífera.

Precisamente en busca de esta arena los indios organizan sus salidas al desierto. Para ello aparejan una recua de tres camellos; en medio sitúan una hembra, delante, y detrás un macho encabestrado[900] [para poder desengancharlos][901]. El indio cabalga sobre la hembra y con el yugo procura alejarla lo más posible de sus crías pequeñas. Los camellos indios en cuanto a velocidad no les van a la zaga a los caballos, y téngase además en cuenta que son mucho más aptos para transportar cargas.

103. El aspecto de un camello los griegos ya lo conocen, por lo que prescindo de describirlo. Pero voy a explicarles algo que ignoran. El camello tiene en las patas traseras cuatro muslos y cuatro rodillas[902]. Sus genitales se hallan entre las patas traseras, vueltos hacia la cola.

104. O sea que los indios están dispuestos así, y con un tal tiro, a la búsqueda de oro, y calculan que el robo[903] coincida con la hora del calor más fuerte: entonces, por este calor, las hormigas se han hecho invisibles bajo

tierra. La hora más tórrida entre estos hombres se da al amanecer[904], a la salida del sol, no como en los demás pueblos, al mediodía. Tienen el sol encima hasta la hora de cerrar el mercado[905]. Y durante este tiempo el sol quema mucho más que al mediodía en Grecia, de manera que, según cuentan, estas gentes lo pasan dentro del agua. A mediodía el sol quema a los indios casi igual que a los demás hombres. A la caída de la tarde el sol es entre ellos como entre los demás al amanecer. Y cuando el sol se pone va refrescando cada vez más, y cuando se ha puesto totalmente aquí llega a hacer verdadero frío.

105. Y cuando los indios llegan, con sus sacos, al lugar que ellos ya saben, los llenan rápidamente de arena y desandan a toda prisa el camino, pues las hormigas los han olido y salen en su persecución. Esto es lo que los persas han contado siempre. Ellas ganan por piernas a cualquier otro animal. Ninguno de los indios lograría salvarse si, mientras las hormigas se concentran, ellos no les sacaran una ventaja. Y a lo largo de esta persecución sueltan a los camellos machos, que no pueden correr tanto como sus hembras, y los abandonan a las hormigas, pero no los dos a la vez, sino primero uno y después el restante. Pero los camellos hembra, argumentan ellos, piensan en las crías que han dejado y no se permiten ninguna blandura. Según explican los persas, los indios adquieren la mayor parte de su oro de esta manera. El que obtienen de yacimientos es más escaso.

106. A las partes extremas del mundo habitado han correspondido, como sea, los productos más bellos, al igual que a Grecia tocaron en suerte las estaciones del año en una combinación que es con mucho la más agradable. La primera es la India, el último país oriental habitado, el más lejano, como acabo de señalar. Ante todo, aquí los animales, tanto cuadrúpedos como volátiles, son mucho mayores que los de los demás países, a excepción de los caballos (que se ven superados por los caballos de Media[906] llamados meseos). Además tiene mucho oro, en cantidades incalculables, por una parte el que se extrae de yacimientos, en la otra el que se roba[907], tal como señalé, obtenido de las corrientes de los ríos. Además, los árboles silvestres producen como fruto una lana que supera en belleza y en utilidad a la de las ovejas. Los indios se confeccionan los vestidos con el producto de estos árboles.

107. Por otro lado, en dirección sur, la Arabia es el último, el más lejano

de los países habitados. Sólo allí hay incienso, mirra, canela, cinamomo y ládano[908]. Hacerse con estos productos, exceptuando la mirra, a los árabes les es penoso. Recogen el incienso quemando estoraque[909], que los griegos reciben de los fenicios. Pues quemando estoraque se hacen con el incienso, ya que los árboles productores de incienso son custodiados por unas serpientes aladas, pequeñas de cuerpo y de figura. Pero las hay en gran cantidad en cada árbol; son las que normalmente vuelan hacia Egipto. Sólo hay una cosa capaz de apartarlas de los árboles: es la humareda del estoraque.

108. Los árabes aseguran que toda la tierra estaría infestada de estas serpientes si no les ocurriera lo que yo sé que les pasa a las víboras. Como fuere, la divina providencia en su sabiduría ha hecho, cosa muy comprensible, que los animales de naturaleza cobarde y comestible sean muy fecundos, para que nunca se extingan por el hecho de ser devorados[910]. Pero los animales que son feroces y dañinos tienen una capacidad de reproducción más limitada. Por ejemplo, la liebre[911] es cazada por todos, animales, volátiles y hombres; precisamente por ello es muy fecunda. Sólo ella, de entre todos los animales, concibe un segundo fruto en la madre preñada[912]. Los primeros gazapos son peludos ya en el vientre de la madre; los segundos, por el contrario, son pelados. Porque los primeros han llegado a la matriz y los otros acaban de ser concebidos. Esto es lo que ocurre en animales de esta clase. La leona, en cambio, un animal tan fuerte y tan valiente, sólo alumbra una vez en su vida, y un único cachorro[913], pues cuando alumbra expulsa no sólo al cachorro, sino también su matriz. La causa es la siguiente: cuando el cachorro empieza, en el vientre de su madre, a moverse en todas direcciones, araña la matriz; el león tiene, de entre todos los animales conocidos, las garras más afiladas. A medida que va creciendo va rasgando, naturalmente, cada vez más. Cuando el parto ya es inmediato, de la matriz no queda absolutamente nada sano.

109. Esto es lo que ocurre con las víboras y las serpientes aladas en Arabia[914]. Pues si estos reptiles hubieran sido concebidos según su naturaleza, a los hombres la vida les sería imposible. Pero cuando estos reptiles se aparejan y copulan y el macho está en plena eyaculación, la hembra, al tiempo que él expulsa el semen, le agarra por el cuello, se lo va tragando y no para hasta matar a su macho. O sea que, evidentemente, el

macho muere tal como se ha dicho, y la hembra paga por él la pena siguiente. Las crías para vengar a su padre muerden a la madre, incluso antes de salir le muerden la matriz, luego se le comen el vientre, nacen de esta manera. Las otras serpientes, tan funestas para los hombres, ponen huevos e incuban una gran cantidad de hijos. En todo el mundo hay víboras, pero serpientes aladas las hay sólo en Arabia, en bandadas, pero en ninguna otra parte. Por eso dan la impresión de ser muy numerosas.

110. Los árabes producen incienso tal como ya se ha dicho, pero la canela la obtienen así: primero se cubren todo el cuerpo, incluso el rostro, a excepción de los ojos, con pieles de toro o de otras clases. Y van por la canela. Ésta[915] crece en un lago poco profundo, alrededor del cual viven unos animales alados muy parecidos a los murciélagos. Chillan estridentemente y pelean con energía. Para hacerse con la canela hay que protegerse los ojos contra estos animales.

111. Consiguen el cinamomo de una manera todavía más admirable. Porque son incapaces de indicarnos dónde crece, qué país es el que lo produce, aunque algunos sostienen que muy probablemente es allí donde creció el dios Dioniso. Cuentan que unos pájaros enormes trasladaron allí las ramas que nosotros hemos conocido por obra de los fenicios y que llamamos cinamomo; las trajeron en nidos hechos de fango que habían estado pegados a unos riscos escarpados a los que nadie tenía acceso. Pero he aquí lo que los árabes idearon. Despedazaron los miembros de toros y asnos y de otros animales de tiro que se les iban muriendo, hicieron los trozos lo mayores posible y, habiéndolos llevado a esta región, los depositaron cerca de los nidos. Ellos se alejaron un buen trecho. Las aves bajaron volando, cogieron los trozos de los animales muertos y se los llevaron a sus nidos. Pero éstos no pudieron con tanto peso y cayeron al suelo. Los árabes corrieron hacia allí a toda prisa, y así recogieron el cinamomo, que desde esta región llega a los otros países.

112. El ládano, que los árabes llaman *ládanon*, es algo todavía más extraordinario. Se da en el lugar más fétido y, sin embargo, desprende el olor más agradable. Se encuentra adherido a las barbas de los machos cabríos como aquella sustancia grasa y viscosa que se da en los arbustos[916]. Se utiliza en muchos perfumes y es el producto aromático que más queman los

árabes.

113. Sobre las sustancias aromáticas baste con lo dicho; el país de la Arabia huele de manera prodigiosamente suave. Entre los árabes hay dos tipos de oveja extraños, pues no se dan en ningún otro lugar. Un primer tipo se caracteriza por una cola muy larga, de no menos de tres codos. Si se les permitiera que la arrastraran, podrían causarse heridas si dejaran que la cola se les arrastrara por el suelo. Pero todos sus pastores, sin excepción, son entendidos en el trabajo de la madera: hacen como unos carritos y los atan a la cola por debajo, de modo que siempre fijan en un carro la cola de cada uno de estos animales. El otro tipo de ovejas tiene la cola suelta, a veces incluso de un codo de longitud.

114. El país de Etiopía es la última, la más occidental de las tierras habitadas. Es un gran productor de oro, tiene unos elefantes enormes y árboles silvestres de todo tipo, y ébano: sus hombres son los más corpulentos, los más bellos y los más longevos.

115. Éstas son las regiones asiáticas y libias más alejadas. De los confines occidentales de Europa más lejanos y extremos no puedo hablar con tanta precisión. Lo que es yo, ni creo en la existencia de un río que los bárbaros llaman Erídano[917], y que desemboca en un mar hacia el norte (de él dicen que viene el ámbar), ni sé a ciencia cierta nada de las islas Casitérides[918], de las que se sostiene que viene el estaño[919]. Pues el mismo nombre de Erídano delata un origen griego y no bárbaro; lo ha debido de crear algún poeta. Ahora bien: no me ha sido dado oír nada de alguien que sea testigo ocular (a pesar de que me he empeñado en informarme) acerca del aspecto que tiene el mar que hay más allá de Europa. Sí que es verdad que es de ahí, de este último confín, de donde nos vienen el ámbar y el estaño.

116. Es cosa clara que el oro se da en su gran mayoría por el norte de Europa[920]. Yo no puedo decir con precisión cómo se obtiene; se cuenta que los arimaspos, hombres que tienen sólo un ojo[921], lo roban a los grifos[922]. Pero yo no creo que haya hombres de un solo ojo que en lo demás sean idénticos al resto de los otros. Estas regiones del fin del mundo, que delimitan y abrazan el resto de las tierras, me parece que son las más hermosas y que contienen lo más extraño.

117. En Asia hay también una llanura[923] rodeada de montañas por todas

partes. En la cordillera hay cinco desfiladeros. Esta llanura pertenecía antaño a los corasmios. Está situada en los mismos límites de éstos, y de los hircanios, paretos, sarangas y tamaneos, pero desde que los persas están en el poder pertenece al rey. De dentro de este sistema montañoso circular fluye un río caudaloso, el Aces[924]. Antaño éste se dividía en cinco brazos y normalmente regaba las tierras de los cinco pueblos mencionados: el agua era conducida a través de cada uno de los desfiladeros. Pero desde el dominio persa he aquí lo que han vivido. El rey obstruyó los desfiladeros y colocó compuertas en cada uno de ellos, de manera que el curso del agua queda remansado. Y así la llanura que queda dentro de los montes se convierte en un mar, puesto que el río afluye, pero no tiene por dónde desembocar. Aquellos que antes utilizaban normalmente el agua del río lo pasan muy mal, porque ahora ya no pueden hacerlo. En época de invierno el dios hace que les caigan lluvias, como a los demás hombres, pero en verano, que es cuando ellos siembran el sésamo y el sorgo, necesitan de agua urgentemente[925]. Pero esta agua no les es concedida, y entonces ellos, con mujeres e hijos, comparecen gimiendo y llorando delante de las puertas del palacio del rey. El rey manda abrir la compuerta a aquellos que más lo necesitan. Por lo que yo de oídas sé, la abre sólo a los que, además de los tributos, le sobornan con mucho dinero. Esto es lo que hay en cuanto a esta cuestión.

118. De los siete hombres que se habían levantado contra los magos, Intafrenes murió sin remisión, inmediatamente después de la sublevación[926], por haber cometido una locura. Quería penetrar en el palacio real y tratar algo con el rey, tanto más cuanto la ley disponía que los que se habían levantado contra el mago tenían acceso al rey sin ser anunciados, salvo el caso de que el rey estuviere acostado con una mujer. De modo que Intafrenes se opuso a que alguien le anunciara: quería entrar directamente, porque él era uno de los siete. Pero ni el centinela ni los introductores se lo permitieron: aseguraban que el rey estaba acostado con su mujer; Intafrenes creyó que le engañaban y actuó así: desenvainó su cimitarra y les cortó las orejas y la nariz, las ensartó en la brida de su caballo, les ató esta brida al cuello y los despidió.

119. Ellos se presentaron al rey y le expusieron la causa por la cual habían sufrido aquella vejación. Darío sospechó que los seis habían actuado según un plan preconcebido. De modo que los convocó por separado y examinó sus

opiniones a ver si aprobaban lo sucedido. Y así que se convenció de que Intafrenes no había actuado en connivencia con los demás, mandó detenerle, a él y a sus hijos y allegados; en efecto, estaba convencido de que con la ayuda de sus parientes tramaba un alzamiento contra él, y los metió en la cárcel con la intención de ejecutarlos.

Pero la mujer de Intafrenes acudió repetidamente a las puertas del palacio real gimiendo y llorando. Su insistencia movió a Darío a piedad y, mediante un mensajero, le formuló esta proposición: «¡Mujer! El rey Darío te permite salvar al que quieras de tus parientes encadenados.» Ella reflexionó y le contestó: «Si el rey me concede la vida de uno solo de ellos, elijo a mi hermano.» Cuando Darío lo supo se extrañó y le envió a preguntar, mediante otro mensajero: «¡Mujer! El rey Darío te pregunta cómo es que abandonas aquí dentro a tu marido y a tus hijos y has elegido para que quede en vida a tu hermano, que te es más ajeno que tus hijos y no tan afecto como tu marido.» Ella repuso lo siguiente: «¡Rey! En lo que atañe a mi marido, me es posible tener otro, si el dios lo quiere[927], y más hijos en el caso de que pierda éstos[928]. Pero mi padre y mi madre han muerto ya, y yo no puedo de ninguna de las maneras conseguir otro hermano. Tal ha sido la reflexión que me ha hecho decirte lo anterior»[929]. Darío fue de la opinión de que la mujer lo había dicho muy bien y mandó liberar a aquel que ella había solicitado, y además a su hijo mayor, con ánimo de complacerla. Los demás murieron todos, de modo que, de los siete, uno acabó inmediatamente de la forma aquí explicada.

120. En tiempos de la enfermedad de Cambises ocurrió lo siguiente. En Sardes estaba como gobernador el persa Oretes, que había sido nombrado por Ciro. Y este Oretes abrigaba el proyecto de cometer una impiedad. En efecto, sin que el samio Polícrates le hubiera hecho nada malo, sin haber oído de sus labios una palabra ofensiva, es más, ni tan siquiera le había visto nunca personalmente, resolvió —es lo que cuenta la mayoría— detenerle por lo que sigue, y eliminarle. Oretes y otro persa, el gobernador del distrito de Dascilio, llamado Mitróbates, esperaban sentados en la puerta del palacio real, y allí una discusión acerca del coraje militar hizo que cayeran en discrepancias. Y Mitróbates echó en cara a Polícrates: «Tú, que aquí pretendes aparecer como hombre, no has ganado para el rey la isla de Samos, colindante con tu distrito.

¡Con lo fácil que resulta de dominar! Uno de sus nativos se sublevó con la ayuda de sólo quince números de infantería pesada y la retiene como gobernador absoluto»[930]. De modo que unos defienden que cuando lo oyó, dolido por la ofensa, concibió el deseo no tanto de vengarse del que se lo había dicho como de eliminar totalmente a Polícrates, por cuya culpa él había caído en tan mala fama.

121. Son los menos los que refieren que Oretes había mandado un heraldo a Samos, que iba a pedir algo, lo que fuera (porque no se explica de qué se trataba). En aquel momento Polícrates se hallaba reclinado en el androceo, y junto a él se hallaba Anacreonte de Ceos[931]. Puede ser que Polícrates con toda la intención no atendiera a la cuestión planteada por Oretes, puede ser que por pura casualidad, el caso es que cuando el heraldo de Oretes entró con la intención de negociar con él, Polícrates, que en aquel momento se hallaba de cara a la pared, no se volvió ni se dignó contestarle.

122. Uno de estos dos sucesos fue la causa de la muerte de Polícrates; cada cual puede dar crédito al que prefiera. Oretes, que gobernaba en la Magnesia, al norte del río Meandro, cuando se enteró de las intenciones de Polícrates, envió a Samos al lidio Mirso, hijo de Giges. Pues Polícrates fue el primero de los griegos que conocemos que concibió el proyecto de dominar el mar (esto si prescindimos de Minos de Cnoso, y de algún otro que eventualmente dominara el mar antes que él). Desde la época que llamamos histórica, Polícrates ha sido el primero que ha tenido buenas perspectivas de cara al dominio de la Jonia y de las islas. Cuando Oretes se enteró de sus proyectos le envió un mensajero a decirle: «Oretes dice a Polícrates lo siguiente: sé que abrigas grandes pensamientos, pero que no dispones del dinero requerido por tus proyectos. Si actúas como te digo, te promoverás a ti mismo y, por añadidura, me salvarás a mí. Pues el rey Cambises trata de suprimirme, de lo cual tengo noticia clara. Sácame, pues, de aquí, a mí y a mis tesoros, quédate con una parte de ellos, y déjame a mí quedarme con la restante. En lo que a dinero se refiere, tú serás señor de Grecia entera. Pero si por mor del dinero desconfías de mí, envíame la persona que te sea más leal y se lo mostraré.»

123. Cuando Polícrates lo oyó se prestó a ello lleno de gozo. Como sea, su afición al dinero era enorme, y en primer lugar le mandó a Meandrio, hijo de

Meandrio, un ciudadano que era su secretario, a cerciorarse. (Este Meandrio poco tiempo después dedicó en el templo de Hera el ajuar precioso procedente del androceo de Polícrates.) Cuando Oretes supo que el que esperaba era el hombre de confianza de Polícrates urdió lo siguiente. Mandó llenar con piedras ocho cofres casi hasta los bordes, y por encima de las piedras puso oro. Luego ató los cofres y los puso a punto. Llegó Meandrio, los vio y envió un informe a Polícrates.

124. Éste, a pesar de que los augures se lo desaconsejaban con vehemencia, y también los amigos, se dispuso a emprender tal viaje, incluso cuando una hija suya había tenido cierta visión. Le pareció ver que a su padre, que flotaba en el aire, Zeus le bañaba y Helios[932] le ungía. Luego de tener esta visión, ella intentó de todos los modos posibles convencer a su padre de que no viajara a la corte de Oretes. Incluso en el momento en que él embarcó en el pentecontero le dijo como despedida palabras de mal agüero. Él, por su parte, la amenazó con que si volvía sano ella se quedaría soltera por mucho tiempo; ella imploró que ello llegara a cumplirse, pues prefería quedarse soltera por mucho tiempo a verse privada de su padre.

125. Polícrates desdeñó cualquier consejo y viajó hasta la corte de Oretes. Tomó en tal expedición, entre otros muchos amigos, también a Democeddes de Crotón, hijo de Califonte, que era médico, y en el ejercicio de su profesión era el mejor de sus contemporáneos. Llegado a Magnesia, Polícrates tuvo un final infame, indigno de su condición y de sus maneras. Excepción hecha de los tiranos de Siracusa[933], no hay ningún monarca[934] griego que se pueda comparar con Polícrates en su amor al lujo. Oretes, luego de matarle de una manera que no quiero describir[935], mandó empalarle. De su cortejo dejó libres a todos los samios, de los que requirió que le agradecieran la libertad. Trató como esclavos a los forasteros y a los servidores del cortejo, y los retuvo en su país. Cuando Polícrates fue ahorcado, se cumplió la visión que había tenido su hija, pues cuando llovía resultaba que Zeus le bañaba, y el sol le ungía por cuanto su cuerpo rezumaba sangre húmeda[936]. O sea, que los muchos casos de buena suerte de Polícrates acabaron así, tal como había profetizado Amasis, el rey de los egipcios[937].

126. Pero no tardaron en caer sobre Oretes castigos a causa de Polícrates. Tras la muerte de Cambises y el reinado de los magos se quedó en la misma

Sardes y no fue útil para nada a los persas, que por aquel entonces se veían privados de la hegemonía por los medos. Más aún: en esta época tan revuelta hizo matar a Mitróbates, el gobernador de Dascilio, aquel que le había reprochado su conducta respecto a Polícrates, y también hizo asesinar a Cranaspes, hijo del anterior; los dos eran hombres de gran prestigio entre los persas. Y cometió otros muchos crímenes de todo tipo. Mató a un correo que le había llegado de parte de Darío porque le desagradó el mensaje del que era portador; le hizo matar cuando regresaba, apostando a unos hombres en su camino. Y luego de hacerle matar le hizo desaparecer junto con su mismo caballo.

127. Cuando Darío accedió al imperio quiso que Oretes pagara todos sus crímenes, y principalmente la muerte de Mitróbates y de su hijo. Pero no le pareció indicado enviar a las claras un ejército contra él, pues la situación ofrecía aún una cierta efervescencia: hacía poco que él mismo ocupaba el poder y sabía que Oretes disponía de una gran fuerza: su guardia personal se componía de mil lanceros persas, y gobernaba los distritos frigio, lidio y jonio. Por tanto, ante tal situación he aquí lo que, ciertamente, Darío maquinó: convocó a los persas de más prestigio y les propuso: «¡Persas! ¿Quién de vosotros aceptaría encargarse de esta tarea para llevarla a buen término no por la fuerza y clamorosamente, sino con astucia? Naturalmente, allí donde se requiere astucia, no hay lugar para la fuerza. ¿Quién de vosotros querría entregarme vivo a Oretes, o bien matarle? A los persas no nos ha servido de nada, y ha cometido grandes fechorías. En primer lugar, ha suprimido a dos de los nuestros, a Mitróbates y a su hijo; además asesina a los que yo le envío para que le citen; la soberbia de que hace gala es intolerable. Antes de que pueda inferir males mayores a los persas es preciso que le castiguemos con la muerte.»

128. De modo que ésta fue la consulta de Darío, y se levantaron treinta hombres a favor de ella: cada uno pretendía actuar él personalmente, y en ello llegaron a reñir; Darío lo orilló haciendo que lo echaran a suertes. Lo hicieron, y tal cometido recayó sobre Bageo, hijo de Artontes. Y toda vez que la suerte le había elegido, he aquí lo que Bageo urde. Redactó muchas cartas sobre temas muy diversos y las selló todas con el sello de Darío. Las tomó consigo y viajó inmediatamente a Sardes. Una vez llegado allí, compareció a

la presencia de Oretes, y fue entregando las cartas, después de abrirlas, al secretario de turno para que las leyera (pues todos los gobernadores disponen de secretarios). Bageo le entregó las cartas para comprobar lo que pensaban los lanceros, a ver si estarían de acuerdo en desertar de Oretes. Advirtió que las simples cartas ya les infundían un gran respeto, y aún más respeto su contenido. Y ante ello pasó al secretario otra carta que rezaba así: «¡Persas! Darío os prohíbe ser lanceros de Oretes.» Al oírlo, éstos bajaron ante él sus lanzas[938]. Y Bageo, al ver que hacían caso cobró ánimos y entregó al secretario la última de las cartas. En ella había escrito: «El rey Darío ordena a los persas que hay en Sardes matar a Oretes.» Cuando los lanceros lo oyeron desenvainaron sus alfanjes y mataron a Oretes allí mismo. De modo que las diosas de la venganza[939] atraparon así a Oretes a causa de Polícrates.

129. Luego que los esclavos de Oretes llegaron a Susa y sus tesoros fueron trasladados[940] a esta plaza, no mucho tiempo después ocurrió que Darío en una cacería cayó del caballo y se dislocó una pierna. El percance fue considerable, pues el tobillo se le salió de la articulación. Puesto que él ya antes habitualmente tenía por norma alojar en su corte a aquellos egipcios que gozaran de más reputación en el arte de la medicina, ahora reclamó sus servicios. Pero estos médicos le retorcieron y le forzaron el pie; lo único que hicieron fue empeorar su situación. A lo largo de siete días y de siete noches, Darío fue víctima de insomnio por el quebranto que le acosaba. Al cabo de ocho días la cosa iba aún peor, y entonces uno que tiempo atrás, en Sardes, había oído hablar del arte de Democedes de Crotona[941], se lo dijo a Darío. Éste ordenó que lo trajeran a su presencia inmediatamente. Y le localizaron no importa dónde, entre los esclavos de Oretes, totalmente negligido. Con los pies encadenados y cubierto de andrajos, le condujeron a la presencia de Darío.

130. Y le pusieron allí delante. Darío le preguntó si dominaba el arte de la medicina. Y él repuso que no: temía que si se daba a conocer perdería definitivamente su país, que era Grecia. Sin embargo, a Darío le dio la impresión de que se trataba de un hombre hábil en encontrar subterfugios; ordenó a los que le habían llevado a su presencia que dispusieran allí en medio látigos y aguijones. Y Democedes acabó por darse a conocer. Dijo que, exactamente, médico no era, pero que había tratado a uno, y que de

medicina sabía algo, poca cosa. Pero se le confió el tratamiento, y con la aplicación de remedios griegos, unos enérgicos, otros suaves, hizo que Darío lograra conciliar el sueño, y en poco tiempo le recuperó totalmente, a él, que se temía que nunca más podría andar firme sobre sus pies. Como era de esperar, Darío le recompensó con un par de cadenas de oro, pero Democedes le preguntó si le doblaba deliberadamente la desgracia por el hecho de haberle devuelto la salud[942]. A Darío le hizo gracia esta ocurrencia, y envió a Democedes con sus mujeres. Los eunucos le acompañaron a dar una vuelta entre ellas, y les explicaban que aquél era el hombre que le había salvado la vida al rey. Y todas obsequiaron a Democedes: echaban con una copa monedas de oro en una bandeja. Fue un regalo tan espléndido que el esclavo que acompañaba a Democedes recogió, de las monedas que se caían al suelo desde la copa, una gran cantidad de oro para sí.

131. Bien: este Democedes llegó desde Crotona y entró en relación con Polícrates como sigue. En Crotona convivía con su padre, sumamente colérico. Y cuando ya no pudo soportarle le plantó y se fue a Egina. Una vez establecido allí, ya en su primer año superó a todos los médicos, a pesar de que no tenía ni el utillaje ni el instrumental correspondiente al arte de la medicina. Los eginetas ya al cabo de dos años le contrataron para el servicio del estado abonándole un talento, los atenienses al cabo de tres año le contrataron por cien minas, y en el cuarto año Polícrates le contrató por dos talentos[943]. Y así llegó a Samos, y por Democedes los médicos de Crotona adquirieron gran predicamento. Esto fue en la época en que los médicos de Crotona eran tenidos por los más competentes en toda Grecia, seguidos de los cirenaicos. En esta época también los argivos gozaban de la fama de ser los mejores médicos de Grecia entera.

132. Y entonces, cuando Democedes en Susa restituyó totalmente la salud a Darío, poseía una vivienda enorme, y fue nombrado comensal en la mesa del rey[944]. Prescindiendo de un único deseo, poder reintegrarse a los griegos, disfrutó de todo lo demás. Mediante su intercesión salvó a los médicos egipcios que antes atendían al rey y que ahora iban a ser empalados porque habían sido superados por un médico griego. Además rescató a un vidente de Elis que figuraba en el séquito de Polícrates y que ahora se hallaba totalmente abandonado entre los esclavos. De manera que Democedes gozó del máximo

prestigio ante el rey.

133. Poco tiempo después resultó que sucedieron otras cosas. A Atosa, la hija de Ciro y esposa de Darío, se le formó en un pecho un tumor maligno. Se le reventó y se le fue extendiendo[945]. Cuando todavía era pequeño, ella lo ocultaba por vergüenza, y no habló a nadie de él. Pero se le agravó, y ella mandó llamar a Democedes y se lo mostró. Él le aseguró que la curaría, pero le hizo jurar que ella, inexcusablemente, le ofrecería una contrapartida, que él, oportunamente, le indicaría: no iba a pedirle nada que le ocasionara vergüenza.

134. Cuando, después del tratamiento, Atosa se hubo restablecido por completo, entonces, siguiendo instrucciones de Democedes, dirigió, en el lecho conyugal, estas palabras a Darío: «¡Rey! Dispones de una tan grande fuerza ¡y te quedas sentado ociosamente, sin ganar ningún otro pueblo ni aumentar el poderío de los persas! Lo lógico sería que un hombre que no sólo es joven[946], sino que además es dueño de inmensos recursos, se diera a conocer mediante alguna gesta, para que los persas se apercibieran de que están mandados por un hombre corajudo. Si lo haces extraerás de ello dos ventajas. En primer lugar, los persas sabrán que es todo un hombre el que los encabeza y, además, la guerra los desgastará y no dispondrán de ocio para conspirar contra ti. Cuando todavía eres joven, cuando cuentas pocos años, puedes sin duda alguna exhibir cualquier hazaña. Si el cuerpo crece se desenvuelve en él la mente, pero si ya envejece la mente se atrofia en él a la par[947], y en todas sus acciones se queda como embotado.» Ella le dijo esto según las instrucciones recibidas; he aquí la respuesta que obtuvo: «¡Mujer! Has dicho exactamente lo que yo proyecto hacer. Pues he decidido tender un puente desde este continente al otro para salir en campaña contra los escitas. La ejecución de este plan será ya muy pronto.» Y repuso Atosa: «¡Mira, déjate de eso, de empezar saliendo contra los escitas, que pasarán a ser tuyos sólo con que te lo propongas! Tu objetivo debe ser Grecia. Me he enterado de tantas cosas de ella que ya quisiera disponer de sirvientas laconias, argivas, áticas, corintias. Desde luego, tú tienes a mano el más indicado de todos los hombres para mostrarte el camino; me refiero a éste que te ha curado el pie.» Y repuso Darío: «¡Mujer! Puesto que te parece bien que primero probemos con Grecia, también a mí me parece preferible que empecemos enviando a

Grecia espías persas, y además este hombre que señalas, para que investiguen y vean allí, y luego nos reporten sus pesquisas. Tras ser informado con todo detalle, me revolveré contra Grecia.»

135. Esto es lo que dijo, y se puso inmediatamente manos a la obra. Así que amaneció convocó a quince persas prestigiosos y les encargó que siguieran a Democedes, que exploraran minuciosamente las costas de Grecia y que no dejaran en modo alguno que Democedes se les escabullera, sino que, fuere como fuere, lo reintegraran a Persia. Luego de hacerles estos encargos, convocó al mismo Democedes y le rogó que regresara luego que les hubiera mostrado y descrito minuciosamente a los persas Grecia entera. Lo movió a llevarse como regalo para su padre y para sus hermanos todos sus bienes muebles, asegurándole que en compensación le daría otros mucho mejores que aquéllos: le dijo que para estos regalos equiparía una nave de carga llena de bienes de toda clase con la cual podría hacerse a la mar. Yo creo que Darío le prometió todo esto sin segundas intenciones, pero Democedes se temía que Darío le ponía a prueba. De modo que no se apresuró a aceptar los presentes, sino que puso en claro que dejaría sus pertenencias donde estaban, para recuperarlas a su regreso. Con todo, la nave de carga que Darío le ofrecía, declaró que la aceptaba con destino a sus hermanos. Tras impartir estas órdenes también a éste, Darío mandó que todos se hicieran a la mar.

136. Éstos desembarcaron en Fenicia, en Sidón, ciudad de Fenicia, donde tripularon inmediatamente dos trirremes y llenaron un gran barco mercante con mercancías de todas clases. Hechos todos estos preparativos, se hicieron a la mar rumbo a Grecia. Allí costearon el país, lo exploraron y tomaron notas por escrito hasta que lo hubieron explorado en su mayor parte, anotando lo digno de mención; luego llegaron a Tarento, en Italia. Y allí el rey de los tarentinos, Aristofílides, para congraciarse con Democedes, primero desarmó los timones de las naves médicas y luego detuvo a los persas mismos, alegando que eran espías. Mientras ellos sufrían tales penalidades, Democedes se fue a Crotona, y tras su llegada a su ciudad natal, Aristofílides puso en libertad a los persas y les devolvió los navíos que les había confiscado.

137. Los persas zarparon de aquí y siguieron los pasos de Democedes

hacia Crotona. Le encontraron en el mercado y le prendieron. Algunos crotoniatas, alarmados ante el poderío persa, estaban dispuestos a abandonarle, pero otros, por su parte, le aferraron y fueron contra los persas a bastonazo limpio. Y los persas se limitaron a decirles: «¡Hombres de Crotona, daos cuenta de lo que hacéis! Nos quitáis a un individuo que ha desertado del rey. ¿Cómo va a encajar el rey Darío un ultraje de tal guisa? ¿Cómo podrá saliros bien lo que hagáis cuando nos lo hayáis arrebatado? ¿Es que vamos a salir en campaña contra cualquier ciudad antes que contra ésta, la de aquí? ¿A cuál vamos a esclavizar antes que a ésta?» Pero no lograron convencer a los crotoniatas con estas palabras; sin Democedes y con la nave de carga que llevaron consigo, ahora vacía, regresaron a Asia y no volvieron a intentar por más tiempo ni buscar ni explorar por las partes más lejanas de Grecia, puesto que les habían quitado el guía. Cuando se iban, Democedes les encargó lo siguiente: debían notificar al rey Darío que Democedes se había casado con la hija de Milón, pues el nombre del luchador Milón[948] es comprensible que significara algo para el rey. Yo creo que se explica por eso que Democedes acelerara con dinero esta boda, para que le fuera evidente también a Darío que él en su país era persona de gran prestigio.

138. Luego que con los buques los persas hubieron partido de Crotrona fueron arrojados al país de Yapigia[949], donde se vieron forzados a trabajar como esclavos. Pero les salvó Gilo, un exiliado de Tarento que les devolvió al rey Darío. Ante tal gesto, Darío estaba dispuesto a concederle lo que él deseara. Gilo le expuso su infortunio, y luego eligió su repatriación a Tarento, indicando, de todos modos, que, para evitar una gran conmoción en Grecia si por culpa suya una gran flota navegase contra Italia, bastaría con que fueran los cnidios quienes le restituyeran a su país. En efecto, creía que si éstos intervenían lograría el regreso con la máxima seguridad, puesto que les unía una gran amistad con los tarentinos. Darío lo prometió y lo cumplió. Envió un mensajero a Cnido[950] con la orden de que restituyeran a Gilo a Tarento. Los cnidios obedecieron a Darío, pero fueron incapaces de persuadir a los tarentinos. Y no estaban en situación de actuar por la fuerza. Las cosas sucedieron así, y éstos fueron los primeros persas que desde Asia llegaron a Europa, donde fueron exploradores a causa de lo que he señalado.

139. Más tarde el rey Darío conquistó Samos (de todas las ciudades

griegas o bárbaras la primera que conquistó); el motivo fue el siguiente: cuando Cambises, hijo de Ciro, salió en campaña contra Egipto, llegaron a este país también muchos griegos, algunos, lo que es natural, a hacer negocios, otros para servir como soldados, pero algunos para explorar la realidad del país. Entre estos últimos había un tal Silosonte, hijo de Éaces, hermano de Polícrates y ahora exiliado de Samos. A este Silosonte le tocó una buena fortuna como ésta: tomó una túnica y se la puso; era de un color rojo muy vivo. Y en Menfis se paseaba ataviado con ella por el ágora. Por allí le vio Darío, miembro todavía de la guardia personal de Cambises, y que era aún un personaje de poca monta. Se pirró por aquella prenda, se acercó a Silosonte y pretendió comprársela. Cuando éste se apercibió del gran interés que Darío tenía por aquel vestido le dijo, inspirado por una buena fortuna: «No la vendo a ningún precio, pero te la doy de balde si es que tal es tu deseo.» Darío se lo alabó y se llevó la prenda de vestir. Y Silosonte creyó, es natural, que había perdido la prenda por su simpleza.

140. Pasó el tiempo y Cambises murió, los siete se levantaron contra los magos y, de éstos siete, Darío accedió al gobierno del imperio. Y Silosonte se enteró de que la dignidad real había recaído sobre aquel hombre a quien él antaño, en Egipto, ante sus ruegos, había regalado el vestido. Subió a Susa, se sentó en el atrio del palacio real y declaró que era un bienhechor de Darío. Al oírle, el centinela lo comunicó al rey, el cual replicó, lleno de asombro: «¿Quién es mi bienhechor de entre los griegos al que yo, cuando hace tan poco que he recibido el reino, deba agradecimiento? Ningún griego se ha llegado hasta ahora a mí... Por así decir, yo no debo agradecimiento a ningún hombre griego. De todos modos, hacedle entrar, para que yo vea qué es lo que pretende cuando habla así.» El centinela introdujo a Silosonte, que quedó de pie allí en medio, y los intérpretes le preguntaron quién era y qué es lo que había hecho que le moviera a sostener que él era un bienhechor del rey. Y Silosonte explicó todo lo que había ocurrido con el vestido, y que él era el que se lo había regalado. Y repuso Darío: «¿O sea, noble hombre, que tú eres aquel que cuando yo todavía era un don nadie me hizo un regalo? Aunque fuera modesto, ahora mi agradecimiento será igual a un bien muy grande que yo recibiera no importa de qué lugar. Te doy por ello una cantidad tal de oro y de plata que jamás te pesará haber hecho un favor a Darío, hijo de

Histaspes.» Y Silosonte replicó: «Rey, no me des ni oro ni plata, sino sálvame mi patria, que es Samos, restitúyeme a ella, pues a causa de la muerte de mi hermano Polícrates a manos de Oretes, la domina uno de nuestros esclavos. Concédemela sin que nadie sea asesinado ni reducido a esclavitud.»

141. Al oírle, Darío envió un ejército mandado por el general Ótanes, uno de los siete[951], con la misión de cumplir la demanda de Silosonte. Ótanes bajó hacia la costa y dispuso el ejército.

142. En Samos ocupaba el poder Meandrio, hijo de Meandrio; lo había recibido de Polícrates en calidad de delegado. Por cierto, que deseaba ser el más justo de todos los hombres, pero la cosa no le salió bien. Efectivamente, cuando le anunciaron la muerte de Polícrates, he aquí lo que hizo. Primero erigió un altar a Zeus Libertador, alrededor del cual delimitó un recinto sagrado que todavía hoy está delante de la ciudad. Concluida la obra, convocó a una asamblea a todos los ciudadanos y les dijo: «Como ya sabéis, se me ha confiado el cetro e íntegramente el poder de Polícrates, y ahora me corresponde reinar sobre vosotros. Pero yo quiero evitar, en la medida de lo posible, cometer lo que reprocho a los vecinos. Ni Polícrates me agradó, porque se hacía el señor sobre hombres que le eran iguales, ni me agradaría otro que se comportara así. Bien: ahora Polícrates ya ha cumplido su destino y yo deposito mi poder ahí, en medio de vosotros, y os proclamo la igualdad ante la ley[952]. De todos modos, me parece justo que me correspondan, como don de honor, seis talentos procedentes de los bienes de Polícrates, y además elijo para mí personalmente y para todos mis descendientes el sacerdocio de Zeus Libertador. He sido yo quien ha fundado el santuario en honor de este dios, y ahora yo os doy la libertad.» Esto es lo que prometió a los samios. De en medio de ellos se levantó uno que le dijo: «¡Pero si no eres digno de reinar sobre nosotros, puesto que eres de extracción vil, y, además, un sinvergüenza! Lo que debes hacer es rendirnos cuentas de los tesoros que han pasado por tus manos.»

143. Esto es lo que le dijo uno de los ciudadanos, hombre prestigioso, llamado Telesarco. Pero Meandrio comprendió muy bien que si él dejaba que el poder se le escapara de las manos, le reemplazaría otro en calidad de tirano, de modo que no pensó en absoluto que se le escurriera de los dedos. Y

se replegó a la acrópolis. Y[953] allí iba convocando a su presencia a aquéllos, uno por uno, con el pretexto de que quería rendir cuentas sobre los tesoros, pero los fue deteniendo y encadenando. De manera que quedaron aherrojados. Y Meandrio enfermó. Esperando que la cosa sería mortal, su hermano, de nombre Licareto, asesinó a todos los prisioneros para hacerse más fácilmente con el poder, ya que aquéllos, por lo visto, renunciaban a ser libres.

144. Cuando los persas que llevaban consigo a Silosonte llegaron a Samos, allí nadie levantó las manos contra ellos; más bien los partidarios de Meandrio, y Meandrio mismo, manifestaron su disposición a salir de la isla si se llegaba a un acuerdo. Ótanes aceptó la condición y cerró el pacto; los persas más prestigiosos cogieron asientos y se sentaron delante de la acrópolis.

145. Meandrio, el tirano, tenía un hermano, llamado Carilao, que sufría accesos de demencia. Ahora estaba encadenado en una mazmorra porque había cometido cierto delito. Oyó lo que sucedía y, espiando a través de la mazmorra, vio a los persas pacíficamente sentados, gritó y dijo que quería encontrarse con su hermano. Meandrio, así que le oyó, mandó que le quitaran las cadenas y que le condujeran a su presencia. Cuando se lo pusieron delante, Carilao intentó, por medio de desprecios y de ofensas, convencer a Meandrio de que atacara a los persas. Le decía: «Tú, el más malvado de los hombres, a mí, que soy tu hermano y que no te he hecho nada merecedor de cadenas, me has aherrojado y me has considerado merecedor de una mazmorra. Y ahora, cuando[954] ves que los persas te echan y te convierten en un apátrida, ¿no te atreverás a castigarlos a ellos, tan fáciles de someter? Pero si ellos de verdad te horrorizan, pon a mi disposición tus mercenarios, y yo castigaré a estos persas por haberse presentado aquí. Aunque también estoy dispuesto a echarte a ti de la isla.»

146. Tal dijo Carilao. Y Meandrio le recogió la idea; yo creo que no porque fuera tan insensato que creyera que su fuerza sería superior a la del rey, sino más bien porque envidiaría a Silosonte si éste sin ningún esfuerzo mantenía absolutamente indemne la ciudad. Pretendía debilitarla al máximo irritando a los persas y entregársela así. Era muy consciente de que los persas, si las cosas les iban mal, se irritarían contra los samios, y sabía que él, sin

dudas de ninguna clase, podría escaparse de la isla con tan sólo desearlo. Pues se había excavado un túnel secreto que llevaba desde la acrópolis hasta la playa. De modo que Meandrio abandonó por mar la isla de Samos, pero Carilao armó a todos los aliados, abrió los portales de par en par y lanzó a sus hombres contra los persas, desprevenidos, porque creían que se había llegado a un acuerdo en todo. Los soldados en su ataque mataron a aquellos persas que se hacían transportar en literas[955], es decir, a los que gozaban de un mayor prestigio. Esto es lo que hicieron aquellos soldados. El resto del ejército persa corrió inmediatamente en su ayuda; aquellos soldados se vieron empujados hacia atrás y se refugiaron en la acrópolis.

147. Ótanes, el comandante en jefe, se dio cuenta de que los persas habían sufrido un auténtico descalabro. Olvidó las instrucciones que Darío le había dado al partir, las de no matar ni esclavizar a ningún samio, sino de entregar la isla a Silosonte sin hacer estragos, y dio expresamente la orden a su ejército de matar indiscriminadamente al que cogieran, hombre o niño. Una parte del ejército asedió la acrópolis y el resto se dedicó a matar a cualquiera que se topara por los caminos, sin importarle que se encontrara o no en lugar sagrado.

148. Tras escapar de Samos, Meandrio se hizo a la mar hacia Lacedemonia. A su llegada mandó subir[956] los bienes que había tomado consigo al partir, e hizo lo siguiente. Desembaló ostentosamente las copas de oro y plata[957], y sus criados se dedicaron a lavarlas, mientras él establecía diálogo con Cleómenes, el hijo de Anaxándridas, llevándoselo a su residencia. Cuando Cleómenes vio las copas se quedó maravillado, estupefacto. Meandrio entonces le invitó a tomar para sí todas las que quisiera; le instó dos o tres veces a hacerlo, pero Cleómenes mostró ser un hombre muy recto[958]: le pareció mal aceptar lo ofrecido. Y cuando se apercibió de que Cleómenes podía regalarlas a otros ciudadanos y que así encontraría ayuda, acudió a los éforos y les dijo que para Esparta lo mejor sería que el forastero samio se alejara del Peloponeso, para evitar que convenciera a otros espartanos de que se portaran mal. Los éforos lo hicieron caso y mediante un heraldo expulsaron a Meandrio.

149. En cuanto a Samos los persas, tras rastrillar[959] a los habitantes, la entregaron a Silosonte desierta de hombres. Sin embargo, el mismo general

Ótanes al cabo de un tiempo los ayudó a repoblarla, por un sueño que tuvo y una enfermedad que le afectó los genitales.

150. En el tiempo en que la flota había salido contra Samos se sublevaron los babilonios, que, por cierto, estaban muy bien equipados. Pues, mientras gobernó el mago y los siete se alzaron contra él, durante toda esta época tan confusa se habían preparado para el asedio, cosa que, de todos modos, pasó inadvertida. Y cuando se sublevaron ya abiertamente, he aquí lo que hicieron: pusieron aparte a sus madres, cada uno se quedó una mujer para su casa, la que quiso, juntaron a todas las restantes y las estrangularon. La que escogió cada uno fue para que le preparara la comida. Y las estrangularon para que no les consumieran los víveres.

151. Darío se enteró de todo ello, concentró sus efectivos militares y marchó contra los babilonios. Llegó a la plaza y la asedió, pero a los babilonios la cosa les importó un comino. Subían a los baluartes de los muros, bailaban mofándose de Darío y se burlaban de él y de su ejército. Y un babilonio les espetó tales palabras: «¡Persas! ¿Por qué os quedáis sentados aquí y no os marcháis a vuestras casas? Cuando una mula haya parido, entonces nos venceréis.» Esto lo dijo un babilonio, convencido, naturalmente, de que una mula nunca pariría.

152. Ya habían pasado un año y siete meses, y Darío y todo su ejército estaban molestos porque no se veían en situación de vencer a los babilonios. Darío había echado mano de todas sus tácticas y de todas sus estratagemas. Y en vista de que no lograba conquistar la plaza, cuando ya se había servido de todos sus ardides, probó también aquel con el que Ciro los dominó[960]. Pero todo fue inútil, pues los babilonios se defendían con tesón y él no estaba en situación de reducirlos.

153. Así las cosas, al cabo de veinte meses, a Zópiro, hijo de Megabizo, aquel que pertenecía al grupo de los siete hombres que derrocaron al mago, le ocurrió este portento: una mula de las que transportaban el trigo[961] parió. Lo comunicaron a Zópiro, y él, incrédulo, se llegó a ver personalmente el potrillo. Prohibió a los que se lo habían comunicado que lo propalaran, y meditó sobre lo sucedido. Pensaba en las palabras del babilonio, proferidas al inicio del asedio, que cuando una mula pariera, entonces expugnarían el muro; pensando en este oráculo, Zópiro creía que Babilonia ya no era

inexpugnable, pues aquél lo había dicho por inspiración divina, y a él, por un concurso divino, una mula le había parido.

154. Advirtió, pues, que el destino determinaba que Babilonia fuera capturada; se llegó a Darío y le preguntó si realmente para él era muy importante la toma de Babilonia. Se dio cuenta de que lo era mucho, y meditó esta otra cosa, a ver cómo podría ser él mismo quien la conquistara, cómo la empresa podría ser una hazaña suya, pues entre los persas estas proezas son muy valoradas; su contrapartida consiste en el aumento de prestigio y de dignidad. Pensaba que no podría someter a Babilonia si no era desfigurándose a sí mismo y pasándose a los babilonios. Pero esto para él era cosa de poca monta, de modo que se desfiguró de manera intolerable: se cortó la nariz y se rebanó las orejas, se rapó de mala manera la cabeza, se flageló a sí mismo, y así se presentó a Darío.

155. A Darío le sentó muy mal ver tan desfigurado a un miembro del máximo prestigio. Saltó de su asiento y le preguntó gritando quién le había desfigurado, qué era lo que él mismo había cometido. Zópiro repuso: «Exceptuándote a ti mismo, rey, no hay hombre que tenga el poder suficiente para maltratarme, y no es ningún extranjero, ¡oh rey!, el que me ha causado esto, me lo he hecho yo mismo, pues no puedo soportar que los asirios[962] se rían de los persas.» Y Darío le respondió: «Tú, el más espantoso de los hombres, otorgas el nombre más honorable a la más afrentosa de las obras cuando afirmas que te has maltratado a causa de los asediados. ¡Necio! ¿Cómo van a rendirse más pronto los enemigos porque tú te hayas desfigurado? ¿No estarás fuera de tus casillas? ¡Te has mutilado a ti mismo!» Y Zópiro repuso: «Si yo hubiera empezado comunicándote lo que pretendo hacer, no me lo habrías permitido; por eso he obrado y actuado por mi cuenta. Ahora, si tú por tu parte no me fallas conquistaremos Babilonia. Pues yo así tal como estoy me pasaré por el muro y les diré que esto lo he sufrido de tu parte. Me parece que si logro convencerles de esto podré disponer de su ejército. Tú, al cabo de diez días desde que yo me haya pasado por el muro, de aquella parte de tu ejército que no te preocupe perder aposta mil hombres en la puerta llamada de Semíramis. Al cabo de siete días después de estos diez, emplázame otra vez dos mil hombres ante la puerta llamada de los niniveos. Después de estos siete días deja transcurrir veinte días más, y

entonces conduce cuatro mil hombres ante la puerta llamada de los caldeos. Pero a todas estas tropas no les permitas que se lleven otras armas que no sean sus puñales; los puñales pueden llevárselos. Finalmente, al cabo de otros veinte días, manda a todo tu ejército asaltar el muro desde todas partes; emplaza a los persas frente a las puertas llamadas Délidas y Cisias. Yo habré hecho algo grande al servicio de los babilonios y, sin duda alguna, me dejarán dirigir la defensa y me confiarán las llaves de la ciudad. Entonces los persas y yo llevaremos la empresa a buen término.

156. Luego que hubo dado estas instrucciones, Zópiro se dirigió hacia una de las puertas; se volvía con frecuencia, como un auténtico desertor. Desde las torres le observaron los apostados en ellas, corrieron hacia abajo, entreabrieron un portal y le preguntaron qué era lo que venía a pedirles. Él contestó que se llamaba Zópiro y que se pasaba a ellos. Al oírle, los centinelas le condujeron hasta el consejo de los babilonios. Allí empezó a lamentarse y les dijo que aquellas mutilaciones (que se había hecho él mismo) se las había infligido Darío, y que se las había causado porque él le había aconsejado la retirada del ejército, ya que no se veía viable en modo alguno la toma de la ciudad. «Y he aquí que yo ahora, babilonios —concluyó —, acudo a vosotros a haceros el máximo bien, y a Darío y a los persas el máximo mal. No le ha de salir impune que me haya mutilado, pues yo conozco todos sus planes secretos.» Esto es lo que dijo.

157. Cuando los babilonios vieron que un persa de tanto prestigio había sido privado de la nariz y de los oídos, que había sido desfigurado a azotes, que presentaba manchas de sangre, creyeron, desde luego, que decía la verdad y que acudía a ellos como aliado. Estuvieron dispuestos a concederle lo que les pedía, que era un ejército. Así que lo recibió, fue actuando según lo estipulado con Darío. Al cabo de diez días hizo una salida con su ejército de babilonios, cercó a los mil que Darío mandó que se le opusieran, que eran los primeros, y los mató. Cuando los babilonios comprobaron que sus acciones se correspondían con sus palabras exultaron de gozo y se declararon prestos a servirle en todo. Él dejó pasar los días según lo acordado, y luego eligió otra vez tropas de babilonios, hizo otra salida y mató a los dos mil soldados de Darío. Cuando los babilonios vieron esta gesta todo el mundo encomiaba a Zópiro, quien de nuevo dejó transcurrir los días fijados, sacó las tropas y

cercó y mató a los cuatro mil. Realizado esto, Zópiro para los babilonios ya lo era todo, y fue nombrado general en jefe y comandante de la plaza.

158. Pero cuando Darío, según lo estipulado, emprendió su ataque concéntrico contra la ciudad, Zópiro demostró claramente su astucia. Pues los babilonios se subieron a sus muros y rechazaban al ejército atacante de Darío. Zópiro abrió las puertas ya dichas, las Cisias y las Bélides, e hizo que el ejército persa irrumpiera en la ciudad. De los babilonios, unos vieron lo sucedido y huyeron al templo de Zeus Belos, pero los que no lo vieron se quedaron, todos, en sus respectivas posiciones hasta que se dieron cuenta de que habían sido traicionados.

159. Así fue tomada por segunda vez Babilonia[963]. Luego que Darío se hizo dueño de la ciudad primero demolió sus muros y destruyó sus portales[964]; cuando Ciro la había conquistado por primera vez había omitido llevar a cabo estas dos cosas. A continuación Darío mandó empalar a unos tres mil hombres, a los que, de algún modo, eran los líderes. A los babilonios que quedaban les permitió residir en la ciudad. Y para que los babilonios tuvieran mujer, y, poco a poco, descendencia, Darío, muy previsor, hizo lo siguiente (pues los babilonios, como dije al principio, habían estrangulado a las suyas a causa de los víveres). Mandó a los pueblos limítrofes que suministraran mujeres a Babilonia. Cada pueblo aportó tantas que en su conjunto llegaron a las cincuenta mil. Los babilonios actuales descienden de estas mujeres.

160. A juicio de Darío, ningún persa ha superado la gesta de Zópiro, ni entre los posteriores a él ni entre los anteriores, excepción hecha de Ciro[965]. Ningún persa ha sido considerado digno de compararsele. Pero Darío manifestó con frecuencia su pensamiento de que hubiera preferido que Zópiro no sufriera tales mutilaciones, ni en el caso de que así le hubieran correspondido veinte ciudades como Babilonia. Le honró con magnificencia, y le hizo anualmente el regalo que para los persas es el más costoso[966]: le concedió el gobierno de Babilonia libre de impuestos mientras él viviere[967]. A esto añadió muchos más privilegios. De este Zópiro desciende Megabizo, aquel que luchó como comandante en jefe en Egipto contra los atenienses y sus aliados[968]. Y de este Megabizo desciende aquel Zópiro traidor a los persas, que se pasó a los atenienses.

---

747 Amasis, faraón de la dinastía XXVI (570-526 a.C.). Su reinado representó para Egipto un renacimiento.

748 Cambises, hijo de Ciro y Casandane. En el año 529 a.C. sucedió a su padre para un reinado breve, pues murió en el año 522. Fue de carácter caprichoso y violento, rayano en la locura. Ciro (cfr. I cap. 86): perdona la vida a Creso. Fue el fundador de la dinastía persa, ocupó las colonias griegas del Asia Menor, sometió el imperio babilonio, Siria, Fenicia, Palestina. Restituyó la libertad a los hebreos deportados a Babilonia, cfr. la Biblia, 2 cro. 36, 22-23.

749 El nombre de Egipto, con el cual los griegos y los romanos designaban la región del curso inferior del Nilo, según una versión de la leyenda griega es el de un héroe epónimo, pero en realidad parece ser el desarrollo fonético del término que está detrás del nombre de la ciudad de Menfis, en babilonio *Hi-ku-ptah*, que en griego da *Aigyptos* y en latín *Aegiptus*, con la notable particularidad de que es un nombre femenino, quizás debido al hecho de que las avenidas del Nilo, que proporcionaban a Egipto gran fertilidad, connotaban cierta idea de maternidad.

750 Todavía hoy en Egipto las enfermedades de la vista son frecuentes y difíciles de curar.

751 Por la ausencia de su hija.

752 Nombre seguramente relacionado con la diosa egipcia Neith.

753 En Atenas, en el arcontado de Euclides, se promulgó una ley según la cual el hijo de ciudadano ateniense y de mujer extranjera era bastardo, y no podía en absoluto ejercer ningún cargo público, aunque su madre fuera mujer honesta.

754 La lectura del texto griego es insegura: ofrece una variante según la cual traduciríamos «una vez al año».

755 Autoridad municipal que equivaldría *mutatis mutandis* a nuestros alcaldes.

756 El jefe de los árabes mencionados aquí es el rey de los nabateos, cuyo centro de poder será, algo más tarde, la plaza de Petra. A diferencia de los árabes del desierto de Siria, cuyo centro de poder estaba en el oasis de El Dschof, que en tiempos de Tiglat-Fileser III (745-728 a.C.) son mencionados como vasallos de los asirios, los aquí mencionados se mantienen independientes. Según Heródoto, el reino de los nabateos se extendía desde el valle de Kadi El Araba, que da al mar Muerto, hasta la costa mediterránea.

757 El número siete es sagrado tanto aquí como en la Biblia, cfr. de ésta Gén, 21, 45-48, donde también unas piedras ejercen de testigo.

758 Heródoto confunde aquí el mar Rojo con el mar Muerto, en el que desemboca el Nadi

El Araba. El reino de los nabateos tocaba el mar Muerto por el golfo de Acaba. Aquí está el puerto, muy conocido, de Elana, desde el cual Salomón importaba oro de Ofir (quizás en el sur de Arabia); cfr. 1Re 9, 26: «llegaron de Ofir, y trajeron de allí cuatrocientos veinte talentos de oro, que llevaron al rey Salomón».

759 Psamético III.

760 Papremis, el lugar de la batalla entre los persas e Ínaro, estaba junto al actual canal de Suez, en Port Saíd. Ínaco era un príncipe libio que entre los años 463-462 penetró en el dominio del Delta y promovió una sublevación contra los persas.

761 Los cireneos, población libia de posible extracción griega; los barceos eran un pueblo nómada que Píndaro ensalzara en alguno de sus epinicios. No es éste el único lugar en que Heródoto menciona estos pueblos; cfr. el cap. 91 de este mismo libro. Además, IV, 160, 167, 202-204...

762 La historia se repite incluso en sus más mínimos detalles: cuando traduzco este episodio en Roma se está juzgando al criminal de guerra nazi Priebke, que en plena Segunda Guerra Mundial ordenó la ejecución de tres ciudadanos romanos cogidos al azar por cada soldado alemán muerto por la explosión de una bomba depositada en un cubo de basura. Es el impresionante cementerio romano de las Fosas Ardeatinas.

763 Esta expresión es estrictamente homérica.

764 La Biblia confirma el testimonio de Heródoto; 2R 23, 31, «El faraón Necó puso por rey a Elyaquim, hijo de Josías, en lugar de su padre Josías» (traducción de la Biblia de Jerusalén).

765 Ínaro, rey de Libia, citado también por Tucídides (I, 104), se rebeló contra los persas en el 460; los atenienses quisieron ayudarle mandándole una escuadra que acabó desastrosamente. Los nombres de Tamiras y Pausiris no aparecen en ningún otro lugar. Amirteo fue gobernador del Bajo Egipto y tomó parte en la revuelta de Ínaro. Tucídides también le menciona (I, 112) en lo que debe de ser la última noticia que nos ha llegado de él.

766 Plutarco nos dice lo mismo de Temístocles *(Temístocles*, 31); se creía que la sangre de toro se coagulaba inmediatamente en la garganta del ajusticiado y que le causaba la muerte inmediata.

767 Es como mínimo dudoso que se trate de una incineración, pues ésta en algún lugar era aceptada, como demuestra la epopeya homérica; aquí debe de tratarse de destruir totalmente el cadáver para extinguir cualquier tipo de supervivencia, cosa que parece subrayar Heródoto cuando califica de mofa la acción.

768 Aquí tuve la tentación de traducir por nefasta, por el componente de impiedad que implica la quema del cadáver, pero en castellano el término no posee el sentido religioso que tiene el término latino equivalente *nefas:* algo prohibido por la divinidad; la traducción que ofrezco se acerca más a nuestra sensibilidad.

769 El embalsamamiento de los cadáveres está en íntima relación con la concepción que los egipcios tenían de la vida de ultratumba.

770 Cartago fue fundada en el 817 a.C. por ciudadanos de Sidón que abandonaron su ciudad tras una guerra civil.

771 Mientras los cartagineses y los amonios son pueblos bien conocidos, estos etíopes longevos deben de ser un pueblo mítico, no muy lejano en su idealización de aquellos etíopes citados por Homero al principio de la *Odisea* (I, 25):

> ... los lejanos etíopes
> que poseen los fines del mundo formando dos pueblos,
> el del lado en que nace Orión y el del lado en que muere
> (traducción de José Manuel Pabón)

772 De esta mesa del sol tratan Pomponio Mela, III, 87, y Pausanias, VI, 26, 2; este último apostilla que se trata de un mito absurdo. Probablemente Heródoto ha entendido mal sus fuentes egipcias, que hablan «de un prado lleno de ofrendas» a los dioses, al cual las almas de los difuntos acudían a satisfacerse. El hecho de que en las tumbas se depositaran realmente alimentos ayudó a una nueva interpretación, probablementge intencionada por parte de los informadores de Heródoto, que quisieron dar al mito un colorido más griego.

773 Se trata de unos conocidos presentes ceremoniales, que se ofrecían a un rey extranjero. En el Nuevo Testamento encontramos un paralelo sorprendente en los obsequios de los Reyes Magos al Niño Jesús, oro, incienso y mirra (Mt 2, 11). Nótese que el evangelista Mateo subraya la procedencia oriental de los oferentes.

774 Los «comedores de peces»: una concepción a mitad camino entre lo místico y lo poético, interpretada de manera inteligible. Pausanias (I, 33, 4) los coloca en la costa meridional del mar Rojo.

775 Este relato recuerda el conocido episodio de la *Odisea*, en la matanza de los pretendientes. Heródoto vuelve a este tema en VII, cap. 69.

776 El hecho del entierro en la propia casa, que aquí Heródoto atribuye a las gentes que vivían al sur de Asuán, no remite a los nómadas que vivían en la primera catarata del Nilo, sino a un pueblo de agricultores que vivía mucho más al sur. El hecho de conservar en casa la urna mortuoria, en Egipto se da en todas partes ya en sus culturas prehistóricas, por ejemplo entre las llamadas gentes de Merimde.

777 Aquí Óasis es un nombre propio que algunos comentaristas del texto griego explican como forma griega del egipcio *u a t;* sea como sea, la identidad del topónimo con la palabra de cultura europea «oasis» es una simple casualidad.

778 Parece que se trata de gentes griegas, pero de ellas no tenemos ninguna noticia.

779 El noto.

780 Esto sólo es creíble en el caso de tratarse de un pequeño contingente, no de un gran ejército, por lo que la narración herodotea bordea una *contradictio in terminis*.

781 Plutarco *(De Iside,* 44) dice que Cambises mató al buey y que lo echó muerto a sus perros, pero Heródoto rehúye a veces soluciones tan drásticas.

782 Poseemos el sarcófago del buey Apis con una inscripción jeroglífica que ha sido descifrada. El animal sagrado fue entronizado sólo unos meses después del nacimiento de Cambises, de modo que lo que aquí se cuenta es falso. El buey Apis fue enterrado en el año 524 a.C., y no clandestinamente, sino con todo lujo de ceremonias. Desconocemos la fuente de Heródoto, que difícilmente se inventó lo que aquí escribe, pero sí pudo elegir, entre las diversas versiones de que disponía, la que más estuviera de acuerdo con lo que en realidad quiso transmitir acerca de la personalidad de Cambises.

783 La medicina antigua creyó, en parte, que la locura procedía de la desazón, de los remordimientos de conciencia producidos por algún crimen, y aquí Heródoto alude a esta doctrina que, a fin de cuentas, no le convence.

784 El nombre real era Bardiya; seguramente es el Mardos citado por Esquilo *Persas,* 744.

785 Para una visión que alerta de peligro, cfr. I, cap. 209.

786 Y por tanto ilegales. La costumbre *(ethos)* como principio metafísico de la ética. Y lo mismo en latín: de *mos, moris, costumbre,* viene la moral.

787 La epilepsia. Hipócrates la estudió en su tratado *De morbo sacro*.

788 El asesino de su hermano Esmerdis, cfr. cap. 30. Heródoto parece haberlo olvidado.

789 Ejerciendo de delator.

790 Aquí hay una fineza remarcable en el texto herodoteo, algo parecido a la llamada *constructio praegnans,* principalmente si se lee en griego. Porque por un lado se alude a la insinceridad de los persas en el elogio («si dicen que soy un borracho, no me pueden alabar en todo»), pero además hay la referencia concreta al episodio narrado inmediatamente, a la consulta hecha a Creso.

791 Creso era lidio.

792 Cfr. II, cap. 99. El dios Ptah (probablemente «el dios enano», cuyo equivalente griego es Hefesto) era el dios Menfis representado en un feto.

793 En estos lugares en que Heródoto teoriza se ve el avance espectacular que el pensamiento griego ha efectuado desde Homero. La lengua de éste es concreta, plástica, artística, desde luego, pero desconoce en absoluto la abstracción; cuando Heródoto nos explica lo que aquí dice ha abstraído de muchos casos particulares ideas generales que ha formulado, logrando síntesis aplicables a casos concretos: no estamos lejos de la ley moral.

794 Aquí el concepto y la noción son genuinamente griegos e irreductibles a otra mentalidad, por tanto la traducción se hace imposible. En su acepción religiosa el verbo *euphemeo* significa: a) «decir palabras de buen agüero», b) «no decir palabras impías», y como lo más seguro para no decirlas es callar, tal verbo significa también «guardar silencio sagrado» *(Favete linguis,* Horacio). El valor del silencio en el culto cristiano últimamente ha sido puesto muy de relieve en la práctica. Los traductores se salen del apuro como pueden. El doctor Carlos Schrader tradujo: «rogándole que no blasfemara», coincidiendo con mi visión (naturalmente, traduje sin consultar la versión del doctor Schrader). Otros traductores van más allá. El doctor Eberhard Richsteig (Heródoto, *Historien,* Múnich, 1961), tradujo: «Diese aber schrien laut und hiessen ihm, um Sünde zu meiden, schweigen.» Tal traducción se aleja más del texto griego que la del doctor Schrader y la mía propia.

795 Es el fragmento 152 de los de Píndaro.

796 La traducción es obvia por el contexto, pero diversos traductores de Píndaro que he consultado aquí traducen por «ley».

797 Téngase en cuenta que la palabra *nomos* en griego es masculina, y por eso dice en griego «rey».

798 No sabemos contra quién; probablemente la isla era gobernada por una oligarquía, de la que Éaces logró deshacerse.

799 El texto griego dice exactamente esto, pero probablemente debe de entenderse todo el territorio de la isla. Lo que no puede excluirse es que se dividiera realmente la ciudad en tres partes, de cada una de las cuales dependiera una zona concreta de la isla.

800 Navío ligero de guerra, muy marinero, muy apto, por tanto, para el asedio por mar de plazas portuarias, y para dedicarse a la piratería por zonas costeras.

801 La teoría de la envidia de los dioses ante la dicha de los hombres, a los que mandan desdichas para equilibrar la balanza, ya la encontramos en Homero, y luego especialmente

en el teatro de Sófocles, con quien el pensamiento de Heródoto presenta muchas afinidades.

802 Es exactamente el caso de Polícrates, pero, como la divinidad es envidiosa, debe temerla y no exponerse a su envidia.

803 Éste es el punto clave de toda la situación.

804 La misma idea en Tito Livio, V, 21: «(furius Camillus) dicitur manum ad caelum tollens precatus esse, ut, si cui deorum hominumque nimia sua fortuna videretur, ut eam invidiam lenire suo privato incommodo, quam minimo publico populi Romani liceret».

805 El mismo motivo, con muy pocas variantes, en Juvenal, *Sátiras*, en la sátira cuarta. Transcribo los versos más interesantes, vv. 45 ss. (se trata de un pez prodigioso):

destinat hoc monstrum cumbae linique magister
pontifici summo...
obstitit intranti miratrix turba parumper.
Ut cessit, facili patuerunt cardine valvae,
...
Itur ad Atriden. Tum Picens 'accipe' dixit
privatis maiora focis. Genialis agatur
iste dies, propera stomachum laxare sagina
et tua servatum consume in saecula rhombum.
Ipse capi voluit.

Bajo el mismo esquema Juvenal llega al grotesco puro, a la lisonja más vil. El emperador romano era Domiciano.

806 Cfr. I, cap. 91.

807 En el lenguaje diplomático actual diríamos: denunciar.

808 Isla que está entre Creta y Rodas.

809 Los éforos.

810 Seguramente se trata de la segunda guerra mesenia.

811 Cfr. I, cap. 70.

812 Cfr. la Biblia, Es 27, 7, «de lino recamado de Egipto era tu velo, que te servía de enseña».

813 Reconozco que mi traducción presenta un cierto anacronismo, pues el algodón no se conoció en Occidente antes del descubrimiento de América por parte de los españoles. El griego dice exactamente: «lana de árbol»...

814 Cfr. II, cap. 182.

815 Aquí hay un cierto error por parte de Heródoto, pues el envío de estos muchachos fue hacia el 590, y la campaña citada fue hacia el 525.

816 Los mercados de esclavos de Sardes y de Éfeso ofrecían muchachos castrados, cfr. VIII, cap. 103.

817 Se trataba de una ficción diríamos teatral.

818 Con lo cual Periandro se declara autor involuntario de la muerte de su esposa.

819 Es decir, la involuntariedad de Periandro en la muerte de su esposa.

820 Cipselo.

821 La hacienda de tu padre, pero traduzco literalmente el griego, que dice «la casa».

822 A seis o siete siglos de distancia, una afirmación evangélica.

823 En un salto mortal considerable se ha pasado de la teoría al caso concreto; ahora la referencia inmediata es Periandro. Esto lo posibilita la lengua griega en su uso herodoteo, en cuanto su capacidad de expresión y de matiz, comparándola con la de Homero, es mucho mayor. Primero va el pensamiento, que fuerza a la lengua a expresar lo que él concibe, y la lengua se presta a ello aumentando su capacidad de abstracción y de matiz. Desde este punto de vista, el griego de Platón y el de Aristóteles son un puro prodigio. Vale la pena estudiar griego...

824 Es curioso observar, aunque sería ilícito extrapolar la observación, que este episodio tiene exactamente la misma estructura que la parábola evangélica de los viñadores rebeldes, cfr. Mt 21, 33-40.

825 Ya se ha advertido en una nota anterior la discrepancia de fechas, pues tal campaña es del año 525, mientras que el envío del muchacho cae hacia el año 590.

826 El monte Ampelo; sobre él se alzaba la muralla que protegía la ciudad por el norte.

827 Era lacedemonio: enterrar a expensas de la ciudad a quien había luchado contra ella era algo inaudito.

828 Como sea, el primer caso histórico conocido de falsificación de moneda.

829 Isla muy rica en yacimientos de mineral de oro y de plata.

830 Era un edificio y una institución vagamente comparable a nuestros ayuntamientos.

831 Muy famoso en la antigüedad: su color era precisamente blanco.

832 Isla muy pequeña, frente a la costa de Argos, actualmente muy explotada turísticamente. Hoy se llama Hidra.

833 Trecén, en la costa oriental de la península de Argos.

834 Zacinto es una isla de población extraña para el mundo que aquí ocupa a Heródoto. Está a unos cuarenta kilómetros de la costa noroccidental del Peloponeso, en un ámbito geográfico radicalmente distinto, en el mar Jónico. Esta disparidad geográfica pudo ser causa suficiente de la aversión mutua que los samios y los zacintios experimentaban.

835 Ártemis como diosa de la caza.

836 Esto debía indicar, de algún modo, la condición de piratas de estas naves. Pero en los poemas homéricos el ejercicio de la piratería es algo tenido como completamente normal (se nos narran las acciones de Aquiles como pirata), y en tiempos de Heródoto la mentalidad al respecto quizás no hubiera cambiado mucho. El hecho de arrancar estos espolones, más que denunciar una injusticia debió de significar la satisfacción de la humillación inferida al enemigo.

837 Además del interés que en sí pueda tener lo que va a exponer, Heródoto cumple su principio programático de exponer las grandes obras de los hombres anunciado en el prólogo de su obra, y que, de algún modo, le liga con Homero.

838 El monte Castro, sobre el cual estaba la fortaleza, una colina de unos 265 metros de altura.

839 Era para aprovisionamiento de agua de la ciudad, y, en rigor, la instalación funciona todavía.

840 He traducido al pie de la letra: el griego pone esto.

841 El templo de Hera.

842 El Artemisio de Éfeso, un templo todavía mayor que éste, por aquel entonces no estaba aún concluido.

843 La etimología persa del nombre parece que es, realmente, significativa: «custodio de palacio». Parece nombre de un título o cargo, no propiamente de persona. Sea quien sea, aquí se extralimita gravemente en sus funciones.

844 Cfr. Terencio, *Andria*, 125: «percussit ilico animum: Attamen hoc illud est, hinc illae lacrimae...».

845 Cfr. cap. 30 de este mismo libro.

846 Se trata de la pieza, en forma de seta, que formaba la parte inferior de la vaina de cuero, y que, al desprenderse, dejaba libre la punta de la espada.

847 Cfr. cap. 29 de este libro.

848 En griego *daimon,* concepto y palabra totalmente intraducibles al castellano; en latín *genius.* Se trata de un ser superior al hombre e inferior al dios. El conocido *daimon* de Sócrates, que se limitaba a advertirle negativamente: no hagas esto... Los romanos conocían el *genius loci* que daba sentido a sus paisajes.

849 Los reyes persas procedían de la familia de los aqueménidas.

850 Estamos en un ambiente totalmente novelesco y de ficción: en un mundo tan cerrado, en que debían surgir espías por todas partes, es inexplicable la facilidad y soltura con que Fedimia se comunica con su padre.

851 En el cap. 66 se afirma que Cambises murió sin dejar descendencia. Aquí se le asigna un hijo llamado Ciro, y no he encontrado ningún comentarista que asuma la cuestión.

852 Las mutilaciones de miembros eran castigo habitual entre los persas, cfr. II, cap. 162; IX, cap. 112...

853 Según la cronología de Heródoto (I, cap. 209) Darío tenía entonces veintiocho años, pero según Ctesias *(Persica,* 18) contaba entonces treinta y seis.

854 Estos planteamientos éticos son repugnantes; sin embargo, son los del personaje de Ulises en la tragedia de Sófocles *Filoctetes*.

855 Un principio ético que está en la superficie misma del suceso, que no penetra en absoluto en él.

856 En este final hay un trasfondo homérico.

857 En lenguaje actual, principalmente en lenguaje cristiano, un claro caso de conciencia.

858 Estos aposentos daban al patio central, y no tenían ventanas. Si se lograba cerrar la puerta, era un lugar seguro.

859 Probablemente sea éste un lugar muy importante en la historia del pensamiento europeo: aquí, y no en otra parte, hay el primer atisbo de filosofía política en Grecia, en occidente. Desde luego, la distancia desde este punto concreto a Homero es enorme. El avance, el desarrollo del pensamiento griego...

860 La traducción es rigurosa; aquí el texto griego dice «monarca», la idea genérica de régimen político en que ocupa el poder una sola persona. Pero luego, sin solución de continuidad, empieza a hablar de «hombre tirano», aquí probablemente por la experiencia vivida por él, y aunque los términos «monarca», «monarquía», eventualmente reaparezcan, los rasgos determinantes aquí aparecidos son los de una tiranía.

861 Cfr. Salustio, *De con. Cat.*, 7: «regibus boni quam mali suspectiores sunt semperque iis aliena virtus formidolosa est».

862 Isonomía.

863 Reconozco que aquí ha resonado en mi mente Juvenal, *Sátira XV*, 126: «inutile vulgus», en una desdeñosa alusión a los egipcios de su época.

864 Aquí, y valga la observación para todo este apartado, se deben notar dos cosas: a) la extraña modernidad del lenguaje: parece que oigamos hablar a teóricos políticos de la segunda mitad del siglo pasado y del primer tercio de éste, b) la ardua dificultad ante la que se encuentra el traductor, al deber verter unos conceptos básicamente afines a los modernos mediante una terminología que no encaja al cien por cien en la teoría moderna ni, creo yo, en el contexto social y político griego antiguo. Aquí habla un jonio, probablemente polarmente opuesto, por ejemplo, a Píndaro. Más que en otras partes aquí se documenta la gran categoría de Heródoto como historiador.

865 Rigurosamente en el sentido etimológico de la palabra: «gobierno de uno solo».

866 Ciro, que liberó a los persas del yugo medo.

867 Cuando Jenofonte (piénsese en su *Ciropedia)* nos presenta a Ciro como gobernante ideal, conecta con esta apreciación de Heródoto, y la desarrolla ampliamente. En Grecia, Platón fue, políticamente, más bien espartano, y Jenofonte, claramente persa.

868 Empieza a surgir la noción de privilegio.

869 El modo de vestir de persas y medos era totalmente diferente; el de estos últimos se consideraba más lujoso.

870 Igual que entre los germanos, también para los persas el relincho del caballo era tenido como un signo sagrado, cfr. Tácito, *Germ.*, 18: «hinnitus ac fremitus observant nec ulli auspicio maior fides».

871 Gesto que indicaba sumisión. Es la llamada *adoratio* (llevarse la mano del rey a los labios para besarla). El término, referido sólo a Dios, ha pasado al culto cristiano, y se ha extendido a otros ámbitos como gesto de cortesía. Los emperadores romanos recibían también, en los actos solemnes, esta señal de sumisión.

872 Pantalones muy anchos que llevaban los persas. El término griego es *anaxiris*, intraducible. Me parece que mi traducción da una idea próxima a la realidad.

873 Como entidad independiente en el marco del país. Probablemente, lo que hoy aquí llamamos una autonomía.

874 Esta lista que confecciona Heródoto nos proporciona una ojeada sobre la división tributaria del imperio persa. Las demarcaciones se han formado sin tener en cuenta conexiones históricas o geográficas; lo que se ha buscado es que la cifra total que arroje cada grupo sea redondeada. Es incierto que esta distribución que aquí Heródoto nos ofrece coincida con las satrapías. De algún modo resuena aquí el *Catálogo de las naves* que cierra el segundo canto de la *Ilíada*.

875 El talento babilonio para Heródoto se corresponde con el talento de plata persa, que se corresponde, a su vez, con el talento de oro de Eubea; por eso un talento babilonio equivale a 78 minas de Eubea (o áticas, como veremos algo más abajo).

876 El talento de Eubea (desde Soplón el talento ático) valía lo mismo que el talento de oro persa. La moneda persa de oro, el dárico, pesaba 8,36 gramos, y la pieza correspondiente de plata (estátero) 11,11 gramos.

877 Para distinguirlos de los magnesios de Tesalia.

878 Estamos en el noroeste de la Anatolia, pero no todos los pueblos son fáciles de identificar.

879 Aunque esta demarcación no era la más extensa, abonaba esta cantidad porque fluía por ella el río aurífero Pactolo.

880 Del Helesponto, naturalmente.

881 El texto griego dice exactamente esto, con lo cual se ve claramente que los cilicios eran la excepción: abonaban sus impuestos en caballos blancos; se consagraban al dios solar Mitra y, eventualmente, le eran sacrificados.

882 Del año, contando los meses de treinta días.

883 Por Cilicia se entiende aquí no sólo la zona costera del sur de la península de Anatolia, sino también la situada al norte de la cordillera del Tauro, hasta el río Halis, y la sudoriental de Anatolia, hasta el río Éufrates.

884 En Libia, al norte de Cirene.

885 La fortaleza de Menfis, cfr. cap. 13 de este mismo libro, y Tucídides, I, 104, 2.

886 Pueblos situados en territorio actualmente afgano.

887 Cfr. cap. 17.

888 Aquí el texto griego presenta con seguridad una laguna importante, porque lo que sigue no contextualiza lo anterior; la solución de continuidad es evidente.

889 No parece que esta Nisa haya existido jamás; Herodoto sitúa tal ciudad en tierras de la actual Arabia.

890 Una manera poética de indicar un origen común. No todos los traductores lo han visto así.

891 Cfr. cap. 94. Se trata sólo de los habitantes de la cuenca del Indo.

892 Medida de capacidad de trigo.

893 Evidentemente, una exageración en la que, sin embargo, también cae Ctesias, *Indiká*, 6.

894 Un componente defensivo de la vestimenta de gentes que viven en zonas tan inhóspitas no puede desconocerse. Aquí Heródoto pensaría en Homero...

895 Cfr. Tibulo, IV, I, 114: «... impia... saevis celebras convivia mensis (ultima vicinus Phoebo tenet arma Padaeus)».

896 En las estribaciones meridionales del Hindukusch, en el Afganistán.

897 La referencia es a las estepas del Pequeño Tíbet.

898 Quizás Heródoto las confundiera con marmotas.

899 En Susa había algo así como un parque zoológico, al que probablemente Heródoto aquí se refiera.

900 Los comentaristas indican que los indios, en las fuentes escritas acerca de ellos que tenemos, poseen caballos y asnos salvajes (onagros), pero no camellos, de los cuales parecen disponer sólo los árabes. De modo que este lugar *canit extra chorum.*

901 Lo que va entre corchetes probablemente es una interpolación que un copista creyó necesaria porque el texto quedaba oscuro.

902 Esto es un error manifiesto, debido probablemente a la existencia de callosidades muy visibles en las patas traseras del animal, muy pegadas al cuerpo. Vistas sin mayor atención, en algún caso pueden dar la impresión de ser una rodilla. La pregunta es: ¿en realidad había

visto estos animales Heródoto?

903 Heródoto pone esta palabra, exactamente.

904 En la visión del mundo que tiene Heródoto, la India, el país más oriental, al amanecer recibe los rayos del sol desde muy cerca, y al atardecer desde muy lejos.

905 Cfr. II, 173.

906 Cfr. VII, 40.

907 Cfr. cap. 104. Heródoto, cuando se trata de oro, persiste en la idea de «robar». Quizás en el fondo haya una concepción mítica según la cual el oro, por el hecho de ser el metal más precioso, pertenece *de iure* a la divinidad.

908 Especie de resina; como sea, sustancia aromática.

909 Árbol procedente de Siria, que rezuma una goma aromática.

910 Es notable este concepto de providencia, y sorprendente la terminología de Heródoto, que en la traducción se ha respetado rigurosamente. En teología cristiana se coincide un buen trecho con Heródoto, por más que tal noción no es concepción suya: el presocrático Jenófanes de Colofón sostenía tesis no muy distintas.

911 El ejemplo de la liebre es muy exacto: tal animal es a la vez el prototipo de animal débil y cobarde.

912 Es la llamada superfetación, conocida también por Aristóteles, *La naturaleza de los animales,* IV, 5, 773a.

913 Error clarísimo de Heródoto.

914 Nótese, en su materialidad, la exactitud y la fineza del razonamiento herodóteo; desde luego, nuestro historiador tuvo contactos insistentes y penetrantes con el pensamiento presocrático.

915 Es una corteza resinosa.

916 Es decir, la resina.

917 Podría tratarse del Ródano o del Rhin.

918 Localizadas en el sur de las islas Británicas, o bien en algún paraje de la costa occidental de la península Ibérica. Algún comentarista interpreta el pasaje de Heródoto, dentro de la geografía del autor, como una referencia a tierras mesopotamias. Los

conocimientos de Heródoto son ahora muy endebles.

919 El nombre griego de este metal y el de las islas tienen una indudable afinidad etimológica.

920 Aquí Heródoto parece incluir también las partes boreales de Asia más próximas a Europa.

921 Cfr. IV, 19, 13.

922 Seres legendarios difíciles de describir, que debemos situar entre los cursos superiores del Irtish y del Yeniséi.

923 Es la llanura del río Aces, en el Turkmenistán, entre el mar Caspio y el de Aral. Pero la coherencia de Heródoto en todo este tema es muy genérica, con notables discrepancias de detalle e incoherencias parciales en el conjunto de la exposición.

924 Probablemente este nombre es imaginario; por lo demás, es inútil pretender identificar este río con alguno de los conocidos.

925 La idea sigue a la homérica («y el dios llovía» = *hacía llover),* pero la desarrolla con un fuerte componente de racionalidad incrédula, por cuanto, cuando más necesaria es el agua, entonces no llueve. Por ahí asoma la crítica de Jenófanes a la divinidad.

926 Después de la larguísima digresión, el autor retoma el hilo de su historia, cfr. caps. 70 y 78.

927 Bien quisiéramos saber qué conlleva esta condicional, que no parece dicha *pro forma*, pero cuyo alcance no estamos en condiciones de precisar. De todos modos, es innegable una referencia a un poder sobrehumano y amorosamente providente.

928 Pero inmediatamente se nos desvanece la esencia del amor; estamos a kilómetros-luz de distancia de nuestras concepciones y vivencias actuales; éste no es un amor de madre. Incluso desde ciertas perspectivas, el mundo herodóteo presenta una involución respecto al de Homero; ¡a qué distancia estamos de la escena de la muralla entre Héctor y Andrómaca, en el canto VI de la *Ilíada!*

929 Una fría reflexión que recuerda el mundo de la geometría, de la matemática, y sus especulaciones, que más tarde emergerán en la filosofía platónica; recuérdese el *Teeteto* y sus especulaciones sobre la raíz cuadrada y el ambiente matemático que encuadra el *Timeo*. Pero este lugar de Heródoto no sublima la ciencia, y nos es decididamente ajeno. Pitágoras había llegado a la contemplación desde la matemática...

930 Es decir, como tirano. Pero Heródoto sabe nadar y guardar la ropa.

931 Es el tercer gran poeta de la monodia griega, melancólico y pesimista cantor del vino y del amor, pero con una potencia lírica fuera de lo común, digno vértice del triángulo Safo, Alceo, Anacreonte.

932 El sol tomado como divinidad.

933 Heródoto piensa en Gelón, muerto en el año 468 a.C. y en Hierón, muerto un año después.

934 En el sentido estrictamente etimológico de la palabra: «gobierno de uno solo», sin connotaciones ulteriores.

935 El sentido estético de los griegos les impide describir lo feo y lo horrible.

936 Por la fuerza del calor del sol, naturalmente.

937 Cfr. cap. 50.

938 En señal de respeto y de obediencia.

939 Esta traducción diríamos que es opcional, pero aquí Heródoto parece remontarse a un estadio muy primitivo de pensamiento en que las potencias religiosas aparecen personificadas. Podríamos traducir simplemente «la venganza», de acuerdo con un fragmento del primer lírico arcaico Alcmán de Sardes, que dice lapidariamente *hay cierta venganza de los dioses,* donde el dios y su efecto punitivo están claramente diferenciados. No es el caso de la afirmación de aquí.

940 El texto griego ofrece aquí dos verbos (en construcción de genitivo absoluto) referidos a un único sujeto que al traducir debe desdoblarse, pues hay una doble referencia a los bienes (que son trasladados) y a los esclavos (que llegan). Heródoto no distingue demasiado entre unos y otros. Los esclavos eran simples posesiones en poder de sus dueños...

941 Heródoto introduce con suma habilidad la historia de Democedes, matando dos pájaros de un tiro: por un lado, narra con precisión los hechos que prepararon el acceso de Darío al poder, y por el otro, nos declara el primer trasfondo de las campañas persas contra Europa.

942 La cadena indica, como sea, retención; Democedes pregunta sutilmentre a Darío si tiene la intención de retenerle junto a sí.

943 Heródoto también tiene a veces su pizca de humor, como aquí es este rápido *in crescendo* de los honorarios profesionales de los médicos. El lugar también es interesante por cuanto testifica un interés preciso del estado por el desarrollo de una ciencia.

944 Naturalmente, un honor y un privilegio.

945 Hoy diríamos, en terminología actual, con otro término griego: hizo metástasis.

946 Darío rondaba entonces la treintena.

947 Cfr. Lucrecio, *De rerum natura*, III, 445: «gigni pariter cum corpore et una // crescere sentimus pariterque senescere mentem».

948 Había vencido muchas veces en los Juegos Olímpicos, y su fama en Grecia llegó a ser legendaria.

949 En el extremo sudeste de Italia, entre el golfo de Tarento y el Adriático. En todos estos episodios viene indefectiblemente a la memoria la figura de Ulises errante en busca del retorno a su país.

950 Desde tiempos de Ciro, Cnido estaba sometida a los persas, pero su población era de extracción doria, lo cual hacía que tuviera buenas relaciones de amistad con Esparta y con Tarento.

951 Que había luchado contra los magos, cfr. cap. 68 ss.

952 La llamada isonomía.

953 Algunos quieren ver ahí, en el texto griego, una laguna adivinada por una supuesta incoherencia en el sentido. Yo no creo que la haya, aunque aquí comprobamos por enésima vez la ingenuidad de Heródoto.

954 Aquí tenemos un ejemplo típico del llamado argumento *a fortiori*.

955 O sea, los de más rango y dinero.

956 Desde la costa a la ciudad de Esparta.

957 Eficaz contraposición del lujo jonio y la austeridad espartana.

958 La proverbial honradez espartana, por lo menos en boca de sus apologistas.

959 El griego dice exactamente esto, y la referencia es al labrador que con un rastrillo recoge y arroja las malas hierbas de su campo; aquí se trata de un eufemismo por «matar», «exterminar».

960 Cfr. I, 191.

961 Aquí el texto griego tiene una variante textual: se podría leer también *el material* (militar), o también *los equipajes*.

962 EN sentido amplio, se puede decir que Babilonia pertenecía a Asiria.

963 Por primera vez la conquistó Ciro, cfr. I, 191.

964 Los muros fueron en parte derribados (I, 179), las torres y los parapetos demolidos y las cerraduras de los portales eliminadas.

965 Para los persas Ciro era no sólo el promotor de la grandeza nacional, sino también el ideal de perfección humana, popular y de gobernante; entre los griegos Jenofonte evidencia lo mismo con su *Ciropedia*.

966 Cfr. cap. 84.

967 Babilonia era la satrapía más próspera y que más aportaba en tributos al Estado, cfr. cap. 97.

968 Ctesias *(Persica*, 43) relata que desertó del rey Artajerjes y que huyó a Atenas; en la campaña contra la ciudad de Cauno murió de una pedrada.

LIBRO IV
MELPÓMENE

INTRODUCCIÓN

EL cuarto libro está dedicado a los escitas, y trata este tema desde diversas perspectivas. En primer lugar aduce los motivos que tuvo Darío para declararles la guerra: retirada de los escitas de Asia luego de haberla atacado (1-4). Las fases más antiguas de la historia de los escitas: Aristeas (5-15). Los pueblos que hay al norte de los escitas (16-36). Excurso de geografía física sobre la forma de la tierra (36-45). Los ríos que fluyen por el país de los escitas (46-58). Religión y costumbres de los escitas (59-82). La campaña contra los escitas: la marcha hasta el río Istro (83-98). Descripción de la geografía de la Escitia; pueblos limítrofes de los escitas (99-119). Los escitas eluden la batalla; retirada de Darío (120-135). Los jonios en el puente sobre el Istro; final de la campaña (136-144). La prehistoria de Cirene: los minios en Lacedemonia; colonización de Tera y ocupación de la isla de Platea (145-156). La fundación de Cirene, historia de la ciudad; motivos de la campaña contra ella (157-167). Descripción de Libia [África] (168-199). Campaña del sátrapa Ariandes contra Barca (200-205).

EL LOGOS PERSA. III, 1-IV, 4

1. A la toma de Babilonia siguió la campaña del mismo Darío contra los escitas[969], porque Asia era una tierra muy poblada y de ella se sacaba mucho dinero. De manera que Darío concibió la idea de castigar a los escitas[970], que tiempo atrás habían hecho incursiones contra territorios medos, habían derrotado a sus oponentes en una batalla campal y así se había iniciado una situación injusta[971]. Tal como ya he dicho, los escitas dominaron el norte de Asia[972] durante veintiocho años[973]. Habían irrumpido en Asia persiguiendo a los cimerios[974] y habían puesto fin a la hegemonía de los medos, los cuales antes de la llegada de los escitas dominaban Asia. Pero luego de estar veintiocho años fuera de su país, cuando regresaron a él aguardaba a los escitas una lucha no menos ardua que la que habían sostenido contra los medos, pues encontraron un gran ejército que se les oponía. En efecto, durante la larga ausencia de sus maridos las mujeres escitas habían recurrido a sus esclavos.

2. Los escitas privan de la vista a todos sus esclavos[975], lo cual ocurre por la leche que beben. Para proveerse de leche, he aquí cómo proceden. Toman unos canutos de hueso muy parecidos a las flautas, los introducen en la vagina de las yeguas, aplican sus labios a tales canutos y soplan. Mientras unos soplan, otros ordeñan[976]. Aseguran que lo hacen por esta razón: cuando las venas de las yeguas se hinchan por el aire expirado las ubres se les ponen turgentes[977]. Tras el ordeño la leche es recogida en cuencos de madera, los esclavos ciegos deben situarse alrededor de estos cuencos y batirla. Los escitas se quedan con la que queda arriba como sobrenadando, pues es mejor que la que queda abajo. Y por esto los escitas privan de la vista a todos los esclavos cogidos como prisioneros de guerra[978]. No se dedican a la agricultura, porque son nómadas.

3. Bien: de estos esclavos y de las mujeres nació una generación joven que cuando se hizo consciente de su origen se enfrentó con los escitas que

regresaban de la Media. Empezaron por cortar las entradas al país por medio de un foso muy ancho que se extendía desde los montes Táuricos hasta el lugar más dilatado del lago Mayátide[979]. Luego se situaron frente a los escitas que intentaban entrar y lucharon contra ellos. Se libraron muchas batallas, y los escitas se mostraron incapaces de obtener cualquier ventaja peleando, por lo que uno de ellos exclamó: «¿Qué es lo que hacemos nosotros, hombres escitas? Luchamos contra nuestros esclavos. Vamos muriendo, y cada vez disminuimos en número. Y si los matamos, en el futuro dominaremos un número ridículo de hombres. Por ello me parece indicado que de momento dejemos a un lado lanzas y arcos. Cada uno de nosotros debe tomar un látigo y aproximarnos a ellos así. Mientras nos vieron con nuestras armas se creyeron iguales a nosotros y que descendían de iguales. Pero cuando observen que en vez de armas empuñamos látigos verán con claridad que son esclavos nuestros. Y cuando lo hayan advertido ya no nos ofrecerán resistencia.»

4. Los escitas oyeron esto y lo llevaron a cabo. Los otros, aturdidos por lo que ocurría, abandonaron la lucha y huyeron. De manera que los escitas lograron así el dominio de Asia y se fueron luego que los medos los echaran. Por esto Darío deseó castigarlos y equipó contra ellos un ejército.

EL LOGOS ESCITA, 1.ª PRIMERA (5-82)

5. Según los escitas afirman, su pueblo es el más joven de todos los pueblos[980], y llegó a existir de esta manera. El primer hombre de este país, que todavía era un desierto, se llamó Targitao. Los padres de este Targitao, explican los escitas (y ello es increíble para mí, pero, en fin, es lo que los escitas dicen), fueron Zeus y una hija del río Borístenes[981]. De manera que Targitao nació de este linaje. Y tuvo tres hijos, Lipoxais, Arpoxais y el menor, Colaxais. En la época de sus reinados cayeron del cielo al país escita unos objetos de oro, un arado, un yugo, una hacha y una copa[982]. El mayor de los tres, cuando lo observó, se acercó con ánimo de cogerlos, pero al llegar a ellos el oro ardió, por lo que él se alejó. Se aproximó entonces el segundo

de los hermanos, y el oro repitió lo que había hecho, de modo que ardía y rechazaba de él a estos dos. Pero cuando se llegó a él el tercero, el más joven de los hermanos, el oro se apagó; él lo tomó y se lo llevó a su casa. Inmediatamente después los otros dos hermanos decidieron ceder íntegramente al más joven la soberanía.

6. Descienden de Lipoxais aquellos escitas que por su linaje se llaman aucatas; del hermano mediano, Arpoxais, descienden aquellos que se llaman catiaros y traspis, y del benjamín de los tres hermanos descienden los reyes, que se llaman parálatas. Pero el gentilicio común a todos es el de escólotos, por un sobrenombre de su rey. Y los griegos los llamaron escitas[983].

7. De manera que los escitas sostienen que tal es su origen. Desde su constitución como pueblo, afirman, en tiempos de su primer rey Targitao, hasta el paso de Darío por su territorio, no han transcurrido más de mil años, redondeando el número. Los reyes conservan con sumo cuidado este oro sagrado[984]. Se dirigen cada año a él e intentan propiciárselo con grandes sacrificios. Pero el custodio de este oro sagrado[985] que en la fiesta se duerma al aire libre, éste, afirman los escitas, ya no vivirá íntegramente un año. Por esto se conceden a este custodio tantas tierras como las que pueda recorrer a caballo en un día[986].

8. Los escitas hablan así de sí mismos y de las tierras que hay al norte de ellos; he aquí lo que cuentan los griegos que viven en el Ponto[987]. Dicen que Heracles, cuando se llevaba las vacas de Geriones[988], llegó al país habitado ahora por los escitas cuando todavía era un desierto. Según ellos Geriones vivía lejos del Ponto, habitaba la isla que los griegos llaman Eritía, que se encuentra junto a Cádiz, al otro lado de las Columnas de Heracles, a orillas del Océano. En su narración hablan del Océano, dicen que fluye desde el oriente solar y que rodea la tierra entera, pero en realidad no lo demuestran[989]. Y cuando desde allí Heracles llegó al país llamado ahora escítico, se puso la piel de león, porque le sorprendieron el hielo y el invierno, y se durmió. Y fue en esta época cuando sus caballos, que pastaban enganchados todavía al carro, desaparecieron milagrosamente.

9. Cuando despertó, Heracles los buscó, y para ello recorrió todos los lugares del país. Finalmente llegó al que llaman Hilea[990]. Allí encontró,

dentro de una cueva, a una serpiente que en realidad era un ser de doble naturaleza, pues de las nalgas hacia arriba era mujer, y desde ellas hacia abajo era serpiente. Cuando él la vio le preguntó, maravillado, si había visto correr por algún lado a sus caballos. Y ella le contestó que sus caballos los tenía ella, y que no se los devolvería hasta que él le hubiera hecho el amor. Y a ese precio Heracles se lo hizo, pero ella difirió la devolución de los caballos porque quería estar con Heracles cuanto más tiempo mejor; él, por el contrario, lo único que deseaba era recuperar sus caballos y así deshacerse de ella. Finalmente, ésta se los devolvió, diciéndole: «Por ti he salvado estas yeguas que han llegado hasta aquí, y tú me has pagado el precio del salvamento. De ti he concebido tres hijos. Dime qué debo hacer con ellos cuando hayan crecido, si debo establecerlos aquí —pues únicamente yo ocupo el poder sobre este país—, o bien si debo enviártelos.» O sea que ella le formuló esta pregunta, a la cual él dicen que respondió: «Cuando veas que tus hijos ya se han hecho mayores, no te equivocarás si haces lo siguiente: convierte en natural de este país a aquel de los tres que veas tender este arco tal como lo hago yo y ceñirse el tahalí con mi misma destreza. Pero al que sea incapaz de esto que yo propongo, échale de esta tierra. Si lo haces serás feliz[991] y habrás cumplido mis órdenes.»

10. Y Heracles entonces tensó uno de los arcos[992] (pues hasta entonces había llevado dos). Y, habiéndole enseñado el modo de ceñirse el tahalí, le entregó los objetos; el tahalí tenía arriba, en la punta de su juntura, una copa de oro[993]. De modo que, hecha la entrega, se marchó. Cuando los niños que le nacieron se hubieron hecho hombres, primero ella les impuso unos nombres. Llamó al primero Agatirso[994], al segundo le llamó Gelono y al tercero le llamó Escita. Así ella hizo, en memoria de Heracles, lo que él le había mandado. Dos de sus hijos, Agatirso y Gelono, fueron incapaces de ejecutar los trabajos que tenían ante ellos. De modo que su madre los echó y ellos abandonaron el país. Pero el tercero, Escita, superó la prueba y se quedó en aquellas tierras. Y todos los reyes de los escitas descienden de Escita, el hijo de Heracles. Y en recuerdo de la copa los escitas lucen, todavía hoy, copas en sus tahalíes. Lo cual fue para los escitas idea sólo de su madre. Hasta aquí lo que cuentan los griegos residentes en el Ponto.

11. Pero hay aún otra tradición, la siguiente (a cuyo favor yo

personalmente me inclino más). Los escitas nómadas residentes en Asia, empujados por los maságetas, que les hacían la guerra, habrían cruzado el río Araxes y se habrían establecido en territorio cimerio (pues el país habitado ahora por los escitas debió de pertenecer anteriormente a los cimerios). Ante la expedición de los escitas, los cimerios deliberaron, puesto que se les aproximaba un gran ejército, y la cosa acabó con división de opiniones. Los dos partidos se defendieron obstinadamente, si bien el parecer real era el más bizarro. La opinión del pueblo, naturalmente, era que debían retirarse sin ofrecer resistencia a una superpotencia, arrostrando con ello sus riesgos. La opinión de los reyes fue luchar por el país contra los invasores. Ni el rey se avenía a ceder ante el pueblo ni éste ante el rey. Unos habían decidido retirarse y dejar sin lucha el país a los invasores; a los reyes, en cambio, les parecía bien, si morían en la empresa, reposar en su tierra y no huir con el pueblo. Pensaban en los grandes bienes de que allí habían gozado y en las calamidades que verosímilmente sufrirían si huían de la patria[995]. Cuando ya les pareció ineludible, se dividieron en dos bandos equilibrados en número y llegaron a las manos. A todos los que murieron en esta lucha fratricida el pueblo de los cimerios los enterró junto al río Tiras[996], y su tumba puede verse aún hoy. Cuando los hubieron sepultado, los supervivientes abandonaron el país. Los escitas, que los iban siguiendo, se establecieron en aquellas tierras abandonadas.

12. Todavía hoy hay en el país de los escitas muros cimerios, un paso de mar llamado cimerio[997] y también una región llamada Cimeria, y existe el llamado Bósforo Cimerio. Es cosa clara que los cimerios huyeron de los escitas hacia el Asia y que ocuparon la península sobre la que hoy está edificada la ciudad griega de Sínope. También es evidente que los escitas les persiguieron, pero que se equivocaron de ruta y que penetraron en tierras de medos. Pues los cimerios huyeron siempre paralelamente al mar, y los escitas les persiguieron dejando el Cáucaso a la derecha hasta que invadieron tierras de la Media; se desviaron por la ruta que lleva tierra adentro. Y ésta es la segunda tradición, común a griegos y a bárbaros.

13. Aristeas de Proconeso[998], hijo de Caistrobio, nos informa en su poema de que él, inspirado por Febo, se llegó hasta los isedones[999], que más allá de los isedones habían vivido los arimaspos, unos hombres que sólo tienen un

ojo[1000] y de que más allá de éstos vivían los grifos, unos que custodian el oro[1001]. Los hiperbóreos[1002] viven encima de ellos y se llegan al mar del norte[1003]. Y todos ellos, exceptuando los hiperbóreos, atacan continuamente a sus vecinos, cosa que iniciaron los arimaspos. Éstos expulsaron a los isedones de su país, y los isedones echaron a los escitas del suyo. Y los cimerios, que vivían en el mar del sur[1004], abandonaron su país empujados por los escitas. De manera que Aristeas no concuerda con los escitas en la información que nos da sobre el país de ellos.

14. Ya hemos dicho de dónde era Aristeas, el autor del poema. Pero quiero narrar la historia que yo he oído sobre él en Proconeso y en Cícico[1005]. En estos lugares cuentan que Aristeas por su linaje no era inferior a cualquier otro ciudadano; en cierta ocasión se cayó en un batán, en Proconeso, y se mató. El batanero cerró su taller y fue a avisar a los parientes del difunto. Cuando la ciudad andaba ya llena de la noticia de la muerte de Aristeas un hombre de Cícico que acababa de llegar de Artace[1006] se puso a contradecir a los que la afirmaban. Les decía que él mismo lo había encontrado y había hablado con él cuando se encaminaba hacia su ciudad. Los contradijo con todas sus fuerzas, pero los parientes del difunto se fueron al batán con todo lo necesario para una sepultura. Abrieron el edificio, pero no encontraron a Aristeas ni vivo ni muerto. Y más tarde, al cabo de seis años, retornó, y fue visto en Proconeso; entonces compuso el poema que los griegos llaman *La Arimaspea*. Y luego que lo hubo compuesto desapareció por segunda vez.

15. Esto es lo que cuentan en tales ciudades. Pero yo sé bien, porque he comparado las tradiciones de Proconeso y de Metapontio[1007], que a los doscientos[1008] cuarenta años de su segunda desaparición Aristeas se apareció a los metapontinos de Italia[1009]; los metapontinos cuentan que Aristeas se les apareció a ellos en su propio país y que les reclamó la erección de un altar en honor de Apolo, y que a su lado colocaran una estatua con el nombre de Aristeas de Proconeso. Les aseguró que Apolo se había llegado sólo a ellos, de entre los italiotas[1010], y que por eso ahora él mismo, Aristeas, le había seguido[1011]. Cuando tiempo atrás siguió al dios, él mismo entonces era un cuervo[1012]. Tal les dijo y desapareció; los metapontinos van explicando que enviaron legados a Delfos a consultar al dios[1013] el significado de aquella

aparición. La Pitia les aconsejó que le hicieran caso; si se lo hacían las cosas les irían mejor. Y entonces los metapontinos lo asumieron y cumplieron el consejo. Todavía hoy hay una estatua de Aristeas junto al altar de Apolo, y unos laureles rodean el conjunto. Pero la imagen del dios se encuentra en el ágora. Y sobre Aristeas baste lo dicho hasta aquí.

16. Nadie sabe exactamente lo que hay al norte de estas tierras de las que arranca mi exposición. Yo no puedo informar basándome en testigos oculares que puedan decir que lo saben. Ni tan sólo Aristeas, del que acabo de tratar en mi exposición, dice, en el poema que compuso, que haya ido más allá de los isedones, sino que hablaba sólo de oídas acerca de lo que hay más allá de ellos e indicaba que eran los mismos isedones los que se lo habían contado. Pero ahora voy a informar exactamente de todo lo que he sido capaz de precisar en mi investigación sobre estos países.

17. Partiendo de la plaza comercial de los boristenitas[1014] (es la más céntrica de todas las situadas en la costa del país de Escitia) viven primeramente[1015] los calípidas, escitas griegos[1016], y sobre ellos vive otro pueblo, el de los alizones. Por lo demás, tanto ellos como los calípidas tienen un género de vida idéntico al de los escitas. Siembran y comen trigo[1017], cebollas, ajos, lentejas y mijo. Al norte de los alizones viven los escitas agricultores, que siembran trigo, pero no para su propio sustento, sino para venderlo. Al norte de ellos viven los neuros[1018], y desde ellos hacia el norte las tierras ya están deshabitadas, al menos por lo que sabemos. Éstos son, en el curso del río Hípanis, los pueblos que hay a occidente del Borístenes.

18. Pero si cruzamos el Borístenes, desde el mar nos sale en primer lugar la Hilea. Y si nos desplazamos más hacia arriba, ahí viven los escitas agricultores, a los que los griegos residentes en el país del Hípanis llaman boristenitas, aunque ellos se denominen a sí mismos olbiopolitas. Bien: estos escitas agricultores habitan unos territorios que se extienden hacia el este durante tres jornadas de camino[1019]: llegan al río Panticapes[1020], mientras que, en dirección norte, estos mismos territorios se alargan en una navegación que desde Borístenes lleva once días[1021]. Las tierras de más allá son totalmente desérticas. Y más allá de este país desierto viven los andrófagos[1022], un pueblo muy diferente que en todo caso no es escita. Y lo que hay más al norte es verdaderamente un desierto no habitado por ningún

pueblo de hombres, por lo que sabemos.

19. A oriente de estos escitas agricultores, si cruzamos el Panticapes, allí viven los escitas nómadas, que ni siembran ni aran. A excepción de Hilea, todo el país de los escitas carece de árboles. Los nómadas viven en una zona que se extiende hacia el este durante catorce días de camino hasta llegar al río Gerro[1023].

20. Más allá del Gerro siguen los llamados Sitios Reales. Allí vive la tribu más numerosa y más valiente de los escitas[1024], que consideran a los escitas restantes como subyugados a ellos. Estos escitas se extienden hacia el sur hasta la Táurica[1025], hacia oriente hasta el foso que abrieron tiempo atrás los hijos de los ciegos[1026] y hasta la plaza comercial de Cremnos[1027], a orillas del lago Mayátide. Algo de ellos[1028] llega hasta el río Tanais. Los llamados melanclenos[1029], un segundo pueblo no escita, habitan el país radicado al norte de los Sitios Reales. Y los territorios de más allá de estos melanclenos son, por lo que sabemos, pantanosos, unas tierras deshabitadas.

21. Si cruzamos el río Tanais, ya no hay tierra de escitas, sino que la primera comarca pertenece[1030] a los saurómatas, que a partir de la ensenada más profunda del lago Mayátide ocupan, hacia el norte, la extensión de una ruta de quince jornadas de camino; la región está desprovista totalmente de árboles, tanto cultivados como salvajes. Más allá de ellos, la segunda comarca la ocupan los budinos[1031]. Sus dominios están cubiertos totalmente por bosques formados por toda suerte de árboles.

22. Al norte de los budinos se encuentra, en primer lugar, un vasto desierto cuyo paso importa siete jornadas, y detrás de este desierto, más hacia oriente, viven los tiságetas, un pueblo muy especial[1032] y numeroso. Viven de la caza. En la misma región, al lado mismo de ellos, vive otro pueblo, el de los yircas, que también viven de la caza, que practican como sigue. Ojean encaramados en los árboles, tan numerosos en esta región. Sus caballos están enseñados, y se agachan sobre el vientre para no ser tan vistos. Un caballo está debidamente apostado, y con él un perro. Si el cazador, desde el árbol, ve una pieza, le dispara una flecha, monta luego a caballo y la persigue. Y el perro corre detrás de ellos.

Siguiendo hacia oriente hay más tribus escitas que se han sacudido el yugo

de los escitas reales y han emigrado a estas tierras.

23. Hasta aquí, el país que hemos descrito de los escitas es totalmente llano y sus tierras son muy fértiles, pero desde aquí es pedregoso y abrupto[1033]. Cuando se ha dejado atrás un gran trecho de este país tan accidentado, allí vive, en las primeras estribaciones de una cordillera[1034] muy alta, una población de calvos de nacimiento, tanto hombres como mujeres, además son chatos y tienen una barbilla muy salida. Hablan una lengua propia, pero su atuendo es escita y se alimentan de los frutos de los árboles. El árbol del que viven se llama póntico[1035], y por su tamaño es comparable a la higuera. Produce unos frutos similares a las habas, pero con hueso. Cuando este fruto ha madurado, lo prensan filtrándolo mediante unos paños, y de él mana un licor denso y negro; el nombre de este licor es *asqui*[1036]. Lo lamen, o, mezclándolo con leche, lo beben. De la masa espesa que queda de este jarabe hacen pasteles para comérselos. Disponen de pocas cabezas de ganado, pues allí los pastos no son abundantes. Todos viven debajo de los árboles, que en invierno cubren con un toldo impermeable de fieltro blanco[1037], en verano viven sin el toldo. Nadie les infiere nunca ningún daño, pues de estos hombres se dice que son sagrados[1038]. No poseen armas de guerra. Más aún: son ellos los que ventilan las diferencias surgidas entre sus vecinos, y no causan ningún daño al exiliado que se refugie en su país. Su nombre es el de argipeos[1039].

24. Hasta este país de los calvos hay un conocimiento detallado de las tierras y de los pueblos que las habitan, pues se llegan a ellos tanto algunos escitas, que averiguan fácilmente algunas cosas, como también griegos, concretamente de la plaza comercial junto al Borístenes, y aún otros procedentes de otras plazas del Ponto. Los escitas, cuando se llegan a estos pueblos para tratar de sus asuntos, se sirven de siete lenguas y de siete intérpretes.

25. De modo que hasta los argipeos se conoce todo. Pero nadie sabe decir con precisión lo que hay más allá de estos calvos, pues cortan el paso unos montes altos e infranqueables que no escala nadie. Los calvos afirman algo que para mí es inadmisible: que estas montañas son habitadas por hombres con pezuñas de cabra. Y cuando alguien ha escalado el dominio de estos hombres, allí vive otro pueblo cuyos miembros duermen seis meses al año.

Pero yo, es cuestión de principios[1040], no me lo creo. El país situado al este de los calvos es bien conocido, porque se trata del habitado por los isedones. Y lo que hay después, más al norte, es desconocido, tanto el país de más allá de los calvos como el de más allá de los isedones, excepción hecha de lo que explican unos y otros.

26. He aquí las costumbres de los isedones. Cuando a un hombre se le muere el padre, todos los parientes aportan como ofrenda ovejas. Cuando las han inmolado y han descuartizado sus carnes, descuartizan también el cadáver del padre de su huésped[1041], mezclan todas las carnes y se disponen a un banquete. En cambio, rapan la cabeza del difunto, le dan un baño de oro y la consideran como algo sagrado. Y ofrecen anualmente grandes sacrificios al muerto. El hijo hace esto en honor de su padre, igual que entre los griegos se celebra anualmente el aniversario[1042]. Por lo demás, de estos isedones se dice que son justos[1043]; entre ellos hombres y mujeres disfrutan de igualdad de derechos.

27. De manera que los conocemos. Son los isedones, que acerca de las tierras que tienen al norte afirman que en ellas están los ya citados hombres monoculares y los grifos custodios del oro. Los escitas lo han sabido por ellos y lo repiten. Los demás lo han tomado de estos escitas y los llaman, en lengua escita, arimaspos. Pues *arima* en escita significa «uno» y *spu* «ojo».

28. Todo este país citado es algo en cierta manera irreal, pues durante ocho meses hace en él un frío insoportable, glacial; en ellos si se derrama agua no se hace barro, bien al contrario, el barro se hace si se enciende fuego[1044]. El mar y todo el Bósforo Cimerio[1045] se hielan, de modo que los escitas que viven a poniente del foso[1046] arremeten con sus tropas sobre el hielo y lanzan sus carros a la otra orilla, contra el país de los sindos[1047]. O sea que a lo largo de ocho meses reina ininterrumpidamente el invierno, pero los cuatro restantes también son fríos[1048]. Este invierno se distingue de los inviernos que hay en los demás países porque durante el tiempo que es propiamente de invierno no llueve de manera que sea digna de mención, pero en verano no cesa de llover. Cuando en el resto del mundo hay tormentas, allí no hay ninguna, pero en verano las hay formidables. Si en invierno sufren una tormenta, se admiran de ello como de un prodigio. Lo mismo vale para

los terremotos: tanto si se dan en invierno como en verano, en el país de los escitas son tenidos por un prodigio. Los caballos toleran muy bien este invierno, pero los mulos y los asnos no lo soportan en absoluto. En el resto del mundo, los caballos que han de sostenerse sobre el hielo sufren congelación en los miembros, pero los asnos y los mulos lo aguantan bien.

29. Yo creo que éste es el motivo por el cual en Escitia a la raza de los bueyes sin cuernos[1049] éstos no le crecen. En opinión mía ya Homero da testimonio de ello en la *Odisea* cuando escribe[1050], de Libia

> *el país donde nacen ovejas con cuernos*...[1051]

y dijo muy bien que en los países cálidos los cuernos crecen rápidamente. En cambio, en épocas de frío intenso al ganado no le salen cuernos, o en todo caso le crecen muy poco.

30. De modo que allí ocurre esto a causa del frío. Pero me admiro (mi relato, desde luego, busca digresiones desde su comienzo)[1052] de que en todo el país de la Élide no puedan ser engendrados mulos, ello cuando allí ni hay fríos ni se da cualquier otro obstáculo apreciable. Los eleos mismos declaran que el hecho de que entre ellos no nazcan mulos se podría deber a una maldición. Siempre que se acerca la época apropiada para la fecundación de las yeguas, los eleos mandan las suyas a sus vecinos y les echan los asnos en los dominios de sus limítrofes, hasta que les quedan preñadas. Y entonces las devuelven de nuevo a su país.

31. Acerca de las plumas, de las que los escitas afirman que el aire está lleno y que por ello resulta imposible ver y recorrer en toda su extensión la zona más lejana del continente, tengo esta opinión: en los dominios de todo este país nieva siempre, más en invierno que en verano, naturalmente; el que, por lo menos una vez, ha contemplado de cerca caer una nevada intensa sabrá lo que yo creo. La nieve se parece a las plumas. Por culpa de este invierno, que es tal como he descrito, resulta inhabitable la tierra continental que va desde aquí hacia el norte. Los escitas y sus circundantes, creo yo, llaman a la nieve, gráficamente, «plumas». Y con ello queda dicho lo que se cuenta de las tierras más remotas.

32. Ni los escitas ni cualquier otro de los habitantes de aquellas regiones

cuentan nada sobre los hiperbóreos[1053], excepción hecha, naturalmente, de los isedones. Pero yo creo que tampoco éstos nos dicen nada[1054]. De lo contrario, lo contarían también los escitas, tal como nos informan de los hombres de un solo ojo. Pero Hesíodo nos ha dicho alguna cosa de los hiperbóreos[1055], y también Homero en sus *Epígonos*, eso si es verdaderamente Homero quien compuso este poema[1056].

33. Pero son con mucho los delios los que más cosas nos explican sobre ellos[1057]. Nos informan de que los hiperbóreos envolvían sus ofrendas sagradas en paja de trigo, que llegaban así a los escitas[1058]. Y enseguida los escitas, que lo admitieron, propagaron tal uso, por cuanto lo transmitieron a todos los pueblos vecinos, que a su vez lo transfirieron hasta el occidente más lejano, al mar Adriático. Y desde allí pasó hacia el sur y llegó por primera vez a los griegos en Dodona. Desde Dodona este uso fue transferido, ciertamente, hacia el golfo Melieo y pasó a Eubea, y fue adoptado por todas las ciudades hasta Caristo[1059]. Se saltaron la isla de Andros, pues los caristios lo llevaron directamente hasta Tenos[1060], y los tenios hasta Delos. Así llegó allí, según se cuenta en Delos, esta clase de ofrendas de los hiperbóreos.

Pero tiempo atrás, así lo cuentan, los hiperbóreos mandaron a dos doncellas como portadoras de las ofrendas; según los delios, los nombres de estas doncellas eran Hipéroca y Laódice. Como acompañantes de ellas, en vista de su seguridad, llegaron allí también cinco ciudadanos del país de los hiperbóreos: son los ahora llamados perferes[1061], que en Delos gozan de grandes honores. Pero cuando los enviados de los hiperbóreos no regresaron, los hiperbóreos temieron que la cosa sería siempre así, es decir, que sus enviados no regresarían nunca, y por eso remitieron así sus ofrendas sagradas envueltas en paja de trigo: las llevaban hasta su frontera y las entregaban a sus vecinos con el encargo de que las hicieran pasar de país a país. Y así acababan llegando (es lo que cuentan) a Delos. Ignoro si en otras partes pasa lo mismo con las ofrendas sagradas. Cuando las mujeres tracias y las peonias presentan sus ofrendas a Ártemis Reina, también envuelven sus dones en paja de trigo. Estoy bien enterado de que estas mujeres lo hacen así.

34. En honor de estas doncellas que murieron en Delos, los mozos y las mozas de los delios se rapan las cabezas[1062]. Ellas, antes de su boda, se

cortan un mechón, lo envuelven en un huso y lo colocan encima de la tumba de las doncellas. Esta tumba está dentro del santuario de Artemis, entrando a mano izquierda; encima de ella ha crecido un olivo. Por su parte, los jóvenes delios atan con sus cabellos unas hierbas recientes y también las depositan encima de la tumba. De modo que tales doncellas reciben, de parte de los de Delos, los honores descritos.

35. Pero los mismos delios explican que, ya antes de Hipéroca y Laódice, habían llegado a Delos dos mujeres procedentes del país de los hiperbóreos, Arge y Opis, siguiendo la misma ruta. Aquéllas deseaban presentar a Ilitía[1063] los presentes que le habían prometido por acelerarles el parto, pero Arge y Opis llegaron desde el país de los hiperbóreos conjuntamente con los dioses Apolo y Ártemis, que las acompañaban, y también a ellas se les tributaron honores. Efectivamente, las mujeres de Delos organizan colectas en su honor y, en el himno que el licio Olén compuso en su loor, se mencionan sus nombres. De ellas lo han tomado los demás isleños y los jonios, que en sus colectas invocan cantando los nombres de Opis y Arge. Este Olén[1064] llegó desde Licia a Delos, y es el autor de los himnos más antiguos que se entonan en tal isla. Cuando queman los muslos de los animales sacrificados, las cenizas son esparcidas encima de las tumbas de Arge y Opis. Esta tumba se encuentra detrás del santuario de Ártemis; al lado de poniente, al lado del comedor reservado a los de Ceos.

36. Dejemos aquí a los hiperbóreos. Dejo correr la historia que se cuenta acerca de Ábaris, según la cual era hiperbóreo y recorrió toda la tierra con una flecha clavada y sin comer. Si hay unos hombres hiperbóreos hay también otros situados en el extremo sur[1065]. Yo me mondo de risa cuando veo cuántos han trazado ya los circuitos de la tierra[1066]: ¡nadie los ha dibujado de manera razonable! Representan el Océano fluyendo alrededor de la tierra, la cual es circular[1067], como si estuviera hecha a golpe de compás, y otorgan las mismas dimensiones a Asia que a Europa. Yo me propongo aclarar en pocas palabras la extensión de cada parte e indicar cómo se debe configurar.

37. Empezando por Asia, los persas viven junto al mar del sur, el llamado mar Eritreo[1068]. Al norte de ellos están los medos, los siguen los saspires, y los colcos, que ya tocan el mar del Norte, en el cual desemboca el río

Fasis[1069]. Estos cuatro pueblos ocupan todo el espacio que va de mar a mar.

38. A poniente de ellos hay dos penínsulas que entran en el mar; ahora voy a describirlas. La primera de ellas[1070], que por el norte arranca del curso del Fasis, se extiende hasta el mar a lo largo del Ponto y del Helesponto hasta el cabo Sigeo, en la Tróade. Esta misma península se extiende por el sur desde el golfo Miriándico, cerca de Fenicia, a través del mar, hasta el cabo Triopio[1071]. Esta península la habitan treinta pueblos[1072].

39. Ésta es una de las dos penínsulas; la segunda[1073] empieza en el país de los persas y se extiende en dirección al mar Rojo, desde Persia hasta Asiria y desde Asiria hasta la Arabia. De todos modos, termina (no es que termine, termina sólo por convención de los hombres) en el golfo de Arabia, hasta el que Darío excavó un canal desde el río Nilo[1074]. Desde Persia hasta Fenicia el territorio es ancho y muy extenso. Por otro lado, esta península se extiende desde Fenicia a lo largo de este mar hasta Palestina de Siria y Egipto, en que termina. En ella sólo viven tres pueblos.

40. Éste es el país que desde las tierras persas está situado a occidente de Asia. Los territorios que están al norte de los persas, medos, saspires y colcos, situados hacia el este, a la salida del sol, limitan por el sur con el mar Rojo, por el norte con el mar Caspio y con el río Araxes, que fluye hacia oriente. Asia está habitada desde aquí hasta la India. Desde la India hacia el oriente está deshabitada, y nadie es capaz de decir lo que hay allí.

41. Con esto se han indicado la configuración y la extensión de Asia. Pero Libia pertenece a la otra península, pues se toca con Egipto. En Egipto esta península es delgada, pues este mar dista del mar Rojo cien mil brazas, que podrían arrojar unos mil estadios. Pero, desde ese estrechamiento, la península que llamamos Libia[1075] es muy ancha.

42. Yo me maravillo de que se distingan tres partes de la tierra, Libia, Asia y Europa: sus extensiones son distintas. Europa es tan larga como las otras dos juntas, y es evidente que en cuanto a anchura éstas son todavía menos comparables con Europa. Libia está en todo su perímetro rodeada de mar, exceptuando, naturalmente, aquella parte en la que toca Asia. Por lo que sabemos, el rey Neco[1076] de Egipto fue el primero que lo demostró, pues cuando detuvo la excavación de aquel canal que debía abrirse desde el río Nilo hasta el golfo Arábigo, envió una flota de fenicios con el encargo de que

se hicieran con las Columnas de Heracles, o sea, de regresar a Egipto a través del mar Mediterráneo. Los fenicios navegaron por el mar Rojo en dirección sur. Cuando llegó el otoño desembarcaron, cultivaron las tierras en el lugar de Libia en que precisamente se encontraban y esperaron la época de la cosecha. Una vez realizada ésta prosiguieron su navegación. Navegaron durante dos años y en el tercero doblaron desde las Columnas de Heracles hacia el sur y llegaron a Egipto[1077]. Narraron (lo que yo no creo, pero quizás a alguien le resulte creíble) que durante la circunvalación habían tenido el sol a la derecha[1078].

43. Así se exploró por primera vez esta ruta, y posteriormente los cartagineses la confirmaron. Sataspes, es bien cierto, un hombre aqueménida hijo de Teaspis, no dio navegando la vuelta a Libia, que era precisamente el fin a que le habían enviado: le asustaron la gran duración del viaje y el desierto, y dio marcha atrás, sin llevar a buen término la hazaña que le había encargado su madre. Ocurrió que había seducido a una doncella hija de Zópiro, hijo éste de Megabizo. Por este delito, el rey Jerjes iba a mandar que le empalaran, pero la madre de Sataspes, hermana de Darío, solicitó gracia para él, asegurando que ella misma le impondría un castigo más duro que el del rey: le haría circunnavegar Libia, y en esta circunvalación llegar hasta el golfo Arábigo. Jerjes accedió con esta condición, y Sataspes llegó a Egipto. Luego que allí fletó una nave con su tripulación, desde Egipto se hizo a la mar en dirección a las Columnas de Heracles. Cuando las hubo rebasado y hubo doblado el cabo de Libia llamado Solunte[1079] navegó hacia el sur. Durante muchos meses recorrió un gran espacio de mar, pero al cabo dio la vuelta, porque la empresa le exigía un recorrido cada vez más largo. Y regresó a Egipto. Cuando llegó a presencia del rey Jerjes le dio su información, le explicó que en el punto más lejano de su viaje había costeado el país de unos hombres enanos cuyos vestidos estaban confeccionados con hojas de palmera. Y así que con su nave llegaron a la playa, estos hombres abandonaron su ciudad y huyeron a los montes. Y ellos cuando entraron allí no les causaron ningún daño, sólo se quedaron con unas ovejas. Y alegó este motivo como causa de no haber circunvalado totalmente Libia: su nave ya no podía en modo alguno seguir adelante, sino que les quedaba retenida[1080]. Jerjes no creyó que le dijera la verdad, y, puesto que no había realizado la

misión encomendada, lo mandó empalar, y con ello revalidó el primer castigo. Un eunuco de este Sataspes, así que supo la muerte de su señor, se escapó con muchos tesoros a Samos, que un hombre de Samos retuvo. Su nombre lo sé, pero lo olvidaré de buen grado[1081].

44. La mayor parte de Asia la descubrió Darío. Quería conocer la desembocadura del río Indo, que es el segundo de todos los ríos que tiene más cocodrilos[1082]. Envió, pues, hacia allí naves con unos hombres en quienes confiaba para que le dijesen la verdad, entre otros Escílax de Carianda[1083]. Éstos partieron de la ciudad de Caspatiro y de la región Páctica[1084] y navegaron por el río hacia oriente[1085], hacia la salida del sol, y llegaron al mar. Luego navegaron por mar en dirección oeste y al cabo de treinta días llegaron al lugar desde el cual el rey de los egipcios había enviado a los fenicios de los que antes hablé para que circunvalaran Libia. Luego que éstos hubieron circunvalado el país, Darío sometió a los indios y se aprovechó de este mar. De modo que se vio que, excepción hecha de la parte oriental, hacia el orto del sol, lo restante de Asia es muy semejante a Libia.

45. En cambio, en lo referente a Europa, nadie sabe si sus partes orientales y nórdicas están bañadas por el mar; lo único que sabemos es que es tan larga como las otras dos partes de la tierra. Soy incapaz de conjeturar por qué un país que es uno tiene tres denominaciones formadas según nombres de mujer, y por qué se le señalaron como límites un río egipcio, el Nilo y un río colco, el Fasis (otros hablan del Tanais[1086], el río mayata, y de los Estrechos Cimerios)[1087]. Tampoco puedo saber los nombres de los que señalaron estos límites, ni de dónde extrajeron estas denominaciones. Pues ya de Libia[1088] la gran mayoría de griegos explica que recibió tal nombre por Libia, una mujer nativa del país, y que Asia recibió el nombre de la esposa de Prometeo[1089]. Los lidios reivindican este nombre, dicen que el nombre de Asia se ha formado a partir del de Asies, el hijo de Cotis y nieto de Manes, y no a partir del de Asia, la mujer de Prometeo. Según Asies se llamaría también la tribu asíada que reside en Sardes. De Europa, todos ignoran si está rodeada de mar, también de dónde le viene este nombre y quién fue el que se lo impuso, a no ser que aceptemos que el país tomó el nombre de Europa, una mujer tiria. Porque antes, igual que las demás partes del mundo, no tenía nombre. Pero la

tal Europa era, evidentemente, de origen asiático, y no llegó jamás a estos territorios que ahora los griegos llaman Europa, sino que de Fenicia fue a Creta y de Creta a Licia. En cuanto a esto, baste con lo dicho. Las partes del mundo las llamaremos según el uso común.

46. El Ponto Euxino[1090], contra el cual Darío salió en campaña, nos ofrece los pueblos más incultos de todos, descontando a los escitas[1091]. En efecto, de los pueblos que viven al oeste del Ponto no podemos aducir a ninguno que sobresalga por su talento[1092], ni podemos citar a ningún hombre sabio procedente de allí, si exceptuamos al pueblo escita y a Anacarsis[1093]. Desde luego, los escitas han hecho el invento más inteligente en el ámbito de todos los problemas humanos que conocemos; en lo demás, no les envidio. Esto, lo más grande que han ideado, es que nadie que marche contra ellos pueda escapar impune, y que sea imposible que alguien los pueda atrapar si ellos no se prestan a ser localizados. Pues gentes que no se han edificado ni ciudades ni muros, que todos ellos llevan sus viviendas a cuestas[1094], y que son todos hábiles jinetes y arqueros[1095], que no viven de la agricultura, sino de la ganadería, que llevan sus casas en sus carros, ¿cómo no serán incombatibles[1096] e imposibles de abordar?

47. Esto lo inventaron porque su país se prestaba a ello y los ríos les fueron aliados. Pues el país es una llanura rica de hierba y en agua; los ríos lo invaden; en número no son menos que los canales que hay en Egipto. Voy a contar sólo los dignos de mención, los que aguas arriba son navegables desde el mar: el Istro con sus cinco desembocaduras, el Tires, luego el Hípanis, el Borístenes, el Panticapes, el Hipaciris, el Gerro y el Tanais. Y he aquí cómo fluyen.

48. El Istro es el más caudaloso de todos los ríos que conocemos. Su caudal es idéntico en invierno y en verano. Entre los ríos de Escitia, es el primero que fluye por occidente, y es el más caudaloso porque otros afluyen a él. He aquí los que lo hacen tan caudaloso. Por el mismo país de Escitia fluyen cinco, el primero, aquel que los escitas llaman Pórata y los griegos Píreto[1097], siguen el Tiaranto, el Araro, el Náparis y el Ordeso[1098]. De estos ríos, el citado en primer lugar es caudaloso y fluye hacia oriente, y mezcla sus aguas con las del Istro; el Tiaranto, citado en segundo lugar, es menor y fluye

hacia occidente. El Araro, el Náparis y el Ordeso bajan entre los dos, y son afluentes del Istro. Estos ríos nacidos en las mismas tierras escitas[1099] la llenan con sus aguas. Del país de los agatirsos desciende el río Maris[1100], también afluente del Istro.

49. De los altos del Hemo[1101] bajan otros tres grandes ríos en dirección norte, afluentes del Istro: el Atlas[1102], el Auras y el Tibisis. La Tracia, concretamente el dominio de los tracios crobizos[1103], está surcada por el Atris, el Noes y el Artanes[1104], afluentes del Istro. El río Escío[1105] recorre el dominio de los peones[1106]; baja del monte Ródope y divide por la mitad la cordillera de Hemo; desemboca en el Istro. El río Angro[1107] fluye hacia el norte desde la Iliria y alcanza la llanura Tribálica[1108] y el río Brongos[1109], el cual es afluente del Istro. Éste, por tanto, recibe estos dos grandes ríos. De la Umbría septentrional fluyen el río Carpis[1110] y otro, el Altis[1111], hacia el norte; también éstos son afluentes del Istro. Porque el Istro fluye a través de Europa entera, empezando por el país de los celtas, que son los habitantes occidentales más remotos de Europa después de los cinetes[1112]. El Istro fluye a través de toda Europa y flanquea la Escitia.

50. Los ríos citados y muchos otros juntan sus aguas y hacen del Istro el río más caudaloso. Si comparáramos sólo la masa de agua de uno y otro, el Nilo en sí superaría al Istro en sí[1113]: pero al Nilo no afluyen ni ríos ni fuentes que aumenten la masa de sus aguas[1114]. Yo creo que el Istro tanto en invierno como en verano lleva un mismo caudal, constante, lo que se debe a que en invierno es tan caudaloso como lo es ya naturalmente, o quizás algo más de como lo sería naturalmente; estas tierras en invierno reciben muy poca lluvia, pero abundantes nevadas. En verano se funde la nieve que ha caído en grandes cantidades en invierno, y afluye al Istro desde todas partes. De modo que la nieve que se vierte en él, y muchas y copiosas lluvias, aumentan su caudal, pues el verano es la estación de las lluvias. Cuanta más agua el sol atrae hacia sí en verano[1115] que en invierno, tanta más en verano se vierte sobre el Istro que en invierno. Ambos fenómenos opuestos se neutralizan mutuamente y el caudal del agua queda invariable, o sea que la corriente siempre presenta un mismo nivel.

51. De manera que una de las corrientes en el país de los escitas es la del

Istro, y después la del Tires, que procede del norte y sale de un gran lago que separa el país de la Escitia y el país de Neris[1116]. En su desembocadura viven los griegos llamados tiritas[1117].

52. El tercer río, el Hípanis[1118], arranca de la Escitia y nace de un gran lago, a cuyo alrededor pastan caballos blancos salvajes. De este lago se dice con toda razón que es el padre del Hípanis[1119]. Por tanto, de él nace el Hípanis, que inicialmente fluye débilmente durante cinco días con un curso de agua calmosa, pero, desde aquí hasta el mar[1120], su curso, ahora muy impetuoso, dura cuatro días. En él vierte una fuente de aguas amargas, tan amargas que a pesar de lo reducido de su manantial, repercute en todo el Hípanis, un río grande como muy pocos. Esta fuente está en el límite entre el país de los escitas agricultores y el de los alizones[1121]. La fuente y toda la comarca en que ella mana se llama en escita *Exampeo;* traducido al griego, *sendas sagradas*. El Tires y el Hípanis acercan sus cuencas a la altura del país de los alizones, pero desde ahí enfilan cauces divergentes, y dejan un espacio muy ancho entre ellos.

53. El cuarto río es el Borístenes, que, después del Istro, es el más caudaloso y en mi opinión el más productivo no sólo de los ríos escitas, sino de todos los demás, a excepción del Nilo de Egipto, pues con éste no hay río que admita comparación. Pero, de todos los restantes, el Borístenes es el más productivo, el que ofrece los pastos más hermosos[1122] y más adecuados para el ganado y, sin la menor duda, el pescado más abundante y de mejor calidad; el agua de este río es la más potable. Sus aguas se escurren limpiamente curso abajo cuando los ríos de las inmediaciones bajan turbios. A lo largo del Borístenes se dan los mejores sembrados y, allí donde las tierras no tienen plantaciones, las hierbas crecen muy altas. En su desembocadura se deposita sal espontáneamente en grandes cantidades[1123]. Proporciona unos peces fluviales sin espinas que se llaman *antaceos*[1124], muy aptos para salazón, y otros muchos peces verdaderamente dignos de admiración. Partiendo del norte, se conoce su curso desde el país del río Gerro[1125], a lo largo de cuarenta días de navegación. Pero nadie podría decir los pueblos que bordea a lo largo de su curso anterior. Es evidente que, hasta los escitas agricultores, fluye por tierras desérticas. Estos escitas viven a lo largo de sus márgenes por

espacio de diez días de navegación. Las fuentes de este río y las del Nilo: he aquí las únicas que soy incapaz de indicar, pero yo creo que ningún griego podría hacerlo. El Borístenes fluye hasta muy cerca del mar, allí el Hípanis confluye con él y desembocan en una marisma. El espacio intermedio entre los dos ríos, parecido al espolón de una nave[1126], se llama punta de Hipolao. Sobre ella se erigió un santuario dedicado a Deméter; al otro lado de este santuario, a orillas del Hípanis, están establecidos los boristenitas. Y esto es lo que cabe decir acerca de estos ríos.

54. Después viene otro río, el quinto, que se llama el Panticapes. También éste fluye desde un lago que está al norte. El país intermedio entre él y el Borístenes está habitado por los escitas agricultores. Toca la Hilea[1127] y, tras haberla flanqueado, afluye al Borístenes.

55. El sexto río es el Hipaciris[1128], que nace de un lago. Fluye por el país de los escitas nómadas y desemboca por la ciudad de Carcinitis[1129], dejando a la derecha la Hilea y lo que se llama la Ruta de Aquiles[1130].

56. El séptimo río es el Gerro, que se separa del Borístenes en esta región y recibe el nombre de la misma, Gerro. En su curso hacia el mar divide el país entre la región de los escitas nómadas y la de los escitas reales; desemboca en el río Hipaciris.

57. Finalmente, el río octavo es el Tanais. Fluye desde el norte, nace en un lago muy grande y desemboca en otro todavía mayor llamado Mayátide, que separa a los escitas reales de los saurómatas. Otro río llamado Hirgis[1131] desemboca en éste, en el Tanais.

58. O sea, que la Escitia goza de la ventaja de tener estos ríos. Para su ganado crecen allí las hierbas[1132] que sabemos que son las que sientan mejor para la secreción de bilis. Cuando se sacrifica el ganado, se advierte que la cosa es así.

59. O sea que, sin duda alguna, para lo más importante los escitas disponen de los medios más favorables; en lo referente a usos y costumbres, he aquí lo que hay. Veneran sólo a los dioses siguientes: ante todo a Hestia[1133], además a Zeus[1134] y a Gea[1135], que creen que es esposa de Zeus, después a Apolo[1136] y a Afrodita la celestial[1137], a Heracles y a Ares[1138]. Estos dioses son los que los escitas veneran habitualmente; los escitas

llamados reales ofrecen sacrificios también a Posidón[1139]. Por cierto, que Hestia se llama en escita Tabiti; Zeus es llamado en escita (la cosa es muy correcta, al menos según mi parecer) Papeo[1140]; Gea se llama en escita Api; Apolo se llama entre ellos Etosiro, y Afrodita celestial, Argimpasa; Posidón, Tagimasada. Erigen templos y altares sólo a Ares, pero no a las demás divinidades. A Ares sí se los erigen.

60. En sus fiestas ofrecen sacrificios todos ellos de idéntica manera; el rito es como sigue. La víctima está allí con las patas delanteras bien atadas, y el sacerdote está detrás de la bestia. Tira del cabo de la cuerda y hace caer[1141] al animal. Mientras éste se cae, él invoca al dios al que se ofrece el sacrificio. Y rápidamente le pone un dogal al cuello y, luego que ha introducido en él un palo, empieza a darle vueltas hasta que logra el estrangulamiento sin haber encendido fuego en absoluto ni haber hecho ningún otro tipo de preparación, sin haber ofrecido primicias[1142]. Cuando han estrangulado y despellejado el animal, se disponen a cocerlo.

61. Pero el país de Escitia es muy pobre en madera[1143], y para cocer la carne han ideado lo siguiente. Cuando han despellejado las víctimas separan los huesos de la carne, y cuando, en el país, tienen a mano algunos calderos típicos de la región, echan la carne en estos calderos, que son muy parecidos a las crateras lesbias, aunque son mucho más grandes que ellas. Encienden debajo los huesos de las víctimas sacrificadas. Si no disponen de calderos, meten toda la carne en los vientres de las víctimas y cuando han derramado agua por encima, prenden fuego por debajo a los huesos. Éstos arden muy bien, y en los vientres cabe cómodamente toda la carne previamente deshuesada. De manera que un buey se cocerá a sí mismo, y lo mismo cabe decir del resto de víctimas. Cuando la carne ya está cocida, el oferente consagra las primicias de ella y de las entrañas arrojándolas al suelo. Los escitas sacrifican del mismo modo también las otras piezas de ganado, especialmente caballos.

62. De modo que al resto de dioses les ofrecen así los animales citados, pero a Ares como sigue. En cada provincia, junto a los tribunales del reino, se[1144] ha erigido un santuario a Ares; allí hay acumulados haces de leña seca que forman una superficie cuadrada no muy elevada, de unos tres estadios. Encima hay una plataforma plana, también cuadrada. Por tres de sus lados

este cuadrado es inacesible, pero por el restante se puede subir. Cada año cargan de leña seca cincuenta carros, pues a causa del mal tiempo el suelo se les hunde continuamente. En lo alto de estas colinas hay plantadas sendas espadas[1145], muy viejas, de hierro: representan la imagen de Ares. Cada año se ofrecen a estas espadas caballos y corderos, y estos sacrificios son más caros que los que se ofrecen a los demás dioses. También, de entre los prisioneros de guerra, se sacrifica aquí uno de cada cien capturados. Pero este sacrificio no es igual que los que se ofrecen de animales, es distinto. Se vierte vino sobre la cabeza de la víctima, a la que se sacrifica encima de un recipiente, que, acto seguido, suben a la plataforma que está sobre los haces de leña y vierten la sangre encima de la espada; abajo, junto al santuario, he aquí lo que hacen: a los hombres sacrificados les cortan el hombro derecho y el brazo y los lanzan al aire. Cuando han concluido los sacrificios, también los de los animales, abandonan el lugar. Y los brazos quedan allí donde cayeren, separados de los respectivos cadáveres.

63. Éstos son los sacrificios que hay entre ellos. Para los mismos no emplean jamás cerdos, pues no los tienen, en absoluto, en el país.

64. Y he aquí sus usos en las empresas bélicas. Cuando un escita mata a su primer hombre, se le bebe la sangre. Y lleva al rey las cabezas de todos los que mata en la batalla, pues sólo cuando ha entregado una cabeza, toma parte en el botín que se ha capturado; de lo contrario, no recibe nada. Y he aquí cómo le despelleja[1146]. Le practica una incisión circular de oreja a oreja, luego coge la piel de la cabeza y la sacude. Cuando ha raspado la carne con una costilla de toro frota la piel con sus manos; cuando la ha ablandado la usa como pañuelo. Lo ata a las riendas del caballo que él mismo monta, y se jacta de ello, pues el que tiene más pañuelos hechos de piel humana es el hombre más válido. Muchos de ellos, con las pieles humanas, llegan a hacerse prendas de vestir; las cosen como si fueran zamarras de pastor hechas con piel de cabra. Muchos escitas desuellan la mano derecha, junto con las uñas, de los cadáveres de los enemigos, y de ellas se hacen cobertores para sus aljabas. Efectivamente, la piel humana es recia, y probablemente en su color blanco es la más lustrosa de todas. Hay algunos escitas que despellejan íntegramente un cuerpo humano, luego extienden esta piel mediante palos de madera y la ponen encima de sus caballos.

65. Este uso está muy desarrollado entre ellos. Con las cabezas no de todos los enemigos, pero sí de los peores, he aquí lo que hacen. Después que han serrado en una sola pieza el cráneo por debajo de las cejas, lo limpian a fondo; los pobres lo recubren por la parte exterior con una piel de buey sin curtir y lo usan así[1147]; pero, si se trata de un rico, lo recubre igualmente con una piel de buey sin curtir, y además le da un baño de oro y lo utiliza como copa. Y hacen lo mismo con los parientes con los que se enemistan, cuando uno resulta vencedor[1148] ante el rey. Y cuando les llegan huéspedes que el dueño de la casa cree muy importantes manda traer estas cabezas y relata cómo declaró la guerra a sus parientes anteriores y cómo él mismo los derrotó; esto es lo que ellos llaman coraje varonil.

66. Una vez al año, el nomarca[1149] hace preparar en su propia provincia una cratera con vino, y de ella beben todos los escitas que en la guerra han dado muerte a algún enemigo. Los que no lo han hecho no prueban este vino, sino que se quedan sentados aparte y deshonrados. Sí, para ellos ésta es la peor vergüenza. En cambio, aquellos que han dado muerte a muchos hombres reciben dos copas a la vez y beben de ellas simultáneamente.

67. Entre los escitas hay muchos adivinos, que profetizan mediante varas de mimbre. Cuando se han hecho con un considerable haz de varas de mimbre, lo desatan y depositan en el suelo las varas unas al lado de otras mientras recitan las fórmulas mágicas. Mientras las van recitando, juntan otra vez las varas en un haz y las ordenan una por una[1150], o sea, que cada una recibe su lugar en la serie. Este método de vaticinar les viene de sus padres. Los enareos[1151], o sea, los andróginos[1152], dicen que Afrodita les concedió el don de la profecía. En todo caso profetizan con cortezas de tilo; cortan la corteza en tres tiras que entrelazan en sus manos; dan el oráculo según cómo la corteza se desenvuelva entre sus dedos.

68. Cuando el rey de los escitas enferma, manda que acudan a él los tres adivinos profesionales que gocen de más fama y que profeticen de la forma descrita aquí. Éstos normalmente empiezan diciendo que éste o aquél ha perjurado por el hogar[1153] del rey, y en ello citan por su nombre al ciudadano a que se refieren. Porque entre los escitas es normal jurar por el hogar del rey cuando se quiere prestar el máximo juramento. Inmediatamente, aquel de quien afirman que ha jurado en falso es detenido y comparece ante el rey.

Llega, pues, y los adivinos le dicen que, por su arte adivinatoria, se ve claramente que él ha perjurado por el hogar del rey y que ésta es la causa de la enfermedad real. El acusado, naturalmente, lo niega y, hablando con suma violencia, asegura que no ha jurado en falso. Lo niega, pues, ante lo cual el rey manda acudir a otros adivinos, esta vez doblando el número. Si éstos, consultando su arte adivinatoria, ratifican que el tal en cuestión es culpable de perjurio, el acusado es decapitado inmediatamente. Su dinero se lo sortean los tres primeros adivinos inicialmente consultados. Pero si los segundos adivinos absuelven al acusado, hay más adivinos a disposición, y aún otros más. Si la mayoría de los adivinos absuelve a este hombre, en tal caso la muerte de los primeros adivinos es cosa decidida.

69. Y su ejecución es como sigue. Cargan de leña un carro hasta los topes, uncen a él dos bueyes, meten entre la leña a los adivinos atados de pies y manos, y con la boca tapada. Entonces prenden fuego a la leña y los bueyes, asustados, echan a correr. A veces los bueyes arden con los adivinos, pero otras, cuando se ha quemado la vara del carro, aunque con quemaduras, logran huir. De modo que los adivinos arden así, alguna vez por inculpaciones de otro tipo; en este caso los llaman «adivinos falsos». Y no se respeta la vida de los hijos de aquel a quien el rey condena a muerte; se extermina a toda su descendencia. Pero las mujeres no sufren ningún daño.

70. He aquí cómo los escitas se juramentan con aquellos con quienes se juramentan. Vierten vino en una gran copa de cerámica[1154] y luego sangre de aquellos con los que concluyen el pacto, para lo cual se pinchan con una lezna o bien se hacen en el cuerpo una incisión muy superficial con un cuchillo. Introducen en la copa una espada, flechas, un hacha de guerra y un venablo. Y pronuncian una fórmula de juramento muy prolija. Luego beben de la copa, tanto los que propiamente hacen el pacto como los de más rango que forman parte del séquito.

71. Las tumbas de los reyes se encuentran en el territorio de los gerros[1155] hasta el lugar en que el Borístenes es navegable. Cuando su rey ha fallecido excavan ahí un gran hoyo cuadrado en tierra. Cuando lo tienen abierto, cargan el cadáver en un carro. El cuerpo ha sido previamente encerado, se le ha abierto y limpiado el vientre y se ha embutido en él un relleno compuesto de azafrán e incienso, de semilla de apio y de eneldo, volviéndolo luego a

coser. Y el cadáver es trasladado en carro a otra tribu. Cada tribu a la que llega hace lo mismo que los escitas reales, que son los que lo hacen en primer lugar. Cada uno se corta un trozo de oreja, se corta los cabellos, se hacen incisiones en los brazos, se arañan la frente y la nariz y se atraviesan la mano izquierda con una flecha. Desde ahí conducen en el carro del rey el cadáver hasta la tribu siguiente, acompañados de las gentes a cuyo territorio llegaron en último término[1156]. Pero cuando han recorrido todas las tribus dando escolta al difunto y han llegado al dominio de los gerros, que viven en la región de las tumbas reales y es el más remoto de todos los pueblos regidos por el rey, allí depositan inmediatamente el cadáver, tendido en un lecho de follaje, en el sepulcro, y clavan unas lanzas en el suelo, a ambos lados; colocan maderos encima y le hacen un techo con unos cañizos. Luego estrangulan a una de sus concubinas y la entierran en el espacio restante de la cámara mortuoria, y juntamente con esta mujer entierran a un copero, a un cocinero, a un mozo de establo, a un criado y a un oficial informador, caballos, copas de oro y primicias del resto de sus pertenencias, pues a este rey la plata y el oro ya no le sirven para nada. Cuando ya lo han hecho amontonan allí un gran túmulo de tierra y en ello se suscita una rivalidad, pues cada uno quiere hacerlo lo más alto posible.

72. Luego que ha transcurrido un año completo, hacen lo que sigue: de los criados restantes toman los más indicados (escitas nativos, pues lo son los sirvientes a los que el rey personalmente manda; entre ellos no hay sirvientes comprados con dinero) y estrangulan a cincuenta de ellos, y asimismo cincuenta caballos, los que se distinguen por su fina estampa[1157]. Les vacían y limpian los vientres, los rellenan de paja y los vuelven a coser. Entonces clavan sobre dos estacas media rueda con la llanta hacia abajo y sobre otras dos estacas la otra media rueda. Luego que han clavado muchas de esta manera, introducen longitudinalmente por el cuerpo del caballo un palo muy grueso[1158] que le alcanza el cuello, y lo aúpan sobre las ruedas, de modo que las delanteras del armazón sostienen las axilas de los caballos, mientras que las traseras soportan el vientre a la altura de los muslos; las cuatro patas quedan suspendidas en el aire. Seguidamente les ponen a los caballos frenos y bridas, tensan éstas fuertemente delante de los animales y, por fin, las sujetan a unas clavijas. Van colocando, uno a uno, a los cincuenta jóvenes

estrangulados sobre cada uno de los caballos, tras pasarles por todo el cuerpo, paralelamente a la espina dorsal, con un palo, uno de cuyos extremos sobresale por debajo y encaja, mediante un agujero, con el que, transversalmente, atraviesa el caballo. Disponen a estos jinetes en círculo alrededor de la tumba real, y se van.

73. A sus reyes los entierran así. Cuando muere uno de los demás escitas, le suben a un carro y le pasean por las casas de sus parientes más próximos y por las de sus amigos. Cada uno de ellos acoge el cortejo, le ofrece un banquete y sirve al muerto, al igual que a los demás, toda clase de manjares. Si se trata de personas privadas este paseo dura cuarenta días, y luego se hace el entierro, después del cual los escitas se purifican del siguiente modo. Se lavan y se ungen la cabeza, y con el resto del cuerpo proceden así. Plantan tres estacas inclinadas unas hacia otras, extienden a su alrededor unos toldos de lana, los acoplan lo más ajustadamente posible y arrojan dentro, en la pila[1159] que está en el espacio creado por el toldo y las estacas, unas piedras incandescentes extraídas de una hoguera.

74. En el país[1160] crece también cáñamo, que, si prescindimos de su grosor y de su tamaño, es muy semejante al lino. Pero el cáñamo le es muy superior. Lo hay de dos especies, el cultivado y el silvestre. De él los tracios se confeccionan unos vestidos tan parecidos a los de lino que el que no los conozca bien no podría distinguir si se trata de lino o de cáñamo. Y aquel que nunca haya visto cáñamo creerá que el vestido es de lino.

75. Los escitas[1161], pues, cuando han cogido las semillas del cáñamo se retiran debajo de sus toldos y echan las semillas a las piedras incandescentes. Ya echadas, tales semillas empiezan a desprender perfume, y producen tanto vapor que ninguna estufa griega lo superaría. Pero a los escitas estas estufas les encantan[1162] y exultan de gozo. Les sirven de baño de vapor[1163], porque ellos nunca se bañan en agua. Pero sus mujeres majan mediante una piedra estriada madera de ciprés, de cedro o de incienso, vierten agua encima y se embadurnan todo el cuerpo, incluido el rostro, con esta masa densa y triturada. Inmediatamente se esparce encima de ellas un perfume muy agradable, y al día siguiente, cuando se quitan esta cataplasma, quedan limpias y radiantes.

76. Los escitas evitan con todas sus fuerzas adoptar costumbres

extranjeras, desde luego las de otros pueblos, pero mucho más aún las de los griegos, como lo demuestra el caso de Anacarsis[1164] y más tarde el de Escilas. Empecemos, pues, por Anacarsis. Éste había visitado muchos países y se había hecho famoso como hombre sabio y astuto. Viajaba ya de regreso a su país, el de los escitas, y en su navegación por el Helesponto hizo escala en Cícico. Y allí se encontró con que el pueblo celebraba fiestas verdaderamente fastuosas en honor de la Madre de los dioses[1165]. Y prometió a la diosa que si conseguía llegar sano y salvo a su país, le ofrecería sacrificios como los que había visto en Cícico; en todo caso quería celebrar en su honor una fiesta nocturna. Llegó a Escitia y se dirigió en secreto a la llamada Hilea, que se encuentra muy cerca de la Ruta de Aquiles[1166], y el lugar es un bosque muy tupido de árboles de todas clases. Allí celebró Anacarsis secretamente la fiesta imitando exactamente la de Cícico: sostenía un timbal con su mano y de su cuerpo colgaban las figuras sagradas.

Pero un escita lo vio cuando realizaba el ritual y lo denunció al rey Saulio. Éste acudió allí y cuando observó lo que hacía Anacarsis, le disparó y lo mató. Todavía hoy, si alguien pregunta a los escitas por Anacarsis dicen que no saben quién es. Lo cual responde al hecho de que desde su propio país viajó a Grecia e importó costumbres extranjeras. Tal como yo mismo supe por Timnes, un lugarteniente[1167] del rey Ariapites, Anacarsis era tío del rey escita Idantirso e hijo de Gnuro, nieto de Lico y bisnieto de Espargapites[1168]. Si es verdad que Anacarsis procedía de esta familia real, en tal caso fue su propio hermano quien le dio muerte. Porque Idantirso era hijo de Saulio, y Saulio fue el asesino de Anacarsis.

77. Sin embargo, yo mismo he oído otra versión de este relato, ofrecida por los peloponesios. Según ella, Anacarsis fue enviado a Grecia por el rey de los escitas para que allí estudiara[1169]. Cuando regresó, informó al que lo había enviado que los griegos, excepción hecha de los lacedemonios, se aplican a todo tipo de artes y ciencias. Pero que los lacedemonios tenían el don de dialogar de manera comprensible con preguntas y respuestas. De todos modos, esta historia se la han inventado los mismos griegos, porque el hombre fue asesinado, como he dicho ya. De manera que la cosa le fue tan mal por culpa de costumbres extranjeras y de haber tenido tratos con los griegos.

78. Muchos años después, Escilas, hijo de Ariapites, sufrió un destino casi idéntico al de Anacarsis. Efectivamente, entre otros, Ariapites había tenido este hijo, Escilas; lo tuvo de una mujer no nativa, sino istria[1170]. Su madre le enseñó a leer y a escribir en griego. Algún tiempo después, Ariapites muere a traición a manos de Espargapites, el rey de los agatirsos, y Escilas hereda el reino y a la mujer de su padre[1171], que se llamaba Opea. Esta Opea sí era indígena, y procedía de Orico, el hijo de Ariapites. A Escilas, ya rey de los escitas, no le agradaba en modo alguno el género de vida escita, sino que, por la educación de que había disfrutado, se inclinaba mucho más por lo griego, y hacía lo siguiente: cada vez que conducía el ejército hacia la ciudad de los boristenitas[1172] —estos boristenitas dicen de sí mismos que son milesios[1173] —, cada vez, como digo, que Escilas llegaba a ellos, dejaba el ejército atrás, en un arrabal de la ciudad; él se llegaba a las murallas, cerraba las puertas por dentro, se despojaba de la indumentaria escita y se vestía con ropajes griegos. Y así convivía con los griegos, sin que le siguiera ni un solo lancero, ni nadie más. Los griegos vigilaban las puertas, para que ningún escita se diera cuenta de las ropas que él vestía. Por lo demás, vivía a la griega y ofrecía sacrificios a los dioses a la manera griega. Se quedaba allí a lo largo de un mes, e incluso más, pero luego regresaba, tras haberse cambiado oportunamente los vestidos. Hizo esto con frecuencia, llegó a mandar que le construyeran una casa en Borístenes y tomó una mujer de allí.

79. Pero era del destino que las cosas le fueran mal, lo cual ocurrió de este modo. Quería hacerse consagrar a Dioniso Báquico. Y cuando ya se debía proceder a la consagración, ocurrió un gran portento. Acabo de decir que mandó construirse una mansión lujosa y de grandes dimensiones en la ciudad de Borístenes; el edificio era de su propiedad y estaba rodeado de grifos y esfinges de mármol blanco. Precisamente entonces, el dios disparó contra esta casa, que ardió por completo[1174]. Pero no por esto Escilas se abstuvo de la ceremonia. Los escitas reprochaban a los griegos el delirio dionisíaco: decían que no parece muy indicado inventarse un dios que arrastra a los hombres a la locura. Cuando Escilas ya estuvo consagrado a Dioniso Báquico, un boristenita se burló de los escitas, y dijo: «Mirad, escitas, os reís de nosotros porque caemos en el delirio de Baco y este dios nos arrebata. Pero ahora esta divinidad ha arrebatado a vuestro rey, que hace el loco con la

furia de Baco; el dios le ha sacado de sus casillas. Si no me creéis, seguidme y os lo mostraré.» Los escitas de más alcurnia lo siguieron, y el boristenita en cuestión los guió sigilosamente hasta una torre de la muralla, en la que les hizo tomar asiento. Cuando Escilas pasó por allí delante formando parte del cortejo báquico y los escitas lo contemplaron presa del frenesí del dios, lo consideraron una gran desgracia. Y luego que salieron, comunicaron al ejército todo lo que habían contemplado.

80. Luego, cuando Escilas partió de regreso hacia sus pueblos, los escitas se escogieron por jefe a Octamásadas, hermano suyo, que era hijo de la hija de Teres[1175], y se sublevaron contra Escilas. Cuando él lo supo, y además supo la causa del suceso, huyó hacia la Tracia. Enterado Octamásadas de ello salió en campaña contra la Tracia. Estaba ya cerca del río Istro cuando los tracios le salieron al encuentro. A punto ya de trabar combate, Sitalces[1176] envió un mensajero a Octamásadas a decirle: «¿Por qué debemos ponernos mutuamente a prueba? Tú eres hijo único de mi hermana y tienes a mi hermano en tu poder. Devuélvemelo y yo te entregaré a tu Escilas; no queramos comprometernos en ninguna empresa con nuestros dos ejércitos.» Esto es lo que Sitalces le mandó decir por medio de un heraldo, pues en la corte de Octamásadas vivía como refugiado un hermano de Sitalces. Octamásadas le hizo caso, entregó a Sitalces a su tío materno y a cambio recibió a su hermano Escilas. Así que recibió a su hermano, levantó el campo, pero Escilas fue decapitado inmediatamente, allí mismo. Hasta tal punto los escitas valoran sus costumbres y pagan como se ha dicho a los que adoptan usos extranjeros.

81. A mí me fue imposible averiguar con exactitud el número de escitas que hay; sobre su número recibí una y otra vez indicaciones discrepantes. Porque en número son muchos, pero los auténticamente escitas son pocos. Con todo, he aquí lo que me mostraron palpablemente. Entre los ríos Borístenes e Hípanis hay un lugar que se llama Exampeo, del cual hice mención algo más arriba[1177] cuando expliqué que en él hay una fuente de agua amarga, por lo que el agua de la corriente del Hípanis no es apta para beber. En este lugar hay una vasija de bronce seis veces mayor que la cratera que Pausanias[1178], el hijo de Cleómbroto, dedicó como exvoto en la entrada del Ponto. Voy a describirla, la tal vasija, para el que no la haya visto nunca.

Una vasija escita tiene fácilmente una cabida de seiscientas ánforas[1179]; su grosor es de seis dedos. Los nativos aseguran de ella que está hecha a base de puntas de flechas. Un rey escita que se llamaba Ariantas quiso censar el número de escitas, para lo cual mandó que cada escita debía llevarle a él una flecha, amenazando de muerte al que no se la llevara. Allí le llevaron una cantidad inmensa de puntas de flecha, y él decidió hacer de ellas un monumento y legarlo a la posteridad. De modo que con ellas mandó hacer una vasija de bronce que fue dedicada como exvoto en el lugar ya dicho, en Exampeo. Esto es lo que yo oí referente al número de escitas.

82. Este país no tiene nada digno de atención, a excepción del hecho de tener los ríos más caudalosos e importantes. Pero debo decir las maravillas que posee, además de los ríos y de la anchura de su llanura. Allí muestran una huella de Heracles impresa en una roca: es como la pisada de un hombre, pero mide dos codos[1180], y se encuentra junto al río Tiras. En cuanto a esto, las cosas son así; en mi relato voy a retomar lo que quise reportar desde el principio[1181].

EL LOGOS PERSA[1182], 4.ª PARTE (83-98)

83. Cuando Darío se armaba contra los escitas envió diversos mensajeros, a unos para que le dispusieran un ejército de tierra, a otros para que le procuraran naves y a otros para salvar, por medio de puentes, el Bósforo Tracio[1183]. Y entonces Artábano, hijo de Histaspes y hermano de Darío, se negó redondamente a participar en una campaña contra los escitas, por lo que expuso con detalle las dificultades de echarles mano. Pero ¿qué fue lo que logró? Le aconsejaba algo útil, pero no hubo manera de convencerle. De modo que se calló, y Darío, cuando hubo dado por terminados todos los preparativos abandonó Susa al frente de sus fuerzas.

84. Había un persa que se llamaba Eobazo y era padre de tres hijos, los cuales tomaban parte, los tres, en la expedición. Solicitó de Darío que uno de ellos pudiera quedarse. Darío le respondió que, ya que eran amigos y él no le pedía nada desmesurado, accedía a que se quedaran allí los tres hijos.

Naturalmente, Eobazo se llevó una gran alegría, creyendo que sus hijos quedaban exentos de la expedición. Pero Darío mandó matar a estos tres hijos. De modo que fueron degollados y así quedaron en Susa[1184].

85. Cuando Darío, luego de partir de Susa, llegó a Calcedonia, a orillas del Bósforo, allí donde habían tendido el puente, se embarcó en una nave y puso rumbo hacia las llamadas islas Cianeas[1185], que, según dicen los griegos, antes eran movedizas. Desembarcó junto al santuario[1186] y contempló el Ponto, que es muy digno de verse. Sí, es el más admirable de todos los mares: su longitud es de once mil cien estadios y su anchura, en el lugar más ancho, arroja tres mil trescientos estadios[1187]. La entrada de este mar tiene una anchura de cuatro estadios; la longitud de esta boca, el Bósforo, como se la llama, donde, naturalmente, habían tendido el puente, arroja ciento veinte estadios. El Bósforo se alarga hasta la Propóntide[1188], la cual tiene una anchura de quinientos estadios y una longitud de mil cuatrocientos, y se vierte en el Helesponto, que es estrecho, sólo de siete estadios; su longitud son cuatrocientos estadios. El Helesponto[1189] fluye hacia un mar muy ancho: es el conocido mar Egeo.

86. Yo mismo calculé estas medidas así. Normalmente una nave recorre en un día de verano más o menos setenta mil brazas, y de noche sesenta mil. Ahora bien, desde la desembocadura hasta el Fasis —pues esta distancia es la mayor longitud desde el Ponto—, un viaje dura nueve días y ocho noches. Lo cual arroja un millón ciento diez mil brazas, que, medidas en estadios, son once mil cien. Desde Síndica hasta Temiscira, que está a orillas del Termodonte[1190] (esta distancia es la más reducida que hay en el Ponto) la navegación dura tres días y dos noches. Lo cual son trescientas treinta mil brazas, equivalentes a tres mil trescientos estadios. De esta manera es como yo mismo he calculado las dimensiones del Ponto, del Bósforo y del Helesponto, que miden lo que yo he indicado. Pero el Ponto se comunica con un lago que desemboca en él y que no es mucho menor. Es el Mayátide, y es el padre[1191] del Ponto.

87. Cuando Darío hubo contemplado el Ponto, volvió al puente a bordo de su nave; el puente era obra del arquitecto Mandrocles de Samos. Tras haber contemplado también el Bósforo, mandó erigir en la orilla dos estelas de

piedra blanca que tendrían grabados los nombres, en una en lengua asiria y en la otra en lengua griega, de todos los pueblos que él regía. Y allí llevaba consigo contingentes de todos los que gobernaba. Sin tener en cuenta la flota, se contaban setecientos mil hombres, incluida la caballería, y se habían concentrado seiscientas naves. Más tarde los bizantinos aprovecharon estas estelas, previamente trasladadas a su ciudad, para el altar de Ártemis Ortosia[1192], salvo una única piedra. Ésta quedó en el templo de Dioniso en Bizancio; tenía una inscripción en lengua asiria. La región del Bósforo que Darío atravesó con un puente[1193] está a mitad de camino —esto según mis cálculos— entre Bizancio y el santuario que hay en la desembocadura[1194].

88. Exultante de gozo por este puente de naves, Darío recompensó al arquitecto Mandrocles de Samos con el diezmo de todas las cosas. Y Mandrocles le dedicó la primicia de los diezmos recibidos: mandó pintar en todo el viaducto tendido sobre el Bósforo al rey sentado en su trono y el paso de su ejército, consagró el cuadro en el Hereo[1195], con la siguiente inscripción:

El que cruzó el Bósforo lleno de peces dedica
a Hera el puente de naves, Mandrocles, su constructor.
Él se ciñe una corona y da gran gloria a los samios;
hizo tal obra porque lo quiso Darío, el rey.

De modo que esto se convirtió en recuerdo del que tendió el puente.

89. Luego de recompensar a Mandrocles, Darío pasó al otro lado, hacia Europa. Previamente había encargado a los jonios que, en el Ponto, navegaran hasta el río Istro, sobre el que, habiendo llegado, debían tender un puente y esperarle. Esta flota acudía al mando de jonios, eolios y helespontios. La flota, pues, rebasó las rocas Cianeas[1196] y navegó directamente hacia el Istro. Tras una navegación de dos días aguas arriba desde el mar, tendieron un puente sobre el cauce principal del río en el punto donde el Istro se divide en brazos. Cuando Darío hubo cruzado el Bósforo sobre el puente de naves, marchó a través de la Tracia, llegó a las fuentes del río Téaro y acampó allí por espacio de tres días.

90. Las gentes de la comarca aseguran del Téaro que es el mejor de los ríos. Sus aguas tienen virtudes medicinales, y curan a hombres y caballos,

principalmente de la sarna. Tiene treinta y ocho fuentes, que brotan de la misma roca. De unas de ellas manan aguas calientes, de las otras, frías[1197]. La distancia hasta ellas desde la ciudad de Hereo, junto a Perinto, es la misma que la que hay desde Apolonia, en el Ponto Euxino, dos días de camino. Este río Téaro desemboca en el río Contadesdo, éste lo hace en el Agrianes[1198] y éste en el Hebro[1199], el cual desagua en el mar junto a la ciudad de Eno[1200].

91. Darío, una vez alcanzado este río, el Téaro, acampó en aquellos parajes y, lleno de alegría, plantó una columna en la que mandó grabar esta leyenda: «Las fuentes del río Téaro aseguran las mejores y más bellas aguas de todos los ríos; a ellas llegó el mejor y más bello de todos los hombres, Darío, hijo de Histaspes, rey de Persia y de todo el continente, al mando de un ejército contra los escitas.» Ésta fue la inscripción que se grabó allí.

92. Cuando Darío dejó aquel lugar, llegó a otro río llamado Artesco[1201], cuyo curso superior atraviesa el país de los odrisas. Luego de haberlo alcanzado hizo lo siguiente. Señaló a su ejército un lugar determinado, y mandó que al pasar junto a él cada hombre tirara una piedra allí. El ejército lo hizo, de modo que dejó tras de sí una gran colina de piedras. Y prosiguió su avance.

93. Antes de llegar al Istro sometió primero a los getas, unos hombres que creen en la inmortalidad; los tracios que ocupan Salmideso[1202], que viven más allá de Apolonia y de la ciudad de Mesambria —se trata de los llamados escirmíadas y nipseos—, se rindieron a Darío sin combatir. Los getas, sin embargo, los más valientes y justos de los tracios, que ofrecieron una resistencia irracional, se vieron sometidos inmediatamente.

94. He aquí en qué consiste su creencia en la inmortalidad. Creen que no se mueren, sino que el que se va se dirige al dios Salmoxis[1203], al que algunos de ellos llaman Gebeleicis[1204]. Cada cinco años le envían un elegido entre ellos (siempre lo echan a suertes) y cada vez le encargan lo que necesitan. Y lo envían de esta manera: aquellos a quienes les toca sostienen tres venablos, y otros atan de manos y pies al enviado a Salmoxis. Luego que lo han balanceado en el aire, lo arrojan sobre las lanzas[1205]. Si, como es de esperar, el balanceado muere, ellos creen que el dios les es propicio, pero, si no muere le echan las culpas al propio mensajero y dicen que es un

sinvergüenza. Luego de echarle las culpas mandan a otro. Cuando todavía vive le hacen sus encargos. Estos tracios disparan sus arcos incluso contra el cielo, contra rayos y truenos, y amenazan al dios. Y creen que no hay otro dios más que el suyo.

95. Según yo sé por los griegos que viven en el Helesponto, este Salmoxis fue un hombre, es más, un esclavo[1206] de Pitágoras, el hijo de Mnesarco de Samos. Cuando fue manumitido en esta isla ganó muchos tesoros y luego de ganarlos regresó a su país. Pero los tracios llevaban una vida pobre y eran muy simples, por lo cual este Salmoxis, que conocía el género de vida y las costumbres de los jonios, muy superiores a las de los tracios (ya que había alternado con griegos, y con Pitágoras, no el último, ciertamente, entre los sabios griegos), se edificó una sala muy espaciosa, en la que recibía magníficamente a sus conciudadanos de más categoría y les ofrecía banquetes. Y en el transcurso de estos banquetes les adoctrinaba: ni él ni sus huéspedes ni su eventual descendencia morirían, sino que irían a un lugar en que vivirían eternamente y gozarían de toda clase de bienes. Y al tiempo que iba realizando lo descrito, se disponía una vivienda subterránea. Cuando la tuvo lista, desapareció a la vista de los tracios y descendió a ella, bajo tierra. Y allí vivió tres años. Pero los tracios le añoraron y sintieron un dolor como por un difunto. Y al cabo de cuatro años se les apareció, y así se hizo creíble lo que Salmoxis les había profetizado. Esto, dicen los griegos del Helesponto, es lo que hizo.

96. Por lo que a mí se refiere, en cuanto a esta morada subterránea, ni desconfío de ella ni me la creo demasiado[1207]. Lo que pienso es que Salmoxis vivió muchos años antes que Pitágoras. Puede que haya existido un hombre llamado Salmoxis, o puede que haya sido un dios aborigen de los getas. Dejémoslo correr.

Cuando estos getas, que tenían tal mentalidad, fueron sometidos por Darío, siguieron al resto del ejército.

97. Cuando Darío llegó al Istro con su ejército de tierra, luego que todos los jonios lo hubieron pasado les mandó destruir el puente de naves y que le siguieran a través del continente. Y ordenó lo mismo a las tripulaciones de las naves. Cuando los jonios ya se ponían manos a la obra para ejecutar las órdenes y destruir los puentes de naves, Coes, hijo de Erxandro, el general de

los de Mitilene, dijo lo que sigue a Darío, tras haberle consultado si iba a estar de acuerdo en aceptar oír la opinión de uno que quería manifestársela: «Rey, estás a punto de marchar contra un país en el que no verás nada cultivado ni ninguna ciudad habitada. Permite que este puente esté tal como está en este país, y deja en él como guardianes a los mismos que lo tendieron. Si encontramos a los escitas y las cosas nos van como pensamos, tenemos dispuesto el regreso, y si somos incapaces de encontrarlos, tenemos, desde luego, el regreso asegurado. Porque mi temor no es que los escitas nos derroten en una batalla, más bien es que no logremos dar con ellos y que en nuestro ir de acá para allá nos pase algo desagradable. Alguien podría afirmar que digo esto pensando en mí, para quedarme, pero yo, rey, te declaro sin tapujos la opinión que me parece mejor, pero voy a seguirte, pues no podría quedarme.» Esta opinión agradó mucho a Darío, que repuso lo siguiente: «¡Huésped de Lesbos! Si logro regresar sano y salvo a mi palacio, tú, sea como sea, aparece por allí, porque quiero corresponder a tu óptimo consejo con obras a su altura.»

98. Luego que dijo esto hizo sesenta nudos en una correa, convocó a los tiranos jonios a una deliberación y les dijo: «¡Hombres de Jonia! He de abandonar mi opinión anterior en lo que atañe al puente de naves. Pero vosotros tomad esta correa y obrad como sigue: así que veáis que marcho contra los escitas, desde ese momento deshaced cada día un nudo. Si yo durante este tiempo no reaparezco, sino que los días de los nudos llegan a agotarse, podéis navegar de regreso a vuestros países. Pero hasta tal momento, hasta que yo haya adoptado una nueva decisión, custodiad el puente de naves y poned vuestro mayor interés en su mantenimiento y custodia. Si lo hacéis me prestaréis un gran servicio.» Y luego de decir esto Darío inició su avance.

EL LOGOS ESCITA, 2.ª PARTE (99-117)

99. Tracia está delante del país escita, más hacia el mar[1208]; allí donde un golfo hace retroceder la tierra empieza la Escitia. Allí desemboca también el Istro, cuya desembocadura está orientada hacia el sudeste. Ahora me

propongo describir la costa del país propiamente escita y determinar su longitud. Porque la Escitia propiamente dicha, situada en el sur, hacia el mediodía, empieza en la desembocadura del Istro, y llega hasta la ciudad de Carcinitis[1209]. Más allá, a lo largo del mismo mar, sigue el pueblo de los tauros, hasta el llamado Quersoneso Tráqueo[1210]. Estas tierras son montañosas y penetran en el mar. Por el este, este Quersoneso limita con el mar oriental. Pues el país de los escitas está flanqueado por el mar por dos de sus lados, por el sur y por el este, igual que el país del Ática. Y el dominio de los tauros está igualmente dentro del país de los escitas, algo así como si un segundo pueblo, no los atenienses, habitara, en el Ática, el promontorio de Sunio, pero éste penetra más en el mar, desde el demo de Torico hasta el de Anaflisto[1211]. Aquí comparo lo grande con lo pequeño[1212]. Así es la Táurica. Para quien no haya costeado el Ática voy a proponer otra comparación. Los tauros viven como si una parte de Yapigia, es decir, el cabo que va desde el puerto Brentésico[1213] hasta Tarento, no estuviera habitado por los nativos, sino por un pueblo distinto. Con estos ejemplos cito muchos semejantes al país táurico.

100. Más allá de la Táurica sigue otra vez el país escita, en el norte y en el oeste en la costa. Se trata de la parte occidental del Bósforo Cimerio y del lago Mayátide hasta el río Tanais, que desemboca en la punta de este mar. Si vamos desde el Istro hacia arriba, allí tiene sus límites el país continental escita, primero con los agatirsos[1214], a continuación con los neuros[1215], más allá con los andrófagos[1216] y finalmente con los melanclenos[1217].

101. Puesto que es cuadrado, y dos lados suyos bajan hasta el mar, el país escita es igual en todas direcciones, tanto lo que se extiende tierra adentro como aquella parte de él que corre paralela al mar. Pues desde el Istro hasta el Borístenes hay una caminata de diez días[1218], y desde el Borístenes hasta el lago Mayátide otros diez días más. El trecho que va desde el mar hasta la tierra firme, al país de los melanclenos, que viven al norte de los escitas, son veinte días de camino[1219]. Yo calculo que un día de camino son doscientos estadios. Así, la distancia transversal del país arroja cuatro mil estadios, y la longitudinal tierra adentro también cuatro mil. De manera que ésta es la extensión del país.

102. Los escitas veían muy claro que no eran capaces por sí solos de rechazar al ejército de Darío en una batalla campal, por lo que enviaron mensajeros a sus vecinos, cuyos reyes se reunieron y deliberaron, ya que se les acercaba un gran ejército. Se reunieron, pues, los reyes de los tauros, de los agatirsos, de los neuros, de los andrófagos, de los melanclenos, de los gelones, de los budinos y de los sármatas.

103. De ellos, he aquí las costumbres de los tauros: le son sacrificados a la Virgen[1220] los náufragos y aquellos griegos a los que, navegando hasta alta mar, consiguen capturar. Y los sacrifican así: celebrados los ritos preparatorios, asestan a las víctimas un porrazo en la cabeza. Y ahora, por lo visto, unos dicen que despeñan los cadáveres desde lo alto de unos riscos —pues el santuario está levantado encima de un precipicio— después de haber clavado la cabeza en una estaca; otros coinciden con éstos en lo tocante a la cabeza, pero sostienen que el cuerpo no es arrojado por un despeñadero, sino que es colgado bajo tierra. Los tauros mismos declaran que la divinidad a la que ofrecen el sacrificio es Ifigenia[1221], la hija de Agamenón. A los enemigos que logran apresar les hacen lo siguiente: cada uno decapita a uno de ellos y se lleva la cabeza a su casa, la clava en un palo muy largo, y planta el palo de manera que sobresalga mucho del edificio, muy por encima de la chimenea. Aseguran que estos palos les son custodios de toda la casa. Viven de la guerra y de la rapiña.

104. Los agatirsos[1222] son hombres muy amantes del lujo y se ponen muchas joyas de oro. Poseen a todas las mujeres en común, pues así, si todos entre ellos resultan hermanos y parientes, no habrá entre ellos ni envidias ni enemistades[1223]. En cuanto a las demás costumbres, se han acomodado a las de los tracios.

105. Los neuros han adoptado costumbres escitas. Una generación antes[1224] de la campaña de Darío les ocurrió que debieron abandonar todo su país por una plaga de serpientes. Pues en su propio país nacían muchas de ellas[1225], aunque la mayor parte les venían del norte, a través del desierto. Ellos abandonaron su país y en su aprieto se establecieron conjuntamente con los budinos[1226]. Probablemente estos hombres eran brujos. De los escitas y de aquellos griegos que se habían establecido en el país de los escitas se dice que cada año se convierten unos días en lobos, y que luego recuperan su

figura. Desde luego, tales historias a mí no me convencen, pero ellos, a pesar de todo, las explican e incluso refrendan su narración con un juramento.

106. Los andrófagos son, de entre todos los hombres, los que tienen las costumbres más salvajes. No tienen ni ley ni derecho. Son nómadas; su manera de vestir es semejante a la escita, pero hablan una lengua propia, y son, entre todos los que viven en aquellas regiones, los únicos antropófagos.

107. Todos los melanclenos visten ropas negras, que les dan nombre; sus costumbres son escitas.

108. Los budinos forman un pueblo potente y numeroso. Sus ojos son de un azul intenso, y su cabello es rojizo[1227]. En su país tienen una ciudad levantada íntegramente de madera; se llama Gelono. Cada lado del muro mide treinta estadios, es alto y construido íntegramente de madera. También las casas y los templos son de madera. En Gelono hay santuarios de dioses griegos. En ellos las imágenes de los dioses son de estilo griego; los templos y los altares son de madera. Celebran cada dos años fiestas en honor de Dioniso, con los correspondientes ritos báquicos, pues la población de Gelono es de extracción griega y, luego que fue expulsada de los establecimientos comerciales, se estableció formando comunidad con los budinos; su lengua es una mezcla de escita y de griego.

109. Los budinos no hablan la misma lengua que los gelonos ni tienen su mismo género de vida. Los budinos son autóctonos y nómadas, y entre los pueblos de por allí son los únicos que comen piñones[1228]. Los gelonos son agricultores y comen pan, cultivan huertos; ni por su presencia ni por el color de su piel se parecen a los budinos. Y a pesar de todo los griegos a los budinos los llaman gelonos, un nombre a todas luces incorrecto. Su país está cubierto de muchas arboledas con árboles de todo tipo, y en el centro de lo más tupido de esta arboleda hay un lago vasto y profundo, rodeado de un pantano con cañaverales. En este lago se capturan nutrias, castores y otros animales de hocico cuadrado, cuyas pieles, recosidas juntas, se aprovechan para forros de abrigos. Sus testículos son útiles para curar las afecciones de la matriz[1229].

110. De los saurómatas se cuenta lo que sigue: cuando los griegos se vieron forzados a luchar contra las amazonas[1230] —los escitas las llaman *oiórpata*, que, traducido al griego, significa «matadoras de hombres», pues

ellos al hombre le llaman *oior*, y *pata* significa matar—, entonces, según cuentan, los griegos, tras su victoria a orillas del río Termodonte, se hicieron a la mar con tres naves en las que se llevaban a las amazonas que habían logrado apresar vivas. Ellas, ya en alta mar, atacaron a los hombres y los mataron[1231]. Pero no sabían manejar naves, ni timones, ni remos, ni velas, por lo que, muertos los hombres, navegan hacia donde los vientos y las olas las llevan. Y llegaron a Cremnos, en el lago Mayátide. La plaza de Cremnos pertenece al país de los escitas libres. Allí las amazonas se bajaron de las naves y se dirigieron al país habitado. Así que se toparon con la primera manada de caballos, se apropiaron de ella y, montadas en ellos, saquearon las posesiones de los escitas.

111. Los escitas fueron incapaces de restaurar la situación, pues no conocían ni la lengua, ni la indumentaria, ni a aquel pueblo; quedaron asombrados del lugar de su procedencia, convencidos de que se trataba de hombres en la flor de la juventud[1232]. De modo que se aventuraron a una batalla contra ellas. A consecuencia de ella los escitas se apoderaron de las que habían sucumbido y se dieron cuenta de que eran mujeres. Lo deliberaron, y ahora acordaron no matarlas, de ningún modo, sino enviar, de entre ellos, a los hombres más jóvenes, tantos como ellas (según un cálculo aproximado) eran en número. Éstos debían acampar en las proximidades de aquéllas y hacer lo mismo que ellas hicieran. Si los perseguían, no debían luchar, sino huir. Cuando ellas cesaran de perseguirlos, debían aproximarse otra vez a ellas y establecer allí su campamento. Los escitas determinaron esto, ya que querían tener hijos de las amazonas.

112. Una vez enviados, aquellos jóvenes cumplieron lo que se les había encargado. Cuando las amazonas notaron que no se les habían acercado para infligirles daño, no se preocuparon por ellos. Pero un campamento se acercaba cada día más al otro. A excepción de sus armas y sus caballos, los jóvenes no tenían nada, igual que las amazonas. Vivían, al igual que ellas, de la caza y del robo.

113. Al mediodía las amazonas hacían lo siguiente: se dispersaban, solas o de dos en dos, muy lejos unas de otras, para hacer sus necesidades. Cuando los escitas lo notaron, las imitaron. Y uno se echó encima de una que iba sola, y la amazona no le rechazó. No podían hablar, pero con la mano le hizo señas

de que al día siguiente acudiera al mismo lugar, y que se trajera con él a un compañero; ella misma también iría allí con otra. Cuando el joven regresó lo contó a los demás. Al día siguiente acudió al mismo sitio acompañado de otro joven escita. Encontró a la segunda amazona, que ya le esperaba. Cuando el resto de jóvenes lo advirtió, se ganaron la voluntad de las demás amazonas.

114. Inmediatamente juntaron los campamentos y empezaron a convivir: cada uno tenía por mujer a aquella con la que había yacido por primera vez. Pero los hombres no lograban aprender la lengua de las mujeres, y ante ello éstas adoptaron la de los hombres[1233]. Y así que se entendieron, los hombres dijeron a las amazonas lo que sigue: «Nosotros tenemos padres y propiedades. Ahora no queremos llevar más este género de vida, sino que deseamos reunirnos con nuestro pueblo, con nuestras gentes, y vivir allí. Desde luego, sólo vosotras seréis nuestras esposas, y no tendremos ninguna otra.» A lo que ellas contestaron: «Nosotras no podríamos vivir al lado de vuestras mujeres. Disparamos nuestros arcos y tiramos jabalinas y montamos nuestros caballos. No hemos aprendido labores de mujer. Vuestras mujeres no hacen nada de lo que hemos enumerado, sino que hacen labores propias de mujer, y se quedan en sus carros; no van a cazar ni a ninguna otra parte. De manera que no las soportaríamos. Si vosotros nos queréis realmente por esposas y queréis dar la impresión de ser justos, acudid a vuestros padres y haced que os entreguen la parte de sus propiedades que os corresponda por sorteo. Después nos marchamos y vivimos para nosotros solos.»

115. Los jóvenes las atendieron y lo hicieron así. Luego que recogieron la parte de las propiedades que les habían correspondido, regresaron a las amazonas, las cuales ahora les dijeron: «Si es que hemos de vivir en este país, ello nos asusta y nos horroriza. Aquí cierta vez robamos a vuestros padres y en otra ocasión infligimos graves daños a estas tierras. Por tanto, si de verdad queréis tenernos por esposas, haced lo siguiente: abandonadlas junto con nosotras, crucemos el Tanais y vivamos allí.»

116. También en esto los jóvenes las atendieron. Cruzaron el Tanais y desde él hicieron tres días de camino en dirección este, o sea, tres días de camino hasta el lago Mayátide en dirección norte. Cuando llegaron al lugar en que están todavía hoy se establecieron allí. Y desde entonces las mujeres de los saurómatas mantienen aquel género de vida de antes. Montan sus

caballos y van de caza en compañía de sus maridos o sin ellos. Van a la guerra y llevan el mismo atuendo que los hombres.

117. En cuanto a la lengua, los saurómatas hablan un escita lleno de solecismos[1234] ya desde antiguo, puesto que las amazonas no aprendieron el idioma muy a fondo. Y en lo referente a la boda, rige entre ellos este uso: una muchacha virgen no se casa antes de haber dado muerte a un soldado enemigo. Y algunas de ellas mueren de vejez sin llegar a casarse porque no lograron cumplir esta ley.

El logos persa, 5.ª parte (118-144)

118. Los mensajeros de los escitas llegaron a la asamblea de los reyes de los pueblos que he enumerado[1235]. Se dirigieron a ellos y les explicaron cómo el persa, después de someter al resto del otro continente[1236], había tendido un puente sobre el estrecho del Bósforo y a través de él había llegado a éste; les dijeron que, después del éxito de este paso y de haber sometido a los tracios, ahora tendía otro puente sobre el Istro porque deseaba someter a todos los países de aquí. Y añadieron: «Vosotros, pues, no podéis en modo alguno asistir a ello indiferentes y tolerar que nos destruyan: ¡opongámonos unánimemente al que nos ataca! ¿Os negáis a hacerlo? Bien: en tal caso, nosotros, que nos vemos en tal aprieto, o bien abandonaremos el país, o bien, si nos quedamos en él, intentaremos llegar a un acuerdo con Darío. Pues ¿qué será de nosotros si no nos queréis ayudar? No por ello a vosotros las cosas os irán mejor. Porque el persa viene tanto contra vosotros como contra nosotros, y cuando nos haya sojuzgado no se dará por satisfecho con mantenerse lejos de vosotros. Y os vamos a ofrecer una prueba contundente de nuestra afirmación: si el persa marchara contra nosotros únicamente con la intención de vengarse de su anterior servidumbre[1237], se habría mantenido lejos de todos los demás, atacando así a nuestro país. Entonces demostraría claramente que marcha contra los escitas y contra nadie más. Pero, así que ha puesto el pie en este nuestro continente, ha ido sometiendo a todos los que ha encontrado a su paso. Y ahora tiene bajo su puño a los demás tracios, y

principalmente al pueblo que nos es vecino, el de los getas.

119. Los escitas informaron de esto, y los reyes que habían llegado desde aquellos pueblos deliberaron. Allí hubo división de opiniones. El gelono, el budino y el saurómata llegaron a coincidir y prometieron ayuda a los escitas. En cambio, el agatirso, el neuro, el andrófago y los reyes[1238] de los melanclenos y de los tauros respondieron a los escitas lo siguiente: «Si no hubiérais sido vosotros los primeros en tratar injustamente a los persas iniciando la guerra contra ellos, en tal caso creeríamos que lo que ahora solicitáis de nosotros es justificado; nosotros os atenderíamos y haríamos lo que ahora vosotros hacéis. Ahora bien: sois vosotros los que habéis invadido, sin nuestro concurso, el país de ellos y los habéis dominado todo el tiempo que el dios os lo ha concedido; ahora ellos os pagan con la misma moneda allí donde el mismo dios los despierta. Pero a estas gentes nosotros ni les hemos inferido nunca un agravio ni vamos a intentar ahora anticiparnos a inferírselo. Si Darío viene hacia aquí y empieza a perpetrar injusticias en nuestros territorios, no nos quedaremos cruzados de brazos. Pero hasta que no veamos a los persas contra nosotros nos quedaremos en nuestras tierras. Creemos, efectivamente, que los persas no están en campaña contra nosotros, sino contra aquellos responsables de la agresión que han sufrido.»

120. Cuando los escitas escucharon lo que les era reportado decidieron que de ningún modo librarían una batalla campal, puesto que ni tan siquiera aquellos aliados se prestaban a apoyarlos, al contrario, tras dividirse en dos contingentes (los saurómatas se agregarían al mandado por Escópasis)[1239], irían retrocediendo, cegarían las fuentes y los pozos que encontraran a su paso y arrancarían las hierbas del suelo. Si los persas los acometían, debían replegarse, a lo largo del lago Mayátide, hacia el río Tanais, y si los persas se revolvían hacia atrás, en tal caso debían perseguirlos y atacarlos. Éste era uno de los tres contingentes del reino escita, que recibió tales objetivos y debía seguir la ruta expuesta. Los dos contingentes restantes, el mayor a las órdenes de Idantirso, y el tercero a las órdenes de Taxacis, debían asimismo replegarse unidos en un solo cuerpo de ejército, reforzados por los gelonos y los budinos; debían mantenerse siempre a una jornada de camino de los persas, ejecutando así los planes estratégicos. Ante todo debían atraer al enemigo en dirección a los pueblos que les habían negado ayuda, para

implicarlos así en aquella guerra; si ellos se negaban a intervenir en ella por propia iniciativa, así se verían obligados a hacerlo aun contra su voluntad. Después debían volver a su país y atacar, si una deliberación común parecía indicarlo.

121. Tomadas estas decisiones, los escitas avanzaron contra el ejército de Darío, tras hacerse preceder, como avanzadillas, por lo mejor de su caballería. Pero mandaron por delante, con la consigna de dirigirse siempre hacia el norte, los carros en que viajaban sus hijos y sus esposas, y enviaron con ellos, además, sus ganados; sólo se quedaron con las provisiones que ellos mismos iban a precisar.

122. Tales fueron las operaciones previas. Cuando las avanzadillas de los escitas avistaron a los persas, a unos tres días de camino del Istro, tras haberlos encontrado se mantuvieron a una distancia de un día de ruta de ellos, acamparon y talaron todos los frutos de la tierra. Por su parte, los persas, cuando advirtieron la proximidad de la caballería escita, la persiguieron pisándole los talones por donde ella se replegaba. Luego, cuando hubieron avanzado hasta las posiciones de un contingente del ejército escita, lo persiguieron en dirección hacia el este, en dirección al Tanais. Los escitas lo cruzaron, y los persas, detrás de ellos, atravesaron totalmente el país de los saurómatas y penetraron en el de los budinos.

123. Durante todo el tiempo en que los persas recorrieron el país escita y el saurómata, no pudieron talar nada, porque ya todo era un yermo[1240]. Pero cuando cayeron sobre las tierras de los budinos dieron inmediatamente con muros de madera. Los budinos los habían abandonado, y estaban desguarnecidos, de manera que los escitas les pegaron fuego. Luego de cometer eso siguieron siempre adelante en su incursión hasta que hubieron pasado de punta a punta el país, y llegaron a un desierto. Este desierto está absolutamente despoblado de hombres y situado al norte del país de los budinos y tiene una extensión de siete días de camino. Al norte de este desierto viven los tiságetas[1241]; de este dominio proceden cuatro grandes ríos que pasan por el país de los mayatas[1242] y desembocan en el lago Mayátide. Sus nombres son éstos: Lico, Oaro, Tanais y Sirgis[1243].

124. Cuando Darío alcanzó este desierto, cesó en su rápido avance y detuvo a su ejército junto al río Oaro. Hecho lo cual inició la construcción de

ocho fortines muy grandes, distantes todos ellos sesenta estadios unos de otros, cuyas ruinas se han conservado hasta mis tiempos. Mientras se dedicaba a esto, los escitas perseguidos daban vueltas por el país que está al norte y torcieron hacia el sur, hacia Escitia. Cuando desaparecieron de su vista, cuando resultaron absolutamente invisibles, Darío dejó aquellos fortines inacabados. Él mismo rectificó su marcha y avanzó hacia el oeste, pues creía que todos aquellos eran escitas que huían en aquella dirección.

125. Avanzó a marchas forzadas con su ejército y alcanzó Escitia, donde se topó con los dos contingentes escitas. Inmediatamente que dio con ellos, los persiguió: lo precedían en un día de camino. Darío no aflojaba en la persecución, y los escitas huían, según los planes preconcebidos, atrayéndole hacia el país de aquellos que habían desechado la alianza; en primer lugar hacia el país de los melanclenos. Cuando escitas y persas los invadieron, les crearon una gran perturbación; luego los escitas atrajeron a los persas hacia el país de los andrófagos, a los que crearon confusión igualmente; finalmente, los escitas se replegaron ante los persas en dirección hacia la Néuride. También aquí se creó gran desbarajuste, y los escitas, en su huida se dirigieron hacia los agatirsos. Cuando los agatirsos vieron que también sus vecinos, en un desconcierto total, huían de los escitas, antes de que estos vecinos entraran en su territorio enviaron un heraldo a los escitas para prohibirles que pisaran sus límites, con la advertencia de que, si intentaban la invasión, se verían obligados a luchar primero contra ellos. Tras esta declaración, los agatirsos corrieron a defender su frontera, pues pensaban rechazar a los invasores. Ni los melanclenos, ni los andrófagos, ni los neuros, cuando persas y escitas los invadieron, no se habían preparado para la defensa; más bien habían olvidado sus amenazas y huían hacia el norte, hacia las tierras desérticas, totalmente desconcertados. Pero, ante la prohibición de ellos, los escitas ya no se llegaron hasta los agatirsos, sino que, siempre precediendo a los persas, huyeron hacia su propio país.

126. Pero la cosa duraba mucho, era realmente inacabable, y Darío remitió un jinete a Idantirso, el rey de los escitas, para que le dijera: «¡Tú, hombre genial! ¿Por qué huyes siempre, cuando podrías hacer lo contrario? Pues, si crees que tienes fuerzas suficientes para oponerte a mi potencia, entonces deténte y cesa en este ir de acá para allá, y lucha. Pero si reconoces que eres

inferior a mí, cesa también en tus correrías, ofrece a tu señor como don agua y tierra[1244] y acude a mí, que negociaremos.»

127. A lo cual Idantirso, el rey de los escitas, contestó: «¡Persa! En cuanto a mí, ésta es la situación: yo antes jamás rehuí a ningún hombre por temor, ni ahora mismo huyo de ti. Pero no hago nada fuera de lo normal, sino lo que normalmente realizo en tiempos de paz. Quiero aclararte la causa por la que no he entablado batalla inmediatamente. Nosotros no tenemos ciudades ni tierras cultivadas cuya pérdida o destrucción pudiera preocuparnos de tal modo que nos forzaran a enzarzarnos enseguida contra vosotros en una lucha. Pero, si se debe llegar sin dilaciones a ella, tenemos aquí los sepulcros de nuestros padres: ¡ea, encontradlos e intentad profanarlos! Entonces os daréis cuenta inmediatamente de si nosotros peleamos por estos sepulcros o no. Antes de ello no llegaremos a las manos con vosotros si no hay razón para ello. Y acerca de una batalla, baste con lo dicho. En cuanto a lo otro, yo pienso que señores míos lo son únicamente mis ascendientes Zeus y Hestia, la reina de los escitas. En vez de hacerte la ofrenda de tierra y agua voy a enviarte otras ofrendas que para ti resultan muy oportunas. Esto que has dicho, que tú eres mi señor, yo te aseguro que te hará llorar.» Ésta[1245] es la respuesta que Darío recibió de los escitas.

128. De manera que el heraldo se fue para anunciar esto a Darío. Los reyes de los escitas, por su parte, cuando oyeron la palabra «servidumbre» se llenaron de cólera. Enviaron a los jonios el contingente mandado por Escópasis, del que formaban parte también los saurómatas, con el encargo de entablar negociaciones con aquellos que custodiaban el puente tendido sobre el Istro. Y a los que quedaron en la retaguardia[1246] les pareció acertado ya no hacer vagar más a los persas, sino atacarlos cada vez que éstos se procuraran víveres. Observaron, pues, cuándo se aprovisionaban los hombres de Darío, y ejecutaron sus planes. La caballería de los escitas ponía en fuga una y otra vez a la de los persas, pero ésta se replegaba siempre hacia su infantería, que en caso necesario les prestaba su ayuda. Y los escitas, cuando habían rechazado a la caballería adversaria hacia su infantería también se volvían de espaldas por temor a ella. También de noche los escitas lanzaban ataques semejantes.

129. Ahora voy a explicar lo que, en los ataques al campamento de Darío,

favorecía a los persas y perjudicaba a los escitas. Diré algo muy extraño: el rebuzno de los asnos y la estampa de los mulos. Porque el país escita no tiene ni asnos ni mulos, cosa que ya he señalado anteriormente[1247]. La causa de que en todo el país de Escitia no haya ni asnos ni mulos es el frío. Con sus ruidosos[1248] rebuznos, los asnos desbarataban la caballería de los escitas; muchas veces, cuando, en pleno ataque contra los persas, los caballos escitas oían el rebuzno de los burros, se espantaban, volvían grupas y enderezaban las orejas, ya que nunca habían oído tales gritos ni habían percibido tales figuras. Y esto colaboraba, aunque sólo fuera algo, a la brevedad del combate[1249].

130. Siempre que los escitas notaban que los persas estaban alarmados, he aquí lo que hacían para que continuaran por más tiempo en su país y, en su estancia allí, cayeran en inferioridad cuando llegaran a carecer de todo: dejaban atrás algo de sus rebaños, con los pastores correspondientes, y ellos se replegaban hacia otra región. Los persas avanzaban y se hacían con aquel ganado. Y cuando lo habían capturado estaban muy orgullosos de su éxito.

131. La cosa sucedió repetidamente, y al final Darío se vio en apuros. Los reyes de los escitas lo advirtieron, y le enviaron un heraldo que llevaba consigo, como ofrendas a Darío, un pájaro, un ratón, una rana y cinco flechas. Los persas preguntaron al portador de los regalos por el sentido de éstos. Él les respondió que la única orden que había recibido era que, una vez entregados los regalos, se largara de allí a toda prisa. E invitó a los persas que, si eran gente lista, comprendieran por sí mismos el sentido de los obsequios. Cuando los persas lo oyeron se reunieron en consejo.

132. La opinión de Darío fue que los escitas se rendían, que le entregaban su tierra y su mar, y lo conjeturaba porque el ratón vive en la tierra y come los mismos frutos que el hombre, la rana vive en el agua y el pájaro se parece mucho al caballo. Las cinco flechas las entregaban como símbolo de su propia fuerza. Ésta fue la opinión que defendió Darío. Y Gobrias, uno de los siete hombres que habían liquidado a los magos, se opuso a ella; sospechaba que los obsequios significaban: «Si vosotros, persas, no os convertís en pájaros para volar hacia el cielo, ni os volvéis ratones para esconderos bajo tierra, ni os volvéis ranas para saltar a las charcas, estos proyectiles darán con vosotros y no regresaréis a vuestro país.»

133. Los persas, pues, interpretaron los obsequios en este sentido. Aquella sección de los escitas a la que anteriormente se confió la misión de mantener la guardia en el lago Mayátide, pero que ahora debía llegarse al Istro para mantener conversaciones con los jonios, así que llegó al puente les dijo: «¡Hombres de la Jonia! Nuestra venida os trae la libertad si queréis escucharnos. Porque conocemos la orden de Darío, que custodiéis el puente sólo sesenta días[1250] y que os retiréis a vuestro país si él dentro de este periodo no comparece. De manera que, si ahora actuáis como os vamos a decir, os libraréis tanto de sus reproches como de los nuestros. Esperad todos los días señalados y luego marchaos.» Los jonios prometieron que lo harían así y los escitas se fueron a toda prisa.

134. Después de la entrega de los dones a Darío, los escitas que se habían quedado en la retaguardia[1251] con su infantería y su caballería con la intención de atacar a los persas ya estaban en sus puestos, y saltó en medio de su formación una liebre. Cuando la vieron, todos los escitas se lanzaron en su persecución. Los escitas estaban ya en un completo desorden y además pegaban grandes gritos, por lo que Darío preguntó qué era aquel alboroto del enemigo. Cuando supo que perseguían a una liebre dijo a aquellos a los que decía también lo demás[1252]: «Esta gente nos menosprecia mucho, y ahora veo claro que Gobrias habló muy atinadamente en lo referente a los presentes de los escitas. Puesto que ahora también a mí me parece que las cosas son así, precisamos de un buen consejo acerca de cómo retornar a nuestro país sin correr ningún riesgo.» A lo que Gobrias repuso: «Rey, yo ya había oído decir con frecuencia que esta gente es invencible. Pero, luego que he venido aquí, lo percibo más claramente cuando veo que juegan así con nosotros. De manera que lo que me parece oportuno es que al caer la noche prendamos enseguida las hogueras como, por lo demás, hacemos siempre. Con eso induciremos a engaño a aquellos de nuestros soldados que están demasiado débiles para arrostrar las penalidades; acto seguido, atemos a todos los asnos[1253] y larguémonos de aquí antes de que los escitas marchen derechos hacia el Istro para destrozar el puente, y también evitaremos que los jonios puedan tomar alguna determinación que nos signifique la ruina.»

135. Tal fue el consejo de Gobrias. Así que anocheció, Darío lo puso en práctica. Dejó en el campamento, allí donde se encontraban, a sus hombres

exhaustos, y también a aquellos que no le importaba perder, y además a todos los asnos, que previamente había mandado atar. Dejó, pues, atrás a los hombres fatigados y a los asnos; a éstos, para que siguieran rebuznando; los hombres en realidad fueron abandonados por su debilidad, pero, naturalmente, bajo un pretexto: les dijo que él mismo iba a atacar con sus tropas de elite a los escitas, y que ellos entretanto debían defender el campamento. Luego de decir esto a los que abandonaba y de prender fuego a las hogueras, Darío se dirigió a marchas forzadas hacia el Istro. Los asnos se sintieron abandonados porque allí no reinaba el griterío acostumbrado y rebuznaron mucho más fuerte; los escitas los oyeron y creyeron que los persas continuaban en el mismo lugar.

136. Al amanecer, los abandonados se dieron cuenta de que Darío los había traicionado. Tendieron sus manos a los escitas y explicaron lo sucedido. Cuando éstos lo oyeron, se concentraron, lo más rápidamente posible, los dos contingentes de escitas y el tercero, al que se habían unido los saurómatas, los budinos y los gelonos, y persiguieron directamente a los persas en dirección al Istro. Por otro lado, en su mayor parte el ejército persa era de tropas de infantería, y no sabía los caminos, puesto que no los tenían señalados; en cambio, el ejército escita era de caballería y conocía los atajos, de modo que no llegaron a enfrentarse, y los escitas llegaron al puente mucho antes que los persas. Cuando se dieron cuenta de que los persas todavía no habían llegado, dijeron a los jonios apostados junto a las naves del puente: «¡Hombres de Jonia! Los días que debíais contar han transcurrido, y vosotros mientras os quedéis aquí, obraréis injustamente. Puesto que antes os quedasteis sólo por miedo, ahora destruid el puente y regresad inmediatamente a vuestro país con la alegría de la libertad, agradecidos como es debido a los dioses y a los escitas. Y a aquel que antes fue vuestro tirano nosotros vamos a dejarle en un estado tal que jamás podrá ya salir en campaña contra nadie.»

137. Ante tales circunstancias, los jonios deliberaron. La opinión de Milcíades de Atenas[1254], que era el comandante en jefe de los habitantes del Quersoneso en el Helesponto, era hacer caso a los escitas y liberar la Jonia; la opinión de Histieo de Mileto[1255] era la polarmente opuesta: aludió al hecho real de que, precisamente por Darío, él y los demás tiranos ocupaban el poder

en sus respectivas ciudades. Y si la fuerza de Darío resultaba aniquilada ni él estaría en situación de gobernar a los milesios ni nadie más en ninguna otra parte: todas y cada una de las ciudades preferirían ser regidas por un gobierno popular a serlo por un tirano. Histieo expuso este parecer, y se inclinaron a favor de él incluso los que antes se habían decidido por Milcíades.

138. He aquí a los que votaron, que gozaban de la estima del rey: entre los helespontios, los tiranos Dafnis de Abido[1256], Hipoclo de Lámpsaco, Herofanto de Pario, Metrodoro de Proconeso, Aristágoras de Cícico y Aristón de Bizancio. Éstos fueron, pues, los del Helesponto; entre los jonios, Estratis de Quíos, Éaces de Samos, Laodamante de Focea e Histieo de Mileto[1257], cuya opinión tal como él la presentó, se oponía a la de Milcíades. El único tirano eolio digno de mención era Aristágoras de Cime[1258].

139. De modo que los jonios optaron por la opinión de Histieo, y acordaron añadirle, además, las siguientes palabras y gestos: destruir la parte del puente que estaba del lado del país de los escitas, pero sólo a la distancia que alcanza el disparo de un arco, para dar, por un lado, la impresión de hacer algo aunque en realidad no hicieran nada, y por el otro, para evitar que los escitas intentaran pasar por la fuerza el puente sobre el Istro; después de hundir el puente en el lado que daba al país de los escitas, decidieron declarar su disposición a hacer todo lo que agradara a los escitas. Esto fue lo que añadieron a la opinión de Histieo. Y éste, en nombre de todos, les dio la siguiente respuesta: «¡Escitas! Vuestras propuestas son muy útiles y nos las hacéis en tiempo oportuno: nos habéis señalado el buen camino, y nosotros queremos complaceros. Veis que hundimos el puente, y lo hacemos muy interesados en ganar la libertad. De modo que, mientras nosotros destrozamos el puente, vosotros podéis tranquilamente buscar al enemigo y vengaros de él de la manera que se merece.»

140. Por segunda vez los escitas creyeron que los jonios les decían la verdad; se revolvieron en busca de los persas, pero no dieron de ningún modo con el éxodo de ellos. Culpables de lo cual fueron los escitas mismos, porque habían destruido las huellas de los caballos y habían cegado las fuentes; si no lo hubieran hecho, les habría sido fácil localizar a los persas, en el caso de que lo hubieran deseado. De modo que se engañaron precisamente en lo que les había parecido su mejor recurso. Los escitas recorrieron los parajes de su

país, en busca del enemigo, donde quedaba todavía forraje para sus caballos y el agua era suficiente: pensaban que el enemigo escaparía precisamente por estos lugares. Los persas, en cambio, escaparon por donde antes habían dejado huellas, que siguieron exactamente; aunque les costara sus fatigas, encontraron el paso[1259]. Pero llegaron de noche y encontraron el puente interceptado, de manera que les entró una gran angustia, temerosos de que los jonios los hubieran dejado en la estacada.

141. En el entorno de Darío había un hombre egipcio dotado de una voz que era la más potente de todas[1260]. Darío hizo que este hombre se llegara a la orilla misma del Istro y llamara a Histieo de Mileto. Él lo hizo, e Histieo le oyó a la primera llamada y mandó todas sus naves para trasladar al ejército, y además rehízo el muro.

142. Y así es como se salvaron los persas, y los escitas fracasaron por segunda vez en su batida. Los escitas sostienen por un lado que los jonios, considerados en su condición de hombres libres, son el pueblo más cobarde y el menos viril, y por otro que, considerados en su condición de esclavos, son los más adictos a sus dueños y los que menos se escapan. ¡Éstos son los reproches que los escitas disparan contra los jonios!

143. Darío marchó a través de la Tracia y llegó a Sesto, en el Quersoneso. Desde aquí pasa por mar al Asia, pero deja en Europa, en calidad de comandante en jefe, a Megabazo, un persa al que él mismo antaño había distinguido cuando dijo acerca de él ciertas palabras delante de todos los persas. En efecto, en una ocasión en que Darío se disponía a comer unas granadas, así que hubo abierto la primera, su hermano Artábano le preguntó qué le gustaría tener en cantidad similar a la de granos que había en la granada. La respuesta de Darío fue que, más que tener sometida a Grecia entera, quisiera tener tantos hombres como Megabazo, que tenía aquella granada. Ante los persas le honró con estas palabras, y ahora le dejó a su retaguardia como general de ochenta mil hombres de su ejército.

144. Este Megabazo dejó un recuerdo imborrable, por sus palabras, a los helespontios. Se encontraba en Bizancio, y supo que los calcedonios se habían establecido en el país diecisiete años antes que los bizantinos. Lo supo, y afirmó que los calcedonios de aquel tiempo habían sido muy ciegos, pues si no lo hubieran estado no habrían elegido un paraje peor cuando tenían

a su disposición para establecerse otro mucho mejor. Y ahora este Megabazo, dejado en el territorio como general en jefe, sometió a todos los helespontios rebeldes, a los que no habían tomado partido por los medos.

EL LOGOS LIBIO[1261] (145-199)

145. Esto es lo que Megabazo hizo. Pero simultáneamente[1262] tuvo lugar otra gran expedición, ésta contra Libia, cuyas causas explicaré, pero antes quiero relatar lo siguiente: los descendientes de los argonautas fueron expulsados de Lemnos por aquellos pelasgos que habían raptado de Braurón[1263] a las mujeres atenienses. De manera que estos expulsados abandonaron Lemnos y navegaron hacia Lacedemonia. Acamparon junto al Taigeto y encendieron una fogata. Los lacedemonios lo advirtieron y les mandaron a un mensajero para preguntarles quiénes eran y de dónde venían. A las preguntas del mensajero ellos respondieron diciendo que eran minios[1264]: eran hijos de los héroes que habían navegado en la nave Argo; éstos habían atracado en Lemnos y allí les habían engendrado. Los lacedemonios, tras oír la referencia al origen de los minios, les enviaron a otro mensajero para preguntarles qué era lo que querían, puesto que habían llegado a su país y habían encendido una fogata. La respuesta fue que, ya que los pelasgos los habían expulsado, ahora ellos acudían a la tierra de sus padres[1265], y que era muy justo que así fuera. Les pedían licencia para residir entre ellos, participando equitativamente de sus derechos; solicitaban unos lotes de tierras cultivables. Y los lacedemonios decidieron admitir a los minios en las condiciones que ellos mismos deseaban. Lo más determinante fue la travesía de los tindáridas en la nave Argo. Admitieron, pues, a los minios, les dieron participación en sus tierras y los distribuyeron entre sus tribus[1266]. Y ellos inmediatamente contrajeron matrimonio con mujeres nativas[1267] y entregaron a otros las que habían llevado consigo de Lemnos.

146. No pasó mucho tiempo, y los minios se llenaron de soberbia, exigieron la realeza y cometieron impiedades. Ante esto, los lacedemonios decidieron matarlos. Los detuvieron y los encarcelaron. (Por cierto, a los que

los lacedemonios ejecutan los ejecutan de noche, de día no ejecutan a nadie.) Estaban ya para ejecutarlos cuando las mujeres de los minios, que eran ciudadanas de alto rango social e hijas de ciudadanos de gran categoría, acudieron a la cárcel para poder hablar con sus maridos. La cosa les fue permitida porque no creían que se pudiera temer, por parte de ellas, ninguna estratagema. Las mujeres entraron en la cárcel e hicieron lo siguiente: dieron a sus maridos toda la ropa que ellas llevaban puesta y ellas se vistieron con la de sus maridos. Éstos, pues, se pusieron los vestidos de sus esposas y salieron fingiendo ser las mujeres. Así que lograron escapar de esta manera y se establecieron en el Taigeto.

147. En esta misma época Teras, el hijo de Autesión, hijo éste de Tisámeno, hijo éste de Tersandro, hijo éste de Polinices[1268], abandonó Lacedemonia para fundar una colonia. De manera que Teras procedía del linaje de Cadmo y era tío materno de los hijos de Aristodemo, Eurístenes y Procles. Mientras estos hijos eran todavía niños, Teras ocupaba, en calidad de tutor, el trono de Esparta. Pero los dos hermanos crecieron y asumieron personalmente la soberanía. Teras llevó muy a mal ser gobernado por otros, puesto que le había tomado gusto a ser él el gobernante. Dijo que no se quedaría en Esparta, sino que viajaría por mar hacia sus parientes. En la isla llamada actualmente Tera[1269] —que anteriormente se llamaba Caliste— vivían los descendientes del fenicio Membliarao, hijo de Pecilas. Porque Cadmo, hijo de Agénor, había tomado tierra en la isla llamada ahora Tera; iba en busca de Europa[1270]. Después de su llegada, ya fuera porque la isla le agradara, ya sea porque lo quiso por otros motivos, dejó en ella a varios fenicios y, de sus propios allegados, a Membliarao. Éstos residieron en la llamada Caliste a lo largo de ocho generaciones[1271], antes de que Teras llegara procedente de Lacedemonia.

148. Ahora Teras, sin lugar a dudas, navegó hacia estos parientes con gentes de las tres tribus[1272]; quería vivir en comunidad con ellos y no expulsarlos, de ninguna manera, todo lo contrario, hacer de ellos sus amigos. Pero cuando los minios, después de su fuga de la prisión, se habían instalado en el Taigeto y los lacedemonios querían exterminarlos, Teras intercedió por ellos para evitar aquel asesinato, y él se encargó personalmente de sacarlos del país. Los lacedemonios accedieron a su propuesta, y él navegó con tres

trieconteros[1273] para encontrarse con los descendientes de Membliarao. Pero mucho le faltó para tomar consigo a todos los minios; se llevó sólo a unos pocos; la mayoría de minios se dirigió al país de los paroreatas y los caucones[1274], los expulsaron de sus tierras y ellos mismos se dividieron en seis grupos. Y en su dominio fundaron estas ciudades: Lépreo, Macisto, Frixas, Pirgo, Epio y Nudio; en mis tiempos los eleos asolaron la mayoría de ellas[1275]. La isla recibió el nombre de Tera, según los que la ocuparon.

149. Pero el hijo de Teras se negó a embarcarse con su padre, por lo que éste había declarado que lo dejaba como a un cordero entre lobos. Por esta palabra el hijo recibió el nombre de Eólico[1276], nombre que, como sea, se impuso. De Eólico desciende Egeo, del cual reciben el nombre, en Esparta, los Égidas, un linaje muy importante. Pero los hijos varones de los miembros de este linaje no vivían mucho, y por eso los tales miembros, movidos por un oráculo divino, fundaron un santuario a las Erinis[1277] de Layo y de Edipo. Gracias a ello sus hijos ya vivieron normalmente. El mismo fenómeno ocurrió también en Tera con los descendientes de estos hombres.

150. Hasta este punto del relato, los lacedemonios dicen lo mismo que los tereos. Pero los tereos explican, únicamente ellos, que en lo sucesivo las cosas fueron así: Grino era hijo de Esanio, era descendiente del mencionado Teras y rey de la isla de Tera. Llegó a Delfos con una hecatombe ofrecida por su ciudad. Entre otros ciudadanos le acompañaba Bato, hijo de Polimnesto, que era miembro de la familia de Eufemo, uno de los minios. Y cuando Grino, el rey de los tereos, solicitó un oráculo sobre otras cuestiones, la Pitia le respondió que debía fundar una ciudad en Libia. Él contestó diciendo: «Señor, yo soy demasiado viejo para emprender un viaje; exhorta a alguno de estos jóvenes de aquí a que lo hagan ellos.» Y mientras lo decía, señalaba a Bato. Y de momento quedó la cosa en este punto. Cuando se fueron no hicieron el menor caso del oráculo, ni tan siquiera sabían en qué lugar de la tierra paraba Libia, y no se atrevían a mandar colonos a un lugar desconocido.

151. Desde entonces, durante siete años seguidos, en Tera no llovió, y todos los árboles de la isla, a excepción de uno, se secaron. Consultaron al oráculo y la Pitia aludió únicamente a la colonia que debían mandar a Libia. En cambio, no les indicó ninguna solución para aquel desastre, y ellos

enviaron legados a Creta con la misión de investigar si algún cretense o alguno de los extranjeros establecidos allí[1278] había llegado alguna vez a Libia. En sus idas y venidas por la isla, llegaron a la ciudad de Itano[1279], y allí se toparon con Corobio, un pescador de múrice, quien les explicó que él, empujado por los vientos, había tocado Libia, concretamente, de Libia, la isla de Platea[1280]. Le convencieron con dinero, y se lo llevaron a Tera, y desde Tera navegaron exploradores, no muchos, a los que Corobio guió. Le dejaron en Platea con víveres para algunos meses, y ellos navegaron de vuelta a toda vela para informar a los tereos sobre aquella isla.

152. Pero ellos tardaron más en presentarse de lo que habían convenido, y a Corobio llegó a faltarle todo. Y entonces una nave samia, cuyo patrón era Coleo, en ruta hacia Egipto, fue lanzada por los vientos a la isla de Platea. Cuando los samios supieron por Corobio toda la historia, le dejaron víveres para un año. Y ellos mismos se hicieron a la mar y navegaron impacientes para alcanzar Egipto. Pero los vientos del este los desviaron. El temporal no amainó, y ellos acabaron navegando entre las Columnas de Heracles y entraron en el Océano; una guía divina los llevó hasta Tarteso[1281]. Este emporio comercial en aquella época estaba todavía intacto, de manera que estas gentes, luego de repatriarse, fueron realmente, de entre todos los griegos de los que tenemos noticia, los que en sus naves de carga se trajeron mayores riquezas, si exceptuamos, desde luego, a Sóstrato de Egina, hijo de Laodamante. Porque con éste no puede competir nadie. Los samios ingresaron el diezmo de sus ganancias, seis talentos, e hicieron una cratera de bronce al modo de las argólicas. A su alrededor tallaron en relieve cabezas de grifo. Consagraron esta cratera en el Hereo sobre un pedestal formado por tres colosos de bronce de siete codos, arrodillados. Desde esta hazaña, los cireneos y los tereos se han unido con firmes lazos de amistad con los samios.

153. Luego que los tereos hubieron abandonado a Corobio en la isla y hubieron regresado a Tera, anunciaron que habían ocupado una isla en la costa libia. Pero los tereos resolvieron enviar, de cada dos hermanos, al que le cayera por suerte, y así hombres procedentes de todas sus comunidades. Pero su jefe y rey debía ser Bato. Y así enviaron dos penteconteros a Platea.

154. Tal es el relato de los tereos; en el resto de la narración tereos y cireneos coinciden. En lo que se refiere a Bato, los cireneos no coinciden en

absoluto con los tereos, y se explican así: en Creta está la ciudad de Oaxo[1282]. En ella reinaba Etearco, que era viudo, y para dar otra madre a su hija, llamada Frónima, se casó con otra mujer. Ésta, al entrar en su nueva casa, creyó oportuno actuar realmente como una madrastra contra Frónima: dañaba a la muchacha y lo imaginaba todo contra ella. Acabó por acusarla de desvergonzada y convenció a su marido de que realmente era así. Y éste, inducido por su mujer, concibió contra su hija algo verdaderamente despiadado. Porque en Oaxo vivía Temisón, un comerciante de Tera. Etearco le acogió como huésped[1283] y le hizo jurar que le serviría incondicionalmente fuere lo que fuere que le pidiese. Y así que Temisón lo hubo jurado, cogió a su hija, se la entregó y le exigió que se la llevara al mar y que allí la ahogara. Temisón renunció a su juramento[1284], porque Etearco le había engañado, e hizo lo siguiente: cogió a la muchacha y se la llevó a alta mar. Para cumplir el juramento[1285] que había prestado a Etearco, la ató fuertemente con unas cuerdas y la arrojó al mar. Pero acto seguido la sacó de él y llegó así a Tera.

155. Aquí Polimnesto, un hombre muy prestigioso entre los tereos, se llevó consigo a Frónima y la hizo su concubina. Ésta, al cabo de un tiempo, le dio un hijo con un defecto en el habla, pues era tartamudo. Y se le impuso el nombre de Bato. Bien: esto es lo que dicen los tereos y los cireneos, pero a mí me parece que le impusieron un nombre distinto. Se le mudó el nombre y lo llamaron Batos después de llegar a Libia: tal nombre se debe a un oráculo que recibió en Delfos y a la dignidad que alcanzó, que le resultó epónima[1286], porque los libios al rey lo llaman *batos*. Yo creo que la Pitia en el oráculo les habló en libio porque sabía de él que en Libia llegaría a rey. En efecto, hombre ya hecho y derecho, acudió a Delfos a solicitar un oráculo sobre su voz. Pero la Pitia respondió así a su pregunta con el siguiente oráculo:

Bato, viniste por tu voz, pero el señor Febo Apolo
te envía cual fundador a Libia, de greyes nutriz.

La cosa sería así si hubiera hablado en griego: «Rey, tú viniste a causa de tu voz.» Y él repuso con estas palabras: «Señor, es cierto que he acudido a ti a causa de mi voz, a que me des un oráculo, pero tú me proclamas una cosa distinta, un imposible. Me dices que pueble Libia. ¿Con qué poder? ¿Con qué hombres?» A pesar de estas palabras, no movió al dios a que le proclamara

algo distinto. Y cuando le profetizó exactamente igual a como lo había hecho antes, le dejó con la palabra en la boca y regresó a Tera.

156. Pero posteriormente él mismo y el resto de tereos sufrieron desastre tras desastre. Puesto que no lograban esclarecer el porqué de sus desgracias, movidos por el mal trance presente enviaron otra vez a consultar a Delfos. La Pitia les profetizó que su situación mejoraría si conjuntamente con Bato fundaban Cirene, en Libia. De modo que los cireneos enviaron allí a Bato con dos penteconteros. Luego que éste se hizo a la mar rumbo a Libia —pues no sabían qué otra cosa hacer—, regresaron a Tera. Pero los tereos dispararon contra los que intentaban desembarcar, y no les permitieron tocar tierra, ordenándoles navegar deshaciendo su ruta. Ellos lo hicieron a la fuerza y ocuparon la isla que está delante mismo de la costa libia y que, tal como he dicho antes, es la de Platea. Se dice que la isla tiene las mismas dimensiones que la actual ciudad de los cireneos.

157. Estos hombres se quedaron allí dos años. Luego, puesto que las cosas no les iban demasiado bien, dejaron allí a uno solo de los suyos, y todos los demás viajaron hacia Delfos. Así que llegaron al oráculo, solicitaron un vaticinio; advirtieron que vivían en Libia, pero que las cosas no les iban mejor a pesar de residir allí. A lo cual la Pitia les comentó:

Si Libia, nutriz de greyes, mejor que yo tú conoces
y nunca estuviste allí, me admiro de tu saber.

Cuando Bato y sus gentes oyeron esto, se hicieron a la mar y regresaron, pues era evidente que no los eximía de la fundación de la colonia; debían fundarla en la misma Libia[1287]. Llegaron, pues, a la isla y recuperaron al que habían dejado allí[1288], tras lo cual se establecieron en el mismo continente, en el territorio frontero a la isla, en el lugar llamado Aciris[1289], que abrazan dos valles, por uno de los cuales transcurre un río.

158. Aquí vivieron seis años, y en el séptimo los libios se ofrecieron a llevarlos a un paraje aún mejor, y ellos se decidieron a dejar aquél. Levantaron el campo al atardecer y desde allí los libios los guiaban de un modo tal que los griegos no vieron lo mejor de su territorio; les pasó por alto ese lugar porque los libios habían calculado exactamente la duración del día y lo recorrieron durante la noche. El lugar se llama Irasa[1290]. Los condujeron

hasta una fuente[1291] que, según se decía, pertenecía[1292] a Apolo, y les dijeron: «¡Hombres de Grecia! Aquí os será favorable vivir, pues aquí el cielo está agujereado»[1293].

159. Durante la vida del fundador Bato, que reinó cuarenta años, y la de su hijo Arcesilao, que reinó dieciséis, vivió allí un número de cireneos igual al de los que al principio fueron enviados a la colonia, pero en los tiempos del tercer rey, que se llamó Bato el Feliz, la Pitia con sus oráculos hizo que todos los griegos viajaran hacia allí para establecerse en Libia juntamente con los cireneos; la causa fue que éstos los atrajeron mediante repartimientos de tierras. He aquí el texto del oráculo:

Quien llegue tarde a Libia, bello país, si las tierras
distribuidas están, lo tomará muy a mal.

De modo que, cuando se juntó en Cirene una multitud de gentes, y los libios de los alrededores y su rey perdieron muchas tierras, enviaron mensajeros a Egipto y se confiaron a Adicrán, el rey de los egipcios, puesto que habían perdido muchos cultivos y los cireneos[1294] los trataban con arrogancia. Adicrán juntó un potente ejército egipcio y lo mandó contra Cirene. Por su parte, los cireneos salieron con sus fuerzas hacia el territorio de Irasa y, llegados a la altura de la fuente Teste, trabaron batalla con los egipcios y salieron vencedores del choque. Anteriormente los egipcios nunca se habían medido con los griegos y los despreciaban; por eso salieron tan malparados de la confrontación, que sólo algunos de ellos lograron regresar a Egipto. Los egipcios se lo echaron en cara a Apries e hicieron defección de él.

160. El hijo de este Bato es Arcesilao[1295], quien, una vez proclamado rey, inicialmente se vio obligado a luchar contra sus propios hermanos, hasta que éstos abandonaron, se fueron a otra región de Libia, se proclamaron independientes y fundaron la ciudad que tanto entonces como ahora se llama Barca[1296]; al tiempo que fundaban esta ciudad, incitaron a los libios a desertar de los cireneos. Más tarde, Arcesilao marchó contra aquellos libios que habían acogido a sus hermanos y se habían sublevado contra él. Estos libios se alarmaron y huyeron de él hacia la región de oriente, refugiándose entre los libios residentes allí. Arcesilao persiguió a los fugitivos hasta que,

en su persecución, llegó a Leucón de Libia[1297], donde los libios decidieron atacarle. En la batalla los libios infligieron a los cireneos una tan gran derrota, que éstos perdieron allí siete mil hoplitas[1298]. Ante esta derrota Arcesilao enfermó (quizás se había envenenado) y su hermano Learco lo estranguló. Pero a Learco lo asesinó, valiéndose de un engaño, la viuda de Arcesilao, que se llamaba Erixo.

161. La realeza de Arcesilao la asumió su hijo Bato[1299], que era cojo y tenía los pies deformes. Ante la desgracia que les había sobrevenido, los cireneos enviaron mensajeros a Delfos para que consultaran cómo debían arreglar su situación para vivir lo mejor posible. La Pitia les contestó que mandaran venir a un árbitro de Mantinea de Arcadia. Los cireneos se lo solicitaron y los de Mantinea les cedieron a un hombre muy prestigioso de entre sus ciudadanos: se llamaba Demonacte. Este individuo llegó a Cirene y, cuando se hubo hecho cargo de las particularidades de allí, primero dividió a los cireneos en tres tribus[1300], a saber: una quedó formada por los tereos y los metecos, otra por los peloponesios y los cretenses y la tercera por todos los isleños. A continuación asignó al rey Bato unos bienes especiales y algunas prerrogativas sacerdotales, y todo el resto, lo que hasta entonces se había reservado a los reyes, pasó a ser competencia común de todo el pueblo.

162. Mientras vivió este Bato las cosas quedaron así. Pero, en tiempos de su hijo Arcesilao[1301], en Cirene se produjo una gran confusión en lo que concierne a las prerrogativas reales. Arcesilao, el hijo de Bato el cojo y de Feretima, se negó, naturalmente, a someterse a la ordenación del mantineo Demonacte, y reclamó la parte de honores de que habían gozado sus antepasados. Se sublevó, pero salió derrotado y huyó a Samos[1302]; su madre huyó a Salamina, la de la isla de Chipre[1303], donde a la sazón reinaba Eveltón, el que consagró en Delfos el incensario que se halla en el tesoro de los corintios. Así que llegó a la corte de este rey, Feretima le pidió un ejército que debía devolverla, a ella y a sus gentes, a Cirene. Pero Eveltón se lo concedió todo menos un ejército. Ella aceptó todo lo que le fue regalado y se limitó a decir que, indudablemente, también todo aquello era muy bello, pero que para ella habría sido más bello que se hubiera correspondido a su ruego y que se le hubiera facilitado un ejército. Finalmente —pues esto lo decía de todo lo que se le iba dando— Eveltón le envió como regalo un huso de oro

con una rueca que tenía un copo de lana[1304]. Cuando Feretima repitió lo consabido, Eveltón le mandó decir que eso, y no ejércitos, es lo que normalmente se regala a las mujeres.

163. Y Arcesilao, que en este tiempo estaba en Samos, juntó gentes de todas partes para proceder a un reparto de tierras. Cuando se hubo congregado una gran multitud él viajó hasta Delfos a solicitar un oráculo sobre su retorno. He aquí lo que le profetizó la Pitia: «Por espacio de cuatro Batos y de cuatro Arcesilaos, ocho generaciones de hombres, Loxias[1305] os concede ser reyes de Cirene. Pero os aconseja que no intentéis ir más allá. Cuando hayas regresado a tu propio país, quédate tranquilo. Y si encuentras el horno lleno de ánforas, no las cuezas, sino que las envías con viento favorable. Pero si determinas cocerlas al horno, no te metas en el lugar que rodean las aguas[1306]; de lo contrario moriréis tú y tu hermoso toro.»

164. Ésta fue la profecía de la Pitia a Arcesilao. Pero él reclutó gentes de Samos, regresó a Cirene y, luego que se hizo dueño de la situación, olvidó por completo el oráculo y exigió responsabilidades por su exilio a los hombres del partido contrario. De éstos, unos se fueron muy lejos del país, y otros, a los que Arcesilao logró echar mano, fueron enviados a Chipre, donde debían ser eliminados. Sin embargo, éstos fueron salvados por los cnidios, pues los vientos los desviaron hacia ese país, desde el cual fueron devueltos a Tera[1307]. Pero a un tercer grupo de cireneos que se habían refugiado en una gran torre propiedad de un tal Aglómaco, Arcesilao lo quemó vivo tras hacer amontonar una leña, propiedad privada suya, a su alrededor. Y cuando había llevado a cabo completamente su obra cayó en la cuenta de que se trataba del caso propuesto por el oráculo, en que la Pitia le desaconsejaba cocer las ánforas que encontrara en el horno. Y entonces, por temor de la muerte anunciada, pensó que Cirene era «el lugar que rodean las aguas» y se mantuvo intencionadamente lejos de ella. Tenía por esposa a una parienta suya, la hija de Alacir, el rey de los barceos, y se llegó a éste. Allí los hombres barceos y algunos refugiados de Cirene lo reconocieron mientras él estaba en el ágora, lo mataron, y encima mataron también a su suegro Alacir. De modo que Arcesilao cumplió su destino por no haber hecho caso, tanto da si de manera consciente o inconsciente, del oráculo.

165. Mientras Arcesilao, que se había preparado a sí mismo la ruina, vivía

en Barca, su madre Feretima gozaba personalmente, en Cirene, de los privilegios de su hijo: gobernaba los otros negocios y formaba parte del consejo. Pero cuando supo que en Barca su hijo había muerto, huyó y se fue a Egipto, porque Arcesilao se había ganado a Cambises, el hijo de Ciro, por favores que le había hecho: él fue quien entregó Cirene a Cambises, imponiéndose, además, un tributo a sí mismo. De modo que al llegar a Egipto, Feretima se estableció allí como suplicante[1308] de Ariandes[1309]: aducía que su hijo había sido asesinado por su actitud filomeda.

166. Ariandes era gobernador de Egipto, nombrado por Cambises; después de estos acontecimientos, intentó igualarse a Darío, y lo mataron. Supo y vio que Darío quería dejar un monumento diferente al que hubiera dejado cualquier otro rey, y lo imitó hasta que recibió su merecido. Darío disponía de oro refinadísimo, y de él mandó acuñar monedas. Y Ariandes, gobernador de Egipto, hizo exactamente lo mismo, él con plata: todavía hoy la plata más pura es la llamada ariándica. Darío supo lo que hacía, lo acusó de otra cosa, a saber, de que quería sublevarse contra él, y lo mandó matar.

167. Pero entonces este Ariandes se compadeció[1310] de Feretima y le proporcionó un ejército egipcio completo, infantería y naves. Puso a la cabeza de él, como general de infantería, a Amasis, un hombre marafio[1311], y nombró almirante de la flota a Badres, de la tribu pasargada. Pero, antes de enviar el ejército mandó un heraldo a Barca, a investigar quién había sido el asesino de Arcesilao. Los barceos asumieron todos ellos la responsabilidad, pues habían sufrido mucho por culpa suya. Enterado de ello, Ariandes envió el ejército, y a Feretima con él. Pero semejante motivo era sólo un pretexto; yo creo, por mi parte, que mandaba al ejército para someter a los libios. De hecho, entre los libios hay muchos pueblos de todo tipo, y pocos de ellos son súbditos del rey; a la mayor parte Darío les importaba un comino.

168. Los libios viven allí siguiendo este orden. A partir de Egipto, los primeros libios que están allí son los adirmáquidas[1312], que tienen en todo costumbres egipcias, pero visten como los demás libios. Sus mujeres llevan en cada pierna una ajorca de bronce, se dejan el pelo largo. Cada mujer se coge los piojos, les pega un mordisco[1313] y luego los escupe. Son los únicos entre los libios que lo hacen, y también son los únicos que muestran al rey las doncellas que van a casarse; él, si una doncella le gusta, la desflora. Estos

adimárquidas se extienden desde Egipto a un puerto llamado Plino[1314].

169. A continuación vienen los giligamas[1315], que habitan hacia occidente, en una región que se extiende hasta la isla de Afrodisíade[1316]. En el territorio comprendido entre estos extremos hay también, junto a la costa, la isla de Platea, aquella que colonizaron los habitantes de Cirene, y en tierra firme están los puertos de Menelao y Aciris, donde vivieron los de Cirene. Luego comienza la tierra del silfio[1317], que se extiende desde la isla de Platea hasta la desembocadura de la Sirte[1318]. Las costumbres de los giligamos son iguales a las de los demás libios.

170. Siguiendo hacia occidente, a los giligamos los siguen los asbistos, que habitan al sur de Cirene, pero no llegan al mar, porque a lo largo de él viven los de Cirene. Entre los libios, los asbistos no son los menos expertos, sino los más hábiles conductores de cuadrigas[1319]; en cuanto a la mayor parte de sus costumbres, se dedican a imitar la mayoría de las de los cireneos.

171. Hacia occidente, a los asbistos los siguen los ausquisas, que viven al sur de Barca y se extienden hasta el mar a la altura de Evespérides[1320]. En el centro del territorio de los ausquisas viven los bacales, un pueblo reducido que se extiende hasta el mar a la altura de Tauquira[1321], ciudad del territorio de Barca. Y tienen las mismas costumbres que los libios que viven al sur de Cirene.

172. Con estos ausquisas lindan, por el oeste, los nasamones[1322], un pueblo muy numeroso. En verano dejan sus ganados junto al mar y ellos suben a un paraje llamado Augila[1323] para recolectar los dátiles de las palmeras. Estos árboles son allí numerosos y grandes y todos ellos llevan fruto. Los nasamones también cogen langostas, las secan al sol, las trituran y las echan a la leche que beben. Cada uno tiene muchas mujeres y practican la comunidad sexual, como los maságetas: plantan delante de la mujer un bastón y copulan. Cuando un nasamón se casa por primera vez, es normal que la novia, en la noche de bodas, se acueste sucesivamente con todos los invitados y, cuando han yacido ya juntos, él le hace un regalo que ella se lleva a su casa. En cuanto a juramentos y presagios, sus costumbres son así: juran por los hombres que entre ellos parecen haber sido los mejores y más justos. Y juran tocando las tumbas. Practican la adivinación situándose junto

a las tumbas de sus antepasados, y luego de una plegaria, se duermen encima: si en sueños han tenido una visión, la aprovechan. Y empeñan así su palabra: uno da a beber al otro por su propia mano, y él, a su vez, bebe de la del otro; si no disponen de ningún líquido, toman un poco de polvo del suelo y lo lamen.

173. Limítrofes de los nasamones son los psilos[1324], que resultaron aniquilados de esta manera: el viento del sur, con sus ráfagas, les secó las cisternas, y el país, que está totalmente dentro de la Sirte se quedó sin agua. Ellos deliberaron, y tomaron por unanimidad el acuerdo de salir en campaña contra el viento del sur (yo digo lo que dicen los libios). Cuando ya estaban en el desierto de arena, el viento del sur se levantó contra ellos y los cubrió totalmente. Y puesto que perecieron todos, ahora ocupan su tierra los nasamones.

174. Más hacia el sur viven en el país los garamantes, en la región de las fieras, gentes de las que huye todo el mundo, evitando el trato con ellos. Ni tienen armas de guerra ni saben defenderse.

175. O sea que éstos viven al sur de los nasamones. En cambio, el territorio junto al mar, hacia occidente, está ocupado por los macas. Éstos se cortan el pelo en forma de penacho, se lo dejan crecer en el centro de la cabeza y se rasuran de uno y otro lado; en tiempos de guerra llevan escudos de pieles de avestruces de tierra[1325].

Fluye a través de su territorio, desde la colina llamada de las Gracias[1326] hasta el mar, el río Cínipe[1327]. La colina de las Gracias tiene bosques muy espesos, mientras que el resto de la Libia de que se ha hablado es un yermo; el mar dista de esta colina doscientos estadios.

176. A los macas los siguen los gindanes; todas sus mujeres llevan muchas ajorcas de cuero en los tobillos. Según se dice, el motivo sería éste: se pone una ajorca por cada hombre con el que se une. Y la que lleva más es considerada la mejor porque ha sido amada por el mayor número de hombres.

177. Los lotófagos[1328] habitan un brazo de tierra que penetra en el mar delante de los gindanes; viven de comer sólo el fruto del loto. El fruto del loto tiene el tamaño del fruto del lentisco y es dulce como los dátiles; de este fruto los lotófagos producen también vino.

178. A los lotófagos costeros los siguen los maclies; también ellos

aprovechan el loto, pero menos que los ahora mismo citados. Se extienden hasta un gran río llamado el Tritón[1329] que desemboca en el gran lago Tritónide; en él hay la isla llamada de Fla. Cuentan que, según un oráculo, esta isla la debían colonizar los espartanos.

179. Pero se explica también la narración siguiente: luego que, en las faldas del Pelio, concluyó la construcción de la nave Argo, Jasón cargó en ella una hecatombe y además otras ofrendas, entre ellas un trípode de bronce, porque quería dirigirse a Delfos. Cuando, en su navegación, se encontraba a la altura de la punta de Malea el viento Bóreas lo sorprendió y lo arrastró hacia Libia; antes de tocar tierra se encontraba por los bajíos del lago Tritónide. Se cuenta que a Jasón, que no sabía cómo desencallar la nave, se le apareció Tritón, que lo invitó a que le diera a él el trípode, diciéndole que le indicaría los pasos y que lo sacaría de allí incólume. Jasón le hizo caso y Tritón le indicó no sólo los pasos, sino también la salida de aquellos bajíos; por su parte, depositó el trípode en su propio santuario. Pero previamente, sentándose sobre el trípode, profetizó íntegramente el futuro a Jasón y a sus gentes: si alguno de los descendientes de los argonautas de allí se hacía con el trípode, en tal caso era del destino[1330] que hubiera cien ciudades griegas en la región del lago. Se dice que, cuando los nativos libios oyeron esto, escondieron el trípode.

180. A los maclies los siguen los auseos; éstos y los maclies viven alrededor del lago Tritónide, y el río Tritón, en medio de ellos, señala sus límites. Mientras que los maclies se dejan crecer el pelo sobre la parte posterior de la cabeza, los auseos se lo dejan crecer por delante. En la fiesta anual en honor de Atena las muchachas de los auseos se dividen en dos campos y luchan entre ellas con palos y a pedradas; afirman que celebran los ritos patrios en honor de la diosa indígena que nosotros llamamos Atena; a las muchachas muertas por las heridas las tildan de vírgenes falsas[1331]. Antes de permitirles la lucha, he aquí lo que hacen en común[1332]: siempre adornan a la muchacha más bella con un yelmo corintio y con una armadura griega, la hacen montar en un carro y la pasean procesionalmente alrededor del lago. Yo no sé decir cómo ataviaban antaño a las doncellas, antes de que los griegos se establecieran por aquellos parajes, creo que las ataviaban con armas egipcias; sostengo, sin embargo, que el escudo circular y el yelmo los

griegos los adoptaron de los egipcios. Creen que Atena es hija de Posidón y del lago Tritónide, y que, por alguna rencilla con su padre, se confió a Zeus y que Zeus la tuvo por hija suya. Dicen todo esto y conviven y copulan como las bestias[1333]. Cuando el hijo de una mujer llega a los tres meses, se reúnen en un lugar los hombres que han mantenido relaciones con ella y nombran padre del niño al que se le parece más.

181. Éstos que he recordado son los libios nómadas que viven junto al mar; al sur de ellos, tierra adentro, hay la Libia de las fieras, y al sur de la Libia de las fieras se extiende una zona arenosa[1334] que va desde Tebas de Egipto hasta las Columnas de Heracles. En esta zona, siempre a una distancia de diez días de camino, se van encontrando, en unos cerros, bloques de sal de granos muy grandes, y en lo alto de cada cerro mana, de la sal, agua dulce fría. En estas regiones viven los hombres que son los últimos en dirección al desierto, al sur de la región de las fieras. En primer lugar, saliendo de Tebas, a diez jornadas de marcha se encuentran los amonios, aquellos que tienen el santuario de Zeus tebano[1335], ya que, como he dicho anteriormente, también la imagen de Zeus que está en el santuario de Tebas tiene cara de carnero[1336]. Los amonios tienen también otro manantial de agua, que está tibia por la mañana y más fría en la hora en que el mercado está lleno[1337]; al mediodía está todavía más fría. Es entonces cuando ellos riegan los jardines; al declinar el día el agua pierde su frescor, y a la caída del sol el agua empieza a calentarse. A medida que se acerca la medianoche, se calienta progresivamente y llega a hervir a borbotones[1338]; pasada la medianoche se va enfriando hasta la aurora. Este manantial se llama Fuente del Sol.

182. Después de los amonios, a otras diez jornadas de camino a lo largo de la zona de arena, hay otra colina de sal, semejante a la de los amonios, que también tiene agua; allí hay hombres que viven alrededor de la colina; el nombre de este paraje es Augila. Allí van los nasamones a recoger los dátiles.

183. A otras diez jornadas de marcha a partir de los augilos hay otra colina de sal[1339]; allí hay agua y palmeras datileras, como en las demás colinas. Los hombres que viven allí se llaman los garamantes, un pueblo muy numeroso[1340], que echa tierra encima de la sal, y así siembran. Desde ellos, la ruta más directa hacia el mar[1341] conduce al país de los lotófagos: son

treinta jornadas de camino. En estas tierras de los garamantes[1342] nacen los bueyes que pacen retrocediendo; el motivo de ello es el siguiente: tienen los cuernos curvados hacia adelante. Y por eso pacen retrocediendo, porque son incapaces de hacerlo avanzando, ya que, en tal caso, los cuernos se les clavarían, por delante, en el suelo. Esto es lo único que los distingue de los demás bueyes, esto y la consistencia y el grosor de su piel. Estos garamantes cazan, con sus cuadrigas, a los etíopes trogloditas[1343]; estos etíopes trogloditas son los más veloces de los hombres cuando corren a pie; de ellos oímos muchos relatos. Estos trogloditas devoran serpientes, lagartos y otros reptiles. Hablan una lengua que no se parece a ninguna otra; chillan como los murciélagos.

184. Desde los garamantes otra vez diez jornadas de camino y se llega a otra colina de sal y agua[1344], a cuyo alrededor viven los hombres llamados atarantes. Ellos son, de todo el mundo, los únicos hombres que conocemos que no tienen nombre. Pues en su conjunto se llaman los atarantes, pero ninguno de ellos personalmente tiene nombre. Maldicen al sol cuando los quema en exceso, y además lo injurian con toda suerte de improperios, porque con sus ardores les echa a perder las tierras y los arruina a ellos mismos.

Si se continúa la marcha diez días más se llega a otra loma con sal y agua, y con hombres que viven a su alrededor[1345]. Sigue inmediatamente una cordillera llamada del Atlas[1346]; es estrecha y en su conjunto es circular, pero tan alta que es imposible ver sus cumbres, porque ni en invierno ni en verano se apartan de ella las nubes. Los naturales del país afirman que esta cordillera es la columna del cielo, lo cual, por cierto, les ha dado el nombre; estos hombres se llaman, como era de esperar, atlantes[1347]. No comen ningún ser animado ni tienen visiones en sueños.

185. Desde luego, hasta los atlantes puedo decir los nombres de los que viven en la franja de arena, pero a partir de ellos ya no. Esta zona llega, ciertamente, hasta las columnas de Heracles y aún más allá. En ella, a una distancia de diez días de marcha, hay un yacimiento de sal, y hombres que lo pueblan. Las casas en que viven estos hombres están hechas de bloques de sal, porque ésta es una región muy árida de Libia. Si lloviera los muros, hechos de sal, no podrían aguantar. La sal ganada allí es blanca y a veces

rojiza.

Al sur de esta cadena de colinas que hay en Libia, tierra adentro, el país[1348] es un desierto sin agua, sin bestias, sin lluvias y sin madera; el rocío falta totalmente[1349].

186. De manera que los pueblos libios desde Egipto hasta el lago Tritónide son nómadas. Comen carne y beben leche. Sin embargo, se abstienen de la carne de las vacas por los mismos motivos que los egipcios; tampoco crían cerdos. Ni las mujeres de Cirene comen carne de vaca, por respeto a la diosa egipcia Isis, en cuyo honor celebran fiestas y observan días de ayuno. Las mujeres de Barca no se abstienen solamente de carne de cerdo: también de la de vaca.

187. Las cosas son así. En el dominio al oeste del lago Tritónide[1350], los libios ya no son nómadas. No tienen las mismas costumbres y, por lo que a sus hijos se refiere, no se comportan como, por ejemplo, acostumbran a hacerlo los libios nómadas. Pues muchos de entre los nómadas (si todos, no puedo decirlo con exactitud) hacen lo siguiente: cuando los niños han cumplido cuatro años, los cauterizan con copos de lana no lavada de oveja las venas de la coronilla —y otras tribus les cauterizan también las venas de las sienes— para evitar que en el resto de su vida les perjudique el sudor que sale de la cabeza. De ahí que se afirme que éstos son los hombres más sanos. Desde luego, de entre todos los hombres que conocemos, los libios son los más sanos. Si es por esto que lo son, yo no puedo afirmarlo, pero, evidentemente, lo son. Si a sus hijos, a causa de esta cauterización, les sobrevienen espasmos, ellos han dado con un remedio: los curan rociándoles con orina de macho cabrío. Me limito a repetir lo que los libios mismos dicen.

188. He aquí cómo los nómadas ofrecen sus sacrificios: cuando han iniciado uno con la ofrenda, como primicia, de un trozo de oreja de la víctima, arrojan de su casa este trozo, y cuando lo han hecho tuercen el cuello del animal. Ofrecen sacrificios sólo al sol y a la luna. A estos astros ofrecen sacrificios todos los libios, pero los que viven en la región del lago Tritónide ofrecen víctimas principalmente a Atena, y en segundo lugar a Tritón y a Posidón.

189. Los griegos han adoptado la vestimenta y la égida de las estatuas de

Atena de las mujeres de Libia, pues, prescindiendo del hecho de que los vestidos de las mujeres libias están hechos de cuero y de que las franjas de sus égidas no son serpientes, sino correas de cuero, en todo lo demás la ornamentación es exactamente la misma. Incluso el nombre demuestra que los vestidos de las imágenes de Palas[1351] son de procedencia libia. Pues las mujeres libias se echan pieles de cabra[1352] adornadas con franjas sobre los vestidos; estas pieles de cabra las han teñido de rubia[1353]. Es por estas pieles de cabra por lo que los griegos tienen el término «égida»[1354]. Yo creo que también el hecho de chillar durante los sacrificios se ha dado aquí por primera vez, pero las mujeres libias gritan fuertemente, aunque de manera muy bella. Los griegos han tomado de los libios incluso el uso de uncir juntos tiros de cuatro caballos.

190. Los nómadas entierran a sus muertos igual que los griegos, a excepción de los nasamones. Pues éstos entierran a sus difuntos sentados, y procuran, cuando el moribundo exhala el último suspiro, ponerle en posición de sentado, que no muera echado de espaldas. Sus casas están hechas de tallos de asfódelo entrelazados con junco, y son portátiles. Éstas son las costumbres que tienen los nasamones.

191. A occidente del río Tritón, después de los auseos, siguen ahora los libios agricultores[1355] que normalmente tienen casas, y son llamados maxies. Se dejan crecer el pelo en la parte derecha de la cabeza, y se lo cortan en la parte izquierda; se embadurnan el cuerpo con minio. Afirman proceder de hombres llegados allí desde Troya. En su país y en el resto de Libia hacia occidente hay muchas más fieras y bosques que en las tierras de los libios nómadas. En cambio, la parte hacia oriente, donde viven los nómadas, es baja y arenosa hasta el río Tritón, mientras que la parte que va del río hacia oriente, la de los agricultores, es muy montañosa, con muchos bosques y gran número de fieras. Pues allí hay serpientes enormes, leones, elefantes, osos y áspides, asnos cornudos[1356], cinocéfalos y seres sin cabeza[1357], que (al menos por lo que dicen los libios) tienen los ojos en el pecho, hombres salvajes y mujeres salvajes[1358] y, además, muchas otras fieras no fabulosas.

192. Entre los libios nómadas de esto no hay nada, sino otras fieras de tipo muy distinto: antílopes de grupa blanca[1359], gacelas, búbalos[1360] y asnos,

éstos sin cuernos, unos que viven sin beber (pues realmente no beben nada); además hay aquí origes[1361], de cuyos cuernos se hacen los brazos de las liras fenicias, pues este animal tiene las dimensiones de un buey; hay zorros pequeños, hienas, puercoespines, carneros salvajes, dicties[1362], chacales, panteras, bories[1363], cocodrilos de tres codos de largo, que viven en tierra firme y que son parecidos a lagartos, avestruces que viven en tierra[1364] y pequeñas serpientes que tienen un solo cuerno. De manera que estos animales viven allí y también algunos de los que viven en otras regiones, excepción hecha del ciervo y del jabalí. En ninguna parte de Libia hay ni ciervos ni jabalíes. Allí hay tres clases de ratas: unas se llaman bípedas[1365], otras son las *zegeris*[1366] (la palabra es libia, y en griego significa «loma»), y las últimas las erizadas[1367]. Allí hay también comadrejas, que viven en el silfio; son muy parecidas a las tartesias. Bien: todos estos animales viven en el país de los libios nómadas: son los que me fue posible precisar en mi investigación, que hice tan amplia como pude.

193. A los libios maxies siguen los záveces; en la guerra sus carros son guiados por sus mujeres.

194. A los záveces siguen los gizantes. En sus tierras las abejas producen mucha miel, pero se dice que allí unos hombres la producen artificialmente en cantidades muy superiores. Todos éstos se embadurnan de minio y comen carne de simio, pues en sus montes éstos se dan en gran cantidad.

195. Según afirman los cartagineses, frente a este pueblo[1368] hay una isla llamada Ciravis[1369]. Tiene una longitud de doscientos estadios, es estrecha, accesible desde tierra firme[1370], y está llena de olivares y de viñedos. Allí hay un lago, del cual las doncellas[1371] del país extraen pajuelas de oro depositadas en el lodo del fondo; lo hacen mediante plumas de ave untadas de pez. Yo no sé si esto es verdad; en todo caso escribo lo que cuentan, aunque todo ello podría resultar que fuera lo que yo mismo en persona he visto en Zacinto[1372], donde de las aguas de un lago extraían pez. En Zacinto hay muchos lagos, el mayor de los cuales mide setenta pies en todos los sentidos, y su profundidad es de dos brazas. Calan en él una pértiga con un ramo de mirto en la punta, y mediante este mirto una pez que huele a betún, pero que, por lo demás, es de mejor calidad que la de Pieria. Echan la pez en una fosa

excavada junto al lago y luego, cuando ya han extraído una cantidad suficiente, la vierten en ánforas. Todo lo que cae en el lago pasa por debajo de la tierra y aflora en el mar, que dista del lago unos cuatro estadios. También los relatos referidos a esta isla que está delante de Libia puede que respondan a la realidad[1373].

196. Los cartagineses cuentan también lo siguiente: a poniente[1374] de Libia hay aún un país habitado por hombres, que está más allá de las Columnas de Heracles[1375]. Cuando ellos llegan allí descargan sus mercancías y las colocan alineadas en la playa. Luego regresan a sus naves y encienden fuegos que despiden mucha humareda[1376]. Cuando los nativos advierten el humo, se llegan hasta el mar. Colocan oro al lado de las mercancías y se alejan mucho de ellas. Los cartagineses acuden allí desde sus naves y observan. Si el oro les parece corresponder al valor de las mercancías, lo toman y se van; de lo contrario, suben otra vez a sus naves y esperan. Los nativos se acercan y añaden más oro, hasta que parezca suficiente. Ninguna de las partes comete injusticia: ni los cartagineses tocan el oro antes de que los nativos hayan llegado al valor de las mercancías, ni los nativos tocan las mercancías antes de que los otros hayan retirado el oro.

197. Esto es lo que podemos decir de los libios. La mayoría de ellos no se ha preocupado nunca, ni ahora ni antes, del rey de los medos[1377]. Sobre esta parte del mundo me queda todavía por decir que, por lo que sabemos, la habitan cuatro pueblos, y no más; dos de ellos son autóctonos, y dos no lo son. Los libios y los etíopes son autóctonos: los primeros viven en el norte de Libia y los segundos en el sur; los fenicios y los griegos de este país son advenedizos.

198. Me parece que, en lo referente a la fertilidad del suelo, Libia no es tal que no se la pueda comparar con Asia o con Europa, exceptuando únicamente el país de Cínipe[1378] (resulta que este país tiene el mismo nombre que el río). Este país produce como el que más el fruto de Deméter[1379], y por eso no tiene ningún parecido con los demás pueblos libios. Su tierra es de color negro, y en él hay muchos manantiales de agua. Además, si por un lado no padece de sequías, por el otro tampoco de lluvias torrenciales. En esta parte de Libia hay simplemente lluvias. La cantidad de productos cereales es la misma que la que da la región de Babilonia. También es fértil la tierra

habitada por los evesperitas, pues, cuando llega a lo máximo de su rendimiento, da el ciento por uno, pero el país de Cínipe arroja el trescientos por uno[1380].

199. El país de Cirene, que es el más alto de Libia —lo habitan nómadas —, tiene tres estaciones del año dignas de admiración[1381]. Los frutos de la región costera son los primeros en madurar para la cosecha y la vendimia; recogidos éstos, están en sazón para la cosecha los frutos de las tierras al sur de las poblaciones costeras, de las tierras del centro que se llaman colinas. Y cuando se han recolectado los frutos de las tierras del centro ya están en sazón, maduros, los frutos de la parte más elevada, o sea que cuando ya se han comido y bebido los frutos primeros llegan los últimos. De modo que las cosechas tienen ocupados a los habitantes de Cirene durante ocho meses. Bien: sobre todo esto baste con lo dicho.

El logos persa, 6.ª parte (200-V, 2)

200. Cuando los persas vengadores de Feretima, mandados desde Egipto por orden de Ariandes, llegaron a Barca, asediaron la ciudad y reclamaban que les fueran entregados los culpables del asesinato de Arcesilao. Pero, como lo eran todos los habitantes de Barca en masa, rechazaron cualquier negociación. El asedio de Barca duró nueve meses: excavaron minas subterráneas que llegaban hasta los muros y lanzaron asaltos muy violentos. Pero un hombre, broncista[1382] de oficio, les descubrió las minas gracias a un escudo recubierto de bronce; recurrió a este expediente: llevaba el escudo a la espalda por la parte interna del muro y lo apretaba sobre el suelo de la ciudad. Naturalmente, en los demás lugares de ella donde apretaba el escudo éste no emitía ruido, pero a lo largo de la zona excavada el bronce sonaba[1383] a hueco. También los habitantes de Barca excavaron por aquel punto y dieron muerte a los persas que horadaban por allí. Descubierta de este modo la galería, los habitantes de Barca rechazaban los asaltos.

201. La cosa ya se alargaba realmente mucho y había muchas bajas por ambas partes; las pérdidas de los persas no eran inferiores. Y Amasis, el

general de la infantería, consciente de que los habitantes de Barca no podrían ser reducidos por la fuerza, pero sí por un engaño, he aquí lo que hizo: mandó excavar, de noche, un foso muy ancho, hizo extender encima de él unos tablones poco resistentes, y encima de este tablado mandó verter una capa de tierra, con lo que la superficie quedó al mismo nivel del terreno circundante. Cuando amaneció ofreció conversaciones de paz a los habitantes de Barca. Éstos aceptaron de buen grado y decidieron llegar a un acuerdo. Juraron solemnemente encima del foso disimulado, y estipularon el acuerdo siguiente: mientras la tierra que tenían bajo sus pies continuara como estaba, el tratado se mantendría en vigor. Los habitantes de Barca se comprometían a pagar al rey un tributo conveniente y los persas desde entonces no causarían más daños a los habitantes de Barca. Prestado el juramento, los habitantes de Barca confiaron en él y salieron de la ciudad; abiertas todas las puertas, permitieron entrar en ella a través de los muros a todos los enemigos que lo desearon. Pero los persas, destruido el puente disimulado, penetraron corriendo a través del muro. Y éste es el motivo por el que destruyeron el puente que habían tendido, para ser fieles al juramento, pues habían prometido a los habitantes de Barca que el juramento perdería su validez sólo cuando la tierra estuviera en el estado en que entonces se encontraba. Una vez destruido el puente, el juramento perdía su vigor.

202. Cuando le fueron entregados por los persas, Feretima mandó empalar alrededor de la muralla a los más culpables de los habitantes de Barca, e hizo cortar los pechos a sus mujeres, y con ellos adornó el muro en toda su extensión. Invitó a los persas a que se llevaran como botín al resto de los barceos, pero exceptuó de ello a los Batíadas[1384] y a los demás que no estuvieron implicados en el asesinato. Y fue a éstos a quienes Feretima confió la ciudad.

203. Luego que el resto de barceos fue sometido a esclavitud por los persas, éstos volvieron a su país. Cuando llegaron a las cercanías de la ciudad[1385] de Cirene, los cireneos, en virtud de un oráculo con el que fueron consecuentes, les permitieron el paso. Mientras el ejército persa entraba y mientras salía, Badres, el almirante de la flota, propuso conquistar la ciudad, pero Amasis, el general de la infantería, no lo permitió. Alegó que la única ciudad griega contra la que había sido enviado era Barca. Se comportó así,

pero luego, cuando habían cruzado íntegramente la ciudad y habían acampado en la loma de Zeus Liceo se arrepintieron de no haber retenido la ciudad e intentaron acceder a ella por segunda vez. Pero ahora los cireneos no los dejaron. Y aunque nadie los combatiera, a los persas les entró pánico y corrieron casi sesenta estadios[1386]. Cuando hubieron plantado su campamento les llegó allí un mensajero de Ariandes que los reclamaba. Los persas solicitaron de los cireneos provisiones para el camino, y las recibieron. Luego de recibirlas marcharon hacia Egipto. Pero a los rezagados por culpa del vestido y del equipaje[1387] los libios les acecharon, y los fueron matando. Con todo, al final la expedición llegó a Egipto.

204. El punto más lejano de Libia al que llegó este ejército persa fue Evespérides; a los habitantes de Barca reducidos a esclavitud se les forzó a emigrar a Egipto, y el rey Darío les cedió una aldea en la Bactriana[1388]. A este villorrio ellos lo llamaron Barca, y todavía en mis tiempos, en la Bactriana, continuaba habitado.

205. Por cierto, que Feretima tampoco acabó felizmente su existencia. Apenas llegó de Libia a Egipto, tras haberse vengado de los habitantes de Barca, murió de mala manera. Todavía no había muerto y ya pululaban en ella los gusanos[1389], porque en realidad cuando los humanos se vengan con excesiva violencia se tornan odiosos a los dioses[1390]. Tal y tan grande fue la venganza de Feretima, la mujer de Bato, contra los habitantes de Barca.

---

969 Es curioso, sin que de ello se puedan extraer conclusiones ulteriores, que en su epístola a los colosenses, 3, 17, el apóstol Pablo parece distinguir entre escitas y bárbaros; en efecto, en el lugar citado leemos: «... según la imagen del Creador, donde no hay griego ni judío, circuncisión e incircuncisión, bárbaro, escita...» (traducción según la *Biblia de Jerusalén)*. *Ergo*, la oposición entre griego y judío es polar, más aún lo es la oposición, aquí contradictoria, entre circunciso e incircunciso; por consiguiente, lo mismo vale para bárbaro y escita: para el autor de la carta a los colosenses el escita no pertenece al género *bárbaro*. Repito que de ello no se pueden extraer conclusiones ulteriores, pues la finalidad de Pablo de Tarso es radicalmente distinta, pero sería interesante ver el trasfondo popular del que emerge esta distinción.

970 Este castigo fue un mero pretexto; Darío avizoraba el dinero que de Asia se podía ingresar.

971 En esta campaña, iniciada el año 512, Darío pretende vengarse de las incursiones llevadas a cabo en la época de Ciaxares (624-584) y de la ocupación del Asia Anterior, que duró veintiocho años, como el autor nos dirá seguidamente (cfr. también I, cap. 103 ss.). Ciro murió en la empresa (I, cap. 284). Cfr. también III, cap. 134.

972 Los territorios asiáticos al norte del Asia Menor.

973 633-605 a.C.

974 En el lugar I, cap. 103, Heródoto se refiere a este hecho, y dice que los escitas habían penetrado en Asia en el año 633 (según nuestro cómputo, naturalmente) luego de haber echado de Europa a los cimerios, y que en esta persecución habían invadido la Media. Pero probablemente aquí la cronología de la noticia falla, porque la aparición de los escitas en Asia es unos cuarenta años posterior a la invasión de los cimerios. Éstos probablemente procedían de la península de Crimea (el Quersoneso Táurico), más concretamente de la región situada entre el norte de esta península y el río Dniester.

975 La coherencia no es siempre una virtud de Heródoto; casi inmediatamente nos dirá que los escitas privan de la vista a los esclavos que han sido reducidos a la esclavitud por tratarse de prisioneros de guerra, lo cual excluye al resto de ellos. Por lo demás, aquí probablemente hay una confusión, pues la palabra escita que significa «esclavo» es prácticamente homófona con la griega que significa «ciego» *(tyflós)*, lo cual pudo inducir a nuestro historiador a conclusiones falsas. Esta narración herodotea pertenece al grupo de las que han cimentado la fama de ingenuo de que gozó Heródoto. Si en otras ocasiones en estas mismas notas se advierte una concepción de la relación causa-efecto casi a la altura de la especulación filosófica presocrática, en este episodio nos encontramos en los antípodas; aquí lo que se echa de ver es una dependencia de un género narrativo de ínfima categoría.

976 Parece que todavía hoy algunas poblaciones nómadas del Asia Central prefieren la leche de yegua a la de vaca.

977 Lo cual facilita el ordeño.

978 Para que no puedan tomar para sus dueños la leche de mejor calidad, sino que todo ocurra al azar. Como digo, aquí la corrección de la relación causa-efecto es prácticamente inexistente.

979 De identificación imposible.

980 El historiador Justino (II, 41) dice exactamente lo contrario: «Scytharum gens antiquissima semper habita, quamquam inter Scythas et Aegyptios diu contentio de generis vetustate fuerit.»

981 El Dniéper.

982 Compárese con lo que en boca del emperador Alejandro Magno pone Quinto Curcio (VII 8, 8): «Dona nobis data sunt, ne Scytharum gentem ignores, iugum boum, aratrum, hasta, sagittae et patera. His utimur et cum amicis et adversus inimicos. Fruges amicis damus, boum labore quaesitas; patera cum his vinum diis libamus; inimicos sagitta eminus, hasta cominus petimus.»

983 Gentilicio de etimología incierta, que algunos, con muchas reservas, relacionan con el topónimo asiático *Saca*. Heródoto designa con el nombre genérico de escitas las poblaciones nómadas comprendidas entre los ríos Don y Volga, al norte del mar Negro.

984 El que no se inflamó en manos del menor de los hermanos.

985 Hay que suponer que este oro sagrado era guardado en algo comparable al sagrario de los templos católicos, y que en la festividad era confiado ritualmente a la custodia de algún personaje escita ilustre, quizás de estirpe regia. Pero el pasaje no es demasiado claro, y esta interpretación no pasa de ser conjetural.

986 En compensación de la dificultad y el riesgo que comporta la custodia del oro sagrado.

987 En las orillas del Ponto Euxino había muchas colonias griegas, en la costa meridional Heraclea del Ponto, Sínope, Trapezunte.

988 Monstruo de tres cuerpos, rey de la isla de Eritra, en el golfo de Cádiz, o, según otra tradición, en las costas del Epiro. Heracles lo mató y se quedó con sus vacas.

989 Cfr. II, caps. 21-23; IV, cap. 36.

990 La única región boscosa de la Escitia, que, por lo demás, es una estepa inmensa, sin arbolado.

991 Aquí el griego es muy simple, y yo no veo que hable «de fuero interno»... ¿Es que en tiempos de Heródoto este concepto, que me parece muy moderno, podía existir?

992 La observación es oportuna, pues de lo contrario Heracles se habría quedado sin arco, y tal arma le era muy característica.

993 La copa de oro pendía del punto en que se abrochaban los dos extremos del tahalí.

994 Héroe epónimo de los agatirsos, famosos por su crueldad. Eran limítrofes de los escitas. Gelono fue al antepasado legendario de los gelones. Heródoto debe recoger aquí una leyenda muy anterior a él, según la cual de los tres hijos de Heracles descendieron tres pueblos.

995 Patria: mi traducción es exacta. Sin embargo, no me atrevería a afirmar que para Heródoto y sus oyentes (y más tarde sus lectores, nosotros) el término tenga el mismo

campo semántico. Hoy, ante este noble término, ¡algunos esbozan una sonrisa tan significativa!

996 El Dniéster.

997 Probablemente el punto más estrecho del Bósforo.

998 Isla de la Propóntide; Aristeas fue el autor de un poema, hoy perdido, sobre los arimaspos.

999 Pueblo del Asia Central, que habitaba en los límites de la tierra según la ciencia antigua, en la región de los Urales.

1000 En el cap. 27 Heródoto nos informará que el término *arimaspo* es una palabra escita que significa «de un solo ojo».

1001 Cfr. III, cap. 116, donde se habla de grandes yacimientos de oro en las regiones del norte de Europa; estas regiones encierran en sí las cosas más bellas y más raras.

1002 Nombre dado a los legendarios habitantes de las remotas tierras del norte, los actuales países bálticos, principalmente Dinamarca. Según la creencia antigua, en el país de los hiperbóreos había riquezas fabulosas, cantadas por los *Himnos Homéricos* y por Píndaro.

1003 El Océano Glacial ártico.

1004 En tierras de la península de Crimea. Algunos lingüistas no tienen por inverosímil que el término «Crimea» tenga algo que ver, etimológicamente, com el gentilicio «cimerios»; de ser así, de algún modo la raíz del nombre habría tenido una vigencia de muchísimos siglos.

1005 Colonia de Mileto en la Propóntide; era ciudad portuaria.

1006 Al oeste de Cícico; en realidad era su puerto.

1007 Ciudad de la Magna Grecia, a orillas del golfo de Tarento.

1008 El texto griego tiene una variante textual: «trescientos», que hace más difícil la determinación del año al que Heródoto quiere referirse.

1009 El nombre de Italia en Heródoto significa la Lucania y los Abruzzos.

1010 La referencia es especialmente a los griegos que como colonos se habían establecido en la Magna Grecia, y a sus descendientes; los nativos del país cuentan ahí sólo secundariamente. Apolo es un dios genuinamente griego, de manera que, de algún modo,

Heródoto ensalza la cualidad de griegos.

1011 La reaparición de un muerto era más extraña y prodigiosa que la aparición de un dios.

1012 Lo cual es lógico, porque el cuervo era el animal sagrado de Apolo.

1013 Precisamente a Apolo.

1014 Olbia, colonia de Mileto fundada hacia el 610 en la orilla derecha del río Hípanis (actualmente el Bug), unas millas antes de su desembocadura.

1015 Heródoto nos presenta los pueblos que viven en la Escitia divididos en cuatro series que van, casi sin excepción, de sur a norte.

1016 O sea, de origen o extracción griega.

1017 Los calípidas y los alizones se diferencian de los escitas porque éstos son nómadas y no siembran trigo ni se alimentan de él, de manera que los calípidas y los alizones son escitas sólo *secundum quid*.

1018 De quienes los comentaristas no tienen nada de decir.

1019 Más adelante (cap. 101) Heródoto nos dirá que, según sus cálculos, una jornada de camino corresponde a un recorrido de doscientos estadios (el estadio mide unos trescientos metros).

1020 No se ha identificado; debe de ser un afluente del Dniéper por la izquierda.

1021 Heródoto ya no indica límites: ha llegado a lo absolutamente desconocido.

1022 Los comedores de hombres, o sea, antropófagos, en el curso superior del Dniéper. Cfr. cap. 106.

1023 Es el río Molochna, cfr. cap. 56.

1024 Se trata de los escitas reales; Heródoto aquí no los denomina así, pero ello es indudable por lo que se dice más abajo.

1025 El límite norte de la península de Crimea.

1026 Cfr. cap. 3.

1027 La palabra griega significa «precipicios»; se trata de un puerto comercial en el actual mar de Azov.

1028 Aquí el griego es impreciso: *las cosas de ellos*. Se puede referir a su influencia, a los

efectos de sus actividades...

1029 Literalmente «los que visten de negro», pueblo que habitaba al norte de la Escitia, cuya característica debía de ser el color de su indumentaria.

1030 El verbo griego correspondiente conlleva una idea de sorteo, que algunos traductores reflejan «que tocó por suerte». Son los sármatas, que habitaban la región entre el río Tanais y el país de los budinos. Más tarde (caps. 108-109). Heródoto nos explicará los orígenes de este pueblo, que descendía de los hijos de los escitas y de las amazonas.

1031 Asentamientos budinos (cfr. cap. 108 ss.) entre el Don y el Volga, en los dominios de Penza, Simbirsk, Kazan, hasta Perm (tocando ya el sur de los Urales).

1032 Distinto de los otros pueblos.

1033 El dominio al sur de los Urales.

1034 Parece ser una especie de ciruelo.

1035 Aún hoy, en la región de los Urales, se designa con el nombre de *atchi*, en lengua tártara, un jugo de cerezo silvestre.

1036 Aquí hay sin duda la indicación de la tienda primitiva más simple.

1037 Aquí hay sin duda la indicación de la tienda primitiva más simple.

1038 El griego dice exactamente esto, pero yo me veía tentado de traducir «intocables», en un concepto de santidad que evoca textos bíblicos.

1039 De modo aún rudimentario, Heródoto ya domina el arte de la variación: aquí concluye por donde debiera haber empezado, por la indicación del nombre de estas gentes.

1040 Heródoto dice eso, pero me parece imposible medir el alcance exacto de esta afirmación.

1041 Usos tan bárbaros como los de los maságetas, cfr. I, cap. 216, o de los padeos, cfr. III, cap. 99.

1042 En Atenas, en el mes de boenromión (hacia nuestro septiembre) se hacía una celebración funeral que venía a ser como un aniversario de todos los difuntos. Pero las familias recordaban con exactitud los aniversarios y los conmemoraban.

1043 Es lo que dice el texto griego, pero algunos traductores interpretan «inofensivos».

1044 Para los que tengan el texto griego a mano, aquí hay un quiasmo perfecto.

1045 El estrecho de Kerch.

1046 Se trata de aquél que excavaron los hijos de los esclavos ciegos, cfr. III, cap. 3, desde los montes Táuricos hasta al lago Mayátide.

1047 Los sindos formaban un pequeño pueblo de comerciantes en la península de Tamán, junto a la costa caucásica; su capital era Sinde (actualmente Anapa); no eran escitas, sino gentes arias. Por lo demás, aquí Heródoto describe fielmente el invierno ruso, el mejor aliado, en la Segunda Guerra Mundial, de los soviéticos contra los invasores hitlerianos, especialmente en la feroz batalla de Stalingrado.

1048 El texto griego dice esto, pero algunos comentaristas suponen aquí una laguna, o un error de los copistas, y conjeturan alguna palabra que signifique «calor». Porque parece claro que se trata del verano.

1049 El texto griego dice: mutilados, pero el sentido es el apuntado.

1050 IV, 85, un *argumentum e contrario.*

1051 Traducción de José Manuel Pabón.

1052 Esta confesión sincera de Heródoto acerca de su gusto por las digresiones tiene su gracia, y explica muy radicalmente las características de su obra.

1053 Nombre genérico con el que se designan los habitantes de las misteriosas regiones del norte de Europa «de más allá del viento boreal». Los antiguos imaginaban que cada año el dios Apolo pasaba una larga temporada en estas tierras septentrionales, lo cual se relacionaría con las vagas noticias que ellos tenían de la brevedad de las noches árticas y la larga duración de sus días; todo contribuía a crear un mundo tan fabuloso como atractivo, acicate a la postre para los audaces colonizadores griegos, cuyos viajes sólo encuentran parangón en las expediciones de los conquistadores españoles y portugueses de los siglos XVI y XVII.

1054 O sea, lo que dicen no tiene valor.

1055 En ninguna de las dos obras de Hesíodo se menciona a los hiperbóreos.

1056 Los *Epígonos* (= los descendientes) es un poema perdido, apócrifo, de Homero.

1057 El mito de los hiperbóreos está estrechamente conectado con el culto griego a Apolo, cuyo principal santuario se encuentra en la isla de Delos; lo que aquí vamos a ver sobre los hiperbóreos está nuclearmente en el homérico *Himno a Apolo Delio*.

1058 Heródoto traza un itinerario que va desde los países bálticos, desde los borrosos límites septentrionales de Europa, a Delos; desde el país de los hiperbóreos a la Escitia, y

desde ella, en dirección a occidente, hasta el mar Adriático; y desde él a los griegos de Dodona, y después al golfo de Malea, y, en Eubea, hasta Caristo, de Caristo a Teno, y, finalmente, llega a su meta, la isla de Delos.

1059 Ciudad emplazada en la costa sur de Eubea.

1060 Una de las Cícladas, entre Andros y Delos.

1061 El lexicógrafo Hesiquio explica el término como «delegados sagrados».

1062 El voto de raparse la cabeza, principalmente por parte de muchachos y de muchachas, era un uso frecuente en la antigüedad; el mismo san Pablo cumplió un voto semejante, según vemos en *Hechos*, 18, 18.

1063 La diosa que aceleraba y facilitaba el parto.

1064 Debe de ser el primer poeta griego de nombre conocido, anterior a Orfeo. Heródoto afirma su origen licio, pero otras tradiciones hacen de él un hiperbóreo. Nos movemos en la leyenda, claro está, pues el primer poeta griego conocido es Alcmán de Sardes, como es bien sabido, autor de himnos de doncellas (siglo VII a.C.).

1065 De manera que Heródoto no cree en la existencia de los hiperbóreos.

1066 El primero que intentó representar gráficamente el mundo conocido fue el presocrático Anaximandro de Mileto, seguido en su intento por Hecateo de Mileto y otros. Pero ya Homero, en el conocido Escudo de Aquiles, *Ilíada*, XVIII, traza una representación circular del mundo, rodeado efectivamente por el océano.

1067 Heródoto no cree en la esfericidad de la tierra.

1068 Para Heródoto el mar Rojo comprende este mar, el golfo Pérsico y toca el océano Índico.

1069 Para los antiguos separaba Asia de Europa.

1070 Se trata del Asia Menor.

1071 En la Caria, en el territorio de Cnido.

1072 Heródoto ha señalado los límites de las dos costas, septentrional y meridional, de la península que es el Asia Menor.

1073 Aquí Heródoto desconoce la realidad geográfica; esta segunda península no es tal, pues se trata de un bloque continental de tierras interiores, hoy Persia y el Irak.

1074 Cfr. II, cap. 155.

1075 En Heródoto el término «Libia» es muy vago, y significa todo el norte de África.

1076 Interrumpió las obras de excavación de un canal cuando un oráculo lo advirtió de que con ello favorecía a los bárbaros. Cfr. II, cap. 158.

1077 ¡Una circunnavegación de África!

1078 Dados los conocimientos cosmográficos de Heródoto es natural que no diera crédito a esta noticia, y, sin embargo, éste es el principal argumento a favor de que esta circunnavegación realmente se dio, porque al doblar el cabo de Buena Esperanza, es natural que si antes veían el sol a su izquierda ahora lo vieran a su derecha.

1079 El cabo Espartel, cerca de Tánger, o el cabo Cantín, en la costa sur de Marruecos.

1080 O por la ausencia de vientos (quedar al pairo), o, como algunos comentaristas indican, a causa de bajíos que presentaba la costa. No se olvide que navegaban siempre costeando. Traducir directamente «al pairo» parece poco indicado.

1081 *De cuyo nombre no quiero acordarme*... ¡Heródoto homologado con nuestro Cervantes!

1082 El primero es el Nilo, naturalmente.

1083 Ciudad de la Caria unos diez kilómetros al norte de Halicarnaso, patria de Heródoto, que por esta vez debe de haber tenido fuentes inmediatas y fidedignas.

1084 Heródoto habla de ellas en III, cap. 102, pero son de localización incierta.

1085 Escílax, autor de un *Periplo,* creyó que el río Kabul era el curso superior del Indo.

1086 El Don.

1087 El estrecho de Yenícale.

1088 El nombre parece derivarse del término bereber *lewata,* seguramente los *Lebahim,* o lehabitas, de la Biblia; los griegos cuando fundaron su primera colonia africana adoptarían el nombre dándole un forma griega.

1089 A las etimologías propuestas por los antiguos, como ésta de Heródoto, que hace proceder el nombre del de la mujer de Prometeo, o bien otras, como las que derivan el nombre del del rey de Lidia, Asio, se oponen las hipótesis de los sabios modernos, que creen que el término *Asia* proviene de la raíz del sánscrito *ushas* (cfr. latín **ausosa* = aurora) que significa «aurora», de manera que originariamente la palabra indicaría las

tierras de levante, por oposición a Hesperia (cfr. latín *vesper),* que significaría «las tierras de occidente».

1090 Entiéndanse especialmente las tierras bañadas por el mar Negro septentrional y occidental.

1091 *Descontando a los escitas:* algunos manuscritos griegos no tienen estas palabras.

1092 Heródoto está en los antípodas de las teorías del «noble salvaje» propugnadas por Rousseau y por la Ilustración europea del siglo XVIII.

1093 Tío paterno del rey escita Idantirso, aducido aquí como hombre docto, pero en este sentido no se dan más explicaciones acerca de él.

1094 O sea, tiendas que se pueden montar y desmontar, al uso de nuestros modernos campistas.

1095 Que cabalgando disparan el arco, un evidente avance en táctica militar, pues Homero, por ejemplo, lo ignora en absoluto.

1096 Aquí recordamos, de la *Lisístrata* de Aristófanes: «no hay fiera más incombatible que la mujer».

1097 El Pruth.

1098 Estos cuatro ríos no se han podido identificar.

1099 Aquí me tentaba la traducción «autóctonos», pero la he vencido.

1100 El Marosch, afluente del Tirza, no del Danubio.

1101 En los Balcanes.

1102 Probablemente el Taban.

1103 Ahora estamos en el norte de Bulgaria.

1104 Probablemente los actuales Jantra, Osma y Vid, respectivamente.

1105 Actualmente el Isker.

1106 Los habitantes primitivos de la Macedonia.

1107 Probablemente el Morava.

1108 La actual Serbia.

1109 El curso inferior del Morava.

1110 El Sava.

1111 Aquí Heródoto confunde el nombre de una cordillera y el del río. Los comentaristas notan que cuando llega a estos dominios las noticias de Heródoto son muy deficientes.

1112 Habitantes de las costas occidentales de nuestra península, las comarcas gerundenses del Ampurdán y la Selva.

1113 Sin tener en cuenta el agua aportada por los afluentes; aquí la argumentación de Heródoto es pura fantasía.

1114 Heródoto se abstiene aquí de extraer la conclusión explícita: el Istro (el Danubio) lleva más agua.

1115 Cfr. II, cap. 25.

1116 Los neuros vivían en la región occidental, hasta el río Borístenes, al norte de los alazones, con los agatirsos a poniente y los andrófagos a levante, entre el curso superior del Dniéster y el del Dniéper.

1117 Los habitantes de Tira, colonia griega de Mileto.

1118 El Bug, como ya se ha visto.

1119 La palabra «lago» en griego es femenina, y por eso el griego dice «madre», pero al traducir al castellano se debe ser coherente con la lengua.

1120 Unos 320 kilómetros; la longitud total del curso es de unos 500 kilómetros.

1121 Cfr. cap. 17.

1122 Adjetivo que no parece el más indicado para los pastos, pero si Heródoto lo pone, como realmente lo pone...

1123 Lo que era importante para la industria de salazón, como se verá inmediatamente.

1124 Parece ser que se trata del esturión.

1125 La región bañada por el río Gerro, que era la frontera entre los escitas nómadas y los escitas regios; el río Gerro parece ser el llamado actualmente Moloschnijawoda.

1126 Otros traducen: una lengua de tierra.

1127 Cfr. caps. 18-19.

1128 Quizás se trate del río Molochna.

1129 Según el cap. 99 es la última ciudad de la costa meridional de la Escitia, hacia acá del Tauro.

1130 Esta Ruta de Aquiles era la lengua de tierra al oeste de Carcinitis (la actual Tendra), ahora una pequeña cadena de islas. En su punto más occidental está la llamada Selva de Aquiles. Cfr. cap. 76.

1131 Quizá se trate del Donetz.

1132 La referencia es incierta; podría tratarse del ajenjo.

1133 Es la diosa equivalente a Vesta, la diosa del fuego del hogar de los romanos, la fenicia Tabiti, que era para los escitas, así como para la mayor parte de los pueblos orientales, la divinidad máxima; en las plegarias y en las rúbricas de los sacrificios cruentos su nombre encabezaba las fórmulas rituales.

1134 Aquí como en otras partes, Heródoto aplica el nombre de Zeus, divinidad máxima, al dios supremo de otros pueblos, Papeo para los escitas, Amón para los egipcios, etc. Pero la concepción escita parece referirse a las fuerzas naturales del cielo.

1135 La Tierra, *Tellus* de los romanos; los escitas parece que la llamaban Apia.

1136 El dios escita Etosiro.

1137 Afrodita celestial, la diosa del amor puro, identificada con la divinidad escita Artimpasa, quizás una divinidad lunar, una alusión al hecho de la nocturnidad del amor.

1138 Parece que Heródoto desconoce la identidad escita de estos dioses.

1139 Que Heródoto identifica con el dios escita Tamisamada (= dios del mar).

1140 Pero desconocemos la etimología del nombre «Papeo», de modo que la indicación de Heródoto queda en el aire.

1141 Como si se postrara ante la divinidad.

1142 Cosa que hacían los griegos: normalmente esparcían granos de hórdeo o de cebada por la testuz del animal. A eso le llamaban «primicias».

1143 Todavía lo es actualmente el sur de Rusia.

1144 Este «se» responde a lo que en griego se llama un dativo ético, e indica un especial interés de los escitas en el culto de Ares.

1145 Cfr. I, cap. 171.

1146 Los griegos consideraban que despellejar el cadáver de un adversario muerto en combate era de lo más característico de los escitas.

1147 Como copa para beber.

1148 El verbo griego correspondiente indica un duelo a muerte ante el rey, lo que recordaría de lejos los juicios medievales de Dios.

1149 Exactamente «gobernador de una provincia».

1150 Estas varas debían de tener alguna señal distintiva, de modo que la cosa no se diferenciaba grandemente de nuestras echadoras de cartas.

1151 Una tribu de escitas muy dada a la homosexualidad, la cual era un castigo de Afrodita porque le habían derribado un templo.

1152 Es casi un eufemismo: los afeminados.

1153 El griego dice exactamente esto, no «en la corte». Me guardo las sugerencias que el detalle me produce.

1154 Un *kylix;* el Museo Arqueológico de Barcelona posee una serie notable de ellos.

1155 Cfr. caps. 53, 56.

1156 O sea, que el cadáver gozaba de una escolta permanente formada por los escitas reales, ampliada por las gentes de los territorios que eventualmente iban atravesando.

1157 Creo que no soy infiel al texto griego y, como un bien añadido, rindo mi homenaje a Federico García Lorca.

1158 Para que el cuerpo del caballo no se encoja.

1159 Del baño, la bañera.

1160 Ésta es una digresión poco hábil, para retornar al tema abandonado aquí, el de la purificación ritual.

1161 Tras la digresión, se reemprende el tema de la purificación de los escitas.

1162 Les encantan: no sé si cedo demasiado al habla popular más actual; de todos modos, mi traducción es precisa.

1163 Algo parecido a la sauna. Pero aquí la reconocida habilidad de Heródoto en el arte de

la transición falla algo, porque ésta se basa sólo en motivos muy externos.

1164 Contemporáneo y amigo de Solón de Atenas; visitó Atenas hacia el 620 a.C.

1165 Cíbele.

1166 Cfr. caps. 18, 55 de este mismo libro.

1167 Desde luego, se trata de un cargo que ostenta alguna representación o delegación, pero no se puede concretar más.

1168 Un alarde de erudición que no conduce a nada. Tales nombres para nosotros son pura fantasmagoría, y aquí Heródoto pretende imitar a Homero, pero las genealogías de éste normalmente están cargadas de sentido.

1169 Con perdón: el pasaje me recuerda al viejo Estrepsíades de las *Nubes* aristofánicas (v. 860) que manda a su hijo a estudiar en la escuela de Sócrates.

1170 De Istria, colonia de Mileto, cerca de la desembocadura del Danubio.

1171 Por tanto, algo así como una madrastra. En la antigüedad en muchas partes fue común el uso de que el sucesor de un rey heredaba todo lo del anterior, mujeres incluidas.

1172 Olbia, cfr. cap. 17.

1173 Griegos, por tanto.

1174 O sea, que se declaró un incendio, al que se atribuyeron causas sobrenaturales. Heródoto muchas veces es reacio a admitir la casualidad.

1175 Pero no podemos explicarnos más este parentesco.

1176 Hijo de Teres y tío materno de Escilas y de Octamásadas.

1177 En el cap. 52.

1178 Este Pausanias conquistó Bizancio el 478 a.C.

1179 Una ánfora eran casi 39 litros, cfr. I, cap. 51; por tanto, seiscientas ánforas eran 23.280 litros.

1180 Unos sesenta centímetros.

1181 La expedición de Darío contra la Escitia.

1182 De modo general hay que señalar que esta sección de la *Historia* de Heródoto es muy

discutida, y cuestionada por un número no desdeñable de investigadores. En efecto, se trata de un ejército descomunal para aquellos tiempos, de unos 700.000 hombres, que además tiene ante sí dificultades casi increíbles: cruzar ríos como el Dniéster, el Dniéper y el Don en época de deshielo, el mismo avituallamiento (no se olvide que la acción se desenvuelve en país enemigo)... Sin embargo, otros investigadores creen que tales dificultades no eran del todo insuperables, y que el relato de Heródoto aquí es nuclearmente verídico.

1183 El actual estrecho de Constantinopla.

1184 Un rasgo de humor negro.

1185 Dichas también Simplégadas, unas rocas situadas en el mar Negro, muy cerca del Bósforo; hoy se llaman islas Urek-Jaki. Según el mito se movían y chocaban unas contra otras. Pero la nave Argo, de la expedición de los argonautas, las rebasó y desde entonces quedaron inmóviles.

1186 De Zeus Urios, pero aquí el texto griego presenta una variante: «desembarcó junto a las estribaciones de la cordillera».

1187 En cuanto a la longitud, Heródoto se queda corto, y en cuanto a la anchura, depende de dónde se efectúe la medición; en todo caso parece excesiva.

1188 Ya se ha indicado en notas anteriores que es el mar de Mármara.

1189 Ya se ha dicho en otras notas: los Dardanelos.

1190 Actualmente el Termeh.

1191 El problema de otras veces: la palabra griega para «lago» es femenina, *limne,* y por esto el texto dice «madre»; lógicamente, en castellano se debe respetar el género masculino de la palabra «lago».

1192 El culto de Ártemis Ortosia era típicamente dorio, y debió llegar a Bizancio desde su metrópoli, Mégara.

1193 Este puente debió de tenderse desde la actual Rumili-Karak (en la parte asiática) hasta Anadoli-Karak, en la parte europea.

1194 O sea, en la entrada del Ponto.

1195 El templo de Hera en Samos.

1196 Cfr. cap. 85.

1197 Esto recuerda el pasaje del canto XXII de la *Ilíada,* vv. 147 ss., donde se afirma que

el río Escamandro tiene dos fuentes, una de la que manan aguas calientes, otra de la que manan aguas frías.

1198 Este Agrianes es el actual Ergene, el Contadesdo probablemente es el Teke Deresi, y el Hebro es el Maritza. Darío partió de Bizancio hacia Perinto bordeando la Propóntide, luego torció hacia el norte por la ruta más próxima que le ofrecía el Ponto, la que actualmente conduce desde Rodosto, a través del paso de Bojuk, hasta las orillas del Danubio.

1199 Al que Alceo dedica un bellísimo poema, cfr. fragm. 45 Lobel-Page.

1200 Colonia eolia en la costa meridional de la Tracia.

1201 Su identificación no es segura, quizás se trate del Tekedereh.

1202 En la costa occidental del Ponto Euxino.

1203 Dios tracio de la medicina.

1204 Parece que era un dios oso.

1205 No hay error de traducción: Heródoto primero habla de venablos y luego de lanzas.

1206 Ya entonces en los mercados griegos de esclavos se vendían getas.

1207 Un auténtico agnóstico.

1208 El límite entre Escitia y Tracia se sitúa en el lugar donde la costa oriental tracia tuerce hacia el sur y forma un golfo no lejos de la desembocadura del Istro (Danubio); este golfo es el paso natural de un país al otro. Pero en toda esta sección las nociones geográficas de Heródoto son vagas e imprecisas; aquí ha situado esta frontera entre Tracia y Escitia demasiado al norte, con lo cual le resulta que Tracia es el país mayor del mundo, después de los indios.

1209 En el istmo de Perekop, entre la península de Crimea y el continente.

1210 Abrupto.

1211 En el golfo Sarónico.

1212 ¿Es que Virgilio había leído a Heródoto? Cfr. *Geórgicas*, 4, 176: «si parva licet componere magnis».

1213 Bríndisi.

1214 Cfr. caps. 10, 49.

1215 Cfr. cap. 17.

1216 Cfr. cap. 18.

1217 Cfr. cap. 20.

1218 Aproximadamente 355 kilómetros.

1219 710 kilómetros.

1220 La diosa virgen, venerada en la Táuride y también en Esparta; se corresponde con la Ártemis griega.

1221 Que los griegos juzgaban idéntica a Artemis.

1222 Vivían en la actual Transilvania.

1223 Me abstengo de comentarios...

1224 Treinta años antes.

1225 Un episodio parecido en la Biblia, cfr. *Números,* 21.

1226 La situación de los budinos no es clara. Según Ptolomeo estaban entre el Dniéper y el Desma, o sea al oeste de los neuros, pero según el cap. 21 no eran sus vecinos, sino que vivían más allá del Tanais (del Don).

1227 Quizás esto fuera un cierto lugar común, pues Tácito dice de los germanos, *Germania,* 4: «caerulei oculi, rutilae comae».

1228 Pero el texto griego ofrece aquí una variante repugnante: *piojos*.

1229 Esta última frase no está en todos los manuscritos griegos.

1230 Una etimología muy discutible: «las de pechos turgentes».

1231 Aquí el verbo griego es muy elocuente, tiene un componente de exterminio. Irreflejable en la traducción.

1232 Principalmente porque no lucían barba.

1233 Los comentaristas señalan que aquí hay, por parte de Heródoto, un delicado cumplido a las mujeres.

1234 Aquí vale exactamente lo contrario de lo que postula el satírico romano Juvenal (VI, 456): «soloecismum liceat fecisse marito».

1235 Se reanuda la narración interrumpida en el cap. 102.

1236 Es decir, Asia.

1237 Alusión a la invasión del Asia realizada por los escitas, cfr. I cap. 103.

1238 Esta mención expresa de los reyes parece indicar que los pueblos anteriores en esta reunión no estuvieron representados por los suyos.

1239 Un caudillo escita.

1240 Recuérdese: por obra de sus propios habitantes.

1241 Cfr. cap. 22.

1242 Probablemente establecidos en el curso inferior del Don.

1243 A excepción del conocido Tanais, no podemos identificar los otros tres.

1244 En reconocimiento de vasallaje.

1245 Esta última frase falta en algunos manuscritos griegos.

1246 O sea, en la misma Escitia.

1247 Cap. 28.

1248 El griego dice exactamente «soberbios», lo que quizás podría ponerse en castellano, pero creo que mi traducción es más clara.

1249 El sentido de la frase griega no es claro; podría referirse incluso a la brevedad de la guerra, o al buen éxito del combate.

1250 Son los sesenta nudos que Darío había hecho en la cuerda entregada a los jonios, cfr. cap. 98.

1251 O sea, en su propio país, en Escitia.

1252 O sea, a sus confidentes.

1253 Para que sigan rebuznando y causando el efecto ya indicado anteriormente.

1254 En el libro VI, 34, el historiador nos contará con detalle cómo este Milcíades accedió a la tiranía del Quersoneso.

1255 Histieo de Mileto tendrá un protagonismo relevante en la revuelta de las ciudades

jonias del Asia, causa inmediata de las guerras médicas.

1256 Abido, colonia milesia en la costa asiática del Helesponto, que en plena época romántica se hizo famosa por un poema del inglés lord Byron, «La novia de Abido»; Lámpsaco, llamada antes Pituisa, colonia primero focea y después milesia, en la Tróade; Pario, Proconeso y Cícico, en la Propóntide.

1257 Histieo, en el año 514, era tirano de Mileto, y cesó en la tiranía muy poco después, sustituido por Aristágoras. Pasó diez años en Susa y luego, hacia el 497, reapareció en Jonia.

1258 Ciudad eolia del Asia Menor, junto al río Hermo.

1259 Aquí hay una contradicción, pues el ejército persa se repliega desde el norte, desde los neuros y los agatirsos, pero su invasión habia sido hacia el este, hacia el Tanais, de modo que ahora no puede replegarse desde el norte.

1260 Una contrafigura de Esténtor de la *Ilíada.*

1261 Aquí Heródoto interrumpe la narración de los hechos referidos a la sumisión de las ciu dades rebeldes de la Tracia y del Helesponto para historiar una expedición contra Libia. Tras esta digresión, la narración de la sumisión citada se completará al principio del libro siguiente.

1262 Hacia el 515 a.C.

1263 En Braurón, en el Ática, había un santuario muy antiguo dedicado a Artemis Táurica, y fue en la celebración de sus fiestas cuando los pelasgos residentes en el Himeto raptaron a las mujeres atenienses, que se llevaron a Lemnos. Los minios, que se habían establecido allí con motivo de la expedición de los argonautas, resolvieron esquivar a estos pelasgos, y emigraron ellos mismos al Taigeto, el monte que se hizo famoso porque los espartanos exponían en él a los niños indeseados, situado no lejos de la ciudad de Esparta.

1264 O sea, descendientes del rey Minias de Orcómeno; fueron los principales protagonistas de la expedición de los argonautas.

1265 En efecto, los minios consideraban que la Laconia era la tierra de sus ascendientes, porque en las empresas de los argonautas tuvieron un protagonismo muy relevante Cástor y Pólux, hijos de Tíndaro, rey de Esparta.

1266 Dimanes, pánfilos e hilos.

1267 Esta admisión en el llamado *ius connubii* significaba que los lacedemonios reconocieron el origen dorio de los recién llegados.

1268 Aquí hay la genealogía del personaje del que arrancan las dos familias de la diarquía espartana: por parte materna remontaban a Cadmo (el mítico fundador de Tebas), Polidoro, Lábdaco, Layo, Edipo, Polinices, Tisameno (que emigró de Tebas a Esparta), Tera. Argia era hermana de Tera: de Argia y Aristódemo nacieron Eurístenes y Procles, fundadores de las dos casas reinantes en Esparta.

1269 La actual Santorin.

1270 Hermana de Cadmo; Zeus en forma de toro la había raptado.

1271 Algo menos de doscientos cincuenta años.

1272 Espartanas, o sea, con gentes genuinamente dorias.

1273 Nave ligera de treinta remos, quince en cada flanco, muy marinera, y apta para singladuras cortas.

1274 Los pareoratas son los habitantes de la Élide, exactamente de Trifilia (= la tierra de las tres tribus); los caucones, que ya aparecen en Homero, son un pueblo que situamos vagamente en el Peloponeso occidental, una rama desgajada de los caucones del Asia Menor.

1275 Después de la tercera guerra mesenia, hacia el 460 a.C.

1276 En griego *Oiólicos*, que significa exactamente esto: «cordero entre lobos».

1277 Son las maldiciones que, en forma de espíritus malignos, se atraen aquellos que maltratan a sus padres.

1278 El término griego es, exactamente, «meteco», que no significa lo mismo en todas las partes de la Grecia antigua.

1279 Una fundación fenicia en la costa oriental de la isla.

1280 La actual isla de Bomba, no lejos de Cirenaica.

1281 En la zona de Las Marismas, de Huelva.

1282 No lejos del río que lleva el mismo nombre, no lejos de Cnosos.

1283 Un pacto de amistad institucionalizado, que obligaba a ambas partes. Era como el deber sagrado de hospitalidad.

1284 En su fuero interno. Un caso de conciencia: desde este punto de vista la distancia a que estamos de Homero es enorme, y aquí hay una lejanísima premonición: en una

prolongada evolución homogénea llena de matices se llegará incluso al cristianismo.

1285 Formalmente, sin ninguna interiorización. Ésta se da en la reflexión inmediatamente anterior.

1286 Es decir, le confirió el nombre, aquí por razón etimológica.

1287 En el continente, no en una isla.

1288 Parece como si Heródoto quisiera mejorar la mala imagen dada en el cap. 152.

1289 Una pequeña altura junto a la costa.

1290 Actualmente Tal Tirsena, junto al golfo de Bomba.

1291 Llamada según algunos Cire, de donde vendría el nombre de la ciudad, la actual Cirenaica.

1292 Estaba dedicada.

1293 Es decir, aquí llueve mucho.

1294 No se olvide que la población de Cirene tenía un componente griego altísimo.

1295 Arcesilao II, 560-550 a.C.

1296 Unos cien kilómetros al sudoeste de Cirene.

1297 Plaza no identificada, pero en todo caso no lejos de Cirene.

1298 Una de las primeras veces que este término, muy técnico, aparece en un autor griego. ¡A qué distancia estamos del pensamiento y de la lengua de Homero!

1299 Bato III (550-535), casado con su tía Ferétima.

1300 Según la típica organización doria.

1301 Arcesilao III (535-525 a.C.).

1302 En Samos reinaba el famoso tirano Polícrates; nos encontramos hacia el año 530 a.C.

1303 La actual Nicosia.

1304 Todo parece indicar que no hubo entrevista personal, sino que la mujer quedó en la puerta del palacio, y que los regalos le eran remitidos.

1305 Un epíteto clásico de Apolo, cuya etimología parece significar «el resplandeciente» y sería una variante de Febo.

1306 La ciudad de Barca.

1307 Como metrópoli de Cirene, era la patria de sus antepasados.

1308 Era una institución reconocida: recuérdese la primera de las tragedias conservadas de Esquilo.

1309 Personaje citado sólo aquí y absolutamente desconocido.

1310 Pero el motivo verdadero no fue la piedad, sino las diferencias surgidas con Cirene.

1311 Cfr. I, 125: los persas se habían dividido en tres tribus, los pasargadas, los marafios y los maspos.

1312 Inmediatamente al oeste del Delta.

1313 Como venganza, porque los piojos muerden.

1314 Actualmente Bardea.

1315 Más o menos en la región de Cirenaica.

1316 Actualmente isla de Leya, frente a Cirenaica.

1317 Planta muy buscada por sus virtudes medicinales, en latín llamada *laserpicium* o también *silphium*. Se trataba de una umbelífera, sin poder determinar exactamente cuál.

1318 Las aguas poco profundas del Mediterráneo comprendidas entre Tunicia, Tripolitania y Cirenaica.

1319 Cfr. Píndaro, *Píticas*, IV y IX; Sófocles, *Electra*, v. 702.

1320 Ciudad fundada por Arcesilao IV, y que cambió el nombre y adoptó el de la hija de Ptolomeo III, Berenice. Es la actual Bengasi.

1321 También esta ciudad más tarde adoptó el nombre de la esposa de Ptolomeo II, Arsínoe, la actual Tucra.

1322 Cfr. II, 22.

1323 Oasis conocido aún hoy con el mismo nombre.

1324 En la costa de Tripolitania.

1325 El griego dice esto exactamente; probablemente quiere significar que no vuelan, a pesar de ser aves.

1326 Una de las muchas colinas que se levantan en la zona del río citado en la nota siguiente.

1327 Actualmente el río Uadi-el-Kaham.

1328 Cfr. Homero, *Odisea*, IX, 94 ss.

1329 Tanto el río como el lago son de identificación difícil; quizás se trate del lago Shibk-el-Lowdi, junto a la Pequeña Sirte.

1330 O sea algo fatal, inevitable.

1331 De algún modo esto se compararía con los juicios medievales de Dios, lo que conlleva un aprecio de la virginidad en las muchachas.

1332 La interpretación es dudosa: tanto puede entenderse que lo hacían sólo los distintos clanes que formaban el pueblo de los áuseos como que lo hacían conjuntamente maclies y auseos. No falta quien interprete la expresión «en común» en sentido económico: que se pagaba a expensas del común.

1333 El griego dice exactamente esto: ¿se podría aventurar, por parte de Heródoto, un juicio moral?

1334 El desierto del Sahara.

1335 Cuyo culto procede de Tebas.

1336 Dice el mito que en cierta ocasión Heracles quiso ver a Zeus, que en principio se negó a ello, pero al fin accedió desfigurándose prodigiosamente el rostro, adoptando el de un carnero; a este mito responde la imagen aquí aludida. La imposibilidad de contemplar a la divinidad era un rasgo muy extendido en tierras del Oriente Medio, que tiene su reflejo también en la Biblia.

1337 O sea, a media mañana.

1338 Aquí subyace la idea de que el sol en su ruta nocturna por debajo de la tierra la calienta.

1339 El oasis de los garamantes, actualmente la localidad de Fezzán. Pero la distancia indicada por Heródoto entre ambos puntos es inferior a la real.

1340 Tratado ya en el cap. 174.

1341 Hacia el mar: esta indicación no está en todos los manuscritos griegos.

1342 Estamos en el corazón de África: en la República Centroafricana y en el Chad.

1343 Que viven en cuevas o en huecos del terreno, pero el griego dice literalmente «trogloditas».

1344 El oasis de Gadames.

1345 El oasis de Lagowat.

1346 Cfr. Homero, *Odisea*, I, 52.

1347 Etimológicamente «los que sostienen».

1348 Es el desierto del Sahara, como ya se ha indicado.

1349 Por una vez quisiera destacar la belleza de la descripción, sencilla y eficaz, que ofrece el texto griego, de una luminosidad diáfana. Vale la pena estudiar griego...

1350 Aquí comienzan los libios agricultores, cfr. 191.

1351 Las imágenes cultuales antiguas de Atena se llaman «paladios» por el epíteto de la diosa (Palas), y la representaban como guerrera.

1352 Estas pieles de cabra son las égidas que ya salen en Homero, en él siempre referidas a divinidades; algunos traductores traducen «égidas» o bien subrayando: *«égidas»*.

1353 Una planta tintórea.

1354 En griego *aigis*.

1355 Vivían en la actual Túnez.

1356 Seguramente antílopes.

1357 Estos dos últimos ya animales míticos, legendarios.

1358 Chimpancés o gorilas.

1359 La traducción responde a la etimología griega: *pygargos*.

1360 Búfalos del Asia, según el Diccionario de la Real Academia.

1361 Ignoramos la referencia; quizás se trate de algún tipo de gacela.

1362 Translitero; no sabemos a qué animal se refiere Heródoto.

1363 *Íd.*

1364 Es decir, que no vuelan.

1365 Son los topos.

1366 Translitero: se ignora la referencia.

1367 Es la rata común.

1368 O sea, frente a la costa del territorio habitado por los gizantes.

1369 La isla de Cercina (o Karkemed) en la Pequeña Sirte.

1370 Debe sobrententenderse «a pie»; de lo contrario esto no tendría sentido. Es para indicar que las aguas son muy poco profundas.

1371 ¡Un cumplido de Heródoto a las doncellas!

1372 La isla de Zante, con fuentes de asfalto.

1373 Son verosímiles; Heródoto no se atreve a decir más.

1374 El griego dice simplemente «más allá», pero la interpretación geográfica es segura. Razones de estilo castellano me fuerzan a traducir así.

1375 La referencia no parece ser a Tarteso, sino a territorios hoy marroquíes.

1376 Son las conocidas señales de humo.

1377 El autor retoma el hilo de la narración interrumpida en el cap. 167 por la larga digresión sobre Libia.

1378 Actualmente Cinifo o Uad-el-Khaham, cfr. cap. 175.

1379 El trigo.

1380 Aquí viene ineludiblemente a la memoria la parábola evangélica del sembrador, Mt 13, 5-9, cuya figura final tiene un parecido asombroso con este texto. Pero, por favor, que nadie extrapole mi observación.

1381 La época de la cosecha la determina la altura del país.

1382 Aquí hay un recuerdo literal de Homero, que siempre cita los oficios de los artesanos

poniendo la palabra «hombre» delante.

1383 Este pasaje me retrotrae a los tiempos de mi niñez, en plena guerra civil. En el pueblo de Montclar de Berga, en la comarca rural del Bergadán, había unos desertores ocultos en unas cuevas excavadas bajo tierra, y la policía republicana, que había recibido una vaga denuncia en el sentido indicado, acudió con sus fusiles, y golpeó el suelo con las culatas hasta que sonó a hueco. Abrió una zanja, descubrió a los desertores, de los que algunos consiguieron escapar corriendo, y uno por lo menos murió. Este episodio lo viví muy de cerca.

1384 Los descendientes de Bato, fundador de Cirene.

1385 Aquí el término griego indica que se trata de una ciudad fortificada.

1386 Unos diez kilómetros.

1387 El equipaje era muy pesado y el vestido dificultaba la marcha.

1388 Una de las provincias orientales del imperio persa, la duodécima satrapía del rey Darío: es la moderna Balk.

1389 Este mismo castigo es el que inflige Dios a Herodes, *Hechos*, 12, 23: «Pero inmediatamente le hirió el Ángel del Señor porque no había dado gloria a Dios, y convertido en pasto de gusanos, expiró» (Biblia de Jerusalén).

1390 En ruta hacia la Biblia y el cristianismo...

LIBRO V
TERPSÍCORE

INTRODUCCIÓN

EL libro V de la *Historia* herodotea se caracteriza por la complejidad de su composición; desde esta perspectiva estamos en los antípodas del libro II, una monografía dedicada a Egipto. Empieza describiendo la campaña de Megabazo contra Tracia y Macedonia; la victoria de los peonios sobre los perintios (1-2). Sigue un excurso, muy al modo herodoteo, sobre las costumbres de los tracios; el país al norte de Tracia (3-10). Historia de Histieo y de Coes (11). Los peonios pasan al Asia (12-15). Costumbres de las tribus ribereñas del lago Prasias (16). Llegaba a Macedonia de unos legados persas (17-24).

A continuación se procede a un avance directo hacia el tema central de toda la obra de Heródoto: la sublevación jonia. Viaje de Histieo de Mileto a la corte persa; conquistas de Otanes en el Asia Menor (23-27). Campaña de Aristágoras contra Naxos (28-34). Antecedentes inmediatos de la sublevación: sus inicios. La diplomacia entra en acción: Aristágoras busca ayuda en Esparta (35-38). Los hijos de Anaxándridas; deserción y muerte de Dorieo (39-48). Estancia de Aristágoras en Esparta (49-51). Castigo ejemplar de Sardes (52-54). Alianza de los jonios con Atenas. Asesinato de Hiparco y exilio de Hipias (55-65). Clístenes asume el poder en Atenas: sus reformas constitucionales (66-69). Las luchas contra Iságoras y Cleómenes (70-76). Guerras contra Calcis, Beocia, Tebas y Egina; causas de la enemistad entre Atenas y Egina (77-89). Hipias en Esparta; la tiranía en Corinto (90-93). La lucha junto al cabo Sigeo; Hipias en Asia Menor (94-96). La alianza de los pueblos jonios: el libro se cierra con la narración de la sublevación jonia: la toma e incendio de Sardes; victorias de los persas en Éfeso (97-103). Deserción y sumisión de Chipre (104-115). Conquistas de los persas de Iságoras (116-120).

El logos persa, 6.ª parte. Conclusión

1. Pero los persas que Darío había dejado atrás en Europa al mando de Megabazo sometieron, del Helesponto, en primer lugar a los perintios[1391], que de ningún modo querían ser súbditos de Darío, ya que tiempo atrás los peonios[1392] les habían tratado con dureza. A estos peonios, efectivamente, que viven junto al Estrimón, su dios los había mandado, por un oráculo, salir en campaña contra los perintios. Cuando éstos ya hubieran acampado frente a ellos, si entonces les llamaban por sus nombres, en tal caso debían atacarles, pero si no les llamaban, debían abstenerse de atacar. Y los peonios hicieron lo siguiente: cuando los perintios acamparon frente a ellos en el espacio que hay delante de su ciudad, entonces ellos, los peonios, propusieron un desafío entre los dos bandos, consistente en tres duelos singulares. Hicieron luchar a hombre contra hombre, caballo contra caballo y perro contra perro. Los perintios vencieron en dos de estos encuentros y, alborozados, entonaron el peán. Los peonios, por su parte, creyeron que el oráculo aludía precisamente a esto, y se dijeron entre sí: «Probablemente ahora se cumple el oráculo, ahora nos toca a nosotros.» Y atacaron a los perintios que habían entonado el peán, y les fueron muy superiores. De los perintios, muy pocos quedaron con vida.

2. Esto es, pues, lo que a los peonios les ocurrió la primera vez, las cosas fueron así. Aunque ahora los perintios lucharon denodadamente por su libertad, Megabazo y los persas los vencieron por su superioridad numérica. Una vez sometida Perinto, Megabazo condujo su ejército a través de la Tracia, donde sometió al rey todas las ciudades, todas las tribus que viven allí. Porque Darío le había encargado la sumisión de la Tracia.

El logos tracio (3-10)

3. El pueblo de los tracios es el mayor de entre todos los hombres descontando, naturalmente, el de los indios. Si lo rigiera una sola persona o bien pensaran todos de la misma manera en mi opinión este pueblo sería irreductible, sería con mucho el más potente de todos. Pero el caso no es tal, pues es impensable, es imposible que entre ellos se dé algo así. Y son débiles por este motivo. Tienen muchos nombres, que dependen de cada una de las tribus. Todos tienen, desde todos los puntos de vista, las mismas costumbres, a excepción de los getas, de los trausos[1393] y de las tribus que viven al norte de los crestoneos.

4. Los usos de los getas, que creen en la inmortalidad, ya los he explicado[1394]. Las costumbres de los trausos coinciden exactamente con las de los demás tracios, pero en lo que se refiere al nacimiento y a la muerte he aquí cómo se comportan: los parientes se sientan alrededor del recién nacido y se lamentan por todos los males que deberá soportar, puesto que ha nacido[1395]: enumeran todos, absolutamente todos los dolores humanos. Pero sepultan bajo tierra, con bromas y alegría, al que ha muerto, advierten los males de que ahora, vivo ya en una felicidad eterna, se ve libre.

5. Pero las gentes que viven al norte de los crestoneos he aquí lo que hacen: cada uno tiene muchas mujeres. A la muerte de uno de ellos estalla entre las mujeres una gran disputa, y sus amigos hacen un verdadero esfuerzo para determinar cuál de aquellas mujeres fue más querida por el difunto. A aquella a la que resulta asignada la preferencia y se lleva el premio, hombres y mujeres la llenan de elogios, y los parientes más próximos la llevan como víctima al sepulcro. La sacrifican y la entierran junto a su marido. Las demás esposas lo tienen por un gran infortunio, porque para ellas es la peor afrenta[1396].

6. Entre los demás tracios hay el siguiente uso: venden a sus hijos, los exportan a países extranjeros. Pero sus hijas los tienen sin cuidado, porque ellos permiten que mantengan relaciones sexuales con los hombres que ellas prefieran. En cambio, a sus esposas no les quitan el ojo de encima; las han comprado a sus padres por mucho dinero. Llevar tatuajes es señal de origen noble, no llevarlos señala origen vulgar. Vivir sin dar golpe es para ellos lo más bello, y trabajar la tierra lo más vergonzoso. También es lo más bello vivir de la guerra y hacer botín. Éstos son sus usos, sus costumbres más

sorprendentes.

7. Sólo dan culto a tres dioses: Ares, Dioniso y Ártemis[1397]. Pero los reyes en eso se apartan de sus súbditos, pues prefieren dar culto a Hermes, juran sólo por él y aseguran ser descendientes suyos.

8. Las maneras de enterrar a los adinerados es ésta: exponen[1398] tres días al difunto y celebran un banquete para el que sacrifican víctimas, pero previamente a todo esto lo han llorado[1399]. Luego lo sepultan tras haberle incinerado, o bien lo entierran de cualquier otra manera. Después levantan un túmulo[1400], y seguidamente organizan competiciones de diversos tipos, para las que se ofrecen los trofeos más valiosos según los méritos de los vencedores en las distintas modalidades. De modo que entre los tracios los entierros son así.

9. Acerca del dominio que está al norte de este país y acerca de sus habitantes nadie puede decir nada con certeza; el país que está más allá del Istro es desierto, a todas luces, y su extensión es ilimitada. Personalmente pude comprobar que los únicos hombres que viven más allá del Istro son los llamados siginas[1401], que se visten a la usanza de los medos. Sus caballos tienen todo el cuerpo peludo; la longitud de los pelos es de unos cinco dedos. Son pequeños, chatos e ineptos para la montura, en cambio, uncidos a un carro son muy fogosos. Por eso los nativos viajan en carro. Sus dominios se extienden hasta casi llegar a tocar a los vénetos en el Adriático. Dicen de sí mismos que descienden de los medos. Pero yo fui incapaz de averiguar cómo es que son descendientes de los medos; en último término, durante tantísimo tiempo todo pudo ser posible. Los ligures, que viven al norte, sobre Masalia[1402], llaman siginas a los comerciantes, pero los chipriotas dan este nombre a los venablos.

10. Pero, como explican los tracios, las abejas[1403] ocupan las regiones más allá del Istro, y por culpa suya no es posible penetrar más hacia el interior. En lo que a mí se refiere, cuando dicen estas cosas hacen afirmaciones inverosímiles. Pues estos animales parecen muy sensibles al frío, y yo creo que las regiones situadas debajo de la Osa[1404] son inhabitables precisamente por el frío. De modo que esto es lo que se cuenta acerca de este país. Pero la región de él que toca al mar, Megabazo la sometió a los persas.

EL LOGOS PERSA, 7.ª PARTE (11-INICIO 28)

11. Cuando Darío, después del paso del Helesponto, llegó a Sardes, recordó los buenos servicios que le había prestado Histieo de Mileto[1405] y el buen consejo que le diera Coes[1406], el de Mitilene. Los llamó para que acudieran a Sardes y los autorizó para pedirle algo. Histieo, que ya era tirano de Mileto, no le solicitó ninguna ampliación de sus dominios, pero le pidió, en cambio, el paraje de Mircino, en el país de los edones, pues quería fundar allí una ciudad. Y Coes, que no gobernaba en solitario, sino que era un simple ciudadano, le pidió la tiranía de Mitilene. Cumplidos los deseos de uno y otro, cada uno se dirigió al lugar de su elección.

12. Pero a Darío le ocurrió que, tras haber contemplado lo que explicaré, le entró el ansia de encargar a Megabazo, el que había sometido a los peonios, que los deportara de Europa a Asia. Se trata de esto: allí había dos hombres peonios, Pigres y Mantias. Cuando Darío pasó a Asia, ellos, que aspiraban a la tiranía sobre los peonios, se presentaron expresamente en Sardes, haciéndose acompañar de su hermana, que era ya mayor y muy bella. Acecharon el momento en que Darío tomó asiento[1407] públicamente en un suburbio, ataviaron a su hermana lo mejor que pudieron y la mandaron a buscar agua: llevaba un cántaro sobre la cabeza, mientras que con un brazo tiraba de un caballo, e hilaba lino con la mano. Cuando la mujer pasó por delante de Darío le llamó la atención porque lo que hacía no estaba en uso ni en Persia ni en Lidia ni en ningún lugar habitado de Asia[1408]. La cosa le interesó, y mandó a algunos alabarderos a averiguar qué hacía la mujer del caballo. Ellos la siguieron, y la mujer, cuando llegó al río, abrevó al caballo y luego de haberlo abrevado y de haber llenado de agua el cántaro, deshizo su camino llevando el cántaro en la cabeza y tirando del caballo con el brazo, al tiempo que iba hilando.

13. Darío se maravilló de lo que oía de sus informadores y de lo que él mismo veía, y mandó que condujeran a aquella mujer a su presencia. Cuando se la llevaron, sus hermanos paraban no lejos de allí, observándolo todo de cerca. Darío les preguntó de dónde eran, y los jóvenes le respondieron que eran peonios y que aquella mujer era su hermana. Darío insistió en preguntar

qué hombres eran los peonios y dónde de la tierra habitaban, y qué era lo que pretendían cuando habían acudido a Sardes. Ellos respondieron a las dos preguntas que lo habían hecho para ofrecerse a él ellos mismos y que la Peonia era un país de cerca del río Estrimón, no lejos del Helesponto: en él había lugares habitables y ellos eran colonos de los teucros de Troya. Explicaron esto, y Darío inquirió de ellos si las mujeres allí eran tan laboriosas. Y ellos respondieron al punto que sí (por eso precisamente[1409] lo habían hecho todo).

14. Entonces Darío mandó un escrito[1410] a Megabazo, a quien había dejado en Tracia como comandante, en el que le ordenaba deportar de sus sedes a los peonios, que debía trasladar allí, junto con sus mujeres e hijos[1411]. Inmediatamente, un jinete portador del mensaje corrió hacia el Helesponto, lo franqueó y entregó el escrito a Megabazo, el cual, tras haberlo leído, se hizo con unos guías y desde la Tracia marchó contra la Peonia.

15. Los peonios, enterados de que los persas marchaban contra ellos, se concentraron y acamparon junto al mar, pensando que los invasores persas atacarían por allí. Los peonios, pues, se aprestaban a rechazar al ejército de Megabazo, que los invadía, pero los persas, informados de que los peonios se habían concentrado y de que custodiaban los accesos por mar, puesto que disponían de guías[1412], torcieron hacia la ruta interior y, sin que los peonios lo advirtieran, cayeron sobre su ciudad, desguarnecida de hombres; habían asaltado una ciudad desierta, por lo que la ocuparon fácilmente. Los peonios, cuando supieron que su capital había sido ocupada, se dispersaron inmediatamente, cada uno regresó a su casa y se entregaron a los persas. Y así fue como las tribus peonias de los siropeonios[1413], de los peoples[1414] y de los habitantes de la franja que se extiende hasta el lago Prasíade[1415] se vieron expulsados de sus sedes y fueron conducidos a Asia.

16. En cambio, los peonios habitantes cerca de la cordillera del Pangeo [los de las tribus de los doberes, los agrianes[1416] y los odomantos][1417] y los que vivían en el mismo lago Prasíade en ningún momento pudieron ser sometidos por Megabazo. Éste había intentado someter así a los que vivían junto al lago: en medio de él hay montado un tablado sostenido por postes muy altos; se accede al tablado por una pasarela realmente estrecha. Probablemente, en sus orígenes los postes que sostienen el tablado fueron

puestos en común por todos los ciudadanos, pero al correr del tiempo se impuso la norma de que el que se casara debía recoger de los montes llamados Orbelo[1418] tres postes por cada mujer y ponerlos debajo. Y ellos se casan con muchas mujeres. Éste es su género de vida: cada uno es dueño de una cabaña en el tablado, que es donde vive, y de una trampilla que a través del tablado del suelo va a dar al lago. Por temor a que resbalen, atan de un pie a los niños pequeños[1419] con una soga. Suministran pescado como forraje a sus caballos y a sus rebaños. Hay allí tantos peces que si a través de la trampilla practicada, abierta, echan al lago un cesto vacío y al cabo de poco tiran de él hacia arriba, ya está lleno de peces. Los hay de dos tipos, que ellos llaman pápraces y tilones[1420].

17. De modo que los peonios sometidos fueron remitidos a Asia. Y Megabazo, luego de sojuzgar a los peonios, mandó como embajadores a Macedonia a siete persas, a los que, después de él, eran los más prestigiosos. Fueron enviados a Amintas, a solicitar de él tierra y agua[1421] en homenaje al rey Darío. Del lago Prasíade a Macedonia la distancia es muy poca. En primer lugar, junto al lago hay los yacimientos de plata que más tarde rindieron a Alejandro[1422] un talento diario, y, después de la mina, el que haya franqueado el monte llamado Disoro[1423] se encuentra ya en Macedonia.

18. Bien: cuando los persas enviados a Amintas llegaron a él y él los recibió en audiencia, le pidieron tierra y agua en honor del rey Darío. Amintas prometió que les haría entrega de ello, y los invitó a un banquete. Los obsequió con una comida espléndida y se mostró muy afable con los persas. Concluido el banquete, los persas, a la hora de la bebida, hablaron así: «¡Amigo macedonio! Entre nosotros, los persas, es normal, cuando hemos celebrado un gran banquete, introducir, para que participen de él, a nuestras concubinas y también a nuestras mujeres legítimas. De modo que, ya que nos has acogido tan amistosamente y nos has invitado tan espléndidamente, y has asegurado que quieres entregar tierra y agua al rey Darío, ¡sigue ahora nuestra costumbre!» A lo cual respondió Amintas: «¡Hombres de Persia! Tal costumbre no se da entre nosotros, sino que hombres y mujeres van por separado. Pero ya que vosotros, dueños nuestros, lo pedís, también eso os será concedido.» Tras estas breves palabras Amintas mandó a buscar a las mujeres. Ellas, ante tal requerimiento, se presentaron y se sentaron delante de

los persas, cara a cada uno, unas al lado de otras. Los persas observaron la belleza de aquellas mujeres, se dirigieron a Amintas y le dijeron que lo que había hecho era torpe. Ya de antemano hubiera sido preferible que las mujeres no hubieran acudido, eso mejor que lo de ahora, que se habían presentado y se habían sentado no al lado de ellos, sino que, para tortura de sus ojos, se les habían puesto enfrente. Forzado por la necesidad, Amintas les ordenó sentarse al lado de ellos. Las mujeres obedecieron, y los persas les manosearon inmediatamente los pechos, pues habían bebido demasiado vino, y algunos de ellos incluso intentaron besarlas.

19. Cuando Amintas lo vio no hizo nada, aunque lo llevó muy a mal, pero los persas le infundían un gran temor. Alejandro, el hijo de Amintas, también estaba presente y lo vio. Era joven e inexperto de males, de modo que no se pudo contener; muy enojado dijo a Amintas: «Padre mío, piensa en tus años, retírate a descansar y no te quedes más aquí, mientras bebemos. Me quedaré yo, y ofreceré a estos huéspedes lo que necesiten.» Amintas conjeturó que Alejandro se proponía algo grave, y le contestó: «¡Hijo mío, cuidado! Por lo que dices me parece entender que estás quemado de ira: haces que me vaya y proyectas hacer algo muy malo. Te pido con instancia que no hagas nada imprudente contra estos hombres, no sea que nos arruines. Más bien soporta lo que ves. Pero sí que obedezco tu consejo de retirarme.»

20. Amintas le pidió esto y se retiró, y Alejandro dijo a los persas: «¡Huéspedes! Estas mujeres están totalmente a vuestra disposición, incluso si queréis holgar con ellas, la que queráis. Sobre esto vosotros ya lo indicaréis. Pero ahora ya casi os llega la hora de echaros, tanto más cuando veo que habéis cogido una buena cogorza. Si os parece bien, dejad estas mujeres, que se vayan a lavar. Cuando se hayan lavado, las tendréis otra vez.» Los persas estuvieron muy de acuerdo con estas palabras, y él, cuando ellas salieron, las mandó al gineceo, y luego se procuró tantos hombres imberbes como mujeres había, los vistió con ropas de mujer, les dio un puñal a cada uno y los hizo entrar. Con aquellos hombres dentro se dirigió a los persas: «¡Persas! Me parece que habéis sido invitados a un banquete perfecto: todo lo que tenemos y todo lo que nos ha sido posible encontrar para ofrecéroslo, disponéis ya de todo ello, y, lo que es ya el colmo, como un bien añadido[1424] os cedemos a nuestras madres y a nuestras hermanas para que sepáis perfectamente cómo

os hemos honrado con lo que os merecéis. Así podréis referir al rey que os ha remitido a nosotros cómo un hombre griego, comandante macedonio, os ha acogido generosamente tanto en la mesa como en el lecho.» Tras estas palabras, Alejandro hizo sentar al lado de cada hombre persa a un hombre macedonio disfrazado de mujer y apenas los persas intentaron meterles mano, los macedonios los mataron.

21. De manera que un destino así aniquiló a éstos en persona y a su séquito. Porque, naturalmente, los seguían carruajes, servidores y el resto del equipaje; todos desaparecieron juntamente con aquéllos[1425]. Casi inmediatamente después tuvo lugar, por parte de los persas, una búsqueda intensa de estos hombres, pero Alejandro[1426] los eludió con su caletre, pues donó mucho dinero y entregó a su propia hermana, que se llamaba Gigea, a Búbares, el hombre persa que había sido enviado como jefe de los que buscaban a los asesinados. Y así Alejandro se lo ganó. La muerte de estos persas, que llegó a ser descubierta, fue silenciada.

22. Resulta que lo sé personalmente: estos hombres eran griegos, como ellos mismos dicen, descendientes de Perdicas, y en narraciones posteriores[1427] expondré que lo eran verdaderamente. Además, también los que en Olimpia supervisan y regulan los Juegos[1428] de los griegos reconocieron que la cosa era así. Pues cuando Alejandro resolvió tomar parte en los juegos y bajó[1429] a Olimpia precisamente con esta intención, los contrincantes griegos que debían competir con él en las pruebas intentaron impedírselo: decían que la prueba no se organizaba para luchadores de los bárbaros, sino para griegos. Alejandro declaró que él era argivo, y fue declarado griego. Cuando compitió en el estadio[1430] llegó al mismo tiempo que el primero[1431]. Todo lo que sucedió fue más o menos esto[1432].

23. Bien: Megabazo llegó con los peonios al Helesponto y, luego que lo cruzó, se dirigió a Sardes. Pero Histieo de Mileto ya había rodeado con un muro la ciudad que había solicitado de Darío como contrapartida por la vigilancia del puente de naves (esta ciudad se llamaba Mircino, situada a orillas del río Estrimón); Megabazo, cuando supo lo que Histieo había hecho, así que llegó a Sardes con sus peonios, dijo a Darío: «¿Rey, qué es lo que has hecho? A un griego que es inteligente y astuto le has permitido levantarse una ciudad en la Tracia, país en el que hay mucha madera para astilleros, mucha

madera para remos y, además, minas de plata. Es un país rodeado por todas partes de poblaciones griegas, y donde vive una población muy numerosa de bárbaros. Sólo que lleguen a tener un cabecilla, y estarán dispuestos a hacer aquello a lo cual Histieo de día y noche los induce. Tú interrumpe las actividades de este hombre, no sea que una guerra te oprima en tu propio país. Haz que acuda a ti por las buenas, acaba con sus actuaciones. Y cuando lo tengas cogido, procura que de ningún modo pueda regresar a los griegos.»

24. Con estas palabras, Megabazo convenció fácilmente a Darío, porque previó exactamente lo que iba a suceder. Darío remitió inmediatamente un mensajero a la ciudad de Mircino para que le dijera lo que sigue: «¡Histieo! El rey Darío declara esto: en mis reflexiones no encuentro a nadie más entendido y benévolo que tú hacia mi persona y mis empresas, y esto lo sé porque lo he experimentado de obra y no de palabra. Ahora pues (ya que tengo en mi mente la realización de grandes gestas), ven aquí, pues te las expondré.» Histieo dio crédito a estas palabras, y además consideraba un gran honor ser nombrado consejero del rey, por lo que se trasladó a Sardes. De modo que llegó a la ciudad, y una vez allí, he aquí lo que le dijo Darío: «Histieo, mira por qué te he mandado llamar: así que llegué aquí desde tierras de los escitas y te perdí de vista, en el escaso tiempo transcurrido no hay nada que yo haya deseado más que verte y hablar contigo. He comprendido que, de todas las adquisiciones, la más preciosa es la de un amigo inteligente y bien intencionado[1433]. Soy consciente de que ambas cualidades están en ti y puedo dar testimonio de tu actitud ante mis propósitos. Ahora, pues, ya que me has hecho el favor de acudir a mí, te propongo que abandones Mileto y la ciudad recién fundada en la Tracia, acompáñame a Susa, asume mis propios proyectos: sé mi comensal y mi consejero»[1434].

25. Tales fueron las palabras de Darío, nombró a Artafernes, su hermanastro por parte de padre, lugarteniente suyo en Sardes y marchó contra Susa[1435] acompañado de Histieo. Por otro lado había nombrado a Ótanes general en jefe de las tropas que guarnecían el litoral. Al padre de Ótanes, Sisamnes, que había entrado a formar parte de los jueces reales y que por dinero había emitido una sentencia injusta, el rey Cambises ordenó que lo decapitaran y que le arrancaran la piel. Cuando se la hubieron arrancado, Cambises mandó que la cortaran en tiras y que las tendieran sobre el trono en

el que, sentado, él mismo administraba justicia. Y Cambises, luego de haber hecho revestir este trono, nombró juez, reemplazando a Sisamnes, al hijo de éste, Ótanes, intimándole a que se acordara del trono en el que, sentado, administraría justicia.

26. Este Ótanes, que se sentaba en tal trono y que ahora era sucesor de Megabazo en el mando de las tropas, tomó las ciudades de los bizantinos y de los calcedonios, después conquistó Antandro, en la Tróade, y Lamponio, y con unas naves que obtuvo de los lesbios se apoderó de las islas de Lemnos y de Imbros, que por aquel entonces aún estaban habitadas por los pelasgos.

27. Los lemnios pelearon con denuedo y se defendieron durante algún tiempo, pero acabaron siendo sometidos. Los persas impusieron como gobernador de los supervivientes a Licareto, quien gobernó en Lemnos hasta su muerte[1436]... La causa de esto[1437] fue la siguiente: los sometió y los redujo a todos a esclavitud: a unos los acusaba de desertores del ejército que marchó contra los escitas, y a otros de haber causado daños al ejército de Darío cuando se replegaba de su campaña contra los escitas.

28. Ótanes, pues, llevó todo esto[1438] durante su generalato. Pero pronto la mala situación de entonces quedó notablemente aliviada...

La sublevación jonia (28-VI, 32)

... mientras que a los jonios por segunda vez, ahora por culpa de Naxos y Mileto, empezaron a sobrevenirles males. Naxos destacaba efectivamente entre todas las islas por su prosperidad, mientras que en la misma época Mileto había alcanzado el florecimiento máximo de toda su historia, y era la joya de Jonia. Antes de estos sucesos, dos generaciones atrás, había sufrido mucho por luchas intestinas, hasta que los parios restablecieron el orden; efectivamente, los milesios los habían elegido, de entre todos los griegos, para que los reconciliaran.

29. He aquí cómo los parios los reconciliaron: sus hombres más representativos viajaron a Mileto porque se habían dado cuenta de su mala administración. Les dijeron que querían recorrer el territorio. Lo hicieron, lo recorrieron de punta a punta, y cuando veían, en la región devastada, un

campo bien cultivado, tomaban el nombre del propietario. Inspeccionado el país entero, encontraron pocos campos así, y de regreso a la ciudad convocaron una asamblea, y propusieron que administraran la ciudad aquellos cuyos campos habían visto bien cultivados. Pensaban —así lo expusieron— que éstos tendrían un buen cuidado de la cosa pública como lo habían tenido de sus propiedades. Al resto de milesios, que hasta entonces se peleaban entre ellos, ordenaron la obediencia a éstos.

30. Los parios, pues, reconciliaron a los milesios de esta manera, pero precisamente en aquella época comenzaron a surgir calamidades para la Jonia; las que siguen: el pueblo[1439] expulsó de Naxos a unos hombres de entre los ricos[1440], y estos desterrados se refugiaron en Mileto. A la sazón en Mileto gobernaba Aristágoras, hijo de Molpágoras, yerno y primo de Histieo, el hijo de Liságoras, que Darío retenía en Susa. Histieo era tirano de Mileto, y se encontraba en Susa cuando llegaron los naxios que ya anteriormente habían sido huéspedes de Histieo. Llegados a Mileto, los naxios solicitaban de Aristágoras que, de algún modo, les concediera una ayuda militar para regresar a su país. Aristágoras consideró que, si aquéllos regresaban a Naxos gracias a él, podría hacerse con el dominio de tal isla. Tomó como motivo los vínculos de hospitalidad que lo unían con Histieo, y les dijo: «Yo no estoy en situación de garantizaros que pueda poner a vuestra disposición una fuerza militar tan importante que os pueda devolver la ciudad contra la voluntad de los naxios. Me he enterado de que ellos disponen de ocho mil hoplitas[1441] y de una gran flota de guerra. Pero yo pongo en ello todo mi interés y encontraré una solución. Lo que pienso es lo siguiente: Artafernes es mi amigo, es hijo de Histaspes y hermano del rey Darío. Él en Asia es el que manda sobre los pueblos que viven en el litoral, posee un gran ejército y muchos navíos. Yo creo que este hombre hará lo que nosotros le pidamos.» Los naxios, al oír esto, dejaron que Aristágoras manejara la cosa tan bien como pudiera, y le indujeron a prometer regalos. Decían que ellos correrían con los gastos del ejército. Albergaban la gran esperanza de que, cuando ellos aparecieran ante Naxos, los naxios harían todo lo que ellos les exigieran, y asimismo los restantes isleños; Darío no dominaba todavía ninguna de las islas Cícladas.

31. Cuando Aristágoras llegó a Sardes describió a Artáfrenes la isla de

Naxos: no era muy extensa, pero sí muy bella y muy fértil. No estaba lejos de Jonia: en ella había mucho dinero y muchos esclavos: «¡Tú sal en campaña contra este país y reintegra a él a los desterrados! Si lo haces, tienes a tu disposición, de parte mía, grandes sumas de dinero, ello sin contar los gastos de la campaña, pues es justo que éstos los aportemos nosotros, los inductores, y, además, ganarás para el rey las islas: Naxos misma, y las que dependen de ella, Paros, Andros y las restantes, las llamadas Cícladas. Desde estas bases te será fácil atacar Eubea, una isla extensa y próspera, no menor que Chipre, y muy fácil de conquistar. Para someter a todos éstos basta con disponer de cien naves.» Y Artáfrenes le contestó así: «Para la casa del rey tú eres un jefe de grandes empresas, y en todo aconsejas bien, exceptuando el número de naves. En vez de cien, a principios de primavera tendremos doscientas a nuestra disposición. Pero para estos planes debe otorgar su licencia el rey en persona.»

32. Cuando Aristágoras hubo oído esto, regresó a Mileto exultante de alegría. Luego que Artáfrenes fue enviado a Susa a exponer a Darío los planes de Aristágoras, a los cuales Darío dio su conformidad, armó doscientos trirremes y además un gran contingente de persas y de otros aliados[1442]. Puso al frente de estas fuerzas a Megábatas[1443], un hombre persa del linaje de los aqueménidas, primo suyo y de Darío; el lacedemonio Pausanias, el hijo de Cleómbroto (si es que realmente hay algo cierto en esta historia), más tarde se prometió con la hija de Darío, pues su gran aspiración era llegar a tirano de toda Grecia. Luego que nombró general en jefe a Megábatas, Artáfrenes envió el ejército a Aristágoras.

33. Megábatas[1444] salió de Mileto tomando consigo a Aristágoras, a los naxios y la flota jonia, aparentemente en dirección al Helesponto. Pero cuando tocó Quíos hizo que las naves navegaran hacia Cáucasa[1445] con la intención de lanzarlas contra Naxos aprovechando los vientos boreales[1446]. Y he aquí lo que sucedió, puesto que era del destino[1447] que los naxios no perecieran por esta campaña: cuando Megábatas hacía la ronda para revisar los puestos de guardia en las naves, había una nave mindia[1448] que no lo tenía. La cosa le irritó grandemente, y dio la orden de que sus lanceros[1449] detuvieran al capitán de esta nave, que se llamaba Escílax, y que lo ataran medio colgando por una tronera de la línea inferior de la nave; así que lo

dejaron con la cabeza fuera y medio cuerpo dentro. Escílax fue amordazado, pero alguien denunció a Aristágoras que Megábatas había mandado atar a su huésped mindio y lo había tratado vergonzosamente. Aristágoras corrió e intercedió ante el persa a favor de Escílax. Pero no logró nada de lo que le pedía, y acudió él mismo y lo desató. Al enterarse Megábatas lo llevó muy a mal, e increpó a Aristágoras. Pero éste le replicó: «¿Qué es lo que pasa contigo y con tu manera de proceder? ¿Es que Artáfrenes no te ha enviado para que me obedezcas y navegues hacia donde yo te ordene? ¿Por qué te metes en lo que no te importa?» Esto es lo que dijo Aristágoras. Y Megábatas, lleno de cólera, así que se hizo de noche, mandó gentes en una barca a Naxos, para que advirtieran a los naxios de todo lo que ocurría.

34. Los naxios no sospechaban en absoluto que esta flota hubiera zarpado contra ellos. Cuando lo supieron trasladaron inmediatamente todos sus bienes muebles al interior del recinto de la muralla, y lo prepararon todo ante el asedio que se les venía encima. Se aprovisionaron a toda prisa de víveres y de bebidas dentro de sus muros, y los reforzaron. Naturalmente, se preparaban para la guerra que los amenazaba. De modo que cuando, desde Quíos, aquéllos condujeron sus naves contra Naxos, se encontraron con unos defensores bien preparados; el asedio duró cuatro meses. Pero el dinero que los persas se habían traído al venir se agotó, Aristágoras mismo encima había invertido mucho más y el asedio exigía más continuamente; entonces construyeron unos fortines para los naxios exiliados y ellos regresaron al continente en muy malas condiciones.

35. De modo que Aristágoras no pudo cumplir con su promesa a Artáfrenes: le oprimían por un lado los costes ocasionados por la expedición, y le preocupaba el ejército, que lo había pasado mal; además, se había enemistado con Megábatas, y temía verse despojado de la tiranía de Mileto. Por el temor que le infundían todas estas cosas pensó en rebelarse. Sucedió, además, que llegó de Susa, de parte de Histieo, un hombre con la cabeza tatuada que le indicaba que desertara del rey[1450]. De hecho Histieo, que quería sugerir a Aristágoras que se rebelara, no tenía ninguna manera segura de hacerlo, porque los caminos estaban vigilados. Ante ello, afeitó la cabeza al más fiel de sus servidores, le tatuó los signos y esperó a que el cabello le volviera a crecer. Así que le hubo crecido lo mandó a Mileto dándole la única

orden de que, una vez llegado a la ciudad, dijera a Aristágoras que observara su cabeza después de haberle rasurado los cabellos. Los signos indicaban, como ya he dicho, revolución. Histieo, por su parte, lo hacía considerando que le era una gran calamidad aquella permanencia forzada en Susa. Abrigaba una gran esperanza de regresar al mar si estallaba una revuelta, mientras que si, en Mileto, él no hacía algo imprevisto, pensaba que no volvería nunca.

36. Histieo, pues, mandó al mensajero meditando todas estas cosas. Y en Aristágoras coincidió todo para moverle a la sedición. Deliberó con sus partidarios, les expuso sus planes y les declaró el mensaje de Histieo. Todos se declararon de acuerdo y le aconsejaron que se atreviera a sublevarse. Sólo Hecateo[1451] el logógrafo discrepó, desaconsejando iniciar la guerra contra el rey de los persas. Enumeró todos los países sobre los que Darío mandaba, y les comentó la enormidad del poderío militar persa. Al no sacar nada de ello, les aconsejó que por lo menos se hicieran dueños del mar, ya que él no veía que de otra manera la empresa pudiera tener algún éxito, pues sabía muy bien que las tropas de Mileto eran débiles. Ahora bien: si se echaba mano de las valiosas ofrendas que Creso, el rey lidio, había depositado en el santuario de los Bránquidas[1452], en tal caso Mileto podía muy bien convertirse en dueña del mar, pues la ciudad tendría dinero, y los enemigos no podrían robarlo. Estos tesoros eran inmensos, como ya he explicado en el primer libro de estas Historias[1453]. Ni tan siquiera este consejo le fue aceptado, aunque se decidieron por la sublevación. Alguien debía zarpar hacia Miunte[1454] al encuentro del ejército que regresaba de Naxos, para intentar detener a los jefes militares que se encontraban en la escuadra.

37. Yatrágoras[1455] fue enviado con esta misión y, luego que mediante un ardid lograra detener a Olíato[1456] de Milasa, hijo de Ibanolis; a Histieo[1457] de Termera, hijo de Timnes; a Coes[1458] —el individuo a quien Darío recompensó con Mitilene—, hijo de Erxandro; a Aristágoras de Cime, hijo de Heraclides, y a otros muchos, entonces ya se vio clara la deserción de Aristágoras, que ideó contra Darío todo lo imaginable. Empezó por suprimir, pero fue sólo aparentemente, la tiranía, y estableció en Mileto la igualdad ante la ley[1459]: así los milesios desertarían de buen grado juntamente con él.

Luego hizo lo mismo en el resto de Jonia. Para ello destituyó a algunos tiranos, y a los que cogió de las naves que habían navegado con él contra Naxos, a éstos, los entregó a sus ciudades, pues quería ganarse las simpatías de ellas, cada uno a aquella de la cual procediera.

38. Los mitileneos, así que tuvieron a Coes en su poder, lo sacaron de la ciudad y lo lapidaron. En cambio, los cimeos se limitaron a desterrar al suyo, y esto ocurrió en la mayoría de ciudades. De todos modos, esto significó el final del régimen tiránico en las ciudades. Luego que Aristágoras de Mileto hubo derrocado a los tiranos, sugirió que en cada ciudad se nombraran estrategos[1460], e inmediatamente él mismo se embarcó en un trirreme y partió hacia Lacedemonia, pues necesitaba todavía encontrar una alianza relativamente importante.

39. En Esparta ya no reinaba Anaxándridas, el hijo de León, pues había muerto, y ocupaba el reino su hijo Cleómenes, y, por cierto, no por su valor personal, sino por su linaje. Pues Anaxándridas tenía por esposa, a la que quería de todo corazón, a la hija de una hermana suya. Pero no tuvieron hijos. Ante esta situación, los éforos[1461] lo llamaron y le dijeron: «Mira: si tú no te preocupas por ti, nosotros no podemos pasar por alto el hecho de que el linaje de Eurístenes[1462] se extinga. Repudia a esta mujer, que no te da hijos, y cásate con otra. Si lo haces, será del agrado de los espartanos.» Él les contestó que no haría ni una cosa ni la otra, y que era un mal consejo el que ellos le daban, que abandonara a la mujer que tenía, la cual no le había faltado en nada, y que se llevara a otra a su casa. De modo que no les haría ningún caso.

40. Los éforos y los gerontes[1463], después de una deliberación, propusieron a Anaxándridas lo siguiente: «Te vemos encadenado a la que ahora es tu mujer, pero por lo menos haz lo que te sugerimos y no te subleves contra ello, no sea que los espartanos decidan contra ti algo muy distinto. Ya no te pedimos que repudies a tu mujer actual, pero sí que además de ella te lleves a tu casa a otra que te dé hijos.» Le dijeron esto, y Anaxándridas lo aprobó. De modo que desde entonces tuvo dos mujeres y mantuvo dos hogares[1464], cosa absolutamente insólita entre los espartanos[1465].

41. No mucho tiempo después, la segunda esposa trajo a este Cleómenes al mundo, y con ello dio a los espartanos un heredero del trono. La primera

mujer, que durante todo el tiempo anterior había sido estéril, precisamente ahora quedó, también ella, embarazada, pero sufrió una contrariedad. Estaba realmente preñada; cuando los parientes de la segunda mujer lo supieron empezaron a divulgar el rumor de que ella se jactaba sin motivo alguno de estar embarazada; lo que pretendía era endosarles un hijo supositicio. De esto se habló mucho, y cuando el momento del parto se aproximaba los éforos desconfiaron de la mujer parturienta y no la perdieron de vista. Ella parió primero a Dorieo, inmediatamente después dio a luz a Leónidas y aún, en tercer lugar, tuvo a Cleómbroto; algunos sostienen que Leónidas y Cleómbroto fueron mellizos. La segunda mujer, la madre de Cleómenes, era una de las hijas de Prinátadas, el hijo de Demármeno, y ya no tuvo más hijos.

42. Cleómenes, según se dice, no estaba en sus cabales, más bien era casi un loco. Dorieo descollaba entre sus coetáneos y estaba seguro de que él en persona, por su inteligencia, llegaría al gobierno. Esto era lo que pensaba, pero Anaxándridas murió y los lacedemonios, según su legislación, proclamaron rey al mayor, a Cleómenes. Y Dorieo se enojó, se negó a ser gobernado por Cleómenes, solicitó de los espartanos un grupo de ciudadanos y los llevó a fundar una colonia sin consultar al oráculo de Delfos[1466] a qué país debía dirigirse para fundarla y sin cumplir nada de lo usual. Irritado como estaba, mandó las naves a Libia; sus guías eran hombres de Tera[1467]. Luego que llegó a Cínipe[1468], se estableció en la región más bella de los libios, a orillas de un río. Pero al cabo de dos años fue expulsado del lugar por los libios macas y por los cartagineses, y se fue al Peloponeso.

43. Pero allí Antícares de Eleón[1469], movido por unos vaticinios de Layo, le aconsejó que fundara Heraclea, en Sicilia. Le dijo que el territorio de Érix pertenecía a los heraclidas, ya que lo había conquistado el propio Heracles. Cuando lo oyó, recurrió a Delfos para que el oráculo le diera una respuesta sobre si debía apoderarse del país al que se dirigía. La respuesta de la Pitia fue que sí, que debía apoderarse de él. Así que Dorieo recogió su flota, la que ya había remitido a Libia, y navegó a lo largo de Italia.

44. Los sibaritas cuentan que por aquella época ellos mismos y su rey Telis estaban a punto de salir en campaña contra Crotona. A los crotoniatas les había entrado un gran pavor, habían pedido ayuda a Dorieo y habían conseguido lo que pedían. De manera que Dorieo marchó con ellos en

campaña contra Síbaris y conquistaron conjuntamente la ciudad. Los sibaritas dicen que esto lo hicieron Dorieo y sus gentes. Sin embargo, los crotoniatas sostienen que, en su guerra contra los sibaritas, a excepción de Calias, un vidente de Elis, del linaje de los Yámidas[1470], ningún extranjero los apoyó; Calias lo hizo porque logró escapársele a Telis, el tirano de los sibaritas, y se pasó a ellos; en la guerra que hacía contra Crotona, los sacrificios que ofrecía no indicaban buenos agüeros a Telis. Esto es lo que cuentan los crotoniatas.

45. Como pruebas, ambas partes aducen lo siguiente: los sibaritas un recinto sagrado y un templo mandados edificar por Dorieo, junto al cauce seco del Cratis, en honor de Atena bajo la invocación de Cratia. Además, para ellos la prueba más sólida es la misma muerte de Dorieo, pues murió por el hecho de haber actuado contra lo que le advertían los vaticinios. En efecto, si él no hubiera obrado de manera inversa, sino que hubiera realizado aquello para lo cual él salió, es evidente que habría conquistado la región de Erix y después de conquistarla la habría mantenido: él mismo y su ejército no habrían perecido. Los crotoniatas, al contrario, aluden al hecho de que al eleo Calias le fueron donados muchos trozos escogidos de tierra (que en mi época retenían todavía los descendientes de Calias), pero que ni a Dorieo ni a sus descendientes se les dio nada. Y, desde luego, a Dorieo, sólo con que en la guerra contra Síbaris hubiera ayudado algo, le habrían dado mucho más que a Calias. Bien: éstas son las pruebas que cada una de las partes puede aportar. Nos podemos adherir a las que cada uno crea más fiables.

46. Como cofundadores con Dorieo viajaron otros espartanos, Tésalo, Parébatas, Céleas y Eurileonte. Éstos llegaron con toda la flota a Sicilia, pero murieron en combate, pues fueron derrotados por los fenicios[1471] y por los de Egesta[1472]. De los que tomaron parte en la fundación sólo sobrevivió a este desastre Eurileonte, quien recogió a los supervivientes del ejército, ocupó Minoa, la colonia de los selinusios, y los ayudó a deshacerse de su tirano, Pitágoras. Cuando lo hubo eliminado, asumió él personalmente la tiranía de Selinunte, pero gobernó poco tiempo, pues los selinusios se alzaron contra él y le mataron, sin atender para nada al hecho de que se hubiera refugiado en el altar de Zeus Agoreo[1473].

47. Siguió a Dorieo y murió con él Filipo, un hijo de Butácidas, hombre de Crotona, que se había comprometido con la hija de Telis de Síbaris. Huyó

de Crotona, pero después, fallidas sus pretendidas nupcias, navegaba hacia Cirene; luego, partiendo de aquí, seguía la expedición con un trirreme de su propiedad y sostenía a sus expensas a sus hombres; había sido vencedor olímpico y era el hombre más apuesto de su tiempo. Por su apostura, los de Segesta le tributaron honores más que a cualquier otro; incluso se lo propiciaron con sacrificios en un templete que se levantó sobre su tumba.

48. Dorieo, pues, murió del modo descrito. Si hubiera tolerado ser gobernado por Cleómenes y se hubiera quedado en Esparta, en ella habría llegado a rey, pues el reinado de Cleómenes fuy muy breve[1474] y, encima, murió sin hijos; dejó una hija única llamada Gorgo.

49. Aristágoras, pues, el tirano de Mileto, llegó a Esparta[1475], regida entonces por Cleómenes. Los lacedemonios afirman que entabló conversaciones con él, y que en ellas se valía de una tabla de bronce sobre la cual figuraba trazado el perímetro íntegro de la tierra, todo el mar y todos los ríos. Entablaron, pues, las conversaciones, y Aristágoras le decía: «Cleómenes, no te maravilles de mi interés en acudir aquí. Porque la situación actual es que los hijos de los jonios en vez de ser libres son esclavos, lo cual es una vergüenza y un grandísimo dolor para nosotros mismos, pero también para los restantes, los demás griegos, y para vosotros, que sois los primeros de Grecia. Por los dioses de los griegos, liberad a los jonios de esta esclavitud, que por algo os son consanguíneos. Y esta empresa es tal, que os saldrá bien fácilmente, porque los bárbaros no son fuertes, mientras que vosotros, en lo que concierne a la guerra, habéis llegado al más alto nivel de valor. He aquí su táctica de combate: luchan con arcos[1476] y lanzas cortas, acuden a la batalla con pantalones anchos y con turbantes en la cabeza. Realmente, es fácil derrotarlos. Para los que viven en aquel continente hay más riquezas que las que todos los demás juntos hayan reunido alguna vez, empezando por el oro, la plata, el hierro, vestidos de todos los colores, animales de tiro y esclavos. Si os lo tomáis en serio, podréis haceros con todo ello. Ellos viven unos a continuación de otros, como voy a indicaros. Junto a los jonios hay éstos, los lidios. Residen en un país muy fértil y son ricos en minas de metales nobles.» Esto es lo que decía, al tiempo que iba señalando cada cosa en el perímetro de la tierra que había grabado en la tabla de bronce que llevaba consigo. Y continuó su descripción:

«Con los lidios —continuó diciendo Aristágoras— por el lado de oriente limitan éstos, los frigios. Tienen todo lo que yo conozco[1477]: los rebaños más pingües y las tierras más feraces. A los frigios los siguen los capadocios (nosotros los llamamos sirios), y limitan con ellos los cilicios, que se extienden hasta este mar, éste[1478], en que está la isla de Chipre. Abonan al rey[1479] un tributo anual establecido de quinientos talentos. Con estos cilicios de aquí confinan éstos, los armenios, aquí; también ellos son ricos en rebaños. A los armenios, los siguen los matienos, los dueños de este país[1480]. Confinan por aquí con el país de Cisia, donde, para acabar, junto a este río, el Coaspes, está la famosa Susa, la sede del gran rey; las cámaras que guardan sus tesoros y sus propiedades están ahí. Si llegáis a conquistar esta ciudad podréis competir tranquilamente con Zeus en riquezas. De manera que debéis dejar para después las luchas por unas tierras poco extensas, de límites reducidos y no tan prósperas, las que sostenéis contra los mesenios, que os igualan en poder, contra los arcadios y los argivos, que no tienen ni tanto oro ni tanta plata, por las cuales el afán de lucha a algunos de vosotros os llevará a morir, ello cuando podéis fácilmente dominar el Asia entera. ¿Qué otra cosa elegiríais?»[1481]. Tales fueron las palabras de Aristágoras, a las que Cleómenes respondió con las siguientes: «¡Huésped de Mileto! Dejo la respuesta para dentro de tres días.»

50. De momento, pues, las cosas llegaron hasta aquí. En el día señalado comparecieron ambos en el lugar de la cita. Y Cleómenes preguntó a Aristágoras cuántos días duraba el viaje desde el mar Jonio hasta el rey. Aristágoras, que normalmente era muy listo y hasta entonces había logrado embaucarle perfectamente, aquí metió la pata. Allí necesitaba no ser sincero si realmente quería que los espartanos se trasladaran al Asia, y, sin embargo, contestó que la marcha duraría tres meses. Cuando Aristágoras se disponía a disertar sobre el camino, Cleómenes le atajó y le dijo: «¡Huésped milesio! Abandona Esparta antes de la puesta de sol, pues a los lacedemonios no les dices ninguna palabra atinada cuando pretendes que hagan una ruta marítima que dura tres meses.»

51. Y después de estas palabras, Cleómenes se retiró a su residencia; Aristágoras, por su parte, cogió un ramo de olivo, de suplicante[1482], y se dirigió al palacio de Cleómenes. Cuando llegó a él pidió, en calidad de

suplicante, a Cleómenes que le oyera luego de hacer salir a la niña. Porque precisamente entonces Cleómenes tenía a su lado a su hija, que se llamaba Gorgo. No tenía más hijos, y la niña contaba ocho o nueve años de edad. Cleómenes le invitó a que dijera lo que quisiera, y que no se callara nada por la presencia de la niña. Entonces Aristágoras empezó por prometerle diez talentos si él accedía a sus demandas. Cleómenes rehusó, y Aristágoras pujó, ofreciendo cada vez más dinero, hasta que llegó a los cincuenta talentos, ante lo cual la niña exclamó: «¡Padre mío! El extranjero te sobornará si no te alejas, si no te vas.» Y Cleómenes, divertido por el consejo de su hija, lo hizo, se fue a otro aposento, al tiempo que Aristágoras abandonaba Esparta. No había logrado explicarse ante el rey más minuciosamente sobre la expedición.

52. He aquí lo que hay de este camino. A lo largo de él existen postas reales y los albergues más lujosos. Todo él discurre por países seguros y densamente poblados. A través de la Lidia y de la Frigia discurre por veinte estadios, o sea noventa y cuatro parasangas y media. Desde Frigia sigue el curso del río Halis, en cuyas márgenes hay unas puertas que necesariamente hay que pasar para llegar al río. Aquí hay una guarnición muy poderosa. El que haya entrado en la Capadocia y, atravesándola, llegue a los confines de los cilicios encuentra veintiocho postas en una extensión de ciento cuatro parasangas. En estos confines pasarás por dos puertas y dejarás a tus espaldas dos guarniciones militares. El que haya superado todo esto y viaje a través de la Cilicia se encontrará con tres postas en una distancia de quince parasangas y media. La frontera entre la Cilicia y la Armenia la traza un río que hay que cruzar navegando; se trata del Éufrates. En la Armenia hay quince postas, en un recorrido de cincuenta y seis parasangas y media; en él hay una guarnición militar. El que desde esta región de Armenia pase a la de los matienos hará un trayecto de ciento treinta y siete parasangas, en el que hay treinta y cuatro postas. Por esta región fluyen cuatro ríos navegables que es ineludible atravesar. El primero es el Tigris, siguen un segundo y un tercero que tienen el mismo nombre, Zábato[1483], pero que no son el mismo río, ni nacen en el mismo lugar. El primero de los que he dicho discurre por Armenia, el segundo por la región de los matienos. El cuarto de estos ríos es el Gindes, que cierta vez Ciro dividió en trescientos sesenta canales. Quien pase de aquí

a la región de Cisia para llegar al río Coaspes recorrerá cuarenta y dos parasangas y media y puede contar con once postas. El río Coaspes debe ser atravesado por medio de una nave, y encima de él se levanta la ciudad de Susa. En total las postas que he citado son ciento once; el que suba[1484] de Sardes a Susa dispone de otros tantos albergues para alojarse.

53. Si el camino real ha sido medido correctamente en parasangas, y una parasanga son treinta estadios (y lo cierto es que son treinta), entonces desde Sardes al palacio real que se llama de Memnón[1485] hay una distancia de trece mil quinientos estadios, o sea, cuatrocientas cincuenta parasangas. Personas que recorran cada día ciento cincuenta estadios necesitan exactamente noventa días.

54. De manera que el milesio Aristágoras había dicho la pura verdad cuando respondió al lacedemonio Cleómenes que el camino hacia arriba, hasta el palacio real, duraba tres meses. Para quien desee un número más preciso que éste voy a indicar que al trayecto indicado hay que añadir la distancia que va de Éfeso a Sardes. He aquí, pues, lo que yo sostengo: desde el mar griego[1486] hasta Susa —éste es el nombre de la ciudad de Memnón—, hay en total catorce mil cuarenta estadios; los tres meses del viaje se ven acrecentados en tres días.

55. Luego que Aristágoras fue expulsado de Esparta se dirigió a Atenas, que se había liberado así de la tiranía: a Hiparco, hijo de Pisístrato, hermano del tirano Hipias, que había tenido en sueños una visión clarísima acerca de su destino, le asesinan Harmodio y Aristogitón, ambos del antiguo linaje de los gefireos, tras lo cual, durante cuatro años, los atenienses fueron regidos no menos tiránicamente que antes, sino aún más. La visión de Hiparco en sueños había sido ésta:

56. En la noche precedente a las Panateneas[1487], a Hiparco le pareció ver que un hombre corpulento y de aspecto muy apuesto se colocaba encima de él y le decía estos versos enigmáticos:

Sufre, oh león, con ánimo paciente lo insufrible,
jamás el hombre injusto escapa del castigo.

Así que amaneció, consultó a la vista de todos esta visión a los intérpretes de sueños, pero luego prescindió de ella y encabezó la procesión en la que,

ciertamente, murió.

57. Los gefireos, linaje al cual pertenecían los asesinos de Hiparco, eran de extracción, como ellos mismos cuentan, eretria. Pero yo lo he investigado más a fondo: remontando, me he encontrado con que eran fenicios, de aquellos fenicios llegados con Cadmo a la tierra hoy llamada Beocia. Habitaron el dominio de Tanagra[1488], que les correspondió por sorteo. Inicialmente fueron los cadmeos los que se vieron expulsados de allí por los argivos, y estos gefireos posteriormente se vieron expulsados por los beocios, y se refugiaron en Atenas. Los atenienses los aceptaron en calidad de conciudadanos en virtud de un acuerdo según el cual quedaban excluidos de muchos derechos[1489] que aquí no voy a enumerar.

58. Pero estos fenicios llegados con Cadmo, a los cuales pertenecían los gefireos, cuando se establecieron en el país introdujeron entre los griegos muchas cosas dignas de saberse, y principalmente la escritura, que, por lo que a mí me parece, los griegos antes no conocían, y concretamente aquella que aún hoy usan todos los fenicios. Con el transcurso del tiempo, juntamente con los sones modificaron también la secuencia de los signos. Por aquellos tiempos vivían en la mayoría de las regiones griegas linajes jonios, los cuales, habiendo aprendido las letras gracias a que los fenicios se las enseñaron, modificaron levemente su secuencia y las usaron, llamándolas, como es justo, desde el momento en que las habían introducido en Grecia los fenicios, «letras fenicias». Según el uso antiguo, los jonios llamaron «pieles» a los rollos de papiro[1490]; puesto que éste escaseaba, se sirvieron de pieles de cabras y de ovejas, y todavía en mis tiempos muchos bárbaros escribían sobre estas pieles.

59. Yo mismo he visto letras cadmeas incisas en tres trípodes en el santuario de Apolo Ismenio, en Tebas de Beocia; eran muy parecidas a las jonias. Uno de estos trípodes tiene la inscripción:

Me consagró Anfitrión[1491] *al volver de los teléboas.*

En cuanto al tiempo, esto podría corresponder a la época de Layo, el hijo de Polidoro, el hijo de Cadmo[1492].

60. El otro trípode dice, en forma de hexámetros:

En honor de Apolo me consagró el púgil Esceo[1493]*,*
al dios que acierta de lejos; soy una espléndida obra.

Esceo podría ser el hijo de Hipocoonte, si es que fue realmente éste el que lo consagró y no otro que, en cuanto al nombre, coincidiera con el hijo de Hipocoonte, que vivió en la época de Edipo, del hijo de Layo.

61. También en hexámetros, el tercer trípode dice:

El rey Laodamante, él mismo, al infalible
Apolo me consagró tal bellísimo ornato.

Precisamente en la época de la monarquía[1494] de este Laodamante, que fue hijo de Eteocles, los cadmeos se vieron expulsados por los argivos y se dirigieron a los enqueleos, pero los gefireos se quedaron donde estaban y luego, huyendo de los beocios, se fueron a Atenas. Hay santuarios erigidos por ellos en Atenas en cuyos cultos no participan los demás atenienses, sino que son santuarios ajenos a todos los restantes, principalmente el de Deméter Acaya y sus ritos sagrados[1495].

62. O sea, que he narrado la visión tenida en sueños por Hiparco y el origen de los gefireos, a los que pertenecían sus asesinos. Ahora me toca reanudar el relato que fue inicialmente mi intención narrar: la manera como los atenienses se deshicieron de los tiranos.

Durante su tiranía, precisamente por la muerte de Hiparco, Hipias se exasperó contra los atenienses, y los alcmeónidas[1496], de linaje ateniense y que habían sido desterrados[1497] por Pisístrato, conjuntamente con los demás exiliados atenienses, intentaron lograr el regreso por la fuerza. Pero sufrieron un gran descalabro en su intentona de regresar y de liberar Atenas, tras el cual se hicieron fuertes en Lipsidrio[1498], al norte de Peonia, rodeando la plaza con una muralla. Entonces los alcmeónidas, que contra los pisistrátidas eran capaces de tramar cualquier cosa, ofrecieron una cantidad de dinero e hicieron que los anfictiones les encargaran la construcción íntegra del templo de Delfos, existente todavía hoy, pero que por aquel entonces no existía. Los alcmeónidas eran muy ricos y gozaban desde siempre de gran prestigio; levantaron un templo más bello, desde diversos puntos de vista, de lo que preveía el proyecto[1499]. El acuerdo había sido levantar todo el templo con

piedra toba, pero ellos construyeron la fachada con mármol de Paros[1500].

63. Bien: los atenienses explican que éstos, los alcmeónidas, ya asentados firmemente en Delfos, sobornaban con dinero a la Pitia cada vez que acudían a ella hombres de Esparta a solicitar un oráculo, tanto si llegaban a ella para un asunto privado como si lo hacían en nombre de la ciudad: les proponían[1501] la liberación de Atenas. Los lacedemonios, al ver que una y otra vez recibían el mismo encargo, mandaron a Anquimolio, el hijo de Aster, uno de los ciudadanos de más prestigio, a la cabeza de un ejército, con la misión de echar de Atenas a los pisistrátidas, y ello a pesar de la especial afinidad que suponía el hecho de que le eran huéspedes[1502]: los espartanos ponían la causa de los dioses por delante de la de los hombres. De modo que enviaron a Anquimolio con naves, por mar. Él tocó tierra en Fálero, e hizo desembarcar a su ejército, pero los pisistrátidas, que ya se habían enterado de la cosa, requirieron ayuda de Tesalia, puesto que unos y otros habían concluido un pacto de alianza. Ante tal solicitud, y de común acuerdo, los tesalios les enviaron mil jinetes[1503] con su rey a la cabeza, Cíneas[1504], un hombre nacido en Condea[1505]. Los pisistrátidas, ya con estos aliados, se pusieron manos a la obra: talaron la llanura de Fálero, hicieron estos territorios aptos para la caballería y enviaron la suya contra el campamento rival. En su ataque mataron a muchos lacedemonios, entre ellos a Anquimolio, y forzaron a los supervivientes a reembarcarse en sus naves. De modo que la primera campaña de los lacedemonios acabó de esta manera, y la tumba de Anquimolio está en Alópece, en el Ática, cerca del santuario de Heracles que hay en Cinosarges[1506].

64. Los lacedemonios equiparon[1507] y enviaron contra Atenas un ejército mayor, al frente del cual pusieron a Cleómenes, el hijo de Anaxándridas; ya no lo enviaron por mar, sino por rutas terrestres[1508]. Así que pisaron territorio ático la caballería tesalia fue lo primero que en la lucha se les opuso. Y al cabo de poco se dio a la fuga, con la pérdida de unos cuarenta hombres. Los supervivientes regresaron tal como estaban directamente a la Tesalia. Y Cleómenes alcanzó los arrabales de Atenas y encerró, con la ayuda de aquellos atenienses que deseaban verse libres, a los tiranos dentro del muro pelasgo[1509].

65. Lo cierto es que los lacedemonios no hubieran echado nunca por completo a los pisistrátidas, puesto que nunca se propusieron efectuar un asedio en toda regla, y además los pisistrátidas estaban muy bien provistos de víveres y de bebida, de modo que después de un asedio de algunos días los lacedemonios regresaron a Esparta. Y entonces sucedió por azar algo que fue fatal para unos, y para los demás muy oportuno: los hijos de los pisistrátidas, que iban a ser apartados sigilosamente del país, fueron capturados. Este golpe perturbó todos sus planes y aceptaron por sus hijos el precio que los atenienses exigieron: que en el plazo de cinco días abandonaran el Ática. Se trasladaron, pues, a Sigeo, a orillas del Escamandro. Gobernaron Atenas durante treinta y seis años[1510]. Eran de extracción pilia y nélida, y procedían de los mismos linajes que Codro y Melanto[1511], que primero fueron inmigrantes y luego reyes de Atenas. Por esto Hipócrates impuso a su hijo el nombre de Pisístrato, que adoptó en honor de Pisístrato, hijo de Néstor[1512].

Así fue como los atenienses se libraron de la tiranía. Ahora quiero explicar, ante todo, lo que hicieron, o sufrieron, digno de mención antes de que Jonia hiciera defección a Darío y Aristágoras de Mileto llegara a Atenas en demanda de ayuda.

66. Atenas, que ya anteriormente era una gran ciudad, ahora, después de verse libre de los tiranos, lo fue todavía en mayor grado[1513]. En ella descollaron dos hombres, el alcmeónida Clístenes, que tiene la fama de haber convencido a la Pitia, e Iságoras, el hijo de Tisandro, que, desde luego, procedía de una familia prestigiosa, pero yo no sé indicar cuáles fueron sus antepasados; los que pertenecen a su linaje ofrecen sacrificios a Zeus Cario[1514]. Estos dos hombres se peleaban por el poder, y Clístenes, que llevaba las de perder, se ganó la amistad del pueblo. Hasta entonces los atenienses estaban divididos en cuatro tribus, y él los dividió en diez, suprimiendo las designaciones hechas según los hijos de Ión, a saber Geleonte, Egícoras, Árgades y Hoples, e inventándose otras a base de otros héroes autóctonos, a excepción de Áyax, que no lo era; a pesar de ello, lo añadió, pues, si bien es verdad que era forastero, sin embargo era aliado y de una ciudad vecina[1515].

67. En eso me parece que Clístenes imitó a su abuelo materno, que se llamaba igualmente Clístenes, y era tirano de Sición. Pues este Clístenes

hacía la guerra a los argivos, y prohibió inmediatamente a los rapsodos organizar concursos en Sición, y ello fue debido a los poemas homéricos, que cantan casi exclusivamente a Argos y a los argivos[1516]. Además, existía, y existe todavía, precisamente en plena ágora de Sición, un templete dedicado a Adrasto, el hijo de Tálao; y Clístenes, ya que Adrasto era argivo, quería echarle del país. Acudió a Delfos y consultó si podía echar a Adrasto. La Pitia le da una respuesta: le dice que Adrasto es rey de los sicionios, y que él es un asesino[1517]. Pero cuando el dios no se lo concedió, él, después de su regreso pensó en una artimaña para quitarse de encima a Adrasto. Cuando creyó que ya la tenía mandó un emisario a Tebas de Beocia para que expusiera su voluntad de trasladar a Sición los restos mortales de Melanipo, el hijo de Ástaco. Los tebanos se lo concedieron. Cuando Clístenes hubo trasladado a Sición estos restos mortales, les asignó un recinto sagrado junto al pritaneo y allí, en el lugar más seguro, le edificó un santuario.

Clístenes había hecho que se trasladaran allí los restos mortales de Melanipo —pues esto también tiene que ser explicado— porque era un enemigo acérrimo de Adrasto, asesino de su hermano Mecisteo y de su yerno Tideo[1518]. Cuando le hubo adjudicado el santuario, abolió los sacrificios y los festivales que se ofrecían a Adrasto y los dedicó a Melanipo. Los sicionios acostumbraban a tributar a Adrasto honras magníficas. Pues estos mismos territorios habían pertenecido a Pólibo, de quien Adrasto era nieto por parte de madre. Cuando Pólibo murió sin descendencia masculina, confió el poder a Adrasto. Los sicionios le honraban del modo que es habitual, pero además con algo especial: rememoraban sus dolores mediante coros trágicos[1519], pero en ellos no honraban a Dioniso, sino a Adrasto. Clístenes devolvió los coros a Dioniso y dedicó el resto de los sacrificios a este Melanipo.

68. Esto es lo que se hizo contra Adrasto. Y Clístenes cambió las denominaciones de las tribus dorias[1520] para que los sicionios no tuvieran los mismos nombres que los argivos. Y al hacerlo se rió principalmente de los sicionios, pues permutó las denominaciones de las tribus por las palabras «cerdo» y «burro» y «puerco»[1521], añadiendo simplemente los sufijos correspondientes, con la única excepción de su propio linaje, al que impuso un nombre que tenía que ver con su magistratura. De manera que éstos se

llamaron «arquelaos», pero los restantes se llamaron, unos hiatas, otros oneatas y otros quereatas[1522]. Los sicionios usaron estos nombres de sus linajes en tiempos de Clístenes, y tras su muerte, todavía durante sesenta años. Luego por descontado que lo pusieron a debate y los modificaron recurriendo a los de hileos, panfilos y dimanatas, a cuyas tres tribus añadieron una cuarta, y adoptaron, en memoria de Egialeo, el hijo de Adrasto, el nombre de «egialeos»[1523] para designar a sus miembros.

69. Tal fue la actuación de Clístenes de Sición; y Clístenes el ateniense, que era nieto materno del sicionio y que ostentaba su mismo nombre, también fue, en mi opinión, uno que despreció a los jonios, o sea que imitó a su pariente homónimo: hizo que los atenienses no se dividieran en las mismas tribus que los jonios. Efectivamente: primero el pueblo de los atenienses le abominó[1524], pero luego que consiguiera atraérselo a su partido puso nombre a las tribus y aumentó su número, las hubo más que antes. De manera correspondiente instituyó diez filarcos[1525] en vez de cuatro, y en cada tribu estableció demos en número de diez[1526]. Y cuando tuvo al pueblo a su lado fue muy superior a sus enemigos.

70. Iságoras, por su parte, que ahora llevaba él las de perder, maquina la siguiente contramedida: llama al lacedemonio Cleómenes, que desde el asedio de los pisistrátidas le era huésped[1527]. Pero sobre Cleómenes pesaba la acusación de haber mantenido relaciones con la mujer de Iságoras. Primero Cleómenes envió un heraldo a Atenas con la exigencia de que desterraran a Clístenes y a muchos otros atenienses, los llamados «sacrílegos»[1528]. Fue por instrucciones de Iságoras por lo que el heraldo lo dijo, pues los alcmeónidas y sus partidarios eran culpables de un asesinato[1529]. Pero por ahí Clístenes y sus simpatizantes eran totalmente inocentes.

71. A los «sacrílegos» de Atenas se los llamó así por lo que sigue: entre los atenienses había un campeón olímpico llamado Cilón[1530], que aspiró[1531] a la tiranía. Se ganó el apoyo de sus coetáneos, formó una compañía[1532] e intentó ocupar la Acrópolis, pero fracasó y se sentó[1533] junto a la imagen de la diosa. Los prítanes de los naucraros[1534], que entonces gobernaban Atenas, le convencieron de que se levantara y de que se presentara a juicio, garantizándole la vida. Sobre los alcmeónidas pesa la acusación de haberle

asesinado. Lo cual sucedió antes de la época de Pisístrato.

72. Cuando Cleómenes envió el mensajero intentando desterrar a Clístenes y con él a los «sacrílegos», Clístenes, él personalmente, lo esquivó secretamente. Con todo, luego Cleómenes se presentó en Atenas con un pequeño contingente, y tras su llegada expulsó a setecientas familias atenienses que Iságoras le había señalado previamente. Luego de hacer esto, intentó disolver el Consejo[1535] y puso las magistraturas en manos de trescientos partidarios de Iságoras. Pero el Consejo se resistió y se negó a obedecer, ante lo cual Cleómenes, Iságoras y sus partidarios ocuparon la acrópolis. Pero el resto de los atenienses, que estaba a favor del Consejo[1536], los asediaron durante dos días, y al tercero los asediados lacedemonios pactaron una tregua y salieron del país. De modo que para Cleómenes se cumplía la profecía: de hecho, había subido a la acrópolis para conquistarla, había acudido al sagrario[1537] de la diosa pretextando consultarla, pero la sacerdotisa se levantó de su asiento antes de que él franqueara la puerta, y le dijo: «Extranjero espartano, vuelve sobre tus pasos y no intentes penetrar en este santuario, en el que no está permitido que los dorios entren»[1538]. Y él repuso: «Mujer, yo no soy dorio, soy aqueo.» De modo que despreció totalmente la predicción de la sacerdotisa, intentó entrar, y se vio expulsado con sus lacedemonios. A los demás asediados atenienses los encarcelaron para ejecutarlos; entre ellos estaba Timesiteo de Delfos, un individuo bravo y fuerte, del que se podrían contar muchas gestas. En suma, que estos hombres murieron amordazados en la cárcel.

73. Luego los atenienses hicieron que Clístenes y las setecientas familias perseguidas por Cleómenes se repatriaran y mandaron emisarios a Sardes porque deseaban cerrar una alianza con los persas. Eran muy conscientes de que se habían suscitado una enemistad muy fuerte con Cleómenes y con los lacedemonios. Cuando sus emisarios llegaron a Sardes y expusieron sus mandatos, Artáfrenes, el hijo de Histaspes y gobernador de Sardes, les preguntó qué clase de gentes eran y en qué parte del mundo vivían, que solicitaban convertirse en aliados de los persas. Cuando los emisarios se lo hubieron aclarado les contestó así, sin rodeos: «Si los atenienses ofrecen al rey Darío tierra y agua[1539], yo les prometo esta alianza. Pero en el caso de que no se lo ofrecieran, les exijo que se alejen.» Los emisarios dijeron, bajo

su propia responsabilidad, que ofrecerían una y otra cosa, porque querían de cualquier modo cerrar la alianza. Pero después, cuando regresaron a su país, fueron objeto de graves inculpaciones.

74. Cleómenes, por su parte, creía que los atenienses se habían burlado de él de palabra y de obra, de manera que reclutó un ejército compuesto de gentes de todo el Peloponeso sin declarar por qué lo reclutaba. Quería vengarse del pueblo de Atenas e imponerle como tirano a Iságoras, ya que lo habían echado de la acrópolis juntamente con él. De manera que Cleómenes irrumpió con un gran ejército en Eleusis[1540], y los beocios, según un acuerdo, tomaron Énoe e Hisias, los municipios extremos del Ática. Por el otro lado[1541] irrumpieron los calcidios, que asolaron sin parar plazas del Ática. Los atenienses, aunque se veían cercados por todas partes, decidieron ir más tarde por los beocios y los calcideos, y se enfrentaron con los peloponesios, a quienes ya tenían en Eleusis.

75. Cuando iban ya a entrar en batalla, primero los corintios, argumentando que lo que hacían no era justo, cambiaron de opinión y se fueron, y después de ellos hizo lo mismo Demarato, el hijo de Aristón, que era también rey de Esparta[1542] y que hasta aquel momento nunca había disentido de Cleómenes. Y a causa de esta disensión, en Esparta se promulgó una ley: ya no era legal que ambos reyes siguieran al ejército en una expedición, pues, de hecho, hasta aquel entonces ambos lo habían seguido; a su vez, puesto que uno de los reyes quedaba exento de estas responsabilidades, quedaba también exento de ellas uno de los tindáridas[1543], porque antes también los dos seguían al ejército en calidad de protectores[1544]. La consecuencia fue que los demás aliados acampados en Eleusis, al percatarse de que los reyes de los lacedemonios no estaban de acuerdo y de que los corintios se habían retirado de la formación, también ellos se fueron.

76. Ésta fue la cuarta vez que los dorios penetraron en el Ática: la habían invadido dos veces en son de guerra y dos veces buscando el bien del pueblo ateniense. En la primera incursión fundaron Mégara[1545] (y esta expedición podría llamarse «la de la época de Codro», que a la sazón reinaba en Atenas). Por segunda y por tercera vez llegaron al Ática remitidos por Esparta, para expulsar a los pisistrátidas; la cuarta vez fue cuando Cleómenes, al mando de los peloponesios, invadió el territorio de Eleusis: fue ésta, como digo, la

cuarta vez que los dorios se dirigieron contra Atenas.

77. Esta expedición, pues, acabó sin pena ni gloria, y los atenienses, sedientos de venganza, montaron en primer lugar una campaña contra los calcideos. Los beocios acudieron al Euripo[1546] en ayuda de los calcideos, y cuando los atenienses observaron que éstos venían en su ayuda, les pareció muy indicado atacar primero a los beocios antes que a los calcidios. De manera que hubo un choque contra los beocios, en el cual los atenienses fueron muy superiores. Hicieron una auténtica matanza y cogieron vivos a setecientos. En el mismo día, los atenienses pasaron a Eubea y lucharon también contra los calcideos. Les derrotaron igualmente, y dejaron a cuatro mil colonos[1547] en el país de los «criadores de caballos»[1548]. «Criadores de caballos»: así fueron llamados los «gordos»[1549] de los calcidios. Y a todos aquellos que cayeron prisioneros vivos los retuvieron en cautividad juntamente con los beocios, encadenándolos previamente. Pasado algún tiempo los pusieron en libertad valorando a cada uno en dos minas. Las cadenas con las que los habían encadenado las colgaron de la acrópolis. En mis tiempos existían todavía y pendían del muro circular incendiado por los medos, frente a la sala orientada hacia poniente. Del dinero del rescate consagraron un diezmo, y forjaron con él una cuadriga de bronce. Si se sube a la acrópolis está a mano izquierda, en los propileos. En este muro hay grabada la siguiente inscripción:

Los de Atenas aquí domeñaron calcideos, beocios
en la bélica lid; el hosco hierro apagó
su insolencia; un diezmo ofrecieron en yeguas,
éstas que ves, a Palas Atena gran don.

78. Los atenienses, pues, aumentaban su fuerza. Se demuestra que la libertad[1550] de palabra[1551], no sólo desde un punto de vista, sino de todos, es algo valioso y bello, pues cuando los atenienses tenían tiranos no fueron superiores en la guerra ni a uno solo de sus vecinos; ahora que se vieron libres de tiranos, fueron con mucho los primeros. Ello demuestra que, cuando estaban sometidos, eran cobardes intencionadamente porque trabajaban para un señor: pero, cuando quedaron libres, cada uno se afanaba en realizar obras en beneficio propio.

79. Tal era la situación de Atenas; entretanto los tebanos mandaron legados al dios, pues deseaban vengarse de los atenienses. La Pitia les contestó que con sólo sus fuerzas no lograrían la venganza. Debían convocar la asamblea popular[1552] y pedir ayuda a sus vecinos. Cuando los mensajeros hubieron regresado, anunciaron el vaticinio a la asamblea del pueblo. Al oír que debían solicitar la ayuda de sus vecinos, los tebanos dijeron: «¿Nuestros vecinos no son los de Tanagra, los de Coronea, los de Tespis? Éstos es muy cierto que han luchado siempre con empeño a nuestro lado y han asumido las guerras con nosotros. ¿Por qué, entonces, debemos pedírselo? No puede ser éste el sentido del vaticinio.»

80. Mientras decían esto, uno de los oyentes comentó: «Yo creo conjeturar el significado del oráculo. Se dice que Asopo tuvo dos hijas, Tebe y Egina. Puesto que las dos eran hermanas, yo pienso que el dios nos ha respondido que debemos solicitar de los eginetas que nos sean compañeros en la venganza.» Nadie supo ofrecer un consejo mejor, y los atenienses remitieron al punto mensajeros a Egina a explicar que, según el oráculo, la ciudad debía apoyarlos, puesto que los eginetas eran sus vecinos más próximos. Y éstos se comprometieron a enviar a los eácidas[1553] para que los ayudaran.

81. Los tebanos cobraron confianza por la alianza de los eácidas y entablaron batalla contra los atenienses, pero sufrieron un descalabro: entonces devolvieron a los eácidas y demandaron soldados. Los eginetas, engreídos por su gran prosperidad, se acordaron de una enemistad antigua con los atenienses, y desde el momento que los tebanos les pidieron ayuda hicieron solapadamente la guerra a Atenas. De hecho, mientras los atenienses perseguían a los beocios zarparon con sus naves de guerra contra el Ática, devastaron el Fálero y muchos municipios del resto de la costa[1554]; al hacerlo, causaron graves perjuicios a los atenienses.

82. La antigua enemistad contra los atenienses por parte de los eginetas tuvo los siguientes orígenes: a los epidaurios sus tierras no les rendían ningún fruto. Los epidaurios consultaron al dios de Delfos por esta calamidad. La Pitia les reclamó levantar imágenes a Damia y a Auxesia[1555]: si lo hacían, las cosas les irían mejor. Los epidaurios siguieron consultando si las estatuas habían de ser de bronce o de piedra. Pero la Pitia les prohibió ambos materiales: podían ser sólo de madera de olivo no silvestre. Los epidaurios

solicitaron de los atenienses que les permitieran cortar un olivo[1556], porque creían que los olivos atenienses eran sin duda alguna los más sagrados. Se dice que en aquella época en ninguna otra parte del mundo, excepto en Atenas, había olivos. La respuesta de los atenienses fue que se lo darían a condición de que ofrecieran cada año sacrificios a Atena Polias y a Erecteo. Los epidaurios se mostraron de acuerdo con estas condiciones, recibieron el olivo que solicitaban, hicieron de él las estatuas de los dioses y las erigieron. Y desde entonces sus tierras les rindieron frutos y ellos cumplieron aquello a lo que se habían comprometido con los atenienses.

83. Por lo demás, todavía en esta época y aun antes los eginetas estaban sujetos a los epidaurios en bastantes cosas, entre ellas en los procesos[1557] y para regular el comercio mutuo. Pero ahora prescincieron de los epidaurios[1558] por una irracional confianza en sí mismos y se construyeron naves poderosas. De manera que se convirtieron en sus rivales, y los atacaron porque eran los dueños del mar; les quitaron también las estatuas de Damia y Auxesia[1559]. Las trasladaron al centro de su propia isla, al lugar llamado Oya, que dista no más de veinte estadios de la ciudad[1560], y las colocaron allí. Cuando las hubieron colocado, se reconciliaron con ellas por medio de sacrificios y de la institución de coros burlescos femeninos[1561] y dispusieron que para cada una de las dos divinidades hubiera diez hombres coregos. Pero los coros no despotricaban de los hombres; sí, en cambio, de las mujeres del país. Los epidaurios practicaban unos cultos iguales. Y también entre ellos hay cultos secretos.

84. Desde el momento en que estas estatuas fueron robadas, los epidaurios no cumplieron más los compromisos adquiridos con los atenienses. De ahí que éstos les enviaran legados para que les expresaran su enojo. Pero ellos en su respuesta alegaron que no cometían ninguna injusticia: durante todo el tiempo que habían tenido las estatuas en su país habían cumplido sus compromisos. Pero, cuando se vieron desposeídos de ellas, ya no era justo que entregaran nada, y sugirieron que hicieran sus reclamaciones a los eginetas, puesto que ahora eran ellos los que retenían las estatuas. A continuación los atenienses mandaron emisarios a Egina a exigir las imágenes. Pero los eginetas contestaron que ellos nada tenían que ver con los atenienses.

85. Ahora bien: los atenienses[1562] dicen que después de su reclamación el Estado[1563] envió sólo a unos pocos ciudadanos en un trirreme[1564] para recuperar las estatuas. Luego que ellos llegaron a Egina, intentaron arrancar las estatuas, que eran de madera[1565], de sus pedestales para llevárselas a su país. Pero no lograron hacerse con ellas de esta manera: entonces las ataron con cuerdas y tiraron de las estatuas de las diosas. Pero cuando lo hacían resonó una tronada, y juntamente con ella sacudió el lugar un terremoto. Los hombres del trirreme, que estaban tirando de las cuerdas, enloquecieron, y al tiempo del trueno y del terremoto se mataron entre ellos a fuer de enemigos; de ellos sólo sobrevivió uno que regresó a Falero.

86. Éstos son los sucesos según los atenienses; he aquí lo que cuentan los eginetas: los atenienses navegaron contra su isla no con una sola nave (aun en el caso de que los eginetas no hubieran dispuesto de naves, habrían rechazado fácilmente una nave, o unas pocas), sino con muchas. Pero ellos, los eginetas, los habían evitado y no habían entablado ninguna batalla naval. De todas formas, no podían señalar[1566] con precisión si los habían evitado porque eran muy conscientes de su inferioridad en la lucha naval, o si lo habían hecho con la intención de realizar lo que después realmente hicieron. Los atenienses, al ver que nadie les salía al encuentro, descendieron de sus naves y se dirigieron hacia el lugar de las estatuas. Pero tampoco ellos lograron arrancarlas de sus pedestales; las sujetaron, pues, con cuerdas y tiraron de ellas, hasta que ambas estatuas hicieron lo mismo —afirman algo a lo que yo no doy crédito, pero alguien quizás sí—, se postraron de hinojos delante de ellos[1567], y desde entonces siempre se han mantenido en esta posición. Hasta aquí lo que habrían hecho los atenienses. Pero los eginetas añaden que, cuando se enteraron de que los atenienses iban a marchar contra ellos, lograron el apoyo de los argivos. Los atenienses, pues, desembarcaron en Egina. Y los argivos ya estaban allí como aliados de los eginetas. Pasaron inadvertidamente de Epidauro a la isla, cayeron sobre los atenienses cuando éstos estaban separados de sus naves y los pillaron absolutamente desprevenidos; simultáneamente hubo la tronada y el terremoto.

87. Tal es la versión que ofrecen los argivos y los eginetas. Incluso los atenienses reconocen que uno solo de los suyos logró salvarse y llegar al Ática. Con la particularidad siguiente: los argivos explican que, cuando ellos

aniquilaron el campamento de los atenienses, hubo sólo este superviviente; los atenienses, por el contrario, aseguran que su descalabro fue obra de la divinidad. Y que ni tan siquiera este hombre sobrevivió, sino que murió así: luego que había llegado sano y salvo a Atenas, allí anunció el desastre. Y al enterarse de ello las esposas de los que habían marchado contra Egina se excitaron sobremanera por el hecho de que se hubiera salvado aquél sólo. Cogieron al hombre por todas partes, le pinchaban con las fíbulas de sus vestidos, y cada una iba preguntándole dónde estaba su marido. Este tal murió así, y a los atenienses la conducta de las mujeres les pareció todavía más deplorable que el descalabro. Era evidente que ellos no disponían de medios para castigar a las mujeres, pero las cambiaron de indumentaria y las vistieron a la jonia. Pues hasta entonces las mujeres de los atenienses usaban vestidos dorios[1568], que son muy parecidos a los corintios. De manera que los cambiaron por túnicas de lino: así ya no necesitarían fíbulas[1569].

88. Puntualizando más, esta indumentaria originariamente no es jonia, sino caria, puesto que la indumentaria femenina griega más antigua era idéntica en todas partes, la que ahora llamamos doria. Los argivos y los eginetas determinaron, además, lo siguiente: en ambos países las fíbulas habían de ser una mitad mayores que lo usual hasta entonces, y en los santuarios de sus diosas[1570] las mujeres debían ofrecer principalmente fíbulas[1571]. Además desde entonces se prohibió por ley ofrecer algo ático en el santuario, ni aunque se tratara tan sólo de una pieza de cerámica[1572]: se debía beber en vasos de fabricación local. Desde luego, las mujeres de los argivos y de los eginetas usaron, muchísimo tiempo, y todavía en mi época, por odio a los atenienses, unas fíbulas mayores que las de antes.

89. El inicio de la enemistad, que pasó de los atenienses a los eginetas, fue tal como se ha descrito. De manera que, cuando los tebanos los reclamaron, los eginetas acudieron de muy buen grado en ayuda de los beocios. Recordaban lo que había ocurrido con las estatuas de las diosas. Los eginetas asolaron las tierras litorales del Ática, y entonces a los atenienses, que ya habían hecho preparativos para abrir las hostilidades contra los eginetas, les llega desde Delfos un vaticinio: si se contenían durante treinta años a contar desde el tiempo en que los eginetas les habían inferido la ofensa, y en el año trigésimo primero dedicaban un recinto sagrado a Éaco, entonces podían,

simultáneamente, declarar la guerra a los eginetas y lograrían sus propósitos. En cambio, si empezaban la guerra inmediatamente, en el tiempo intermedio lo pasarían muy mal, aunque también experimentarían éxitos; acabarían sometiendo Egina. Cuando los atenienses oyeron la respuesta del oráculo, erigieron a Éaco el recinto sagrado existente todavía hoy en el ágora. Pero lo de los treinta años no lo aguantaron, cuando oyeron que debían contenerse durante este tiempo y tolerar la ofensa inferida por los eginetas.

90. Cuando ya se preparaban para la operación de castigo, les surgió un obstáculo por obra de los lacedemonios. Pues cuando éstos se enteraron de lo que los alcmeónidas habían tramado en referencia a la Pitia, y de lo que la misma Pitia había tramado contra ellos y contra los pisistrátidas, consideraron que era un doble infortunio, pues habían expulsado de sus países a unos hombres que les eran huéspedes y los atenienses no les habían mostrado el menor agradecimiento por su intervención. Además de esto, los movieron ciertos oráculos que afirmaban que, de parte de los atenienses, ellos iban a sufrir muchos reveses, oráculos que ellos antes no conocían, pero que ahora conocieron con precisión cuando Cleómenes se los llevó a Esparta. Los oráculos, antes en posesión de los pisistrátidas, que los habían abandonado en el santuario cuando fueron expulsados de él, Cleómenes los había recogido de la acrópolis de los atenienses. Puesto que los habían dejado en el santuario, Cleómenes pudo recogerlos.

91. Y entonces, cuando los lacedemonios tuvieron los oráculos de los dioses en sus manos y observaron la pujanza continua de los atenienses y que en modo alguno estarían dispuestos a sometérseles, comprendieron que el linaje ático, si gozaba de libertad, les igualaría en poder, mientras que, si lo dominaba una tiranía, sería débil y se prestaría a dejarse mandar. Advirtieron, pues, esto e invitaron a acudir a ellos desde Sigeo, en el Helesponto, [lugar[1573] al que habían huido los partidarios de Pisístrato], a Hipias, el hijo de Pisístrato. Cuando Hipias acudió a su llamada, los espartanos convocaron a los emisarios de los demás aliados y les dijeron: «¡Hombres aliados! Somos muy conscientes de que no hemos actuado correctamente. Envalentonados por oráculos falsos, expulsamos de sus países a unos hombres ligados a nosotros como ningún otro con vínculos de hospitalidad que se habían comprometido a mantener la sumisión de Atenas. Y luego de haberlo hecho,

hemos entregado la ciudad al pueblo, que es desagradecido. Cuando tal pueblo, por haberle nosotros liberado, levantó cabeza se ha deshecho de nosotros y de nuestro rey con escarnio y ultraje. Ahora crece hinchado de vanagloria, cosa que ya sus vecinos, los beocios y los calcideos, han aprendido de manera muy radical; quizás también a algún otro le tocará experimentar que ha cometido un error. Por eso, después que nosotros mismos hemos cometido estas faltas, ahora queremos, con vuestra ayuda, repararlas. Y precisamente para esto hemos hecho venir a éste, a Hipias, y a vosotros mismos desde vuestras ciudades, para que tracemos entre todos un plan y, mediante una expedición también común, le restituyamos Atenas y le devolvamos lo que antes le quitamos.»

92. Los lacedemonios dijeron esto, pero la mayoría de los aliados rechazó las propuestas. El resto de ellos se mantuvo en calma, pero el corintio Socles[1574] les dijo: «En verdad que el cielo estará debajo de la tierra y la tierra por el aire, sobre el cielo, que los hombres tendrán su residencia en el mar y los peces donde antes la tenían los hombres[1575] si vosotros, lacedemonios, derrocáis regímenes democráticos y os disponéis a instaurar en las ciudades unas tiranías que son lo más sanguinario y lo más injusto que alguna vez se haya visto entre los hombres. Pues si a vosotros os parece verdaderamente útil que las ciudades se vean gobernadas por tiranos, en tal caso proclamaos vosotros mismos un tirano, y luego intentad introducir a otros en el resto de ciudades. Pero si vosotros no tenéis la menor idea de lo que es un tirano y procuráis con todas vuestras fuerzas que esto no se dé en Esparta, entonces tratáis muy mal a vuestros aliados. Pues si de los tiranos supierais algo de lo que sabemos nosotros, sobre esto expondríais opiniones mejores que las de ahora. Corinto tiene, en efecto, la constitución siguiente[1576].

Había una oligarquía y eran éstos, me refiero a los baquíadas, los que gobernaban la ciudad. Se daban mutuamente a sus hijas en matrimonio y las tomaban como esposas. Pero Anfión, que pertenecía a estos hombres, tenía una hija tullida, que se llamaba Labda. Ninguno de los baquíadas quería tomarla por mujer, pero se casó con ella Eetión, el hijo de Equécrates, del municipio de Petra, miembro de la antigua familia de los lapitas y de los cenidas. Pero Eetión no tenía hijos ni de esta mujer ni de ninguna otra, por lo

que acudió a Delfos a consultar por su descendencia. Ya cuando entraba la Pitia le dijo estas palabras:

Nadie te honra, Eetión, y honras mereces. Preñada
Labda está; parirá un pedrusco que irá a estrellarse
sobre los oligarcas; hará justicia en Corinto.

Como fuere, este oráculo dado a Eetión llegó a conocimiento de los baquíadas. Ya había un oráculo anterior a éste impartido a Corinto, que ellos no entendieron, al igual que el dado ahora a Eetión; este oráculo anterior rezaba:

Hay en la roca un águila encinta, que tendrá un potente
león cruel, rompedor de los miembros de muchos.
¡Pensadlo,
por consiguiente, bien, corintios, los hoy residentes
en la bella Pirene y en Corinto, la envuelta por montes!

De manera que este viejo oráculo impartido a los baquíadas era oscuro. Pero ahora, cuando se enteraron del de Eetión, entendieron también el anterior, que concordaba con este último. Habían entendido, pues, este último y se quedaron muy tranquilos, pues tenían la intención de matar al hijo que le naciese a Eetión. Así que la mujer parió, enviaron al punto a diez de entre ellos al municipio en que residía Eetión para que mataran al niño. Llegados a Petra, a la mansión de Eetión, le exigieron a su hijo. Labda ignoraba por completo la causa de aquella venida, y creía que acudían por amistosa simpatía hacia el padre, por lo que cogió a su hijo y lo puso en brazos de ellos. Pero cuando ellos estaban en camino habían decidido que el primero que recibiera al niño en sus brazos lo dejaría caer al suelo. Bien: cuando Labda lo trajo y lo entregó, el niño, por disposición divina, sonrió al hombre que lo había tomado, y a éste, conmovido, la compasión lo privó de matarlo, y esta compasión lo movió a entregárselo a un segundo, y éste lo dio a un tercero. De modo que el niño pasó por las manos de los diez, cada vez a las del siguiente, y todos rehusaron matarlo. Finalmente devolvieron el niño a su madre y se fueron, y de pie en el mismo portal se echaron las culpas mutuamente, principalmente a aquel que había sido el primero en tomarlo y que no había obrado según el acuerdo. Al cabo de un tiempo les pareció bien

entrar otra vez y participar todos en la muerte del niño.

¡De manera que el hijo de Eetión debía llevar la desgracia a Corinto! Porque Labda lo había oído todo, ya que estaba detrás de la puerta. Temió que aquéllos cambiaran de opinión y que, si entraban por segunda vez, le matarían al niño, de manera que lo cogió y lo escondió en el lugar que le pareció el más disimulado, dentro de una arca; sabía bien que si daban la vuelta y acudían a buscarlo, lo revolverían todo. Que fue lo que sucedió. Y luego que volvieron a entrar y lo buscaron, pero no apareció a su vista, decidieron alejarse de allí y decir a los que los habían enviado que habían cumplido su encargo.

De manera que regresaron y dijeron esto. Y el hijo de Eetión creció y puesto que había escapado a este peligro oculto en una arca, por el nombre de ésta le impusieron el nombre de Cípselo[1577]. Llegado a adulto solicitó un oráculo, y de Delfos recibió una respuesta doblemente favorable. Él, confiado en ella, tanteó y se adueñó, efectivamente, de Corinto. La respuesta era la siguiente:

Feliz será el hombre que acaba de entrar en mi casa
Cípselo, hijo de Eetión y rey de Corinto gloriosa;
él y sus hijos, pero ya no los hijos de éstos.

De modo que éste fue el oráculo. Llegado a tirano, Cípselo fue un hombre así: persiguió a muchos corintios, robó a muchos sus haciendas, y a la gran mayoría de éstos también sus vidas.

Gobernó durante treinta años y tejió bien el tapiz de su vida; en la tiranía lo sucedió su hijo Periandro. Éste al principio fue más benigno que su padre, pero más tarde, cuando por medio de mensajeros entró en tratos con Trasibulo, el tirano de Mileto, se tornó mucho más sanguinario que su padre. Resulta que envió un heraldo a Trasibulo con esta consulta: de qué manera podría administrar más firmemente las cosas y regir óptimamente su ciudad. Trasibulo hizo salir, con él, al enviado de Periandro fuera de la ciudad, entró en un trigal sembrado y lo iba hollando mientras preguntaba al heraldo por el motivo y la ocasión de su llegada desde Corinto, y siempre le iba repitiendo la misma pregunta. Y estando en ello, si veía una espiga que sobresalía de las otras, la cortaba, y luego la echaba al suelo, hasta que de esta manera hubo

devastado el trozo más bello y tupido del trigal. Luego que hubo pateado todo el campo despidió al heraldo sin decirle ni una sola palabra de consejo. Cuando el heraldo llegó a Corinto, Periandro ya estaba ansioso por saber el consejo. Pero el heraldo le dijo que Trasibulo no le había aconsejado nada, y que se había extrañado de él por la clase de hombre con quien lo había enviado; imaginaba que se trataba de un loco que perjudicaba a su propia causa. Pero le explicó lo que había visto de Trasibulo.

Pero Periandro entendió lo que Trasibulo había hecho, y se percató de que le sugería asesinar a los más destacados de los ciudadanos. Y aquí mostró claramente las peores maldades contra los ciudadanos. Lo que Cípselo había omitido en sus persecuciones y en sus matanzas, Periandro lo liquidó por completo. En vista de su propia mujer Melisa[1578], en un solo día despojó de sus vestidos a todas las mujeres de Corinto. Había enviado al oráculo de los muertos que tienen los tesprotos[1579] a orillas del río Aqueronte a un mensajero a preguntar por cierta fianza en dinero que un huésped le había confiado; Melisa se apareció y dijo que ella ni ofrecería un signo ni indicaría en qué lugar estaba la fianza. La causa era que estaba desnuda y temblaba de frío. Los vestidos con que la habían enterrado no le eran de ningún provecho, puesto que habían ardido. Y un testimonio de que decía la verdad era que Periandro había depositado los panes[1580] en un horno frío. Al ser informado de esto, Periandro —el signo le era creíble, pues cuando Melisa ya había muerto se había unido a ella—, luego que recibió el mensaje, hizo publicar oficialmente una orden según la cual todas las mujeres corintias debían acudir al templo de Hera. Ellas, naturalmente, acudieron como a una fiesta, con sus vestidos más bellos. Pero él distribuyó allí secretamente a sus lanceros, e hizo que todas, sin excepción, se desnudaran, tanto las mujeres libres como las esclavas. Y tras amontonar todos los vestidos sobre la tumba, los quemó, al tiempo que oraba[1581] a Melisa. Y entonces la sombra[1582] de Melisa le indicó, cuando él había hecho eso y había consultado el oráculo por segunda vez, dónde estaba el depósito efectuado por el huésped. «Para vosotros, lacedemonios, la tiranía pertenece a este género, y es capaz de acciones de este tipo. A nosotros, los corintios, nos maravilló sobremanera que mandarais llamar a Hipias, pero nos maravilla más aún que digáis esto; ponemos por testigos a los dioses de los griegos y juramos que no impondremos tiranías a

las ciudades. ¿No[1583] vais a desistir, todo lo contrario, vais a intentar, contra toda justicia, repatriar a Hipias? Sabed, desde luego, que los corintios no vamos a estar de acuerdo con vosotros.»

93. Tal fue el discurso de Socles, que asistía allí en calidad de enviado de los corintios, e Hipias le objetó, invocando a los mismos dioses que Sosicles, que precisamente los corintios serían los que más echarían en falta a los pisistrátidas cuando les llegaran días decisivos en que los atenienses los importunaran. Hipias dio esta respuesta porque conocía los oráculos más claramente que los demás allí presentes. Y hasta aquel momento los demás aliados habían guardado silencio, pero cuando oyeron a Socles hablar con tanta libertad, todos ellos alzaron su voz y se adhirieron a la opinión de los corintios, solicitando encarecidamente de los lacedemonios que no procedieran a introducir novedades en ninguna ciudad griega[1584].

94. Y así fracasó el proyecto. Cuando Hipias se fue de allí, el macedonio Amintas le ofreció darle Antemunte[1585] y los tesalios le ofrecieron Yolcos[1586], pero él no aceptó ninguna de estas dos plazas, sino que regresó a Sigeo, que Pisístrato había quitado a punta de lanza a los de Mitilene. Ocupó, pues, Sigeo, e impuso allí como tirano a un hijo suyo ilegítimo, Hegesístrato, que le había dado una mujer argiva. Y no sin lucha fue como él poseyó lo que había recibido de los pisistrátidas.

Mitileneos y atenienses establecieron sus respectivas bases en las ciudades de Aquileo y Sigeo y sostuvieron una guerra muy larga: los primeros exigían la devolución del país de Sigeo y los atenienses la rechazaban, y por su parte demostraban con buenas razones que los eolios[1587] tenían sobre las tierras de Ilión los mismos derechos que los demás griegos que habían colaborado con Menelao en la venganza del rapto de Helena.

95. Durante sus luchas, en las batallas ocurrieron otros sucesos de diversos tipos, entre los cuales se encuentra lo que le pasó al poeta Alceo[1588] en un encuentro en el que iban venciendo los atenienses: él se salvó con la fuga[1589]. Pero los atenienses se apoderaron de sus armas y las depositaron en el templo de Atena que se encuentra en Sigeo. Y Alceo[1590] puso en verso estas empresas y las envió a Mitilene, explicando su experiencia a un camarada, Melanipo[1591]. Periandro, el hijo de Cípselo, reconcilió a los atenienses con

los mitileneos, que lo habían elegido para un arbitraje, y los reconcilió así: que cada parte retuviera las tierras que a la sazón poseyera. Fue así como Sigeo pasó a los atenienses.

96. Cuando Hipias, desde Lacedemonia, pasó al Asia, removió cielo y tierra: calumnió delante de Artáfrenes a los atenienses e hizo todo lo posible para que Atenas cayera bajo su poder y, por consiguiente, bajo el de Darío. Esto es lo que hacía Hipias y, cuando los atenienses se enteraron de ello, enviaron legados a Sardes, puesto que no toleraban que los persas hicieran caso de unos huidos de Atenas. Pero Artáfrenes los invitó, en el caso de que quisieran salir indemnes, a acoger de nuevo a Hipias. Naturalmente, los atenienses rechazaron las propuestas que les eran transmitidas. Y para los persas este rechazo significó una cuestión decidida: los atenienses les eran hostiles ya totalmente a las claras.

97. Precisamente en esta época de ambiente hostil contra los persas llega a Atenas[1592] el milesio Aristágoras, expulsado de Esparta por Cleómenes, el lacedemonio. Pues Atenas disponía de la máxima fuerza, una fuerza superior a la de las restantes ciudades. Compareció ante la asamblea del pueblo y dijo lo mismo que había dicho en Esparta sobre las riquezas que hay en Asia y sobre la guerra contra los persas, los cuales no usaban ni lanzas ni escudos y eran muy fáciles de derrotar. Esto fue lo que dijo, y añadió otra cosa, que los milesios eran colonos de los atenienses[1593] y que lo justo era que éstos los salvaran en todo lo que pudieran. Y no hubo nada que no les prometiera: lo pidió con tanta urgencia que acabó convenciéndolos. En realidad, parece más fácil engatusar a una multitud que a una sola persona, ello cuando Cleómenes no logró persuadir a un lacedemonio y sí se salió con la suya ante treinta mil atenienses[1594]. Éstos, convencidos, decidieron enviar veinte naves, de las cuales nombraron almirante a Melantio, un ciudadano de gran prestigio desde todos los puntos de vista. Y estas naves fueron el origen de las calamidades que sufrieron griegos y bárbaros[1595].

98. Aristágoras partió antes que los otros, por mar, y tras su llegada a Mileto trazó un plan del que los jonios no iban a extraer ningún provecho, pero no era precisamente ésta su intención, sino agraviar al rey Darío. Envió a un hombre a Frigia, a los peonios[1596] de la región del río Estrimón que habían sido hechos prisioneros de guerra por Megabazo y que residían en

Frigia, en una aldea, ellos solos[1597]. El mensajero, pues, llegó adonde estaban los peonios[1598] y les dijo: «¡Peonios! Aristágoras, el tirano de Mileto, me envía a proponeros la salvación, si os prestáis, por supuesto, a secundarle. Jonia entera ha desertado del gran rey; Aristágoras os promete salvaros, el regreso a vuestro país. Llegar al mar, eso es cosa vuestra; del resto ya nos cuidaremos nosotros.» Cuando los peonios oyeron esto, se prestaron gozosos; tras recoger a sus esposas e hijos huyeron hacia la costa, aunque algunos se quedaron, horrorizados de aquello. Llegados a la costa, los peonios navegaron hacia Quíos. Estaban ya en la isla cuando un gran contingente de caballería persa que los perseguía pisándoles los talones llegó a la costa. Estos jinetes, pues, ya no dieron con los peonios, por lo que mandaron emisarios a Quíos a exigir a los peonios que retrocedieran. Pero éstos no les hicieron ningún caso: los quiotas los trasladaron a Lesbos, desde donde fueron transportados a Dorisco[1599] y desde aquí continuaron a pie hacia Peonia.

99. Los[1600] atenienses, cuando llegaron con las veinte naves, llevaban consigo además cinco trirremes eretrias[1601]. No fue por gusto de los atenienses[1602] por lo que éstas marcharon a la guerra; fue por los mismos milesios, a los que los eretrios querían saldar una deuda de agradecimiento. Pues era algo conocido que tiempo atrás los milesios se habían puesto al lado de los eretrios en una guerra de éstos contra los calcideos: fue cuando los samios apoyaron a los calcideos contra los eretrios y los milesios. De modo que cuando eretrios y atenienses llegaron, y los demás aliados ya estaban en su lugar Aristágoras emprendió la campaña contra Sardes[1603]. Él mismo no acudió personalmente al frente de batalla, sino que permaneció en Mileto. Nombró a otros como comandantes de los milesios, a su hermano Caropino, y de entre los ciudadanos, a Hermofanto.

100. Cuando los jonios con este cuerpo de ejército llegaron a Éfeso dejaron sus naves en Coreso[1604], en el territorio de dicha ciudad, y marcharon por tierra con muchas tropas, de las cuales hicieron guías a los efesios. Avanzaron a lo largo del río Caístrio[1605], salvaron el monte Tmolo[1606] y tomaron Sardes sin que nadie les ofreciera resistencia. A excepción de la acrópolis conquistaron toda la ciudad; la acrópolis la defendió el propio

Artáfrenes con un cuerpo de ejército considerable[1607].

101. Una vez tomada la ciudad, he aquí lo que les impidió saquearla: ahí, en Sardes, la mayoría de casas eran de caña, e incluso aquellas de ellas que eran de ladrillo tenían los techos de cañas. Cuando un soldado pegó fuego a una de estas casas, inmediatamente el fuego corrió de casa en casa y se extendió por toda la ciudad. Y cuando la ciudad ardía los lidios y además los persas que se encontraban en su interior, cercados por todas partes, puesto que lo que ardía eran los barrios extremos, no encontraron otra salida y afluyeron en masa al ágora y a la orilla del Pactolo, el río que desciende del Tmolo y les arrastra pajuelas de oro. Fluye por en medio del ágora de Sardes y desemboca en el Hermo, el cual a su vez desemboca en el mar. De modo que lidios y persas se concentraron en el ágora, en la orilla del Pactolo, obligados a defenderse. Cuando los jonios observaron que el enemigo se aprestaba a la defensa y que, además, se le sumaban grandes contingentes, se alarmaron y se replegaron hasta el monte Tmolo, y desde allí, aprovechando la noche, continuaron hacia sus naves.

102. Sardes, pues, fue incendiada, y ardió también un santuario de la divinidad local Cibebe[1608], lo cual más tarde los persas, por su parte, tomaron siempre como pretexto para su quema de templos cometida en Grecia. Pero ahora los persas que viven en las provincias al oeste del río Halis se enteraron y acudieron en ayuda de los lidios. En Sardes ya no encontraron jonios, pero siguieron sus huellas y dieron con ellos en Éfeso. Los jonios, ciertamente, les presentaron batalla, pero sufrieron una derrota decisiva. Los persas mataron a un gran número de ellos; y, entre otros muchos bien conocidos, a Eválcidas, el comandante de los eretrios, que había alcanzado triunfos en los campeonatos y había sido muy loado por Simónides de Ceos. Entonces los jonios supervivientes de la batalla se dispersaron por las ciudades de la Jonia[1609].

103. Hasta entonces tal fue el desarrollo de la guerra. Pero después los atenienses dejaron a los jonios en la estacada, por más que Aristágoras los reclamara con urgencia mediante mensajeros. Se negaron, simplemente, a colaborar en sus empresas de castigo. Pero los jonios, privados de su alianza con los atenienses, no por ello se armaron menos para la guerra contra el rey, puesto que habían llevado las cosas tan lejos contra Darío. Navegaron hacia

el Helesponto, sometieron a su poder a Bizancio y a todas las demás ciudades de por allí, salieron del Helesponto y se ganaron como aliada la mayor parte de la Caria. También Cauno, que hasta entonces no había querido saber nada de ellos, se les unió, luego que hubieron incendiado Sardes.

104. Todos los chipriotas, a excepción de los de Amatunte, se les adhirieron, ya que los isleños habían hecho defección de los medos. Había un tal Onésilo, un hermano más joven del rey Gorgo de Salamina, hijo de Quersis, nieto de Siromo, bisnieto de Eveltón. Ya antes este Onésilo había inducido con vehemencia a Gorgo a hacer defección del rey, y ahora, cuando se enteró de la defección de los jonios, ya no dejó en paz a su hermano. Pero no logró de ningún modo mover a Gorgo, por lo que espió, junto con sus partidarios, que Gorgo saliera de la ciudad de Salamina, y cerró las puertas, ya a espaldas de él. Gorgo, desposeído de la ciudad, huyó a la Media; Onésilo, ahora rey de Salamina, convenció a todos los chipriotas de que se sumaran a la insurrección. No se puede negar que todos lo secundaron; sólo Amatunte se negó, por lo cual él marchó contra esta ciudad y la asedió.

105. Onésilo, pues, asediaba Amatunte, y en el ínterin le llegó al rey Darío la información de que Sardes había sido tomada e incendiada por los jonios y por los atenienses; realmente el promotor de la trama había sido Aristágoras de Mileto. Cuando lo oyó no gastó ni una palabra en referencia a los jonios[1610], pues sabía bien que su defección la pagarían muy cara, pero preguntó quiénes eran los atenienses. Cuando se lo explicaron, reclamó su arco, montó una flecha en él y disparó contra el cielo. Y mientras la flecha volaba por el aire, exclamó: «¡Zeus, asegúrame que me podré vengar de los atenienses!» Después de estas palabras, se dice que encargó a un criado suyo que, cada vez que le preparara la comida, le gritara tres veces: «¡Señor, no olvides a los atenienses!»

106. Luego que Darío habló impartiendo estas órdenes, llamó a su presencia a Histieo de Mileto, retenido ya durante largo tiempo, y le dijo: «Histieo, me entero de que tu lugarteniente, al que has confiado Mileto, ha emprendido contra mí cosas muy malas. Porque ha mandado contra mí gentes del resto del continente, y además jonios —¡todos los cuales recibirán su merecido por lo que me han hecho!—. Ha convencido a los jonios de que lo sigan juntamente con los otros, y me ha despojado de Sardes. ¿Acaso te

parece, como sea, que esto está bien? ¿Cómo se ha podido consumar una cosa así sin tus consejos? No será que detrás de todo debes acusarte a ti mismo...» A lo cual repuso Histieo: «¿Rey, qué clase de palabra has dicho?[1611]. ¿Que yo he aconsejado una acción de la cual puede sobrevenirte un pesar, grande o pequeño? ¿Qué buscaría yo aquí, si es que lo hiciera? ¿Qué es lo que me falta? A mí, que tengo a mi disposición todo lo que te pertenece, a quien confieres el honor de saber todos tus planes? ¡No! Si mi lugarteniente ha hecho algo como lo que tú dices, has de saber que lo ha hecho, que lo ha emprendido por su cuenta y riesgo. Es cuestión de principios: yo no puedo aceptar la idea de que los milesios y mi lugarteniente emprendan algo perjudicial para tus intereses. Pero si ellos realmente hacen algo así y lo que has oído es verdad, date cuenta, rey, de lo que tú mismo has hecho, que desde el mar me has mandado acudir hasta ti. Me parece que los jonios, desde que yo he desaparecido de su vista, han hecho algo que ya les apetecía desde hace muchísimo tiempo. Si yo hubiera estado en Jonia, ni una sola ciudad se habría atrevido a moverse. De manera que ahora permíteme viajar a Jonia a toda prisa para que yo restablezca allí el equilibrio y ponga en tus manos a este lugarteniente mío que ha maquinado una cosa así. Si yo he hecho esto según tú dices, ¡juro por los dioses reales[1612] no despojarme del vestido con el que viaje hasta Jonia hasta que haya hecho tributaria tuya a la isla de Cerdeña[1613], la más grande que existe!»

107. Con estas palabras, Histieo lo que buscaba era engañarle: Darío le hizo caso y lo remitió. Le había encarecido que después de cumplir sus promesas se volvieran a encontrar en Susa.

108. Mientras la noticia de los hechos de Sardes llegaba al rey, y Darío, tras disparar aquella flecha, entraba en tratos con Histieo y lo enviaba, y éste, enviado por Darío[1614], llegaba al mar, durante todo este tiempo ocurrieron los sucesos siguientes: a Onésilo de Salamina, que estaba asediando a los de Amatunte, le llega la noticia de que un poderoso ejército persa al mando del persa Artibio se dirige por mar contra Chipre. Cuando Onésilo se enteró envió mensajeros a Jonia, en solicitud de ayuda. Los jonios no se lo pensaron dos veces y acudieron con una gran flota. Su llegada a Chipre coincidió con la de los persas, también por mar, desde la Cilicia, y marcharon por tierra contra Salamina. Los fenicios con su flota bordearon la cordillera que lleva

por nombre «Las llaves de Chipre»[1615].

109. Todo ello ocurría según se ha descrito, y los tiranos chipriotas llamaron a los comandantes jonios y les dijeron: «¡Hombres de Jonia! Nosotros, los chipriotas, dejamos a vuestra libre elección a aquellos contra los que prefiráis batiros, persas o fenicios. Pues si vosotros, ordenados como infantería, queréis atacar a los persas, podría ser que os hubiera llegado el momento de dejar vuestras naves y formar cual tropas de infantería, mientras que nosotros nos embarcaríamos en ellas para combatir contra los fenicios. Pero si optáis por atacar a los fenicios[1616]... de todos modos debéis trabajar, sea cual sea de las dos posibilidades la que eligiereis, para que, en lo que de vosotros dependa, Chipre y Jonia queden libres.» A lo cual respondieron los jonios: «La asamblea general de los jonios nos ha mandado para patrullar por el mar, no para que cedamos las naves a los chipriotas y ataquemos a los persas por tierra. De modo que procuraremos ser útiles allí donde hemos sido apostados, y vosotros es preciso que seáis hombres valientes. ¡Recordad los horrores que habéis sufrido bajo la tiranía de los medos!»

110. Los jonios contestaron con estas palabras. Y cuando luego los persas alcanzaron la llanura de Salamina, los reyes[1617] de Chipre ordenaron sus unidades frente al enemigo. Las tropas de elite las formaron de salaminios y de solios[1618], y las apostaron, junto al resto de sus tropas, frente a los persas. Onésilo se colocó por su propia voluntad frente a Artibio, el comandante de los persas.

111. Artibio montaba un caballo amaestrado para caracolear erguido contra un hoplita. Onésilo lo sabía, porque tenía un escudero de origen cario[1619], muy acreditado en las cosas de guerra, y, por lo demás, hombre valeroso. Y le dijo: «Sé que el caballo de Artibio caracolea y que a coces y a dentelladas liquida al hombre al que ataca, sea quien sea. Piénsalo, y dime enseguida a cuál de los dos quieres acechar y atacar, si al caballo o a Artibio mismo.» Y su acompañante le contestó: «Rey, tan dispuesto estoy a hacer las dos cosas como a hacer una sola de ellas, y, por encima de todo, cualquier cosa que me mandes. Sin embargo, te diré lo que me parece más conveniente para este caso. Un rey que es comandante[1620], creo yo, debe medirse con un rey que sea comandante. Si tú matares a un hombre que es comandante, esto será para ti una gesta, y, en segundo lugar, si él te matare a ti —¡cosa que

ojalá no suceda!— en tal caso habrás muerto a manos de uno que está a tu altura: morir a manos de uno que está a tu nivel es sólo media desgracia. Nosotros, los servidores, queremos ir contra los otros servidores y contra los caballos. ¡Y no temas sus habilidades! Pues yo, velando por ti, voy a recibirlo de una manera tal que ya no caracoleará más contra ningún otro hombre.»

112. Dijo esto, y al punto los dos ejércitos chocaron por mar y por tierra. Por mar los jonios eran muy hábiles y en este día vencieron a los fenicios; entre ellos se distinguieron los samios. Por su parte, cuando los ejércitos de tierra trabaron combate, en su lucha se abalanzaron unos contra otros. Y en cuanto a los dos comandantes, he aquí lo que sucedió: cuando Artibio, enhiesto en su alazán, se lanzó contra Onésilo, éste, según lo acordado con su escudero, hiere a Artibio. Pero el caballo con sus herraduras tocó el escudo de Onésilo; sin embargo, el cario golpeó al caballo con una hoz y le segó las patas traseras. De manera que Artibio, el comandante de los persas, y su caballo cayeron sobre el terreno.

113. Pero, mientras los demás peleaban, Estesenor, el tirano de Curio[1621], que luchaba con un contingente de hombres no pequeño a su alrededor, hace traición[1622]a los suyos. De estos curios se dice que eran colonos[1623] de los argivos[1624]. Cuando los curios hubieron consumado la traición, inmediatamente los carros de guerra salaminios los imitaron y, tras suceder esto, los persas resultaron superiores a los chipriotas. El ejército de éstos huyó a la desbandada, y allí murieron muchos, entre otros el mismo Onésilo, el hijo de Quersis, que era el que había promovido la defección de los chipriotas, y el rey de los solios, Aristócipro, el hijo de aquel Filócipro que el ateniense Solón, tras su llegada a Chipre, en sus poemas alabó más de entre los tiranos[1625].

114. Los de Amatunte cortaron la cabeza al cadáver de Onésilo, porque los había asediado, se la llevaron a su ciudad y la suspendieron de las puertas de la ciudad. La cabeza pendía allí, y ya se había vaciado: se estableció en ella un enjambre de abejas que hizo allí sus panales. Esto sucedió así, y los de Amatunte habían recibido un oráculo sobre esta cabeza: que les prohibía bajarla y enterrarla; además, cada año debían ofrecer sacrificios de héroe a Onésilo. Si lo hacían, las cosas les irían mejor.

115. Los de Amatunte todavía en mi época continuaban haciendo esto.

Los jonios que en Chipre habían tomado parte en la batalla naval, al enterarse de que la causa de Onésilo estaba perdida y de que las ciudades de los chipriotas, a excepción de Salamina, estaban cercadas todas ellas, y de que los salaminios las habían entregado a Gorgo, el antiguo rey, navegaron de regreso hacia Jonia así que lo supieron. De las ciudades de Chipre, la que resistió más el cerco fue Solos, cuyos muros los persas minaron en todo su círculo; conquistaron la ciudad al cabo de cinco meses.

116. Los chipriotas, por tanto, gozaron de libertad durante un año, y luego se vieron sometidos de nuevo. Pero Daurises, hijo de una hija de Darío, Himeas, Ótanes y otros comandantes de los persas, casados también con hijas de Darío, persiguieron a los jonios, aquéllos se replegaban hacia Sardes, les empujaron hacia sus naves, y cuando ya salieron ganadores en la lucha, se repartieron entre sí las ciudades y las destruyeron.

117. Daurises se revolvió contra las ciudades del Helesponto, y conquistó Dárdano[1626], Abido, Percota, Lámpsaco y Peso. Las conquistó a razón de una por día. Pero cuando desde Peso se dirigía contra la ciudad de Pario recibió la noticia de que los carios se habían puesto de acuerdo con los jonios y habían hecho defección de los persas. Entonces dejó el Helesponto y condujo su ejército contra la Caria.

118. Como fuere, los carios supieron la cosa antes de la llegada de Daurises. Ante tal noticia, se reunieron en las llamadas «Columnas blancas»[1627], junto al río Marsias, que nace en el país de Idríade, y que es afluente del Meandro[1628]. En aquella asamblea de los carios se hicieron muchas propuestas, y entre ellas la que a mí me parece la mejor, la de Pixódaro de Cindia, el hijo de Mausolo, cuya mujer era hija del rey cilicio Siénesis[1629]. Este hombre era de la opinión de que los carios, cuando hubieran cruzado el río Meandro y lo tuvieran a sus espaldas, lucharan de una manera tal que, sin la posibilidad de una huida hacia atrás, se vieran forzados a quedarse donde estaban, y a ser más valientes de como lo eran normalmente[1630]. Naturalmente, esta opinión no se impuso, sino la opuesta: los persas habían de tener el río Meandro a sus espaldas más que ellos mismos; en otras palabras, que si los persas huían y en el choque salían derrotados se precipitaran al río y ya no pudieran repatriarse.

119. Cuando los persas aparecieron y hubieron cruzado el Meandro, los

carios chocaron contra ellos junto al río Marsias, y se trabó una feroz batalla que duró mucho. Pero al final sucumbieron por inferioridad numérica. Más o menos, de los persas allí cayeron unos dos mil hombres, de los carios diez mil. Los que lograron escapar se refugiaron en el santuario de Zeus Guerrero, en Labranda, levantado dentro de un gran palmeral sagrado. Los carios son los únicos de los que sabemos que ofrecen sacrificios a Zeus Guerrero. Recluidos allí, deliberaron sobre su salvación; ponderaban si les sería mejor entregarse a los persas o bien si, ya definitivamente, abandonaban Asia.

120. Cuando lo deliberaban, los milesios y sus aliados se presentan a ayudarlos. Entonces los carios dejaron correr los planes sobre los que hasta aquel entonces deliberaban y se aprestaron a reiniciar la lucha. Volvieron a chocar con los persas, que avanzaban, y de esta lucha salieron peor parados que de la de antes. De aquel conjunto muchos murieron; las pérdidas de los milesios fueron las mayores.

121. Pero los carios se rehicieron de la derrota[1631] y volvieron a la lucha. Cuando supieron que los persas se aprestaban a marchar contra sus ciudades, les tendieron una celada en la ruta de Pédaso. Era de noche, y los persas cayeron en la emboscada, en la que fueron aniquilados incluso sus generales Daurises, Amorgas y Sisímacas. Y juntamente con ellos murió también Mirso, el hijo de Giges. El guía de esta celada fue el heraclida Ibanolio, un hombre de Milasa. De manera que estos hombres de los persas murieron así.

122. Pero Himeas, el que asimismo había pertenecido a los perseguidores de los jonios que marchaban contra Sardes, se dirigió hacia la Propóntide y tomó Cio[1632], en Misia. Ya la había conquistado cuando supo que Daurises había abandonado el Helesponto y que marchaba contra Caria. Entonces abandonó la Propóntide, condujo su ejército hacia el Helesponto y sometió a todos los eolios que habitan los territorios de Ilión, así como a los gergitas[1633], lo que restaba de los antiguos teucros. Pero Himeas murió de enfermedad en la Tróade mientras estaba sometiendo a estos pueblos.

123. Y también murieron Artáfrenes, el comandante en jefe de Sardes, y Otanes, el tercer comandante, recibió la misión de marchar contra Jonia y contra la Eolia que le era limítrofe. De los jonios cayó la ciudad de Clazómenas, y de los eolios, Cime.

124. Cuando vio las ciudades conquistadas, Aristágoras de Mileto, que,

como realmente se mostró, no era un hombre muy valiente, él, tras haber perturbado Jonia y haber revuelto empresas enormes, pensó en la fuga, cuando se percató de lo perdido: le parecía imposible vencer al rey Darío. De acuerdo con ello convocó a sus colegas en el mando y deliberó conjuntamente con ellos. Les dijo que a él le parecía lo mejor disponer de algún lugar de refugio en el caso de que realmente se vieran expulsados de Mileto, tanto si desde aquel lugar de ahora el camino los guiaba hacia Cerdeña, que era una colonia, como si se trataba de escapar hacia Mircino, en el territorio de los edonos, que Histieo había fortificado con un muro, luego que la había recibido como un don de Darío. Esto era lo que consultaba Aristágoras.

125. La opinión del historiador Hecateo, el hijo de Hegesandro, fue la de no huir a ninguno de estos dos lugares; sí, en cambio, disponer unas instalaciones fortificadas con muros en la isla de Leros y mantenerse allí inactivo en el caso de que lo echaran de Mileto, y luego, tomando Leros[1634] como base de partida, volver a marchar contra Mileto.

126. Éste fue el consejo de Hecateo, pero a Aristágoras le pareció preferible retirarse hacia Mircino. Confió Mileto a Pitágoras, un hombre de gran prestigio entre los ciudadanos; y él, tras acoger a todo el que quiso ir con él, navegó hacia Tracia y ocupó el país desde el cual había sido enviado. Pero cuando entró en él, él mismo y su ejército encontraron la muerte a manos de los tracios. Fue asediando una ciudad cuyos habitantes, mediante una tregua, se prestaban a salir de ella voluntariamente.

1391 Perinto, colonia samia en la costa tracia de la Propóntide.

1392 Pueblo llegado del Asia Menor, que ocupó la costa tracia meridional; se había establecido en la cuenca del Estrimón (actualmente el río Estruma).

1393 Habitantes junto al río Trauo; los crestoneos vivían entre los ríos Axio y Estrimón.

1394 IV, cap. 93.

1395 ¡Un pensamiento calderoniano!

1396 Sobrevivir al marido, no haber muerto con él.

1397 Pero los tracios llamaban a esta diosa Bendis.

1398 Es decir, lo tienen de cuerpo presente.

1399 Recuérdense las plañideras, que salen en la Biblia y en otros ámbitos culturales de la antigüedad.

1400 Cfr. Virgilio, *Eneida*, III, 62-63: «et ingens aggeritur tumulo tellus».

1401 Parece que tenían cierta similitud con los gitanos actuales.

1402 Marsella.

1403 Algunos comentaristas piensan que aquí la información de Heródoto fue muy deficiente, y que confundió las abejas con copos de nieve, o sea que la referencia sería a las nevadas centroeuropeas.

1404 O sea, los países nórdicos, árticos.

1405 Cfr. IV, 137.

1406 Cfr. IV, 97.

1407 Como juez, para administrar justicia.

1408 No opina lo mismo el autor bíblico del libro de los *Proverbios* en el célebre capítulo sobre la mujer fuerte que cierra el libro (31, 10-31): «Mulierem fortem quis inveniet...»

1409 O sea, buscando esta pregunta.

1410 Aquí hay una diferencia radical con Homero, porque éste desconoce todavía la escritura.

1411 Heródoto nota con fineza el impacto que la visión de aquella mujer causó a Darío: no se lo piensa dos veces, y ordena inmediatamente la invasión de la Peonia. Hay que saber leer a los autores griegos con profundidad...

1412 Esta insistencia en mencionar a los guías nos indica que Heródoto tenía interés en subrayar que los persas desconocían el país.

1413 Una tribu de los peonios llamada así por la ciudad de Siris; de ella habla Tito Livio, XLV, 4: «Sirae oppidum terrae Odomanticae», de donde se deduce que los odomantos ocuparon la localidad de los siropéones cuando éstos se vieron obligados a pasar al Asia.

1414 Tribu situada en las faldas del monte Pangeo.

1415 Al norte de Anfípolis.

1416 Los agrianes vivían junto al monte Ródope, y los doberes, según Plinio el Viejo (X, 17), era el primer pueblo que se encontraba bajando de los montes de Tracia hacia el mar. En época clásica la mención de estos pueblos bárbaros era algo cómico, como se puede comprobar en la primera comedia de Aristófanes conservada *Los Acarnienses*, vv. 156-157.

1417 Lo que está entre corchetes no figura en todos los manuscritos griegos.

1418 Son las estribaciones de la cordillera de Escomios, que se extiende hacia el sur desde el río Estrimón hasta el Nesto.

1419 En su tenor literal griego estas palabras se encuentran frecuentemente en Homero: «niños [tan pequeños] que ni tan siquiera hablan». Heródoto rinde a Homero un delicado homenaje.

1420 Ignoramos la referencia de Heródoto.

1421 La señal típica de sumisión.

1422 Hijo de Amintas, rey macedonio, del que se hablará más tarde.

1423 En el curso inferior del río Estrimón, pero no se puede precisar de qué monte se trata.

1424 Éste es un concepto muy moderno, pero creo que el verbo griego correspondiente, *epidapsileúo*, lo incorpora plenamente.

1425 Una medida de prudencia por parte de Alejandro; así nadie llevaría la noticia.

1426 Ahora ya rey, pues su padre había muerto; reinó entre los años 483/2-440/439.

1427 Cfr. VIII, 137.

1428 Los helanódicos, un colegio de nueve o diez miembros que resolvía las cuestiones de este tipo y los problemas de organización, que se presentaban en la celebración de las olimpíadas. También decidían quién era el vencedor en casos dudosos.

1429 El verbo es exacto: de Macedonia a Olimpia la ruta es descendente.

1430 La carrera pedestre de velocidad.

1431 Aquí es posible otra interpretación muy diversa. Los nombres de los deportistas concursantes se ponían dentro de un jarro que se agitaba y del que se hacía saltar cada vez un nombre (uso documentado ya en la *Ilíada*, en el canto XXIII, en los Juegos Funerales en honor de Patroclo); algunos intérpretes entienden que en la extracción de nombres el de

Alejandro habría sido el segundo en saltar; en el fondo, lo que se demostraría es que este Alejandro era verdaderamente griego.

1432 La referencia es a la misión y asesinato de los persas.

1433 Esto es un refrán griego que se encuentra bastante, en el mismo Heródoto, por supuesto, y en otras literaturas, como la bíblica. Cicerón dedicará al tema su conocido tratado *De amicitia.*

1434 Cfr. III, 132.

1435 Estamos en el 511 a.C.

1436 El texto griego que sigue es muy incoherente, de modo que hay que suponer en él una laguna textual.

1437 Dada la corrupción textual, no sabemos de qué se trata.

1438 Todavía nos perjudica la laguna indicada más arriba, y no podemos hacernos cargo del sentido total de estas palabras.

1439 Un régimen democrático.

1440 El texto griego dice literalmente «los gordos», pero los antiguos lexicógrafos señalaron que en determinados contextos, como en este de ahora, el término, muy despectivo, señalaba a los ricos.

1441 Aquí el griego presenta una metonimia, porque dice exactamente «escudos»; los hoplitas eran los que luchaban con escudos.

1442 Estos aliados eran griegos, indudablemente.

1443 Megábates era sátrapa de Frigia cuando Pausanias, después de la toma de Bizancio (473 a.C.), se alió, en lo que hoy constituiría un delito de alta traición, con el rey de Persia (cfr. Tucídides, I, 128). En una carta que poseemos por Tucídides, Pausanias pretendía a la hija del rey. Es interesante comprobar la diferencia de juicio que sobre Pausanias emiten los dos historiadores.

1444 Nos movemos en estas fechas: primavera del 499: campaña contra Naxos, asedio de cuatro meses; otoño del mismo año: caída de Aristágoras, viaje a Esparta y a Atenas; 498: campaña contra Sardes, entrada de Caria y de Chipre; 497: reconquista de Chipre; huida y muerte de Aristágoras. Retorno de Histieo.

1445 No podemos identificar esta plaza; seguramente era un puerto en la parte meridional de la isla de Quios.

1446 El aquilón.

1447 No doy esta traducción como totalmente segura, quizás indique sólo un futurible. Aunque creo que aquí Heródoto piensa más como Homero que como Platón o Aristóteles. O que como el filósofo de Königsberg, Kant.

1448 Mindia, una ciudad doria en la costa de la Caria.

1449 O alabarderos: su guardia personal.

1450 Darío.

1451 El verdadero creador de la historia como género literario, predecesor inmediato de Heródoto. Él es quien abandona la poesía, el hexámetro homérico, y comienza a escribir en prosa, al tiempo que lo hicieran algunos filósofos presocráticos: el cambio de mentalidad que esto significa en comparación con Homero es fabuloso. Vivió hacia el año 500 a.C. Escribió por lo menos dos libros, una *Genealogía* o historia de las grandes familias (conectando con Hesíodo, trasladando a este mundo lo que Hesíodo hiciera con el mundo divino) y una *Periegesis* (viaje alrededor del mundo conocido).

1452 Descendientes de Branco, una estirpe que daba culto a Apolo Didimeo; Branco mismo le había erigido el templo que aquí se menciona; de él se trata en I, 46.

1453 I, 50, 52, 92.

1454 Ciudad de la Caria, junto a las hoces del Meandro.

1455 Probablemente un pariente de Aristágoras.

1456 El nombre es típicamente cario; de un hermano suyo, Heraclidas, se habla en el cap. 121.

1457 Un prohombre de la ciudad caria que lleva el mismo nombre que el promontorio adyacente, Térmera.

1458 Éste había pedido a Darío la tiranía de Mitilene, y la había conseguido.

1459 La llamada isonomía, el núcleo germinal de la democracia.

1460 Magistrados con poderes civiles y militares, nombrados por elección (el componente civil de sus funciones es una notable innovación) con la contrapartida de que el cargo no era vitalicio, y al final de su ejercicio se debían rendir cuentas de la gestión.

1461 Los cinco éforos (literalmente «los inspectores del cielo», probablemente por antiguas funciones adivinatorias que implicaba el cargo, constituían la suprema

magistratura de Esparta, junto con los dos reyes.

1462 Uno de los heraclidas que conquistaron el Peloponeso.

1463 Literalmente «los ancianos», que por su edad constituían una magistratura *sui generis*, una especie de asesores calificados. Eran veintiocho, y este cargo siempre fue vitalicio.

1464 Advierto que esta traducción es exacta.

1465 Advierto que aquí la tradición manuscrita del texto griego da una variante textual que está en los antípodas de mi traducción: «cosa totalmente usual entre los espartanos». Sigo el texto griego de Hude. Yo no puedo decir más...

1466 Cfr. Cicerón, *De divinatione*, II, 1, 9: «¿Quam vero Graecia coloniam misit in Aeoliam, Ioniam, Asiam, Siciliam, Italiam, sine Pythio aut Dodonae aut Hammonis oraculo? aut quod bellum susceptum ab ea sine oraculo deorum est?»

1467 Los tereos descendían de los espartanos.

1468 En la costa septentrional de África.

1469 Un pequeño lugar de la Beocia.

1470 Yamo fue un héroe de Olimpia que obtuvo para sí y para sus descendientes el don de la profecía.

1471 Se trata de los cartagineses, que en esta época (finales del siglo VI y principios del V a.C.) hacían incursiones desde las costas de Asia Menor y del norte de África hasta la Península Ibérica.

1472 La grafía del topónimo es dudosa, a veces se encuentra Segesta. Cfr. Cicerón, *Verrinas*, IX, 32, 72: «Segesta est oppidum pervetus in Sicilia, quod ab Aenea fugiente a Troia, atque in haec loca veniente conditum esse demonstrant.»

1473 Un altar dedicado a Zeus que en muchas ciudades se encontraba en el foro o en el ágora; de ahí la advocación.

1474 Aquí hay un error que en Heródoto sorprende, pues Cleómenes reinó treinta años, 520-489 a.C.

1475 En el invierno del año 499-498.

1476 Algún traductor añade aquí: «flechas», que en el texto griego no aparecen por ninguna parte. Claro que el arco y las flechas son inseparables...

1477 Una jactancia estratégica; se atribuye implícitamente haber viajado mucho.

1478 Y aquí el texto griego indica un gesto del orador señalando en el mapa.

1479 Sin más: es el de Persia.

1480 Como siempre, lo señala en el mapa.

1481 Este final contiene germinalmente los elementos que figurarán en las peroraciones según las reglas de la retórica, en la norma Isócrates, en la práctica Demóstenes.

1482 Una precaución ante cualquier eventualidad, pues la condición de suplicante confería inviolabilidad.

1483 Sorprendentemente, los manuscritos griegos no nos dan el nombre, único, de estos ríos; el nombre que leemos, Zábato, es una conjetura del editor alemán del texto griego Weissenborn.

1484 El verbo es exacto, pues Sardes está al nivel del mar, y Susa en un pequeño altiplano.

1485 Rey legendario de los etíopes orientales, o sea, los asirios. La ciudad de Memnón es Susa.

1486 El Egeo.

1487 Fiestas celebradas en Atenas en honor de Atena, cuyo punto culminante era la procesión de unas doncellas de Atenas en honor de la diosa, que portaban ofrendas; es famoso el friso, conservado fragmentariamente, de las Panateneas, del templo del Partenón, obra del escultor Fidias.

1488 En el mismo límite con el Ática, población llamada aún hoy así, y que se ha hecho famosa por las estatuillas de barro que se encontraron en unas excavaciones, llamadas genéricamente «tanagras».

1489 Probablemente se les prohibiría asistir a ciertos cultos genuinamente atenienses.

1490 El primer soporte de la escritura fue la piedra, en la que se escribía por incisión, y secundariamente los vasos cerámicos. Pero cuando fue preciso escribir textos largos (llegando a textos literarios) se escribió sobre hojas confeccionadas con papiro entretejido que se unían sucesivamente formando rollos (volumen); en una tercera fase se usan las pieles de animales (pergamino, porque el uso se dio originariamente en Pérgamo) debidamente preparadas, el soporte de escritura normal hasta la invención del papel por los árabes. Por los detalles que da, Heródoto parece haber visto personalmente escritura de las distintas épocas que insinúa.

1491 Anfitrión, hijo del rey Alceo de Tirinto, nieto de Perseo, emprendió desde Tebas, donde se había casado con Alcmena, una campaña contra los teléboas, habitantes de la Acarnania. Tratado grotescamente, es el argumento de la primera comedia de Plauto, *Amphitruo.*

1492 Parece que Sófocles ha tenido esto a la vista cuando escribe *Edipo Rey,* vv. 267 s.: «intentaré capturar al asesino del hijo de Lábdaco, de este príncipe nacido de Polidoro, y, remontándome, de Cadmo y del antiguo Agenor».

1493 Personaje desconocido. El epíteto aplicado al dios es homérico.

1494 El griego dice exactamente esto.

1495 Que debían de contener un componente dionisíaco.

1496 En contraposición con los gefireos, los alcmeónidas eran atenienses de extracción ática.

1497 Cfr. I, 64.

1498 Población del demo ático al norte de Atenas, no lejos de Decelia; era un punto estratégico importante.

1499 La interpretación del lugar es incierta; la referencia puede ser o bien a un templo anterior existente en el mismo lugar y que, por lo que fuere, había sido destruido, o bien a lo que hoy llamaríamos, simplemente, una maqueta.

1500 La piedra toba se adquiría de canteras muy próximas al lugar, mientras que el famoso mármol de Paros resultaba carísimo tanto por su superior calidad como por el transporte, que aumentaba aún los costes. De este templo se conservan ruinas que constatan lo dicho aquí por Heródoto.

1501 Como voluntad del dios Apolo.

1502 El deber sagrado de la hospitalidad, de alojar a los de una familia o estirpe determinada que llegaran a la morada de aquel con quien le unía tal vínculo, que ya encontramos mencionado, por ejemplo, en el episodio de Glauco y Diomedes en el canto VI de la *Ilíada.* De manera que un lazo de este tipo vinculaba a Anquemolio y a los pisistrátidas. Aquí hay una premonición del caso de Sócrates, que pone el cumplimiento de la ley por encima de sus intereses particulares. El esquema ético es el mismo.

1503 La caballería tesalia era muy famosa por su eficacia en el combate.

1504 Otros lugares declaran que era un frigio, por lo que o bien aquí hay un error, o se trata de algo difícil de explicar.

1505 Ciudad situada a la entrada del valle de Tempe.

1506 Localidad muy cercana a Atenas.

1507 Porque, a pesar de su fracaso, continuaban creyendo en el oráculo.

1508 Premonición de lo que pasará en la guerra del Peloponeso: una potencia terrestre, Esparta, contra una potencia naval, Atenas.

1509 Es decir, los muros de la Acrópolis, el primer núcleo habitado de Atenas; sus muros reciben este nombre por el del pueblo pelasgo, que, según la tradición, recogida aún por Tucídides, fue el primero que se estableció en lo que sería Atenas.

1510 Entre Pisístrato y sus hijos.

1511 Melanto, rey de Mesenia, fue expulsado de ella por los heraclidas (¿un recuerdo de la invasión doria?) y se refugió en Pilos, donde su hijo Codro fue proclamado rey, y luego pasó a Atenas con la misma categoría. Según la tradición, este Codro murió defendiendo Atenas de los ataques de los dorios.

1512 Heródoto ha querido explicarnos con cierto pormenor las luchas internas de Atenas.

1513 Heródoto manifiesta aquí, sin alterar la verdad histórica, su talante adverso a la tiranía y favorable a la democracia.

1514 Cfr. I, 171.

1515 Las cuatro denominaciones según los hijos de Ión se refieren a clases: los geleontes (etimológicamente «los de procedencia noble»), los egicoreos (los cabreros y, por ampliación, los pastores), los argades (etimológicamente «los obreros») y los opletes (el brazo militar). Las diez tribus que, en sustitución de éstas, establece Clístenes se establecen con criterios geográficos (lo cual es un claro avance en la concepción de la organización del Estado, un caso más de la tendencia constante de Grecia a la racionalidad), pero los nombres que se imponen a estas tribus tienen que ver con héroes áticos (el recuerdo del pasado, el prodigioso y eficaz don de la memoria que caracterizó a los griegos); he aquí los nombres de las tribus: Erectea, Egea, Pandionisia, Leóntida, Acamántide, Enea, Cecropia, Hipopóntide, Ayántide y Antioquea. La finalidad de esta nueva división introducida por Clístenes fue otorgar al Estado una impronta más democrática, disminuyendo el poder de la aristocracia y de las familias ricas, que, repartidas entre las diez tribus, perdían relevancia frente a la masa del pueblo y, por consiguiente, autoridad y poder efectivo. El papel del pueblo subía automáticamente.

1516 Aquí la exageración de Heródoto es evidente.

1517 Aquí la traducción es muy insegura. Este pronombre «aquél» (que manda a los

consultores) se refiere al mismo Clístenes de Sición, en cuyo caso el dios le tildaría nada más y nada menos que de asesino; otra interpretación posible, no excluida por la gramática, del pronombre, en griego, «él» podría referirse también a Clístenes, en el sentido de que sería justo que le apedrearan. Lo mismo por activa y por pasiva. Todo conduce al mismo desenlace.

1518 Como venganza porque habían participado en la campaña de los siete contra Tebas, juntamente con Adrasto; su sepulcro se encontraba en la vía que va desde Tebas a Calcis; Adrasto murió a manos de Anfiarao.

1519 Un posible origen paralelo de la tragedia, además del que nos es más conocido por la *Poética* de Aristóteles. Es una simple conjetura que propongo.

1520 Los ortagóridas pertenecían a la población no doria; Clístenes reformó la comunidad de tal manera que los linajes dorios perdieron su prepotencia sobre la primitiva población aborigen, que no secundaba su política de tiranía.

1521 Esta última palabra no está en todos los manuscritos griegos, pero algunos copistas la debieron incluir por los gentilicios ofensivos que siguen a continuación, que incluyen exactamente, en griego, la palabra «puerco».

1522 El primer nombre y el tercero tienen que ver con el término griego que significa «cerdo», y el segundo con el que significa «asno».

1523 Literalmente «habitantes de la zona costera»: Egialeo fue el héroe ficticio de esta tribu.

1524 En un primer periodo, Clístenes no se preocupó en absoluto por el pueblo ateniense, pero más tarde impuso el ingreso de todos los atenienses, incluidos libertos y extranjeros, en la confederación (no se me ocurre otro nombre para designar aquella primera unidad política que representó su actitud en Atenas) de clases y tendencias en la comunidad.

1525 Etimológicamente «jefe de tribu».

1526 Clístenes dividió la ciudad en más demos, o, para decirlo en un lenguaje muy actual, en circunscripciones políticas o electorales, de manera que el Ática entre los demos (digamos en lenguaje actual, aunque procedente del derecho romano, municipios) rurales y los demos urbanos, se dividía complejamente en cien. Agrupó así diez demos por tribu (¿provincia?), evitando unir aquellos que resultaran vecinos por su proximidad geográfica, todo lo contrario, eligiéndolos y agrupándolos políticamente en su dispersión geográfica. Un raro parecido con los partidos políticos actuales, que tienen partidarios distribuidos en toda la geografía política de un país. Comparación esta mía, sin embargo, que debe ser admitida *cum mica salis*. Pero que nos dice el formidable avance que para el pensamiento político en general representó la democracia ateniense de Clístenes.

1527 Recuérdese la institución del hospedaje.

1528 La misma exigencia presentó Esparta a Atenas poco antes de que estallara la guerra del Peloponeso, el destierro de Pericles, cfr. Tucídides, I, 126.

1529 Se narra inmediatamente.

1530 Vencedor en el 540 a.C.

1531 El verbo griego dice exactamente «dejarse crecer el pelo», pero cuando alguien lo hacía indicando al propio tiempo por qué lo hacía, ello indicaba un empeño casi religioso en lo que se pretendía hacer. El uso contrario, llamado en lenguaje bíblico el nazareato, o sea, rasurarse totalmente la cabeza, también tenía un sentido religioso.

1532 Al pie de la letra una «hermandad», pero el sentido militar del término es evidente.

1533 Recuérdese que los templos ofrecían un asilo inviolable.

1534 Estamos todavía en la época anterior a la reforma de Clístenes; las naucrarias eran los distritos navales del Ática, cada uno con su jefe; éstos, cuando les correspondía, ejercían el gobierno del país.

1535 Establecido por Solón, compuesto de cuatrocientos miembros, órgano supremo de gobierno del Ática.

1536 El griego dice: «que pensaban lo mismo», o sea, que tenían la misma ideología. ¿No estamos nuclearmente ante unos partidos políticos? También por aquí las democracias occidentales son griegas.

1537 Esta traducción es muy insuficiente, pero no se me ocurre otra mejor; además tiene para nosotros connotaciones religiosas que no vienen al caso. La palabra griega correspondiente, *adytos*, significa «lugar en el que no se puede entrar» por motivos religiosos, algo parecido al *Sancta sanctorum* del templo judío de Jerusalén.

1538 Cfr. César, *De bello Gallico*, III, 105: «in occultis ac reconditis templi quo praeter sacerdotem adire fas non est, quod Graeci adyton appellant».

1539 La conocida señal de sumisión.

1540 A unos treinta kilómetros del centro de Atenas.

1541 El oriental.

1542 Recuérdese la institución espartana de la diarquía.

1543 Uno de los dos reyes. Las dos familias reales espartanas, los agíadas y los euripóntidas, descendían de Cástor y Pólux, hijos de Tíndaro; el sentido de la disposición era que cada rey gozaba de la protección de un tindárida, de modo que el rey que se quedara en la ciudad gozaría de su protección para administrar los asuntos indiferentes a la guerra.

1544 Lo que se llevaban los combatientes eran dos imágenes de los Dióscuros; la traducción más exacta del término sería «invocados».

1545 Como una colonia.

1546 El estrecho que hay entre la Beocia y la isla de Eubea, donde radica la ciudad de Calcis.

1547 La palabra griega correspondiente, *cleruco*, significa «dueño de un trozo de tierra cultivable», y era una institución típicamente ática.

1548 *Hippobotai:* eran los grandes terratenientes oligárquicos; Heródoto nota finamente las diferencias entre la civilización ática, relativamente democrática, y la doria y la jonia, preponderantemente oligárquicas. Hay que leer a los autores griegos en profundidad: dicen más de lo que se lee a primera vista.

1549 Denominación despectiva de los ricos hacendados.

1550 Con término más moderno hoy diríamos «libertad de expresión».

1551 En rigor, democracia.

1552 El griego dice aquí «el lugar donde abundan las palabras», que es, naturalmente, la asamblea.

1553 Las imágenes de los eácidas, un apoyo hoy diríamos sobrenatural.

1554 El golfo Sarónico.

1555 Damia era la equivalente a la divinidad romana llamada la *Bona Dea*, y Auxesia (nombre relacionado con el verbo griego que significa «crecer», «aumentar») era la divinidad que favorecía el crecimiento vegetal.

1556 Para los atenienses el olivo era un árbol sagrado, incluso el tronco que quedaba en el suelo tras cortar uno; recuérdese el discurso de Lisias «Apología por el tronco de olivo» supuestamente arrancado del suelo.

1557 La instrucción y el trámite en Epidauro de los procesos por cuestiones surgidas en Egina indica una dependencia muy estricta de los eginetas, e, indirectamente, valora lo que

sigue a continuación.

1558 Hacia el 540 a.C.

1559 En el culto ático se correspondían con Deméter y Core.

1560 A una hora de camino. Por consiguiente, no era difícil acudir al lugar.

1561 Cantos groseros y obscenos eran típicos del culto a Deméter, y reflejaban el carácter rural, y por consiguiente poco educado, de los componentes de estos coros. Radicalmente de lo mismo, aunque en otro contexto, saldrá la comedia ática, como estudié hace ya años en mi primer volumen de las comedias aristofánicas que publiqué, en catalán, en la colección Bernat Metge.

1562 La leyenda ática pretende ocultar la vergüenza de la derrota.

1563 Soy consciente de que aquí mi traducción es poco literal, porque el griego dice exactamente «el común», pero esto entre nosotros tiene connotaciones muy distintas. Es tantas veces el problema del traductor...

1564 Un trirreme transportaba doscientos hoplitas (soldados de infantería).

1565 La arqueología lo confirma: las primeras estatuas griegas de que tenemos noticia eran de madera, las llamadas *xoana*.

1566 Para quien disponga del texto griego quiero hacer una observación: «señalar» es la traducción exacta del texto de aquí; en la lengua de Platón, en un texto homologable a éste probablemente hubiera escrito, en griego, «discernir». Desde un punto de vista de contenidos y de idioma, Heródoto ha evolucionado mucho desde Homero, pero no ha alcanzado el prodigio de la lengua de Platón y de Aristóteles, que llegan por pura síntesis a la simple entidad, a la esencia, a la metafísica, a la cumbre del pensamiento humano de todos los tiempos.

1567 Quizás se trate de una indicación de cómo ha de rendírseles culto.

1568 El vestido dorio femenino consistía en una especie de bata sin mangas cerrado sobre el hombro derecho y abierto por el izquierdo con una fíbula o broche. El vestido jonio era una túnica con mangas, sin broche alguno por consiguiente.

1569 De manera muy sutil Heródoto nos indica la situación de inferioridad de las mujeres en aquella sociedad: ¡tan sometidas estaban que los hombres podían obligarlas a cambiar sus maneras de vestir!

1570 El templo de Afea, en Egina, muy famoso y muy importante en la historia de la arquitectura griega antigua, y el de Hera en Argos. En rigor, Heródoto dice «de las diosas»,

dando por entendido que el lector ya sabe a qué divinidades es la referencia.

1571 Es la traducción exacta, pero más normal entre nosotros sería llamarlas simplemente «agujas».

1572 La cerámica ática fue muy famosa y cotizada, alcanzando su máximo prestigio en la ateniense llamada del Dípilon, por el barrio ateniense en que se producía.

1573 El texto entre corchetes no está en todos los manuscritos griegos.

1574 No es extraño que se levante a hablar un corintio, pues la ciudad de Corinto era la segunda más importante en la confederación lacedemonia. También en III, 80, cuando Heródoto introduce a Otanes hablando de la democracia, a Megabazo de la oligarquía y a Darío de la monarquía, muestra claramente sus simpatías por la democracia; su versión de la tiranía es la de un gobierno que rebosa injusticia y crueldad.

1575 Un lugar paralelo de Virgilio, *Bucólicas,* I, 60-65: «ante leves ergo pascentur in aethere cervi // et freti destituent nudos in litore pisces; // ante, pererratis amborum finibus, exsul // aut Ararim Parthus bibet aut Germania Tigrim // quam nostro illius labatur pectore voltus».

1576 Sosicles abre un largo paréntesis para exponer las condiciones políticas de Corinto. La digresión tiene, por parte de Heródoto, la doble finalidad de exaltar la libertad como sistema de gobierno y mostrar sus simpatías por la ciudad de Corinto, ya muy famosa en su tiempo.

1577 *Cipsele,* en griego «arca».

1578 Ya mandada asesinar por él, cfr. III, 50.

1579 Los tesprotos eran vecinos de los molosos y de los leucadios; el río de que aquí se habla nacía en sus territorios, pero conducía a los infiernos, por lo que era natural que allí hubiera un oráculo sobre los muertos; Melisa, ya mandada asesinar por su marido, sabía el lugar secreto donde estaba oculta cierta cantidad de dinero; de ahí la consulta de su marido y asesino.

1580 Ofrenda mortuoria.

1581 ¡Traducción literal! También podría traducirse más popularmente: «rezaba».

1582 Es decir, el alma.

1583 Este texto, sobre todo leído en griego, es una verdadera peroración oratoria en el sentido técnico de la palabra, al estilo de las de Demóstenes: expone claramente el pensamiento de Sosicles e, implícitamente, el de los que pensaban como él, sin atreverse a

manifestarlo. Otra vez estamos ante el prodigio de la evolución griega, que desde todas las perspectivas avanza hacia una síntesis de cultura y de pensamiento (la cerámica del Dípilon, la inducción socrática, la metafísica de Platón y Aristóteles, la arquitectura del Partenón...) mostrando unas claras fases de avance perfectamente fijables, hacia la perfección suprema del pensamiento científico occidental. Por eso estamos aquí...

1584 La referencia es a Atenas, naturalmente.

1585 Plaza de la península Calcídica.

1586 Plaza de la Tesalia.

1587 No se olvide que la isla de Lesbos, cuya capital es Mitilene, era dominio eolio, patria de los grandes líricos monódicos Alceo y Safo.

1588 Uno de los tres grandes de la monodia griega; los otros dos son Safo y Anacreonte.

1589 El primero, y menos conocido, de los poetas que desertan del combate para salvar la vida; más conocidos serán Arquíloco de Paros y Horacio.

1590 Cronología de Alceo: aproximadamente 650-590 a.C., lo que sirve para fechar todo el pasaje.

1591 Poema que en parte se conserva; es el fragm. 6 de Diehl.

1592 Parece que se puede fijar exactamente el año: estaríamos en el 499 a.C.

1593 Es decir, una fundación de Atenas. Pero la referencia es mítica: su fundador fue Neleo, hijo de Codro, el último rey de los atenienses.

1594 Parece que Aristófanes tuvo *in mente* este lugar en su comedia *La asamblea de las mujeres,* v. 1130 ss.

1595 Reflejo del lugar *Ilíada,* V, 62 ss., donde se dice de Ferecio que «había construido a Alejandro las naves equilibradas, del mal iniciadoras, que un mal resultaron para todos los troyanos» (traducción de López Eire).

1596 Cfr. 15, 17.

1597 Hoy diríamos: «en una reserva».

1598 Que, naturalmente, ardían en deseos de regresar a su país.

1599 En la región de la desembocadura del Hebro (hoy Maritza).

1600 Para quien tenga a la vista el texto griego: el capítulo empieza con el nombre de

Aristágoras, recogido muy lejos por un pronombre demostrativo, «éste»; en realidad, de manera intencionada o no, lo que aquí Heródoto nos dejó fue lo que los gramáticos llaman un *nominativus pendens*. Y aquí es intraducible.

1601 De Eretria, en la isla de Eubea.

1602 Se tiene la impresión de que el historiador quiere subrayar que entre Eretria y Atenas no había lazos de amistad; los eretrios querían mostrarse agradecidos por la ayuda que en el siglo VII habían recibido de Mileto en sus luchas contra la ciudad de Calcis, en la misma isla de Eubea.

1603 En el 498 a.C.

1604 Un cabo, muy próximo a la ciudad de Éfeso, que debía de ofrecer buen ancoraje.

1605 El actual río Kutchur, llamado también por los antiguos «Pequeño Meandro».

1606 Cfr. I, 84, 92.

1607 Pero tal acrópolis cayó el año 498.

1608 Era la *Magna Mater* de los romanos.

1609 De la Jonia: no está en el texto griego, pero debe sobrentenderse.

1610 Porque los desdeñaba; en cambio, no disponía de información sobre Atenas.

1611 Reminiscencia homérica.

1612 Los dioses protectores de la estirpe del rey.

1613 Incluso en la época helenística se creía que la isla de Cerdeña era la mayor del Mediterráneo, la mejor sede para establecerse y colonizarla.

1614 Esta traducción, algo redundante, responde exactamente al texto herodoteo; como comentario muy genérico puede decirse que es algo propio del estilo de nuestro historiador. La lectura lo comprueba repetidamente.

1615 El promontorio llamado actualmente de Carpaso.

1616 Aquí el texto griego presenta un claro anacoluto, reflejado por estos puntos suspensivos.

1617 El historiador antes los llamó tiranos, ahora los llama reyes. Parece que el trasfondo es claro.

1618 Solio, una población de segundo orden de la isla.

1619 Los carios gozaban de fama de ser valientes, cfr. I, 171, y II, 152.

1620 El griego dice: «Un rey y un comandante», pero creo que aquí hay la figura llamada hendíadis, y que se debe traducir: «un rey que es comandante», es decir, cuando ejerce sus funciones militares.

1621 Una de las nueves principales ciudades de Chipre.

1622 A salaminios y jonios, que luchaban coligados.

1623 Es decir, fundación argiva, de Argos. Esta deserción se justificaría por enemistades entre Jonia y Argos.

1624 Aquí Heródoto se equivoca: en realidad eran de origen fenicio; sólo más tarde se establecen griegos allí.

1625 Cuenta Plutarco *(Solón*, 26) que Solón movió a Filócipro a abandonar la ciudad primitiva, levantada sobre unos peñascos abocados al mar, y a edificarla tierra adentro, en una región mejor. La propuesta fue aceptada unánimemente por el consejo de la ciudad, que, además, tomó el acuerdo de llamar Soloi a la nueva fundación, en recuerdo del que había insinuado tal nombre.

1626 Junto a Abido.

1627 No sabemos de qué lugar se trata.

1628 Sabemos por otros historiadores que la reunión tuvo lugar en el templo de Zeus Dorado, o de oro, probablemente por la estatua que se veneraba en él, labrada en oro.

1629 Esto, más que un nombre parece ser un título, que significaría «rey de los cilicios».

1630 ¡Un antecedente de Hernán Cortés en México!

1631 Años 497-496 a.C.

1632 Naturalmente, no se trata de la isla, sino de una colonia de Mileto, ciudad llamada hoy Kemlik.

1633 Junto a Lámpsaco.

1634 Todavía hoy conserva este nombre.

LIBRO VI
ÉRATO

INTRODUCCIÓN

EL libro VI de esta *Historia* trata dos temas muy relevantes en el conjunto de la obra; desde algún punto de vista puede equipararse a los dos cantos sextos de la *Ilíada* y de la *Odisea.*

En efecto, en su canto VI el primero de los poemas homéricos contiene el diálogo entre Glauco y Diomedes, fundamental para caracterizar a aqueos y troyanos, y el canto VI del poema de Ulises nos presenta la inolvidable figura de Nausica, en ambos casos un segundo plano muy próximo al primero y fundamental de ambos poemas. Paralelamente, aquí hay la narración de la batalla de Maratón, un segundo plano elevadísimo, premonición exacta de la gloria de Salamina.

El primer eje sobre el que gira el libro es el aplastamiento de la sublevación de las ciudades jonias y, por activa y por pasiva, la situación en la Grecia estricta. Histieo de Mileto en Quíos y en Bizancio (1-5). Victoria de la flota persa en Lade; toma de Mileto; nótese la reiteración con que Heródoto insiste en el tema, en último término tan fundamental (6-21). Emigración de los samios hacia Sicilia (22-25). Muerte de Histieo (26-30). Sumisión de las islas y de las ciudades del Helesponto. Historia de Milcíades. El Quersoneso Tracio (31-42). Profundización en el tema, en lo que Heródoto se muestra muy coherente. Campaña de Mardonio contra Grecia (43-45). La situación política de Grecia: los tasios, desarmados. Llegada a Grecia de heraldos persas (46-51). Orígenes de la realeza (diarquía) espartana (56-60). Demárato y Cleómenes: guerra contra Argos (61-84). Guerra de Atenas contra Egina (85-93). La campaña contra Grecia: Datis y Artafernes; la marcha de los persas a través de las islas y de Eretria; su llegada a Maratón (103-120). Batalla de Maratón (121-131). Campaña de Milcíades contra Paros; conquista de Lemnos (132-140).

La sublevación jonia (1-32)

1. Aristágoras, el inductor de Jonia a la sublevación, acabó así, pero Histieo, el tirano de Mileto, después de su derrocamiento por parte de Darío se presentó en Sardes. Cuando llegó allí procedente de Susa, Artáfrenes, el gobernador de los sardos, le preguntó por qué le parecía que los jonios se habían sublevado. Él contestó que no lo sabía y se extrañó de todo el proceso; fingió ignorar la realidad de la situación. Cuando Artáfrenes observó que él recurría a excusas —pues estaba minuciosamente informado de la causa de la insurrección— le dijo: «Histieo, en realidad la situación es ésta: este zapato lo has hecho tú, y Aristágoras te lo ha calzado»[1635].

2. Artáfrenes dijo esto refiriéndose a la sublevación, y a Histieo le entró pavor, porque Artáfrenes lo sabía todo, de manera que a la noche siguiente escapó hacia el mar. Luego de haber engañado totalmente al rey Darío, de haberle prometido que le sometería la gran isla de Cerdeña, ahora asumió la dirección de los jonios en su guerra contra él. Pasó a Quíos, pero los quiotas lo encadenaron y lo acusaron de que por encargo de Darío tramaba contra ellos innovaciones muy duras. De todos modos, los quiotas, cuando se enteraron de los hechos y de que era enemigo del rey lo soltaron.

3. Histieo, interrogado por los jonios acerca de por qué había instado con tanto interés a Aristágoras a que desertara del rey, con lo cual había inferido daños tan grandes a los jonios, les ocultó totalmente la verdadera causa y les explicó que el rey Darío planeaba deportar a los fenicios de su país y establecerlos en Jonia, e instalar a los jonios en Fenicia; por ello había dispuesto tales cosas. A pesar de que el rey no había planeado esto de ninguna manera, Histieo infundió a los jonios un gran miedo.

4. A continuación Histieo mandó, por medio de un mensajero, Hermipo, ciudadano de Atarneo[1636], unas notas por escrito a los persas que estaban en Sardes, como si éstos ya anteriormente hubieran tratado con él de una deserción. Pero Hermipo no entrega estas notas a sus destinatarios, sino que las lleva a Artáfrenes y las pone en sus manos. Éste, tras enterarse de todo lo

que ocurría, pidió a Hermipo que entregara las cartas de Histieo a sus receptores, pero que le entregara a él los escritos de respuesta que los persas enviarían a Histieo. Fueron descubiertos así, y Artáfrenes mandó matar a muchos de ellos.

5. De manera que en toda la ciudad de Sardes se produjeron alborotos. E Histieo, que vio frustrada su esperanza, fue trasladado por los quiotas, a petición propia, desde Quíos de nuevo a Mileto. Y los milesios, satisfechos por haberse librado de Aristágoras, no estaban dispuestos de ninguna manera a acoger en su país a otro tirano, pues ya habían probado la libertad. Cuando, por la noche, Histieo intentó regresar por la fuerza a Mileto, un milesio cualquiera le hirió un muslo. Se sintió expulsado de su propia ciudad y regresó a Quíos. Pero no logró persuadir a los quiotas de que le proporcionaran naves, por lo que desde Quíos pasó a Mitilene, y logró, efectivamente, convencer a los lesbios, que se las proporcionaron. Equiparon ocho trirremes y navegaron con Histieo hacia Bizancio. Allí tomaron posiciones y apresaban todas las naves que salían del Ponto, a excepción de aquellas cuyas tripulaciones se declararan dispuestas a obedecer a Histieo[1637].

6. Esto es lo que hicieron Histieo y los de Mitilene; contra Mileto se esperaba una flota muy potente y un ejército de tierra. Los comandantes de los persas se habían juntado, habían levantado un campamento único y marcharon contra Mileto; desdeñaban las otras ciudades. En la flota, los más dispuestos eran los fenicios, pero también salieron en campaña los chipriotas, que hacía muy poco que habían sido sometidos, los cilicios y los egipcios.

7. Desde luego, todos éstos salieron en son de guerra contra Mileto y el resto de Jonia. Al llegarles la noticia, los jonios iban enviando sus delegados[1638] al Panionio. Llegados a este lugar, deliberaron, y les pareció indicado no reunir un ejército de tierra contra los persas, sino que los milesios defendieran ellos mismos sus muros y equiparan su flota sin prescindir de ninguna nave, y cuando las hubieren tripulado debían concentrarse lo más pronto posible en Lade[1639] y librar la batalla por Mileto. Lade es una pequeña isla junto a la ciudad de los milesios.

8. Luego[1640] los jonios tomaron posiciones con sus naves tripuladas, y con ellos las de los eolios residentes en Lesbos. Se ordenaron como sigue: el ala

oriental la ocupaban los mismos milesios con ochenta naves: las seguían doce de los de Priene y tres de los de Miunte; a continuación de las de Miunte seguían los de Teos con diecisiete naves, y a los de Teos seguían los quiotas con cien naves, y a su lado se alineaban los eritreos y los focenses (los eritreos aportaron ocho naves y los focenses tres); a los focenses los seguían los lesbios con setenta naves; cerraban la formación por occidente los samios con sesenta naves; ellos ocupaban el ala izquierda. En total éstos contaron con trescientos cincuenta y tres trirremes.

9. Tales eran las naves de los jonios; la cantidad de naves de los bárbaros era de seiscientas. Cuando llegaron, también ellas, al país milesio y establecieron contacto con todas sus tropas de infantería, los comandantes persas advirtieron el número de naves jonias y temieron no ser capaces de superarlas, y que, por tanto, les sería imposible tomar Mileto si no se hacían dueños del mar, bien al contrario, temieron correr el riesgo de sufrir algo grave de parte de Darío. Considerando estas circunstancias, reunieron a aquellos tiranos de los jonios que, tras ser derrocados de sus gobiernos por Aristágoras de Mileto, se habían refugiado entre los medos, y que ahora participaban en la campaña contra Mileto. De estos hombres convocaron a los que formaban parte de la expedición y les dijeron: «¡Hombres de Jonia! Ahora todos vosotros debéis mostraros bienhechores de la casa del rey. Cada uno de vosotros debe intentar que vuestros conciudadanos respectivos abandonen la alianza pactada entre todos ellos. Ponedlos a la vista y prometedles que su deserción del rey no les conllevará nada desagradable, que ni sus santuarios ni sus propiedades serán pasto de las llamas, y que su situación no será, en modo alguno, peor que la que tenían antes[1641]. Pero si rehúsan esta proposición y deciden que todo dependa de una batalla, en tal caso comunicadles esta amenaza que, desde luego, les acertará de lleno: si en la batalla salen derrotados se verán reducidos a la esclavitud y castraremos a sus hijos, arrastraremos a sus hijas jóvenes hacia Bactra y entregaremos su país a otras gentes.»

10. He aquí lo que dijeron, y los tiranos de los jonios enviaron, de noche, cada uno a las gentes de su país emisarios que lo anunciaran. Pero los jonios a los que llegaron tales mensajes persistieron obstinados en sus resoluciones[1642] y no se avinieron a la traición: cada uno creía que los persas

le dirigían tales promesas sólo a él. Y cuando los persas se presentaron ante Mileto ocurrió lo mismo.

11. Cuando los jonios se concentraron en Lade celebraron asambleas. Entre otros que allí intervinieron lo hizo también el estratego[1643] Dionisio de Focea[1644], que habló en los términos siguientes: «¡Jonios! Nuestra situación está sobre el filo de una navaja[1645], se trata de ser hombres libres o esclavos, y, lo que ya es el colmo, esclavos[1646] fugitivos. Pues si ahora aceptáis asumir penalidades, de momento os tocará sufrir, pero si vencéis al enemigo os será posible vivir en libertad. En cambio, si cedéis a la flojedad y al desorden, en tal caso en lo que a vosotros se refiere no abrigo ninguna esperanza de que el rey no castigue vuestra deserción. ¡Ea, hacedme caso y confiad en mí! Yo os prometo que, si los dioses son imparciales, el enemigo no os atacará, y si realmente os atacare saldrá severamente derrotado.»

12. Cuando los jonios lo oyeron depositaron su confianza en Dionisio. Éste mandaba cada día a las naves hacerse a la mar en largas columnas[1647] para ejercitar a los remeros a hacer pasar las naves unas entre las otras, luego mandaba a los marineros tomar las armas. Pero el resto del día mantenía los navíos anclados[1648], con todo lo cual fatigaba a los jonios durante el día entero. Éstos obedecieron siete días y ejecutaban sus órdenes, pero al siguiente, los jonios, que jamás habían experimentado tales trabajos, agotados por estas fatigas y por los ardores del sol, se dijeron a sí mismos: «¿A qué divinidad hemos ofendido para que debamos hacer todo esto? Hemos estado mal de la cabeza, fuera de nuestras casillas, cuando nos hemos confiado a un focense que es un charlatán que aporta tres, nada menos que tres, naves. Tras ponernos a sus órdenes nos tortura con tormentos insufribles. Bastantes de nosotros han enfermado ya, y es justificada la sospecha de que a muchos más nos ocurrirá lo mismo. Antes de soportar tales males nos es preferible padecer cualquier otro y esperar la esclavitud que nos amenaza, esto más que tolerar la presente. ¡Ea! Desde ahora nos negamos a obedecerle.» Esto es lo que se dijeron, e inmediatamente nadie se prestó más a hacerle caso, sino que plantaron sus tiendas en la isla como un ejército de tierra, vivieron a su sombra[1649], y se negaron desde entonces a embarcarse en las naves y a ejercitarse.

13. Cuando los estrategos de los samios tuvieron noticia de lo que ocurría

entre los jonios aceptaron las propuestas que Éaces, hijo de Silosonte, poco antes les había hecho a instancias de los persas, en el sentido de que se retiraran de la alianza jonia. Los samios, pues, aceptaron aquellas propuestas; por un lado, porque veían el gran desbarajuste que reinaba entre los jonios, y por el otro, advertían la imposibilidad de hacerse con el imperio persa. Sabían muy bien que si ahora derrotaban a aquella flota aparecería otra cinco veces mayor. Se sirvieron de cualquier pretexto, pues advirtieron rápidamente que los jonios eran remisos a cumplir con su deber y creyeron que les era una gran suerte poder salvar de la ruina sus santuarios y sus propiedades. Éaces, cuya palabra los samios aceptaron, era hijo de Silosonte, nieto de Éaces. Había sido tirano de Samos, pero Aristágoras le privó del poder a la vez que lo hizo con los restantes tiranos jonios.

14. Cuando los fenicios se lanzaron al ataque, los jonios salieron contra ellos formando una gran columna de naves. Se aproximaron y trabaron combate, pero desde aquí me veo incapaz de escribir puntualmente quiénes de los jonios fueron valientes y quiénes fueron cobardes en esta batalla naval, pues ellos se echan mutuamente las culpas[1650]. Se dice que los samios, según lo pactado con Éaces, izaron velas y, abandonando la línea de combate, se fueron a Samos, excepción hecha de once naves, cuyos capitanes se quedaron y lucharon, con lo cual desobedecieron a sus generales. Y por esta hazaña el Consejo General de los samios les concedió grabar sus nombres y los de sus padres en una columna, porque se habían comportado como héroes. Esta columna está aún hoy en el ágora. Cuando los lesbios observaron que sus vecinos se daban a la fuga hicieron lo mismo que los samios, y entonces el resto de los jonios los imitó totalmente.

15. De los que en la batalla naval aguantaron, los quiotas fueron los que lo pasaron peor, porque acreditaron hazañas espléndidas y no se prestaron a vilezas. Tal como ya se ha indicado anteriormente, habían aportado cien naves, tripuladas cada una por cuarenta hombres de entre los ciudadanos, una dotación muy escogida. Cuando vieron que la mayoría de los aliados se convertían en traidores, se negaron a equipararse con aquellos cobardes y, a pesar de que los habían dejado solos con muy pocos aliados, se abrieron paso entre las naves enemigas y lucharon en alta mar, apresaron muchas naves enemigas, perdiendo, sin embargo, la mayoría de las propias. Los quiotas

huyeron, por consiguiente, a su país con las naves que les quedaban.

16. Pero todos los quiotas cuyas naves, a causa de los daños sufridos, habían quedado fuera de combate, cuando se vieron perseguidos huyeron hacia Micale. Encallaron sus naves allí y las abandonaron, y avanzaron a pie por la tierra firme. Y así aquellos quiotas llegaron, en su caminata, a los dominios de Éfeso. Llegaron de noche a estos dominios, precisamente cuando las mujeres celebraban allí la fiesta de las Tesmoforias. Los efesios, que no se habían enterado de la situación de los quiotas y ahora veían un grupo armado que había irrumpido en sus territorios, los tomaron por unos bandoleros que iban por sus mujeres. De manera que el pueblo en masa salió a socorrerlas y mató a los quiotas.

17. De modo que éstos sufrieron esta triste suerte. Y cuando Dionisio de Focea supo que su causa estaba perdida tomó tres naves enemigas y huyó, pero no a Focea, pues era muy consciente de que sería reducido a esclavitud juntamente con los demás jonios. Por lo tanto navegó, tal como estaba[1651], hacia Fenicia. Luego que allí hubo hundido muchas naves mercantes y se hubo apoderado de tesoros en abundancia, zarpó hacia Sicilia. Y tomándola como base se convirtió en pirata[1652], aunque nunca contra los griegos, sino contra los cartagineses y los tirrenos.

18. Los persas, luego de vencer en la batalla naval a los jonios, asediaron Mileto por tierra y por mar. Minaron sus muros, emplearon toda suerte de ingenios militares, y tomaron la ciudad entera al cabo de cinco años[1653] a contar desde la deserción de Aristágoras. Redujeron a esclavitud a todos sus habitantes, de manera que sus malandanzas consonaron con lo que el oráculo había proclamado que era el destino de Mileto.

19. Pues los argivos, que habían solicitado de Delfos un oráculo acerca de la salvación de su propia ciudad, recibieron una respuesta válida para todos: en efecto, una parte afectaba a los argivos, pero había un apéndice que afectaba a los milesios. Bien: lo que afecta a los argivos lo aduciré cuando en mi narración llegue a este punto, pero la parte que afectaba a los milesios, que entonces no se encontraban allí, decía lo siguiente:

Desde luego, Mileto, que tramas obras siniestras,
para muchos serás banquete y regalo brillante;
tus esposas los pies lavarán a muchos peludos

y otros seran celadores[1654] *del templo que en Dídima tengo*[1655].

Todo lo cual entonces alcanzó de lleno a los milesios: la mayoría de sus hombres pereció a manos de los persas, que lucen largas cabelleras, sus mujeres y niños se vieron convertidos en esclavos, y el recinto sagrado de Dídima, tanto el oráculo como el templo, fue saqueado e incendiado. He hecho mención de los tesoros de este templo en otros lugares de mi obra[1656].

20. Desde allí los milesios apresados fueron deportados a Susa, pero el rey Darío no les infligió más daños: los estableció a orillas del llamado mar Eritreo[1657], en la ciudad de Ampe, junto a la cual fluye el río Tigris y desemboca en el mar[1658]. Del país de los milesios, los persas se quedaron con la comarca que rodea la ciudad y con la llanura; cedieron a los carios de Pédasa[1659] las tierras mesetarias.

21. Por cierto, que cuando este destino se abatió sobre los milesios, la ciudad de Síbaris no les pagó con la misma moneda lo que los milesios habían hecho en honor suyo. Pues, cuando Síbaris fue conquistada por los crotoniatas —después de la destrucción de su ciudad, los sibaritas se establecieron en Lao y en Escidro—, todos los milesios jóvenes aptos para el servicio militar[1660] se raparon la cabeza y exteriorizaron un gran dolor[1661]; efectivamente, a las dos ciudades las unían vínculos de hospitalidad tan fuertes como no los conocemos entre otras dos ciudades en ningún lugar. Muy al contrario de los atenienses, que se mostraron múltiplemente dolidos por la caída de Mileto, debiendo destacar que Frínico[1662] compuso un drama titulado *La toma de Mileto* y cuando lo hizo representar todo el teatro se deshizo en llanto, y a Frínico le fue impuesta una multa de mil dracmas porque había vuelto a remover el infortunio de los hermanos. Y se prohibió que alguien volviera a representar el drama[1663].

22. Bien: Mileto se vio despojada de sus milesios. Pero a los samios, que todavía conservaban algunos bienes, no les gustó nada la empresa de sus estrategos contra los medos. Tras una deliberación que siguió inmediatamente a la batalla, decidieron emigrar a una colonia antes de que su tirano Éaces llegara al país; así, si no se quedaban, evitaban la esclavitud bajo los medos y bajo Éaces. Pues por estos mismos tiempos los zancleos[1664] enviaban mensajeros a Jonia e invitaban a los jonios a acudir hacia ellos,

hacia el paraje llamado «La Bella Costa»: deseaban allí la fundación de una ciudad jonia. Esta llamada «Bella Costa»[1665] pertenece a los sículos de Sicilia, concretamente a los de la parte que está enfrente de los tirrenos[1666]. Y cuando los llamaron, acudieron a su llamada, de entre todos los jonios, sólo los samios, y con ellos los milesios que habían logrado salvarse.

23. Y entretanto sucedió lo siguiente: en su navegación hacia Sicilia, los samios se encontraban en el país de los locros epicefirios[1667] al tiempo que los zancleos[1668], con su rey, llamado Escita, a la cabeza asediaban una ciudad[1669] de los sículos con el deseo de tomarla. Cuando el tirano de Regio, Anaxilao[1670], que entonces estaba enemistado con los zancleos, lo supo, se puso en contacto con los samios y los persuadió de que sacarían más provecho si dejaban correr lo de la Bella Costa, hacia la cual navegaban, y que ocupaban Zancle, que se encontraba sin sus hombres. Los samios le hicieron caso y se apoderaron de Zancle. Los zancleos, ante la noticia de que su ciudad había sido ocupada, corrieron a defenderla, y reclamaron la ayuda de Hipócrates, el tirano de Gela[1671], pues les era un aliado. Y cuando este Hipócrates llegó con su ejército a ayudarlos, mandó encadenar a Escita, el monarca de los zancleos, puesto que había dejado indefensa la ciudad, y expulsó a su hermano Pitógenes, lo mandó a la ciudad de Ínix[1672]. Llegó a un acuerdo expreso con los samios, reforzado con juramentos que se prestaron mutuamente, y les entregó los zancleos restantes. Los samios le adjudicaron esta recompensa, que pactaron: recibiría como su parte correspondiente la mitad de los ajuares y de los esclavos que hubiere en la ciudad. Lo que se encontrare en los campos, todo pasaría a ser propiedad de Hipócrates. Él se reservó para sí la mayoría de los zancleos, a los que ató como esclavos, y entregó a los samios, para que les decapitaran, a los dirigentes, unos trescientos. Sin embargo, la verdad es que los samios no lo hicieron.

24. Escita, el monarca de los zancleos, huyó de Ínix a Hímera[1673], desde donde llegó a Asia y subió[1674] a la corte del rey Darío, quien lo consideró el más justo de todos los hombres que desde Grecia habían acudido[1675] a él, pues Escita llegó a Sicilia tras haberle pedido licencia, y luego, desde Sicilia, acudió de nuevo a él. Murió en tierra persa, muy viejo y muy rico. Por su parte los samios, tras quitarse de encima a los medos, se habían adueñado sin

esfuerzo de una bella ciudad, de Zancle.

25. Luego de la batalla naval que se libró en consideración de Mileto, los fenicios, movidos por los persas, repusieron en el gobierno de Samos a Éaces, el hijo de Silosonte, pues hizo muchos méritos ante ellos y había realizado grandes cosas. De los que hicieron defección a Darío, los samios fueron los únicos que, gracias a la retirada de sus naves durante el choque, salvaron del incendio su ciudad y sus santuarios. Luego de la caída de Mileto los persas se apoderaron de Caria; unas de sus ciudades se les sometieron voluntariamente, las demás cedieron por coacción.

26. Todo esto ocurrió así. Histieo de Mileto, por su parte, continuaba en aguas de Bizancio y se dedicaba a la captura de los cargueros jonios procedentes del Ponto. Y se enteró de los sucesos de Mileto. Entonces traspasó la empresa del Ponto, dirigida por él, a Bisaltes, el hijo de Apolófanes de Abido, y navegó con los lesbios hacia Quíos. Pero las avanzadillas de los quiotas lo rechazaron, y él les presentó batalla en tierras de Quíos, en el lugar llamado Las Grutas[1676]. Y allí mató a muchos quiotas. Tomando como base la ciudad de Policne[1677], en el país de Quíos, Histieo, con el apoyo de los lesbios, se impuso a los quiotas restantes, que ya habían salido muy malparados de la batalla naval.

27. Así que a una ciudad o a un pueblo ha de sucederle una gran desgracia, lo normal es que, de alguna manera, haya grandes señales de la cosa. También los quiotas antes de estos sucesos tuvieron grandes signos. En primer lugar, enviaron un coro de cien jóvenes a Delfos[1678], de los cuales sólo regresaron dos. A los noventa y ocho restantes se les pegó una peste que se los llevó. Además, en la ciudad misma y en la misma época poco antes de la batalla naval, a unos niños que estaban aprendiendo las letras[1679] se les cayó el techo encima, de manera que, de ciento veinte, uno solo salvó la vida. Estos signos se los había enviado el dios previamente, pero luego la batalla naval subsiguiente postró a la ciudad de rodillas, y después de la batalla naval, para colmo apareció Histieo con los lesbios. A los quiotas ya les iban las cosas muy mal, y él completó fácilmente la sumisión[1680].

28. Desde allí, Histieo, con muchos jonios y eolios, declaró la guerra a Tasos. Y mientras asediaba Tasos por todas partes, llegó la noticia de que los fenicios, tomando como base Mileto, navegaban contra toda la Jonia restante.

Cuando lo supo, dejó incólume tras sí la plaza de Tasos y con todo su ejército se dirigió rápidamente hacia Lesbos. Pero su ejército pasaba hambre, por lo cual dejó Lesbos y pasó a la costa continental que tenía enfrente, para segar el trigo de Atarneo[1681] y el de la llanura de Caico[1682], perteneciente a la Misia. Pero se encontraba en aquellas tierras precisamente el persa Hárpago, al mando de un ejército no pequeño. Éste dio con Histieo, que acababa de desembarcar, y lo cogió prisionero, vivo. Y le aniquiló la mayor parte del ejército[1683].

29. Histieo fue cogido prisionero vivo de esta manera: cuando los griegos combatían contra los persas en Malene, en el país atarneo, durante mucho tiempo se luchó cuerpo a cuerpo, pero la caballería, que acabó interviniendo, desbarató a los griegos. Ésta fue la actuación de la caballería. En medio del desastre de los griegos, la esperanza de que el rey le perdonaría la vida a pesar de su felonía de entonces inspiró a Histieo un tal apego a la vida, que, atrapado en su huida por un soldado persa, cuando éste ya lo iba a atravesar con la espada, le manifestó, en lengua persa, que él era Histieo de Mileto.

30. Ahora bien: a mí me parece que, si tras su captura lo hubieran conducido a presencia del rey Darío, no habría sufrido nada malo, porque el rey le habría perdonado la culpa. Precisamente por eso, para evitar que sobreviviera y volviera a ganar influencia delante del rey, Artáfrenes, el gobernador de Sardes, y Hárpago, el que le había capturado, cuando Histieo fue remitido a Sardes y llegó a la ciudad lo empalaron allí mismo. Mandaron embalsamar su cabeza, y la enviaron al rey Darío, en Susa. Cuando Darío lo supo, les reprochó duramente que no lo hubieran conducido vivo a su presencia; mandó lavar la cabeza de Histieo, adornarla bellamente y enterrarla cual correspondía a un hombre que había hecho muchos merecimientos especialmente ante él, pero también ante los persas.

31. Éste fue el final de Histieo. Pero al año siguiente la flota de los persas, después de haber invernado en los alrededores de Mileto, se hizo a la mar y tomó con facilidad las islas que están frente al continente, Quíos, Lesbos y Ténedos. Cada vez que tomaban una isla, los bárbaros, al conquistarla, hacían una redada[1684] y capturaban a sus hombres. Los capturaban de esta manera: un soldado cogía a otro de la mano, y esto desde el mar que está al norte hasta el que está en el sur. De manera que recorrían toda la isla y capturaban

a sus hombres. Conquistaron igualmente las ciudades jonias del continente, pero en ellas no podían efectuar ninguna caza de hombres, porque allí no era posible.

32. Y allí los comandantes de los persas hicieron que no se convirtieran en mentiras las amenazas que habían formulado contra los jonios. Pues así que se adueñaban de las ciudades, elegían a los jóvenes más bellos y los castraban: si hasta entonces eran hombres, desde ahora serían eunucos. Y a las doncellas más hermosas las acarrearon[1685] a presencia del rey. Lo cual hicieron por todas partes, e incendiaron las ciudades, sin perdonar a los santuarios. Así los jonios se vieron sojuzgados por tercera vez; primero lo habían sido por los lidios, y luego, consecutivamente, dos veces por los persas.

La primera campaña de los persas al mando de Mardonio (33-47)

33. Cuando la flota persa se alejó de Jonia ocupó todas las tierras que se encuentran a la izquierda del que penetra en el Helesponto (las que se encuentran a la derecha ya habían sido sometidas por persas que operaban en el continente)[1686]. En Europa hay estos países del Helesponto: en primer lugar el Quersoneso[1687], que cuenta con numerosas ciudades; a continuación sigue la ciudad de Perinto[1688]; luego las plazas fortificadas de Tracia, Selimbria[1689] y Bizancio[1690]. Los bizantinos y los calcedonios, que están frente a frente, no se esperaban, de ningún modo, el asalto por mar de los fenicios. Abandonaron su tierra y se alejaron en dirección al Ponto Euxino, donde se establecieron en la ciudad de Mesambria[1691]. Pero luego que hubieron incendiado las plazas citadas, los persas se revolvieron contra Proconeso y Artace[1692]. Las destruyeron pegándoles fuego, y a continuación navegaron de regreso al Quersoneso para tomar las otras ciudades, que no habían devastado cuando tomaron tierra. Pero no se dirigieron contra Cícico[1693], pues los cicicenos, ya antes de que se les aproximaran los fenicios, se habían puesto bajo el dominio del rey aceptando las condiciones

impuestas por Ébares, hijo de Megabazo, que era el gobernador de Dascilio[1694]. Los fenicios sometieron las plazas restantes del Quersoneso, a excepción de Cardia[1695].

34. A la sazón su tirano era Milcíades[1696], hijo de Cimón, nieto de Esteságoras. Tiempo atrás Milcíades, el hijo de Cípselo, había accedido a este gobierno como sigue: el Quersoneso de que tratamos[1697] lo poseían los doloncos, un linaje tracio. Pues bien: a estos doloncos en su guerra contra los apsintios las cosas les iban mal, y enviaron sus reyes a Delfos a solicitar un oráculo sobre la guerra. La Pitia les contestó que debían llamar como guía[1698] al primero que, cuando abandonaran el santuario, los invitara a comer. Los doloncos siguieron la Vía Sagrada[1699] a través de la Fócide y de la Beocia. Pero nadie los llamó, de modo que giraron hacia Atenas.

35. En Atenas entonces retenía el poder supremo Pisístrato, pero también Milcíades, el hijo de Cípselo, tenía su poder. Procedía de una casa que podía mantener una cuadriga[1700]. Sus orígenes estaban en Egina, en Éaco[1701]; hacía poco tiempo que era ateniense, por cuanto Fileo, el hijo de Áyax, fue el primer miembro de esta casa que lo fue[1702]. Precisamente entonces este Milcíades estaba sentado a la puerta de su casa: vio pasar a los doloncos, que no llevaban vestidos a la usanza del país y empuñaban armas; los llamó en alta voz, ellos se le acercaron y él les ofreció hospitalidad y alojamiento. Ellos lo aceptaron y, tratados por él como huéspedes, le explicaron por completo la profecía. Y luego de explicársela le pidieron que obedeciera al dios. Cuando Milcíades los hubo oído, la palabra de ellos lo convenció inmediatamente, porque le pesaba el dominio de Pisístrato y deseaba quitárselo de encima. Al punto se dirigió a Delfos para consultar al oráculo si debía acceder a la solicitud de los doloncos.

36. Pero la Pitia también se lo ordenó, y entonces Milcíades, el hijo de Cipselo —este Milcíades anteriormente había obtenido en Olimpia un victoria con una cuadriga—, reclutó a todos los atenienses dispuestos a enrolarse en la flota, se hizo a la mar juntamente con los doloncos y ocupó el país. Y aquellos que se lo habían llevado consigo lo nombraron tirano. Y él lo primero que hizo fue bloquear con un muro el itsmo del Quersoneso desde Cardia hasta Pactia[1703], para evitar que en adelante los apsintios pudieran

asaltar el país y devastarlo. El istmo mide treinta y seis estadios; contando desde él el Quersoneso[1704] tiene, en toda su extensión, una longitud de cuatrocientos veinte estadios[1705].

37. Luego que Milcíades hubo asegurado mediante un muro la entrada[1706] del Quersoneso y de este modo lo había protegido contra los apsintios, el primero de los pueblos restantes al que hizo la guerra fue el de los lampsacenos. Éstos le tendieron una celada y lo capturaron vivo. Pero Milcíades había caído en gracia al lidio Creso, de manera que cuando éste se enteró de ello mandó un emisario a los lampsacenos exigiendo su liberación. De lo contrario, los amenazó, los exterminaría como a un pino. Pero los lampsacenos, en sus conversaciones, no veían claro el sentido de esta palabra con que Creso les había amenazado, que los extirparía como a un pino. Y entonces cierto anciano, así que lo oyó, les dio el significado verdadero: de entre todos los árboles, sólo el pino ya no rebrota cuando lo han talado, sino que perece totalmente. De modo que, por miedo a Creso, los lampsacenos pusieron a Milcíades en libertad.

38. Y éste, que había salido vivo por la intercesión de Creso, murió sin hijos[1707], había legado su dominio y sus propiedades a su hermanastro[1708] por parte de madre Esteságoras, el hijo de Cimón. Desde su muerte, los habitantes del Quersoneso le ofrecen sacrificios, como es ley[1709] ofrecerlos al fundador de una colonia, y organizan en su honor un concurso de cuadrigas y otro pedestre, en los cuales está prohibido participar a los lampsacenos. Y la guerra contra los lampsacenos coincidió también con la muerte de Esteságoras, que no dejó hijos[1710]: le dio de lleno en la cabeza un hacha (por cierto, estando él en el pritaneo)[1711] lanzada por un hombre que se hacía pasar por tránsfuga[1712], pero que en realidad era un enemigo suyo y, en realidad, más acérrimo que él.

39. Muerto Esteságoras de esta manera, los pisistrátidas remitieron al Quersoneso un trirreme a bordo del cual viajaba Milcíades, el hijo de Cimón y hermano del difunto Esteságoras, para que se ocupara de los problemas que allí había[1713]. Ya en Atenas le habían mostrado aprecio como si no hubieran sido cómplices de la muerte de su padre Cimón, cosa que en otro pasaje de mi narración[1714] expondré como sucedió. Cuando Milcíades llegó al

Quersoneso, se quedaba expresamente en su casa para honrar[1715] así a su hermano Esteságoras. Pero cuando las gentes del Quersoneso lo supieron reunieron por todas partes a los más poderosos de todas las ciudades y se presentaron allí a darle el pésame. Y él mandó detenerlos[1716]. Milcíades, pues, se hizo el amo del Quersoneso; mantuvo en él a quinientos mercenarios y se casó con Hegesípila, hija del rey tracio Óloro[1717].

40. Este Milcíades, el hijo de Cimón, había llegado poco antes al Quersoneso, y a su llegada lo reclamaron tareas más difíciles que las que anteriormente lo habían ocupado[1718]. Pues, tres años antes de estos sucesos, los escitas lo habían puesto en fuga. Estimulados por el rey Darío, los escitas nómadas se habían unido y habían avanzado hacia este Quersoneso[1719]. Milcíades no hizo frente a sus incursiones, sino que huyó hasta que los escitas se hubieron retirado, y los doloncos lo repusieron. Esto, pues, había sucedido tres años antes de los acontecimientos que ahora lo ocupaban.

41. Pero cuando se enteró de que los fenicios ya estaban en Ténedos cargó en cinco trirremes las riquezas que tenía disponibles y escapó hacia Atenas. Como zarpaba de Cardia, hacía la travesía por el golfo Negro[1720]. Intentaba navegar a lo largo del Quersoneso[1721], y los fenicios se lanzaron contra sus naves. Milcíades mismo logró escapar con cuatro de ellas y se refugió en Imbros; el quinto navío fue perseguido y apresado por los fenicios. Precisamente el capitán de esta nave era Metíoco, el hijo mayor de Milcíades. Pero no era hijo de la hija del tracio Óloro, sino de otra madre. Los fenicios, pues, lo cogieron junto con la nave, y al saber que era hijo de Milcíades, lo llevaron a presencia del rey. Creyeron que con ello se congraciarían con él, porque Milcíades había invitado a los jonios a atender[1722] a los escitas cuando éstos pedían que fuera hundido el puente de barcas y que los griegos navegaran de vuelta a sus tierras[1723]. Pero Darío no trató mal en absoluto a Metíoco, el hijo de Milcíades, cuando los fenicios se lo presentaron, todo lo contrario, lo trató muy bien. Le dio casa y propiedades, y le casó con una mujer persa, de la que tuvo hijos, que fueron considerados persas. Y Milcíades desde Imbros alcanzó Atenas.

42. En ese año[1724] a los persas sólo les ocurrió esto que los llevara a pelearse con los jonios, pero en cambio en ese mismo año a éstos les pasó

algo que les resultó muy ventajoso. Artáfrenes, el sátrapa de Sardes, hizo que acudieran a él delegados de todas las ciudades y forzó a los jonios a llegar a pactos entre ellos: en adelante se remitirían a los tribunales, y ya no se saquearían ni se pillarían mutuamente. Los obligó a hacer esto y, luego que hubo medido sus países en parasangas —que es como llaman los persas a treinta estadios—, les impuso a cada uno tributos según las tierras que poseían, cosa que está vigente aún ahora, en mis días según Artáfrenes la fijó. La valoración de Artáfrenes modificó poco la suma total de impuestos que ya antes debían pagar[1725]. Y éstas fueron para los jonios medidas pacificadoras[1726].

43. Al inicio mismo de la primavera, los demás estrategos del rey fueron exonerados de sus cargos, pero Mardonio, el hijo de Gobrias, llegó al mar; mandaba un ejército de tierra muy potente, y una poderosa flota. Era aún joven y llevaba algún tiempo casado con Artozostra, una hija de Darío. Cuando llegó con este ejército a Cilicia, Mardonio embarcó en una nave y navegó con el resto de la flota. Otros generales dirigieron el ejército de tierra hasta llegar al Helesponto. Cuando en su navegación, bordeando la costa de Asia Menor, Mardonio llegó a Jonia, en este punto quiero contar algo grande y sorprendente para los griegos, que no llegarán a creerse que Ótanes, ante el Consejo de los Siete[1727], hubiera expresado su opinión de que era recomendable que los persas se democratizaran[1728]. Y Mardonio derrocó a todos los tiranos de los jonios e impuso democracias en las ciudades[1729]. Y luego de hacerlo, se dirigió rápidamente al Helesponto. Concentró una cantidad enorme de naves y, luego que también hubo agrupado un ejército de tierra muy potente, pasaron todos por mar el Helesponto y, ya por Europa, marcharon contra Eretria y Atenas.

44. El castigo de estas dos ciudades era sólo un pretexto para su campaña; en realidad su intención era someter todas las ciudades griegas que pudieran. Por un lado, con su flota sometieron a los tasios, que ni se atrevieron a levantar las manos contra ellos; y por el otro, con el ejército de tierra añadieron a los macedonios a los pueblos que ya habían sometido, porque los pueblos a poniente de los macedonios ya habían sido subyugados antes. Desde Tasos pasaron al otro lado y navegaron bordeando el continente hasta Acanto[1730]. Zarparon de ahí e intentaron doblar el Atos[1731]. Pero, mientras lo

costeaban, estalló sobre ellos una violenta tempestad de viento del norte que no lograron capear y que les infligió pérdidas enormes, porque estrelló muchas naves contra el Atos. Se dice que allí perdieron trescientas naves y además veinte mil hombres. En el mar que rodea el Atos hay muchas fieras salvajes, de manera que unos fueron víctima de las fieras y los otros salieron proyectados contra las rocas. Los que no sabían nadar ya por eso sólo murieron, otros murieron de frío. De manera que esto es lo que ocurrió a la flota.

45. A Mardonio y a su ejército de tierra, acampado en Macedonia, lo atacaron de noche los tracios brigos, que les causaron muchas bajas, e hirieron al propio Mardonio. A pesar de todo, ni tan siquiera ellos lograron eludir que los persas los sometieran. Realmente, Mardonio no abandonó estas tierras antes de someterlas por completo. Cuando las hubo sometido se marchó de ellas, pero retrocediendo, porque en la lucha los brigos habían infligido duras pérdidas a sus tropas de tierra y también la flota había quedado muy malparada junto al Atos. La flota, tan deshecha, navegó de regreso a Asia.

46. Al cabo de dos años[1732] Darío se dirigió inicialmente contra los tasios, pues sus vecinos los habían calumniado diciendo que tramaban su defección. Por medio de un mensajero les exigió que derribaran sus murallas y que trasladaran sus naves a Abdera[1733]. Pues, naturalmente, los tasios, que se habían visto asediados por Histieo de Mileto, y disfrutaban de rentas enormes, habían empleado su dinero en construirse naves de guerra y en asegurarse por medio de una muralla más sólida. Los ingresos les llegaban del continente y de las minas[1734]. Como mínimo las de oro de Escaptila[1735] les rendían un total de ochenta talentos[1736], y de las minas de la isla de Tasos extraían algo menos; con todo, una cantidad tal que normalmente los tasios —que estaban exentos de pagar impuestos por sus productos agrícolas—, del continente y de las minas, ingresaban anualmente doscientos talentos, que llegaban a los trescientos cuando el rendimiento era óptimo.

47. Estas minas las he visto yo mismo. Las más admirables eran, con mucho, aquellas descubiertas por los fenicios que colonizaron con Tasos[1737] la isla, la cual derivó su nombre de aquel Tasos llegado de Fenicia; estas minas fenicias se encuentran, en Tasos, entre las localidades llamadas Enira y

Cenira, frente a la costa de Samotracia. Eran una gran montaña que han allanado por sus búsquedas continuas[1738]. Esto es lo que hay en este tema.

La segunda campaña de los persas mandados por Datis y Artáfrenes. Batalla de Maratón (48-140)

48. Los tasios obedecieron al rey: no sólo derruyeron sus murallas, sino que depositaron todas sus naves en Abdera. Seguidamente Darío puso a los griegos a prueba para comprobar cuáles eran sus planes: si hacerle la guerra o rendírsele. Envió, pues, heraldos a todas partes, unos aquí, otros allí; los distribuyó por toda Grecia con la orden de que reclamaran tierra y agua[1739] en honor del rey. Estos heraldos los mandó a Grecia, pero mandó otros por todas partes a las ciudades costeras que le eran tributarias con la orden de que armaran naves de guerra y construyeran vehículos de carga para transportar caballos.

49. Estas ciudades sometidas le dispusieron, desde luego, tales preparativos, y muchos de los griegos continentales dieron a los heraldos que llegaban a Grecia lo que el persa exigía, y también los habitantes de las islas a los que los heraldos llegaron con tal demanda. Pues bien, entre otros insulares que dieron a Darío tierra y agua figuraban también los eginetas[1740]. Y así que éstos lo hubieron hecho, los atenienses reaccionaron inmediatamente[1741] contra ellos, convencidos de que los eginetas habían dado tierra y agua sólo por enemistad contra ellos, para poder atacar Atenas con el apoyo persa. Los atenienses aprovecharon muy a gusto este pretexto y acudieron repetidas veces a Esparta[1742] para acusar a los eginetas de la traición que habían hecho a toda Grecia.

50. Ante tales acusaciones, el rey de los espartanos, Cleómenes[1743], el hijo de Anaxándridas, se trasladó a Egina con la intención de detener a los máximos culpables de entre los eginetas. Pero, cuando pretendió efectuar las detenciones, los eginetas se opusieron a ello, principalmente Crío, el hijo de Polícrito: le aseguró que no le sería precisamente agradable llevarse a un solo egineta. Porque no lo hacía por un acuerdo tomado en común por todos los

espartanos, sino que lo hacía sobornado por el dinero de los atenienses; de no ser así, se habría presentado allí acompañado del otro rey para efectuar las detenciones. Decía esto basándose en una carta de Demarato[1744]. Cleómenes se fue, y al irse de Egina preguntó a Crío por el significado de su nombre[1745], y Crío se lo dijo. A lo que Cleómenes comentó: «Pues ya es hora, carnero, de que recubras tus cuernos con hierro, pues vas a afrontar una gran desgracia.»

51. Lo que sucedía era que en Esparta en esa época, Demarato, hijo de Aristón, que se había quedado en Esparta, calumniaba a Cleómenes. También Demarato era rey de los espartanos, pero de la dinastía inferior[1746]. Esta dinastía era inferior no por otro motivo —pues ambas procedían del mismo hombre— que no fuera que Eurístenes había nacido antes, por eso su dinastía era la superior.

52. Contradiciendo a todos los poetas[1747], los lacedemonios sostienen que Aristodemo, hijo de Aristómaco, hijo de Cleodeo, hijo de Hilo[1748], los guió a estas tierras que ahora poseen, en calidad de rey, y que no fueron los hijos de Aristodemo[1749]. Al cabo de poco tiempo[1750], la mujer de Aristodemo dio a luz. Se llamaba Argía y era, por lo que los espartanos dicen, hija de Autesión, hijo de Tisámeno, hijo de Tersandro, hijo de Polinices[1751]. Tuvo unos mellizos. Aristodemo llegó a ver a sus hijos, pero murió de enfermedad. Aquellos lacedemonios de entonces decidieron nombrar rey, según la costumbre, al mayor de los hijos. Pero no sabían a cuál de los dos debían elegir, pues los dos, tanto en figura como en estatura, eran exactamente iguales. Puesto que no eran capaces de decidirlo, o quizás antes de intentarlo, habrían preguntado a la madre. La cual les habría dicho que ni ella era capaz de distinguirlos. Ella lo sabía muy bien, pero su respuesta respondía al deseo de que ambos llegaran a reyes. Naturalmente, ahora los lacedemonios quedaron perplejos, y en su apuro enviaron un mensajero a Delfos a consultar cómo debían comportarse ante aquel caso. La respuesta de la Pitia fue que debían considerar reyes a los dos, honrando más, sin embargo, al mayor[1752]. De manera que la respuesta fue ésta, y a los lacedemonios que, pese a todo, continuaban perplejos, porque no sabían cómo adivinar cuál de los dos era el mayor, un hombre de Mesenia llamado Panites les dio un consejo. He aquí lo que aconsejó a los lacedemonios este Panites: debían observar a la madre, ver

a cuál de los dos niños bañaba y alimentaba en primer lugar. Si se veía que ella lo hacía siempre por el mismo orden, en tal caso ya sabrían todo lo que buscaban, lo que querían saber. Pero si ni tan siquiera ella sabía a qué atenerse, y lo hacía sin ningún criterio fijo, quedaba claro que ni tan siquiera ella lo sabía, y deberían girarse a otro camino. Entonces, por descontado, los espartanos siguieron las instrucciones del mesenio, observaron a la madre de los hijos de Aristódemo y descubrieron que siempre, invariablemente, sin darse cuenta del motivo por el cual la observaban, al dar el pecho y en el baño tenía más cuidados para el primero. Consideraron que el niño preferido así por su madre era el mayor, y lo criaron a expensas del erario público. Le impusieron el nombre de Eurístenes[1753], y a su hermano el de Procles. Los cuales, una vez llegados a adultos, a pesar de ser hermanos, fueron rivales todo el tiempo de su vida, y lo mismo sus descendientes.

53. Esto es lo que cuentan los lacedemonios, y son los únicos que lo cuentan. Lo que sigue lo escribo ateniéndome a las narraciones de los griegos. Estos reyes de los dorios, remontándonos hasta Perseo, los griegos los han enumerado correctamente, si prescindimos del dios[1754]; y queda demostrado que fueron realmente griegos. Sí, ya entonces eran considerados griegos. Por eso dije «hasta Perseo», pero no me he remontado más arriba, porque si se trata de Perseo, no se le adjudica ningún padre mortal, como en el caso de Heracles lo es Anfitrión. De modo que ha sido con toda corrección que he dicho «hasta Perseo». Pues partiendo de Dánae, hija de Acrisio, si remontáramos por sus antepasados se vería que los jefes de los dorios proceden en línea directa de Egipto[1755].

54. Éstos son los datos genealógicos que indican los griegos. Pero la historia según la explican los persas[1756] es así: Perseo, que era un asirio, se convirtió en griego; los antepasados de Perseo[1757] no lo eran. Y los padres de Acrisio, que no tenían ninguna relación de parentesco con Perseo, eran egipcios: es lo que dicen los griegos.

55. Bien: sobre esto baste con lo que se ha dicho. Cómo es que, siendo egipcios, accedieron a la soberanía sobre los dorios y la mantuvieron, en virtud de qué gestas, esto ya lo han tratado otros, y lo voy a omitir; aquello en que en sus exposiciones otros[1758] no se me han anticipado, esto, voy a tratarlo.

56. Los espartanos han conferido a sus reyes estas prerrogativas: dos sacerdocios, el de Zeus Lacedemonio[1759] y el de Zeus Uranio[1760], y el derecho de declarar la guerra a cualquier país que ellos quisieren. Esto ningún espartano podía impedírselo; si lo intentaba, caía sobre él una maldición. Cuando salen en campaña, los reyes marchan en cabeza, y en las retiradas son los últimos. En campaña gozan de la protección de por lo menos un centenar de hombres elegidos. En las expediciones militares fuera del país pueden inmolar tantas víctimas[1761] como quieran, y pueden reservarse las pieles y las espaldas de los animales sacrificados[1762].

57. Esto en tiempos de guerra. Por lo demás, en tiempos de paz sus prerrogativas son las siguientes: si se celebra un sacrificio a expensas del Estado[1763], en el banquete les corresponden los primeros asientos y en el reparto de los manjares se empieza por ellos: cada uno de ellos recibe una ración doble que el resto de comensales. Tienen el privilegio de iniciar las libaciones a los dioses, y se les reservan, también aquí, las pieles de los animales sacrificados. En cada novilunio[1764] y el día siete de cada mes se les da, procedentes del erario público, para que lo sacrifiquen a Apolo, una res ya crecida, y además un medimno de harina de cebada y un cuarto lacedemonio[1765] de vino. En los certámenes atléticos disfrutan de los puestos de honor, los más selectos. Les corresponde nombrar para el cargo de próxenos[1766] a aquellos de los ciudadanos que ellos deseen, y cada rey puede designar a dos pitios; los pitios son los personajes encargados de ir a consultar a Delfos y, al igual que los reyes, tienen su manutención a expensas del Estado. Si los reyes no acuden personalmente, se les envían a su residencia dos quénices[1767] de harina de cebada y una cótila[1768] de vino. Cuando asisten personalmente a la comida en común[1769] se les da el doble de lo indicado, y se les da el mismo trato cuando un ciudadano privado los invita a comer. Son ellos los custodios del secreto de los vaticinios que les son impartidos; juntamente con ellos los conocen también los pitios. En los siguientes casos sólo los reyes dictan jurisprudencia: si se trata de determinar quién ha de casarse con una hija heredera[1770] cuando el padre no lo ha dejado escrito en testamento, o bien de decidir sobre los caminos públicos; si alguien quiere adoptar a un niño, debe hacerlo en presencia de los reyes. Deben

asistir a las deliberaciones del consejo de ancianos[1771], que consta de veintiocho miembros. Si a los reyes les es imposible asistir, los ancianos emparentados más próximamente con ellos gozan de las prerrogativas de los reyes, por cuanto emiten dos votos en nombre del rey, además del tercero, el suyo propio[1772].

58. Esto es lo que los espartanos adjudican a sus reyes mientras éstos les viven. Cuando mueren, he aquí lo que se les hace: unos jinetes dan la noticia por todas partes de la Laconia, y en la ciudad[1773] las mujeres corren por doquier golpeando un caldero. Cuando esto ocurre así, en cada casa dos personas libres, un hombre y una mujer, deben cumplir con los usos funerarios. Se castiga duramente a los que no lo hacen. El uso vigente entre los lacedemonios en la muerte de sus reyes coincide con el de los bárbaros de Asia. Pues la mayoría de bárbaros tienen un mismo uso en el caso de la muerte de sus reyes. Porque cuando un rey de los lacedemonios ha muerto es preciso que de todo el país, prescindiendo de los espartiatas, acudan al entierro un número determinado de periecos[1774], y cuando estos periecos, además de los hilotas[1775] y de los mismos espartiatas, se han juntado a millares, con sus mujeres, en el mismo lugar, se golpean con vehemencia la frente y prorrumpen en lamentos inacabables. Cada vez proclaman a voz en grito que precisamente el último rey fallecido ha sido el mejor. Y si uno de los reyes muere en la guerra, hacen una imagen de él y la tienden en una cama bellamente adornada. Cuando ya se le ha enterrado, durante diez días no hay mercado y no se celebran comicios[1776], porque el duelo[1777] dura todos estos días.

59. También en lo siguiente los lacedemonios coinciden con los persas. Cuando, después de la muerte de un rey, accede al reinado otro, el rey entrante perdona las deudas que cualquier espartiata hubiera contraído con el rey anterior o con la administración[1778]. Entre los persas el rey recién proclamado perdona a todas las ciudades los tributos que no se hayan satisfecho.

60. Con los egipcios, los lacedemonios coinciden en lo siguiente: sus heraldos, flautistas y cocineros heredan el oficio de sus padres: un flautista es siempre el hijo de un flautista, un cocinero es hijo de un cocinero, y un heraldo es siempre el hijo de un heraldo. Los hijos de los heraldos no son

descartados por otros que se adapten más a esta profesión porque tengan una voz más sonora: los hijos ejercen las funciones de sus padres. Es así como suceden las cosas[1779].

61. Pero entonces Demarato calumniaba a Cleómenes, el cual se encontraba en Egina y procuraba el bien para todos los griegos, no tanto porque le preocuparan los eginetas, sino por disgusto y por envidia. Y cuando Cleómenes hubo regresado de Egina pensó poner fin al reinado de Demarato, para lo cual acometió lo que sigue.

Aristón era rey de Esparta[1780] y se había casado con dos mujeres, pero de ninguna de ellas tuvo hijos. Pero ignoraba que la causa de ello radicaba en él mismo, y tomó una tercera mujer. Y he aquí cómo se casó. Tenía un amigo espartano, que era el hombre que más trataba de entre los ciudadanos. Este amigo suyo resulta que tenía por esposa una mujer que era con mucho la más bella de todas las de Esparta; se había convertido en la más bella de feísima que era antes: sólo de verla causaba repugnancia. Esta mujer era hija de unos padres acomodados, pero cuando era pequeña era de aspecto muy feo, y sus padres consideraban eso una gran desgracia. Su nodriza reflexionó sobre ello y pensó lo siguiente: acompañaba diariamente a la niña al santuario de Helena, que se encuentra en el lugar llamado Terapne[1781], encima del santuario de Febo. Y cada vez que la muchacha la llevaba allí la ponía delante de la estatua de la diosa y le suplicaba que librara a la niña de aquel aspecto tan feo. Y cierta vez, cuando abandonaba el santuario, a la nodriza se le apareció una mujer que le preguntó qué era lo que llevaba en brazos. Ella le respondió que llevaba una niña. La mujer le pidió que se la mostrara, pero ella no accedió, porque los padres le habían prohibido enseñarla a nadie. Pero la mujer aparecida le rogó insistentemente que se la enseñara. Y la nodriza, cuando vio a la mujer tan interesada en verla, acabó por mostrársela. La mujer acarició la cabeza de la niña y dijo que sería la mujer más bella de Esparta. Y su aspecto cambió en este mismo día. Y cuando la niña llegó a la edad de casarse, lo hizo con Ageto, hijo de Alcides, precisamente ese amigo de Aristón.

62. Aristón se enamoró perdidamente de esa mujer, y he aquí lo que tramó: prometió a su amigo cuya era la mujer que le daría regalada una cosa que le perteneciera, y que él mismo podría elegir. Pero exigía del compañero

que le ofreciera una contrapartida. Y éste accedió, sin recelar para nada que se tratara de su mujer; había visto que Aristón estaba casado. Y en este sentido se prestaron juramentos mutuos. Aristón, por su parte, le entregó algo, no importa qué, lo elegido por Ageto de entre sus tesoros, e intentó él mismo, mostrando en ello un interés enorme, recibir como su correspondiente contrapartida la conducción a su casa de la mujer de su compañero. Éste manifestó que el acuerdo era acerca de todo exceptuando a la mujer. Pero, forzado por el juramento y por tan engañosa artimaña, permitió que ella lo dejara, y que el otro se la llevara.

63. Así se llevó a su casa Aristón a esta tercera mujer, luego de haber echado a la segunda. Y al cabo de poco tiempo, sin que transcurrieran los diez meses necesarios, esta mujer alumbró precisamente a Demarato[1782]. Aristón estaba en plena deliberación con los éforos[1783] en el consejo cuando uno de sus esclavos le avisó que le había nacido un hijo. Pero él, que era consciente del tiempo que hacía que se había llevado a la mujer a su casa, contó los meses con los dedos[1784], juró y dijo: «No puede ser hijo mío.» Los éforos lo oyeron, pero de momento no dieron importancia a la cosa. El niño creció, y a Aristón le dolió lo que había dicho, pues ahora estaba seguro de que Demarato era hijo suyo. Y he aquí el motivo por el cual le había impuesto este nombre: antes de estos sucesos todos, absolutamente todos los espartanos habían deseado que Aristón tuviera hijos, pues era él el único hombre que gozaba de buena fama entre todos los que otrora en Esparta habían sido reyes. De ahí que se le aplicara el nombre de Demarato.

64. Pasó el tiempo, y Aristón murió. Y recibió la dignidad real Demarato. Pero me parece que era fatal que estas historias pusieran fin al reinado de Demarato, pues se habían divulgado y enemistaron a Demarato con Cleómenes tanto anteriormente, cuando Demarato se hubo replegado de Eleusis con el ejército[1785], como precisamente ahora, cuando Cleómenes se revolvió contra los eginetas partidarios de los medos[1786].

65. Bien: Cleómenes, con afán de venganza, se concierta con Leotíquidas, hijo de Menares, hijo de Agis, un descendiente de la misma casa[1787] que Demarato, bajo esta condición: si lo proclama rey a él y no a Demarato, lo seguirá[1788] contra los eginetas. Leotíquidas se había convertido en enemigo

acérrimo de Demarato; he aquí la causa de ello: Leotíquidas[1789] se había prometido con Pércalo, hija de Quilón, hijo de Demármeno. Pero Demarato echó a perder insidiosamente esta boda, por cuanto se anticipó, raptó a Pércalo y la convirtió en su mujer. Esto fue lo que motivó la enemistad entre Leotíquidas y Demarato. Pero ahora Leotíquidas, instigado por Cleómenes, se conjura contra Demarato y afirma de él que no es rey legítimo de los espartanos, porque no es hijo de Aristón. Después de la acusación jurada lo persiguió con una imputación basada en aquella palabra, que él sacó ahora a relucir, que Aristón había proferido cuando el esclavo le avisó que le había nacido un hijo, y él, contando los meses, había jurado de palabra que aquel hijo no era suyo. De modo que Leotíquidas se fundó en esta declaración y demostraba una y otra vez que Demarato ni descendía de Aristón ni, atendiendo a la legalidad, era rey de Esparta. Recurrió al testimonio de los éforos que habían asistido a aquella sesión y que habían escuchado tales palabras.

66. La cosa acabó en polémicas, y a los espartanos les pareció indicado consultar al oráculo de Delfos si Demarato era hijo de Aristón. Cuando el caso fue introducido ante la Pitia por inducción de Cleómenes, éste hizo que se pusiera de su parte Cobón, hijo de Aristofanto, persona que a la sazón gozaba en Delfos de la máxima influencia. Y Cobón persuadió a Periala[1790], la máxima sacerdotisa[1791], para que dijera precisamente lo que Cleómenes deseaba oír. Y así la Pitia decidió, ante la pregunta de los emisarios, que Demarato no era hijo de Aristón. Pero, tiempo más tarde, esta trampa se propaló, Cobón se vio obligado a huir de Delfos y Periala se vio despojada de su dignidad de suma sacerdotisa.

67. Esto fue lo que hubo en cuanto al derrocamiento de Demarato, el cual, de todos modos, huyó de Esparta y se pasó a los medos por culpa de este otro ultraje. Después de su derrocamiento del trono, Demarato ejercía todavía una presidencia para la cual había sido elegido. Fue cuando se celebraban las gimnopedias. Demarato las estaba presenciando, y Leotíquidas, que ahora se había convertido en rey reemplazándolo, le mandó un servidor a preguntarle, para reírse de él e insultarlo, qué cargo ejercía[1792] ahora, después de haber sido rey. Demarato se enojó ante tal pregunta y le respondió que él había probado ambas cosas, pero el otro no. Y añadió que tal pregunta sería para

los lacedemonios el principio o de infinitas dichas o de infinitas desdichas. Dijo esto, se cubrió el rostro con el manto y se fue del teatro a su casa. Allí lo puso todo en orden, ofreció inmediatamente un toro a Zeus, y después de este sacrificio llamó a su madre.

68. Llegó su madre, él le puso en las manos algunas vísceras de la víctima[1793] y le suplicó con estas palabras: «¡Madre! Te conjuro por los demás dioses, y los tomo por testigos: por este Zeus de aquí[1794], el dios de nuestra casa, dime la verdad: ¿quién es realmente mi padre? Pues Leotíquidas en nuestras discusiones dijo que tú estabas preñada ya anteriormente de otro hombre cuando llegaste a la casa de Aristón. Otros llegan a decir una palabra más insensata y sostienen que tú acudiste a un esclavo, a un mulero[1795], y que yo soy su hijo. Vengo, pues, a rogarte por los dioses que me digas la verdad, pues si has hecho realmente algo de lo que dicen, no serás tú la única que habrá obrado así, sino que serás una entre muchas. Por otra parte, en Esparta ha corrido mucho la voz de que Aristón es impotente: en caso contrario, también sus otras mujeres le habrían dado hijos.»

69. Esto es, más o menos, lo que dijo. Y ésta fue la respuesta de ella: «Hijo mío, ya que me ruegas encarecidamente que te diga la verdad, yo he de declarártela totalmente[1796]. Cuando Aristón me llevó a su casa, en la tercera noche después de la primera acudió a mí una figura de hombre idéntica a Aristón. Se acostó conmigo y luego me puso unas coronas que llevaba. Se fue, y luego vino Aristón. Cuando me vio con las coronas, me preguntó quién me las había dado. Yo le dije que él mismo, pero él lo negó. Yo lo juré y le dije que no obraba bien en negar que hacía muy poco había venido a mí, se había acostado conmigo y me había dado aquellas coronas. Cuando Aristón me vio jurar notó que en la cosa había algo divino. En primer lugar, las coronas era evidente que procedían del templete erigido al lado de las puertas de la corte, del templo llamado de Astrábaco; además, los adivinos confirmaron que la aparición era este mismo héroe. De manera que, hijo, ya tienes todo lo que quieres saber: o bien vienes de este héroe, y tu padre es Astróbaco, o es Aristón, pues ésta fue la noche en que yo concebí. Respecto a eso que tus enemigos principalmente te cuelgan al afirmar que Aristón mismo, cuando le fue anunciado tu nacimiento, negó, ante muchos que lo oyeron, que tú fueras hijo suyo, pues no había transcurrido el tiempo

reglamentario, [los diez meses][1797], esta palabra él la lanzó por su ignorancia en tales temas. Porque hay mujeres que dan a luz a los nueve meses y algunas incluso a los siete, y no todas completan los diez meses. Yo te tuve, hijo mío, a los siete meses. Y Aristón mismo al cabo de algún tiempo reconoció que había dejado caer aquellas palabras inconscientemente. Y no admitas otras narraciones sobre tu nacimiento, pues ahora has oído toda la verdad. ¡A Leotíquidas mismo y a los demás que dicen semejantes tonterías sus mujeres deberían darles hijos de muleros!»

70. Esto es lo que le dijo la madre. Y él, cuando hubo sabido lo que quería, hizo preparativos para un viaje largo y se trasladó a la Élide, donde hizo correr el rumor de que se dirigía a Delfos en busca de un oráculo. Pero los lacedemonios sospecharon que Demarato preparaba su fuga[1798], y lo persiguieron. Como sea, Demarato pasó sin ser notado desde la Élide a Zacinto[1799]. Pero también pasaron allí los lacedemonios y lograron localizarlo; lo desposeyeron de su séquito. Sin embargo, los zacintios se negaron a extraditarle, y él pasa desde allí al Asia, a la corte del rey Darío, que lo acogió magnificentemente y le cedió tierras y ciudades. Éste fue su destino, así llegó Demarato al Asia. En Lacedemonia se había hecho famoso por sus gestas y por su certera visión, y fue el único rey de Esparta que proporcionó a los lacedemonios una victoria olímpica en el certamen de cuadrigas.

71. Pero Leotíquidas[1800], hijo de Ménares, una vez derrocado Demarato, asumió la soberanía. Tenía un hijo, Zeuxidamo, que otros espartanos llamaron Cinisco. Este Zeuxidamo no llegó a rey de Esparta, pues murió antes que Leotíquidas, y dejó un hijo, Arquídamo. Leotíquidas, después de la pérdida de Zeuxidamo, contrajo segundas nupcias con Eurídama, una hermana de Menio, hija de Diactórides. Tampoco ella tuvo hijos varones, pero sí una hija, Lámpito; Arquidamo, el hijo de Zeuxidamo, se casó con ella, puesto que Leotíquidas se la había dado[1801].

72. Pero en Esparta tampoco Leotíquidas envejeció, sino que fue castigado por culpa de Demarato. En su calidad de jefe militar, mandaba a los lacedemonios contra la Tesalia[1802]. Aunque le hubiera sido posible someterlos a todos, se dejó sobornar por una gran suma de dinero. Cuando en el campamento fue cogido con las manos en la masa, pues se sentaba encima

de una bolsa repleta de monedas, huyó hacia Esparta, donde fue puesto a disposición de un tribunal. Sus casas fueron demolidas, pero él logró escapar hacia Tegea, y murió en esa ciudad.

73. En realidad, esto sucedió algún tiempo más tarde. Pero entonces[1803], cuando la conspiración contra Demarato les salió bien, Cleómenes tomó consigo al instante a Leotíquidas y salió en campaña contra los eginetas, contra los cuales abrigaba un terrible rencor por la afrenta[1804] que de ellos había sufrido. Y los eginetas, puesto que acudían en campaña contra ellos los dos reyes espartanos[1805], pensaron que era perder el tiempo salir contra ellos. Los espartanos escogieron de entre los eginetas a diez hombres de la clase más alta tanto por dinero como por linaje, y se los llevaron consigo (entre ellos a Crío, hijo de Polícrito, y a Casambo, hijo de Aristócrates, que ocupaban el máximo poder). Los condujeron a tierra ática y confiaron su custodia a los atenienses, los peores enemigos de los eginetas.

74. Después de esto, cuando se convirtieron en públicas y notorias las torpes maniobras de Cleómenes contra Demarato, a Cleómenes los espartanos le infundieron miedo y huyó furtivamente a Tesalia. Luego de Tesalia pasó a Arcadia, y allí pretendió provocar novedades: intentó levantar a los arcadios contra Esparta; entre otras cosas les hizo jurar que lo seguirían a cualquier lugar al que él los llevara[1806]; pensaba especialmente en la ciudad de Nonacris[1807], a donde proyectaba conducir a los jefes arcadios para hacerles jurar por el agua de la laguna Estigia[1808]. Porque el agua de la Estigia dicen los arcadios que se encuentra en esa ciudad. Y realmente está allí, de la siguiente manera: de una roca aflora algo de agua que gotea en un estanque, el cual está rodeado de un muro circular hecho de piedras no pulimentadas. Pero Nonacris, en la que se encuentra esta fuente, es una ciudad arcadia cercana a Féneo[1809].

75. Pero, cuando los lacedemonios supieron todo lo que Cleómenes hacía se alarmaron y le permitieron regresar, y, por cierto, en las mismas condiciones bajo las cuales él los había gobernado. Pero inmediatamente después de su regreso se volvió loco, una enfermedad de la cual ya antes había dado algún indicio. Porque cada vez que encontraba a un espartano le atizaba un bastonazo en el rostro. En vista de que lo hacía, y de que lo hacía cada vez más, sus allegados lo ataron a un cepo. Él, atado, cuando vio que el

guardián estaba solo, que los demás se habían ido, le pidió un cuchillo[1810]. Al principio su custodio se negó a proporcionárselo, pero él lo amenazó con hacerle cualquier cosa cuando volviera a estar libre. Y su guardián, lleno de temor ante tales amenazas —se trataba de un hilota[1811]—, acabó dándoselo. Cuando lo tuvo en sus manos, Cleómenes empezó a punzarse: empezando por los muslos se hería a lo largo del cuerpo, de abajo arriba: luego las caderas y las ijadas, hasta llegarse al vientre, que se trinchó por entero. Y así fue como murió[1812]. La mayoría de griegos cree que fue porque convenció a la Pitia para que dijera lo de Demarato[1813], pero los atenienses piensan que fue porque, tras su asalto a Eleusis, arrasó el recinto sagrado de las diosas[1814]; los argivos, por su parte, sostienen que fue porque invitó a salir del santuario de su héroe Argos[1815], y luego los mató, a los argivos que después de la batalla[1816] se habían refugiado en él e incluso, con un desprecio total, pegó fuego al bosque.

76. En cierta ocasión Cleómenes había solicitado un oráculo a Delfos; la respuesta fue que conquistaría Argos. Y así que llegó con los espartiatas al río Erasino, del cual se dice que nace en la laguna Estinfálide (las aguas de este lago se vierten en una sima invisible y reaparecen en el país de Argos, y es lo que los argivos a partir de este punto llaman río Erasino), así que Cleómenes llegó a este río le ofreció un sacrificio[1817]. No tenía en modo alguno buenos augurios para atravesarlo, y dijo que se congratulaba con el río porque no abandonaba a sus ciudadanos[1818], pero que los argivos no debían felicitarse por eso. Luego se apartó de allí y condujo al ejército hacia Tírea[1819]. Sacrificó un toro al mar[1820], y se dirigió a bordo de sus naves hacia Nauplia y hacia el país de Tirinto[1821].

77. Los argivos se enteraron y acudieron a toda prisa a defender su mar. Se encontraban ya cerca de Tirinto, en el lugar de Sepea, y allí acamparon frente a frente de los lacedemonios, dejando entre ambos ejércitos un espacio no muy grande. Los argivos no temían precisamente una batalla a campo abierto, todo lo contrario, temían verse cogidos por una estratagema: es a lo que apuntaba un oráculo de los dioses que la Pitia les había dado a ellos y a la vez a los milesios[1822]: su tenor era éste:

Cuando la hembra, tras derrotar al macho, lo avergüence

y en el país de Argos lo avergüence porque le pone en fuga,
hará que muchas argivas se arañen las mejillas.
Y quizás entonces alguien de los futuros diga[1823]
«vencida por la lanza, murió la hórrida sierpe»[1824].

Todas estas circunstancias concomitantes infundían miedo a los argivos, de modo que decidieron servirse del heraldo de los enemigos. Lo resolvieron, e hicieron lo siguiente: siempre que el heraldo espartano señalaba algo a los lacedemonios, los argivos hacían exactamente lo mismo.

78. Cuando Cleómenes supo que los argivos hacían siempre lo que su heraldo, el espartano, indicaba, mandó a los suyos que cuando el heraldo diera la señal del desayuno ellos empuñaran las armas y salieran contra los argivos. Lo cual los lacedemonios ejecutaron: siguiendo órdenes atacaron a los argivos cuando éstos se disponían a desayunar según la indicación del heraldo. Mataron a bastantes argivos, pero muchos más se refugiaron en el bosque sagrado de Argos; los espartanos los cercaron y los vigilaron.

79. Y a continuación Cleómenes hizo lo que sigue: tenía con él desertores, y por las informaciones de éstos envió al bosque un heraldo y, citándolos cada vez por su nombre, iba llamando a los argivos que se habían encerrado en el lugar sagrado. Los hacía salir diciéndoles que ya estaba en su poder el dinero del rescate. Entre los peloponesios se ha fijado que el precio del rescate sea de dos minas[1825] a pagar por cada hombre apresado. Fueron cincuenta los argivos que Cleómenes, uno a uno, hizo salir, y los mató. Y lo que sucedía allí pasaba inadvertido a los que continuaban escondidos en el lugar sagrado: el bosque era muy espeso y los que estaban en él no veían lo que ocurría a los que estaban fuera, hasta que uno se encaramó a un árbol y desde arriba observó lo que pasaba. Y ya no salieron más cuando eran llamados.

80. Entonces Cleómenes mandó que cada uno de los hilotas amontonara leña en abundancia alrededor del bosque; ellos obedecieron y él le pegó fuego. El bosque ya ardía, y él preguntó a uno de los desertores a cuál de los dioses pertenecía el bosque. El cual repuso: «A Argos»[1826]. Cuando lo oyó, Cleómenes emitió un gran gemido y dijo: «¡Oh tú, profeta Apolo, mucho me engañaste cuando me dijiste que yo conquistaría Argos! Sospecho que ya se me ha cumplido el oráculo.»

81. E inmediatamente permitió que la mayor parte de su ejército regresara a Esparta. Él escogió a mil hombres, la flor y nata de los suyos, y se dirigió al templo de Hera[1827] para ofrecer un sacrificio. Quería ofrecerlo personalmente sobre el altar, pero el sacerdote se lo prohibió: le explicó que un extranjero no tenía derecho a ofrecer un sacrificio allí. Cleómenes ordenó a los hilotas que echaran al sacerdote del altar y que lo azotaran. Ofreció personalmente el sacrificio y regresó a Esparta.

82. Tras su regreso sus enemigos lo presentaron al tribunal de los éforos. Sostenían que no había conquistado Argos porque se había dejado sobornar. ¡Con lo fácil que era conquistarla! Él les contestó (y en eso no estoy seguro de si mintió o de si dijo la verdad), la cosa es que les contestó, y en su respuesta aseguró que luego de haber tomado el bosque sagrado de Argos creyó ya haber cumplido el oráculo del dios. Por ello no le pareció indicado intentar un ataque contra la ciudad antes de haberlo consultado mediante sacrificios, y de constatar si el dios se la cedería o bien si se la negaría. Explicó que durante los sacrificios que en el templo de Hera ofreció para obtener presagios observó que en el pecho de la estatua estallaba una llama de fuego: con ello recibió, él solo[1828], la seguridad de que no conquistaría Argos; si, de lo contrario, este fuego hubiera estallado en la cabeza de la estatua, con toda certeza habría conquistado toda la ciudad[1829]. Pero puesto que estalló en su pecho, entendió que ya se había hecho todo lo que el dios quería que ocurriera. Allí pareció que estas palabras eran fiables y que había dicho la verdad a los espartanos. Y salió absuelto de manera muy honorable.

83. Pero Argos quedó tan desguarnecida de hombres que fueron los esclavos los que tomaron a su cargo los problemas, por cuanto fueron ellos los que los administraron y los rigieron hasta que los hijos de los muertos llegaron a adultos. Estos hijos entonces los asumieron y echaron de Argos a los esclavos. Pero estos expulsados ganaron Tirinto mediante una batalla. Y durante algún tiempo hubo relaciones cordiales entre ambas partes, pero después a los esclavos les llegó un vidente, Cleandro, arcadio de origen, de la ciudad de Figalia[1830]. Tal vidente convenció a los esclavos para que atacaran a sus antiguos dueños. De modo que hubo una guerra que se prolongó mucho, hasta que los arcadios lograron, a duras penas, sobreponerse[1831].

84. Bien: los argivos dicen que fue por esto por lo que Cleómenes se

volvió loco y se suicidó. En cambio, los espartanos mismos aseguran que no fue por ninguna deidad por lo que enloqueció, sino que su trato con los escitas[1832] lo convirtió en bebedor de vino no mezclado[1833] y que por eso se volvió loco. En efecto, los escitas nómadas, luego que Darío les había invadido el país, ansiaban vengarse de él, y por eso habían enviado emisarios a Esparta a pactar una alianza; ellos, los escitas, se comprometían a subir a lo largo de la cuenca del río Fasis y a caer sobre tierras medas, mientras que solicitaban de los espartanos que desde Éfeso marcharan hacia el norte para coincidir en un mismo lugar. Cleómenes, dicen los espartanos, cuando los escitas llegaron a él se relacionó mucho con ellos, y en este trato se habituó más de lo que hubiera sido deseable a la bebida de vino no mezclado. Los espartanos creen que aquí radica la causa de su locura. Ellos mismos explican que cuando quieren beber vino puro[1834] exclaman: «¡Échalo al modo escita!» Esto es lo que los espartanos cuentan acerca de Cleómenes, pero yo creo que se trata del castigo que Cleómenes recibió por su conducta con Demarato.

85. Cuando llegó a los eginetas la noticia de la muerte de Cleómenes enviaron mensajeros a Esparta para acusar a Leotíquidas a causa de los rehenes retenidos en Atenas. Los espartanos reunieron un tribunal y reconocieron que los eginetas habían sido tratados altaneramente por Leotíquidas. Y lo condenaron a ser entregado a los eginetas, a cambio de los hombres retenidos en Atenas, y a ser conducido a Egina. Pero cuando los eginetas ya se iban a llevar a Leotíquidas, un hombre muy prestigioso de Esparta, Teásidas, hijo de Leoprepes, les dijo: «¿Qué os proponéis hacer, hombres de Egina? ¿Llevaros al rey de los espartanos, que os ha sido entregado por sus propios conciudadanos? Si ahora los espartanos por su cólera han juzgado así, cuidaos de que si realmente lo hacéis una ruina total no os asole el país.» Al oír esto, los eginetas renunciaron a llevárselo, y llegaron al acuerdo siguiente: Leotíquidas debía seguir a los eginetas hasta Atenas y hacer que ellos recuperaran a sus hombres.

86. Pero cuando Leotíquidas, al llegar a Atenas, reclamó a los que había dejado en depósito, los atenienses le salieron con subterfugios, porque no querían devolver a los rehenes. Decían que a ellos se los habían entregado los dos reyes y que ahora no era justo que se los devolvieran a uno, y no al otro.

De modo que los atenienses rehusaron devolverlos, y entonces

Leotíquidas les contó lo siguiente: «¡Hombres de Atenas, haced lo que os dé la gana! Pues, si los devolvéis, obráis según la ley divina[1835], y si no los devolvéis, hacéis lo contrario. Sin embargo, voy a explicaros lo que en Esparta ocurrió una vez con un depósito que había sido confiado. Se cuenta que, tiempo atrás, dos generaciones de hombres anteriores a mí, vivió en Lacedemonia Glauco, hijo de Epicides. Este hombre, por lo menos es lo que afirmamos, alcanzó lo máximo en todo, y así también gozó del máximo predicamento entre todos los que en su tiempo vivían en Lacedemonia, principalmente por lo que se refiere a la honradez. Y he aquí —se cuenta entre nosotros— lo que le ocurrió cuando llegó la hora: llegó a Esparta, procedente de Mileto, un hombre que quería entrar en tratos con él, y le hizo esta proposición: "Soy de Mileto, y acudo aquí, Glauco, porque quiero sacar provecho de tu honradez. En toda Grecia, también en Jonia, naturalmente, se habla tanto de ella que yo me he dicho a mí mismo que Jonia es casi siempre un país peligroso[1836], mientras que el Peloponeso vive en una seguridad estable, y además, que no hay lugar en el cual se vean riquezas poseídas siempre por las mismas familias. Esto lo he reflexionado y meditado, y he resuelto convertir en dinero la mitad de mi hacienda y depositarla bajo tu custodia, pues sé muy bien que en ti gozará de seguridad. De manera que recibe de mí este dinero, tómalo y conserva cuidadosamente esta contraseña[1837]; al que la presente y reclame el depósito, a ése puedes devolvérselo."

De manera que el extranjero llegado de Mileto habló así, y Glauco aceptó el depósito según el acuerdo descrito. Pasó mucho tiempo, y los hijos de aquel hombre que había depositado el dinero acudieron a Esparta, se entrevistaron con Glauco y solicitaron de él la devolución del dinero, mostrándole la contraseña. Pero Glauco se los quitó de encima contestándoles: "Ni recuerdo la cosa ni nada de lo que me decís evoca algo en mi memoria. Pero, dado el caso de que yo llegue a recordar algo, quiero hacer lo que sea justo; o sea, si he recibido el dinero os lo restituiré honradamente, pero si no lo he recibido en modo alguno, en tal caso recurriré contra vosotros a las leyes griegas. Aplazo, pues, mi decisión sobre este problema para cuatro meses a partir del de ahora." Los milesios se fueron de allí muy enojados porque pensaban que el dinero les había sido robado;

Glauco, por su parte, se fue a Delfos, a solicitar un vaticinio del oráculo. Interrogó, pues, al dios si mediante un juramento podía quedarse injustamente con aquel dinero. La Pitia le contestó con las palabras siguientes:

Glauco, hijo de Epícides, ahora presenta ventajas
perjurar y vencer, ganar buen botín de dinero.
Jura pues: también muere el que cumple fiel lo jurado.
Pero el juramento tiene un hijo[1838] *sin nombre,*
sin manos, sin pies, que raudo persigue al perjuro y lo atrapa,
le destruye la casa enteramente y la casta;
le va mejor al linaje de aquel que jura y lo cumple.

Cuando Glauco lo oyó, pidió al dios que le perdonara su petición. Pero la Pitia le contestó que tantear al dios y cometer lo que se tanteó es algo igualmente grave[1839].

De manera que Glauco llamó a los extranjeros milesios y les restituyó el dinero. Ahora voy a indicaros el motivo, atenienses, por el cual os he explicado de cabo a rabo esta historia. De Glauco, no queda nada que descienda de él, ni casa ni familia; ha sido extirpado radicalmente de Esparta. O sea que para cualquiera a quien se reclame un depósito confiado, lo bueno es no pensar otra cosa que no sea devolverlo inmediatamente.» Y Leotíquidas, después de explicar esto, se marchó, porque ni aún así le hicieron el menor caso.

87. Y los eginetas, sin haber pagado por los primeros crímenes que antes habían cometido contra los atenienses para congraciarse con los tebanos[1840], he aquí lo que hicieron: molestos con los atenienses, por creer que habían sido tratados injustamente, para vengarse de ellos les espiaron la nave a bordo de la cual viajaba la delegación enviada a la fiesta de Sunio[1841] —pues los atenienses celebran cada cinco años una fiesta en Sunio— y la apresaron: estaba ocupada íntegramente por los hombres de más prestigio de Atenas. Luego que se hicieron amos de ella, maniataron a aquellos hombres.

88. Cuando los atenienses hubieron sufrido esto por parte de los eginetas ya no difirieron más ponerse manos a la obra para hacer todo lo posible contra ellos. Había un cierto Nicódromo, tenido por hijo de Cneto, y que en Egina era un hombre de prestigio. Pero estaba enojado porque tiempo atrás lo

habían desterrado de la isla, y ahora, al conocer que los atenienses se disponían a inferir daños a los eginetas, se concertó con ellos y traicionó a Egina. Precisó a los atenienses el día en que él actuaría y el día en que ellos debían acudir en su ayuda. Luego, según el acuerdo con los atenienses, Nicódromo ocupó la llamada Ciudad Vieja[1842], pero los atenienses no comparecieron a su debido tiempo.

89. Lo que les ocurrió es que no tenían naves que estuvieran a la altura de las de los eginetas para medirse con ellos. Mientras pedían a los corintios que se las prestaran todo se vino abajo. Los corintios, que en esta época eran muy amigos de los atenienses, ante su demanda les prestaron veinte naves al precio de cinco dracmas cada una[1843], ya que, según su ley, estaba prohibido prestar naves gratuitamente. Cuando los atenienses dispusieron de sus propias naves y de estas prestadas, tripularon un total de setenta y se hicieron a la mar contra Egina. Pero se retrasaron un día con respecto al del acuerdo al que habían llegado.

90. En vista de que los atenienses no comparecían oportunamente, Nicódromo se embarcó en una nave y escapó de Egina, y con él otros eginetas, a los que los atenienses ofrecieron alojamiento en Sunio. Y desde allí robaban y saqueaban continuamente a los eginetas residentes en la isla. Bien: esto no ocurrió hasta más tarde[1844].

91. Los «gordos»[1845] de los eginetas, cuando el pueblo, con Nicódromo a la cabeza, se les sublevó, lograron reducirlo. Le echaron, pues, mano, y sacaron de la ciudad a aquellos hombres para ejecutarlos. Y allí cayó sobre ellos una maldición de la cual ya no pudieron purificarse por más que se esforzaran en lograrlo mediante sacrificios: se vieron forzados a abandonar la isla[1846] antes de que los dioses[1847] se volvieran a mostrar benévolos con ella. Habían capturado vivos a setecientos miembros del partido popular y los conducían fuera de la ciudad para matarlos. Uno solo logró deshacerse de las ataduras y se refugió en el atrio del templo de Deméter Tesmófora. Se agarró con fuerza a las argollas de las puertas. A pesar de que tiraban de él no lograban desasirlo, por lo que le cortaron las manos y se lo llevaron así[1848]. Las dos manos quedaron allí, fijas, en las argollas.

92. Estos males se los causaron los eginetas a sí mismos. Cuando los atenienses aparecieron, los eginetas los afrontaron con setenta[1849] naves en

un choque naval. Pero salieron derrotados y llamaron en su ayuda a los mismos que antes, a los argivos. Pero éstos ya no acudieron a apoyarlos[1850], no perdonándoles que unas naves eginetas[1851], tomadas a la fuerza por Cleómenes, hubieran navegado hacia la Argólide y hubieran desembarcado allí juntamente con los lacedemonios[1852]. En esta incursión habían desembarcado también hombres procedentes de naves de Sición. Los argivos impusieron a los dos pueblos una multa de mil talentos, a razón de quinientas por pueblo. Los sicionios reconocieron su culpa y aceptaron pagar cien talentos para verse dispensados de la multa; los eginetas se negaron a reconocer su ofensa, al contrario, se tornaron más arrogantes. Por eso, cuando pidieron socorro no acudió en su ayuda ni un solo argivo enviado por el Estado, pero sí que los eginetas recibieron el refuerzo de un millar de voluntarios argivos, que marcharon allí al mando de Euríbates, un hombre que había practicado el pentatlon. La mayor parte de estos hombres ya no regresó a su país; murió en Egina a manos de los atenienses; su jefe Euríbates libró duelos personales y mató de esta manera a tres enemigos, pero murió a manos del cuarto, Sófanes de Decelia[1853].

93. Los eginetas atacaron con sus naves a los atenienses cuando éstos todavía no se habían ordenado, los derrotaron y les apresaron cuatro trirremes con sus tripulaciones.

94. De manera que a los atenienses les sobrevino una guerra contra los eginetas. Pero el persa[1854] puso en obra sus planes[1855], puesto que el servidor siempre iba recordándole que pensara en los atenienses[1856], y para colmo los pisistrátidas[1857] y su entorno calumniaban a los atenienses. Al mismo tiempo Darío, tomando todo esto como pretexto, quería someter a todos aquellos del país griego que no le habían ofrecido agua y tierra. Destituyó a Mardonio, que había sido comandante en jefe cuando lo del desastre militar naval, nombró otros estrategos, a saber, Datis[1858], que era de linaje medo, y Artáfrenes, sobrino suyo, y los mandó contra Eretria y Atenas. En el momento de enviarlos les encargó que esclavizaran Atenas y Eretria y que condujeran a estos esclavos a su presencia.

95. Cuando en su marcha estos generales que Darío había nombrado cumpliendo las órdenes del rey alcanzaron la llanura de Aleo[1859], en la

Cilicia, a la cabeza de un ejército formidable y muy bien armado, allí se les unió, durante su acampada, la totalidad de las fuerzas navales que habían sido solicitadas a cada uno de los pueblos del imperio. Llegaron también las naves que transportaban los caballos, aquellas que en el año anterior Darío había exigido que dispusieran los pueblos obligados a tributo. Luego que los caballos fueron cargados en ellas y que la infantería hubo embarcado en estas naves, navegaron contra Jonia con seiscientos trirremes. Desde allí las naves no costearon el continente directamente al Helesponto y a Tracia, sino que, zarpando de Samos, navegaron por el mar de Icaria[1860] a través de las islas, según me parece, más que nada por miedo a doblar el Atos, ya que en el año anterior[1861], cuando hacían su ruta por allí habían sufrido enormes pérdidas. Además los obligaba la circunstancia de que la isla de Naxos no había sido ocupada nunca hasta entonces[1862].

96. Cuando los persas, desde el mar de Icaria, se acercaron a la isla de Naxos y la asaltaron (porque inicialmente los persas pensaron en una guerra contra ella), los naxios, que tenían grabados en la memoria los sucesos de antes, huyeron a la montaña[1863] sin plantar cara a los persas[1864]. Éstos convirtieron en esclavos a aquellos que cayeron en sus manos, y pegaron fuego a los santuarios y a la ciudad. Luego que lo hubieron hecho se dirigieron contra otras islas en el mar.

97. Asimismo, al tiempo que ocurría todo esto, los delios, también ellos, abandonaron Delos, huyeron y se refugiaron en Tenos[1865]. Cuando la flota se aproximó a la costa, Datis se avanzó y mandó a las naves que no fondearan ante la isla de Delos, sino enfrente de ella, ante Renea[1866]. Y él mismo, al enterarse del lugar en que estaban los delios, les envió un heraldo para que les dijera lo siguiente: «¡Hombres sagrados! ¿Por qué os marcháis, por qué huís? ¡Me juzgáis muy mal! Porque yo mismo, personalmente, tengo la prudencia necesaria, y además tengo una orden explícita del rey en este sentido, para no asolar el país en que han nacido dos dioses[1867] y para no arruinar a sus habitantes. Regresad, pues, ahora mismo a vuestras propiedades y cultivad vuestra isla.» Esto fue lo que, por medio de un heraldo, hizo proclamar a los delios. Luego amontonó incienso por valor de trescientos talentos[1868], lo depositó encima del altar y lo quemó como ofrenda[1869].

98. Datis, luego de haber hecho esto, se hizo a la mar con su ejército, en primer lugar contra Eretria; llevaba con él jonios[1870] y eolios. Cuando ya estaba en alta mar, Delos fue sacudida por un terremoto, tal como contaron los delios, y hasta mis tiempos fue la primera y la última vez[1871] que se vio afligida por un seísmo[1872], el cual, de algún modo[1873], fue un portento que el dios hizo a los hombres como aviso de la desgracia que se les echaba encima. Pues en las épocas de Darío, hijo de Histaspes, y de Jerjes, hijo de Darío, y de Artojerjes[1874], hijo de Jerjes, en estas tres generaciones de hombres sucesivas, Grecia sufrió más desastres que durante las veinte generaciones de hombres anteriores a Darío. Las desdichas en parte las ocasionaron los persas, pero en parte los mismos gobernantes[1875] griegos, que se hicieron mutuamente la guerra por el poder. De manera que no fue nada extraño que Delos, que hasta entonces no se había visto nunca sacudida por un terremoto, ahora lo padeciera. Sobre[1876] ello había un oráculo escrito que rezaba:

Aunque es inamovible, moveré incluso Delos.

Estos nombres significan, en lengua griega: Darío «el potente», Jerjes «el belicoso», Artojerjes «el muy belicoso»[1877]. Los griegos podrían llamar así correctamente a estos reyes en su lengua.

99. Los bárbaros, cuando zarparon de Delos, se dirigieron a las islas[1878], de las que tomaron tropas mercenarias y se llevaron como rehenes a los hijos de los isleños. Costearon las islas y desembarcaron en Caristo[1879], pues los caristios ni les habían dado rehenes ni se habían declarado dispuestos a salir en campaña contra las ciudades vecinas (la alusión era a Eretria y a Atenas); asediaron aquella ciudad y devastaron sus tierras hasta lograr que los caristios se sometieran a los persas.

100. Los eretrios, al saber que el ejército de los persas navegaba contra ellos, pidieron a los atenienses que acudieran en su ayuda. La cual no les fue negada por los atenienses: les enviaron como refuerzo los cuatro mil hombres establecidos en calidad de *clerucos*[1880] sobre las tierras de los *hipobotas*[1881] calcidios. Pero, desde luego, el propósito de los eretrios no era nada saludable, porque, si bien por un lado llamaban a los atenienses, por el otro ellos mismos discrepaban en sus opiniones. Unos planeaban abandonar la

ciudad y huir a las alturas de Eubea[1882], pero otros, que esperaban obtener de los persas ventajas personales, se disponían a una traición. Esquines, hijo de Notón —que contaba entre los más notables de Eretria—, supo la disposición de ánimo de los bandos opuestos, describió con detalle a los atenienses que acababan de llegar la situación del momento y les aconsejó que, para evitar morir conjuntamente con ellos, regresaran a su país. Y los atenienses atendieron el consejo de Esquines.

101. Estos atenienses pasaron a Oropo[1883] y se salvaron[1884]. Los persas en su navegación detuvieron sus naves en aquella parte de la playa eretria que da a Taminas, Quéreas y Egilia[1885]. Ocuparon estas plazas y desembarcaron inmediatamente los caballos, equipándose para atacar al enemigo. Pero los eretrios no tenían la intención de salirles al encuentro y luchar. Sus pensamientos se dirigían a ver cómo podrían defender sus muros, luego que se hubo impuesto la opinión de no abandonar la ciudad. Pero estos muros fueron objeto de enérgicos ataques. Durante seis días se produjeron muchas bajas por ambos bandos. Pero al séptimo día Euforbo, hijo de Alcímaco, y Filagro, hijo de Cineas, hombres de gran prestigio entre los ciudadanos, entregaron la ciudad a los persas. Éstos, luego que entraron en ella, primero saquearon los santuarios y luego les pegaron fuego, vengando así los santuarios que en Sardes habían sido pasto de las llamas. Y luego, siguiendo las instrucciones de Darío, redujeron la población a la esclavitud.

102. Sometida Eretria, los persas esperaron algo[1886], y al cabo de pocos días se hicieron a la mar rumbo al Ática, entusiasmados[1887]; creían que podrían hacer a los atenienses lo mismo que habían hecho a los eretrios. Maratón[1888] era el lugar más adecuado del Ática para el desenvolvimiento de la caballería, y además no estaba lejos de Eretria. Hipias, hijo de Pisístrato, les enseñó el camino hacia allí.

103. Cuando los atenienses lo supieron se dirigieron, también ellos, a marchas forzadas a Maratón. Les mandaban diez estrategos[1889], el principal[1890] de los cuales era Milcíades. Su padre, Cimón, hijo de Esteságoras, se había visto forzado a exiliarse de Atenas por obra de Pisístrato, hijo de Hipócrates. Y durante su exilio ocurrió que alcanzó, en Olimpia, una victoria con su cuadriga. Tras obtener esta honra, la

transfirió[1891] a su hermano uterino, Milcíades. Pasado algún tiempo, en la Olimpíada siguiente, logró otro triunfo con las mismas yeguas[1892], y entonces autorizó que se proclamara vencedor a Pisístrato; en gracia a que Cimón le había asignado el triunfo, Pisístrato llegó a un acuerdo con él y Cimón pudo regresar a Atenas. Con las mismas yeguas logró todavía otra victoria[1893], pero ahora encontró la muerte a manos de los hijos de Pisístrato; éste había muerto ya. Lo asesinaron de noche, junto al pritaneo; le habían tendido una celada por medio de unos sicarios. Cimón está enterrado delante de la ciudad, al otro lado del camino que lleva a Cela[1894]. Frente a él están enterradas las yeguas con las que obtuvo los tres triunfos olímpicos. Sin embargo, hay también otras yeguas que realizaron la misma proeza, las del laconio Evágoras; fuera de éstas, no hay ninguna más. De los hijos de Cimón, el mayor fue Esteságoras, que entonces vivía en el Quersoneso, en la casa de su tío paterno, Milcíades. El hijo menor vivía en Atenas, en casa del mismo Cimón; se llamaba también Milcíades, según el nombre del residente en el Quersoneso.

104. Bien: este Milcíades, que entonces había llegado del Quersoneso y había escapado dos veces de una muerte segura[1895], era ahora el general de los atenienses. Se ha de saber que los fenicios, que lo habían perseguido hasta Imbros, se habían empeñado en capturarlo y entregarlo al rey. Logró escapar de ellos, regresó a su país y se creyó en seguridad, pero sus enemigos lograron detenerlo, y lo hicieron comparecer delante de un tribunal, acusándolo de haber actuado como un tirano en el Quersoneso. Sin embargo, también escapó de ellos, y ahora en una elección popular los atenienses lo habían nombrado estratego.

105. Los estrategos ya antes de salir de la ciudad remitieron un heraldo a Esparta, Fidípides, ciudadano ateniense, que era un corredor excepcional, y tal era su profesión[1896]. A él —el mismo Fidípides lo cuenta y lo notificó a los atenienses—, junto al monte Partenio, que está sobre Tegea[1897], se le apareció el dios Pan. Llamó en voz alta a Fidípides por su nombre, y le dio el encargo de advertir a los atenienses que, aunque se hubieran despreocupado totalmente de él, él seguía siéndoles propicio, que ya muchas veces les había sido provechoso, y que lo sería aún en otras ocasiones. Y cuando sus problemas hubieron tomado un giro favorable los atenienses, convencidos de

que la cosa era cierta, erigieron al pie de la acrópolis el santuario de Pan[1898], y desde el tiempo de este anuncio se lo propician con sacrificios anuales y con la carrera de antorchas.

106. Fidípides, el hombre enviado por los estrategos, precisamente éste que llegó a decir que se le había aparecido Pan, salió de la ciudad de Atenas y llegó a Esparta al día siguiente[1899]. Se presentó a los magistrados[1900] y les dijo: «¡Lacedemonios! Los atenienses solicitan vuestra ayuda y que no dejéis caer como esclava de unos hombres bárbaros la ciudad más antigua de Grecia. Ya ahora Eretria ha caído en la esclavitud y Grecia se encuentra muy debilitada por la pérdida de una ciudad importante.» De modo que él cumplió su encargo, y los espartanos decidieron ayudar a Atenas. Pero de momento les resultaba imposible, porque no querían incumplir su ley: estaban en el noveno día de la primera década del mes, y dijeron que no iban a salir en campaña antes de que se consumara el ciclo[1901].

107. De manera que aguardaron a la luna llena, pero Hipias, hijo de Pisístrato, condujo a los bárbaros hacia Maratón; la noche anterior[1902] había tenido, en sueños[1903], esta visión: le pareció que dormía con su madre[1904], e interpretó el sueño en el sentido de que regresaría a Atenas, recuperaría el poder y moriría, ya muy anciano, en su país. Esto fue lo que dedujo de la visión, pero ahora en calidad de jefe de operaciones mandó que los eretrios sometidos a esclavitud desembarcaran en la isla de Egilia[1905], dependiente de Estira[1906]. A continuación hizo fondear las naves que iban llegando a Maratón, y a medida que los bárbaros llegaban a tierra firme los disponía en orden de combate. Mientras se iba ocupando de esto le sobrevino una tos con estornudos[1907] más fuerte de lo habitual y, anciano como era, le bailaban casi todos los dientes. En un violento acceso de tos, se le cayó[1908] uno, que fue a parar a la arena. Él puso enorme interés en encontrarlo, pero no apareció por ninguna parte. Y dijo, gimiendo, a los que tenía a su lado: «Este país no es el nuestro, y no lograremos someterlo. La parte de él que era mía ya la cubre mi diente.»

108. Hipias, por tanto, conjeturó que su visión se había cumplido en este sentido; los plateos, por su parte, acudieron con todas sus fuerzas disponibles en auxilio de los atenienses, que habían tomado posiciones en el recinto

sagrado de Héracles[1909] y alrededor de él. Resulta que los plateos se habían puesto bajo la tutela de los atenienses[1910], los cuales ya habían afrontado muchos trabajos por causa de ellos[1911]. Los plateos se habían puesto bajo tal tutela como sigue: los tebanos los sojuzgaban, y ellos primero se confiaron a Cleómenes, hijo de Anaxándridas, y a los lacedemonios que se encontraban casualmente en aquel territorio. Pero su ofrecimiento no fue aceptado, sino que los espartanos les dijeron: «Nosotros vivimos demasiado lejos, y una tal ayuda os podría, a vosotros, resultar ineficaz. Podrían esclavizaros muchas veces antes de que cualquiera de nosotros llegara a enterarse de ello. Os aconsejamos que os confiéis a los atenienses, hombres que tenéis cerca y que para ayudaros no os serán malos en modo alguno.» Los lacedemonios dieron este consejo no tanto por benevolencia para con los plateos como por el deseo de crear dificultades a los atenienses, que así se enemistarían con los beocios. Sí, esto fue lo que los lacedemonios aconsejaron a los plateos, y a éstos no les entró desconfianza, sino que cuando los atenienses ofrecían sus sacrificios a los doce dioses[1912], se sentaron en el altar como suplicantes[1913] y se entregaron a sí mismos. Los tebanos, al enterarse, marcharon en campaña contra los plateos, que fueron ayudados por los atenienses. Éstos querían iniciar el choque, pero entonces algunos corintios lo impidieron[1914]: estaban casualmente muy cerca[1915] y ambos bandos los aceptaron como árbitros. Estos corintios lograron un acuerdo bajo estas condiciones: los tebanos debían dejar en paz a aquellos beocios que se negaran a formar parte de la nación beocia. Después de esta decisión, los corintios se marcharon. Y cuando los atenienses también se retiraban, los beocios los atacaron, pero en el combate que siguió al ataque los agresores salieron derrotados. Los atenienses franquearon los límites que los corintios habían señalado a los plateos y, cuando los hubieron cruzado, establecieron el río Asopo[1916] como límite entre los tebanos por un lado y los plateos y los hisios[1917] por el otro. De manera que los plateos se habían puesto bajo la tutela de Atenas de este modo, y entonces llegaron a Maratón en su ayuda.

109. Las[1918] opiniones de los estrategos atenienses eran opuestas. Unos no querían que se llegara a la batalla, alegando que eran demasiado pocos[1919] para luchar contra el ejército de los medos; otros, entre los cuales se contaba

Milcíades, exigían combatir. Ellos, pues, discrepaban, y ya iba a imponerse la opinión peor[1920], pero había un undécimo votante, el polemarco[1921] elegido por los atenienses por el procedimiento del haba[1922] —pues desde tiempo antiguo los atenienses equiparaban el polemarco a los estrategos—; el polemarco era entonces Calímaco de Afidna[1923]. Milcíades se llegó a él y le dijo: «Calímaco, de ti depende ahora que Atenas se vea esclava o que tú la hagas libre, dejando de ti una memoria inmortal, mientras haya un hombre en el mundo, superior a la de Harmodio y Aristogitón. Pues ahora, desde que existe, Atenas corre el máximo riesgo. Si en realidad se agacha ante los medos se ven claras las penas que sufrirá, entregada a Hipias. Pero si esta nuestra ciudad sale vencedora, podrá ser la primera de las ciudades griegas. Y como esto, mantener en nuestras manos la decisión de estos acontecimientos, depende precisamente de ti es lo que voy a decirte. Los pareceres de nosotros, los diez estrategos, se dividen en dos direcciones: mientras unos exigen luchar, otros lo rehusan. Pero si ahora no luchamos es de esperar que estalle una fuerte revolución que caiga sobre la ideología de los atenienses, de manera que algunos se pasen al partido de los medos. En cambio, si luchamos antes de que tal podredumbre se insinúe en el ánimo de algunos atenienses, seremos capaces, si los dioses son imparciales[1924], de salir vencedores en el choque. Esto es lo que te sobreviene, que depende de ti. Si te sumas a mi opinión, eso significará la libertad de la patria y nuestra ciudad será la primera de Grecia. Pero si votas a favor de los que desaconsejan la lucha, en tal caso te corresponderá todo lo contrario de los bienes que he enumerado.»

110. Milcíades se ganó a Calímaco con estas palabras, y gracias a la adhesión del polemarco se decidió combatir. Luego los estrategos partidarios de presentar batalla a medida que a cada uno de ellos les iba llegando el día de ejercer el mando[1925] lo cedían a Milcíades. Éste lo asumió, pero no dejó que se llegara a la batalla antes del día en que el mando le correspondía realmente a él.

111. Y cuando llegó tal día los atenienses se dispusieron en este orden de combate: el polemarco Calímaco se puso al mando del ala derecha, pues entonces era vigente entre los atenienses una ley según la cual el polemarco debía mandarla. Bajo su mando, pues, seguían las tribus, unas tras otras en el orden en que habían sido numeradas[1926]. Los últimos en ocupar su sitio

fueron los plateos, que formaron el ala izquierda[1927]. Y desde el tiempo de esta batalla[1928] cuando los atenienses ofrecen víctimas en la fiestas nacionales solemnes[1929] que se celebran cada cinco años, el heraldo ateniense ora[1930] por los plateos y dice que a los atenienses y a los plateos les llegue toda suerte de bienes.

Entonces, cuando los atenienses se ordenaron en Maratón las cosas sucedieron así[1931]: el frente de su ejército tenía la misma longitud que el de los medos. Su centro tenía pocas filas de profundidad: era donde el ejército era más flojo. Las dos alas, en cambio, eran densas y potentes.

112. Luego que se hubieron dispuesto de tal modo y que los sacrificios dieran presagios favorables, los atenienses, así que se les dio la señal de asalto se precipitaron a la carrera contra los bárbaros. La tierra de nadie entre ambos no medía menos de ocho estadios[1932]. Los persas los vieron correr velozmente contra ellos y se armaron para enfrentárseles, atribuyendo a los atenienses una locura absolutamente aniquiladora, pues veían qué pocos eran en número y que se les aproximaban corriendo sin disponer ni de caballería ni de arqueros. Éstas eran las conjeturas de los bárbaros. Pero los atenienses cuando chocaron en formación cerrada con los bárbaros se batieron de una manera digna de tal nombre. Fueron los primeros de todos los griegos, que nosotros sepamos, que fueron corriendo[1933] al encuentro del enemigo, los primeros que osaron resistir la visión de la indumentaria meda y la de los hombres que la ostentaban; hasta entonces sólo oír el nombre de los medos a los griegos les infundía terror.

113. Así se luchaba en Maratón, y la cosa duró mucho tiempo. En el centro de las formaciones los bárbaros llevaban las de ganar: allí estaban emplazados los persas mismos y los sacas[1934]. De manera que en este sector vencían los bárbaros, que rompieron el centro ateniense y lo persiguieron hacia el interior del país[1935]. Pero en las alas vencían los atenienses y los plateos. Vencieron, pues, pero no persiguieron a los bárbaros derrotados[1936], sino que juntaron las dos alas en un solo cuerpo de ejército y lucharon contra los que les habían roto el centro[1937]. También aquí vencieron los atenienses. A continuación persiguieron a los persas desbandados, y llegaron al mar haciendo en ellos una carnicería. Allí reclamaron antorchas y atacaron a las

naves.

114. En el curso de esta encarnizada batalla Calímaco murió como un héroe, de entre los estrategos cayó muerto Estesilao[1938], hijo de Trásilo. A Cinégiro[1939], hijo de Euforión, que se había aferrado al aplustre[1940] de una nave, le cortaron la mano de un hachazo, y de manera semejante murieron muchos atenienses prestigiosos.

115. Así fue como los atenienses apresaron siete naves[1941]. Los persas se hicieron otra vez a alta mar con las restantes, recogieron a bordo a los esclavos eretrios que habían dejado en la isla y doblaron el cabo Sunio para alcanzar la ciudad de Atenas antes de que el ejército ateniense llegara a ella. En Atenas surgió la sospecha de que si los persas atinaron en ello había sido por sugerencia de los alcmeónidas[1942]. Se decía que habían concertado una señal con los persas y que, cuando éstos ya se habían embarcado, ellos habían levantado un escudo de modo que los persas lo vieran[1943].

116. De manera que los persas doblaron el cabo Sunio. Pero los atenienses regresaron a marchas forzadas a su ciudad y llegaron a ella antes que los bárbaros[1944]. Acamparon otra vez en un santuario de Héracles; la primera vez había sido en el de Maratón, ahora en Cinosarges[1945]. Cuando las naves de los bárbaros llegaron a la altura de Falero, que a la sazón era el puerto de los atenienses, fondearon allí, pero luego retrocedieron, zarparon hacia Asia.

117. En la batalla de Maratón murieron seis mil cuatrocientos bárbaros y ciento noventa y dos atenienses. Éstas fueron las pérdidas de ambos bandos[1946]. Pero durante la batalla ocurrió algo portentoso. Un hombre ateniense, Epicelo, hijo de Cufágoras, luchaba bravamente en plena refriega y perdió la vista sin haber sido tocado ni herido en ninguna parte del cuerpo. Desde aquel momento quedó ciego, y lo fue durante toda su vida. Yo mismo oí que él narraba lo que sigue acerca de esta afección: le había parecido tener delante, armado como un hoplita, a un gigante[1947] cuya barba le cubría todo el escudo; la aparición, sin embargo, pasó de largo ante él y mató al hombre que luchaba a su lado. Esto es lo que oí que Epicelo explicaba.

118. Datis[1948] regresó a Asia con su ejército, y al llegar a Micono tuvo en sueños una visión. Del contenido de la visión no se explica nada, pero así que apuntó el día registró todas sus naves hasta que, en una fenicia, encontró una

imagen de Apolo sobredorada: preguntó de dónde habían robado la estatua, y le dijeron de qué santuario procedía. Y él con su nave navegó hacia Delos. Los delios ya habían regresado a su isla; él colocó la estatua de Apolo en su templo y encargó a los delios que la trasladaran a Delion, localidad del país de los tebanos situada en la costa, frente a Calcis. Datis dio esta orden y se marchó, pero los delios no devolvieron en modo alguno la imagen del dios a su antigua sede; sólo veinte años más tarde, obedeciendo a un oráculo, los tebanos mismos la restituyeron a Delion.

119. Datis y Artafernes cuando en su navegación tocaron la costa de Asia, trasladaron[1949] a Susa a los prisioneros eretrios. El rey Darío, antes de que fueran reducidos a esclavitud, había montado en cólera contra los eretrios, porque Eretria había iniciado las luchas contra Persia. Pero ahora, cuando le fueron presentados y los tuvo totalmente en sus manos, no les causó ningún daño, y los estableció en el país de Cisia, en unos territorios propiedad suya, llamados Arderica, distantes de Susa unos doscientos estadios, a cuarenta estadios de aquel famoso pozo del que se extraen tres materias distintas. Pues de este pozo se obtienen asfalto, sal y aceite[1950] por el procedimiento siguiente: como si se tratara de un pozo de garrucha, con la ayuda de un cigoñal que en vez de un cubo lleva adosado medio odre, se eleva el líquido y se echa en una cisterna, desde la que, todavía fluido, se vierte a otro depósito, donde sus tres componentes se separan. El asfalto y la sal se solidifican inmediatamente, y el aceite[1951]... Los persas lo llaman *radinake*, es negro y huele muy fuerte.

Éste es el lugar en que el rey Darío estableció a los eretrios. En mis tiempos todavía estaban allí y conservaban su antigua lengua[1952]. Tal fue el destino de estos eretrios[1953].

120. Pasado el plenilunio, llegaron a Atenas dos mil lacedemonios. Marcharon tan deprisa que, saliendo de Esparta, en tres días[1954] pisaron tierra ática. A pesar de ello llegaron tarde a la batalla, y quisieron por lo menos ver a los persas muertos[1955]. Acudieron a Maratón y visitaron el campo de batalla. Y regresaron a su país alabando a los atenienses y a su gesta[1956].

121. A mí me maravilla, y por tanto no acepto la acusación contra los alcmeónidas de que se concertaran realmente con los persas y de común

acuerdo levantaran como señal un escudo, es decir, de que desearan someter Atenas al yugo de los bárbaros y de Hipias. Odiaron a los tiranos más, o por lo menos tanto como Calias, hijo de Fenipo y padre de Hipónico. Se debe saber que este Calias fue el único hombre de entre todos los atenienses que se atrevió a comprar los bienes de Pisístrato, desterrado de Atenas, ofrecidos en pública subasta. Y no hubo acción hostil contra Pisístrato en la que él no tomara parte.

122. [Este Calias[1957] merece que se le mencione con frecuencia, y ello por muchos motivos; ya se ha dicho que personalmente puso un enorme interés en la libertad de su país. Además, por lo que hizo en Olimpia: allí venció con su caballo[1958], y en la competición de cuadrigas fue el segundo; antes ya había sido vencedor en los Juegos Píticos. Se hizo famoso en Grecia por la enormidad de sus gastos. Además ¡qué clase de hombre evidenció ser refiriéndolo a sus hijas! Pues cuando llegaron a casaderas les otorgó una dote colosal y además les hizo la gracia de darles por marido a aquel de los atenienses que cada una de ellas eligió.]

123. Los alcmeónidas odiaron a los tiranos igual o poco menos que Calias[1959]. También me maravilla, y no acepto esta calumnia, que precisamente ellos hubieran levantado el escudo. Siempre huyeron de los tiranos, y los pisistrátidas perdieron la tiranía por una trama de ellos. De modo que creo que los liberadores de Atenas fueron ellos, mucho más que Harmodio y Aristogitón. Pues éstos, por el asesinato de Hiparco, hicieron montar en cólera a los pisistrátidas que quedaban; sin embargo, con ello no lograron en modo alguno acabar con la tiranía. Los liberadores fueron, a todas luces, los alcmeónidas, ya que fueron ellos los que realmente persuadieron a la Pitia para que encargara a los lacedemonios la liberación de Atenas, como he expuesto ya anteriormente[1960].

124. ¿Pero es realmente así? Pues ¿quizás tenían algo que reprochar al pueblo de los atenienses, ya que fueron traidores al país?[1961]. ¡Todo lo contrario! No hubo, por lo menos en Atenas, hombres más considerados y que hubieran gozado de más honores. Así pues la razón aconseja creer que no fueron ellos los que levantaron un escudo, y menos con esa intención. Es verdad que se levantó un escudo, y no se puede afirmar otra cosa, pues sucedió. Pero quién fue el que lo levantó, sobre esto me es imposible decir

nada más.

125. En Atenas los alcmeónidas fueron famosos ya desde antiguo, pero llegaron al máximo esplendor por Alcmeón y más tarde por Megacles. Porque, para empezar, Alcmeón[1962], hijo de Megacles, ayudó a los lidios que por orden de Creso llegaron a Delfos y les prestó apoyo de muy buena gana. Cuando Creso supo, por los lidios que habían acudido en busca del oráculo, que Alcmeón los había tratado muy bien, lo invitó a viajar a Sardes y tras su llegada le regaló oro, tanto como él pudiera transportar de una vez con su propio cuerpo. Y además de este regalo, que ya era espléndido, Alcmeón se llevó todavía más, porque ideó y llevó a cabo lo siguiente: se puso una túnica muy ancha, que hizo que le colgara profundamente a modo de bolsillo, se calzó las botas[1963] más enormes que encontró y se dirigió así al edificio del tesoro al que lo condujeron. Se echó encima de un montón de oro en polvo y empezó por embutirse hasta la altura de las pantorrillas todo el oro que cabía en las botas. Luego se llenó de oro aquel bolsillo y se esparció polvo de oro en los cabellos. Se puso más oro en la boca y salió así del edificio del tesoro; no se parecía en nada a un ser humano: tenía la boca obturada y todo el cuerpo hinchado. Cuando Creso lo vio se echó a reír. Se lo regaló todo, y aún añadió más, no menos del que el otro se llevaba. Así esta familia se convirtió en rica y poderosa, y este Alcmeón, que podía mantener una cuadriga, venció en Olimpia[1964].

126. Luego, en la generación siguiente, Clístenes, el tirano de Sición[1965], acrecentó tanto el prestigio de esta familia que entre los griegos fue mucho más famosa que como lo había sido hasta entonces. Porque Clístenes, hijo de Aristónimo, nieto de Mirón y bisnieto de Andreas, tenía una hija que se llamaba Agarista[1966], y quería darla en matrimonio al que él encontrara que era el mejor de los griegos. Bien: cuando tuvieron lugar los Juegos Olímpicos y Clístenes alcanzó el triunfo con la cuadriga, publicó un bando según el cual aquel de los griegos que se creyere merecedor de llegar a ser el yerno de Clístenes debía dirigirse a Sición en el plazo de sesenta días o incluso antes, ya que él, Clístenes, quería fijar la boda en el año que se iniciara en aquel día sexagésimo. Y acudieron como pretendientes todos aquellos griegos que se sentían orgullosos de sí mismos y de su país; en este intervalo de tiempo él los retenía junto a sí construyéndoles una palestra y un estadio.

127. Bien: de Italia[1967] acudieron allí Esmíndrides, hijo de Hipócrates de Síbaris, un hombre que vivía con tanta opulencia como algún otro hombre haya podido alguna vez vivir —tengamos en cuenta que Síbaris[1968] se encontraba en este período en su máximo apogeo—. Y de Siris[1969] acudió Dámaso, hijo de Amiris, de apodo «el sabio». Éstos acudieron desde Italia; del dominio del golfo Jonio llegó, desde Epidamno, Anfimnesto, hijo de Epístrofo; éste, pues, llegó desde el Golfo Jonio. De Etolia llegó Males, hermano de Titormo[1970]; Males aventajaba a todos los griegos en fuerza corporal, pero rehuyó el trato con los hombres y se retiró al rincón más oculto del país de Etolia[1971]. Del Peloponeso acudió Leocedes, hijo de Fidón[1972], tirano de Argos, aquel Fidón que difundió entre los peloponesios un sistema único de medidas y que, precisamente él, fue de una insolencia increíble entre todos los griegos, pues apartó a los eleos de la dirección de los juegos[1973] y dispuso personalmente una nueva ordenación de ellos; acudió, pues, el hijo de éste, y Amianto, hijo de Licurgo, un arcadio originario de Trapezunte[1974], y Láfanes, hijo de Euforión, aquel que, como cuenta un relato de Arcadia, había hospedado a los Dioscuros en su mansión; acudió además un eleo, Onomasto, hijo de Ageo. De manera que, sólo del Peloponeso, acudieron éstos, y de Atenas, Megacles, hijo de aquel Alcmeón que llegó del palacio de Creso, y, además, otra persona, Hipoclides, hijo de Tersandro, que sobresalía entre todos los atenienses por sus riquezas y por su apostura. De Eretria, que en aquel momento gozaba de su máximo apogeo, acudió Lisanias, que fue el único de Eubea que acudió allí. De Tesalia, de la estirpe de los Escópadas, acudió Diactóridas de Cranón, y de los molosos acudió Alcón. ¡A tan gran número llegaron los pretendientes!

128. Éstos comparecieron en el día prefijado, y Clístenes empezó por indagar el país y la familia de cada uno de ellos. Luego los retuvo un año entero allí y fue comprobando su hombría, su humor, su educación y su temperamento: lo hacía o bien entreteniéndose a solas con cada uno, o bien con todos a la vez. Les examinaba sacando a los gimnasios a los que eran jóvenes y, lo que es principal, en las comidas en común. Se comportó con ellos así durante todo el tiempo que les retuvo, a la vez que les trataba espléndidamente. De entre los pretendientes, los que le agradaban más eran los procedentes de Atenas, y de ellos apreció especialmente a Hipóclides, hijo

de Tisandro, tanto por su hombría como por su ascendencia, puesto que por ella estaba emparentado con los cipsélidas, de Corinto.

129. Cuando llegó el día señalado para el banquete nupcial y para la proclamación de quién era entre todos el escogido por Clístenes, éste mató cien toros y ofreció un almuerzo espléndido a los pretendientes y a todos los sicionios. Cuando la comida tocaba ya a su fin surgió entre los pretendientes una discusión acerca de la música y de lo que se había hablado durante el convite. En el transcurso de la bebida[1975], Hipóclides, que había superado con mucho a los demás[1976], pidió al flautista que le ejecutara un aire de danza. El flautista obedeció, y él lo danzó, complacido de sí mismo; a Clístenes, en cambio, que, naturalmente, lo vio, aquel espectáculo le disgustó enormemente. Hipoclides esperó un tiempo e hizo que alguien le acercara una mesa. Cuando la tuvo junto a él bailó primero, subido a ella, aires laconios, a continuación aires áticos, y, en tercer lugar, se puso cabeza abajo y agitó las piernas. Cuando bailó por primera y por segunda vez Clístenes ya rechazó con repugnancia el pensamiento de que Hipoclides pudiera ser su yerno, y ello por la danza y por la desvergüenza; sin embargo, se contuvo y no quiso mostrarle su desprecio. Pero cuando lo vio agitar las piernas ya no fue capaz de contenerse, y le dijo: «¡Hijo de Tisandro! ¡Al bailar te has perdido la boda!» Pero Hipoclides le interrumpió exclamando: «¡A Hipoclides le importa un comino!» Lo cual desde entonces se dice a modo de refrán.

130. Clístenes impuso silencio y dijo allí en medio, ante todos: «¡Pretendientes de mi hija! Yo os alabo a todos, y quisiera, de ser posible, complaceros, no eligiendo a uno solo de vosotros y excluyendo a los demás. Lo cual no es viable, pues, cuando se ha de decidir acerca de una única doncella, no resulta posible hacerlo a gusto de todos. A aquellos de vosotros que resultéis excluidos de esta boda voy a regalaros un talento de plata, agradeciéndoos con ello que hayáis pretendido a mi hija, y compensándoos por la larga ausencia de vuestras mansiones. Según la ley de Atenas, doy en matrimonio mi hija al ateniense Mégacles, hijo de Alcmeón.» Cuando Mégacles se declaró dispuesto a este compromiso, Clístenes sancionó la boda.

131. En cuanto a la elección de uno de los pretendientes esto es lo que sucedió, y así la fama de los alcmeónidas se extendió por Grecia entera. De la

unión de Mégacles y Agarista nació Clístenes, aquel que ordenó las tribus de los atenienses y estableció la democracia; su nombre respondía al de su abuelo materno, el sicionio. Un segundo hijo de Mégacles fue Hipócrates, y este Hipócrates tuvo, a su vez, un hijo llamado Mégacles y una hija llamada Agarista, la cual tenía este nombre por el de la hija de Clístenes, también Agarista. Ésta se casó con Jantipo, hijo de Arifrón. Y cuando quedó embarazada tuvo una visión: le pareció que paría a un león[1977]. Y a los pocos días dio a Jantipo un hijo: fue Pericles[1978].

132. Después del desastre persa de Maratón, Milcíades, que ya antes gozaba de muy buena fama entre los atenienses, ganó ahora mayor prestigio e influencia. Solicitó de los atenienses setenta naves, un ejército y dinero. No les aclaró contra qué país quería salir en campaña, sino sólo que proyectaba hacerlos muy ricos si lo seguían, porque los guiaría hacia un lugar en el que fácilmente obtendrían oro en abundancia. Con esta alusión les pidió las naves, y los atenienses, animados por ello, se las concedieron.

133. Milcíades recibió el ejército y navegó contra Paros[1979]. Alegó como pretexto que los parios habían sido los primeros que en Maratón habían ido a la lucha, por cuanto pelearon a favor de los persas con un trirreme. De modo que éste fue el pretexto que les dijo. Pero él albergaba una cólera terrible contra los parios porque Liságoras, hijo de Tisias, que era de origen pario, lo había calumniado ante el persa Hidarnes. Milcíades llegó a las afueras de la ciudad contra la cual mandaba su ejército y asedió a los parios, que se habían encerrado dentro de sus muros. Les envió un heraldo a exigirles cien talentos. Hizo que éste les dijera que si no se los daban no se retiraría con su ejército antes de haberlos exterminado. Los parios no consideraron en absoluto cómo podrían entregar a Milcíades suma alguna de dinero, sino que reflexionaron acerca de la manera de salvar su ciudad. Pensaron en todo, pero principalmente en esto: allí donde su muro resultaba expugnable, al caer de la noche le doblaron la altura con respecto a la anterior.

134. De modo que hasta aquí todos los griegos coinciden en la narración, pero desde aquí los parios explican que las cosas sucedieron así: Milcíades se veía en apuros, y una mujer paria de nacimiento, prisionera de guerra, acudió a hablar con él. Se llamaba Timo, y era servidora[1980] de un sacerdote de las diosas infernales[1981]. Se llegó, pues, a la presencia de Milcíades, y le

aconsejó que, si tenía tanto interés en la toma de Paros, procediera tal como ella le proponía. Ella, pues, lo asesoró, y él se dirigió a una colina que hay delante de la ciudad y saltó la verja del recinto de Deméter Tesmoforia[1982], porque no logró abrir las puertas. Luego que se hubo metido dentro, se dirigió al *sancta sanctorum*[1983] para hacer algo en su interior, ya sea remover algo que fuera intocable[1984] o bien realizar cualquier otra cosa. Pero llegó a las puertas del *sancta sanctorum* y allí le entró de golpe un escalofrío[1985]. Desanduvo rápidamente el camino que había hecho, pero cuando descendía por el muro saltó y se dislocó un muslo. Otros dicen que se dio un golpe en la rodilla.

135. En las malas condiciones en que se encontraba, Milcíades navegó de regreso sin traerles dinero a los atenienses y sin haber conquistado Paros, que había asediado veintiséis días, devastando la isla. Cuando los parios se enteraron de que Timo, la servidora del templo de las diosas, había mostrado el camino a Milcíades, quisieron castigarla por ello. Cuando les llegó la calma, tras el asedio, remitieron mensajeros a Delfos; los enviaron para consultar si debían infligir el suplicio[1986] a la servidora de las diosas, por haber indicado al enemigo cómo tomar la ciudad y por haber mostrado a Milcíades cosas sagradas prohibidas al sexo masculino. Pero la Pitia se lo prohibió. Respondió que Timo no era culpable de tales cosas: era el destino que Milcíades muriera de mala muerte, y ella se le había aparecido como guía hacia la desgracia. Tal fue la respuesta que la Pitia dio a los parios.

136. El retorno de Milcíades desde Paros se convirtió en el tema de conversación de los atenienses, de todos, pero especialmente de Jantipo[1987], hijo de Arifrón, que pidió la pena de muerte para Milcíades citándole ante el pueblo por haber tratado de engañar a los atenienses[1988]. Milcíades asistió al juicio tendido en una camilla, pero sin defenderse —era incapaz de hacerlo, porque el muslo se le había gangrenado—; su defensa la asumieron sus amigos, que evocaron muchos detalles de la batalla de Maratón y la conquista de Lemnos[1989], y cómo había tomado venganza de los pelasgos, que había entregado a los atenienses. El pueblo intervino a su favor y no lo condenó a muerte, pero por su delito le impuso una multa de cincuenta talentos. Milcíades murió al cabo de poco porque el muslo afectado se le había

gangrenado totalmente. Los cincuenta talentos los abonó su hijo Cimón.

137. Milcíades[1990], hijo de Cimón, se había apoderado de Lemnos[1991] como sigue: tras la expulsión del Ática, por parte de los atenienses, de los pelasgos —soy incapaz de decir si fue con razón o sin ella, sólo puedo indicar lo que se explica: Hecateo[1992], hijo de Hegesandro, sobre este asunto en su *Historia* usa la expresión «injustamente»—, cuando los atenienses, dice, hubieron visto el país situado al pie del Himeto, que ellos habían cedido como residencia a los pelasgos en pago por el muro que les habían levantado alrededor de la acrópolis; cuando los atenienses, dice, hubieron visto que las tierras estaban bien cultivadas, cuando antes eran malas y sin ningún valor, les cogió envidia y apego a este país, de manera que echaron de él a los pelasgos sin ni tan siquiera aducir pretexto alguno, fuere el que fuere. Ellos, los atenienses, por su parte, dicen que tuvieron sus buenas razones para echarlos. Los pelasgos, que vivían al pie del Himeto, desde este paraje les habían inferido la injusticia que sigue: sus hijas [y sus hijos][1993] iban siempre a las Nueve Fuentes[1994] a buscar agua, pues en estos tiempos ni los atenienses, ni en absoluto ningún griego, tenían criados. Y siempre que ellas[1995] acudían a la fuente, los pelasgos, por desprecio y por soberbia, las forzaban[1996]. Y no satisfechos con esto, acabaron por tramar una conjura para atacarlos, pero fueron sorprendidos con las manos en la masa. De manera que ellos mismos habían sido hombres mejores que aquéllos en el mismo grado en que teniendo la posibilidad de matar a los pelasgos, ya que los atraparon en plena conjuración, no quisieron hacerlo, y se limitaron a ordenarles que abandonaran el país. Y una vez que lo hubieron abandonado, entre otras tierras los pelasgos ocuparon las de Lemnos. Lo primero lo contó Hecateo, lo segundo los atenienses.

138. Estos pelasgos, que entonces vivían en Lemnos[1997] y deseaban vengarse de los atenienses, conocían con precisión las fiestas de Atenas. Se procuraron algunos penteconteros y acecharon a las mujeres de los atenienses, que celebraban en Braurón[1998] una fiesta en honor de Ártemis. Consiguieron raptar a muchas y zarparon de allí llevándoselas a Lemnos, donde las retuvieron como concubinas. Estas mujeres trajeron muchos hijos al mundo, a los cuales enseñaron la lengua ática y los formaron en las

maneras de los atenienses[1999]. Estos niños se negaron a tratarse con los niños nacidos de las mujeres pelasgas. Si uno de éstos pegaba a uno de aquéllos los demás corrían en su ayuda, y se defendían mutuamente. Además, los hijos de las mujeres atenienses[2000] quisieron gobernar a aquéllos, pues les eran muy superiores. Cuando los pelasgos lo advirtieron hablaron entre ellos de la cosa. Y en su reflexión les entró una inquietud: si ya a esta edad tienen la perspicacia de ayudarse recíprocamente contra los hijos de sus esposas legítimas, si ya ahora pretenden imponerse, ¿qué harían cuando llegaran a hombres? De manera que resolvieron suprimir a los hijos de las mujeres áticas. Y lo hicieron, y a la vez mataron a sus madres. Por este crimen, y por otro que le es anterior, éste cometido por las mujeres, que asesinaron a sus propios maridos, y también a Toante[2001], se ha hecho corriente en Grecia calificar de «lemnios» los actos de crueldad.

139. A los pelasgos, que habían asesinado a sus propios hijos y a las mujeres atenienses, la tierra ya no les dio frutos, y sus esposas y sus hembras[2002] no concibieron como antes. Apretados por el hambre y por la baja natalidad, enviaron legados a Delfos a pedir la solución de sus males presentes. La Pitia les ordenó dar a los atenienses las satisfacciones que ellos mismos les impusieran. Tanto es así que los pelasgos se presentaron en Atenas y se declararon dispuestos a darles satisfacción de todas sus injusticias. Los atenienses colocaron en el pritaneo[2003] un diván[2004], el más bello que encontraron, y dispusieron a su lado una mesa bien surtida de toda clase de manjares, y reclamaron de los pelasgos que les devolvieran el país en aquellas condiciones. He aquí la respuesta que dieron los pelasgos: «Os lo devolveremos si en un solo día una nave empujada por vientos del norte hace la travesía desde vuestro país al nuestro.» Dijeron esto porque estaban convencidos de que esto era un imposible, ya que el Ática está en el sur, a gran distancia de Lemnos.

140. Así quedaron las cosas. Muchos años[2005] después de estos sucesos, cuando, en el Helesponto, el Quersoneso cayó en manos de los atenienses, Milcíades, hijo de Cimón, en la estación de los vientos alisios[2006], se trasladó, a bordo de una nave, de Elayunte[2007] a Lemnos y ordenó a los pelasgos que abandonaran la isla[2008], recordándoles la condición que los

pelasgos mismos nunca creyeron que llegara a cumplirse. Los hefestios[2009] obedecieron, pero los de Mirina, que se negaron a aceptar que el Quersoneso fuera ático, se vieron asediados hasta que cedieron. Así los atenienses y Milcíades se apoderaron de Lemnos.

1635 Esto tiene todo el aire de ser un refrán.

1636 Atarneo se cita en I, 60.

1637 Lo más temible para Mileto era un bloqueo terrestre y marítimo.

1638 En número de doce, correspondientes a las doce ciudades jonias que componían la Liga Jonia.

1639 La isla de Lade (la batalla se libró el 495 a.C.) protegía la entrada del puerto; ahora los aluviones del río Meandro la han unido a la tierra firme.

1640 Aunque de lejos, esto recuerda el Catálogo de las Naves que ocupa la segunda mitad del canto II de la *Ilíada*.

1641 Hasta ahora los jonios, pese a su actitud, no habían sido especialmente maltratados.

1642 Heródoto reprocha la conducta de los jonios con la intención de disculpar la traición de los samios, con los cuales lo unían lazos estrechos de amistad.

1643 Militar dedicado a la política. En nuestra terminología actual diríamos seguramente «general».

1644 Este término no está en todos los manuscritos griegos.

1645 Esta expresión, que en realidad recuerda el primer hexámetro del canto IV de la *Ilíada*, se ha hecho famosa en la literatura universal.

1646 Probablemente aquí hay una fuerte braquilogía, pero no me arriesgo a traducir según ella: «como esclavos que son tratados como fugitivos», cuyo castigo más común era la muerte.

1647 Mandaba que las naves salieran a alta mar en dos largas columnas que se enfrentaban; las naves de una fila intentaban romper la formación lineal de la que les era paralela. Esta ruptura es la maniobra más importante de la guerra naval en la antigüedad. Aquí es mencionada por primera vez; cfr. VIII 9. Cuando la batalla no era un simple ejercicio, como aquí, una nave procuraba dejar a la enemiga fuera de combate quebrándole

los remos o de alguna otra manera.

1648 Con lo que las tripulaciones no podían abandonarlos, que era lo que, por lo demás, se hacía normalmente.

1649 Señal de su flojedad. Los jonios no gozaron especialmente de las simpatías de Heródoto.

1650 Aquí Heródoto, como en el cap. 13, explica con mucha comprensión la culpa de los jonios, y destaca la mejor disposición de los samios.

1651 Es decir, sin preparativos previos.

1652 Lo cual no estaba mal visto: Agamenón y Aquiles en la *Ilíada* ejercen la piratería como cosa completamente normal.

1653 En el año 494 a.C.

1654 Este término es muy actual, y responde a la praxis vivida en nuestros ambientes correspondientes homologables a la situación griega aquí directamente aludida, por eso no he dudado en traducir así; un término que reflejaría más *ad pedem litterae* el griego sería «cuidadores», pero con una equivocidad demasiado negativa: también nos haría pensar en equipos de fútbol...

1655 A diferencia de otros oráculos, que Heródoto nos ofrece redactados en su dialecto, el jonio moderno, éste está redactado en dialecto homérico, lo cual parece adecuado, porque sus motivos son típicos de la épica griega. «Peludos» es una referencia a los persas, que se dejaban crecer el cabello. Dídima es una ciudad sagrada que se encuentra junto a Mileto. Hay que subrayar algo que sólo se ve en el texto griego: el último hexámetro es equívoco, y se presta a dos interpretaciones: o la dada en el texto, o bien: «serán propietarios». El dios tomaba sus precauciones ante la posibilidad de que los hechos no se desarrollaran según él preveía. Famoso es el caso del general romano que también consultó el oráculo acerca de una campaña, y éste le contestó: «ibis redibis non morieris», sin ninguna puntuación. Es clara una coma después de *ibis*, pero una segunda coma se puede poner, alternativamente, tras *redibis*, o bien tras *non*, con lo cual la respuesta admite dos significados contradictorios.

1656 A saber: I, 42; V, 36.

1657 Heródoto entiende por mar Eritreo el mar Rojo (o golfo de Arabia), el golfo Pérsico y el océano Índico. La localización de la ciudad de Ampe es incierta; probablemente no estaría lejos de la ciudad de Alejandría de Antíoco.

1658 En tiempos de Heródoto el Tigris y el Éufrates desembocaban en el golfo Pérsico separadamente.

1659 Ciudad de Caria, a unos cinco kilómetros de Halicarnaso, la ciudad natal de Heródoto.

1660 El griego dice simplemente: «todos los jóvenes», pero debe sobrentenderse «capaces de empuñar las armas».

1661 Aquí hay, en rigor, una hendíadis, pues raparse la cabeza era señal de gran duelo.

1662 Vivió del 511 al 476 a.C., algo anterior a Esquilo, por lo tanto. Por cierto que Esquilo compensó de alguna manera los efectos de la tragedia de Frínico, pues en su tragedia, conservada, *Los Persas* nos ofrece la visión de dolor y desesperación reinante en la corte persa tras la victoria ateniense de Salamina, que supuso el hundimiento definitivo del poderío persa.

1663 Esta noticia es preciosa para la historia del teatro griego.

1664 Los habitantes de Zancle, colonia de Calcis. Zancle es la actual ciudad de Mesina.

1665 En la costa norte de Sicilia.

1666 La parte más meridional de Italia, bañada por el mar Tirreno, la actual Calabria.

1667 Colonizadores griegos procedentes de la Lócride; el apelativo de «epicefirios» se debe al nombre del promontorio Cefirio, algo al sur de la ciudad siciliana.

1668 El nombre de la ciudad de Zancle tiene que ver con la palabra griega que significa «hoz», y parece que es una alusión al hecho de que el puerto de esta ciudad presentaba más o menos esta forma.

1669 El texto griego presenta aquí una laguna en la que estaba precisamente el nombre de la ciudad.

1670 Ejerció la tiranía entre los años 494-476.

1671 En la costa meridional de Sicilia, fundada hacia el 690 por colonos cretenses y rodios.

1672 Cerca de Agrigento, en la costa sudoccidental de la isla; por tanto, muy lejos de Zancle.

1673 Una fundación zanclea.

1674 Aquí el término es muy preciso, pues de la costa hasta Susa la ruta es ascendente. Hay un paralelo curioso: la ciudad de Jerusalén ocupa el lugar más alto de toda la nación de Israel, de modo que en la Biblia desde cualquier lugar de la geografía bíblica siempre «se

sube» a Jerusalén.

1675 El texto vuelve a repetir «subieran», pero en gracia al buen estilo castellano modifico algo la traducción.

1676 Esta traducción es tan incierta como lo es la localización del topónimo. Pero debemos de encontrarnos en el norte de la isla, el lugar más idóneo para una guarnición de vigilancia, pues desde el norte podían venir los problemas.

1677 Es decir, «pequeña ciudad», pero el topónimo no nos dice gran cosa, porque se encuentra repetidamente en la geografía griega de la época. De manera que no sabemos dónde estamos.

1678 No se ve bien a qué iba a Delfos un coro de muchachos jóvenes. No parece haber ningún lugar paralelo que nos lo aclare.

1679 Notan los comentaristas que éste es el primer lugar en que, en Grecia, se habla explícitamente de una escuela.

1680 También se podría traducir: «su catástrofe», pues el término griego correspondiente admite este sentido.

1681 Atarneo, una comarca de Misia cuya capital tenía el mismo nombre que la comarca, actualmente Dikeli-köi, pertenecía a la sazón a los quiotas.

1682 El río Caico nace en Misia, al sur de la cordillera de Temnos, fluye por Pérgamo y desemboca junto a Elea.

1683 Estamos en la primavera del año 493. Hárpago trasladó a Histieo a Sardes, donde Artáfrenes mandó empalarlo, y su cabeza fue remitida a Susa.

1684 La imagen está tomada del lenguaje de los pescadores, pues lo que hacían estos invasores tenía algún parecido con el ejercicio de la pesca.

1685 La traducción es exacta: el verbo griego es muy despectivo.

1686 Es decir, por un ejército procedente de las satrapías.

1687 La actual península de Calípolis.

1688 Ciudad situada en la costa tracia de la Propóntide.

1689 A unos veinticinco kilómetros de Perinto, es una fundación de colonos de Mégara.

1690 La actual Estambul. Ya en la campaña contra los escitas habían sido las cabezas de

puente persas en el Bósforo; tomándolas como base se podía interceptar el transporte de trigo hacia Grecia. Puesto que el otro gran productor de trigo, Egipto, pertenecía al imperio persa, en lo que al trigo se refiere Grecia dependía de Sicilia.

1691 Hoy con el mismo nombre, en la costa búlgara del mar Negro.

1692 Proconeso es una pequeña isla del mar de Mármara, y Artace, en la costa tracia del mar Negro, a unos 220 kilómetros de Bizancio.

1693 No lejos de Artace.

1694 De localización muy incierta, pues el topónimo aparece en diversos puntos del Asia Menor; lo más que se puede decir es que probablemente se trata del lugar de residencia del sátrapa de Frigia.

1695 Plaza situada en el lugar más estrecho del Quersoneso, defendido aquí por una fortificación.

1696 El futuro vencedor de la batalla de Maratón.

1697 Pues en Grecia hay diversos Quersonesos (la palabra significa algo así como «isla continental»): los más famosos son el Tracio (la costa norte de Frigia) y el Táurico (la península de Crimea). Otro Quersoneso de menor importancia es el de Cnido, frente a la isla de Cos.

1698 Aquí los comentaristas del texto griego notan una impropiedad en el término usado por Heródoto, *oikistés*, que en realidad significa «fundador de una colonia», «colonizador», cuando es cosa clara que aquí la colonia ya estaba fundada. Creo que la traducción apropiada es «jefe», «guía», porque el otro término posible, «caudillo» *(Führer* en alemán), queda excluido por razones obvias.

1699 No debe confundirse con la Vía Sagrada que conducía de Atenas a Eleusis (unos veinticinco kilómetros) bordeando el litoral, hoy a través de las instalaciones portuarias atenienses, del Pireo. Ésta llegaba a Atenas a través de la Fócide y de la Beocia.

1700 Era signo de poder económico, como hoy lo es poseer un coche de gran lujo.

1701 Héroe egineta que ya sale en la epopeya.

1702 Naturalmente, aquí no cuenta la biografía personal, sino la antigüedad diríamos geográfica del linaje.

1703 Las dos ciudades distan entre sí seis kilómetros y medio. El muro no debió alcanzar las dos ciudades, sino que debió interceptar el paso solamente a grandes contingentes de hombres.

1704 El Quersoneso Tracio, en la costa de Frigia. Mucho más tarde lo hará famoso un discurso de Demóstenes, el *Quersonesíaco*.

1705 Seis kilómetros y medio.

1706 El griego dice literalmente «el cuello», o sea, la parte más estrecha.

1707 Se sobrentiende «sin hijos varones»; las mujeres aquí no contaban para nada.

1708 Sobre Cimón, cfr. 103. Él y Milcíades tenían la misma madre, pero padres distintos, Cípselo y Esteságoras.

1709 «Ley» o quizás «costumbre», aquí el sentido no es totalmente claro.

1710 Hacia el 525 a.C.

1711 Hoy diríamos: el ayuntamiento.

1712 De los enemigos, naturalmente.

1713 Después del 527 y antes del 510. Es el Milcíades más joven.

1714 VI, 103.

1715 Aquí hay cierta braquilogía; en realidad «para honrar la memoria».

1716 Parece que, tácitamente, Heródoto quiere resaltar la habilidad de Milcíades, pero quizás también un componente de doblez en su conducta; su actitud anterior era puro fingimiento. Los análisis psicológicos de Heródoto son a veces muy finos.

1717 Un descendiente de éste o de otro matrimonio posterior de Hipsípila parece que fue Óloro, padre del historiador Tucídides.

1718 La expulsión por parte de los fenicios. La incursión de los escitas ocurre el 496 a.C. y el retorno de Milcíades a Atenas el 493 a.C.

1719 En el año 496 a.C.

1720 Al norte del Quersoneso Tracio. Alargaba la ruta, pero evitaba el Helesponto y el peligro de un ataque a sus naves por parte de los escitas.

1721 Por su parte occidental, que daba al mar abierto. Le ocurrió exactamente lo del refrán latino: «incidit in Scyllam qui vult vitare Charibdim».

1722 Se refiere a la discusión habida entre escitas y griegos sobre la oportunidad de hundir el puente de barcas e impedir así la retirada de Darío. Histieo (IV, 142) salvó a Darío de

esta catástrofe.

1723 La intervención personal de Milcíades en aquellas conversaciones no es segura.

1724 493 a.C.

1725 La imposición de impuestos en la época de Heródoto era la misma que en tiempos de Darío (III, 89), pero las ciudades no los abonaban regularmente. Desde el año 479 buena parte de la Jonia de Asia había caído bajo dominio persa, pero este dominio en muchas regiones sólo fue teórico, y las ciudades dependieron en realidad de Atenas, que ingresaba estos tributos. Pero los sátrapas persas debían abonar a la corte persa las cantidades teóricamente requeridas, lo cual ocasionó un endurecimiento de la situación en las partes efectivamente dominadas por los persas. Aquí esto debe tenerse siempre muy en cuenta.

1726 Aquí hay, en este libro sexto de la *Historia* herodotea, una fuerte solución de continuidad. Empieza a vislumbrarse la batalla de Maratón...

1727 Estos Siete formaban el consejo supremo, príncipes persas que, por ejemplo, habían decidido la muerte del Esmerdis falso.

1728 Mi traducción aquí es literal.

1729 En realidad era una conducta muy astuta políticamente, porque los persas se habían convencido de que la imposición de tiranos de origen griego pero dependientes de ellos en ciertas ciudades aumentaba todavía el sentimiento de hostilidad contra los persas.

1730 Pequeña ciudad en el brazo más oriental de los tres que forman la península Calcídica.

1731 Cabo que remata el más oriental de los tres brazos de la península Calcídica.

1732 O sea, el 491 a.C.

1733 No lejos de Tasos, en la costa que tenía enfrente.

1734 Las cordilleras litorales de Tracia y Macedonia tenían en aquellos tiempos muchas minas o vetas de mineral precioso; el Pangeo tenía mucha plata.

1735 Pequeño puerto de la Macedonia cuyo nombre, en griego, alude precisamente a la existencia de minas.

1736 Algo de más de dos mil kilos de oro.

1737 Nombre de persona que toma la isla, llamada antes Aeria.

1738 De mineral, naturalmente.

1739 El conocido signo de sumisión.

1740 Esta mención especial de los eginetas es debida a que eran importantes como potencia naval, y también por su comercio, y se habían enemistado con Atenas (V, 81).

1741 Por vía diplomática, enviando legados a Esparta. Probablemente sólo Atenas y Esparta negaron la sumisión al emperador persa.

1742 Esto nos dice implícitamente que estamos en uno de los pocos momentos de la historia de Grecia en que Atenas y Esparta están en buenas relaciones.

1743 Su reinado duró del 522-489.

1744 Rey espartano depuesto por Cleómenes en el año 491 y, por tanto, enemistado con él.

1745 *Crios* en griego tomado como nombre común significa «carnero».

1746 La de los Agíadas, a la que se oponía la de los Euripóntidas.

1747 Autores de genealogías al estilo de la *Teogonía* de Hesíodo.

1748 Con lo cual se llega a Heracles, padre de Hilo. Esto está totalmente de acuerdo con el carácter dorio de los espartanos.

1749 En la cronología mítica de Heródoto, el reinado de éste debe colocarse hacia el año 1025.

1750 De establecerse en Esparta.

1751 De manera que por vía materna remontaban a Edipo.

1752 Aquí hay una equivocidad intencionada por parte de Heródoto, o del oráculo que reproduce, porque el término griego que significa «mayor» también significa «más venerable».

1753 Etimológicamente, «el de ancha fuerza».

1754 Zeus, de quien Dánae tuvo a Perseo.

1755 El origen egipcio de Perseo, Heródoto ya lo ha tratado en II, 91.

1756 Según la leyenda persa de su linaje (cfr. VII, 150), Perses, el padre del linaje real persa, era hijo de Perseo y de Andrómeda. Perseo no se va desde Argos al encuentro de Cefeo, el rey de los cefeos, es decir, de los asirios, sino que él mismo es un asirio que se

traslada a Grecia.

1757 Se trata de Abas, su padre, y de Dánao, su abuelo; éste huyó de Egipto a Argos. Cfr. el principio de la tragedia de Esquilo *Las Suplicantes.*

1758 Logógrafos o poetas épicos.

1759 Amalgamado con el culto del héroe del país, Lacedemon, originariamente el dios supremo de las estirpes lacedemonias.

1760 Este Zeus Uranio no tenía vínculos especiales ni con el país ni con sus gentes; era una divinidad panhelénica que subrayaba el carácter griego de los dorios.

1761 Antes de iniciar la batalla, para propiciarse a los dioses. El uso ya es homérico.

1762 Las pieles, para venderlas; las espaldas, para comerlas.

1763 O sea, público.

1764 Recordemos que el año griego se dividía en doce meses lunares, empezando teóricamente en el solsticio de verano, pero en realidad a mediados de nuestro actual julio.

1765 Unos veinticinco litros.

1766 Salvadas las diferencias, algo semejante a nuestros cónsules de un país en una ciudad extranjera. Dicho muy en general, el próxeno representaba en una ciudad a los habitantes de otra.

1767 Más o menos, dos kilogramos.

1768 Más o menos, un cuarto de litro.

1769 La famosa *syssitia*.

1770 El equivalente ateniense son las doncellas epicleras.

1771 La llamada *gerusía*, máximo órgano consultivo del estado espartano.

1772 Tucídides, I, 20 dice expresamente que Heródoto en eso se equivoca.

1773 En Esparta.

1774 Campesinos lacedemonios sometidos a los ciudadanos de Esparta.

1775 Verdaderos esclavos adscritos a la tierra.

1776 Para la elección de magistrados.

1777 Sería el hoy llamado «duelo oficial».

1778 Lo que hoy llamaríamos una amnistía.

1779 Aquí acaba la digresión sobre la realeza espartana.

1780 Hacia el 550.

1781 Unas colinas que se encuentran al sudoeste de Esparta, al otro lado del Eurotas, reciben, en su conjunto, el nombre de Terapne.

1782 Etimológicamente significa «el deseado por el pueblo». Gobernó del 520 al 491.

1783 Magistrados típicos de Esparta. Etimológicamente su nombre viene a significar «inspectores del cielo». Eran cinco, la instancia política más relevante de Esparta.

1784 Un mínimo rasgo de comicidad.

1785 Cfr. V, 75.

1786 Cap. 50.

1787 Aquí la traducción es literalmente fiel, y nos recuerda un uso bíblico.

1788 Otra vez una traducción literal: esta idea de seguimiento es muy polivalente y se encuentra en contextos tan alejados de éste como el del discípulo con referencia a su maestro.

1789 Para Leotíquidas cfr. VIII, 131, donde se cita Hegesilao, no Agis.

1790 La única vez que se nos da explícitamente el nombre de una profetisa de Apolo, de una pitonisa; el anonimato les confería genéricamente un honor reverencial.

1791 Me veo en dificultades para traducir; exactamente el término griego significa «la primera de las pitonisas» aludiendo al rango; un equivalente masculino, usual en la Biblia, sería «el sumo sacerdote», *mutatis mutandis*, claro está; me doy cuenta de que mi comparación es poco afortunada.

1792 Probablemente era éforo y encargado de las gimnopedias. Éstas se celebraban en plena canícula y en ellas actuaban coros de muchachos y de hombres completamente desnudos que realizaban ejercicios gimnásticos acompañados de canto.

1793 Este gesto equivalía a pedir una respuesta juramentada.

1794 Evidentemente, allí había una estatua de Zeus.

1795 La sospecha se apoya probablemente en una interpretación perversa del nombre *astróbakos*, cfr. cap. siguiente.

1796 Pero la mujer no aludirá para nada a la afirmación de Leotíquidas (cap. 68) que en sí es muy verosímil.

1797 El texto entre corchetes no está en todos los manuscritos.

1798 Los heraclidas tenían prohibido establecerse en el extranjero.

1799 La actual Zante, en la costa de la Élide.

1800 Gobernó durante los años 491-476.

1801 Probablemente en testamento.

1802 La campaña tuvo lugar después de la batalla de Platea (479 a.C.) y del castigo de Tebas, que se había adherido voluntariamente a la causa persa (IX, 86 ss.).

1803 En el año 491.

1804 Referencia al episodio de Crío, hijo de Polícrito, que se había rebelado contra las imposiciones de Cleómenes; cfr. cap. 50.

1805 Era un caso muy excepcional, pues cuando el país de Esparta estaba en guerra, un rey marchaba al frente de las tropas, y el otro se quedaba en la ciudad, para atender al gobierno.

1806 Esta idea es un tópico que se repite en contextos muy distintos, por ejemplo, en la Biblia, Apocalipsis, 14, 4, «Hi sequuntur Agnum quocumque ierit», en referencia a los primeros seguidores del cristianismo.

1807 Al norte de la Arcadia, junto al río Cratis.

1808 Era el juramento de los dioses, cfr. Homero, *Ilíada,* XIV, 27.

1809 En el monte Aroania, al norte de esta ciudad, nacía el río Éstige, cuyas aguas alimentaban la laguna Estigia.

1810 El término griego aquí es muy genérico: dice «un hierro». Algunos traductores interpretan «un cuchillo», otros «un puñal».

1811 Con este detalle Heródoto no pretende poner de relieve la supuesta ingenuidad de esta clase social, sino la supina aquiesciencia a la voluntad del poderoso.

1812 En el año 489.

1813 Cfr. V, 74.

1814 Deméter y Core.

1815 Héroe epónimo del país.

1816 Se explica a continuación; cfr. caps. 78-81.

1817 Por considerarlo una divinidad.

1818 En efecto, el río impedía el acceso al territorio de la ciudad.

1819 Ciudad que pertenecía a Esparta, pero que fue la manzana de la discordia durante largos años entre Esparta y Argos.

1820 En realidad a Posidón, cfr. Homero, *Odisea*, III, 6.

1821 El segundo gran centro aqueo, después de Micenas, al sur de la Argólide, en la costa del Peloponeso.

1822 La guerra argiva del 494 a.C. viene determinada precisamente por la simultaneidad de ambos oráculos. Cfr. cap. 19 de este mismo libro.

1823 En realidad este hexámetro es una fórmula homérica que, con ligeras variantes, aparece en algunos lugares de la *Ilíada,* por ejemplo en la despedida de Héctor y Andrómaca, en el canto VI.

1824 El lenguaje del oráculo es especialmente sibilino; la interpretación que parece más plausible es: la hembra es la poetisa Telesila, que logró que las mujeres argivas se sublevaran y expulsaran a Cleómenes. Este rey, dice la leyenda, había dado muerte en combate a 7.777 argivos (nótese el número simbólico), y los pocos supervivientes decidieron rendirse. Pero fueron las mujeres las que resolvieron definitivamente la situación. En memoria de esto, en las noches de plenilunio del mes hermeo (octubre-noviembre), en Argos hombres y mujeres permutaban sus vestidos: ellos se ponían peplos y ellas túnicas.

1825 Una suma enorme de dinero.

1826 Al héroe, no a la ciudad, naturalmente.

1827 Cfr. I, 31.

1828 Sólo la vio él, y no lo dijo a nadie; se reservó la visión. Por eso ahora no podía

aportar testigos.

1829 Exactamente el griego dice: «hasta arriba», es decir, por entero.

1830 Ciudad del sudoeste de Arcadia, junto al río Neda. En esta ciudad había un templo muy famoso.

1831 La guerra parece que acabó con la destrucción de Tirinto, y quizás de Micenas, en el 468 a.C.

1832 En la antigüedad era muy conocida la afición a la bebida por parte de los escitas.

1833 Los griegos producían el vino con el fruto de la vid, la uva, que prensaban dejándola como una jalea o un membrillo muy denso, al que añadían más o menos agua, con lo cual el vino era más o menos fuerte. El vaso en que bebían el vino, *cratera*, recuerda esta mezcla, pues etimológicamente significa «vasija en que se mezcla.»

1834 En realidad, vino mezclado con poca agua.

1835 En el texto griego hay un componente religioso que no se puede ignorar. No es la justicia humana a secas. De ahí mi traducción.

1836 Comparado con lidios y persas.

1837 Normalmente era un sello o un cuño, pero el término griego indica también una pieza, rota, de madera o de metal, de la cual guardaba un trozo cada una de las partes; cuando el depositario quería recuperar el depósito debía llevar consigo el trozo de contraseña correspondiente, que había de casar perfectamente con la otra.

1838 Un espíritu vengador sin nombre ni figura, pero totalmente identificable por sus obras.

1839 No me he atrevido a traducir: «son pecados de la misma gravedad», pero aquí hay la noción, totalmente cristiana, de que la simple intención de pecar ya es pecado.

1840 Cfr. V, 80.

1841 Se trata de la fiesta quinquenal celebrada en honor de Apolo Sunio, en el templo que está en la cumbre del cabo que lleva el mismo nombre, y que consistía en una carrera naval.

1842 Desde luego, un paraje de la isla de Egina, sin que se pueda precisar más.

1843 Un precio simbólico, porque en Corinto estaba prohibido el préstamo gratuito de naves.

1844 Entre 490-481.

1845 Mal nombre con que en la isla se conocía a los hacendados. La traducción es literal.

1846 Heródoto pretende explicar la desgracia de los eginetas como resultado de sus propios crímenes.

1847 Deméter Tesmoforia, cfr. II, 171, y VI, 16, 134.

1848 Aquí hay, implícitamente, la opinión personal de Heródoto ante una acción tan nefanda. Esto en Homero no se daría. La sensibilidad y la fuerza expresiva de la lengua van en continuo progreso. Es el milagro permanente del pensamiento griego.

1849 El número parece excesivo, porque una isla tan pequeña como Egina difícilmente podía disponer de una fuerza naval tan importante. Pero los eginetas eran marineros muy hábiles, por lo que no se puede descartar que Heródoto haya querido así, indirectamente, encarecer la victoria de los atenienses.

1850 En aquella época Argos no disponía de fuerza militar, por lo que probablemente este reproche es una simple ficción. Cfr. 86.

1851 Creo que esta traducción (o bien «no olvidando») es más justa que la que parecería más obvia, del participio *memphomenoi* «reprochándoles», con la cual todo el conjunto no acaba de cuadrar totalmente, porque hay un componente de ilogicidad difícilmente suprimible.

1852 Toda esta secuencia adolece de falta de lógica.

1853 Esto pasó durante el asedio de Egina, IX, 75.

1854 O sea, Darío.

1855 Aquí empieza propiamente la narración de la expedición persa.

1856 Cfr. V, 105.

1857 Hipias, tras el asesinato de su hermano Hiparco, cfr. 102, se había visto obligado a exiliarse, y pasó a Lámpsaco, a la corte de su yerno Eántidas, a través de quien trabó una gran amistad con Darío.

1858 Datis aparece en realidad como comandante en jefe. El joven Artáfrenes, a su lado, era propiamente un discreto vigilante que a primera vista ejercía funciones honoríficas. El padre de Artáfrenes era hermano de Darío (V, 25).

1859 Entre los ríos Saro y Píramo, al este de la ciudad de Tarso.

1860 Isla al oeste de Samos.

1861 Heródoto aquí se equivoca: había sido tres años antes.

1862 Cfr. V, 28.

1863 La isla tiene una pequeña cordillera en su centro.

1864 La sumisión de Naxos a los persas se cuenta en VII, 46.

1865 Después de la caída de Naxos era claro y evidente que la pequeña isla de Delos no podría resistir. La también pequeña isla de Tenos se encuentra a unos veinte kilómetros al norte de la de Delos y, a su vez, está separada de la isla de Andros por un brazo de mar relativamente angosto. De Andros a la isla de Eubea (contra la cual se dirigían los persas) hay también unos veinte kilómetros, de manera que la estrategia de los persas era clara: ir avanzando poco a poco, protegiéndose por el rosario (que para los persas era un muro protector) de islas que guiaban su ruta hacia el Ática.

1866 La isla de Renea, muy pequeña, está situada al oeste de Delos, a una mínima distancia; los delios trasladan a esta isla a sus enfermos graves y a las madres a punto de dar a luz, porque en la isla sagrada de Delos estaba prohibido tener enfermos, y también que las mujeres parieran allí, porque la isla estaba consagrada a Apolo y a Ártemis, y esta segunda era la diosa virgen por antonomasia.

1867 Apolo y Artemis. El astuto sátrapa no quería concitarse el odio de todos los griegos por un sacrilegio.

1868 Casi ocho mil kilogramos.

1869 Un don de especial magnificencia, a tono con la intención señalada anteriormente de no malquistarse con todos los griegos.

1870 Que llevara jonios con él era algo especialmente relevante, pues la isla de Eubea era masivamente jonia.

1871 Una manera algo retórica de decir que sólo hubo uno. Por Tucídides y por Píndaro sabemos que en el año 432 otro seísmo sacudió Delos.

1872 Tucídides, *Historia*, II, 8, nos informa de este mismo terremoto, que debió de ocurrir en el 431 a.C., y lo hace de modo tal que incluso el texto muestra una resonancia de Heródoto.

1873 También tenemos a la vista la filosofía. Lo que he traducido: «de algún modo» (la partícula griega *kou* en jonio, *pou* en ático, átonas; nótese, porque es importante), significa, en lenguaje estrictamente filosófico (Platón, Aristóteles), que se llega a una relación

imprecisable, a una situación límite del pensamiento racional: «hasta aquí llegamos, ir más allá es imposible». ¡La potencia virtual de la lengua griega!

1874 Murió en el año 424 a.C.; parece claro que Heródoto ya no vivía cuando él murió.

1875 La referencia es muy concreta, a los espartanos y a los atenienses.

1876 No todos los manuscritos griegos presentan el texto que va desde aquí hasta el final del capítulo.

1877 Probablemente, el primer intento de traducción (o de interpretación) que tenemos en el mundo occidental. La innovación, desde luego, es fabulosa. Las etimologías no responden a la realidad (como ocurrirá eventualmente en el mismísimo diálogo de Platón *Crátilo)*, pero aquí se abre rigurosamente un campo nuevo de investigación.

1878 Es decir, a las Cícladas restantes.

1879 Pequeña ciudad al sur de la isla de Eubea, en el golfo que lleva su nombre. Era el acceso directo hacia Eretria.

1880 Se llamaba *cleruqia* la distribución en lotes y el consiguiente reparto entre los combatientes de los trozos de tierra en que se había dividido un territorio conquistado. Los colonos eran súbditos de la ciudad que los había establecido, la cual, ante cualquier irregularidad o discordia, podía desposeerles de las propiedades y de los derechos sobre ellas.

1881 Es un apelativo que indica terrateniente, propietario de tantas tierras que con su rendimiento puede incluso mantener caballos.

1882 Cfr. VII, 192.

1883 Plaza de la Beocia encarada a Eretria frontalmente.

1884 No puede excluirse que Heródoto haya exagerado la situación de Eretria para justificar la falta de ayuda por parte de los atenienses.

1885 Estos topónimos sólo aparecen aquí; se debe tratar de poblaciones muy pequeñas contiguas a Eretria.

1886 Para disfrutar del botín y de la victoria; secundariamente, también para descansar.

1887 Aquí el texto griego es muy dudoso; algunos traducen «poniendo en serio aprieto a los atenienses».

1888 Maratón, etimológicamente «hinojar», «llanura cubierta de hinojos», se extiende

sobre las pendientes orientales de la cadena del Pentélico, en la Diacria. Un torrente caudaloso divide esta llanura casi por la mitad, mientras que en sus partes extremas se extienden dos zonas pantanosas que llegan al mar. Del pie de la montaña al mar hay una distancia de 4 kilómetros, que es la misma que hay entre las dos zonas pantanosas y entre los riachuelos Caradra y Urana, que recogen sus aguas. Precisamente en este espacio más bien llano Milcíades desbarató las formaciones persas, aprovechándose de lo resbaladizo que era el terreno, en el que los persas se movían muy torpemente. Ello sin contar que tácticamente los atenienses eran enormemente superiores a los persas.

1889 Uno por cada una de las diez tribus.

1890 El texto griego dice literalmente «el décimo», lo cual significa que había asumido el mando del ejército ateniense; hoy diríamos «comandante en jefe» o «general en jefe». Era el que ostentaba el supremo mando militar. Como tantas veces si se trata de un personaje importante (aquí decisivo, pues a su genio militar se debió la victoria griega), Heródoto nos da breve noticia de su familia y de su biografía personal.

1891 He traducido literalmente: lo que aquí se significa es que, en el acto de la proclamación de los vencedores, hizo que se proclamara campeón a su hermano, y no a él mismo. Que quede muy claro que este Milcíades no es el vencedor de Maratón, sino un ascendiente suyo.

1892 En el año 524 a.C.

1893 En el año 524 a.C. Las otras dos victorias se deben colocar en los años 532 y 528 a.C. Pisístrato murió el 527.

1894 Un suburbio de Atenas, al sudoeste de la ciudad; la traducción del topónimo griego significa «La hondonada».

1895 Lo cual se explica a continuación.

1896 La distancia entre Atenas y Esparta es de 213 kilómetros; el ejército espartano necesitó tres días para cubrirla, cfr. 120, mientras que, como veremos, Fidípides hizo la marcha en dos días. Acreditó, desde luego, ser un marchador extraordinario.

1897 Al sudeste de Arcadia.

1898 Es la llamada gruta de Pan, en la ladera noroccidental de la acrópolis; de ella quedan aún hoy ruinas.

1899 O sea, que hizo la marcha en dos días.

1900 Probablemente a los cinco éforos y a los dos reyes.

1901 O sea, que se llegara a la noche de luna llena, al plenilunio. Según el cómputo moderno esta noche sería la del quince de septiembre, cuando la batalla parece que se libró el doce. De manera que los espartanos llegaron tarde por motivos seguramente religiosos.

1902 Al desembarco de los bárbaros en Maratón.

1903 «En sueños»: estas palabras no están en todos los manuscritos griegos.

1904 Sófocles *(Edipo Rey,* vv. 981 ss.) recuerda este lugar: «... dicen que también otros han tenido tales himeneos maternos, sí, en sueños» (traducción de Ignacio Errandonea). Y no se olvide el repugnantísimo *ménage-à-trois* en que Hiponacte reprocha a Búpalo, fragm. 20, que se meta en la cama con su madre (!) y una tercera llamada sarcásticamente Árete, «virtud».

1905 Probablemente para que en plena batalla no se pasaran a los atenienses.

1906 Localidad situada en la costa oeste de Eubea; Egilia es un islote en el estrecho de Eubea, a unos tres kilómetros de Estira.

1907 Un signo de mal agüero.

1908 Me parece excesivo traducir: «escupió».

1909 Era un bosque al oeste de la plaza de Maratón.

1910 Según Tucídides, III, 68, fue en el año 519 a.C.

1911 Esta digresión por parte de Heródoto es poco hábil, y nos molesta, cuando nuestro interés se centra en la gran batalla.

1912 El altar de los Doce Dioses y el ágora eran el centro de la ciudad urbanizada por los pisistrátidas.

1913 El que se sentaba en un altar en calidad de suplicante no podía ser echado de allí.

1914 Serían corintios que habían acudido a Beocia por asuntos personales, y que, en todo caso, no actuaban en nombre de su ciudad.

1915 Algunos interpretan literalmente que estos corintios se encontraban en medio de los dos ejércitos, en la llamada tierra de nadie.

1916 Actualmente el Ruriemi.

1917 De Hisias, demo dependiente de Platea.

1918 Estamos a principios de agosto (según nuestro cómputo, claro está) del 490 a.C.

Hasta el cap. 117 se narra la batalla de Maratón.

1919 Los efectivos de los atenienses eran de unos nueve mil hombres; en ningún caso pasarían de los diez mil.

1920 El historiador anticipa el juicio sobre el decurso de los acontecimientos.

1921 Comandante supremo, general en jefe. Era una magistratura.

1922 Aquí el reformador Clístenes introdujo, en el año 510 a.C., una reforma importante para eliminar intrigas en el nombramiento del polemarco. El Ática estaba dividida en diez distritos, y en cada uno se nombraba un estratego (o general), cargo que duraba un año. De entre ellos debía nombrarse un general en jefe, el polemarco. Se depositaban en dos urnas habas secas, blancas y negras indistintamente en las dos: se convocaba a los diez estrategos y salía nombrado polemarco el primero que, tras ser citado nominalmente, veía salir de las dos urnas dos habas blancas, una de cada una.

1923 Del demo de Afidna, de la tribu Eántida, pequeña población al norte de Maratón; Calímaco fue, pues, un jefe ideal, pues se luchaba en la tierra que le era más propia.

1924 Es notable que aquí no se pida la ayuda de los dioses, sólo su imparcialidad. La lectura que debe hacerse del detalle es que Milcíades se daba cuenta de la enorme superioridad táctica de los griegos, que, además, lucharían motivados contra un enemigo gregario, sin ningún ideal que no fuera el de salir vivos del combate.

1925 En realidad el texto griego dice: «de la presidencia»; en el día que le correspondía a él, el estratego en cuestión decidía, sin deber rendir cuentas ante nadie.

1926 El número de cada tribu en la línea de combate se sorteaba, y este sorteo decidía la colocación de las tribus en el campo de batalla.

1927 La palabra significa etimológicamente «la del buen augurio». Los áugures griegos, durante el rito adivinatorio, miraban hacia el sur, mientras que los romanos lo hacían mirando hacia el norte. La cosa venía del hecho de que el oriente se encontraba, respectivamente, a la izquierda o a la derecha; todos los pueblos antiguos creyeron, por lo menos en las primeras fases de sus civilizaciones, que las señales de buen agüero procedían del orto del sol.

1928 El texto griego presenta aquí una braquilogía; dice simplemente: «desde esta batalla».

1929 Son las Grandes Panateneas, que se celebraban cada cinco años.

1930 La traducción es literal, «reza»; el griego bíblico, principalmente el del Nuevo Testamento, ha adoptado el mismo término griego usado aquí por Heródoto para la noción cristiana de oración.

1931 Los atenienses se habían dispuesto en orden de combate en el punto de entrada al valle de Maratón, actualmente Urana, al pie mismo de unas colinas que los cubrían por ambos flancos y que dificultaban grandemente una posible operación envolvente por parte del enemigo. La línea persa, que probablemente no llegó a constituirse totalmente, tenía graves obstáculos en sus flancos: por la izquierda una pequeña marisma, y por la derecha unos montes de mayor envergadura, que impedían la alineación correcta total de la numéricamente enorme fuerza persa. Además, el ala derecha persa, muy próxima al mar, rozaba una zona pantanosa de grandes dimensiones, que fue decisiva para la catástrofe persa, pues imposibilitó una retirada ordenada del ejército.

1932 Prueba de un espíritu bélico, agresivo, desconocido hasta entonces; Heródoto sabe poner al descubierto el componente patriótico de aquellos soldados por el ardor que pusieron en el combate. En este punto Heródoto se distancia decisivamente de Homero.

1933 Los sacas eran un pueblo muy potente de la Escitia oriental que habitaba las estepas llamadas actualmente de Kirghisi.

1934 Hacia las alturas del Pentélico.

1935 Precisamente aquí radica la superioridad, la genialidad táctica de los estrategos atenienses. También el genio griego se manifiesta aquí, en primer lugar por una operación militar llena de imaginación y de novedad, y en segundo lugar porque, probablemente, los jefes atenienses se apercibieron también de que el terreno podía ofrecer dificultades imprevistas a los adversarios en una situación que no llegaron a prever.

1936 Precisamente aquí radica la superioridad, la genialidad táctica de los estrategos atenienses. También el genio griego se manifiesta aquí, en primer lugar por una operación militar llena de imaginación y de novedad, y en segundo lugar porque, probablemente, los jefes atenienses se apercibieron también de que el terreno podía ofrecer dificultades imprevistas a los adversarios en una situación que no llegaron a prever.

1937 Lo que los militares llaman una operación tenaza.

1938 Uno de los estrategos que había votado la propuesta de Milcíades. Le correspondió, a él y a su tribu, el centro de la formación ateniense, junto a Milcíades, que capitaneaba la tribu Leóntida, y junto a Aristides, jefe de la tribu Antióquida. A pesar de los prodigios de valor, inicialmente el centro ateniense cedió.

1939 Hermano del poeta trágico Esquilo, la tradición hizo de él una figura legendaria. Polignoto los representó en Pórtico Pecile, a él y a Calímaco, según Pausanias (I, 15).

1940 Adorno de la popa de una nave.

1941 Tras la digresión del capítulo anterior, Heródoto reanuda la narración.

1942 Heródoto defiende a esta familia en los caps. 121-123. Los alcmeónidas eran una familia noble ateniense que se jactaba de descender de un Alcmeón sobrino de Néstor de Pilos. Pertenecía a esta familia Clístenes, el político democrático reformador de Atenas que redujo la aplicación de la pena de muerte a pocos casos, supliéndola por el ostracismo. También pertenecían a esta familia Pericles y Alcibíades.

1943 Una señal así parece absurda por ineficaz; seguramente lo que Heródoto nos dice se limita a reproducir un rumor popular sin fundamento, propalado por los enemigos de los alcmeónidas.

1944 Aquí hay su punta de exageración; de Maratón a Atenas la distancia no es excesiva.

1945 Los atenienses creyeron ver algo prodigioso en el hecho de haber acampado en dos lugares consagrados a Heracles; el santuario de Heracles en Maratón se encuentra en una pendiente del monte Icario, al sur de la comarca; el santuario de Heracles en Atenas estaba en los suburbios de la ciudad, en la ladera meridional del Licabeto.

1946 El recuento de bajas era algo absolutamente inusitado e impensable; también por aquí Heródoto quiere resaltar la excepcionalidad de la ocasión. Los comentaristas advierten que entre las bajas atenienses no deben contar los plateos muertos en combate; y tampoco los prisioneros eretrios que debieron de perecer en el lance, aunque no participaran directamente en el choque, son tenidos en cuenta entre los muertos persas.

1947 Sería el dios de la guerra, Ares. Algo así como la aparición de Santiago en la batalla de Clavijo... La minuciosidad de Heródoto no significa, a todas luces, credulidad... No creo que la imagen de Santiago matamoros sea de muy buen recibo. ¿Es que Heródoto quiere darnos a entender algo con la historia de la ceguera milagrosa? Lo dejo a juicio del lector.

1948 Se dice de él que había transportado a Maratón un bloque de mármol de Paros para hacer con él el trofeo de su victoria, pero que este mármol llegó a manos de Fidias, quien labró con él una imagen de Némesis, la diosa de la venganza.

1949 El verbo griego correspondiente *(anágo)* conlleva un sentido de «subir», porque Susa, naturalmente, estaba a más altura que la costa, a nivel del mar. Pero traducir por «hacer subir» me parece una traducción equívoca, porque sólo el lector previamente enterado de la geografía puede ver exactamente el matiz. Traducir por «trasladar», como traduzco, conlleva la pérdida de este matiz. Por ahí se ve la potencia de la lengua griega, que en el verbo citado sintetiza perfectamente dos ideas, y la dificultad del traductor...

1950 Este lugar es confuso y discutido y, para colmo de males, algo más abajo el texto ofrece una laguna precisamente donde esperaríamos una clarificación. Yo he traducido al pie de la letra; asfalto, donde algunos interpretan «betún». En cuanto al aceite, parece claro que se trata de petróleo; lo que Heródoto llama «sal» sería una arena de la que se separaría el petróleo por un procedimiento de destilación. En cuanto al asfalto, el nombre

(etimológicamente «lo que impide una separación», «lo que une») procedería del uso, sería la argamasa que sirve para unir piedras en las construcciones.

1951 El texto griego aquí es absolutamente incoherente, lo cual delata la existencia en él de una laguna. Probablemente lo que falta clarificaría mucho el lugar.

1952 El dialecto jonio de Eubea.

1953 Estas redundancias, tan frecuentes en Heródoto, a veces afean algo el estilo castellano, pero creo que honradamente deben reproducirse, porque reflejan el modo de pensar y de proceder de Heródoto, el primer monumento occidental en prosa que poseemos. Por ahí se marcan las diferencias con Homero y con la prosa posterior, Platón y Demóstenes, sólo para señalar dos nombres eminentes.

1954 Marcha muy rápida si se piensa en la impedimenta militar que llevaban encima.

1955 Otra braquilogía: el texto dice simplemente «ver a los persas», pero se debe entender, naturalmente, que se trata de los cadáveres

1956 Simónides y Esquilo, entre otros literatos de primera fila, cantaron esta victoria, y los soldados que habían tomado parte en la batalla recibieron la denominación honorífica de «maratonómacos» (= los combatientes de Maratón).

1957 Todos los editores del texto griego dan unánimemente este capítulo por apócrifo y lo editan entre corchetes. La razón es que contiene un elogio desmesurado, y que no viene nada a cuento, de Calias.

1958 En la prueba hípica, naturalmente.

1959 Este lugar no concuerda totalmente con I, 60.

1960 V, 63.

1961 Aquí ya se da el argumento que más tarde los lógicos llamarán *dato non concesso*.

1962 Heródoto sitúa a Alcmeón, el general de los atenienses en la guerra de Cirra (595-586 a.C.), contemporáneo de Aliates, de Solón y del tirano Clístenes de Sición, unos treinta años más tarde del tiempo en que vivió realmente, con lo cual lo pone en relación con Creso.

1963 Eran los coturnos, parecidos a nuestras botas de montar a caballo.

1964 Esta victoria, mencionada por Píndaro en la *Pítica,* VII, 14, corresponde probablemente al año 592 a.C.

1965 600-570 a.C.

1966 Esta historia parece haber sido construida a base de modelos épicos, principalmente sobre el motivo de los pretendientes de Helena.

1967 Es decir, de la Magna Grecia.

1968 Síbaris y Crotona tenían fama por ser ciudades de vida muy lujosa y afeminada.

1969 Ciudad cercana a Síbaris, en el golfo de Tarento.

1970 Titormo venció a Milón de Crotona, el más grande atleta de su época (hacia el 520 a.C.)

1971 No se ve muy claro cómo un hombre tan huraño e insociable pudiera aspirar a tal boda. La leyenda nos lo recuerda como vencedor de un atleta extraordinario, de Milón de Crotona, y de una fuerza física tal que era capaz de comerse casi un buey entero en una sola comida. No debe excluirse que en el caso de este pretendiente nos encontremos con una interpolación.

1972 Probablemente Heródoto confunde a dos hombres que llevaban el mismo nombre.

1973 Olímpicos.

1974 Notemos que en la geografía griega hay por lo menos dos ciudades con este nombre: Trapezunte de Arcadia, de la que se trata aquí, y Trapezunte del Ponto, la actual Trebisonda.

1975 Que seguía normalmente a la comida; era, exactamente, el simposio.

1976 El texto griego aquí es ambiguo y se presta a interpretaciones, pero aquí Heródoto lo hace con plena intención. Quizás la interpretación más obvia es que había bebido mucho más que los otros (también en este sentido se dice «tener aguante»). No puede descartarse la interpretación de que en la conversación había demostrado más que los otros su ingenio; alguien llega a traducir «que sabía cautivar a los demás».

1977 Aristófanes, *Caballeros*, vv. 1037 ss., parodia este lugar, como puede verse en mi traducción catalana Aristófanes, *Comèdies*, vol. II, Barcelona Fundació Bernat Metge, 1970, pág. 62. En castellano: «Hay una mujer que en la sagrada Atenas parirá a un león.»

1978 El genio de la política ateniense. Tucídides nos da de él una visión muy precisa.

1979 En el año 489 a.C.

1980 La palabra tiene un componente religioso innegable: servidora en el oficio

específicamente religioso del sacerdote. Se podría traducir «ministra», pero en castellano el término me resulta muy equívoco. Quizás «ayudante»...

1981 En el sentido de subterráneas. Eran Deméter y Core.

1982 Legisladora.

1983 Como alguna otra vez, me permito traducir así, con esta expresión latina procedente del lenguaje de la Biblia, porque indica perfectamente el lugar más sagrado, cuya profanación constituiría el máximo sacrilegio, de un santuario.

1984 Por motivos sagrados, claro está. No está lejos la noción cristiana de profanación, de sacrilegio. Lo que está claro es que la mujer dio conscientemente un mal consejo a Milcíades. Desde mi óptica más personal cabrían otras reflexiones...

1985 ¡Un aviso de la divinidad!

1986 Eufemismo: la pena de muerte.

1987 El padre de Pericles.

1988 La acusación era, exactamente, la de haber inducido a los atenienses a equipar una flota y a armar un ejército sin ninguna necesidad, ocasionando estos gastos al pueblo.

1989 Tema que cierra este libro.

1990 Lo que aquí se cuenta no debe referirse a este Milcíades, sino a otro anterior cuyo padre también se llamaba Cimón.

1991 Pequeña isla casi en la entrada de los Dardanelos.

1992 Hecateo de Mileto (549-479 a.C.), en rigor el primer historiador griego y, junto con algún presocrático, el iniciador de la prosa griega.

1993 «Y sus hijos» falta en algunos manuscritos griegos.

1994 Una fuente que llevaba este nombre, quizás por ser tal el número de caños.

1995 De manera muy coherente, aquí el griego pone el demostrativo en femenino.

1996 La traducción es literal.

1997 También residían en Lemnos los sintios, que, al igual que los pelasgos, se dedicaban a la piratería. Este episodio narrado por Heródoto debe encuadrarse aquí como un acto más de bandolerismo.

1998 Al sudoeste de la ciudad, cerca del río Iliso.

1999 Un primer atisbo de *paideia* o formación, que culminará en Sócrates y Platón principalmente. Heródoto está en el origen de muchos desarrollos posteriores decisivos para el pensamiento griego y occidental.

2000 «De las mujeres atenienses»: en el texto griego no está, una de las braquilogías habituales de Heródoto. En este caso me parece correcto incorporarlo al texto de la traducción. Esta densidad conceptual y, por tanto, potencia expresiva que tiene la lengua griega es lo que se pierde incluso en las mejores traducciones.

2001 El texto de Heródoto no cuadra con la leyenda, según la cual las mujeres de Lemnos asesinaron a sus maridos, que se negaban a tener relaciones íntimas con ellas porque despedían un hedor repugnante, castigo de Afrodita, a la que habían ofendido. Pero Toante no murió, pues Hipsípila, que era su hija, lo salvó escondiéndolo y fingiendo haberlo matado. Descubierto el engaño, los dos abandonaron la isla.

2002 De sus rebaños, naturalmente.

2003 Hoy diríamos «el ayuntamiento».

2004 Donde se reclinaban los comensales en un banquete.

2005 Unos quinientos años.

2006 Llamados también etesios: soplan en verano de norte a sur.

2007 En el extremo meridional del Quersoneso, a orillas del Helesponto, a unos 65 kilómetros de la isla de Lemnos.

2008 Pues se había cumplido la condición impuesta: en efecto, aquella navegación duraba unas ocho horas, dieciséis en ambos sentidos. En Lemnos había sólo dos ciudades, Hefestia, a poniente de la isla, y Mirina, a oriente.

2009 Cfr. la nota anterior.

LIBRO VII
POLIMNIA

INTRODUCCIÓN

INICIOS del reinado de Jerjes (486-463 a.C.) tras narrar, en el mismo comienzo, la muerte de Darío (1-4). En sesión del consejo real se decide la guerra contra los países griegos: Mardonio y Artábano (5-19). Preparativos bélicos: abertura del canal en el monte Atos (20-25). Marcha de los persas a través del Helesponto, hasta Dorisco (26-58). Un reflejo del homérico Catálogo de las naves: recuento del ejército y de la flota persa (59-100). Entrevista de Jerjes con Demarato (101-105). Marcha del ejército persa a través de Tracia y Macedonia hasta tocar la plaza de Terme (106-127). Jerjes en las márgenes del Peneo (128-130). En un perfecto paralelismo, que demuestra la habilidad técnica de Heródoto, sigue ahora la descripción de los preparativos griegos para la guerra; Taltibio y los espartanos (131-137). Los atenienses caracterizados como salvadores de Grecia; la flota ateniense (138-144). La alianza de los griegos, que envían exploradores a investigar la situación de los persas (145-147). Argos, Siracusa, Corcira y Creta se niegan a unirse a la alianza de todos los demás griegos (148-171). El colmo de las desdichas: Tesalia se alía con los persas (172-174). Planes defensivos de los griegos: la situación geográfica de Artemisio y de las Termópilas (192-201). Efectivos griegos en las Termópilas (202-207). La batalla de las Termópilas (208-233). Consejo persa acerca de la prosecución de la campaña (234-239).

LA TERCERA CAMPAÑA PERSA (1-IX, 113)

PREPARATIVOS Y MUERTE DE DARÍO (1-4)

1. Cuando la noticia de la batalla de Maratón llegó a Darío, hijo de Histaspes, él, que ya antes estaba muy de punta con los atenienses por el ataque a Sardes, ahora se lo tomó mucho peor y se rearmó todavía más para una campaña contra Grecia. Enseguida mandó, por medio de mensajeros que remitió a todas las ciudades, disponer un ejército; a todas ellas les exigió mucho más de lo que antes le habían proporcionado en caballos, trigo, vehículos y naves[2010]. Esta orden se divulgó por todas partes, y en Asia hubo malestar a lo largo de tres años, tiempo durante el cual se reclutó la flor y nata para marchar contra Grecia y se hicieron los preparativos. Y al cabo de cuatro años los egipcios, que habían sido sometidos por Cambises, desertaron de los persas. Y Darío se armó todavía mucho más, para salir en campaña contra unos y otros.

2. Cuando Darío se disponía a marchar contra Egipto y contra Atenas, se produjo entre sus hijos una gran disputa acerca del gobierno, pues, según la ley persa, el rey antes de salir en campaña debe designar un sucesor. Darío tenía tres hijos de su primera esposa, ya antes de ser rey, de la hija de Gobrias, y además, una vez llegado al trono, tuvo cuatro más de Atosa, la hija de Ciro. De los primeros el mayor era Artobázanes, y entre los nacidos posteriormente el mayor era Jerjes. No eran de la misma madre, y por eso disputaron, Artobázanes porque era el mayor de toda la descendencia, y entre los hombres lo normal es que el mayor ocupe el gobierno; Jerjes, en cambio, alegaba que él era hijo de Atosa, la hija de Ciro, y Ciro era el que había adquirido la libertad para los persas[2011].

3. Darío no había tomado todavía ninguna decisión, y en aquellos mismos días[2012] Demarato, hijo de Aristón, destituido como rey de Esparta, se exilió voluntariamente de Lacedemonia y llegó a Susa. Este hombre se había

enterado de la pelea entre los hijos de Darío; la narración afirma que fue a visitar a Jerjes para aconsejarle que, además de los motivos aducidos, debía todavía aludir al hecho de que él había nacido de Darío cuando éste ya era rey y ostentaba el poder sobre los persas, y que, en cambio, Artobázanes había nacido cuando Darío era todavía un personaje privado. De manera que no era ni conveniente ni justo que otro en vez de él recibiera la dignidad regia, ya que también en Esparta, añadió Demarato reforzando su argumento, tal era la práctica cuando unos habían nacido antes de que su padre fuera rey y el otro había nacido cuando su padre ya reinaba: la sucesión en la dignidad real correspondía al nacido posteriormente. Jerjes se aprovechó del consejo de Demarato, Darío reconoció que decía lo justo y lo designó rey. Pero yo creo que incluso sin este consejo Jerjes habría llegado a rey, pues Atosa tenía todo el poder en sus manos.

4. Darío, pues, nombró rey a Jerjes, y se dispuso para la campaña. Pero sucedió que un año después de la defección de Egipto, en el año trigésimo sexto de su reinado, Darío murió sin haber llevado a cabo su campaña de venganza contra los egipcios y contra los atenienses. A la muerte de Darío le sucedió en el trono su hijo Jerjes.

Sesión del consejo real y decisión de Jerjes de emprender la guerra (5-20)

5. Al principio Jerjes no tenía ningún interés por salir en campaña contra Grecia, en cambio reclutaba un ejército contra Egipto. Pero se encontraba en la corte uno que tenía un gran ascendiente sobre él, el hijo de Gobrias, Mardonio, primo de Jerjes por ser hijo de una hermana de Darío; Mardonio se atuvo a lo que pensaba, y le dijo: «¡Señor! No es razonable que los atenienses, que han hecho tanto daño a los persas, no paguen por sus acciones. Con todo, ahora puedes ejecutar primero lo que tienes entre manos. Pero cuando hayas reprimido a estos egipcios tan insolentes, entonces marcha contra Atenas, para adquirir ante los hombres buena fama, y para que desde ahora todos se guarden bien de marchar contra tu país.» Naturalmente, este

discurso se orientaba a un castigo, pero además insinuó en él que Europa es un país muy hermoso, que tiene árboles frutales de todas clases, tierras de cultivo muy fértiles, y que entre los mortales sólo el rey persa merecía ser dueño de todo esto.

6. Habló así porque era muy aficionado a las novedades y ansiaba, él mismo, ser sátrapa[2013] de Grecia. Con el tiempo venció la resistencia de Jerjes y lo persuadió. Pero hubo otras cosas que contribuyeron a convencer a Jerjes. De Tesalia le llegaron unos enviados remitidos por la familia de los alévadas[2014], que pedía con empeño al rey que acudiera a Grecia. Estos alévadas eran los reyes de Tesalia. También recurrieron a él los pisistrátidas, que se habían puesto en camino hacia Susa, y repitieron lo que ya habían dicho los alévadas. Por cierto, que hay algo que los ayudó todavía más. Los pisistrátidas subieron a Susa haciéndose acompañar por Onomácrito[2015], un adivino ateniense que había ordenado los oráculos de Museo. Previamente se habían reconciliado con él, pues tiempo atrás Hiparco, el hijo de Pisístrato, lo había desterrado de Atenas; fue cuando Laso de Hermíone[2016] le pilló falseando un oráculo de Museo. Este oráculo anunciaba que las islas contiguas a Lesbos desaparecerían bajo el mar[2017]. Hiparco, que hasta entonces había sido amigo íntimo de Onomácrito, lo desterró por ello. Pero ahora acompañó a los pisistrátidas a Susa, y siempre que el rey lo llamaba él le comunicaba sus oráculos. Los pisistrátidas decían de él palabras muy venerables. Si había algo que anunciara la ruina a los bárbaros, él se lo callaba, y les decía sólo lo prometedor. Les anunció que un persa tendería un puente sobre el Helesponto, y profetizó la campaña de Jerjes. De esta manera, Onomácrito con sus vaticinios y los alévadas y los pisistrátidas con sus opiniones movieron a Jerjes.

7. Éste se decidió por la campaña contra Atenas, pero antes, al cabo de dos años de la muerte de Darío, emprendió la marcha contra los egipcios, separatistas. Los sometió, impuso al país un yugo mucho más duro que el que les impusiera Darío y nombró como gobernador del país a su hermano Aquémenes, hijo de Darío. Más tarde, un libio, Ínaro, hijo de Psamético, asesinó a este gobernador de Egipto, a Aquémenes.

8. Después de la conquista de Egipto, Jerjes resolvió ponerse manos a la obra en la campaña contra Atenas, convocó una reunión extraordinaria de los

principales de los persas para conocer sus opiniones, y más que nada para manifestarles sus deseos en todo. Cuando ya se hubieron reunido Jerjes les habló así:

«¡Hombres de Persia! No seré yo el primero que introduzca este uso en vuestras normas, sino que yo mismo lo he recibido y ahora voy a echar mano de él. Por lo que yo sé de nuestros mayores, desde que asumimos esta hegemonía que nos viene de los medos (fue cuando Ciro abatió a Astiages), hasta ahora nunca hemos gozado de paz. Pero la divinidad[2018] lo guía así y nos ayuda a nosotros, que perseguimos muchos objetivos, a conseguir lo mejor. Las empresas que cumplieron Ciro, Cambises y mi padre Darío, los pueblos que conquistaron y sometieron, no deberán contarse a unos que lo saben bien[2019]. Pero yo desde que ocupé este trono, voy pensando cómo no quedaré por detrás de aquellos que antes han ocupado este lugar de honor[2020] y cómo adquiriré para los persas una potencia no inferior[2021]. Y en mi reflexión descubro cómo podremos simultáneamente ganar fama y un gran país, no inferior ni peor, todo lo contrario, más fértil que el que hemos adquirido, esto al tiempo que podremos alcanzar castigo y venganza. Y por eso os he reunido ahora, para confiaros lo que pienso hacer.

Voy a tender un puente sobre el Helesponto y a mandar, por tierras europeas, un ejército contra Grecia para vengarme de los atenienses, de lo que hicieron a los persas y a mi padre. Ya visteis que Darío se preparaba para una campaña contra estos hombres, pero la muerte le impidió castigarlos. Por tanto, yo no cejaré, por él y por los demás persas, hasta haber tomado Atenas y haberla reducido a cenizas, la ciudad que fue la primera en tratarnos injustamente tanto a mi padre como a mí. Empezaron ellos, los atenienses, cuando llegaron a Sardes con el milesio Aristágoras, que era esclavo nuestro, y pegaron fuego a bosques y santuarios[2022]. También sabéis, como sea, lo que nos hicieron cuando nosotros, mandados por Datis y Artafernes, desembarcamos en su país[2023].

Por eso me he preparado para salir en guerra contra ellos; en mis cálculos encuentro estas grandes ventajas: si nosotros los sometemos, y también a sus vecinos, que viven en el país del frigio Pélope[2024], en tal caso lograremos que el país persa tenga a Zeus por vecino, ya en el cielo[2025]. Pues, realmente, el

sol, si mira hacia abajo, no verá ningún país que sea limítrofe del nuestro[2026], sino que yo cuando, con vuestra ayuda, haya cruzado Europa de parte a parte haré de todo un único país. Pues me doy cuenta de que la situación es ésta: no quedará ni ciudad[2027] ni pueblo de hombres[2028] que esté en situación de medirse con nosotros en la guerra cuando hayamos eliminado a los que he enumerado. De manera que tanto los que os son culpables como los inocentes sufrirán el yugo de la esclavitud.

Pero podríais hacerme la gracia[2029] siguiente: cuando os señale el tiempo en que deberéis acudir, sería preciso que cada uno de vosotros acudiera con el máximo interés. Al que llegue con su ejército más idóneamente equipado yo voy a recompensarlo con los dones que en nuestro país son tenidos por los más honrosos. Esto debe, de una vez, hacerse así. Pero, para que no parezca que yo actúo sólo según mis propias decisiones, expongo la cosa aquí, en medio, y pido al que de entre vosotros lo desee, que exprese su opinión.» Y así concluyó su parlamento.

9. A continuación habló Mardonio[2030]: «¡Señor! Eres el mejor no sólo de los persas que han nacido hasta ahora, sino también de los futuros, tú, que por un lado con tus palabras has llegado a lo mejor y a lo más veraz, y además no vas a permitir que los jonios que viven en Europa se rían de nosotros —¡ellos, que no tienen ningún derecho a hacerlo! Pues sería algo terrible si nosotros, que sólo por el afán de adquirir poder hemos sometido y esclavizado a los sacas, a los indios, a los etíopes[2031]22, a los asirios y a otros muchos grandes pueblos que no han hecho nada a los persas, ahora rehusáramos castigar a los griegos, que fueron los que comenzaron la injusticia. ¿Qué habríamos de temer? ¿Qué coalición de fuerzas? ¿Qué poder económico?[2032].

Conocemos sus tácticas de combate, conocemos su potencia, que es débil[2033]. Somos amos de sus descendientes porque los hemos sometidos: residen en territorios nuestros, y tienen por nombre jonios, eolios, dorios. Yo ya emprendí, requerido por tu padre, salir en campaña contra estas gentes, y a pesar de que llegué a Macedonia y de que casi alcancé Atenas[2034], nadie de ellos se me opuso ni me presentó batalla.

Sin embargo, los griegos acostumbran, yo lo sé muy bien, a empezar una

guerra sin ningún plan, de la manera más irracional y más torpe. Pues siempre, cuando se declaran mutuamente la guerra, para ello buscan la tierra más bella y más llana. Descienden hasta esa tierra y luchan de manera que los vencedores se retiran de allí con grandes pérdidas[2035]. Y no he empezado hablando de los derrotados[2036], porque éstos, naturalmente, se ven absolutamente exterminados[2037]. Deberían, ya que hablan la misma lengua[2038], solucionar sus rivalidades mediante heraldos y mensajeros, por medio de lo que fuere y no por medio de batallas[2039]. Pero si les fuere del todo inevitable hacerse mutuamente la guerra, en tal caso ambos bandos deberían buscar un lugar que les fuera muy impracticable y tantear juntos la fortuna de las armas. Pero los griegos ponen manos a la obra tan insensatamente que, cuando yo avancé hasta [el país de][2040] Macedonia, en sus decisiones no fueron tan allá que llegaran a luchar.

¿Quién va a oponérsete, rey, desencadenando una guerra cuando tú conduces desde Asia tales masas de hombres y tal conjunto de naves? Yo no creo que la sensación de que disponen de fuerza lleve a los griegos a prueba tan temeraria. Pero si yo en mi opinión me engaño y ellos son tan insensatos que lleguen a oponérsenos en lucha podrán experimentar que, en lo que al arte de la guerra se refiere, somos los más hábiles de los hombres. Bien: no hay nada que no se deba intentar. Nada sucede automáticamente[2041]: normalmente a los hombres las cosas les salen de sus intentos[2042]».

10. Mardonio, luego que hubo hecho hasta tal punto aceptable[2043] la opinión de Jerjes, se calló. Mientras el resto de los persas asistentes permanecía en silencio y no se atrevía a exponer su opinión, que era contraria a las antecedentes, Artábano[2044], hijo de Histaspes, que era tío de Jerjes por parte paterna, confiado precisamente en esto, habló, y dijo: «¡Rey! Cuando no se exponen opiniones contrapuestas resulta imposible discernir las mejores y elegir, y forzosamente se debe seguir la expuesta. Ahora bien: cuando éstas se pronuncian, en tal caso es posible una elección, al igual que nosotros no reconocemos en sí el oro puro si no lo frotamos con la piedra de toque[2045] junto a otro oro: entonces reconocemos el que es el mejor. Yo ya aconsejé a tu padre, mi hermano Darío, que no saliera en campaña contra los escitas, unas gentes que en ninguna parte de la tierra viven en ciudades. Él abrigaba

la esperanza de someter a los escitas nómadas. Y por eso no me hizo ningún caso, emprendió la campaña y regresó a su país tras perder muchos hombres valientes de su ejército. Pero tú, rey, proyectas salir en campaña contra unas gentes que son mucho mejores que los escitas y que, tanto por tierra como por mar, cuentan como los mejores. Está justificado que te diga lo que aquí es temible.

Dices que vas a tender un puente sobre el Helesponto, que conducirás de esta suerte tu ejército a Europa. Bien: supongamos que hemos sufrido un desastre por tierra, o por mar, incluso por mar y por tierra, pues de estos hombres se dice que son fuertes, y ello se puede deducir del hecho de que los atenienses, ellos solos[2046], aniquilaron aquel formidable ejército que al mando de Datis y Artáfrenes había llegado a la tierra ática. Cabe suponer que no alcanzarán la victoria por tierra y por mar, pero si nos atacan con sus naves y nos vencen en una batalla naval, y navegan hacia el Helesponto y luego nos hunden el puente, desde luego, esto para ti, rey, será terrible. Yo conjeturo esto no por un saber vulgar; pienso en lo poco que nos faltó para que nos ocurriera un desastre cuando tu padre unció con un yugo el Bósforo Tracio y tendió un puente sobre el Istro[2047] para conquistar el país de los escitas. Entonces los escitas intentaron por todos los medios posibles persuadir a los jonios para que destruyeran el puente. Y, ciertamente, si Histieo, el tirano de Mileto, hubiera seguido la opinión de los demás tiranos y no se hubiera opuesto a ella, el imperio persa se habría venido abajo. Es en verdad algo que no se puede oír sin horror el hecho de que todos los intereses del rey hayan dependido de un solo hombre.

De manera que no consientas ni te expongas a semejante riesgo cuando no hay ninguna necesidad de ello. ¡Hazme caso! Levanta ahora esta reunión, y luego, cuando te parezca bien, tras una reflexión previa anúncianos lo que te haya parecido preferible. Yo creo que la máxima ganancia radica en la toma de una decisión muy meditada, pues incluso si en la ejecución sale algo que se le opone, no por eso la decisión fue menos buena, sólo que ella habrá estado por debajo de la fortuna. Pero el que ha tomado una decisión al buen tuntún, para éste, incluso si le sigue la buena suerte, habrá sido eso, una suerte: no por ello su decisión habrá sido menos mala.

Ves cómo la divinidad[2048] fulmina con el rayo a los animales que

sobresalen sobre los otros y no les permite exhibirse pomposamente; los pequeños, en cambio, no la irritan. Ves cómo la divinidad dispara sus dardos contra los edificios colosales y contra los árboles elevados; a la divinidad le gusta abatir lo que descuella demasiado. Según este principio un ejército muy numeroso se ve aniquilado por otro que es pequeño[2049]. Si el dios por envidia[2050] les infunde pánico o bien les hace retumbar el trueno[2051], esto los hace perecer de una manera indigna de ellos mismos: el dios no permite que otro que no sea él se enorgullezca de sí mismo.

Bien: cualquier cosa hecha precipitadamente engendra errores, de los cuales normalmente surgen grandes males; en cambio, tomarse un tiempo tiene sus ventajas; si de momento la cosa no parece que sea así, con el tiempo se puede comprobar. Esto es, rey, lo que te aconsejo. Y tú, hijo de Gobrias[2052], cesa ya de pronunciar palabras vanas referidas a los griegos, los cuales no merecen en absoluto esa mala reputación. Cuando calumnias a los griegos animas al rey para esta campaña; me parece que pones todo tu empeño aquí. Y esto no puede ser. En efecto, la calumnia[2053] es lo peor que existe, en ella hay dos sinvergüenzas y un perjudicado. El primero comete una falta porque acusa a un ausente, y el segundo la comete también porque juzga sin haber averiguado puntualmente la verdad. El ausente resulta ofendido por los dos porque uno lo calumnia y el otro, por culpa del primero, piensa mal de él.

Pero si, de cualquier modo, resulta inevitable hacer la guerra a estos hombres, entonces el rey, él personalmente, debe quedarse en el país de los persas. Nosotros dos dejemos en prenda a nuestros hijos, y tú mismo toma el mando de la expedición luego que hayas escogido las gentes que tú quieras y hayas formado un ejército tan nutrido como puedas. Si al rey la cosa le va como tú afirmas, que mis hijos mueran, y con ellos yo mismo. Pero si las cosas van como yo vaticino, que sean tus hijos los que deban sufrirlo, y con ellos también tú, eso contando con que regreses. Pero si tú te niegas a asumir esto y, sin embargo, te pones a la cabeza de un ejército contra Grecia, entonces, lo aseguro, algunos de los que se queden aquí oirán decir que Mardonio, que ha causado un gran estrago a los persas, ha sido despedazado por los perros y por las aves[2054] o bien en cualquier lugar del país de los atenienses o en el país de los lacedemonios, ello si, lo cual es de esperar, no

te ha ocurrido ya antes, durante la ida, puesto que has reconocido la clase de gente contra la que persuades al rey para que salga en campaña.»

11. Esto es lo que dijo Artábano. Jerjes, enojado, le replicó: «¡Artábano! Tú eres el hermano de mi padre, lo cual te librará de recibir el pago que tus temerarias palabras merecen. Sin embargo, puesto que eres un cobarde ruin, te impongo la afrenta de no salir conmigo en la campaña contra Grecia: te quedarás aquí con las mujeres. Voy a cumplir perfectamente sin ti todo lo que he dicho. Si no castigo a los atenienses, negaré que procedo del linaje de Darío, hijo de Histaspes, hijo de Ársames, hijo de Ariaramnes, hijo de Teispes, hijo de Ciro, hijo de Cambises, hijo de Teispes, hijo de Aquémenes[2055]. Sé muy bien que si aquí permanecemos sin hacer nada, los atenienses no permanecerán igual: con más razón saldrán en campaña contra nuestro país, si es que es lícito extraer conclusiones de lo que han empezado aquellos que incendiaron Sardes y salieron en campaña contra Asia[2056]. O sea, que a los dos bandos ya les es imposible retroceder: el combate que nos aguarda va a ser de cara a actuar o a soportar, de modo que todo lo de aquí lo dominen los griegos o todo lo de allí lo dominen los persas: en esta enemistad no hay término medio. Va a ser estupendo que nosotros, que anteriormente hemos sufrido, tomemos venganza, y así yo mismo conoceré lo peor que voy a sufrir[2057] cuando salga en campaña contra unos hombres que ya el frigio Pélope, un esclavo de mis padres, subyugó, y de un modo, por cierto, que hasta ahora los habitantes y el mismo país se denominan según el nombre[2058] del que los sometió.»

12. Hasta tal punto llegó el debate. Se hizo de noche, y a Jerjes le inquietaba el parecer de Artábano. Aplazó la decisión hasta la noche, y encontraba que no era empresa para él salir en campaña contra Grecia. Tomó esta resolución, se durmió, y durante la noche[2059] tuvo una visión que los persas explican así: pareció a Jerjes que acudía a él un hombre corpulento y bello, que le decía: «¿De manera, persa, que ahora piensas no mandar ningún ejército contra Grecia, y antes has mandado a los persas alistar uno? Ni haces bien en modificar tu acuerdo ni tendrás a tu lado a nadie que coincida contigo. ¡Sigue por el camino que has decidido de día!» Le dijo esto y se fue volando; así lo creyó Jerjes.

13. Pero, luego que rompió el día, no tomó más este sueño en

consideración, reunió a los persas que ya había reunido antes y les habló así: «¡Hombres de Persia! Si así, de golpe, cambio de opinión, comprendedlo. No he alcanzado todavía el grado más alto de sabiduría del que soy capaz, y los que me aconsejaban obrar de aquella manera no me dejaban ni a sol ni a sombra. No voy a negar que cuando oí la intervención de Artábano al punto mi juventud hirvió, de manera que disparé palabras más inconvenientes de lo que me era lícito a otro de más edad que yo. Sin embargo, ahora he llegado a su mismo punto de vista, y voy a seguir mi parecer. Tranquilizaos, porque he tomado una decisión opuesta: ya no pienso salir en campaña contra Grecia». Cuando los persas lo oyeron, llenos de alegría le besaron la mano[2060].

14. Sobrevino la noche siguiente, y cuando Jerjes hubo conciliado el sueño se le acercó la misma visión, que le dijo, de pie junto a él: «¡Hijo de Darío! De modo que delante de los persas has renunciado manifiestamente a la campaña y no tienes en cuenta para nada mis palabras, como si las hubieras oído de un mequetrefe. Debes saber que si no emprendes inmediatamente esta guerra, de ello te sobrevendrá lo siguiente: que tal como en poco tiempo te convertiste en grande y poderoso, también en poco tiempo te verás humillado»[2061].

15. Jerjes quedó horrorizado por la visión, saltó de la cama y mandó a un mensajero para llamar a Artábano[2062]. Cuando éste se le presentó, he aquí las palabras que le dijo Jerjes: «Artábano, yo no estaba en mis cabales cuando te dije palabras temerarias a causa de un útil consejo tuyo. Pero al cabo de poco he cambiado de parecer y he reconocido que necesariamente debo hacer lo que propusiste. De todas formas, por más que lo quiera, no estoy en situación de hacerlo. Porque, tras haber mudado de opinión y de haber adoptado otra decisión, acude a mí, se me aparece, un sueño que no está en absoluto de acuerdo con que yo haga esto, y ahora me ha amenazado y se ha ido. Por tanto, si es un dios[2063] el que me lo envía porque es muy de su agrado que se emprenda la campaña contra Grecia, el tal sueño también acudirá volando a ti y te mandará lo mismo que a mí. Creo que bien podría suceder si tú tomas toda mi indumentaria y te la pones, si luego te sientas en mi trono y, finalmente, si duermes en mi cama.»

16. Jerjes se lo dijo, pero Artábano no obedeció la primera orden que le fue dirigida, porque no se consideraba digno de sentarse en el trono real[2064].

Al final se vio obligado y lo hizo, tras haber manifestado, desde luego, lo siguiente:

«¡Rey! Para mí son cosas equivalentes que alguien sea sabio o que se preste a obedecer a quien le diga cosas útiles[2065]. Y a ti te han correspondido ambas cosas, pero te hace caer tu trato con hombres perversos[2066]; se dice que al mar, que es lo más útil que tienen los hombres[2067], los vientos que se abaten sobre él no le permiten aprovechar su naturaleza. Cuando te oí hablar mal de mí, eso me dolió menos que comprobar que, habiendo sobre los persas dos pareceres, uno que te aumentaba la arrogancia, y otro que te la cohibía, por cuanto afirmaba que es mala cosa enseñar al alma a desear siempre más de lo que ya tiene, tú en un momento, habiendo, como digo, estos dos pareceres, elegiste el más ruinoso para ti y para los persas.

Y ahora, cuando te has girado a la decisión mejor, alegas que al desentenderte de la expedición contra los griegos, un sueño enviado por algun dios no te permite licenciar a los contingentes. Pero esto, hijo mío, no es divino. En efecto, los sueños que se ciernen como fantasmas sobre los hombres pertenecen al tipo de lo que te enseñaré, puesto que soy mucho mayor que tú. Normalmente las visiones que tenemos en sueños se ciernen sobre aquello en que se ha pensado durante el día[2068]. Y nosotros estos días pasados tuvimos en las manos, y muy especialmente, esta expedición[2069].

Si la cosa en realidad no es como yo indico, sino que aquí hay algo que participa de lo divino, tú ya lo has aclarado de manera muy resumida: que la visión se me aparezca a mí tal como se te ha aparecido a ti y que me dé sus órdenes. Pero debe aparecérseme tanto si yo llevo tus vestidos como si llevo los míos, y no más si yazgo en tu cama que en la mía, eso si realmente quiere aparecerse. Pues no debe de ser tan cazurra, sea lo que sea, esta visión que se te aparece entre sueños como para creer, cuando me ve a mí, que eres tú, deduciéndolo del vestido. Ahora habrá que constatar si a mí no me tiene en cuenta, y si no me considera digno de aparecérseme, tanto si llevo tus vestidos como si llevo los míos, y en cambio acude a ti[2070]. Pues, si insiste en sus visitas a ti, yo creería enseguida que es algo divino. Pero si tú has decidido que la cosa sea así y no te es posible retractarte, sino que yo he de echarme a dormir en tu cama, ¡adelante! Cuando yo ya lo haya hecho, el sueño debe de aparecérseme a mí. Pero hasta entonces yo no variaré mi

parecer de ahora.»

17. Artábano, pues, dijo esto y cumplió la orden dada; abrigaba la esperanza de que podría demostrar que Jerjes había dicho necedades. Se puso los vestidos de Jerjes, se sentó en el trono real y luego se fue a dormir. Ya se había dormido y se le apareció el mismo sueño que acudía a Jerjes; se le colocó sobre la cabeza y le dijo: «¡De modo que tú eres quien disuade a Jerjes de la expedición contra Grecia, como si él te preocupara en algo! Pero ni ahora ni después lograrás desviar lo que debe suceder; en todo caso, a Jerjes ya se le ha revelado lo que sufrirá en caso de desobediencia.»

18. Artábano creyó que la visión lo amenazaba y que quería quemarle los ojos con un hierro candente. Gritó y se incorporó, fue a sentarse al lado de Jerjes, le contó detalladamente la visión y añadió: «¡Rey! Yo como hombre que soy he visto muchas cosas grandes que han sido arruinadas por otras pequeñas. Por eso no quería yo permitir que cedieras a las ilusiones de la edad juvenil[2071]: sé que codiciar muchas cosas es algo malo. Por un lado pensaba cómo acabó la campaña de Ciro contra los maságetas, pensaba en el desenlace de la de Cambises contra los etíopes, y yo mismo tomé parte en la de Ciro contra los escitas. Puesto que me sabía todo esto, juzgaba que todos los hombres te tendrían por feliz si te mantenías inactivo. Pero puesto que aquí hay un empuje divino y los griegos, a lo que parece, están condenados a una ruina dispuesta por los dioses, me convierto ahora mismo y mudo de opinión: tú, por tu parte, proclama a los persas lo que el dios les envía: manda que obedezcan tus primeras órdenes referentes a los preparativos y actúa de manera que, puesto que el dios nos lo da, nada de lo tuyo resulte insuficiente.»

Dichas todas estas cosas —ambos se encontraban animados por la visión — al rayar el día Jerjes mandó todo esto a los persas, y de Artábano, que era el único que antes se había mostrado contrario, quedó muy claro que ahora lo impulsaba abiertamente.

19. Cuando Jerjes se disponía para la expedición, durante el sueño tuvo una tercera visión; los magos[2072], al oírla la interpretaron en el sentido de que se trataba de toda la tierra y de que Jerjes esclavizaría a todos los hombres. He aquí la visión: creyó que lo coronaban con el tallo de un olivo cuyas ramas cubrían toda la tierra[2073]. Y la corona que le habían puesto en la

cabeza desapareció. Cuando los magos hubieron dado esta interpretación todos los persas que se habían reunido regresaron a sus dominios y se dedicaron con gran interés a lo que se había dicho, pues cada uno quería hacerse con los dones propuestos. Jerjes reclutó así su ejército, rebuscando por todos los lugares del continente.

20. Jerjes armó su ejército durante cuatro años completos[2074] a partir de la sumisión de Egipto, y dispuso los preparativos para la campaña. Y al cabo de cinco años[2075] partió para ella con un contingente de tropas enorme.

PREPARATIVOS Y AVANCE DE LOS PERSAS (20-137)

De todas las campañas de las que tenemos noticia ésta fue con mucho la mayor, de manera que ni la de Darío contra los escitas[2076] pareció algo, ni la escita, cuando los escitas irrumpieron en el país de la Media persiguiendo a los cimerios[2077] y conquistaron y sometieron casi todo el norte de Asia, por lo que más tarde Darío se vengó de ellos[2078], ni, por lo que cuentan, la de los atridas contra Troya, ni la de los misios y teucros[2079], anterior a la guerra de Troya, que por el Bósforo pasaron a Europa, sometieron a todos los tracios, bajaron hasta el mar Jonio y más hacia el sur avanzaron hasta el río Peneo[2080].

21. Todas estas campañas y aún algunas otras que, además de éstas también han tenido lugar, no admiten comparación con ella. Pues ¿a qué pueblo de Asia, Jerjes no condujo contra Grecia? Descontando las grandes corrientes, ¿dónde no faltó agua para apagar la sed?[2081]. Éstos proporcionaron la caballería, aquéllos la infantería, otros se encargaron del suministro de caballos, y otros de las naves de carga para caballos y soldados, otros todavía aportaron naves largas[2082] para tender puentes, y otros víveres y naves para transportarlos[2083].

22. Puesto que los primeros que doblaron el cabo de Atos sufrieron un desastre[2084], de antemano se procedió, en el Atos, durante unos tres años, a trabajos previos. Efectivamente: en Elayunte[2085], en el Quersoneso, fondearon trirremes. Allí se estableció su base, y muchos componentes del

ejército de todas las extracciones geográficas excavaban, a golpe de látigo, hasta que otros los reemplazaban. Excavaron incluso los que vivían en la región del Atos. Búbares[2086], hijo de Megabazo[2087] y Artaqueas, hijo de Arteo[2088], dirigían las obras. Porque el Atos es una gran montaña digna de mención, que desciende hasta el mar, y hay hombres que la habitan. Su enlace con la tierra firme lo forma un istmo de forma peninsular, en el territorio; el tal istmo mide unos doce estadios. Este istmo es llano y tiene una serie de colinas pequeñas, que va desde el mar de Acanto hasta el que está frente a Torone[2089]. En este istmo, que forma el final de la cordillera del Atos, está la ciudad griega de Sane, y, además de Sane, en la región interior del Atos, están las ciudades que antaño los persas convirtieron en insulares de ciudades continentales que eran; sus nombres son: Dio, Olofixo, Acrotoo, Tiso y Cleonas[2090]. Éstas son las ciudades que hay junto al Atos. Aquellos hombres excavaban tal como indico.

23. Los bárbaros distribuyeron el espacio por naciones; previamente habían trazado junto a la ciudad de Sane una línea recta. Así que la excavación alcanzó profundidad, los que ocupaban el lugar más inferior continuaban perforando, y pasaban la tierra extraída a otros que estaban encima de ellos en una grada superior[2091]. Y éstos, a su vez, la que iban recibiendo la pasaban a otros, hasta llegar al nivel superior. Los de aquí se la llevaban y la tiraban. A todos los perforadores, a excepción de los fenicios, los hundimientos[2092] de tierras les doblaban el trabajo por cuanto la abertura superior y la inferior tenían la misma anchura, y las consecuencias[2093] citadas eran inevitables. Pero los fenicios[2094], en esta obra como en otras, demostraron su ingenio: les había correspondido una sección muy grande, y la excavaron de manera que la abertura superior del foso doblaba en anchura a la que debía tener el canal, que iban perforando cada vez más estrecho a medida que avanzaba su trabajo. Finalmente llegaron al fondo y la obra tenía la misma anchura que las demás fosas[2095]. Allí mismo hay un prado donde se estableció un mercado y una lonja para los excavadores[2096]; de Asia les llegaba mucho trigo ya molido[2097].

24. En mi opinión, Jerjes mandó abrir este canal por orgullo[2098]: quería mostrar su potencia y dejar un monumento de sí. Habría sido posible, y no

habría costado nada, tirar de las naves por encima del istmo, pero mandó excavar, para convertirlo en mar, un canal tan ancho que dos trirremes podían navegar bogando por él[2099], uno paralelo al otro.

25. Lo repito: esto él lo hizo así. Para los puentes dispuso unos cables de papiro o del esparto[2100] que los fenicios y los egipcios se veían obligados a suministrarle, así como también se veían forzados a almacenar víveres para el ejército, asegurando contra el hambre a sus tropas y a los animales de tiro que marchaban contra Grecia. Luego que hizo elegir los lugares, ordenó depositar las provisiones en los sitios que parecieron más adecuados, después que mandó que naves de todas las regiones de Asia, navíos pesados y naves de carga, transportaran esto aquí, aquello allí. La mayor parte la hizo depositar en la llamada Costa Blanca[2101] de Tracia, estableció otro depósito en Tirodiza[2102], en la región de Perinto, otro en Dorisco, otro en Eyón[2103] junto al río Estrimón, y otros en Macedonia.

26. Mientras éstos realizaban los trabajos[2104] que tenían por delante, todas las tropas de infantería marchaban juntas al mando de Jerjes, hacia Sardes; habían salido de Critala[2105], en Capadocia, que era el lugar donde se había indicado que debía concentrarse el ejército de tierra para marchar, y con él Jerjes. Cuál de los prefectos[2106] llevó el ejército mejor equipado y recibió los premios propuestos por el rey[2107], no lo puedo decir, pues no sé ni tan siquiera si tuvo lugar una decisión sobre esto.

Luego que cruzaron el río Halis en su marcha entraron en Frigia y avanzaron por ese país hasta Celenas[2108], donde están las fuentes del río Meandro, y de otro río no menor que el Meandro: es el río llamado Catarrectes[2109]. Este segundo nace en el centro del ágora de Celenas y se vierte en el Meandro. En esta ciudad[2110] se encuentra colgada la piel[2111] del sileno Marsias, al que, según cuentan los frigios, Apolo despellejó y colgó[2112].

27. Un personaje lidio, Pitio[2113], hijo de Atis, aguardó en Celenas a Jerjes y a su ejército y los obsequió espléndidamente, a las tropas y al mismo Jerjes. Además se declaró dispuesto a entregar dinero al rey para aquella guerra. Cuando Pitio le hizo tal ofrecimiento, Jerjes preguntó a los persas allí presentes quién era aquel Pitio, y si era lo suficientemente rico para hacer una

tal promesa. Los persas contestaron: «¡Oh rey! Éste es el hombre que regaló a tu padre Darío el plátano y la vid de oro[2114]. Después de ti, es el hombre más rico del que tenemos noticia.»

28. Estas últimas palabras maravillaron a Jerjes, y prosiguió su interrogatorio; le preguntó a él cuánto dinero tenía. Y Pitio contestó: «¡Mi rey! No te quiero ocultar nada ni simular que no sé a cuánto asciende mi hacienda. Puesto que lo sé, te lo diré claramente: cuando me enteré de que tú bajabas en dirección al mar griego[2115] calculé mi hacienda, puesto que quiero ofrecerte dinero para la guerra, y hallé que tengo dos mil talentos de plata y que me faltan siete mil estateres para llegar a los cuatro millones da daricos de oro[2116]. Lo cual está a tu disposición; yo tendré bastante con mis esclavos y mis tierras.»

29. Esto es lo que dijo. Jerjes se alegró de sus palabras y comentó: «¡Amigo lidio! Desde que estoy fuera del país de Persia no he encontrado a nadie que haya regalado así a mi ejército y que haya llegado a presentárseme para ofrecerme espontáneamente dinero para la guerra. Tú has invitado espléndidamente a mi ejército y me prometes una gran cantidad de dinero. Y yo deseo corresponderte: te nombro huésped mío[2117] y te regalo, por mi parte, los siete mil estateres que te faltan a ti para los cuatro millones de daricos; así verás la suma plena y redondeada. Conserva lo que has ganado: has de saber ser siempre el mismo. Nunca te arrepentirás de ello, ni ahora ni más tarde.»

30. Habló así y cumplió lo que había dicho. Luego siguió siempre avanzando, pasó por la ciudad frigia de Anana y por un lago en el que hay unas salinas y llegó a la gran ciudad frigia de Colosas[2118]. En Colosas, el río Lico desaparece en una sima en la que vierte, más abajo reaparece y tras un recorrido de unos cinco estadios afluye en el Meandro. Desde Colosas, el ejército avanzó hacia la frontera entre Frigia y Lidia y llegó a la ciudad de Cidrara[2119], donde hay una columna, erigida por Creso, que marca la frontera mediante una inscripción[2120].

31. Cuando se entra en Lidia desde Frigia, la ruta se bifurca[2121]: una, la de la izquierda, conduce a Caria; la otra, la de la derecha, lleva a Sardes. El que recorre esta segunda ha de cruzar forzosamente el río Meandro y ha de pasar

por la ciudad de Calatebo[2122], en la que hay gentes cuyo negocio consiste en fabricar miel[2123] con tamarisco y trigo. Fue recorriendo esta ruta como Jerjes y encontró un plátano[2124] que hizo sobredorar por su belleza, y confió su custodia a uno de los «Inmortales»[2125]. Y al cabo de dos días llegó a la ciudad de los lidios.

32. Llegado a Sardes, inicialmente mandó heraldos a Grecia a exigir tierra y agua[2126], y encima debían sufragar la manutención del rey. Mandó heraldos a todas partes a reclamar tierra, pero excluyó Atenas y Lacedemonia[2127]. He aquí el motivo por el que mandó por segunda vez a exigir tierra y agua: estaba seguro de que todos los que la primera vez se lo habían rehusado a Darío, ahora, por miedo, darían lo que se les exigía. Mandó los heraldos porque quería precisarlo con exactitud.

33. Luego se preparó para marchar hacia Abido. Pero aquéllos[2128] entretanto habían tendido un puente sobre el Helesponto desde Asia hasta Europa. En el Quersoneso del Helesponto, entre las ciudades de Sesto[2129] y Mádito[2130], hay una lengua de tierra muy rocosa[2131] que avanza mar adentro frente a Abido; es por allí por donde, poco tiempo después, los atenienses, mandados por Jantipo, hijo de Arifrón, le echaron mano a un hombre persa, Artaictes, prefecto de Sardes, y lo clavaron vivo a una tabla, porque llevaba repetidamente mujeres al santuario de Protesilao[2132] en Elayunte y cometía constantemente actos impíos.

34. Partiendo de Abido, se dirigieron, pues, a esa lengua de tierra aquellos a los que se había encomendado la operación de tender el puente, los fenicios con cables de esparto, los egipcios con cables de papiro; de Abido a la costa opuesta hay siete estadios[2133]. Pero cuando el paso ya estaba tendido sobrevino una gran tormenta que lo desarmó todo y lo echó a perder.

35. Jerjes se enteró, lo llevó muy a mal y mandó castigar al Helesponto con trescientos azotes y arrojar al mar abierto un par de grilletes[2134]. También oí decir que incluso llegó a mandar gente a que marcara el Helesponto con hierro candente. Basta: él encargó que mientras le azotaban lo dijeran estas palabras bárbaras y propias de un loco: «Tú, agua amarga, el señor te impone este castigo porque lo has injuriado sin haber sufrido de parte de él ninguna injusticia. Tanto si quieres como si no, el rey Jerjes te pasará. Y

a ti te cruzará; con toda razón ningún hombre te ofrece sacrificios, porque eres un agua sucia y salada.» Como digo, mandó castigar al mar de esta manera y decapitar[2135] a aquellos a quienes se había encargado tender el puente sobre el Helesponto.

36. Aquellos a los que incumbían tan desagradables encargos los realizaron, y otros ingenieros[2136] construyeron los puentes. Y he aquí como los construyeron: juntaron penteconteros y trirremes: para el puente situado del lado del Ponto Euxino[2137] trescientas sesenta, y para el otro puente trescientas catorce, dispuestas oblicuamente en referencia al Ponto Euxino y en el sentido de la corriente en referencia al Helesponto, para que las corrientes mantuvieran los cables en tensión. Cuando tuvieron dispuestas contiguamente las naves, echaron unas anclas muy largas[2138], las del puente oriental a causa de los vientos que soplan desde el mar abierto, las del puente occidental a causa del céfiro y del noto, que soplan desde el mar Egeo. Entre los penteconteros y los trirremes anclados se dejó un espacio abierto que permitiera el paso, que dejara libre una ruta hacia el Ponto y desde él a vehículos más pequeños. Además, con la ayuda de cabrestantes de madera desde tierra se tiraba fuertemente de los cables, pero no de cada cable uno por uno, ya que cada puente tenía dos cables de esparto y cuatro de papiro. El espesor y la belleza de estos cables fueron idénticos de una parte a otra, pero los cables de esparto fueron proporcionalmente más pesados: pesaban un talento por codo. Cuando los puentes estuvieron construidos aserraron troncos de árboles de manera que la longitud de los travesaños[2139] igualara la anchura de los puentes, los colocaron ordenados debidamente sobre el tendido de los cables y, puestos uno al lado de otro, los sujetaron con traviesas; colocaron planchas encima ajustadas perfectamente y, una vez dispuestas, se vertió tierra encima bien apretada, y a lo largo de toda la obra se dispusieron lateralmente unas empalizadas[2140] para que las acémilas y los caballos, viendo el mar bajo sus ojos no se espantaran.

37. Concluidos ya los trabajos en los puentes y en el Atos, y elevados, además, los diques en la embocadura del canal para evitar que el flujo del mar lo cubriera, cuando se anunció que la obra del mismo canal estaba terminada, entonces el ejército, con todo ya a punto, tras invernar, al inicio de la primavera[2141] se puso en marcha desde Sardes en dirección a Abido. Pero

en el momento en que la iniciaba, el sol perdió su lugar en el cielo y se hizo invisible, a pesar de que no había nubes, más bien reinaba serenidad. Pero el día se convirtió en noche[2142]. Jerjes, al notarlo, al verlo, quedó muy preocupado y consultó a los magos qué quería aquel fenómeno vaticinarle. La respuesta de ellos fue que, en su opinión[2143], el dios profetizaba a los griegos la pérdida de sus ciudades. Los magos aseguraban que el sol vaticinaba a los griegos su futuro, y que la luna se lo vaticinaba a él mismo[2144]. Jerjes se alegró mucho de saber esto y emprendió efectivamente la marcha.

38. Dirigía, pues, su ejército, y el lidio Pitio[2145], horrorizado por el fenómeno celeste pero animado por los obsequios, se fue al encuentro de Jerjes para decirle: «Señor, quizás yo podría, si te lo pido, alcanzar algo que tú puedes hacer fácilmente, pero que para mí resulta que es algo muy gordo»[2146]. Jerjes creyó que le pediría cualquier otra cosa y no lo que realmente le pidió; por eso le dijo que le prestaría tal servicio, y lo invitó a que le expusiera su ruego. El otro, al oírlo, cobró ánimo, y he aquí lo que dijo: «Soberano, yo tengo cinco hijos, y a todos les ha tocado salir contigo en campaña contra Grecia. Compadécete de mí, oh rey, que yo ya soy anciano, de mis hijos, dispensa de esta campaña al mayor, para que pueda asumir mi herencia y cuidar de mí. Toma a los otros cuatro contigo y regresa al país luego de haber cumplido tus propósitos.»

39. Jerjes montó en cólera y contestó con estas palabras: «¡Tú, mal hombre! Cuando yo mismo salgo en campaña contra Grecia y tomo conmigo a mis hijos, a mis hermanos, a mis parientes y amigos, ¡has tenido la audacia de pensar en tu hijo, tú, que eres mi esclavo, que deberías forzosamente seguirme con toda tu casa y tu mujer! Has de saber muy bien que en los oídos de los hombres habita el ánimo[2147]. Si éste percibe algo útil el cuerpo se llena de bienestar, pero si percibe algo opuesto, en tal caso se hincha de cólera. Tú me habías hecho cosas útiles y me habías prometido otras tales, de modo que no podrás gloriarte de haber superado al rey en generosidad. A pesar de que te has girado a semejante desvergüenza no recibirás el castigo que realmente mereces, sino uno menor al debido. Porque a ti y a cuatro de tus hijos os salvan los dones de hospitalidad, pero te castigaré con la vida de aquel por a quien más quieres proteger.» Y tras responderle así, al punto mandó a los que les incumbían estas misiones que localizaran al mayor de los hijos de Pitio y

que lo aserraran por en medio. Cuando lo hubieren aserrado, deberían exponer una mitad a la derecha y la otra a la izquierda del camino, y el ejército entero pasaría entre las dos partes.

40. Los encargados lo hicieron, y el ejército desfiló entre las dos mitades. Encabezaban la marcha los bagajes y las acémilas, y detrás marchaba revuelto[2148] todo el ejército, una mezcla abigarrada de muchas nacionalidades. Cuando ya más de la mitad de la formación había desfilado, allí se dejaba un espacio vacío, pues no debían estar en contacto inmediato con el rey.

Delante de todos los persas[2149] marchaban mil jinetes escogidos, a continuación mil lanceros con las lanzas vueltas hacia el suelo[2150]; también éstos eran un cuerpo de elite. Seguían diez caballos sagrados, los llamados neseos, lavados y hermoseados lo más posible. Estos caballos se llaman neseos por lo siguiente: en el país de los medos hay una gran llanura llamada Neseo. En esta llanura se crían caballos muy corpulentos[2151]. A estos diez caballos los seguía el carro sagrado de Zeus[2152], tirado por ocho caballos blancos. Detrás de los caballos blancos seguía, a pie, un cochero, que sostenía las riendas, seguido por Jerjes montado en un carro tirado por caballos neseos. Y a su lado caminaba otro cochero llamado Patiranfes, hijo del persa Ótanes.

41. Así fue como Jerjes partió de Sardes. Cada vez que algun motivo se lo aconsejaba saltaba del carro de guerra[2153] a un carro de viaje. Detrás de él marchaban, en calidad de lanceros, los mil persas mejores y más nobles, y era costumbre que enarbolaran las lanzas. Éstos a su vez se veían seguidos por mil jinetes seleccionados de entre los persas, y detrás de esta caballería avanzaban diez mil hombres persas[2154], la flor y nata de la infantería. De ellos, un millar tenía en el asta de la lanza en vez de puntas de hierro[2155] granadas de oro; éstos envolvían a los otros nueve mil, que quedaban en el centro: tenían granadas de plata. Pero también aquellos que llevaban sus lanzas a la funerala tenían granadas y manzanas[2156], sólo, con todo, los más próximos a Jerjes. A los diez mil hombres de infantería se les añadieron diez mil jinetes persas. Detrás de la caballería había un espacio libre de dos estadios[2157], y detrás seguía la masa restante, una abigarrada mezcla.

42. Desde Lidia el ejército prosiguió su avance hacia el río Caíco[2158] y el país de Misia. Partiendo del Caíco dejó a su izquierda el monte Cane[2159] y, pasando por Atarneo[2160], llegó a la ciudad de Carene. Desde allí marchó a través de la llanura de Tebas[2161], pasando por la ciudad de Adramiteo y por la plaza pelasga de Antandro. Dejó el Ida a su izquierda y marchó hacia el país de Ilión[2162]. En el pie del Ida[2163] descansó una noche; truenos y rayos cayeron sobre el ejército y aniquilaron allí mismo a un considerable número de gentes.

43. Cuando el ejército llegó al Escamandro, que fue el primero de los ríos que, luego que salieron de Sardes y se pusieron en marcha, agotó sus corrientes sin poder abrevar a todos los hombres y las bestias, cuando, digo, Jerjes llegó a este río subió a Pérgamo[2164], o sea, a la ciudad de Príamo, porque quería conocerla. Luego que la hubo visitado y hubo oído por entero su historia, ofreció un sacrificio de mil bueyes a Atena[2165] de Ilión, y los magos ofrecieron libaciones a los héroes[2166]. Cayó la noche y el pánico se apoderó del campamento[2167]. Con todo, al rayar el día desde allí se reanudó la marcha; dejaron a su izquierda las ciudades de Reteo, Ofrineo y Dárdano[2168], la cual limita con Abido; a la derecha viven los gergitas teucros[2169].

44. Al llegar a Abido, Jerjes quiso pasar revista a todo su ejército. Los abidenos, que habían recibido un encargo previo en este sentido, le instalaron expresamente, con sumo cuidado, un trono de piedra blanca en lo alto de una colina[2170]. Jerjes tomó asiento allí, miró abajo, hacia la costa, revistando las naves y las tropas de infantería. Miraba hacia abajo y le entraron ganas de contemplar una competición naval. Ésta tuvo lugar, y la ganaron los fenicios sidonios[2171]; él quedó muy satisfecho tanto de la competición como de su ejército.

45. Al contemplar todo el Helesponto lleno de naves, y las playas enteras y la llanura de los abidenos rebosantes de hombres, Jerjes se juzgó feliz, pero luego rompió a llorar[2172].

46. Cuando su tío paterno Artábano, que primero había expuesto sinceramente su opinión, desaconsejando a Jerjes la campaña contra Europa, lo notó, cuando este hombre observó que Jerjes lloraba, le comentó: «Rey,

¡cuán separadas están, cuánto difieren tu actitud de ahora y la de hace un momento, cuando te considerabas feliz, y ahora lloras!» Jerjes contestó: «Es cierto. El llanto me ha sobrevenido porque me ha venido a la mente que toda la vida del hombre es muy breve: de todos estos hombres, que son muchos, ninguno llegará a los cien años.» El otro prosiguió alegando: «Pues, además de esto, todavía sufrimos otras cosas que son más lamentables. En esta vida tan breve no hay ningún hombre que haya sido naturalmente[2173] tan feliz, ni entre los que están aquí ni entre todos los demás, al que no haya sobrevenido el pensamiento de preferir estar muerto a estar vivo. Pues las desgracias que le ocurren a uno, las enfermedades que nos asaltan, hacen que aún una vida breve nos parezca demasiado larga. Así la muerte es el refugio más deseado para un hombre que lleve una vida arrastrada, y el dios[2174] que nos ha permitido probar las dulzuras en un cierto periodo de nuestra vida demuestra con ello que es envidioso»[2175].

47. Jerjes respondió diciendo: «Artábano, de la vida humana, que realmente es tal como tú sostienes, no hablemos ya más, y no recordemos más sus males cuando tenemos entre manos cosas útiles. Pero aclárame lo siguiente: si aquella visión en sueños no se te hubiera aparecido de manera tan clara, ¿habrías insistido en tu opinión anterior —pues no querías permitir que yo marchara contra Grecia— o bien hubieras cambiado de parecer? ¡Ea, dime eso puntualmente!» He aquí la respuesta de Artábano: «Rey, ojalá que la visión en sueños que tuvimos acabe como deseamos tú y yo. Pero yo todavía ahora estoy fuera de mí, lleno de temor. Entre muchas cosas que veo en mis adentros hay dos importantísimas que son tus peores enemigos.»

48. A lo cual Jerjes respondió como sigue: «¡Tú, hombre extraordinario! ¿Qué quieres decir con eso de que hay dos cosas que son mis peores enemigos? ¿Acaso no te agrada, no estás satisfecho de nuestro ejército de tierra por su número, y crees que el ejército griego será muchas veces más numeroso que el nuestro, o bien que nuestra flota será inferior a la de aquellas gentes? ¿O temes ambas cosas a la vez? Pues si desde este punto de vista nuestra causa te parece deficiente, en tal caso podríamos movilizar rápidamente otro ejército.» El otro contestó diciendo:

49. «Rey, por poco pesquis que uno tuviere no podría hacer reproches ni a este ejército ni a tal cantidad de naves. Y si tú juntaras muchas más, hay dos

cosas que te digo que se te tornan todavía mucho más hostiles. Estas dos cosas son la tierra y el mar. Pues en ningún lugar del mar hay, según creo, un puerto tan enorme que, si se levanta un temporal, pueda dar cobijo a tal flota, que sea capaz de poner a buen recaudo las naves. Y tal puerto no debiera ser únicamente uno; sería necesario que los hubiera a lo largo de toda la tierra firme hacia la que tú vayas navegando. De manera que del hecho de que no dispones de puertos lo suficientemente grandes has de extraer la conclusión de que es la suerte la que rige a los hombres, y no los hombres a la suerte. Y ahora que acerca de ambas cosas te he dicho lo primero, voy a decirte[2176] lo segundo. La tierra se te convierte en hostil por lo siguiente: si no te quiere salir al paso nada contrario, se te volverá tanto más enemiga cuanto más lejos avances: ir adelante siempre te seducirá[2177]. El éxito nunca harta a los hombres. Te lo digo: si nadie se te opone, tu país aumentará en dimensiones, y en la misma proporción se producirán hambres. Puede que el hombre mejor sea aquel que reflexiona y teme, por cuanto piensa lo que puede sufrir, pero que en la acción es audaz»[2178]. Y Jerjes contestó con estas palabras:

50. «Artábano, es indudable que sobre todas estas cosas tienes una opinión correcta, pero no te asustes de todo ni lo calcules todo de la misma manera. Desde luego, si tú, en todo lo que te propones, quieres considerar indistintamente todas las consecuencias posibles, nunca llegarás a hacer nada. Mejor es atreverse a todo y cargar con la mitad de los malos resultados que, por ponderarlo todo angustiosamente, no sufrir nunca secuelas desfavorables. Si criticas todo lo que se dice sin mostrar tú nada seguro, corres el riesgo de equivocarte no menos que el que haya hecho una proposición opuesta a la tuya. Y aquí hay igualdad de posibilidades. Si se es hombre, ¿cómo se van a tener seguridades? ¡Eso sí que no lo creo! De modo que casi siempre sale ganando el que se presta a la acción, y casi nunca el que se limita en todo momento a cavilar y a vacilar. Tú ves lo poderoso que es ahora el imperio persa. Si mis predecesores en el trono hubiesen pensado como tú o, sin ser así ellos mismos, se hubieran dejado aconsejar por hombres de tal mentalidad, nunca lo habrías visto llegar a tal altura. Ahora bien: mis antecesores arrostraron peligros y llegaron a tan grande poderío, pues normalmente es corriendo graves riesgos como se cumplen grandes hazañas. Nosotros, pues, que queremos emularlos, salimos en campaña en la estación más bella del

año, someteremos Europa entera y regresaremos sin haber pasado hambre ni haber sufrido nada desagradable. Pues, para empezar, disponemos de aprovisionamiento abundante, y además nos haremos con víveres de aquellos por cuyas regiones y países discurramos: salimos en campaña contra agricultores, no contra nómadas.»

51. A continuación dijo Artábano: «¡Rey! Ya que no me permites sentir horror ante nada, acepta de mí un consejo, ya que cuando se tratan muchos asuntos son precisas muchas palabras. Ciro, el hijo de Cambises, forzó a Jonia entera[2179], a excepción de Atenas, a ser tributaria de los persas. Bien: te aconsejo que en ningún caso lleves a estas gentes contra sus padres. Incluso prescindiendo de ellas somos capaces de convertirnos en superiores al enemigo. Pues una de dos: si te siguen serán necesariamente los más injustos por cuanto someterán a su metrópoli, o los más justos, por cuanto colaborarán con su liberación[2180]. Si se convierten en los más injustos no nos traerán grandes beneficios, y si se tornan los más justos, entonces estarán en situación de infligir grandes pérdidas a tu ejército. Pon en tu ánimo aquel dicho antiguo, el acierto con que se dijo que al empezar una cosa hay que ver claro ya el final.»

52. He aquí la respuesta de Jerjes: «Artábano, entre todas las ideas que aquí has expresado te engañas al máximo precisamente en ésta: temes que los jonios puedan pasarse al enemigo. Contra ello tengo yo la prueba máxima: tú mismo eres testimonio, y todos los demás que con Darío salieron en campaña contra los escitas: en manos de los jonios estuvo aniquilar o salvar a todo el ejército persa. Y los jonios se mostraron justos y fieles[2181] y no nos hicieron nada ingrato[2182]. Aún prescindiendo de esto: dejaron en nuestro país a sus mujeres, a sus hijos y sus haciendas[2183]. Por ello no se puede pensar de ninguna manera que tales gentes nos salgan ahora con novedades. De modo que tú no temas nada de eso, cobra buen ánimo, y salva mi realeza y mi imperio, que yo te confiaré sólo a ti mis derechos reales»[2184].

53. Jerjes dijo esto y mandó a Artábano a Susa. A continuación convocó a los persas de más prestigio, y cuando los tuvo delante les habló así: «¡Persas! Os he reunido aquí porque me urge que seáis hombres valientes y que no rebajéis las gestas antiguas de los persas, que son formidables y de gran valor, sino que todos juntos y cada uno en particular nos afanemos en ello: así

se acelera para todos el bien común. Por eso os digo que en la guerra os mantengáis en tensión, pues, por lo que sé, marchamos contra hombres valientes. Si los vencemos, será difícil que otro ejército de hombres nos salga al paso. Pero ahora vamos a marchar hacia allí, después de haber implorado la protección de los dioses a los que corresponde salvaguardar el país de los persas.»

54. Y en este día se prepararon para el paso. Al día siguiente esperaron al sol, pues querían verlo subir[2185]. Quemaron sobre los puentes perfumes de todas clases y cubrieron de mirto la ruta. Cuando el sol subió por el cielo, Jerjes, con una copa de oro, hizo una libación al mar y oró que no les sobreviniera una coyuntura tal que los atajara en la sumisión de Europa antes de que él llegara a sus límites. Después de esta plegaria, arrojó la copa al Helesponto, y además una cratera de oro y una espada persa de las que ellos llaman *akinakes*[2186]. Yo no puedo precisar exactamente si la dejó caer al mar como ofrenda hecha al sol o bien si se arrepentía de haber mandado flagelar al Helesponto, y por eso hizo tales regalos al mar.

55. Concluidos por él tales actos, todos cruzaron por los puentes, y concretamente por el del lado del Ponto cruzó la infantería y toda la caballería, mientras que por el otro, el próximo al mar Egeo, lo hicieron la servidumbre y las acémilas. Encabezaban la marcha los diez mil persas[2187], todos ellos coronados, y detrás de ellos marchaba el ejército formado por contingentes aportados por pueblos de todas partes. Este día, pues, fueron éstos los que pasaron. Al día siguiente los primeros fueron los jinetes y los que marchaban con las lanzas a la funerala; también éstos llevaban coronas. A continuación los siguieron los caballos sagrados y el carro sagrado, en el cual iban montados el mismo Jerjes, los lanceros y los mil jinetes; detrás el resto del ejército. Al mismo tiempo las naves navegaron hacia la orilla opuesta. Pero también he oído decir que el rey fue el último que pasó al otro lado.

56. Así que Jerjes hubo pasado a Europa contemplaba su ejército, que había pasado a latigazo limpio. El ejército pasó en siete días y siete noches y sin descansar en absoluto. Y cuentan que un habitante del país del Helesponto, cuando Jerjes ya estaba en el otro lado, dijo: «¡Zeus! ¿por qué vienes bajo la figura de un persa, cambiando tu nombre de Zeus por el de

Jerjes, para esclavizar Grecia, y llevas contigo a todo el mundo? También sin esto podrías hacerlo.»

57. Cuando ya estaban en el otro lado y se disponían a proseguir la marcha ocurrió un gran portento, del que Jerjes no hizo el menor caso: una yegua parió a una liebre. La interpretación no era difícil: Jerjes, que con gran ostentación y fastuosidad se proponía dirigir un ejército contra Grecia, para poner su vida a salvo regresaría a toda prisa a su punto de partida. Cuando Jerjes estaba todavía en Sardes ya había ocurrido otro portento: una mula parió un muleto con dos órganos genitales, uno masculino y otro femenino; el masculino estaba encima[2188].

58. Sin tener para nada en cuenta estos dos signos, Jerjes avanzó con su ejército de tierra. La flota salió del Helesponto y navegó en dirección contraria a la del ejército de tierra, bordeando la costa. Luego torció hacia occidente para tocar el promontorio de Sarpedón[2189], donde debía fondear: éstas eran desde un principio las órdenes del rey. Pero el ejército de tierra enfiló la dirección oriental, hacia el este, a través del Quersoneso, dejando a su derecha la Tumba de Hele[2190], la hija de Atamante, y a la izquierda la ciudad de Cardia[2191] y atravesó una ciudad llamada Agora[2192]. Desde allí se desvió hacia el golfo llamado Melas[2193] y hacia el río del mismo nombre[2194], que entonces con sus aguas no abasteció por completo al ejército, sino que se agotó. Luego que hubo cruzado el río que toma el nombre del golfo, giró al oeste pasando cerca de Eno, una ciudad eolia, y también cerca del lago Estentóride[2195]. Y llegó a Dorisco[2196].

59. Dorisco es el nombre de una gran llanura costera de Tracia. Por ella fluye el río Hebro, y en ella se edificó un baluarte real que lleva este mismo nombre. Allí había una guarnición persa desde la época de Darío, desde el tiempo en que Darío emprendió la campaña contra los escitas. Este lugar le pareció indicado a Jerjes para efectuar el recuento y organización de su ejército y, por tanto, es lo que hizo. A medida que iban llegando a Dorisco, los capitanes de las naves las remolcaban, por orden de Jerjes, a la playa contigua, en la que hay situadas Sale, una ciudad samotracia, y Zona[2197] y en su límite extremo está el conocido promontorio Serreo[2198]. Antiguamente esta franja de tierra había pertenecido a los cicones[2199]. Las naves, pues,

fueron remolcadas a esta playa y sus dotaciones pudieron descansar. Y entretanto Jerjes llevó a cabo en Dorisco un recuento de su ejército[2200].

60. Yo no puedo indicar con precisión el número de hombres con que contaba cada contingente, pues no hay nadie que lo indique. Pero el número total del ejército de tierra sí que fue indagado, y arroja la cifra de ciento setenta miríadas[2201]. He aquí cómo se precisó este número: se juntaron en un espacio diez mil hombres apretados lo más posible, y se trazó un círculo alrededor de ellos. Se los hizo salir y sobre el círculo se levantó un vallado circular que llegaba a la altura del ombligo de un hombre. Concluida la obra, metieron sucesivamente en el espacio delimitado por el vallado grupos y más grupos de combatientes hasta que, por este procedimiento, los hubieron contado a todos. Efectuado el recuento, los hicieron formar por orden de naciones.

61. Los expedicionarios fueron éstos: los persas, equipados como sigue: se tocaban la cabeza con la llamada tiara[2202], un gorro de fieltro blando; alrededor del cuerpo llevaban túnicas variopintas con mangas...[2203] y corazas[2204] fabricadas de láminas de hierro que parecían escamas de peces; se cubrían las piernas con unos bombachos[2205]; no embrazaban escudos metálicos, sino unos de mimbre entrelazado, debajo de los cuales pendían sus aljabas. Sus picas eran cortas, sus arcos, en cambio, de grandes dimensiones; sus flechas eran de caña; además de todo esto, colgaban de su cintura unos puñales, sobre el muslo derecho[2206]. Su comandante en jefe era Ótanes, el padre de Amestris, que era esposa de Jerjes.

Tiempo atrás a éstos los griegos los llamaron cefenes, pero ellos se denominaban a sí mismos arteos[2207], nombre que también les aplicaban sus vecinos. Pero cuando Perseo, el hijo de Dánae y de Zeus, llegó a la corte de Cefeo, hijo de Belo, se casó con Andrómeda, la hija del soberano, y tuvo de ella un hijo, al que llamó Persa. Y lo dejó allí, habida cuenta de que Cefeo no había tenido sucesión masculina. De él recibieron el nombre los persas.

62. Los medos marcharon a esta campaña equipados de la misma manera. En realidad este equipo es medo y no persa. Su comandante en jefe era Tigranes[2208], un aqueménida. Desde antiguo todos los llamaban arios[2209], pero cuando Medea, la residente en la Cólquide, llegó desde Atenas[2210] a

estos arios, también ellos modificaron su propio nombre. Los mismos medos lo explican así.

Los cisios[2211] que salieron en campaña iban armados como los persas, pero en vez del gorro llevaban mitra. Marchaban al mando de Ánafes, hijo de Ótanes.

También los hircanos[2212] iban armados como los persas. Su jefe era Megápano, y después de estos sucesos fue gobernador de Babilonia.

63. Los expedicionarios asirios cubrían sus sienes con unos cascos de bronce trenzados mediante una técnica bárbara[2213] difícil de describir; tenían escudos, lanzas y puñales similares a los egipcios, y además porras erizadas de clavos de hierro, y corazas de lino[2214]. Los griegos los llamaban sirios y los bárbaros asirios[2215]. [Confundidos con ellos estaban los caldeos.][2216] Iban al mando de Otaspes, hijo de Artaqueas.

64. Los bactrios salieron en campaña con la cabeza cubierta de manera muy semejante a los medos; se armaban con arcos del país, de caña, y con lanzas cortas.

Los sacas, o sea, los escitas[2217], cubrían sus cabezas con unos turbantes rígidos que acababan en punta, llevaban pantalones, y sus arcos y sus puñales eran peculiares de su país. Además tenían hachas de guerra[2218]. Eran escitas amirgios[2219], pero los persas aplicaban el nombre de sacas a todos los escitas. Sacas y bactrios tenían por comandante en jefe a Histaspes, hijo de Darío y de Atosa[2220], hija de Ciro.

65. Los indios llevaban vestidos hechos de algodón[2221], sus arcos y sus flechas eran de caña, pero con aditamentos de hierro. De manera que los indios iban armados así, y en la expedición fueron confiados a Farnazatres, hijo de Artábates[2222].

66. Los arios[2223] iban armados de arcos medos, y en lo demás como los bactrios. A los arios los mandaba Sisamnes, hijo de Hidarnes[2224].

Los partos, los corasmios, los sogdos, los gandarios y los dadicas[2225] tomaban parte en la expedición equipados igual que los bactrios. Sus comandantes eran los siguientes: Artabazo[2226], hijo de Farnaces, mandaba a los partos y a los corasmios; Azanes, hijo de Arteo, mandaba a los sogdos; los gandarios y los dadicas marchaban al mando de Artifio, hijo de Artábano.

67. Los caspios[2227] salieron en campaña vestidos con capas de lana gruesas y bastas[2228], armados con arcos de caña típicos de su país y cimitarras[2229]. Éstos iban equipados así, y su general en jefe era Ariomardo, un hermano de Artifio.

Los sarangas[2230] maravillaban por sus mantos policromados, por sus botas, que les llegaban hasta la rodilla, por sus arcos y por sus lanzas médicas. Los mandaba Feréndatas, hijo de Megabazo.

Los pacties[2231] vestían pellizas y usaban arcos y puñales típicos de su país. Su comandante en jefe era Artaíntes, hijo de Itamitres.

68. Los utios, los micos y los paricanios marchaban equipados igual que los pacties. He ahí sus jefes: Arsámenes, hijo de Darío, mandaba a los utios y a los micos; Siromitra, hijo de Eobazo, acaudillaba a los paricanios.

69. Los árabes[2232] vestían amplios mantos[2233] ceñidos a la cintura, y usaban grandes arcos muy flexibles[2234].

Los etíopes[2235] vestían pieles de leopardo y de león. Usaban arcos largos, no inferiores a cuatro codos de longitud, construidos con ramas de palmera, para los cuales tenían unas flechas pequeñas hechas de caña. Éstas, en vez de puntas de hierro, las tenían de piedra muy pulida, que usaban también para tallar sus sellos. Además disponían de lanzas rematadas, a modo de punta, por un afilado cuerno de gacela. Pero también tenían porras erizadas de clavos. Cuando iban a entrar en combate acostumbraban a embadurnarse una mitad del cuerpo con yeso y la otra mitad con bermellón[2236].

A los árabes y a estos etíopes que vivían al norte de Egipto[2237] los mandaba Ársames, hijo de Darío y de Aristone, hija de Ciro[2238]; de entre sus mujeres, Aristone fue la que Darío amó más; mandó que le hicieran de ella una imagen de oro labrada a martillo. De modo que a los etíopes residentes al norte de Egipto y a los árabes los mandaba Ársames.

70. Los etíopes orientales —desde luego, los había de las dos clases en la expedición— habían formado junto con los indios; en su aspecto no diferían en nada de los demás etíopes, a no ser por su lengua y por su cabellera, pues los etíopes orientales iban con el pelo corto; en cambio, los etíopes libios eran los más cabelludos de los hombres. Estos etíopes de Asia iban equipados casi igual que los indios, pero se ponían en la cabeza unas gorras de pieles

arrancadas de las testuces de los caballos juntamente con las orejas y las crines: la crin la utilizaban como penacho; las orejas de los caballos se fijaban, tiesas, sobre las cabezas de los hombres. Se protegían con pieles de grulla en vez de hacerlo con escudos.

71. Los libios[2239] salieron en campaña con sus vestidos de cuero y tenían venablos con las puntas aguzadas al fuego. Su comandante en jefe era Másages, hijo de Oarizo.

72. Los paflagonios[2240] salieron en campaña llevando en sus cabezas cascos trenzados; sus escudos eran pequeños y sus lanzas eran cortas; además se armaban con venablos y puñales, y calzaban unas botas típicas del país que les llegaban a media pantorrilla.

Los ligures[2241], los matienos[2242], los mariandinos[2243] y los sirios[2244] salieron en campaña con equipo idéntico al de los paflagonios. Estos sirios son llamados capadocios por los persas. Doto, el hijo de Megasidro, mandaba a los paflagonios y a los matienos; a los mariandinos, a los ligures y a los sirios los acaudillaba Gobrias, hijo de Darío y de Aristone.

73. Los frigios tenían un equipo muy similar al de los paflagonios, que difería muy poco del de ellos. Como explican los paflagones, los frigios se llamaron siempre briges mientras convivieron en Europa con los macedonios. Pero luego que se trasladaron al Asia, con el país cambiaron también el nombre.

Los armenios[2245] se equipaban igual que los frigios, pues eran colonos de éstos[2246]. A unos y a otros los mandaba Artocmes, que tenía por mujer a una hija de Darío.

74. Los lidios[2247] tenían unas armas muy parecidas a las de los griegos. Antiguamente recibían el nombre de mayones, pero en la época de Lido, hijo de Atis, recibieron su nombre actual, rectificando el antiguo.

Los misios[2248] llevaban en la cabeza yelmos del país y unos escudos pequeños y usaban venablos aguzados al fuego. Son colonos[2249] de los lidios y según el monte Olimpo[2250] se llaman también olimpianos.

A los lidios y a los misios los mandaba Artáfrenes, hijo de Artáfrenes, aquel que acompañó a Datis en el desastre de Maratón.

75. Los tracios salieron en campaña con pieles de zorra[2251] en las cabezas,

cubrían sus cuerpos con túnicas envueltas con mantos variopintos, calzaban botas de piel de cervato que les llegaban a las pantorrillas, e iban armados con venablos, escudos ligeros y puñales pequeños. Éstos tras su paso al Asia se llamaron bitinios. Anteriormente habían vivido a orillas del Estrimón y, tal como ellos mismos afirman, se llamaban estrimonios. Tal como también ellos cuentan, los teucros y los misios los echaron de sus tierras. El jefe de los tracios de Asia era Básaces, hijo de Artábano[2252].

76. [Los pisidios] tenían escudos pequeños de piel de buey sin curtir, y cada uno disponía de un par de chuzos de factura licia; se cubrían las cabezas con yelmos metálicos. En estos yelmos había orejas y cuernos de piel de toro, pero eran de hierro y tenían penachos. Se envolvían las pantorrillas con tiras de color púrpura. Sobre[2253] estos hombres hay un oráculo de Ares.

77. Los cabeleos mayones —que se llaman lasonios[2254]— tenían el mismo equipo que los cilicios, que mostraré cuando en mi excurso me encuentre en la sección de los cilicios.

Los milias[2255] tenían lanzas cortas y abrochaban sus vestidos con hebillas. Algunos de ellos disponían de arcos licios y se cubrían la cabeza con gorros hechos de cuero. Mandaba a todos éstos Badres, hijo de Histanes[2256].

78. Los moscos[2257] se cubrían la cabeza con yelmos de madera, tenían escudos, y además unas lanzas cortas con grandes puntas de hierro.

Los tibarenos[2258], los macrones[2259] y los mosinecos[2260] iban equipados como los moscos. He ahí, por orden, sus comandantes: Ariomardo, hijo de Darío y de Parmis, la hija de Esmerdis (el hijo de Ciro), lo era de los moscos y de los tibarenos; de los macrones y los mosinecos lo era Artaictes, hijo de Querasmis, el gobernador de Sesto, en el Helesponto.

79. Los mares[2261] llevaban en la cabeza yelmos del país, trenzados, escudos pequeños de cuero y venablos.

Los colcos[2262] llevaban en la cabeza yelmos de bronce, pequeños escudos de piel de buey, lanzas cortas y, además, dagas. A los mares y a los colcos los mandaba Farándates[2263], hijo de Teaspis.

Los alarodios y los saspires[2264] salieron a la campaña armados como los colcos. Los mandaba Masistio, hijo de Siromitra.

80. Los pueblos insulares del mar Eritreo que formaban parte de la

expedición, concretamente los de aquellas islas en que el rey estableció a los llamados «desterrados»[2265], tenían la vestimenta y las armas muy similares a los de los medos. Estas tropas insulares estaban mandadas por Mardontes, hijo de Bageo, que dos años después fue comandante en Mícale y murió en la batalla[2266].

81. Tales fueron los pueblos continentales que salieron en campaña destinados a la infantería. Los jefes de este ejército fueron los que han sido citados, que se encargaron también de un recuento y ordenación. Además nombraron a los comandantes para las unidades de mil y de diez mil hombres. Estos últimos designaron a los centuriones y decuriones[2267]. Para las unidades[2268] según los pueblos hubo además otros oficiales[2269] diversos de los citados. Pero, desde luego, los que he citado como tales fueron los jefes respectivos.

82. Pero al frente de todos estos jefes, en calidad de generales máximos de la infantería, estuvieron Mardonio[2270], hijo de Gobrias, además Tritantecmes[2271], hijo de aquel Artábano que se había opuesto a la campaña contra Grecia; Esmerdómenes, hijo de Ótanes (estos dos últimos eran hijos de unos hermanos de Darío, primos de Jerjes, por lo tanto); Masistes[2272], hijo de Darío y de Atosa; Gergis, hijo de Ariazo, y Megabizo, hijo de Zópiro[2273].

83. Éstos fueron los generales de todo el ejército de tierra, exceptuando a los «Inmortales»[2274]. El general de estos diez mil persas escogidos fue Hidarnes, hijo de Hidarnes. He aquí por qué estos persas se llamaban los «Inmortales»: cuando uno de ellos faltaba, ya sea por enfermedad, ya sea por muerte, inmediatamente se elegía a otro hombre, y nunca eran ni más ni menos que diez mil. Los persas eran, entre todos, los que más lujo gastaban, pero también los más bravos[2275]. Tenían un equipo que ya se ha descrito, pero además destacaban por su rico ornato de oro. Llevaban consigo carros de viaje cubiertos, para sus concubinas, y una servidumbre muy numerosa y muy bien aparejada. Camellos y animales de tiro les transportaban los víveres, aparte de los del resto de la tropa.

84. Los pueblos hasta aquí enumerados montan a caballo, pero no todos proporcionaron caballería, sino únicamente los que siguen: los persas, armados igual que los de infantería, sólo que algunos de ellos llevaban en sus

cabezas yelmos hechos de hierro o de bronce.

85. Hay también ciertos hombres nómadas, los llamados sagartios[2276], un pueblo persa por su lengua, pero que usaba un armamento a medias entre el persa y el páctico. Éstos aportaron ocho mil jinetes. No creen necesario tener armas ni de bronce ni de hierro que no sean puñales, pero usan unas cuerdas trenzadas en las que depositan su confianza cuando marchan a la guerra. El modo de combatir de estas gentes es de esta guisa: cuando chocan con el enemigo lanzan las cuerdas, que en sus extremos tienen lazos. Cuando aciertan, tanto si se trata de un caballo como de un hombre, tiran de él hacia sí, y los cogidos en el lazo perecen. Éste es su estilo de combate; estaban subordinados a los persas.

86. Los medos y los cisios[2277] tenían el mismo equipo que su infantería. Los indios tenían el mismo armamento que sus tropas de a pie, llevaban consigo caballos de carreras y carros. El tiro de los carros estaba formado por caballos y onagros. Los bactrios llevaban el mismo equipo que su infantería, y los caspios lo mismo. También los libios iban armados como su infantería. Todos sin excepción conducían sus carros. Igualmente los caspios[2278] y los paricanios se armaban igual que su infantería. Los árabes tenían el mismo equipo que su infantería, pero todos sin excepción montaban camellos, que en cuanto a velocidad no son inferiores a los caballos.

87. La caballería fue suministradada sólo por estos pueblos. El número de jinetes se elevó a ochenta mil, descontando a los hombres de los carros y a los que montaban camellos. Los jinetes restantes[2279] fueron organizados en secciones[2280], los árabes fueron añadidos al final. Puesto que caballos y camellos no se pueden soportar[2281], estos últimos fueron situados al final, para que no espantaran a la caballería.

88. Los generales de la caballería fueron Harmamitras y Titeo, hijos de Datis. El tercer general de caballería, su colega, Farnuques, quedó enfermo en Sardes. Efectivamente, en Sardes estaban ya para partir, pero a él le ocurrió una desgracia inesperada. Iba cabalgando, y un perro corrió inadvertidamente entre las patas del caballo, y éste, que no había visto al perro, se espantó, se encabritó y despidió a Farnuques. Tras la caída vomitó sangre y la enfermedad degeneró en una tisis. Al caballo le hicieron inmediatamente lo que él había mandado: los servidores se lo llevaron al lugar donde había

tirado de sí a su dueño y le cortaron las patas a la altura de las rodillas. Así que Farnuques no pudo evitar la pérdida de su jefatura.

89. El número de trirremes se elevó a mil doscientos siete, suministrados por los que siguen: los fenicios, conjuntamente con los sirios de Palestina, aportaron trescientos, equipados así: se protegían la cabeza apretando en ellas unos yelmos muy parecidos a los griegos. Se ponían corazas de lino, además tenían venablos y escudos sin orlas. Estos fenicios vivían desde antiguo, como ellos mismos dicen, junto al mar Rojo. Salieron de allí y habitaron el litoral de Siria. La región de Siria y todo lo que hay hasta Egipto se llama Palestina.

Los egipcios suministraron doscientas naves. Llevaban en la cabeza yelmos[2282] trenzados, embrazaban escudos cóncavos con grandes orlas, y para la lucha naval empuñaban lanzas y grandes hachas de guerra. La mayoría de ellos llevaba coraza y tenía espadas grandes.

90. De modo que tal fue el equipo de éstos. Los chipriotas[2283], por su parte, aportaron ciento cincuenta naves, y se armaban de esta guisa: sus reyes se cubrían las sienes con mitras, los demás vestían túnicas y, por lo demás, su atuendo era igual al griego. Entre ellos hay tantos pueblos que unos proceden de Salamina[2284] y de Atenas[2285], otros de Arcadia[2286], otros de Citnos[2287], otros de Fenicia[2288] y otros de Etiopía, como afirman los mismos chipriotas.

91. Los cilicios[2289] aportaron cien naves. También éstos llevaban en la cabeza yelmos típicos del país; en vez de escudos embrazaban unas adargas hechas de piel de buey, y vestían mantos de lana. Cada uno tenía dos venablos y una espada de factura muy parecida a las egipcias. Antiguamente se habían llamado hipaqueos[2290], y en la época del fenicio Cílix, hijo de Agénor, mudaron de nombre.

Los panfilios[2291] aportaron treinta naves; su armamento era griego. Estos panfilios descendían de aquellos que tras la dispersión de Troya acompañaron a Anfíloco y a Calcante[2292].

92. Los licios[2293] aportaron cincuenta naves. Éstos llevaban corazas y tobilleras. Disponían de arcos hechos de madera de cornejo, de flechas de caña sin alas[2294] y de venablos; además se habían colgado pieles de cabra de la espalda y se tocaron las cabezas con gorros de cuero coronados de plumas.

Tenían puñales y hoces. Los licios procedían de Creta y se llamaban términlas; en tiempos de Lico, hijo de Pandión, un ateniense, cambiaron de gentilicio.

93. Los dorios de Asia aportaron treinta naves. Tenían armamento griego y procedían del Peloponeso.

Los carios[2295] aportaron setenta naves. Por lo demás, su armamento era griego, tenían hoces y puñales. Al principio de esta mi *Historia*[2296] ya se ha explicado cómo se llamaban antes.

94. Los jonios[2297] aportaron cien naves armadas a la griega. Todo el tiempo que los jonios residieron en el Peloponeso, en la región llamada actualmente Acaya[2298], antes de que Dánao y Juto llegaran al Peloponeso, fueron llamados pelasgos egialeos: lo dicen los mismos griegos. Luego por Ión, hijo de Juto, se llamaron jonios.

95. Los isleños[2299] aportaron diecisiete naves, armadas a la griega. También éste es un pueblo pelasgo, pero posteriormente fue llamado jonio por el mismo motivo que los jonios de la Dodecápolis[2300], de extracción ateniense.

Los eolios aportaron sesenta naves armadas a la griega; también éstos antiguamente se llamaron pelasgos, tal como explican los griegos.

Los helespontios, excepción hecha de los abidenos, a los que el rey había ordenado permanecer en tierra para que custodiaran los puentes, y los restantes del Ponto que participaron en la expedición aportaron cien naves. Iban armados a la griega. Éstos eran colonos de los jonios y de los dorios[2301].

96. Las tripulaciones[2302] de todas las naves las formaban persas, medos y sacas. Las naves más marineras las aportaron los fenicios y, de los fenicios, los sidonios.

Los de todos estos pueblos, también los de la infantería, tenían su propio jefe del país, cuyos nombres yo no voy a indicar, porque no lo exige la razón de mi historia. No todos los jefes del país son dignos de mención, pero en cada contingente cuantas eran las ciudades, tantos eran estos jefes, y ellos marcharon no en calidad de jefes militares, sino simplemente como esclavos, igual que los demás expedicionarios, pues los estrategos, los que detentaban todo el poder y eran los comandantes de todos los pueblos, ya los he citado: todos ellos eran persas.

97. Los almirantes supremos de la flota fueron Ariabignes, hijo de Darío; Prexaspes, hijo de Aspatines; Megabazo, hijo de Megábatas, y Aquémenes, hijo de Darío. La flota jonia y caria la mandó Ariabignes, hijo de Darío y de la hija de Gobrias. Aquémenes, hermano de Jerjes por parte de padre y madre, mandó a los egipcios. El resto de la flota lo mandaron los otros dos[2303]. Los trirremes, los pentecónteros, las naves ligeras para el transporte de caballos, que se habían reunido, todos ellos, para la revista, fueron unos tres mil.

98. Después de los almirantes, los personajes más notables de la flota fueron el sidonio Tetramnesto, hijo de Aniso; Matén de Tiro, hijo de Siromo; Mérbalo[2304] de Arado[2305], hijo de Agbalo; Siénesis[2306] de Cilicia, hijo de Oromedonte; Cibernis de Licia, hijo de Cosicas; los chipriotas Gorgo[2307], hijo de Quersis, y Timonacte, hijo de Timágoras, y los carios Histieo[2308], hijo de Timnes; Pigres, hijo de Hiseldomo, y Damasitimo[2309], hijo de Candaules.

99. No he pensado en el resto de taxiarcos[2310] de más alto rango porque no me he visto obligado a ello, pero sí en Artemisia, una mujer que salió en campaña contra Grecia y que yo admiro muchísimo. Tras la muerte de su marido ejercía personalmente la tiranía, y a pesar de que su hijo era todavía pequeño, sin tener ninguna necesidad de ello acudió a la campaña con decisión y coraje. Se llamaba, pues, Artemisia. Era hija de Lígdamis, y por línea paterna procedía de Halicarnaso, por línea materna de Creta. Mandó a los de Halicarnaso, a los de Cos, a los de Nisira[2311] y a los de Calidna[2312], y aportó cinco naves. De toda la flota, aportó las naves más conocidas después de las sidonias, y entre todos los aliados dio al rey los mejores consejos. Toda la población de las ciudades que ella rigió —las he enumerado— eran de linaje dorio: los de Halicarnaso eran de Trecén[2313], los de las otras de Epidauro[2314].

100. Hasta aquí se ha tratado de la flota de guerra. A Jerjes, toda vez que se había ordenado el ejército y se había hecho su recuento, le entró deseo de revistarlo pasando por en medio de él de parte a parte[2315]. Y lo hizo: lo recorrió, montado en su carro, de pueblo en pueblo, y preguntó el nombre a cada uno, y los escribanos tomaban buena nota; lo hizo, digo, desde donde comenzaba el ejército de infantería y de caballería hasta donde acababa.

Cuando terminó con ello, las naves fueron botadas al mar; Jerjes bajó del carro, se embarcó en una nave sidonia, tomó asiento bajo una tienda de oro y a bordo del navío navegó casi rozando las proas de las naves; igual que hizo antes con la infantería, iba preguntando a todas y tomando nota de ello. Los capitanes de las naves las anclaron formando una sola fila, con las proas encaradas hacia la costa, a cuatro pletros[2316] de la playa; las tripulaciones se habían armado como para el combate. Él navegó entre las proas y la playa y así pasó la revista.

101. Revistadas por él también estas naves, abandonó la suya y mandó llamar a Demarato[2317], hijo de Aristón, que lo acompañaba en la expedición. Y cuando le tuvo en su presencia le preguntó: «Demarato, ahora me apetece preguntarte algo que deseo. Tú eres griego y según sé por ti mismo y por otros griegos con los que he llegado a conversar, eres de una ciudad que no es ni la más pequeña ni la más débil. Dime, pues, si los griegos se atreverán a levantar su mano contra mí. Yo creo que ni aun si Grecia entera y todos los pueblos occidentales se juntaran, no estarían a la altura de oponérseme, ya que no se mantienen unidos. Pero ahora quiero saber qué piensas tú acerca de esto.» Ésta fue la palabra; Demarato lo atajó y le dijo: «¡Rey! ¿He de decirte la verdad[2318] o bien he de hablar para complacerte?» Jerjes le requirió que dijera la verdad, y afirmó que luego no le sería menos amigo de lo que lo había sido hasta ahora.

102. Demarato lo escuchó, y le dijo: «Rey, puesto que a cualquier precio quieres que se te diga la verdad, hablándote de manera que no puedas más tarde coger a alguien convicto de mentirte, sábete que desde siempre Grecia convive estrechamente con la pobreza, pero que a ésta se le suma el coraje[2319] alcanzado con la inteligencia[2320] y con leyes rigurosas. Con la ayuda de ambas cosas Grecia rechaza de sí la pobreza y la servidumbre. Yo sin duda alguna alabo a todos los griegos que viven en torno a aquellas tierras dorias[2321], pero en lo que voy a decir no me refiero a todos ellos[2322], sino sólo a los lacedemonios[2323]. Para empezar, es imposible que ellos alguna vez acepten tus propuestas, que para el resto de Grecia conllevarían la esclavitud; además, te plantarán cara militarmente, y eso aun en el caso de que todos los griegos restantes se adhirieran a tu causa. No me preguntes por su número, a ver cuántos son los que están en situación de oponérsete: incluso si su fuerza

se limitara a mil hombres, éstos lucharían contra ti, y también si son menos o bien si son más que éstos.»

103. Al oirlo Jerjes se echó a reír y dijo: «Demarato, ¡qué clase de palabra has dicho![2324]. ¿Es que mil hombres podrían luchar contra mi ejército, tan formidable? ¡Ea! Veamos: a fin de cuentas, tú dices que has sido, tú personalmente, rey de estos hombres. ¿Te avendrías tú en este momento a batirte contra diez combatientes? Por consiguiente, si vuestra forma de estado[2325] es como la que tú declaras, en tal caso, tú, ya que eres rey de aquellas gentes, según vuestras leyes deberías necesariamente enfrentarte a un número doble[2326]. Naturalmente: si cada uno de aquéllos es capaz de enfrentarse a diez hombres de mi ejército, entonces exijo de ti que puedas enfrentarte a veinte. Así podría cumplirse la palabra que has dicho. Ahora bien, si aquéllos tienen la misma estatura que tú y son de la misma naturaleza que tú y que los griegos que habitualmente vienen a parlamentar conmigo, y vosotros presumís de este modo, alerta con que no pronunciéis palabras hueras, una pura fanfarronada. ¡Ea! Voy a examinar lo que es verosímil. ¿Cómo un millar de hombres, o quizás diez mil, pongamos incluso cincuenta mil, si son todos igualmente libres y no están sometidos al mando de uno solo[2327], cómo podrían oponerse a un ejército tan formidable? Aquí somos más de mil contra uno[2328], eso si ellos alcanzan el número de cinco mil. Si estuvieran, como nosotros, sometidos a la autoridad de uno solo, seguramente por temor de este dueño se mostrarían más bravos de como lo son por naturaleza, y obligados, y a latigazos, marcharían, por pocos que fueran en cantidad, contra un enemigo más numeroso; si fueran personas libres no harían ni una cosa ni otra. Yo creo que, incluso igualados en número, los griegos soportarían mal enfrentarse contra los persas solos[2329]; entre nosotros, por el contrario, sí que se encuentran los ejemplos que mencionas —pocos, que todo hay que decirlo, algunos escasos ejemplos—. Sí, en Persia hay hombres de mi guardia que aceptarían batirse contra tres griegos a la vez[2330]. Tú no tienes ninguna experiencia en esto y dices muchas tonterías.»

104. A lo cual Demarato comenta: «Rey, yo ya sabía de antemano que al decirte la verdad no te diría nada agradable. Pero puesto que tú me obligaste a hablar con sinceridad, yo te he explicado la mentalidad de los espartanos. Del amor que hoy por hoy les profeso, tú mismo eres muy consciente: ellos me

han despojado de mi dignidad y de mis privilegios, que tenía de parte de mis padres, me han convertido en un apátrida, en un desterrado, eso al tiempo que tu padre me acogió, me dio medios de vida y me proporcionó una morada[2331]. No es nada verosímil que un hombre que esté en sus cabales rehúse la liberalidad que alguien le dispensa; muy al contrario, debe apreciarla muchísimo. Yo no pretendo ser capaz de luchar contra diez hombres, ni tan siquiera contra dos, y, de mi grado, no lucharía ni contra uno. Pero si fuera ineludible o bien si fuera muy relevante la contienda que me moviera a ello, el hombre contra quien quisiera luchar sería uno de estos que afirman valer, cada uno de ellos, por tres griegos. He aquí el caso de los lacedemonios: en combates personales no son inferiores a nadie y, concentrados en un ejército, son los más valientes de los hombres. Son libres, claro está, pero no totalmente libres: tienen encima una soberana, la ley, a la que temen más que tus súbditos a ti. Y hacen todo lo que esta soberana les manda[2332], lo cual es siempre lo mismo: no desertar de la batalla ante una multitud de enemigos, sino permanecer firmes en sus puestos: vencer o morir[2333]. Si al hablar así te parece que digo tonterías, en adelante permaneceré en silencio; ahora he hablado obligado por ti. ¡Y que todo ocurra según tus intenciones, rey!»

105. Ésta fue su respuesta. Pero Jerjes no la tomó en serio ni albergó en absoluto rencor contra Demarato, sino que lo despidió cortésmente. Luego de esta conversación nombró gobernador de Dorisco a Máscames, hijo de Megadostas; había destituido previamente de su cargo al investido por Darío. Y condujo[2334] su ejército contra Grecia a través de Tracia.

106. Dejó, pues, detrás de sí[2335] a Máscames, un hombre merecedor de que Jerjes le enviara periódicamente, a él solo, obsequios por ser el más bravo de los gobernantes nombrados por él o por Darío. Se los enviaba anualmente, y lo mismo hizo Artajerjes, hijo de Jerjes, con los descendiente de Máscames. Efectivamente, ya antes de la campaña en curso[2336] había gobernadores persas establecidos en Tracia y en todas las plazas del Helesponto, y todos, tanto los de Tracia como los del Helesponto, fueron expulsados por los griegos a consecuencia de esta expedición de ahora, pero al de Dorisco, a Máscames, no lograron echarlo aunque muchos lo intentaron.

107. De los que fueron depuestos por los griegos el rey Jerjes no consideró

a ninguno hombre valiente, excepción hecha de Boges de Eyón. A éste no cesó de alabarlo y tributó los máximos honores a los hijos que le sobrevivieron entre los persas, porque Boges había realmente merecido grandes loores. Cuando los atenienses, a las órdenes de Cimón, el hijo de Milcíades, lo asediaron[2337], podía concluir un pacto, irse y regresar a Asia, pero se negó a hacerlo, para evitar que el Gran Rey se llevara la impresión de que había sobrevivido por cobardía, y resistió hasta el extremo. Cuando dentro de las murallas ya no quedaban víveres encendió una gran hoguera, mató a sus hijos, a su mujer, a sus concubinas y a sus criados, y arrojó los cadáveres al fuego. Seguidamente echó, por el muro, al río Estrimón todo el oro y la plata de la ciudad y acabó tirándose él mismo al fuego. Lo cual, con toda la razón, alaban todavía hoy los persas.

108. Pero Jerjes salió de Dorisco y marchó contra Grecia; forzó a seguirlo a todos los que iba encontrando. Tal como ya he expuesto antes[2338], estaba sometido todo el país hasta llegar a Tesalia, y era tributario del Rey. Lo habían sojuzgado Megabazo y posteriormente Mardonio. En su marcha al salir de Dorisco pasó primero por los baluartes[2339] de Samotracia, el último de los cuales mirando a occidente es una ciudad llamada Mesambria[2340], vecina de Estrime, la ciudad de los tasios; por en medio de ellas fluye el río Liso, que a la sazón ya no suministró agua al ejército de Jerjes, porque se había secado. Desde antiguo tal país se llama Galaica, aunque actualmente recibe el nombre de Briántica. Según la versión más exacta, este territorio pertenece a los cicones.

109. Tras cruzar el lecho seco del río pasó cerca de las ciudades griegas de Maronea, Dicea y Abdera[2341]. O sea, que pasó cerca de ellas y bordeó dos lagos célebres, el de Ismara[2342], entre Maronea y Estrime, y el de Bistónide, cerca de Dicea, en el que desaguan dos ríos, el Travo y el Cómpsato[2343]. Cerca de Abdera, Jerjes no bordeó ningún lago digno de mención, pero halló el río Nesto, que desemboca en el mar. Después de por estas regiones, Jerjes pasó cerca de las ciudades continentales de los tasios[2344]; en el territorio de una de ellas hay un lago que mide a lo sumo treinta estadios, muy salado y rico en pesca. Las bestias de tiro se abrevaron en él y, ellas solas, lo secaron. La ciudad se llama Pistiro[2345]. Jerjes pasó, pues, por estas ciudades griegas

costeras, que dejó a su izquierda, y siguió adelante.

110. He aquí los pueblos tracios por cuyos territorios prosiguió su marcha: los petos[2346], los cicones[2347], los bistones[2348], los sapeos[2349], los derseos[2350], los edonos[2351] y los satras[2352]. De ellos, los que vivían junto al mar lo siguieron a bordo de sus naves; los que habitaban tierra adentro, que ya he enumerado, lo seguían todos forzados y a pie, a excepción de los satras.

111. Por lo que sabemos, los satras no han sido sometidos nunca por nadie, sino que hasta mis tiempos han sido, de los tracios, los únicos que se han mantenido siempre libres. Viven en montes muy altos, cubiertos de bosques de todas clases y de nieve. En la lucha son duros, y poseen un oráculo de Dioniso. Este oráculo está en unos montes altísimos, y los besos, que pertenecen a los satras, son los profetas del santuario. Al igual que en Delfos, una sacerdotisa mayor[2353] emite los oráculos. Y no hay nada más que se salga de lo normal.

112. Cuando hubo atravesado todos los territorios citados Jerjes pasó de largo ante las plazas fuertes de los píeres[2354], una de las cuales se llama Fagres y la otra Pérgamo. Desde luego, hizo su marcha por aquí, junto a estas plazas fuertes; dejó a su derecha el Pangeo[2355], una montaña muy alta y muy grande, en la que hay minas de oro y de plata, explotadas por los píeres, por los odomantos[2356] y principalmente por los satras.

113. Cuando hubo rebasado[2357] a los peonios, doberes y peoples[2358], que viven al norte, más allá del Pangeo, Jerjes torció hacia poniente, hasta llegar al río Estrimón y a la ciudad de Eyón, en la que entonces gobernaba Boges, que todavía vivía; de él he tratado hace muy poco. Este país que rodea la cordillera del Pangeo se llama Fílide. Se alarga hacia poniente hasta el río Angites, un afluente del Estrimón, y en dirección suroeste llega al mismo río Estrimón. Allí los magos sacrificaron caballos blancos para obtener presagios favorables.

114. Después de propiciarse al río con este sacrificio y muchos otros ritos, los persas avanzaron por los Nueve Caminos[2359], en el país de los edonos: pasaron unos por puentes, pues los encontraron ya tendidos sobre el Estrimón. Al saber que el país se llamaba «Nueve Caminos», enterraron vivos en él a nueve jóvenes y a otras tantas doncellas de la población nativa.

Los persas, en efecto, acostumbran a enterrar personas vivas: conozco el caso de Amastris, la esposa de Jerjes, que cuando llegó a anciana mandó enterrar vivas, en honor del dios que, según dicen, está bajo tierra, en señal de su gratitud[2360], a siete parejas de muchachos persas, y, ciertamente, de las familias más linajudas.

115. Cuando el ejército abandonó el Estrimón...[2361] allí hacia occidente hay una costa. Pasó cerca de la ciudad griega de Árgilo[2362], situada allí. Ella y el país que tiene encima se llaman Bisaltia[2363], desde donde Jerjes, dejando a la izquierda el golfo y el santuario de Posidón[2364], avanzó a través de la llamada llanura de Síleo[2365], bordeando la ciudad de Estagira, y llegó a Acanto. Inmediatamente hizo que lo siguieran todos estos pueblos y los que vivían en la región de la cordillera del Pangeo, al igual que aquellos que he citado antes. A los que habitaban las zonas costeras hizo que lo siguieran por mar, y a los restantes a pie. Esta ruta, por la que el rey Jerjes hizo avanzar sus tropas, los tracios ni la remueven[2366] ni la siembran; hasta mis tiempos sienten por ella una gran veneración.

116. Al llegar finalmente a Acanto, Jerjes concedió públicamente a los acantios el título de huéspedes, los obsequió con ropas médicas y los alabó. Vio que también ellos estaban predispuestos para la guerra, y conocía su destreza en las excavaciones[2367].

117. Durante la estancia de Jerjes en Acanto resulta que murió de enfermedad el hombre que él había puesto a la cabeza de la construcción del canal[2368], Artaqueas, que gozaba de gran prestigio ante Jerjes; era de origen aqueménida, y superaba a todos los persas en estatura, pues le faltaban sólo cuatro dedos para medir cinco codos reales[2369]; además poseía una voz que era la más potente de los hombres. Jerjes consideró su muerte como una gran desgracia y mandó hacerle unos funerales espléndidos y una hermosa sepultura. El ejército entero le amontonó el túmulo. Según un oráculo los acantios le ofrecen sacrificios propios de un héroe, en los que lo llaman por su nombre. El rey Jerjes consideró la pérdida de Artaqueas como una desgracia.

118. Pero los griegos que habían dado acogida al ejército y que habían invitado a un banquete a Jerjes cayeron por ello en una tan gran miseria[2370]

que se vieron obligados a abandonar sus viviendas. Por ejemplo, a los tasios, que a causa de las ciudades que tenían en el continente[2371] debieron albergar y ofrecer un banquete al ejército de Jerjes, Antípatro, hijo de Orgeo, ciudadano prestigioso como el que más, elegido para tal menester, les demostró que en este banquete se habían invertido cuatrocientos talentos de plata.

119. Lo mismo cabe decir de las cuentas presentadas por los ciudadanos encargados de ello en otras ciudades, pues el banquete se ofrecía como sigue: se avisaba de él con mucha antelación y se le atribuía una gran importancia. Así que se enteraban por los heraldos, que daban la noticia en todas partes, en las ciudades los ciudadanos se repartían el trigo y durante cuatro meses producían harina de trigo y de cebada. Cebaban el ganado más caro que lograban encontrar y criaban aves terrestres y acuáticas en corrales y estanques, todo ello para recibir al ejército; además hacían vasos de oro y de plata, y crateras y todo lo demás que corresponde a una mesa.

Esto se hacía únicamente para el rey y sus comensales; para el resto de las tropas sólo lo preciso para comer. Siempre que llegaba el ejército se plantaba una tienda para alojar al rey; el resto del ejército reposaba al raso. A la hora de la comida el trabajo lo tenían los anfitriones, los otros, ya comidos, pernoctaban allí; al día siguiente levantaban la tienda y se llevaban los enseres; allí no quedaba absolutamente nada, se lo llevaban todo.

120. Desde luego, fue un consejo atinado el que dio Megacreonte de Abdera, que exhortó a los abderitas a refugiarse, la población entera, ellos y sus mujeres, en sus templos, sentándose allí como suplicantes de los dioses, para rogarles que en el futuro los libraran de la mitad de los males que los amenazaban, dándoles asimismo muchas gracias, en cuanto al pasado, porque Jerjes normalmente no almorzaba dos veces al día, ya que si hubiera ordenado a los abderitas prepararle un desayuno similar al almuerzo[2372], su alternativa habría sido o no esperar su llegada o, si se quedaban, verse aniquilados como los más miserables de todos los hombres.

121. Pese a todo, estos pueblos cumplieron lo que se les ordenaba. En Acanto, Jerjes despidió a la flota: había mandado a los almirantes que su ejército naval lo aguardara en Terme[2373]. Terme se encuentra en el golfo Termaico, del cual ha tomado el nombre. Jerjes se había informado de que

por aquí se atajaba al máximo. De Dorisco hasta Acanto el ejército marchó ordenado de esta manera: Jerjes había dividido toda su infantería en tres cuerpos, de los cuales mandó a uno avanzar por la costa, apoyando a la flota; lo mandaban Mardonio y Masistes. Otro tercio de este ejército marchó por el interior del país; sus estrategos eran Tritantecmes y Gergis. El tercio restante, en el que figuraba Jerjes mismo, marchaba entre los dos, al mando de los estrategos Megabizo y Esmerdómenes.

122. Cuando Jerjes despidió a su flota, ésta pasó el canal que se había abierto junto al Atos y que llega hasta el golfo Termaico, en el que están las ciudades de Asa, Piloro, Singo y Sarte. Partió de allí luego de haber reclutado hombres de estas ciudades, y se adentró en el golfo citado. Dobló el cabo Ámpelo, un promontorio del país de Torone, y pasó cerca de las ciudades griegas que son Torone[2374], Galepso, Sermile, Meciberna y Olinto, de las que se llevó naves y hombres. Este país recibe el nombre de Sitonia.

123. La flota de Jerjes cuando navegó directamente desde el cabo Ampelo hacia el promontorio Canastreo[2375], el punto más avanzado de Palene, reclutó naves y hombres de las ciudades de Potidea, Afitis, Neápolis, Ege, Terambo, Escíone, Mende y Sane; efectivamente, éstas son las ciudades que hay en el país hoy llamado Palene, antes Flegra.

Bordeando este país navegó hacia el objetivo indicado[2376] y reclutó hombres de las ciudades sometidas a Palene, próximas al golfo Termaico. He aquí sus nombres: Lipaxo, Combrea, Lisas, Gigono, Campsa, Esmila y Enea. Todavía hoy la región en que están situadas estas ciudades se llama Crosea. Desde Enea, que es la última ciudad que he citado, la flota prosiguió su singladura dentro del golfo Termaico, por aguas de Migdonia[2377] y llegó a Terme, ya citada, a la ciudad de Sindo y a Calestra, a orillas del río Axio, el cual separa las regiones de Migdonia y de Botiea[2378], en cuya costa, en una zona muy angosta, hay las ciudades de Icnas y Pela.

124. La flota, pues, fondeó en este sitio, cerca del río Axio, de la ciudad de Terme y de las ciudades situadas entre ambos lugares, y aguardó al rey. Jerjes y su ejército de tierra salieron de Acanto y enfilaron por tierra el camino más recto para llegar a Terme. Marchó por el país peonio y el crestonio[2379] hacia el río Equidoro, que nace en este último país, atraviesa Migdonia y desemboca en unas marismas que hay junto al río Axio.

125. Durante la marcha, unos leones atacaron a los camellos que transportaban los víveres. Sí, estos leones abandonaban de noche sus cubiles y no asaltaban ni a los hombres ni a los animales de tiro, solamente a los camellos. Yo me pregunto con extrañeza qué fue lo que forzó a los leones a abstenerse de todo lo demás y a atacar sólo a los camellos cuando nunca habían probado un animal así, ni tan siquiera lo habían visto.

126. En esta región hay muchos leones y bueyes salvajes[2380], cuyos cuernos, que son enormes, los griegos importan. Los límites del hábitat[2381] de los leones lo forman el río Nesto, que desemboca en Abdera, y el río Aqueloo, que discurre por Acarnania: resulta imposible ver un león en cualquier parte de la Europa Oriental, al este del Nesto, o bien en el resto del continente, al oeste del Aqueloo, porque hay leones solamente en la zona intermedia entre estos dos ríos.

127. Al llegar a Terme, Jerjes hizo acampar allí a su ejército. Éste, acampado, necesitaba todo el espacio, a orillas del mar, que va desde la ciudad de Terme y desde Migdonia hasta los ríos Lidias[2382] y Haliacmón[2383], que juntan sus aguas en un cauce y separan los países de Botiea y Macedónide[2384]. De modo que los bárbaros acamparon aquí. De todos los ríos que he citado el Equidoro, que fluye del país de los crestoneos, fue el único que no bastó para saciar la sed del ejército, y se secó.

128. Desde Terme, Jerjes contempló los montes tesalios, el Olimpo[2385] y el Osa, elevadísimos, y supo que entre ellos hay un desfiladero angosto[2386], por el cual fluye el río Peneo. Oyó decir, además, que desde allí la ruta conducía a Tesalia, y quiso ir, por mar, a explorar la desembocadura del Peneo, ya que proyectaba marchar por la ruta superior, a través del dominio de los macedonios, que viven al norte, hacia el país de los perrebos, junto a la ciudad de Gono, porque esto era, según decían, lo más seguro. Por tanto, hizo lo que deseaba. Se embarcó en una nave sidonia, la que él siempre utilizaba cuando quería hacer algo así, hizo a los otros la seña de zarpar y se adelantó a su ejército de tierra. Jerjes llegó, pues, a la desembocadura del Peneo y quedó maravillado. Llamó a los guías de la marcha y les preguntó sobre la posibilidad de desviar el río y hacer que desembocara en el mar por otra parte.

129. Se cuenta de Tesalia que antiguamente había sido un lago, ya que

está rodeada por todas partes de montes muy altos. La parte de ella que se extiende hacia oriente la cierran los montes Pelión y Osa, cuyas raíces se unen bajo tierra; por donde sopla el viento boreal[2387] la cierra el Olimpo, por el oeste el Pindo, y por donde sopla el viento noto, por el sur, el Otris. En medio de los montes que he dicho está Tesalia, país que es un valle profundo[2388]. Entre los muchos ríos que discurren hacia ella hay cinco muy importantes: el Peneo[2389], el Apídano, el Onocono, el Enipeo y el Pamiso. Bajan de los montes que encierran Tesalia y confluyen, conservando cada uno su nombre; desde la confluencia el Peneo impone el suyo y convierte a los demás en anónimos; desemboca en el mar por un único desagüe, a través de aquel valle profundo. Explican que en épocas muy remotas todavía no existía el valle profundo ni este desagüe, y que tales ríos, y además el lago Bebeide[2390], no se llamaban con sus nombres actuales ni tenían menos caudal que ahora; con sus corrientes convertían Tesalia entera en un mar. El valle profundo por el que actualmente fluye el Peneo según la tradición tesalia[2391] lo excavó el dios Posidón, lo cual parece verosímil. Todo el que crea que Posidón sacude la tierra y que las grietas hechas por un seísmo son obra del dios, también al ver esto podrá decir que lo hizo Posidón. Pues la separación de los montes es obra de un terremoto: a mí me lo pareció.

130. Los guías, ante la pregunta de Jerjes de si el río Peneo tenía otra salida al mar, puesto que lo sabían con exactitud le respondieron: «Rey, este río no tiene otra salida al mar que no sea ésta, pues Tesalia entera está rodeada de montañas.» Y cuentan que Jerjes respondió a esto: «¡Qué listos son los tesalios! Han elegido lo seguro y hace muchísimo tiempo que han pensado en lo mejor. Han ponderado bien todas las posibilidades, principalmente que su país se puede conquistar de manera fácil y rápida: lo único que se precisa es obturar el paso por el valle al Peneo mediante un dique en su curso y hacer que refluya en tierra tesalia: a excepción de los montes, Tesalia entera se verá cubierta por las aguas.» Estas palabras apuntaban a la familia de los Alévadas[2392], que fueron los primeros de los griegos que se declararon a favor de Jerjes, y él creyó que esta declaración de amistad se podía extender a todo el pueblo tesalio. Después de esta inspección y de este diálogo, Jerjes navegó de regreso a Terme.

131. Y se quedó bastantes días en la región de Pieria[2393], pues un tercio de

su ejército se dedicaba a la tala de árboles de los bosques de la cordillera macedonia: abría paso a todo su ejército hacia el país de los perrebos. Entretanto, los heraldos que habían sido enviados a Grecia a exigir tierra y agua[2394] regresaron, unos con las manos vacías, otros con tierra y agua.

132. Entre los que las dieron hay que contar a los tesalios, los dólopes[2395], los enianes[2396], los perrebos, los locros, los magnesios, los melieos[2397], los aqueos de Ftiótide, los tebanos y el resto de los beocios, a excepción de los tespieos y los plateos. Contra ellos hicieron un pacto juramentado los griegos que habían declarado la guerra a los bárbaros. En sus términos, el pacto era éste: todos los que, a pesar de ser griegos, se hubieran pasado a los persas sin ninguna necesidad y en una época en que las cosas les iban bien debían abonar el diezmo de sus bienes al dios de Delfos.

133. En cuanto al pacto, esto es lo que hubo. Hay que aclarar que Jerjes no envió heraldos ni a Atenas ni a Esparta a pedir tierra; he ahí los motivos. Cuando, tiempo atrás, Darío había enviado allí heraldos con la misma finalidad, unos[2398] precipitaron a estos heraldos al báratro[2399], otros[2400] los habían tirado a un pozo, requiriéndoles que llevaran de él al rey agua y tierra. Por eso Jerjes no envió a nadie a pedir nada. Sobre qué cosas desagradables ocurrieron a los atenienses por haber tratado así a los heraldos, nada sé decir, a excepción de que su país y su ciudad fueron devastados, lo cual, de todos modos, yo no creo que les sucediera por esta causa.

134. Sobre los lacedemonios se abatió la cólera de Taltibio, el heraldo de Agamenón[2401]. Pues en Esparta hay un santuario de Taltibio, y viven también allí sus descendientes, los llamados taltibíadas[2402], a los que se ha conferido el honor de desempeñar todas las embajadas que Esparta envía. Después de esta fechoría, cuando los espartanos interrogaban con sacrificios a los dioses no lograban obtener augurios favorables. Y largo tiempo las cosas les fueron así. Lo cual los cargó mucho, tanto que lo consideraron una desgracia. Su comunidad se reunió con frecuencia e hizo una proclama, por si alguien de los lacedemonios estaba dispuesto a morir por Esparta. Y Espertias, hijo de Anaristo, y Bulis, hijo de Nicolao, espartanos de origen noble, y que por riquezas eran de los primeros, decidieron voluntariamente ofrecer a Jerjes satisfacción por el asesinato de los heraldos de Darío cometido en Esparta. Así que los espartanos los enviaron como quien envía a

alguien a la muerte.

135. En sí, la audacia de estos hombres es digna de admiración, y además de ella sus palabras. En su viaje hacia Susa llegan a la plaza gobernada por Hidarnes[2403]; este Hidarnes era de linaje persa, estratego de las tropas acantonadas en el litoral asiático. Los agasajó con un banquete de hospitalidad, y en plena comida les preguntó: «¡Lacedemonios! ¿Por qué rehuís haceros amigos del rey? Mirándome a mí, mirando cómo me marchan las cosas, podéis comprobar cómo sabe el rey tratar bien a los hombres nobles. Exactamente lo mismo vosotros: si confiáis en él (pues tenéis ante el rey la fama de ser nobles), cada uno de vosotros podrá disfrutar de un gobierno en Grecia, el que el rey le confiriere.» Y he aquí la respuesta de ellos: «Hidarnes, el consejo que nos das no está formulado en igualdad de condiciones[2404]. Nos aconsejas, poseedor, ciertamente, de la experiencia de una cosa, pero no de otra. Sabes bien ser esclavo, pero no has probado nunca la libertad, ignoras si es dulce o no. Si la hubieras probado, nos aconsejarías luchar por ella no ya con lanzas, sino con hachas»[2405].

136. Tal fue su respuesta a Hidarnes. Cuando desde este lugar subieron a Susa y comparecieron ante el rey, en primer lugar los alabarderos les ordenaron, recurriendo incluso a la fuerza, que se postraran ante él y que lo adoraran[2406], pero ellos aseguraron que nunca lo harían ni aún cuando los pusieran cabeza abajo, porque no figuraba entre sus leyes[2407] adorar de hinojos a un hombre y, además, no habían acudido para ello. Después, en segundo lugar, habiéndolo rechazado con tanta firmeza, dijeron a Jerjes algo parecido a esto: «Rey de los medos, los lacedemonios nos han enviado para reemplazar a los heraldos muertos en Esparta, a pagar la pena por ellos...» Todavía hablaban diciéndole esto, y Jerjes los atajó con gran magnanimidad: él no iba a ser igual que los lacedemonios, pues si éstos, matando a aquellos heraldos, habían violado las leyes admitidas por todos los hombres, él mismo no haría lo que reprochaba a otros, no sería matando a su vez como eximiría a los lacedemonios de su culpa.

137. Y así cesó, de momento, la cólera de Taltibio, a pesar del crimen que los espartiatas habían cometido y de que Espertias y Bulis regresaron a Esparta. Pero mucho más tarde tal cólera se despertó, y ello significó la guerra entre los peloponesios y los atenienses[2408], tal como dicen los

lacedemonios. En lo cual me parece que interviene algo muy divino. Que la cólera de Taltibio se abatiera sobre unos mensajeros[2409], que no se aplacara antes de surtir plenamente sus efectos, esto era algo totalmente justo, pero el hecho de que recayera precisamente sobre los hijos de estos hombres que, para desactivar aquella cólera, habían subido a presentarse al rey, me refiero a Nicolao, hijo de Bulis y al hijo de Espertias, Anaristo (el que conquistó la ciudad de Haliea, ocupada por los tirintios, mediante una nave de transporte cargada de guerreros), esto señala claramente que tal cosa viene de una divinidad. Pues los enviados por los lacedemonios al Asia fueron traicionados por Sitalces[2410], hijo de Teres, rey de Tracia, y por Nimfodoro[2411], hijo de Piteas, de Abdera, fueron capturados en Bisante[2412], en el Helesponto, remitidos al Ática y ejecutados en Atenas juntamente con Aristeas[2413], hijo de Adimanto, el corintio. Esto sucedió muchos años después de la expedición de Jerjes; aquí reanudo mi exposición anterior.

PREPARATIVOS BÉLICOS DE LOS GRIEGOS (138-178)

138. Nominalmente la campaña del rey se dirigía contra Atenas, pero en realidad iba contra Grecia entera. Los griegos, sin embargo, que lo sabían ya desde muchísimo tiempo, no lo consideraron todos de la misma manera, pues unos, los que habían dado tierra y agua al persa, confiaban en que no iban a sufrir nada desagradable por parte del bárbaro, pero a los otros, a aquellos que no le habían dado nada, les entró un gran temor, pues ni había en Grecia naves en número suficiente para afrontar a los que se les echaban encima ni tenían el deseo, por lo menos la mayoría de ellos, de enzarzarse en una guerra: habían tomado muy interesadamente partido por los medos.

139. Ahora[2414] me veo obligado a exponer una opinión inaceptable para la mayoría de los hombres; sin embargo, no me la reservaré, por cuanto a mí, desde luego, me parece acertada. Si los atenienses, por miedo al riesgo que se les acercaba, hubieran abandonado su país, o bien si no se hubieran ido, si se hubieran quedado, pero rindiéndose a Jerjes, en tal caso, nadie habría intentado enfrentarse por mar al rey. Y si nadie se hubiera enfrentado a Jerjes

por mar, en el continente habría ocurrido que, aun en el caso de que los peloponesios hubieran tendido en el Istmo muchas líneas de murallas protectoras, sus aliados los habrían dejado en la estacada no, desde luego, por su voluntad, sino inevitablemente, y ellos, los peloponesios, se habrían quedado solos, viendo tomadas sus ciudades, una tras otra, por los bárbaros. Se habrían quedado solos, habrían caído gloriosamente a pesar de haber realizado grandes gestas. O bien les habría ido así, o bien, al ver que el resto de los griegos había tomado partido por los medos, también ellos habrían llegado a un acuerdo con Jerjes. Y en ambos casos Grecia habría caído bajo la hegemonía persa. Porque yo soy incapaz de comprender el provecho extraído de los muros trazados sobre el Istmo si el rey hubiera sido dueño del mar. De manera que si ahora alguien quisiere llamar a los atenienses salvadores de Grecia no faltaría a la verdad: entre los dos bandos[2415], del lado de aquel por el que ellos decidieran tomar partido es del que caería indefectiblemente la balanza. Ellos optaron por la libertad de Grecia, y fueron ellos los que despertaron al resto de los griegos no partidarios de los persas y, naturalmente con la ayuda de los dioses[2416], fueron ellos los que rechazaron al rey. Ni oráculos horrorosos, procedentes de Delfos y que llenaban de pánico, pudieron determinarlos a abandonar Grecia, al contrario: permanecieron en sus puestos y asumieron el enfrentamiento con los que marchaban contra el país.

140. Pues los atenienses habían mandado enviados a Delfos a consultar el oráculo. Luego de haber cumplido con el ceremonial prescrito[2417], entraron en el recinto y se sentaron, y la Pitia, que se llamaba Aristónice, les recitó estos versos:

¡Tristes! Sentados, ¿qué hacéis? Tú huye al confín de la tierra
tu circular ciudad abandona, las altas montañas:
no se sostiene tu cuerpo ni tu cabeza, no quedan
firmes tus manos, tus pies tampoco debajo, tu tronco,
repelentes, porque todo lo arrasa el dios Ares
impetuoso, montado en carro sirio. Las llamas
perderán muchos más torreones y no sólo el tuyo,
serán pasto del fuego voraz muchos templos de dioses
perennes que hoy aguantan aún sudorosos: el miedo
los golpea, los altos techos rezuman oscura

sangre: prevén el desastre ineludible, futuro.
¡Salid ya del recinto, afrontad con coraje los males!

141. Los consultores atenienses oyeron esto y lo juzgaron la peor desgracia. Ya cedían al mal que les había sido vaticinado cuando Timón, hijo de Androbulo, un hombre que gozaba del máximo prestigio entre los delfios, les aconsejó que tomaran unos ramos de olivo y que recurrieran de nuevo al oráculo en calidad de suplicantes. Aquellos atenienses hicieron caso del consejo y dijeron: «¡Señor! Ofrécenos un oráculo mejor para nuestro país, por respeto a estos ramos de olivo con los cuales nos presentamos ante ti. En caso contrario no abandonaremos tu recinto, sino que nos quedaremos aquí hasta la muerte.» Dijeron esto, y la sacerdotisa mayor les vaticinó por segunda vez:

Palas Atena no puede al olímpico Zeus propiciarse
aunque le ruegue con muchas palabras y sólido ingenio,
mas otra cosa te digo, la cual es fuerte, de hierro.
Cuando resulte tomado lo otro, lo que se encierra
entre el monte de Cécrope y el Citerón santo, un muro
de madera Zeus de ancha vista dará a Tritogenia, que sea
indestructible, en provecho de ti y de tus hijos. De modo
que tú no aguardes ni luches contra jinetes ni infantes
que te ataquen, retira del continente tus fuerzas.
Gírate al Noto, porque después deberás afrontarlos.
¡Salamina del dios! Matarás de mujeres los hijos
cuando Deméter siembra o cuando siega su trigo.

142. Los consultores copiaron esto, porque parecía más suave que el anterior, y en realidad lo era, y se alejaron de allí hacia Atenas. A su llegada lo anunciaron al pueblo, y surgen opiniones muy diferentes en cuanto al sentido del oráculo, y también muy encontradas. Algunos de los ya mayores decían que para ellos el dios precisaba que la Acrópolis escaparía al desastre, pues en tiempos remotos la acrópolis de Atenas había sido protegida por una empalizada; suponían, pues, que ésta era la «muralla de madera»; otros, por el contrario, sostenían que el dios se refería a las naves, y se empeñaban en equiparlas, prescindiendo de todo lo demás. Ahora bien, los que sostenían que las naves eran «la muralla de madera» no sabían qué hacer con los últimos versos pronunciados por la Pitia:

¡Salamina del dios! Matarás de mujeres los hijos
cuando Deméter siembra o cuando siega su trigo.

La opinión de los que identificaban «naves» y «muro de madera» se veía muy contestada en razón de estos dos últimos versos, porque los exégetas oficiales[2418] entendían que si los griegos se disponían a una batalla naval serían indefectiblemente vencidos en aguas de Salamina.

143. A la sazón había entre los atenienses un hombre que desde hacía poco se confirmaba como uno de los ciudadanos principales. Se llamaba Temístocles[2419], y era hijo de Neocles. Este hombre negó que los intérpretes de los oráculos lo hubieran interpretado todo correctamente. Añadió que si la palabra pronunciada se refería realmente a los atenienses, en su opinión no habría sido dicha tan suavemente como realmente lo fue; se habría dicho: «espantosa Salamina» y no «Salamina del dios», eso si sus habitantes debían morir en lucha por ella[2420]. Pero no era tal el caso, pues, si se entendía correctamente el vaticinio, el dios lo había dicho refiriéndose a los enemigos, y no a los atenienses. Aconsejó que debían armarse para una lucha por mar, pues el muro de madera se refería a eso. Temístocles lo explicó así, y los atenienses reconocieron que esto para ellos era preferible a las palabras de los intérpretes, que no querían admitir que se armaran para una batalla naval; en resumidas cuentas, dijeron que ellos jamás alzarían la mano contra nadie, sino que abandonarían la tierra ática y que se establecerían en cualquier otro lugar.

144. Ya anteriormente[2421] a la opinión de ahora, Temístocles había formulado otra que resultó acertada. Fue cuando los atenienses habían juntado tanto dinero en el erario público, que ingresaban de las minas del Laureo, que decidieron repartírselo entre todos a razón de diez dracmas por cabeza. Y Temístocles los hizo cambiar de parecer, los hizo desistir de este reparto y dedicar el dinero a la construcción de doscientas naves; pensaba en la guerra contra los eginetas[2422]. Esta guerra, que acababa de estallar, salvó a Grecia, por cuanto obligó a los atenienses a convertirse en una potencia naval. Estas naves fueron construidas para esta ocasión, pero no llegaron a ser utilizadas, pero de esta manera Grecia dispuso de ellas para un caso de necesidad. Estas naves, pues, los atenienses ya las habían construido

anteriormente, pero hubieron de construir más. Tras la recepción del oráculo los atenienses deliberaron y resolvieron oponerse con todas sus naves y con todas sus fuerzas de tierra al bárbaro[2423] que atacaba Grecia (así obedecían al dios), ello juntamente con todos los demás griegos que estaban dispuestos a ello.

145. De manera que éstos fueron los oráculos dados a los atenienses. Bien: los griegos partidarios de la causa de Grecia[2424] se reunieron en un lugar determinado para examinar la situación y darse mutuamente palabra. En su deliberación les pareció bien empezar reconciliándose y atajando las guerras que a la sazón sostenían. Estaban implicados en varias de ellas, pero la más grave era la que había entre Atenas y Egina. Luego que supieron que Jerjes estaba en Sardes con su ejército, determinaron enviar espías a Asia, que debían averiguar el poder del rey, y legados a Argos, para establecer una confraternidad de armas contra el persa. Enviaron aun legados a Sicilia, a Gelón, hijo de Dinómenes, y a Corcira, invitándoles que ayudaran a Grecia, y aun otros a Creta. Sopesaron si de alguna manera Grecia podía convertirse en una unidad y si en una acción común podían hacer todos lo mismo, puesto que la desgracia se aproximaba a todos los griegos sin excepción. El poder de Gelón, se dijo, era grande, mucho más grande que el de cualquier otra potencia griega.

146. Tomadas estas decisiones y resueltas sus enemistades, en primer lugar enviaron al Asia a tres hombres en calidad de espías. Llegaron a Sardes e investigaron al ejército del rey, pero fueron descubiertos, los estrategos del ejército de tierra los sometieron a un interrogatorio y fueron conducidos al lugar de ejecución. Su muerte era segura. Pero Jerjes se enteró y reprochó el juicio de los generales, y envió a algunos de sus lanceros con el encargo de hacer comparecer delante de él a los espías si todavía vivían. Los encontraron aún con vida y los condujeron ante el rey. Éste les preguntó con qué finalidad habían acudido allí. A continuación mandó a los lanceros que les hicieran dar una vuelta mostrándoles toda su infantería y toda su caballería. Y cuando las hubieran contemplado a su placer debían dejarlos indemnes en el país que ellos indicaran.

147. Añadió a su orden esta justificación: si los espías morían, no había manera de que los griegos supieran ya previamente que su poder superaba

toda descripción, ni la pérdida de estos tres hombres acarrearía graves daños al enemigo. Pero si estos hombres regresaban a Grecia, en tal caso él creía —es lo que dijo— que ya antes de comenzar ellos su singladura los griegos renunciarían a su libertad, de modo que no sería necesaria la expedición y se ahorraría la molestia de marchar contra ellos.

Este parecer suyo fue similar a este otro: se encontraba en Abido, y vio unos cargueros que, procedentes del Ponto Euxino, transportaban trigo a través del Helesponto: navegaban hacia Egina y hacia el Peloponeso. Sus asesores advirtieron que se trataba de naves enemigas y se aprestaron a hundirlas, y sólo miraban al rey, aguardando sus órdenes. Jerjes les preguntó por el destino de aquellas embarcaciones. Le contestaron: «Navegan hacia tus enemigos, señor, y los proveen de trigo...» Jerjes los atajó, diciéndoles: «¿No navegamos también nosotros al mismo lugar que ellos, provistas sus naves de otras cosas y también de trigo? Pues ¿qué daño hacen estas gentes si llevan allí víveres para nosotros?»

Luego que los espías lo hubieron visto todo y hubieron quedado en libertad, regresaron hacia Europa.

148. Los griegos, que se habían juramentado contra los persas después del envío de los espías, en segundo lugar remitieron delegados a Argos. Los argivos explican que entre ellos las cosas sucedieron así: habían sabido desde el primer momento lo que, por parte de los bárbaros, se levantaba contra Grecia. Así que lo supieron y que advirtieron que los griegos les iban a pedir que se pusieran de su parte contra el persa, habían enviado legados a Delfos a consultar al dios cuál era para ellos el partido más ventajoso; muy poco antes[2425] habían perdido seis mil hombres a manos de los lacedemonios y de Cleómenes, hijo de Anaxándridas[2426]. Precisamente éste era el motivo de su misión. He aquí lo que la Pitia respondió a su consulta:

Tus vecinos te odian, te quieren los dioses inmortales;
tú con tu lanza dentro monta la guardia sentado.
¡Protégete la cabeza! Es ella la que el cuerpo ha de salvarte.

Ya previamente la Pitia les había respondido esto[2427]. Y luego, cuando los enviados llegaron de regreso a Argos se presentaron a la asamblea y expusieron lo que les había sido encargado. Pero ellos habrían respondido

que los argivos estaban dispuestos a hacerlo luego que hubieran pactado una paz para treinta años con los lacedemonios y que hubieran recibido el mando de por lo menos la mitad de toda la alianza. Desde luego, por lo menos según derecho, les correspondía el mando supremo, pero con todo se contentarían con detentar el mando sobre la mitad.

149. Ésta fue, según dicen, la respuesta del consejo, a pesar de que el oráculo les desaconsejaba hacer un pacto con los griegos. Se habrían esforzado, pese a todo temor, para llegar a una tregua de treinta años, así sus hijos durante este período de tiempo podrían llegar a hacerse hombres. Si no se llegaba a sustanciar esta tregua —es lo que habían reflexionado—; si además del desastre sufrido les caía otro encima, a saber, por obra de los persas, era de temer que desde entonces vivirían ineludiblemente sometidos a los lacedemonios. Pero los emisarios de Esparta habrían contestado a la respuesta del consejo con estas palabras: en lo referente al pacto informarían a la asamblea[2428], y en lo referente al mando, ya tenían el encargo de dar ellos mismos la explicación: debían responder que entre ellos había dos reyes, mientras que en Argos reinaba uno solo. De manera que era imposible privar del poder a uno de los reyes espartanos. Sin embargo, nada impedía que el rey de Argos decidiera conjuntamente con los dos espartanos[2429]. En estas condiciones, dicen los argivos, era imposible aceptar las pretensiones de los espartanos, y prefirireron permitir que los dominaran los bárbaros sin ceder en nada a los lacedemonios. Es lo que comunicaron a los legados, y les ordenaron abandonar el país de los argivos antes de la puesta del sol, de lo contrario serían tratados como enemigos.

150. Esto es lo que ellos, los argivos, cuentan acerca de estos hechos, pero por toda Grecia circula otra narración, a saber, que Jerjes había mandado un heraldo a Argos antes de emprender la campaña contra Grecia. El cual a su llegada, esto es lo que se cuenta, dijo: «Hombres de Argos, el rey Jerjes os dice lo siguiente: nosotros creemos ser descendientes de Persa, el nieto de Dánae, hijo de Perseo y de la hija de Cefeo, Andrómeda. De manera que descendemos de vosotros, y no está nada bien que precisamente nosotros hagamos la guerra a nuestros antepasados, pero tampoco que vosotros nos combatáis yendo en apoyo de otros[2430]. ¡Quedaos tranquilamente en casa! Si mis proyectos se cumplen, a nadie consideraré más que a vosotros.» Y se dice

que los argivos no desdeñaron en modo alguno esta proposición, y que inicialmente ni prometieron nada a los griegos ni les plantearon exigencias. Sólo cuando los griegos se lo reclamaron exigieron participar en la dirección de la Liga Peloponesia, puesto que sabían bien que los lacedemonios no iban a estar de acuerdo con esta exigencia. Fue sólo un pretexto para permanecer neutrales.

151. Algunos griegos afirman que también concuerda con ello la siguiente historia, acaecida muchos años después de estos sucesos. Se encontraban en Susa, en la residencia real, llamada Memnonia, para tratar de otro asunto, unos delegados de los atenienses, Calias, hijo de Hiponico y otros que habían subido con ellos: en los mismos días también los argivos habían enviado delegados a Susa, a preguntar a Artajerjes, el hijo de Jerjes, si continuaba vigente el tratado de amistad que habían establecido con Jerjes, o bien si los consideraban enemigos; el rey Artajerjes contestó que ciertamente estaba en plena vigencia, y que no había ciudad que él tuviera en más estima que Argos.

152. Si Jerjes mandó un heraldo a Argos a decir esto, si los delegados de los argivos subieron a Susa y preguntaron a Artajerjes en lo tocante a la amistad, esto yo no lo puedo decir con seguridad, y no expreso otra opinión que la que refieren los mismos argivos. Yo[2431] sólo sé que, si todos los hombres juntaran sus males para cambiarlos con los de los vecinos, cada uno, tras examinar las desgracias del prójimo, se llevaría consigo las mismas desgracias que hubiera traído[2432]. Por consiguiente, la conducta de los argivos no fue la más vil. Pero mi deber es informar de todo lo que oigo, no, por cierto, dar crédito a todo lo que expongo. Lo cual es válido para toda mi obra histórica. Sí, llega incluso a decirse que los argivos llamaron a los persas a Grecia para que los apoyaran, ya que en su guerra contra los lacedemonios las cosas les habían ido muy mal, y ellos querían a todo trance mejorar su situación. Hasta aquí la historia de Argos.

153. También a Sicilia llegaron otros mensajeros de los aliados a reunirse con Gelón, entre otros Siagro, de parte de los lacedemonios. El antepasado de este Gelón, un colono de Gela[2433], procedía de la isla de Telos[2434], que se encuentra junto al Triopio[2435]. Cuando Gela fue fundada por los lindios de Rodas y por Antifemo[2436], él no se quedó allí. Con el paso del tiempo sus

descendientes llegaron a hierofantes de las divinidades subterráneas[2437], y lo fueron siempre, por cuanto Telines, uno de sus ascendientes, adquirió tal oficio como sigue: unos hombres de Gela huyeron a la ciudad de Mactorio, que está al norte de Gela, porque en una revuelta habían llevado las de perder. Pero este Telines los restituyó a Gela no porque dispusiera de una fuerza militar de hombres, únicamente de las insignias sagradas de estas divinidades. De dónde las cogió, o si se las había agenciado él mismo[2438], es cosa que no puedo aclarar. De todos modos él, confiando en ellas, repatrió a aquéllos, concretamente bajo la condición de que sus descendientes debían ser hierofantes de las diosas[2439]. Con referencia a lo que me han contado me parece también un prodigio que fuera precisamente Telines quien realizara una obra tan importante. En efecto, yo he pensado siempre que hechos de esta categoría no son obra de un cualquiera, sino de un hombre dotado de bondad de alma y de fuerza viril. Y de él dicen los sicilianos todo lo contrario, que era un hombre afeminado y muelle. Como sea, fue así como se ganó esta dignidad.

154. Cuando murió el hijo de Pántares, Cleandro[2440], que había sido durante siete años tirano de Gela (lo asesinó Sabilo, un hombre natural de Gela), entonces asumió la tiranía Hipócrates[2441], hermano de Cleandro. Mientras Hipócrates ocupaba la tiranía, un descendiente del hierofante Telines, Gelón que, con muchos otros, entre los cuales se contaba Enesidemo[2442], hijo de Pateco, era alabardero[2443] de Hipócrates, fue elevado, al cabo de poco tiempo, por su capacidad, a comandante de toda la caballería. Hipócrates asediaba a los habitantes de Calípolis[2444], de Naxos[2445], de Zancle[2446], de Leontino[2447] y además a los de Siracusa y a muchos otros bárbaros, y en estas guerras Gelón fue a ojos vista el hombre más brillante. De las ciudades que he citado sólo Siracusa escapó a someterse a Hipócrates. Los siracusanos se vieron salvados por los corintios y por los corcireos, pues éstos derrotaron a Hipócrates en una batalla librada junto al río Eloro[2448]. Se salvaron gracias a una reconciliación lograda a condición de que los siracusanos entregaran a Hipócrates la ciudad de Camarina[2449]. Porque desde muy antiguo Camarina pertenecía a los siracusanos.

155. Hipócrates, a su vez, después de haber reinado tantos años como su

hermano Cleandro, murió ante la ciudad de Hibla[2450], en el transcurso de una campaña contra los sículos[2451]. Gelón entonces fingió tomar partido por los hijos de Hipócrates, Euclides y Cleandro, contra los ciudadanos, que se negaban a seguir sometidos a ellos, pero de hecho, después de haber triunfado por las armas sobre los habitantes de Gela, ejerció personalmente el poder, despojando de él a los hijos de Hipócrates. Después de este golpe de suerte, como quiera que aquellos siracusanos denominados *gamoroi*[2452] se habían visto expulsados por el pueblo y por sus propios esclavos, los llamados *cilirios*, los repatrió desde la ciudad de Casmena[2453] a Siracusa y les brindó protección[2454]. El pueblo de los siracusanos se rindió a Gelón, que marchaba contra ellos, y le entregó la ciudad.

156. Una vez dueño de Siracusa, a Gelón le importó mucho menos reinar sobre Gela, cargo que transfirió a su hermano Hierón, y él promovió Siracusa; Siracusa fue su todo[2455], progresó y floreció. Primero trasladó a todos los camarineos a ella y los hizo ciudadanos. Demolió la acrópolis de Camarina, y posteriormente con más de la mitad de los ciudadanos de Gela hizo lo mismo que con los de Camarina. Con referencia a los megareos de Sicilia[2456], que, asediados, se habían visto obligados a rendirse, condujo a Siracusa a los «gordos»[2457], que habían sido los instigadores de la guerra contra él y que, por esta razón, debían esperar la muerte, y les concedió la ciudadanía; en cuanto al pueblo llano, que no había sido en absoluto responsable de esta guerra y que, por consiguiente, no esperaba recibir ningún trato desfavorable, también fue conducido a Siracusa, y fue vendido para ser exportado fuera de Sicilia; practicó la misma discriminación con los eubeos[2458] de Sicilia. En uno y otro caso los trató así porque pensaba que la convivencia con el pueblo sencillo era muy desagradable. Es así como Gelón llegó a ser un tirano poderoso[2459].

157. Cuando los delegados de los griegos hubieron llegado a Siracusa procedieron a entrevistarse con él y le dijeron: «Los lacedemonios, los atenienses[2460] y sus aliados nos han enviado a ti para que te ganemos contra el bárbaro[2461]. Pues de éste que marcha contra Grecia te habrás enterado, sin duda, de que es un persa que ha tendido un puente sobre el Helesponto y que manda, desde Asia, todas las fuerzas de oriente. Está a punto de penetrar en

Grecia en son de guerra, y da como pretexto que marcha contra Atenas, pero lo que de verdad piensa es someter íntegramente Grecia a su poder. Pero a ti, que has alcanzado un poder tan enorme, Grecia te afecta en no pequeña parte, por cuanto gobiernas Sicilia. ¡De manera que ayuda a los que liberan Grecia, líbrala juntamente con ellos! Pues todo el pueblo griego junto concentra una fuerza considerable y estamos en condiciones de enfrentarnos a los agresores. Pero si unos de nosotros resultan traidores, si otros se niegan a prestar ayuda, y el pueblo griego sano queda reducido a unos pocos, en tal caso es de temer que Grecia entera se derrumbe. Pues no esperes que si el persa nos derrota en una batalla campal, luego no marche contra ti; toma tus precauciones antes de que las cosas lleguen a tal punto. Si tú nos ayudas, lo haces en provecho tuyo. Lo normal es que un negocio bien meditado tenga un final útil.»

158. Esto es lo que dijeron, pero Gelón les contestó con vehemencia; he ahí sus palabras: «¡Hombres de Grecia! Con palabra arrogante os habéis atrevido a exhortarme a marchar como aliado vuestro contra el bárbaro, ello cuando vosotros mismos, al solicitar yo de vosotros, tiempo atrás, ayuda contra un pueblo bárbaro (fue cuando yo me peleaba con los cartagineses[2462] y os conjuré que vengarais en Egesta el asesinato de Dorieo, hijo de Anaxándridas, para lo cual os prometí conquistar conjuntamente con vosotros aquellas plazas comerciales que tan valiosas y tan productivas os son)[2463], vosotros no acudisteis ni para ayudarme ni para vengar la muerte de Dorieo. Si la cosa hubiera dependido de vosotros, ahora Sicilia entera estaría en manos de los bárbaros. Pero a nosotros la cosa se nos ha girado en bien y nos va cada vez mejor. ¡Y ahora, cuando la guerra os asfixia a vosotros mismos, ahora recordáis a Gelón! A pesar de todo, me niego a pagaros el desprecio con que me rechazasteis con un desprecio equivalente. Estoy dispuesto a ayudaros, y os proporcionaré doscientos trirremes, veinte mil hoplitas, dos mil jinetes, dos mil arqueros, dos mil honderos, y un contingente de caballería ligera compuesto por dos mil hombres[2464]. Asumo el aprovisionamiento de trigo a todo el ejército griego mientras dure la guerra. Sin embargo, lo prometo bajo la condición de que me nombréis jefe, comandante supremo de los griegos en esta guerra contra los persas. Si no me aceptáis esta condición ni voy ni os envío tropas.»

159. Cuando Siagro lo oyó, no se pudo contener y le dijo: «¡Y cómo

gemiría el pelópida Agamenón[2465] si llegara a enterarse de que Gelón y los siracusanos han arrebatado el mando a los espartanos![2466]. No pienses más en esa condición de que te vamos a transferir el mando. Si verdaderamente quieres ayudar a Grecia, has de saber que estarás subordinado a los lacedemonios. Y si no te parece indicada esta subordinación, en tal caso empieza por no ayudarnos.»

160. Cuando Gelón vio que las palabras de Siagro eran de desdén hizo esta última propuesta: «¡Huésped espartano! Los insultos que hieren a un hombre normalmente excitan en él la cólera. Y tú en tu intervención te has mostrado muy soberbio, pero no lograrás que en mi respuesta yo pierda mi compostura. Puesto que os empeñáis tanto en la pretensión del mando, lo adecuado sería que yo aún más que vosotros insistiera en mis exigencias, puesto que soy jefe de un ejército mucho mayor y mando muchas más naves. Pero, en vista de que vuestro discurso ha sido tan negativo, voy[2467] a ceder algo de mi proposición anterior. Si a vosotros os complace[2468] el mando del ejército de tierra, en tal caso concededme el de la flota, y si os agrada mandar las fuerzas marítimas, yo me avengo a mandar las de tierra. La alternativa es: u os avenís a ello, o bien os largáis, perdiendo así un aliado tan importante». Ésta fue la propuesta de Gelón. Y el delegado ateniense se adelantó a los espartanos y le contestó con estas palabras:

161. «Rey de los siracusanos, Grecia nos ha enviado porque necesitamos un ejército, no un jefe. Pero tú no pareces dispuesto a enviar un ejército si no capitaneas Grecia: ser el jefe militar de Grecia es tu anhelo más ardiente. Si te limitaras a reclamar el mando de todas las fuerzas griegas nosotros, los atenienses, guardaríamos silencio, porque sabemos muy bien que los lacedemonios son capaces de replicarte defendiendo nuestros intereses a la par que los suyos. Pero cuando vemos que rehúsas el mando de todas las fuerzas reclamando, sin embargo, el de la flota, incluso si se da el caso de que los lacedemonios te lo concedan, nosotros no te lo concedemos de ninguna manera, porque nos corresponde, ello en el supuesto de que los lacedemonios no lo quieran ejercer. A ellos, si lo quieren, no vamos a disputárselo. Pero el almirantazgo no lo vamos a ceder a nadie más. En tal hipótesis, en vano habríamos adquirido la flota más poderosa de Grecia. Somos atenienses y cederíamos el mando a los siracusanos, nosotros, que constituimos el pueblo

más antiguo de Grecia y que somos los únicos griegos que no hemos cambiado de país; de uno de nosotros dice Homero, el poeta épico, que acudió a Troya y que fue el hombre más diestro en formar el ejército y disponerlo en orden de batalla[2469]. En estas condiciones podemos hablar como hablamos sin merecer reproches.»

162. Y replicó Gelón: «Extranjero de Atenas, me parece que vosotros tenéis a los que mandan, pero que no tendréis a los que van a ser mandados[2470]. Puesto que sin ceder nada lo queréis todo, podéis tomar inmediatamente el camino del regreso para anunciar a Grecia que a este año le han robado la primavera»[2471]. [El sentido[2472] de la expresión es éste: evidentemente, de la misma manera que en el año la primavera es lo más brillante, también las tropas de Gelón lo son en el ejército griego; comparaba, pues, a Grecia, privada de la alianza con él, con el año desprovisto de primavera.]

163. Tras esta negociación con Gelón, los legados de los griegos zarparon de regreso. En cuanto a la situación Gelón, por su parte, recelaba de los griegos, de que no estuvieran en condiciones de superar a los bárbaros, pero consideraba terrible e insoportable acudir al Peloponeso para ser mandado por los lacedemonios, él, que era tirano de Sicilia. Abandonó, pues, esta vía y se atuvo a otra. Así que fue informado de que el persa había cruzado el Helesponto mandó a Delfos a Cadmo, hijo de Escitas[2473] de Cos, con tres penteconteros repletos de tesoros, y le dio instrucciones pacíficas. Debía esperar el desenlace de la batalla: si triunfaba el bárbaro, debía entregarle los tesoros y agua y tierra de todos los territorios gobernados por Gelón, pero si triunfaban los griegos debía reintegrárserlo todo.

164. Ya antes de tales sucesos, este Cadmo había recibido[2474] de su padre la tiranía sólidamente instalada sobre la isla de Cos, y luego voluntariamente, sin que lo amenazara nada malo, sino por pura justicia, había abdicado de su autoridad en el pueblo[2475] de Cos y se había trasladado a Sicilia, donde con la ayuda de los samios se apoderó de la ciudad de Zancle y se instaló en ella, que había cambiado su nombre por el de Mesana[2476]. Cadmo era así, y tales fueron las circunstancias en que llegó a Sicilia, movido por un sentimiento de justicia[2477]; Gelón, que ya en otras ocasiones había comprobado en él esta

virtud, lo envió, pues, con tal misión. Entre todas las acciones justas que Gelón llevó a cabo no es ésta la menor que se recuerda de él: administrador de grandes cantidades de dinero que Gelón le había confiado, podía apropiárselas, y no lo hizo: tras la victoria de los griegos en la batalla naval, cuando Jerjes se batía en retirada, él, desde luego, zarpó de regreso hacia Sicilia y devolvió a Gelón todo su dinero.

165. En Sicilia hay todavía otra tradición. Se cuenta que Gelón también se habría declarado dispuesto a apoyar a los griegos incluso bajo el mando de los lacedemonios, pero precisamente en aquel mismo tiempo el tirano Terilo, hijo de Crinipo, expulsado anteriormente de Hímera por el rey Terón, hijo de Enesidemo, marchaba contra él. Su ejército se componía de trescientos mil hombres entre fenicios[2478], libios[2479], iberos[2480], lígures[2481], elísicos[2482], sardonios y cirnios[2483]; lo mandaba Amílcar, rey de los cartagineses, hijo de Hanón. Terilo era huésped de Amílcar y el principal promotor de la campaña era Anaxilao, hijo de Cretines, tirano de Regio, que había entregado a sus propios hijos como rehenes a Amílcar para que éste atacara Sicilia y vengara a su suegro, ya que Anaxilao tenía como esposa a una hija de Terilo que se llamaba Cidipe. De manera que Gelón no estaba en condiciones de apoyar a los griegos y por eso mandó el dinero a Delfos.

166. Cuentan además en Sicilia que la batalla victoriosa de Gelón y Terón contra Amílcar y los cartagineses se libró en el mismo día en que tuvo lugar la victoria de los griegos sobre los persas en Salamina[2484]. El mismo Amílcar, cuyo padre era cartaginés y cuya madre procedía de Siracusa —los cartagineses le habían nombrado rey por su arrojo—, desapareció sin dejar rastro durante la batalla. No se le vio nunca más ni vivo ni muerto, aunque Gelón mandó buscarlo por todas partes.

167. Y hay también otra narración ofrecida por los cartagineses mismos y que no es del todo inverosímil: los bárbaros y los griegos de Sicilia habrían luchado desde el amanecer hasta muy entrado el atardecer —tan larga fue, dicen, la refriega—, pero durante todo ese tiempo Amílcar se había quedado en el campamento ofreciendo sacrificios que le daban presagios favorables: había quemado en una hoguera gigantesca cuerpos enteros de víctimas[2485]. Pero, cuando observó la desbandada de sus propias gentes, se precipitó él mismo al fuego en el momento en que libaba sobre las víctimas. De manera

que se quemó y se hizo invisible. Y a este Amílcar convertido en invisible —puede que sea tal como dicen los fenicios o de alguna otra manera— empezaron ofreciéndole sacrificios, y luego le erigieron monumentos en todas las fundaciones de sus ciudades; el mayor está en la propia Cartago. En cuanto a Sicilia, todo lo que hay es esto.

168. Los corcireos[2486], por su parte, tras dar a los legados la respuesta que vamos a exponer, he aquí lo que hicieron. Fueron las mismas personas que habían acudido a Sicilia las que intentaron ganarse también a éstos: les dijeron lo mismo que habían dicho a Gelón. Y los corcireos prometieron al punto enviar refuerzos, porque se daban cuenta de que para ellos la ruina de Grecia sería insoportable, ya que si Grecia se hundía en el desastre, ellos mismos quedarían reducidos a esclavitud desde el primer instante. Por tanto, sí, era preciso ayudar con todas las fuerzas. De modo que respondieron con bellas palabras, pero luego, cuando ya debían ayudar, cambiaron de idea, equiparon bien sesenta naves, que, de todas formas, apenas avanzaron por el mar; se limitaron a tocar las costas del Peloponeso; fondearon en aguas de Pilos y del cabo Ténaro[2487], que depende del país de los lacedemonios, aguardando también ellos a ver hacia dónde se inclinaba la guerra. No creían en absoluto que los griegos llevaran ventaja, sino que estaban convencidos de que los persas se alzarían con un gran triunfo y de que subyugarían Grecia por completo. Actuaban premeditadamente para poder decir al rey persa: «¡Rey! Los griegos nos rogaban que nos uniéramos a ellos para esta guerra, nosotros disponíamos de fuerzas que no eran escasas, el contingente de naves que podíamos aportar no era el más pequeño: habría sido el mayor después del de los atenienses. Pero no hemos querido oponernos a ti ni hacer nada que te resulte desagradable.» Pensaban que con este lenguaje obtendrían un trato mejor que el dado a los demás, y yo creo, desde luego, que habría sido así. Y por lo que se refiere a los griegos, se buscaron una excusa que realmente hicieron valer: cuando se vieron reprochados por no haber acudido en ayuda de Grecia, declararon que habían equipado sesenta trirremes, pero que los vientos etesios[2488] les habían impedido doblar el cabo Malea[2489], y que fue por esta razón por lo que ellos no llegaron a tiempo a Salamina: no había habido ninguna dejadez, por su parte, en el retraso con que llegaron[2490]. Así eludieron los reproches de los griegos.

169. Y he aquí lo que hicieron los cretenses cuando los griegos delegados para esta misión intentaron ganárselos. Tras deliberarlo en comunidad enviaron consultores a Delfos a inquirir si su situación mejoraría en el caso de que ellos ayudaran a la causa griega. La Pitia les contestó: «¡Insensatos! Lamentaos[2491] de las lágrimas que os hizo verter la cólera de Minos[2492] por la ayuda que ofrecisteis a Menelao! Pues los espartanos no os ayudaron a vengar su muerte[2493], ocurrida en Cámico, pero vosotros los ayudasteis a vengar la mujer raptada de Esparta por un hombre bárbaro.» Cuando los cretenses oyeron esta respuesta se abstuvieron de ayudar.

170. En efecto[2494], explican que Minos, cuando andaba buscando a Dédalo, llegó a Sicania, la actual Sicilia, donde murió violentamente. Algún tiempo después todos los cretenses, por mandato de un dios, a excepción de los de Policna y los de Preso[2495], se llegaron a Sicilia con un gran ejército y asediaron durante cinco años la ciudad de Cámico, que en mi época habitaban los agrigentinos. Pero ni lograban tomar la plaza ni se podían quedar más; finalmente, constreñidos por el hambre, abandonaron la ciudad y se fueron. Cuando en su navegación estaban a la altura de Yapigia los atrapó una gran tormenta que los lanzó a tierra. Sus naves quedaron astilladas y para ellos desapareció cualquier posibilidad de aparecer por Creta. De modo que fundaron la ciudad de Hiria[2496], se establecieron allí, cambiaron su nombre y de cretenses que eran pasaron a ser mesapios yapigios[2497]; se convirtieron en habitantes del continente, ellos, que antes eran isleños. Desde la ciudad de Hiria[2498] poblaron otras, que mucho tiempo después se vieron destruidas por los tarentinos[2499], los cuales, con todo, al intentar expulsarlos sufrieron graves pérdidas, hasta el punto de que precisamente aquí[2500] se produjeron las mayores matanzas de que tenemos noticia entre griegos, tanto de los mismos tarentinos como de reginos[2501], los cuales, por su condición de ciudadanos, se vieron obligados por Micito, hijo de Quero, a acudir en ayuda de los tarentinos; de éstos murieron tres mil; los muertos tarentinos fueron incontables. Micito fue un servidor[2502] de Anaxilao, que le había confiado el cargo de gobernador[2503] de Regio. Él fue quien, al verse obligado a abandonar esta plaza, se estableció en Tegea, en la Arcadia, y consagró en Olimpia la mayoría de las imágenes[2504].

171. Pero mi relato acerca de los de Regio y Tarento sólo ha sido un paréntesis en mi historia. Hasta Creta, totalmente despoblada —así lo dicen los presios[2505]—, emigraron, entre otras gentes, principalmente griegos. La guerra de Troya estalló tres generaciones[2506] después de la muerte de Minos, y es cosa clara que en esta guerra los cretenses no fueron los peores aliados de Menelao. Después de su regreso de Troya se vieron azotados por el hambre y la peste, ellos y sus ganados, hasta que, después de una segunda despoblación de Creta, la repoblaron los cretenses terceros, junto con los escasos supervivientes de la anterior. De manera que la Pitia se lo recordó y los contuvo cuando se disponían a ayudar a los griegos.

172. Forzados por la necesidad[2507], los tesalios inicialmente optaron por los medos, pero demostraron claramente que les desagradaba lo que maquinaban los Alévadas. Y así que se enteraron de que el persa planeaba pasar a Europa enviaron delegados al Istmo. En él se habían reunido delegados de los griegos, elegidos por aquellas ciudades que abrigaban los mejores designios para Grecia. Los mensajeros de los tesalios, pues, llegaron allí y dijeron: «¡Hombres de Grecia! Hay que vigilar el acceso por el Olimpo[2508], para que Tesalia y Grecia entera estén a cubierto de la guerra. Nosotros nos prestamos a colaborar en esta vigilancia, pero vosotros debéis mandar un ejército potente. Si no lo mandáis, sabed que nosotros llegaremos a un acuerdo con el persa. Pues no puede ser que nosotros montemos la guardia tan lejos del resto de Grecia y que muramos sólo por vosotros. Si no nos queréis ayudar no podréis ejercer sobre nosotros ninguna presión, pues la coacción nunca fue más fuerte que la impotencia. Pero vamos a intentar encontrar una salvación, la que sea.» Esto es lo que dijeron los tesalios.

173. Ante esto, los griegos decidieron enviar a Tesalia, por mar, un ejército de tierra para precaver la invasión. Una vez concentradas las tropas, navegaron por el Euripo[2509]; llegadas a Alo[2510], en Acaya, desembarcaron, dejaron las naves allí y se dirigieron a Tesalia, hasta que llegaron al Tempe, el paso que lleva, desde la Baja Macedonia, a Tesalia por el valle del río Peneo, y que se encuentra entre los montes Olimpo y Osa. Acamparon allí unos diez mil hoplitas griegos que se habían concentrado, a los que había que sumar la caballería tesalia. Los comandantes eran: por los lacedemonios Evéneto, hijo de Careno, elegido de entre los polemarcos[2511] aunque no era

de linaje real[2512], y por los atenienses Temístocles, hijo de Neocles. Permanecieron allí pocos días, porque les llegaron mensajeros del macedonio Alejandro, hijo de Amintas[2513], a aconsejarles que se alejaran y que no se quedaran en el desfiladero, que no permitieran que el ejército que se acercaba los aplastara. Les indicaron el número de hombres y de naves. Cuando les dieron este consejo —parecía que les aconsejaban algo útil, y era evidente que el macedonio les era bienintencionado— lo atendieron. Creo que lo más convincente fue el temor, cuando supieron que, además, había otro paso hacia Tesalia, a saber, por la Alta Macedonia, por el país de los perrebos, junto a la ciudad de Gono, por donde realmente entró el ejército de Jerjes. Cuando los griegos embarcaron de nuevo en las naves navegaron retrocediendo hacia el Istmo.

174. Esta expedición a Tesalia tuvo lugar cuando el rey estaba a punto de pasar de Asia a Europa y ya se encontraba en Abido. Los tesalios, abandonados por sus aliados, optaron muy sinceramente por los medos, sin vacilaciones, hasta el punto de que para las empresas del rey fueron gente muy útil.

175. Los griegos, así que llegaron al Istmo, deliberaron a tenor de las indicaciones de Alejandro sobre cómo debían hacer la guerra, y en qué frentes. La opinión que prevaleció fue la de que se debía custodiar el paso de las Termópilas. Efectivamente, era más angosto que el desfiladero hacia Tesalia, y era el único que, al mismo tiempo, estaba cerca de su propio país. Pero del sendero por el cual más tarde fueron capturados los griegos que se vieron atrapados[2514] en las Termópilas, de la existencia de tal sendero no supieron nada hasta que, llegados a las Termópilas, los traquinios[2515] les informaron de ello. De manera que determinaron defender este paso e impedir que por él los persas entraran en Grecia. La flota debía navegar hacia el cabo Artemisio[2516] en el territorio de Histiea[2517]. Estos lugares están a poca distancia uno de otro, de manera que desde uno se puede saber fácilmente lo que ocurre en el otro.

176. Estos parajes son así. Primero el Artemisio: el mar de Tracia, que es muy dilatado, se va estrechando y conduce a un canal angosto que separa la isla de Escíatos de la Magnesia continental[2518]. A continuación de este estrecho se halla inmediatamente, en Eubea, el Artemisio, que es una playa

en la que hay un santuario dedicado a Ártemis. Por otro lado, la entrada a Grecia por el país de Traquis mide, en su lugar más estrecho, medio pletro[2519] de ancho, pero no es ese punto aquel en que se encuentra el paso más angosto de todo este país; hay uno delante y otro detrás de las Termópilas; por detrás, cerca de Alpeno, que está en la salida, por allí pasa solamente un carro, y por delante, cerca del río Fénix, al lado de la aldea de Antela, exactamente lo mismo. Por el oeste las Termópilas se ven limitadas por un monte escarpado e inaccesible, muy alto, que se extiende hacia el Eta. Por el este el mar y una región pantanosa limitan, a su vez, con las Termópilas. En este desfiladero de las Termópilas hay unas fuentes de aguas calientes que los habitantes del país llaman *Ollas*[2520]; no lejos de ellas hay un altar dedicado a Heracles. En el desfiladero había, atravesado, un muro, en el cual antiguamente había practicada una puerta. Los focenses lo habían levantado para defenderse de los tesalios cuando éstos se salieron del país de los tesprotos y se establecieron en el país eolio, en el que todavía hoy residen. Los tesalios intentaron someter a los focenses, los cuales tomaron estas precauciones; además, habían canalizado las aguas calientes hacia la entrada del desfiladero para que el lugar se convirtiera en una ciénaga. Todo ello era para imposibilitar la irrupción de los tesalios en su territorio. Pero entonces el muro era ya viejo y en buena parte se había desmoronado. Los griegos decidieron reconstruirlo para obstaculizar así la penetración de los persas en Grecia. Al lado mismo del camino hay la aldea llamada Alpeno, y era de ella de donde las tropas griegas pensaban aprovisionarse de víveres.

177. Éstos son los parajes que a los griegos les parecieron apropiados; luego de haberlo examinado todo y de haber calculado que por ahí los bárbaros no podrían ni sacar partido de sus masas de combatientes ni desplegar su caballería, decidieron esperar en ese lugar a los que marchaban contra Grecia. Al enterarse de que el persa ya se encontraba en Pieria[2521] levantaron la asamblea y marcharon desde el Istmo a la guerra, unos a pie hacia las Termópilas, otros por mar hacia el cabo Artemisio.

178. Los griegos corrieron a marchas forzadas a ocupar las posiciones que habían determinado, y los delfios, aterrorizados, solicitaron de su dios un oráculo para ellos mismos y para Grecia entera. El oráculo que se les dio fue que debían rogar[2522] a los vientos, pues ellos serían para Grecia unos aliados

poderosos[2523]. Los delfios creyeron el oráculo del dios e inmediatamente comunicaron a todos los griegos que quisieran ser libres el oráculo que habían recibido. Por este aviso, dado a gentes a las que los bárbaros horrorizaban, tienen derecho a un agradecimiento imborrable. Después dedicaron a los vientos un altar en el lugar llamado Tuya, donde está el recinto sagrado dedicado a Tuya[2524], hija del Cefiso; de ella tomó el nombre este lugar. Allí impetraron su protección con sacrificios. Por este oráculo impartido los delfios todavía hoy ofrecen sacrificios propiciatorios a los vientos.

Los primeros choques (179-195)

179. Pero la flota de Jerjes zarpó de la ciudad de Terme y con las diez naves más maniobreras se aproximó directamente a Escíatos. Allí había, apostadas como primera guardia, tres naves griegas, una de Trecén, otra de Egina y otra ática. Cuando estas naves avistaron a los bárbaros, se dieron a la fuga.

180. Los bárbaros se lanzaron inmediatamente a la persecución de la nave de Trecén y la apresaron; la mandaba Praxino. Escogieron al hombre más apuesto de la dotación[2525], lo condujeron a la proa de la nave y allí lo decapitaron[2526]; juzgaban que era un buen agüero para ellos que el primero de los griegos que habían cogido prisionero fuera un hombre tan bello. Este soldado asesinado se llamaba León, y quizás debió a su nombre su triste suerte.

181. Pero la nave de Egina, capitaneada por Asónides, les ocasionó muchas dificultades, porque Piteas[2527], hijo de Isquénoo, formaba parte de su dotación, y fue un hombre que en ese día demostró ser un héroe. Cuando la nave ya había sido apresada él se resistió luchando durante largo tiempo, hasta que lo cosieron a heridas por todas partes. Cuando por fin se desplomó, pero no muerto, sino que aún respiraba, los persas que formaban la dotación de las naves[2528] consideraron cosa muy importante, a causa de su coraje heroico, mantenerle vivo. Le curaron las heridas con mirra y se las vendaron

con lienzos de lino, y cuando regresaron a su campamento lo mostraron con una gran admiración a todo el ejército, y lo trataron bien. A los demás que capturaron en esta nave los trataron como esclavos.

182. O sea, que dos de estas naves fueron botín de guerra; la tercera, cuyo capitán era Formo de Atenas, logró escapar, pero en su huida encalló en unos bajíos en la desembocadura del Peneo. Los bárbaros se apoderaron de la nave sin poder capturar a la tripulación. Los atenienses, luego de embarrancar la nave, saltaron de ella y llegaron a Atenas tras atravesar Tesalia.

183. Los griegos apostados en Artemisio se enteraron de ello por señales de fuego[2529] hechas desde Escíatos. Al saberlo se llenaron de pavor, abandonaron Artemisio y se fueron a fondear a Calcis, para vigilar el Euripo[2530]. Y establecieron centinelas en las alturas de Eubea.

De las diez naves de los bárbaros, tres tocaron tierra cerca del escollo que hay entre Escíatos y Magnesia, llamado Mirmex[2531]. Allí fijaron una estela de piedra[2532] que llevaban consigo; la clavaron en lo alto del escollo, y ellos mismos, eliminados los obstáculos, zarparon de Terme con su flota íntegra once días después que el rey hubiera dejado la misma plaza. El escollo, que se encontraba precisamente en las aguas por las que debían pasar, se lo había señalado Pamón de Esciro[2533]. Después de un día de navegación los bárbaros llegaron a Sepíade, en Magnesia, concretamente a la costa que va desde la ciudad de Castanea al cabo Sepíade.

184. Hasta este lugar y hasta las Termópilas, el ejército persa no sufrió ningún descalabro; según mis cálculos entonces sus efectivos eran los siguientes: en las naves procedentes de Asia, que eran dos mil doscientas siete, las primeras tropas, aportadas por los diferentes pueblos, suponían doscientos cuarenta y un mil cuatrocientos hombres, computando a razón de doscientos hombres en cada nave, ello sin contar que a bordo de cada una, además de los indígenas, había treinta guerreros persas, medos o sacas[2534], lo que arroja, para estas otras tropas, una cifra de treinta y seis mil doscientos diez hombres. A este número y al primero debo añadir todavía las tripulaciones de los penteconteros, en el supuesto de que había aproximadamente ochenta hombres por unidad naval. Ya he dicho antes[2535] que las naves de este tipo[2536] eran tres mil: por lo tanto, a bordo de ellas

había doscientos cuarenta mil hombres. Éstos fueron, pues, los efectivos de la flota procedente de Asia, en total quinientos diecisiete mil seiscientos diez hombres.

El número de soldados de infantería subía a un millón setecientos mil hombres, y las tropas de caballería arrojaban un total de ochenta mil, a las que hay que sumar los escuadrones de árabes, que montaban camellos, y los de libios, que guiaban los carros, cuyo número, entre unos y otros, yo cifro en veinte mil. De modo que, si sumamos los efectivos del ejército de tierra y los que, como sea, iban a bordo de las naves, el total da una cifra de dos millones trescientos diecisiete mil seiscientos diez componentes. Con esto me he referido estrictamente al ejército conducido desde Asia, sin contar el séquito de la servidumbre[2537] ni las embarcaciones destinadas al transporte de víveres que tal ejército llevaba consigo.

185. Al recuento de este ejército debe añadirse, naturalmente, el procedente de Europa, pero advierto que en este cálculo sólo puedo atenerme a conjeturas. Los griegos de Tracia y de las islas adyacentes[2538] aportaron ciento veinte naves. A bordo de ellas iban veinticuatro mil hombres, mientras que las tropas de infantería que suministraron tracios, peonios, eordos[2539] botieos[2540], pueblos de la Calcídica, brigos[2541], píeres[2542], macedonios, perrebos[2543], enianes[2544], dólopes, magnesios, aqueos y todos los pueblos que ocupan la costa de Tracia, las aportaciones, insisto, de estos pueblos, ascendían a trescientos mil hombres. Por consiguiente, esas decenas de miles de hombres, sumadas a las que llegaron desde Asia, aumentan el total, por lo que a combatientes se refiere, a dos millones seiscientos cuarenta y un mil seiscientos diez hombres.

186. El número de combatientes era tan crecido, pero la servidumbre que los seguía, y, además, los que iban a bordo de los cargueros de víveres y en las demás embarcaciones que navegaban junto con el ejército, yo creo que no eran menos, sino más que los propios combatientes. Voy a suponer que los números coinciden, y que no eran ni más ni menos: en tal caso debemos doblar la cifra y Jerjes, hijo de Darío, condujo a la Sepíade y a las Termópilas una masa de hombres de cinco millones doscientos ochenta y tres mil doscientos veinte hombres.

187. Tal fue el número, en conjunto, de todo el ejército persa. Pero nadie

puede indicar el número de cocineras, de concubinas, de eunucos, y tampoco el de animales de tiro ni el de acémilas y perros indios[2545]; de todos modos, la cifra sería enorme. De modo que no me extraña que el caudal de algunos ríos se secara; en cambio, sí que me extraña que encontraran alimento suficiente para tantos miles de millares. Si cada hombre recibía diariamente sólo un quénice de trigo, esto arroja, si se quiere calcular, ciento diez mil trescientos cuarenta medimnos. Y aquí no cuento, de ninguna manera, la manutención de mujeres, eunucos, acémilas y perros.

Y entre todos estos millares no había nadie que pudiera rivalizar en gallardía ni en estatura con Jerjes, ni nadie era más digno del mando que él.

188. Cuando[2546] la flota persa, tras haber zarpado, alcanzó la costa de Magnesia entre la ciudad de Castanea y el cabo Sepíade los buques que navegaban a la cabeza anclaron en la misma[2547] orilla, y los restantes fondearon a continuación. La playa allí no era extensa, de manera que lo hicieron con las proas giradas hacia el mar[2548] en filas de ocho naves. Y pasaron la noche en esta posición. Pero al amanecer, aunque el cielo estaba sereno y había calma chicha, el mar empezó a picarse y sopló un fortísimo viento del noroeste[2549] que la gente del país llama helespontio. Todos los que advirtieron el aumento de la fuerza del viento y tenían las naves en un lugar apropiado previeron el temporal y pusieron sus naves en tierra; ellos y sus naves se salvaron. Pero de todas las naves que el temporal atrapó en alta mar, a unas el viento las arrastró a la zona del Pelión conocida con el nombre de Ipnos, y a otras hasta la costa. Unas se estrellaron en el mismo cabo Sepíade y otras frente a la ciudad de Melibea[2550], otras fueron lanzadas a tierra por Castanea. Este temporal fue en verdad desmesurado.

189. Hay una historia según la cual los atenienses, siguiendo un consejo divino, habrían invocado al Bóreas[2551], ya que tiempo atrás les había llegado otro oráculo según el cual debían invocar la protección de «su yerno». La leyenda griega explica que Bóreas tiene una esposa ática, llamada Oritia[2552], hija de Erecteo[2553]. Los atenienses (por lo que se dice) conjeturaron, desde luego por este enlace, que Bóreas era «su yerno». A la altura de Calcis, en Eubea, observaban desde sus naves, y cuando notaron que el temporal arreciaba, o quizás ya antes, ofrecieron un sacrificio a Bóreas y a Oritía para

que los ayudaran, para que aniquilaran a la armada persa, tal como ya habían hecho en Atos. Yo no puedo decir si fue por esto por lo que el Bóreas se abatió sobre las naves bárbaras fondeadas, pero los atenienses aseguran que ya en ocasiones anteriores el Bóreas los había secundado y que entonces había levantado aquel temporal. Tras su regreso erigieron un santuario al Bóreas junto al río Iliso.

190. Según las indicaciones de aquellos que dan las cifras más pequeñas, en este desastre se perdieron no menos de cuatrocientas naves, el número de hombres desaparecidos es incalculable, así como la cantidad de tesoros malogrados. A un hombre magnesio, Amínocles, hijo de Cretines, que tenía unas tierras cerca del cabo de Sepíade[2554], este desastre naval le significó una gran suerte, pues reunió una gran cantidad de copas de oro y de plata que habían sido arrojadas a la costa, encontró los tesoros de los persas y se hizo con una cantidad incalculable de otros objetos preciosos. Si hasta aquel momento había sido un hombre poco afortunado, aquellos hallazgos hicieron de él un hombre muy rico. Pues había debido soportar una infeliz desgracia que le había dolido en extremo, la muerte de sus hijos[2555].

191. El número de las naves de carga que transportaban trigo y el de las otras embarcaciones que resultaron aniquiladas fue imposible de determinar porque los estrategos de las fuerzas navales, por temor a un ataque de los tesalios a consecuencia de esta catástrofe, levantaron un muralla muy alta con el maderamen de las naves, con la cual se protegieron. El temporal causó estragos durante tres días. Finalmente los magos lo acabaron[2556] por medio de la ofrenda de víctimas[2557] y por conjuros a grito pelado dirigidos a aquel viento; al cuarto día añadieron sacrificios ofrecidos a Tetis y a las Nereidas; yo no niego la posibilidad de que el temporal se calmara por sí mismo[2558]. El sacrificio a Tetis se debió a que se enteraron por los jonios de que Tetis había sido raptada por Peleo en esta región, y de que todo el cabo Sepíade les pertenece, a ella y a las demás Nereidas.

192. De modo que al cabo de cinco días el temporal ya había amainado. Desde el día siguiente al de su estallido los observadores apostados en las alturas de Eubea corrieron a señalar a los griegos todo lo ocurrido en aquel naufragio. Cuando éstos lo supieron oraron[2559] a Posidón Salvador ofreciéndole libaciones y regresaron a toda prisa a Artemisio; abrigaban la

esperanza de encontrar la oposición de sólo unas pocas naves enemigas. De manera que acudieron por segunda vez a la región de Artemisio, donde fondearon. Desde entonces acostumbran a aplicar la advocación de «salvador» al dios Posidón; la referencia es a esto.

193. Pero, cuando el viento cesó y el oleaje se hubo calmado, los bárbaros botaron sus naves al mar y navegaron flanqueando el continente. De manera que doblaron la extremidad de Magnesia y navegaron directamente hacia el golfo que conduce a Págasas[2560]. En este golfo de Magnesia hay un lugar donde, según se cuenta, Jasón y sus compañeros mandaron desde la nave Argo a Héracles a por agua y allí lo abandonaron. Fue cuando viajaban en busca del vellocino hacia Ea [en la Cólquide]. Proyectaban aprovisionarse de agua en Ea y desde ahí navegar con rumbo a mar abierto. Por ello este lugar ha recibido el nombre de Áfetas[2561]. Aquí es donde las gentes de Jerjes establecieron su fondeadero.

194. Quince de estas naves resultó casualmente que quedaron en último lugar por haberse alejado mucho de la costa, y quizás avistaron a las naves griegas emplazadas junto al Artemisio. Los bárbaros las tomaron por suyas, navegaron hacia ellas y fueron a caer en manos del enemigo. Estas naves iban al mando del gobernador de Cime[2562], en la Eólide, que era el hijo de Tamasio, Sandoces, a quien, como es bien sabido, algún tiempo después el rey Darío mandó crucificar, a pesar de que pertenecía al cuerpo de jueces reales; fue por lo que sigue: Sandoces se había dejado sobornar por dinero y había emitido una sentencia injusta. Ya lo habían crucificado cuando Darío reflexionó que Sandoces había aportado a la casa real más beneficios que perjuicios. Se dio, pues, cuenta de ello y de que había obrado con más precipitación que inteligencia, de manera que mandó bajarlo de la cruz. Se salvó así del rey Darío y no murió: quedó en vida. Pero ahora, que cayó en manos de los griegos, ya no iba a escapar por segunda vez. Pues los griegos, al ver que los otros navegaban hacia ellos, advirtieron el error en que los persas habían incurrido. Salieron contra ellos y les costó muy poco cogerlos prisioneros.

195. En una de estas naves capturaron a Aridolis, que navegaba en ella, tirano de Alabanda[2563], en Caria; en otra capturaron al comandante pafio Pentilo, hijo de Demónoo, que había traído consigo desde Pafos[2564] doce

navíos, de los cuales había perdido once en el temporal de Sepíade. Lo capturaron cuando navegaba con el que le quedaba hacia Artemisio. Los griegos recabaron de éstos toda la información que deseaban acerca del ejército de Jerjes. Y luego los enviaron, encadenados, al istmo de Corinto.

LAS LUCHAS EN LAS TERMÓPILAS (196-239)

196. De manera que, a excepción de las quince naves que, según he explicado, mandaba Sandoces, la flota de los bárbaros llegó a Afetas. Jerjes y su ejército de tierra, que había marchado a través de Tesalia y de Acaya[2565], hacía tres días que se encontraba ya en territorio de los malios, en Tesalia. En este territorio organizó un concurso para sus propios caballos, y así puso a prueba a la caballería tesalia, porque lo habían informado de que era la mejor que había entre los griegos. Pero los caballos griegos quedaron muy rezagados. De los ríos tesalios, el Onocono[2566] fue el único cuyo caudal no bastó para surtir de bebida al ejército. De los ríos que fluyen por Acaya el Epídano[2567], que es el más importante de todos, sólo a duras penas satisfizo las necesidades de agua.

197. Cuando Jerjes llegó a Alo, en Acaya, los guías de su ruta, deseosos de explicárselo todo, le refirieron un relato del país concerniente al santuario de Zeus Lafistio[2568]; le contaron que Atamante, hijo de Éolo, en connivencia con Ino, había tramado un mal destino[2569] contra Frixo, y que más tarde los aqueos, en virtud de un oráculo, impusieron a sus descendientes unas pruebas[2570] cuya naturaleza era la siguiente: prohibían el acceso al *leiton* (era así como los aqueos llamaban al pritaneo)[2571] al que fuera el de más edad del linaje, para lo cual ellos mismos montaban guardia. Si alguien a pesar de todo entra en él[2572] sólo puede salir bajo la condición de que será ofrecido al dios como víctima. Además de éstos[2573], muchos de los condenados a ser sacrificados se llenaron de pavor, lograron escapar y emigraron a tierras extrañas. Si al cabo de un tiempo se repatriaban y eran descubiertos eran conducidos al pritaneo totalmente maniatados, sacados fuera de él en una procesión festiva y sacrificados. La causa por la cual los descendientes del

hijo de Frixo, Citisoro, deben sufrir este destino es la siguiente: este Citisoro había llegado de Ea, en la Cólquide, en el preciso momento en que los aqueos, obedeciendo a un oráculo, iban a sacrificar a Atamante, hijo de Éolo, como víctima expiatoria para purificar el país. Él lo salvó, pero al hacerlo conjuró sobre su posteridad la cólera divina. Jerjes les escuchó esta historia encontrándose él a la vera de un bosque sagrado: se apartó de él y mandó lo mismo a todo su ejército. Y veneró la casa de los descendientes de Atamante e igualmente su recinto.

198. Esto fue lo que sucedió en Tesalia y en Acaya. Desde estas regiones Jerjes pasó a Mélide, al borde de un golfo marino[2574] en el que cada día hay flujo y reflujo[2575]. La zona de este golfo es llana[2576], muy angosta en unas partes, ancha en otras; la rodean, aislándola, unos montes altos e inaccesibles, las llamadas Rocas Traquinias, que están totalmente en territorio melio. Si se viene de Acaya la primera ciudad del golfo es Anticira[2577], a orillas del río Esperqueo, el cual fluye desde el dominio de los enianes[2578] y desemboca en el mar. A veinte estadios, más o menos, de distancia hay otro río, llamado Diras, que, según cuenta la leyenda, afloró para ayudar a Héracles que ardía[2579]. Y, otra vez a unos veinte estadios de distancia, fluye un tercer río, llamado Melas[2580].

199. La ciudad de Traquis[2581] dista cinco estadios del río Melas. Aquí hay seguramente el lugar más ancho de todo el país desde los montes al mar, cerca del cual se estableció la ciudad de Traquis, pues la llanura tiene una anchura de veintidós mil pletros[2582]. En la cordillera que rodea circularmente el país traquinio hay, partiendo de Traquis en dirección sur, un desfiladero, a lo largo del cual fluye, al pie de las montañas, el río Asopo[2583].

200. Hay todavía un segundo río, más bien un riachuelo, el Fénix[2584], que fluye al sur del Asopo; nace en estas montañas y desemboca en él. En el río Fénix se encuentra el lugar más angosto, pues por aquí se construyó[2585] un camino por el que pasa sólo un carro[2586]. Las Termópilas distan quince estadios[2587] del río Fénix. En el espacio que hay entre el río Fénix y las Termópilas hay una aldea llamada Antela, por cuyos aledaños pasa precisamente el río Asopo, que desemboca en el mar. La zona que rodea la aldea es muy espaciosa, en ella hay un santuario de Deméter Anfictiónide, y

asimismo se encuentra allí el lugar donde los anfictiones celebran sus sesiones; allí hay, además, un templo del propio Anfictión[2588].

201. De modo que el rey Jerjes acampó en la región de Traquis, en el país malíaco, y los griegos lo hicieron en el paso. A este lugar, la mayoría de los griegos lo llaman «Las Termópilas», pero los habitantes del país y sus vecinos lo llaman simplemente «Pilas»[2589]. Ambos bandos, por tanto, tomaron estas posiciones, por lo que el rey controlaba toda la zona norte, en tanto que los griegos controlaban la zona continental por su parte más meridional.

202. Los griegos que aguardaban a los persas en ese lugar eran éstos: trescientos hoplitas espartanos, mil de Tegea y de Mantinea (quinientos por cada ciudad), ciento veinte de Orcómeno[2590] de Arcadia, y mil del resto de Arcadia (a este número subían los contingentes arcadios). Los hombres de Corinto eran cuatrocientos, los de Fliunte doscientos, y ochenta los de Micenas. Éstos eran los peloponesios que había en la posición; procedentes de Beocia había allí setecientos tespieos y cuatrocientos tebanos.

203. Acudieron convocados allí también los locros de Opunte con todo su ejército, y mil focenses. Los griegos mismos los habían reclamado mandándoles mensajeros que les dijeran que ellos mismos eran sólo las avanzadillas con respecto de los aliados restantes, los cuales cabía esperar que se presentaran cualquier día. El mar estaba bajo control, y custodiado por los atenienses, por los eginetas y por aquellos que habían sido encuadrados en las fuerzas navales. De modo que no debían abrigar ningún temor. Pues no era ningún dios el que marchaba contra Grecia[2591], sino que era un hombre. Y no hay ningún mortal, ni lo habrá nunca, a quien en el mismo momento de su nacimiento no llegue la desgracia; a los más grandes de este mundo llegan las peores calamidades, de modo que aquel, entre otros, que venía a atacarlos se arriesgaba, puesto que era hombre, a caerse de su situación gloriosa. Al recibir la noticia, los locros y los focenses enviaron su ayuda a Traquis.

204. Todos los cuerpos de tropas tenían sus propios comandantes, según las ciudades de que procedían los distintos contingentes. Pero el más admirado y el que mandaba todo el ejército era el lacedemonio Leónidas, hijo de Anaxándridas, nieto de León, y descendiente de Euricrátidas, Anaxandro, Eurícrates, Polidoro, Alcámenes, Téleclo, Arquelao, Hegesilao, Doriso,

Leobotas, Equéstrato, Agis, Eurístenes, Aristodemo, Aristómaco, Cleodeo, Hilo y Heracles. Leónidas había subido al trono de Esparta de manera inesperada.

205. Efectivamente, tenía dos hermanos mayores, Cleómenes y Dorieo, de manera que no pensaba ni por asomo poder acceder al reino. Pero Cleómenes murió sin descendencia masculina cuando Dorieo ya no existía, pues había encontrado la muerte en Sicilia[2592]. Entonces el poder correspondió a Leónidas porque era mayor que Cleómbroto, que era el hijo menor de Anaxándridas, y, además, su mujer era la hija de Cleómenes[2593].

En aquella ocasión Leónidas se presentó en las Termópilas al mando del cuerpo de Los Trescientos[2594], elegidos de entre los que contaban con hijos. Llegó llevando consigo también a los tebanos, cuyo número ya indiqué cuando hice el recuento las tropas; éstos iban al mando de Leontíades, hijo de Eurímaco. Leónidas tuvo interés en llevárselos consigo, pero sólo a éstos, de entre los griegos, porque pesaba sobre ellos la dura acusación de ser partidarios de los medos. De manera que los llamó a la guerra porque quería averiguar si mandarían tropas o bien si rechazarían a las claras aliarse con los griegos. Y es verdad que su ideología era distinta, pero a pesar de ello mandaron tropas.

206. Los espartiatas[2595] enviaron a estas gentes con Leónidas como anticipo, para que el resto de aliados al verlo salieran en campaña y no adoptaran eventualmente una actitud a favor de los medos, si se enteraban de que los espartanos se demoraban. Pero había por en medio las fiestas Carneas[2596]; después de haberlas celebrado dejarían en Esparta una guarnición y acudirían a marchas forzadas, con su ejército íntegro, a prestar apoyo. Pero los demás aliados habían pensado hacer exactamente lo mismo. Pues entonces precisamente era la época de la olimpíada[2597], coincidente con estos sucesos. Los espartiatas no creían que la lucha en las Termópilas se ventilara tan rápidamente, y mandaron a las gentes que he indicado como avanzadillas.

207. De modo que los espartiatas habían pensado proceder así. Pero los griegos apostados en las Termópilas a medida que el persa se acercaba al desfiladero se iban llenando de temor y deliberaron acerca de una retirada. Y el resto de los peloponesios acordó regresar y montar la guardia en el Istmo

para cuando los persas llegaran a él, pero tal decisión indignó a los focenses y a los locros, y Leónidas votó a favor de permanecer allí y enviar mensajeros a las ciudades para exigir que acudieran en su ayuda, ya que ellos eran demasiado pocos para rechazar al ejército de los medos.

208. Mientras ellos deliberaban sobre estas cuestiones, Jerjes mandó un jinete, que debía espiar cuántos eran y qué era lo que hacían. Encontrándose aún en Tesalia se había enterado de que allí se había congregado un pequeño ejército cuyos jefes eran los lacedemonios y Leónidas, el hombre del linaje de Heracles. El jinete avanzó hasta el campamento, miró y no lo vio en toda su magnitud, pues no podía ver a los que estaban detrás del muro[2598] que habían reconstruido y en el que se mantenían vigilantes. Vio sólo a los que estaban delante de él, cuyas armas tenían delante de tal defensa. En aquel momento los lacedemonios estaban alineados por la parte externa. De modo que vio únicamente a algunos de los hombres: unos estaban haciendo ejercicios de entrenamiento, otros se estaban peinando[2599]. Se extrañó de lo que veía, pero se anotó el número. Cuando lo hubo observado puntualmente todo cabalgó tranquilamente de regreso: nadie lo perseguía, y había observado una gran despreocupación[2600]. Regresó, pues y explicó a Jerjes todo lo que había visto.

209. Cuando Jerjes lo oyó, no logró entender aquella realidad: que aquellos hombres se prepararan a morir matando todo lo que pudieran. Lo que los griegos hacían le pareció ridículo, y mandó llamar a Demarato, hijo de Aristón, que se encontraba en su campamento. Cuando se le presentó, Jerjes le preguntó detalladamente según el informe, pues quería saber qué era lo que los lacedemonios estaban allí haciendo. Y él le dijo: «Acerca de estos hombres ya me oíste tiempo atrás, cuando marchamos contra Grecia; me oíste y te burlaste de mí cuando te dije cómo iban a acabar estas cosas. Pero decir en tu presencia la verdad, rey, es mi máximo empeño. ¡Óyela también ahora! Estas gentes han venido para pelear contra nosotros por el desfiladero, y ahora se preparan para ello. Entre ellos se da el uso siguiente: siempre que están a punto de arriesgar su alma[2601] se adornan la cabeza. Has de saber que si logras someter a la gente de aquí y a los que quedan en Esparta no habrá realmente ningún otro pueblo de hombres, ¡oh rey!, que pueda resistírsete y levantar las manos contra ti. Pues ahora te diriges contra el reino más hermoso de Grecia[2602] y contra los hombres más valientes.» A Jerjes lo dicho

le pareció totalmente increíble, y repitió la pregunta: ¿de qué manera, si eran tan pocos, querían luchar contra su ejército? Demarato le replicó: «¡Rey! Trátame como a un embustero si esta empresa no te transcurre como yo te digo.»

210. Pero ni con estas palabras consiguió convencer a Jerjes, que dejó pasar cuatro días esperando siempre que los griegos escaparan de allí. Ya en el quinto día, en vista de que no se iban, sino que parecía que, por una irreflexiva desvergüenza, iban a quedarse, lleno de cólera les mandó medos y cisios con la orden de prenderlos vivos y de conducirlos a su presencia. Sin embargo, cuando los medos cayeron furiosamente sobre los griegos, muchos de ellos murieron, pero otros a su vez iban entrando en la refriega y no huían, a pesar de las pérdidas enormes que sufrían. Allí se hizo patente a todos, y no menos al rey, que, ciertamente, había muchos hombres, pero pocos soldados[2603]. La lucha duró todo el día.

211. Duramente castigados, los medos se retiraron, y los persas, como si ellos pudieran solucionar fácilmente la situación, avanzaron y los sustituyeron, concretamente aquellos que el rey acostumbraba a llamar «los Inmortales»[2604], mandados por Hidarnes. Pero en su choque contra los griegos la cosa no les fue mejor que al ejército medo, sino igual que a éste, puesto que se luchaba en un espacio muy angosto, sus espadas eran más cortas que las de los griegos[2605], y no podían sacar ningún partido de su superioridad numérica. Los lacedemonios, por su parte, peleaban a la altura de su fama. Evidenciaron de muchas maneras que, contra unos hombres desconocedores del arte de la guerra, ellos lo poseían en grado sumo. Siempre que volvían la espalda, simulando huir, lo hacían en formación cerrada; los bárbaros, al verlo, se lanzaban con gritos y estruendo en su persecución. Y los lacedemonios, cuando los otros ya les daban alcance, se revolvían súbitamente y se enfrentaban con ellos; cada vez que lo hacían causaban gran número de bajas a los persas. Allí también murieron espartiatas, pero no muchos. Los persas no lograron ocupar la entrada del desfiladero por más que lo intentaron, atacando divididos en secciones y de otras muchas maneras. Y acabaron retrocediendo.

212. Se cuenta que durante estos asaltos el rey, que los contemplaba[2606], temió por su ejército y saltó tres veces de su trono. Así lucharon aquel día, y

al siguiente los bárbaros no pelearon mejor. El adversario[2607] era poco numeroso, y ellos esperaban que muchos de ellos estuvieran heridos y que ya no fueran capaces de levantar sus manos contra ellos. Y fue así como chocaron. Pero los griegos se habían ordenado según secciones y pueblos y peleaban cada uno en su puesto, a excepción de los focenses, cuyas tropas habían sido apostadas en la montaña para vigilar el sendero[2608]. Los persas, al constatar que no encontraban otra cosa que la que habían visto la víspera, se retiraron.

213. El rey se veía en apuros y no sabía qué hacer en aquella situación cuando un hombre de Mélide, Epialtes[2609], hijo de Euridemo, acudió a verlo para hablarle. Estaba convencido de que iba a recibir del rey una gran recompensa si le revelaba la existencia del sendero que, a través de las montañas, llega hasta las Termópilas; así podría aniquilar a los griegos que resistían tenazmente allí. Luego, por temor a los lacedemonios, huyó a Tesalia. Cuando los anfictiones se reunieron en Pilea los pilágoros[2610] pusieron precio a su cabeza. Algún tiempo después había regresado a Anticira, y allí lo mató Aténadas, un hombre de Traquis. Este Aténadas mató a Epialtes por otro motivo, que señalaré más adelante, en mis *Historias*[2611]. Pese a todo, entre los lacedemonios goza de veneración. Tal fue, pues, la muerte de Epialtes.

214. Pero en realidad nos ha llegado una versión distinta, según la cual Onetas, un hombre de Caristo, hijo de Fanágoras, y Coridalo de Anticira fueron los que dijeron tales palabras al rey e indicaron a los persas el camino que bordea la montaña. De todos modos, yo no puedo dar crédito a esto. En primer lugar se debe tener en cuenta que los pilágoros de los griegos no pusieron precio a la cabeza de Onetas ni a la de Coridalo, sino a la de Epialtes de Traquis, no sin haber recogido, como fuera, por todos los medios, la información más exacta. Además, sabemos que fue Epialtes el inculpado en aquel proceso. Onetas podía conocer el sendero, aunque no fuera natural de Mélide, por haber estado muchas veces en el país. Bien, para mí fue Epialtes quien los guió por el sendero que rodea el monte. Yo le echo las culpas a él.

215. Jerjes aceptó, exultando de alegría, lo que Onetas le había prometido realizar; envió inmediatamente allí a Hidarnes y a los hombres que Hidarnes mandaba[2612]. Ellos partieron del campamento a la hora en que se encienden

las antorchas[2613]. Dieron con el sendero los melieos del lugar y tras haberlo localizado, condujeron por él a los tesalios contra los focenses cuando éstos ya habían cortado el acceso mediante un muro y estaban fuera del alcance de la guerra. Pero desde aquellos tiempos ya remotos es evidente que los melieos no lo habían utilizado.

216. He aquí cómo es este sendero. Empieza junto al río Asopo, que fluye por el desfiladero. El monte y el sendero tienen idéntico nombre, Anopea[2614]. La senda Anopea se extiende a lo largo de la cresta de la montaña y acaba en la población de Alpeno[2615], que es la primera de las ciudades locras desde los límites del país de Mélide; está situada junto a la roca llamada de Melampigo[2616], no lejos de la sede de los Cercopes, precisamente donde el sendero es más angosto.

217. Los persas, pues, tras cruzar el Asopo, avanzaron toda la noche por este sendero, que es tal como lo he descrito. Dejaban a su derecha los montes del Eta y a su izquierda la cadena montañosa de Traquis. Apuntaba la aurora cuando coronaron la montaña. Como ya he señalado, en este lugar de la montaña montaban la guardia mil hoplitas focenses que defendían su país y eran la guarnición del sendero, porque el desfiladero era custodiado por aquellos que ya se ha indicado[2617]. Pero del paso inferior que atraviesa los montes se encargaron voluntariamente los focenses, que se comprometieron ante Leónidas a ello.

218. He aquí cómo los focenses advirtieron que los persas habían escalado el monte. Porque, mientras lo escalaban, los persas quedaban ocultos: el monte, efectivamente, era prácticamente un encinar. Y no soplaba viento. Pero, como es natural, bajo los pies de los caminantes la hojarasca hacía mucho ruido; los focenses corrieron a ponerse sus armas. Y al punto los bárbaros comparecieron allí. Cuando vieron a unos hombres que se ponían sus armaduras se maravillaron, porque no esperaban nada, y se topaban con un ejército enemigo. Ante el temor de que los focenses fueran lacedemonios, Hidarnes preguntó a Epialtes qué ejército era aquél. Cuando lo supo con exactitud, ordenó a los persas para la batalla. Los focenses, al verse alcanzados por una densa nube de flechas, huyeron hacia la cumbre del monte: creían que aquéllos habían marchado expresamente contra ellos, y se preparaban para morir[2618]. Es lo que ellos pensaban, pero los persas que

rodeaban a Hidarnes y a Epialtes no se preocuparon en absoluto de los focenses, sino que bajaron por el monte a toda prisa.

219. El adivino Megistias fue el primero que, después de inspeccionar las entrañas de las víctimas, profetizó a los griegos que estaban en las Termópilas que iban a morir en la próxima madrugada. Luego llegaron desertores que revelaron la marcha envolvente de los persas; esto fue todavía durante la noche. Finalmente, al rayar el alba, los exploradores bajaron de las montañas corriendo. Los griegos se reunieron en consejo, y las opiniones se dividieron[2619]. Unos sostenían que no se podían abandonar las posiciones, otros los contradecían. Y también se dividió el ejército. Una parte se retiró y se diseminó: cada uno regresaba a su ciudad. Los demás, y con ellos Leónidas, decidieron quedarse en la posición.

220. Se cuenta también que Leónidas mismo los había despedido, porque le preocupaba que murieran. Pero para él mismo y para los espartiatas allí presentes era indecoroso abandonar la posición a la que ya de antemano habían accedido para su custodia. Aquí yo tengo para mí que Leónidas mismo, toda vez que no pudo pasarle inadvertida la inutilidad de los aliados, que no se avenían en modo alguno a afrontar el riesgo juntamente con ellos, les dio la orden de alejarse, pensando, de todos modos, que para él habría sido indecoroso retirarse. Se quedó, pues, y dejó una gran gloria, y la prosperidad de Esparta no salió aniquilada. En los inicios mismos de la guerra los espartiatas solicitaron un oráculo a la Pitia acerca del conflicto, y la Pitia les profetizó que, alternativamente, o bien Lacedemonia resultaría destruida por los bárbaros, o bien su rey moriría. Se lo anunció con los hexámetros siguientes:

> Moradores de Esparta, la de anchas plazas, os digo
> *que o bien la gloriosa y gran ciudad estos persas*
> *asolarán, y si no, que el país laconio la muerte*
> *de un rey del linaje de Heracles va a llorar. Ni la fuerza*
> *de leones o toros parará al invasor frontalmente,*
> *puesto que tiene el vigor de Zeus. Proclamo que nada*
> *lo retendrá hasta que haya hecho trizas de él o de ella.*

Yo pienso que fue más por este pensamiento y por el deseo de ganar gloria sólo para los espartiatas por lo que Leónidas despidió a los aliados; más por

ello que por haberlos visto divididos en sus opiniones y escaparse sin orden ni concierto.

221. De todo ello se me ha convertido en prueba, no pequeña ciertamente, el hecho de que fuera Leónidas quien ordenó regresar a su tierra, para que no pereciera con ellos, al adivino Megistias de Acarnania[2620], que seguía al ejército griego; de tal adivino se decía que entre sus ascendientes se hallaba Melampo[2621]. Él fue quien, tras inspeccionar a las víctimas, había profetizado lo que iba a suceder. Megistias, con todo, no los abandonó, pero a su hijo único, que tomaba parte en aquella campaña, sí le mandó que se fuera.

222. Los aliados que fueron despedidos se retiraron pues, obedeciendo las órdenes de Leónidas, pero los tespieos y los tebanos se quedaron, únicamente ellos, con los lacedemonios. Los tebanos se quedaron mal de su grado y no por su propio deseo, pues Leónidas, que los consideraba rehenes[2622], los retuvo; en cambio, los tespieos se quedaron de forma totalmente voluntaria, es más, se negaron a abandonar a Leónidas y a sus hombres, a alejarse de ellos, de modo que se quedaron y murieron con él; los mandaba Demófilo, hijo de Diádromes.

223. Al amanecer Jerjes ofreció las libaciones, pero esperó algún tiempo, más o menos hasta la hora en que se llena el ágora[2623]. Y entonces inició el avance: era lo que Epialtes le había indicado. Efectivamente, bajar del monte llevaba menos tiempo, el espacio por recorrer era mucho menor que cuando se rodea el monte y se escala. De manera que Jerjes y sus bárbaros atacaron, y ahora Leónidas y sus griegos[2624], puesto que salían a morir, se echaron mucho más que antes al lugar más ancho del desfiladero. En los días anteriores, mientras sólo se trató de defender la barrera que significaba el muro transversal, los griegos presentaban combate en los lugares más angostos y se replegaban, pero ahora peleaban fuera de los lugares angostos. Aquí, al trabar combate fuera de las angosturas, los bárbaros sufrieron gran número de bajas, puesto que por detrás los oficiales empujaban hacia adelante a latigazos a todos los hombres de las secciones. Como es natural, muchos de ellos se precipitaron al mar y se ahogaron, pero muchos más todavía se pisoteaban mutuamente y se mataban. Y allí nadie se preocupaba por el que moría[2625]. Los griegos, conscientes de que la muerte los esperaba a manos de los que habían rodeado el monte, desplegaron un vigor realmente

increíble contra los bárbaros, luchaban despreciando cualquier riesgo, con un desesperado frenesí.

224. En ese día la mayoría de griegos tenía ya las lanzas rotas, pero seguían matando persas con sus espadas. Y en esta acción cayó Leónidas, que se había comportado como un hombre, heroicamente, y con él otros espartiatas de prestigio, cuyos nombres, puesto que lo merecieron, he averiguado; he llegado a saber los nombres de todos, de los trescientos[2626]. Naturalmente, también de los persas murieron allí hombres muy famosos, entre los cuales hay, desde luego, dos hijos de Darío, Abrócomas e Hiperantes, habidos por él con Fratagune, hija de Ártanes. Ártanes era hermano del rey Darío e hijo de Histaspes, nieto de Ársames. Cuando dio su hija a Darío por esposa le entregó además toda su fortuna, porque ella era hija única.

225. En la lucha murieron también dos hermanos de Jerjes. Porque sobre el cadáver de Leónidas se trabó una refriega encarnizada entre griegos y persas, hasta que los griegos con gran coraje lograron hacerse con él y pusieron por cuarta vez al enemigo en fuga[2627]. Y la cosa continuó así hasta que entraron en combate Epialtes y sus hombres. Cuando los griegos se dieron cuenta de que llegaba, el cambio fue total. Se replegaron hacia la angostura del camino, franquearon el muro y se situaron concentrados, a excepción de los tebanos, en lo alto de la colina que hay en la entrada del desfiladero, donde actualmente hay un león de piedra en honor de Leónidas. En este lugar, los que aún la tenían se defendieron con su espada; los que no, con uñas y dientes[2628]. Pero los bárbaro los aplastaron a tiros: unos, los que marchaban delante, los alcanzaron y derruyeron el muro de defensa; otros les habían llegado a ellos por todas partes y los habían rodeado.

226. Así se destacaron lacedemonios y tespieos, pero el héroe máximo fue el espartiata Diéneces. Explican que antes de entrar en combate con los medos dijo cierta palabra. Un traquinio le había señalado que cuando los bárbaros disparaban sus tiros la nube de flechas ocultaba el sol. ¡Tan enorme era su número! Lo cual no asustó en absoluto a Diéneces, se despreocupó de la masa enorme de medos y aseguró que el huésped traquinio les decía algo excelente, porque así la lucha transcurriría a la sombra y no a pleno sol, ya que los medos lo ocultarían. Éstas y otras palabras por el estilo, cuentan, dejó

como recuerdo de él el lacedemonio Diéneces.

227. Después de él, en segundo lugar, también se destacaron dos lacedemonios hermanos, Alfeo y Marón, hijos de Orsifanto. Un tespieo se cubrió también de gloria insigne; se llamaba Ditirambo, hijo de Harmátides.

228. En honor de aquellos que fueron enterrados en el mismo sitio donde murieron y de los que habían muerto anteriormente, antes de que se fueran, despedidos por Leónidas, se labró allí una inscripción que rezaba así[2629]:

Aquí un día lucharon contra tres millones
cuatro mil hombres llegados del Peloponeso,

inscripción dedicada a todos ellos. Dedicada sólo a los lacedemonios la siguiente:

Huésped, diles a los lacedemonios que yacemos
muertos aquí por cumplir órdenes suyas sin más[2630].

De modo que ésta vale para los lacedemonios. Y para el adivino la siguiente:

Ésta es la tumba del ilustre Megistias; los medos
lo mataron luego de haber cruzado el Esperqueo. Él era
un adivino que supo claramente la llegada de las Parcas.
Y se negó a dejar a los generales de Esparta.

De modo que, además de la inscripción dedicada al adivino, los anfictiones honraron a aquellos combatientes con inscripciones y con columnas. La dedicada al adivino Megistias se debe a Simónides, hijo de Leóprepes, que la labró por vínculos de hospitalidad[2631].

229. De dos de los trescientos, de Éurito y Aristodemo, se dice que, si se hubieran puesto de acuerdo[2632], o bien se habrían podido retirar juntos con seguridad hacia Esparta (pues Leónidas los había dispensado de su presencia en el campamento, ya que ambos estaban en cama en Alpeno, gravemente enfermos de los ojos) o bien, en el caso de haberse negado a regresar, ambos habrían podido morir con sus compañeros. Podían elegir libremente, pero no quisieron ponerse de acuerdo, y sus opiniones fueron divergentes. Éurito, al saber el rodeo que los persas daban, reclamó sus armas, se las puso y mandó

a su hilota[2633] que lo guiara hacia donde estaban los combatientes. El hilota lo guió hasta allí, pero luego huyó, se esfumó, él mismo se arrojó al tumulto y murió; Aristodemo se acobardó y sobrevivió. Si Aristodemo, debido a su enfermedad, hubiera regresado solo a Esparta, o bien si los dos se hubieran retirado, me parece que los espartiatas no se habrían irritado contra ellos, pero en aquella circunstancia, cuando uno de los dos había muerto, mientras que el otro, que pudo echar mano del mismo pretexto, había rehusado morir, eso hizo inevitable que los espartiatas se encolerizaran mucho con Aristodemo.

230. Unos aseguran que Aristodemo regresó sano y salvo a Esparta sirviéndose de este pretexto otros, en cambio, sostienen que había sido enviado como mensajero fuera del campamento, que habría podido tomar parte en la batalla que se estaba librando, y que se negó a ello: esperó en el camino, y así sobrevivió. En cambio, su colega de mensaje llegó a tiempo a la batalla y murió en ella.

231. De regreso a Lacedemonia, Aristodemo fue objeto de deshonra y humillación[2634], cuya magnitud nos la indica lo que sigue: ningún vecino se prestó a darle fuego[2635], y nadie le dirigía la palabra. También sufrió la infamia de que lo llamaran «Aristodemo el desertor». Pero en la batalla de Platea redimió toda la culpa que pesaba sobre él[2636].

232. Aún se cuenta de otro que fue enviado a Tesalia como mensajero de los trescientos y que así salvó la vida. Se llamaba Pantites. De regreso a Esparta, allí se ahorcó, porque lo trataban de manera infame.

233. Los tebanos, mandados por Leontíadas, mientras lucharon al lado de los griegos contra el ejército del rey, lo hicieron por coacción. Pero cuando observaron que la situación de los persas mejoraba —fue cuando los griegos junto con Leónidas se apresuraban a ocupar la colina—, desertaron de ellos y se pasaron a los bárbaros tendiéndoles las manos. Decían algo que se correspondía totalmente con la realidad, que ellos eran partidarios de los medos y que contaban entre los primeros que ofrecieron al rey tierra y agua. Decían que habían acudido por fuerza a las Termópilas, y que ellos nada tenían que ver con las pérdidas que el rey había sufrido. Y gracias a estas seguridades sobrevivieron, pues disponían de los tesalios como testigos a favor de sus aseveraciones. Sin embargo, no en todo tuvieron buena suerte, pues cuando se aproximaban a los bárbaros algunos de ellos fueron cogidos y

perdieron la vida, y los demás en su mayoría fueron marcados, por orden de Jerjes, con las marcas reales[2637]; el primero fue su jefe Leontíades, a cuyo hijo Eurímaco los plateos mataron algún tiempo después[2638], cuando al mando de cuatrocientos tebanos él les ocupó la ciudad.

234. O sea que los griegos de las Termópilas lucharon con este arrojo. Jerjes convocó a Demarato e inicialmente le formuló esta pregunta: «Demarato, tú eres un hombre honrado. Lo deduzco de la pura verdad, pues todo salió como tú dijiste. Aclárame, pues, ahora cuántos lacedemonios quedan y cuántos de ellos son tan arrojados en la lucha. ¿No será que lo son todos?» Demarato respondió: «Rey, los lacedemonios son muchos en número y muchas son sus ciudades. Pero vas a saber lo que deseas. En Lacedemonia está la ciudad de Esparta, que cuenta, más o menos, con ocho mil hombres[2639]. Y todos son como los que han combatido aquí. El resto de los lacedemonios no son como ellos, pero son valientes también.» Ante lo cual Jerjes le interrogó: «Demarato, ¿de qué manera triunfaremos de estos hombres con el menor esfuerzo? Dímelo, por favor. Tú conoces sus planes, sus procedimientos y sus objetivos, tú, que has sido su rey.»

235. Demarato replicó: «Rey, ya que tú me consultas con tanto interés, es justo que yo te diga lo mejor: ¡ojalá mandaras al país de Laconia trescientas naves de tu flota! Ante sus costas hay una isla, llamada Citera, de la cual Quilón[2640], el más grande de los sabios que ha habido entre nosotros, dijo que más les hubiera valido a los espartanos tenerla sumergida en el fondo del mar que no que emergiera de él, pues creía que en cualquier momento podía venir de ella algo así como lo que voy a explicarte. Naturalmente, él no supo nada de tu campaña naval, pero temía igualmente cualquier expedición naval de hombres armados. Que desde esa isla tus naves hostiguen a los lacedemonios: si han de hacer una guerra cerca de su propio país no has de temer en modo alguno que acudan en socorro del resto de Grecia cuando ésta se vea sometida. Y Lacedemonia si la dejan sola es débil. Si no haces lo que te propongo, he aquí lo que debes esperar: en la entrada del Peloponeso hay un istmo estrecho. Y en ese lugar todos los peloponesios se han conjurado contra ti. Lo previsible es que te toque trabar combates más violentos que los librados aquí. Si, por el contrario, haces lo que te recomiendo, ese istmo y las ciudades se te rendirán sin luchar.»

236. Después de él habló Aquémenes, hermano de Jerjes y almirante de la flota, que asistía a la entrevista y temía que Jerjes se dejara persuadir e hiciera lo recomendado. Dijo: «Rey, veo que aceptas los argumentos de un hombre que o bien envidia tu buena suerte, o bien traiciona tu causa. En efecto, los griegos tienen estas maneras: envidian el éxito ajeno y odian al que es más fuerte que ellos. Si ahora, por la mala suerte que has tenido, ya te han naufragado cuatrocientas naves y encima destacas de la flota trescientas más hacia las costas del Peloponeso tus adversarios te podrán combatir. Pero si tu fuerza naval permanece concentrada, a aquéllos les resultará difícil de atacar, y ellos ya desde el principio en la lucha no estarán a tu altura. Tu flota íntegra ayudará a la infantería, y tu infantería a la flota, en la hipótesis de que avancen conjuntamente. En cambio, si divides tu flota, no serás útil a los que has alejado, ni éstos a ti. Plantéate correctamente tus problemas; yo pienso que no debes preocuparte por las cosas de tus enemigos, por cómo ellos dispongan la guerra, por qué van a hacer o bien por cuántos son. Buenos son ellos para preocuparse por lo suyo, y nosotros exactamente igual. Si los lacedemonios se enfrentan directamente con los persas en la guerra, no podrán reponerse de sus pérdidas de ahora.»

237. Y Jerjes le contestó con estas palabras: «Aquémenes, creo que hablas bien, y voy a seguir tus consejos. Pero Demarato dice lo que espera que es para mí lo mejor; tu opinión supera a la suya. Pero, desde luego, no voy a aceptar que él abrigue malas intenciones en cuanto a mis empresas: lo deduzco de lo que me dijo anteriormente y por lo que en realidad ocurre. Pues es verdad que, a menos que se sea muy virtuoso, cosa que no es frecuente, un ciudadano envidia a otro a quien las cosas le marchen bien, y le manifiesta su animadversión con su silencio, y de ninguna manera aconsejaría a este conciudadano, en el caso de que éste le pidiere su parecer, lo que realmente crea mejor. Un huésped es para otro huésped afortunado lo más benévolo del mundo, y si el huésped éste le consulta, le podrá aconsejar lo mejor. Ordeno, pues, que de ahora en adelante, siendo las cosas así, todos se abstengan de hablar mal[2641] de Demarato, que es huésped mío.»

238. Después de estas palabras Jerjes avanzó entre los cadáveres, y como le hubieran dicho que Leónidas era el rey y el jefe de los lacedemonios, mandó cortarle la cabeza y empalar el cadáver[2642]. A mi ver, aquí hay una

prueba muy clara, entre otras muchas, y no pequeñas, de que, entre todos los hombres, Leónidas ya en vida era la persona más odiada por el rey Jerjes; si no fuera así, nunca habría ultrajado de esta manera su cadáver. Efectivamente, entre todos los hombres que yo conozco, los persas son aquellos que normalmente honran más a los combatientes más bravos en la guerra. Y los que la habían recibido ejecutaron esta orden.

239. Pero regreso a aquel lugar de mi narración en el cual antes me quedé. Los lacedemonios fueron los primeros que se enteraron de que el rey marchaba contra Grecia. En consecuencia, mandaron un consultor a Delfos, y allí se les vaticinó lo que he dicho algo más arriba. Pero lo supieron de una manera algo rara. Demarato, hijo de Aristón, que había huido al país de los medos, no tenía, según creo, y tengo mis razones para sospecharlo, buenas intenciones para con los lacedemonios. Podemos preguntarnos si lo que hizo se debió a cierta benevolencia, o bien porque se gozaba del mal ajeno[2643]. Porque así que conoció que Jerjes ya había decidido la campaña contra Grecia, Demarato, que se encontraba en Susa, quiso notificarlo a los lacedemonios. No podía señalárselo de cualquier manera, naturalmente, pues corría el riesgo de ser atrapado. De modo que se ingenió lo siguiente: tomó un díptico[2644], raspó la cera que tenía en la superficie y escribió sobre la madera de la tablilla la decisión del rey. Luego que lo hubo hecho, vertió cera fundida sobre las letras para que la tablilla, al ser llevada sin nada escrito, no infundiera las sospechas a los guardias del camino[2645]. Llegó a Lacedemonia, y los lacedemonios no sacaban nada en claro hasta que, por lo que yo sé, la hija de Cleómenes y esposa de Leónidas, Gorgo[2646], adivinó, sólo ella, la cosa y les dio un consejo: que rasparan la cera, les dijo, y encontrarían letras incisas en la madera. Los lacedemonios le hicieron caso, descubrieron el mensaje y lo leyeron. Y lo mandaron a los demás griegos. Y es así como pasaron las cosas, según se cuenta.

2010 Las naves no constan en todos los manuscritos griegos; podrían ser una interpolación de algún copista que pensara que todo lo citado anteriormente debía transportarse por mar. En todo caso, las naves serían, unas de guerra, y otras, cargueros.

2011 Ciro, hijo del persa Cambises y de la princesa meda Mandane, había inducido a los

persas a rebelarse contra los medos, con lo que los persas, ganando la hegemonía en el imperio, sustituyeron a los medos.

2012 En el año 486 a.C.

2013 Los traductores latinos de Heródoto ponen aquí *praefectus*, pero en el contexto político persa aquí se alude a una satrapía.

2014 Descendientes de Alevas, rey mítico de Tesalia, muy relacionado con el culto a Heracles; a Alevas se atribuía la división del país, cuya capitalidad estaba en Larisa, en cuatro distritos. Probablemente solicitaban la intervención de Jerjes para asegurar su situación, que peligraba por algunos movimientos populares contrarios a ellos.

2015 Probablemente este Onomácrito, bajo el control del arconte rey, tenía a su cargo la custodia de los libros de oráculos de Delfos y de otros santuarios referidos a Atenas, que se conservaban en la acrópolis. De él se dice que colaboró con los recensores del texto de Homero a los que Pisístrato confió tal trabajo (recensión pisistrátida). Probablemente él mismo componía oráculos que interpretaba; Museo fue un poeta mítico antiquísimo, contemporáneo de Orfeo, al que seguramente se atribuían muy especialmente oráculos referentes a Atenas.

2016 Poeta de Hermíone, en la Argólide, que juntamente con otros poetas, entre ellos Anacreonte y Simónides de Ceos, formó parte del grupo que Hiparco, gran promotor de las artes y las letras, reunió en su corte.

2017 Lo que el oráculo proclamaba era un terremoto.

2018 Aquí, para decirlo en lenguaje bíblico, traduzco «con temor y temblor», porque el griego pone simplemente «el dios», pero para justificarme aduzco que todas las versiones que he consultado traducen el término como yo.

2019 El motivo ya es homérico, cfr. *Ilíada*, I, v. 165.

2020 O sea, el trono de Persia.

2021 La cara inversa de la moneda, o sea, la vertiente griega de la cuestión, la da Atosa en la tragedia de Esquilo *Los persas*, vv. 753 ss., donde se dice que el pecado *(sic)* principal de Jerjes fue equipararse a sus antecesores en ambición.

2022 Libro V, 99 ss. Aristágoras había recomendado la campaña, sin participar personalmente en ella.

2023 VI, 24 ss. El país es el Peloponeso.

2024 Hijo de Tántalo y rey de Frigia (otros dicen que de Lidia), que dio nombre al

Peloponeso.

2025 Es decir, se pretende el dominio universal; todo el mundo conocido formaría parte del imperio persa.

2026 Esto recuerda lo que se decía antaño entre nosotros, que en España no se ponía el sol. Realmente, y valga la redundancia, *nihil novum sub sole!*

2027 Para el concepto «hombre», el griego tiene dos términos, *anér*, que significa «hombre» en oposición a mujer, y *anthropos*, que significa genéricamente individuo del género humano, sea hombre o mujer. El alemán soluciona bien la cuestión por cuanto la palabra *Man* traduce exactamente el griego *anér* y la palabra *Mensch* traduce exactamente el griego *anthropos*. En castellano la traducción literal daría una redundancia insoportable, y por eso suprimo uno de los términos que ofrece el griego.

2028 El griego dice «ciudad de hombres [varones]» y «pueblo de hombres» [hombres y mujeres].

2029 La traducción es literal.

2030 Hijo de Gobrias y de una hermana de Darío, cfr. VII, 5.

2031 Cfr. III, 93 ss., 97 ss.

2032 Como persa, Mardonio cree que la victoria depende sólo del dinero y del número de soldados que formen el ejército. El texto griego ofrece claramente aquí la llamada pregunta o interrogación retórica, por lo demás muy escasa en Heródoto.

2033 He reproducido el juego de palabras, pero en griego es mucho más fuerte, una auténtica *contradictio in terminis*.

2034 Mardonio recuerda lo que le interesa, y nada más: es verdad que los atenienses no acudieron a Macedonia a presentarle batalla, pero el final de la expedición fue para los persas el más tremendo desastre.

2035 Heródoto está poniendo en boca de los persas sus propias ideas y su experiencia personal.

2036 ¡También Heródoto tiene su lógica!

2037 Heródoto está pensando en la guerra de Troya, en escenas que conocemos por la *Ilíada*.

2038 Pensamos en Homero: con toda certeza griegos y troyanos no hablaban la misma lengua, lo cual para Homero no supone ninguna dificultad: en el canto VI de la *Ilíada*,

Glauco, troyano, y Diomedes, aqueo, sostienen un largo diálogo, por lo demás señero en la cultura de occidente, y en el canto XXIV, el último de la *Ilíada,* Aquiles y Príamo conversan también largamente en una humanísima reconciliación.

2039 Esta afirmación de Heródoto tiene valor intemporal, y tanto más vigente cuanto más los medios de destrucción se perfeccionan (!) y se hacen más eficaces y mortíferos.

2040 Estas palabras no están en todos los manuscritos griegos.

2041 Nada ocurre por sí mismo; las cosas tienen una finalidad. En mi traducción me ha seducido el término griego *autómaton.*

2042 Este final recuerda a Teognis, 571: «La opinión es un gran mal para los hombres, y la prueba es lo mejor» (traducción de Francisco Rodríguez Adrados).

2043 Jerjes hablaba del dominio del mundo; Mardonio limita la conquista a Grecia únicamente. Las palabras de Jerjes podían asustar...

2044 Ya había intentado inútilmente disuadir a Darío de hacer la guerra a los escitas, cfr. IV, 83.

2045 Era una variedad del jaspe negro que se daba abundantemente en las cercanías del monte Tmolo. Artábano procura preparar el ánimo del rey para que por lo menos acepte una discusión del tema y admita que se expresen opiniones contrarias.

2046 El orador omite interesadamente la ayuda de los plateos.

2047 Cfr. IV, 87 y 89.

2048 Quizás se trate de Zeus Fulminante, pero expresamente no se dice. Aquí parece latente una noción genérica de divinidad, quizás con un toque de monoteísmo; lo que está claro es que estamos a una gran distancia de los rudimentarios y a veces inmorales dioses homéricos. El pensamiento griego avanza en todos los frentes.

2049 Éste es un tópico característico de ciertas situaciones, que también sale, por ejemplo, en la Biblia, 1Mac 3, 19: «No es difícil que unos pocos envuelvan a muchos, pues a Dios lo mismo le cuesta salvar con muchos que con pocos» (traducción de la Nueva Biblia Española). Desde luego, la perspectiva bíblica es otra.

2050 La envidia de los dioses es un tema recurrente en las primeras fases de la poesía griega (cfr. *Odisea,* V, v. 118) y obsesivo para Heródoto: debe pensarse en ella antes de emprender algo realmente importante.

2051 Una posible señal de mal agüero.

2052 Algunos manuscritos griegos añaden el nombre: Mardonio. Pero su omisión tiene un componente de desprecio, por lo que parece que la añadidura citada es una interpolación.

2053 Se calumniaba a los atenienses, naturalmente. Psicológicamente, el análisis que sigue es muy fino.

2054 Heródoto pone en boca de Artábano pensamientos genuinamente griegos, pero entre ellos describe como la más desastrosa la muerte que para los persas, según su «Biblia», el Avesta, es la más deseable. Cfr. I, 140.

2055 Tal como nos la transmite Heródoto, esta genealogía concuerda sólo parcialmente con la que nos ofrece una conocida inscripción de Behistum, ejecutada posiblemente por orden de Darío. Según tal inscripción, Aquémenes tiene un hijo, Teíspes, y éste tiene dos, Cambises y Ariaramnes. De Cambises descienden Ciro y su hijo, llamado como su abuelo, Cambises. De Ariaramnes descienden Ársames, Histaspes, Darío y Jerjes. La repetición del nombre de Teíspes obedece al hecho de que Jerjes cita primero a sus predecesores por línea paterna y luego a los de la línea materna, que remontan, ambas, a Teíspes, de quien arranca el linaje por ambos troncos.

2056 Aquí Heródoto nos ofrece la figura llamada *hysteron proteron*, porque primero fue la campaña contra Asia, y luego la quema de Sardes. Cfr. el conocido verso virgiliano «moriamur et in arma ruamus!».

2057 Dicho con fuerte ironía, naturalmente.

2058 El Peloponeso, naturalmente.

2059 Obsérvese la eficacia de la narración: la llegada de la noche no es una determinación temporal accesoria, sino que es un hecho eficazmente operativo, capaz de producir un cambio de decisión en el ánimo de Jerjes. La aparición se produce en la mente, en el paso del día a la noche.

2060 Es la llamada *adoración*, llevarse a la boca la mano del soberano y besarla en señal de sumisión; el lenguaje bíblico, principalmente el neotestamentario, específicamente cristiano, ha tomado el término y lo ha aplicado exclusivamente para señalar la relación directa del hombre con Dios (en latín *ad* y *os*, *oris*, la boca).

2061 «Humillado»: he traducido literalmente, pero el concepto de humildad no es genuinamente griego; la humildad no sale naturalmente de nuestra entidad de hombres; necesita de un recurso superior. Y, sin embargo, el pensamiento sí es griego. Parece que Aristófanes, *Aves*, vv. 488 ss., parodia este lugar. Habla del llamado pájaro persa y dice, ahora citando expresamente al rey: «se comporta como el Gran Rey, camina a grandes zancadas, y es el único, entre todos los pájaros, que se toca con una tiara».

2062 Era el que intentó disuadir a Jerjes de la expedición contra Grecia.

2063 Aquí creo que debo traducir así.

2064 Sentarse indebidamente en el trono real constituía, entre los persas, delito de alta traición, castigado con la pena de muerte.

2065 Estas palabras iniciales de Artábano recuerdan, por un lado, a Hesíodo, *Obras*, 293 ss., y por otro a Sófocles, *Antígona*, 720 ss.

2066 Una idea paralela en la Biblia, 1Cor 15, 33: «corrumpunt bonos mores colloquia mala».

2067 ¿No habrá aquí un eco del presocrático Tales de Mileto, que establece que el agua es el principio de todas las cosas? Luego Píndaro dirá lapidariamente al principio de su obra: «Lo óptimo es el agua.»

2068 Creo que aquí Heródoto se muestra razonablemente racionalista.

2069 Cfr. Cicerón, *De divinatione*, I, 22: «quae in vita usurpant homines, cogitant, curant, vident, quaeque aiunt vigilantes agitantque, ea si cui in somno accidant, minus mirandum est».

2070 La intención de Artábano es clara: quiere comprobar el posible origen divino de la visión.

2071 Reconozco que aquí más bien he hecho una paráfrasis: el griego dice escuetamente «cedieras a tu juventud».

2072 Los magos constituían una de las seis tribus en que estaban divididos los medos (I, 101). Su tribu era la más noble, y de ella salían los sacerdotes.

2073 Los lectores griegos veían en el olivo el árbol sagrado de Atena que había plantado en la fortaleza de Atenas, en la acrópolis (cfr. V, 83, VIII, 59).

2074 Probablemente 484-480 a.C.

2075 En primavera del año 480 a.C. Partieron de Sardes y llegaron a las Termópilas el 21 de julio (cap. 208). La marcha de Susa a Sardes fue en el 481.

2076 I, 15, 103; IV, 11 ss.

2077 I, 72, 95.

2078 V, 1.

2079 La migración de licios y teucros es anterior a la guerra de Troya, que Heródoto sitúa hacia el 1260/1250 a.C.

2080 VII, 128.

2081 Se alude repetidamente al hecho de que, por el consumo de agua de este imponente ejército, los ríos, a excepción de los más caudalosos, se secaron; cfr. 43, 108, 127, 187, 196. Las preguntas son retóricas, como en el cap. 9.

2082 Es decir, trirremes y pentenconteros.

2083 Probablemente Heródoto aquí omite con toda intención la mención directa de naves de guerra: los persas se verán derrotados en una batalla naval: la de Salamina. En detalles como éste se nota la fineza del gran historiador y la coherencia íntima que anima su obra.

2084 VI, 44.

2085 En la punta meridional del Quersoneso Tracio.

2086 Búbares ya en tiempos de Darío había sido el comandante militar persa de Tracia. Y en calidad de tal emprendió una campaña para someter Macedonia a Darío; cfr. V, 21.

2087 V, 21; VIII, 136.

2088 Cfr. VIII, 136.

2089 La referencia es al istmo que une el golfo de Hieriso (actualmente Singítico) y la bahía de Hagion Oros (la Santa Montaña).

2090 Esta enumeración de las ciudades de la península del Atos empieza por el noroeste y sigue la línea de la costa primero en dirección sudoriental y luego en dirección noroccidental.

2091 En las paredes del canal que abrían.

2092 Quizás «desprendimientos» o «corrimientos»; en todo caso se trata de procesos indeseados.

2093 Subir y extraer más cantidad de tierras de la debida.

2094 También trabajaban allí obligados. Lo que aquí cuenta Heródoto es poco creíble, por cuanto no es muy lógico que, en un trabajo en cadena como éste, unos, los fenicios, se permitieran el lujo de modificar radicalmente en su beneficio la técnica empleada, y probablemente ordenada, para los demás.

2095 Es decir, se ahorraron el trabajo de subir la tierra y tirarla en cualquier vertedero.

2096 De manera que éstos cobraban un sueldo; no se ve clara la diferencia de significado de las palabras griegas que he traducido por «mercado» y «lonja»; quizás se quiera decir que había ya un comercio al por mayor, que distribuía las mercancías a los distintos vendedores.

2097 Es decir, harina. Pero seamos fieles al texto griego...

2098 Probablemente Jerjes quiso emular a su padre, que había mandado abrir el canal del Nilo hasta el mar Rojo.

2099 Probablemente aquí Heródoto se equivoca. Según cálculos modernos, este canal no sobrepasaba los treinta metros de anchura, lo cual no permite que dos trirremes navegaran por él en paralelo. Todavía Tucídides, IV, 109, lo menciona, pero de él no queda ningún rastro.

2100 Literalmente el griego dice «lino blanco»; es el esparto; los fenicios habían conocido mucho tiempo antes esta hierba en tierras españolas y la aprovecharon para diversos usos, pues su fibra es muy resistente.

2101 Hay dos localidades que llevaban este nombre, una en la Propóntide, en la Tracia, y otra en la isla de Eubea.

2102 Topónimo no localizado.

2103 Colonia ateniense en el curso alto del río Estrimón.

2104 El término griego correspondiente tiene un componente de fatiga y de obligación que en la traducción ya no se puede reflejar; si tradujéramos por la palabra «penalidades», entonces quedarían sin verse aspectos fundamentales del texto griego. Es siempre la incapacidad del traductor...

2105 Lugar desconocido, pero ciertamente al oeste del río Halis.

2106 Quizás podría traducirse «sátrapas».

2107 Cfr. 8, 19.

2108 La antigua capital de Frigia, cfr. Jenofonte *Anábasis*, I, 2, 7.

2109 En V, 118, Heródoto llama a este mismo río Marsias. El nombre de ahora, Catarrectes, recuerda etimológicamente el castellano «catarata». La acrópolis de Celenas se levantaba sobre un declive rocoso, de una de cuyas grutas nacía un río que atravesaba la ciudad y más abajo afluía en el Meandro. Era el río Marsias, citado aquí con otro nombre.

El nombre de Marsias recuerda la famosa lucha entre Apolo y el sileno Marsias, probablemente localizada aquí.

2110 Algunos editores del texto griego consideran que es una interpolación; lo que el texto griego no autoriza es la versión de algunos traductores: «en esta ágora».

2111 Como si fuera un odre vacío; el griego pone exactamente esta palabra, odre, en una metáfora audaz que no me atrevo a reproducir.

2112 Marsias es una figura de la leyenda frigia. Era maestro en el arte de tañer la flauta, y desafió a Apolo en este sentido. Pero el dios salió victorioso de la competición, lo desolló, y le arrancó la piel. La localización aquí del mito sólo la conoce Heródoto.

2113 Pitio, sobrino de Creso, hijo de aquel Atis que murió en una cacería, cfr. I, 25 y 34.

2114 Obras de un artífice muy famoso, Teodoro de Samos, creador también del anillo de Polícrates (III, 41).

2115 Al sur del mar Egeo, entre la costa de Asia Menor y el archipiélago de las Espóradas.

2116 Es inútil querer establecer equivalencias con las monedas actuales; lo único que se puede decir es que se trataba de un personaje fabulosamente rico.

2117 Era un título de honor, hoy diríamos un título de nobleza; algo parecido a los «amigos del rey».

2118 Con el tiempo tal ciudad sería famosa por la carta que el apóstol Pablo dirigió a los miembros de la comunidad cristiana fundada por él mismo allí.

2119 Se desconoce su ubicación exacta, pero no debía de estar lejos de Laodicea de Frigia, actualmente Esky-Hissar.

2120 Literalmente: mediante unas letras. Heródoto es el primer griego que habla concretamente de escritura; también esto es algo nuevo en el panorama cultural de la época.

2121 Quiero advertir al lector que tenga el texto griego a la vista que aquí hay un anacoluto porque el verbo *(esébale* «penetró») carece de sujeto, que debe de ser Jerjes, pero el nombre no aparece en ninguna parte y la corrección gramatical aquí exige un sujeto en nominativo. Sólo hacia el final del capítulo Jerjes viene mencionado en nominativo, pero sin ninguna trabazón gramatical ni sintáctica con este comienzo. La tradición manuscrita no ofrece aquí variantes. Yo pienso o en un muy posible error por parte de los copistas o en un fallo momentáneo de Heródoto: «quandoque bonus dormitat Homerus...».

2122 En las proximidades de la actual Aini-gjöl; en el valle del río Cogamo (llamado también Frigio) hay plátanos y tamariscos en abundancia.

2123 El griego pone expresamente esta palabra, pero debía de tratarse de un jugo denso.

2124 Un árbol muy apreciado por los persas, cfr. cap. 27; V, 119.

2125 Un miembro de la guardia real.

2126 El consabido signo de vasallaje.

2127 El motivo de esta exclusión se verá en el cap. 133.

2128 Es decir, los egipcios y los fenicios.

2129 La actual Zemenik.

2130 La actual Maito.

2131 Aquí el griego ofrece una variante textual: ancha.

2132 Protesilao, marido de Laodamia, había sido uno de los pretendientes de Helena, y por eso tomó parte en la expedición contra Troya; fue el primer aqueo que murió en la playa troyana, cfr. *Ilíada*, II, 695.

2133 Unos dos kilómetros.

2134 Por lo que se refiere al castigo infligido al Helesponto —ejemplo de un desahogo brutal de la ira— podemos recordar otros ejemplos de la historia de Persia: Ciro, que desvió las aguas del río Guindo en canales pequeños para que incluso las niñas pudieran gozar de él (I, 202).

2135 El castigo habitual infligido a los malhechores, cfr. VIII, 90, 118.

2136 La transcripción literal de la palabra sería «arquitecto», pero creo que tal término no refleja la realidad de lo que se dice aquí.

2137 Hemos llegado a uno de los pasajes más difíciles de toda la obra herodotea. El texto griego admite por lo menos dos interpretaciones que difieren levemente, pero que suponen cada una una disposición distinta de las naves empleadas. He aquí la más verosímil: se debían construir dos puentes (esto es absolutamente seguro) en los que se emplearon penteconteros (naves de transporte de cincuenta remos) y trirremes. El primer puente estaba en situación más oriental (más encarado hacia el Ponto Euxino, o, mejor dicho, hacia la Propóntide, y el segundo se encontraba tendido más hacia el mar Egeo. Para el primero se emplearon 360 naves, para el segundo 314; respecto al Ponto Euxino las naves se habían dispuesto transversalmente, y respecto al Helesponto paralelamente. La finalidad era que la fuerza de las corrientes mantuviera tensos los cables. Cuando las naves fueron amarradas unas a otras con los ingenieros de los puentes echaron unas anclas muy largas; las del

puente hacia el Ponto Euxino debían contrarrestar a los vientos que soplaban precisamente desde el Ponto, las del otro puente, a saber, del occidental, tendido en dirección al mar Egeo, debían contrarrestar al Euro (viento del este) y al Noto (viento del sur). Para la época, la obra de ingeniería fue colosal.

2138 Para asegurar la inmovilidad de las naves.

2139 Fabricados con la madera cortada.

2140 Como barandas.

2141 Del año 480.

2142 Parece que un eclipse parcial de sol en esta región y en esta época no es demostrable; en octubre del mismo año sí se documenta uno que reúne las condiciones antedichas; quizás Heródoto, que tuvo noticia de él, por afán de espectacularidad lo trasladó aquí.

2143 ¡Los matices de la lengua griega! Aquí la simple gramática nos da cuenta de una oración subordinada completiva subjetiva: «en su opinión», de modo que al traducir no he fantaseado: el griego, con una prodigiosa densidad, dice exactamenta: «que, en su opinión»..., la de los magos, que resultó abrumadoramente falsa.

2144 Esta interpretación no se corresponde con el parecer de los persas, cfr. cap. 54.

2145 Cfr. cap. 27.

2146 La misma idea en Teognis, 13: «Ártemis cazadora... oye mi plegaria y aparta de mí las Keres funestas: para ti, oh diosa, es esto una cosa pequeña y para mí grande» (traducción de Francisco Rodríguez Adrados).

2147 El sentido viene a ser que los oídos son la antecámara del corazón: si éste percibe buenas palabras, el gozo invade todo el ser; si las palabras son desagradables, el corazón se llena de rencor o de desdén.

2148 El ejército estaba compuesto de distintos linajes, pero los pertenecientes a cada uno de ellos no marchaba separadamente de los demás, en secciones especiales, sino que desde este punto de vista el desorden era completo. Ya desde aquí Heródoto, como quien no dice nada, nos señala uno de los principales motivos del desastre persa.

2149 Los persas propiamente dichos, sin tener en cuenta las tropas de las otras nacionalidades.

2150 En el lenguaje moderno se diría «a la funerala»; era una señal de respeto al rey, del que formaban la guardia inmediata.

2151 Cfr. III, 106.

2152 Su nombre persa es *ahuramazda*.

2153 Este carro de guerra estaba abierto por detrás, para que se pudiera combatir de pie desde él y, eventualmente, saltar de él, abandonándolo. El carro de viaje era parecido a nuestros coches de caballos modernos.

2154 Eran los llamados «Inmortales»; cfr. 83.

2155 Para clavar la lanza en el suelo en caso necesario.

2156 No queda muy claro si eran de oro o de plata, pero la referencia inmediata a las de plata sugiere que éstas eran de oro.

2157 Unos 350 metros.

2158 Actualmente el Ak-su, o también Bokhair; cfr. VI, 29.

2159 En el fondo del golfo Adramítico.

2160 Cfr. I, 160.

2161 La fértil llanura costera que está en el fondo del golfo Adramítico, junto a Antandro. Su población principal era Adramitien, la actual Edremit.

2162 De manera que en Antandro el ejército abandonó la ruta de la costa, torció hacia la derecha, hacia las tierras interiores. Por primera vez Jerjes delataba sus intenciones.

2163 Monte de la Tróade desde cuya cima Zeus contemplaba los trabajos de aqueos y troyanos en la guerra de Troya.

2164 A Troya, exactamente a la ciudadela de Troya, en la Tróade.

2165 Aquella a la cual, en el canto VI de la *Ilíada*, las mujeres troyanas invocan para que salve su ciudad, en grave riesgo.

2166 Aqueos y troyanos. Al persa le interesaba quedar bien con todos.

2167 Nuevo presagio de mal agüero.

2168 En el Helesponto.

2169 En V, 122, se los llama «resto de los antiguos teucros». Su ciudad, en la Tróade, al pie del monte Ida, era la salida natural de los teucros al mar.

2170 Se sabe qué colina es: la de Maltepe.

2171 Que tenían los mejores navíos de toda la flota, cfr. caps. 96 y 99.

2172 Este paso súbito de Jerjes de la felicidad al llanto mueve a Artábano a intercambiar con Jerjes algunas consideraciones sobre la inestabilidad de la fortuna y sobre la miseria de la condición humana. Es discutible si aquí hay una concepción personal de Heródoto o una idea genérica del pensamiento griego: también en Homero, en Píndaro, en Baquílides, en Esquilo, se encuentra una concepción más bien desesperada de la existencia humana: la expresión calderoniana de que más le valiera al hombre no haber nacido. Pero coincidiendo en que tal no es, por descontado, la tesis fundamental de Calderón, «Artábano —viene a decir Jerjes—, la vida humana es como la expones tú, pero dejemos eso, no pensemos en la desgracia en tiempos de prosperidad.» Y algo más abajo: «Afrontar animosamente cualquier empresa con la posibilidad de encontrarnos sólo con la mitad de los males que se nos vaticinaron es mucho mejor que no sufrir nada porque no se ha intentado nada.» Con estas palabras fuertes y animosas, Heródoto subraya la reacción del sereno espíritu griego, muy opuesto a cualquier pesimismo. Esta dinámica de progreso caracteriza todas las expresiones de la cultura griega, y es una herencia de valor indecible para el mundo occidental.

2173 ¡Una conexión con los presocráticos!

2174 Otra vez la duda: el griego pone exactamente «el dios»; ¿será una referencia a la divinidad?

2175 La envidia de los dioses: un tema típicamente griego, cfr. I, 91; V, 4 ss.

2176 Quiero hacer notar aquí que la traducción es literal, lo que prueba que las mentes humanas funcionan con los mismos parámetros fundamentales, por más que la expresión parezca un modismo castellano.

2177 Al pie de la letra dice: *te robará siempre hacia adelante,* pero no creo que se pueda traducir así.

2178 Cfr. Salustio, *De coniuratione Catilinae,* I: «priusquam incipias consulto; ubi consulueris, mature facto opus est».

2179 Entiéndase: todos los pueblos de estirpe jonia.

2180 Como ocurrió en Mícale (IX, 103 ss.).

2181 En realidad la lealtad de los jonios a Darío venía motivada por la consideración, expuesta por Histieo de Mileto (IV, 137) y aprobada por el resto de tiranos de que podían gobernar despóticamente sus ciudades por el favor que de Darío gozaban, pero que, si Darío desaparecía, ni él, Histieo, podría gobernar en Mileto ni los demás tiranos en las

ciudades restantes, pues en ellas el pueblo accedería al poder.

2182 Cfr. IV, 136 ss.

2183 O sea, que confiaban en los persas.

2184 La idea es genuinamente griega: Jerjes quiere designar a Artábano como lugarteniente suyo, hoy diríamos «virrey».

2185 Por el horizonte.

2186 Algo muy parecido a una cimitarra.

2187 Cfr. 41.

2188 No se ve clara la interpretación de este segundo portento; en todo caso debe responder a un mundo de creencias ignorado por nosotros.

2189 La última estribación, por el norte, de la entrada al golfo Sarónico.

2190 En la ciudad de Pactia.

2191 Cfr. VI, 33. Se trata de una colonia milesia al sudoeste del Quersoneso Tracio.

2192 A medio camino de Pactia a Cardia, en el istmo que une la península con el continente.

2193 Probablemente por el color negruzco de sus aguas.

2194 Actualmente el río Saldati.

2195 Junto a la ciudad de Eno el río Hebro (actualmente el Maritza) se dilata y forma el lago Estenóride, que se abre hacia el mar.

2196 Dorisco volverá a ser mencionada por el valor de su prefecto Máscames, 105.

2197 Dos ciudades que Samotracia había fundado en la costa tracia, a su misma altura.

2198 El actual Cabo Makri, en la costa tracia, delante de la isla de Samotracia.

2199 Recordados por Homero en el Catálogo de las Naves, *Ilíada*, II, 845-846.

2200 Lo que sigue ahora recuerda la conocida Beocia o Catálogo de las Naves que concluye el segundo canto de la *Ilíada*.

2201 Un millón setecientos mil hombres. Pero las cifras que da Heródoto son exageradas.

El estudioso inglés F. Maurice, *The size of the army of Xerxes in the invasion of Greece 480 b. C.* (citado por Gina Calzavara en *Erodoto Il settimo libro delle Storie*, Milano, 1946), advierte que probablemente Heródoto confundió la miríada (diez mil) con el millar, con lo cual le sale una cifra monstruosa e imposible. Según el mismo estudioso el ejército persa en ningún caso rebasó los ciento cincuenta mil combatientes, a los que cabría añadir los veinticinco mil que se sumaron al ejército persa en Dorisco; éstos se verían apoyados de algún modo por sesenta mil hombres no combatientes directamente, que tendrían a su cuidado las acémilas y los caballos de combate.

2202 Era una especie de bonete, cuyos diversos adornos indicaban la categoría del que lo llevaba. A título de curiosidad simplemente, advirtamos que hoy lleva este nombre la pieza con que se toca la cabeza el Romano Pontífice en las celebraciones litúrgicas que preside.

2203 Aquí el texto griego presenta indudablemente una laguna.

2204 Y corazas: no está en todos los manuscritos griegos.

2205 El término griego (en realidad persa: *anaxyris)* no tiene traducción posible; la que se ofrece es lo más aproximado.

2206 De todo este armamento, en general, hay reproducciones sorprendentemente exactas en los vasos cerámicos y en los bajorrelieves persas que se encuentran en el parisino museo del Louvre.

2207 Es decir, «los grandes», «los potentes», de la palabra persa *arta*.

2208 Hijo de Artábano (VIII, 126); mandó al ejército persa en Mícale, donde halló la muerte (cfr. IX, 86, 102).

2209 En sentido muy amplio, denominación de tribus medas e iraníes, pero en sentido estricto, nombre de una población que primero vivió en las llanuras noroccidentales del Himalaya, que abandonó para dividirse en dos troncos, uno hacia el sur, en tierras bañadas por el Indo y el Ganges, y otro hacia el altiplano que recibió de ellos el nombre de Irán. Estos últimos fueron subyugados más tarde por los medos, que asumieron el nombre de arios (los nobles, en sánscrito *arya,* y su civilización).

2210 Una versión de la leyenda decía que Medea había nacido en Corinto, ciudad de la que escapó hacia Atenas, donde se casó con Egeo, monarca de la ciudad, del que tuvo un hijo, que llamó Medo. Éste organizó una conjura contra Teseo, y Medea escapó, con su hijo, a la tierra a la cual dio nombre, a la Media (cfr. Pausanias, II, 3).

2211 Su territorio, del que formaba parte la capital, Susa, constituía el octavo departamento tributario de Darío.

2212 Habitaban las costas del mar Caspio, que de su nombre se llamó también mar

Hircano; limitaban con los medos y los partos.

2213 No se ve claro si se trata de un trenzado de láminas de bronce o bien de un trenzado de correas de cuero que envolvían el yelmo.

2214 Ya Ayante Oileo, en la *Ilíada*, II, 529, embraza un escudo de este tipo.

2215 Comúnmente se entiende por Siria la región del Asia, comprendida entre Palestina y Cilicia, que da al Mediterráneo, pero en sentido más lato se integran en ella los países hasta el Tigris, Mesopotamia, Babilonia, Asiria...

2216 Esta frase no está en todos los manuscritos griegos.

2217 Otra vez el estilo de Heródoto es aquí muy denso; escribe simplemente «los sacas escitas», pero el contexto obliga a una paráfrasis.

2218 Literalmente: «las hachas llamadas *sagaris*»; esta palabra persa parece significar «de guerra».

2219 Por un rey saca llamado Amorges.

2220 Atosa tiene un papel relevante en la tragedia de Esquilo *Los persas*.

2221 En III, 106 se nos dice que en la India crecían ciertos árboles productores de una especie de lana que por su belleza y calidad era muy superior a la que se fabricaba tras el esquileo de las ovejas; aquí la referencia es a estos árboles.

2222 No sabemos de quiénes se trata.

2223 Aquí es el nombre particular de un pueblo que confinaba por el nordeste con los bactrios; se trata de aquellos arios que, juntamente con los partos, los corasmios y los sogdios, formaban la satrapía XVI del imperio persa.

2224 Hijo, probablemente, de aquel Hidarnes que fue uno de los conjurados contra el mago usurpador (III, 70), de quien se dice más adelante (83, 211) que fue el comandante supremo de los *Inmortales*.

2225 Formaban la VII satrapía, en los confines orientales del imperio: por el norte limitaban con los bactrios, y por el sur con los indios, los satágidas y los aparitas.

2226 Será el que intentará en vano disuadir a Mardonio de presentar batalla campal a los griegos; derrotados los persas en Platea (479 a.C.) conseguirá llegar a Bizancio al frente de sus 40.000 soldados antes de que la noticia de la derrota de Platea convierta su marcha en fuga (IX, 41, 66, 89).

2227 Entiéndase aquellos caspios, unas tribus indias del Bajo Penjab, que juntamente con los sacas formaban la satrapía XV. Otros caspios eran los que junto con los páusicos, los pantimatos y los duritos vivían en las costas del mar Caspio y formaban la satrapía XI.

2228 Aquí parafraseo, el texto griego transcribe la palabra persa *sisirna.*

2229 Ya conocidas, designadas con el nombre persa de *akinakas.*

2230 Al sur de los partos, conjuntamente con los sagartos, los tamaneos, los utos y los micos, formaban la satrapía XIV.

2231 Confinaban con los indios.

2232 Estos árabes son, probablemente, los de África habitantes a lo largo de la costa africana del mar Rojo, ya que los árabes del Asia, residentes en la nación llamada actualmente el Yemen, no habían sido nunca súbditos de los persas, con los cuales mantenían relaciones de buena vecindad y de hospitalidad.

2233 El griego transcribe la palabra persa *seirás*, traducible por el término castellano «sobretodo», pieza de vestir muy holgada que llegaba a los pies, y que se ceñía por un cinturón a la altura de la cintura para que no entorpeciera la marcha. El cinturón era una prenda especialmente tracia.

2234 Aquí el texto griego recuerda a Homero *(palíntona toksa titaínon),* y se refiere a unos arcos tan flexibles que podían tenderse de adelante hacia atrás, como los normales, pero también podían ser invertidos y tirar de la cuerda ejerciendo las funciones del arco propiamente dicho. Era, sin lugar a dudas, una pieza de lucimiento.

2235 Entiéndase: los etíopes habitantes al norte de Egipto, como se especificará más adelante. Heródoto trata de ellos en II, 29, cuando describe el curso del Nilo desde Elefantina; allí nos dice que su capital es Meroe. Más adelante, en el cap. 70, recordará a otros etíopes, llamados orientales o asiáticos.

2236 Cfr. IV, 191.

2237 Ya Homero, al principio mismo de la *Odisea* (I, 23), sabe que los etíopes, «que viven muy lejos», se dividen en dos grandes grupos, los del este y los del oeste.

2238 La otra hija de Ciro y de esta mujer fue Atosa, cfr. 2-3.

2239 Los habitantes de la Libia: con este nombre entiende Heródoto toda el África comprendida entre los confines de Egipto (que él incluye en Asia, cfr. II, 17) y el océano Atlántico. Pero conviene observar (cfr. IV, 197) que especifica que los libios propiamente dichos habitaban la parte septentrional del África, mientras que la parte meridional estaba ocupada por los etíopes. Los actuales bereberes deben ser considerados descendientes de

los libios.

2240 Ya sometidos a Creso, cuando Ciro venció a Creso cayeron bajo el dominio de los persas.

2241 Habitantes probablemente del curso medio y del inferior del río Halis.

2242 Pueblo nómada, habitante en la orilla derecha del río Halis (I, 72).

2243 Población probablemente de origen tracio, ya sometida a Creso (I, 90), y más tarde tributaria de los persas (III, 90).

2244 Aquí se designan particularmente los capadocios (V, 49), limítrofes de los frigios. Los capadocios (del persa antiguo *kaptakuka* = país del *Tuka)* fueron sometidos por los asirios, los cuales fundaron en su país tantas colonias que los griegos dieron a los capadocios el nombre de «asirios», o de «sirios».

2245 Ya se los recuerda en el libro I, 194 por las embarcaciones especiales que usaban para transportar sus mercancías hasta Babilonia, y en el libro V, 49 por el número de cabezas que componían sus rebaños. Los armenios, de estirpe aria, pertenecen al grupo de pueblos iranios.

2246 Cfr. VI, 45.

2247 Los lidios y los meonios, ya recordados por Homero *(Ilíada,* II, 866), habitaban las faldas del monte Tmolo, en el territorio que más tarde se llamará la Lidia.

2248 Los misios eran considerados colonos de los lidios. En el lugar I, 171, Heródoto narra la versión de los carios referente a la relación de parentesco que ligaba a misios y lidios. Dice que los carios se consideraban autóctonos del continente, y que aducían en favor de ello un antiguo santuario de Zeus Cario, en el que lidios y misios eran admitidos en calidad de pueblos hermanos.

2249 La traducción es exacta, aunque algunos traduzcan «descendientes».

2250 El término *olimpo* es un elemento de sustrato, y significaba «monte» en la lengua pregriega; de ahí que sea un topónimo algo frecuente en la geografía griega. Aquí se aplica a un monte radicado a unos cincuenta kilómetros al sudoeste del mar de Mármara.

2251 Lo confirma Jenofonte *Anábasis*, VII, 4, 4.

2252 Aquí hay, en el texto griego, una laguna, cuya restitución no ofrece dudas: los pisidios.

2253 O quizás «entre estas gentes», «en este país». No se ve claro si la referencia es a un

santuario o, simplemente, a un oráculo referido a los pisidios, que subrayaría su carácter marcial.

2254 En el lugar III, 90 se describen las satrapías en que Darío dividió su imperio: allí los cabeleos son claramente distintos de los lasonios.

2255 Cfr. I, 173: «el territorio que ahora está ocupado por los licios era antiguamente la Milíade». En tiempos posteriores el nombre se vio restringido a una provincia de Licia.

2256 Personajes desconocidos.

2257 Originarios del Cáucaso, hacia las fuentes del río Ciro, ya en el siglo XII habían sido sometidos por los asirios. En tiempos posteriores, dispersos a consecuencia de las invasiones de los escitas, en la época de Heródoto habitaban los montes que flanquean la orilla sudoriental del Ponto Euxino. Junto con otros pueblos, formaban la satrapía XIX del imperio persa (III, 94).

2258 Los tibarenos, pueblo del Ponto, sobre los montes costeros al norte del Lico. Corresponden al Túbal de la Biblia.

2259 Pueblo del Ponto, al sudeste de Trebisonda, cfr. III, 94; formaban la satrapía XIX del imperio persa.

2260 Limítrofes de los precedentes, pertenecían a la misma satrapía.

2261 No han sido identificados.

2262 La Cólquide, en la cuenca del río Fasis, al oriente del Ponto Euxino, es la península de Crimea, célebre por la expedición de los argonautas en pos del vellocino de oro. La habitaban gentes de color negruzco, de pelo crespo, muy parecidos a los egipcios, con los cuales, además, tenían en común la práctica de la circuncisión. Los colcos seguramente eran de extracción egipcia.

2263 Un aqueménida que luchó en Platea, cfr. IX, 76.

2264 Ambos pueblos (junto a los matienos) estaban integrados en la decimoctava satrapía del imperio.

2265 Eran verdaderos campos de concentración, destinados a los condenados políticos, cfr. III, 93. La misma Biblia da testimonio de ello, cfr. 2Re 15, 29, XVIII, 11 y 32.

2266 Cfr. IX, 102.

2267 Soy muy consciente de que traslado una terminología radicalmente romana a este texto, pero me parece que resuelve magníficamente el problema de traducción, realmente

difícil, que se plantea si no se actúa de esta manera.

2268 Un término que quizás recuerde vagamente el castellano «división» en su sentido militar.

2269 Otra vez me arriesgo en la terminología...

2270 Sobre Mardonio, hijo de Gobrias (uno de los siete conjurados contra el falso Esmerdis), y sobre sus empresas, cfr. cap. 5.

2271 Tritantecmes, hijo de Artábano, será mencionado otra vez en el capí-tulo 121. De este personaje son conocidas las nobles palabras (VIII, 26) que dirigió a Mardonio a propósito del coraje militar de los griegos, que en los juegos olímpicos luchaban no por el dinero ni por bienes fungibles, sino simplemente por el honor y la gloria.

2272 Sobre Masistes, cfr. IX, 107, 112.

2273 El general persa que mandó en Egipto un ejército contra los atenienses y sus aliados (III, 160); Zópiro fue famoso por la astucia con que consiguió entregar Babilonia a los persas (III, 153) y por los elogios que mereció de Darío.

2274 El texto griego escribe: «los diez mil», pero se refiere al cuerpo de los llamados Inmortales.

2275 Esta interpretación no es absolutamente segura; hay una variante textual en el griego que si se acepta refiere lo dicho al cuerpo de los Inmortales.

2276 Cfr. I, 25. Junto con otros pueblos, formaban la XIV satrapía (III, 95).

2277 Los cisios, habitantes de la Cisia, distrito de Susiana, formaban juntamente con Susa la satrapía VIII (III, 91) del imperio. En las Termópilas fueron rechazados por los griegos, cfr. cap. 210.

2278 Aquí el texto griego presenta dos variantes significativas: los casios, en cuyo caso se trataría de los habitantes de una región montañosa del norte de Siria, a la que da nombre el monte Casio, el más lato de la región; la otra variante es: los cáspires, habitantes de la región del curso superior del Bidaspes (o Hidasspes, la grafía es dudosa), río que fluye por el Penjab, al oeste del Himalaya.

2279 Por oposición a los árabes, que siguen.

2280 El término actual será probablemente: escuadrones.

2281 Cfr. I, 80.

2282 Comentando este lugar el léxico de Hesiquio añade: de mimbre.

2283 Los habitantes primitivos de la isla de Chipre fueron citios, cananeos y hamatitas, a los cuales se añadieron muy pronto emigrantes fenicios, minorasiáticos y griegos.

2284 Esta Salamina es una ciudad, fundada por Teucro, de la isla de Chipre; Teucro fue hijo de Telamón, notable guerrero aqueo que aparece en la *Ilíada*.

2285 La isla de Salamina fue largo tiempo posesión de Atenas; Telamón había sido su rey, y por eso Teucro, hijo de Telamón, funda en la isla de Chipre la ciudad que lleva el mismo nombre, aludida en una nota anterior.

2286 Según la tradición, el arcadio Agapénor, cuando regresó de Troya, fundó en Chipre la ciudad de Pafos.

2287 Pequeña isla de las Cícladas, al sur de la de Ceos.

2288 Chipre fue la primera isla del Mediterráneo oriental en que los fenicios establecieron centros de comercio.

2289 Formaban, ellos solos, la satrapía IV (cfr. III, 90).

2290 Gentilicio que parece proceder de una población anterior a la semita relacionada con los aqueos, de raíz griega, por tanto.

2291 Formaron la satrapía I.

2292 Según una tradición, Anfíloco, hijo de Anfiarao, y Calcante (según otros Mopso) cuando regresaban de Troya (el regreso es el motivo vertebrador de la *Odisea),* dispersados por una tempestad, se vieron arrojados a las costas de Cilicia, donde fundaron algunas ciudades griegas.

2293 Originarios de la isla de Creta, se establecieron, con el nombre de termilos, en la región del Asia Menor que cambió su nombre de Milia por el de Licia, del nombre del ateniense Lico, hijo de Pandión y hermano de Egeo (I, 173). Defendieron corajudamente su independencia contra los persas mandados por Hárpago, hasta que, reducidos a una situación desesperada, pegaron fuego a su ciudad (I, 176). Obligados a abonar tributos, formaron parte de la I satrapía.

2294 Los poemas homéricos distinguen claramente dos tipos de flecha: las que en su parte anterior son lisas, y las que en esta parte anterior de la caña tienen unas llamadas plumas, o barbas, elemento consistente o en vegetales o en plumas de ave soldadas para agravar los efectos del impacto. Por ejemplo, Homero, *Ilíada*, IV, 151.

2295 Cfr. I, 171, donde Heródoto afirma que los carios pasaron desde las islas, en las que

estaban sometidos a Minos, rey de Creta, al continente, a la Caria, donde se vieron subyugados por Creso (I, 28) y luego por los persas (I, 174). Pero bastantes historiadores abogan por el origen semita de esta población.

2296 I, 171.

2297 Cfr. I, 142. Según la tradición, el movimiento de pueblos de Grecia a Asia fue resultado de la invasión doria, en el siglo X a.C. Estos jonios formaron parte de la I satrapía.

2298 La región costera septentrional del Peloponeso, antes de que los jonios fueran expulsados de allí por los aqueos, se llamó Egialea (= país costero) y los jonios que la habitaban recibían la denominación de pelasgos egialeos. Al ser expulsados de la Acaya se refugiaron en Atenas.

2299 Se trata probablemente de los habitantes de Lemnos, Imbros y Samotracia.

2300 Las doce ciudades jonias de Asia: Samos, Mileto, Miunte, Priene, Éfeso, Colofón, Lébedos, Teos, Quíos, Eritras, Clazómenas y Focea.

2301 Preponderantemente colonias de los jonios: jonias eran Cícico, Proconeso, Lámpsaco, Perinto, Abido; en cambio, Calcedonia, Bizancio, Selimbria y Astaco eran colonias dorias.

2302 Las tripulaciones las ponían los países de origen, pero la hoy diríamos «infantería de marina», los combatientes, eran exclusivamente persas.

2303 O sea, Prexaspes y Megabazo.

2304 Forma griega del fenicio Maharbal.

2305 Arado, ciudad importante de Fenicia, situada en una pequeña isla que hay delante del promontorio Pedalio, en la isla de Chipre.

2306 Cfr. I, 74. Más que un nombre propio, parece que fue el título con que se designaba a los reyes de Cilicia. Esquilo *(Persas,* 326 ss.) lo recuerda entre los muertos en Salamina.

2307 Gorgo, rey de Salamina de Chipre, que, destronado por su hermano, recuperó el poder con la ayuda de los persas (V, 104, 115).

2308 Que no se debe confundir con el célebre Histieo de Mileto. Era tirano de la ciudad caria de Térmero, delante de la isla de Cos. Aristágoras lo encarceló, y antes del estallido de la revuelta jonia le abandonó a sus conciudadanos, los cuales lo respetaron. Durante la revuelta jonia recuperó el gobierno.

2309 Rey de los calindos, en la Caria, cfr. VIII, 87.

2310 O sea, generales. Para el ejército persa usa nombres griegos.

2311 Pequeña isla volcánica al sur de la de Cos.

2312 La grafía es dudosa, algunos escriben Calimna, otra pequeña isla cercana a la de Cos, actualmente Calimnos.

2313 En la Argólide, a orillas del golfo Sarónico.

2314 En este episodio de Artemisia algunos comentaristan ven un cierto rasgo de objetividad por parte de Heródoto: hay hombres que no merecen ser mencionados y mujeres que sí.

2315 Probablemente Jerjes no conocía personalmente todo su imperio, de modo que ahora tenía una ocasión verdaderamente excepcional de tenerlo a la vista en su conjunto.

2316 Unos ciento veinte metros.

2317 Hijo de Aristón, rey de Esparta. Cfr. cap. 3, al principio.

2318 Cfr. Eurípides, fragm. 1036: «¿Qué deseas? ¿Prefieres las mentiras blandas o la áspera verdad? ¡Responde! Tú debes decidir...»

2319 En este pasaje, tan célebre como en realidad difícil de traducir, puesto en boca de un espartano, creo que la palabra *areté,* genéricamente «virtud», debe traducirse por «coraje» (pensamos en Tirteo), cualidad que Demarato extrapola, con gran grandeza de ánimo, a todos los griegos. Todo el conjunto hace pensar mucho en la noción, tan moderna, de «bien añadido» *(épaktos).*

2320 ¡Un componente de saber no puede faltar ni tan siquiera en un espartano! Al fin y al cabo estamos en Grecia...

2321 Es decir, a todos los griegos, con el reconocimiento implícito de una enorme diferencia de mentalidades entre ellos. Heródoto mismo era jonio...

2322 O sea, a todos los griegos.

2323 El elemento más estrictamente dorio. Leído en su contexto geográfico y sociocultural, este diálogo entre Jerjes y Demarato es impresionante.

2324 Una fórmula homérica; cfr., por ejemplo, *Ilíada,* I, 151.

2325 En este estadio de civilización griega sería impropio traducir por «constitución», pero

se circula por esta vía.

2326 En las comidas en común *(syssitia)* el rey espartano recibía una ración doble de comida, lo que, piensa Jerjes, significa automáticamente en tal rey una duplicación de sus capacidades.

2327 ¡Significativa polivalencia! Al mando de uno solo no únicamente en el ejército, lo que parece normal, sino en su condición política, ciudadana (!): la esclavitud.

2328 El punto de referencia es siempre Esparta.

2329 Es decir, sin el concurso de los aliados.

2330 Hacia el final de su respuesta Demarato alude exactamente a esto. Heródoto no pierde jamás el hilo...

2331 Algo más que una morada: Darío confió a Demarato las ciudades de Pérgamo, Teutrania y Halisarna.

2332 En todo este final del parlamento de Demarato resuena fuertemente Tirteo.

2333 Si, una sola vez, se me permite expresar lo que pienso, declaro que abomino del militarismo de Tirteo y de Esparta.

2334 Aquí se reanuda la descripción de la marcha, interrumpida en el ca-pítulo 59.

2335 Hoy diríamos: en su retaguardia.

2336 Hasta la campaña de Darío contra los escitas (IV, 143) y la de Mardonio (VI, 45).

2337 Fue la primera empresa de la flota, mandada por Cimón, de la Liga Ática; estamos en el año 476 a.C.

2338 V, 1; VI, 44 ss.

2339 Eran fortines que los samotracios habían levantado para proteger sus dominios en el continente.

2340 No se trata de la Mesambria citada en IV, 93 o en VI, 33, sino de una ciudad situada en la costa tracia, al oeste de Zone.

2341 De estas tres ciudades, emplazadas en dirección a occidente una tras otra en la costa tracia, la más importante fue Abdera, fundada por los habitantes de Tasos, que en tiempos de la conquista de la Jonia por parte de Darío prefirieron el exilio a la esclavitud, pasaron a la costa y fundaron esta ciudad, patria de Demócrito, de Protágoras y de Anaxarco.

2342 Ya no existe. En la *Odisea*, IX, 39, la ciudad es mencionada como la de los cicones de Tracia.

2343 Son dos riachuelos que bajan de la cordillera de Ródope.

2344 Aquí la lectura del texto griego es insegura, y los manuscritos difieren bastante. Se ha adoptado la lectura más editada.

2345 O Pisiro, la grafía es dudosa. Debía de ser un emporio comercial de Tracia.

2346 En la Tracia sudoriental, en la cuenca inferior del Hebro.

2347 Cfr. cap. 59.

2348 Cfr. cap. 109.

2349 Habitaban la cuenca inferior del Nesto, la región costera frontera a la isla de Tasos.

2350 Al norte de los sapeos.

2351 Habitaban tierra adentro a la orilla izquierda del Estrimón.

2352 Habitantes de la zona montuosa a poniente de la cuenca inferior del Nesto.

2353 Equivalente a un sumo sacerdote.

2354 Originarios de la Pieria, en Macedonia, en las laderas del Olimpo, en el siglo VII los macedonios les echaron del país, y ellos se desplazaron hacia el noroeste, hacia las laderas del Pangeo, donde fundaron las ciudades de Fagres y de Pérgamo.

2355 Actualmente el Perim Dagh.

2356 Pueblo al este del Estrimón; en la primera de las comedias de Aristófanes, *Los Acarnienses*, unos odomantos hacen un papel ridículo.

2357 Jerjes había dividido su ejército en tres columnas (cfr. cap. 121), dos de las cuales avanzaban por la ruta interior a través de los pasos sapeos hacia los «Nueve Caminos» *(Enneahodoi)* y él mismo (caps. 118, 121) alcanzó Eyón por la ruta de la costa (cfr. V, 15).

2358 Megabazo (cfr. V, 15, 16) emprendió, por orden de Darío, una campaña contra los peonios, y logró someter algunas tribus, entre las cuales se contaban los peoples, citados aquí, mientras que los odomantos y los doberes lograron evadirse del yugo persa.

2359 *Enneahodoi*, citado en una nota anterior, a veinticinco estadios de Eyón, donde los atenienses en el año 437 establecieron su colonia de Anfípolis, la actual Emboli.

2360 Por haber llegado a tal edad.

2361 Aquí el texto griego es anacolútico.

2362 Árgilo, Estagira, Acanto: tres colonias de Andros, en la segunda de las cuales nació Aristóteles.

2363 La margen derecha del curso inferior del Estrimón.

2364 En un promontorio que se adentra en el golfo del Estrimón había un santuario dedicado a Posidón.

2365 Un lugar indeterminado de la península Calcídica.

2366 Con el arado, es decir, no la cultivan.

2367 Aquí la traducción es incierta porque el texto griego presenta una laguna.

2368 Excavado al pie del monte Atos.

2369 Una estatura normal entre los griegos era de cuatro codos; reales, porque el codo no medía exactamente lo mismo en todas partes. En el fragm. 33 Alceo alaba a un hermano suyo, mercenario al servicio del faraón egipcio, porque mató en combate a un hombre de la misma estatura que el descrito aquí. Recuérdese al bíblico filisteo Goliat...

2370 O por los gastos que la cosa les reportó, o porque fueron objeto de robo.

2371 Mesambria y Zone, cfr. 108.

2372 El texto griego no responde a nuestros hábitos de comida, pero la traducción ofrecida sí; la idea se ve claramente, la traducción literal es imposible. «Traduttore traditore.»

2373 La actual Salónica.

2374 Colonia jonia en la costa occidental de la península de Sitonia.

2375 El extremo sudeste de la península de Palene, hoy cabo Paliuri.

2376 O sea, Terme, la actual Salónica.

2377 Estamos ya en Macedonia; esta ciudad recibe el nombre de la tribu tracia de los mígdones; las otras dos ciudades se encontraban, Sindo, en la desembocadura del río Equidoro, y Calestra en la del río Axio.

2378 Al suroeste de Migdonia.

2379 Crestonia, a unos sesenta kilómetros al norte del golfo Termaico. Sobre Peonia, cfr. V, 3. Pero aquí la narración de Heródoto es confusa, pues parece confundir la ruta que seguía el cuerpo de ejército mandado por el propio Jerjes con la que seguía el que avanzaba por la zona más meridional.

2380 El griego dice exactamente esto, no «toros».

2381 Aquí no se puede hablar de braquilogía por parte de Heródoto, aunque literalmente escriba «el límite de los leones».

2382 Nace en un lago junto a Pella (hoy Yanitza); su nombre actual es Karasmak.

2383 Nace en el Pindo y es afluente del anterior; su nombre actual es Vistritza.

2384 No se trata de la Macedonia, sino de una región (un cantón) entre el río Axio y el Haliacmón, cuya capital es Egas (ya citada por Homero). De todas formas, sí que en tiempos muy posteriores, será el núcleo inicial de la pujanza macedonia.

2385 El Olimpo, al norte de Tesalia, sede de los dioses homéricos, tiene una altura de 2.100 metros; el Osa, al este del Olimpo, es algo inferior.

2386 Es la famosa garganta de Tempe, valle transversal entre los dos montes, atravesado por el Peneo (hoy Salamuria). Muchos siglos más tarde sería la geografía ideal de los poetas bucólicos.

2387 El norte.

2388 El griego dice exactamente: país cóncavo.

2389 El más importante es el Peneo; el Enipeo es afluente suyo, y en él vierten sus aguas el Onocono y el Epídano; el Pamiso es un pequeño afluente del Peneo por la izquierda.

2390 El actual lago de Carla.

2391 Que Píndaro recoge, cfr. *Pítica,* IV, v. 128.

2392 Cfr. cap. 6.

2393 En la ladera norte del Olimpo, residencia favorita de las musas y de los dioses.

2394 La conocida señal de sumisión.

2395 A ambos lados de la ladera sur del Pindo.

2396 A ambas orillas del Esperqueo.

2397 Desde el delta del Esperqueo hasta las Termópilas.

2398 Los atenienses, que arrojaron a los heraldos a un precipicio que había detrás de la acrópolis.

2399 Un precipicio, detrás de la Acrópolis, en el que se echaban los cadáveres de los ejecutados.

2400 Los espartanos, naturalmente.

2401 Taltibio, heraldo, junto con Euríbates, de Agamenón (cfr. *Ilíada,* I, 320), era patrono de los heraldos: por eso le correspondía a él castigar las ofensas inferidas a cualquier heraldo.

2402 Se trata de un linaje predorio que fue asumido por los dorios cuando se adueñaron de Esparta.

2403 Todavía no en Susa; la escena tiene lugar en algún lugar de la costa del Asia Menor. Este Hidarnes es el mismo que encabeza a los Inmortales, cfr. 33, y volverá a aparecer en el cap. 211.

2404 Es decir, no era imparcial.

2405 La lucha con hachas era el cuerpo a cuerpo más feroz.

2406 Besar la mano en señal de sumisión, ceremonia típicamente persa, según se ha indicado ya en alguna nota anterior; terminológicamente ha pasado al cristianismo (adoración).

2407 Las de Esparta, no las de ellos dos solos.

2408 La guerra del Peloponeso (431-403), magistralmente historiada por Tucídides.

2409 En el verano del 430, cfr. Tucídides, II, 67.

2410 Rey de los tracios odrisios, aliados de Atenas.

2411 Cuñado de Sitalces.

2412 Localidad de origen samio, emplazada en la costa septentrional de la Propóntide.

2413 Enemigo de Atenas capturado y condenado a muerte porque había instigado una revuelta en Potidea.

2414 Ahora: muchos comentaristas creen que este adverbio se refiere al año 431, año en que estalla la guerra del Peloponeso, y que lo que sigue, intercalado por Heródoto en su

obra en esta fecha, es capital para valorar y juzgar su obra.

2415 El favorable a los persas y el contrario a ellos.

2416 En Heródoto el componente religiosos no falta nunca, y menos en los momentos decisivos. Lo cual da que pensar...

2417 Principalmente el sacrificio de víctimas, bueyes, cabras...

2418 Cargo que existía en las ciudades griegas.

2419 Nacido hacia el 535, del linaje de los licómidas, asentado desde antiguo en File; su madre no era ática. Era hijo de Neocles; en el año 493 fue arconte epónimo (quizás también lo fue diez años más tarde, hacia el 483), y durante el ejercicio de su cargo se iniciaron las obras que acabaron el puerto del Pireo. Combatió en Maratón e impuso la construcción de una armada para luchar contra Egina (cfr. cap. 144). En el año 482 consiguió descartar a su rival Arístides (VIII, 79) y se convirtió en el político más influyente de Atenas. Heródoto siente hacia él alguna antipatía.

2420 La distinción es sutil: ¡nos orean los aires de la lógica aristotélica!

2421 Después del 490, cuando Atenas, en su guerra contra Egina, se da cuenta de que su flota de guerra es deficiente.

2422 Ya acabada. Heródoto cuenta para Atenas en aquel entonces a unos treinta mil ciudadanos (V, 97), y cifra los ingresos procedentes de las minas del Laureo en 50 talentos. Pero el número de habitantes es demasiado alto, y corresponde realmente a la Atenas del 430, al inicio de la guerra del Peloponeso; años en que en las finanzas de Atenas los ingresos procedentes de estas minas eran irrelevantes.

2423 Aquí sigo el griego *ad pedem litterae:* singular por plural.

2424 Aquí mi traducción es muy libre; al pie de la letra dice: «que pensaban lo mejor para Grecia».

2425 Cfr. VI, 78.

2426 El creciente poderío de Esparta en el Peloponeso disminuyó cada vez más la hegemonía de Argos, hasta que en una batalla campal, en el año 494, el rey espartano Cleómenes infligió a los argivos una derrota tan tremenda que Argos perdió a casi todos sus ciudadanos.

2427 O sea, que se prepararan para una eventual defensa, pero que no saliera de ellos la iniciativa de atacar.

2428 Recuérdese que, en Esparta, la asamblea la formaban todos los ciudadanos, y que las cuestiones se decidían simplemente por votación, sin discusión previa.

2429 Notan los comentaristas que ello era muy normal y aceptable, y que los argivos lo tomaron como pretexto; lo que había detrás era un profundo sentimiento antilacedemonio.

2430 Estas palabras expresan la opinión no sólo de los argivos, sino de muchos griegos: los únicos responsables de las guerras médicas fueron los atenienses, cfr. VIII, 142.

2431 La formulación que sigue recuerda la fábula 266 de Esopo *Las dos alforjas*.

2432 Una justificación larvada de la conducta de los argivos.

2433 Gela se fundó hacia el 690 a.C., cfr. Tucídides, VI, 4.

2434 Una pequeña isla de las Espóradas.

2435 Nombre del promontorio que es el saliente extremo del Quersoneso Cnidio.

2436 No parece que este Antifemo tenga algo que ver con la isla de Rodas, con lo cual la traducción del doctor Carlos Schrader aquí es dudosa...

2437 Deméter y Core (Perséfone); el hierofante, igual que en Eleusis, debía realizar los ritos y las ceremonias nocturnas, y debía mostrar a los iniciados los objetos y las imágenes sagradas.

2438 ¿Movido por una inspiración divina? Él probablemente las había heredado de sus antepasados. Según el escoliasta de la Pítica II de Píndaro un socio de Antifemo había llevado consigo desde Triopio un culto que, siendo inicialmente familiar, se convirtió posteriormente en culto público.

2439 El culto familiar había de convertirse en culto oficial de la ciudad y el supremo de sus sacerdocios debía recaer hereditariamente en la familia de Telines.

2440 Cleandro gobernó durante los años 505-498. En el año 505 arrebató el poder a los oligarcas que Telines había repuesto y se erigió en tirano.

2441 Hipócrates, 498-491.

2442 Personaje muy importante y estrechamente relacionado con Gelón. Fue padre de Terón, y posteriormente tirano de Agrigento, cfr. cap. 165 ss.

2443 Miembro de su guardia personal.

2444 Colonia de los naxios junto al Etna.

2445 Fundada en el 736 por los calcidios, fue la primera colonia griega establecida en la isla. Estaba al norte de Catania, junto al monte Tauro. Es la actual Taormina.

2446 Cfr. VI, 22.

2447 Otra colonia de Naxos.

2448 Pequeño río al sudeste de Sicilia, actualmente llamado Abiso.

2449 Al sudoeste de Gela; la transferencia se hizo el año 495.

2450 En Sicilia había tres ciudades con este nombre: *Hibla Maior,* antigua ciudad sícula, en el este de la isla, en las laderas del Etna, *Hibla Minor,* al sur de la isla, junto al río Hibleo, y *Megara Hiblea,* en la costa oriental, fundada en el año 725 por colonos de Mégara. Quizás *Hibla Minor* fuera fundación de ésta.

2451 Dirigida seguramente contra Hibla Menor.

2452 Entre los colonos dorios llegados desde Corinto los *gamoroi* eran los dueños de las tierras de cultivo y, por tanto, gozaban de una situación privilegiada en la población, comparados con los emigrantes dorios llegados posteriormente a Siracusa, que fueron el pueblo llano. Los *cilirios* eran la población sícula del país, anterior a la llegada de los dorios, y constituían el estrato inferior de la ciudadanía siracusana. Su posición era muy similar a la de los hilotas de la ciudad de Esparta. El pueblo llano y los *cilirios* llegaron a echar del país a los *gamoroi*, pero que sus diferencias debieron de ser muy grandes se echa de ver por el hecho de que Gelón lograra repatriar a los *gamoroi*.

2453 Casmena, fundada en el 645 a.C., no lejos de Camarina.

2454 En el 485 a.C.

2455 En el texto griego un enérgico quiasmo refuerza la idea.

2456 La referencia es a Mégara Hiblea, en la costa occidental, al norte de Siracusa, la actual Cattaro.

2457 Cfr. V, 30.

2458 Procedentes de Calcis, de Eubea.

2459 Esto prepara y justifica la complacencia con que Heródoto tratará la entrevista entre los delegados y el tirano de Siracusa, hombre tan potente como famoso. El estilo narrativo del historiador se afina al máximo en los capítulos siguientes, cosa que se ve clara, naturalmente, sólo en el texto griego.

2460 «Los atenienses»: no figuran en todos los manuscritos griegos; el orador, sin duda el espartano Siagrio, no es inverosímil que por orgullo innato de los espartanos omitiera a los atenienses.

2461 Un caso notorio del conocido singular por plural.

2462 Los cartagineses tenían sólo algunas plazas en Siclia, pero su influencia llegaba a toda la isla.

2463 Gelón planeaba una alianza de todos los estados griegos para poner fin a la hegemonía comercial de los pueblos semitas en el Mediterráneo oriental.

2464 Quizás se trate de soldados de infantería ligera que luchaban entre las filas de la caballería, como se observa en César, *De bello Gallico,* I, 48.

2465 Cita implícita de Homero, *Ilíada*, VII, 125.

2466 Como es sabido, Agamenón era rey de Micenas. En épocas posteriores Micenas se confederó con Argos, y tal confederación dominó todo el Peloponeso; tanto es así que los espartanos podían llegar a la ficción histórica de que Agamenón había sido su rey.

2467 Aquí el texto griego presenta el llamado plural de majestad.

2468 La traducción es literal.

2469 Alusión con la que se indica la antigüedad de los atenienses en su tierra. La referencia es al llamado *Catálogo de las naves*, II, 554. Los atenienses decían remontar a los pelasgos, pobladores autóctonos de Grecia también según Tucídides en su *Pentecontecia*.

2470 Es decir, tenéis los generales, pero no disponéis de soldados. El texto griego aquí ofrece una densa energía y una perfilada justeza absolutamente inimitables. Es la impotencia del traductor...

2471 Según Aristóteles *(Retórica,* I, 7) Pericles, en una oración fúnebre en honor de los caídos de Atenas, usó una imagen semejante a ésta: «La juventud ha desaparecido de la ciudad como si al año le hubieran robado la primavera.»

2472 El texto entre corchetes falta en bastantes manuscritos griegos, y parece ser una interpolación.

2473 Soberano de Zancle destronado por Hipócrates, cfr. VI, 23 ss.

2474 En vida de su padre.

2475 ¡Una manera muy distinta de llegar a la ciudad *(polis)* de la que describen los manuales!

2476 La actual Mesina.

2477 No niego que aquí hago una paráfrasis: el griego dice, simplemente: «movido por la justicia».

2478 Cartagineses establecidos en África.

2479 Indígenas del norte de África, súbditos de los cartagineses.

2480 Los primeros pobladores conocidos de nuestra península.

2481 Habitantes de la costa meridional de la Galia y del norte de Italia.

2482 No sabemos de quiénes se trata.

2483 Habitantes de Córcega y Cerdeña.

2484 Noticia desmentida por Diodoro (XI, 24), quien afirma que la victoria griega en Sicilia coincidió con el día de la derrota griega de las Termópilas. En cambio, Aristóteles *Poética*, 23, recoge la misma tradición que Heródoto.

2485 Los griegos lo hacían sólo excepcionalmente, pero en épocas arcaicas era práctica habitual de fenicios y cartagineses.

2486 Corcira, la actual Corfú, era colonia de Corinto, cfr. III, 48 ss.

2487 Como es sabido, la punta meridional del Peloponeso, actualmente cabo Matapán.

2488 Los vientos etesios (= anuales) soplan desde finales de julio hasta principios de septiembre, cfr. II, 20.

2489 El actual cabo Ángelo.

2490 Tucídides, I, 32 indica el verdadero motivo: los corcireos querían a toda costa ser neutrales.

2491 En vez de dar una respuesta directa, la Pitia alude irónicamente a una conducta anterior de los cretenses y a lo que de ella obtuvieron. En efecto, los cretenses participaron en la guerra de Troya con ochenta naves *(Ilíada*, IV, 251-271), que ayudaron a rescatar a Helena. En cambio, los espartanos no les habían ayudado cuando, tres generaciones antes, Minos había muerto en Sicilia. Por eso, a su regreso de Troya los cretenses sufrieron la cólera de Minos (VII, 171).

2492 Minos, que actúa después de su muerte. En él hay ciertamente un componente sobrehumano, que en Heródoto emerge más de una vez.

2493 La muerte de Minos ocurrió en Sicilia.

2494 Éste es un ejemplo muy válido de las conocidas digresiones herodoteas: se interrumpe una narración y luego, acabada la digresión, se reanuda exactamente allí donde se interrumpió.

2495 La abstención de estas dos ciudades se explica porque la expedición se emprendía para vengar la muerte de Minos, y las poblaciones estaban asentadas en la parte sudoriental de la isla, a la que no llegaron influencias extranjeras; sus habitantes, pelasgos estrictos, no se sentían súbditos del rey Minos.

2496 Entre Tarento y Bríndisi.

2497 Yapigia es la actual Calabria.

2498 La Uria de los romanos.

2499 Tarento era una colonia doria, de Esparta.

2500 En el año 473. Aún no se había producido, naturalmente, el desastre de los atenienses en Sicilia, en la guerra del Peloponeso, pero Tucídides dice de él casi lo mismo que Heródoto aquí (VII, 75).

2501 Regio era posesión de Tarento.

2502 El término griego tiene un claro componente de «cortesano»; traduciendo muy anacrónicamente podríamos verter por «virrey».

2503 El virrey citado en la nota anterior.

2504 Cuando no se especifica más es evidente que los lectores sabían de qué imágenes se trataba. Detalle que hay que tener en cuenta: Heródoto se dirigía a un público ya informado, como los oyentes de la epopeya.

2505 Los habitantes de Preso, ciudad de localización incierta en la isla, no acudieron a la expedición contra Sicilia, y por ello no podían tener noticia de lo que ocurrió allí.

2506 Al cabo de unos cien años.

2507 Es decir, por sus gobernantes, la dinastía de los Alévadas, que creía que los persas favorecerían sus afanes expansionistas, y por eso tomó partido por ellos. Pero el pueblo se declaró contrario a sus gobernantes y optó por la causa común de los griegos.

2508 El valle de Tempe.

2509 El estrecho que separa Beocia de Eubea.

2510 Alo, en el golfo Pegaseo, actualmente golfo de Bolo.

2511 El ejército lacedemonio se dividía en seis *morai* (muy anacrónicamente: divisiones), mandada cada una por un polemarco.

2512 Precisamente por estas palabras se puede conjeturar que en Esparta el cargo de polemarco se confería casi siempre a miembros de las familias reales.

2513 Era griego de origen (V, 22; VIII, 136, 139) al servicio de Jerjes (su padre Amintas había ofrecido a Darío tierra y agua), prestó buenos servicios a los griegos. Muy joven, hizo matar astutamente a los insolentes legados de Darío (V, 19) e hizo defección a Mardonio a favor de los atenienses (IX, 44).

2514 Cfr. 216 ss.

2515 Los habitantes de la ciudad de Traquis, en la cordillera del Eta.

2516 La punta más oriental de la isla de Eubea.

2517 La región más septentrional de la isla de Eubea.

2518 La península de Magnesia está frente a la punta más septentrional de la isla de Eubea. Escíatos es la isla de las Espóradas del norte que dista más del continente.

2519 Unos quince metros.

2520 Existen todavía, y hoy son un balneario llamado Lutra (= lavanderías); brotan de la ladera oriental del monte Calidromo.

2521 Cfr. VII, 131.

2522 En sentido religioso: dirigir una plegaria.

2523 Clemente Alejandrino, *Tapices*, VI, 753, nos transmite el texto del oráculo: «Delfios, rezad a los vientos y las cosas os irán mejor.»

2524 Tuya, divinidad típicamente délfica, hija del río Cefiso; se casó con Delfo, el héroe epónimo de los delfios. Fue una de las primeras sacerdotisas del dios Dioniso, relacionada también con su culto.

2525 El texto griego distingue muy claramente entre los soldados que iban a bordo de la nave para luchar y los que eran marineros de oficio, o sea, los que maniobraban. El cogido

aquí pertenecería al primer grupo, digamos «infantería de marina». Cfr. una nota posterior.

2526 Entre los fenicios era algo normal sacrificar prisioneros de guerra; cfr. 114.

2527 La nave en que le condujeron los persas fue capturada por los griegos en Salamina, y así Piteas recuperó la libertad, cfr. VIII, 92.

2528 La palabra griega correspondiente quizás podría traducirse, con cierta audacia, por «infantería de marina».

2529 Cfr. Esquilo, *Agamenón*, vv. 30 ss.

2530 Es decir, dieron la vuelta a la isla y fondearon en un lugar inmediato a la Beocia.

2531 Como nombre común, hormiga.

2532 Era un aviso de que el lugar era peligroso para la navegación.

2533 No sabemos de quién se trata; Esciro es una isla pequeña, al este de Eubea.

2534 La dotación normal de un trirreme griego la formaban doscientos hombres, de los cuales ciento setenta eran remeros. En la táctica más arcaica la batalla naval se convertía en un combate de infantería, por cuanto las naves se abordaban por los costados y los combatientes intentaban saltar a las enemigas. Posteriormente las naves se ordenaron en líneas, imitando la táctica de la infantería en las batallas campales, y la lucha consistía en procurar romper las líneas enemigas y hundir las naves adversarias. Esta táctica culminó precisamente en la batalla de Salamina.

2535 Cfr. 97.

2536 Todas las naves, hoy diríamos mejor los barcos, de guerra.

2537 Los soldados de la infantería pesada, en el ejército griego los hoplitas, disponían de un servidor, normalmente un esclavo, que les llevaba las armas, el casco y la coraza, que el combatiente se ponía inmediatamente antes de entrar en combate.

2538 Tasos y Samotracia.

2539 Entre los ríos Axio y Estrimón.

2540 Al oeste de la Calcídica, cerca de Olinto.

2541 Entre la Calcídica y la desembocadura del Axio.

2542 Cfr. 131.

2543 Cfr. 128.

2544 Cfr. 132.

2545 Eran unos perros muy robustos, capaces de luchar con leones, y muy aptos para ser lanzados al combate en el ardor de la refriega.

2546 Aquí cierra Heródoto su larga digresión sobre los efectivos persas y reanuda la narración que quedó interrumpida en el cap. 184.

2547 Y seguramente quedaron amarrados a la playa.

2548 El lugar recuerda a Homero, *Ilíada*, XIV, 33 ss.; las ocho naves alineadas con sus proas de cara al mar abierto eran parecidas a una muralla cuyas almenas por la parte externa ofrecían buenas oportunidades de defensa frente a un atacante.

2549 Es un viento muy frío, acompañado de fuertes aguaceros, procedente de la estepa rusa, que sopla a través del Ponto Euxino y de Tracia.

2550 Ciudad costera de Magnesia, a los pies del monte Osa.

2551 El conocido viento del norte.

2552 Mientras Oritia cogía flores a orillas del Iliso, Bóreas la raptó y se la llevó a Tracia.

2553 Primer ascendiente de todos los linajes áticos.

2554 Aquí hay, excepcionalmente, un juego etimológico que se puede reflejar incluso en nuestra lengua: el cabo Sepíade debe su nombre al hecho de que Tetis intentó repetidamente escapar de Peleo precisamente por aquí, y un dios la convirtió en una sepia (transliteración de la palabra griega correspondiente).

2555 Quizás deba entenderse: «haber dado muerte a sus hijos» él personalmente.

2556 Aquí resulta transferida a los magos una superstición occidental, según la cual se convierten en encantadores. El mismo Empédocles, por ejemplo, se gloriaba de poseer el arte de hacer levantar vientos y de aplacarlos, vv. 26 ss.

2557 Otro uso griego transferido a los persas.

2558 Fina observación de Heródoto, porque un temporal de este tipo no duraba más de tres días.

2559 Una noción de oración que ya anuncia la cristiana, y que sale más de una vez en Heródoto.

2560 La actual Volo; de ahí partieron los argonautas.

2561 Etimológicamente «el abandonado».

2562 A la sazón era la capital de la satrapía jonia, a la que pertenecía también la Eólide (III, 50).

2563 Había dos ciudades con tal nombre; ésta era una plaza importante de Caria, a orillas del río Marsias, afluente del Meandro; la otra Alabanda, más famosa, estaba en Frigia.

2564 Un establecimiento fenicio en la isla de Chipre; más tarde fue famoso el culto que se tributó a Afrodita en este lugar.

2565 Más exactamente por la Ftiótide, cfr. cap. 185.

2566 Río de localización incierta.

2567 El afluente más importante por la derecha del Peneo.

2568 «Devorador». El epíteto se relacionaba, indudablemente, con sacrificios humanos, practicados también en Grecia en épocas muy remotas (el culto de Zeus Liceo, en Arcadia; de Ártemis Brauronia, en el Ática). El centro principal de culto de Zeus Lafistio fue el monte Lafistio, entre Levadia y Orcomeno, en Beocia. Pero los sacrificios humanos en Grecia desaparecen muy pronto, dejando, sin embargo, algún rastro: en tales casos las víctimas elegidas eran condenados a muerte por otras causas. Se ofrecía al dios la sangre de la víctima.

2569 Eufemismo: la muerte.

2570 Unas pruebas que debían ser superadas para tener derecho de residencia en el país. El principal editor francés de Heródoto, Ph.-E. Legrand, anota este lugar advirtiendo que el texto es oscuro y probablemente alterado.

2571 Hoy diríamos, con un notable anacronismo, «el ayuntamiento».

2572 Y lo pillan entrando, o dentro ya del edificio, pues del contexto se desprende que al que lograba entrar sin ser sorprendido no le pasaba nada. Pero el episodio es extraño; en el texto griego la sintaxis es forzada, y cabe pensar en una interpolación poco hábil, o en una corrupción grave del texto.

2573 El texto es inseguro: parece que entre la sentencia y la ejecución transcurría un tiempo, durante el cual, como se ve seguidamente, muchos lograban huir.

2574 El golfo Malíaco.

2575 En general, en el Mediterráneo el flujo y el reflujo se dan muy poco. Excepcionalmente en el Euripo; en época de luna nueva y de luna llena el fenómeno se da de manera muy fuerte.

2576 Todavía hoy es una zona pantanosa y de marismas.

2577 En las tierras de esta ciudad, en la orilla derecha del Esperqueo, crecía el eléboro, remedio famoso contra la locura, cfr. Horacio, *Ars poetica*, 300.

2578 Cfr. cap. 132.

2579 Es básicamente el argumento de la tragedia de Sófocles *Las traquinias.*

2580 Los ríos Diras y Melas con el tiempo han juntado sus cursos y hoy son un único afluente del Esperqueo.

2581 Llamada posteriormente Heraclea Traquinia, a algo menos de un kilómetro al sur del río Melas, a tres kilómetros de la costa.

2582 Unos veinticinco kilómetros.

2583 Actualmente el río Carbunaria.

2584 Del que se decía que las aguas contenían azufre.

2585 La traducción es exacta; véase la nota siguiente.

2586 Se trata de un terraplén utilizado todavía hoy.

2587 Dos kilómetros y medio.

2588 Hijo de Deucalión y de Pirra, que creó la institución de las anfictionías, originariamente simplemente reuniones de sacerdotes de una divinidad que procuraban unificar el culto, pero que después adquirieron relevancia política cuando se aprovecharon tales reuniones para discutir los problemas surgidos entre las distintas ciudades.

2589 O sea, las fuentes (de agua caliente).

2590 No debe confundirse con la ciudad beocia del mismo nombre, más famosa.

2591 Probablemente Demóstenes pensaba en este lugar herodoteo en un paso muy famoso de la *Filípica I* (I, 6), cuando dice, refiriéndose a Filipo de Macedonia: «No creáis que a él las cosas le son invariables y fijas, como a un dios.»

2592 Cfr. V, 41-48.

2593 Se llamaba Gorgo, cfr. V, 51. La hija de un rey de Esparta no sucedía, naturalmente, a su padre, pero si legalmente los bienes de su padre le correspondían a ella, ello daba a su marido un derecho moral que en todo caso se sumaba al legal.

2594 Aquí el texto griego no es seguro; Los Trescientos eran un cuerpo de elite de la infantería espartana, pero se puede leer simplemente «con trescientos hombres», sin ninguna alusión a este cuerpo de elite.

2595 O sea, las ciudadanos espartanos.

2596 Se celebraban durante el mes espartano llamado *carneo* (del 21 de julio al 21 de agosto). Su celebración implicaba que nadie podía abandonar la ciudad por ningún motivo; ya por tal celebración los espartanos habían llegado tarde a Maratón.

2597 La olimpíada 75. Los Juegos Olímpicos duraban cinco días, pero durante todo el mes estaba prohibida cualquier actividad bélica. Algo semejante a la llamada «tregua de Dios» que el abad Oliba, del monasterio benedictino de Ripoll y fundador del de Montserrat, logró en su época para los reinos cristianos de Occidente.

2598 Cfr. cap. 176.

2599 Lo cual tenía un sentido religioso: ir más bellamente o a la victoria o a la muerte.

2600 Por el hecho de que no lo persiguieran; el texto da por seguro que los griegos habían advertido su presencia.

2601 El texto dice exactamente esto.

2602 Los heráclidas espartiatas eran la casa real más ilustre de Grecia tanto en fama como en antigüedad.

2603 La afirmación de Heródoto no pretende distinguir entre valientes y cobardes, pues todos eran valientes, sino entre hombres bien preparados y entrenados para la lucha, los griegos, y hombres sin ninguna preparación táctica, sin ningún entrenamiento corporal, los medos; por eso sus pérdidas fueron cuantiosas.

2604 Caps. 31, 83. En cuanto a Hidarnes, cap. 83.

2605 Cfr. V, 49; cap. 61.

2606 Quizás desde las alturas de Traquis, cfr. cap. 40, VIII, 90.

2607 Probablemente el texto griego padece aquí una laguna en la que se leería «el adversario».

2608 Cfr. cap. 175.

2609 No debe confundirse con el ateniense Efialtes, hijo de Sofónides, que encabezó un gobierno democrático a la caída de Temístocles.

2610 Los delegados de los países que pertenecían a la Liga Anfictiónica.

2611 Pero Heródoto no cumple su promesa; en lo que sigue de su obra no aparece esta explicación.

2612 Los «Inmortales».

2613 O sea, al anochecer.

2614 Etimológicamente «el que sube»; su nombre actual es Munopati.

2615 Cfr. cap. 176.

2616 La tradición hacía derivar el nombre de esta roca de una aventura de Heracles, que cerca de las Termópilas encontró a los Cercopes, dos enanos hermanos que se divertían molestando y burlándose de los mortales. Heracles los capturó y los ató, cabeza abajo, de dos palos, que colgó en sus espaldas. Mientras los llevaba les hizo muchas preguntas, y sus respuestas lo divirtieron tanto que les dejó en libertad cerca de esta roca. Los enanos habían advertido que Heracles tenía las posaderas negras (que es lo que, etimológicamente, significa el nombre) y aplicaron tal nombre a la roca.

2617 Cfr. cap. 212.

2618 La traducción es literal. ¿Qué hay detrás de ella?

2619 Primero, el presagio funesto del adivino; luego, todavía de noche, la noticia de la maniobra envolvente, dada por los desertores; finalmente, ya al rayar el alba, los exploradores. Con una simplicidad desprovista de cualquier comentario, que sobraría, el lector se ve conducido a revivir las horas trágicas con el ánimo conmovido por el heroísmo de los que se quedaron. Heródoto aquí está a la altura de las circunstancias.

2620 Los adivinos de Acarnania eran particularmente famosos.

2621 Adivino muy famoso que, además, introdujo en Grecia el culto de Dioniso.

2622 Eran cuatrocientos hombres, y Leónidas los consideraba rehenes o bien porque temía que se pasaran al ejército persa, o bien porque, como era de prever, morirían en la refriega, con lo cual Tebas, muy proclive hacia los persas, les cobraría odio.

2623 Manera típica de señalar la media mañana, a las diez o las once.

2624 El texto griego dice exactamente esto: en el momento supremo Leónidas lucha por Grecia entera, no sólo por Esparta.

2625 Esta insolidaridad es típica y genuina del bárbaro.

2626 Cuando, en el año 440, los espartanos trasladaron a Esparta los huesos de sus muertos en las Termópilas, encima de la fosa común plantaron una estela con los nombres de todos ellos, cfr. Pausanias, III, 14, 1.

2627 Aquí Heródoto reproduce una escena homérica, *Ilíada*, XVII, 274 ss.

2628 El griego dice «con manos y dientes». Permítaseme el modismo.

2629 Los textos poéticos siguientes son atribuidos a Simónides de Ceos por la *Antología Palatina;* la atribución del segundo es segura.

2630 Cfr. la conocida traducción de Cicerón: «Dic hospes Spartae nos te hic vidisse jacentes //dum sanctis patriae legibus obsequimur.»

2631 De modo que las dos primeras inscripciones se erigieron pagadas por los anfictíones; la tercera, Simónides de Ceos, que tuvo entre los líricos antiguos la mala fama de avaro y amigo del dinero, la cobró de alguien.

2632 Más literalmente: «si hubieran usado el mismo razonamiento», o sea, si hubieran puesto ambos la misma excusa.

2633 El servidor o escudero que cada hoplita se llevaba.

2634 En sí el término griego correspondiente puede significar también «privación de derechos civiles», pero es dudoso que en tal época exista esta figura jurídica penal.

2635 Una costumbre muy antigua, que tenía visos de sagrada, obligaba a cualquier ciudadano a proporcionar fuego para el hogar a otro que se lo pidiera.

2636 Cfr. IX, 71.

2637 Con hierro candente se les imprimía en la frente el nombre o el símbolo del rey. Entre los griegos se hacía esto a los esclavos fugitivos si eran recuperados por sus dueños, y a determinados criminales. De modo que, equivalentemente, se los marcaba como a esclavos.

2638 En abril del 431 a.C.

2639 Se sobrentiende: ciudadanos en edad de combatir. En Platea lucharon cinco mil espartanos, y en el año 418 la ciudad disponía de cinco mil (cfr. Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso,* V, 46, 68). Los otros, es decir, periecos y lacedemonios no

residentes en Esparta, eran otros cinco mil (IX, 11, 19 y 28).

2640 A él se le atribuye la máxima «Conócete a ti mismo» que luego será emblemática para Sócrates.

2641 En tipificación cristiana: la maledicencia.

2642 Notan los comentaristas la obvia dificultad de identificar el cadáver de Leónidas. Aquí se puede hablar de la ingenuidad de Heródoto.

2643 La idea del texto se ve clara, pero es difícil de traducir; el idioma alemán tiene una palabra que resuelve magníficamente el problema traductorio: *Schadenfreude*, el que se goza del mal o del daño que afecta a los demás. Nuestra sensibilidad meridional, mediterránea, no se aviene a esta mentalidad tudesca.

2644 Una tablilla articulada, con dos hojas plegables.

2645 Probablemente la llamada «ruta real» que unía Susa con Sardes.

2646 Gorgo, que ya en su niñez dio pruebas de una precocidad poco común, cfr. V, 51.

LIBRO VIII
URANIA

INTRODUCCIÓN

ESTE libro desarrolla el final de la gran campaña persa contra Grecia. Batalla de Artemisio (1-18), embajada de Temístocles a los jonios. La flota griega se retira; los muertos en las Termópilas (19-26). Campaña de los bárbaros contra Grecia: llegan a Delfos (27-39). Los griegos ante Salamina; los bárbaros en el Ática (40-55). Los griegos deliberan y se deciden a dar la batalla; papel de Temístocles (56-65). La flota griega llega a Fálero: deliberación por parte de los persas, que también optan por la batalla (66-70). Temístocles fuerza a que la batalla se libre inmediatamente. Arístides (74-82). Batalla de Salamina (83-96). Jerjes decide la retirada (97-106). Retirada de la flota persa, sin ser perseguida por la griega (107-110). Expedición de castigo, dirigida por Temístocles, contra los griegos partidarios de los persas (111-112). Retirada de Jerjes (121-125). Los griegos después de la batalla: revista en honor de la flota griega (121-125). Derrota de Artabazo en Potidea (126-129). Preparación de la campaña de Mardonio: las dos flotas (130-132). Los pactos de Alejandro con Atenas. Historia de la dinastía macedonia (137-144).

LA TERCERA CAMPAÑA PERSA

LAS LUCHAS JUNTO AL CABO ARTEMISIO (1-26)

1. Por parte de los griegos[2647] he aquí las naves que se alinearon en su flota: los atenienses aportaron ciento veintisiete. Los plateos, aunque inexpertos en el arte de la navegación, tripularon con valerosa solicitud estas naves al lado de los atenienses. Los corintios aportaron cuarenta naves y los megareos veinte. Los calcideos tripularon veinte naves que les proporcionaron los atenienses, los eginetas dieciocho, los sicionios doce, los lacedemonios diez, los epidaurios ocho, los eretrieos siete, los trecenios cinco, los estireos[2648] dos. Y los de Ceos, dos trirremes y dos penteconteros. Además, los locros de Opunte acudieron a prestar ayuda con siete penteconteros[2649].

2. De manera que éstas fueron las naves que se hicieron a la mar hacia Artemisio. Acabo de señalar el número de naves que aportó cada ciudad[2650]. El número de naves concentradas junto al cabo Artemisio fue de doscientas setenta y una, ello descontando los penteconteros. El almirante que ejercía el mando supremo fue nombrado por los espartanos; se trató de Euribíades, hijo de Euriclides, porque los aliados se opusieron a seguir al mando de los atenienses en el supuesto de que no ejerciera el mando el laconio; preferían dispersar la flota que iba a concentrarse.

3. Inicialmente, antes de que se pensara en el envío de legados a Sicilia en demanda de una alianza, surgió la idea de que el mando de la flota debía confiarse a los atenienses. Pero cuando los aliados se opusieron, los atenienses cedieron, por cuanto para ellos lo más importante era que Grecia se salvara, y se habían dado cuenta de que si se disputaban el mando, ello sería la perdición de Grecia. Y no se equivocaban: las discordias internas ante una guerra librada solidariamente son peores que la guerra comparada con la paz. Sólo por este motivo los atenienses no se opusieron, sino que cedieron

en todo lo que creyeron necesario, tal como posteriormente dieron a conocer, pues cuando después de rechazar a los persas lucharon por sus territorios arrebataron el mando a los lacedemonios, tomando como pretexto la soberbia de Pausanias. Pero eso sucedió más tarde.

4. Cuando los griegos llegados realmente a Artemisio vieron la ingente cantidad de naves atracadas en Áfetas, y que estaban llenas de tropas, se aterrorizaron, pues a los bárbaros las empresas les salían de manera muy diversa de como ellos habían pensado, y planearon esquivarlos retrocediendo desde Artemisio hacia Grecia. Los eubeos se enteraron de este propósito y pidieron a Euribíades que esperara un tiempo, poco, hasta que ellos hubieran puesto ocultamente a salvo a sus hijos y familiares[2651]. No lograron convencerlo y pasaron a otro; persuadieron a Temístocles, general de los atenienses, entregándole treinta talentos, de que se quedara allí y de que la batalla naval se librara frente a Eubea.

5. He aquí lo que hizo Temístocles para mover a los griegos a quedarse. Dio, de aquel dinero, cinco talentos a Euribíades fingiendo que se los daba de su propio peculio. Cuando se hubo ganado así a Euribíades, Adimanto, el general corintio hijo de Órito, fue el único de los restantes que todavía se revolvía en contra de ello, declarando que él zarparía de allí y que no se quedaría en Artemisio. Y Temístocles le prometió con juramento: «Tú no nos dejarás en la estacada, pues yo te prometo regalos más valiosos que los que el rey de los medos te daría por tu traición a tus hermanos de alianza.» Y al pronunciar estas palabras mandó depositar tres talentos de plata en la nave de Adimanto. Así fue como los generales se dejaron sobornar por regalos y cambiaron de opinión, y cómo los eubeos impusieron sus deseos. Pero el mismo Temístocles[2652] salió rico del asunto, y ocultó la suma que le quedaba. Los perceptores del dinero creyeron que éste había llegado de Atenas concretamente con tal finalidad.

6. O sea que se quedaron en Eubea y libraron una batalla naval, la cual transcurrió así: como era de esperar, los bárbaros llegaron a Afetas a primera hora de la tarde (ya se habían enterado de que en la región de Artemisio habían fondeado unas cuantas, pocas, naves griegas), pero ahora[2653] las avistaron, y se aprestaron a intentar hundirlas como fuere. Pero navegar contra ellas de frente no les parecía aconsejable porque los griegos, si veían

que los persas se les aproximaban emprenderían la huida y al abrigo de la noche lograrían escabullirse. Creían, naturalmente, que los griegos iban a hacer eso, y querían que ningún hombre se les escapara, ni tan siquiera el portador del fuego[2654], y saliera de allí con vida.

7. O sea, que se las ingeniaron así: destacaron doscientas naves del bloque de su armada y las enviaron más allá de Escíatos[2655] para que el enemigo no las avistara costeando Eubea luego de doblar los cabos Cafereo y Geresto, penetrando así en el Euripo. Así unos llegarían allí, les cortarían la ruta de la retirada, y los otros atacarían frontalmente. Tras estos cálculos separaron de su flota las naves destinadas a tal plan, sin que, de todas maneras, se les ocurriera atacar a los griegos aquel mismo día, y tampoco antes de que se hiciera visible por parte de los que hacían el periplo la contraseña concertada para cuando ya lo hubieran hecho. De manera que mandaron tales naves a dar el rodeo, e hicieron un recuento[2656] de las que les quedaban.

8. En este mismo tiempo en que los persas procedían al recuento de sus naves se encontraba en su campamento Escilias de Escione, el mejor buzo de entre los hombres de la época. En el naufragio ocurrido junto al Pelion había salvado para los persas muchos valiosos tesoros, y él mismo se había quedado con muchos. Este Escilias tenía realmente la intención, que abrigaba ya desde hacía tiempo, de pasarse a los griegos, pero hasta entonces no le había sido posible. No puedo explicar exactamente de qué manera se pasó desde allí a los griegos, pero me extraña lo que cuentan, en el caso de que sea verdad. Pues cuentan que en Áfetas se sumergió en el mar y que no emergió de él antes de alcanzar Artemisio, luego de haber recorrido por mar ochenta estadios. De este hombre se cuentan además otras cosas que parecen mentiras, y alguna que es verdad. Sin embargo, sobre esto puedo expresar mi opinión: él llegó a Artemisio a bordo de una embarcación. Y cuando llegó avisó a los comandantes del naufragio que había tenido lugar, y también del envío de las naves que bordeaban Eubea.

9. Cuando los griegos se enteraron celebraron un consejo. Allí se expresaron opiniones muy diversas, pero se impuso la propuesta[2657] de quedarse allí todavía aquel día y su noche; a media noche zarparían y se enfrentarían a las naves que efectuaban el periplo. Pero luego, en vista de que nadie los atacaba, esperaron hasta muy entrado el atardecer y partieron contra

los bárbaros, pues querían hacer una prueba de su modo de pelear y de cómo podrían irrumpir entre las filas del adversario[2658].

10. Cuando el resto de soldados de Jerjes y sus comandantes vieron que los atacaban con tan pocas naves pensaron que estaban locos de remate, y pusieron igualmente sus naves en alta mar. Creían que capturarían fácilmente las contrarias. Y con ello esperaban algo muy verosímil si veían cuán pocas eran las naves griegas y luego veían las suyas propias, que en número multiplicaban con mucho a las otras y eran más marineras[2659]. Y convencidos de ello, las rodearon. De los jonios, los que querían el bien de los griegos se hicieron a la mar contra ellos muy a pesar suyo y consideraron una gran desgracia verlos rodeados, pues sabían que ninguno de ellos regresaría a su patria: tan débil les parecía la situación de los griegos. En cambio, todos aquellos que se alegraban de lo sucedido rivalizaban por ser los primeros en capturar una nave ática y recibir así regalos del rey: en el campamento prácticamente sólo se hablaba de los atenienses.

11. Cuando sonó la primera señal[2660], los griegos emplazaron sus naves con las proas orientadas contra los bárbaros y juntaron sus popas de modo que constituyeran el centro de su formación, luego, al segundo toque[2661], pasaron a la acción, por más que se encontraran rodeadas en poco espacio y debieran atacar frontalmente. Y allí capturan treinta naves de los bárbaros[2662] y a Filaón, hijo de Quersis, que era hermano de Gorgo, rey de los salaminios[2663], hombre de gran prestigio en la flota. De los griegos el ateniense Licomedes, hijo de Escreo, fue el primero que apresó una nave enemiga y recibió el premio al valor. La noche separó a los adversarios empeñados en una batalla naval indecisa; los griegos regresaron a Artemisio y los bárbaros a Áfetas, éstos con un final muy distinto al que ellos habían imaginado. En este combate, Antidoro de Lemnos, el único griego que acompañaba al rey, se pasó a los griegos, y los atenienses, por recompensa de su acción, le adjudicaron tierras en Salamina.

12. Se puso el sol, y aunque era pleno verano cayó una lluvia torrencial que duró toda la noche, acompañada de truenos que retumbaban sordamente desde el Pelión. Los cadáveres y los pecios eran arrastrados hacia Áfetas, se acumulaban alrededor de las proas y obstaculizaban los extremos de los remos. Los soldados que se encontraban allí y percibían este estruendo

estaban aterrorizados, se creían abocados a una muerte cierta a juzgar por los males que les agobiaban. Pues aún no se habían repuesto del naufragio ni de la tormenta junto al Pelión y debieron librar una tremenda batalla naval; luego se les echó encima un aguacero formidable que aumentó el caudal de los torrentes, que se precipitaban al mar en medio de una violenta tronada.

13. De modo que les tocó vivir la noche así, pero para aquellos a los que se ordenó costear la isla de Eubea tal noche fue mucho más cruel, por cuanto los sorprendió en alta mar, y tuvieron un final infeliz: durante la navegación se les desencadenaron el temporal y la lluvia cuando estaban a la altura de las «Ensenadas de Eubea»[2664]: empujados por el viento sin saber hacia dónde los empujaba, se estrellaron contra las rocas. Todo esto llegó por obra de un dios, para que la flota persa igualara más a la griega, y su superioridad no fuera demasiado grande.

14. De modo que estos bárbaros fueron aniquilados en las Ensenadas. Y cuando, para su contento, el día apuntó para los que estaban en Áfetas, éstos mantuvieron sus naves inactivas, satisfechos, en su mala situación, con la tranquilidad de aquella hora. Los griegos, por su parte, recibieron el refuerzo de cincuenta y tres naves áticas; desde luego, la llegada de estas naves y la noticia, que tuvieron al mismo tiempo, de que los bárbaros que hacían el periplo de Eubea habían perecido todos por obra de la tormenta que los asaltó, aumentaron su coraje. Esperaron a la misma hora[2665] que la víspera, se hicieron a la mar y atacaron a los navíos cilicios[2666]. Tras destruirlos, a la caída de la noche regresaron de nuevo a Artemisio.

15. Al tercer día los almirantes de los bárbaros, considerando grave que tan pocas naves les causaran tanto estrago, y temiendo el enojo de Jerjes, ya no esperaron a que fueran los griegos los que iniciaran el ataque, sino que, tras haberse animado mutuamente, a la hora del mediodía hicieron salir sus naves. Se dio la coincidencia de que estas batallas navales y las luchas en las Termópilas se libraran el mismo día[2667]. El objetivo de toda la lucha era para los que combatían en el mar el dominio del Euripo, y para Leónidas y los suyos defender el desfiladero. De modo que mientras unos se exhortaban a no dejar penetrar a los bárbaros en Grecia, éstos querían aniquilar la flota griega para adueñarse del estrecho.

16. Cuando las naves de Jerjes se hubieron ordenado y ya navegaban hacia

el mar abierto los griegos se quedaron inactivos en Artemisio. Los bárbaros dispusieron sus naves en formación semicircular y se aprestaban a cerrar el círculo para cercar completamente a los barcos enemigos. Los griegos entonces les salieron al encuentro y trabaron combate. El resultado de esta batalla naval fue indeciso[2668], pues la flota de Jerjes, a causa de su número y de su magnitud, se perjudicó a sí misma, porque sus naves se estorbaban mutuamente y chocaban unos con otros. Pero resistió y no cedió, pues consideraban indigno que un número tan pequeño de naves los pusiera en fuga. Es verdad que los griegos perdieron muchas naves y muchos hombres, pero más naves y más hombres perdieron los bárbaros. Después de esta batalla, los dos bandos se separaron, cada uno se retiró a sus bases.

17. En esta batalla, los soldados de Jerjes más valientes fueron los egipcios, que entre otras proezas notables apresaron cinco naves griegas con sus tripulaciones. En este día los más bravos de los griegos fueron los atenienses, y entre ellos Clinias[2669], hijo de Alcibíades, que participaba en la contienda con un navío de su propiedad, incluida una tripulación de doscientos hombres, cuyos gastos sufragaba de su propio peculio.

18. Así que se separaron, ambos bandos regresaron gustosos[2670] a sus fondeaderos. Los griegos, luego de haber interrumpido la lucha, poseían los cadáveres de los suyos y sus pecios[2671], pero habían sufrido pérdidas graves, principalmente los atenienses, la mitad de cuyas naves resultaron averiadas. Y decidieron[2672] batirse en retirada hacia Grecia[2673].

19. Temístocles había reflexionado que, si lograban desgajar del poder bárbaro a los linajes jonio y cario, en tal caso ellos podrían aventajar a los restantes. Justamente entonces los eubeos conducían sus rebaños hacia la orilla del mar[2674]; Temístocles convocó a los demás jefes, y les dijo que creía tener a mano una estratagema con la que esperaba conseguir que desertaran del rey los mejores de sus aliados. Se la desveló, se la explicó sólo hasta el punto en que ellos tenían que actuar en las circunstancias subsiguientes. Lo que debían hacer era matar, del ganado de los de Eubea, todas las reses que quisieran, pues era preferible que aprovechara a la armada y no al enemigo, y además encargó a los comandantes que mandaran a todos sus hombres que encendieran las hogueras[2675]. En cuanto a la retirada, él procuraría encontrar una hora en que pudieran llegar incólumes a Grecia. Sobre ello hubo acuerdo

total, y así que hubieron encendido las hogueras se dirigieron hacia el ganado.

20. Los eubeos no habían hecho el menor caso de un oráculo de Bacis[2676] que juzgaban que no tenía ningún sentido: no habían llevado nada a lugar seguro ni habían hecho provisiones ante la guerra que se les echaba encima, sino que ellos mismos pusieron en marcha lo que se les vino encima. El oráculo de Bacis sobre este tema reza así:

Cuando uno de habla bárbara arroje al mar un yugo
de papiro[2677]*, tú llévate de Eubea tus baladoras cabras.*

Pero ellos, desde luego, no atendieron en absoluto a estos versos ni para el presente ni para el futuro, de manera que fue inevitable que se abatiera sobre ellos la peor desgracia.

21. Mientras los griegos se manejaban así[2678], les llegó desde Traquis[2679] el observador. Pues en Artemisio había uno, Polias, de un linaje de Antícira[2680], cuyas instrucciones eran (tenía a su disposición un navío aparejado), en el caso de que la flota griega se viera en dificultades, señalarlo a los apostados en las Termópilas. Y paralelamente, entre las gentes de Leónidas había un ateniense, Abrónico, hijo de Lisicles, presto a comunicar eventualmente, viajando a bordo de un triecontero[2681], que el ejército de tierra se encontraba en apuros. Y este Abrónico llegó y señaló lo sucedido a Leónidas y a su cuerpo de ejército. Ante tal noticia ya no demoraron la retirada, antes bien, la apresuraron, en el orden en que hasta entonces estaban alineados[2682], primero los corintios y los atenienses los últimos.

22. Pero Temístocles escogió las naves más marineras y navegó hacia la región donde había agua potable[2683], y grabó en las piedras una inscripción para que la leyeran los jonios[2684] que al día siguiente acudieron a Artemisio. En la inscripción se leía lo siguiente: «¡Hombres de Jonia! No os comportáis justamente cuando salís en campaña contra vuestros padres para esclavizar a Grecia. No, poneos más bien de nuestro lado. Y si ello os resulta imposible, en tal caso no participéis más en la lucha[2685] y pedid a los carios que hagan lo mismo. Si no podéis hacer ni lo uno ni lo otro porque estáis uncidos por la necesidad a un yugo demasiado fuerte[2686] y no podéis desertar, entonces en

el combate mostraos remisos cuando nosotros ataquemos: no olvidéis que habéis nacido de nosotros, y que vosotros estáis en el origen[2687] de nuestro conflicto con los bárbaros.» Creo que cuando escribía esto, Temístocles lo hacía con una doble finalidad: o bien pretendía que, en el caso de que estas inscripciones pasaran por alto al rey, decidieran a los jonios a cambiar de campo y a pasárseles, o bien, si alguien las delataba a Jerjes comentándoselas calumniosamente, en tal caso convirtiera a sus ojos a los jonios en sospechosos, y que los mantuviera lejos de los combates navales.

23. Lo que he indicado es lo que escribió Temístocles. Y a los bárbaros les llegó inmediatamente, a bordo de un navío, un hombre de Histiea con la noticia de que los griegos se habían retirado de Artemisio. Ellos desconfiaron y retuvieron detenido al mensajero mientras enviaban unas lanchas rápidas a inspeccionar previamente la situación. Cuando éstos, de regreso, anunciaron la verdad de la cosa, entonces, así que se hizo de día, el ejército zarpó en bloque hacia Artemisio. Permanecieron en ese lugar hasta el mediodía y luego continuaron la navegación hacia Histiea. A su llegada ocuparon la ciudad de los histieos y parte del dominio elópico[2688], y atacaron a todas las aldeas del país de Histiea situadas en la costa.

24. Llegados allí, Jerjes ordenó hacer preparativos acerca de sus propios muertos, y luego mandó un heraldo a su flota. Pero previamente había hecho lo siguiente: de todos los que de su ejército habían muerto en las Termópilas, que eran unos veinte mil, ordenó que quedaran insepultos unos mil, e hizo enterrar a los restantes amontonando sobre ellos tierra y hojarasca[2689]; lo hizo para evitar que lo vieran los de su ejército naval. Pero cuando le llegó el heraldo de Histiea reunió a todo el ejército y dijo: «¡Aliados! El rey Jerjes os permite que aquel de vosotros que lo desee abandone su puesto y vaya a comprobar cómo pelea contra aquellos insensatos que creyeron que lograrían superar su poder»[2690].

25. Ante esta proclama por parte de él no hubo nada más escaso que las naves: ¡tantos eran los que querían verlo! Trasladados a la otra orilla lo contemplaron paseándose entre los muertos. Todo el mundo suponía que los cadáveres tirados por el suelo correspondían a todos los lacedemonios y a todos los tespieos, entre los muertos llegaban a contemplar hilotas[2691]. Sin embargo, Jerjes no logró engañar a los que habían cruzado el mar acerca de

lo que había hecho con los cadáveres de los suyos[2692]. Desde luego, era algo ridículo: por parte persa se ofrecía a la vista un millar de cadáveres tirados y esparcidos, y por parte griega los muertos, en número de cuatro mil, se encontraban todos juntos, por haber sido amontonados en el mismo lugar[2693]. Aquel día se dedicaron a ver todo esto, y al siguiente unos embarcaron y regresaron a Histiea, hacia la flota, y el resto se preparó, con Jerjes, para la marcha.

26. Y les llegaron algunos desertores, unos hombres arcadios, que buscaban una ocupación que les proporcionara su manutención. Los persas condujeron a estos hombres a la presencia del rey y los interrogaron acerca de qué estaban haciendo los griegos. Fue un persa, en nombre de todos, el que les formuló la pregunta. Y ellos explicaron que los griegos celebraban las fiestas de Olimpia, o sea, que asistían a certámenes atléticos e hípicos[2694]. El persa les preguntó cuál era el premio propuesto, en busca de qué competían. Ellos respondieron que normalmente al vencedor se le concedía una corona de hojas de olivo. Y allí Tritantecmes[2695], hijo de Artábano, expuso una opinión muy noble, que le valió, sin embargo, para ser tildado de cobarde por el rey[2696]. Porq,ue cuando vio que el premio era una corona y no dinero, no pudo contenerse, sino que dijo ante todos los presentes: «¡Ay, Mardonio! ¡Contra qué clase de hombres nos llevas a combatir, que compiten no por dinero, sino por la gloria de la fama!»

LA MARCHA DE LOS PERSAS CONTRA GRECIA (27-39)

27. De modo que esto es lo que dijo Tritantecmes. Pero entretanto, después del desastre de las Termópilas los tesalios enviaron un heraldo a los focenses, puesto que siempre abrigaban rencor contra ellos, pero mucho más después de la última catástrofe. Ello era porque los tesalios mismos y sus aliados algunos años antes de esta campaña del rey habían invadido a los focenses, pero éstos los rechazaron dejándolos maltrechos. Pues luego que los focenses se vieron cercados en el Parnaso[2697], asistidos por el vidente Telias de Elis, este Telias urdió la estratagema que sigue: embadurnó con

yeso a los seiscientos hombres más valientes de los focenses, a ellos y sus armas, y les mandó atacar de noche a los tesalios, habiéndoles impartido la orden de matar a todo al que no le vieran un brillo de color blanco como el suyo. Los centinelas de los tesalios fueron los primeros que los vieron, y se aterrorizaron, creyeron que eran otra cosa, concretamente un prodigio, y luego de los centinelas lo creyó todo el ejército. Lo creyó hasta tal punto que los focenses hicieron más de cuatro mil prisioneros[2698], los mataron y se llevaron sus escudos como botín; la mitad de ellos los dedicaron como exvotos en Abas[2699], y la otra mitad en Delfos. Del diezmo del botín logrado en esta batalla mandaron labrar las grandes estatuas masculinas erigidas en torno al trípode que está delante del templo de Delfos, y otras similares, consagradas en Abas.

28. Esto es lo que los focenses habían hecho a la infantería de los tesalios, que los asediaba. Y a la caballería, que había hecho una incursión en su país, le causaron un desastre irreparable. Porque en el desfiladero que hay junto a Hiámpolis[2700] excavaron un foso muy hondo, que rellenaron de ánforas vacías. Lo cubrieron todo de tierra y dejaron el lugar igual al resto del paraje; así esperaron el ataque de los tesalios. Cuando éstos corrieron hacia allí para aplastar a los focenses con su caballería, tropezaron con las ánforas, y a los caballos se les quebraron las patas.

29. Los tesalios, pues, llenos de rencor por estos dos hechos, enviaron un heraldo a los focenses para que les dijera: «¡Ea, focenses, cambiad de opinión: no sois iguales a nosotros! Pues para los griegos nosotros, mientras fuimos partidarios de ellos, fuimos superiores a vosotros[2701]. Y ahora tenemos tanto poder ante los bárbaros que depende de nosotros que os veáis desposeídos de vuestro territorio y además reducidos a esclavitud. Y a pesar de que está en nuestras manos vengarnos de vosotros como nos plazca, no pensamos en el mal que nos habéis hecho, pero en compensación de ello nos deben llegar cincuenta talentos de plata[2702], y nos comprometemos a alejar de vuestro país lo que se os acerca.»

30. Tales fueron las promesas de los tesalios. Los focenses eran los únicos hombres de aquellas regiones que no eran partidarios de los medos, y en mis conjeturas encuentro que no era por otra cosa que por su odio a los tesalios. Pues si éstos hubieran aumentado el poder de los griegos me parece que los

focenses habrían sido partidarios de los medos. Bien: respondieron a las promesas de los tesalios que ellos no soltarían ningún dinero, que podían libremente, al igual que los tesalios, hacerse partidarios de los medos si cambiaban de pensamiento. Lo que no podían hacer era traicionar voluntariamente la causa griega.

31. Cuando les fue reportada esta declaración los tesalios, muy encolerizados con los focenses, se hicieron guías de los bárbaros: desde la región de Traquis irrumpieron en Dóride. Pues el país de Dóride forma por este lado una larga franja de tierras angostas, cuya anchura es, más o menos, de treinta estadios[2703], entre Mélide y Fócide; es la Driópide de antaño, país que es la metrópolis de los dorios del Peloponeso. Ya dentro de Dóride, los bárbaros en su asalto no devastaron el país, porque era partidario de ellos, y a los tesalios no les parecía oportuno.

32. Desde Dóride irrumpieron inmediatamente en Fócide, pero no lograron atrapar a los focenses propiamente dichos, pues algunos habían escalado la cumbre del Parnaso, que es muy apta para dar acogida a un grupo numeroso; se alza en solitario en las proximidades de la ciudad de Neón, y recibe el nombre de Titórea[2704]; como digo, algunos focenses primero trasladaron allí sus pertenencias, y luego se establecieron allí ellos mismos. Pero la mayoría de ellos se había puesto a buen recaudo en la ciudad de Anfisa, al norte de la llanura de Crisa[2705], junto a los locros ózolas[2706]. Los bárbaros cruzaron todo el país de Fócide, pues los tesalios guiaron por allí a su ejército. Incendiaron todo lo que encontraron a su paso y esquilmaron y pegaron fuego a las ciudades y a los santuarios.

33. Marcharon a lo largo del río Cefiso, lo devastaron todo y pegaron fuego a la ciudad de Drimo, y también a las de Caradra, Eroco, Tetronio, Anficea, Neón, Pediea, Tritea, Elatea, Hiámpolis, Parapotamio y Abas; en esta última había un templo muy rico de Apolo, que contaba con muchos tesoros[2707] y exvotos. Ya entonces, y todavía actualmente, hay allí un oráculo. Luego de haber expoliado también este santuario, le pegaron fuego. Persiguieron y capturaron en los montes algunos focenses, y mataron a bastantes mujeres al violarlas en masa.

34. Los bárbaros pasaron por Parapotamio[2708] hacia la ciudad de Panopea. Ahora desde allí su ejército persa se dividió. Su parte más potente y

numerosa, con Jerjes en persona a su cabeza, tenía por objetivo Atenas, e invadió Beocia, concretamente por los dominios de Orcómeno[2709]. Todo el pueblo beocio[2710] era de ideología meda, pero sus ciudades estaban protegidas por guarniciones macedonias remitidas por Alejandro[2711] con esa finalidad. Y las guarnecían porque querían hacer ver muy claramente a Jerjes que el pensamiento de los beocios estaba del lado de los persas. De modo que tal era el objetivo de este cuerpo de ejército de los bárbaros.

35. Pero el otro cuerpo de ejército, que tenía sus generales, se dirigió[2712] contra el santuario de Delfos, dejando a su derecha el monte Parnaso. Devastaron todo lo que encontraron al salir de Fócide. Pegaron fuego a la ciudad de los panopeos, a la de los daulios y a la de los eólidas[2713]. El motivo por el cual éstos marcharon separados del resto del ejército era que debían saquear el santuario de Delfos y entregar las riquezas a Jerjes. Por lo que yo sé, Jerjes conocía mejor lo que, digno de mención, se encontraba en el templo que lo que había dejado en su propio palacio. Se debía a que muchos le mentaban continuamente aquellos tesoros, principalmente los exvotos de Creso, hijo de Aliates[2714].

36. A los delfios, cuando se enteraron de ello, les entró un pánico horroroso. Llenos de gran temor, solicitaron un oráculo acerca de los tesoros sagrados, por si debían enterrarlos bajo tierra o bien trasladarlos a otro país. Y el dios les prohibió moverlos, les respondió que él por sí mismo se bastaba para tutelar sus bienes. Los delfios, luego que lo oyeron, se preocuparon por sus personas. Mandaron al otro lado de la costa a sus mujeres y a sus niños, a Acaya. Y ellos en su mayoría escalaron la cumbre del Parnaso, y depositaron sus bienes en la gruta Coricia[2715]. Otros huyeron ocultamente a Anfisa, en Lócride. En fin, todos los delfios abandonaron su ciudad a excepción de sesenta hombres y del profeta[2716].

37. Cuando en su marcha los bárbaros ya se acercaban al santuario, que ya aparecía a su vista, en aquel momento el profeta, que se llamaba Acérato, contempla las armas sagradas situadas ostensiblemente fuera del recinto santo[2717], y no es lícito[2718] tocarlas a ninguno de los hombres[2719]. Y entonces se fue a advertir del portento a los delfios presentes. Pero cuando los bárbaros, que avanzaban a marchas forzadas, estaban a la altura del templo de

Atenea Pronaya[2720], les sucedieron portentos aún mayores que el precedente. Porque[2721] ciertamente no hay la menor duda de que es portentoso que unas armas marciales aparezcan situadas por sí mismas fuera, delante del templo, pero, desde luego, lo que ocurrió a continuación, después de ello, es el más digno de admiración de todos los fenómenos maravillosos. Pues, repito, cuando los bárbaros en su avance estaban a la altura del templo de Atenea Pronaya, en ese momento cayeron del cielo rayos contra ellos, mientras que del Parnaso se desprendieron, con un estrépito enorme, dos peñascos que aplastaron a muchos de ellos. Y en el interior del santuario de Atenea Pronaya se percibieron alaridos y gritos de guerra.

38. La convergencia de todos estos portentos llenó a los bárbaros de terror. Los delfios[2722] se apercibieron de que los bárbaros emprendían la fuga, arremetieron contra ellos y mataron a una gran cantidad; los supervivientes huyeron directamente a Beocia. Los bárbaros que lograron regresar contaban, según mis noticias[2723], que, además de todo lo explicado, vieron también otras cosas divinas[2724]: a dos hoplitas de talla más que humana que los perseguían, les daban alcance y los masacraban[2725].

39. Al decir de los delfios, estos dos hoplitas eran dos héroes locales, Fílaco y Autónoo, cuyas capillas[2726] están cerca del santuario: la de Fílaco junto a la Vía Sagrada[2727], al norte del santuario de Atenea Pronaya; la de Autónoo, no lejos de la fuente Castalia, al pie de la peña Hiampea. Los peñascos desprendidos del Parnaso aún en mis tiempos se podían ver. Se encontraban en el interior del recinto sagrado de Atenea Pronaya, contra el cual se habían precipitado cuando arrollaron a los bárbaros. De esta manera estas gentes se retiraron del santuario.

LA BATALLA DE SALAMINA (40-129)

40. A ruegos de los atenienses, la flota griega abandonó Artemisio y fondeó en Salamina. Los atenienses habían solicitado de los aliados con especial interés que la flota se dirigiera a Salamina para poder hacer salir, ellos personalmente, del Ática, a sus mujeres y a sus hijos; además discutirían

cómo se debía actuar. En efecto, tal como estaban las cosas tenían que celebrar un consejo, porque sus previsiones habían fallado. Pues habían previsto encontrar en Beocia a los peloponesios con todas sus tropas para rechazar a los bárbaros. Y de eso, nada de nada: les llegó la noticia de que habían fortificado el Istmo con un muro porque lo que más les importaba era no perder el Peloponeso, y por eso lo vigilaban; lo demás lo dejaban correr. Pues cuando lo supieron, los atenienses demandaron con insistencia que las naves se quedaran en Salamina.

41. De modo que los otros navegaron hacia Salamina, y los atenienses hacia su propio país. A su llegada hicieron una proclama: todos los atenienses debían, en la medida de sus posibilidades, salvar a sus hijos y a sus domésticos[2728]. Y enviaron a la mayoría a Trecén, a algunos a Egina y a otros a Salamina. Y se dieron prisa en trasladarlos ocultamente, con el deseo de obedecer al oráculo[2729], y no en último término también por lo siguiente: los atenienses aseguran que una serpiente enorme les vive en el santuario como protectora de su acrópolis. Eso es lo que dicen, y en la idea, desde luego, de que la serpiente existe[2730] le ofrecen mensualmente ofrendas, unos pasteles de miel. Tiempos atrás estos pasteles de miel siempre eran devorados, pero ahora[2731] quedaban intactos. Cuando la sacerdotisa los avisó de ello, los atenienses se prestaron aún más, y más voluntariamente, a abandonar su ciudad, puesto que la diosa había abandonado su acrópolis. Y cuando hubieron puesto en lugar seguro todo lo suyo, navegaron para reunirse con sus fuerzas.

42. Luego que los de Artemisio hubieron fondeado sus naves en Salamina, el resto de fuerzas navales de los griegos, que lo supo, hizo lo mismo y acudió en bloque desde Trecén[2732], pues ya antes se había impartido la orden de concentrarse en Pogón[2733], el puerto de Trecén. Se concentraron muchas más naves de las que en Artemisio habían participado en la batalla naval, y procedían de más ciudades. Su almirante era el mismo de Artemisio, el espartano Euribíades, hijo de Euriclides, a pesar de que no descendía de ningún linaje real[2734]. Pero las naves más marineras en su gran mayoría las proporcionaba Atenas.

43. He aquí a los integrantes de la flota: de los peloponesios, los lacedemonios, que aportaban dieciséis naves, los corintios, con los mismos

efectivos que en Artemisio, los sicionios, con quince naves, los epidaurios con diez, los trecenios con cinco, los hermioneos con tres. Todos, a excepción de los hermioneos, son de raza doria y macedna[2735]; en última instancia habían emigrado de Eríneo y Pindo y de Driópide; los hermioneos, por su parte, son unos dríopes que fueron expulsados, por Heracles y los melieos, del país llamado actualmente Dóride.

44. Los citados son los peloponesios que formaban parte de la flota griega; he aquí los procedentes del continente exterior al Peloponeso: los atenienses, que se equiparaban por sí solos a todos los demás, porque aportaban ciento ochenta naves, ya que los plateos en Salamina no combatieron al lado de los atenienses; la causa fue la siguiente: los griegos se retiraban de Artemisio, y cuando se encontraban a la altura de Calcis[2736], los plateos desembarcaron en el país frontero, en la costa de Beocia[2737], para retirar a sus familias. Las pusieron en lugar seguro, pero ello los dejó rezagados. Los habitantes del Ática, desde los tiempos en que los pelasgos ocupaban el país llamado hoy Hélade, eran los pelasgos, y su gentilicio era «cránaos»[2738]; en tiempos del rey Cécrope se llamaron, según este nombre, cecrópidas. Y cuando el poder recayó en Erecteo[2739] cambiaron su gentilicio por el de atenienses. Finalmente, cuando tuvieron por jefe a Ión[2740], hijo de Juto, tomaron de él el nombre de jonios.

45. Los megareos aportaban el mismo número[2741] de naves que en Artemisio. Los ampraciotas[2742] acudieron con siete naves, y los leucadios con tres. Estos tres pueblos son de raza doria, originarios de Corinto.

46. De los isleños, los eginetas aportaban treinta naves. Tenían algunas naves armadas más, pero con ellas custodiaban su propio país; con las treinta más marineras de que disponían combatieron en Salamina. Los eginetas son dorios de Epidauro. Su isla antes se llamó Enone. A los eginetas siguen los calcideos, que en Artemisio aportaron veinte naves, y los eretrios, que aportaron siete. Ambos pueblos son jonios. Siguen los de Ceos[2743], un pueblo jonio originario de Atenas, que aportaban el mismo número. Los naxios aportaban cuatro naves[2744]. Habían sido enviados por sus conciudadanos a reunirse con los medos, al igual que los isleños restantes, pero ellos desatendieron las instrucciones recibidas y acudieron a reunirse con los

griegos; les exhortó a ello Demócrito, un ciudadano prestigioso que a la sazón mandaba un trirreme. Los naxios son jonios, originarios de Atenas. Los estireos aportaban el mismo número de naves que en Artemisio[2745], los de Citnos un trirreme y un pentecontero: ambos pueblos son dríopes. Los serifios, los sifnios y los de Melos[2746] servían también en esta flota: eran los únicos isleños que no habían entregado tierra y agua al bárbaro.

47. Todos estos pueblos integrantes de la flota vivían al este de Tesprotia y el río Aqueronte[2747], pues los tesprotos son vecinos de los ampraciotas y de los leucadios, los más lejanos de todos los griegos que participaron en la guerra. De los pueblos que vivían más allá de estos límites, los crotoniatas fueron los únicos que ayudaron a Grecia cuando corría riesgo. Fue con una sola nave mandada por un hombre, Faílo[2748], que fue tres veces campeón en los juegos píticos. Los crotoniatas son de linaje aqueo.

48. Melios, sifnios y serifios salieron en campaña con penteconteros, todos los demás con trirremes. Los melios, originarios de Lacedemonia, aportaban dos, los sifnios y los serifios, jonios de origen ateniense, uno cada pueblo. El número total de naves, descontando los penteconteros, arrojó la cifra de trescientas setenta y ocho.

49. Cuando los generales de todas estas ciudades coincidieron en Salamina celebraron un consejo, y Euribíades invitó a los que quisieran expresar su opinión acerca de cuál, entre los países que todavía dominaban los griegos, era el más adecuado para librar la batalla. Porque Ática ya la habían perdido; la cuestión se proponía acerca de los demás territorios. La mayoría de oradores opinaron de manera coincidente en el sentido de que se debía zarpar rumbo al Istmo para librar una batalla naval delante del Peloponeso, pues —decían— «si permanecemos en Salamina y perdemos la batalla, quedaremos bloqueados en la isla y estaremos perdidos irremisiblemente; desde el Istmo, en cambio, podremos refugiarnos entre los nuestros».

50. Mientras los generales llegados del Peloponeso discutían sobre esto, llegó de Atenas un hombre con la noticia de que el bárbaro había llegado al Ática, que había sido pasto de las llamas en su totalidad, pues el ejército que marchaba con Jerjes había atravesado la Beocia tras haber pegado fuego a la ciudad de Tespis, cuyos habitantes se habían refugiado en el Peloponeso, y

también a la de Platea; los bárbaros habían llegado a Atenas y lo habían saqueado todo; el incendio de las ciudades de Platea y de Tespis se debía a que el ejército persa había sabido por los tebanos que estas ciudades eran hostiles a los medos.

51. Desde la travesía del Helesponto, donde los bárbaros habían empezado su marcha después de pasar un mes[2749] en sus orillas (el mes que invirtieron en pasar a Europa), los persas comenzaron su avance y al cabo de otros tres meses se plantaron en el Ática, cuando en Atenas era arconte[2750] Calíades. Tomaron la ciudad prácticamente desierta, y sólo encontraron, en el santuario, un pequeño número de atenienses (los tesoreros del tesoro sagrado y algunas gentes muy humildes) que con puertas y maderas[2751] habían cerrado el paso a la acrópolis y procuraban rechazar así a los asaltantes. Su falta de recursos les había impedido partir hacia Salamina, y, además, un sentido que ellos habían creído descubrir en el oráculo dado por la Pitia: que «la muralla de madera sería inexpugnable»; pensaban que, según el oráculo, éste era su refugio, y no las naves.

52. Los persas acamparon en la colina que se levanta delante de la acrópolis; los atenienses la llaman Areópago. Y he aquí cómo los persas procedían al asedio: casi siempre envolvían sus flechas con copos de estopa que encendían y las disparaban así contra la barricada. Los atenienses asediados en tal lugar no por eso dejaban de defenderse, aunque llegaron a estar en las últimas, porque lo de la barricada les había fallado. No aceptaron las propuestas hechas por los pisistrátidas[2752] de cara a un acuerdo, sino que idearon, entre otros procedimientos de defensa, el de hacer caer rodando rocas contra los bárbaros. La cosa fue tal que Jerjes no lograba reducirlos, lo que le producía perplejidad.

53. Pero con el tiempo los bárbaros dieron con un recurso para salir de apuros. Había un oráculo según el cual toda el Ática que estaba en el continente[2753] caería bajo el dominio persa. Delante de la Acrópolis, pero detrás de sus puertas y de la rampa de acceso, había un lugar que no estaba vigilado porque nadie se esperaba que un ser humano pudiera subirse a él; algunos hombres lo escalaron, junto a la capilla de Aglauro, hija de Cécrope, a pesar de lo abrupto del terreno. Cuando los atenienses vieron a unos hombres por encima de la Acrópolis, unos se tiraron de la muralla y se

mataron, otros huyeron a la sala grande del templo. Los persas que habían culminado la escalada se dirigieron inmediatamente hacia las puertas y las abrieron. Mataron a los suplicantes[2754] y, una vez que hubieron exterminado a los griegos, saquearon el santuario y pegaron fuego a toda la Acrópolis.

54. Tras haber conquistado totalmente Atenas, Jerjes remitió a Susa un jinete, Artábano, a anunciar el buen éxito de su expedición. A los dos días de haber mandado al heraldo, convocó a los exiliados atenienses que lo seguían y les ordenó que subieran a la acrópolis y ofrecieran sacrificios según los ritos del lugar; puede ser que hubiera tenido en sueños alguna visión que se lo encargara, o que tuviera alguna inquietud[2755] por haber incendiado el santuario. Los exiliados atenienses cumplieron ese encargo. Y ahora explicaré por qué he hecho memoria de esto.

55. Se encuentra en esa Acrópolis un templo[2756] de Erecteo, de quien se dice que nació de la tierra, y en ese templo hay un olivo y un «mar»[2757], que según cuentan los atenienses, Posidón y Atenea dejaron allí como testimonios de su poder[2758]. Bien: ese olivo había sufrido juntamente con el santuario el incendio provocado por los bárbaros, pero al día siguiente de la quema, cuando los que tenían la orden del rey de ofrecer el sacrificio subieron al santuario pudieron comprobar que del tronco había nacido un retoño que medía un codo. Esto es lo que aquellos hombres declararon.

56. Los griegos que se encontraban en Salamina recibieron la noticia de la suerte que había corrido la Acrópolis y algunos se asustaron tanto que ciertos estrategos sin aguardar tan siquiera a una decisión que se tomara tras deliberar sobre la situación se precipitaron a sus naves e izaron las velas, prestos a emprender la huida. Pero los que se quedaron decidieron combatir en el Istmo. Llegó la noche; al salir del consejo se separaron y subieron a bordo de sus naves.

57. Cuando Temístocles llegó a su nave un ateniense, Mnesífilo, le preguntó qué resolución se había tomado. Cuando supo por Temístocles que se había decidido trasladar la flota cerca del Istmo y trabar batalla delante del Peloponeso, le comentó: «Bien: si levan anclas y abandonan Salamina ya no deberás luchar, por mar, por una patria[2759], pues todos huirán hacia sus respectivas ciudades, y ni Euribíades ni nadie será capaz de impedir que la flota se disperse. Grecia perecerá por este desatino. Si hay todavía manera,

vete e intenta que revoquen esos acuerdos; procura, como puedas, persuadir a Euribíades de que modifique su decisión y se quede aquí.»

58. Tal consejo agradó mucho a Temístocles, quien, sin decir palabra, se dirigió a la nave de Euribíades. Llegado allí le dijo que quería tratar con él un tema que los afectaba a todos. Euribíades le rogó que subiera a bordo de su nave y que le dijera qué era lo que deseaba. Temístocles se sentó a su lado y le dijo todo lo que había oído de Mnesífilo, pero exponiéndolo como pensamiento propio, y además añadió muchas más cosas, hasta que lo convenció. Deseaba que cada uno dejara su nave y que los comandantes se reunieran a deliberar.

59. Ya reunidos, antes de que Euribíades pudiera exponerles el motivo por el cual había pedido a los comandantes que acudieran a él, tomó la palabra Temístocles y habló prolijamente, deseoso de lograr su objetivo. Y el comandante de los corintios, Adimanto, hijo de Ócito, lo interrumpió diciendo: «Temístocles, en los juegos deportivos, el que se levanta antes de que den la señal recibe un latigazo.» Y Temístocles respondió, justificándose: «De acuerdo, pero los que se dejan adelantar no reciben ninguna corona.»

60. De manera que esto es lo que Temístocles contestó con calma[2760] al corintio; a Euribíades no le repitió nada de lo aseverado anteriormente, de que así que hubiera levado anclas abandonando Salamina, la flota se dispersaría inmediatamente, porque en presencia de los aliados no quedaba nada bien acusarlos, de manera que se atuvo a otros argumentos: «La salvación de Grecia —dijo— está ahora en tus manos si me escuchas y permaneces aquí para presentar batalla, sin atender las propuestas de éstos de hacer navegar las naves hacia el Istmo. ¡Escucha las dos propuestas y compáralas! Si libras la batalla cerca del Istmo, lucharás en alta mar, lo que de ningún modo nos conviene: nuestras naves son más pesadas[2761] y en número mucho menor; en cualquier caso perderás Salamina, Mégara y Egina incluso si en lo demás tenemos éxito. El ejército de tierra de los bárbaros seguirá los movimientos de su flota, de manera que tú mismo lo atraerás contra el Peloponeso: arriesgarás Grecia por entero. Si, por el contrario, haces lo que digo, he aquí las ventajas con que contarás: en primer lugar, si chocamos con el enemigo en un espacio angosto, con un número reducido de naves contra otro muy superior, si la lucha transcurre como es de esperar,

seremos muy superiores, porque trabar combate naval en una angostura va a favor nuestro; en cambio, trabarlo en un espacio abierto juega a favor de ellos. Además Salamina quedará para nosotros, lugar donde hemos puesto ocultamente en seguridad a nuestros hijos y a nuestras mujeres. Y en todo ello hay ciertamente otra cosa que os afecta centralmente: si te quedas aquí, lucharás por el Peloponeso igual que si combatieras cerca del Istmo, y ello sin atraer, fíjate bien, al enemigo hacia el Peloponeso. Pero si ocurre lo que yo espero y vencemos nosotros con nuestras naves, los bárbaros no se os presentarán en el Istmo, ni iran más allá del Ática, y si se retiran, lo harán desordenadamente; nosotros, por nuestra parte, saldremos ganando: conservaremos Mégara, Egina y Salamina, delante de la cual, como dice el oráculo, seremos superiores al enemigo. Regularmente, a los hombres que hacen proyectos razonables los acompaña el éxito, pero a los que los hacen disparatados, como quiera que ello no es normal, el dios no les secunda las opiniones.»

61. Temístocles hablaba así, y el corintio Adimanto le atajó con vehemencia: pretendía hacerlo callar por apátrida[2762], y además se oponía a que Euribíades permitiera la votación de una propuesta hecha por un hombre sin patria. Pues sólo cuando Temístocles pudiera señalar una ciudad que fuera su patria, alegaba, podría exponer sus pareceres. Todo esto se lo echaba en cara porque Atenas había sido tomada y estaba en manos del enemigo. Entonces Temístocles dijo cosas realmente duras contra él y contra los corintios, demostrándoles que ellos, los atenienses, tenían una ciudad y un país más importante que el suyo, tanto que poseía doscientas naves con sus correspondientes dotaciones: si ellos los atacaran, no habría griego capaz de rechazarlos.

62. Y al tiempo que en sus palabras señalaba todo esto, se dirigió a Euribíades y le dijo resueltamente: «Tú, si te quedas aquí, por el hecho de quedarte serás un hombre valiente; si te vas, arruinarás Grecia. En esta guerra todo nos depende de las naves. ¡Ea, hazme caso! Si no haces lo que te indico, nosotros sin perder tiempo recogeremos a nuestras familias y nos iremos a Italia, a Siris[2763], posesión nuestra desde hace muchísimo tiempo; es un lugar donde, los oráculos predicen, hemos de fundar una colonia[2764]. Y entonces vosotros, abandonados por unos aliados como nosotros, recordaréis estas mis

palabras.»

63. Temístocles dijo esto y convenció a Euribíades, aunque yo creo que fue ante todo por temor a que los atenienses los abandonaran si él conducía las naves hacia el Istmo. Pues, si los atenienses los dejaban, el resto era incapaz de combatir. Tomó partido, pues, por la propuesta de quedarse y de librar allí la batalla naval.

64. De modo que, cuando Euribíades hubo adoptado esta decisión, los griegos, que en Salamina se habían combatido con tales palabras, se aprestaron allí a una batalla naval. Amaneció el día y luego, al subir el sol, se produjeron un terremoto y un maremoto. Los griegos determinaron orar a los dioses e invocar a los eácidas[2765] como aliados suyos. Primero rogaron a todos los dioses, y desde Salamina se pidió la ayuda de Áyax y Telamón; se envió un navío a Egina a buscar Éaco y al resto de eácidas[2766].

65. Diceo, hijo de Teócides, un ateniense refugiado entre los medos, muy prestigioso ante ellos, explicó que cuando los atenienses hubieron abandonado el país ático, que era ya devastado por la infantería de Jerjes, él precisamente se encontraba, junto con el lacedemonio Demarato, en la llanura Triasia[2767], y observó que desde Eleusis les venía una polvareda levantada como por treinta mil hombres. Ellos dos se maravillaron de aquella polvareda, preguntándose desde qué gentes les venía, y de repente se oyeron unas voces, y les pareció que eran las invocaciones del misterio de Yaco[2768]. Diceo explicó que Demarato desconocía los misterios de Eleusis y que le preguntó qué podía ser aquello que se aclamaba. Y he ahí la respuesta: «Demarato, es absolutamente seguro que la armada del rey ha sufrido un gran desastre. La cosa es muy clara. El Ática está vacía de hombres: y, por tanto, las voces proceden de alguna divinidad que desde Eleusis acude en socorro de los atenienses y de sus aliados. Y si tuerce hacia el Peloponeso, el riesgo se cierne sobre el rey y su ejército en el continente, pero si tuerce hacia las naves situadas en Salamina, el rey correrá el riesgo de perder su flota. Esta fiesta, los atenienses la celebran anualmente en honor de la madre y de la hija[2769], y cualquier otro griego que lo desee puede iniciarse. Las voces que oyes suenan en estas fiestas.» Ante lo cual Demarato dijo: «¡Calla, y no repitas a nadie estas palabras! Pues, si son delatadas al rey tú perderás la cabeza, y ni yo ni cualquier otro hombre podremos salvarte. ¡No te

impacientes! De este ejército ya se cuidarán los dioses.» Éste fue su consejo, pero después de la polvareda y de las voces se formó una nube que se levantó a las alturas y se fue hacia Salamina, hacia el campamento de los griegos. Y así fue como ellos se enteraron de que la flota de Jerjes sufriría un descalabro. Esto lo contó Diceo, hijo de Teócides, que apeló al testimonio de Demarato y de otros testigos.

66. Los que habían formado en la escuadra de Jerjes comprobaron el desastre laconio y pasaron de Traquis a Histiea[2770]. Allí permanecieron por espacio de tres días, pasaron por el Euripo y en tres días más llegaron a Falero[2771]. Yo creo que ni por tierra ni por mar el número de bárbaros era inferior a los que llegaron hasta el cabo Sepíade[2772] y a las Termópilas. En el lugar de aquellos que perecieron por la tormenta, de los que murieron en las Termópilas y en las batallas navales de Artemisio hay que poner, efectivamente, a aquellos que entonces no figuraban todavía en el ejército del rey: los melieos, los dorios, los locros, los beocios, que lo seguían con todas sus fuerzas militares, excepción hecha de los tespieos y de los plateos; añadamos aún a los primeros los caristios, los andrios, los tenios y todos los habitantes de las islas restantes, descontando a los habitantes de las cinco ciudades de las que antes hice mención[2773]. A medida que el persa avanzaba hacia el interior de Grecia, crecía el número de pueblos que lo seguían.

67. Cuando todos éstos, salvo los parios, hubieron llegado a Atenas (pues los parios se habían quedado rezagados en Citno, aguardando el desenlace de la guerra), cuando los demás[2774] arribaron a Falero, Jerjes descendió personalmente hasta las naves con la intención de establecer contacto con sus dotaciones y averiguar cuáles eran sus pensamientos. Cuando llegó y hubo tomado asiento en un trono presidencial, los tiranos de los pueblos de su imperio y los comandantes de las naves comparecieron delante de él por orden suya y tomaron asiento según el grado de honor que el rey les había conferido; el primer sitio lo ocupó el rey de Sidón, el segundo el rey de Tiro, y así sucesivamente. Sentados ya todos ordenadamente, el rey quiso sondearlos, e hizo que Mardonio preguntara a cada uno si la batalla debía ser naval.

68. Mardonio inició la ronda de preguntas empezando por el sidonio, y todos se mostraron de acuerdo sobre el particular: indicaban que la batalla

debía ser naval. Pero Artemisia[2775] habló de esta manera: «¡Mardonio! Repítele al rey esto que yo digo, yo, que en las batallas navales libradas junto a Eubea ni fui el peor ni mis proezas fueron las menores. Señor, está justificado, por mi parte, que yo te exprese libremente mi opinión, lo que yo, de cara precisamente a tu poder, tengo por lo mejor. De modo que te digo: ¡Nada de naves! ¡No libres ninguna batalla naval! Mira: por mar los hombres de aquí frente a los tuyos son tanto más fuertes como los varones lo son más que las mujeres. ¿Por qué te has de arriesgar una y otra vez en una batalla naval? ¿No te has apoderado ya de Atenas, el motivo principal de tu expedición? ¿No tienes el resto de Grecia? Mira: no se te opone nadie, y los que se te opusieron se han alejado tanto de ti cuanto les correspondía. Te quiero decir cómo creo que terminarán las cosas para los enemigos. Si no te apresuras a presentar batalla por mar, sino que mantienes tus naves aquí, en la costa, si te quedas en el país o incluso si avanzas hasta el Peloponeso, verás, señor, que se realizan fácilmente los designios que te han conducido hasta aquí, porque los griegos no son capaces de resistírsete durante mucho tiempo. Tú los dispersarás y ellos huirán hacia sus ciudades respectivas, como quiera que en esta isla, por lo que oigo decir, no hay víveres a su disposición; además, no es verosímil, si tú conduces tu ejército de tierra contra el Peloponeso, que los que están aquí procedentes de allí se queden cruzados de brazos: ya no tendrán ningún interés en luchar por mar a la altura de Atenas. Si, por el contrario, te corre prisa librar una batalla naval, mucho me temo que un desastre de tu flota contribuya a inutilizar tu ejército de tierra. Y añado otra cosa, rey: métete en la cabeza que los hombres buenos tienen de ordinario esclavos malvados, y que los hombres malvados los tienen buenos. Tú, el mejor de todos los hombres, tienes unos esclavos malos que contamos en el número de tus aliados: son los egipcios, los chipriotas, los cilicios, los panfilios, que no te sirven para nada.»

69. Cuando Artemisia dijo esto a Mardonio, todos los que simpatizaban con ella consideraron que estas palabras eran una desgracia, pensaban que a ella, de parte del rey, iba a ocurrirle algo muy malo, porque no quería que se librara una batalla naval. En cambio, los que sentían antipatía hacia ella y la envidiaban porque de entre todos los aliados ella era honrada entre los primeros, ésos se alegraron de tal respuesta, pensando que la iba a arruinar.

Sin embargo, cuando estas opiniones fueron trasladadas a Jerjes, éste se alegró mucho del parecer de Artemisia, y si ya antes la consideraba mujer de mucho mérito, desde entonces la estimó todavía mucho más. De todos modos, ordenó que se siguiera la opinión de la mayoría[2776], convencido de que en Eubea sus soldados se habían mostrado remisos deliberadamente porque él no estaba allí, pero ahora ya se había preparado a contemplar, él personalmente, a los que luchaban por mar.

70. Así que los almirantes persas dieron la orden de zarpar, las naves lo hicieron rumbo a Salamina, se agruparon y sin verse hostigadas se desplegaron en orden de combate[2777]. Pero en aquel día no pudieron entablar la lucha porque la noche se les vino encima, de modo que se prepararon para el día siguiente. Entretanto los griegos estaban sobrecogidos de terror y llenos de aprensión, principalmente los procedentes del Peloponeso; el miedo y las aprensiones de estos últimos se debían a que se daban cuenta de que se encontraban allí ellos acampados en Salamina para combatir por mar en defensa del país de los atenienses: si salían derrotados se verían atrapados y asediados en la isla dejando su propio país desguarnecido, mientras que el ejército de tierra de los bárbaros a la caída de aquella misma noche se pondría en marcha contra el Peloponeso.

71. Por tanto, se habían hecho todos los preparativos posibles para evitar que los bárbaros lograran hacer una incursión por tierra[2778]. los peloponesios, así que se enteraron de que Leónidas y sus gentes habían muerto en las Termópilas, salieron todos a la vez a marchas forzadas de sus ciudades y acamparon en el Istmo. Su comandante en jefe fue Cleómbroto, hijo de Anaxándridas y hermano de Leónidas. Al tiempo que tomaban posiciones en el Istmo, tras cerrar el paso en la ruta Escirónide[2779] mediante un muro de escombros, en una deliberación tomaron el acuerdo, y lo ejecutaron, de levantar un muro transversal en el Istmo. Allí los hombres se contaron por decenas de millares, y todos se pusieron manos a la obra, de modo que los trabajos se coronaron completamente. Se acarrearon piedras, ladrillos, troncos y espuertas llenas de arena, y los que habían sido destinados allí para la defensa del Istmo no descansaron ni un momento ni de día ni de noche.

72. Los griegos que acudieron en masa[2780] y sin demora en defensa del Istmo fueron los siguientes: los lacedemonios y todos los arcadios, los eleos,

los corintios, los sicionios, los epidaurios, los fliasios, los trecenios y los hermioneos. Éstos fueron los que acudieron a marchas forzadas, presos de una gran angustia por la amenaza que se cernía sobre Grecia. A los demás peloponesios la cosa les importó un comino, a pesar de que los Juegos Olímpicos y las Fiestas Carneas ya habían acabado[2781].

73. En el Peloponeso viven siete pueblos. De ellos, dos son autóctonos, y residen todavía hoy en el lugar donde habitan desde siempre: son los arcadios y los cinurios. Un pueblo, el aqueo[2782], no ha salido del Peloponeso, pero abandonó el país que fue el suyo y habita en un país ajeno. Los otros pueblos, cuatro de estos siete, son inmigrados: los dorios[2783], los etolios[2784], los dríopes y los lemnios. Los dorios tienen muchas e ilustres ciudades; los etolios sólo Élide; los dríopes tienen Hermíone y Ásine[2785], vecina ésta de la laconia Cardamila. Los lemnios tienen todas las ciudades de los paroreatas[2786], los cinurios[2787], que son autóctonos, parecen ser aquí los únicos jonios, pero con el paso del tiempo se convirtieron en dorios por la dominación argiva: son los orneatas[2788] y sus vecinos. De estos siete pueblos, las ciudades que no he citado en mis reseñas se mantuvieron neutrales, pero si me es lícito decirlo, con su neutralidad se declaraban a favor de los medos.

74. Los que estaban en el Istmo, pues, se empeñaban en tales trabajos, como si se jugaran ya el todo por el todo, sin esperanza de conseguir un éxito naval brillante. Cuando los apostados en Salamina se enteraron de ello, no se angustiaron menos: no temían tanto por ellos mismos como por el Peloponeso. Durante algun tiempo se hablaron al oído, en voz baja, muy extrañados por la abulia de Euribíades. Y al final se produjo el estallido público. Efectivamente, hubo una asamblea y allí se repitieron prolijamente las opiniones: unos defendían que debían zarpar de regreso al Peloponeso y allí arrostrar el peligro por él en vez de quedarse a luchar delante de un país que ya estaba en manos del enemigo, para defenderlo; los atenienses, los eginetas y los megareos sostenían que debían quedarse donde estaban y allí rechazar al enemigo.

75. Cuando Temístocles se percató de que su opinión iba a ser vencida por los peloponesios, abandonó ocultamente la asamblea y, fuera ya de ella, mandó al campamento de los medos a un hombre a bordo de una lancha, luego de instruirlo en lo que debía decir[2789]. Este hombre se llamaba Sicino,

y era servidor y pedagogo de los hijos de Temístocles. Después de estos hechos, Temístocles lo hizo ciudadano tespio, cuando los tespios admitieron nuevamente ciudadanos, y lo enriqueció. Cuando Sicino llegó a bordo de su lancha, dijo a los generales de los bárbaros: «Ocultándolo al resto de los griegos, el comandante en jefe de los atenienses me ha mandado a deciros —pues en su ánimo está a favor del rey, y prefiere la victoria de vuestra causa a la de los griegos— que los griegos temen y piensan en una huida. Ahora os es posible la hazaña más espléndida si vosotros no dejáis pasar la ocasión. Ellos discrepan en sus opiniones, y no os ofrecerán resistencia: veréis como en alta mar se pelean entre ellos, concretamente los que están a favor vuestro contra los que no lo están.» Les dijo esto y se alejó.

76. Lo que se les comunicaba les pareció creíble, y por ello los generales hicieron desembarcar a muchos soldados persas en la islita de Psitalea[2790], situada entre Salamina y el continente; llegada la media noche hicieron avanzar el ala occidental de su formación, en una maniobra envolvente, en dirección a Salamina. E hicieron lo propio con los efectivos situados en las cercanías de Ceos[2791] y de Cinosura: bloquearon con sus naves la totalidad del estrecho hasta Muniquia. Y he aquí la causa por la que mandaron avanzar sus naves: para que los griegos no tuvieran manera de escapárseles, sino que, atrapados en Salamina, pagaran por la derrota sufrida en Artemisio. Y he aquí por qué hicieron desembarcar a aquellos persas en la islita llamada Psitalea: cuando se trabara la batalla naval, forzosamente irían a parar allí hombres[2792] y pecios, pues la isla está situada precisamente en el paso donde se iba a entablar la batalla ya inminente; ellos debían recoger los pecios y matar a los hombres. Ejecutaron todos estos movimientos sin armar ruido, para pasar inadvertidos al enemigo. Desde luego, en toda la noche no se echaron para descansar, y se dedicaron a los preparativos.

77. Yo no puedo contradecir a los oráculos y declarar que no dicen verdad, y mucho menos quiero intentar refutar a uno que habla tan claramente como el que sigue:

Cuando la santa costa de Ártemis, la de áurea espada,
hayan cubierto las naves y al borde del mar Cinosura,
luego de haber destrozado la espléndida Atenas con loca
esperanza los brotes, la justicia divina ha de hundirlos,

de la soberbia que sólo quiere imperar en el mundo,
se mezclarán bronce y bronce, y Ares con sangre hará rojo
el mar, para que luego a Grecia aporten la independencia
la augusta Victoria y Zeus, que a lo lejos otea.

Cuando Bacis dice esto, y lo dice tan claramente, ni yo mismo me atrevo a poner objeciones a los oráculos ni los acepto de otros.

78. En Salamina hubo entre los comandantes un debate muy vivo. Todavía no sabían que el enemigo los había cercado con sus naves; creían que se encontraban en el lugar que les habían visto ocupar durante el día.

79. Duraba todavía la reunión de los jefes militares cuando les llegó, procedente de Egina, Aristides, hijo de Lisímaco, un ateniense condenado al ostracismo por el pueblo, pero yo he investigado su carácter y opino de él que ha sido el hombre más justo y más valiente de Atenas. Este hombre se presentó al consejo y mandó llamar a Temístocles, a pesar de que no eran amigos; lo contrario, eran muy enemigos. Pero ante las dimensiones de los males inminentes lo olvidó todo y lo llamó aparte, porque quería encontrarse a solas con él. Había oído anteriormente que los aliados procedentes del Peloponeso se empeñaban en llevar sus naves al Istmo. Cuando Temístocles salió a su encuentro, Aristides le dijo: «Ya en cualquier otro momento, pero más precisamente en éste, debemos rivalizar, a ver quién de los dos rendirá los mejores servicios a la patria. Te digo simplemente que ahora tanto da discutir más o menos que zarpemos de aquí para hacer un favor a los peloponesios: te aseguro, pues lo he visto con mis propios ojos[2793], que ahora, ni suponiendo que lo quisieran, ni Euribíades ni los corintios podrían zarpar e irse de aquí: el enemigo nos tiene totalmente cercados. ¡Ea! Entra ahí y díselo.»

80. Y he ahí la respuesta de Temístocles: «Tú me aconsejas algo realmente muy útil, y me lo has anunciado oportunamente. Lo que yo deseaba que sucediera, lo has visto, y te has presentado para ser testigo de ello. Has de saber que los medos han hecho esto movidos por mí. Era necesario que los griegos, que no se prestaban voluntariamente a entrar en batalla, se convirtieran aun contra su voluntad, a nuestra opinión. Pero tú me has venido con un mensaje útil, de modo que se lo comunicas tú mismo. Pues si soy yo quien se lo dice, dará la impresión de que es algo que yo he tramado, y no los

convenceré: ellos creen que los bárbaros son incapaces de hacer esto. ¡Ea! Entra tú mismo y aclárales la situación. Cuando se lo hayas anunciado, tanto si te dan crédito —que sería lo mejor— como si no te lo dan, no podrán dispersarse por cuanto es verdad que estamos rodeados por todas partes, como tú dices.»

81. Aristides entró y se lo dijo. Indicó que venía de Egina y que a duras penas había logrado escurrirse en medio de las naves fondeadas: todo el campamento de los griegos estaba cercado por las naves de Jerjes. Aconsejó que se aprestaran a la defensa. Y después de estas palabras, salió, y entre ellos se produjo de nuevo un altercado: la mayoría de comandantes no daba crédito en absoluto a lo anunciado.

82. Continuaban aún en su incredulidad cuando se les presentó un trirreme con gentes de Tenos, que desertaban; la mandaba un hombre de la isla[2794], Panecio, hijo de Sosímenes, que, naturalmente, les reportó toda la verdad. Debido a esta gesta los tenios fueron inscritos en el trípode de Delfos, se les menciona entre los que aniquilaron a los bárbaros. Bien: contando esta nave, que en Salamina se les pasó, y con la lemnia que se les había pasado antes, en Artemisio, la flota de los griegos completó el número de trescientas ochenta naves; hasta entonces faltaban dos para alcanzar esta cifra.

83. Los griegos, desde luego, acabaron dando crédito a las palabras de los tenios y se prepararon para la batalla naval. Justo al amanecer[2795], los generales reunieron a los combatientes[2796], y Temístocles fue el que entre todos[2797] dijo lo más oportuno. Su discurso consistió en una comparación de lo mejor y lo peor que realmente puede darse en la naturaleza de los hombres y en sus maneras de ser[2798]. Concluyó su arenga con una exhortación a elegir, entre las dos posibilidades, lo mejor, y ordenó el embarque. Ya embarcaban cuando llegó de Egina el trirreme que había ido a buscar a los Eácidas[2799]. Los griegos entonces se hicieron a la mar con todas sus naves, y los bárbaros iniciaron el asalto inmediatamente.

84. Los demás griegos remaban hacia atrás[2800] e intentaban encallar[2801] sus naves en tierra[2802]. Y entonces Aminias de Palene[2803], un hombre ateniense, se sale hacia adelante de la formación y embiste con su nave a una nave enemiga[2804]. Cuando esta nave se vio implicada en la lucha y no logró

deshacerse de aquélla, las demás corrieron en ayuda de Aminias, y así empezó la batalla. Sí, los atenienses dicen que comenzó de esta manera. En cambio los eginetas aseguran que fue la nave que navegó a Egina en busca de los Eácidas la que inició el encuentro. Y también se habla de una mujer que se les apareció para animarlos: todo el ejército griego la habría visto. Y antes de aparecérseles se habrían oído de ella estas palabras de reproche: «¡Geniales![2805]. ¿Hasta cuándo navegaréis hacia atrás?»

85. Contra los atenienses se alineaban los fenicios en el ala de la parte de Eleusis, es decir, la que daba al noroeste; contra los lacedemonios formaban los jonios, emplazados en el ala que da al Pireo, es decir, orientada al oriente. De ellos sólo algunos actuaron premeditadamente, siguiendo las instrucciones de Temístocles, de manera remisa[2806], la mayoría no. Aquí yo podría citar los nombres de bastantes comandantes de trirremes que apresaron naves griegas, pero prescindiré de mis fuentes[2807], hablaré sólo de Teomestor, hijo de Androdamante, y de Fílaco, hijo de Histieo, ambos samios[2808]. Hago memoria sólo de estos dos porque gracias a esta acción Teomestor llegó a tirano de Samos, cargo que le confirieron los persas y Fílaco fue inscrito en la lista de bienhechores del rey[2809] y recibió como recompensa muchas tierras de cultivo. Los bienhechores del rey se llaman en persa *orosangas*.

86. Esto es lo que hubo acerca de éstos. Pero en Salamina la mayoría de naves[2810] resultaron hundidas, destruidas en parte por los atenienses y en parte por los eginetas[2811]. Fue porque los griegos por mar luchaban en formación cerrada y según las reglas del arte de la guerra, pero los bárbaros ni luchaban en formación ni hacían nada que fuera atinado, de manera que resultó natural que les sucediera algo como lo que realmente les ocurrió. Pese a todo, en este día se mostraron mucho más valientes de como lo eran habitualmente, o de como lo fueron en Eubea; todos se esforzaron por miedo a Jerjes; cada uno creía que el rey lo miraba precisamente a él.

87. En lo que se refiere a los demás —tanto a los bárbaros como a los griegos— no puedo indicar con precisión su conducta en la batalla, pero sí lo que pasó con Artemisia, lo cual le hizo ganar aún más en aprecio delante del rey. Pues cuando la empresa del rey empezó a hacer aguas[2812], una nave ática perseguía a la de Artemisia. Y ésta no podía eludirla porque detrás tenía otras

naves aliadas y la suya era la que estaba más cerca del enemigo. Y entonces se decidió por un golpe que le salió estupendamente: logró salvarse de la nave ática que la perseguía embistiendo impetuosamente a una nave bárbara aliada de hombres calindeos, a bordo de la cual navegaba el propio rey de los calindeos, Damasítimo. Yo no sé aclarar si anteriormente había tenido alguna disputa en el Helesponto con este Damasítimo, o bien si embistió intencionadamente a esta nave calindea, o bien si fue por un azar por lo que ésta se cruzó en su camino. El caso es que la abordó y la hundió. Y esta feliz casualidad le aportó dos grandes ventajas: cuando el comandante de la nave ática la vio atacar una nave adversaria, pensó que o bien la nave de Artemisia era griega, o bien desertaba del enemigo y se pasaba a los griegos; dio la vuelta y se dirigió contra otras.

88. De manera que lo primero que le ocurrió es que logró huir, que se salvó, pero en segundo lugar que, a pesar de haber hecho algo malo, precisamente esto le mereció la máxima consideración a los ojos de Jerjes. Porque se cuenta que el rey observaba cómo ella atacaba al navío, y uno de los presentes le comentó: «¿Ves, señor, cuán bravamente combate Artemisia? ¡Ha hundido una nave enemiga!» El rey preguntó si la hazaña era realmente obra de Artemisia, y los circunstantes respondieron afirmativamente, porque conocían bien el distintivo de la nave[2813]. Y de la hundida creyeron que era enemiga; de todos modos, ya se ha aclarado que tropezó con ésta por azar; nótese además el detalle de que de los hombres de la nave de Calindo no se salvó ninguno, por lo cual no pudo haber acusadores. De Jerjes, tras observarlo todo, se cuenta que exclamó: «Los hombres se me han convertido en mujeres y las mujeres en hombres.» Esto es lo que, según cuentan, exclamó Jerjes.

89. En esta lucha murió el comandante Ariabignes[2814], hijo de Darío y hermano de Jerjes. En ella murieron también otros muchos persas y muchos medos famosos, y otros muchos aliados, y algunos también, aunque menos, de los griegos. Aquellos de las naves griegas hundidas que sabían nadar y que no murieron en la refriega pudieron alcanzar a nado Salamina. La mayoría de los bárbaros se ahogaron porque no sabían nadar. Cuando sus primeras naves se dieron a la fuga en su mayoría se hundieron, pues las emplazadas en segunda línea intentaban avanzar para hacer algo meritorio a los ojos del rey

y chocaban contra las que ya huían.

90. Y en medio de esta confusión ocurrió también lo siguiente: algunos fenicios cuyas naves habían sido hundidas se presentaron al rey y calumniaron a los jonios: si ellos habían perdido sus naves, fue por traición de éstos. Pero los comandantes jonios no murieron en la acción[2815], y los calumniadores fenicios sufrieron la paga que sigue: aún estaban hablando cuando una nave samotracia[2816] embistió a una nave ática. Como era de esperar, la nave ática se hundió, pero precisamente entonces una nave egineta llegó aún a tiempo y hundió la samotracia. Pero los samotracios, que son excelentes lanceros, dispararon contra la dotación de la nave que los había hundido, cuyos hombres sucumbieron, y los samotracios se encaramaron a la nave y la ocuparon. Jerjes contempló la gesta que habían realizado; estaba ya muy desanimado, se dirigió a los fenicios y los declaró culpables de todo, sólo a ellos. Y mandó que les decapitaran, para que así unos que habían sido cobardes no pudieran calumniar a los valientes.

Se debe saber que Jerjes —que estaba sentado al pie del monte Egáleo, que está delante de Salamina— cada vez que veía a uno de sus hombres llevar a cabo una hazaña se informaba de quién era, y los escribanos registraban el nombre del comandante de la nave, junto con el de su padre y el de su ciudad. Además, contribuyó algo al destino de los fenicios el hecho de que Ariaramnes[2817], un buen amigo de los jonios, había contemplado la catástrofe.

91. Aquéllos[2818] se revolvieron contra los fenicios. Cuando los bárbaros[2819] se dieron a la fuga e intentaban navegar hacia la salida[2820] en dirección a Falero[2821], los eginetas, que se habían apostado en su ruta allí donde el mar se hace angosto[2822], realizaron gestas muy dignas de mención. Porque en el fragor de la lucha los atenienses destruyeron las naves que les presentaban batalla y las que huían; en cambio los eginetas hicieron lo propio con las que intentaban salir navegando al mar abierto. Y las que lograban esquivar a los atenienses chocaban irremisiblemente con los eginetas en su navegación ulterior.

92. Llegó un momento en que se encontraron la nave de Temístocles, que perseguía a otra, y la del egineta Polícrito, hijo de Crío[2823], que embestía a

una nave sidonia, precisamente a aquella que se había hecho con la nave egineta situada a la vanguardia en Escíatos, la cual tenía a bordo, cubierto de heridas, a Píteas, hijo de Isquénoo, a quien los persas, muy admirados por su valentía, habían salvado la vida. La nave sidonia, pues, que lo transportaba fue capturada con los persas que llevaba, y Píteas pudo salvarse en Egina.

Cuando Polícrito vio la nave ática por el distintivo de ésta reconoció que se trataba de la nave capitana. Llamó a voces a Temístocles y le echó en cara con palabras hirientes las tendencias de los eginetas a favor de los medos[2824]. O sea, que Polícrito, cuando atacó a la nave enemiga, disparó esta verborrea insultante contra Temístocles. Los bárbaros cuyas naves lograron superar el trance huyeron a Falero y se pusieron al abrigo de su ejército de tierra.

93. Los que en esta batalla naval alcanzaron la máxima gloria fueron los eginetas, y en segundo lugar los atenienses; entre todos los combatientes Polícrito de Egina, y de los atenienses Éumenes de Anagirunte[2825] y Aminias de Palene; este último fue el que persiguió a Artemisia. Por cierto que si hubiera sabido que tal mujer iba a bordo de aquella nave no habría cejado hasta capturarla, o hasta verse capturado él mismo, pues los trierarcas atenienses habían recibido la orden de cogerla viva, con la recompensa de diez mil dracmas a quien la aprisionara, pues en Atenas reinaba una gran indignación por el hecho de que una mujer les hiciera la guerra. Pero Artemisia, como ya se ha apuntado anteriormente, logró escapar, y también se salvaron los demás cuyas naves pudieron arribar a Falero.

94. De Adimanto, el comandante de los corintios, cuentan los atenienses[2826] que en el mismo principio, así que las naves se enzarzaron en la pelea, se asustó, se aterrorizó, mandó izar velas[2827] y desertó. Cuando los corintios advirtieron que su nave capitana se daba a la fuga, también ellos huyeron de allí. En su huida se encontraban ya cerca del santuario de Atenea Escírade, en Salamina[2828], cuando, enviada por los dioses[2829], les salió al encuentro una embarcación. Y no se veía a nadie que la hubiera enviado. Se aproximó a los corintios, que ignoraban totalmente lo ocurrido a la flota. Y he aquí por qué se conjeturó que allí había algo divino: cuando la embarcación estaba ya a tocar de las naves, los de su tripulación habrían dicho: «Adimanto, tú te llevas estas naves, te apresuras a huir traicionando a los griegos, los cuales, de todos modos, están alcanzando la victoria y derrotan al

enemigo tan completamente como lo pedían en sus plegarias.» Pero Adimanto no dio crédito a lo que le decían, y les replicó si aceptaban ser tomados como rehenes, y la muerte en el caso de que no se comprobara que los griegos salían vencedores. Y fue entonces cuando hizo virar su nave, y también las demás, y se había agregado a la flota griega cuando la acción ya estaba concluyendo. Tal es el rumor que, por la cuenta que les tiene, divulgan los atenienses, pero los corintios disienten completamente, creen, por el contrario, que en el curso de la batalla ellos se distinguieron como los que más. Y el resto de griegos da testimonio a su favor.

95. Y durante la acción tumultuosa que se desarrolló en Salamina he aquí una hazaña de Aristides, hijo de Lisímaco, ateniense, que ya he mencionado algo más arriba como hombre de gran mérito: tomó consigo un buen número de hoplitas que estaban formados a lo largo de la costa salaminia; eran atenienses. Bajó con ellos a la isla de Psitalea, y mató a todos los persas que se encontraban en esta pequeña isla.

96. Acabada ya la batalla naval, los griegos remolcaron hasta tierras de Salamina los pecios que quedaban en el lugar de la acción, y se prepararon para un nuevo combate, creídos de que el rey querría echar mano del resto de las naves que le quedaban. Muchos pecios, arrastrados por el viento del oeste, fueron llevados al lugar de la costa del Ática llamado Colíade, de manera que se cumplieron en su integridad los oráculos de Bacis y de Museo acerca de esta batalla naval, y además otro que, muchos años antes de estos sucesos, había formulado el adivino Lisístrato de Atenas, referido a los pecios que fueron arrastrados hasta allí, oráculo que hasta aquel momento los griegos no habían entendido:

Las mujeres de Colíade tostarán la cebada con remos[2830],

lo cual sucedería sólo después de la campaña del rey.

97. Cuando Jerjes se enteró del alcance del desastre ocurrido, temió que algún jonio sugiriera a los griegos la idea, sin excluir que cayeran en la cuenta ellos mismos, de navegar hacia el Helesponto para hundir el puente, con lo cual él, retenido en Europa, correría el riesgo de una muerte segura. Y pensó en la huida. Pero, deseoso de que ni los griegos ni su propia gente

adivinaran sus intenciones, dio la orden de construir una escollera[2831] que tocara Salamina: ensambló naves de transporte fenicias que le sirvieran a la vez de pontón y de parapeto, y se preparó fingiendo que proyectaba librar una segunda batalla naval. Todos los demás, que lo veían en estas actividades, estaban convencidos de que se organizaba muy seriamente para permanecer allí y continuar luchando, pero a Mardonio la cosa no le pasó por alto, porque conocía muy bien por experiencia sus maneras de pensar.

98. De modo que Jerjes llevó a cabo todo esto, y al mismo tiempo envió noticia a los persas de la desgracia que por entonces se le había echado encima. Y no hay nada mortal que llegue más pronto que estos mensajeros; el sistema lo inventaron los persas[2832]. Se trata de situar repartidos en los puestos oportunos tantos hombres y caballos como exija el número de días del recorrido, siempre un hombre con su caballo. Ni la nieve ni la lluvia, ni el calor ni las tinieblas impiden, al jinete al que le toque, hacer el recorrido que le corresponda de la manera más rápida posible. El primer jinete corre lo suyo, transmite las órdenes al segundo, éste al tercero, y así sucesivamente, siempre uno las transmite al siguiente, igual que entre los griegos se corre la carrera de antorchas en honor de Hefesto. A este correo de caballos los persas lo llaman *aggareion*[2833].

99. La primera noticia que llegó a Susa de que Jerjes era dueño de Atenas alegró tanto a los persas que se habían quedado allí que alfombraron las calles con mirto, quemaron incienso y lo celebraron alegremente con celebraciones festivas y banquetes; pero la segunda que les llegó los conmovió tanto que se rasgaban las vestiduras[2834] y se lamentaban con gritos espantosos. Pero le echaban las culpas a Mardonio. Los persas hicieron esto no porque se dolieran por las naves, sino porque temían por la persona de Jerjes.

100. Esto fue lo que pasó entre los persas durante este tiempo, hasta que llegó Jerjes en persona y puso fin a ello. Mardonio, cuando se apercibió de que Jerjes consideraba una gran desgracia el desenlace de la batalla, sospechó al punto que planeaba irse de Atenas, y calculó que le haría pagar las culpas, por haber sido él quien le convenciera de la campaña contra Grecia. Pensó que para él lo mejor sería arrostrar otros peligros para o bien someter Grecia o bien morir gloriosamente en el empeño. La idea de subyugar Grecia fue la

que le pareció preferible y tras ponderar la cosa dirigió al rey las palabras siguientes: «Señor, no te aflijas y no consideres una gran desgracia esto que ha sucedido. En efecto, la batalla decisiva no se librará con troncos de madera[2835], sino con hombres y caballos. No se atreverá a hacerte frente ninguna de estas gentes que creen que aquí ya lo han hecho todo ni bajarán de sus naves para intentar oponérsete, no lo intentará nadie del continente. Los que se nos han opuesto ya han llevado su merecido. Si te parece indicado, vamos a atacar inmediatamente el Peloponeso. Y si te parece indicado aplazarlo, también cabe hacerlo. ¡Pero no te desanimes! Los griegos no tienen escapatoria. Tarde o temprano se verán obligados a explicarnos lo que nos han hecho ahora y antes: serán tus esclavos. ¡Haz esto por encima de todo! Pero si lo que en realidad decides es retirarte, tú en persona, y llevarte contigo el ejército, yo tengo otro plan que se corresponde con éste. Rey, no hagas que los persas sean el hazmerreír de los griegos, pues los persas no han arruinado ninguna de tus empresas y nunca podrás decir que nosotros hayamos sido unos hombres cobardes. Si los fenicios, los egipcios, los chipriotas y los cilicios fueron cobardes, de este mal los persas no son culpables. Y puesto que los persas no lo son, ¡hazme caso! Si has tomado la decisión de no quedarte aquí, regresa a la patria y llévate contigo la mayor parte de tu ejército. Pero yo debo someter y poner a mis pies Grecia si puedo contar con trescientos mil hombres escogidos del ejército.»

101. Ante estas palabras, muy compatibles con sus contratiempos[2836], Jerjes se alegró complacido, y respondió a Mardonio que quería asesorarse; después le daría una respuesta acerca de lo que iba a hacer en aquella alternativa. Luego de deliberar con los persas que había convocado le pareció bien llamar a consulta a Artemisia, porque era notorio que antes había sido la única que le había indicado lo que procedía hacer. Llegada Artemisia, Jerjes mandó retirarse a los demás, a los consejeros de los persas y a su guardia personal. Y le dijo: «Mardonio me aconseja que me quede aquí y que ataque el Peloponeso. Dice que los persas y el ejército de tierra no tienen ninguna responsabilidad en el desastre, y que desearían que se les diera la oportunidad de demostrar su inocencia. Él me aconseja esto, o bien propone, como alternativa, poner Grecia a mis pies, sometida a mi yugo, ello si puede disponer de trescientos mil hombres elegidos de mi ejército. En tal caso me

indica que me retire a mis tierras con el resto de mis fuerzas. Ahora aconséjame tú, ya que, refiriéndome a la pasada batalla naval, sólo tú me aconsejaste como es debido, por cuanto te negabas a que la batalla se librara. Dime cuál de las dos cosas debo hacer para sentirme bien asesorado.»

102. De manera que Jerjes le hizo la consulta, y he aquí la respuesta: «Rey, cuando te piden consejo es difícil decir precisamente lo mejor. Sin embargo, en las circunstancias actuales lo que me parece acertado es que, tú personalmente, te retires, y que Mardonio, si de todos modos desea hacer lo dicho, y lo hace por su cuenta, que se quede con aquellos que realmente él desee. Porque, en primer lugar, si él de verdad somete lo que de palabra dice que quiere someter y se sale con la suya en lo que es el motivo de sus consideraciones, la cosa es obra tuya, señor, porque la habrán realizado tus servidores. Además, si lo que ocurre es lo contrario a las expectativas de Mardonio, esto no será una gran desgracia, por cuanto tú subsistes, y tu poder de allí[2837]. En efecto, mientras tú y tu casa sigáis existiendo, los griegos deberán correr con frecuencia el riesgo de muchos combates en su propia defensa. Si a Mardonio las cosas le salen mal, no pasa nada, y no será una victoria que merezca el nombre de victoria si los griegos salen triunfantes y dan muerte a tu esclavo. Y, en cuanto a ti, regresarás habiendo cumplido la finalidad de tu expedición, incendiar Atenas.»

103. Este consejo agradó a Jerjes, porque resultaba que ella dijo exactamente lo mismo que él pensaba. A mí me parece[2838] que aún en el caso de que todos los hombres y todas las mujeres le hubieran aconsejado quedarse, no se habría quedado: tal era el horror que se había apoderado de él. Alabó, pues, a Artemisia, y luego la envió, con sus propios hijos, a Éfeso[2839]. En efecto, le habían seguido algunos de sus hijos bastardos[2840].

104. Junto con estos hijos envió, para que velara por ellos, a Hermotimo, procedente de Pédasa, y no el de menor categoría entre los eunucos del rey. Los pedaseos viven al norte de Halicarnaso, y entre ellos alguna vez se da el caso siguiente: cuando a todas las poblaciones vecinas de dicha ciudad dentro de algún tiempo va a ocurrirles algo grave, a la sacerdotisa local de Atenea le crece una gran barba. Lo cual ya les ha sucedido por dos veces[2841].

105. De manera que Hermotimo había nacido en Pédasa. Él es, de entre todos los hombres que conocemos, el que ha tomado la venganza más cruel

de una injuria. Cayó prisionero del enemigo y fue puesto en venta; lo compró un tal Panionio de Quíos, que para ganarse la vida practicaba las obras más impías: cuando había comprado muchachos jóvenes y de bella presencia los castraba y los llevaba a Sardes o a Éfeso[2842], y les ponía en venta a precios muy altos, porque entre los bárbaros los eunucos son más caros que el resto de esclavos, debido a la confianza total que ofrecen[2843]. Panionio, pues, que se ganaba la vida así, había convertido en eunucos a un buen número de jóvenes, entre los cuales se contaba Hermotimo, de quien hablamos. Hermotimo, que no en todo tuvo mala suerte, llegó de Sardes, juntamente con otros obsequios para el rey, y con el paso del tiempo fue el más honrado por Jerjes.

106. Pero cuando el rey, que estaba en Sardes, puso en marcha al ejército persa contra Atenas, Hermotimo, por el motivo que sea, bajó[2844] a tierras de Misia, a una zona trabajada por quiotas que se llama Atarneo[2845], y encontró allí a Panionio. Lo reconoció y le dirigió un montón de palabras amistosas, enumerándole en primer lugar las ventajas de que disfrutaba precisamente gracias a él, y en segundo lugar le prometió todos los favores que en pago quería hacerle si él se decidía a residir en aquel lugar trasladando allí a sus domésticos. Tanto fue así que Panionio aceptó con gozo sus propuestas y trasladó allí a su mujer y a sus hijos. Cuando tuvo en sus manos a toda la familia, Hermotimo le dijo: «¡Oh tú, que te has ganado la vida con el más impío de todos los tráficos, ¿qué mal te hecho yo mismo, qué mal, a ti o a los tuyos, hizo alguno de mis antepasados, que a mí me convirtieras de hombre en nadie? ¿Creías que pueden pasar ocultas a los dioses las monstruosidades que antaño imaginaste? Cometiste impiedades, y ahora ellos por una ley justa[2846] te han puesto en mis manos, de modo que no podrás objetar nada al castigo que de mí te va a corresponder.» Y luego de haberlo avergonzado con estas palabras condujeron a sus hijos a su presencia. Panionio fue obligado a castrar a sus cuatro hijos, cosa que hizo por fuerza. Y cuando lo hubo hecho, sus cuatro hijos se vieron forzados a castrarlo a él. Esto es lo que le pasó a Panionio, y la venganza que Hermotimo[2847] se tomó de él[2848].

107. Jerjes, luego de confiar sus hijos a Artemisia para que los acompañara a Éfeso, convocó a Mardonio y le mandó que eligiera a los que quisiera de su ejército y que intentara, si eran posibles, las acciones que con

sus palabras le había prometido. Lo cual se hizo todavía en ese día[2849], y por la noche, por órdenes del rey, los comandantes hicieron retroceder con la máxima rapidez posible sus naves desde Falero al Helesponto, para custodiar al rey cuando cruzara las balsas[2850]. Pero cuando los bárbaros, en su ruta, se encontraban en las cercanías del cabo Zoster[2851], lugar en que del mar emergen unos promontorios pelados[2852], ellos creyeron que se trataba de naves y huyeron a un lugar muy apartado. Con el tiempo advirtieron que no se trataba de naves, sino de escollos: entonces se concentraron y prosiguieron la navegación.

108. Cuando amaneció, los griegos se dieron cuenta de que el ejército de tierra estaba en el país, y pensaron que también las naves estaban cerca de Falero. Opinaban que volverían a atacar por mar y se aprestaron para rechazarlos. Pero cuando se enteraron de la partida de las naves, determinaron perseguirlas sin demora. Navegaron en pos de la flota de Jerjes hasta Andros sin avistarla, y al llegar a Andros deliberaron. Temístocles era de la opinión de que se continuara la persecución de la flota atajándola a través de las islas[2853], dirigiéndose directamente al Helesponto para destruir los puentes de naves. Euribíades, en cambio, propuso una opinión contraria: afirmaba que con la destrucción de las balsas ellos mismos causarían a Grecia el máximo daño. Decía que al persa, atrapado y cogido en Europa, le sería imposible permanecer inactivo; en efecto, si se quedaba cruzado de brazos no podría tener éxito en ninguna empresa, y no se le abriría ninguna posibilidad de retirada; el ejército se le moriría de hambre. En cambio, si se atrevía a algo, y se aplicaba a ello de manera inteligente, le sería factible dominar, en Europa, ciudades y pueblos o bien conquistándolos o bien por medio de pactos favorables establecidos previamente. Siempre dispondrían, para su manutención, de la aportación anual de las cosechas de los griegos. Cosa que, decía, no debían tomar demasiado en serio, pues él creía que el persa, derrotado en la batalla naval, no se quedaría en Europa. Se le había de permitir la huida, y que en su huida llegara a su país. Y entonces —apuntó— la lucha sería por su propio país, el de ellos. Los comandantes del resto de peloponesios se adhirieron a esta opinión.

109. Temístocles, cuando observó que no convencería a la mayoría de que se navegara hacia el Helesponto, modificó su actitud[2854] y se dirigió a los

atenienses (los cuales aceptaban muy mal que los persas se les hubieran escapado y estaban decididos a navegar hacia el Helesponto; querían incluso asumir ellos solos tal responsabilidad si los demás se negaban) diciéndoles: «Yo mismo me he encontrado muchas veces en estas circunstancias, y aún lo he oído muchísimas veces más: ocurre que hombres que han sido puestos en situación desesperada, aunque hayan sido vencidos, reanudan la lucha y se recuperan de la derrota anterior. Por eso nosotros, que por un éxito inesperado nos hemos salvado, nosotros y Grecia entera, rechazando a esta nube de hombres, ahora no queremos perseguirlos cuando huyen. Pues esto no lo hemos alcanzado nosotros, sino dioses y héroes, que envidiaban de un hombre solo que se convirtiera en rey de Asia y Europa[2855], un hombre que, encima, está loco y es impío, para quien santuarios y edificios privados son lo mismo, que derribó y quemó las imágenes de los dioses, que llegó a azotar y a encadenar el mar. Pero basta ya de ello, pues para nosotros en el momento presente es bueno permanecer[2856] en Grecia y preocuparnos por nosotros y por nuestras familias. Cada uno debe reconstruir su casa, cuidar con interés de sus campos, cuando hayamos echado totalmente al bárbaro del país[2857]. Pero a comienzos de la primavera bajaremos al Helesponto y a Jonia.» Dijo esto con la intención de encontrar algún apoyo entre los persas, de tener un lugar donde refugiarse en el caso de que le tocara sufrir algo malo de parte de los atenienses. Lo cual realmente ocurrió[2858].

110. Estas palabras de Temístocles eran falaces, pero los atenienses se las creyeron. Pues él, que ya antes era tenido por astuto, ahora lo fue a ojos vista al impartir tales consejos, y todos se dispusieron a obedecerle al pie de la letra. Cuando ya los tenía convencidos, remitió inmediatamente en una embarcación unos hombres, en cuyo silencio podía confiar absolutamente aun en el caso de que fueran sometidos a cualquier tormento, a comunicar al rey un encargo suyo. Entre estos hombres figuraba otra vez su servidor Sicino[2859]. Llegados al Ática, los demás se quedaron en la nave, pero Sicino subió al lugar donde se encontraba Jerjes y le dijo: «Me manda Temístocles, el hijo de Neocles y comandante de los atenienses, un hombre que es el más valiente y el más sagaz de todos los aliados. Debo comunicarte que Temístocles, en su deseo de prestarte un servicio, ha impedido que los griegos persigan a tus naves y destruyan los puentes del Helesponto, que es lo

que ellos en realidad se proponían. Tú ahora ponte con toda tranquilidad a buen recaudo.»

111. Tras haberle comunicado esto, navegaron de regreso. Y los griegos modificaron su decisión primera y no persiguieron más allá a las naves de los bárbaros, hacia el Helesponto, para destruir el puente, pero asediaron Andros con la intención de ocuparla, pues los andrios habían sido los primeros de los isleños que habían rechazado la exigencia de Temístocles de aportar dinero. Temístocles lo había justificado de la siguiente manera: los atenienses estaban allí y llevaban consigo a dos poderosas divinidades: la Persuasión y la Necesidad; ésta era la causa por la cual se les debía necesariamente entregar dinero. Los andrios respondieron a esto que era muy natural que Atenas fuera una ciudad grande y próspera, provista además de dioses muy útiles, mientras que ellos, los andrios, tenían pocas tierras y muy pobres. Dos divinidades funestas no abandonaban nunca su país, sino que lo preferían, la Inferioridad y la Pobreza. Sujetos a estas dos divinidades, los andrios no soltarían ni una moneda: la potencia de los atenienses nunca sería superior a su miseria. Tal fue la respuesta de los andrios, que se negaron a colaborar con dinero y ahora se veían asediados.

112. Pero Temístocles no cejaba en su afán de ganancias y dirigió palabras de amenaza a las demás islas: mediante estos mensajeros, que había enviado incluso al rey, reclamaba una y otra vez dinero. Les encargaba decir que en el caso de que no entregaran lo que se les exigía, él les mandaría el ejército griego, que los asediaría y que los exterminaría. Mediante estas palabras sonsacó grandes cantidades de moneda a los caristios y a los parios, quienes, ante la noticia del asedio de Andros por ser más bien partidaria de los medos y de que Temístocles gozaba de gran fama como general, remitieron el dinero por temor. Desde luego, no estoy en condiciones de decir si algunos otros de los isleños pagaron. Pero yo creo que también algunos otros pagaron, y no éstos solos. Por lo que a los caristios atañe, una cosa es cierta: ni tan siquiera esto les demoró la desgracia[2860]. En cambio, los parios, mediante esta entrega de dinero, se propiciaron a Temístocles y se evitaron el ejército. De manera que, partiendo de Andros, Temístocles se hizo con dinero de los isleños, y por cierto que a escondidas de los demás comandantes.

113. Por su parte, Jerjes y los suyos, después de la batalla naval se

quedaron algunos días[2861]. Luego retrocedieron por el mismo camino[2862] hacia Beocia. A Mardonio le pareció bien hacer que el rey lo precediera en el avance[2863], y, por otra parte, creía que ya no era época del año propia para la guerra[2864]. Le parecía más adecuado invernar en Tesalia y luego, justo al comienzo de la primavera, atacar el Peloponeso. A su llegada a Tesalia Mardonio eligió en primer lugar a los diez mil persas llamados «los Inmortales», exceptuando a su jefe Hidarnes, que se negó a abandonar al rey, y luego, de entre el resto de persas, escogió a las tropas acorazadas y a las del cuerpo de los mil jinetes. A continuación retuvo a la infantería y caballería de los medos, sacas, bactrios e indios: se quedó con los contingentes íntegros de estos pueblos. Del resto de los aliados eligió a algunas gentes, de entre las que separó los que ofrecían mejor aspecto[2865] y aquellos que sabía que habían realizado gestas apreciables. El pueblo del que eligió con preferencia a los demás fue el persa, cuyos soldados lucían collares y brazaletes, y además el medo. En cantidad los medos no fueron menos que los persas, pero su combatividad era menor. Así, el total, incluyendo la caballería, llegaba a los trescientos mil soldados.

114. En ese tiempo en que Mardonio seleccionaba su ejército y Jerjes se encontraba todavía en Tesalia, los lacedemonios recibieron un oráculo de Delfos: debían exigir a Jerjes satisfacción por la muerte de Leónidas y aceptar lo que les fuera dado. Naturalmente, los espartiatas mandaron de inmediato un heraldo, el cual encontró a todo el ejército persa todavía en Tesalia. Se presentó a Jerjes y le dijo: «¡Rey de los medos! Los lacedemonios y los heraclidas de Esparta te exigen una satisfacción por homicidio, porque tú mataste a su rey cuando él defendía a Grecia.» Jerjes se echó a reír y dejó pasar un rato; Mardonio estaba casualmente a su lado, Jerjes lo señaló y contestó: «He aquí que éste, Mardonio, les dará una satisfacción tal como ellos la merecen.» El mensajero aceptó[2866] estas palabras y se retiró.

115. Jerjes, por su parte, dejó a Mardonio en Tesalia y se dirigió a marchas forzadas hacia el Helesponto; en un recorrido de cuarenta y cinco días[2867] llegó al lugar por donde lo había cruzado; de su ejército digamos que ya no quedaba nada[2868]. Por allí por donde pasaban, en el transcurso de su ruta, no importa de qué pueblo se tratara[2869], robaban el trigo y se lo comían.

Y si no encontraban trigo, se comían la hierba que brotaba del suelo, las cortezas de los árboles que descortezaban y las hojas que arrancaban de ellos, tanto si eran árboles frutales como silvestres; no dejaban nada en ninguna parte. Y lo hacían obligados por el hambre. Durante la marcha se declaró una peste en el ejército, y además una epidemia de disentería, que lo diezmaron. Jerjes dejó a muchos enfermos en el camino, los dejó al cuidado de las ciudades en las que, eventualmente, se encontraba a lo largo de su marcha, para que los alimentaran[2870], en algunas de las ciudades de Tesalia, en Siris[2871], de Peonia, y en algunas de Macedonia. Y no pudo recuperar el carro sagrado de Zeus[2872], que había dejado en Siris de Peonia cuando marchaba contra Grecia, porque los peonios lo habían regalado a los tracios, y entonces, ante la reclamación de Jerjes de que se lo devolvieran, explicaron que, mientras los caballos[2873] pacían, los tracios residentes en la región al norte de los peonios, donde están las fuentes del Estrimón, se los habían robado.

116. Aquí el rey de los bisaltas[2874] y del país de Cretonia, que era un tracio, cometió una acción horrorosa. Había afirmado que él no serviría nunca de buen grado a Jerjes, se subió a la cordillera del Ródope y, además, prohibió a sus hijos que salieran en aquella campaña contra Grecia. Pero los hijos, o bien por no hacerle caso, o bien por un simple interés de ser espectadores de aquella guerra, salieron en campaña juntamente con los persas. Eran seis, y consiguieron repatriarse indemnes, pero su propio padre los acusó y les arrancó los ojos.

117. Éstos tal fue el pago que recibieron. Los persas, abandonada Tracia, llegaron al lugar del cruce, pasaron a toda prisa el Helesponto a bordo de sus naves y llegaron a Abido. Los puentes flotantes ya no estaban tendidos de una orilla a la otra, pues un temporal los había dislocado. Mientras permanecieron detenidos en el país, dispusieron de más víveres que antes, durante la marcha. Allí se dieron verdaderos atracones, pero no bebían siempre la misma agua, de manera que de lo que quedaba del ejército murieron todavía muchos. El resto, con Jerjes, consiguió llegar a Sardes.

118. Pero circula también otra versión, según la cual Jerjes, cuando, en su retirada desde Atenas, había llegado a Eyón[2875], junto al río Estrimón, desde allí ya no marchó por tierra, sino que transfirió el ejército a Hidarnes para que

lo guiara hacia el Helesponto, y él mismo embarcó en una nave fenicia y navegó hacia Asia. Pero durante la travesía los sorprendió el viento estrimonio[2876], que es muy violento y encrespa el mar. La tormenta arreciaba cada vez más, y la nave singlaba cargada en su cubierta de muchos persas que viajaban con Jerjes; el rey, sobrecogido de espanto, llamó a gritos al piloto y le preguntó si tenían salvación. Y el piloto contestó: «Señor, no hay ninguna si, como sea, no nos deshacemos de esta multitud de pasajeros.» Y explican que Jerjes, al oírlo, exclamó: «¡Hombres de Persia! Ahora todos vosotros debéis demostrar que os preocupáis por vuestro rey, porque se ve claro que mi salvación depende de vosotros.» Esto es lo que dijo; los otros se echaron a sus pies[2877] y luego se tiraron al mar. La nave, aligerada en su peso, pudo de esta manera llegar incólume a Asia. Y así que pisó tierra firme, Jerjes he aquí lo que hizo: regaló una corona de oro al piloto y, a renglón seguido, puesto que había sido la causa de la muerte de muchos persas, mandó decapitarlo.

119. Ésta es la segunda historia que se cuenta acerca del retorno de Jerjes, pero yo no me la puedo creer ni en sus líneas generales ni en lo que, en particular, afecta a los persas. Porque si de verdad el piloto hubiera hablado a Jerjes de tal guisa, en tal caso entre la multitud de opiniones que se pudieran recoger, no habría una que contradijera que el rey lo que había hecho es lo siguiente: habría mandado descender desde la cubierta al interior de la nave[2878] a unos persas y, concretamente, de las mejores familias, y habría hecho que se arrojasen al mar un número de remeros (que eran fenicios)[2879] igual al de los persas. Pero desde luego, como ya he hecho notar, llegó a Asia por tierra, con los restos de su ejército.

120. Dispongo, además, de otro testimonio relevante de mi aserto[2880]: es evidente que Jerjes en su retirada llegó a Abdera[2881], donde se ligó a sus habitantes con un pacto de hospitalidad y les regaló un alfanje[2882] de oro y una tiara bordada con hilos del mismo metal. Y los mismos abderitas aseguran (pero yo por lo menos no me lo puedo creen en absoluto) que Jerjes, en su retirada desde Atenas, fue allí donde por primera vez se desciñó el cinturón[2883], porque allí ya no sentía temor. Abdera está más cerca del Helesponto que el río Estrimón y Eyón, que es donde él embarcó en el navío.

121. Los griegos, luego que no fueron capaces de tomar Andros, se

revolvieron contra Caristo[2884]. Tras devastar su territorio, se alejaron en dirección a Salamina. Primero pusieron, aparte del botín, unas primicias para los dioses; entre otras piezas tres trirremes fenicios; el primero debía ser colocado como exvoto en el Istmo (y en mis tiempos estaba todavía allí), el segundo en Sunio[2885] y el tercero en honor de Áyax, en Salamina. Después se repartieron entre ellos el botín y mandaron otras primicias a Delfos. De ellas se hizo una estatua, un hombre de doce codos de altura que en su mano sostiene el espolón de una nave; está en el mismo lugar donde se encuentra la estatua de oro de Alejandro de Macedonia.

122. Cuando enviaron estas primicias a Delfos, todos los griegos consultaron en común al dios si las primicias que había recibido eran suficientes para él, si sus dones le habían sido agradables[2886]. Y el dios les respondió afirmativamente de todos los griegos, excepto de los eginetas: lo exigía de ellos por su heroicidad en la batalla naval de Salamina[2887]. Cuando los eginetas lo supieron le consagraron unas estrellas de oro, tres[2888] en número, que fijaron en un mástil de bronce, en el ángulo[2889], muy cerca de la cratera de Creso.

123. Repartido el botín, los griegos navegaron hacia el Istmo[2890] para entregar el premio al valor a aquel griego que más lo hubiera merecido a lo largo de la guerra. Cuando los comandantes se presentaron para depositar su voto[2891] en el altar de Posidón y determinar el primero y el segundo de los ganadores, para el primer lugar cada uno se votó a sí mismo, porque cada uno creía haber sido él el más valiente. Para el segundo puesto la mayoría de votos la obtuvo Temístocles. Para el primer puesto, pues, cada votante obtuvo sólo un voto; el segundo puesto lo obtuvo Temístocles por gran mayoría.

124. Aunque los griegos rehusaron por envidia decidirse en este sentido[2892], pues cada uno navegó de retorno a su país sin haber tomado una decisión, sin embargo Temístocles fue aclamado en voz alta[2893] y se ganó la fama de ser con mucho el hombre más competente[2894] de toda Grecia. A pesar de su victoria, no fue honrado por aquellos que habían luchado en la batalla naval de Salamina, y él se fue inmediatamente a Lacedemonia para encontrar su honor allí. Efectivamente, los lacedemonios lo acogieron cual corresponde a un huésped y le tributaron grandes honores. Como premio al

valor concedieron a Euribíades una corona de olivo, pero a Temístocles le concedieron la misma como recompensa de su astucia y habilidad, y además lo obsequiaron con el carro más hermoso[2895] que se encontraba en Esparta, y después de haberle colmado de elogios trescientos espartanos de elite, aquellos que se llaman Los Caballeros, le dieron escolta, cuando partió, hasta el límite de la Tegeátide[2896]. De los hombres que conocemos, él fue el único a quien los espartanos dieron escolta alguna vez.

125. Cuando, desde Lacedemonia, Temístocles regresó a Atenas, Timodemo de Afidna[2897], enemigo declarado de Temístocles, aunque, por lo demás, no era un ciudadano de los más conspicuos, lo atacó por envidia de la manera más insensata: le echó en cara su viaje a Lacedemonia, porque allí los lacedemonios lo habían honrado por consideración hacia Atenas, no hacia su persona. Y Timodemo no acababa nunca con este discurso, por lo que Temístocles lo atajó: «¡Llevas toda la razón! Ni yo, si hubiera sido belbinita[2898] hubiera recibido tantos honores en Esparta, ni tampoco tú, amigo, aun siendo ateniense»[2899].

126. En eso se llegó hasta aquí. Y el hijo de Fárnaces, Artabazo, un hombre que entre los persas ya antes gozaba de prestigio, pero que después de los hechos de Platea[2900] gozó de mucho más, tenía consigo a sesenta mil hombres, de los escogidos por Mardonio, con los cuales había dado escolta al rey hasta el estrecho. El rey se encontraba ya en Asia, y Artabazo, en su marcha de retorno, llegó a la región de Palene[2901]. Mardonio invernaba en Tesalia y en Macedonia, y a Jerjes no le urgía que se reuniera con el resto del ejército. Los de Potidea se habían sublevado y Artabazo creyó inoportuno no someterlos. Porque, cuando el rey en su retirada ya hubo pasado por allí y la flota persa había zarpado huyendo de Salamina, los de Potidea desertaron abiertamente de los bárbaros, y también el resto de los habitantes de Palene.

127. O sea que Artabazo asedió Potidea. Pero recelaba de los olintios, de que también ellos hicieran defección al rey, de modo que los asedió. Tal ciudad[2902] era habitada por los botieos[2903], que se habían visto expulsados del golfo Termaico por los macedonios. Cuando Artabazo los asedió y logró echarles mano, los sacó afuera, a un lago, y allí mandó que los degollasen. Entregó la ciudad a Critobulo de Torone y al linaje calcídico, para que la

administraran. Así fue como los calcideos recibieron Olinto.

128. Luego de tomar Olinto, Artabazo activó enérgicamente el asedio de Potidea. Y mientras se dedicaba empeñadamente a ello, Timóxeno, el estratego de los escioneos[2904], concierta con él una traición[2905]. Yo no puedo decir, porque no hay informaciones sobre ello, de qué manera se inició la cosa, pero, de todos modos, he aquí cómo actuaron: cada vez que Timóxeno había redactado un escrito y quería hacerlo llegar a Artabazo, o éste uno suyo a Timóxeno, lo enrollaban sobre las muescas[2906] de una flecha, y después daban alas[2907] al escrito y lo disparaban a un lugar previamente convenido. Pero se propaló el rumor de que Timóxeno quería ser traidor a Potidea, porque en cierta ocasión Artabazo disparó al lugar convenido, pero erró el blanco, pues dio en el hombro de un soldado de Potidea. Tal como ocurre en la guerra, se apretujó alrededor del herido una gran cantidad de gente. Cogieron la flecha y advirtieron la carta, que entregaron a los generales. Allí estaban presentes también las tropas aliadas llegadas de otras ciudades del país de Palene. Se leyó el mensaje y se reconoció quién era el culpable de la traición, pero los estrategos opinaron que no se debía acusar a Timóxeno en atención a la ciudad de Escione, para evitar que desde entonces a los escioneos les cayera la mala reputación de ser traidores. Y así fue como se descubrió a Timóxeno.

129. Artabazo llevaba ya tres meses asediando Potidea, y en el mar se originó un reflujo considerable que duró mucho tiempo. Cuando los bárbaros se dieron cuenta de la marisma proyectaron llegar a Palene[2908] a lo largo de la costa. Habían recorrido ya dos quintas partes del camino, y les quedaban todavía tres para llegar a Palene, cuando se produjo una pleamar tan violenta[2909] que nunca se había visto otra igual, aseguran los naturales del país, por más que allí se den con frecuencia. Los bárbaros que no sabían nadar se ahogaron, y a los que sabían nadar los potideatas los mataron, pues los atacaron a bordo de esquifes. Según los potideatas, la causa de esta pleamar tan violenta y del desastre de los persas fue que aquellos que murieron en el mar eran los mismos que habían profanado el templo y la estatua de Posidón[2910] en el suburbio de su ciudad; cuando atribuyen estos acontecimientos a esta causa, yo pienso que dicen verdad[2911]. Los supervivientes fueron conducidos por Artabazo a Tesalia, al ejército de

Mardonio. Ésta fue la suerte de los que habían acompañado al rey.

LA CAMPAÑA DE MARDONIO Y LA LIBERACIÓN DE GRECIA (130-IX, 89)

OPERACIONES DE LA FLOTA GRIEGA (130-132)

130. Los que habían guiado al rey acabaron de esta manera. Cuando la flota de Jerjes, lo que quedaba de ella, tras huir de Salamina hubo alcanzado Asia y hubo trasladado al rey y al ejército desde el Quersoneso a Abido, pasó el invierno en Cime. A principios de la primavera se concentró en Samos, donde ya habían pasado el invierno algunas naves. La mayoría de las tripulaciones la componían medos y persas. Como almirantes les llegaron Mardontes[2912], hijo de Bageo, y Artaíntes[2913], hijo de Artaqueas. Junto con ellos ejercía también el mando su sobrino Itamitres, pues Artaíntes lo había agregado a la jefatura. Habían sido duramente castigados, y por eso no siguieron adelante hacia occidente, aunque tampoco nadie los obligó a ello, sino que se quedaron inactivos en Samos y procuraban que Jonia no hiciera defección. Para ello, contando las jonias, el número de sus naves llegaba a las trescientas. Pero no esperaban tampoco que los griegos se les presentaran en Jonia, creían que les bastaría con custodiar sus propias tierras. Deducían esto del hecho de que, cuando ellos huyeron de Salamina, los griegos no los habían perseguido, sino que, muy satisfechos, se habían alejado de ellos. A su entender, por mar se consideraban inferiores, pero por tierra esperaban que Mardonio sería con mucho el más fuerte. Estando todavía en Samos, deliberaron cómo podrían infligir algún daño al enemigo, pero al mismo tiempo aguzaban sus oídos para ver cómo acababan las empresas de Mardonio.

131. La primavera, que se acercaba, y Mardonio, que se hallaba en Tesalia, despertaron a los griegos. El ejército de tierra todavía no se había concentrado, pero la flota, con todos sus efectivos, ciento diez naves, llegó a Egina. Su almirante y comandante en jefe era Leotíquidas[2914] hijo de

Menares, hijo de Hegesilao, hijo de Hipocrátidas, hijo de Leotíquidas, hijo de Anaxilao, hijo de Arquidamo, hijo de Anaxándridas, hijo de Teopompo, hijo de Nicandro, hijo de Carilao, hijo de Éunomo, hijo de Polidectas, hijo de Prítanis, hijo de Eurifonte, hijo de Procles, hijo de Aristodemo, hijo de Aristómaco, hijo de Cleodeo, hijo de Hilo, hijo de Héracles; este Leotíquidas era de la segunda casa real[2915]; todos estos hombres, a excepción de los siete[2916] enumerados a continuación después de Leotíquidas, habían sido reyes de Esparta. Los atenienses estaban bajo el mando de Jantipo, hijo de Arifrón.

132. Cuando todas las naves arribaron a Egina, unos mensajeros de los jonios llegaron al campamento de los griegos; poco tiempo antes de estos hechos habían acudido también a Esparta y habían reclamado de los lacedemonios que liberaran Jonia. Entre tales mensajeros figuraba Heródoto, hijo de Basilides[2917]. Se habían convertido en agitadores y habían tramado, todos ellos, una conjura para asesinar a Estratis, tirano de Quíos. Inicialmente eran siete. Pero cuando su conspiración se hizo patente porque uno de los implicados la denunció, en esas circunstancias los otros seis huyeron ocultamente de Quíos. Llegaron a Esparta, y también a Egina, y solicitaron de los griegos que bajaran a Jonia. A duras penas los llevaron hasta Delos, porque todo lo que estaba más allá era para los griegos un país de terror: no conocían la región y todo parecía estar lleno de soldados. Conocían Samos sólo de oídas y creían que no estaba más cerca que las Columnas de Heracles[2918]. Se dio, pues, la coincidencia de que ni los bárbaros se atrevían, por temor, a navegar más hacia occidente, ni los griegos hacia oriente más allá de Delos, pese a las demandas de los quiotas. De manera que el temor protegió el dominio geográfico que quedaba entre ellos.

Las negociaciones de Mardonio con Atenas (133-144)

133. O sea, que los griegos navegaron hacia Delos, pero Mardonio pasó el invierno en la región de Tesalia. Cuando ya partía del país, mandó a un hombre que se llamaba Mis, originario de Europo[2919], con la orden de que

fuera a interrogar a todos aquellos oráculos que los persas podían consultar[2920]. Lo que él quería saber por medio de los oráculos, y por qué lo quería saber, yo no lo puedo indicar porque no hay nadie que lo explique. De todos modos, creo que consultó acerca de la situación de entonces, sin añadir otros motivos.

134. Es indudable que este hombre, Mis, llegó a Lebadea[2921], y convenció mediante dinero a un hombre del lugar para que bajara a la cueva de Trofonio[2922]. También visitó Abas, en el país de la Fócide, para consultar el oráculo. Y también acudió a Tebas, que fue por donde empezó. Allí solicitó un oráculo de Apolo Ismenio; en tal lugar se puede, como en Olimpia, consultar mediante holocaustos[2923]; luego convenció a un forastero, no tebano, mediante dinero, para que pernoctara en el templo de Anfiarao[2924]. Pues a todos los tebanos les está prohibido solicitar allí oráculos; la causa es la siguiente: gracias a un oráculo, Anfiarao les ordenó que lo eligieran para una de estas dos cosas, la que quisieran, o bien para tenerlo como vidente o bien como aliado, prescindiendo de la otra opción. Y ellos lo eligieron como aliado. Por eso no está permitido a ningún tebano pernoctar en el templo[2925].

135. Pero a mí me parece un gran prodigio lo que cuentan los tebanos. Según ellos, Mis de Europo[2926], en su recorrido por todos los oráculos, llegó también al recinto de Apolo Ptoo[2927]. Este santuario, que se llama Ptoo, pertenece a los tebanos y está más allá del lago Copais, al borde de una cordillera muy próxima a la ciudad de Acrefia. El citado Mis entró en el templo seguido de tres ciudadanos elegidos de la comunidad, que debían poner por escrito el oráculo que el sumo sacerdote iba a darles. Y él se lo dio enseguida, pero en la lengua de los bárbaros. Los acompañantes tebanos quedaron pasmados cuando oyeron la lengua bárbara y no la griega, de modo que en aquella circunstancia no sabían qué hacer[2928]. Pero Mis de Europo les cogió la tablilla que ellos llevaban consigo y escribió en ella el oráculo dado[2929] por el profeta[2930]. Les dijo que la lengua era caria. Y luego regresó a Tesalia con el escrito.

136. Mardonio leyó lo que decían los oráculos y acto seguido remitió como enviado suyo a Atenas a Alejandro, hijo de Amintas, un hombre macedonio, por un lado porque este Alejandro estaba emparentado con persas

por un matrimonio (su hermana Gigea, hija de Amintas, había sido tomada como esposa por un persa, Búbares, al que dio un hijo, Amintas, al que se impuso el nombre de su abuelo materno; residió en Asia y el rey de Frigia le concedió la administración de la gran ciudad de Alabanda)[2931]; por otro lado Mardonio se había enterado de que Alejandro había sido próxeno[2932] y bienhechor en Atenas. Pensaba tener así muchas posibilidades de ganarse a los atenienses, de los que oía decir que formaban un pueblo numeroso y bravo, y del que sabía que había sido uno de los principales causantes de los percances sufridos en el mar por los persas. Si se los ganaba abrigaba la esperanza de convertirse fácilmente en el dueño del mar, cosa que habría ocurrido, efectivamente, mientras que por tierra creía que su superioridad era muy grande. Calculaba que en esas condiciones llevaría las de ganar contra los griegos. Quizás los oráculos le presentaran así el futuro y le aconsejaban que procurara aliarse con los atenienses, y fue de acuerdo con ello como envió a tal misión a Alejandro.

137. El antepasado de este Alejandro en la séptima[2933] generación era Perdicas, que se hizo con la realeza entre los macedonios como sigue: de la descendencia de Témeno[2934], tres hermanos habían huido desde Argos al país de los ilirios; se trataba de Gavanes, Aéropo y Perdicas. Pero desde el país de los ilirios, a través de las montañas subieron a la Macedonia Superior y llegaron a la ciudad de Lebea[2935]. Allí sirvieron al rey a cambio de una paga; uno apacentaba caballos y el otro vacas; el más joven de ellos, Perdicas, ganado menor[2936]. Pero ya desde antiguo también los monarcas de los hombres tenían poco dinero, no sólo el pueblo. La esposa del rey preparaba ella personalmente la comida. Pero siempre que amasaba, el bollo del jornalero más joven, de Perdicas, aumentaba[2937] el doble[2938] que el resto. Siempre sucedía exactamente lo mismo, de modo que la mujer lo explicó a su marido, quien, así que lo oyó, pensó que se trataba de un portento[2939] y que presagiaba algo muy grave. De modo que llamó a aquellos sirvientes y les ordenó que abandonaran su país. Pero ellos respondieron que sólo cuando hubieran cobrado sus sueldos sería justo que se marcharan. Cuando el rey oyó hablar de sueldos —precisamente en aquel momento entraba el sol por la salida de humos[2940]—, ofuscado por alguna divinidad, exclamó: «El sueldo

que os merecéis, os lo doy aquí», mientras señalaba la luz del sol. Gavanes y Aéropos, los hermanos mayores, al oírlo se quedaron estupefactos. Pero el hermano menor, que casualmente tenía una espada en la mano, le dijo: «Rey, aceptamos lo que nos das», y con unas líneas trazadas con su espada sobre el suelo de la estancia circunscribió el espacio del sol; trazado el círculo, hizo por tres veces como si recogiera rayos de sol[2941] y se los guardara en el bolsillo que formaba su túnica; después se retiró con sus compañeros.

138. De modo que se fueron, pero uno de sus consejeros aclaró al rey qué cosa había hecho aquel muchacho[2942] y que él, el más joven de ellos, había recogido con toda intención lo que se le daba. Cuando el rey hubo oído estas palabras, se encolerizó y mandó a unos jinetes detrás de ellos para que los mataran. Por este país fluye un río[2943] (al que los descendientes de estos personajes de Argos ofrecen sacrificios como a su salvador); los Teménidas lo cruzaron, e inmediatamente su corriente se hinchó tanto que los jinetes ya fueron incapaces de vadearlo. Los fugitivos llegaron a otra parte del país macedonio[2944] y se establecieron cerca de los jardines que son tenidos por los de Midas[2945], hijo de Gordias. En esos jardines crecen rosas silvestres, cada una con sesenta pétalos, que por su perfume superan a todas las demás. También en estos jardines fue atrapado Sileno[2946], según cuentan los macedonios. Encima de los jardines hay un monte, llamado Bermio[2947], imposible de escalar debido al frío. Los Teménidas salieron de allí, se apoderaron de todo ese dominio y sometieron poco a poco Macedonia.

139. Alejandro descendía de Perdicas tal como sigue: Alejandro era hijo de Amintas, Amintas fue hijo de Álcetas. El padre de Álcetas fue Aéropo, y el padre de éste fue Filipo. El padre de Filipo fue Argeo, cuyo padre, Perdicas, se hizo con la realeza.

140. De modo que, ciertamente, éste fue el origen de Alejandro, hijo de Amintas. Cuando, enviado por Mardonio, llegó a Atenas, dijo lo siguiente: «¡Hombres de Atenas! Mardonio os dice lo que sigue: me ha llegado un mensaje del rey que reza así: “Yo perdono a los atenienses todos los agravios que me han inferido. Tú, Mardonio, actúa ahora de esta manera: en primer lugar, restitúyeles sus territorios, y, además, que ellos mismos se elijan libremente otro, el que quieran, y que sean autónomos[2948]. Reedifícales todos

los santuarios que yo les he incendiado; basta con que tengan la intención de ponerse de acuerdo conmigo.” Puesto que me ha llegado este mensaje, yo debo forzosamente llevarlo a buen puerto si no surgen obstáculos por parte vuestra. Yo os digo lo siguiente: ¿por qué sois tan insensatos que hacéis la guerra al rey? No podréis superarle ni continuar siempre resistiendo. Ya habéis visto la gran masa y las gestas[2949] del ejército de Jerjes; también os habéis enterado de las fuerzas que ahora están bajo mi mando, de manera que, aun en el caso de que me superéis y obtengáis una victoria —de lo cual no hay ninguna perspectiva si pensáis correctamente—, se presentará, en lugar de éste, otro ejército mucho más numeroso. De manera que no pretendáis equipararos al rey y no perdáis vuestro país, no corráis permanentemente el riesgo de perder en ello la vida. ¡Llegad a un acuerdo! Os es posible obtener el mejor, pues el rey también se presta a ello. Sed libres aliándoos conmigo sin duelo y sin engaño.

»He aquí, atenienses, lo que Mardonio me encarga transmitiros. Por mi parte, no voy a hablaros de la simpatía que siento hacia vosotros[2950], pues no sería la primera vez que la experimentaríais, pero os pido que, a Mardonio, le hagáis caso. Yo no observo en vosotros ninguna posibilidad de sostener una guerra continua contra Jerjes. Si la viera, en ningún caso me habría llegado a vosotros con tales propuestas. Pero el poder del rey es sobrehumano, y su brazo[2951] muy largo. Si no llegáis ahora mismo a un acuerdo, cuando las condiciones en que os es posible concluirlo se ve bien que os ofrecen grandes ventajas, abrigo temores por vosotros de que, de entre todos los aliados, seáis los más expuestos a encontraros en la ruta de las tropas y en cualquier caso seáis los únicos arruinados porque el vuestro es un país muy apto para que en él dos ejércitos se enfrenten. Creedme: es para vosotros algo de valor incalculable que el Gran Rey acceda a perdonaros, sólo a vosotros de entre los griegos, las faltas que cometisteis contra él y a brindaros su amistad.»

141. Esto fue lo que dijo Alejandro; cuando los lacedemonios se enteraron de que éste se había presentado en Atenas para brindar a los atenienses un acuerdo con los bárbaros, recordaron los oráculos en los que se profetizaba como cosa segura que ellos mismos, junto con los demás dorios[2952], serían expulsados del Peloponeso por los medos y atenienses; les causó pánico que los atenienses llegaran a un entendimiento con los persas, y decidieron

entonces mismo enviar mensajeros. Y hubo cierta coincidencia, pues la llegada de Alejandro y los mensajeros fue simultánea; en efecto, los atenienses habían retardado la sesión, ya que eran muy conscientes de que los lacedemonios se enterarían de que a los atenienses les llegaba un mensajero para tratar de un acuerdo, y de que, ante esta noticia, ellos, los lacedemonios, enviarían inmediatamente mensajeros. De manera que actuaron premeditadamente, porque querían mostrar a los lacedemonios su verdadera intención.

142. Cuando Alejandro acabó de hablar tomaron la palabra los enviados de Esparta, y dijeron: «Los lacedemonios nos han remitido a rogaros que ni cambiéis de conducta en lo referente a Grecia ni aceptéis las razones de los bárbaros. Esto último no sería para cualquier otro griego ni justo ni digno, pero muchísimo menos para vosotros, y ello por muchos motivos. Sois vosotros los que habéis suscitado esta guerra de ahora[2953], sin que nosotros lo deseáramos[2954]. La lucha se inició en defensa de vuestro país; ahora, de todos modos, se ha extendido por toda Grecia. Prescindamos de todo esto: sería insoportable que los atenienses se convirtieran en culpables de la esclavitud de los griegos, vosotros, que en todas las épocas es evidente que habéis hecho libres a muchos hombres[2955]. Nos afligimos con vuestras calamidades[2956], porque os han quitado ya dos cosechas[2957] y lleváis muchísimo tiempo con las viviendas derruidas. Por eso nosotros, los lacedemonios y nuestros aliados, os prometemos proveer de alimentos a vuestras mujeres y a vuestros conciudadanos inútiles totales[2958] para la guerra, mientras ésta dure. Que no os convenza el macedonio Alejandro, que suaviza la propuesta de Mardonio. Es natural: a él le toca obrar así. Es un monarca que le echa una mano a otro monarca. Pero vosotros no debéis hacerlo si sois razonables y sensatos. Sabéis bien que para los bárbaros ni la verdad ni la fidelidad existen.»

143. Tal dijeron los enviados. Los atenienses respondieron en primer lugar a Alejandro, y le dijeron: «Lo sabemos bien: el persa dispone de una fuerza grandísima, infinitamente superior[2959] a la nuestra. No era preciso, pues, que nos lo refregaras por las narices. Sin embargo, en nuestras ansias de libertad siempre nos defenderemos como podamos. En cuanto a ponernos de acuerdo con el bárbaro, no intentes persuadirnos, porque no nos dejaremos convencer. Comunícale a Mardonio lo que dicen los atenienses, que, mientras el sol haga

el mismo recorrido que hace ahora[2960], nosotros no estableceremos ningún acuerdo con Jerjes, sino que confiaremos en nuestros aliados, que son los dioses, y saldremos en campaña contra él para defendernos, confiando también en los héroes con los cuales no tuvo ninguna consideración cuando incendió sus templos y sus imágenes. Y tú no te presentes más a los atenienses con tales propuestas y no nos aconsejes cometer sacrilegios creyendo que así nos prestas buenos servicios. No quisiéramos que tú, que nos eres huésped y amigo, sufrieras nada desagradable por parte de los atenienses».

144. Ésta fue la respuesta que dieron a Alejandro; a los enviados de Esparta, la siguiente: «Es muy humano el temor de los lacedemonios de que lleguemos a un acuerdo con los bárbaros. Sin embargo, nos resulta afrentosa la impresión que dais de que lo teméis. ¡Conocéis bien la mentalidad de los atenienses! No hay suficiente oro en el mundo ni hay ninguna tierra que destaque tanto en belleza y en fertilidad que nosotros aceptáramos a cambio de hacernos partidarios de los medos y avenirnos a esclavizar Grecia. Muchas y fuertes son las razones que nos impedirían obrar así, aun cuando lo quisiéramos: en primer lugar y ante todo el imperioso deber de castigar con la máxima severidad la quema y la demolición de los recintos y las estatuas de los dioses, eso, lo cual comporta no llegar a ningún acuerdo con el que ha sido el autor, además, lo que une a todos los griegos —la misma sangre, la misma lengua, santuarios y sacrificios comunes, costumbres y hábitos semejantes— que nos sería imposible a los atenienses traicionar. Sabedlo bien desde ahora, si no lo sabíais ya, en tanto que sobreviva un ateniense, no habrá acuerdo entre nosotros y Jerjes. De vosotros admiramos la providencia[2961] que mostráis para con nosotros, que os preocupéis porque hemos perdido nuestras casas y muy concretamente esta medida, que proveeríais de comida a nuestras familias. El derecho a nuestra gratitud lo tenéis plenamente adquirido, pero nosotros continuaremos viviendo como podamos, procurando no molestaros. De momento, en la situación actual, haced partir rápidamente un ejército, pues, según nuestras conjeturas, no está lejos la hora en que los bárbaros se presentarán para invadirnos el país; será en el preciso momento en que reciban la noticia de que nosotros no vamos a hacer nada de lo que él nos pide. De modo que antes de que aparezca en el

Ática, es para vosotros el momento de tomarle la delantera y prestar ayuda en Beocia.» Tal fue la respuesta de los atenienses, y los enviados regresaron a Esparta.

2647 El principio del libro VIII nos retrotrae a los caps. 193-196 del libro anterior, o sea, al tiempo en que la flota persa entra en el estrecho canal que separa la costa septentrional de la isla de Eubea y la punta meridional de la península de Magnesia.

2648 Estira, ciudad de la isla de Eubea.

2649 A ellas se unirán cincuenta y tres enviadas más tarde (cap. 14).

2650 La ciudad-estado, la *polis;* hoy diríamos: cada nación.

2651 Esposas, servidumbre y esclavos.

2652 Temístocles en la antigüedad tuvo fama de astuto, y además, el mismo Heródoto no siente por él ninguna simpatía.

2653 O sea, cuando las naves persas navegaban a la altura de Áfetas.

2654 Se trata de una institución espartana. Cuando un ejército salía en campaña, el «portador del fuego» tomaba del altar de Zeus un fuego que él debía mantener y utilizar en los sacrificios. Su persona era inviolable, de manera que en Esparta para significar que un descalabro había sido total, decían «no se salvó ni el portador del fuego».

2655 Pequeña isla al este de Artemisio, delante de la entrada al canal. Si las doscientas naves navegaban por el norte de la isla podían costear Eubea sin ser vistas, y, una vez doblados los cabos Cafereo y Geresto, entrar en el Euripo para atacar a los griegos por la espalda cuando el resto de la flota persa los atacara frontalmente: la típica maniobra de tenaza.

2656 Destinado a reagrupar su flota, maltrecha por los elementos y por los enemigos.

2657 Propuesta que no se cumplió, ya que, seguramente por sugerencia de Temístocles, los griegos acabaron atacando a la flota persa.

2658 Aquí traduzco mediante una circunlocución una sola palabra griega, *diekploos,* que indica la maniobra, a la que estaban muy habituados los griegos, de irrumpir y dislocar la formación de las naves enemigas.

2659 Es decir, que maniobraban con más facilidad.

2660 Era un toque de corneta.

2661 Era la señal de ataque.

2662 «de los bárbaros»: no está en todos los manuscritos griegos.

2663 Se trata de Salamina de Chipre.

2664 En la costa que va desde Eretria al cabo Geresto.

2665 A primera hora de la tarde.

2666 Eran cien, cfr. VII, 91.

2667 A finales de julio, o mejor, a principios de agosto del 480.

2668 Los persas, superiores en número, no lograron desplegar sus efectivos.

2669 Clinias, casado con Dinómaca, hija de Mégacles (VI, 125), tuvo con ella Alcibíades. Clinias murió el año 446 en Coronea.

2670 Cfr. Homero, *Odisea*, IX, 62, de cuyo lugar es una resonancia éste.

2671 Lo cual los hacía, en realidad, vencedores de la batalla.

2672 La decisión se tomó al atardecer y se realizó aquella misma noche, cfr. cap. 23.

2673 La Grecia Central, naturalmente, aunque Heródoto no precise tanto.

2674 Esta observación, realmente muy marginal, se hace de cara al oráculo que se citará inmediatamente.

2675 Para hacer creer al enemigo que los griegos pernoctaban en sus campamentos.

2676 Parece que es el nombre genérico de ciertos adivinos, relacionado con un verbo griego que significa «hablar por hablar», «hablar sin ton ni son», de modo que tales augurios serían insignificantes.

2677 Una referencia a los puentes del Helesponto, cfr. VII, 25; 34, 36.

2678 Por mar, naturalmente.

2679 Referencia a la región situada al sur de Mélide, en la orilla occidental del golfo Malíaco, el país de las Termópilas.

2680 En la Mélide.

2681 Una nave ligera, de treinta remeros, que prestaba lo que en lenguaje militar moderno se llamaría servicio de transmisiones.

2682 Nótese la fineza de Heródoto: si señala que se retiraron siguiendo el orden en que estaban alineados, de nadie se puede decir que inició la retirada.

2683 Es la costa de la Histieótide, por la ciudad de Histiea, donde también el enemigo acudiría necesariamente a aprovisionarse de agua potable.

2684 Desde luego, este episodio es más que dudoso; no parece ser ésta la forma más oportuna de comunicarse.

2685 El griego lo dice de una manera muy gráfica, prácticamente irreproducible: «quedaos sentados».

2686 Se refiere al hecho de que han dejado en Asia a sus familiares más allegados.

2687 El origen fue la sublevación de las ciudades jonias.

2688 El nombre antiguo de la mitad norte de Eubea.

2689 Aquí hay probablemente la figura, totalmente comprobable sólo en el texto griego, claro está, llamada *hysteron próteron,* porque primero se debía echar la tierra, y la hojarasca debía cubrirla. Pero no puede descartarse la hipótesis de algún sentido religioso que se nos escape.

2690 Divino, desde luego, el conocido pecado de soberbia que es el desafío a la divinidad. Los griegos pensarán lo contrario, naturalmente; el pecado de soberbia cometido por los persas es la tesis fundamental de la tragedia de Esquilo *Los persas;* el concepto bíblico de pecado tal como se encuentra en el libro bíblico del *Génesis,* en el pecado de los primeros padres («seréis como dioses») ofrece un parecido sorprendente.

2691 De manera que algunos hilotas tomaron parte en la lucha, sin que Heródoto antes lo haya notado.

2692 No había tenido ningún cuidado de ellos, despreciando las probables creencias acerca de una vida de ultratumba y los ritos que debían practicarse en tales casos. De refilón, la observación vale también para subrayar el coraje y la solidaridad de los griegos, que murieron apoyándose mutuamente. En el trasfondo resuena la elegía de Tirteo.

2693 En la colina donde se trabó el combate.

2694 Lo cual significa que durante su celebración, que duraba siete días, no se preocuparían de la guerra. Razón de más para Jerjes para proseguir su campaña.

2695 Ya recordado en VII, 10; su padre, Artábano, había desaconsejado la expedición.

2696 La habilidad pictórica en la composición de Heródoto es notable, y recuerda frecuentemente la homérica. Inmediatamente antes de iniciar el núcleo de la exposición de la campaña que acabará con la derrota persa de Salamina este detalle del historiador ilumina y da profundo sentido a toda la narración hasta su final.

2697 Los tesalios consiguieron forzar a los focenses a que ingresaran en su alianza naval *(synmachia)*, pero éstos lograron al cabo de poco deshacerse del yugo.

2698 Es lógico pensar que tras el ataque de los embadurnados entró en combate todo el ejército focense.

2699 Paraje al norte de Queronea, donde había un templo y un oráculo de Apolo, cfr. I, 46.

2700 Ciudad antiquísima, mencionada ya por Homero, en los confines de la Lócride Opuntia (oriental) y la Beocia, no lejos de Abas, en la Fócide.

2701 Quizás una alusión a la primera guerra santa, hacia el año 600 a.C. Ya entonces había guerras santas... *Nihil novum sub sole*.

2702 Una cantidad monstruosa.

2703 Algo más de cinco kilómetros.

2704 Este nombre pasó, con el tiempo, a denominar a una ciudad situada al pie del monte; su nombre primitivo era Neón, y fue destruida precisamente en esta guerra; reconstruida por los focenses, le transfirieron el nombre de la primera ciudad, la de la cumbre.

2705 Es la llanura que va desde Delfos hasta tocar el mar, entre el monte Parnaso y la cordillera de Kirfis, delante de Delfos.

2706 Es decir, malolientes.

2707 Pequeños edificios que albergaban los dones de las ciudades que los habían sufragado.

2708 En Parapotamio la llanura del curso superior del Cefiso se reduce a un valle muy estrecho, al sur del cual se abre otra llanura, donde se encuentra la ciudad de Panopea.

2709 Al norte de Panopea.

2710 Salvo Platea y Tespias, que fueron incendiadas por los persas.

2711 Alejandro I, rey de Macedonia (495-450 a.C.). Más tarde intentará mediar entre

atenienses y persas. Sus planes no coincidían exactamente con los de los persas, pero el hecho de que las ciudades beocias aceptaran a estos comandantes indicaba automáticamente que habían abrazado la causa persa.

2712 La ruta hacia Delfos empezaba en Panopea, seguía por el oeste hacia Daulis, en la ladera occidental del Parnaso, y llegaba a Delfos.

2713 Es decir, Panopea, Daulis y Eólide. Desconocemos el emplazamiento de esta última; Daulis distaba cuatro kilómetros de Panopea.

2714 Cfr. I, 50 ss., y 92.

2715 Era la gruta residencia de la ninfa Coricia, amada por Apolo, que se encuentra, todavía hoy, encima de Delfos, a una gran altura, en un rellano protegido por el monte, al que se accedía por un sendero muy angosto.

2716 Del dios Apolo. Aquí la noción de profeta coincide exactamente con la bíblica; el profeta bíblico es el que habla en nombre y por encargo de Dios.

2717 Aquí Heródoto detalla: las armas sagradas estaban fuera del *mégaron* o recinto sagrado, y ello era debido ciertamente a alguna causa sobrenatural, porque tales armas eran intocables, tocarlas era un sacrilegio. Todo ello tiene un parecido sorprendente con ciertas visiones muy propias del Antiguo Testamento, por ejemplo las numerosas impurezas rituales.

2718 En el texto griego hay un claro componente religioso de profanación, muy difícil de reflejar en la traducción.

2719 Como se advierte más tarde, se han trasladado allí por sí solas.

2720 Es decir, protectora del recinto del santuario apolíneo.

2721 Comentarios personales como el que sigue son raros en la obra de Heródoto. En ello se aparta de Homero, cuyo nivel cultural y de civilización no ha evolucionado hasta tal punto, por lo que quedan automáticamente excluidos, pero la misma rareza de estos comentarios en la obra herodotea indica que cuando los hace se halla en una fase importante de su pensamiento.

2722 Se trata de los sesenta que se habían quedado. Una fina manera, por parte de Heródoto, de resaltar el valor de los griegos y la nulidad de los persas.

2723 Advertencia que encontramos más de una vez en nuestro autor. Con ella se quiere indicar que, además de servirse de sus fuentes, orales o escritas, en su obra hay un componente de investigación personal.

2724 Ésta es la traducción exacta, que algunos traductores interpretan, como el alemán Richtsteig, «sobrenatural» *(übernatürlich)*, o Ph.-E. Legrand, *manifestations divines.*

2725 El texto griego lo da en un elocuente *hysteron proteron* que no me atrevo a reproducir en la traducción: «los masacraban y les daban alcance», quizás «... dándoles alcance». Pienso en el virgiliano «moriamur et in arma ruamus...».

2726 Por esta vez me permito una expresión típica del culto cristiano porque me parece que refleja muy bien el concepto griego.

2727 La que parte de Daulis.

2728 No cita «a sus esposas». Tal sensibilidad no es la nuestra. La esposa es algo doméstico... Desde luego, la traducción es cuidadosamente literal.

2729 Cfr. VII, 140.

2730 Vivía debajo del Erecteo, y recibía culto juntamente con Atena Polias (= protectora de la ciudad).

2731 Es decir, desde que los persas habían invadido Grecia.

2732 Trecén (VII, 99), en la costa de Argólide, frente a la isla de Egina.

2733 Propiamente «mentón». El puerto de Pogón se extendía entre la isla de Calauria (famosa porque allí murió el orador Demóstenes) y la costa de Trecén; medía siete kilómetros de longitud.

2734 En general, las fuerzas espartanas las mandaba uno de sus dos reyes.

2735 No es claro el sentido del segundo gentilicio, que parecería apuntar a Macedonia, pero hay razones geográficas en contra.

2736 Ciudad de Eubea.

2737 Para llegar a Platea, al sur de Tebas de Beocia.

2738 Nombre de los atenienses en la época pelásgica, que significa «habitantes de la roca» (o «junto a la roca»). Debían ser los habitantes de la altura fortificada en oposición a los de la ciudad posterior, emplazada debajo, según Heródoto los pelasgos, población prehelénica y de lengua no griega, sino bárbara (I, 56, 57).

2739 Porque Erecteo había sido servidor de Atena, que le encomendó la protección del país.

2740 Ión, hijo de Juto, tesalio. Juto acudió al Ática para casarse con Creusa, hija de Erecteo. Sus cuñados lo echaron del país, y él pasó a Egíalo, en la costa septentrional del Peloponeso. Su hijo Ión logró, con la ayuda de los atenienses, ver reconocidos sus derechos hereditarios sobre el país y su esfera de influencia, la Jonia, que tomó de él su nombre.

2741 O sea, veinte.

2742 Ambracia está al norte del golfo de Eubea, en la Driópide, y Leucadia está frente a Acarnania.

2743 La isla de las Cícladas más cercana al continente, famosa por ser la patria de los líricos corales Simónides y Baquílides.

2744 Cfr. V, 28. Las islas más pequeñas del Egeo habían caído bajo el dominio persa, y aportaron diecisiete naves a la flota de Jerjes (VII, 95).

2745 Es decir, dos.

2746 Sifnos, Sérifos, Melos y Citnos son islas muy pequeñas del archipiélago de las Cícladas.

2747 Los tesprotos eran uno de los cuatro linajes del Epiro, y vivían al norte del golfo de Arta *(Sinus Ambracicus)*. El río Aqueronte, por donde, según la creencia de la época, se bajaba al mundo de ultratumba, desembocaba al sur de Corfú.

2748 Parece que su nombre fue proverbial en Grecia, pues incluso Aristófanes lo cita, *Acarnienses*, 215 ss.

2749 Es evidente que los persas no invirtieron un mes en cruzar el Helesponto, y, sin embargo, el texto dice claramente que permanecieron un mes allí. De hecho, aquí el texto se presta a cierta confusión, pues la estancia se prolongó en Dorisco (V, 98; VII, 25), que no está exactamente en la costa del Helesponto, sino en Tracia.

2750 El arconte rey, que daba nombre al año.

2751 Que habían arrancado de sus propias casas. Para decirlo en un lenguaje muy moderno, habían levantado barricadas.

2752 Que militaban en el ejército persa; recuérdese que Hipias, hijo de Pisístrato, cuando fue derrocado del poder en Atenas se refugió en la corte persa.

2753 Es decir, exceptuando Salamina y la población del Ática que se había refugiado en tierras vecinas.

2754 O sea, a los que se habían sentado junto al altar de la diosa. Heródoto señala

implícitamente la idea de sacrilegio.

2755 La traducción es literal: de ahí a los claros remordimientos de conciencia la distancia es mínima...

2756 No es, naturalmente, el Erecteo, construido después del 480 a.C. Probablemente se trataba sólo de un recinto sagrado, al aire libre, en que se encontraba el tronco del olivo sagrado plantado allí por Atena.

2757 Traduzco al pie de la letra, pero se trataba de una fuente de agua salada.

2758 Posidón como dios marino y Atena como diosa de la tierra ática, donde había muchos olivares.

2759 Un primer atisbo de panhelenismo, el ideal que siglos más tarde propugnará el orador Isócrates, por ejemplo.

2760 Es importante notarlo, y señala un rasgo del carácter de Temístocles.

2761 Y por tanto maniobran con más dificultad y lentitud.

2762 Porque los persas habían ocupado y destruido la ciudad de Atenas.

2763 Antigua colonia ática, en la orilla del río que lleva el mismo nombre, no lejos de Tarento. No se ha de confundir con la ciudad de Peonia que lleva el mismo nombre, cfr. cap. 115.

2764 De estos oráculos no se conoce nada.

2765 De los descendientes de Éaco en la isla de Salamina, Áyax y Telamón. La idea de patronazgo de héroes sobre tierras y ciudades con las que de algún modo se relacionan tiene cierta similitud con ideas cristianas.

2766 Sus imágenes de madera, muy antiguas, llamadas genéricamente *xóana*.

2767 Al noroeste de Atenas, bañada por el Cefiso.

2768 O sea, la repetición admirativa de este nombre: «¡Yaco!»

2769 Démeter y Core.

2770 La región septentrional de la isla de Eubea, que habían ocupado.

2771 En las inmediaciones de Atenas.

2772 Hasta el cabo Sepíade con la flota y a las Termópilas por tierra. El cabo Sepíade es la

punta más meridional de Magnesia, donde la flota persa fue atrapada por un temporal y sufrió las primeras pérdidas.

2773 Naxos, Citno, Sérifo, Sifno y Melos, mencionadas en el cap. 46 en el sentido de que no se habían declarado partidarias del rey.

2774 O sea, la flota, pues Falero es un puerto de Atenas lindante con el Pireo.

2775 Tirana de Halicarnaso, por lo que no se puede excluir que aquí Heródoto utilice fuentes de su propia ciudad. De ella dice el historiador (VII, 199) que sus naves eran superiores a las de Sidón y que era la que daba al rey los consejos más acertados.

2776 Porque era la suya propia; nada hay más alejado que cualquier pensamiento democrático.

2777 Para la descripción de la batalla de Salamina es recomendable leer la tragedia de Esquilo *Los persas;* el desarrollo de la batalla se describe en los vv. 353-432, y en líneas generales coincide con la narración herodotea.

2778 Nuestro historiador retrocede algo en su narración para darnos un cuadro completo de los sucesos de aquella hora decisiva para Grecia... y para nuestra civilización occidental. Su buen oficio de historiador es innegable.

2779 Esta ruta Escirónide, el camino más corto entre Grecia Central y el Peloponeso, se extendía a lo largo de la costa desde Mégara. El lírico coral Baquílides (XVII, 25 ss.) nos explica el origen del nombre: en esta ruta un bandido llamado Escirón asaltaba y asesinaba a los que caminaban por ella para robarles; el héroe ateniense Teseo le dio muerte.

2780 La traducción es forzosamente pobre, pero no veo otra manera de traducir: significa lo que hoy llamaríamos «movilización general», de triste recuerdo para los que vivimos, aunque fuera en nuestra infancia, la guerra civil española.

2781 Cfr. VII, 206. Durante la celebración de las Fiestas Carneas, en honor de Apolo Carneo, y durante los Juegos Olímpicos estaba prohibida cualquier operación bélica propiamente dicha, e incluso hacer preparativos de cara a ella. Debido a la celebración de las Fiestas Carneas, los espartanos llegaron tarde a la batalla de Maratón. De modo que lo que aquí se significa es que el resto de peloponesios no tenía ningún motivo para no participar en la defensa del país.

2782 Los aqueos salieron de sus sedes y ocuparon el país que se extiende a lo largo del mar de Corinto, que ellos llamaron Acaya; el nombre anterior era Egialeo.

2783 De los dorios y de los dríopes se habla en el cap. 43.

2784 Según una leyenda guiaron a los dorios en su invasión de la Élide.

2785 Son tres las ciudades griegas que ostentan este nombre: aquí se trata de la que está en la entrada del golfo de Mesenia, delante de Cardamila.

2786 Los habitantes de Parorea (= junto a los montes), país situado a lo largo de una cadena montañosa, al sur de Élide. Anteriormente se había llamado Trifilia. Estos paroreatas eran minios que salieron de Lemnos y se establecieron en Laconia, de donde luego se vieron obligados a huir, cfr. IV, 148.

2787 Cinuria (=cola de perro) era la región a lo largo de la costa oriental del Peloponeso, al sur de Argólide. Fueron los únicos jonios que nunca abandonaron el Peloponeso.

2788 Nombre que en Argólide se daba a aquellos que en Laconia eran llamados periecos.

2789 También Esquilo dice lo mismo en su tragedia *Los persas*, en su narración de la batalla de Salamina, vv. 353 ss.

2790 La actual isla de Lipsocutali, un poco al sur de la punta de Cinosura, entre ésta y el Pireo y Muniquia. En las inmediaciones del Ática, por tanto.

2791 La isla más occidental de las Cícladas.

2792 Enemigos, naturalmente.

2793 Con sus propios ojos vio la operación al sur, en Psitalea; no pudo ver, pero sí sospechar el bloqueo por la salida noroccidental, que, de todas formas, era forzosamente invisible para los griegos. Pero Arístides demostró ser experto estratego.

2794 Situada al sur de Andros; recuérdese que casi todas las islas del archipiélago de las Cícladas rendían vasallaje a Jerjes.

2795 Aquí el texto griego presenta claramente una laguna que, por una vez, parece fácil de subsanar: «los generales».

2796 Ya se ha notado en algún otro lugar: no los remeros, sino los que luchaban en las cubiertas de las naves y se dedicaban al abordaje de las naves contrarias; en términos muy modernos, «infantería de marina».

2797 Otra interpretación posible es que Temístocles habló en nombre de todos, pero el contexto no parece autorizarla.

2798 Una fina observación psicológica. Otra vez: ¡qué lejos estamos ya de Homero!

2799 Las estatuas. Logró franquear el bloqueo establecido por los persas, lo cual fue considerado un buen augurio.

2800 Lo que, en lenguaje muy técnico, se llama «ciar».

2801 O quizás, simplemente, «tomar tierra». La idea es que los persas no se aprovechen de las naves griegas: todavía no se piensa en la victoria. Dos observaciones: Heródoto tiene un interés evidente en señalar que fue un ateniense quien empezó la ruta del triunfo, y, en segundo lugar, aquí actúa algo parecido, aunque muy remotamente, a lo que actualmente llamaríamos providencia (y no casualidad): fue, inesperadamente, un abordaje lo que puso a los griegos en el camino de la victoria. Toda la habilidad estratégica parece surgir de ahí.

2802 En su descripción de la batalla, el poeta trágico Esquilo, en *Los persas,* desconoce este primer movimiento de retirada.

2803 Del demo de Palene.

2804 «Una nave enemiga»: en realidad estas palabras no están en el texto griego, pero han de sobrententenderse necesariamente, porque de otra manera aquí no se entiende nada.

2805 Aquí la traducción es muy difícil; el término griego correspondiente tiene un componente de ininteligibilidad notable. No se tilda a los griegos de cobardes y, probablemente, tampoco de inexpertos: simplemente, no se entiende lo que hacen. Éstas son, con frecuencia, las limitaciones del traductor.

2806 Cfr. cap. 22.

2807 Aquí Heródoto se refiere a documentos escritos que debía de poseer acerca del desarrollo de la batalla.

2808 De lo que sigue Heródoto probablemente se enteró por una estancia suya personal en Samos.

2809 Era un título honorífico.

2810 Naves persas. La batalla rápidamente pasó a ser de abordajes singulares, en lo que la táctica griega resultó ser enormemente superior.

2811 Aunque aquí expresamente no se indica, los eginetas luchaban en el ala derecha de los griegos, cfr. Esquilo, *Persas,* vv. 410 ss.

2812 Si inicialmente los atenienses estaban alineados delante, y en contra de los fenicios, y ahora tienen delante las naves jonias que peleaban en el bando del rey, el desbarajuste persa ya ha sido grande.

2813 La referencia es al espolón de proa.

2814 Comandante de los jonios y de los carios, uno de los hijos que dio a Darío la hermana

de Gobrias, su primera mujer.

2815 Por lo que pudieron defenderse.

2816 Samotracia era una fundación de los jonios de Samos, que peleaban en la armada persa.

2817 No sabemos de quién se trata, pero la primera mitad de su nombre insinúa que se trata de un aqueménida.

2818 O sea, los jonios calumniados por los fenicios. Trasladar esto al texto me parecería exagerado; es la admirable y concisa claridad de la lengua griega.

2819 O sea, los medos y los persas propiamente dichos. El lector podrá comprobar que aquí discrepo parcialmente de la traducción del doctor Carlos Schrader.

2820 Del estrecho.

2821 Su base naval en el Ática, cfr. caps. 41 y 67.

2822 En la zona pantanosa que había entre Salamina y la tierra firme del Ática.

2823 Cfr. VI, 73..

2824 Polícrito aludió burlescamente a la mentalidad propersa que Atenas pocos años antes había reprochado a los eginetas, cfr. VI, 47 ss.

2825 Ateniense del demo de Anagiro.

2826 Esta malévola anécdota responde al odio de los atenienses hacia Corinto. Probablemente este Adimanto es el padre de Aristeas, que en el año 430 dijo de los atenienses que eran enemigos peligrosos (VII, 137).

2827 Señal clara de que se abandonaba el combate.

2828 Templo situado en el promontorio meridional de Salamina. En su huida los corintios debían costear forzosamente el sur de la isla.

2829 La traducción es literal... y da que pensar. Nuclearmente nos movemos en un mundo que no es ajeno al pensamiento bíblico, cristiano... La homologación es indudable.

2830 Antes de molerla, la cebada era humedecida ligeramente y algo tostada: así se podía mondar mejor, aprovechándose el desecho.

2831 En rigor, la palabra usada aquí por Heródoto significa «terraplén», pero también él, alguna vez, se encontró con conceptos para los que la lengua griega no tenía término

exacto.

2832 Se trata de diversos mensajeros situados en distintos lugares, que reciben y transportan el mensaje hasta que llega a su destino.

2833 Esta palabra parece ser de extracción griega, y significaría «etapa».

2834 Conocida señal de duelo, que sale a menudo también en la Biblia.

2835 La referencia es a las naves,

2836 El texto griego aquí se presta a diversas interpretaciones, de las que elijo la que me parece más idónea.

2837 De Asia.

2838 El hecho de que Jerjes se decidiera por el retorno gracias al consejo de Artemisia es jactancia por parte de uno de Halicarnaso, Heródoto, naturalmente. El hecho de que él le confiara a ella sus hijos demuestra que no había tomado todavía tal decisión.

2839 En la desembocadura del río Caistro. Siglos más tarde se hará famosa por la carta que el apóstol Pablo dirigirá a los cristianos de esta comunidad.

2840 La esposa legítima del rey era Amestris.

2841 Aquí hay un doblete del lugar I, 175.

2842 En ambas ciudades había grandes mercados de esclavos. En los templos de Cíbele (V, 102) y de Ártemis, en ambas ciudades, junto a los sacerdotes había eunucos que realizaban los actos de culto. Además, los eunucos custodiaban los recintos (harenes) de las mujeres en los palacios de los potentados, y también desempeñaban las funciones de cocineros y de maestresalas.

2843 Para misiones especialmente delicadas. Era habitual que la guardia de las puertas de los palacios la ejercieran eunucos.

2844 El verbo es exacto: Misia está más cerca del nivel del mar que Sardes, punto de partida.

2845 Cfr. I, 160.

2846 ¡La ley de los dioses! Una premonición de la ley de Dios que proclamarán la Biblia y el pensamiento cristiano.

2847 Como brazo ejecutor de la justicia divina.

2848 El castigo divino actúa conjuntamente con los mismos ofendidos; lleva éstos a un encuentro inesperado y obceca al criminal. En otros ámbitos se impondría la ética del perdón... Por una mentalidad típicamente griega, aquí la ley del Talión se ve rebasada, y se incurre otra vez en el pecado de desmesura, en una evolución en espiral que puede no tener fin.

2849 El de la batalla de Salamina.

2850 Por primera vez sale aquí esta palabra, que es traducción literal de la griega, para designar los puentes sobre el Helesponto.

2851 Cabo del Ática, a unos veinte kilómetros al sudeste de Falero.

2852 Es decir, sin vegetación. Esto explica la confusión de los persas. A los autores griegos hay que leerles con sumo cuidado: algunos traductores aquí vierten: «pequeños»...

2853 Del mar Egeo.

2854 Véase el final de este capítulo.

2855 Aquí Heródoto pone en boca de Temístocles su propio pensamiento, cfr. III, 40, IV, 205. Cfr. también Esquilo, *Los persas,* vv. 800 ss.

2856 Aquí traduzco ligando mi traducción, pero en realidad el texto griego ofrece una laguna en la que debía haber algún término que significara, más o menos, «permanecer»..

2857 Los persas estaban aún en el país, y Temístocles creía que la batalla decisiva sería en el mismo año, el 480.

2858 Lo cual realmente ocurrió en el año 471, cuando fue desterrado de Atenas acusado de connivencia con los persas. Pero es innegable que su consejo salvó la unidad de las fuerzas griegas y que su conducta fue inspirada por un criterio muy sagaz.

2859 Cfr. cap. 75.

2860 Cfr. cap. 121.

2861 En Atenas y en el Ática, naturalmente.

2862 Cfr. cap. 50.

2863 Hasta Tesalia.

2864 Era ya el mes de octubre.

2865 Después de las privaciones sufridas.

2866 En toda su profundidad, pues el doble sentido es evidente. Y el oráculo se cumplió: Mardonio murió en Platea (IX, 63-64), compensando así la muerte de Leónidas.

2867 La ida había durado el doble, cfr. cap. 51.

2868 La traducción ofrecida es literal, pero la expresión es muy exagerada. Artabazo da escolta a Jerjes con sesenta mil hombres (cfr. cap. 126) y pese a los combates de invierno en Tracia (cfr. caps. 127 ss.) al año siguiente dispone todavía de cuarenta mil hombres. Véase Esquilo *Los persas,* vv. 506 ss.

2869 Amigo o enemigo del rey.

2870 ¡Qué extraña coincidencia, en las líneas fundamentales, con la parábola del buen samaritano, que leemos en el evangelio de Lucas, X, 25-37!

2871 Ciudad en la orilla de un afluente oriental del Estrimón (V, 15).

2872 Cfr. VII, 40.

2873 Los caballos: el texto griego presenta aquí un fuerte anacoluto, quizás debido a una deficiente transmisión textual, y en él «los caballos» no figuran, pero deben sobrentenderse necesariamente. Quizás el interés por los caballos, que se ve con frecuencia, por ejemplo, en la *Ilíada*, disculpe algo o explique la acción, por ignorancia, de los ladrones.

2874 Al este de la península Calcídica, en el golfo Estrimón. La Crestonia se extendía al noroeste de esta región.

2875 Es la ciudad citada en VII, 25, que no debe confundirse con la que lleva el mismo nombre en la Calcídica.

2876 Viento del norte llamado así porque procedía de la región del río Estrimón.

2877 En señal de adoración.

2878 Hoy diríamos «las bodegas», pero tratándose de naves griegas el término es inadmisible.

2879 Que se echaran al mar los fenicios, que eran gentes de oficio muy competentes, para ser sustituidos por otros, persas, en nada profesionales. Eso sin contar el tiempo en que, en medio del temporal, la nave hubiera quedado al pairo. Es lógico que Heródoto no dé crédito a esta versión, pero aquí su oficio de historiador flaquea; estamos ante uno de los momentos más desafortunados de toda la obra herodotea.

2880 De que llegó a Sardes por tierra.

2881 Cfr. VII, 109.

2882 El arma persa más típica.

2883 Hoy diríamos: se cambió la ropa interior. Se indica de una manera que hoy nos resulta pintorescamente gráfica lo dispuesto que estaba siempre a emprender la fuga: ni tiempo para mudarse de ropa.

2884 Cfr. cap. 112.

2885 En honor de Atena, que tenía allí un templo importante.

2886 Idea que sale continuamente también en la Biblia, principalmente en el Antiguo Testamento, ya al principio del libro del Génesis, en el episodio de Caín y Abel.

2887 Cfr. cap. 93. Quizás el contingente egineta tuvo un signo premonitorio prodigioso atribuido al dios Apolo.

2888 Dos de las estrellas, las laterales, representaban a los Dioscuros, y la del centro al mismo dios Apolo.

2889 En el ángulo del vestíbulo del templo, es decir, el *pronaos*.

2890 Cfr. VII, 145.

2891 Se votaba mediante unas pequeñas tablillas en las que cada uno debía escribir dos nombres.

2892 Es decir, admitiendo que Temístocles había sido el más valiente.

2893 El texto debe ser tomado en su sentido literal: fue ovacionado.

2894 En rigor, el griego dice «sabio», pero creo que aquí hay un componente de sagacidad, de astucia, de competencia.

2895 Probablemente un carro hoy diríamos de lujo, en el que montaban los reyes espartanos en los desfiles celebrados con motivo de las solemnidades del país.

2896 Cfr. I, 65 ss.

2897 Cfr. VI, 109; IX, 73.

2898 Un islote al sur de Sunio.

2899 Cicerón recoge esta anécdota, De Senectute 3: «Ut Themistocles fertur Seriphio cuidam in iurgio respondisse, cum ille dixisset non eum sua, sed patriae gloria splendorem

consecutum: “Nec hercule, inquit, si ego Seriphius essem, nec tu si Atheniensis clarus unquam fuisses.”»

2900 Heródoto pocas veces se refiere a hechos futuros; ésta es una de ellas.

2901 La península de Palene es la más occidental de las tres de la Calcídica y en ella se encontraba la colonia corintia de Potidea.

2902 Tal ciudad, Olinto, naturalmente, no estaba lejos de Potidea, y era el establecimiento griego más importante de la Calcídica. Siglos más tarde resultará famosa por las *Olintíacas* de Demóstenes.

2903 Pueblo que antes vivía en la Macedonia, en el Asia occidental.

2904 Los habitantes de la colonia calcidia de Escíone, de tendencia proateniense.

2905 La toma de la ciudad, naturalmente.

2906 En realidad, unos pequeños surcos practicados en la parte anterior de la flecha, en los que el arquero apretaba sus dedos al tender el arco para primero retenerla y luego soltarla, dispararla.

2907 Lo cual es literalmente cierto, pues sabemos ya por Homero que las flechas en su parte anterior tenían la cobertura de unas plumas, que Homero llama «barbas», que aquí disimulaba la operación hecha previamente para la transmisión del mensaje.

2908 Por el norte de Potidea los persas estaban en tierra firme. Para poder tomar la ciudad por el sur, donde no estaba fortificada, debían reocrrer un espacio (hoy tierra firme), pero entonces cubierto por el mar, aunque allí poco profundo. Es la parte que el reflujo del mar dejó al descubierto.

2909 Otra vez un paralelo bíblico: el paso del río Jordán por el pueblo hebreo, cfr. Josué, 3, 14-4, 15.

2910 Dios del mar, naturalmente.

2911 Esta idea nuclearmente no está muy lejos de concepciones bíblicas, del Antiguo y del Nuevo Testamento, y es homologable a ellas.

2912 Era el que inicialmente mandaba la expedición de tropas procedentes del mar Rojo; murió en Mícale (IX, 102).

2913 En Mícale se salvó huyendo junto con Itamitres; Artaqueas era un personaje importante, de linaje aqueménida, hombre de elevada estatura y de voz potente, que había dirigido los trabajos de excavación del monte Atos (VII, 22, 117).

2914 El pasaje que sigue recuerda extrañamente la genealogía de Jesús que abre el evangelio de Mateo, por lo que no dudo en decir que aquí hay, en Heródoto, un claro rasgo semítico.

2915 O sea, la de los euripóntidas.

2916 Aquí hay una variante textual en el griego que altera totalmente la interpretación: en vez de «siete» en la variante se lee «dos». Si se admite esta variante, la dinastía espartana se bifurca en dos casas reinantes a partir de Hipocrátidas; en cambio, aceptando la lectura «siete», como propongo, Leotíquidas, octavo descendiente de Teopompo, habría tomado la plaza de Demarato, que era, en una línea de primogénitos, el séptimo sucesor de este rey, y la diarquía como institución empezaría mucho más tarde.

2917 No sabemos quién era, pero no se trata del historiador.

2918 O sea, que el estrecho de Gibraltar.

2919 Probablemente un establecimiento cario; los carios hablaban su propia lengua y además el griego, por lo que eran los intérpretes naturales en muchas situaciones.

2920 Porque los bárbaros no tenían acceso a todos los santuarios griegos.

2921 En la Beocia, en la orilla occidental del lago Copais, la actual Livadia.

2922 Divinidad ctónica pregriega asimilada más tarde a la figura de Zeus. Aristófanes se burla de ella en *Nubes*, v. 508.

2923 La traducción no es segura, también se podría verter «mediante el examen de las entrañas» de las víctimas. Pero casi siempre las víctimas se quemaban...

2924 Aunque no se diga claramente, todo hace pensar que Mis halló aquí la respuesta que buscaba.

2925 Pero no se ve por ninguna parte a qué se debe esta exclusión de los tebanos.

2926 Hay una variante textual en cuanto al nombre: Euromo. Valga esta advertencia para las anteriores recurrencias del topónimo.

2927 A unos quince kilómetros al norte de Tebas.

2928 Porque no entendían nada, naturalmente.

2929 Por el profeta: la traducción es literal, y aquí hay, y no es la única vez en Heródoto, una coincidencia estricta con la noción de profeta bíblico: «el que habla en nombre, y con la autoridad de Dios»; aquí este digamos funcionario hablaba por encargo y con la

autoridad de Apolo.

2930 Otra vez un paralelo estricto con la Biblia, esta vez con el Nuevo Testamento, concretamente con el libro de los *Hechos de los Apóstoles*, el llamado don de lenguas, 2, 5-11: Pedro predica en su lengua, el arameo, y le entienden gentes de todas las nacionalidades.

2931 Ciudad de Caria, en la que el romántico alemán Hölderlin situará parte de la acción de su novela *Hiperión o el peregrino de Grecia*.

2932 Próxeno venía a ser algo así como cónsul o embajador de una ciudad en otra; etimológicamente significa «el que se preocupa de los forasteros». «Bienhechor» era un título honorífico.

2933 Incluyendo a Alejandro, cfr. cap. 139.

2934 Era un heraclida, cfr. cap. 131. Pero los nombres de los tres hermanos no son griegos.

2935 Ciudad de la que no sabemos nada.

2936 Ovejas y cabras.

2937 El conocido efecto de la levadura.

2938 La porción doble corresponde a un rey futuro, cfr. VI, 57; VII, 103.

2939 Las más de las veces los portentos en Herodoto son de mal agüero.

2940 Era un agujero practicado en el techo del *megaron* por el que salía el humo de los sacrificios ofrecidos en el lugar, y por donde, eventualmente, entraban unos rayos de sol.

2941 Con esta acción Perdicas toma posesión del hogar, y con ello de todas las propiedades del amo de la casa, y pone por testigo al sol de lo que acaba de hacer. Es lo que inmediatamente el consejero explicará al rey.

2942 Esta traducción es indiscutible, y aquí el profesor Schrader traduce equivocadamente.

2943 El Erígono, o Haliacmon, actualmente llamado Tzerna, afluente del Axios, el actual Vardar.

2944 Lo que hoy es el país de Macedonia (VII, 127), donde está la ciudad de Egas, la antigua fortaleza y ciudad funeraria de los Teménidas, la actual Vodena.

2945 Los jardines de Midas, la región entre las cordilleras de Turla y Nitsche, que desde Vodena baja hacia la llanura, con bellos saltos de agua existentes todavía hoy, y una

vegetación muy frondosa.

2946 Sileno, entre frigios y lidios, un genio de las fuentes.

2947 Cerca de la ciudad de Berea; el monte actualmente se llama Verria.

2948 Dice exactamente esto. *Nihil novum sub sole*...

2949 La referencia es a la batalla de las Termópilas.

2950 Este Alejandro tenía el calificativo de «amigo de los griegos».

2951 El brazo, o la mano, como símbolos de poder.

2952 Detalle importante: Heródoto nos da testimonio de que la población del Peloponeso era doria en casi su totalidad.

2953 Por la participación en la sublevación jonia del Asia Menor, cfr. V, 97.

2954 Cfr. V, 49 ss.

2955 Referencia a las luchas contra las amazonas, contra los epígonos, los heraclidas. Con el tiempo esto será un tópico de los oradores griegos.

2956 ¡Qué extraña modernidad! Solidaridad es hoy una palabra clave en la convivencia de hombres y de pueblos.

2957 La cosecha del verano del 480 y la siembra del otoño siguiente.

2958 Aquí me permito una expresión que conlleva para mí tristes resonancias de la guerra civil española.

2959 En número, naturalmente.

2960 La misma figura en Sófocles, *Filoctetes,* vv. 1329 ss.

2961 ¡Cuántas veces encontramos premonitoriamente conceptos cristianos!

LIBRO IX
CALÍOPE

INTRODUCCIÓN

LA campaña de Mardonio: asalto al Ática y retirada hacia la Beocia. Marcha de los griegos hasta Eritra (1-19). Primera escaramuza de las caballerías (20-24). Potencial y posición del ejército griego (25-30). Potencial y posición del ejército persa (31-32). Oráculos impartidos a ambos ejércitos (33-38). Mardonio decide presentar batalla (39-40). Aviso de Alejandro a los atenienses (41-45). Los espartanos pretenden cambiar de bando (46-48). Cambios en la disposición del ejército griego (49-57). Batalla de Platea (58-79). Reparto del botín (80-85). Castigo de los tebanos (86-88). Huida de Artabazo (89). La destrucción de la flota persa, la liberación de Jonia. Alianza con los samios; la flota griega zarpa hacia Mícale (90-98). Batalla naval de Mícale (99-105). Recepción de las islas en la alianza griega (106). La huida de los persas. Perses y la mujer de Masistes (107-113). Los griegos conquistan Sesto (114-121). La toma de Sesto por los griegos sirve a Heródoto para cerrar su obra caracterizando a los persas (122).

LA TERCERA CAMPAÑA PERSA

Incursión de Mardonio contra el Ática y retirada hacia Beocia (1-18)

1. Cuando, a su regreso, Alejandro indicó a Mardonio la respuesta de los atenienses[2962] partió de Tesalia y dirigió a marchas forzadas su ejército contra Atenas. Llegara donde llegara, se llevaba a los de allí[2963] como auxiliares. A los dirigentes de Tesalia[2964] no les sentó mal su proceder anterior, es más, acuciaron mucho más a los persas. Tórax de Larisa[2965] había guiado a Jerjes en su retirada, y ahora permitió sin disimulos a Mardonio el paso por su país contra Grecia[2966].

2. Cuando el ejército en su marcha se hallaba en Beocia los tebanos intentaron parar a Mardonio aconsejándole que estableciera allí su campamento; afirmaban que no había región más adecuada que aquélla para ello, y le desaconsejaban proseguir el avance: quizás podría, acampado allí, someter Grecia entera sin luchar. En efecto, superar a los griegos por la fuerza de las armas si ellos, los griegos, iban todos a una era sumamente difícil para cualquier hombre, como ellos mismos ya antes habían comprobado. «Pero, en cambio, si sigues nuestro consejo —continuaron en su exposición— averiguarás sin dificultad todos sus planes. Manda dinero a los hombres que reinan en las ciudades, y con tales envíos dividirás Grecia. Si procedes así con la ayuda de tus partidarios someterás fácilmente a los que no estén de tu lado.»

3. Ellos le aconsejaron actuar así, pero él no les hizo ningún caso, sino que le había entrado con violencia el deseo de volver a tomar Atenas, por un lado por vanidad, y por el otro se proponía anunciar al rey a través de las islas, mediante señales de fuego, que estaba ya en posesión de Atenas. Pero tampoco ahora, cuando llegó a Atenas, halló a los atenienses: se enteró de que en su mayoría se encontraban en Salamina, a bordo de las naves, de

manera que conquistó una ciudad desierta. Desde la toma por parte del rey[2967] hasta la posterior campaña de Mardonio habían transcurrido diez meses.

4. Cuando Mardonio estaba ya en Atenas envió a Salamina a Muríquidas, un hombre del Helesponto, con las mismas propuestas que el macedonio Alejandro había hecho a los atenienses. Naturalmente, conocía la mentalidad hostil de éstos, pero envió esta segunda embajada porque abrigaba la esperanza de que su toma a punta de lanza y ocupación de todo el país ático los habría curado de su necedad. Por ello envió a Muríquidas a Salamina.

5. Llegó cuando estaba reunida la asamblea[2968], y le trasladó las propuestas de Mardonio. Uno de los consejeros, Lícidas[2969], expuso su opinión en el sentido de que lo que parecía mejor era aceptar la propuesta que les brindaba Muríquidas y presentarla al pueblo. Él, pues, defendió esta opinión, ya sea por haber recibido dinero de Mardonio, ya sea, simplemente, porque a él le agradaba. Pero los atenienses se excitaron de golpe, tanto los miembros del consejo como los de fuera[2970], cuando se enteraron, hasta el punto de que lo rodearon y lo lapidaron con sus votos[2971]. En cambio, remitieron indemne a su país al helespontio Muríquidas. Cuando se levantó en Salamina un clamor por Lícidas las mujeres de los atenienses se enteraron del suceso. Una mujer lo explicaba a otra y la llevaba consigo, y todas juntas se fueron espontáneamente a casa de Lícidas y lapidaron a su mujer y a sus hijos.

6. Los atenienses pasaron a Salamina por lo que sigue: durante bastante tiempo esperaron que les llegara del Peloponeso un ejército en su auxilio, y no se movieron del Ática. Pero en vista de que los lacedemonios procedían con mucha parsimonia y lentitud, y del otro[2972] ya se decía que se aproximaba y, aseguraban, ya estaba en Beocia, entonces, ante estas circunstancias se lo llevaron todo secretamente y pasaron ellos mismos a Salamina. Y enviaron mensajeros a Lacedemonia, los cuales debían reprochar a los lacedemonios que hubieran tolerado la irrupción del bárbaro en el Ática y que no se hubieran enfrentado con él, juntamente con ellos, en Beocia. Además debían recordarles lo que el persa había prometido darles en el caso de su deserción; debían también anunciarles que, si no prestaban su ayuda a los atenienses, éstos por sí solos ya sabrían defenderse.

7. Resulta que los lacedemonios esos días celebraban unas fiestas, eran las Jacintias[2973], y creyeron que para ellos lo más importante era cumplir los ritos del dios. Al propio tiempo el muro[2974] que levantaban en el Istmo[2975] tenía ya las almenas[2976]. Cuando los enviados de Atenas, que se hicieron acompañar por otros de Mégara y de Platea, llegaron a Lacedemonia se presentaron a los éforos[2977], dijeron: «Los atenienses nos han enviado: os advierten de que el rey de los medos ante todo nos devuelve el país y, en segundo lugar, quiere, sin trampa ni engaño, a base de una equiparación absoluta, hacernos aliados suyos; quiere, en tercer lugar, darnos otro país para añadir al nuestro, el que nosotros mismos elijamos. Pero nosotros, por respeto a Zeus[2978], el dios de los griegos, y porque consideramos terrible hacer traición a Grecia[2979], no hemos consentido, lo hemos rechazado, a pesar de que hemos sido tratados injustamente por los griegos, que nos traicionaron[2980], y a pesar de que somos muy conscientes de que para nosotros sería más ventajoso llegar a un entendimiento con el persa que hacer la guerra contra él. No, ni aun así llegaremos a pactar con el enemigo. ¡Tal es nuestra política, hecha sinceramente, referente a los griegos! En cambio, a vosotros en cierta ocasión[2981] os entró un gran pánico: temíais que llegáramos a un entendimiento con el persa. Luego conocisteis claramente nuestra manera de pensar, que nunca seríamos traidores a Grecia, y ahora, cuando el muro que levantáis en el Istmo está prácticamente acabado, los atenienses os importan un bledo. Habíais acordado con nosotros enfrentaros al persa en Beocia, pero habéis faltado a vuestra palabra y habéis contemplado pasivamente la irrupción del bárbaro en el Ática. De momento son los atenienses los que están furiosos con vosotros, pues vuestra actuación ha sido impropia. Y ahora os reclaman que mandéis, acompañándonos a nosotros mismos, un ejército, y así podremos recibir como es debido al bárbaro en el Ática. No logramos hacerlo en Beocia, y ahora será forzosamente en nuestro país; el lugar más adecuado para una batalla es la llanura de Tría»[2982].

8. Los éforos oyeron esto y aplazaron su respuesta para el día siguiente, y en ése otra vez para el siguiente. Los aplazamientos duraron diez días; lo iban dejando de un día para otro. Durante este lapso fortificaron el Istmo con el

muro, todos los peloponesios trabajaron en él con gran afán, y acabaron las obras. De su conducta quiero decir que anteriormente, cuando Alejandro de Macedonia llegó a Atenas, se empeñaron en apartar a los atenienses de un entendimiento con los persas, mientras que ahora la cosa no los preocupaba en absoluto; yo no sabría indicar otro motivo que no sea que ahora tenían el Istmo fortificado y pensaban que los atenienses ya no les hacían ninguna falta, pues cuando Alejandro llegó al Ática el muro no estaba todavía terminado, y trabajaban todavía en él, porque los persas les infundían un pánico enorme.

9. Finalmente llegó la respuesta, y la salida en campaña de los espartiatas se realizó como sigue: un día antes de que los enviados comparecieran por última vez ante la asamblea del pueblo, Quíleo de Tegea[2983], el extranjero más influyente en Lacedemonia, supo por los éforos lo que aducían los atenienses. Tras oírlo, les dijo: «¡Llevan la razón, éforos! Si los atenienses no son amigos nuestros sino que se ligan con los bárbaros, en tal caso, aunque hayáis levantado un muro enorme en el Istmo, al persa se le han abierto de par en par, con fuerza, grandes portales hacia el Peloponeso[2984]. ¡Ea! Hacedles caso antes de que los atenienses decidan otra cosa que perjudique a Grecia entera.»

10. De modo que éste fue su consejo, que ellos se tomaron muy en serio; sin decir nada[2985] a los enviados que habían venido de las ciudades enviaron de noche a cinco mil espartanos[2986], cada uno con siete hilotas subordinados a él, confiando el mando a Pausanias[2987], hijo de Cleómbroto. En realidad el mando habría correspondido a Plistarco, hijo de Leónidas, pero era todavía un muchacho, y Pausanias era su tutor, y también primo suyo. Lo que pasaba era que Cleómbroto, padre de Pausanias e hijo de Anaxándridas, ya no vivía; murió después de haber repatriado desde el Istmo al ejército que había levantado el muro; murió poco tiempo después. Cleómbroto había repatriado al ejército desde el Istmo porque ordenó ofrecer un sacrificio por la lucha contra los persas, durante el cual el sol en el cielo se oscureció[2988]. Pausanias tomó consigo[2989] a Eurianacte, hijo de Dorieo[2990], un hombre de la misma familia. Éstos, pues, salieron de Esparta al mando de Pausanias.

11. Al alborear el día, los enviados se presentaron a los éforos sin saber nada de la marcha. Ya pensaban en irse, en regresar cada uno a su ciudad. De

manera que, cuando estuvieron delante de los éforos, les hablaron así: «¡Ya podéis quedaros tranquilamente aquí, vosotros, lacedemonios! ¡Celebrad vuestras Jacintias y dedicaos a los juegos[2991], luego de haber cometido alta traición contra vuestros aliados! Habéis sido injustos con los atenienses, quienes por falta de aliados ahora, si pueden, se reconciliarán con los persas. Y después de la reconciliación es cosa clara que nos convertiremos en aliados del rey: saldremos con él en campaña hacia el lugar que él quiera llevarnos. Y a vosotros os tocará enteraros de lo que va a salir de aquí.» Esto fue lo que dijeron los enviados, y los éforos contestaron bajo juramento que creían que aquéllos ya estaban a la altura del santuario de Orestes[2992] en su marcha contra los extranjeros, pues ellos acostumbran a llamar extranjeros a los bárbaros. Pero los enviados eran personas que no sabían nada de todo ello, y preguntaron por el sentido de aquellas palabras. La respuesta que recibieron les hizo conocer la realidad de la situación. Se marcharon muy maravillados, y siguieron a aquéllos tan deprisa como pudieron. Y con ellos hicieron lo mismo cinco mil soldados de infantería pesada, previamente seleccionados de entre los lacedemonios periecos[2993].

12. O sea que unos y otros se dirigieron al Istmo a marchas forzadas. Los argivos[2994], así que se enteraron de que Pausanias y sus hombres ya habían salido de Esparta, enviaron al Ática al mejor de sus corredores[2995] que pudieron encontrar; anteriormente habían prometido libremente a Mardonio que obstaculizarían a los espartanos la salida[2996]. Este corredor llegó a Atenas y dijo: «Mardonio, los argivos me mandan a avisar que la juventud[2997] ha salido de Lacedemonia y de que los argivos no están en situación de impedir su incursión. ¡Ojalá tengas suerte y tomes una decisión acertada!» Dicho lo cual regresó a su tierra.

13. Cuando Mardonio lo oyó ya no tuvo ningún interés en quedarse en el Ática. Antes de recibir esta noticia se había comportado muy tranquilamente, porque quería saber fijamente de los atenienses lo que iban a hacer. Ni dañó ni asoló el país ático porque mantenía íntegra la esperanza de llegar a un acuerdo con ellos. Pero no lograba convencerlos, y entonces, al advertir el verdadero estado de cosas, ya antes de que Pausanias con sus hombres irrumpiera en el Istmo, se retiró ocultamente, luego de pegar fuego a

Atenas[2998]; lo que quedaba de los muros, de los edificios, de los santuarios, lo derribó y lo arrasó todo. E hizo la evacuación por lo siguiente: por un lado, en el territorio ático la caballería le era inútil[2999]; por el otro, si salía derrotado del choque sólo podía escapar por los desfiladeros[3000], de manera que muy pocos hombres habrían bastado para detenerlo. Sus planes eran replegarse hasta Tebas y luego a una ciudad amiga, y dar la batalla al adversario en un país adecuado a su caballería.

14. De manera que Mardonio se replegaba encubiertamente, y cuando se hallaba ya en plena marcha le llega la noticia de que una avanzadilla del grueso del ejército enemigo ya había llegado a Mégara: se trataba de mil lacedemonios. Ante ello ponderó si, como fuera, debía atacar primero a éstos. Volvió sobre sus pasos y condujo sus tropas hacia Mégara. Lo precedía la caballería, que asolaba por completo las tierras de Mégara. O sea que ésta fue la región más lejana de la Europa occidental a que llegó la expedición persa[3001].

15. Y entonces Mardonio recibe la noticia de que los griegos[3002] ya se han concentrado en el Istmo, y retrocedió por Decelea[3003], porque los beotarcas[3004] habían mandado acudir allí a los asopios[3005] de las cercanías, y éstos guiaron a Mardonio hasta Esfendaleas[3006] y desde aquí a Tanagra[3007], donde pasó una noche. Desde ahí al día siguiente giró hacia Escolo[3008] y alcanzó territorio tebano. Allí devastó los cultivos[3009] de los tebanos[3010], por más que éstos fuesen partidarios de los persas: no lo hizo por odio contra ellos, sino atrapado por una extrema necesidad: quería hacer una fortificación para su campamento; su idea era hacerse un lugar de refugio ante la eventualidad de que el desenlace del choque no fuera el deseado. Su campamento se extendía desde Eritras, junto a Hisia[3011], donde empezaba, hasta el país de Platea, a lo largo del río Asopo. Pero no hizo un muro de tal magnitud, sino que cada lado tenía unos diez estadios[3012].

Mientras los bárbaros se esforzaban en esto, Atagino de Tebas[3013], hijo de Frinón, invitó a Mardonio y a cincuenta persas de los más distinguidos a un banquete, para el que había hecho grandes preparativos. Mardonio aceptó la invitación, y el banquete tuvo lugar en Tebas.

16. Lo que sigue lo oí de Tersandro, un hombre de Orcómeno[3014], que

gozaba de un gran prestigio en su ciudad. También a él Atagino lo había invitado al banquete, y explicó que a dicho banquete habían sido invitados cincuenta tebanos y que Atagino no había dispuesto que los dos grupos se acomodaran separadamente, sino que en el mismo diván había un persa y un tebano. Al final del banquete, ya en el simposio[3015], el persa que compartía con él el diván había preguntado a Tersandro, hablando en griego, de qué país era. A su respuesta de que era de Orcómeno el otro comentó: «Puesto que tú has sido mi compañero de mesa y de bebida, quiero dejarte un recuerdo de mi opinión para que tú, sabiéndola de antemano, puedas decidir, acerca de ti mismo, lo que más te convenga. ¿Ves a estos persas que banquetean y el ejército que hemos dejado acampado junto al río? Dentro de muy poco, de todos éstos verás sólo algunos escasos supervivientes»[3016]. El persa lo dijo hecho un mar de lágrimas. Tersandro mismo, sorprendido ante aquel anuncio, le preguntó: «¿No deberíamos decírselo a Mardonio y a los persas que tienen una posición y una fama casi pareja a la suya?» Y el otro habría respondido: «Extranjero, lo que ha de pasarle de parte del dios[3017], al hombre le es imposible desviarlo. Al que dice algo digno de crédito no le hace caso nadie. Somos muchos los persas que sabemos esto y seguimos a Mardonio ligados por la necesidad[3018]. El dolor más odioso que hay entre los hombres es que el más prudente no tenga ningún poder.» Esto yo lo oí del orcomenio Tersandro, y supe, por otro lado, que lo había dicho a muchos más antes de que se librara la batalla de Platea.

17. Mientras Mardonio estaba acampado en Beocia, todos los griegos que vivían allí[3019] y que eran partidarios de los medos le habían suministrado tropas y habían cooperado con él en el asalto a Atenas, pero no los focenses. Éstos eran muy partidarios de los medos, naturalmente, y actuaron así no voluntariamente, sino por coacción[3020]. Pocos días después de la llegada de Mardonio a Tebas[3021], le comparecieron mil hoplitas focenses a las órdenes de Harmocides, el más prestigioso de los ciudadanos. Éstos llegaron, pues, al territorio de Tebas, y Mardonio les envió unos jinetes con la demanda de que acamparan aparte en la llanura. Éstos hicieron lo que se les ordenaba, pero entonces la caballería[3022] se presentó en el lugar. E inmediatamente se esparció por el campamento de los griegos partidarios de los medos el rumor

de que los jinetes iban a matarlos a flechazo limpio. Y entre los focenses corrió exactamente el mismo rumor. Y su comandante, Harmocides, les dirigió estas palabras: «Focenses, es manifiesto que esta gente viene por nosotros, a darnos una muerte anunciada[3023]; creo que los tesalios nos han calumniado. Ahora cada uno de vosotros debe ser un hombre y un héroe: es preferible morir haciendo algo y defendiéndose que prestarnos a ser masacrados vergonzosamente[3024]. Que estos hombres se den cuenta de que ellos son bárbaros y que han tramado contra nosotros, hombres[3025] griegos, el proyecto de matarnos.»

18. Tal fue su consejo; los jinetes, luego de rodearlos, cabalgaron hacia ellos como para perderlos. Habían tendido sus arcos, desde luego, con la intención de asaetearles, e incluso quizás alguno llegó a disparar su arco. Pero ellos les hicieron frente por todos lados agrupados en formación tan compacta[3026] como pudieron. Y ante ello los jinetes volvieron grupas y se retiraron.

Yo soy incapaz de puntualizar si acudieron allí a ruegos de los tesalios para aniquilar a los focenses, pero que cuando advirtieron que éstos se aprestaban a rechazarlos, ante tal circunstancia se fueron, por el temor de sufrir bajas ellos mismos, y que detrás de todo estaba Mardonio, o bien si, simplemente, querían ponerlos a prueba para comprobar su capacidad de resistencia.

Cuando los jinetes se retiraban, Mardonio mandó a los focenses un heraldo que les dijera: «¡Tened buen ánimo, focenses! Os habéis mostrado como héroes; la cosa no es como yo la había oído. Y ahora pelead con ardor en esta guerra: tanto yo como el rey os lo pagaremos con creces.» Y éste fue el caso de los focenses.

La batalla de Platea (19-89)

19. Los lacedemonios llegaron al Istmo y acamparon en él. Los demás peloponesios partidarios de la mejor causa[3027] lo supieron, y al advertir que los espartanos tomaban parte en aquella campaña, no juzgaron justo quedarse

atrás, rezagados, en la expedición[3028]. Todos los sacrificios les fueron favorables y en un único cuerpo de ejército[3029] partieron del Istmo. Llegaron a Eleusis[3030], donde repitieron los sacrificios, que les fueron otra vez favorables, de manera que siguieron adelante, y ahora con ellos también los atenienses, que habían acudido allí desde Salamina y se encontraron con los peloponesios en Eleusis precisamente. Al llegar a Eritras, ya en Beocia, fueron informados de que los bárbaros habían sentado sus reales a orillas del Asopo, de manera que tomaron posiciones frente a ellos en las laderas del Citerón[3031].

20. Al ver que los griegos no bajaban a la llanura, Mardonio mandó contra ellos a toda su caballería, cuyo comandante era Masistio, uno de los persas de más rango, al que los griegos[3032] llamaban Macistio; tenía un caballo neseo[3033] con las riendas de oro y bellamente adornado. Cuando los jinetes asaltaron a los griegos, lo hicieron por escuadrones[3034]; en su ataque les infligieron grandes pérdidas, y llamaron desdeñosamente a los griegos «mujeres».

21. Resultó que eran los megareos los apostados en el lugar del territorio[3035] más expuesto a un ataque. Bien: ante la embestida de la caballería, los megareos, en su apuro, enviaron a los generales de los griegos un heraldo, el cual, al llegar ante ellos, les dijo: «Los megareos advierten: ¡Aliados! Nosotros no nos vemos capaces de oponer resistencia, dejados sólo con nuestras fuerzas, a la caballería de los persas, y menos todavía en la posición que desde el principio nos ha correspondido. Pese a todo, hasta ahora hemos resistido con empeño y valor, a pesar del acoso a que hemos sido sometidos. Pero si ahora no nos enviáis a otros que nos releven en esta posición, sabed que nosotros la evacuaremos.» De modo que éste fue el mensaje. Pausanias tanteó a los griegos, quiso comprobar si otros se dirigirían voluntariamente a esta posición, si se prestaban a situarse como relevo de los megareos. Los demás rehuyeron la cosa, pero los atenienses asumieron la misión, concretamente aquellos trescientos elegidos[3036] cuyo jefe era Olimpiodoro[3037], hijo de Lampón.

22. Éstos fueron los que asumieron tal misión y se adelantaron[3038] al resto de griegos allí presentes; ocuparon el puesto de Eritras; tomaron consigo su

unidad de arqueros. Lucharon bastante tiempo, y la batalla acabó de esta manera: la caballería atacaba por escuadrones, y la cabalgadura de Masistio, que encabezaba a los suyos, fue herida por una flecha en un costado. Se encabritó de dolor y tiró a Masistio por el suelo. Los atenienses atacaron inmediatamente al derribado, le quitaron el caballo y, a él, pese a su resistencia, lograron matarlo, cosa que antes no habrían podido hacer. En efecto, debajo de su vestido, que era una túnica de púrpura, llevaba puesto un escudo con láminas de oro[3039]. Los golpes sobre esta coraza no le hacían nada, hasta que alguien comprendió cuál era la causa y le asestó un golpe en un ojo. Entonces se desplomó y lo mataron. Pero los demás jinetes no se apercibieron de ello, pues ni lo habían visto caer del caballo ni cómo lo mataban. Ni cuando volvieron grupas y se retiraron no se dieron cuenta de nada, pero cuando hicieron una parada lo echaron de menos enseguida, pues allí no había nadie que los ordenara[3040]. Notado ya lo ocurrido, se animaron recíprocamente, empujaron sus caballos adelante para al menos recuperar el cadáver.

23. Los atenienses observaron que la caballería ya no atacaba por escuadrones, sino que lo hacían todos a la vez, y llamaron a gritos al resto de su ejército reclamando su ayuda. La infantería griega acudió en masa y estalló una lucha encarnizada por el cadáver. Todo el tiempo en que los trescientos lucharon solos estuvieron en inferioridad y debieron forzosamente desentenderse del cadáver. Pero cuando la masa restante llegó en su ayuda, los jinetes ya no pudieron resistir, y no les fue concedido llevarse consigo el cadáver, y encima perdieron todavía a algunos jinetes más. Cuando estuvieron unos dos estadios lejos[3041], deliberaron acerca de lo que les convenía hacer. Y decidieron regresar a Mardonio, puesto que se habían quedado sin jefe.

24. Cuando la caballería llegó al campamento, todo el ejército, y más que nadie Mardonio, observó un duelo riguroso: se cortaron el pelo e hicieron lo propio con los caballos y las acémilas. Beocia entera resonó de los alaridos, pues había caído un hombre que, como mínimo a los ojos de Mardonio, era el más prestigioso de los persas, y había formado parte de la corte del rey. Los bárbaros honraron a su manera al caído Masistio.

25. Tras resistir el ataque de la caballería, el hecho de rechazarla después

de resistirlo aumentó el coraje de los griegos. Lo primero que hicieron fue poner al muerto encima de un carro que fueron pasando por todas las unidades. El cadáver era todavía digno de verse por su corpulencia y su belleza. Por ello los griegos abandonaron sus puestos y corrieron a contemplar a Masistio.

Después de todo esto determinaron descender[3042] a la llanura, hacia Platea, pues les parecía que el territorio de esta ciudad les era más adecuado que Eritras para establecer allí su campamento, más que nada por su gran riqueza en agua potable. De modo que les pareció indispensable llegar a esta región, junto a la fuente Gargafia[3043], que se encuentra en el país, y acampar allí en buen orden. Tomaron sus armas, avanzaron a través de las estribaciones del Citerón y se dirigieron, por las inmediaciones de Hisias, a tierras de Platea. Llegaron y junto a la fuente Gargafia, no lejos del recinto sagrado de Andrócrates[3044], se ordenaron por pueblos en lo alto de una colina relativamente elevada y sus tierras adyacentes.

26. Cuando ya tomaban posiciones[3045] para la batalla, los tegeatas[3046] y los atenienses discutieron acaloradamente. Unos y otros exigían ocupar la otra ala[3047], para lo cual alegaban hazañas realizadas tanto en épocas antiguas como en tiempos recientes. Tocante a esto los tegeatas alegaban: «A nosotros siempre, en cualquier circunstancia, nuestros aliados nos han considerado merecedores, hasta hoy, de ocupar este puesto cada vez que todos los peloponesios hemos hecho una expedición en común, desde la antigüedad hasta los tiempos actuales, después de aquel tiempo en que, tras la muerte de Euristeo, los heraclidas[3048] intentaron penetrar en el Peloponeso[3049]. Nosotros conquistamos entonces este honor debido al hecho que sigue: junto con los jonios y aqueos, que por aquel entonces habitaban el Peloponeso[3050], marchamos al Istmo, para defenderlo[3051] de los invasores, y establecimos nuestro campamento enfrente del de los que pretendían conquistarlo. Y entonces, según la leyenda, Hilo[3052] proclamó que no era indispensable que los dos ejércitos se arriesgaran en una confrontación, bastaba con que un hombre[3053] elegido del campo de los peloponesios, el que ellos juzgaran el más valiente de ellos, se batiera con él en un duelo en determinadas condiciones. Los peloponesios se mostraron de acuerdo en proceder así y

cerraron un compromiso solemne[3054] bajo estas condiciones: si Hilo vencía al adalid de los peloponesios, los heraclidas debían regresar a la patria de sus antepasados. Pero si resultaba vencido sería al revés, los heraclidas deberían alejarse, retirar su ejército y durante los próximos cien años[3055] no intentar ningún retorno al Peloponeso. De entre todos los aliados resultó elegido Équemo, hijo de Eéropo y nieto de Fegeo, que se había ofrecido voluntariamente. Éste se batió en duelo y mató a Hilo.

Por esta gesta nosotros nos ganamos, ante los peloponesios de la época, entre otros grandes honores de los cuales gozamos aún actualmente, el de mandar siempre un ala, cuando salimos conjuntamente en campaña[3056]. A vosotros, lacedemonios, nosotros no os llevamos la contraria, sino que os permitimos una elección y os dejamos mandar, de las dos alas, la que queráis. Pero sostenemos que la dirección de la otra, al igual que en épocas pretéritas, nos corresponde a nosotros. Y aun prescindiendo de lo que hemos narrado, merecemos más que los atenienses ocupar esta posición. Nosotros mismos hemos sostenido contra vosotros, espartiatas, luchas espléndidas, y muchas también contra otros. De manera que está plenamente justificado que nosotros mandemos un ala, y no los atenienses, que no tienen en su haber gestas comparables a las nuestras, ni antiguas ni recientes.»

27. Esto es lo que alegaron los tegeatas, y los atenienses les contestaron así: «Desde luego, somos muy conscientes de que este encuentro se ha convocado contra los bárbaros y no para hacer discursos, pero ya que el tegeata se ha impuesto la tarea de referirse a proezas antiguas y a proezas recientes[3057] que ambas partes a lo largo del tiempo hemos llevado a cabo, nos vemos obligados a aclarar ante vosotros por qué nos corresponde como por herencia, más que a los arcadios, por lo excelentes[3058] que somos, ser siempre los primeros[3059]. Los heraclidas, a cuyo jefe estas gentes aseguran que mataron en el Istmo, antes huían de la esclavitud con que los amenazaban los micénicos[3060]; fueran los que fueran los griegos a los que los heraclidas recurrían, todos los rechazaban; sólo nosotros les dimos acogida y abatimos la insolencia de Euristeo[3061] al derrotar, aliados con ellos, a los que entonces eran dueños del Peloponeso. Y otra cosa: cuando los argivos, con la ayuda de Polinices, atacaron Tebas y encontraron allí la muerte quedaron

insepultos[3062]; nosotros salimos en campaña contra los cadmeos y nos jactamos de haber recogido los cadáveres y de haberles dado sepultura en nuestro país, en Eleusis. Contamos en nuestro haber todavía con otra proeza frente a las amazonas, que hace muchísimo tiempo invadieron el Ática desde el río Termodonte[3063]. Tampoco en las luchas alrededor de Troya no fuimos inferiores a nadie. ¿Y por qué hablamos? No vale para nada mencionar estos éxitos, porque puede que los mismos que antes fueron bravos ahora sean flojos, y los mismos que antes fueron flojos ahora sean más bien bravos. ¡De modo que basta ya de historias antiguas![3064].

Para no citar de nosotros otra gesta —y también ciertamente los demás griegos podrían aducir las suyas—, somos dignos de este honor por nuestra hazaña de Maratón, sumándolo a otros, pues únicamente nosotros, de entre todos los griegos, nos medimos en combate singular[3065] con el persa: asumimos este compromiso, fuimos superiores y vencimos a cuarenta y seis[3066] pueblos. ¿Entonces no va a ser justo, sólo por esta gesta, que obtengamos esta posición? Pero... ¡basta! No es oportuno que en la situación actual nos peleemos por una colocación. Lacedemonios, nosotros estamos dispuestos a tener nuestro sitio al lado de aquellos que a vosotros os parezca más adecuado. Sea el que sea el lugar que ocupemos, intentaremos ser hombres valientes. Poneos al frente y obedeceremos.

28. Ésta fue su respuesta, y el campamento entero de los lacedemonios clamó que los atenienses eran más dignos que los arcadios de ocupar el ala en cuestión. De manera que la ocuparon los atenienses, que ganaron a los tegeatas.

Bien: los griegos, los recién llegados y los que estaban allí desde el principio[3067], se ordenaron de la manera siguiente: en el ala derecha había diez mil lacedemonios, cinco mil de los cuales eran espartiatas[3068], que contaban con una guardia de treinta y cinco mil hilotas armados a la ligera, a razón de siete por hoplita. A continuación seguían los tegeatas, que los espartanos eligieron para este puesto honrándolos por su valor: eran mil quinientos hoplitas. Seguían los corintios, cinco mil hombres. Pausanias autorizó que se situaran junto a ellos los trescientos soldados potideatas[3069] de Palene presentes allí. Seguidamente se situaron los seiscientos

orcomenios[3070] procedentes de Arcadia, y a su vera tres mil sicionios, a los cuales se unieron los epidaurios[3071] en número de ochocientos. Después de ellos se alinearon mil trecenios[3072], seguidos de doscientos lepreatas[3073], de cuatrocientos soldados de Micenas y de Tirinto, y de mil de Fliunte[3074]. Seguidamente formaron trescientos hermioneos[3075], a continuación de los cuales se emplazaron seiscientos hombres de Eretria y de Estira[3076], y a su lado cuatrocientos calcideos, con los cuales empalmaron cuatrocientos ambraciotas[3077]. A continuación se situaron ochocientos leucadios y anactorios[3078], junto a los cuales figuraron doscientos paleos de Cefalenia[3079]. Seguidamente se alinearon quinientos eginetas, y al lado de ellos tres mil megarenses, a los cuales se unieron seiscientos plateos. Como últimos —y primeros[3080]— se colocaron los atenienses que formaban el ala izquierda, ocho mil[3081] combatientes; los mandaba Aristides[3082], hijo de Lisímaco.

29. Todas las tropas citadas, a excepción de los siete hilotas que cada espartano llevaba consigo, eran hoplitas[3083], y su número total alcanzaba los treinta y ocho mil setecientos combatientes. Éste fue el número total de hoplitas que se concentraron contra los bárbaros. La infantería ligera[3084]: primero la del contingente espartano, que se cifraba en treinta y cinco mil hombres, pues a cada espartano le correspondían siete hilotas, equipados todos ellos para entrar en combate; después, la infantería ligera del resto de los lacedemonios y la de los demás griegos, compuesta en su totalidad más o menos a la par, un hombre por cada hombre. Venía compuesta por treinta y cuatro mil quinientos combatientes. De modo que la cantidad total de soldados de infantería ligera aptos para la guerra arrojó la cifra de sesenta y nueve mil quinientos hombres.

30. El total del ejército griego íntegro concentrado en Platea, contando a hoplitas y a tropas de infantería ligera aptas para entrar en liza, ascendió a ciento ocho mil doscientos hombres, pero con la presencia de los tespieos se llegó, redondeando la cifra, a los ciento diez mil. Estos tespieos eran los supervivientes[3085], unos mil ochocientos, que no disponían de armamento pesado[3086].

31. Estas tropas, ya debidamente formadas[3087], acamparon en las riberas

del Asopo[3088]. Pero Mardonio y sus bárbaros, luego que hubieron llorado suficientemente a Masistio[3089], ante la noticia de que los griegos se encontraban en Platea, comparecieron igualmente ante el Asopo, que fluye por la región. Llegados allí, ésta fue la secuencia según la cual los colocó Mardonio ante el enemigo. Frente a los lacedemonios situó a los persas, que, desde luego, en número eran muy superiores. Por ello Mardonio los dispuso en un número mayor de unidades[3090], que llegaban a alinearse frente a frente incluso con los tegeatas. Y los ordenó así: lo más potente que tenía de sus efectivos lo escogió para enfrentarlo a los lacedemonios, y sus fuerzas más endebles las opuso a los tegeatas. Lo cual hizo siguiendo el dictado y las instrucciones de los tebanos. Empalmando con los persas situó a los medos. Éstos tenían delante a los corintios y a los potideatas, y también a los orcomenios y a los sicionios. Tocando a los medos situó a los bactrios, los cuales se enfrentaban a los epidaurios y a los trecenios, a los lepreatas y a los tirintios, e incluso a los miceneos y a los fliasios. A continuación de los bactrios situó a los indios, los cuales se oponían directamente a los hermioneos y a los eretrios, a los calcidios y a los estireos. Inmediatos a los indios colocó en la formación a los sacas, enfrentados a los ambraciotas, a los anactorios, a los leucadios, a los paleos y a los eginetas. Después de los sacas, y enfrentándolos contra los atenienses[3091], los plateos y los megarenses, emplazó a los beocios y a los locros, a los melieos, a los tesalios y a los mil focenses[3092]. Pues no todos los focenses fueron partidarios de los medos, sino que algunos de ellos apoyaron la situación de los griegos, a saber, aquellos que se refugiaron en el Parnaso[3093]: saliendo de allí robaron y saquearon al ejército de Mardonio y a los griegos partidarios de él. Contra los atenienses colocó a los macedonios y a los hombres de los confines de la Tesalia.

32. Los pueblos que acabo de citar eran los más importantes que estuvieron a las órdenes de Mardonio, los más célebres y los que gozaban de mayor fama, pero mezclados con ellos había también otros de distintas nacionalidades, frigios y misios, tracios y peonios, incluso etíopes y egipcios; de estos últimos los llamadas hermotibios y calasirios, armados con sables, los únicos guerreros profesionales que existen en Egipto. Mardonio, cuando estaba todavía en Falero, los hizo desembarcar, a éstos últimos[3094], de las

naves en que servían como infantes de marina[3095], pues en las filas de la infantería que había llegado con Jerjes a Atenas no figuraron egipcios.

Como ya se ha visto anteriormente, los bárbaros contaban con trescientos mil hombres, y, en cuanto a los griegos que militaron con Mardonio, no se sabe el número, pues nunca se hizo su recuento; conjeturándolo, yo calculo que llegarían a los cincuenta mil. Las tropas alineadas en orden de combate eran íntegramente de infantería, pues la caballería había sido situada aparte.

33. Cuando, a la postre, todos estuvieron ordenados por unidades y por pueblos, al segundo día ambos bandos llevaron a cabo los sacrificios propiciatorios[3096]. Por los griegos fue Tisámeno, hijo de Antíoco, el que hizo[3097] el sacrificio, ya que acompañaba al ejército en calidad de vidente. Era eleo, del linaje de los yámidas[3098], pero los lacedemonios lo habían hecho conciudadano suyo. Resulta que este Tisámeno había solicitado en Delfos un oráculo sobre su prole, y la Pitia le contestó que vencería en las cinco competiciones más importantes. Él malentendió el oráculo y se aplicó a ejercicios atléticos, creyendo que se llevaría los premios en campeonatos deportivos. Se entrenó en el pentatlon, y habría vencido en Olimpia si no hubiera fallado en una prueba compitiendo con Jerónimo de Andros. Así los lacedemonios advirtieron que el oráculo ofrecido a Tisámeno no se refería a luchas deportivas, sino guerreras, e intentaron, ofreciéndole una paga, decidirlo a que se hiciera, a la par con los reyes, comandante de los heraclidas en sus guerras[3099]. Él observó que los espartanos daban grande importancia a ganárselo como amigo, subió el precio y les señaló que, si querían hacerlo ciudadano suyo, debían concederle la plenitud de derechos. En tal caso accedería, por otro precio, no. Los espartanos, al oírlo, se indignaron y prescindieron por completo de lo que demandaban. Pero al fin y al cabo les entró un gran terror ante la invasión persa que se cernía sobre ellos, fueron a verlo y cedieron. Él advirtió que habían cambiado de parecer y les dijo que lo de antes no bastaba: era preciso que hicieran ciudadano espartano a su hermano Hagias[3100] en las mismas condiciones en que lo iba a ser él[3101].

34. A lo que parece, con estas palabras imitó a Melampo[3102], cuando éste reclamó para sí la ciudadanía y la realeza. Sobre las mujeres de Argos se había abatido un frenesí, y los argivos pretendieron solicitar los servicios de Melampo para que sanara a sus mujeres de aquella dolencia; él pidió para sí

como compensación la mitad del reino[3103]. Los argivos lo juzgaron demasiado caro y se marcharon, pero sus mujeres estaban cada vez más frenéticas. Entonces los argivos le prometieron a Melampo lo que les había exigido, pues estaban dispuestos a dárselo. Pero ahora él, al caer en la cuenta de que los argivos habían cambiado de parecer, añadió mucho más: les dijo que si no cedían a su hermano Biante un tercio del reino[3104], no haría lo que deseaban. Los argivos, puestos en un gran aprieto, cedieron a ello.

35. Igualmente los espartiatas, pues necesitaban imperiosamente a Tisámeno, cedieron totalmente. Y cuando los espartiatas ya hubieron cedido, Tisámeno de Élide, adquirida su condición de espartiata, los ayudó, en su calidad de adivino, a alcanzar cinco victorias, las más importantes. Él y su hermano han sido los únicos hombres del mundo que han alcanzado la ciudadanía espartana. He aquí las cinco victorias: una, la primera, la de Platea; luego la de Tegea, obtenida sobre los tegeatas y los argivos; en tercer lugar, la de Dipea[3105], librada contra todos los arcadios[3106] a excepción de los de Mantinea; la cuarta, la victoria, en Itome[3107] sobre Mesenia, y, en fin, la de Tanagra[3108] contra los atenienses y los argivos; ésta fue la última de las cinco batallas que se libraron.

36. Este Tisámeno fue, pues, el que ejerció el arte mántico al servicio de los griegos en la comarca de Platea; los espartiatas lo habían llevado consigo. A los griegos los augurios de los sacrificios les fueron propicios en el caso de que se defendieran; si vadeaban el Asopo e iniciaban la batalla, entonces no.

37. A Mardonio, por más que empeñado en iniciar la batalla, los sacrificios no le fueron propicios; ahora bien, si se trataba de una lucha defensiva, en tal caso también a él le eran favorables.

Pues Mardonio se servía de sacrificios a la griega[3109]. Como vidente tenía a Hegesístrato[3110], un hombre de Élide, de los más prestigiosos entre los telíadas. Tiempo atrás había caído prisionero de los espartanos, que lo encadenaron con la idea de ejecutarlo, convencidos de que por culpa suya habían sufrido muchas cosas desagradables. Pero puesto en esta situación crítica, ya que se corría por su vida[3111] y él prefería soportar sufrimientos, por muchos y lúgubres que fueran, a morir, hizo una cosa absolutamente inenarrable. Porque tenía un pie encadenado a un cepo de madera recubierto

de hierro; cogió un cuchillo que alguien casualmente se había dejado allí e inmediatamente imaginó la obra más corajuda de todas aquellas de que tenemos noticia: calculó la manera de que lo que le quedara de pierna pudiera salir del cepo de madera, y con su propia mano se cercenó la parte anterior del pie. Cuando lo hubo hecho, puesto que la prisión estaba bajo custodia, horadó el muro y escapó hacia Tegea. Caminaba de noche, y durante el día se escondía en el bosque, al aire libre. Al cabo de tres noches llegó a Tegea, mientras que en Lacedemonia todo el mundo lo andaba buscando, maravillada la gente de su valor, al ver que la mitad de su pie había quedado en el lugar de los hechos y que a él eran incapaces de encontrarlo. O sea, que entonces se fugó así de los lacedemonios y se refugió en Tegea en una época en que estaba en malas relaciones con Lacedemonia. Cuando hubo recobrado la salud y se hubo fabricado un pie de madera, se declaró enemigo acérrimo de los lacedemonios[3112]. A fin de cuentas, el odio que albergó contra ellos no le deparó un buen final, pues en cierta ocasión en que ejercía su arte adivinatorio en Zacinto[3113] lo capturaron y allí encontró la muerte.

38. La muerte de Hegesístrato fue posterior a los acontecimientos de Platea; por aquel entonces Mardonio lo había contratado por una espléndida paga y Hegesístrato, movido por la codicia, amén del odio que profesaba a los lacedemonios, se puso voluntariamente de su lado y ofreció el sacrificio.

Pero los augurios no fueron tan favorables como para que él pudiera dar inmediatamente la batalla; no lo fueron ni para los persas ni para los griegos que los acompañaban (éstos disponían de un adivino particular, Hipómaco de Léucade)[3114]. Los griegos afluían al lugar y su número aumentaba continuamente, ante lo cual Timegénidas de Tebas[3115], hijo de Herpis, aconsejó a Mardonio que mandara custodiar los accesos al Citerón, diciéndole que los griegos continuarían afluyendo sin cesar, día tras día, de modo que en tal lugar podría capturarlos en gran cantidad.

39. Desde que Timegénidas diera tal consejo a Mardonio, llevaban ocho días acampados unos frente a otros. Mardonio observó que el consejo era correcto, y a la caída de la noche envió a su caballería a las salidas de los pasos del Citerón que conducen hacia la comarca de Platea, llamados por los beocios «Tres cabezas» y por los atenienses «Cabezas de roble». Los jinetes enviados no hicieron inútilmente el recorrido, pues apresaron quinientas

acémilas que transportaban desde el Peloponeso víveres al campamento y a los hombres que seguían a los tiros. Los persas capturaron la presa y mataron sin ninguna piedad a acémilas y acemileros[3116]. Luego, hartos ya de matar rodearon lo que quedaba y lo empujaron hacia el campamento, hasta Mardonio.

40. Después de esta acción pasaron aún dos días, pues ninguno de los dos bandos quería iniciar la batalla. Los bárbaros tanteaban a los griegos y corrían hasta el río Asopo, pero ninguno de los dos bandos lo cruzaba. Sin embargo, la caballería de Mardonio acosaba y hostigaba a los griegos ininterrumpidamente. Los tebanos, en efecto, partidarios total y absolutamente de los medos, se empleaban en la guerra con ardor, sin cesar, llevaban audazmente su caballería al ataque como para combatir[3117], pero entonces lo asumían medos y persas, que daban pruebas brillantes de su valor[3118].

41. Pasaron diez días[3119] sin novedades dignas de mención[3120], exceptuando lo narrado. Pero, cuando para los que estaban enfrentados en Platea llegó el día undécimo, el número de griegos había crecido mucho y Mardonio se sentía molesto por la tardanza. Y Mardonio[3121], hijo de Gobrias, y Artabazo, hijo de Fárnaces (que ante Jerjes gozaba de un prestigio como muy pocos de entre los persas), celebraron una reunión. He aquí sus pareceres en aquella deliberación. El de Artabazo era que debían necesariamente poner todo el ejército en movimiento lo más pronto posible y alcanzar la muralla de Tebas, donde tendrían a su disposición víveres en abundancia y forraje para las bestias de tiro. Debían establecerse allí sin inquietudes[3122] y concluir ventajosamente así la empresa: todavía les quedaba mucho oro amonedado, y mucho sin acuñar, mucha plata y copas de orfebrería. De todo ello no se debía ahorrar nada, sino que se debía enviar en todas direcciones a los griegos y, de éstos, a los presidentes[3123] de las ciudades, las cuales renunciarían inmediatamente a la libertad y no se arriesgarían a los peligros de un choque con el enemigo. Su opinión coincidía con la de los tebanos[3124], puesto que él disponía de una mejor información sobre la situación real; pero el parecer de Mardonio era más enérgico, más inconsiderado e inflexible, porque creía que su ejército era mucho más

potente que el griego, que se debía provocar de inmediato una confrontación y que no se podía aguardar a que se concentraran más enemigos de los que ya se habían agrupado. Tenían que despreocuparse de los oráculos de Hegesístrato y no forzar la obtención de presagios favorables; debían seguir la costumbre persa y atacar.

42. Puesto que para Mardonio esto era lo correcto, nadie lo contradijo y se impuso su parecer. El mando sobre el ejército lo había recibido del rey él y no Artabazo. De manera que convocó a los taxiarcos de las unidades y a los generales de los griegos que estaban de su lado y les preguntó si conocían algún oráculo referido a los persas en el sentido de que éstos serían aniquilados en Grecia. Ante el silencio de los convocados, el de unos porque no conocían tales oráculos y el de los demás porque, aunque sí los conocían, creían peligroso hablar, Mardonio les dijo: «En vista de que vosotros o no sabéis nada o no os atrevéis a hablar, hablaré yo, puesto que estoy al corriente: hay un oráculo según el cual los persas, si llegan a Grecia, saquearán el santuario de Delfos y luego del saqueo exterminarán sin remisión a los griegos. Precisamente porque lo sabemos, ni iremos contra ese santuario ni intentaremos saquearlo, para no morir por esta culpa[3125]. De manera que todos vosotros, los que estáis a favor de los persas, alegraos[3126], porque seremos superiores a los griegos.» Y después de estas palabras les dio por segunda vez la señal de ponerse a punto, de prepararse para la batalla, pues el choque tendría lugar al alborear del siguiente día.

43. Yo personalmente sé que este oráculo, del que Mardonio dijo que apuntaba a los persas, se dio referido a los ilirios y a la campaña de los enqueleos[3127]; por tanto, no referido a los persas. Por el contrario, hay uno de Baquis compuesto para esta batalla:

En este choque de griegos con gritos que suenan extraños
junto al Termodonte y al Asopo, un lecho, un prado de yerba,
caerán más arqueros medos que los que Láquesis quiere
y el destino con ella si llega el día funesto.

Este oráculo y otros, debidos a Museo[3128], se refieren a los persas, lo sé muy bien. El río Termodonte fluye entre Tanagra y Glisa[3129].

44. Luego de la consulta sobre los oráculos y la exhortación de Mardonio,

se hizo de noche, y se apostaron los centinelas. Muy entrada ya la noche, cuando parecía que en el campamento había tranquilidad y, sobre todo, que los hombres dormían, se aproximó, a caballo, a los puestos de guardia de los atenienses Alejandro, hijo de Amintas, el rey y general de los macedonios, y pidió hablar con los estrategos[3130]. La mayoría de los centinelas no se movió de sus puestos, pero algunos corrieron al encuentro de los estrategos y al llegar a ellos les dijeron que se había presentado, procedente del campamento de los medos, un hombre a caballo que no les había dicho otra palabra, pero que había citado a los estrategos por sus nombres, diciendo que quería hablar con ellos.

45. Al oírlo, los estrategos los siguieron inmediatamente hacia el puesto de guardia. Y he aquí lo que Alejandro dijo a los que se le presentaron: «¡Hombres de Atenas! Deposito en vosotros estas palabras como un secreto, y os prohíbo que las digáis a cualquier otro que no sea Pausanias, para que no me perdáis a mí. Desde luego, yo no las diría si Grecia entera no me afectara muchísimo: yo soy griego desde siempre y no quiero ver una Grecia esclavizada en vez de una Grecia libre. De manera que os comunico que a Mardonio y a su ejército los sacrificios[3131] se resisten a salirles como ellos desean; de otra forma llevaríais ya mucho tiempo peleando. Pero ahora Mardonio ha mandado a paseo tales sacrificios y va a provocar el choque al amanecer. Sospecho que lo que él teme es que vosotros os concentréis aún en mayor cantidad. ¡De manera que atención! Pero en el caso de que Mardonio realmente retrase el encuentro, y no lo provoque, ¡no os mováis de aquí, aguantad! A él le quedan víveres para pocos días[3132]. Si el desenlace de esta guerra es el que todos deseamos, será preciso que alguien, con vistas a nuestra libertad[3133], se acuerde de mí, que me he arriesgado tanto por los griegos, por la simpatía que les profeso. He querido aclararos la decisión de Mardonio para evitar que los bárbaros se os echen repentinamente encima, cuando menos lo esperéis. Yo soy Alejandro de Macedonia.» Dijo estas palabras, y cabalgó de regreso al campamento, a su unidad.

46. Por su parte, los estrategos de los atenienses se dirigieron al ala derecha, a comunicar a Pausanias lo que le habían oído a Alejandro. A Pausanias aquellas palabras le hicieron desconfiar de los persas, y dijo: «Puesto que la batalla tendrá lugar ya al amanecer, es preciso que vosotros,

los atenienses, seáis los que os opongáis a los persas, y nosotros a los beocios y a los griegos situados ahora enfrente de vosotros. La razón es la siguiente: vosotros sabéis cómo son los medos, conocéis su estilo de combatir, porque habéis peleado contra ellos en Maratón; nosotros, en cambio, no tenemos ninguna experiencia con estos hombres, los ignoramos, no hay un solo espartano que haya llegado a saber cómo son los medos; en cambio, con los beocios y tesalios tenemos experiencia. Es preciso, por consiguiente, que recojáis vuestro armamento y que vengáis a esta ala, y que nosotros nos dirijamos al ala izquierda.» A lo cual comentaron los atenienses: «Tiempo ha, ya desde el primer momento, cuando observamos que los persas tomaban posiciones frente a vosotros, se nos ocurrió sugeriros esto que ahora vosotros os anticipáis a proponer, pero nos retenía el temor de que esta proposición os desagradara. Pero dado que, bien al contrario, vosotros habéis pensado en ello espontáneamente, aceptamos gustosos vuestra propuesta, estamos dispuestos a proceder así.»

47. La propuesta, pues, plugo a ambos bandos, y permutaron sus posiciones. Cuando los beocios vieron lo que ocurría, lo comunicaron a Mardonio, quien, así que lo oyó, intentó inmediatamente una reagrupación, por cuanto mandó a los persas situarse frente a los lacedemonios. También Pausanias notó lo que sucedía y se dio cuenta de que su maniobra no había pasado inadvertida. Ante ello recondujo a los espartanos al ala derecha. Y Mardonio hizo exactamente lo mismo en su ala izquierda.

48. Restituidos, pues, todos a sus emplazamientos anteriores, Mardonio por boca de un heraldo que les envió dijo a los espartiatas: «¡Lacedemonios! De vosotros se dice que sois los más valientes de los habitantes de este país[3134]. Se pasman de que no rehuyáis la guerra, de que no abandonéis la formación[3135] porque resistís, y o matáis al enemigo o él os mata a vosotros. Pero en todo ello no hay nada de verdad: ya antes de que choquemos y vengamos a las manos vemos que huís y que abandonáis vuestro puesto, por cuanto dejáis que sean los atenienses los que se midan con nosotros y vosotros mismos os situáis frente a nuestros esclavos. Lo cual no es, en modo alguno, cosa de hombres valientes; en cuanto a vosotros, nos hemos engañado de lo lindo. Porque esperábamos, por vuestra fama, que nos mandaríais un heraldo que nos indujera a retirarnos, porque deseáis luchar

sólo contra los persas. Estábamos dispuestos a hacerlo, pero vemos que no decís nada de esto, sino que más bien escurrís el bulto. ¡Bien! Ya que vosotros no habéis comenzado con esta propuesta, vamos a empezar. ¿Por qué no hemos luchado a la par, tantos contra tantos, en igual número, vosotros, que gozáis de la fama de ser los más valientes, por los griegos, y nosotros por los bárbaros? Si lo indicado parece ser que también los demás combatan, en tal caso, de todos modos que se sitúen detrás, en segundo término. Y si ello parece desaconsejable, si basta con que nos batamos sólo nosotros, vamos a combatir hasta el final. El bando que salga vencedor de los dos nuestros habrá obtenido la victoria para todo su ejército.»

49. Dijo esto, y aguardó algún tiempo; luego, a la vista de que nadie le respondía, regresó. A su llegada notificó a Mardonio lo acaecido. Él, exultante de alegría, enorgullecido por tal ilusorio triunfo[3136], mandó la caballería contra los griegos. Ésta se lanzó al asalto y, disparando flechas y venablos, causó bajas en todo el ejército griego: eran arqueros montados y era difícil aproximarse a ellos. También enturbiaron la fuente Gargafia, que surtía de agua a todo el ejército de los griegos, y además la cegaron. Cerca de la fuente había sólo lacedemonios; para el resto de los griegos, según el lugar en que habían acampado, la fuente quedaba más o menos lejos de las distintas unidades, que, en cambio, tenían el Asopo cerca. Pero no lograban llegar a él, y debían recurrir siempre a la fuente, porque la caballería enemiga los privaba, con sus disparos, de proveerse allí de agua.

50. En estas circunstancias, con el ejército que no podía aprovisionarse de agua y hostigados por la caballería enemiga, los estrategos de los griegos celebraron un consejo, por éste y por otros problemas, para lo cual fueron al encuentro de Pausanias, en el ala derecha. Pues había otras cuestiones que los preocupaban más que éstas, planteadas según se ha indicado. Ya no les quedaban víveres, y su séquito[3137], que había sido enviado al Peloponeso en busca de más provisiones, estaba aislado por la caballería persa y no estaba en condiciones de llegar al campamento.

51. En su deliberación los estrategos acordaron que si los persas dejaban pasar el día sin atacar, se dirigirían[3138] a la «isla»[3139], que dista diez estadios[3140] del Asopo y de la fuente Gargafia, cerca de la cual entonces los griegos tenían su campamento, y que está delante de la ciudad de Platea. Y he

aquí cómo puede haber una isla en tierra firme: un río que fluye descendiendo del Citerón a la llanura se divide en dos corrientes de agua, separadas entre sí unos tres estadios, que convergen después en un mismo punto[3141]; el nombre del río es Oéroe; las gentes del país explican que Oéroe era hija de Asopo. De manera que los estrategos decidieron trasladarse a este lugar, tanto para disponer de agua como para evitar un hostigamiento de la caballería tal como el de cuando la tenían delante. Determinaron proceder al traslado en la segunda guardia de la noche, para evitar ser observados por los persas en su marcha y para que los jinetes no los persiguieran ni los molestaran. Decidieron que cuando hubieran alcanzado este lugar que Oéroe, la hija de Asopo, encierra entre sus brazos cuando sale del Citerón, entonces, en esa misma noche, enviarían la mitad de su ejército hacia este monte para recuperar el séquito[3142] que había partido hacia Lacedemonia por víveres, que entonces se encontraba atrapado en tal montaña.

52. Tomadas estas decisiones, durante toda aquella jornada la presión de la caballería persa no les dejó ni un momento de respiro. Pero cuando acabó el día y los jinetes pararon, es decir, cuando, ya de noche, pareció llegada la hora fijada para la marcha, la mayoría se puso en movimiento y se alejó, pero la verdad es que sin pensar en el punto de destino previamente determinado[3143], sino que, nada más moverse, se escaparon muy de su grado de la caballería en dirección a Platea[3144]. En esta fuga llegaron al templo de Hera, que está delante de la ciudad de los plateos, a veinte estadios de la fuente Gargafia. A su llegada tomaron posiciones ante el santuario.

53. De modo que éstos acamparon delante del templo de Hera. Pausanias, cuando vio que éstos ya se alejaban del campamento, ordenó a los lacedemonios tomar las armas y marchar detrás de los que ya iban delante, convencido de que irían al lugar que habían acordado.

Los comandantes de todas las unidades se aprestaban a obedecer a Pausanias, a excepción de Amonfáreto, hijo de Políadas, que mandaba el batallón de Pítana: se negó a huir ante el enemigo y a consentir voluntariamente la deshonra de Esparta. Se admiró de lo que sucedía, pues no había asistido a la reunión anterior. Pausanias y Eurianacte se tomaron muy mal que aquél los desobedeciera, pero juzgaron peor, ante tal desobediencia, abandonar el batallón de Pítana: temían que, si lo abandonaban para cumplir

lo acordado con el resto de griegos, Amonfáreto se quedaría rezagado y se perdería, él y sus hombres. Calcularon esto, retuvieron donde estaban a las tropas de los lacedemonios e intentaron hacer comprender a Amonfáreto que él no tenía ninguna necesidad de actuar como actuaba.

54. Ellos, pues, trataban de convencer a Amonfáreto, el único de los lacedemonios y de los tegeatas que se había quedado atrás[3145]; en cuanto a los atenienses, he aquí lo que hicieron. Se quedaron tranquilamente en el lugar que les había correspondido, pues conocían bien la manera de ser de los lacedemonios, que pensaban una cosa y decían otra. Y cuando el ejército se puso en movimiento enviaron a un jinete suyo para que comprobara si los espartiatas emprendían la marcha o bien si no pensaban en absoluto alejarse; debía preguntar a Pausanias qué era lo que cabía hacer.

55. El heraldo llegó junto a los lacedemonios y vio que estaban todavía en sus puestos y que sus jefes discutían. Pues Pausanias y Eurianacte trataban de persuadir a Amonfáreto para que no se expusiera al peligro de quedarse allí, sólo él de los lacedemonios, pero todo era en vano. Precisamente cuando estaban en plena discusión llegó el heraldo ateniense; en aquel momento Amonfáreto había cogido con las dos manos una piedra[3146] que puso a los pies de Pausanias, exclamando que con ese voto él votaba no huir ante el extranjero: al bárbaro lo llamaba extranjero. Pero a él Pausanias le echó en cara que era un loco, que había perdido el juicio, y dirigiéndose al heraldo de los atenienses, que le formulaba la pregunta que le habían encargado, le dijo que les contara la situación de allí; de los atenienses deseaba que se aproximaran[3147] y, en lo referente a la marcha, quo los imitaran en lo que ellos mismos iban a hacer[3148].

56. El heraldo regresó al encuentro de los atenienses. Apuntó la aurora y aquéllos seguían todavía discutiendo; con todo, durante todo el tiempo Pausanias defendía impasiblemente su opinión porque no creía que Amonfáreto fuera a quedarse atrás cuando el resto de los lacedemonios evacuaran sus posiciones, como realmente ocurrió. Y dio la señal de marcha, se llevó a todas[3149] sus tropas por la zona de las colinas; los tegeatas lo seguían. Pero al serles dada la señal, los atenienses efectuaron la marcha en dirección inversa a la de los lacedemonios[3150]. Éstos, en efecto, se apretaban junto a las alturas y las pendientes del Citerón, por miedo a la caballería; los

atenienses, bien al contrario, bajaban a la llanura.

57. Al principio Amonfáreto no podía pensar que Pausanias fuera a abandonarlo, y se obstinaba en su idea de que debían quedarse allí, sin abandonar la posición. Pero cuando vio que Pausanias y sus hombres se iban alejando, sospechó que, sin más, iban a dejarlo solo. Mandó a su compañía tomar las armas y, caminando al paso[3151], la guió hacia el grueso del ejército. Éste, por su parte, luego que hubo recorrido unos diez estadios, esperó a la compañía de Amonfáreto; acampó junto al río Molunte, en la llamada región argiópica[3152], donde se levanta un santuario de Deméter Eleusinia[3153]. Y esperó allí para retroceder e ir en socorro de Amonfáreto y de su compañía ante la eventualidad de que éstos se negaran a abandonar la posición que les había sido asignada y se quedaran en ella. Apenas Amonfáreto y los suyos hubieron alcanzado al resto de los suyos toda la caballería de los bárbaros se lanzó contra ellos. Los jinetes actuaron según en ellos era siempre habitual: habían visto que las posiciones ocupadas por los griegos los días anteriores habían sido evacuadas y ante ello avanzaron cada vez más con sus caballos, y así que hubieron establecido contacto con el enemigo cargaron contra él.

58. Mardonio[3154], al ser informado de que los griegos al amparo de la noche se habían retirado, y al ver que la región ya no estaba ocupada, convocó a Tórax de Larisa[3155] y a sus hermanos Eurípilo y Trasideo[3156] y les espetó: «¡Hijos de Alevas![3157]. ¿Qué vais a decirme ahora, al ver esto evacuado? Pues sosteníais siempre que vuestros vecinos[3158], los lacedemonios, no rehuían jamás una batalla, sino que en la guerra eran siempre los campeones. Ya antes comprobasteis que permutaban su posición[3159], y ahora todos nosotros vemos que en la noche pasada se nos han escapado. Allí donde irremediablemente hubieran debido batirse con los hombres que, sin discusión, son los mejores en el combate, han demostrado que, si los griegos no valen absolutamente nada[3160], ellos son los peores de los griegos[3161]. Ciertamente vosotros, que no conocíais en absoluto a los persas, merecéis comprensión, por lo menos la mía, por el hecho de haberlos alabado, pues de ellos sí sabíais algo. Pero de Artabazo debí extrañarme más que de vosotros, pues él llegó a sentir pavor ante los lacedemonios, y en su pavor expuso una opinión muy cobarde: dijo que era preciso que el ejército

levantara el campamento y que se dirigiera a la fortaleza[3162] de los tebanos, y allí permitir que nos cercaran[3163]. El rey se enterará de esto por mí, personalmente. Pero ya habrá otra ocasión para hablar de ello, de momento no podemos tolerar que hagan lo que están haciendo: debemos perseguirlos hasta echarles mano, para que paguen por todo lo que han hecho a los persas.»

59. Dijo esto, y condujo a los persas, cruzando previamente el Asopo, a paso ligero en pos de los griegos, como si éstos se le escaparan, pero se dirigió únicamente contra los lacedemonios y los tegeatas, sin ver a los atenienses, que habían bajado a la llanura; las colinas le impedían verlos. Cuando los demás jefes de los contingentes bárbaros vieron que los persas perseguían a los griegos, todos dieron la señal y se sumaron a la persecución tan velozmente como sus pies les permitieron, sin formar ni filas ni unidades. Se abalanzaron con griterío y tumulto, convencidos de que desbaratarían al enemigo.

60. La caballería los acosaba, y Pausanias envió un jinete a los atenienses, que les dijo: «¡Hombres de Atenas! En el momento en que tenemos delante una lucha de la máxima importancia, en la que está en juego la libertad o la esclavitud de Grecia, nos hemos visto traicionados, nosotros lacedemonios, y vosotros, atenienses, por nuestros aliados, que durante la noche anterior nos han desertado. Con lo cual queda demostrado lo que debemos ineludiblemente hacer: defendernos tal como podamos y ayudarnos mutuamente. Si ahora la caballería se hubiera dirigido contra vosotros, nos correspondería, naturalmente, a nosotros y a los tegeatas, que juntamente con nosotros no serán traidores a la causa de Grecia, prestaros ayuda. Pero, de momento, la caballería ha cargado contra nosotros, y es justo que vosotros acudáis en ayuda de aquella parte del ejército más acosada. Y en el caso de que os sea realmente imposible, hacednos por lo menos un favor: mandadnos a vuestros arqueros[3164]. Somos conscientes de que en esta guerra de ahora vosotros sois los que, con mucho, más tenéis buena voluntad para prestar ayuda a quien os la pida. De manera que nos atenderéis.»

61. Cuando lo supieron, los atenienses se dispusieron a la ayuda y a prestar su máximo apoyo. Se habían puesto ya en marcha cuando los griegos que estaban de parte del rey y que habían sido apostados frente a los

atenienses atacaron a los que marchaban, de manera que, acosados por el enemigo, ya no pudieron prestar apoyo a nadie. Los lacedemonios y los tegeatas, que se quedaron sin ninguna ayuda, sumaban, teniendo en cuenta la infantería ligera de los espartanos, cincuenta mil; los tegeatas, que nunca se separaron de los lacedemonios, eran tres mil. Y ofrecieron sacrificios previos, antes de presentar batalla a Mardonio y al ejército que tenía con él. Los sacrificios no les fueron favorables y durante ese tiempo sufrieron muchas bajas, y todavía más resultaron heridos. Pues los persas se habían levantado un parapeto con sus escudos[3165] de mimbre y, situados detrás, disparaban una lluvia de flechas acosando a los espartanos. Los sacrificios no eran satisfactorios, y Pausanias miró hacia el templo de Hera de los plateos y pidió su valimiento a la diosa, esperando no ver defraudadas sus esperanzas[3166].

62. Oraba todavía cuando, ellos los primeros, se levantaron ante él los tegeatas, que arremetieron contra el enemigo[3167]. Y tras la plegaria de Pausanias, a los lacedemonios los sacrificios les fueron favorables. Cuando, con el tiempo, las cosas fueron así, también los lacedemonios atacaron a los persas[3168], que dejaron sus arcos[3169], y se entabló una lucha por los escudos. Éstos fueron arrancados[3170] y se luchó mucho rato encarnizadamente junto al templo de Deméter; finalmente se llegó a un cuerpo a cuerpo[3171]. Los bárbaros se aferraban a las lanzas y las astillaban[3172]. Los persas no eran inferiores en fuerza de voluntad ni en vigor corporal, pero desprovistos de armas pesadas[3173] como estaban, encima eran unos inexpertos y en pericia no estaban a la altura de sus adversarios. Se echaban adelante y se precipitaban uno a uno, o en grupos de diez, o de más o menos de diez, contra los espartiatas, que los aniquilaban.

63. Donde estaba Mardonio, que luchaba a lomos de un caballo blanco y tenía a su alrededor a los mil más valientes de los persas[3174], fue allí donde se ejerció sobre los adversarios[3175] la presión más enérgica. Mientras Mardonio vivió los persas aguantaron y en su resistencia mataron a muchos lacedemonios. Pero muerto Mardonio[3176], y con él su escolta protectora, los más aguerridos del ejército, los demás se volvieron de espaldas y cedieron ante los lacedemonios. Pero a la mayoría los perdió su equipo, que no tenía la debida protección, pues debían luchar como infantería ligera[3177] contra

infantería pesada.

64. Aquí, por un lado, los espartiatas, según el oráculo, pagaron con Mardonio la muerte de Leónidas, y por el otro Pausanias, hijo de Cleómbroto y nieto de Anaxándridas, logró la más espléndida victoria conocida hasta entonces. El nombre de sus antepasados ya se ha indicado al tratar de Leónidas[3178], pues ambos tienen los mismos. Mardonio cayó a manos de Arimnesto[3179], hombre de gran prestigio en Esparta, que en tiempos posteriores a las guerras médicas ejerció el mando sobre trescientos hombres, y murió con ellos en Esteniclero[3180] en una guerra contra todos los mesenios.

65. Los persas en Platea, cuando fueron puestos en fuga por los lacedemonios, huyeron en completo desorden hacia su campamento y hacia el muro de madera que se habían levantado en territorio tebano. Lo que a mí me maravilla es que, puesto que entablaron combate junto al bosque de Deméter, no se viera ni a un solo persa pisar el recinto sagrado: ni uno solo que muriera dentro[3181]; casi todos cayeron en tierra profana[3182] alrededor del santuario. A mí me parece —si es preciso opinar sobre temas relativos a los dioses— que la diosa en persona los rechazó porque habían pegado fuego a su templo en Eleusis[3183].

66. Tal fue el transcurso de la batalla. Artabazo, hijo de Fárnaces[3184], desde el mismo principio no había estado de acuerdo en que el rey dejara a su retaguardia a Mardonio; luego desaconsejó con vehemencia a éste presentar batalla, pero se esforzó en balde, de modo que, insatisfecho por las decisiones de Mardonio, actuó por su cuenta. Tenía a su mando fuerzas que no eran nada desdeñables, unos cuarenta mil hombres. En el transcurso de la confrontación —él era muy consciente de cuál sería el desenlace de la batalla— se puso a la cabeza de sus efectivos; formados en buen orden, les mandó marchar, a todos, en la dirección que él mismo les indicaría, y con la misma andadura que él. Tras impartir estas órdenes, guió a su ejército fingiendo dirigirse a la batalla. Pero, recorrido ya un cierto trecho, vio que los persas huían. Entonces ya no avanzó manteniendo la misma formación[3185], sino que él mismo huyó a toda prisa, pero no en dirección al muro de madera ni en dirección al muro de Tebas, sino hacia los focenses: deseaba llegar cuanto antes al Helesponto. Y sus tropas giraron hacia ese lado.

67. En cuanto al resto de los griegos: los que luchaban a favor del rey

pelearon cobardemente a propósito, pero los beocios se batieron largo tiempo con los atenienses. Desde luego, los tebanos de ideología meda lucharon con gran bravura. Lucharon y no fueron a propósito cobardes, hasta el punto de que los trescientos primeros[3186] y más valientes cayeron allí a manos de los atenienses. Cuando, al fin, huyeron, lo hicieron hacia Tebas y no hacia el lugar al que huyeron los persas que quedaban[3187]. También el resto de aliados[3188] huyó en masa sin haber luchado contra nadie ni haber realizado ninguna proeza.

68. Para mí está claro que todas las proezas de los bárbaros dependieron sólo de los persas, por cuanto entonces los bárbaros, ya antes de establecer contacto con el enemigo huyeron porque vieron que los persas lo hacían. Y huyeron todos, a excepción de la caballería[3189], principalmente de la beocia, que ayudó a los fugitivos por cuanto se mantuvo muy cerca del enemigo y separó de los griegos en su huida a sus camaradas. Los vencedores persiguieron a los hombres de Jerjes y los exterminaron.

69. Al principio mismo de la fuga, se comunicó, a los griegos que habían tomado posiciones en los alrededores del templo de Hera y que no habían participado en la batalla, que ésta se había librado, de la cual Pausanias y los suyos habían salido vencedores. Cuando lo oyeron, sin guardar ningún orden de marcha[3190] arrancaron los de Corinto y sus secuaces[3191] por las colinas y las estribaciones de las montañas, subiendo por la ruta[3192] que asciende directamente al templo de Deméter, y el grupo de Mégara y de Fliunte por la llanura, siguiendo la ruta menos accidentada[3193]. Los megarenses y los fliasios se aproximaban al enemigo; la caballería de los tebanos, que había visto cómo iban a establecer contacto con él, pero sin orden ni concierto, cargó contra ellos; la mandaba Asopodoro[3194], hijo de Timandro. Cargó contra ellos, como digo, mató a seiscientos y rechazó y persiguió a los restantes hasta el monte Citerón. Éstos murieron de manera vil[3195].

70. Cuando los persas y la masa de los demás fugitivos hubo ganado el abrigo de la muralla de madera[3196], ante la llegada de los lacedemonios se apresuraron a subir a las torres; ya en ellas, aseguraron el muro lo mejor que pudieron[3197]. Llegaron los atenienses[3198] y en el muro se libró un combate empeñado, porque, mientras los atenienses todavía no estaban presentes, los

persas se defendían bien ante los lacedemonios y aun les llevaban ventaja, puesto que los lacedemonios no eran hábiles en combatir por un muro. Pero cuando los atenienses entraron en el choque, éste se hizo muy violento y duró mucho tiempo. Finalmente los atenienses, por su hombría y su tenacidad, escalaron el muro y lo derruyeron, y los griegos irrumpieron por allí. Los primeros en cruzar aquel muro fueron los tegeatas; ellos fueron los que saquearon la tienda de Mardonio: se lo llevaron todo, incluyendo el pesebre de sus caballos, digno de verse[3199] porque era de bronce. Este pesebre de Mardonio, los tegeatas lo dedicaron como exvoto en el templo de Atenea Alea[3200]; todo lo demás que se llevaron de allí lo depositaron en el mismo sitio que los demás griegos. Superado su muro, los bárbaros no establecieron ninguna línea de resistencia. Entre ellos ya nadie pensaba en defenderse[3201], habían quedado como pasmados[3202], porque se veían apretados y atrapados en un espacio muy reducido decenas de millares de hombres. A los griegos les fue posible hacer una masacre tal que, de trescientos mil hombres (descontando a los que se escaparon con Artabazo), el número de supervivientes no llegó a tres mil. De los lacedemonios de Esparta cayeron en combate, en total, noventa y uno, de los tegeatas dieciséis y de los atenienses cincuenta y dos[3203].

71. Los más bravos de los bárbaros fueron la infantería ligera persa y la caballería de los sacas, y entre los hombres se citó especialmente a Mardonio. De los griegos, se distinguieron los atenienses y los tegeatas, pero los espartiatas los superaron todavía en valor. Yo esto no lo puedo probar con otro argumento que no sea la circunstancia (hay que tener en cuenta que todos derrotaron a los que tenían enfrente) de que los mencionados atacaron las posiciones más fuertes[3204] y las conquistaron. A mi juicio el más valiente, con mucho, fue Aristodemo, que, en las Termópilas, fue el único que se salvó de los Trescientos[3205], lo cual le valió vergüenza y oprobio. Tras él, los más bravos fueron los espartiatas Posidonio, Filoción y Amonfáreto. Sin embargo, en un diálogo que hubo sobre cuál de ellos había sido más valiente, los espartanos allí presentes opinaron que la cosa era clara: Aristodemo deseaba hallar allí la muerte por la culpa que se le imputaba, y por ello abandonó locamente su puesto en la fila y en la formación, y en estas condiciones realizó sus proezas, mientras que Posidonio no buscaba la muerte y, pese a

ello fue un hombre valiente, lo cual tiene más mérito. Pero no puede excluirse que dijeran esto por desdén. Todos los que he citado, muertos en esta batalla, a excepción de Aristodemo, recibieron honras fúnebres[3206]; sólo Aristodemo no recibió ninguna, porque se buscó la muerte por las causas que he indicado.

72. O sea, que éstos fueron los combatientes más famosos en Platea; Calícrates[3207] murió después de la batalla. Había llegado al campamento, y era el más gallardo de todos los griegos de entonces[3208], no sólo de los lacedemonios. Mientras Pausanias ofrecía sacrificios y él estaba en su unidad, una flecha le hirió un costado. Naturalmente, los demás entraron en combate y él fue evacuado luchando con la muerte. Y le dijo a Arimnesto de Platea que no le daba coraje morir por Grecia, pero sí morir sin haber empleado su brazo y sin haber realizado proeza alguna digna de él[3209]... ¡con lo que le hubiera agradado realizarla!

73. Dicen que entre los atenienses se distinguió Sófanes, hijo de Eutíquides, del demo de Decelea[3210], de aquellos decelios que realizaron una obra útil para toda la posteridad —como lo cuentan los propios atenienses—. Porque muchísimo tiempo atrás, desde luego, cuando los tindáridas invadieron con un ejército el país ático para recuperar a Helena[3211], echaban de sus lugares a los habitantes de los demos, porque no sabían dónde Helena había sido puesta discretamente a buen recaudo; entonces los decelios, y, según puntualizan algunos, el mismo Décelo[3212], dolido por la soberbia de Teseo y temiendo por todo el país de los atenienses, explicó la cosa a los tindáridas y les indicó el camino de Afidna, villa que Títaco[3213], un natural del país, entregó a los tindáridas traidoramente. Como consecuencia de esta acción hay en Esparta a favor de los decelios exención de tasas comerciales y asignación de asientos de honor en las asambleas todavía hoy [y en la guerra[3214] que estalló muchos años después de estos hechos entre atenienses y peloponesios, éstos respetaron Decelea, mientras que los lacedemonios saquearon por entero el resto del Ática].

74. En cuanto a Sófanes, que procedía de este demo y que se distinguió por su valor entre los atenienses, hay dos tradiciones. Según la primera, él llevaba, atada al talabarte de su coraza, un ancla de hierro que siempre lanzaba al suelo cuando en el fragor del combate se acercaba a sus

adversarios, para impedir que éstos, si lo asaltaban, pudieran removerlo de su sitio, y si, por el contrario, se producía una desbandada del enemigo, su plan era levar[3215] el ancla[3216] y perseguirlos así. Ésta es la primera versión que se cuenta; la segunda, que está en abierta contradicción con la primera, dice que era un ancla, a modo de emblema[3217], en su escudo, que agitaba continuamente y jamás mantenía parado; no se trataba de un ancla colgada de su coraza.

75. Hay, además, otra espléndida proeza que Sófanes llevó a cabo. Cuando los atenienses habían sometido Egina a un cerco total, mató al argivo Euríbates, un campeón en el pentatlon, tras un desafío previo. Y él mismo, posteriormente, cuando mandaba a los atenienses juntamente con Leagro, hijo de Glaucón, murió bravamente en Dato[3218] a manos de los edonos[3219], en un combate librado por las minas de oro[3220].

76. En Platea, luego que los griegos hubieran aniquilado a los bárbaros, se les pasó una mujer tránsfuga. Se había enterado del exterminio de los persas y del triunfo de los griegos; se trataba de una concubina de Farándates[3221], hijo de Teaspes, o sea de un persa; lucía ricas joyas de oro, ella misma y sus sirvientas, y el vestido más lujoso de los que poseía. Bajó de su carruaje y se dirigió a los lacedemonios, dedicados todavía a la matanza. Cuando observó que Pausanias allí era el que mandaba, lo reconoció —lo conocía de nombre ya antes, y sabía su ascendencia, por haberla oído muchas veces—, se abrazó a sus rodillas[3222] y le dijo: «¡Oh rey[3223] de Esparta! Soy tu suplicante[3224], líbrame de la esclavitud de una cautiva de guerra[3225]. ¿Sabes hasta qué punto nos has alegrado al destruir a éstos, a los que tanto los dioses como los demonios[3226] importan un comino? Yo nací en la isla de Cos[3227], hija de Hegetóridas y nieta de Antágoras[3228]. Los persas me echaron mano, me llevaron de Cos por la fuerza.» Y él contestó con estas palabras: «Mujer, ten buen ánimo, tanto por tu condición de suplicante como, en el caso de que digas la verdad, por ser hija de Hegetóridas de Cos, que me es un huésped muy apreciado de entre los que viven en aquellos territorios.» Y después de estas palabras, de momento la confió a los éforos[3229] presentes, y posteriormente la remitió a Egina, lugar al que él mismo proyectaba trasladarse.

77. Inmediatamente después de la llegada de esta mujer se presentaron[3230] los de Mantinea, cuando todo ya había acabado completamente. Cuando supieron que habían llegado tarde, lo consideraron una gran desgracia y dijeron que merecían un castigo. Pero cuando se enteraron de que los medos de Artabazo habían huido, querían perseguirlos hasta Tesalia. Pero los lacedemonios no les permitieron perseguir a estos escapados. Ellos se retiraron a su país, del cual expulsaron a los jefes de su ejército.

Y después de los mantineos llegaron todavía los eleos, que, al igual que los de Mantinea, lo consideraron una desgracia y regresaron a su país. También ellos, a su regreso, desterraron a sus jefes militares[3231]. Y basta ya sobre los eleos y los mantineos.

78. Pero en Platea, en el campamento de los eginetas, había un tal Lampón, hijo de Píteas[3232], uno de los eginetas más prestigiosos, que corrió a hacer a Pausanias una proposición absolutamente impía[3233]. Se llegó, pues, a él a toda prisa y le dijo: «¡Hijo de Cleómbroto! Tú has realizado una gesta sobrehumana por su grandeza y su esplendor: la divinidad[3234] te ha concedido salvar Grecia y adquirir con ello la gloria más grande que conocemos entre los griegos. Haz lo que todavía falta a esto para aumentar tu gloria[3235] y para conseguir que en el futuro cualquier bárbaro se cuide muy mucho de no cometer insensateces contra los griegos. Cuando Leónidas murió en las Termópilas, Mardonio y Jerjes lo decapitaron y lo mandaron crucificar[3236]. Por eso si les pagas con la misma moneda, te cobrarás la deuda y hallarás el loor ante todo de los espartiatas y también el del resto de griegos. Cuando hayas empalado a Mardonio habrás vengado a tu tío Leónidas.» Dijo esto creyendo que con ello le agradaría. Pero he aquí la respuesta que obtuvo:

79. «¡Huésped de Egina! Te agradezco[3237] la benevolencia y el interés que por mí demuestras, pero te equivocaste de opinión, y no me sirves. Nos has puesto por las nubes, tanto a mi país como a mi éxito, y luego me has arrojado al lodo cuando me has aconsejado que ultraje un cadáver, pretendiendo que si lo hago adquiriré una mejor reputación; una conducta así es más propia de bárbaros que de griegos. Y a los bárbaros se lo reprochamos. Ni quiero, obrando así, ganarme el aplauso de los eginetas ni el

de aquellos a quienes una tal cosa resulta de recibo. Yo tengo bastante con satisfacer a mis espartiatas diciendo y haciendo lo que es justo. Y para Leónidas, de quien me dices que tome venganza, sostengo que ya la he tomado, y gigantesca, y que ha sido honrado por las almas incontables de los caídos aquí y por los que perdieron la vida en las Termópilas. A mí no me vengas más con tales pensamientos ni consejos, y agradéceme que por esto de ahora no te pase nada.»

80. El otro al oír esto se alejó. Y Pausanias hizo proclamar por un heraldo que nadie podía tocar el botín, y luego mandó a los hilotas que le reunieran los objetos preciosos. Los hilotas se diseminaron por todo el campamento persa y encontraron tiendas adornadas con oro y plata[3238], lechos recamados de oro y de plata, crateras y también copas y vasos de oro; encima de los carros encontraron sacos que contenían calderos de oro y de plata, despojaron a los cadáveres que yacían en el suelo de brazaletes y collares, y de sus cimitarras, que eran de oro; vestidos bordados los había sin cuenta. En esta ocasión los hilotas robaron y vendieron a los eginetas muchos objetos, y entregaron muchos porque era imposible ocultarlos[3239]. Allí nacieron grandes fortunas entre los eginetas, que, a lo que parece, compraron a los hilotas el oro a precio de bronce[3240].

81. Reunieron, pues, los tesoros, y del total de su valor consagraron al dios de Delfos un diezmo, del cual mandaron hacer el trípode de oro que tiene en su base una serpiente tricéfala de bronce, dedicado junto al altar, ante el templo. Al dios de Olimpia[3241] le dedicaron otro diezmo, del cual consagraron una estatua broncínea de diez codos, y fabricaron para el dios del Istmo[3242] la estatua broncínea de siete codos[3243]. Luego que hubieron separado estas partes, se repartieron el resto, y cada uno recibió lo que le correspondía, las concubinas de los persas, oro, plata, el resto de los tesoros y las bestias de tiro. Pero nadie ha dicho lo que se dio a los que se habían distinguido en Platea. Pero yo creo que se les dio algo especial; a Pausanias, concretamente, le cedieron munificentemente[3244] mujeres, caballos, carros[3245], camellos, y lo mismo en las demás cosas.

82. Se cuenta también que sucedió lo siguiente: Jerjes, cuando abandonó Grecia, dejó a Mardonio su propio paramento. Bien: Pausanias vio este paramento de Mardonio, adornado de oro, plata, con cortinajes policromados,

y entonces encargó a los panaderos y a los cocineros[3246] que le prepararan un banquete igual a los celebrados por Mardonio. Y una vez que aquéllos ya habían cumplido tal orden dicen que Pausanias, a la vista de los divanes adornados de oro y plata ya bien extendidos, de las mesas de oro y de plata y de los lujosos aderezos del banquete, se pasmó ante el gran valor de lo que tenía ante sí, lo tomó a broma y dijo a sus servidores que le prepararan una comida laconia. Preparada la comida, la diferencia era grande, Pausanias se echó a reír y convocó a los comandantes de los griegos. Éstos acudieron a su llamada, y Pausanias les hizo ver las dos formas de preparar la comida y les dijo: «¡Hombres de Grecia! Os he reunido aquí porque os he querido demostrar la nula sensatez de los medos, que han venido a nosotros con su estilo de vida tan lujoso[3247] cuando el nuestro es tan pobre... ¡y venían a robarnos!» Según cuentan, esto es lo que Pausanias dijo a los comandantes griegos.

83. Sin embargo, en tiempos posteriores, después de la guerra, muchos plateos encontraron numerosos cofres que contenían oro, plata y otros objetos preciosos. Y he aquí lo que, todavía más tarde, apareció también: después que los cadáveres[3248] perdieron sus carnes (los plateos juntaron todos los huesos en un lugar), se descubrió un cráneo que no presentaba ninguna sutura, sino que constaba de un único hueso; apareció también una mandíbula que conservaba todos los dientes, formados por un solo hueso, dientes de delante[3249] y molares, y la osamenta de un hombre de cinco codos de alto[3250].

84. El cadáver[3251] de Mardonio desapareció al segundo día[3252], y yo no puedo decir a ciencia cierta quién lo hizo desaparecer; lo cierto es que he oído citar a muchos que podrían haberlo enterrado, y sé que muchos han recibido grandes recompensas de Artontes, hijo de Mardonio, debido a esta obra[3253]. Pero a mí me es imposible averiguar con exactitud quién fue realmente el que se llevó secretamente el cadáver de Mardonio. Se sostiene con cierta verosimilitud que fue Dionisófanes, un hombre de Éfeso, quien lo enterró. Él, pues, fue enterrado de esta manera[3254].

85. Los griegos, así que se hubieron repartido el botín de Platea, enterraron a sus muertos, cada pueblo por separado. Los lacedemonios

construyeron tres tumbas: en una enterraron a sus jóvenes[3255], entre cuyos restos figuraban los de Posidonio, Amonfáreto, Filoción y Calícrates; en la primera de las tumbas depositaron, pues, a los jóvenes; en la segunda a los espartiatas restantes, y en la tercera a los hilotas. Así, pues, los enterraron[3256]. Los tegeatas enterraron a los suyos por separado, a todos en una sola tumba, y también los atenienses, en el mismo lugar. Lo mismo hicieron los megarenses y los fliasios con sus muertos a manos de la caballería persa. Las tumbas de éstos, por tanto, quedaron ocupadas. En cuanto a las tumbas de los demás griegos, visibles también en Platea, estos griegos, por lo que yo sé, avergonzados por no haber participado en la batalla, cada pueblo en particular, levantó tumbas vacías[3257] pensando en las generaciones venideras[3258]. Allí hay también una tumba llamada de los eginetas, de la que oigo decir que es posterior en diez años a los hechos, levantada a ruegos de los eginetas[3259] por un hombre de Platea, Cléades, hijo de Autódico, que era próxeno de Egina[3260].

86. Cuando, en resumidas cuentas, los griegos hubieron dado sepultura a sus muertos en Platea se reunieron inmediatamente en consejo y acordaron marchar en campaña contra Tebas para exigir la entrega de aquellos que habían sido partidarios de los medos, ante todo la de Timegénidas[3261] y la de Atagino[3262], que eran los primeros entre los capitostes: si no les eran entregados no se alejarían de la ciudad sin haberla tomado y arrasado. Tomaron esta decisión, se presentaron ante Tebas once días después de la batalla y asediaron a los tebanos: les exigían la entrega de las personas citadas. Pero los tebanos se negaron a entregarlos, y los otros iban devastando el país y lanzando ataques contra los muros.

87. Al cabo de veinte días, en vista de que los estragos no cesaban, Timegénidas dijo a los tebanos: «¡Hombres de Tebas! Puesto que los griegos han decidido no levantar el cerco hasta haber tomado Tebas, o bien, alternativamente, hasta que vosotros nos entreguéis a ellos, de acuerdo: el país beocio no ha de sufrir más por culpa nuestra. Si lo que quieren es dinero y se sirven de nosotros como pretexto, vamos a darles el dinero de la caja común —pues hemos sido partidarios de los medos no únicamente nosotros dos, sino la comunidad entera—, pero si somos nosotros dos lo que ellos

quieren, y por eso asedian la ciudad, en tal caso nosotros personalmente vamos a justificarnos.» Pareció que hablaba con mucha corrección y oportunidad, y a través de un heraldo comunicaron a Pausanias que estaban dispuestos a entregarle aquellos hombres.

88. Se habían puesto de acuerdo con esa condición, pero Atagino escapó de la ciudad; sus hijos fueron entregados, y Pausanias les absolvió de toda culpa. Explicó que los niños no tenían ninguna culpa en la toma de partido a favor de los medos. Los demás hombres entregados por los tebanos creían que serían sometidos a juicio y que se salvarían entregando dinero. Pero Pausanias así que los tuvo en su poder precisamente porque se temía esto licenció al ejército aliado íntegro, trasladó a aquellos hombres a Corinto y los ejecutó.

89. Tales fueron los hecho de Platea y de Tebas; Artabazo, hijo de Fárnaces, huyendo de Platea, se encontraba ya muy lejos[3263]. A su llegada al país, los tesalios lo invitaron a un banquete de hospedaje y le preguntaron sobre el resto del ejército, pues ignoraban totalmente lo ocurrido en Platea. Artabazo se dio cuenta de que, si les decía la verdad pura y dura sobre aquellas luchas, él mismo se pondría en peligro de muerte, él y todo su ejército, ya que todos lo atacarían, pensaba, si se enteraban de la verdad de lo realmente acaecido. Precisamente porque calculaba así, ya no había dicho nada a los focenses[3264]; he aquí lo que dijo a los tesalios: «¡Hombres de Tesalia! Yo, como veis, me apresuro a marchar rápidamente hacia Tracia, y pongo en ello todo mi interés, porque he sido enviado allí desde el campamento con un objetivo muy determinado. Pero Mardonio y su ejército continúan esperándoos. Él viene detrás de mí, pisándome los talones. Acogedlo como a un huésped y tratadlo bien, llenadlo de atenciones. A su debido tiempo no os pesará si lo hacéis.» Tras estas palabras condujo su ejército a marchas forzadas a través de Tesalia y de Macedonia directamente hacia Tracia; parecía uno que realmente tiene prisa y que va por atajos por el interior del país. Llegó a Bizancio, pero muchos de su ejército se quedaron irremisiblemente en el camino, unos, simplemente, porque murieron a manos de los tesalios, otros vencidos por el hambre y la fatiga. En Bizancio embarcó en una nave y pasó al otro lado.

LA BATALLA DE MÍCALE (90-113)

90. De manera que éste regresó así a Asia. Pero en el mismo día en que se produjo el desastre de Platea resultó que hubo otro en Mícale[3265] de Jonia. Los griegos estaban estacionados en Delos[3266]; habían llegado allí a bordo de sus naves junto con Leotíquidas, y les llegaron, procedentes de Samos, unos legados[3267], Lampón, hijo de Trasicles; Atenágoras, hijo de Arquestrátidas, y Hegesístrato, hijo de Aristágoras. Los samios los habían enviado a escondidas de los persas y del tirano Teoméstor, hijo de Androdamante, impuesto por los persas como tirano de Samos. Comparecieron ante los generales y Hegesístrato disertó prolijamente sobre muchos temas: bastaría con que los jonios los vieran, a ellos, para desertar de los persas, y los bárbaros no podrían impedirlo. «Y en el caso de que lo intentaran, vosotros tendríais otra presa no distinta de la anterior»[3268]. Invocó a todos los dioses y animó a aquellos griegos a alejar de otros griegos la servidumbre bárbara. Y les aclaró que tendrían la oportunidad de hacerlo fácilmente, pues las naves bárbaras navegaban mal, y en cuestión de batallas no estaban a su altura. Y para evitar que alguien recelara de ellos que su intención era tenderles una celada, estaban dispuestos a embarcar, en calidad de rehenes, en las naves de ellos.

91. Ante la urgencia de la demanda del extranjero[3269] samio, Leotíquidas le preguntó si quería informarse con miras a obtener un augurio o bien si actuaba más bien al azar, por coyuntura de la divinidad[3270]: «Extranjero de Samos, ¿cómo te llamas?» Y él contestó: «Hegesístrato», pero Leotíquidas le arrebató la palabra, pese a que Hegesístrato hubiera querido todavía añadir algo más, y exclamó: «Extranjero de Samos, acepto el presagio de tu nombre[3271], pero tú obra como sigue: no regreses sin antes habernos dado palabra, y contigo éstos que te acompañan, de que los samios nos seréis unos aliados muy sinceros y leales.»

92. Dijo esto, y Hegesístrato lo puso por obra, pues los samios prestaron juramento de fidelidad y se aliaron con los griegos.

Luego de hacerlo, los samios se hicieron a la mar[3272] de regreso [y Leotíquidas ordenó que Hegesístrato navegara con ellos, pues consideraba su

nombre como un buen augurio]. Tras haber esperado también ese día, al día siguiente los griegos ofrecieron un sacrificio que les salió favorable. Lo ofreció para ellos Deífono, hijo de Evenio, natural de Apolonia[3273] (la situada en el golfo Jonio), a cuyo padre cierta vez le ocurrió lo siguiente.

93. En el país de Apolonia citado hay rebaños[3274] consagrados al sol. De día pacen junto al río Ados[3275], que, bajando del monte Lacmon[3276], fluye por el país de Apolonia y desemboca en el mar junto al puerto de Orico. De noche lo guardan los hombres de más prestigio de los ciudadanos, escogidos por su linaje y sus riquezas; la cosa dura un año. Los apoloniatas estiman en mucho a estos rebaños debido a un oráculo. Pernoctaban en una cueva, lejos de la ciudad. Y entonces se encontraba allí este Evenio, escogido para guardarlos. Cierta vez durante el turno de su guarda se durmió; los lobos entraron en la cueva y mataron del rebaño unas sesenta reses. Cuando él lo notó, guardó la calma y no lo dijo a nadie, pues pensaba comprar otras y ponerlas en los rebaños en sustitución de aquéllas. Pero la cosa no pasó inadvertida a los apoloniatas; lo supieron, lo llevaron ante un tribunal y lo condenaron, puesto que durante su turno de guardia se había dormido, a ser privado de la vista[3277]. Y así que hubieron vaciado las cuencas de los ojos a Evenio ni los rebaños tuvieron más crías ni la tierra siguió dándoles frutos. Tanto en Dodona[3278] como en Delfos se les hicieron predicciones, pues habían consultado a los profetas por la causa de aquellas desgracias: les declararon que habían sido injustos cuando privaron de la vista al guardián de los rebaños sagrados, a Evenio, pues eran ellos mismos[3279] los que habían enviado aquellos lobos. Y no cesarían de vengarse hasta que les acordaran una reparación por el mal que le habían causado, la que decidieran ellos mismos y que consideraran equitativa; hecha esta reparación, ellos, por su parte, harían a Evenio un beneficio tal que mucha gente creería cosa feliz recibirlo.

94. Tales fueron los oráculos que recibieron. Los apoloniatas prohibieron que la cosa se divulgara y confiaron la resolución del asunto a algunos ciudadanos respetables. Y he aquí cómo éstos liquidaron el asunto. Evenio estaba sentado en un banco[3280]; ellos acudieron a él, se sentaron a su lado y hablaron con él de esto y de aquello, y al final acabaron expresándole su compasión por la desgracia que sufría. Poco a poco se iban derivando hacia la

cuestión, terminando por preguntarle qué satisfacción elegiría si los apoloniatas le prometieran que le compensarían por lo que le habían hecho. Evenio, que no sabía nada de los oráculos, hizo su elección: declaró que si se le daban las tierras —y aquí citó por sus nombres a ciudadanos que él sabía que eran propietarios de las mejores posesiones del país— y, además de estas tierras, la casa que él sabía que era la más hermosa de las de la ciudad, si entraba en posesión de estos bienes, ya no estaría resentido y con estas reparaciones quedaría contento. Esto es lo que dijo, y los que se habían sentado a su lado le cogieron la palabra y exclamaron: «¡Evenio! Los apoloniatas te ofrecen muy gustosos esta satisfacción por tu ceguera, y lo hacen en virtud de un oráculo que han recibido.» Pero a él no le hizo ninguna gracia, ahora que supo toda la verdad, que le hubieran tomado el pelo. Pero los otros compraron las propiedades y le dieron lo que había escogido. Además, tenía ya de nacimiento el don de vaticinar[3281], que llegó a hacerlo famoso.

95. Deífono, pues, el hijo de este Evenio, que los corintios llevaban consigo, ofreció un sacrificio por el ejército. Pero yo he oído decir también que Deífono usurpaba el nombre de Evenio, que era un impostor que realizaba cometidos como los de él en Grecia, ello sin ser hijo suyo.

96. Cuando los sacrificios salieron favorables a los griegos[3282], éstos salieron con sus naves de Delos a alta mar, haciendo rumbo a Samos. Llegados a Cálamo[3283], en territorio samio, anclaron en las cercanías del templo de Hera y se aprestaron a una batalla naval; los persas tuvieron noticia de su aproximación y pusieron también en alta mar el resto de su flota[3284], pero ellos en dirección al continente; habían permitido al contingente fenicio navegar hacia su país, porque en sus deliberaciones habían decidido prescindir de cualquier batalla naval: creían que no eran tan fuertes como el enemigo. Navegaron hacia el continente para ponerse bajo la protección de sus fuerzas de tierra, que se encontraban en Mícale. Éstas, dejadas a la retaguardia del ejército por orden de Jerjes, vigilaban[3285] Jonia. Constaban de sesenta mil hombres, y las mandaba Tigranes[3286], que aventajaba a los demás persas en apostura y gallardía. De manera que los almirantes de la flota, que había huido y se había puesto al amparo de su ejército, determinaron varar sus naves en la playa y construir un cercado como defensa de ellas y para su

propio refugio.

97. Tomadas estas resoluciones, los persas se hicieron a la mar. Cuando estuvieron en las cercanías del santuario de las Augustas[3287], en Mícale, cerca del Gesón[3288], no lejos de Escolopunte[3289], donde se levanta el santuario de Démeter Eleusinia, que había mandado erigir Filisto, hijo de Pasicles, cuando acompañaba a Nileo, hijo de Codro, en la fundación de Mileto, allí vararon sus naves en la playa y construyeron alrededor de ellas una muralla hecha de piedra y madera, cortando para ello los árboles frutales; alrededor de la muralla clavaron estacas. Se preparaban a soportar un asedio o a obtener una victoria, ya que hacían tales preparativos en previsión de una de estas dos eventualidades[3290].

98. Cuando los griegos fueron informados de que los bárbaros se habían replegado hacia el continente se irritaron como si se les hubieran escapado, y quedaron muy perplejos acerca de lo que debían hacer, o bien alejarse de allí en dirección a su país o bien navegar en dirección sur, hacia el Helesponto. Pero al cabo no les pareció bien ni una cosa ni la otra, y decidieron navegar rumbo al continente. Luego que hubieron preparado para una batalla naval las escaleras[3291] y todo lo demás que se precisa para ella, zarparon hacia Mícale. Estaban ya cerca del campamento y no aparecía nadie que se dirigiera contra ellos por mar, bien al contrario, las naves persas habían sido remolcadas a la playa y rodeadas de la fortificación mencionada, pero en la playa había mucha infantería formada en línea de combate. Ante ello Leotíquidas navegó con su nave a lo largo de la playa, arrimándose tanto como pudo a la orilla, y mandó que los heraldos proclamaran a los jonios: «¡Hombres de Jonia, todos los que ahora me escucháis, atended a lo que os digo! Los persas no entenderán nada de lo que os recomiendo[3292]. Cuando entremos en combate, que cada uno piense ante todo en la libertad, y acto seguido en Hera[3293]. Y aquel de vosotros que no haya oído lo que ahora os hago saber deberá enterarse por boca de alguno que me haya oído.» [La finalidad[3294] de este proceder es idéntica a la de Temístocles en Artemisio, porque estas palabras ni debían pasar inadvertidos a los bárbaros convenciendo a los jonios ni, si eran realmente reportadas a los bárbaros, debían suscitar desconfianza en ellos[3295].]

99. Leotíquidas les dio estos consejos, y luego, en segundo lugar, he aquí lo que los griegos hicieron: aproximaron sus naves a tierra y se bajaron de ellas hacia la playa. Los persas observaron que los griegos se disponían para una batalla y que habían alentado a los jonios, todo lo cual les hizo sospechar que los samios estaban del lado de los griegos. Y los desarmaron. En realidad, los samios, a aquellos atenienses prisioneros de guerra capturados por los hombres de Jerjes y que habían sido dejados atrás, que habían llegado a las naves de los bárbaros, los soltaron, los proveyeron de víveres y los devolvieron a Atenas. Y esto era lo que los hacía sospechar más: habían dejado libres a quinientos enemigos de Jerjes. Todo esto por un lado[3296]; por el otro, los persas confiaron a los milesios[3297] la custodia de los pasos que conducían a la cumbre de Mícale, ya que necesariamente eran grandes conocedores del terreno. Pero en el fondo lo hicieron porque los milesios estaban fuera del campamento persa. De modo que ya previamente los persas se habían precavido de aquellos jonios de los que podían recelar que si alcanzaban algun poder aceptarían las novedades, de haberlas. Ellos mismos habían agrupado sus escudos de mimbre para formar una barricada[3298].

100. Bien, listos los preparativos según podía esperarse, los griegos marcharon contra los bárbaros. Y mientras avanzaban voló por todo el campo un rumor, y un heraldo apareció en el mismo rompiente de las olas. Se esparció entre las tropas la voz de que los griegos habían derrotado al ejército de Mardonio en una batalla librada en Beocia. Desde luego, es evidente por muchas pruebas la intervención divina en los acontecimientos[3299]; en nuestro caso, el hecho de que la batalla de Platea se librara el mismo día en que iba a librarse la de Mícale, y que tal rumor llegara a los griegos que estaban allí, lo cual les infundió coraje y ardor para arrostrar el peligro.

101. Y hay todavía otra coincidencia: cerca de los dos campos de batalla hay un santuario de Deméter Eleusinia. Como ya he notado antes[3300], en el país de Platea la batalla se libró precisamente junto a un santuario de Deméter, y en Mícale sucedió lo mismo. Y si la noticia del logro de la victoria de los griegos a las órdenes de Pausanias llegó a los otros griegos en el momento oportuno, fue por providencia divina. La victoria de Platea se dio a primeras horas de la mañana, y la de Mícale al atardecer. Los griegos tuvieron muy pronto la certeza de que las dos batallas se habían librado el

mismo día del mismo mes, ya que lo calcularon. Antes de que el rumor se esparciera el ejército griego estaba preocupado, no tanto por él mismo como por los griegos que quedaban en su país, pues temían que sucumbieran ante Mardonio. Pero ahora, cuando aquella premonición corrió de boca en boca, arremetieron contra el enemigo más velozmente y con más coraje. De manera que griegos y bárbaros[3301] se lanzaron a la lucha; su señuelo eran las islas y el Helesponto.

102. Para los atenienses y aquellos que formaban a continuación de ellos[3302], que constituían prácticamente la mitad del ejército, la marcha discurría a lo largo de la costa y era un terreno llano; para los lacedemonios y los situados en línea con ellos, la marcha era a través de las montañas y por un torrente[3303]. Mientras los lacedemonios daban este rodeo, los que estaban en el ala opuesta ya estaban combatiendo. Los persas, mientras la barricada de escudos[3304] se les mantuvo firme, se defendieron bien; es más, en la batalla no llevaban las de perder. Pero cuando las tropas de los atenienses y las de sus vecinos, que se animaban mutuamente diciendo que la empresa era suya y no de los lacedemonios, entraron en combate con más arrojo[3305], desde aquel momento la situación cambió radicalmente. Pues lograron irrumpir a través del muro de mimbres[3306] y se precipitaron en masa contra los persas. Éstos resistieron y se defendieron durante algún tiempo, pero acabaron huyendo hacia su fortificación. Pero los atenienses, corintios, sicionios y trecenios, pues todos ellos formaban conjuntamente en la posición, los persiguieron todos a la vez e irrumpieron con ellos mismos en el espacio fortificado. Tomaron la fortificación, y los bárbaros ya no se defendieron más, sino que, a excepción de los persas, se dieron a la fuga. La verdad es que los persas lucharon contra los griegos que iban penetrando en el recinto fortificado. De los generales persas, dos murieron y dos huyeron, se trata de Artaíntes e Itamitres[3307], almirantes de la flota, que lograron escapar, y de Tigranes y Mardontes[3308], este último general de infantería, que hallaron la muerte allí.

103. Los persas todavía combatían cuando llegaron los lacedemonios y sus compañeros de armas, que completaron el éxito. Pero allí sucumbieron bastantes griegos, más que nada sicionios y su comandante Perilao[3309].

Los samios que formaban parte de la armada bárbara (se encontraban en el campo de los medos y habían sido despojados de sus armas) ya desde el principio vieron que el combate sería decisivo[3310] e hicieron lo que pudieron, deseosos de ayudar a los griegos. Y el resto de jonios[3311], cuando vieron que los samios tomaban esta iniciativa, también ellos desertaron de los persas y atacaron a los medos.

104. Los persas encomendaron a los milesios la custodia de los pasos en vistas a su propia salvación, para tener, dado el caso —y realmente se dio—, guías y pudieran salvarse en las alturas de Mícale. De modo que los milesios habían sido emplazados con esta finalidad y, además, para evitar que su presencia en el ejército produjera confusiones[3312]. Pero los milesios hicieron exactamente lo contrario de lo que se les mandara: los persas huían, y ellos los guiaron por otros caminos, que los llevaban directamente al encuentro del enemigo; acabaron por ser ellos mismos sus peores enemigos, pues se mataban mutuamente. Y así Jonia desertó por segunda vez de los persas[3313].

105. En esta batalla se distinguieron, de los griegos, los atenienses, y entre ellos Hermólico[3314], hijo de Euteno, uno que había competido en el pancracio. Tiempo después, el destino asignó a este Hermólico la muerte en la batalla de Cirno[3315], en la guerra entre atenienses y caristios; está enterrado en Geresto[3316]. Y después de los atenienses se distinguieron los corintios, los sicionios y los de Trecén.

106. Los griegos mataron a la gran mayoría de los bárbaros, a unos en combate, a los demás cuando escapaban, les quemaron las naves y toda la fortificación; previamente habían retirado el botín, trasladándolo a la costa; encontraron bastantes cestas con tesoros. Pegaron fuego, como digo[3317], a la fortificación y a las naves, y zarparon de allí. Una vez en Samos, celebraron un consejo para tratar de la evacuación de Jonia. Discutieron en qué lugar de Grecia podían ser establecidos los jonios, siempre que ellos lo controlaran, pues la Jonia[3318] debía ser abandonada a los bárbaros. Pensaban que era imposible para los griegos establecer guarniciones permanentes en Jonia; por otro lado, los jonios, si ellos no los protegían, no podían esperar salir adelante sin ser castigados por los persas. Los jefes lacedemonios opinaban que se debía expulsar a los linajes griegos partidarios de los persas e instalar en sus

territorios a los jonios. Los atenienses, por el contrario, no querían ni oír hablar de una evacuación de Jonia, y no toleraban que los peloponesios deliberaran sobre sus colonias atenienses. Y los peloponesios cedieron a su obstinada oposición. Y así los samios, quiotas, lesbios y demás isleños cuyos hombres se habían alistado en el ejército griego ingresaron en la alianza griega: se comprometieron mediante juramento a ser leales y a no ser traidores. Tras deponer el juramento, los griegos zarparon para destruir los puentes: creían que todavía estaban tendidos.

107. Éstos, pues, navegaron rumbo al Helesponto. La retirada de los bárbaros, que habían huido y se habían apiñado en las alturas de Mícale, fue hacia Sardes. Durante la marcha Masistes[3319], hijo de Darío, reprochó muchas cosas al general Artaíntes. Entre otras, sostenía que, por haber ejercido el mando tal como lo había hecho, era más cobarde que una mujer[3320]. Y entre los persas es la infamia más grande que se diga de uno que es más cobarde que una mujer. El otro lo dejó hablar durante un rato, pero al cabo, enfurecido, desenvainó el sable contra Masistes con la intención de matarlo. Cuando iba a echársele encima, Jenágoras de Halicarnaso, hijo de Praxilao, lo advirtió, pues se encontraba justo detrás de Artaíntes, lo agarró por la cintura y lo tiró al suelo, momento en el cual intervinieron los lanceros[3321] de Masistes. Con este gesto suyo, Jenágoras se ganó el favor de Masistes e incluso el de Jerjes, ya que había salvado a su hermano. Por esta proeza el rey confirió a Jenágoras el cargo de gobernador de todo el país de Cilicia[3322]. Durante la marcha no ocurrieron otras cosas más que las señaladas. Y llegaron a Sardes. Ésta era la ciudad en que residía el rey después de la batalla naval[3323], cuando abandonó la ciudad de Atenas.

108. Durante esta estancia en Sardes, se enamoró perdidamente de la mujer de Masistes, que también vivía allí. Pero no pudo lograrla mandándole mensajeros, y él, a causa de su hermano Masistes, no quiso usar de la violencia —y era precisamente este pensamiento también el que daba fuerzas a la mujer: ella sabía bien que no debía temer ningun atropello—, de modo que prescindió de otras tácticas y organiza la boda de su hijo Darío[3324], lo casa con la hija[3325] de esta mujer[3326] y de Masistes. Esperaba que así, haciendo esto, la haría suya con más facilidad. Se hizo el acuerdo, se

celebraron las ceremonias habituales y él partió hacia Susa[3327]. Llegó allí e instaló en su propio palacio a la mujer de Darío, pero entonces perdió la pasión que sentía por la mujer de Masistes, varió el objeto de su amor, y ahora deseó y logró a la esposa de Darío, hija de Masistes. Esa mujer se llamaba Artaínta.

109. Con el tiempo la cosa llegó a dominio público. Y fue así: Amastris[3328], mujer de Jerjes, había tejido un grande y hermoso manto de muchos colores, y se lo regaló a su marido. Éste, muy contento, se lo puso y fue a verse con Artaínta. Complacido también por ella, la animó a pedirle lo que quisiera, pues se lo daría en gracia al trato que recibía de ella, recibiría lo que ella le pidiere, lo que fuere. Y la muchacha preguntó a Jerjes (la verdad es que un mal destino se cernía sobre toda su casa)[3329]: «¿Vas a darme realmente lo que yo te pida?» Jerjes no imaginaba lo que la joven iba a pedirle, por lo que se lo prometió y encima se lo juró. Cuando él hubo jurado, ella le pidió aquel manto. Jerjes se lo ofreció todo, pues no quería dárselo; el único motivo era el miedo que le infundía Amastris, que ante tal conducta iba a atraparlo en lo que ella ya recelaba que ocurría. Quería regalarle ciudades, una cantidad incalculable de dinero, incluso un ejército que no iba a mandar otra que ella. ¡Y un ejército es un regalo auténticamente persa! Pero no la convenció, y acabó dándole el manto[3330]. Ella, exultante ante aquel regalo, se lo ponía y se vanagloriaba de ello.

110. Amastris se enteró de que ella lo tenía. Y cuando se enteró de lo ocurrido, no concibió ningún rencor contra esta mujer, porque creía que la culpable era la madre de ella. Y urdió la perdición de la mujer de Masistes. Esperó la ocasión en que su marido, Jerjes, organizara un banquete real (este banquete se organiza una vez al año, en el día de cumpleaños del rey; en lengua persa se le llama *tykta*, término que equivale en lengua griega a «perfecto»; es la única vez que el rey se perfuma la cabeza[3331] y que hace obsequios a los persas). De modo que Amastris esperó hasta este día, y en él pidió a Jerjes que le entregara a la mujer de Masistes. Jerjes encontró muy fuera de lugar, y además horrible, eso de entregar a la mujer de su hermano, tanto más cuando ella era inocente de todo lo ocurrido. Porque advirtió muy bien por qué se la pedía.

111. Finalmente, ante la insistencia de ella, y forzado por la ley, ya que era

totalmente impensable frustrar a un demandante cuando se servía el banquete real, aunque muy mal de su grado consintió. Y al entregar a la que se le pedía, he aquí cómo obró: mandó que acudiera allí su hermano, y le dijo: «Masistes, tú eres hijo de Darío y, por tanto, mi hermano[3332]. Y eres un hombre de bien. No vivas más con esta mujer con la que ahora convives: en vez de ella yo te doy a mi hija, vive con ella; a esta mujer que tienes ahora, no la tengas más por mujer, pues a mí no me parece nada bien que así lo hagas.» Masistes, sorprendido por lo que se le decía, contestó: «¡Señor, qué clase de mala palabra me dices y me urges! ¿Que esta mujer, con la cual en mi juventud yo he tenido hijos e hijas, de las cuales tú mismo has dado una como esposa a uno de tus propios hijos, que esta mujer, que me gusta muchísimo, yo ahora la repudie para casarme con una hija tuya? Yo, rey, tengo por un gran honor que me consideres digno de una hija tuya, pero no voy a hacer ni una cosa ni la otra. ¡No me fuerces de ninguna manera a cometer una acción así! Para tu hija ya aparecerá algún otro hombre no inferior a mí. Pero a mí déjame seguir viviendo con mi mujer.» Tal fue la respuesta de Masistes; Jerjes montó en cólera y dijo: «Masistes, he aquí tu situación de ahora mismo: ni puedo darte a mi hija por mujer ni tú podrás convivir por mucho tiempo con la tuya, eso para que aprendas a aceptar lo que se te ofrece.» Al oírlo, y antes de irse, Masistes se limitó a decir: «¿No será, señor, que ya me has hecho infeliz?»[3333].

112. Durante el tiempo que duró la entrevista de Jerjes con su hermano Amastris había mandado que acudieran a ella los lanceros y que mutilaran a la mujer de Masistes. Le hizo rebanar los pechos[3334] y los arrojó a los perros, le hizo arrancar la nariz, los oídos, los labios y la lengua, y así mutilada la remitió a su casa.

113. Masistes no sabía nada de esto, pero sospechaba que le aguardaba una desgracia, y marchó a su casa deprisa y corriendo. Cuando vio a su mujer tan espantosamente maltratada deliberó inmediatamente con sus hijos y se dirigió a Bactria[3335] acompañado de ellos y, desde luego, de otros confabulados, para sublevar la provincia de Bactria e inferir al rey el mayor daño posible. Lo cual me parece que realmente habría sucedido si se hubiera anticipado y hubiera llegado al país de los bactrios y de los sacas, porque lo apreciaban y él era gobernador de los bactrios. Pero las cosas sucedieron de

otra manera. Jerjes se enteró de aquellos proyectos y mandó un ejército contra Masistes, que los liquidó a él, a sus hijos y a su ejército, en plena marcha. Esto es lo que pasó en relación con los amoríos de Jerjes y la muerte de Masistes.

INICIO DE LA CONTRAOFENSIVA DE LOS GRIEGOS: CONQUISTA DE SESTO (114-122)

114. Los griegos que habían zarpado de Mícale[3336] rumbo al Helesponto fondearon primero en Lecto[3337], pues los vientos les paralizaban. Desde allí tocaron Abido y encontraron interceptados los puentes; por ellos más que por cualquier otra cosa habían acudido al Helesponto. A Leotíquidas y a sus peloponesios lo más indicado les pareció repatriarse a Grecia, pero los atenienses y su general en jefe, Jantipo[3338], opinaron que debían quedarse allí y atacar el Quersoneso[3339]. O sea, que los lacedemonios se hicieron a la mar y los atenienses establecieron su base en Abido y empezaron asediando Sesto[3340].

115. En Sesto[3341], que era una fortaleza de las más firmes del país, ante la noticia de la aproximación de los griegos, se refugiaron las guarniciones persas de las ciudades circundantes; incluso el persa Eobazo[3342] llegó desde Cardia[3343] trayendo consigo los cables de los puentes. La ciudad estaba habitada por eolios indígenas[3344], a los que se agregaron persas y, en gran cantidad, gentes de los pueblos aliados.

116. El gobernador de esta satrapía era un lugarteniente de Jerjes, Artaíctes[3345], hombre persa loco y temible, que había engañado incluso al rey en su marcha contra Atenas: le sustrajo secretamente de Elayunte los tesoros de Protesilao[3346], hijo de Ificles, y se los llevó. Pues en Elayunte, en el Quersoneso, se encuentra, en un recinto sagrado, la tumba de Protesilao[3347], que contenía grandes tesoros, copas de oro y de plata, bronce, vestidos y otras ofrendas que Artaictes robó cuando el rey sólo se lo había confiado en custodia. Engañó al rey con estas palabras: «Señor, aquí está la casa de un

hombre griego[3348] que en la campaña contra tu país recibió su merecido y halló la muerte[3349]. Dámela, para que los hombres aprendan a no salir en campaña contra tu país.» Con estas palabras podía convencer fácilmente a Jerjes, que no sospechaba nada de lo que el otro en realidad pensaba. Cuando le habló de la campaña de Protesilao contra el país del rey, he aquí el sentido de la cosa: los persas creían que Asia entera les pertenecía, a ellos y a su eventual rey[3350]. Cuando esta casa le fue concedida, sacó de ella los tesoros y los trasladó a Sesto. Luego sembró y cultivó el recinto sagrado, y cada vez que visitaba Elayunte mantenía en él relaciones carnales con mujeres. Y ahora se vio asediado por los atenienses; no se había armado, ni tan siquiera había esperado aquel ataque. De modo que los atenienses atacaron a uno que no se había preparado.

117. A los atenienses el asedio se les alargaba; llegaron a finales de otoño[3351], y ya se encontraban a disgusto. Estaban muy lejos de su país, y no conseguían tomar la muralla. Solicitaron de los generales la repatriación. Pero ellos se negaron a ella antes de tomar la muralla: o la conquistaban, o bien los reclamaba la asamblea popular de Atenas. Y aquellos atenienses se dieron por satisfechos con aquel estado de cosas.

118. Los hombres de dentro de la muralla habían llegado a una situación desesperada, hasta el punto de hervir, para comérselas, las correas de cuero de sus camas. Cuando ya ni esto les quedaba, al abrigo de la noche los persas Artaíctes y Eobazo se escaparon descolgándose por la parte trasera de la fortaleza[3352], un lugar poco vigilado por el enemigo. Al amanecer los quersonesitas desde las torres les indicaron lo ocurrido a los atenienses y abrieron los portales. La mayoría de atenienses se lanzaron a la persecución[3353], y el resto ocupó la ciudad.

119. Eobazo huyó hacia Tracia, y los tracios, concretamente los apsintios[3354], le capturaron y lo ofrecieron[3355] a Plistoro, una divinidad del país, observando su rito habitual en el sacrificio de extranjeros. Pero a sus hombres los inmolaron de manera distinta. Artaictes y sus hombres, que se dieron a la fuga algo más tarde, se defendieron largo tiempo, hasta que les echaron mano un poco al norte del curso medio del río Egospótamos[3356]. Unos murieron, los restantes fueron hechos prisioneros vivos. Los griegos los

amordazaron y los condujeron a Sesto; entre los cautivos figuraban Artaíctes y su hijo.

120. Se cuenta de los quersonesitas lo siguiente: a un centinela que se asaba unos peces en salazón le ocurrió un portento: los peces, colocados al fuego, se agitaban y se estremecían como los peces acabados de pescar. Los demás centinelas se apretujaban a su alrededor, maravillados; Artaíctes, al ver el prodigio llamó al que se asaba los peces y le dijo: «¡Extranjero ateniense! No te alarmes por este prodigio, que ocurre no por ti, sino por mí. Protesilao de Elayunte, aunque haya muerto y sea ya una momia[3357], me señala que él tiene, concedido por los dioses, el poder de castigar al que sea injusto. Ahora, pues, deseo ofrecer este rescate: de los tesoros que retiré[3358] del santuario quiero ofrecer al dios cien talentos[3359], y para mí mismo y para mi hijo abonaré a los atenienses la cantidad de doscientos talentos si salimos de ésta con vida.» Pero ni con esa oferta logró convencer al general Jantipo, porque los de Elayunte querían castigar a Protesilao y exigían que Artaíctes fuera ejecutado, y el general pensaba lo mismo. Lo condujeron, pues, a la costa, al lugar en que Jerjes había tendido el puente —otros dicen: a la colina que está sobre la ciudad de Madito[3360]—, y lo clavaron en un palo[3361], y lapidaron a su hijo a la vista de su padre.

121. Luego de hacerlo zarparon hacia su país, hacia Grecia, con los tesoros restantes y con los cables de los puentes, para dedicarlos[3362] en diversos santuarios. Y en este año no ocurrió nada más que lo aquí expuesto[3363].

122. Hay un antepasado de este Artaíctes que fue ajusticiado; se trata de Artembares, que sugirió a los persas una idea que ellos hicieron suya y presentaron a Ciro en estos términos: «Puesto que Zeus da a los persas la hegemonía [sobre los pueblos][3364] y te la da a ti, Ciro, sobre todos los hombres, ya que derrocaste a Astiages, mira, nosotros aquí vivimos en unos territorios angostos, angostos y encima pedregosos. ¡Ea, marchémonos de aquí! Vayamos a apoderarnos de otro país mejor: hay muchos en las cercanías, y muchos en lugares más lejanos. Si accedemos a la propiedad de alguno de ellos, habrá más razones para que nos admiren[3365]. Es natural que gentes dominadoras[3366] actúen así. ¿Cuándo dispondríamos de una

oportunidad mejor que la de ahora? ¡Ya somos dueños de muchos pueblos y de Asia entera!» Ciro escuchó lo que le proponían, que no lo entusiasmó en absoluto. Y sin embargo los exhortó a ponerlo en práctica. Bien: se lo aconsejó con una consigna[3367]: debían aprestarse a ello no como una gente que iba a dominar, sino a ser dominada, porque los países suaves normalmente producen gentes flojas[3368]. No es propio de un mismo país producir frutos estupendos y hombres valientes en la guerra. Los persas admitieron las palabras de Ciro, prescindieron de aquella su idea, y se retiraron. Siguieron el parecer de Ciro y eligieron vivir en un país mísero, pero ser en él dominadores, ello en vez de poder sembrar en llanuras fértiles, pero siendo siervos de otros.

2962 VIII, 143.

2963 Esta indefinición ya está en el texto griego; la ulterior concreción debe hacerla el lector.

2964 O sea, a los alévadas.

2965 Celebrado por Píndaro en la Pítica X porque era ascendiente del vencedor en la carrera del estadio Hipóclea. Es curioso observar que Píndaro intenta justificar, al menos en parte, la actitud de Tórax, lo cual indicaría en él una cierta comprensión de las pretensiones persas.

2966 Heródoto la tenía tomada contra los alévadas, que, por otra parte, debían merecerlo.

2967 Jerjes había entrado en Atenas a mediados de septiembre del año 430, pocos días antes de la batalla de Salamina; Mardonio hizo lo propio a mediados de julio del 479.

2968 De los atenienses, cuyas instituciones continuaban funcionando en Salamina. Formaban esta asamblea quinientos ciudadanos atenienses.

2969 Un episodio idéntico al que va a seguir lo narra Demóstenes en su discurso *De la Corona*, 204, y viene citado por Cicerón, *De officiis,* III, 11, 48.

2970 Los que, llenos de ansiedad, deambulaban alrededor del sitio donde tenía lugar la sesión de la asamblea.

2971 Se trataba de piedras o de tiestos de vasos cerámicos rotos que utilizaban en las

votaciones.

2972 Mardonio.

2973 Se celebraban a principios de julio; se trataba de una fiesta predoria: para conferirle fertilidad se asperjaba la tierra con la sangre de un adolescente sacrificado al efecto. No hay que decir el componente de repugnancia que entre nosotros tal monstruosidad suscita. Aquí hay una oposición polar con el pensamiento y los usos bíblicos, que prohíben severamente los sacrificios humanos.

2974 Pero éste es otro motivo, que habla muy poco a favor de ellos: reforzaron el muro, se creyeron suficientemente protegidos por él, y se desentendieron de los problemas ajenos. En el lenguaje moderno: insolidaridad...

2975 Cfr. VIII, 71.

2976 O sea, estaba concluido.

2977 En número de cinco, constituían la suprema magistratura de Esparta. Parece que en tiempos muy remotos ejercían la función cultual de escrutar el cielo y adivinar el porvenir; la etimología de la palabra griega correspondiente apunta a esto.

2978 Debe de tratarse de Zeus Griego, protector de todos los griegos. Otra vez un paralelismo bíblico; el libro de los *Proverbios,* I, 7: «Initium sapientiae timor Domini.»

2979 Un primer atisbo de panhelenismo, premonitorio de Demóstenes e Isócrates.

2980 Todo esto es nuclearmente cristiano; maravilla encontrarlo aquí.

2981 VIII, 141 ss.

2982 Cfr. VIII, 65.

2983 La grafía del nombre difiere algo en los diversos manuscritos. Tegea era una ciudad importante de Arcadia.

2984 Es decir, con la ayuda de la flota ática pueden desembarcar en cualquier lugar de la costa del Peloponeso.

2985 Sabemos por Tucídides, V, 68 que los espartiatas procuraban que los extranjeros no se enteraran del funcionamiento de su ejército. Probablemente ya en los días anteriores se habían hecho sigilosamente los preparativos para la marcha; también ello debió de motivar, al menos parcialmente, los sucesivos aplazamientos de la respuesta.

2986 Hoplitas, cuyo número total en Esparta era de ocho mil (VII, 31). Junto con los

hilotas, la cifra de hombres enviados fue, por tanto, de treinta y cinco mil hilotas a las órdenes de cinco mil hoplitas, cuarenta mil hombres en total: las dos terceras partes de los efectivos de que disponía Esparta.

2987 De él escribió Cornelio Nepote *(Pausanias*, 1): «ut virtutibus eluxit, sic vitiis obrutus est».

2988 Un eclipse parcial de sol que se puede datar: se dio el 2 de octubre del año 480, alcanzando su punto máximo a las dos del mediodía.

2989 Como colega en el mando.

2990 Dorieo fue el segundo de los cuatro hijos de Anaxándridas: Cleómenes, Dorieo, Leónidas y Cleómbroto; hijos de Cleómenes fueron Gorgo, Eurianacte, Plistarco y Pausanias.

2991 Probablemente la referencia es a las representaciones musicales del segundo día de las fiestas.

2992 Al noroeste de Esparta, en la ruta hacia el sudoeste de Arcadia, que parece que era el lugar donde el contingente espartano se reunía con los otros cuando se salía en campaña.

2993 Es un término típicamente espartano, que designa a la población lacedemonia establecida en los dominios costeros y montañosos de Laconia, equiparados a los ciudadanos residentes en Esparta que no tenían acceso a la asamblea *(apella)* de la ciudad.

2994 En realidad eran neutrales, pero de tendencia filopersa (VIII, 73).

2995 Cfr. VI, 105.

2996 Sobre la actitud de los argivos para con Jerjes, cfr. VII, 144 ss. El aviso dado a Mardonio era muy fundado, porque los espartanos podían llegar al Ática en tres días y cerrar los pasos del Citerón.

2997 Es decir, el ejército.

2998 A los suburbios: el núcleo urbano y la Acrópolis ya habían sido incendiados en el año 480.

2999 El país era pedregoso y montuoso, lleno de colinas.

3000 Del Citerón y del Parnes, junto a File.

3001 Se habla, naturalmente, del ejército de tierra. Los persas llegaron hasta Pagai, en el golfo de Cotinto, junto a Mégara.

3002 Los griegos procedentes del Peloponeso.

3003 Decelia dominaba el paso que desde la llanura del Ática da acceso a Oropos y Tanagra.

3004 Los miembros del comité de gobierno de la liga de las diez ciudades beocias (VI, 108).

3005 Los habitantes de la región del curso medio del río Asopo.

3006 La ruta se hacía por los desfiladeros del Parnés, y en ella se encontraba, todavía en territorio ático, el establecimiento de Esfendáleas. Puesto que lo que importaba era una ocupación muy rápida de la salida por el norte de los pasos, probablemente tal recorrido lo hizo sólo un pequeño destacamento.

3007 Ya en tierras beocias.

3008 En el mismo límite de Beocia, de modo que prácticamente había alcanzado ya territorio tebano.

3009 Principalmente frutales, porque necesitaba madera para sus atrincheramientos, cfr. 63-70.

3010 El territorio de Tebas por el sur pasaba el río Asopo y llegaba a la cumbre del Citerón.

3011 Localidad situada en la ladera occidental del Citerón.

3012 Porque la fortificación propiamente dicha era cuadrada. Algunos comentaristas ven aquí una premonición del campamento de las legiones romanas.

3013 Un oligarca tebano que compartía con Timagénides la oligarquía de Tebas y era de ideología propersa.

3014 De él no sabemos nada; probablemente se trataba de un exiliado beocio.

3015 A la comida propiamente dicha seguía el llamado simposio, que se iniciaba con una libación en honor de los dioses, en que se bebía y se conversaba. El ejemplo más célebre, naturalmente, es el diálogo de Platón titulado *El Banquete*.

3016 Es la llamada *prophetia ex eventu*, que se da también en algún pasaje de la Biblia. Sin embargo, el fundamento objetivo de la afirmación del persa lo constituyen oráculos desfavorables, uno de los cuales llega a citar a Mardonio, cfr. cap. 42.

3017 Mi traducción es rigurosamente literal, pero lo que no alcanzo a ver es lo que hay

detrás de la literalidad. ¿Qué concepción religiosa tendría el persa que habla? Sí veo un ejemplo del indolente fatalismo oriental, que compartían muchos griegos. Recuérdese la historia de Polícrates de Samos, III, 39-43, 120-126. Preferible es nuestro dicho: «A Dios rogando y con el mazo dando».

3018 El *fatum* de los romanos, el destino.

3019 La Grecia central.

3020 Debida o a dificultades económicas o a disensiones internas.

3021 Más propiamente: en los dominios de Tebas. Pero traduzco el griego al pie de la letra.

3022 Persa, naturalmente, pero además no había otra.

3023 Me arriesgo a traducir así, anacrónicamente en el sentido etimológico de la palabra, muy consciente de que uso un modismo castellano modernísimo, pero la aparición de unos jinetes probablemente armados hasta los dientes creo que autoriza mi audaz (?) traducción.

3024 Ésta es la palabra clave.

3025 De manera que los bárbaros no son hombres. El lector puede extraer sus consecuencias...

3026 De manera que formaron un círculo o, mejor, un cuadrado.

3027 Quizás la traducción no sea literal, pero creo que responde en profundidad a lo que Heródoto quiere decir. A mí el término me recuerda los años de mi infancia, los de la guerra civil (¡incivil!) española, en la que ambos bandos hicieron un uso esperpéntico del término. La situación de los griegos aquí ofrece sus paralelos...

3028 La que empieza en el cap. 12.

3029 Heródoto nos dice implícitamente que todos los peloponesios adversarios de los persas se unieron a la expedición.

3030 A veinticinco kilómetros de Atenas.

3031 Para cubrirse contra un ataque de la caballería persa y proteger las rutas de retirada que les quedaban a la espalda.

3032 Cfr. I, 7 y 126.

3033 En la llanura Nisea, en el distrito de Raggiane, en la Media, se criaban caballos famosos por su resistencia y su estampa. Ellos tiraban de los carruajes del cortejo sagrado

del más sagrado de los dioses persas, Ormudz. La grafía «neseo» se debe a la pronunciación del país, que se transcribió al griego de la manera más arriba indicada.

3034 Atacaban sucesivamente, un escuadrón tras otro, ininterrumpidamente, y tras atacar el último volvía a atacar el primero, de modo que la duración de la acometida era indefinida.

3035 Parece que estaban en Eritra, en el ala derecha del ejército, el puesto más próximo al enemigo.

3036 Es la única vez que se habla de una sección o de un escuadrón de estas características, de modo que no sabemos de qué se trata.

3037 Padre de Lampón, amigo de Pericles y cofundador Turion, lo cual le valió cierto renombre.

3038 En el doble sentido de la palabra, porque fueron los primeros y, además, porque realmente, se pusieron a la cabeza de las tropas griegas.

3039 En la epopeya homérica el oro es invulnerable; ni las flechas ni las lanzas consiguen atravesarlo. ¿No habrá aquí, además del componente de lujo y ostentación, una reminiscencia de esta superstición homérica?

3040 En el sentido de disponerlos debidamente en filas.

3041 Trescientos cincuenta metros.

3042 El verbo es exacto, pues Platea se encuentra más por debajo del nivel del mar que Éritra.

3043 Esta fuente nacía al pie septentrional del Citerón y originaba una corriente fluvial que pasaba a unos tres kilómetros de Platea. Hoy ha desaparecido.

3044 Un héroe venerado en Platea.

3045 Los puntos extremos en este orden de batalla fueron: en el ala derecha, cfr. 28 y 49, la fuente Gargafia, y en el ala izquierda el santuario citado, que estaba ya en la llanura del Asopo.

3046 De Tegea, como se sabe, ciudad de Arcadia.

3047 La izquierda, pues la derecha correspondía por definición a los espartanos.

3048 Los dorios. Es un tenue recurso, por parte de Heródoto, de su más lejana historia.

3049 Como es sabido, los griegos históricos tenían un recuerdo muy borroso de la invasión doria, que llamaban «el retorno de los heráclidas».

3050 Cfr. I, 145.

3051 El encuentro, según Pausanias (I, 44, 111), tuvo lugar en el límite del dominio de Mégara con el de Corinto.

3052 Hijo de Heracles, que apenas murió su padre se refugió en Atenas huyendo de la persecución de Euristeo, hijo de Perseo y rey de Argos y de Micenas. Tras la muerte de Euristeo invadió el Peloponeso, pero murió en la empresa, como nos cuenta aquí Heródoto.

3053 El recurso que sigue, el duelo personal se da alguna vez en la *Ilíada*, y también en la Biblia: recuérdese el episodio de David y Goliat.

3054 Solemne, con un componente religioso de sacralidad. Por lo demás Heródoto recuerda a Homero; aquí la expresión con que dice esto es literalmente homérica, *cortar un juramento*, aludiendo a la víctima que se sacrificaba, en Homero, en estas eventualidades.

3055 No antes de la cuarta generación.

3056 Lo cual significa que ya en época predoria había una federación peloponesia.

3057 Una vez más la Biblia ofrece por lo menos dos lugares comparables, uno en el Antiguo Testamento, en el Cantar de los cantares, 7, 13: «Nova et vetera, dilecte mi, servavi tibi», y otro en el Nuevo Testamento, Mt, 13, 52: «Omnis scriba doctus in regno caelorum similis est homini patrifamilias, qui profert de thesauro suo nova et vetera.» De todos modos, hay que reconocer que éste es bastante un lugar común, y que aquí la coincidencia no impacta tanto como otras veces.

3058 En términos más vulgares: buenas personas. A lo cual se unirá la valentía de Maratón.

3059 Aquí resuenan, al menos parcialmente, las palabras del troyano Glauco, *Ilíada*, VI, 208.

3060 Euristeo era rey de Micenas.

3061 Aquí ya está *in nuce* la esencia del teatro de Esquilo, el motivo de la soberbia castigada.

3062 En todo el mundo antiguo no dar sepultura a los muertos era nefasto en el sentido religioso de la palabra.

3063 Cfr. IV, 86, 110 ss.

3064 Porque no fundamentan nada.

3065 O sea, sin el concurso de aliados.

3066 El número coincide con el señalado en VII, 60-80, en la falsa hipótesis, sin embargo, de que todos ellos lucharon en Maratón. Los atenienses arriman el ascua a su sardina.

3067 Falta el contingente de Mantinea, que llegará con retraso.

3068 De los que Heródoto habló en el cap. 10, que se llevaban siete hilotas cada uno.

3069 Potidea, en la Calcídica, era colonia de Corinto.

3070 Orcómeno se encuentra en Beocia, pero éstos se habían desplazado al Peloponeso.

3071 Epidauro era una ciudad importante de Epidauria, región que se extendía sobre el golfo Sarónico, al sudoeste de Egina. Los epidaurios habían enviado a Salamina diez trirremes.

3072 La ciudad de Trecén se encontraba en Argólide, al sudeste de Epidauro.

3073 Cfr. IV, 148.

3074 Cfr. VIII, 72.

3075 Los hermioneos habitaban el extremo meridional de Argólide, en el golfo que llevaba su nombre.

3076 De la isla de Eubea, por tanto.

3077 Hay que advertir que aquí la grafía es vacilante: ambraciotas o ampraciotas. Como sea, Ambracia era una colonia de Corinto en el golfo homónimo del Epiro meridional. Habían enviado siete trirremes a Salamina.

3078 Anactorio era una pequeña ciudad de Acarnania, junto al promontorio homónimo.

3079 Una de las cuatro ciudades primitivas de la isla llamada actualmente Cefalonia, antes Cefalenia.

3080 El sentido de la expresión, traducida literalmente, es ambiguo: puede significar que eran los combatientes más eficaces, o, simplemente, que el hecho de estar situados en un extremo hacía que se los pudiera considerar también los primeros.

3081 En las Termópilas habían muerto siete mil, VII, 202, 222.

3082 El famoso conocido con el sobrenombre de «el justo».

3083 La infantería pesada: los hoplitas iban armados de grebas o tobilleras, coraza, yelmo, escudo, lanza, espada y puñal. Su eficacia en el combate era terrible; la organización en unidades que ella supone distingue decisivamente, desde este punto de vista, a Heródoto de Homero.

3084 Honderos o arqueros, que luchaban a pecho descubierto debido a encontrarse relativamente lejos de las líneas enemigas.

3085 Los que habían sobrevivido al desastre de las Termópilas, donde murieron setecientos de ellos, cfr. VII, 202, 222.

3086 De manera que lucharon incorporados a la infantería ligera.

3087 En el sentido estrictamente militar de la palabra.

3088 Las riberas: en un sentido muy amplio del término, pues, por un lado, la enorme cantidad de tropas acampadas rebasa con mucho el ámbito estricto de «las riberas», y, por otro lado, Heródoto escribe como historiador lejano, en el tiempo y en el espacio, del lugar de los hechos; sólo pretende ofrecernos una idea muy general de lo que en realidad se relata. Esta observación es válida para muchas localizaciones a lo largo de su *Historia*.

3089 Aquí Heródoto conecta directamente con Homero; en algún lugar de la *Ilíada* Ulises dice que el gemir por los muertos tiene su límite, después del cual lo que conviene es olvidarlos.

3090 En el sentido militar, actual, del término.

3091 Aquí habla del conjunto, pues la confrontación estricta contra los atenienses se indica algo más abajo.

3092 Para los aliados griegos de Mardonio, cfr. VII, 132, y VIII, 66.

3093 Cfr. VIII, 32.

3094 Se refiere sólo a los egipcios, no a los etíopes.

3095 Compréndase el anacronismo, que no es la primera vez que cometo, pero que refleja muy bien el sentido del término griego *epibátes*.

3096 Me aventuro a esta traducción sin estar totalmente seguro de ella, pero para ambas partes la batalla estaba completamente decidida y no podía ya obviarse, por lo que aquí tiene poco sentido la referencia a sacrificios que ofrecieran presagios. Confieso abiertamente que aquí me he inspirado en la Biblia.

3097 Traduzco cuidadosamente; en un contexto bíblico probablemente me habría decidido

por el verbo «ofrecer».

3098 Por el adivino Yamo. Pero de este personaje no hay ninguna referencia.

3099 Sólo los reyes espartanos ofrecían los sacrificios rituales en las ocasiones consideradas decisivas, de modo que aquí hay un intento muy sutil de limitar su poder.

3100 Era adivino en Pilos.

3101 Esta digresión es larga y floja, un mal momento de la *Historia* de Heródoto, quien, probablemente, quiere llenar el vacío de los nueve días que transcurren desde la puesta en orden de batalla hasta el día del choque.

3102 Un vidente de Pilos. Cfr. II, 49; VII, 221.

3103 Otra vez un motivo bíblico: Herodes promete dar a la hija de Herodías lo que ella quiera «incluso la mitad de su reino», cfr. Marcos, 6, 23.

3104 De la división del reino entre él mismo y los prétidas, la dinastía gobernante, se pasa a una división tripartita que incluye a Biante, reduciendo el espacio asignado al mismo Melampo. Pausanias (II, 18, 4) y un escolio de Píndaro nos cuentan la misma leyenda con variantes relevantes.

3105 Pequeña localidad de Arcadia.

3106 De la segunda victoria y la tercera aquí mencionadas no tenemos ninguna noticia; deberían colocarse entre los años 479 y 464.

3107 Aquí hay una variante textual prácticamente inaceptable: istmo; en el caso de aceptarse, sería un topónimo no referido al istmo de Corinto, sino a una población de Mesenia que nos es totalmente desconocida.

3108 Esta batalla nos es bien conocida; se libró el año 457 entre atenienses y argivos, para ayudar a Tebas a restaurar su hegemonía sobre las demás ciudades beocias.

3109 Cfr. VII, 119.

3110 Adivino griego al servicio de los persas. Como Tisámeno, también procede de Élide. En VIII, 27, Heródoto nos habla de un cierto Telias de Élide como adivino de los focenses, lo cual hace pensar en una dinastía de adivinos radicada en Élide.

3111 Traduzco así, quizás algo forzado, porque el lugar recuerda uno muy célebre de Homero, *Ilíada*, XXII, 161, en que Aquiles y Héctor «corren por la vida de Héctor, el domador de caballos».

3112 Y ofreció sus servicios a todos los enemigos de éstos.

3113 Cfr. VI, 70.

3114 Personaje desconocido.

3115 Personaje beocio de importancia, de quien se hablará más adelante, cfr. 86-87.

3116 El lugar es muy recargado intencionadamente por parte de Heródoto; compárese con Sófocles, *Ayante,* vv. 55 ss.

3117 O sea, iniciar la batalla.

3118 También aquí hay cierta ironía. Los tebanos corren hacia al enemigo, pero a la hora de la verdad son medos y persas los que han de actuar.

3119 Cfr. los ocho del cap. 39 y los dos de ahora mismo.

3120 Otra vez me vienen a la memoria los partes de guerra de nuestra contienda civil.

3121 Aquí, contra el buen estilo castellano, repito el nombre propio porque sigue el del padre. Son las servidumbres del traductor...

3122 Artabazo aconseja evacuar la posición, amenazada por los griegos, en el flanco derecho y el campamento fortificado levantado en la orilla derecha del río y retirarse en dirección norte, hacia la llanura, donde Tebas ofrecía un punto de apoyo y podía cubrirlos en el caso de una retirada hacia el norte.

3123 Traducción literal del griego: desde ciertas perspectivas, no vivimos tan lejos...

3124 Cfr. cap. 2.

3125 Como en otros lugares, aquí hay una gran afinidad con la noción bíblica, cristiana, de pecado.

3126 ¿No es ésta una noción extraña a la mentalidad más griega? ¿No encaja aquí mejor la alegría bíblica? Aunque esta exhortación al gozo sea aquí bien falaz. Con todo, cfr. el lugar paulino 2Cor, 13, 11.

3127 Cfr. V, 61. El oráculo profetizaba un asalto de estas gentes contra Grecia y muy especialmente contra el templo de Delfos, y Heródoto creía que todavía no se había cumplido.

3128 Cfr. VII, 6; VIII, 96.

3129 El Termodonte citado aquí parece ser un torrente que bajaba por la cordillera de

Hípato; Glisa estaba al noroeste de Tebas, en la costa occidental de Beocia.

3130 Probablemente eran los diez elegidos para el año, que entonces, naturalmente, se encontraban en el campamento, cfr. VI, 103.

3131 Previos a la batalla.

3132 En los almacenes dispuestos junto al río Asopo, cap. 41.

3133 Lo que pide es que, si la guerra concluye con el triunfo de los griegos, éstos lo ayuden a él a recuperar la libertad de su propio país, Macedonia, echando de allí a los persas.

3134 De Grecia.

3135 Todo ello recuerda al elegíaco Tirteo.

3136 Cfr. VI, 108.

3137 Los hilotas, que, como se ha visto más de una vez, acompañaban a los hoplitas espartanos en calidad de escuderos y de auxiliares.

3138 Mi traducción es literal, pero el verbo «se dirigirían» no tiene, en el texto griego, un sujeto demasiado expreso. Probablemente, puesto que eran *todos* los generales que, naturalmente, ejercían el mando de *todas* las tropas, cada uno las suyas, el sujeto debe ser un «ellos» que abarca la totalidad de los efectivos helenos: cada estratego al frente de sus tropas.

3139 Se trataba de una larga faja de tierra entre dos riachuelos: no se trataba, naturalmente, de una isla, pero sí de algo muy parecido.

3140 O sea, mil setecientos metros.

3141 Para quien haya visitado el lugar, esta descripción recuerda a la isla de Buda, en la desembocadura del río Ebro, en el delta de este río.

3142 Es decir, a los hilotas que regresaban de Lacedemonia provistos de víveres.

3143 Es decir, la isla de Oéroe. Se trata de las tropas del centro, desde los corintios a los megarenses, cfr. cap. 28. Alargaron la marcha unos dos kilómetros.

3144 Que había sido incendiada por los persas, cfr. VIII, 50.

3145 Probablemente ocupaba algún lugar muy estratégico, razón de más para adoptar la actitud que tomó.

3146 Normalmente los griegos votaban con guijarros; el hecho de votar con una piedra indica una mayor determinación por parte del votante, en una votación aquí simulada, claro está, que en todo caso el supuesto votante habría perdido por dos a uno. Aquí el símil no es muy afortunado.

3147 Para ocupar el vacío que la retirada producíría en el centro de la formación cerrando el ala izquierda; así se evitaría una maniobra envolvente por parte de los persas.

3148 Los atenienses querían, en todo caso, operar de acuerdo con los lacedemonios.

3149 Sin las de Amonfáreto, naturalmente, que, de todas maneras, pronto se incorporarán a la operación.

3150 Los lacedemonios se retiraron en dirección oeste, los atenienses en dirección sudoeste, los lacedemonios por la zona de las colinas, como dice el mismo texto, los atenienses hacia la llanura que desde el río Asopo sube a Platea bordeando la zona de las colinas, con la idea de reunirse con los lacedemonios a través de una ruta más corta. Creían que los espartanos o bien los irían al encuentro o bien los esperarían, y se engañaron totalmente.

3151 Porque quería evitar dar la impresión de que se fugaba.

3152 De Argiopio, pero desconocemos la referencia, porque ésta es la única vez que se cita.

3153 Probablemente se trata del santuario de Deméter radicado en Isia, citado por Plutarco, *Arístides*, 11.

3154 Aquí empieza la narración propiamente dicha de la batalla de Platea.

3155 Cfr. nota 4 de este libro.

3156 No tenemos otras referencias de estos personajes.

3157 Cfr. VII, 6.

3158 Desde su punto de vista, los persas podían decir que los alévadas eran vecinos de los espartanos.

3159 Cap. 46.

3160 Hipótesis que se da por cierta, naturalmente.

3161 ¡Una premonición de la inducción socrática! De la pretendida cobardía de los espartanos Mardonio induce la de todos los griegos.

3162 Se trata de Tebas de Beocia, pero el término griego tiene un componente de reducto o fortaleza; de ahí mi traducción.

3163 Cap. 41.

3164 Para que mantuvieran a distancia la caballería.

3165 La infantería persa fijaba en el suelo, probablemente mediante dardos o venablos, sus grandes escudos de mimbre a guisa de barrera o muro protector; por detrás de esta digamos empalizada arrojaba contra el enemigo una verdadera lluvia de flechas o de otros proyectiles.

3166 Una actitud perfectamente homologable con la plegaria cristiana de petición. Ya Tertuliano dijo que el alma es naturalmente cristiana...

3167 La plegaria atendida: el esquema cristiano no puede ser más claro...

3168 Aquí el texto griego es incongruente, tanto que se debe sospechar una laguna. Mi traducción sigue el texto de Hude.

3169 Porque en aquel momento del combate ya no les eran útiles.

3170 Cfr. cap. 102. Los escudos fueron arrancados del suelo, naturalmente.

3171 En el esquema típico de la guerra griega: una fila de soldados avanza contra otra fila de adversarios; el objetivo es romper la contraria y envolverla por detrás.

3172 La traducción es exacta, porque estas lanzas eran de madera, con frecuencia de fresno.

3173 Heródoto alude a la superioridad táctica y a la mejor calidad y eficacia de las armas griegas. Una constante en nuestras consideraciones sobre los orígenes de la cultura occidental.

3174 Cfr. VII, 40; VIII, 113.

3175 Los persas: aquí atacan los griegos.

3176 De una pedrada en la cabeza, Plutarco, *Magna Moralia*, 412.

3177 Es decir, no llevaban ni casco ni coraza.

3178 Cfr. VII, 204.

3179 En el cap. 72 sale un tal Arimnesto de Platea; probablemente se trata del mismo personaje, pues nada impide que pudiera gozar de prestigio en Esparta.

3180 La antigua capital doria de Mesenia. La guerra aludida tuvo lugar entre los años 461-454.

3181 Lo cual posiblemente indicara el favor de la diosa en una vida de ultratumba.

3182 Leemos en el bíblico libro del *Éxodo*, 3, 5: Dios dice a Moisés: «No te acerques aquí, quita las sandalias de tus pies, porque el lugar en que estás es tierra sagrada.» Nuclearmente, esta concepción es homologable con la bíblica.

3183 Hecho que Heródoto no nos cuenta hasta ahora; Deméter era una divinidad eleusinia.

3184 Sin que veamos claramente la causa, Heródoto intenta a continuación justificar, al menos en parte, la conducta arbitraria y más bien traidora de Artabazo.

3185 Rota por la rapidez de la huida.

3186 Se trataba de un cuerpo de elite llamado así. Los Trescientos.

3187 O sea, no hacia su campamento.

3188 Es decir, los aliados no persas, cfr. 68.

3189 Aquí por primera vez, y no en el cap. 62, se menciona la caballería persa (cap. 57) en acción, y la mención es más bien ocasional. No crea dificultades a los griegos como las que, como se verá inmediatamente, crea la caballería beocia a la infantería griega.

3190 Heródoto lo advierte con evidente desagrado.

3191 Es decir, los corintios y el ala derecha, cfr. 28.

3192 Por la ruta que desde Platea, por el oeste, bordea las estribaciones del Citerón y llega al paso de las Tres Cabezas, en cuyas proximidades habían combatido los espartiatas.

3193 Es decir, la ruta hacia Tebas. Aquí la dicción griega rezuma desprecio por la precipitación de la huida.

3194 Quizás el padre de Heródoto, sobre cuya ascendencia las fuentes divergen.

3195 La versión de Heródoto sobre la muerte de estos megarenses no está de acuerdo con el sentir de la ciudad de Mégara, que les levantó un monumento que Pausanias pudo ver todavía; Simónides de Ceos, por su parte, les dedicó un epigrama.

3196 Heródoto retoma aquí el hilo de la narración que había dejado interrumpido en el cap. 65, cuyo tema más general es el exterminio de los invasores.

3197 Con sus propios cuerpos y con las armas que llevaban.

3198 Aquí el texto griego no es seguro, y ofrece una variante muy incómoda: los lacedemonios.

3199 Por su decoración y sus adornos.

3200 Cfr. I, 66.

3201 En su tenor literal, el texto griego aquí recuerda a Homero, *Ilíada*, VI, 112: «Sed hombres, amigos, *recordad* la fuerza impetuosa.»

3202 El verbo griego aquí traducido aparece sólo aquí y en ninguna otra parte *(hapax)*, por lo que su traducción ofrece alguna dificultad, quizás el sentido sea más peyorativo «estúpidos» o «estupefactos».

3203 Entre los muertos griegos Heródoto no cuenta a los periecos laconios, así como tampoco a los megarenses ni a los fliasios. En los capítulos 61 y 63 dice que murieron, en las respectivas ocasiones, *muchos* griegos. Sabemos por Plutarco que en el mismo campo de batalla de Platea se levantó un monumento con una inscripción en la que figuraban los nombres de los muertos en esta batalla.

3204 Las posiciones de los persas propiamente dichas, y la escolta de Mardonio.

3205

3206 Sepulcro especial y estela funeraria.

3207 De él no se sabe nada.

3208 Aquí hay otra vez un recuerdo de Homero, *Ilíada,* II, 673, donde se dice que Nireo fue el más bello de los aqueos que acudieron a luchar contra Troya, pero el poeta añade irónicamente que también era el que menos naves había traído.

3209 O sea, a la altura de su apostura.

3210 Al noroeste de Atenas, en la ruta hacia Oropo. Cfr. cap. 15: la conexión de este episodio con la época arcaica ática es incoherente.

3211 En su juventud, antes de casarse con Menelao ya la había raptado Teseo, que se la llevó a Afidna, y la puso bajo la custodia de su madre, Etra. Pero aprovechando una ausencia de Teseo, Cástor y Pólux, sus hermanos, invadieron el Ática y la recuperaron. El padre de los tres era Tindáreo.

3212 Cabeza legendaria del linaje.

3213 Epónimo del demo de los titácidas, cerca de Afidna.

3214 Algunos editores del texto griego ven en lo que en la traducción está entre corchetes una interpolación muy posterior a la redacción del texto, hecha por algún copista partidario de los espartanos.

3215 El verbo griego quizás sugeriría más bien «recoger», pero me permito un ligerísimo desfasamiento que encaja muy bien con el mejor lenguaje marinero de nuestro castellano.

3216 El símil marinero es polivalente y perfecto.

3217 Por tanto, una decoración. Muchos siglos más tarde, todavía el satírico romano Juvenal escribirá, acerca de los romanos antiguos, que en la guerra blandían *(sic!)* su escudo decorado con la imagen del dios de la guerra, XI, 107: *ac nudam effigiem clipeo fulgentis et hasta* // *pendentis dei perituro ostenderet hosti*.

3218 Pequeña población al noroeste de Anfípolis.

3219 Pueblo tracio que vivía cerca de las fuentes del Estrimón.

3220 Hecho narrado por Tucídides, I, 100, 3.

3221 Cfr. VII, 79; era sobrino de Darío.

3222 Gesto de súplica típico de la epopeya homérica.

3223 No era rey, sino tutor del rey menor de edad, cap. 10.

3224 Casi una institución en Grecia; cfr. la primera tragedia de Esquilo *Las Suplicantes*.

3225 Aquí recordamos necesariamente las emocionadas palabras de Héctor a su esposa Andrómaca, referentes a su futura, pero cierta, esclavitud, *Ilíada*, VI, 450 ss.

3226 Concepto privativamente griego, como ya se ha visto en alguna otra ocasión: se trata de seres no necesariamente malignos, superiores a los hombres e inferiores a los dioses. En sí el término es intraducible.

3227 Isla de las Espóradas meridionales, en la que con el tiempo, nacería la medicina occidental por obra de Hipócrates.

3228 Los comentaristas antiguos explican que Heródoto conocía personalmente a esta familia.

3229 Los conocidos magistrados espartanos.

3230 Desde el Peloponeso.

3231 Pero los eleos mantenían relaciones excelentes con Esparta, por lo cual consiguieron

que se les mencionara en las listas, grabadas en inscripciones en Delfos y en Olimpia, de los que habían participado en aquella guerra por la libertad de Grecia.

3232 Probablemente no se trata de la persona del mismo nombre citada en VII, 181 y en VIII, 92.

3233 Porque exigía maltratar a un cadáver.

3234 El texto griego pone simplemente «dios» (¿Dios?). Mi traducción me parece la más justa. No estoy de acuerdo con la nota del doctor Carlos Schrader a este lugar: «literalmente: una divinidad», que en el cuerpo de la traducción traduce como yo.

3235 Cfr. VII, 5.

3236 Cfr. VII, 238.

3237 Dicho con mucha ironía, naturalmente.

3238 Cfr. I, 50; cap. 16.

3239 Afirmación muy poco honrosa para los hilotas: se viene a decir que, de haber podido, hubieran arramblado con todo.

3240 Extraña esta ingenuidad de los hilotas, que confundieron el oro con el bronce. Quizás la verdad sea más simple, y es que los hilotas necesitaban vender a cualquiera lo que les llegó a las manos antes de que sus amos, los espartanos, se dieran cuenta de ello y, sencillamente, se lo quitaran.

3241 Zeus.

3242 Posidón. El segundo diezmo lo repartieron entre las dos divinidades.

3243 Probablemente en las peanas de estas estatuas constaban los nombres de los pueblos que habían vencido a los persas.

3244 En rigor, el texto griego dice «diez veces más de todo», pero parece que no hay que tomarlo al pie de la letra, sino que es una expresión estereotipada para decir «muy espléndidamente», «con gran esplendidez».

3245 Aquí hay una variante textual que significaría «talentos», es decir, moneda, dinero. Pero en esta secuencia parece poco lógico.

3246 Persas, por descontado.

3247 Pero en el fondo lo envidiaba. Tucídides, I, 180, nos dice que le fue funesto.

3248 Por tratarse de enemigos, los cadáveres de los persas no recibieron sepultura, el peor daño que podía inferírseles. También en esta concepción hau un componente religioso: tanto la epopeya homérica como la tragedia ática dan por supuesto que el alma de un cuerpo insepulto va errante sin encontrar reposo.

3249 Dice esto, pero se refiere a los incisivos.

3250 Esto es la transición natural hacia lo que sigue.

3251 Aquí el texto griego ofrece un fuerte anacoluto, y el traductor debe ingeniárselas para resolverlo.

3252 Después de la batalla.

3253 El lugar es confuso. Probablemente lo que se dice es que muchos se presentaron a Artontes a decirle, cada uno, que era él quien lo había sepultado.

3254 Clandestinamente, no hay otra explicación.

3255 Los combatientes que contaban entre veinte y treinta años.

3256 Aquí Heródoto es muy reiterativo, y no es improbable que subyazga alguna intención.

3257 Traducir por «cenotafios» aquí sería improcedente, por la manifiesta intención de engañar que tuvieron las ciudades que levantaron estas tumbas; el cenotafio es otra cosa, es un sepulcro —vacío— que recuerda a unos muertos de guerra que ha sido imposible enterrar.

3258 ¡Para hacerles creer que también habían combatido allí!

3259 Aquí Heródoto parece establecer una ilación indebida con lo anterior, porque es muy posible que este cenotafio (y aquí tal palabra puede que sea la justa) se levantara diez años después de la batalla, pero lo que no es cierto es que en Platea los eginetas no combatieran. En el cap. 28 se nos dice que con los megarenses lucharon doscientos eginetas, cuyos muertos fueron enterrados probablemente con los muertos megarenses. De ahí la idea del cenotafio: los eginetas quisieron señalar a las claras que participaron en la batalla.

3260 Cfr. VIII, 136.

3261 Cfr. cap. 38.

3262 Cfr. cap. 13.

3263 Lo que a continuación se cuenta de Artabazo no es plenamente coherente, o bien

debido a las fuentes utilizadas por Heródoto, aquí no del todo fiables, o por un fuerte deterioro de la tradición manuscrita del texto griego.

3264 Esto parece indicar que los focenses habían adoptado una actitud semejante a la de los tesalios. Pero no se ha dicho nada así en ningún lugar.

3265 En el promontorio del Asia Menor que está delante de la isla de Samos.

3266 Pequeña, pero muy famosa isla central del archipiélago de las Cícladas, en la que había un famoso santuario a Apolo Delio, magníficamente evocado en los *Himnos homéricos.*

3267 Como en el otoño del año anterior.

3268 Probablemente se planeaba un asalto al puerto que destruiría totalmente a la flota persa.

3269 Esta palabra no está en todos los manuscritos griegos.

3270 Otra vez, en el texto griego, la palabra *dios,* sin artículo, que plantea, naturalmente, el mismo problema: ¿qué hay, para Heródoto, detrás, o encima de esta expresión? Fiel a mi interpretación, traduzco por *divinidad.*

3271 Hegesístrato = «el que guía un ejército». Otro caso de un presagio obtenido por un nombre puede verse en Cicerón, *De divinatione,* I, 46.

3272 Aquí el texto griego es incoherente, y hay sin duda una corrupción textual importante, pues luego de decir que *todos* los samios se van, la frase siguiente indica las razones para que Hegesístrato se quede con los aliados. Se podría tratar de una glosa marginal introducida posteriormente en el texto. Como se ve, doy el texto sospechoso entre corchetes.

3273 De estos personajes no se sabe nada. Apolonia estaba situada en la costa del mar Jonio, en el límite entre la Iliria y el Epiro, en la desembocadura del río Aoo.

3274 El número de cabezas de ganado del rebaño coincidía con el número de días del año.

3275 Aquí hay una variante textual, otra lectura posible es Aoo.

3276 Monte de la cordillera tesalia del Pindo. De este Lacmo nacía el río Ínaco. El río Ado habría sido llamado Aias por Hecateo, cfr. Estrabón, VII, 5, 8.

3277 Por su dejadez había ofendido al dios de la luz.

3278 El oráculo, conocido ya por Homero, de Zeus Dodoneo, en la Tesprotia, en el Epiro.

3279 Es decir, los dioses.

3280 En el ágora, donde los ciudadanos acostumbraban a encontrarse.

3281 Esto puede interpretarse en el sentido de que él poseía ya de nacimiento, como un don sobrenatural, lo que otros hombres, fatigosamente y por experiencia, llegan a obtener.

3282 Cfr. cap. 92.

3283 Se desconoce la ubicación exacta del lugar, pero debía de encontrarse en la costa occidental de la isla de Samos.

3284 La que les quedaba después de la rota de Salamina. Partieron de Samos, que hasta ahora había sido su base, y navegaron por el angosto brazo de mar que separa Mícale de Samos.

3285 El verbo es muy exacto: temían una sublevación de cualquier ciudad jonia.

3286 Tigranes, comandante del contingente medo (VII, 62), al igual que Hidarnes, comandante de los «Inmortales» (VIII, 113), había acompañado al rey en su retirada.

3287 Deméter y Core, cfr. VII, 16, cuyo centro principal del culto se encontraba cerca de Atenas, en Eleusis.

3288 Un torrente que se precipitaba desde unos montes a la costa al sur de Mícala.

3289 Lugar exacto por donde desembocaba al mar el torrente Gesón.

3290 «Ya que... eventualidades.» Esta traducción no es segura, pues aquí el texto griego ofrece variantes que modifican mucho el sentido. Pero el lugar no es importante...

3291 Para servirse de ellas como pasarelas de una nave a otra.

3292 Tanto por la diversidad de lengua como porque, y ellos con más razón, los ideales griegos diferían radicalmente de los de los persas. También en cuanto a las actitudes el lenguaje era completamente distinto.

3293 Era el santo y seña, o consigna, que se pasaban los combatientes. El nombre de Hera se debe a que era muy venerada en la isla de Samos, pero hay que advertir que en el texto griego es una conjetura, pues en él figura la palabra que significa «juventud» *Hebe*. Pero la conjetura es muy lógica.

3294 Lo que está entre corchetes no está en todos los códices griegos.

3295 Cfr. VIII, 22.

3296 En realidad esta observación, tan típica del estilo de Heródoto, está mucho más arriba en el texto griego, pero si se traduce dejándola en su sitio del original el castellano pierde buena parte de su sentido. Son las servidumbres del traductor: la fidelidad aquí exige dislocar la secuencia de pensamiento griega.

3297 Una cierta contradicción con el lugar VI, 19 ss., donde se dice que los milesios en el 494 habían sido en su totalidad o muertos o exiliados. Habían pasado catorce años, periodo insuficiente de tiempo para que la demografía milesia se repusiera...

3298 Cfr. caps. 61 y 102.

3299 Éste es un principio general que Heródoto formula, del que inmediatamente extraerá consecuencias. ¿Hay aquí, implícita, una noción de providencia homologable a la cristiana? Desde luego, no lo afirmo, pero tampoco lo niego. Las ideas de Heródoto sobre la divinidad y, en general, la religión, son muy estimables.

3300 Caps. 57, 62.

3301 Los persas se esperaban el ataque en la costa, cfr. cap. 99.

3302 El ejército griego que había desembarcado al oeste del campamento persa no avanzaba en columna a lo largo de la costa, sino en una línea de combate muy ancha y profunda, de manera que el ala derecha, formada por los lacedemonios, debía necesariamente avanzar arrimándose a las estribaciones de la cordillera litoral.

3303 Probablemente el barranco del Gesón, que estaba tocando el campamento persa.

3304 Cfr. cap. 61.

3305 Que los lacedemonios, se entiende. Aquí Heródoto pone en práctica el adagio latino *intelligenti pauca*...

3306 O sea, la empalizada de escudos.

3307 Cfr. VIII, 130.

3308 VII, 80, VIII, 130.

3309 De quien no se sabe nada.

3310 La palabra aquí traducida se encuentra ya en Homero, donde significa «voluble» y es un epíteto aplicado a la victoria; aquí se puede traducir como por «indeciso» (el final del combate), o por «decisivo»; visto el final del episodio podríamos inclinarnos por la segunda opción, pero, situado el adjetivo en su contexto, no puede excluirse la primera.

3311 Que militaban en el ejército persa, naturalmente.

3312 El griego dice, cautamente, «novedades», pero la connotación peyorativa es evidente.

3313 Estamos en el año 479.

3314 Citado por Pausanias I, 23 como vencedor en el pancracio.

3315 No sabemos nada ni del topónimo ni de la batalla.

3316 Cfr. VIII, 7.

3317 Advierto por una vez de un recurso del que he echado mano ocasionalmente. El estilo de Heródoto es muy reiterativo, con frecuencia repite la misma idea con casi las mismas palabras, en todo caso variando su orden, y alguna vez yo me he permitido incisos como el presente *que no están en el texto griego* para aligerar y normalizar el estilo castellano.

3318 La de la costa del Asia Menor, naturalmente.

3319 Hijo de Darío y de Atosa, cfr. VII, 82.

3320 Cfr. cap. 20.

3321 La guardia personal.

3322 El regente de Cilicia había muerto en Salamina, cfr. Esquilo, *Persas*, 324.

3323 De Salamina.

3324 El mayor de los tres hijos de Jerjes.

3325 Es decir, Artaínta.

3326 De la que nunca se dice el nombre, algo desacostumbrado en Heródoto.

3327 Cfr. V, 49.

3328 VII, 61, 114.

3329 Para Heródoto la codicia de esta joven es el instrumento de que se sirve el destino para arruinar la casa de Jerjes.

3330 Porque entre los persas cumplir un juramento era algo inviolable. Un pasaje semejante en la Biblia, la muerte de Juan Bautista.

3331 El rey, que siempre se muestra a sus súbditos con toda la majestad de su aparato: y se

cubre la cabeza con la tiara, en su fiesta de aniversario se muestra a sus invitados con la cabeza descubierta, igual que ellos, pero se perfuma los cabellos; una descripción de este tipo de banquetes en el libro bíblico de *Ester,* 2, 18.

3332 Jerjes tenía muchos hermanastros, pero Masistes y Jerjes eran hijos de la misma madre.

3333 Masistes ya se teme lo peor.

3334 Aquí hay un recuerdo de la *Odisea,* XVIII, 84.

3335 Una de las provincias persas más importantes, cfr. III, 92, era un país adecuado para un gobernador que proyectara sublevarse.

3336 Aquí Heródoto olvida que en el cap. 106 dice que el punto de partida de la flota griega hacia el Helesponto fue la isla de Samos.

3337 En la punta sudoeste de la Tróade, el cabo Lecto constituye el extremo occidental del continente asiático.

3338 Padre de Pericles.

3339 Cfr. VI, 33.

3340 Cfr. VII, 53. El asedio y la toma de Sesto tuvieron lugar en el 479.

3341 Sesto era la capital de la satrapía europea (cfr. VII, 35) creada por Darío y perdida por Jerjes; por ello no figura en la relación que se encuentra en III, 80.

3342 De él sólo sabemos que un hijo suyo, Siromitres, era jefe de los paricanos, un pueblo de la Media, cfr. VII, 68.

3343 En la costa septentrional del Quersoneso, en el golfo Negro.

3344 Heródoto distingue claramente entre eolios de Europa y eolios de Asia; por lo demás, ésta es una de las rarísimas menciones de los eolios en la obra herodotea.

3345 Cfr. VII, 33.

3346 Héroe mencionado por Homero, en el llamado *Catálogo de las naves (Ilíada,* II, 695 ss.). Era un héroe tesalio, y su tumba, que debía de encerrar enormes riquezas, estaba en Elayunte. Son las que se lleva Artaíctes, cuando en rigor correspondían a su emperador.

3347 En realidad se trata de una divinidad pregriega.

3348 Jerjes no podía pensar que se trataba de un templo.

3349 Había un oráculo según el cual el primer aqueo que, en la guerra de Troya, pisara en son de guerra suelo troyano moriría. Y éste fue Protesilao.

3350 Cfr. I, 4.

3351 Para los griegos, el 20 de septiembre, más o menos.

3352 Porque la parte delantera daba al mar.

3353 De Artaíctes y de Eobazo, naturalmente.

3354 Cfr. VI, 34.

3355 Entre ellos los sacrificios humanos eran práctica común, cfr. IV, 103.

3356 En el Quersoneso, localidad situada frente a Lámpsaco, en la costa del Asia; en la guerra del Peloponeso se libró allí la batalla definitiva entre espartanos y atenienses, en la que el almirante espartano Lisandro aniquiló la flota ateniense.

3357 El juego de palabras griego es impecable y diáfano, pues para salar el pescado (salazón) y para momificar un cadáver en griego se usa exactamente el mismo verbo, cfr. II 86; en las postrimerías de su obra Heródoto nos pone a sus traductores en el trance de reconocer nuestras limitaciones, de pelear una lucha imposible y de verificar que el genio de cualquier lengua es irreductible. Yo agradezco ahora la oportunidad que se me ha deparado de enfrentarme cotidianamente durante un año con este texto denso y diáfano en su densidad, intentando reflejar su luminosidad en aquel castellano universal que he procurado aprender en la lectura de Garcilaso, de Góngora, de Quevedo, de Azorín, de Pío Baroja, de Valle-Inclán, y, por encima de todos, de Teresa de Ávila y de Juan de la Cruz.

3358 Persiste en el malentendido: los había robado.

3359 Una suma verdaderamente descomunal.

3360 Pequeña ciudad del Quersoneso cercana a Sesto, que tenía un desembarcadero.

3361 Probablemente se trató de una crucifixión.

3362 En sentido religioso.

3363 Una premonición de la historia de Tucídides, que redactará su obra histórica dividiéndola por años naturales.

3364 Aquí los manuscritos griegos presentan una laguna que puede ser subsanada en este sentido.

3365 Todavía el viejo ideal homérico.

3366 Recuerdo a Machado: «Castilla miserable, ayer dominadora, envuelta en sus harapos, desprecia cuanto ignora...» Y mi reflexión va más allá, sigue al poeta de Soria.

3367 Aquí he traducido el griego lo mejor que he sabido, pero me punzaba insistentemente otra palabra: «reserva».

3368 Este pensamiento es hipocrático, cfr. *De aere*, 24.

Título original de la obra: *Historia*

Edición en formato digital: 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
catedra@catedra.com

ISBN ebook: 978-84-376-3708-2

Conversión a formato digital: REGA

www.catedra.com